

CAMPESINOS Y CAPITALISMO EN EL AGRO MADRILEÑO DEL S.XX



* 5 3 0 9 8 3 7 0 1 4 *
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

Tesis presentada por **Dña. Ascensión Barañano Cid**
para la obtención del título de doctor por la Universidad
Complutense de Madrid.

Director: **D. José Luis García García**

Catedrático de Antropología del
Departamento de Antropología Social de
la Facultad de Ciencias Políticas y
Sociología de la Universidad
Complutense de Madrid.

Ponente: **D. Carlos M. Caravantes García**

Profesor Titular del Departamento de
Historia de América II (Antropología de
América) de la Facultad de Geografía e
Historia de la Universidad Complutense
de Madrid.



ARCHIVO

Sección de Historia de América II (Antropología de América)
Facultad de Geografía e Historia
Universidad Complutense de Madrid
Madrid, octubre de 1996

A la memoria de mi madre y en homenaje a todos los seres queridos, que me han ayudado y soportado mientras realizaba esta tesis.

INDICE

INTRODUCCION	8
PRIMERA PARTE. PUNTO DE PARTIDA	14
1.- LA POLEMICA SOBRE LA DESAPARICION DEL CAMPESINADO	15
1.1.- <u>LAS TEORIAS SOCIALES ACERCA DE LA EXCLUSIVIDAD DEL MODO DE PRODUCCION CAPITALISTA</u>	15
1.1.1.- SUPERIORIDAD DE LA INDUSTRIA FRENTE A LA AGRICULTURA	18
1.1.2.- APORTACIONES DE LA ANTROPOLOGIA A LA TEORIA SOCIAL DE LA DESCAMPESINIZACION	29
1.1.2.1.- <u>Exodo rural y disolución del campesinado</u>	30
1.1.2.2.- <u>El atraso cultural de los campesinos y su desaparición</u>	31
1.2.- <u>COEXISTENCIA DEL CAMPESINADO CON EL CAPITALISMO</u>	33
1.2.1.- ARTICULACION ENTRE DIFERENTES MODOS DE PRODUCCION	37
1.2.1.1.- <u>Papel del Estado</u>	43
1.2.2.- IDIOSINCRASIA DE LA EXPLOTACION CAMPESINA	45
1.2.2.1.- <u>Agricultura a tiempo parcial y cooperativismo</u>	48
1.2.3.- OBSTACULOS DIRECTOS PARA LA PENETRACION DEL CAPITALISMO EN LA PRODUCCION AGRARIA	51
1.2.3.1.- <u>Renta de la tierra</u>	52
1.2.3.2.- <u>División social del trabajo y precios agrarios</u>	54
1.2.3.3.- <u>Impedimentos para industrializar el sector agrario</u>	56
1.2.4.- CONTRIBUCION DE LA ANTROPOLOGIA A LAS TEORIAS SOBRE LA COEXISTENCIA DEL CAMPESINADO CON EL CAPITALISMO	59
1.2.4.1.- <u>Negación de la disolución del campesinado en función de su atraso cultural</u>	61
SEGUNDA PARTE. ORGANIZACION ECONOMICA	66
2.- PARTICULARIDADES DEL CAMPESINADO MADRILEÑO	67
2.1.- <u>PENETRACION URBANA</u>	71
2.1.1.- MODELO DE CRECIMIENTO URBANO	72
2.1.2.- ACUMULACION DE SUELO	77

2.1.3.- CONCENTRACION DE MANO DE OBRA	84
2.1.4.- CRISIS URBANA	91
2.2.- <u>PENETRACION DE LAS RELACIONES AGRARIAS CAPITALISTAS</u>	96
2.2.1.- ABSORCION DIRECTA DE LA PRODUCCION AGRARIA	97
2.2.2.- CONTROL INDIRECTO DE LA ACTIVIDAD AGRARIA	104
2.3.- <u>REPERCUSIONES PARA EL CAMPESINADO MADRILEÑO DE LA DOBLE PENETRACION DE LA SOCIEDAD MAYOR</u>	106
2.3.1.- EL ELEMENTO PRIMARIO DE LA PRODUCCION CAMPESINA	108
2.3.2.- EFECTIVOS DEMOGRAFICOS DE LAS EXPLOTACIONES	118
2.3.3.- PRODUCCION	128
2.3.4.- COMERCIALIZACION Y TRANSFORMACION DE LA PRODUCCION	137
2.3.5.- CONSUMO	140
3.- TIPOLOGIA DE LAS COMUNIDADES CAMPESINAS MADRILEÑAS	147
3.1.- <u>PENETRACION URBANA EN LAS COMUNIDADES CAMPESINAS MADRILEÑAS</u>	149
3.1.1.- PRIMERAS RESIDENCIAS	150
3.1.2.- VIVIENDAS SECUNDARIAS	160
3.1.3.- SECTOR TERCIARIO Y SECUNDARIO	165
3.1.3.1.- <u>Servicios</u>	167
3.1.3.2.- <u>Industria y construcción</u>	172
3.2.- <u>PRESENCIA DE LAS RELACIONES AGRARIAS CAPITALISTAS EN LAS COMARCAS DE LA REGION</u>	179
3.2.1.- CONCENTRACION DE SUELO	179
3.2.2.- PROLETARIZACION AGRARIA COMARCAL	184
3.2.3.- IMPLANTACION DIRECTA EN LA PRODUCCION	188
3.2.4.- MONOPOLIZACION DE LA DISTRIBUCION AGRARIA	194
3.3.- <u>EFFECTOS DE LA PENETRACION URBANA Y DEL CAPITAL AGRARIO EN LAS COMUNIDADES CAMPESINAS DE LA REGION</u>	197
3.3.1.- EXTRACCION DE EXCEDENTES Y RECURSOS DE SUELO	198

3.3.1.1.- <u>Análisis de los factores más determinantes</u>	198
3.3.1.2.- <u>Factores secundarios</u>	206
3.3.2.- FUERZA DE TRABAJO. EMBARGO DIRECTO E INDIRECTO DE EXCEDENTES Y RECURSOS	223
3.3.3.- ABSORCION DE EXCEDENTES DE LA PRODUCCION	240
3.3.4.- ABSORCION DE EXCEDENTES POR LA VIA DE LA DISTRIBUCION DE LA PRODUCCION	257
3.3.5.- EXTRACCION DE EXCEDENTES DEL CONSUMO	263
TERCERA PARTE. ORGANIZACION SOCIAL	290
4.- TIPOS DE FAMILIA	293
4.1.- <u>TAMAÑO Y COMPOSICION</u>	294
4.1.1.- EFECTIVOS	295
4.1.2.- DISTRIBUCION POR EDAD Y SEXO	305
4.2.- <u>DIVISION SOCIAL DEL TRABAJO</u>	312
4.2.1.- INTENSIDAD DEL TRABAJO FAMILIAR	313
4.2.2.- ESPECIALIZACION DE FUNCIONES	321
4.2.3.- RELACIONES DE RECIPROCIDAD Y COOPERACION INTERFAMILIAR	344
4.2.3.1.- <u>Vegas</u>	347
4.2.3.2.- <u>Lozoya-Somosierra</u>	353
4.2.3.3.- <u>Area Metropolitana y Guadarrama</u>	363
4.2.3.4.- <u>Campaña y Suroccidental</u>	368
4.3.- <u>FORMACION Y CONTINUIDAD DE LA FAMILIA</u>	372
4.3.1.- MATRIMONIO	373
4.3.2.- HERENCIA	388
5.- TIPOS DE COMUNIDAD	398
5.1.- <u>PRESENCIA DE GRUPOS NO CAMPESINOS</u>	400
5.1.1.- GRUPOS URBANOS	406
5.1.1.1.- <u>Grupos que trabajan y/o residen en el espacio de la comunidad, relacionados</u>	

<u>con los vecinos por su parentesco o afinidades de otro género</u>	411
5.1.1.2.- <u>Grupos que trabajan en el espacio de la comunidad sin ninguna vinculación con los vecinos</u>	417
5.1.1.3.- <u>Grupos que residen en el espacio de la comunidad sin ninguna vinculación con los vecinos</u>	420
5.1.1.4.- <u>Grupos que residen y trabajan en el espacio de la comunidad sin ninguna vinculación con los vecinos</u>	431
5.1.2.- EMPRESARIOS AGRARIOS CAPITALISTAS	444
5.1.2.1.- <u>Empresarios de comercialización y transformación de productos agrarios a gran escala y sin afinidad con los vecinos</u>	447
5.1.2.2.- <u>Empresarios de comercialización y transformación de productos agrarios a pequeña escala y con afinidad con los vecinos</u>	449
5.1.2.3.- <u>Productores con niveles medios de afinidad con los vecinos</u>	450
5.1.2.4.- <u>Productores con alta afinidad con los vecinos</u>	454
5.1.3.- PROLETARIADO AGRARIO	458
5.2.- <u>VERTICALIDAD Y HORIZONTALIDAD VECINAL</u>	463
5.2.1.- MEDIADORES ENTRE LA COMUNIDAD Y LA SOCIEDAD MAYOR	465
5.2.1.1.- <u>Patronazgo tradicional</u>	471
5.2.1.2.- <u>Patronazgo moderno</u>	474
5.2.1.3.- <u>Sistemas de mediación mixta</u>	479
5.2.2.- ESTRATIFICACION SOCIAL COMUNITARIA	483
5.2.2.1.- <u>Factor tierra</u>	485
5.2.2.2.- <u>Factor trabajo</u>	494
5.2.2.3.- <u>Factor producción</u>	501
5.2.2.4.- <u>Factor distribución</u>	506
5.2.2.5.- <u>Factor consumo</u>	512
5.3.- <u>INSTITUCIONALIZACION DE LA VIDA COMUNITARIA</u>	518
5.3.1.- ORGANIZACIONES IMPUESTAS	519
5.3.1.1.- <u>Ayuntamientos</u>	521

5.3.1.2.– <u>Organizaciones urbanas</u>	530
5.3.1.3.– <u>Cámaras agrarias</u>	537
5.3.2.– ORGANIZACIONES COMUNITARIAS	543
5.3.2.1.– <u>Coaliciones de bar y en torno a otros lugares públicos de la comunidad</u>	550
5.3.2.2.– <u>Hermandades</u>	553
5.3.2.3.– <u>Peñas</u>	558
5.3.2.4.– <u>Organizaciones exclusivas de los vecinos</u>	566
CONCLUSIONES	584
<u>SOBRE EL PUNTO DE PARTIDA</u>	585
<u>EVALUACION DE LOS FENOMENOS Y PROCESO DE CAMBIO</u>	589
<u>PENETRACION DEL CAPITAL AGRARIO EN EL CAMPO Y NIVEL DE SUSTITUCION DE LA EXPLOTACION FAMILIAR</u>	595
<u>COEXISTENCIA DE LA EXPLOTACION FAMILIAR CON EL MODO DE PRODUCCION CAPITALISTA</u>	601
<u>ARTICULACION DE LA ORGANIZACION SOCIAL CAMPESINA CON LA SOCIEDAD MAYOR</u>	612
<u>LA VIGENCIA DEL CAMPESINADO MADRILEÑO</u>	625
ANEXO. LISTADO DE MUNICIPIOS POR COMARCAS	627
BIBLIOGRAFIA	635
<u>REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS</u>	636
<u>BIBLIOGRAFIA NO CITADA</u>	658

INTRODUCCION

El estudio de la evolución de las distintas culturas que componen nuestro mundo, su vigencia, y las relaciones que se establecen entre ellas no sólo resulta fundamental para llegar a entender las claves de la historia de los diversos grupos y subgrupos humanos. Además es esencial para revisar un buen número de concepciones teóricas, planteamientos metodológicos y conclusiones de campo que con excesiva frecuencia nos inducen a pensar en términos lineales, a contemplar estáticamente y descontextualizados los cambios que experimentan las sociedades.

En esta línea, nos preocupa de una forma especial el conocimiento de las leyes de evolución sociocultural que explican el funcionamiento de aquellas culturas que, de manera casi general, se consideran marginales o en trance de desaparición, como sucede con el campesinado. Y ello, porque, entre otras razones, no debe darse por cerrado ningún tema de investigación que se refiera a un grupo humano vivo ni parece pertinente limitarse a marcar su ritmo de desaparición, máxime cuando, como ocurre con el campesinado, su carácter residual y agónico, tan ampliamente defendido y difundido por las ciencias sociales, cada vez se torna menos cierto. La continua presencia de los campesinos en todos los países del planeta, incluso en los más industrializados, la vigencia de sus estructuras socioeconómicas e ideológicas y su resistencia a ser aniquilados inexorablemente por el mero discurrir de la historia justifican la necesidad de seguir investigando y preguntándonos acerca de su evolución. Disminuidos en número, erradicados de espacios antes exclusivamente suyos, empobrecidos, cada vez más subordinados a la sociedad mayor, con su modo de vida y de relacionarse sumamente alterado y con su sistema ideológico fuertemente penetrado por instancias foráneas, los campesinos siguen estando presentes y es preciso responder a las incógnitas que hasta ahora no han sabido dar cuenta de su capacidad para mantenerse históricamente.

De la mano de R. Luxemburgo, A.V. Chayanov y, más tarde, de K. Polanyi, del evolucionismo multilíneal, de la sociología rural francesa de los años setenta y de los teóricos del subdesarrollo comprobamos que no hay razón alguna para considerar a ningún grupo social actual como un antepasado contemporáneo, que se halla en un anterior estadio evolutivo. Advertimos que el campesinado se halla en el mismo estadio evolutivo que otras

formaciones sociales, pertenecientes a sociedades urbanas, y que se encuentra integrado en una sociedad más amplia y compleja, con la que establece unas relaciones desiguales y dependientes, que alcanzan su máximo índice de asimetría por efecto de la dominación que sobre aquél ejerce el Estado. Y aprendimos también que en el interior de una misma cultura se encuentra una gran diversidad de tipos culturales que subsisten articulados con ella, que cada uno de éstos posee sus propios códigos y estructuras y que la relación existente entre todas esas formas culturales no debe en modo alguno medirse o valorarse por un patrón único, por mucho que sea el hegemónico o mayoritario. De esta manera, en toda cultura un número considerable de características sólo son compartidas por ciertos individuos, no son comunes a todos los miembros que componen la sociedad global. Hay ideas, hábitos y respuestas que son de rango universal, patrimonio general para el conjunto de los integrantes de la sociedad, pero a la par existe toda una serie de elementos culturales que sólo afectan a colectivos diferenciados objetiva y subjetivamente, que por su especificidad no incumben a la totalidad de los individuos. En realidad, la cultura total de una sociedad es en esencia un conglomerado de subculturas propias de los diferentes grupos, subgrupos, sectores e individuos que la integran, dándose una coexistencia de patrones culturales que se inspiran en formas de vida distintas. Estas subculturas específicas, entre las que se encuentra la campesina, son tales en cuanto partes de la cultura mayor o total. Sin embargo, si las consideramos en sí mismas, veremos que poseen sus propios sistemas de ordenación, reglas y códigos significativos, que son autónomas. Ahora bien, a pesar de sus vínculos con la cultura más extensa, no siempre existen en armonía con ella, ya que pueden incorporar sistemas no aceptados en ésta y resistir las tendencias hacia una homogeneización creciente. Esto último sucede incluso en aquellos casos en los que la aculturación es más intensa, cuando se configura una mayor dependencia de la entidad parcial y reducida respecto a la total y más amplia. No es otro el proceso experimentado por la cultura campesina.

No obstante, en este proceso de redefinición del campesinado, de destruir ideas mal adquiridas y de tirar de tantos cabos sueltos, nos pareció especialmente significativo preguntarnos acerca del campesinado en aquellas áreas en las que la existencia de una cultura específicamente campesina fuera más difícil de demostrar, como acontece en los territorios de grandes aglomeraciones urbanas. De este modo, si aun en estos espacios lograba encontrarse las señas de la identidad campesina, su vigencia parecería un hecho bastante incuestionable incluso en las circunstancias más adversas. Así, la elección de la actual Comunidad de Madrid para llevar a cabo una investigación sobre la vigencia potencial del campesinado nos pareció idónea, dadas sus características de gran centro urbano e industrial en progresiva expansión y las importantes transformaciones que, como consecuencia inmediata de este crecimiento, se habían venido operando en su agro en el presente siglo y, especialmente, desde los años cincuenta. Al tiempo, la subordinación, que experimenta el campesinado frente a la sociedad mayor y respecto a las formaciones sociales pertenecientes a ella, se incrementa en esta región más que en la mayoría de las áreas españolas.

Con todo, he de señalar que junto a tales razones, que explican la aptitud de la zona de

estudio, se encuentran otras que en gran medida motivaron esta elección y que, por otra parte, se relacionan con las ya mencionadas: el conocimiento de la diversidad cultural en nuestra realidad más inmediata; la convicción de que no es preciso remontarse a territorios alejados espacialmente para hallar modos de vida diferentes de "nuestro mundo", que justifiquen la labor del antropólogo y la propia validez científica de la antropología. Asimismo, resultaba conveniente no seguir identificando la región de Madrid con la metrópoli y con su área de influencia, obviando la presencia de numerosas comunidades campesinas que, aun habiendo experimentado profundas y amplias transformaciones, continuaban perviviendo. En esta línea, nuestro estudio está fuertemente imbricado con la realidad sociocultural de la región en la que se inscribe, procediendo al análisis de cada uno de los niveles que componen la cultura campesina, ya sea en el plano económico o en el social, por referencia a las relaciones que se establecen entre estos subsistemas y los correspondientes de la cultura mayor y de las formaciones sociales urbanas que coexisten con las comunidades campesinas.

Así pues, el doble móvil de este estudio lo constituye, en primer lugar, la necesidad de explicar la evolución de la sociedad campesina de la región de Madrid y sus relaciones con el conjunto de la cultura en aquellas áreas, en las que pudiera presumirse que no existen ya puntos de contacto entre otros grupos sociales que no sean los urbanos. Y en segundo término, viene dado por el imperativo de definir y encajar en un contexto no marginal y aislado, sino culturalmente específico, las múltiples y significativas experiencias que en todos los ámbitos de su vida dejan constancia aún los campesinos de la región de Madrid. Inicialmente el punto de partida de esta investigación tan sólo radicaba en un desacuerdo teórico y metodológico con los presupuestos fundamentales, en los que se basan las principales teorías sobre la desaparición del campesinado, así como en el convencimiento casi intuitivo de que había una ruptura entre las leyes culturales formuladas por esos principios teóricos y los numerosos ejemplos, que parecían demostrar en la práctica una evolución de signo contrario. Sin embargo, a medida que los datos recogidos del trabajo de campo se hacían lo suficientemente significativos como para formular conceptos, constantes y modelos, fue siendo posible diseñar con carácter provisional unas herramientas de análisis que podían ser usadas como hipótesis viables, como interrogantes con fundamento real.

Sin duda, las experiencias realizadas en otros lugares con la orientación teórica y metodológica, que nosotros decidimos seguir, y con objetivos similares a los nuestros nos han proporcionado una valiosa ayuda a la hora de seleccionar los aspectos fundamentales sobre los que construir el almacén básico de nuestro estudio. Gracias a esas experiencias hemos podido entender puntos oscuros y limitaciones y llegar al convencimiento de que todos y cada uno de los conceptos son selectivos, no habiendo ninguna razón para abandonarlos por el simple hecho de que sólo aporten parte de la realidad y no la totalidad de ella y de que, en consecuencia, el exigir demasiado de ideas y planteamientos podía ocasionar que el conjunto de la investigación incurriera en el dualismo de los hechos totalmente empíricos o en meras construcciones absolutas, resultando ambas situaciones de escasa utilidad analítica. A la postre, fue factible encontrar razones que por su relevancia, por no reducirse tan sólo a

vestigios aislados, como en un principio pudiera haberse sospechado, posibilitaron llegar a establecer unas constantes cualitativas y todo un cúmulo de variables, que parecieron significativamente operativas para elaborar unas conclusiones aceptables acerca de la continuidad del campesinado madrileño, como grupo social específico con una cultura propia. Igualmente esas razones nos permitieron hallar indicios racionales que, al menos por lo que se refiere al presente y a un futuro inmediato, no avalan los estudios que, referidos a la Comunidad de Madrid, dan por supuesto la inminente extinción de los campesinos o que sólo los tienen en cuenta como mero objeto de tratamiento arqueológico. Si bien estas conclusiones pueden parecer originales, hemos de decir que tan solo presentan cierta novedad en lo relativo al ámbito en que se enmarcan, ya que se han obtenido similares resultados en Holanda, Dinamarca, Francia, Grecia e Italia, dentro del área europea, y en numerosos países americanos.

Entrando ya en el contenido de esta tesis, hemos de señalar que se estructura en tres apartados básicos.

El primero de ellos hace alusión a la polémica teórica, metodológica y práctica planteada en el seno de las ciencias sociales sobre la desaparición o no del campesinado. A tal fin se exponen las teorías acerca de la exclusividad del modo de producción capitalista, basadas en la superioridad de la gran explotación agraria sobre la pequeña, en la transformación social de los campesinos en proletarios y burgueses y en la absorción de la agricultura por la industria. La supuesta generalización en el agro de las explotaciones sin tierras y de la integración vertical del sector agropecuario en la industria fundamentan tales argumentos, así como una interpretación determinada de los procesos de emigración rural y de la crisis que sufren las unidades de producción campesina a causa de su endeudamiento, de su especialización e intensidad productiva y de su dependencia frente a los "inputs" de naturaleza industrial. El control de la comercialización y transformación de productos agrarios y el supuesto atraso cultural de los campesinos completan las evidencias que, según las teorías sobre la exclusividad del modo de producción capitalista, aseguran una pronta e irremediable descampesinización del agro.

Frente a estos presupuestos se esgrimen las teorías acerca de la coexistencia del campesinado con el capitalismo, que insisten en que la sociedad campesina no se encuentra aislada sino vinculada al sistema capitalista en su conjunto y que posee sus propios ámbitos analíticos, por lo que no se le puede aplicar las nociones y categorías propias de otros modos de producción y, dentro de ellos, del capitalista. Desde este posicionamiento se asegura, a la vez, que la dependencia del campesinado respecto a la sociedad mayor es su nota más característica y la que explica el conjunto de sus intensos procesos de cambio y de crisis, nunca sinónimos de su desaparición sino de su posición asimétrica. Se afirma además que el campesinado no es un vestigio del pasado ni una forma cultural de vigencia transitoria, sino que, no correspondiéndose ni con el proletariado ni con la burguesía, su identidad social resulta diferente de ambas clases y está asegurada por la propia idiosincrasia de la explotación campesina, mucho más apta para sobrevivir históricamente en el agro que cualquier unidad

de producción de naturaleza capitalista. En este sentido, se niega la superioridad de la gran explotación sobre la pequeña y se subraya la especial capacidad que tiene la unidad de producción campesina para resistir la renta de la tierra, la escasa división del trabajo social que permite la actividad agropecuaria –clima, ritmo biológico de los seres vivos, conocimiento del oficio– y unos precios por los productos agrarios habitualmente bajos; es decir, unos obstáculos que resultan, por contra, insalvables para la penetración y el desarrollo del capital en el campo. A la par, se insiste en la particular aptitud que tiene el campesinado para adaptarse a los cambios y a la subordinación que le impone el modo de producción capitalista, como lo demuestran, por un lado, el ejercicio de la agricultura a tiempo parcial, de la reciprocidad y del cooperativismo; y por otro, su idoneidad para paliar el fenómeno estructural de paro y mantener la calidad del medio ambiente natural.

Partiendo de los presupuestos de ambas teorías, la segunda parte de esta tesis trata de hallar la justeza de uno u otro planteamiento en los hechos que evidencia la organización económica del campesinado madrileño. Para ello, aparte de analizar a nivel regional cómo se estructura la vida material de los campesinos de la Comunidad de Madrid, se define una tipología de las distintas comunidades que le vertebran. De esta manera, examinamos, tanto en el ámbito de las diferentes comunidades homogéneas como de la región, hasta qué punto han penetrado las relaciones agrarias capitalistas y, sobre todo, las urbanas, así como los efectos que generan ambas incursiones, mediatizadas por la extracción de excedentes y recursos de suelo, fuerza de trabajo, producción, distribución y consumo que sufren los campesinos madrileños.

Y, por último, la tercera parte de nuestra tesis, también de la mano de las teorías sobre la desaparición o no del campesinado, se refiere a la organización social de los campesinos madrileños, examinando el nivel de alteración y vigencia de la familia y la comunidad. Así, al hablar de la familia, analizamos como ha influido la sociedad mayor en su tamaño y composición, en la división social de su trabajo y en su formación y continuidad por la vía del matrimonio y de la herencia. Y, al aludir a la comunidad, contemplamos la exclusividad de su territorio y la variable verticalidad que acusan sus miembros y sus instituciones como consecuencia, básicamente, de la presencia de grupos no campesinos en su espacio; al tiempo que resulta obligado considerar la mayor o menor vigencia que manifiesta la institucionalización de la vida comunitaria.

Por lo demás, al margen del contenido de la tesis, queremos remarcar que es también objetivo suyo demostrar que es factible que la antropología aborde análisis que van más allá de los estudios típicos de comunidad. Aunque la comunidad constituye la unidad significativa básica, a partir de la que inducimos las conclusiones para el conjunto de la región y para cada una de sus comarcas, éstas últimas, en tanto agrupaciones de comunidades homogéneas, conforman el marco territorial, al que referimos nuestro análisis regional y sobre el que definimos los distintos tipos campesinos existentes en el ámbito global de la Comunidad de Madrid. La amplia escala utilizada no es, por consiguiente, fruto de una elección caprichosa o meramente experimental, sino consecutiva con los propios objetivos que se propone este estudio. Se trata de fundamentar de la forma más generalizada y veraz posible la vigencia o

no del campesinado madrileño, sin dejarnos sorprender por lo marcado por una sola o varias comunidades. Por otra parte, el abordar un marco espacial tan extenso nos permite matizar con mayor claridad que en el seno de una única comunidad el espectro que presenta esa vigencia. A la vez, este vasto ámbito explica las constantes comparaciones efectuadas a lo largo de todo el trabajo entre unas y otras comarcas, ya que potencia la visión de la diversidad interna que posee la región de Madrid entre unas y otras áreas.

Ahora bien, hemos de tener en cuenta que la profundidad y minuciosidad que suelen conllevar los estudios de comunidad, tanto a nivel de datos estadísticos –exámenes de censos, recuentos pormenorizados– como de trabajo de campo –análisis de discursos y situaciones, informaciones detalladas, percepciones subjetivas–, no son viables en los tratados de tan extensa escala espacial. La óptica, por tanto, que hemos utilizado, abunda más en lo genérico que en lo particular y a menudo no nos ha permitido por su multiplicidad reparar en aspectos concretos que, de emplear el punto de mira de los estudios de comunidad, podrían echarse de menos, sobre todo al aludir a la organización social de los campesinos madrileños. Así, esta tesis debe ser mirada con los parámetros con los que de manera intencionada se ha elaborado.

No nos resta, sino agradecer la atenta, estrecha y siempre eficaz tutela del director de esta tesis: D. José Luís García García; la gran paciencia y consideración demostrada por el Departamento de Historia de America II –Antropología de America–, al prorrogar durante tanto tiempo la entrega de este trabajo; y la comprensión brindada por el anterior y el actual ponente de mi tesis: D. Rafael Díaz Maderuelo y D. Carlos Caravantes García.

PRIMERA PARTE. PUNTO DE PARTIDA

1.- LA POLEMICA SOBRE LA DESAPARICION DEL CAMPESINADO

El destino histórico del campesinado en el siglo XX ha sido estudiado y debatido por los científicos sociales desde muy diferentes enfoques teóricos y metodológicos, dando lugar a la formulación de leyes evolutivas de signo marcadamente contrario. Por un lado, hay que referirse a las teorías acerca de la exclusividad del modo de producción capitalista y, por otro totalmente opuesto, al pensamiento sobre la coexistencia del campesinado con el capitalismo.

De ambos posicionamientos teóricos, el primero ha sido, ya desde finales del siglo pasado, el imperante en el ámbito de las ciencias sociales, mientras que el segundo, expresado como corpus mucho más tardíamente, apenas ha logrado transcender el pensamiento de sus creadores e impulsores.

Antes de examinar el contenido de uno y otro corpus teórico, señalaremos que, frente a las contribuciones de los sociólogos, politólogos y economistas, las aportaciones de los antropólogos al análisis y debate sobre el destino histórico del campesinado en España han sido, y son puntuales. De ahí, la deuda histórica que obliga a la antropología española a realizar el esfuerzo de ponerse a la altura de la polémica y del conocimiento científico existente sobre este tema, aportando ideas y etnografías.

1.1.- LAS TEORIAS SOCIALES ACERCA DE LA EXCLUSIVIDAD DEL MODO DE PRODUCCION CAPITALISTA

Del conjunto de estas teorías destaca singularmente la escuela que E. Sevilla de Guzmán (1981a: 121) denominó "crítica y conflictivista". Nos referimos a la tradición, que se basa en que los procesos de desarrollo económico llevan inexorablemente unida la desaparición del campesinado; al que se considera una formación social¹ primitiva y arcaica.

Tal enfoque tuvo especial relieve desde principios de siglo en la teoría social europea y norteamericana, alimentado por una realidad histórica, en la que la evolución del capitalismo significaba la desorganización del campesinado, la liquidación del sistema feudal en los Estados periféricos, la aceleración de los procesos de industrialización en los territorios centrales con mayor progreso económico y, además, la emergencia y consolidación de la figura del "homo oeconomicus" diametralmente opuesta a la del campesino. Auténtico protagonista del sistema que organizaría la economía mundial desde mediados del siglo XIX, este "homo oeconomicus" será profusamente analizado por la ciencia económica clásica y neoclásica² como un sujeto hedonista, pragmático, calculador, con marcado "afán por mejorar la propia condición" (Veblen, 1899: 76) y que "actúa en el mercado de competencia buscando maximizar su utilidad como consumidor y su beneficio como empresario" (Racionero, 1985: 22).

El principal círculo europeo, defensor de esta corriente teórica y metodológica, se localizó desde finales del siglo XIX en Rusia y Alemania. Aquí fué, donde con mayor fuerza arraigaron las teorías de J. Plejánov y L. Martov y, en especial, de V.I. Lenin y K. Kautsky

sobre la desaparición del campesinado, favorecidas por el vacío ideológico y la óptica "conflictivista" (Sevilla de Guzmán, 1981a: 121) del pensamiento de K. Marx respecto al tema (1967, 1974), y por la formulación unilineal de los modos de producción desplegada posteriormente por J. Stalin.

Aunque K. Kautsky (1974: 155) reconocía, al igual que otros pensadores de su entorno, la presencia de elementos atípicos del capitalismo, como era el caso de la pequeña explotación agraria y de otros componentes feudales, partía de la idea de la homogeneización en el sistema capitalista y, por tanto, del carácter transitorio y residual de todo componente disforme, que sería integrado espontáneamente o mediante la vía de la reforma agraria.

Que la evolución del capitalismo generaba inevitablemente el fenómeno de la "descampesinización" (Sevilla de Guzmán, 1979: 203) era un principio teórico básico para este círculo intelectual, cuyo ala más radical se encargaría de profundizar, al señalar que, más que analizar la certeza de la desaparición del campesinado, era preciso determinar la forma y velocidad de su final. Bajo la industria, verdadero motor de la transformación capitalista, la agricultura campesina quedaría, primero, superada, luego, subordinada y, más tarde, destruida.

Sólo la oposición de ciertos sectores de los llamados "teóricos revisionistas" de la socialdemocracia alemana, los populistas más rigurosos y los románticos decimonónicos matizaría este pensamiento troncal, analizado medio siglo más tarde por T. Shanin:

El capitalismo decimonónico, de carácter joven y optimista, influyó considerablemente en la perspectiva adoptada por el marxismo acerca de dicho sistema. Se le veía como un sistema agresivo, constructivo, superenergético y abrumador en su capacidad de difusión. Como el dedo de Midas que convierte en oro todo lo que toca, así también el capitalismo convierte en capitalismo todo lo que toca. El único límite es el planeta en que vivimos (Shanin, 1979b, 11: 8).

La superioridad de la gran explotación agraria sobre la pequeña constituía para este círculo intelectual otra de sus ideas fundamentales; magistralmente tratada ya en 1899 por K. Kautsky en *La cuestión agraria*³ (1974: 101) y por V.I. Lenin en *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1974:76).

En ambas obras se expresaba que, a causa del aumento de eficiencia que permitía la técnica moderna y los nuevos medios y conocimientos de producción, la pequeña explotación familiar desaparecería para dar paso a grandes empresas agrarias capitalistas, industrializadas, con propiedad privada de la tierra, personal asalariado y producción capitalista de mercancías. Dada la absoluta necesidad de aplicar la técnica moderna a la agricultura a fin de hacerla viable, las fuertes inversiones que requeriría este proceso de modernización sólo resultarían rentables y posibles en empresas de grandes dimensiones. Frente a ellas y en una economía de mercado la agricultura familiar de carácter artesanal se presentaría ineficiente y, mientras los pequeños campesinos se verían abocados a la ruina y la emigración, las explotaciones de tipo medio a duras penas podrían resistir sus deudas crecientes. Además agricultura e industria, impulsadas bajo el capitalismo por unas mismas condiciones y necesidades sociales, habrían de configurar una sólida unidad.

Y ello, pese a que K. Kautsky en el prólogo a la edición francesa de *La cuestión agraria* reconociera, por un lado, que la agricultura tenía sus leyes peculiares, distintas de las de la industria; y de otra parte, que la tendencia al hundimiento de la explotación campesina podía retrasarse a consecuencia de algunos factores. Así, la pequeña explotación podría convertirse temporalmente en complementaria de la grande por su capacidad de dotar de excedentes y fuerza de trabajo a los grandes propietarios y, sobre todo, de mantener en el campo una actitud política conservadora y una defensa del concepto de la propiedad privada.

Finalmente, según expuso V.I. Lenin en *El desarrollo del capitalismo en Rusia* y en otros escritos de su primera época⁴, se aseguraba que la evolución del capitalismo en el agro produciría una inevitable metamorfosis social de los sectores campesinos; transformándose, algunos, en burgueses y, la mayoría, en proletarios. Aquéllos que consiguieran adaptar su explotación a una economía capitalista, potenciando los valores de cambio de su agricultura sobre su valor de uso, pasarían a engrosar el estrato de los campesinos ricos o de la burguesía agraria. En contraposición, se convertirían en asalariados quienes, anclados en los valores de uso de su explotación, no pudieran resistir el peso del continuo y creciente desarrollo de las fuerzas productivas, de la intensificación de las relaciones de mercado y de la división del trabajo social.

Todo este proceso originaría, según V.I. Lenin, la "formación de nuevos tipos de población en el campo" (1974: 78) coherentes con, y base de, una sociedad en la que domina la producción capitalista. Estos tipos desplazarían por completo a los viejos pobladores rurales al compás de la desaparición del aislamiento local y de la dispersión del pequeño campesino, de la transformación de la agricultura rutinaria y uniforme en "una ocupación comercial e industrial" de gran variedad técnica, de la "valoración social del mercado" hacia el "producto del trabajo del agricultor", y de la sustitución de las "diversas formas de servidumbre y de dependencia individual por contratos de compraventa de fuerza de trabajo" (1975a: 44). En suma, el campesinado iría eclipsándose en función de la intensificación de las contradicciones entre el "carácter individual" de cada explotación y el "carácter social de la gran agricultura capitalista" (1975b: 72).

Este posicionamiento teórico estaba en consonancia, por otra parte, con cuanto ya había señalado K. Marx en *Teorías de la plusvalía* y en *El Capital*. De este modo, coincidiendo con F. Engels (1975: 446), K. Marx acepta un paralelismo total entre el desarrollo de la agricultura y el de la industria bajo las condiciones del capitalismo, define la tendencia dicotómica de las formaciones sociales en el campo y concibe el final de los campesinos como una contribución al progreso de la humanidad, ya que estos conforman "una clase de bárbaros que están a medias fuera de la sociedad, que combina toda la rudeza de las formas primitivas de la sociedad con la angustia y la miseria de los países civilizados" (Marx, 1967: 813. t. 3). Asimismo ese pensamiento de V.I. Lenin era también deudor de los *Grundrisse der kritik der politischen oekonomie* de K. Marx, tal como se desprende de estos textos marxianos seleccionados críticamente por A. Palerm:

Los procesos históricos de disolución son los siguientes: disolución de las relaciones serviles que atan al trabajador al suelo y al dueño del suelo...; disolución de las relaciones de propiedad que constituyen al trabajador libre, al pequeño propietario o rentero libre, o al campesino libre; disolución de las relaciones gremiales que presuponen que el trabajador es dueño del instrumento de producción y del trabajo mismo...; disolución de la relación de clientela en sus diferentes tipos, en la cual los no-propietarios aparecen como co-consumidores del excedente producido por los seguidores de su señor...

Un análisis más detallado mostrará que lo que se disuelve en todos estos procesos son las relaciones de producción en las cuales predomina el valor de uso, la producción para el uso inmediato (Palerm, 1976: 19).

Este enfoque del círculo ruso y alemán imperó hasta la década de los ochenta en la teoría social realizada en Europa y Norteamérica y, aún hoy, define ampliamente la corriente seguida por los estudios campesinos en ambas áreas tanto desde la óptica liberal como bajo la perspectiva marxista. En efecto, el corpus científico, formulado por los círculos intelectuales marxistas existentes en Rusia y Alemania a finales del siglo XIX y principios del XX, no ha diferido del eje básico sobre el que la teoría social, imperante en Europa y Norteamérica hasta los años ochenta, fundamenta sus ideas sobre la disolución histórica del campesinado.

Los trabajos de V. Pérez Díaz sobre la proletarianización y despoblación del agro en España resultan sumamente ejemplificadores de la influencia en nuestro país de este modelo de pensamiento durante los años sesenta y setenta. Igualmente los análisis de M. Etxezarreta acerca de la superioridad de la gran explotación agraria sobre la pequeña representan, también en España, una de las mayores plasmaciones de este corpus teórico.

A la luz de las ideas expuestas, buena parte de los teóricos sociales europeos y norteamericanos insiste en la convicción de que la desaparición del campesinado es incuestionable, de que la agricultura se configura como una simple rama de la industria, y de que esto no es más que un síntoma inequívoco de progreso.

De esta manera lo enuncia E. Bayo: "El desarrollo económico no admite retrocesos; sus conquistas independientemente de que se hayan asentado sobre el dolor y la injusticia social, o precisamente por eso mismo, son un signo de progreso" (Bayo, 1973: 17). Esta concepción del progreso moldeada por la civilización del "Occidente reciente, a la que expresa", introduce en el campo un nuevo sistema de valores que ahonda "en el trabajo arduo, el espíritu de empresa, una visión favorable del cambio social y una fe fundamental en la prosperidad material" (Redfield y Singer, 1979: 323-324).

1.1.1.- SUPERIORIDAD DE LA INDUSTRIA FRENTE A LA AGRICULTURA

Se entiende que la actividad económica agraria nunca podrá competir con la industrial, tanto en lo relativo a la producción de mercancías como en lo concerniente al aprovechamiento de los avances técnicos. Y, como consecuencia, se cree preciso la industrialización de la agricultura, de forma que pueda pervivir procurando una amplia producción, alcanzando ritmos de intensidad fabril y renovándose tecnológicamente. Para ello la agricultura habría de seguir los modelos evolutivos que ya conociera la historia de la industria (Miguel, 1969: 30).

Este modo de pensar se justifica fundamentalmente en base a tres evidencias principales: la transferencia de capital que genera la propia evolución del sistema económico, la crisis que sufre la explotación campesina y el desencadenamiento de un profundo movimiento migratorio.

En efecto, es incuestionable que en los países industrializados la tendencia espontánea del sistema socioeconómico y político, propio del modo de producción capitalista⁵, no es otra que la ya manifestada paradigmáticamente a finales del siglo pasado en Inglaterra con la puesta en práctica de las "corn-laws"⁶ (Hobsbawm, 1972). En ellos se tiende a generar una gran acumulación de capital, a base de sustituir la producción agraria propia por los productos importados de las colonias, donde por razones históricas no existe el impedimento de la renta de la tierra. Tiene lugar, así, un fenómeno de transferencias de unos países a otros, mediante el cual la presencia de campesinos en la periferia de las áreas industrializadas conlleva la pérdida de los mismos en las zonas más prósperas del planeta. Una mayor desaparición del campesinado en los territorios industrializados se corresponde con un superior protagonismo en los subdesarrollados. De esta forma, por ejemplo, la abundancia de campesinos en la India posibilita una menor existencia en Inglaterra.

Una segunda evidencia, que avala la teoría de la descampesinización, viene dada por la crisis de la explotación campesina en la fase actual de evolución del capitalismo. Esta crisis surge cuando el pequeño agricultor se ve obligado a producir, en mayor y creciente medida, para un mercado cada vez más unificado y a comprar cantidades superiores de "inputs" (piensos, fertilizantes, maquinaria, fitosanitarios...), sintiéndose forzado a recurrir progresivamente al crédito; razón por la que multiplica su dependencia del capital día tras día. En este contexto, cuando los campesinos intentan mantener en lo esencial su modo de producción –esforzándose en continuar siendo propietarios de las condiciones de su trabajo para obtener en el mercado el valor de sus productos–, en el nivel del sistema global, y por efecto del capitalismo industrial, se operan varias tendencias.

En un primer momento, se genera una tendencia a despojar al campesino de la propiedad real de sus medios de producción, debido a la continua elevación de la proporción de capital constante que debe emplear la explotación familiar para adquirir y reproducir unos bienes, que la dinámica productiva del agro torna necesarios y que se imponen como tales desde el sector industrial. Estos bienes de producción se le venden al campesino por parte de las empresas suministradoras de carácter monopolista a un precio muy superior a su valor, usando para ello unas técnicas de venta similares a las empleadas para promocionar los bienes de consumo: redes comerciales potentes y ramificadas, campañas publicitarias, facilidades de financiación...

Al no poseer, por lo general, el campesino el capital suficiente para efectuar estas compras que requieren, cada vez más, crecientes sumas de dinero, debe recurrir a las líneas de crédito existentes, que sólo consigue amortizar a costa de un grave menoscabo del nivel de subsistencia de la explotación familiar. Y esto, en muchas ocasiones, cuando los bienes de producción adquiridos se han desgastado por su intenso uso y/o se han quedado técnicamente obsoletos a causa de los constantes avances técnicos.

Para contrarrestar esta primera tendencia que contrapone la significación creciente del capital circulante al capital-tierra y obtener la propiedad de sus medios de producción, el campesino deberá, por tanto, poder efectuar una amortización financiera y técnica, que su nivel de renta no siempre le permite. Este esfuerzo desencadena, por otra parte, la transformación de la agricultura en un importantísimo mercado para la industria, que rinde altos beneficios devengados por el progreso técnico y la evolución del propio sector agrario. Fruto a la par de la necesidad de contrarrestar esta primera tendencia es la especialización productiva, a la que se ven abocados los campesinos, desde el momento en que no les resulta posible adquirir todos los equipos necesarios para ejercer la tradicional variedad de su explotación agropecuaria, debiendo centrarse en aquellas producciones que puedan mecanizar y modernizar.

Una segunda tendencia genera un aumento continuo de la productividad e intensidad del trabajo de toda la familia campesina, así como la limitación de sus ingresos a una cuantía fija y poco elevada. Al ser los precios de venta de sus productos inferiores al valor medio de elaboración, los campesinos se ven obligados a intensificar y diversificar su producción y, por consiguiente, su trabajo y el de todos los miembros de su familia. Ello, además, les impulsa a buscar incesantemente nuevas técnicas y a desarrollar y mejorar sus medios de producción, con el fin de reducir lo más posible su nivel de esfuerzo y el del resto de los efectivos de la unidad familiar. La necesidad de imprimir a su trabajo una productividad superior a la media les conduce asimismo, al igual que lo hace el tener que abastecer a un mercado creciente, hacia la compra de "inputs".

Sucede, por otro lado, que la continua búsqueda de nuevas técnicas, su adopción rápida y el aumento del esfuerzo familiar genera un aumento ininterrumpido de la productividad, provocando una bajada del valor de los precios agrarios; razón por la que los campesinos se hallan enganchados a un eterno círculo vicioso. De hecho, ello explica que algunos hayan optado por replegarse a un régimen de autosubsistencia con métodos de producción y consumo que demandan pocos recursos monetarios, conformando lo que hoy se llama la "tercera agricultura" (Servolin, 1977: 119).

La actuación de esta segunda tendencia suma a los efectos de la primera la crisis que supone para la explotación campesina la dificultad de mantener su fuerza de trabajo –sobre todo la más joven–, la incapacidad de obtener unas rentas similares a las procedentes de los ingresos del trabajo industrial y la imposibilidad de equiparar su rentabilidad con la resultante, en otros sectores, del uso alternativo de tierra y capital.

La intervención de la industria en la producción, comercialización y transformación de los productos agrarios constituye una última tendencia del sistema económico global, que, aparte de ser el principal agente de la especialización productiva del campesino, profundiza hasta sus máximos niveles la crisis de una explotación que se ve empujada a adaptarse a las condiciones de la circulación capitalista.

Es ahora la industria la que fuerza a los campesinos a reducir su producción tradicional, protegida en muchos casos durante el pasado por el Estado, y su diversificación productiva

y a depender de un solo aprovechamiento. Cuanto más se especializan, más dependientes se vuelven, sin embargo, de los factores que condicionan en esencia la consecución de beneficios: avances tecnológicos para extraer el máximo rendimiento a esa producción única y necesidad de vender a las agroindustrias, que son las que fijan el tipo y la cantidad de los aprovechamientos de la explotación.

La especialización productiva provoca, por tanto, que el campesinado quede atrapado entre las industrias suministradoras de "inputs" y las dedicadas a comercializar y transformar sus productos, corriendo de su cuenta el riesgo y la incertidumbre de la fluctuante evolución de la demanda del mercado, que en muchas ocasiones le conduce a la ruina.

La industria no sólo se beneficia de un importante mercado para sus bienes de equipo, sino que además absorbe cada vez mayores proporciones de productos del agro, determinando: sus precios, el modo de adquisición, variedades, calidades y hasta los mismos procesos y técnicas de producción. De esta manera el capitalismo monopolista puede recuperar prácticamente la totalidad del excedente promovido en el campo, lograr la obtención de la plusvalía incorporada en su propia producción –acumulando lo más sustantivo del beneficio correspondiente a las fases productivas sobre las que extiende su control– e integrar cada vez más al campesino en los circuitos del intercambio.

No obstante, el modelo máximo de absorción sobre la explotación campesina está constituido por la integración vertical, que es un estadio avanzado de la agricultura contractual, cuyo objetivo persigue coordinar las decisiones económicas y técnicas necesarias para la producción de los bienes agrarios (Servolin, 1972: 118). En este tipo de agricultura contractual el centro de decisión, que determina los objetivos y métodos productivos, no corresponde tanto a los campesinos como a las agroindustrias. Estas abarcan generalmente todos los procesos productivos: abastecimiento de materias primas, producción, comercialización y transformación; si bien pueden concentrarse en exclusiva sobre una fase determinada, desplazarse de una a otra o colocarse al margen.

En consonancia con esto, distintas compañías nacionales o internacionales ofrecen a los campesinos contratos para que produzcan exclusivamente para ellas. A cambio del uso de su tierra y trabajo, les proporcionan "inputs", créditos y la compra, comercialización y transformación de sus productos.

Con la integración vertical el campesino se diluye, al quedar paulatinamente fuera de las decisiones concernientes a su producción, y se convierte en una especie de asalariado a domicilio o de cliente de las agroindustrias, con una clara tendencia a la proletarianización (Barón, 1971: 172).

La integración vertical ha potenciado, al tiempo, más que ninguna otra vía la introducción en Europa occidental de los "métodos de producción norteamericanos" (Langreo, 1978: 188), sobre todo en las primeras y últimas fases de la ganadería –incubación, multiplicación, matanza de las reses–, revolucionadas por las aportaciones de la genética y de la prevención de la patología animal. En este subsector es donde más se ha desarrollado la integración vertical y, en especial, en las explotaciones avícolas –pollos– y porcinas sin tierras, en las que

las técnicas de producción de origen norteamericano, aparte de imponerse en las primeras y últimas fases productivas, hacen del ganadero un agente económico enormemente dependiente de los piensos que le suministran los grandes monopolios agroindustriales. De este modo, se le incita a producir con un tipo de razas, de rápido crecimiento y multiplicación, cuya alimentación requiere piensos a base de maíz y soja –en los que la agricultura norteamericana es excedentaria–. Este control sobre la cría y la alimentación del ganado completa, así, la dominación por parte de las agroindustrias del conjunto del proceso productivo en las granjas avícolas, haciendo que alcance altos niveles de estandarización y rendimiento.

En suma, la crisis de la explotación campesina sirve de fundamento para que la teoría de la descampesinización formule que el agro perderá, día a día, no sólo su importancia económica y sociocultural, sino su propia autonomía y capacidad para dirigir su específico mecanismo interno de acumulación e inversión de capitales. De esta forma se entiende que el campesinado quedará subordinado, en medida creciente, a la estrategia monopolista de los sectores más potentes de las empresas industriales, comerciales y financieras del sistema económico global y, en particular, a la dinámica de aquellas entidades implantadas en el agro. E igualmente se asegura que la explotación campesina se verá obligada, de manera progresiva, a una relación mucho más intensa con los diferentes sectores económicos; operándose una integración creciente y estrecha de la agricultura al ritmo de la economía general. En tanto se acrecienta el desarrollo técnico y económico, adquieren mayor relieve las relaciones externas de la explotación campesina, mediante las que se "institucionaliza" su dependencia y extrae "plusvalor al agricultor familiar" (Langreo, 1978: 187–188).

Todo esto sirve para concluir que el modo de producción capitalista irá conduciendo a su gradual desaparición a todas aquellas formas que, como la explotación campesina y otras correspondientes a modos de producción anteriores, absorbe y domina.

La supervivencia de tales formas se concibe, en consecuencia, como un fenómeno transitorio, ya que no admitir la desaparición de un modo de producción, que ha dejado de ser útil, desafiaría las leyes del desarrollo histórico. Frente a las intensísimas transformaciones de las fuerzas productivas en la segunda mitad del siglo XX, resultaría algo excepcional que una estructura como la explotación campesina continuara existiendo.

Todo este corpus teórico, que desarrolla el pensamiento social europeo y norteamericano en torno a la crisis de la explotación campesina, y que parece avalar la inserción de ésta dentro del sistema económico global y la idea de la exclusividad del modo de producción capitalista, no es ajeno, por otra parte, a los estudios realizados en España desde los años setenta. Es más, este corpus se convierte casi en paradigmático para la mayor parte de los científicos sociales, que afirman que la crisis de la economía campesina y su "sustitución por una agricultura empresarial de características día a día más industriales" (Etxezarreta, 1977a: 385) responden a su inadecuación y atraso frente a los cambios acaecidos en la base de la sociedad: crecimiento de la población y del mercado, progreso técnico y consolidación del sistema de libre competencia. Y subrayan que esta crisis es la antesala de la "descomposición" de la explotación familiar y de su "paso a un nuevo sistema de producción y relaciones

sociales" (Bayo, 1973: 10).

Junto al creciente desarrollo de una economía agraria de corte colonial y a la crisis de la explotación campesina, una tercera y última evidencia parece avalar, sobre todo en las áreas más prósperas del planeta, las teorías sociales acerca de la descampesinización: la gran importancia cuantitativa y cualitativa del éxodo rural en dirección a las ciudades, substancialmente distinto del que era funcional en la economía campesina tradicional para aliviar la presión demográfica.

A grandes rasgos puede decirse que esta emigración, siempre indicativa de una crisis en el campo, aparece vinculada a profundos cambios en la estructura socioeconómica del agro y en las formas de vida y pensamiento de los campesinos.

Ya en los albores de la revolución industrial el campo hizo posible la acumulación original de recursos, que permitió a la ciudad convertirse en el centro de las principales actividades económicas, concentrar las funciones artesanales dispersas en las áreas rurales e incluso acabar con el sistema corporativo existente hasta entonces en las propias urbes. Los cambios tecnológicos introducidos desde ellas en el campo y la imposición de una nueva organización, basada en el establecimiento de sistemas de racionalización y especialización, lo habían propiciado. Y, paralelamente, definieron desde entonces un tipo de agricultura, cuya característica esencial sería actuar de suministradora "neta" de excedentes humanos y materiales para la ciudad (Moore, 1976: 27).

Una firme voluntad política de que los campesinos, la sociedad rural y el sector agrario contribuyan, social y económicamente, al costo de la industrialización y urbanización de los Estados de Occidente aparece como impulsora de estas transformaciones desde las primeras etapas de la revolución industrial.

Aunque el signo migratorio, que se diseña con la revolución industrial, suministra a los teóricos de la descampesinización unos primeros argumentos para explicar la exclusividad del modo de producción capitalista, el análisis del éxodo rural en el siglo XX constituye el aspecto fundamental de su discurso. Centrándose en el ámbito de la Europa "desarrollada", esta teoría social entiende que el despoblamiento de las áreas rurales se va consumando y haciendo realidad a través de tres momentos clave de la historia del presente siglo.

En primer término, los intensos fenómenos migratorios, registrados a comienzos de este siglo, se interpretan como un signo evidente que habla ya en esos años de la incapacidad de la explotación campesina para armonizar su tamaño y, en muchos casos, su régimen de tenencia con las necesidades de producción impuestas por el mercado. La emigración resultaría, a la postre, el único camino ante la pobreza y la ruina que provocaba a los campesinos la insuficiencia de su medio de producción más importante: la tierra. No es casual, por lo demás, que el hambre de tierras y una más equitativa distribución de las mismas fueran las reivindicaciones vertebrales de las reformas agrarias demandadas en esta época. Este es el caso singularmente de Italia y España.

Un segundo momento, que en España se sitúa a comienzos de la década de los sesenta, tiene lugar después de la Segunda Guerra Mundial. La gran transcendencia de los cambios,

que acompañan el éxodo rural a partir de estos años, se esgrime como la prueba decisiva que legitima el discurso sobre una rápida y masiva descampesinización.

De tal manera, se argumenta que en dicho momento se alcanza en Europa occidental el modelo socioeconómico, ya logrado en las áreas más evolucionadas del planeta, esto es, básicamente, en los Estados Unidos de Norteamérica. Partiendo del presupuesto general de que los procesos de evolución de la historia económica son taxonómica y secuencialmente similares, se piensa que esta parte de Europa, tras recorrer igual camino y superar los mismos ciclos que Estados Unidos había atravesado y consumado tiempo antes, adquiere plenamente en los años cuarenta la condición de área motora del "desarrollo".

De la mano de este "desarrollo" se concibe que Europa occidental, con su economía en plena fase expansiva, habría acabado ya en esos años con la capacidad del campesinado de reproducirse a sí mismo, entrando en una agricultura "futurista" con todos sus procesos altamente tecnificados y equivalente a un "amplio laboratorio químico-biológico" (Miguel, 1969: 32). Metida de lleno en el fomento de esta agricultura de "progreso", competitiva y capaz de suministrar alimentos baratos al conjunto de la sociedad, Europa occidental configura en el campo un importante mercado para los productos industriales –maquinaria, materias primas, piensos, fertilizantes, fitosanitarios...– y entrega el control de la comercialización y transformación de los productos agrarios a grandes empresas monopolistas. Asimismo impulsa en las áreas rurales la instalación de todo tipo de industrias, desde las metalúrgicas, químicas o eléctricas hasta las denominadas "de enclave".

Todo ello llevaría aparejado el éxodo de más de la mitad de los campesinos y, en las zonas europeas más meridionales, como España e Italia, de casi dos tercios de la población ocupada en el agro. Tras una inicial oleada migratoria en la que se marchan, primero, asalariados agrarios, después, pequeños y medianos campesinos y, más tarde, otros pobladores de las áreas rurales –comerciantes, artesanos, empleados en la construcción...– que acusan la falta de clientes de las pequeñas industrias y los comercios locales derivada de la desaparición masiva de población agraria (Pérez Díaz, 1974b), se genera una segunda afluencia todavía de mayor alcance.

Esta segunda oleada, separada por menos de diez años de la primera, es consecutiva a los efectos en cadena que propician, en la vida de los que se quedan en el campo, los que se alejan de él; quienes, bajo otra óptica, posibilitan que aquéllos no tengan que emigrar. El éxodo rural no se presenta ya sólo como un mero reflejo de la crisis de la cultura campesina (Pérez Díaz, 1966, 1969), sino en tanto elemento provocador de ella por las secuelas en cascada que ocasiona.

En este sentido, y desde la óptica interna de la comunidad, la emigración origina una gran escasez de oferta de trabajo y, en consecuencia, una sensible elevación de los salarios agrarios, que obligan a la explotación a mecanizarse, intensificar su producción y sustituir trabajo por capital. Pero la operación de mecanizarse no limita sus efectos a la mera baja de costes productivos; en la práctica, conduce a una mayor multiplicación de la emigración, da lugar a toda "una serie de reacciones de gran envergadura y representa un factor de cambio

radical en el sistema de relaciones económicas y sociales del hombre del campo" (Pérez Díaz, 1974a: 41). La concentración de la propiedad, ya sea a nivel individual o cooperativo, es una de esas reacciones, que se torna inevitable para poder conseguir la dimensión óptima de la explotación que garantice la rentabilidad o, al menos, la amortización de los equipos mecánicos. Esta concentración aumenta, a su vez, la distancia entre los diferentes estratos sociales del campo y opone a los que se mecanizan y a los que no pueden hacerlo, reduciendo la movilidad social.

Bajo el punto de vista externo de la comunidad, el éxodo ahonda su nexo de dependencia frente a la sociedad más amplia desde el momento en que, al forzar una intensificación del trabajo y de la productividad de la explotación campesina, la integra de pleno en el mercado y actúa como factor que potencia la imposición en el agro de los modelos urbanos de producción y consumo. Igualmente la emigración produce este aumento de la dependencia comunitaria, porque uniforma crecientemente los sistemas de relaciones y actitudes básicas del campo y de la ciudad a base de introducir en éste formas de "percibir, formalizar y expresar su experiencia a través de modelos semánticos y mentales, homólogos con los utilizados en el mundo urbano e industrial" (Pérez Díaz, 1974a: 45).

En esta segunda afluencia se generaliza, además, un fenómeno que ya había aparecido en la primera: el ejercicio de la agricultura a tiempo parcial. Medianos y, sobre todo, pequeños campesinos se ven obligados a intensificar y diversificar el nivel de autoexplotación de la fuerza de trabajo de los diferentes miembros de la familia, recurriendo a la realización de labores asalariadas que proporcionan a la unidad familiar rentas suplementarias y la permiten asegurar la reproducción de sus medios de producción. Ya sean o no a tiempo completo, de manera estable o eventual, dentro o fuera de sus comunidades, estos trabajos complementarios de alguno o de todos los miembros de la familia campesina se ejercen principalmente en otros sectores económicos y de modo secundario, aunque también importante, en el propio sector agrario.

Esta transformación substantiva de la composición de la fuerza de trabajo de la explotación supone, por tanto, una "clara forma de proletarización" (Sevilla de Guzmán, 1979: 222) de los campesinos con tierra, ya que parte de los ingresos de la unidad familiar proceden ahora de remuneraciones salariales. El origen de estas retribuciones condiciona, sin embargo, diversos niveles de proletarización que se acrecientan según se emplee la fuerza de trabajo familiar fuera de su sector –industrias, construcción o servicios–, lejos de su comunidad, en su totalidad, por tiempo completo y de modo estable.

Las actividades fuera del sector son las que extraen al campesinado mayor grado de excedentes y las que más le subordinan al sistema socioeconómico global. De tal modo, le imponen unas relaciones de producción –propias también de las agroindustrias con independencia de su emplazamiento o no en el campo– que, aparte de absorber directamente su plusvalía, le inducen a intensificar su trabajo en la explotación –sobre todo de mujeres, niños y ancianos–, posibilitando de manera indirecta la captación de rendimientos no remunerados. Si en las décadas precedentes a esta segunda oleada migratoria eran las hijas

solteras las protagonistas de estos empleos fuera del sector –servicio doméstico, almacenes, industrias textiles–, con posterioridad a ella se incorporan los varones jóvenes y, luego, los cabezas de familia, seguidos de sus esposas.

Por contra, un menor nivel de proletarización se corresponde con el desempeño de ocupaciones suplementarias dentro del sector, bien sea de índole temporera⁷ –vendimia, recogida de cosechas– o no estacional –faenas permanentes en grandes propiedades–, al implicar inferior absorción de plusvalía, no tanta disfuncionalidad de la unidad familiar y de las relaciones comunitarias y menos requerimiento de intensificar el trabajo en la propia explotación. Tradicionalmente este género de labores ha servido para incrementar rentas insuficientes de la explotación y, por consiguiente, no presupone un fenómeno tan nuevo y desestructurador para la familia y la comunidad, por mucho que el alejamiento de la propia localidad haya sido siempre un factor indicativo de empobrecimiento y desarraigo. No obstante, sí resulta innovador que este recurso, anteriormente utilizado por los estratos privados de tierra o más marginales de la comunidad, se haya generalizado a capas de pequeños y medianos campesinos. No en vano, por ejemplo en España, de 1965–1970 a 1970–75 aumenta muy sensiblemente el número de explotaciones con asalariados, pasando la tasa de variación quinquenal de –49,5 a +51,8 (Sevilla de Guzmán, 1979: 226).

Otro fenómeno que distingue esta segunda afluencia migratoria de la primera viene dado por la diferente composición del éxodo rural. Si en los primeros años de la etapa que se inicia tras la Segunda Guerra Mundial el grueso de la emigración corresponde a los jornaleros, ahora son los campesinos con tierra los principales protagonistas. Considerando el caso de España como ilustrativo, podemos observar que, mientras la disminución de jornaleros entre 1965 y 1970 supera cuatro veces a los más de 65.000 efectivos correspondientes a los campesinos con tierra, de 1970 a 1975, y sin contar las ayudas familiares, éstos pierden 680.000 personas cuando aquéllos se reducen en 236.000 (Sevilla de Guzmán, 1979: 225–226).

La sangría humana que provoca esta segunda oleada se prolonga hasta los años ochenta, en los que la profunda recesión económica que sacude el occidente europeo frena y ensombrece substancialmente la posibilidad de abandonar el agro. Por mucho que las áreas rurales sigan perdiendo población, la incapacidad del sistema económico global para hacer rentable la producción y distribución de los medios de reproducción de la fuerza de trabajo, que son requeridos por el proceso productivo y reivindicados por los trabajadores, convierten el paro en un fenómeno estructural. Ya no se trata de mantener una histórica reserva de mano de obra, como fue la tónica constante a finales del pasado siglo y en el transcurso del presente, sino que la desocupación salta muy por encima de los cánones programados, generándose además una destrucción muy importante de puestos de trabajo asalariado.

Ante esta escasez de empleo, los potenciales emigrantes se retraen, máxime cuando en el supuesto de obtener una ocupación en la industria o los servicios se verían obligados a aceptar unas condiciones laborales y de vida, que sólo hoy los trabajadores extranjeros soportan. Tengamos en cuenta a este respecto que en lo concerniente a España, ya en 1984, la tasa de paro suponía un 21,6% de la población activa, mientras que la media de la OCDE era

aproximadamente del 9% y, en su área europea, del 10% (Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid, 1985: 37; Fernández Durán, 1985: 270).

La especificidad del paro, desencadenado desde los primeros años de la década de los ochenta, como un fenómeno de larga duración, limita a la par la emigración de las segundas generaciones campesinas, que son las que tradicionalmente han manifestado mayor movilidad. A ello se une que el paro, pese a localizarse principalmente en las zonas urbanas e industriales, también se deja notar en las áreas rurales, por lo que, a la vez que no permite el empleo en los sectores no agrarios, tampoco lo posibilita en el campo, dificultando en él el ejercicio de la agricultura a tiempo parcial y el régimen salarial. En tal sentido, conviene considerar que la tasa de paro en la agricultura española suponía en 1984 un 10,1% sobre el total de la población activa agraria (Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid, 1985: 38).

A pesar de que los teóricos de la descampesinización coinciden en que desde la década de los ochenta disminuyen las evidencias que aporta el éxodo rural para legitimar su discurso, no dudan en asegurar que el análisis de los fenómenos migratorios del campo a la ciudad y, sobre todo, del agro a otros sectores económicos continúa siendo indicativo, incluso en estos años, de la exclusividad del modo de producción capitalista. De esta forma, entienden que hay que hablar de un tercer momento en el éxodo campesino que avala sus teorías.

Se explica, así, que el descenso en tales años de las tasas de emigración campesina es tan sólo coyuntural, que sus porcentajes se remontarán tan pronto como acabe la crisis y que, en todo caso, esta disminución viene ya a confirmar, y es el resultado lógico de, la profunda contracción y la significación residual de la población campesina que aún se mantiene en la década de los ochenta.

Se afirma por igual que, aparte de seguir vigentes los factores que indujeron las intensas emigraciones posteriores a la Segunda Guerra Mundial, aparecen otros elementos aún más desencadenantes del éxodo rural. De este modo, se suman decisivamente a los factores anteriores la liquidación de numerosas explotaciones y producciones, impuesta por la política de la C.E.E, y los cada vez más ruinosos precios obtenidos por los productos agrarios. Y a estos nuevos elementos se agregan en paralelo otros dos, que resultan coherentes con los cánones de "progreso" y bienestar ampliamente difundidos desde los años cincuenta: la importancia que los campesinos atribuyen ahora a la deficiente dotación de equipamientos y servicios de las zonas rurales –no resuelta con la modernización de la agricultura– y a que sus rentas se sitúen por debajo de las existentes en otros sectores de la economía. La presencia en la comunidad campesina, durante los fines de semana y periodos vacacionales, de familiares que han emigrado y de los agricultores a tiempo parcial que ejercen ocupaciones fuera del sector contribuye, sin lugar a duda, al aumento de este doble sentimiento de privación relativa.

Justamente en estas demandas se apoya la idea de que la "reivindicación de paridad" de las comunidades rurales sea "la manifestación formal de sus profundos deseos de acceder al modo de vida urbano a través de la adopción del modelo de producción industrial", y la antesala de

la conversión del campesino en un productor, cuya industria será la explotación del suelo (Jung, 1972: 48). Y con arreglo a esta misma reivindicación se entiende anacrónico diseñar una planificación territorial específica para unos campesinos, que terminarán habitando en las zonas urbanas, y para unas áreas rurales que ya no conforman un espacio idiosincrásico, sino polivalente en sus usos productivos y residenciales.

El campesino, confrontando continuamente los resultados de su actividad con los beneficios que puede llegar a alcanzar con el uso alternativo de su tierra y su trabajo en otros sectores económicos, suele decidir el abandono del agro, máxime en los casos en que, por su proximidad territorial a las grandes urbes, cuenta con la existencia de una demanda importante de mano de obra y con la oportunidad de vender a buen precio su parcela. Incluso en aquellos contextos en los que resulta difícil obtener una rentabilidad alternativa para el trabajo y la tierra, los campesinos, juzgando injusta esta situación y sintiéndose marginados por ella, planificarán lo necesario para que en el futuro ellos mismos o sus hijos puedan alejarse del agro. La colocación de sus ahorros fuera del campo, el apoyo a todo movimiento especulativo de tierras y, en esencia, la preocupación por dotar a los hijos de una educación, que les permita su inserción en los núcleos fabriles y urbanos, constituirán los objetivos básicos de esa planificación (Etxezarreta, 1977a, 1977b, 1979b).

El masivo abandono del campo, sobre todo por parte de los jóvenes, se esgrime como la prueba fundamental de esa constante confrontación entre opciones propias y alternativas que llevan a cabo los agricultores para mejorar sus rendimientos y su bienestar. Ante la posibilidad de elegir una total desvinculación de las explotaciones, el ejercicio de la agricultura a tiempo parcial se torna sólo una situación transitoria que, por sus agotadores ritmos de trabajo, termina siendo desplazada de las expectativas campesinas. Inmersos en una época de capitalismo avanzado y dentro de un ambiente dominado por la búsqueda del mayor beneficio, los campesinos no son diferentes del resto de la sociedad y, en consecuencia, pensar que exclusivamente aspiran a satisfacer su consumo presupone que viven aislados, ajenos al entorno social en que se desenvuelven y sin impregnarse de la ideología que les sumerge (Etxezarreta, 1977b, 1979a, 1979b).

La homogeneización de la conducta, del conocimiento y del lenguaje –sumamente potenciada y legitimada por la educación escolar en el medio agrario– que implica el éxodo rural aporta un amplio repertorio de comportamientos alternativos, mediante los que los distintos miembros de la comunidad campesina pueden elegir fórmulas vitales nuevas y propias del mundo de "fuera", que para ellos antes no existían o eran desconocidas y que ahora se perciben como superiores (Pérez Díaz, 1972). La emigración se convierte, en suma, en un elemento que desplaza y margina a la comunidad, coadyuvando a que el lugar que ésta ocupaba antes como centro del universo campesino lo ostente actualmente la ciudad y los patrones urbanos y a que los campesinos se conviertan "en otros distintos de los que eran, no sólo en sí mismos, sino para sí mismos". Si tradicionalmente el éxodo expresaba únicamente el destino de los emigrantes, ahora, en tanto catalizador del cambio comunitario y de la nueva vocación centrífuga de los campesinos, condensa simbólicamente el futuro del conjunto de

la comunidad y la inferioridad social del campo (Pérez Díaz, 1978: 240).

1.1.2.- APORTACIONES DE LA ANTROPOLOGIA A LA TEORIA SOCIAL DE LA DESCAMPESINIZACION

Las principales contribuciones, que la antropología ha efectuado a este pensamiento, son deudoras de las formulaciones troncales desarrolladas por otras disciplinas sociales: economía, ciencia política y sociología. Puede decirse que, en materia de estudios sobre descampesinización, la antropología se comporta más como receptora de ideas y métodos ajenos que como impulsora de una tradición científica propia.

En cualquier caso, son abundantes las etnografías que tienen por objeto las comunidades rurales y que han servido para enriquecer el corpus científico de la teoría social de la descampesinización. Por mucho que rigurosamente sólo pueda hablarse de las aportaciones teóricas puntuales de esas etnografías a los estudios campesinos y pese a su carácter casi siempre local y negador de una interacción con la sociedad más amplia y compleja, es innegable su labor de ilustrar, concretar, matizar y diversificar ese pensamiento en base a un importante bagaje empírico. Con él, la antropología ha venido apostando firmemente, desde mitad de siglo, por la tesis de la desaparición del campesinado, haciéndose eco de lo ocurrido en el conjunto de la ciencia social. Frente a las escasas etnografías que parecen avalar lo contrario, la mayoría nos remiten a la disolución de las comunidades campesinas.

Entre estos últimos estudios, sobresalen los que ligan el éxodo rural con el hundimiento de la sociedad campesina y, fundamentalmente, los que asocian el final del campesinado a su atraso cultural como formación social. En ambos gravita la misma idea que en los análisis realizados por otras disciplinas sociales: la certeza de que, ante la inminente extinción de la sociedad campesina, sólo cabe rastrear la forma y velocidad de su final al compás de los nuevos rasgos que el desarrollo de las fuerzas productivas introduce en el agro. Ahora bien, mientras que los economistas, politólogos o sociólogos, partiendo del carácter residual y efímero del campesinado, optan mayoritariamente por centrar su atención sobre los grupos urbanos e industriales a los que consideran los nuevos protagonistas de la historia social, buena parte de los antropólogos, cuando menos hasta la década de los ochenta, se siente más inclinada a volcar sus análisis hacia "los vestigios de las culturas primitivas actuales": los campesinos.

Enlazando, como tónica general, los estudios campesinos con la tradición de referir su objeto disciplinar a los pueblos primitivos, la antropología empezó percibiendo a los tradicionales pobladores del agro como unos individuos singulares, raros y, muchas veces, exóticos que eran extraños y ajenos a la sociedad de quien los analizaba. Y al tiempo, constatando la desaparición de numerosas comunidades y la inminente pérdida de otras, la ciencia antropológica para acercarse a conocer la vida campesina asumió, en muchos casos, como propios los métodos de la arqueología (Barandiarán, 1972-1986).

Así explica J. Caro Baroja (1979: 180) esta vinculación con la arqueología, al apuntar que

la mayoría de las fiestas, los ritos y las creencias de los campesinos "son hoy material arqueológico por estar en vías de extinción" a causa de la decadencia del medio rural. Y en especial lo destaca cuando, con todavía mayor rotundidad, escribe que el folklore ha perdido vigencia y se ha convertido la mayor parte de las veces en objeto de la arqueología, porque ha desaparecido físicamente la comunidad que lo sustenta, "se ha terminado con el mundo para el etnógrafo y el folklorista" (Caro Baroja, 1979: 182).

1.1.2.1.- Exodo rural y disolución del campesinado

Dentro de las etnografías, que vinculan el éxodo rural con la disolución del campesinado, hay que destacar en España aquellas que mantienen que la emigración campesina no sólo determina que una costumbre, práctica o creencia deje de tener vigencia o se desvanezca, sino que provoca que la propia comunidad termine de existir. Los numerosos pueblos vacíos demuestran que el éxodo rural no produce cambios en un sentido evolutivo, sino la muerte de las comunidades y la destrucción del sentido de todo cuanto en éstas se había venido acumulando durante siglos (Caro Baroja, 1966a, 1966b, 1968, 1979, 1981, 1984).

Junto a ellas, otras, realizadas en años más recientes, ahondan en la pérdida que, de su propia identidad, suscitan los mismos campesinos, muy especialmente en las áreas próximas a las grandes urbes. En tales territorios los campesinos son muchas veces los primeros interesados en dirigir su actividad económica fuera del sector agrario, con miras a mejorar los rendimientos de su trabajo e, incluso, de sus tierras cuando tienen ocasión de venderlas para usos urbanos o industriales. Rentabilizando su fuerza de trabajo y materializando el capital inmovilizado en sus tierras, el campesinado suele cooperar activamente en la transformación del antiguo medio rural de esos núcleos urbanos, aunque reivindique una tradición que se reafirma como un puro valor o una forma ideológica que enmascara o legitima prácticas de otra naturaleza. La tradición campesina, modificada, sublimada y folklorizada, sirve a menudo de "tela de fondo a una identidad cultural que ha perdido las raíces de su dinamismo interno, es decir, de su praxis" y que, para distinguirse, necesita refugiarse en el pasado (Provansal, 1981: 268).

Fuera de España, pese a remitirse en no pocos casos a experiencias adquiridas en nuestro país, hay que destacar los trabajos de S. Brandes (1978), W.A. Douglass (1978a), M. Kenny (1978) y D.J. Greenwood (1973, 1974, 1978). Sus aportaciones más significativas, enmarcadas en la perspectiva del comportamiento, se refieren a que la emigración, como proceso liquidador de las comunidades, no es en tantas ocasiones, cuanto cabe suponer, consecutiva a un estado de necesidad y precariedad de los campesinos, sino fruto de su deseo de progreso y equiparación con los habitantes de las ciudades. Aun cuando el campesinado posea explotaciones rentables y disfrute de una cierta prosperidad, el éxodo constituye la vía de acrecentarla y de acabar con un sistema de vida que ensombrece el futuro y genera, por su propia naturaleza, una segura y continua privación relativa de bienestar y libertad. La opción por mejorar se presenta como la capacidad y voluntad de elegir un nuevo modelo vital y

desechar el que ofrece la comunidad, habida cuenta de su desprestigio social, falta de futuro, y extrema sujeción a la estructura familiar.

En consonancia con este pensamiento, J.B. Aceves (1971, 1978) considera que la despoblación del agro es uno de los factores principales que hace irremediable y confirma la conversión de los pequeños campesinos en clase trabajadora de la industria. Y a la par explica que los emigrantes son importantes agentes que cooperan a la transformación de los campesinos ricos en agricultores capitalistas, dado su papel de difusores en las zonas rurales de los valores de la sociedad urbana e industrial y supuesta la necesidad que crean de sustituir trabajo por capital. Para este autor, la inevitabilidad y profundidad del movimiento migratorio es tal que ni siquiera en situaciones en las que mejoran sensiblemente las condiciones de vida de las áreas rurales cesa este proceso centrífugo hacia la ciudad; subrayando en relación con esto la alarma que empieza a cundir en toda Europa, ya desde mediados de los años setenta, entre la Administración y los técnicos encargados de la planificación territorial.

Más lejos van aún los análisis de R. Barret(1974) y R. Herr (1971), en los que se expone que la emigración, además de ser inevitable y proveer un indudable beneficio al campesino y a su comunidad, proporciona efectos positivos al conjunto de la sociedad: regulación demográfica, superior racionalización económica, equidad en el reparto de la posibilidad de alcanzar éxitos, solapamiento de reformas agrarias y modernización de los antiguos territorios rurales.

1.1.2.2.- El atraso cultural de los campesinos y su desaparición

Mucho mayor relieve que los estudios sobre el éxodo rural poseen las investigaciones, características de la etnografía europea y de la antropología occidental tradicional, que ligán el final del campesinado a su atraso cultural, a ser la encarnación del pueblo sano, bueno, devoto y el exponente del universo tosco que hay que civilizar.

De estas investigaciones, herederas en buena parte de los trabajos que encuadraban al campesinado dentro de los denominados "pueblos primitivos", sobresalen las formulaciones que contemplan a los campesinos como representantes de una tradición nacional anterior a la actual, de un retraso cultural preservado por la inercia típica de su sociedad que, dentro de Europa, resulta todavía patente en algunas de sus áreas meridionales y, fuera de ella, en América Latina, Africa y la mayor parte de Asia. Su atraso proviene de que todavía no les ha llegado el capitalismo, el "espíritu de empresa", la primacía de los valores del crecimiento económico, la racionalidad organizativa, la concentración en cualquiera de sus dimensiones – económica, urbana y administrativa– como criterios básicos de la organización social y la modernización de hábitos mentales y de conducta que constituyen la meta final de toda cultura contemporánea, el punto de llegada de nuestra historia. Una vez alcanzado todo elio, su identidad cultural presente desaparecerá para dar lugar a otra completamente distinta, para transformarse en trabajadores de la industria (Mendras, 1970, 1976; Weber, 1983; Nash, 1967).

Se percibe, por tanto, al campesinado como un sector arcaico respecto a la población urbana y atrasado evolutivamente en sus aspectos culturales, económicos y tecnológicos, debido a su distanciamiento social y geográfico de la sociedad industrial, a su anclaje en el pasado y a su encapsulamiento vital en el territorio exclusivo de lo local (Lefevre, 1975). Desvinculados del ámbito de la sociedad más amplia y compleja, desligados de un todo mayor integral, autónomos en sus reglas de desarrollo evolutivo, autosuficientes, fuera del impacto de fuerzas exteriores y aislados del marco nacional, los campesinos carecen de relaciones sociales estructurales con las culturas evolucionadas (Caro Baroja, 1968, 1979, 1983). Son una totalidad en sí misma, una cultura particular y, por mucho que puedan mantener contactos de superficie o cara a cara con la sociedad mayor, nunca se trata de relaciones fijas entre partes.

Así lo entiende G.M. Foster (1965) al referir que el campesinado se caracteriza por "la imagen del bien limitado", por una visión del mundo consistente en que "todas las cosas buenas" existen en proporciones "finitas y limitadas" y que no hay medios directos disponibles para aumentarlas. A partir de esta imagen, derivada de que la tierra –principal medio de producción para el campesino– es un recurso en sí mismo finito, G.M. Foster diseña una cosmogonía rural fundada en que los campesinos no pueden progresar más que a costa de sus mutuas rivalidades y desconfianzas para captar ese bien escaso. De ahí, que interprete de su trabajo de campo que ningún campesino quiera reconocer que ha aprendido de otro una técnica determinada, pedido a alguien ser su compadre o alcanzado éxito (Foster, 1967a). Respecto a esto último describe que, en general, quienes viven con un nivel de riqueza superior al que, supuestamente, sus medios le permiten y al que la comunidad estima ajustado, suelen justificarlo en función de su buena suerte en el hallazgo de tesoros.

Profundizando aún más su pensamiento acerca del atraso campesino y de la inconsistencia de su mundo para resistir cualquier contacto con la sociedad exterior, mantiene paralelamente que el trabajo duro y el ahorro son categorías económico–morales de escaso valor para las culturas rurales (Foster, 1953, 1967b, 1974).

En el ámbito de estas concepciones sobre el atraso cultural de los campesinos, debemos referirnos a las investigaciones que establecen una dicotomía de la sociedad actual entre lo "folk" y lo urbano⁸.

R. Redfield (1953, 1956) es quien con más decisión expresa esta dualidad cultural entre lo "folk" y lo urbano. Para este autor, lo "folk" es consubstancial con la tecnología simple, la autosuficiencia, la reducida división del trabajo social, el transcendental papel de la familia y del parentesco, el sentimiento de peculiaridad, la homogeneidad, la marcada interacción y ayuda mutua, las relaciones directas y personalizadas y el fuerte desarrollo del culto y del ritual. Por contra, lo urbano le parece sinónimo de gran tamaño, tecnología compleja, profunda división del trabajo social, heterogeneidad, impersonalidad de relaciones, sustitución de la familia por otras instituciones, secularización y erradicación de la tradición en las conductas. Esta diferenciación implica, por consiguiente, el planteamiento de que sólo una parte de la economía y la sociedad actual ha sido afectada por el mundo capitalista, y de que gracias a dicho contacto ese sector se ha vuelto moderno y desarrollado.

De tal modo, R. Redfield incluye en la categoría de "folk-society" a todos los pueblos primitivos –ya hayan sido o no transculturados–, a los campesinos de las sociedades avanzadas y, en general, al conjunto de los grupos no urbanos, usando el concepto de primitividad como equivalente a la noción "folk" y trasladando al plano teórico la concepción ideológica del mito del "buen salvaje". Este carácter primitivo de los campesinos es el responsable de que su destino no sea otro que terminar absorbidos por la sociedad urbana y el que justifica, en última instancia, que todo análisis sobre el cambio social de las comunidades rurales parta de evaluar sus transformaciones, en función del mayor o menor grado de aislamiento respecto a lo urbano y de su variable nivel de homogeneidad cultural. Esto equivale a suponer que, desde la óptica de la evolución humana, toda sociedad debe haber sido "folk" hasta el surgimiento de las ciudades, cuyo desenvolvimiento destruye cualquier componente cultural no urbano. De esta tesis se desprende a la vez que, si lo "folk" ha existido desde el comienzo de los días de la civilización, el análisis de sus orígenes no nos descubre sino el propio nacimiento de la cultura de la humanidad.

La significación de estas aportaciones de R. Redfield, sobre todo en lo relativo a los fenómenos de cambio en las sociedades campesinas, fue de tanta envergadura que todavía sigue pesando en la mayor parte de los trabajos dirigidos a medir la evolución y los procesos de transformación de las comunidades rurales. De hecho, esta inspiración da cuenta del tono descriptivo y parcial de tales etnografías, pues, después de todo, las modificaciones que experimenta la cultura campesina ya están explicadas en el modelo previamente definido por este autor, y sólo cabe aplicarlo. Su influencia sobre los tratados de la Escuela de Chicago es más que manifiesta, amén de condicionar el que en muchos países –Argentina, España, Italia– la contemplación del campesinado se limite, prácticamente en exclusiva, al desarrollo de estudios folklóricos que ven en él la encarnación por antonomasia de la tradición y que dan por descontado que la sociedad campesina es la sociedad tradicional (Lisón Tolosana, 1974, 1983; Fernández de Rota, 1984). Consecuencia lógica de esta visión del tradicionalismo de las comunidades rurales es el desarrollo de toda una corriente antropológica, encaminada a salvar, thesaurizar, inventariar y, en suma, conservar la cultura campesina, aun al margen de sus propios protagonistas. La constatación de que en torno al campesinado casi todo es pura tradición y de que, debido al impacto del exterior, hace ya tiempo que se ha iniciado una rápida pérdida de componentes tradicionales, lleva a esta corriente antropológica a exacerbar su empeño en recuperar cuanto antes y con urgencia el mayor número de testimonios posibles de una cultura que, como la campesina, entienden que se encuentra en vías de desaparición (Pitt-Rivers, 1978).

1.2.– COEXISTENCIA DEL CAMPESINADO CON EL CAPITALISMO

Desde los años setenta se opera una profunda transformación en las ciencias sociales europeas y norteamericanas, que rompe con la orientación predominante hasta ese momento en los estudios campesinos por la que se conceptúa como capitalista a todo lo relacionado con

este modo de producción. Esta nueva tradición empieza desde esas fechas a dar muestras, empírica y teóricamente, de la posibilidad de una coexistencia de las comunidades rurales con el capitalismo y de que el campesinado, como segmento social con una específica forma de vida vinculada a una propia concepción del mundo, no ha de desaparecer de forma inexorable en el camino del desarrollo económico (Sevilla de Guzmán, 1977a: 192).

El punto de partida cardinal del corpus científico que ilustra las teorías sobre la coexistencia del campesinado con el capitalismo lo constituyen las ideas de R. Luxemburgo, A.V. Chayanov y, más tarde, de K. Polanyi. Sobre este pensamiento, el evolucionismo multilíneal⁹ (Steward, Palerm, Warman, Wittfogel, Mintz, Adams, Wolf, Palerm Viqueira) y una parte destacada de la sociología rural francesa de los años setenta (Servolin, Postel-Vinay, Lebossé y Ouissé, Faure, Rey, Vergopoulos¹⁰) y de los teóricos del subdesarrollo (Amin, Bettelheim, Frank, Poulantzas, Baran, Cardoso, Emmanuel) realizan las aportaciones principales a esta nueva corriente científica dentro de los estudios campesinos.

Esta teoría social, desistiendo de plantear el problema de la diferenciación campesino-no campesino en los términos propuestos por R. Redfield, bajo la óptica de una comparación entre lo "folk" y lo "urbano", entiende de manera general que los campesinos, como entidad cultural, se han venido modificando históricamente, dando lugar a diversas configuraciones socioeconómicas, que son el resultado de la organización de todo un conjunto de relaciones sociales que se presentan en una coyuntura dada. Ha variado en el tiempo y el espacio su significación, autonomía y manera de vincularse a sistemas sociales más amplios. Pero estas configuraciones históricas no implican la transformación del campesino como grupo en otra posición estructural diferente (Sevilla de Guzmán, 1975, 1976, 1977b; Ortí, 1981; Casado, 1980), por mucho que abunden los ejemplos de proletarianización, sino su dependencia ante el sistema socioeconómico global generado por el modo de producción capitalista (Sancho Hazak, 1971); lo que, a la postre, no es en esencia distinto de cuanto le ha sucedido a lo largo de siglos: su sometimiento frente a la sociedad mayor. Esta dependencia política, económica y cultural es su rasgo más definitorio.

No hay duda de que la actividad agraria se encuentra plenamente integrada en el sistema económico capitalista, para el que produce los alimentos y las materias primas que requiere su reproducción ampliada. Sin embargo, ello no ha supuesto una transformación capitalista generalizada de toda la agricultura (Giner, 1979), sino que gran parte de las producciones siguen estando en manos de unos campesinos que, en su mayoría, se han modernizado para adaptarse a las exigencias del modo económico dominante y que, puntualmente en determinadas áreas regionales, pueden perdurar anclados a un régimen de subsistencia y a una participación ocasional en los circuitos comerciales. El campesinado, pese a permanecer englobado dentro de la formación social que conforma el sistema capitalista, no pierde su propio modo de producción. Y aunque la extrema participación de las comunidades rurales en los canales comerciales "ha dado pie a la suposición generalizada de la desaparición del campesinado, así como a programas que aceleren este ilusorio proceso", de esa incorporación más bien cabe inducir que lo que se deriva es "una explotación más intensa de los recursos locales en poder

de los campesinos" y de ellos mismos (Warman, 1974b: 12). Es obvio que el campesino, al adquirir los bienes de la industria y de otros sectores externos a su explotación, queda obligado, para compensar su costo, a incrementar la utilización de sus propios recursos con una intensificación de los rendimientos de la tierra, de su trabajo y el de su familia; lo que le hace entrar en crisis. Sin embargo, esto no implica su disolución forzosa, ya que puede reproducirse en función del uso de aquellos recursos que, como la tierra, los procesos biológicos naturales y sobre todo el trabajo no remunerado de los diferentes miembros de la familia, no inciden en sus costos al no ser mercancías y situarse fuera del mercado. Y, pese a la penetración urbana en la sociedad rural, ésta continúa siendo mayoritariamente campesina allí donde los elementos culturales ajenos son asimilados dentro del patrón sociocultural que la caracteriza (Lewis, 1951).

Es cierto que la tendencia general del sistema y del modo de producción capitalista es destruir a los modos de producción precapitalistas, pero al mismo tiempo tiene lugar otro impulso universal a generarlos de nuevo –como es el caso del trabajo a domicilio y de la explotación campesina– cuando "la lucha de clases" lo impone (Amin, 1976; Agarwala, 1973), esto es, desde el momento en que la necesidad de alianzas¹¹ y las condiciones políticas no permiten la disolución de esas formas no capitalistas. No cabe confundir, por consiguiente, lo que metodológicamente son tendencias del sistema económico global con la realidad histórica en que éste se desenvuelve. La explotación campesina no es necesariamente una forma transitoria dentro del modo de producción capitalista, sino que resulta compatible con él. Tampoco constituye un residuo o vestigio del régimen feudal en el presente y no existe razón para que su permanencia en el tiempo no sea tan dilatada como la del propio sistema económico capitalista. Efectivamente en el cuarto final del siglo XX hay aún un gran número de explotaciones familiares campesinas en los países de capitalismo altamente desarrollado, que ha sobrevivido casi cien años a las predicciones de K. Kautsky y V.I. Lenin y que, por tanto, requiere la búsqueda de explicaciones alternativas que justifiquen su pervivencia dentro del sistema económico global y su capacidad de adaptación pasada y presente. Frente a la "mística del progreso", el siglo XX no se define por la universalización de esa vía clásica de desarrollo del modo de producción capitalista en la agricultura, sino por la intensificación general de la explotación campesina:

En la agricultura de los países occidentales, entre 1880 y 1950, el estancamiento de las fuerzas productivas, por una parte, la influencia de los factores políticos e ideológicos, por otra, han contrabalanceado la tendencia a la disolución de la pequeña explotación mercantil agrícola (Servolin, 1972: 71).

Por otra parte, esta nueva tradición científica niega la polarización inevitable de la sociedad campesina en proletarios y burgueses, así como la superioridad de la gran explotación sobre la pequeña.

Así, se afirma que la historia reciente parece confirmar que bajo ciertas condiciones el campesinado no se diluye, dividiéndose en empresarios capitalistas y proletarios, ya que el

capitalismo tiende a integrar a la agricultura en su red de relaciones sociales sin imponerse como sistema dominante dentro de esta actividad; razón por la cual lo verdaderamente interesante para el investigador es centrarse en la forma o formas que asume tal integración. Los campesinos siguen estando al frente de unas explotaciones, en las que dominan las relaciones propias de la pequeña economía mercantil que, a su vez, conforman la base material y social de un grupo sociocultural que, sin ser propiamente ni la burguesía ni el proletariado, se sitúa entre ambos. El hecho de que los campesinos lleven a cabo una continua reproducción ampliada de sus medios de producción no les convierte, por lo demás, en capitalistas, ya que no pueden rentabilizar su capital productivo a la tasa media de beneficio, que suelen obtener las empresas de esta clase. Les basta para seguir en la explotación conseguir lo necesario para amortizar sus equipos y gastos de producción, así como para sufragar su consumo. Este proceso de reproducción ampliada no hace del campesino un trabajador "libre", totalmente separado de sus medios de producción (Servolin, 1972: 126)). Y en cualquier caso, no debe contraponerse esquemáticamente al campesino y al trabajador asalariado, pues estas dos situaciones no son más que los dos polos de una única alternativa, que se muestran, desde los orígenes del capitalismo, como el inicio y el final del proceso de sometimiento del trabajo al capital. Entre ambos límites hay una gran variedad de configuraciones sociales que se corresponden con tipos muy diversos de subordinación al capital. De hecho, de acuerdo con esta supeditación, hay que enfocar la misma estratificación social del campesinado y los diferentes tipos de agricultura campesina, desde las más dependientes –explotaciones modernizadas de tamaño medio– a las que lo son menos –pequeñas unidades familiares de subsistencia con escasas inversiones–. Muchos campesinos caminan hacia un alto grado de subordinación, próximo al del obrero, pero no se confundirá con éste hasta dentro de largo tiempo (Servolin, 1972: 124)). Entre tanto, otras muchas unidades campesinas permanecerán reproduciéndose para salvaguardar el crecimiento del modo de producción capitalista.

Al igual se argumenta que la desaparición de la pequeña explotación campesina y su sustitución por las grandes empresas agrarias no ha sido, en la práctica, la vía esencial de evolución del capitalismo en la agricultura, sino que, para potenciar su absorción por el capital, se han utilizado otros medios distintos de los que los seguidores de las ideas de K. Kautsky anunciaban. La persistencia de las comunidades rurales niega la superioridad de la gran explotación agraria frente a la pequeña, pues manteniendo, por lo general, un tamaño de unidad económica adecuado a su estructura familiar consiguen reproducirse como entidad social, al tiempo que se transforman –modernizan– y conectan con el modo de producción capitalista que les envuelve.

Asimismo, el desenvolvimiento de movimientos cooperativos campesinos, el aumento de la agricultura a tiempo parcial e incluso la corriente actual de "recampesinización" (Shanin, 1979b; Warman, 1976) de algunas áreas se interpretan como pruebas, que demuestran la capacidad de las comunidades rurales para salvaguardar su pervivencia en el tiempo y que sitúan en aprietos a cuantos analistas no logran descifrar el enigma de su permanencia. A

estas evidencias se añade el vigor que adquieren en algunas zonas de Europa¹², desde mediados de los años setenta, las organizaciones sindicales campesinas de tipo horizontal, cuyos planteamientos programáticos, al demandar una vía campesina para solucionar los problemas de la agricultura y excluir los intereses de los empresarios agrarios capitalistas, suponen un reconocimiento para sí de la identidad del campesinado (Sevilla de Guzmán, 1978a, 1978b, 1979; Sancho Hazak, 1977).

Finalmente, esta nueva teoría social explica las principales razones que, a su entender, demuestran la permanencia histórica del campesinado: la articulación entre diferentes modos de producción, las propias características de la explotación campesina, los impedimentos que el capital se encuentra para penetrar en la esfera de la producción agraria y las dificultades de industrializar la agricultura. Y en base, sobre todo, a las dos últimas razones rechaza el paralelismo de la industria y la agricultura.

1.2.1.- ARTICULACION ENTRE DIFERENTES MODOS DE PRODUCCION

La idea central que esgrimen los teóricos de la coexistencia del campesinado con el capitalismo, tomada básicamente de R. Luxemburgo y de sus críticas al posicionamiento de K. Marx en *El Capital* y en *Teorías de la Plusvalía*, consiste en que la reproducción ampliada del capital sólo es posible mediante una articulación entre distintos modos de producción, que permite a uno de ellos: el capitalista, dominar a los demás e imponerles las condiciones de su relación con él. La plusvalía engendrada por el modo de producción capitalista se lleva a cabo esencialmente a través de los sectores económicos y las sociedades que no producen bajo esta forma. Como alega R. Luxemburgo en *La acumulación del capital*, la presencia del no capitalismo sobre todo en las "colonias externas" de Asia, Africa y América, aunque también en muchos enclaves internos –campesinos, artesanos– del mundo del progreso, constituye la propia condición de desarrollo y evolución ascendente del sistema capitalista.

Tanto es así, que "cualquier modelo teórico del capitalismo que no incluya las formaciones no capitalistas resulta ser radicalmente falso", a la par que metodológicamente cerrado y autosuficiente (Luxemburgo, 1967: 78). Aunque resulta obvio que el planeta es enteramente capitalista, en el interior de este sistema, que es el dominante, hay diversos modos de producción que no lo son y no han sido sustituidos por él. Se trata de sistemas económicos que subsisten articulados de forma subordinada al capital dentro de una formación social definible como capitalista, cuyas relaciones se imponen, superponen y desplazan a las de cualquier otro modo de producción y, muy en particular, a las del modo de producción campesino. La misma existencia de áreas precapitalistas ha venido siendo una solución histórica para que el modo de producción capitalista resuelva sus contradicciones y su proceso de ampliación y expansión, extrayendo de aquéllas un elevado porcentaje de sus transferencias de renta. Los propios orígenes del capitalismo y su evolución posterior han de asociarse a un marco social ajeno a su lógica, pues el proceso de acumulación de capital se abre camino rodeado durante largo tiempo, en Europa, del régimen feudal –del que surge–, de la

agricultura campesina y del artesanado y, fuera del territorio europeo, de toda una serie de sociedades que van desde las hordas cazadoras nómadas hasta las culturas en las que predomina la producción simple de mercancías. Para el capital siempre ha sido cuestión vital no renunciar a las fuerzas productivas de las formas sociales que, a lo largo del tiempo y del espacio, le han venido acompañando, a los excedentes obtenidos fuera del marco de su propia formación social.

La producción capitalista genera plusvalía en forma de mercancías, cuya transformación en dinero supone el paso previo para acumular un capital que, a su vez, da lugar a más plusvalías, más mercancías y más capital. Pero la demanda de esa producción de mercancías no puede circunscribirse únicamente a la clase capitalista, por mucho que la aumente, porque, aparte de que no puede adquirir ella sola toda su plusvalía, se eliminaría cualquier posibilidad de acumulación social, dado que el consumo personal de los capitalistas se sitúa en relación inversa a su potencial acumulador. Menos capacidad tiene aún el proletariado para absorber toda esa plusvalía, habida cuenta de que su potencialidad de compra debe acomodarse a su reducido salario. Y por consiguiente, para que el proceso de acumulación de capital no caiga en un círculo vicioso, tal realización de plusvalía ha de llevarse a cabo recurriendo a otras clases diferentes, abriendo incesantemente nuevos mercados. Todavía más, de no lograr esa extensión del consumo, tampoco podría pensarse en incrementos productivos, ya que ello, lejos de comportar una acumulación de capital, sólo provocaría una multiplicación creciente de medios de producción. Tales despliegues productivos presuponen, por otro lado, el suministro a las clases sociales y a los países no capitalistas de los medios de producción que exceden la capacidad de uso del capital e, igualmente, la captación por parte de éste de las materias primas que, fuera de su propio ámbito, le interesan.

Si el capital se hubiera limitado a los elementos de producción que le suministraban las clases y los territorios abarcados por él, le habría resultado imposible existir, desarrollarse y alcanzar su actual nivel¹³, no habría podido aumentar el volumen y el ritmo de su acumulación. Se ha servido de la globalidad del planeta "como almacén de fuerzas productivas", extrayendo medios de producción de todos sus rincones porque:

La cuestión de los elementos materiales de la acumulación del capital, lejos de hallarse resuelta por la forma material de la plusvalía producida en forma capitalista, se transforma en otra cuestión; para utilizar productivamente la plusvalía realizada, es necesario que el capital... disponga cada vez en mayor grado del mundo entero...

Entre cada uno de los períodos de producción en que se produce plusvalía, y la acumulación siguiente en que ésta se capitaliza, hay dos transacciones distintas: la de la formación de la plusvalía en su forma pura de valor -la realización- y la transformación de esta forma... en capital productivo. Ambas transacciones se verifican entre la producción capitalista y el mundo no capitalista que lo circunda. Desde ambos puntos de vista el comercio mundial constituye una condición histórica de vida del capitalismo; el comercio mundial es, esencialmente, un intercambio entre las formas de producción capitalistas y las no capitalistas (Luxemburgo, 1967).

El capital requiere además que determinados productos se sitúen al margen de "las reglas del sistema para que mantengan fijos o en descenso sus precios sin aumentos masivos en el volumen de producción" (Warman, 1976: 132). E igualmente precisa bienes de capital, procedentes de otros modos de producción, con los que sufragar el costo de su fuerza de

trabajo sin merma de sus ganancias.

De todas maneras, la necesidad de recurrir a territorios y clases que producen de forma diferente a la capitalista no resulta sólo indispensable para la realización de la plusvalía y del capital constante, también es imprescindible para alcanzar la tercera condición fundamental que implica el proceso de acumulación: el capital variable, es decir, el continuo aumento de la fuerza de trabajo. Esta tercera condición no puede cumplirse a partir de la procreación natural del proletariado o de la prolongación e intensificación de su jornada laboral, obstaculizada además por las limitaciones planteadas por las organizaciones sindicales de clase (Rey, 1973), sino contando con la fuerza de trabajo que, en calidad de "ejército industrial de reserva", hay en las áreas no capitalistas (Luxemburgo, 1967). El capital ha de disponer de una incesante fuente de fuerza de trabajo que, sin estar de momento directamente bajo sus órdenes, pueda sumarse al proletariado cuando los imperativos de su acumulación lo demanden. De esta forma, la explotación campesina se comporta como una importante reserva de mano de obra que, en los periodos de recesión o estabilidad del sistema, se hace preciso mantener, incluso, con el aporte de subsidios y otras formas organizadas de control social (Servolin, 1972, 1977). Por mucho que en épocas determinadas –como es el caso del periodo de modernización agraria que se inicia tras la Segunda Guerra Mundial– pueda convenir una fuerte reducción de la población campesina que, por razones históricas, resulte demasiado elevada para permitir los procesos acumulativos del capital, a éste no le conviene acabar con ella.

Así pues, pese a que el capitalismo requiera para su acumulación primitiva la quiebra de las formaciones sociales precapitalistas, no le es posible reproducirse sin ellas. Las predicciones de K. Marx en *El Capital*, acerca de que la tendencia histórica objetiva del capitalismo, su capacidad de autoexpansión una vez superada la fase de su acumulación primitiva, le lleva a convertirse en la primera forma económica con capacidad de extenderse a nivel planetario y a eliminar a todos los demás sistemas, no reparan en que es por igual el primer modo de producción que no puede existir solo, "sin otras formaciones económicas de las que alimentarse" (Luxemburgo, 1967: 63). Tales predicciones¹⁴, confundiendo método y realidad histórica, al sostener que el capitalismo avanzado puede efectuar su creciente reproducción ampliada en el ámbito cerrado de su propio sistema y sin tener que recurrir a los recursos de otras formaciones sociales, ignoran que éste a la vez que posee la tendencia a ser exclusivo, siéndolo, nunca podría lograr su propio desarrollo, prescinden del lugar preponderante que ocupa la circulación de capital en las relaciones entre modos diferentes. El capitalismo se debilita por la desaparición de las demás formaciones socioeconómicas que lo nutren. Por mucho que las comunidades rurales resulten marginadas en su proceso de articulación con el capitalismo, le permiten realizar a sus expensas una acumulación permanente, ofreciendo trabajo y alimentos baratos y mercados de bienes que reportan beneficios seguros (Shanin, 1979b).

A lo largo de la historia pasada y presente del capitalismo, la quimera de la riqueza que se multiplica indefinidamente por el ininterrumpido crecimiento de la productividad del

trabajo se ha vinculado de forma constante con la dominación sobre otros modos de producción. Y para ello ha de salirse de sus propios límites y ejercer su dominio sobre el resto de los modos de producción. La dominación es, en definitiva, requisito imprescindible para que el capital realice su plusvalía, resulta consubstancial con él y no tanto una fase concreta de su evolución. Ahora bien, esta dominación hay que entenderla simultáneamente en el contexto de que los diferentes modos de producción, que de ninguna manera responden a etapas históricas sucesivas, no son excluyentes, sino complementarios (Mintz, 1973, 1974). Unidos por el lazo orgánico que crean las relaciones de producción capitalistas, conforman con ellas un sistema estructurado en el que ninguno se inserta de forma yuxtapuesta o residual (Gutelman, 1974). Entre todos hacen posible que cada uno de ellos pueda reproducirse de acuerdo con sus rasgos característicos, aun cuando su coexistencia esté marcada por la contradicción que representa el hecho de que el modo de producción capitalista base su misma existencia en la constante apropiación de los recursos de los demás, así como en la competencia por captar la máxima cantidad posible de un excedente que es único (Steward, 1956). Precisamente es este nivel de tensión y competencia la coyuntura que brinda a las comunidades rurales la posibilidad de articularse con el modelo económico global, pues, a pesar de que no puede negarse que "a mayor crecimiento o desarrollo del capitalismo corresponderá una agudización y un crecimiento del problema campesino", no es menos cierto que "la desaparición del campesino será necesariamente la desaparición del sistema empresarial" (Warman, 1974b: 13).

La dominación hace posible, por otro lado, la configuración de un sistema de intercambio desigual que proporciona la clave de la articulación entre distintos modos de producción (Vergopoulos, 1976). Para hacer viable su acumulación el capitalismo se obliga a ser disforme, a crear incesantemente las condiciones de desigualdad sobre las que asienta su desarrollo y la captación de crecientes transferencias de plusvalía mediante la puesta en contacto de sectores -agricultura-industria-, regiones -centro-periferia- y naciones -metrópoli-colonia- que intercambian con él de manera asimétrica. Estas transferencias no podrían ser factibles en un espacio capitalista homogéneo e idéntico; las facultan y multiplican unas diferencias, que no pueden ser anuladas sin eliminar al tiempo toda posibilidad de absorber plusvalía (Amin, 1976, 1978, 1980). Las formaciones sociales capitalistas y las precapitalistas, el desarrollo y el subdesarrollo, no son más que las dos caras de una misma estructura y no implican secuencias evolutivas distintas, sino que representan funciones diversas con arreglo al papel diferencial que les ha correspondido en el curso de su articulación (Poulantzas, 1968; Bettelheim, 1967; Baran, 1969; Frank, 1974).

Además de lo referente a la reproducción ampliada del capital, otra idea básica que esgrime la teoría social de la coexistencia del campesinado con el capitalismo es que constituye un hecho excepcional hallar en la historia un modelo económico puro. Esta idea, deudora en sus orígenes de las formulaciones de A.V. Chayanov, sería alimentada posteriormente por el pensamiento sustantivista, partidario del uso de conceptos y métodos específicos para cada tipo de cultura, y, dentro de él, por G. Dalton, C. Arensberg, H. Pearson y, sobre todo, por

K. Polanyi. En su polémica con el formalismo (A. Strickon, S. Ortiz, H. Schneider), defensor de las nociones de la economía clásica para entender el comportamiento de toda sociedad, el sustantivismo desarrolló buena parte de su corpus teórico¹⁵.

Así se entiende que lo más común es que los distintos regímenes económicos se encuentren entremezclados, estableciendo conglomerados muy complejos y plurales, en los que unos órdenes subsisten al lado de otros (Chayanov, 1966; Kula¹⁶, 1974; Vergopoulos, 1976). Junto a la economía capitalista una parte muy importante del planeta se basa en formas y relaciones diferentes. A causa de ello se expresa que el porvenir de las ciencias económicas no reside en diseñar una teoría única y universal de la vida económica, sino en concebir tantos ámbitos analíticos o modelos teóricos como sistemas, presentes y pasados, haya que investigar, adecuando los primeros al rango y al orden histórico de los segundos a fin de averiguar su evolución y la naturaleza de su coexistencia y de sus relaciones dentro del marco capitalista (Chayanov, 1966; Palerm, 1967, 1970, 1977, 1980). Aun siendo habitual en la teoría social moderna definir todos los sistemas económicos bajo el prisma de las categorías capitalistas, es necesario analizar cada uno de éstos en función de su especificidad. Habida cuenta de que todos los cimientos teóricos de la economía –renta, capital, precio, valor y otros principios– que se manejan son fruto de una única realidad histórica: la capitalista, resultan incapaces para explicar aquellos conceptos que son propios de otros sistemas económicos, a los que se considera carentes de cualquier interés científico por su insignificancia o caducidad (Chayanov, 1985: 69).

En el seno del sistema capitalista mundial se observa, a este respecto, la presencia de un número elevado de unidades familiares de trabajo campesino y la pervivencia, en muchas colonias y algunos Estados asiáticos, de formaciones económicas similares a los modelos esclavistas y feudales (Palerm, 1968, 1972a, 1972b). Y en lo relativo al análisis del pasado, se sostiene que esa coexistencia se constata, repetitivamente, tanto en la forma en que los orígenes del capitalismo se articularon con el régimen feudal o servil como en el modo en que se engarzó la economía esclavista con la servidumbre y el sistema de la familia libre. Lo mismo en el presente que en el pasado, tal coexistencia se hace realidad por medio de los componentes económicos objetivos que los diferentes sistemas poseen en común y les hacen entrar en contacto. Los precios de las mercancías y la tierra han venido siendo los elementos más genéricos de comunicación entre el modo de producción capitalista y el campesino¹⁷.

La historia, por lo tanto, permite descubrir el error de entender los distintos sistemas económicos en el orden secuencial en el que han ido apareciendo, al tiempo que muestra cómo Occidente es hoy el vivo ejemplo de un mosaico integrado por formas culturales de diversos continentes que, entre otros modos de vida y de pensamiento, aportan sus regímenes económicos especiales. La importancia de que el científico social se ocupe del tema de la coexistencia entre, y de la pluralidad de, diferentes formas económicas y culturales constituye, pues, algo incuestionable, que ya señalara K. Polanyi (1976) al apuntar que las instituciones económicas de la reciprocidad, de la redistribución y del mercado no representan niveles distintos de evolución histórica ni tampoco diferentes estadios temporales. Todas ellas existen

en la actualidad, estando, no obstante, las dos primeras subordinadas a la tercera que forma parte del sistema económico dominante. La falta de comprensión de esta articulación entre fenómenos económicos diversos explica el papel excesivo y excluyente que se atribuye, por lo general, a la institución del mercado; lo que suele impedir el veraz entendimiento de las sociedades en las que no existe esta manera de organizar el trabajo, la tierra o cualquier otro aspecto de la producción material (Polanyi, 1966). Al tiempo, la aplicación a otros marcos institucionales de las nociones económicas, que resultan instrumentales para interpretar el sistema de mercado, sólo consigue falsearlos y lleva a creer que cualquier economía que no disponga de esta institución ha de ser imperativamente simple o sencilla¹⁸ (Polanyi, 1989).

Una tercera idea que aporta esta nueva tradición científica radica en la necesidad de concebir los actuales, intensos y devastadores procesos de cambio experimentados por el campesinado a la luz de su coexistencia con el capitalismo, bajo la óptica de una articulación que no se circunscribe a un periodo transicional, sino que resulta estable (Servolin, 1972, 1977) y está marcada por un intercambio asimétrico que es fruto de la dominación política que frente a las comunidades rurales ejerce el sistema capitalista por mediación del Estado. La agricultura campesina no puede analizarse al margen del sistema económico global porque, formando parte de él, su configuración actual ha sido diseñada por éste (Castells, 1976; Alburquerque, 1979; Carballo, 1977).

La crisis de las comunidades rurales, su dificultad para mantenerse a flote, la profunda despoblación del agro y la tendencia general a que muchas unidades campesinas desaparezcan por el peso de estos factores deben percibirse desde esa óptica. Esta coexistencia, definida por el predominio en las relaciones del modo de producción capitalista, sitúa a los campesinos en una posición de dependencia –adquisición forzosa de "inputs" a elevado coste, bajos precios para sus productos en el mercado, intensificación de la producción, necesidad de empleos alternativos para mantener sus rentas– que no siempre les garantiza la reproducción de sus explotaciones, pero que en otros muchos casos les lleva a una continua adaptación para garantizar su permanencia como formación social y modo de producción (Warman, 1976; Sevilla de Guzmán, 1980a, 1983, 1985, 1992; Castillo, 1978). La modernización del agro no ha de interpretarse, por lo tanto, ni como un proceso de disolución del campesinado ni en tanto un estadio en el que no caben otras formas socioeconómicas y que es consecutivo, en Europa, de un proceso ya acaecido en los Estados Unidos de Norteamérica (Palerm, 1976). De hecho, ni todos los países tienen por qué atravesar las mismas etapas evolutivas que los Estados Unidos, ni parece cierto que en esta nación no haya otros sistemas económicos diferentes del capitalista. Aquí, como en otros territorios del planeta, entre más enérgicamente persiga el capitalismo la disolución del campesinado, de manera más rápida socavará las condiciones para extenderse y reproducirse, esto es, para llevar a cabo su acumulación ampliada.

La presencia de áreas de agricultura tradicional, que todavía no han experimentado apenas los efectos de la modernización agraria y de las que el modo de producción capitalista no obtiene directamente una tasa de ganancia industrial, no supone, sin embargo, contradicción

alguna con los intereses del capital. Su existencia hay que entenderla bajo la óptica de que las necesidades del sistema global no han requerido hasta la fecha otro tipo de articulación que el actual, lo cual quiere decir que esta situación puede cambiar en el momento en que lo decidan los imperativos de la acumulación del capital (Sevilla de Guzmán, 1980b, 1981a, 1981b).

1.2.1.1.– Papel del Estado

La mayoría de los teóricos, que han analizado la articulación del modo de producción capitalista con el campesino, se han referido a la relevante función que históricamente ha venido desempeñando el Estado como vehículo de esa coexistencia. El hecho de que, a un nivel de estudio puntual, el Estado pueda aparecer como el abanderado de políticas que persiguen el detrimento de la sociedad campesina, no impide que desde una perspectiva macro analítica pueda ser considerado la llave de toda articulación, cuya intervención en el mantenimiento del campesinado está determinada por las demandas generales del sistema capitalista a fin de conservar su equilibrio económico y social.

El Estado se convierte, así, en el factor de articulación más general y en el árbitro que traza las condiciones, por las que el capitalismo se erige en el sistema dominante frente a otras formaciones sociales no capitalistas y dispone su mecanismo de intercambio desigual. Instrumento del modo de producción capitalista, el Estado se ocupa de manera especial de su preservación y reproducción, resolviendo sus contradicciones internas –fragmentación en clases, concurrencia entre empresas– y, sobre todo, asegurando que pueda continuar creciendo a costa del resto de las formaciones económicas, cuyo mantenimiento lo contempla como un objetivo deseado y perpetuable. Para ello ha de vigilar la estabilidad del sistema capitalista ejerciendo su capacidad de dominio político, como atributo que legítima e intrínsecamente le corresponde en orden a estructurar, de manera jerárquica, en un mismo espacio de actuación a los diversos regímenes económicos y a conseguir la extracción y, posterior, transferencia al modo de producción hegemónico de los excedentes reales y potenciales de las formaciones precapitalistas. Y al mismo tiempo, para la consecución de esa estabilidad, ha de procurar el suficiente capital no revalorizable con el que garantizar los servicios generales y las infraestructuras, que permiten el funcionamiento de la red de intercambio desigual sobre la que las empresas capitalistas llevan a cabo su acumulación. La necesidad del capital de controlar los recursos de los campesinos y de apuntalar su continuidad, en tanto suministradores netos de sobreganancias, queda garantizada por la acción del Estado, por mucho que a veces parezca que arremete contra ellos, tal como podría inducirse de la crisis de la explotación tradicional y de los agudos y vastos fenómenos migratorios (Palerm, 1972a; Warman, 1972; Lisovskij, 1979). Justamente, con vistas a lograr este último objetivo ha de entenderse que al Estado le haya preocupado desde siempre afianzar más la presencia de la pequeña explotación que la de la grande, dada, según veremos más adelante, la menor rentabilidad de ésta por el bloqueo de capital que implica su dilatado tamaño (Vergopoulos,

1976).

Por otro lado, supuesto que los campesinos otorgan una importancia vital al volumen de esfuerzo que ha de desplegar la familia, así como al nivel de precios que han de cobrar por sus productos y pagar por sus insumos, resulta crucial el papel que en la fijación de estos cánones entabla el Estado (Servolin, 1972, 1977). El es, en última instancia, el encargado de definir la remuneración de la fuerza de trabajo campesina y de regular los precios del mercado; revistiendo esto último gran interés también para las empresas capitalistas ligadas a la producción agraria. Partiendo de la base de que la agricultura campesina suministra, de la forma más barata posible, los productos alimenticios que consume el grueso de la población, procurará que toda transferencia de valor, realizada a expensas de las explotaciones familiares, no sustraiga el ingreso mínimo indispensable para que ésta atienda su propio consumo y no desincentive su producción. Con la garantía de estos aportes a la explotación campesina, el modo de producción capitalista podrá absorber gran parte de las rentas propiciadas por la agricultura, ya sea a través de los precios de sus "inputs" y de los créditos que requiere para adquirirlos o por la vía de la compra de los productos agrarios a un costo inferior a su valor. El Estado vigilará, por igual, que los precios de los "inputs" sigan siendo elevados para favorecer la actividad de la industria y, de paso, del capital financiero que facilitará las líneas de crédito para comprarlos. Conjuntamente, el Estado buscará equilibrar los precios agrarios a fin de que su alza potencial no vaya en detrimento de los asalariados y del resto de los consumidores.

De la misma manera, primando las rentas de la industria frente a las de la agricultura, supervisará esta disparidad y otros desajustes del mismo género, pues cualquier exceso de las diferencias entre distintos sectores económicos, sobre todo en momentos de crisis, podría provocar consecuencias catastróficas para la racionalidad y estabilidad del sistema global (Lebossé y Ouisse, 1979: 225). Es el caso, por ejemplo, de la política encaminada a contener el ritmo migratorio de las comunidades rurales en coyunturas de paro estructural, esencialmente, mediante el relevo de los actuales agricultores, en general de edad muy avanzada, por jóvenes a los que se incentiva –cursos de capacitación, subvenciones– a permanecer en el campo. E igualmente, a ese control de la disparidad de las rentas sectoriales obedece la concesión de subvenciones, prácticamente a fondo perdido, para incentivar la reducción de ciertos aprovechamientos en periodos de reajuste productivo.

El Estado se preocupará, asimismo, del control del crédito otorgado a la agricultura, de la influencia de las medidas fiscales en la explotación familiar, de la vigilancia de su consumo, del carácter de la educación escolar de los hijos de los campesinos y de la integración de las organizaciones sindicales de las comunidades rurales. Y velará, en último lugar, por la conservación ecológica del territorio como medio de favorecer a la explotación campesina y de preservar, a través de ella, un paisaje natural en el agro que sirva para mejorar el ocio y la calidad de vida de los ciudadanos.

En conclusión, el Estado se torna en el avalista esencial del funcionamiento armónico y de la reproducción de la articulación entre el modo de producción capitalista y la explotación

campesina. Es el principal garante del mantenimiento y de la reproducción de las explotaciones campesinas, de su permanente modernización y de su integración social en el seno del sistema socioeconómico global. Ello explica, incluso en situaciones extremas, que el Estado haya dispuesto medidas proteccionistas y ayudas oficiales en favor de aquéllas. Y desde luego, que nos facilita el entendimiento del apoyo y, en ocasiones, de la participación activa que ha brindado a las cooperativas campesinas, que persiguen aumentar la remuneración de la fuerza de trabajo familiar y reducir las apropiaciones de valor que el capital financiero, comercial e industrial obtiene en el mercado. En cualquier caso, tampoco parece excepcional que el Estado, en las ocasiones en que conviene a los intereses del modo de producción capitalista y dependiendo de épocas y territorios, acometa medidas que suponen un grave menoscabo de la identidad campesina: privación de su fuerza de trabajo, endeudamiento, eliminación de explotaciones, destrucción de organizaciones comunitarias... Estas y otras actitudes contrarias las toma el Estado, no tanto en función de objetivos electoralistas, sino en aras siempre de racionalizar el conjunto del sistema económico y de aplicar la fórmula más útil, para que el modo de producción capitalista extraiga y pueda continuar absorbiendo los excedentes de los campesinos.

1.2.2.- IDIOSINCRASIA DE LA EXPLOTACION CAMPESINA

Las propias características que presenta la explotación campesina han sido aducidas por la mayor parte de los científicos sociales, defensores de la coexistencia del campesinado con el capitalismo, como una de las causas fundamentales de su permanencia histórica y de que el modo de producción hegemónico haya preferido su control antes que su destrucción, mantenerla antes que sustituirla por empresas basadas en la lógica del capital.

Este pensamiento que está inspirado fundamentalmente en la obra de A.V. Chayanov (1966, 1985), principal impulsor de la especificidad del modo de producción campesino frente al capitalista, parte de que la economía campesina se estructura en unidades de producción, distribución y consumo de carácter familiar. Estas unidades tienen motivos muy especiales para la actividad económica y también una visión muy característica del provecho (Chayanov, 1985). La rentabilidad del capital –tierra, equipos– invertido en la explotación por el campesino no constituye el factor determinante para que éste decida la conveniencia o no de continuar al frente de ella. Los campesinos no aspiran como objetivo prioritario a la búsqueda de una mayor tasa de beneficio, sino fundamentalmente a obtener una remuneración por su trabajo que les permita atender a su propia subsistencia y a la de su familia. Su lógica radica en atender su consumo y no en la necesidad de acumular. El seguir en su actividad sólo depende de lograr los ingresos suficientes para sufragar la amortización de sus equipos, el saldo de los gastos de la producción y el consumo de la unidad familiar. La reproducción de la riqueza se orienta, por tanto, hacia el consumo y la continuidad de la explotación –insumos, deudas–. Este preside todos los ámbitos del proceso productivo, desde el momento en que define la magnitud de producción y trabajo que la familia necesita realizar para abastecerle.

Cuando el consumo aumenta debido a los mayores requerimientos familiares –ampliación del número de miembros o de compromisos sociales, imposición de patrones urbanos–, crece la intensidad del esfuerzo de todos los componentes de la explotación doméstica y su volumen de producción. En cambio, cuando decae, se detrae el trabajo familiar y la cuantía de la producción. Pese a que los campesinos se ven cada vez más forzados a vender en el mercado la producción, e invariablemente por debajo del valor real, no por ello la abandonan, puesto que para su continuidad no es condición imprescindible obtener el justiprecio de sus productos. Su único límite estriba en conseguir por sus productos el salario suficiente que se asignan a sí mismos, tras deducir los gastos del proceso productivo. Mientras el precio de los productos cubra este cálculo, que suele ser bajo y que a veces no supera siquiera el mínimo vital, persistirán en la explotación. Así ocurre incluso en las fases de desarrollo monopolista del capitalismo, en las que la supervivencia de la familia campesina, amenazada por una incesante multiplicación de la productividad e intensidad de la explotación y del trabajo familiar, se resuelve renunciando aún más a la valorización de su capital e incrementando el volumen y ritmo de su esfuerzo.

Sus diferencias, además, con el proletariado son más que perceptibles, ya que en tanto la clase obrera se caracteriza por la creación inmediata de plusvalía para el modo de producción capitalista, por el que está directamente explotada, el capital, en virtud de su posición social y económica dominante, extrae a los campesinos un "surplus" (Servolin, 1972) cuyo contenido mediano obedece a la conservación por parte de éstos de su modo de producción.

Esta capacidad de autoexplotación que posee el campesinado, así como el hecho de que su empresa familiar reúna la doble condición de ser una unidad de producción y consumo, le ha hecho especialmente resistente y estable frente a los avatares históricos y crisis agrarias en la situación actual, más idóneo y competitivo para la producción agraria que las empresas capitalistas. Ciertamente, la explotación campesina soporta mejor que la empresa capitalista las eventuales pérdidas en el mercado, derivadas tanto de las malas cosechas, de los fenómenos de super producción o de la caída de precios como de la subida excesiva de los insumos. Gracias al equilibrio establecido entre producción, consumo y trabajo puede sobrevivir en unas tesituras que, por su adversidad, conducirían siempre a la ruina a la producción capitalista y en pocos casos soportaría el proletariado –tiempo de trabajo más largo, nivel de vida más bajo– (Rey, 1973). El campesinado admite una remuneración total por sus productos inferior al salario mínimo interprofesional y a la que acepta la gran explotación o la empresa capitalista. Además, dado que, a diferencia de las empresas capitalistas, la explotación campesina no persigue rentabilizar su capital y alcanzar tasas de beneficio industrial, no define los precios de los productos por el tiempo de trabajo socialmente necesario para obtenerlos, puede producir a unas tarifas de mercado mucho más bajas que las que aquéllas logran y posibilitar una mayor extracción de su plusvalía. Que los valores de cambio sean para los campesinos un medio, nunca un fin, y que no establezcan correlación entre valor y precios, determina su predisposición a producir a unas tarifas de mercado inferiores a los costos productivos, calculados en términos empresariales. Esto

convierte a la explotación campesina en un instrumento más útil para los consumidores de las ciudades y, sobre todo, para los intereses de la agroindustria que las empresas capitalistas, máxime cuando por las mismas razones posibilita la existencia de ciertas producciones en condiciones que rechazaría cualquier agricultor no campesino.

La complementariedad entre la explotación campesina y el capitalismo permite a éste la maximización de una tasa industrial de ganancia que, inevitablemente, siempre bloquea la gran empresa de producción agraria. Es por esto, por lo que la generalización de la explotación campesina en el sector agrario implica que el modo de producción capitalista recupere la casi totalidad del sobretrabajo en el agro, exceptuando los excedentes que aquélla necesita para reproducir su fuerza de trabajo. Si en la agricultura predominara el modo de producción capitalista, una parte importante del sobretrabajo del sector quedaría bloqueado dentro de él, para ser convertido en ganancia y sobreganancia de los empresarios agrarios capitalistas y no del conjunto del sistema global. A la postre, al régimen económico global lo que vitalmente le preocupa es incentivar las ganancias de los sectores más rentables, como es el caso de la industria; y para ésta la plusvalía que retienen las empresas de producción capitalista supone un detrimento de las ganancias que le aporta la explotación campesina. Y ello, no sólo en razón de que no entra dentro de la estrategia de la explotación campesina la consecución de plusvalía, sino en especial porque se le impide llegar a poseerla por la dominación que sobre ella ejerce el sistema económico global; lo cual no resulta factible en el caso de las empresas capitalistas de producción (Palerm, 1972a).

Por otra parte, la explotación campesina, imagen de un modelo general de vida, está menos predispuesta a las fluctuaciones económicas que experimenta una empresa capitalista (Servolin, 1972, 1977; Faure, 1978; Lebossé y Ouisse, 1979). Frente a ellas puede sobrevivir mejor debido a que su estructura, indudablemente atípica bajo la óptica del sistema empresarial y fundada en mecanismos de reciprocidad y redistribución (Polanyi, 1966, 1976, 1989), posee resortes específicos para no ser aniquilada y contempla continuar produciendo, inclusive, a costa de que se empeoren las condiciones vitales y aumente el nivel de trabajo de la familia. La explotación campesina suple la falta de capital con la "coordinación de esfuerzos en una red de relaciones que hacen posible la supervivencia" (Warman, 1974a: 10). La tierra, fuerza de trabajo y otros elementos del proceso productivo no los adquiere por canjes monetarios, sino como fruto de sus relaciones sociales familiares y en el seno de la comunidad. Estas, desde luego, tienen un objetivo productivo, pero su régimen de intercambio difiere cualitativamente del comportamiento de las mercancías en un sistema capitalista, ya que los bienes y servicios canjeados carecen de precio y de la categoría empresarial de salario. El salario es para la explotación campesina la remuneración que se otorga a sí misma la familia, los ingresos que a cambio de su producción toman viable el consumo de todos los miembros de la unidad familiar, sin que ello suponga la percepción de una cuantía monetaria fija y regular en el tiempo y, mucho menos, una vinculación contractual propia de las relaciones de producción capitalista. La producción tampoco es tomada como mercancía, desde el momento en que su finalidad consiste en sufragar la subsistencia familiar y no en

cubrir todos los costos productivos y reproducir el capital.

Aun en el caso de que los campesinos se vean obligados a modernizar sus explotaciones, su subsistencia gira en torno al empleo de recursos que no son mercancías: la tierra y el intenso trabajo de los distintos miembros de la familia no retribuido salarialmente. Ambos son la clave de la permanencia histórica del campesinado y explican su rentabilidad económica para el capital (Palerm, 1968, 1972b). Su lógica productiva les sitúa, incluso en aquellas circunstancias, en una "posición estructural que les permite subsistir pero no acumular" un excedente que, en tanto mercancía o/y trabajo no pagado, es captado por el capital en virtud de su dominio sobre el conjunto de la sociedad (Warman, 1972: 118).

1.2.2.1.- Agricultura a tiempo parcial y cooperativismo

A la propia idiosincrasia de la explotación campesina y a su gran capacidad de respuesta ante los fenómenos de cambio obedecen, por lo demás, las singulares formas de adaptación que despliegan los campesinos para asegurar su reproducción en momentos de crisis y su continuidad histórica. La práctica de la agricultura a tiempo parcial y del cooperativismo representan, en esencia, esas formas específicas de adaptación frente a las circunstancias adversas que sufre hoy la explotación campesina por efecto de la modernización. El impulso de estas fórmulas de adaptación histórica se contempla, por consiguiente, como un claro testimonio de la vitalidad del campesinado para preservar su identidad (Chayanov, 1985). El mismo K. Marx, en los *Grundrisse der kritik der politischen oekonomie* (Palerm, 1976), reconocía que una formación social nunca desaparece antes de haber desarrollado todas las fuerzas productoras que puede contener en su interior.

La explotación campesina, por tradición, cuando ha estado necesitada de mayores ingresos para satisfacer su consumo, ha inducido a los distintos miembros de la familia a buscarlos en otras unidades productivas de la misma o de diferente comunidad rural e, igualmente, en otros sectores productivos. De ahí, que la agricultura a tiempo parcial no constituya un fenómeno original, a pesar de que hoy se presente bajo unas características nuevas debido a la crisis de la explotación –amortización de los crecientes gastos en "inputs"–, que obliga a practicarla ascendente y masivamente, en tanto opción permanente y estructural, así como a recurrir casi en exclusiva al desempeño de trabajos en sectores distintos a los agrarios (Sevilla de Guzmán, 1979, 1983; Rambaud, 1970). Estos son casi los únicos existentes, dada la crisis general en el sector agrario, y los que mayores y más seguras remuneraciones aportan. Por mucho que la agricultura a tiempo parcial requiera un intenso ritmo de trabajo de toda la familia, supone una maximización conjunta de la rentabilidad de su esfuerzo y logra amortiguar las deficiencias productivas y el endeudamiento actual de la explotación, dando prueba de la resistencia de la unidad de producción y consumo familiar.

Favorecida por el desarrollo del transporte y, en especial, por los avances técnicos y la mecanización que facilitan el aminoramiento del monto de trabajo en la unidad productiva, la agricultura a tiempo parcial permite a la explotación campesina equilibrar desajustes

internos que le resultan sumamente desfavorables. En efecto, supuesto que se ve fuertemente afectada por la emigración, sobre todo, de los integrantes más jóvenes de la familia y por la merma de rentas que conlleva su general endeudamiento, trata de que los ingresos conseguidos por estos miembros ausentes se sumen a los obtenidos por la actividad productiva, contabilizando ambos como la remuneración global de la explotación (Warman, 1972; Roíz, 1983). Equilibra de esta forma no sólo las descompensaciones propias, derivadas de unos ingresos escasos e inestables y de la reducción de rentas que le ocasiona el éxodo de parte de su fuerza de trabajo, sino las que se generan en su exterior, habida cuenta de que a los emigrantes del campo no les suele ser fácil, en particular en periodos de paro estructural, hallar empleos suficientes y regularmente remunerados. La racionalidad económica, con la que la explotación campesina usa el recurso de la agricultura a tiempo parcial, optimiza en el sector agrario y, en buena medida, fuera de él los intereses del capital. Su transferencia de plusvalía se eleva al añadir a la que habitualmente extrae de la explotación la que ahora confisca de más. Esta plusvalía adicional se realiza, dentro de la explotación, gracias al incremento de trabajo familiar que todo ejercicio de la agricultura a tiempo parcial presupone, al tenerse que compensar la falta de la fuerza de trabajo ausente con la intensificación del esfuerzo del resto de los miembros de la familia. Y, fuera de la unidad productiva, mediante la absorción directa que potencia el régimen salarial al que quedan sometidos los integrantes del grupo doméstico que se emplean al margen de la explotación. Parte de la plusvalía de este salario se capta, a la vez, cuando se incorpora a los ingresos totales de la unidad familiar.

Al lado de esto, la agricultura a tiempo parcial facilita la disparidad de rentas en la que se funda el sistema económico global, ya que los ingresos suplementarios que proporciona a los campesinos les lleva a tolerar mejor los bajos precios, conseguidos en el mercado por sus productos, y los altos costes de sus insumos y créditos. Paralelamente, coadyuva a que los salarios percibidos por los miembros de la explotación, que trabajan fuera de ella, sean más bajos que los que soportarían de no formar parte de ese grupo doméstico. Y más todavía, la agricultura a tiempo parcial evita en muchas circunstancias el imperativo de la concesión al sector agrario de créditos a reducido coste, subvenciones y subsidios. Por último, ayuda a fijar población en el campo, paliando la emigración hacia las ciudades y, muy primordialmente, el paro de las zonas rurales y urbanas, lo que en momentos de desempleo estructural reviste una significación substancial (Servolin, 1977). No es casual que esta fórmula se ajuste perfectamente a las nuevas directrices trazadas por el capital para organizar el régimen laboral del conjunto de la sociedad. Por mediación de ellas se camina, por un lado, hacia la formación de empresas automatizadas, altamente especializadas y con escasa dotación de personal; y, por otro, se procura la recuperación del trabajo a domicilio para todos aquellos procesos que demandan abundante volumen de mano de obra por su imposibilidad de ser tecnificados y capitalizados. Este último sistema, igual que la explotación campesina, ahorra al empresario la necesidad de acometer inversiones, amortizar costos sociales y atenerse a la legislación y a convenios salariales, abaratándole sensiblemente el proceso productivo.

En otro orden de cosas, el cooperativismo campesino se contempla como un medio que,

basado en la actualización de la filosofía tradicional de la ayuda mutua, la reciprocidad y la redistribución, permite a las comunidades rurales levantar una notable barrera frente a su continuada extracción de excedentes. Supone una recuperación de las fórmulas de ayuda mutua que, desde antaño, han materializado las formas de participación en la comunidad y son el eje fundamental de la organización social campesina. Extendiéndose a los ámbitos de la producción, comercialización y transformación de productos agrarios, constituye, sobre todo en momentos en los que resulta difícil soportar las obligaciones inducidas de la vinculación con el capital, un mecanismo de autodefensa por el que la explotación, adaptándose a sus actuales circunstancias históricas, intenta asegurar su reproducción (Palerm, 1972a; Warman, 1976). A través de las cooperativas, los campesinos tratan de maximizar los ingresos de la producción de todos sus miembros en base a un funcionamiento horizontal, a la adquisición de un mayor dominio técnico sobre las condiciones del proceso productivo que contrarreste en parte las habituales fluctuaciones del mercado y, esencialmente, a la recuperación parcial de sus excedentes.

Si bien las cooperativas de comercialización y transformación no pueden pagar a los afiliados unos precios por los productos más altos que los del mercado, buscan los mejores compradores, anticipan cantidades a cuenta sobre las cosechas, efectúan la contabilidad y entregan al final del ejercicio, en concepto de retorno, una parte de las ganancias obtenidas de su gestión. A la par que aminoran los desequilibrios existentes en las comunidades rurales más depauperadas, recuperan parte del valor añadido que los productos campesinos pierden en los circuitos comerciales y agroindustriales, desplegados generalmente lejos de la región y, a veces, de la nación donde tiene lugar la producción. Su papel resulta, a este respecto, fundamental, pues lo que realmente se vuelve decisivo para el campesino no es tanto el conjunto de los problemas subyacentes en la producción, sino la remuneración de ésta, de la que depende la subsistencia familiar y de la que, no obstante, el capital comercial e industrial absorbe sus mayores ganancias en el agro. No es casual que la comercialización y transformación de productos agrarios se halle prácticamente monopolizada por empresas capitalistas.

Las cooperativas de producción, por su lado, al no guiarse por un afán de lucro sino por la optimización y mayor racionalización de la economía de la comunidad rural, animan a los campesinos a no limitarse sólo a las producciones más rentables y no establecen distinciones en virtud de status o de niveles de competitividad productiva a la hora de seleccionar a los afiliados. De este modo, trazan una gruesa línea de separación entre su lógica de funcionamiento y la de las empresas capitalistas de integración vertical o cuasi-integración, ya que éstas no suelen interesarse por la totalidad de los productos agrarios que demanda el consumo nacional y regional, sino que, orientadas hacia mercados internacionales caprichosos y especulativos, se especializan en aquellas producciones que aportan fuentes de ingresos abultadas, rápidas y fáciles. Por el contrario, las cooperativas de producción son un poderoso agente para armonizar y equilibrar internamente el desarrollo del sector agrario, manteniendo y haciendo rentables incluso las explotaciones agropecuarias más desfavorecidas. No se

dedican a extraer excedentes del sector agrario para trasvasarlos fuera de él, sino a encontrar la manera más adecuada de colocar en el mercado todos los productos que han recogido de sus socios, haciendo posible, a través de un procedimiento de compensaciones entre las producciones rentables y las que no lo son, que éstas últimas, también precisas, puedan seguir desarrollándose aun con el rechazo de las empresas agropecuarias capitalistas introducidas en la producción (Servolin, 1972; Postel-Vinay, 1974).

El interés de las cooperativas para los campesinos es, por lo tanto, evidente, pese a que no tienen ninguna posibilidad de cambiar el dominio del sistema económico global en el campo al estar supeditadas, igual que sus afiliados, a los precios del mercado y al endeudamiento con las entidades crediticias. Sin embargo, al coadyuvar a la supervivencia histórica del campesinado, convienen al tiempo al capital, por mucho que intenten reducir su margen de ganancias. No en vano el capital se aprovecha del efecto racionalizador que introducen las cooperativas, reagrupando la oferta de productos alimenticios, normalmente dispersa y atomizada, facilitando la producción en condiciones de mercado y con precios favorables a toda la economía nacional, y evitando que las empresas agrarias capitalistas se hagan cargo de actividades productivas que no les aportan beneficios suficientes.

Por lo demás, cuando las cooperativas están demasiado consolidadas y son prósperas y complejas, al capital siempre le cabe la posibilidad de penetrar en su estructura, ya sea directamente, convirtiéndolas en empresas, o indirectamente, a través de mediadores. Estos van haciendo de las cooperativas unas organizaciones con mayores niveles de verticalidad institucional y especialización productiva, cada vez más tendentes a emprender movimientos acumulativos de capital de cara a su concentración y crecimiento y menos dispuestas a defender los intereses de los afiliados, que ven mermada progresivamente la cuota de excedentes recibida en forma de retornos y que terminan transformándose en sus asalariados.

1.2.3.- OBSTACULOS DIRECTOS PARA LA PENETRACION DEL CAPITALISMO EN LA PRODUCCION AGRARIA

La envergadura de las barreras encontradas por el capitalismo para desarrollarse en la producción agraria contribuyen a explicar, al margen de los factores ya examinados, su, en general, poco preponderante significación actual en este ámbito, circunscrita a determinados productos y áreas específicas. Al igual, en tales obstáculos estriban buena parte de las razones de su más que poco probable implantación futura en este sector. Semejantes limitaciones, argumentadas básicamente por una parte destacada de la sociología rural francesa de los años setenta, consisten en las dificultades que entrañan la renta de la tierra, la división social del trabajo en la producción agraria, el imperativo de no disparar los precios de los productos del campo y la escasa idoneidad que presenta el proceso productivo agrario para ser industrializado.

Entre otros componentes, estos impedimentos han venido haciendo desistir al capital de la idea de penetrar en el ámbito de la producción y aconsejan aún más el mantenimiento, la

consolidación y la no sustitución presente y futura de la explotación campesina. Frente a la opción de controlar directamente la producción agraria, a base de introducirse en este sector o de insertar a la explotación campesina en complejos agroalimentarios capitalistas y/o regulados por el capital –integración cooperativa o cuasi integración vertical–, éste prefiere centrar sus esfuerzos en el control indirecto del proceso productivo. Le resulta más eficaz y le aporta más beneficios absorber la actividad de la explotación campesina por medio de la captación de sus excedentes. Esta transferencia de valor se opera sobre todo por la vía de la monopolización de la comercialización y transformación agraria; esferas, ambas, dominadas casi en su totalidad por el modo de producción capitalista.

El camino más idóneo para que el capital penetrara en el agro ha consistido en la reestructuración de la explotación campesina y en la determinación de las bases de una coexistencia con ella, que, aun modificando sus relaciones básicas, no ha desnaturalizado sus componentes esenciales. En efecto, la agricultura precapitalista integrada en el sistema económico global y vigilada por el Estado es la que mejor se adapta a los intereses profundos del capital, por lo que este modelo se convierte en una solución deseada, duradera y estructural. La agricultura precapitalista subordinada, de esta forma, al modo de producción dominante le posibilita además una transferencia de valor, que es siempre superior a la que éste obtendría a través de la explotación directa de la fuerza de trabajo campesina como mano de obra asalariada en una explotación agraria capitalista.

Todo ello parece indicar, en suma, que el desplazamiento y la subordinación del campesinado no se efectúa, obligadamente, en la esfera de su actividad económica, sino en el ámbito de su forma social. Y a la par expresa que la reproducción del capitalismo no conlleva su crecimiento en la agricultura y que ésta:

puede ser el campo de desarrollo definitivo de un sistema de producción mixto, que combine formas de integración basadas en la adscripción de ciertas actividades agrarias a cadenas de producción capitalistas y formas de producción específicas del sector basadas en la actual pequeña economía mercantil (Vaello, 1977: 104)

1.2.3.1.– Renta de la tierra

Aunque los campesinos, a costa del endeudamiento de generaciones enteras y en virtud de la significación simbólica y vital que para ellos encarna la tierra, han dado repetidas muestras de que su precio no frena la necesidad de conseguirla, sobre todo cuando los requerimientos del consumo familiar lo demandan, para el capital las inversiones en la adquisición y mantenimiento de este recurso suponen sólo una manera de esterilizar e inmovilizar unas rentas, que empleadas en otros sectores económicos le aportan mayores beneficios. Su dilema es que frente a ello, la tierra es la base material insustituible para llevar a cabo cualquier proceso productivo en el agro. Es por esto, por lo que el capital decide traspasar a los campesinos la carga de la renta de la tierra que, unida al peso del riesgo empresarial, de la incertidumbre ante el mercado y las catástrofes naturales y de la obsolescencia de los equipos, no sólo se ahorra a partir de este momento, sino que pasa a ser una sobreganancia más dentro

del volumen total de la plusvalía extraída (Servolin, 1977).

A fin de que puedan reproducirse las relaciones de producción capitalistas en el agro, resulta imprescindible que el precio de las mercancías remunere el capital inmovilizado en la tierra a una tasa, al menos, similar al tipo medio de interés o a las ganancias obtenidas en otros sectores económicos. Sin embargo, por lo general, el precio de esas mercancías no suele compensar al capital sus inversiones en tierras. Ello dificulta en gran manera el régimen de centralización que requiere toda producción capitalista y contradice el sistema usual previsto tanto por la economía clásica y neoclásica¹⁹ como por K. Marx, K. Kautsky y V.I. Lenin para abordar el proceso productivo en la agricultura: la concentración de la tierra en grandes explotaciones. Así se percibe especialmente en las áreas próximas a las grandes aglomeraciones urbanas, de cultivo intensivo y de regadío.

Muestra de las limitaciones que la renta del suelo comporta para la concentración de la propiedad es la tendencia de los terratenientes no campesinos a vender o arrendar sus tierras, una vez que constatan que el capital inmovilizado en ellas no está compensado por las rentas que genera y que únicamente puede originar plusvalía, colocándole en otras esferas económicas más dinámicas y remuneradoras. Y para evitar la inmovilización de una parte de la plusvalía potencial o real obtenida, tampoco los agricultores capitalistas, altamente tecnificados, pueden plantearse en la mayoría de los casos ampliar sus tierras. Nada hace prever, por otra parte, la futura abolición del régimen de la propiedad privada de la tierra y, aun cuando se ha intentado socializarla y maximizar su renta por medio de sociedades financieras anónimas que reparten esta carga entre varios accionistas, sigue sin resultar provechoso desviar fondos de inversión de otros sectores más competitivos para comprarla o arrendarla. De hecho, el problema de la renta de la tierra ha conducido a la desaparición de las relaciones capitalistas de producción en numerosas explotaciones, singularmente, en las de gran tamaño y en las de tipo medio dedicadas a aprovechamientos extensivos. Estas explotaciones, tras una fase de desarrollo capitalista, han retornado en muchos ocasiones al sistema de producción campesino²⁰ (Lebossé y Ouisse, 1979: 200).

Por otro lado, frente a la concepción de la renta absoluta de K. Marx en *Teorías de la plusvalía*, la idea de que la gran propiedad es la fuente generadora de la renta absoluta en los límites de valor-precio de producción ha de abandonarse, pues, entre mayor sea el tamaño de la tierra, se vuelve superior el volumen de capital retenido en ella. En tal sentido, la renta no puede crear valores, únicamente es capaz de transferirlos de unas clases a otras. Incluso en el supuesto de que la gran propiedad promoviera renta, también lo haría la unidad campesina, porque la sobreganancia agraria, como fuente de valor, no está vinculada en esencia ni con la pequeña ni con la gran explotación, sino que procede de la limitación del factor tierra que no es reproducible y extensible a voluntad. Puesto que toda renta agraria no es más que una sobreganancia sectorial, la gran propiedad territorial no puede ser su causa, sino la existencia de ganancias desiguales, generadas por un mecanismo de intercambio asimétrico entre sectores económicos diversos. El origen de la sobreganancia agraria no reside en las relaciones internas de la agricultura, responde a la manera en que éstas se insertan en

el mercado como consecuencia de su articulación con el conjunto del sistema capitalista.

Además, los criterios de rentabilidad interna de la agricultura no son útiles para entender la superioridad de la gran explotación sobre la pequeña, ya que corresponde al sistema económico global definir los cánones de lo que es o no rentable²¹. Una vez más, no es posible analizar la evolución de la agricultura de forma aislada, sin considerar su vinculación con el régimen capitalista en su conjunto. Bajo esta óptica, el estancamiento y la desaparición de la gran propiedad bajo el capitalismo, se interpreta no tanto en razón de su carácter feudal residual, de estructura superada históricamente, cuanto en función sobre todo de ser una forma económica que bloquea la tasa industrial de ganancia y, en consecuencia, nada operativa para los intereses del sistema global dentro e incluso fuera de la agricultura. Para éste, se torna imprescindible reducir la renta al mínimo y transformarla en ganancia del capitalismo urbano. Y desde este punto de vista de racionalidad integral del sistema económico, la gran propiedad, aparte de no brindar solución a la producción agraria capitalista, tampoco la ofrece al capitalismo en su conjunto²² (Vergopoulos, 1976). Conforme con esta orientación, se entiende que el problema de las reformas agrarias, realizadas en Europa, no consistía tanto en dar solución a la propiedad de la tierra cuanto en facilitar y apoyar el desenvolvimiento de las pequeñas explotaciones, habida cuenta de que éstas eran las que de forma más eficiente posibilitaban canalizar hacia la industria las rentas agrarias²³. Los Estados capitalistas manteniendo, a causa de esto y no precisamente por razones electoralistas, la propiedad privada de la tierra en manos de los campesinos, lograron desviar, así, las rentas del campo hacia fuera de la agricultura sin necesidad de recurrir a la explotación directa e individualizada de la producción familiar y de los miembros de las comunidades rurales. A diferencia de lo que ocurre en la industria, se ha diseñado unas relaciones, mediante las cuales es factible una expoliación institucionalizada, indirecta y despersonalizada.

1.2.3.2.- División social del trabajo y precios agrarios

La segunda inhibición de importancia, que el capital se encuentra para penetrar directamente en la producción agraria, viene dada por la escasa posibilidad de división del trabajo social y de cooperación compleja que implica la actividad productiva en el campo. Esta, por sus rasgos específicos, requiere la posesión de un oficio, está supeditada a los ritmos biológicos de reproducción y crecimiento natural de los seres vivos, ya sean vegetales o animales, y es extremadamente dependiente de los fenómenos atmosféricos y geológicos.

La pretendida superioridad técnica de la gran explotación no elimina estos obstáculos, pues, aparte de que los principales avances tecnológicos –mejoras en los abonos, las simientes, la genética y la alimentación y limpieza animal– se adaptan tan fácilmente a las grandes unidades productivas como a las pequeñas, también en ella los diferentes procesos de trabajo agrario sólo se prestan tenuamente a la manufactura. A la vez, su mayor aptitud para utilizar eficientemente la maquinaria o las instalaciones no se traduce, de una manera sensible, en la elevación de la productividad agraria y en los aumentos de operatividad reportados por las

modernas explotaciones capitalizadas. Y aparte, el que la gran explotación se convirtiera en la principal o única destinataria de la maquinaria y otros equipos de producción, destruiría la creciente y múltiple oferta industrial actual que, debido a la obsolescencia rápida de estos insumos, a su consumo masivo inducido, a su incesante perfeccionamiento y a la dispersión de la actividad agraria en muy diversos grupos domésticos, cubren las unidades productivas campesinas a precios muy elevados.

Asimismo, excepto en lo referente a las conquistas en materia genética –selección de razas y especies–, el hecho de que se haya aplicado a la producción agraria los progresos conseguidos en el área de la tecnología y la biología, apenas ha logrado superar los resultados que ya proporcionaban las técnicas tradicionales para ofrecer mayor resistencia frente a, y modificar, los procesos naturales. Después de emplear esos avances, los procesos de trabajo agrarios no han dejado de seguir sometidos a ningún imperativo natural y continúan conservando las características propias de la manufactura, esto es, las diversas operaciones de la producción permanecen sin poder efectuarse simultáneamente. Su ejecución es delicada y demanda una mano de obra que conozca el oficio.

"Si se admite que el proceso de trabajo no se presta a la división del trabajo y que exige contar con un oficio", ha de entenderse que únicamente puede realizarse de manera individual (Servolin, 1972: 50). La escala productiva óptima se corresponde, entonces, con la que un hombre, ayudado de la fuerza de trabajo familiar o por otros agricultores a tiempo parcial, es capaz de atender en buenas condiciones. En el caso de la ganadería, esa escala idónea sería aquella, cuyo número máximo de animales no sobrepasara el nivel de dedicación total que el el cabeza de familia y el resto de los miembros de la unidad doméstica pueden prestar a su apropiada crianza. Cualquier explotación que supere esta correlación sólo consigue la yuxtaposición pura y simple del proceso de trabajo individual, no alcanzando tampoco una productividad más alta, ni por animal ni por Ha., que la obtenida por una unidad productiva que se mantenga en las anteriores coordenadas. El gran tamaño de las explotaciones sólo da lugar a una yuxtaposición de trabajo y productividad, no a una multiplicación de ambos factores. Por mucho que estas grandes explotaciones dispusieran fuertes y crecientes inversiones para forzar la multiplicación de esos dos elementos, únicamente lograrían inutilizar todavía mayores sumas de renta. Asimismo la extensa dimensión de las unidades productivas actúa en detrimento de la calidad del oficio del ganadero y del agricultor que, con su singular manera de conocer plantas y animales y de prodigarles cuidados, garantiza los buenos resultados técnicos de la explotación. Al capital no le merece la pena, en consecuencia, la costosa aplicación de unas técnicas de trabajo que proporcionalmente no mejoran los rendimientos de la explotación campesina, a la que interesa mantener para facilitar la reproducción ampliada del modo de producción capitalista, profundamente desalentado en sus capacidades reales y potenciales de introducirse en la actividad productiva agraria.

Por otra parte, la espectacular subida de los salarios agrarios, motivada por la disminución de la población activa agraria que provocan la emigración y la mecanización, ha mermado

enormemente el que las explotaciones capitalistas efectúen su necesaria y compleja división del trabajo (Servolin, 1977; Faure, 1978). En la medida en que las grandes explotaciones demandan mayor cantidad de mano de obra asalariada que las pequeñas, este efecto retrae más el desarrollo de aquélla que de ésta. Con todo, debe pensarse que, para interpretar que el modo de producción capitalista tiende a introducirse en la producción agraria, no parece en absoluto relevante constatar una mayor o menor generalización del régimen salarial y la presencia masiva de maquinarias. Ambos fenómenos no son substanciales para explicarlo, al margen de ser contradictorios y excluyentes entre sí. El régimen salarial, por su lado, ha aportado pruebas históricas decisivas de que es reversible²⁴ con el tiempo y puede ser sustituido por otros modelos de organización del trabajo, como es el caso del sistema doméstico. Tampoco cabe concluir esa penetración a partir de los intentos, entablados por el capital, para tratar de obviar los impedimentos que le plantea en el sector agrario el ritmo biológico y la no extensible superficie terrestre. De esas tentativas de adaptar tales obstáculos a las exigencias de una forma de producción que demanda superiores remuneraciones de la tierra y de los animales, mayores rendimientos de la mano de obra y más alta velocidad en la rotación de cultivos y en el engorde del ganado sólo ha conseguido éxitos puntuales circunscritos, básicamente, a determinadas producciones ganaderas.

Igualmente, los precios, normalmente bajos, de los productos agrarios en el mercado afectan de forma muy seria las relaciones de producción capitalistas, porque en la mayoría de las ocasiones no les aseguran un beneficio medio y regular, con el que realizar su plusvalía, afrontar la renta de la tierra y amortizar salarios e insumos. Esto les ha conducido, al abandono de muchas explotaciones. Aun cuando en estas circunstancias su productividad en términos absolutos es casi siempre superior a la del campesino, éste no tiene que atender tan costosos y numerosos objetivos económicos, no requiere que sus productos se comporten como mercancías. De acometerse, por lo demás, una subida de precios en el mercado de los precios alimenticios de forma que, en tanto mercancías, remuneraran la totalidad de los gastos productivos de la agricultura y ganadería capitalista, permitiendo a su vez la obtención de plusvalías, se originaría una contradicción con los intereses del sistema global que éste no consentiría. Tendría que ceder al capital agrario parte de sus sobreganancias, más rentables de invertir en otros sectores con menos limitaciones, y habría de enfrentarse a la demanda de mayores cuantías de salario por parte de las clases trabajadoras de las ciudades (Postel-Vinay, 1974).

1.2.3.3.- Impedimentos para industrializar el sector agrario

Es obvio, para la práctica totalidad de los analistas de la coexistencia del campesinado con el capitalismo, que el modo de producción capitalista ha llegado a monopolizar casi por completo la comercialización y transformación de productos agrarios, en base a lo que ha desplegado una potente y concentrada industria agroalimentaria. Esta vía indirecta de penetración en el sector agrario, que contribuye a entender la persistencia histórica del

campesinado, se torna más eficiente que otros sistemas de evolución, propuestos por la mayoría de los teóricos marxistas y liberales de la sociedad rural. En función de las empresas agroalimentarias el capital extrae los máximos volúmenes de excedentes a los campesinos y realiza sus más altos niveles de plusvalía en el campo.

En cambio, según observa C. Servolin y otros destacados representantes de la escuela de la sociología rural francesa, los intentos de penetrar en el marco de la producción no han fructificado más que puntualmente, al toparse con los obstáculos ya reseñados. Para allanarlos, el capital ha puesto en marcha varios dispositivos, entre los que sobresalen la integración vertical y, fundamentalmente, la estrategia de separar la producción de su elemento indispensable: la tierra. Ambos propósitos de industrializar la agricultura han permitido atenuar algo las contradicciones que el capitalismo encuentra entre la necesidad de universalizarse y reproducirse ampliada e indefinidamente y la especificidad de un medio que se lo niega.

El sistema de producción agraria sin tierras, habitualmente practicado en explotaciones inferiores a 0,1 Ha., es poco viable en el ámbito agrícola pero ha logrado éxitos de cierto relieve en la ganadería gracias, sobre todo, a la aplicación de las innovaciones genéticas. En esta producción ganadera industrial y sin tierras se han volcado los máximos esfuerzos productivos del capital en el campo. El caso más típico es el de las explotaciones estabuladas, encaminadas a la cría y engorde de cerdos y a la avicultura, que han alcanzado un alto nivel de estandarización mediante los progresos de la genética, la prevención de la patología animal en masa, la fabricación de piensos compuestos y de la manipulación y limpieza del ganado. En ellas se ha incrementado de manera sensible la productividad por animal y jornada de trabajo, mecanizándose total o parcialmente algunos de sus procedimientos y autonomizando los procesos propiamente de cría de la producción de alimentos. Las barreras que plantean al capital la renta de la tierra y el insuperable carácter finito de este medio natural se obvian en parte con dicha independencia de la producción respecto al suelo, que emula los procesos de división del trabajo emprendidos por el sistema capitalista en diversas ramas de otros sectores productivos.

Aun así, por muy estandarizadas que estén, sus limitaciones para constituirse en una auténtica industria no son pocas y siguen sin desvincularse de la especificidad definitoria del sector agrario. Considerando que la clave de toda actividad agraria consiste en promover la reproducción de los seres vivos a partir de la explotación de las condiciones naturales de la tierra, en este tipo de granjas se obvia en parte el segundo de estos dos rasgos esenciales, pero subsiste el primero: el desenvolvimiento de un proceso biológico, conseguir la reproducción del animal o vegetal, que motiva la producción, sobre la base del aprovechamiento por el hombre de los mecanismos biológicos. Esta es la causa de que el capital oriente tanto sus esfuerzos al mejoramiento genético y a modificar otros aspectos ligados al ritmo biológico y de que los progresos, antes citados, sólo hayan sido posibles a través de la modificación de los mismos animales, estimulando la rapidez de su crecimiento, la capacidad de metabolizar sus alimentos y su nivel de fertilidad. El propio perfeccionamiento de los métodos de

alimentación ha estado supeditado a los cambios operados en la fisiología del animal.

Además, el tipo de ocupaciones que desempeña la fuerza de trabajo continúa siendo muy similar al que se ejerce en la explotación campesina. La aplicación del tiempo de trabajo a la consecución de una producción determinada debe sujetarse a los actos biológicos, cuya duración coarta el uso de la capacidad bruta de la mano de obra. El tiempo operacional viene impuesto en términos técnicos y económicos por las condiciones biológicas, que no pueden ser alteradas más que ligeramente por la organización de la producción y del trabajo. Y, sin embargo, el éxito de las empresas agrarias se vincula en gran medida al rendimiento pleno del tiempo delimitado por dichos ritmos vitales. Las operaciones simples, elementales y discontinuas, dirigidas a garantizar las condiciones óptimas de realización del proceso biológico –alimentación, higiene y mantenimiento de las reses–, no desaparecen, pese a que se mecanicen y aumenten su productividad; y, por consiguiente, no potencian apenas una mayor división del trabajo y de cooperación compleja. Todo lo que hay de complejo y esencial en esta producción se lleva a cabo en el marco celular del animal y no en el contexto operativo de un sistema industrial. A él tampoco cabe asociar los trabajos abordados en este tipo de explotación ganadera de vigilancia del proceso biológico, cuya naturaleza requiere el conocimiento del oficio, de un saber aprendido a lo largo de años del que depende el éxito de cualquier ganadería. Este oficio, difícil de sustituir por mano de obra no especializada, es el que, en última instancia, permite detectar y prevenir cualquier signo de enfermedad en los animales y extraer de ellos los mejores rendimientos (Rey, 1973).

Asimismo, estas explotaciones sin tierras únicamente pueden expandirse sobre la base de la producción agrícola, en la que el capital no logra superar ninguna de las barreras que frenan su penetración. De la agricultura, concretamente de la producción de alimentos para el ganado, depende la extensión de estas granjas e, igualmente, la obtención de las materias primas que requieren las industrias de elaboración de piensos compuestos. De ahí, que sea una verdad a medias el afirmar que estas explotaciones ganaderas se han despegado de la tierra. Y conectado con esto, se entiende el que gran parte de la avicultura y de la cría de cerdos permanezca en el marco de explotaciones campesinas y que, en muchos casos, el capital haya optado por desarrollarse exclusivamente en las industrias de piensos, dejando de lado el fortalecimiento de este género de granjas, a pesar de haberlo propiciado. Una vez más, y desde la experiencia que aportan estas granjas, se demuestra que los intereses del capital residen en crear una red de relaciones que le posibilite el control de la producción agraria desde fuera de ella, sin introducirse en su interior.

En segundo término, la integración vertical, extrapolada del modelo que caracteriza ciertos procesos de la avicultura industrial, se funda en los lazos contractuales, con niveles de exigencia crecientes, que entablan las empresas suministradoras de "inputs" con los campesinos, a los que intentan transformar progresivamente en trabajadores a domicilio, remunerados a destajo. Tras este estadio, generalmente, inicial de su desarrollo, estas industrias, debido al progreso técnico y a sus necesidades competitivas, quedan abocadas a concentrar aumentada y persistentemente la producción y terminan erigiéndose en fábricas con

empleo asalariado. No obstante, este sistema de integración vertical, construido, primero, en la avicultura, luego, en otras producciones ganaderas y, de forma ocasional, en cultivos hortofrutícolas y de remolacha para la industria conservera, no ha resultado plenamente eficaz para los intereses del capital. Como modelo económico, su fallo radica en haber obviado cuanto, en el orden económico, técnico y social, suponía el paso de una producción agraria a una industrial, en su ahistoricidad y en el traslado mecánico a la agricultura de los presupuestos manejados en la industria a comienzos del siglo XIX. Y, en tanto régimen productivo, ha sido desacreditado por sus rendimientos, incluso en la avicultura, en la que los progresos técnicos aplicados no han impedido que esta producción siga ejerciéndose por parte de las explotaciones campesinas.

A todo ello obedece el que esta fórmula de intervenir en la producción agraria se reduzca la mayoría de las veces a una cuasi-integración vertical, en la que se conserva la explotación campesina y, consecuentemente, sus importantes transferencias de valor y donde, a la par, se posibilita un notable control del integrado en virtud de la restricción de su libertad de acción, de su especialización productiva, de la imposición de contratos exclusivos de compra de insumos y, con frecuencia, de su endeudamiento. Con la cuasi-integración vertical el capital evita las inversiones que tendría que acometer en una integración total para poder confiscar el sobretrabajo agrario, ya que son los propios campesinos los que financian todos los costes de la producción –tierra y equipos–. De esta manera, liberan al integrador de esa pérdida de renta, de la contingencia de riesgos derivados de las oscilaciones de precios del mercado y de catástrofes naturales y de la sujeción a una actividad que, según fluctúen sus intereses y merced a la corta duración de los contratos, puede abandonar en cualquier momento para dedicarse a otros sectores económicos o a otras producciones. La cuasi-integración vertical se presenta, en suma, como una opción más provechosa que la integración total que permite la producción agraria, incluso de los aprovechamientos menos rentables, en unas condiciones que rechazaría cualquier empresario capitalista. Y ello, habida cuenta de que, aun en años de escasez, los campesinos quedan comprometidos por las cláusulas contractuales de la cuasi-integración vertical a entregar la producción acordada, mientras que en los momentos de abundancia los integradores sólo aceptan lo pactado.

En resumidas cuentas, ni las explotaciones sin tierras ni la integración vertical han podido franquear las barreras que la producción agraria plantea al capital para industrializarla. Ninguna de ambas vías se ha generalizado ni lleva a pensar en su extensión futura.

1.2.4.- CONTRIBUCION DE LA ANTROPOLOGIA A LAS TEORIAS SOBRE LA COEXISTENCIA DEL CAMPESINADO CON EL CAPITALISMO

A diferencia de las aportaciones puntuales que la antropología efectúa al corpus científico de la descampesinización, su tributo teórico al pensamiento sobre la coexistencia del campesinado con el capitalismo es más que notable. Además de las contribuciones del evolucionismo multilineal, la antropología ha realizado importantes aportaciones teóricas y

prácticas al pensamiento sobre la coexistencia del campesinado con el capitalismo, utilizando, unas veces, ideas y métodos propios y, en otras ocasiones, colaborando estrechamente con diferentes ciencias sociales. Las diversas etnografías promovidas al calor de esta orientación, en contraste con las que tratan de demostrar el derrumbamiento de las comunidades rurales, sitúan, por lo común, el estudio del campesinado en el marco de las sociedades complejas contemporáneas, en relación con fenómenos relevantes y repetitivos y dentro del contexto de los procesos de cambio que acompañan a toda forma social. Evitando, por lo general, las elevadas dosis de localismo, empirismo, estatismo y exotismo tan habituales en las etnografías que aluden al final del campesinado, niegan que éste se asocie con el atraso cultural y el primitivismo de las comunidades rurales e insisten en su capacidad de adaptación y sincretismo, así como en que su estadio evolutivo es paralelo al de la sociedad más amplia, de la que forman parte.

Junto a las contribuciones del evolucionismo multilíneal, así como de T. Shanin, E. Sevilla de Guzmán y O. Lewis, ya mencionadas, hay que referirse a los análisis que, en el contexto del cambio cultural de los grupos domésticos y de su capacidad de adaptación frente al sistema capitalista, aluden, por un lado, a la necesidad de contemplar todo proceso de transición bajo la óptica de la vinculación de lo local o comunitario con el marco general de la sociedad; y, por otro, al sincretismo que ponen en marcha, tanto en el ámbito rural como en el urbano, muchas unidades familiares (Godelier, 1975, 1976, 1987). Con referencia a lo primero, tales análisis nos hablan de la coexistencia y articulación de las distintas formaciones sociales, de la diversidad y heterogeneidad de relaciones que conlleva la evolución del sistema capitalista y del carácter no lineal y uniforme del desarrollo de éste. Y con arreglo a lo segundo, manifiestan que la expansión del capitalismo ha dado lugar a la pervivencia y, aun, al desenvolvimiento de formas sociales y productivas ajenas y anteriores en el tiempo a él. Estas, gracias a su gran pluralidad de bases y resortes sociales y económicos, han sabido diversificarse, adaptarse y adecuar su lógica interna a las demandas y a la situación de dependencia y de crisis que les plantea el modo de producción dominante, han sido capaces de modificar aquellos aspectos de su organización social y económica que requería su articulación con la sociedad global. Olvidando antiguos componentes, adoptando otros nuevos y reelaborando de forma característica y amalgamada viejas y actuales estructuras económicas y sociales, han podido asegurar su reproducción sin perder la vigencia de sus rasgos específicos, sin transformar su propia naturaleza (Deverre, 1988; Héritier, 1981; Goody, 1985; Laslett y Wall, 1972; Barrué-Pastor, 1988; Salitot, 1988; Terrades, 1973; Contreras, 1974, 1978, 1984; Cela Conde, 1978, 1980). Ejemplos destacados de la capacidad de diversificar las bases de su existencia, de la pluralidad de sus formas sociales y económicas son: el cooperativismo (Frigolé, 1983; Juliano, 1988; Narotzky, 1988), la agricultura a tiempo parcial (Ferrús i Batiste, 1980, 1984, 1988; Provansal y Molina, 1987), determinadas formas contractuales (Comas D'Argemir, 1987, 1988; Assier-Andrieu, 1988) o ciertas modificaciones del comportamiento ante el sistema de herencia y de matrimonio tradicional (Iszaevich, 1973; Roigé i Ventura, 1988).

1.2.4.1.- Negación de la disolución del campesinado en función de su atraso cultural

Capítulo aparte merece, no obstante, el pensamiento antropológico que, tanto dentro como fuera de España, entendiéndose descalificado por los hechos el modelo "típico-ideal" propuesto por R. Redfield acerca del "continuum folk-urbano", se centra en rechazar la tesis de que el campesinado sea una formación social culturalmente atrasada y de que, por esta razón, se explique su desaparición.

La mayoría de los antropólogos que aportan ideas y argumentos a este pensamiento considera que, aun estando bastante extendida la noción etnocentrista de que el campesinado es un sector social atrasado, un residuo del régimen feudal, el estado actual de la población rural responde al mismo desarrollo de la sociedad urbana y al carácter de las relaciones establecidas entre ambas. Tanto es así, que buena parte de los rasgos muchas veces asignados como específicos a los campesinos proceden en realidad de fuera de la comunidad. Tales atributos, vistos en tanto costumbres inveteradas, conservadoras y retrógradas que son fruto de una menor evolución, han sido inducidos por y desde la sociedad dominante, de forma que no puede seguirse concibiendo a la cultura campesina como el resultado simple de la historia de un grupo distinto y autosuficiente. Vinculados estrechamente por una compleja red de dominación, el campesinado y el resto de la sociedad poseen una misma historia, se encuentran en el mismo estadio evolutivo. Y en virtud de esta historia común, es preciso acabar con la tendencia que circunscribe el estudio de los componentes internos de las comunidades, ya sean estructurales o funcionales, a variables independientes o, en el mejor de los casos, a la descripción sin más de determinados elementos de la estructura social global en calidad de ser factores condicionantes de esos aspectos propios de los campesinos²⁵. La comunidad campesina forma parte de un todo integrado e interconexo, en el que el cambio viene definido por factores socioeconómicos y tecnológicos de la sociedad mayor (Wolf, 1956, 1971, 1973, 1977, 1980; Palerm Viqueira, 1973; Sevilla de Guzmán, 1985). La gran diversidad interna del campesinado sólo se explica, en última instancia, bajo esta misma óptica.

Dentro de estas aportaciones, debemos referirnos de forma particularizada a los análisis que aluden a que la pervivencia a lo largo del tiempo del campesinado se debe a la eficiencia de su producción. Esta eficacia, que a menudo se alcanza en medio de importantes niveles de miseria y que proporciona altos rendimientos, aun cuando radica fundamentalmente en los grandes insumos de trabajo familiar no pagado (Alonso, 1974; Helguera, 1974a, 1974b; Littlewood, 1979), también obedece a otros componentes. Entre ellos sobresalen la especial capacidad para economizar sus recursos (Firth, 1974), la continua valoración de su conducta productiva y comercial (López Méndez, 1974; Corcuera, 1974), la adecuación tecnológica al medio natural (Navarro, 1979) y la modificación de los gastos políticos y ceremoniales en función de sus cánones actuales de producción y división del trabajo (Iszaevich, 1973).

Desde otra perspectiva, son destacables asimismo los trabajos que perciben a los campesinos como miembros de las sociedades nacionales y partícipes de los valores de

modernidad existentes en ellas. Los campesinos también se ven obligados a pagar impuestos, se escolarizan, usan periódicos, viajan, consumen básicamente productos industriales, son suscriptores del progreso alcanzado por los emigrantes, beneficiarios de los ingresos aportados por la emigración temporal y sensibles a la movilidad social de la comunidad que induce el cambio del campo y, en general, están ligados al funcionamiento orgánico de la sociedad que los domina (Eckstein, 1966; Melville, 1974).

Finalmente hay que mencionar los estudios que rechazan la categorización del campesinado y de cualquier otro colectivo contemporáneo como un "grupo primitivo". Es preciso referirse a culturas distintas y no a grupos primitivos para aludir a todos los que difieren del patrón cultural hegemónico. En realidad, cuantos son clasificados bajo la noción de primitivos no poseen nada que les defina de manera común y que no exista al tiempo en las sociedades modernas. Este concepto refleja, más bien, el etnocentrismo de la cultura imperante en Occidente, en el que están inmersos muchos antropólogos cuando confunden lo que creen analizar, cuanto de forma tradicional ha venido siendo objeto de su disciplina y de sus investigaciones, con lo que verdaderamente estudian. El uso indiscriminado de tal noción por parte de la antropología revela, al igual, la conexión del nacimiento y desarrollo de esta ciencia con el colonialismo, es decir, con la necesidad de legitimar la superioridad y hegemonía de la civilización occidental sobre otros pueblos, aun a costa de tratarles como objetos, y de facilitar su dominación. La aplicación de esta noción a los campesinos implica, por tanto, no sólo una extensión conceptual de la primitividad, sino una ampliación del área que se hace preciso dominar. En suma, la "primitividad" es un falso concepto, acuñado por la cultura "euro-norteamericana" para medir quiénes son iguales o diferentes a ella, que mezcla el grado y tipo de dominio a los que está sometida una determinada cultura con su nivel de evolución. Gran cantidad de evidencias sugieren que la expansión del sistema capitalista en los siglos pasados penetró, efectiva y totalmente, aun en los sectores aparentemente más aislados del mundo definido como subdesarrollado. Y, por tanto, las instituciones y relaciones económicas, políticas y sociales que actualmente se encuentran en esos lugares no son menos producto de la evolución histórica, que acompaña el nacimiento y desarrollo del sistema capitalista, que lo que puedan serlo otros aspectos presuntamente más modernos y exclusivos de la sociedad hegemónica (Tax, 1968; Moreno, 1979).

NOTAS

1. Para un estudio del concepto de formación social hay que remitirse a K. Marx (1965, 1970) y a R. Luxemburgo (1967) y, dentro de la antropología, especialmente a los representantes del evolucionismo multilíneal y a M. Godelier (1966).
2. Ambas ciencias configuran lo que T.B. Veblen (1899) denominó la "economía recibida", representada singularmente por A. Smith, J. Dewey, W. James, Ch. Sanders Pierce y otros teóricos de la utilidad marginal.
3. En esta obra se recogía numerosa documentación relativa a Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos.
4. Estos escritos estaban dirigidos, en gran parte, contra un ala del populismo ruso, que afirmaba que la homogeneidad y estabilidad del campesinado en Rusia abortaría el desarrollo capitalista del país. Este enfoque de V. I. Lenin habría de experimentar, no obstante, un cierto cambio a partir de 1907, cuando reconoció que sus primeras conclusiones sobre la naturaleza capitalista de la agricultura rusa eran exageradas. Incluso, posteriormente en los programas del P.C.U.S. de 1917 y 1921, aceptaría implícitamente la persistencia de sectores campesinos en la sociedad rusa de la época, al hablar de la necesidad de tener en cuenta sus intereses.
5. Para un análisis detallado del concepto de modo de producción debemos remitirnos a K. Marx (1967 y 1970), M. Harnecker (1975) y F. Engels (1975), así como a L. Althusser (1967).
6. Las "corn-laws", encaminadas a limitar la agricultura tradicional inglesa y a potenciar las importaciones de productos agrarios procedentes de América del Norte, posibilitaron a este país una acumulación de capital superior a la de cualquier otra nación europea de la época.
7. En lo concerniente a España es significativo subrayar, por ejemplo, que de 1964 a 1973 en dos comunidades rurales de Jaén, analizadas por E. Sevilla de Guzmán (1979: 324), el porcentaje de temporeros con tierras creció del 20% al 60% sobre el total de los agricultores a tiempo parcial.
8. Los antecedentes de esta visión dual de la civilización, que hunde sus raíces en el Iluminismo, se hallan en la sociología del siglo XIX y, singularmente, en las ciencias sociales alemanas. De ella son paradigmáticos los tratados de F. Tönnies, E. Durkheim y M. Weber, en los que se diseña una diferencia radical entre las comunidades rurales y el resto de la sociedad, justificada en la oposición de la vida del hombre en el campo y en la ciudad. F. Tönnies (1944), contraponiendo comunidad y sociedad, piensa que la vida en el campo denota el sentimiento, el hábito, la convicción, la creencia y el espíritu comunitario, mientras que en la ciudad impera la voluntad deliberada y el sentido de la asociación. En paralelo, E. Durkheim (1947) sostiene que la sociedad queda escindida entre lo tradicional o "mecánico", compartimentado en segmentos sociales uniformes, cerrados y cohesivos, y lo moderno u "orgánico", estructurado por la división del trabajo social y las relaciones que ésta conlleva. Y M. Weber (1947), concibiendo los diversos tipos de sociedad con arreglo a sus vínculos, asigna la acción afectiva y tradicional a la comunidad de Tönnies, y los fines y valores racionales a la sociedad. Este pensamiento de E. Durkheim, M. Weber y F. Tönnies, vinculado más tarde por su teoría del cambio social a la sociología funcionalista, fue matizado por A.L. Kroeber (1948, 1953), colocando a los campesinos en una posición intermedia entre lo "folk" y lo urbano. Aunque la dualidad que implicaban ambos modelos no fue nunca el núcleo analítico de A. Kroeber, sino un factor condicionado por otras variables más importantes que lo explicaban y establecían, pensaba que el paradigma rural se disolvería en el urbano hasta su definitiva sustitución. En otra línea, tales concepciones influirían, por igual, en los tratados de etnicidad llevados a cabo en torno a los procesos de tránsito de las sociedades "mecánicas" a las "orgánicas", en las que aquellas, culturalmente diferentes en un principio, se acaban integrando y difuminando (Basham, 1978; Esman, 1977; Geertz, 1963; Mitchel, 1980; Little, 1970; Martínez-Alier, 1974; Azkin, 1964; Wagley, 1952; Pi-Sunyer, 1971; Bell, 1974).
9. La escuela del evolucionismo multilíneal o neoevolucionista, nacida directamente de la ciencia antropológica y muy ligada a los estudios campesinos, es una de las principales promotoras de la recuperación del pensamiento de R. Luxemburgo, A.V. Chayanov y K. Polanyi. Partiendo del uso del materialismo dialéctico e histórico de K. Marx para el análisis de los aspectos cualitativos de la evolución sociocultural e incorporando el legado del evolucionismo del siglo XIX, tras vaciarle de su fe en el progreso y de sus esquemas unilíneales y deterministas para explicar el cambio, sus más relevantes representantes enfocan sus investigaciones hacia el análisis macrosocial de la evolución

sociocultural en la historia y, de forma singular, en torno a las relaciones de dependencia existentes entre las comunidades rurales y la sociedad mayor de carácter urbano-industrial. De tal modo, asignando un notable papel a la ecología, consideran que los hechos y relaciones económicas están en el fondo de la realidad y explican los cambios socioculturales que se generan en el devenir de la historia. Se trata de evitar las manifestaciones o los aspectos formales de los procesos históricos e indagar en profundidad en las razones últimas de los hechos y de cuanto acontece, con el fin de formular leyes y regularidades significativas. El uso de taxonomías para clasificar los fenómenos culturales recurrentes es el instrumento que permite, mediante el concepto de cultura-tipo, determinar y seleccionar los rasgos que, según el problema y el marco de referencia, facilitarán la definición de regularidades.

10. Aunque la orientación intelectual de K. Vergopoulos supera el marco de la escuela rural francesa de los años setenta, su obra se incluye en las coordenadas de este grupo.

11. A título de ejemplo, S. Amin (1976: 124) explica que la necesidad que tuvo en su día la burguesía del norte de Italia de aliarse con los latifundistas del sur, a fin de superar su limitado poder económico, impidió a este país alcanzar los niveles de desarrollo capitalista logrados en Gran Bretaña o Francia.

12. Es el caso en España de la Uniones de Agricultores y Ganaderos, surgidas en 1977 a partir de la denominada "guerra de los tractores".

13. K. Marx, en *El Capital*, asegura que los capitalistas y los obreros son los únicos consumidores y quienes hacen factible el proceso de acumulación. Sólo los capitalistas realizan la plusvalía creciente, que usan para ampliar cada vez más su producción. En base a este esquema de *El Capital* sobre la reproducción ampliada, R. Luxemburgo (1967: 49) explica la incapacidad de K. Marx para comprender cómo se materializa en la realidad y se impone históricamente el proceso de acumulación, alegando que ni hay ni ha habido ninguna sociedad capitalista que se baste a sí misma y en la que domine en exclusiva su modo de producción. Añade, a título de ejemplo, cómo el gran desarrollo alcanzado por la industria inglesa de tejidos de algodón, durante los dos primeros tercios del siglo XIX, sólo puede entenderse gracias al consumo de paños, dentro de Europa, por parte de las comunidades rurales y la pequeña burguesía urbana y, fuera del continente europeo, de los campesinos de la India, América y África. Este desarrollo algodonero, con el que se asocian en Europa los procesos de plusvalía de la primera mitad del siglo XIX, se explica, además, en virtud del suministro de algodón que efectuaban las áreas esclavistas de los actuales Estados Unidos a los países europeos con mayor nivel de progreso, así como en la provisión de trigo –destinada a rebajar los costes de alimentación de la población– que aportaba a estos territorios el campo ruso, sometido a régimen de servidumbre. Tal plusvalía, acumulada a partir de medios de producción y del consumo de áreas no capitalistas, permitió al comercio fabril algodonero acometer en la propia Inglaterra una potente industria de maquinaria, que favorecería, a su vez, el enorme crecimiento del sector metalúrgico y carbonífero.

14. Parece justo subrayar, no obstante, que el mismo K. Marx en el prefacio de la *Contribución a la crítica de la economía política* reconoce la existencia de otros modos de producción diferentes al capitalista, cuando expone que "en la sociedad burguesa, al ser en sí misma nada más que una forma antagónica de desarrollo", se hallan determinadas relaciones que responden a estadios evolutivos anteriores, pero que no aparecen "con su propio atuendo, sino transvestidas". Este es el caso de la propiedad comunal, que el modo de producción capitalista contiene, junto a otras relaciones, "sin desarrollar", larvada, pero "siempre esencialmente distinta". Y, en la línea de R. Luxemburgo, algo más admite K. Marx sobre la articulación de los diferentes modos de producción, cuando en el citado prefacio alude a que en cualquier forma social siempre hay una producción concreta, que "es superior a las demás" y actúa como una "especie de luz general que baña a todos los colores y modifica sus tonalidades particulares" (Marx, 1970: 66). Ambos reconocimientos siempre fueron, en cualquier caso, tangenciales a los argumentos y las preocupaciones esenciales de la obra de K. Marx.

15. A. Mayheu (1980: 84) recoge esta polémica dentro de la antropología económica.

16. W. Kula confirma, en sus investigaciones sobre el feudalismo, la certeza de que la mayoría de las leyes económicas "tienen un alcance limitado en el tiempo y en el espacio".

17. En relación con esta cuestión, A.V. Chayanov manifiesta cómo la venta de la gran propiedad territorial al campesinado vehiculó, esencialmente, la coexistencia en Rusia de las unidades familiares campesinas con las empresas capitalistas desde el momento de la liberación de los siervos en 1861 hasta la Revolución de 1917. Para compensar la gran carencia de tierras que los campesinos se encuentran en este periodo, inician una compra masiva, pagando

por ellas unos precios que superan las previsiones de renta que los capitalistas pensaban obtener del suelo y que, en consecuencia, les incita a vender.

18. K. Polanyi llama la atención sobre el error de pensar que las formas económicas de la reciprocidad y la redistribución se corresponden con pequeñas comunidades y sistemas primitivos. Antes bien, el Kula de Melanesia occidental, fundado en el régimen de la reciprocidad, encarna una de las transacciones más sofisticadas y complejas que ha alcanzado la humanidad. La redistribución en gran escala, por su lado, practicada por el Imperio Nuevo de Egipto, el reino de Hamurabi en Babilonia, el imperio de los Incas, la China antigua y distintos reinos de la India ofrece un vivo ejemplo de que este principio económico no se limita a las sociedades que no usan dinero y permite una intensa y elaborada división del trabajo.

19. El plan diseñado por el Memorandum Mansholt para el desarrollo de la agricultura de Occidente en los momentos de expansión económica, que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, proponía la eliminación de la explotación campesina y su sustitución por grandes y modernizadas unidades productivas en las que la propiedad de la tierra se hallara altamente concentrada. El error de este Memorandum, en opinión de C. Servolin (1972: 34), consistió en que los grupos financieros no estuvieron, por lo general, muy dispuestos a dirigir sus fondos a la compra o el arriendo de tierras que permitiera la constitución de esas grandes explotaciones.

20. Ambos autores señalan que este proceso ha ocurrido sobre todo en Francia, donde, aun habiendo disminuido desde 1892 el número total de las explotaciones en un 73%, su dimensión media sólo ha pasado de 7,6 Ha. a 20,4 Ha. El tener en cuenta que, desde esa fecha, la población agraria total se ha reducido a un ritmo mucho más rápido que el número de explotaciones da todavía mayor idea de que en el sector agrario francés no ha llegado a cuajar el proceso de concentración-centralización de la producción. Además, si, en vez de considerar la cantidad global de Ha. de las explotaciones, se examina la superficie agraria útil, se observa que la tasa de concentración decrece aún más. Y en paralelo, la objetividad de esta conclusión se vuelve ya incuestionable, desde el momento en que se constata que la superficie agraria útil de las explotaciones superiores a 100 Ha. se ha reducido sensiblemente, mientras que crece en las unidades productivas comprendidas entre 20 y 100 Ha. en las que no domina el modo de producción capitalista. Una última prueba consiste en el hecho de que los asalariados agrarios han venido disminuyendo a una tasa notoriamente más alta que el total de la población en el sector, promoviendo una constante y profunda desproletarización del campo.

21. En este sentido, K. Vergopoulos (1976: 126) califica de baldía la polémica de K. Kautsky –defensor de la gran explotación agraria– con J. Stuart Mill, E. Bernstein, A. Buchenberger y H. Auhagen –partidarios de la pequeña–, pues todos ellos percibían a la agricultura como un sector aparte, cuyo desarrollo se efectuaba aislado del resto de la sociedad capitalista y con arreglo a criterios de rentabilidad y racionalidad autónomos.

22. Ya en 1906, V.I. Lenin, firme partidario del desarrollo y de la implantación de la gran explotación en el campo, intuyó esta idea que corroboraría en 1915 tras el análisis de la agricultura de los Estados Unidos.

23. No en vano, K. Vergopoulos estima que los intereses fundamentales de los campesinos residen en resolver la situación de dependencia, que les coloca en el papel de transferir continua y crecientemente sus rentas en favor del sistema capitalista. Ante esta reivindicación, la cuestión de la propiedad de la tierra, incluso donde no ha sido en absoluto resuelta, no constituye una demanda eminentemente revolucionaria.

24. Este es el caso en Francia de algunas medianas explotaciones de cultivo extensivo, dedicadas sobre todo al cereal, en las que la intensa mecanización promovida ha originado la eliminación del personal asalariado previamente existente (Lebossé y Ouisse, 1979: 93).

25. E. Sevilla de Guzmán (1985: 326) achaca la irrelevancia y caducidad científica del pensamiento social agrario a la pobreza teórica de la sociología rural norteamericana y europea, imperante hasta los años setenta, a la tradición boasiana y a la propensión disciplinar de la antropología a referirse casi en exclusiva a los denominados pueblos primitivos. La ideología de la disolución de la sociedad campesina y de su atraso cultural se convirtió, por espacio de más de cincuenta años, en dogma incuestionable de la teoría social agraria.

SEGUNDA PARTE. ORGANIZACION ECONOMICA

2.- PARTICULARIDADES DEL CAMPESINADO MADRILEÑO

Es sabido que el campesinado constituye en sí mismo un objeto analítico siempre heterogéneo y que, como concepto, resulta una mixtificación genérica no existente en un sentido inmediato y que sólo es válido para designar una realidad sobre la que operar y fundamentar el trabajo de investigación. Ciertamente, no podemos referirnos a un único campesinado. Igual que ocurre en la sociedad urbana, un sólo sistema de vida no puede ser nunca representativo de todo un conjunto que es siempre resultante de la interacción dialéctica entre las partes. El campesinado no se encuentra en "estado puro", sino que hay diversas maneras de serlo. Dentro de esta formación social hallamos diversos grupos que, unidos por unas características comunes que les complementan, por unas mismas relaciones de producción que les identifican, se diferencian en la manera de asumirlas en todos los aspectos de su cultura.

Uno de estos grupos es el campesinado madrileño, cuya evolución e identidad le viene dada esencialmente, lo mismo que a otros tipos campesinos, por la naturaleza de sus relaciones con la sociedad mayor²⁶ en la que se integra siempre de modo dependiente, por su manera de asumir esta influencia asimétrica. La disparidad entre los grupos campesinos no nace, por tanto, de su variable asentamiento en el llano, la vega o la sierra; de su ubicación al sur o al norte; de su mayor o menor posesión de tierra; de sus desigualdades socioeconómicas internas –campesinado rico, medio o pobre–; de que la actividad predominante sea la agricultura, la ganadería o la silvicultura²⁷; o del tipo de cultivos. Tampoco procede de la peculiaridad de los procesos demográficos de crecimiento y división de la familia, de la fuerza de trabajo disponible, de que se contrate o no asalariados, de que se trate de empleadores o empleados, de su volumen de renta, de las favorables o negativas situaciones del mercado o de su capacidad innovadora –"atrasados" y "modernizados"–. Todos estos factores de diferenciación²⁸ no resultan definitorios por sí mismos a menos que, como variables, se consideren contextualizados dentro de todo un sistema de relaciones. Son secundarios a la forma en que se reviste en cada territorio la sociedad mayor, al tipo de articulación que cada grupo de campesinos sostiene con ella y a la clase de mecanismos de adaptación y supervivencia que pone en marcha frente a esta instancia social más amplia y hegemónica –selección de rasgos, depuración de tradiciones, adopción de elementos nuevos, sincretismos–. Así, por ejemplo, la presencia de campesinos supuestamente "atrasados o "modernizados" no indica un diferente nivel de evolución interna, sino que los intereses de la sociedad mayor requieren, en unos casos, la pervivencia de sistemas tradicionales y, en otros, la configuración de otro tipo de articulación con las comunidades rurales que le permita una mayor extracción de excedentes.

La existencia y la actuación de la sociedad mayor da cuenta, por consiguiente, tanto de la identidad de cada grupo campesino como de la diversidad existente entre y dentro de –categorías socioeconómicas– ellos; de una organización que, siendo específica y capaz de reproducirse a sí misma, no puede concebirse como autónoma. La oposición y

complementariedad que se establece entre el campesinado y la sociedad mayor induce y explica, a otro nivel, que se opongan y complementen los diferentes grupos campesinos existentes. Su complementariedad procede de lo que es su rasgo definitorio más repetitivo y relevante, de cuanto hace de un agricultor campesino: su integración estructural asimétrica en una sociedad mayor, más compleja, a través de la subordinación a las formaciones sociales que respecto a ellos se encuentran en situación hegemónica y, sobre todo, al Estado o poder central. Y su oposición surge de la manera en que se insertan vertical y horizontalmente como segmento en esa estructura superior, en la que no ejercen ningún dominio y que rebasa los límites por ellos mismos controlados y con los que se identifican; es decir, de la forma en que, desde una continua interacción espacio-temporal, se integran dentro de, y adaptan a, las relaciones económicas, sociales, políticas e ideológicas dominantes.

Así pues, para estudiar el campesinado, hay que partir de la formulación de tipologías cimentadas en la dependencia que sobre él impone la sociedad mayor en base a una desigual distribución del poder que, en lo que respecta a los territorios rurales del Occidente europeo, favorece a las formaciones sociales urbanas. Esta subordinación fundamenta el intercambio asimétrico que sufren los campesinos en todos los planos de su cultura y que les identifican como una formación social, que se distingue de otras por su modo específico de producir y relacionarse, por sus particulares subsistemas en el ámbito socioeconómico, político e ideológico, por la peculiaridad de sus métodos, códigos y reglamentos significativos. Esta identidad propia, que configura a los campesinos como una cultura parcial dentro de un todo sociocultural mayor e integral, ha de tenerse asimismo en cuenta a la hora de definir su tipología. Hemos de considerar todos los aspectos en que los campesinos son coincidentes, esto es, que nos referimos a unos colectivos humanos que se asocian en comunidades localizadas en el medio rural, que establecen un nexo específico con la tierra y unas determinadas relaciones con una sociedad más amplia de la que forman parte, que están integrados por unidades familiares de producción y consumo y que poseen una organización socioeconómica basada en la explotación agraria del suelo y en el conocimiento de su oficio.

Ambas regularidades, aunque no constituyen más que construcciones teóricas y al igual que toda abstracción son tan sólo un instrumento para acercarnos a conocer una realidad determinada de la manera más aproximada posible, funcionan como constantes analíticas básicas y genéricas. Incapaces para aclarar realidades últimas y proporcionarnos explicaciones definitivas, resultan válidas, no obstante, como hipótesis operativas (Steward, 1973a: 5, 1973b: 82) siempre que sean objeto de continua vigilancia (Shanin, 1979a: 11) y son imprescindibles para avanzar en el conocimiento social. Por su potencialidad de expresar causalidad y efecto actúan además de hilos conductores que, en un ámbito espacial y temporal concreto, nos definen la relación dialéctica de la parte –singularidades– con el todo –instituciones principales de la cultura–.

Por otra parte, toda tipología ha de construirse en función de que la cultura campesina, igual que cualquier otra de rango específico e identificable con cuanto buena parte de la ciencia social de inspiración marxista define con el concepto de modo de producción

específico²⁹, es una estructura global integrada por tres subsistemas conectados entre sí y que desempeñan papeles diferentes: el económico, el sociopolítico y el ideológico. De ellos, el económico es el que define, en última instancia y a un determinado nivel de abstracción, las características del sistema global, condicionando, sin suplantarlo, el funcionamiento de sus otros planos. Aunque para llegar a un conocimiento integral de esa estructura general es preciso descubrir además el funcionamiento del nivel sociopolítico e ideológico, el subsistema económico posee mayor rango significativo para explicar la forma en que se organizan los distintos planos de la cultura. Interactuando los unos sobre los otros, todos los subsistemas de la cultura están vinculados entre sí, pero la influencia de su articulación mutua no opera de igual modo ni con la misma intensidad.

Por consiguiente, para acercarnos a conocer las particularidades del campesinado madrileño comenzaremos por examinar el plano económico de su cultura, la forma en que se producen, consumen y distribuyen sus bienes materiales. A tal fin, hemos de considerar la manera en que la sociedad mayor lleva a cabo la captación del plustrabajo³⁰ de los campesinos, entendiendo por éste la apropiación del producto campesino cargado de trabajo no retribuido y empleado por los mismos en su explotación (Palerm, 1968, 1972a; Warman, 1972, 1974a, 1974b, 1976; Servolin, 1972). Y ello, porque el campesinado madrileño, lo mismo que otros grupos campesinos, "en virtud de sus relaciones simbióticas pero asimétricas con el resto de la sociedad mantiene una posición estructural que le permite subsistir pero no acumular" (Warman, 1972: 129). Buena parte de su excedente productivo, tanto en forma de trabajo como de mercancía, es absorbido por otras formaciones sociales de las que resulta dependiente y para las que ha de producir un fondo³¹ que supera los requerimientos demandados por su unidad familiar.

Pero esta captación de excedentes se amplía además, en el caso del campesinado madrileño, a una absorción de recursos muy notable, a la apropiación directa de su fuerza de trabajo y de sus tierras. Esto configura, por un lado, el aspecto fundamental que reviste la evolución y la dominación económica sufrida por el campesinado de la región de Madrid. De otra parte, establece, ya desde el nivel económico de la cultura campesina, una diferenciación estructural entre esta formación social y las que se apropian y controlan sus bienes y medios económicos, ya sea directa –élites– o indirectamente –grupos urbanos que han de ser alimentados y beneficiarios de los recursos campesinos a cambio de los artículos y servicios que proporcionan y, sobre todo, de servir de basamento en este territorio al sistema global–. Y en tercer lugar, da cuenta de que el carácter que adopta en este área la sociedad mayor se expresa mediante una intensa y expansiva penetración urbana sobre las zonas rurales. Esta urbanización del mundo rural, favorecida por unos medios de comunicación cuyos centros de decisión y contenidos culturales responden a las demandas del entorno urbano en que se producen, consiste básicamente en la utilización y ocupación de los territorios campesinos para usos de primera y segunda residencia, así como también para el ejercicio del ocio y del turismo ciudadano, para la instalación de servicios e infraestructuras y para el despliegue de actividades industriales. Vinculado a ello, la gran movilidad demográfica, el profundo y

amplio intercambio cultural y la estrecha imbricación de lo rural y lo urbano, que genera tal penetración, promueven un intenso éxodo de la fuerza de trabajo campesina en dirección, sobre todo, a los empleos del sector servicios y, secundariamente, de la industria disponibles en la gran ciudad y en las aglomeraciones urbanas de su entorno.

Esta expansión urbana conlleva que la articulación que el campesinado madrileño sostiene con la sociedad mayor esté marcada por una dominación muy aguda, superior a la existente en la mayoría de los territorios del Estado, ante la que el mantenimiento de sus significantes culturales se vuelve especialmente complejo, dado el desequilibrio de fuerzas y recursos con que ambas partes interactúan. En tal desequilibrio incide también negativamente la importante monopolización capitalista que experimentan la comercialización y transformación de los productos campesinos, acrecentada además por el hecho de que en esta región se localizan las sedes de las principales agroindustrias y empresas de distribución de ámbito nacional. Sin embargo, a diferencia de buena parte de las zonas rurales españolas, en ese desequilibrio no influye demasiado la penetración directa de las relaciones agrarias capitalistas en el campo de la región, ya que las limitaciones con las que se enfrentan los campesinos para preservar su identidad se convierten en poderosos impedimentos para el desarrollo de este tipo de producción. Si los requerimientos expansivos de Madrid, como gran urbe y capital administrativa del Estado, se entroncan con la marginalidad económica y social del campesinado dentro de la región, aún explican mejor el escaso relieve de la producción capitalista. De este modo, puede decirse que la evolución proyectada por los teóricos de la "descampesinización" acerca de la sustitución de la economía campesina por relaciones de producción capitalista no se hace realidad en la Comunidad de Madrid. En ella, a nivel global, es poco menos que puntual la presencia de grandes explotaciones, la proletarianización en las mismas de los campesinos y el desenvolvimiento de la producción agraria industrial. Igualmente los obstáculos, derivados de la renta de la tierra, de los bajos precios de los productos agrarios y del tipo de división del trabajo que implica la actividad en el agro, se tornan en esta región mucho más infranqueables que en otros territorios del Estado.

En cualquier caso, si la forma en que se reviste la sociedad mayor en esta región imponen al campesinado madrileño unas condiciones de articulación singularmente difíciles que le distinguen de otros grupos campesinos, sus particularidades se derivan a la par del modo en que asegura su supervivencia y, más en concreto, la retención de sus excedentes y recursos. Su peculiaridad responde, asimismo, a la clase de mecanismos de adaptación que despliega para contrarrestar la captación de su tierra y fuerza de trabajo y para aminorar las transferencias obtenidas por la sociedad mayor de su producción, distribución y consumo de bienes. Así lo testimonian la importancia del ejercicio de la agricultura a tiempo parcial, la modernización en áreas determinadas de la región de muchas explotaciones, la idoneidad de la empresa familiar para sobrellevar los efectos negativos que ocasiona la actual coyuntura de depresión económica y la preservación de la calidad del paisaje y del medio ambiente regional que la actividad campesina comporta.

2.1.- PENETRACION URBANA

La aglomeración urbana madrileña ha de entenderse, en mayor medida que en otras urbes españolas, como una resultante de la centralización económica, social y espacial de los medios de producción y de las unidades de gestión que genera el proceso de concentración creciente del capital en su fase avanzada. Esa centralización implica, por un lado, que tal tejido urbano se ha construido y necesita seguir edificándose sobre la base de una importante concentración de la fuerza de trabajo precisa para producir y gestionar. Por otro lado, conlleva una socialización espacial de los medios de reproducción que requiere esa fuerza de trabajo y, por consiguiente, de los medios colectivos de consumo y, particularmente dentro de ellos, de los servicios y equipamientos públicos –salario indirecto– que, por su capacidad de cualificar la mano de obra, convertirse en núcleos generadores de productividad social –centros de enseñanza, de difusión de información, culturales, sanitarios– y de estimular el consumo privado, resultan también imprescindibles para el desarrollo de las fuerzas productivas –profundización de la revolución científico-técnica– y la propia acumulación del capital. Y en tercer lugar, entraña una concentración notable de la industria y, sobre todo, del sistema financiero.

Además, esta aglomeración urbana no sólo responde a la forma central de organización del espacio del capitalismo avanzado, sino que expresa vivamente cómo los problemas de funcionamiento del sistema tienden a ser resueltos por el Estado, prescindiendo de los particularismos locales, en unidades espaciales cimentadas sobre las redes de interdependencias del sistema productivo. Y si resulta cierto que la idoneidad de estas unidades espaciales las convierte en el eje de la planificación del Estado, a las que adecua su funcionamiento político-administrativo y en las que asienta sus instituciones esenciales, todavía lo es más en el caso de que, como ocurre en la región de Madrid, en dichos tejidos urbanos se sitúe a la par la capital del Estado, el centro neurálgico del sistema financiero y productivo español, el nudo de enlace con el capital multinacional y la primera urbe de la jerarquía del sistema de ciudades de la nación. La interacción creciente de la producción, la gestión y el consumo explica, así, el rápido crecimiento experimentado desde los años cincuenta por la urbe madrileña y su configuración actual (Castells, 1976, 1981).

De esta forma, el espacio urbano madrileño no sólo se define por su oposición al territorio rural de la región, sino por la especificidad que le brinda el ser expresión genuina de una realidad histórica determinada: del modo de organización social ligado a la industrialización capitalista en su fase monopolista. Este tejido urbano es por su propia naturaleza expansivo e invasor de otros espacios y de otras organizaciones sociales que pertenecen a culturas diferentes a él. Sobre ellas impone las relaciones sociales que le fundamentan, las del capitalismo avanzado, impulsando cambios transcendentales, haciendo que los procesos de urbanización se extiendan a la totalidad del cuerpo social de la región y tendiendo a convertirse en exclusivo. El tejido urbano no se limita, en consecuencia, al área construida y a las zonas industriales de la región. Lo urbano no es tampoco, como a veces se concibe,

un mero fenómeno industrial o/y residencial, resultando, según los casos, uno variante del otro. Tanto el territorio residencial como el industrial son formas de cristalización de un mismo tejido espacial, del que se sirve el capital, en su fase avanzada, para efectuar su acumulación ampliada. Por encima de ambas formas y a partir de ellas, el tejido urbano de la región se amplía al conjunto de los territorios en ésta comprendidos, porque en todos ellos pasa a primer plano el dominio social y económico y la colonización³² espacial que ejerce la urbe sobre el resto del enclave madrileño y, muy singularmente, frente al campo.

El proceso de urbanización del campo madrileño representa, por tanto, la ligazón al espacio de una dinámica caracterizada por la intensa dependencia que sufre la formación social campesina frente a las formaciones sociales urbanas que respecto a ella se encuentran en situación hegemónica, por la penetración de lo urbano en lo rural y por el desarrollo desigual del territorio que crea una distribución asimétrica de los recursos y del poder de repartirlos y adjudicarlos. En este proceso de urbanización se arrebató al campo sus recursos naturales, su fuerza de trabajo, producción y ahorro, se reduce a límites mínimos su presencia social y económica dentro de la región y se le convierte en acreedor neto del sistema productivo global. Sin reconocerle el derecho a que se reinviertan en sus territorios los capitales acumulados gracias a su actividad, el campo proporciona a la urbe una fuente de satisfacción para sus necesidades de desarrollo y un mercado sobre el que colocar sus excedentes de todo tipo; conformándose una dinámica, en la que las relaciones asimétricas existentes entre centro y periferia en el conjunto del Estado se reproducen de modo mucho más agudo en el ámbito regional.

2.1.1.- MODELO DE CRECIMIENTO URBANO

Estrechamente ligado al proceso de gran concentración de capital que tiene lugar en España desde comienzos de la década de los sesenta y al hecho de situarse en Madrid la capital del Estado, el rápido desarrollo urbano de la región, emanando siempre de su municipio central, se consuma a lo largo de menos de treinta años en tres etapas básicas.

Aunque hasta 1957, fecha del Plan de Urgencia de la Vivienda de Madrid, las interacciones entre campo y ciudad eran escasas y sus límites espaciales y económicos precisos, a partir de este momento tiene lugar en el municipio de Madrid un aumento demográfico muy intenso que es consecutivo a un gran crecimiento de la construcción, de la industria y en especial de los servicios, favorecido por fuertes inversiones públicas. En dirección a la construcción y a estos servicios e industrias de Madrid acude una ingente cantidad de mano de obra, procedente de toda España, que se asienta en los barrios periféricos de la capital y, dada la menor carestía del suelo y de la vivienda, en las ciudades satélite que comienzan a surgir en su entorno. A estos empleos también afluye numerosa población de las zonas rurales de la región, particularmente de los municipios más próximos a Madrid, que sin trasladar siempre su residencia cambia plenamente de actividad.

Ya en esta primera fase, Madrid se aleja por completo del concepto tradicional de ciudad

y de lo que clásicamente se venía denominando su zona de influencia. Al extenderse sobre su entorno mediato e inmediato, a la vez que altera el espacio colonizado e introduce en él una nueva forma de relación social, se transforma ella misma como unidad territorial, funcional y simbólica. De modo ascendente, el núcleo colonizador y el espacio dominado quedan sujetos individualmente y entre sí a un sistema distinto de organización socioespacial. Nunca como a partir de ahora lo ocurrido en la ciudad había definido tan directamente lo que acontece en el campo de la región, porque éste no conforma un espacio mixto con aquélla, no se yuxtapone al tejido urbano, sino que queda cada vez más subordinado a él.

Una segunda etapa, en la que el municipio central de la región sigue creciendo económica y demográficamente bajo una forma compacta y continua, se abre desde 1965 debido, sobre todo, al reforzamiento de la función productiva principal de esta ciudad: el ser desde siempre el centro terciario más potente y dinámico de España, con un alto nivel de empleo y productividad neta por persona, en el que se emplaza el mayor núcleo financiero, político y decisonal de la nación. Junto a ello, incide además que Madrid es ya desde mediados de los años sesenta el segundo centro industrial de España³³, al amparo de un gran mercado consumidor con altos niveles de renta y de la elevada capitalización y productividad de su industria. Asimismo influye de manera muy importante el gran desarrollo que experimenta el sector inmobiliario, cuyo impulso ahora deja de corresponder al Estado para pasar casi por completo a la iniciativa privada. Presidido por la fuerte inversión especulativa que realizan la banca y muchas compañías de seguros, los grandes propietarios de suelo e incluso el capital industrial, este sector inmobiliario adquiere ya en 1969 un carácter monopolista al calor de la enorme demanda de viviendas que protagoniza la población inmigrante. Paralelamente, deja de ser un mero acompañante del crecimiento capitalista industrial para erigirse en uno de los pilares esenciales de la acumulación de capital en la región.

Aun cuando lo habitual en las ciudades de Occidente ha sido que el predominio del sector servicios siguiera a una hegemonía industrial, el modelo de evolución económica secundado por Madrid contradice este patrón general. Y ello, no sólo porque la industrialización no ha precedido a la terciarización, sino porque también resulta poco usual que las ciudades administrativas y terciarias tengan interés en constituirse en núcleos industriales.

Por otra parte, en esta segunda etapa, en la que la región de Madrid ocupa el primer puesto de la nación por ingresos y el segundo, tras Barcelona, en renta per cápita (García Ballesteros, 1979a: 535), se va consumando un proceso de segregación territorial que alcanzará su punto álgido en la década de los setenta. Mediante tal segregación, Madrid y su Área Metropolitana se erigen en ejes del desarrollo urbano y en focos crecientes de atracción para su entorno, mientras que el resto del espacio regional –y estatal– constituye el enclave, de donde se absorbe y expolia los recursos humanos y materiales fundamentales que permiten el funcionamiento de la gran ciudad. Este desarrollo desigual hace de Madrid y de su Área Metropolitana el territorio donde se concentran aceleradamente la población, las actividades, el capital, los medios de producción y el consumo; factores, todos ellos, incentivados por el efecto combinado de las economías de aglomeración, las redes de transporte, los mercados

metropolitanos y la concentración de los órganos directivos de las empresas y de los aparatos de gestión económica y política. Entretanto, el resto de la región se convierte en un ámbito socioeconómico disponible que, sobre todo en el campo, al tiempo que ve disminuir la importancia del medio físico en la determinación de su sistema de relaciones funcionales y sociales, sufre una continua desestructuración-reestructuración por la penetración de los mercados y por las transformaciones de las fuerzas productivas que genera la hegemonía del gran capital financiero.

Sin embargo, la expansión compacta en forma de mancha de aceite, a base de coronas concéntricas y por ensanche de los cascos iniciales, se rompe a comienzos de los años setenta para desplegarse radialmente, bajo una modalidad dispersa, discontinua y de promociones unitarias aisladas y fragmentadas, en torno a los ejes de comunicación de primer orden. Reproduciendo el modelo existente en la periferia de la gran ciudad y generalmente al margen de todo planeamiento, el crecimiento invade ahora los municipios rurales próximos a las principales carreteras que, pese a no disponer de infraestructuras adecuadas para albergar el proceso colonizador de Madrid, cuentan con abundante y barato suelo edificable. De esta manera, primero, a partir de los municipios comprendidos en un anillo que dista 12 km. de Madrid –Leganés, Getafe, Alcorcón, Alcobendas– y, después, de los núcleos que conforman una segunda corona más alejada –Móstoles, Fuenlabrada, Pinto, Parla, Alcalá de Henares– se consolida la actual Area Metropolitana, ya esbozada, no obstante, a lo largo de las dos etapas anteriores. Dentro de ella, en poco más de un quinquenio, sus distintos municipios pierden casi por completo su antigua orientación rural, acusan una grave devastación de su medio físico y se convierten en ciudades dormitorio, industriales y residenciales, con altas densidades demográficas y de vivienda que superan en bastantes casos las registradas en muchas capitales de provincias españolas. Pero este proceso expansivo, especialmente centrado en el Area Metropolitana, no se detiene en ella, salta por encima del espacio metropolitano, bajo una forma discontinua, diferencial y por lo común poco densa, a otros puntos de la región. Puntualmente, en los años en que se acrecienta la urbanización del espacio metropolitano, y de modo generalizado, en fechas posteriores, llega a la mayoría de los municipios de la región, si bien su nivel de penetración es sensiblemente inferior al alcanzado en el Area Metropolitana, variando en función de la distancia que separa a estas localidades de la capital y de su ubicación respecto a las vías de comunicación más importantes.

Esta tercera etapa del crecimiento urbano de la región que, en esencia y salvando los efectos de la recesión económica y de la crisis urbana originadas desde los años ochenta, continúa hasta hoy, tendiendo a ampliar indefinidamente el espacio ciudadano, no responde tanto a la necesidad de ligar unos territorios con otros cuanto a la saturación del núcleo central. De ello da buena prueba la escasa transferencia de servicios y equipamientos que se presta al Area Metropolitana y, en particular, al resto del entorno regional, cuya falta de dotación, unida a otros muchos factores degradantes –despoblación, envejecimiento de sus habitantes, grave deterioro del casco construido–, contribuye a su actual aspecto de abandono. E igualmente

lo atestigua el hecho de que tal expansión sea deudora de la generalización del transporte privado por carretera y de una red radial de comunicaciones, planificada desde Madrid, que es ajena a las necesidades de acortar las distancias entre municipios, romper su actual aislamiento y empalmarles con su contiguo. Por contra, dicha red permite lo que Estébanez (1979: 517), tomando de Janelle, conceptúa la "convergencia tiempo-espacio", es decir, que ningún asentamiento regional diste más de una hora de la capital, lo que facilita la penetración socioeconómica de cualquier entorno, el consumo de su espacio y la transformación del mismo en una mercancía.

Esta fase se distingue de las dos etapas precedentes no sólo por las mayores dimensiones que adquiere el crecimiento, sino por la difusión espacial, según una dinámica independiente de la contigüidad geográfica, de unas actividades y funciones que con anterioridad se concentraban exclusivamente en Madrid y que para continuar reproduciéndose y maximizándose deben proyectarse a otros territorios regionales e, incluso, a provincias limítrofes. Aunque la banca, las oficinas, las sedes sociales de las grandes empresas y el comercio al detalle siguen permaneciendo en la gran ciudad, así como el conjunto del aparato burocrático de la Administración del Estado, las industrias en serie y los grandes almacenes se alejan cada vez más de Madrid, localizándose en el Área Metropolitana y secundariamente en otras localidades de la región, fácilmente accesibles por carreteras nacionales. A la par, la necesidad de maximizar los beneficios del capital inmobiliario, la saturación del casco construido de Madrid, la carestía del suelo y de la vivienda y las deficientes condiciones medio ambientales determinan un desarrollo vertiginoso e intenso de las funciones residenciales del Área Metropolitana y de algunos municipios que, desde finales de los años setenta, comienzan a rivalizar con aquel núcleo central. Todo esto, acompañado de una variación de los usos del suelo, ocasiona una importante redistribución y un nuevo reagrupamiento de los contingentes demográficos existentes en la capital y susceptibles de dirigirse a ella. Muchos de estos efectivos optan por trasladarse al espacio de descongestión de Madrid, asentarse en él o repoblarlo, modificándose, por consiguiente, la estructura social y demográfica y la morfología de los asentamientos que hasta este momento venían caracterizando al territorio urbano y al pendiente de urbanizar.

Inducido desde fuera de los municipios, ahora colonizados, se crea así un nuevo espacio de dominación para el tejido urbano, equivalente en el Área Metropolitana al continuo edificado del casco urbano central en 1939 (Castells, 1985: 39), que explica cómo los requerimientos de la acumulación del capital y de la centralización de la fuerza de trabajo no obedecen sólo a una dinámica histórica sino a una causalidad espacial. En este proceso el Estado desempeña un papel clave al posibilitar mediante su actuación –inversiones en transporte, vivienda, infraestructuras de abastecimiento y saneamiento–, inhibición –permisibilidad hacia las desmesuradas actividades especulativas del capital inmobiliario– y múltiples mecanismos de intervención –ayudas crediticias a la industria y los servicios, abaratamiento de tarifas de energía para las grandes concentraciones urbanas– la consolidación y funcionamiento del actual modelo metropolitano.

Hasta este momento las interrelaciones entre Madrid y su región, entre urbe y campo, jamás habían sido tan estrechas, en especial en el Area Metropolitana y en los municipios de la región fuertemente penetrados, donde la ciudad y el territorio rural carecen casi de límites claros y conforman un ámbito marcadamente heterogéneo. Esta misma imbricación explica que, fuera de estos ámbitos de mayor penetración, buena parte del territorio rural haya sido absorbido, perdiendo su anterior especificidad sociocultural. Para el promotor inmobiliario, el suelo rústico ha sido el espacio potencialmente urbanizable; para el ciudadano, el lugar de emplazamiento de su primera o segunda residencia; y para la Administración Autonómica, Municipal y, sobre todo, Central, el ámbito al que designaba como no urbanizable, atribuyéndole en su planificación política y legislativa una función, cuando no restrictiva del crecimiento urbano, meramente pasiva.

Aunque tanto la participación del sector agrario en el P.I.B. regional como el empleo que genera ponen de manifiesto su escasa relevancia en términos económicos, a la hora de analizar la importancia económica del campo hay que sopesar otros aspectos, difíciles de cuantificar con baremos inespecíficos, que le confieren una significación muy superior. Por un lado, debe tenerse en cuenta que esa débil presencia se evalúa, usando criterios de relatividad frente a un sector terciario que es el más potente de España y respecto a una industria que se sitúa en el segundo lugar más importante de la nación; al margen de la contribución brindada por el campo a ambos sectores durante los últimos treinta años; y sin comparar su importancia económica en relación a otras áreas rurales del conjunto del Estado. Y por otra parte, ha de considerarse cuanto para la propia sociedad, en la que se ubica, aporta esta economía; su potencialidad como reserva de mano de obra y de suelo; su capacidad para retener y recibir fuerza de trabajo en periodos de recesión del sistema global; y su idoneidad para mantener la calidad paisajística y medio ambiental del degradado territorio regional.

Ofrecemos, a continuación, la evolución del crecimiento urbano de la región en cifras:

TABLA 1

APORTACION DE LA PRODUCCION DE LA REGION DE MADRID AL P.I.B. DE ESPAÑA (% DEL VALOR AÑADIDO BRUTO DE CADA SECTOR SOBRE EL TOTAL DEL MISMO EN ESPAÑA). EVOLUCION

SECTOR/AÑO	1955	1962	1975	1979	1989
Agricultura	1,5	1,9	1,4	1,4	0,9
Industria	8,1	10,1	12,7	12,7	12,7
Construcción	14,6	16,0	15,0	14,0	14,0
Servicios	18,1	19,8	20,6	20,2	18,2
TOTAL	11,3	12,6	15,8	16,2	15,6

Fuente: Banco de Bilbao, 1978: 199, 1981: 207; Comunidad de Madrid, 1993a, v.I: 585. Elaboración propia.

TABLA 2

EVOLUCION DEL P.L.B. DE LA REGION DE MADRID POR SECTORES. %

SECTOR/AÑO	1955	1962	1975	1979	1989
Agricultura	2,7	3,2	0,9	0,6	0,2
Industria	22,6	25,2	25,6	21,9	22,1
Construcción	8,3	7,3	6,9	5,9	7,7
Servicios	66,4	64,2	66,9	71,6	70,1

Fuente: Banco de Bilbao, 1978: 199, 1981: 207; Comunidad de Madrid, 1993a, v.I: 585. Elaboración propia.

2.1.2.- ACUMULACION DE SUELO

La región de Madrid ha experimentado una dilatada y ascendente absorción de terrenos rústicos para su dedicación a fines urbanos de índole fundamentalmente privada. Las áreas rurales, particularmente las mejor comunicadas, han pasado a ser zonas de servicio urbano, obligadas a satisfacer una demanda residencial o recreativa y a comportarse como territorios "libres" para asentamientos de infraestructuras y empresas industriales y de servicios, sin que para ello contara que el espacio ocupado fuera un enclave de montaña, una vega o un fértil secano.

La tierra se ha convertido en un valor de cambio, altamente revalorizable, en torno al que se organiza un gran negocio especulativo del que no están exentos antiguos campesinos, quienes intervienen directamente en la compra-venta de solares y/o juegan con el valor expectante de los mismos, dejándolos en barbecho social. No en vano, los nuevos usos que adquiere el suelo agrario potencian un modo de explotación de los recursos que brinda a sus propietarios mayores beneficios que los que les aporta la producción agrícola o ganadera. Es justamente el valor expectante que adquiere el suelo de la región lo que provoca que la anexión de terrenos rústicos no se circunscriba a los directamente ocupados, sino que se amplie a toda una franja que llega a ser tan extensa como aquéllos. Detrás de cada parcela que se urbaniza suele haber varios solares disponibles bajo la forma de eriales, vertederos, escombreras o parajes de extracción de áridos. Junto a un consumo positivo del espacio rural, hay que hablar de otro de signo negativo, no menos colonizador. Este consumo negativo, según calcula Estébanez (1979: 520), era ya en 1979 de 300-400 m² por habitante de la aglomeración urbana madrileña.

Las tierras extraídas a los campesinos de la región se han dedicado principalmente a fines de primera y segunda residencia. Si bien esta última modalidad ocupa dentro del municipio

de Madrid y del Area Metropolitana una superficie inferior que la que abarca la residencia permanente, resulta dominante fuera de ese espacio de máxima aglomeración.

La primera residencia, tanto en el municipio de Madrid como –por descongestión de éste– en el Area Metropolitana y en algunos territorios del resto de la región, se asocia a la presencia de un empleo urbano. Esta correlación, bastante equilibrada en la gran ciudad y en los núcleos en los que la construcción de viviendas es consecutiva a un asentamiento previo de industrias o servicios, se va desajustando a medida que aumenta la distancia respecto a Madrid de las diversas promociones residenciales, auspiciadas por la generalización de un transporte privado en automóvil que contribuye al agravamiento de tal disociación. A este desequilibrio responden, sobre todo, las ciudades dormitorio del Area Metropolitana, marcadas desde su nacimiento por una congestión, unas densidades de edificación y una falta de equipamientos elementales –transporte colectivo, depuración de vertidos– que evidencian el caos de su planeamiento, así como la facilidad con la que en ellas se han realizado rápidos y abultados negocios inmobiliarios. En estas ciudades dormitorio, cuyas infraestructuras diseñadas para poblaciones de un máximo de 5.000 habitantes acogen en no pocas ocasiones a más de 100.000, se alojan mayoritariamente residentes de bajos ingresos, dada la accesibilidad del precio de las viviendas, que en general adquieren por compra unos pisos de escasa calidad y bajo confort, vendidos muchas veces por los promotores inmobiliarios mediante la simple presentación de planos o maquetas y no siempre sin fraude. Pero las ciudades dormitorio, con su morfología de altas torres, no son privativas del Area Metropolitana. Fuera de ella y fechas después, se extienden a otros territorios de la región, que presentan menos deficiencias constructivas e inferiores niveles de saturación de suelo y de infraestructuras, por mucho que habitualmente se encuentren a mayor distancia de los empleos urbanos y posean todavía una menor dotación de equipamientos.

En cualquier caso, el desajuste entre residencia y empleo también se produce dentro del Area Metropolitana en promociones inmobiliarias que, adquiridas habitualmente en propiedad por clases medias-altas insatisfechas con las alternativas residenciales que presentan los barrios de Madrid, ofrecen la imagen de la "ciudad nueva" (Castells, 1981: 34) a través de viviendas unifamiliares o de complejos colectivos de calidad, que obedecen a un planeamiento avanzado y exclusivo. Situadas al noroeste del Area Metropolitana en zonas normalmente con buenas condiciones medio ambientales, estas iniciativas de baja densidad no eluden, sin embargo, notables déficits de equipamiento y transporte colectivo. Desde finales de los años setenta, estas promociones comienzan a dejar de ser privativas del espacio metropolitano y proliferan, perfectamente delimitadas de los núcleos originarios de los pueblos en los que se sitúan, en otros territorios de la región que cuentan con un favorable marco físico y un aceptable sistema de transporte.

Ahora bien, la gran extensión que abarcan las residencias permanentes no se justifica sólo por la difusión de funciones productivas desde Madrid, sino por otros aspectos inducidos por la modificación funcional de la metrópoli. En ello incide de manera profunda y directa el alto precio alcanzado por el suelo y las viviendas de la gran ciudad. Impulsados por esta carestía

y dependiendo de sus niveles de renta, numerosos antiguos residentes de Madrid y la mayoría de los inmigrantes que, a principios de los años setenta, deciden acudir a la región se dirigen a las ciudades dormitorio y a las urbanizaciones de lujo, ubicadas en el Área Metropolitana y el resto del territorio regional. La búsqueda de suelo y vivienda a un menor coste que en Madrid, tanto más baratos cuanto más distan de este municipio, explica, por los demás, muchos de los emplazamientos que en el Área Metropolitana y, sobre todo, fuera de ella no se ajustan ni al modelo de la ciudad dormitorio ni al de la urbanización de calidad. Nos referimos a las reutilizaciones de antiguas viviendas agrarias y a la construcción dispersa en núcleos que aún conservan una cierta actividad rural.

Asimismo hay que aludir a las ocupaciones permanentes o esporádicas que se producen en la franja de consumo de espacio negativo de la aglomeración urbana. En este espacio, mediante iniciativas ilegales, se ubican muchos de los pueblos-chabola de la región, que representan el nivel más bajo de alojamiento residencial, el entorno donde se apiñan los sectores marginados de la gran ciudad y muchos de los inmigrantes extranjeros que llegan a ésta.

Por otro lado, la separación entre medio de trabajo y de residencia se amplía a las actividades de descanso y esparcimiento, dando lugar a la proliferación masiva de las segundas residencias, usadas durante los fines de semana y el verano, que extienden indefinidamente el espacio urbanizable y estimulan el uso individual de la naturaleza, confundiendo ocio con campo.

Este desarrollo residencial, que está en consonancia con la atracción de los madrileños por su entorno natural y, particularmente, por el paisaje, el agua y las masas forestales de las sierras, no es, sin embargo, un fenómeno nuevo. Ya en los siglos XVI y XVII podemos encontrar núcleos consolidados como El Escorial, Aranjuez, El Pardo, Chamartín o Boadilla del Monte alrededor de las residencias veraniegas de la Corte, fomentadas por la monarquía borbónica a imitación de sus parientes franceses. Posteriormente, durante los siglos XVIII y XIX, otros municipios, situados en las áreas de mayor altitud de la región o en las proximidades a Madrid, se especializan como centros de recreo gracias a su privilegiado emplazamiento o a su fácil acceso. Es el caso de Cercedilla, Los Molinos, Torreloredones, Villaviciosa de Odón o Pozuelo de Alarcón.

No obstante, el fenómeno de la segunda residencia, como hecho espacial masivo y creciente, se asocia a los momentos de expansión urbana generada desde los años sesenta. Su móvil inmediato lo constituye lo que M. Gaviria (1971: 68) denomina la "ideología clorofílica", es decir, la necesidad de huir de la degradación y congestión urbana, de alcanzar unos estándares vitales de mayor calidad, de establecer un contacto más estrecho con la naturaleza y de buscar el descanso y bienestar de los asentamientos rurales. Estas motivaciones serían eficazmente aprovechadas por las promociones especulativas de las empresas inmobiliarias, facilitadas por la generalización del automóvil y fomentadas por un consumidor, en ascenso social, con creciente poder adquisitivo, acumulador de signos de pertenencia social e individualista, que buscaba la posesión de un bien seguro frente a la

inflación y otro tipo de consumo de tiempo y espacio en el medio rural de la región.

Estas segundas residencias se ubican básicamente hasta los años setenta en las zonas de mayor interés paisajístico y accesibilidad por carretera, como es el caso de la comarca de Guadarrama. Pero a partir de esas fechas comienzan a desplegarse por el resto de la región e incluso fuera de ella –Ávila, Segovia, Guadalajara y Toledo–, ocasionando graves daños a la producción agraria y llegando, sin mayores problemas, a enajenar bienes tradicionalmente patrimoniales de los municipios, como ocurre con las superficies comunales. De la magnitud de este fenómeno da cuenta el hecho de que las segundas residencias ocupan un 3,7% del suelo regional a principios de la década de los ochenta, esto es, unas 30.000 Ha., si bien la mitad de esta superficie ni siquiera se encontraba urbanizada (Fernández Durán, 1985: 259).

Pese a que es innegable que allí, donde se enclavan, desencadenan una importante economía de servicios y una apreciable oferta de puestos de trabajo, ambas iniciativas son de carácter estacional, sumamente dependientes de influencias externas, propensas a incrementar las disparidades sociales de los lugares en que se asientan –favoreciendo a unos grupos frente a otros– y muy vulnerables en periodos de crisis. Además se instalan en municipios con débiles infraestructuras y pobres equipamientos, que no pueden soportar las demandas y el peso de los nuevos residentes, cuyo nivel socioeconómico les induce a un consumo de bienes –riego de jardines, uso de transportes– muy superior al de la población permanente. En consecuencia, estos municipios se ven obligados a afrontar unos problemas de consumo e infraestructuras que les exceden y en buena medida les resultan ajenos. Así sucede, por ejemplo, con los suministros de agua y electricidad, con las redes de distribución de energía, el alcantarillado, la recogida y el tratamiento de basuras o con la depuración de vertidos.

La tipología de estas segundas residencias, por lo común adquiridas en propiedad, abarca desde la ocupación de antiguas viviendas rurales al apartamento en un bloque de pisos, pasando, sobre todo, por la casa unifamiliar y llegando hasta las humildes barracas techadas con uralita, que esperan recalificaciones de suelo y mejoras de los niveles de renta de sus propietarios para ser transformadas en chalets.

Más allá de la significación socioespacial presente de estas segundas residencias, en tanto territorio ecológicamente especializado de la ciudad que permite a la población urbana cambiar periódicamente de emplazamiento, conviene considerar, también, su vertiente como fenómenos anticipatorios de asentamientos de primera habitación. Muchas de estas segundas residencias han pasado a ser de carácter permanente y otras tantas pueden llegar a convertirse pronto en tales, habida cuenta del aumento de la población jubilada y parada, del mejoramiento de los transportes regionales y de las infraestructuras municipales y de la incesante carestía del suelo y de la vida en las ciudades. Es lo que está ocurriendo desde mediados de los años setenta en las proximidades sobre todo de la carretera de La Coruña y de Burgos.

Para acabar de analizar la absorción de territorio regional que realizan las primeras y segundas residencias, hemos de considerar que, sobre su actual extensión, el planeamiento vigente en 1992 ha programado un crecimiento de 38.057,14 Ha. en concepto de suelo urbano

y de 10.414,88 Ha. bajo la categoría de terreno urbanizable (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 286-294). Y buena prueba de que la futura expansión residencial de la región va a recaer principalmente sobre los núcleos exteriores a Madrid y de los niveles de saturación que ha alcanzado este municipio es que, del total del suelo programado como urbano y urbanizable, se le ha asignado un 25,3% y un 6,17% respectivamente.

TABLA 3

VIVIENDAS FAMILIARES DE LA REGION. USOS

AÑOS/USOS	1981		1991		
	Nº	% Municipios. Excepto Madrid	Nº	% Municipios. Excepto Madrid	% Sobre España.
TOTAL VIVIENDAS	1.710.371	35,9	1.923.139	39,5	11,2
Ocupadas	1.468.529	34,0	1.669.227	39,0	11,5
Principales	1.336.749	30,1	1.512.294	35,6	12,8
Secundarias	131.780	74,0	156.933	72,1	5,9
Desocupadas	241.842	47,4	215.425	42,0	9,6
Otras Situaciones	—	—	38.487	46,2	7,9

Fuente: Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 230. Elaboración propia.

Por otro lado, el suelo de la región también ha sido utilizado como soporte de servicios molestos, peligrosos –instalaciones militares– e insalubres –basureros, escombreras– que, extendiéndose fuera del municipio de Madrid sobre más de 40.000 Ha.³⁴, no son deseados en la gran ciudad. Desde ella se han expandido, a la par, determinados servicios y dotaciones de carácter privado e institucional –ciertos colegios, hospitales, centros de investigación, guarderías, residencias infantiles y de la tercera edad, clubs de recreo, viveros– que, por sus grandes requerimientos de espacio y habida cuenta del alto coste del suelo, resultaban insostenibles en Madrid. Los cotos de caza son otros espacios de ocio que se emplazan en el territorio rural de la región. Asimismo, sobre el suelo regional se han instalado numerosas infraestructuras de muy diversa índole, que actúan de auténticas barreras para la producción agraria y ocasionan un fuerte impacto ambiental. Tales infraestructuras abarcan desde las redes de comunicación y transporte –carreteras, ferrocarril de cercanías, líneas telefónicas, estaciones de telecomunicación– hasta los centros de producción y distribución de energía –tendidos eléctricos, canalizaciones de agua y gas, embalses, centrales eléctricas–. A título ilustrativo, tengamos en cuenta que las carreteras se extienden a lo largo de más de 3.000 Km., mientras que las vías de cercanías lo hacen sobre 277,8 Km. y los embalses ocupan

10.000 Ha. (Comunidad de Madrid, 1993, v. I: 32). Junto a estos servicios e infraestructuras, hay que hablar, al igual, del emplazamiento de establecimientos comerciales minoristas, consecutivos a los usos residenciales, y mayoristas, cuyo consumo de suelo es más que remarcable, dada la escala de su actividad y la dimensión –almacenes de artículos en depósito, tiendas y talleres de coches, ventas de muebles o maquinarias– o diversidad –hipermercados– de las mercancías con las que comercian.

Ahora bien, estos asentamientos regionales del sector servicios no poseen una naturaleza estática, no son el mero producto de la difusión de funciones productivas de Madrid hacia su entorno. Una vez instalados en los diferentes territorios de la región actúan, a su vez, de plataformas de reproducción del tejido urbano, generando alrededor suyo nuevas actividades y nuevos emplazamientos. Esto ocurre en especial con los equipamientos colectivos. Verdaderos pioneros de ulteriores colonizaciones territoriales, no sólo son claves para estimular el consumo privado y, por lo tanto, para ampliar los mercados rentables y permitir la acumulación capitalista. En el ámbito de lo espacial cumplen un papel semejante e igual de importante que en la esfera económica. Son, en su mayor parte, consumidores directos de suelo, pero sobre todo posibilitan el consumo espacial inducido de terceros. Si a principios de los años sesenta hicieron posible el crecimiento del tejido urbano, en los setenta potenciaron su difusión a otras áreas de la región –redes radiales de carreteras sobre las que se asienta la generalización del automóvil– y desde los ochenta no cesan de crear nuevos mercados de consumo de espacio individual. Cuanto más se acelera el proceso de acumulación de suelo, más necesario resulta fomentar el consumo privado de espacio y más reposa dicho estímulo en la creación de una infraestructura de equipamientos colectivos y servicios públicos.

Atendiendo, por lo demás, a los usos de suelo programados, según el planeamiento vigente de 1992, nos encontramos con que al conjunto del sector terciario se le asigna un crecimiento para los próximos años de 12.101,97 Ha. bajo el concepto de urbano y de 11.900,64 Ha. en calidad de urbanizable, es decir, de un total de 24.002,61 Ha. (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 286–294). El 22,1% de ese suelo urbano programado corresponde a Madrid, así como el 29,3% del urbanizable.

Y todo ello, aun cuando en el municipio de Madrid siguen localizándose el centro neurálgico del sector servicios de España y la mayoría de los comercios de la región³⁵. De esta forma, en Madrid tienen su sede central más de un tercio de las grandes empresas y de otras de tipo medio, más de la mitad de los bancos, el 57% de las compañías de seguros, la Administración Central del Estado, la totalidad de la banca extranjera y casi todos los grupos multinacionales. Igualmente, se ubican en la capital el 80% de los 5.221 establecimientos comerciales mayoristas existentes en la región y el 71,9% de los minoristas, representando estos últimos el 87,9% de las 490 Ha. que este tipo de instalaciones ocupa aproximadamente a nivel de todo el ámbito regional.

Por su parte, el asentamiento de la industria en el espacio regional obedece concretamente a la concentración monopolística del capital, a la evolución técnico-social que favorece la

constitución de grandes unidades productivas, al aprovechamiento de un suelo más barato y con menos impuestos, a incentivos fiscales y crediticios y, más tardíamente, a la necesidad de fijar población en las antiguas zonas rurales. Tal emplazamiento en el exterior de Madrid responde también al carácter contaminante o peligroso de algunas instalaciones, que no son deseadas en la capital y que prohíben sus ordenanzas municipales, a los grandes requerimientos de suelo de otras tantas industrias y al imperativo de la mayoría de ellas de huir de una ciudad congestionada por el tráfico, que dificulta sus operaciones de carga y descarga y su rápida conexión por carretera con otros lugares de España. Simultáneamente, el espacio regional es el marco por definición de las industrias extractivas –canteras, extracción y transformación de áridos, cerámicas, graveras– que, debido a los elevados costes del transporte, han de localizarse cerca de su materias primas y próximas al mercado de los materiales de construcción.

Estas industrias generan allí donde se ubican la llegada de otros complejos fabriles, un importante desarrollo residencial, protagonizado por sus trabajadores, un mantenimiento nada despreciable de los núcleos urbanos ya existentes, a causa de la fijación de población que conllevan, y una fuerte implantación y ampliación de los servicios e infraestructuras locales. Se constata, a la par, que la ocupación de suelo de las industrias que se han desplazado desde Madrid, normalmente las de medio o pequeño tamaño, es más de 10 veces superior a la extensión que correspondía a su antiguo emplazamiento (Méndez, 1986: 47). Y asimismo, cabe reseñar que el asentamiento de las industrias en el espacio regional no se produce en su mayor parte en los polígonos programados al efecto por la Administración Municipal y Autonómica, sino que tiene lugar, unas veces, en contigüidad a los cascos urbanos y, en otros casos, en parajes de alto valor agrario. La empresa es la que decide el emplazamiento que más le conviene.

La mayor ocupación de suelo regional se opera, ya desde finales de los años sesenta, en el corredor del Henares, que alcanza 80 Km. y en el que se fija además el 40% del empleo industrial (Méndez, 1986: 58), seguido de la franja que acompaña a la carretera nacional de Toledo con una penetración de 70 Km. Tras estos corredores, se sitúan los que discurren en paralelo a las carreteras de Andalucía y de Valencia, a lo largo de más de 50 Km., y los contiguos a las vías en dirección a Burgos y Extremadura a través de 30 Km. En último lugar se encuentran los complejos industriales próximos a la nacional VI.

Una idea bastante aproximada de la progresiva ocupación de suelo que han efectuado las industrias nos la proporciona la evolución del número de establecimientos y su distribución espacial. Así, de 1.785 establecimientos existentes en la región en 1975 se pasa en 1992 a 18.881 (Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid, 1978a: 51; Comunidad de Madrid, 1993a, v.I: 249). Y, si en 1975 el 64,2% de estas industrias se situaba en Madrid, en 1992 esta proporción desciende a un 52,3%. Además el planeamiento vigente en 1992 asigna al sector industrial un crecimiento de 7.700,91 Ha. en concepto de suelo urbano y de 3.969,84 Ha. bajo la categoría de terreno urbanizable. Un 76,1% de ese suelo urbano y un 95,5% del urbanizable se halla fuera de Madrid.

2.1.3.- CONCENTRACION DE MANO DE OBRA

Junto a la acumulación de suelo, la captación de fuerza de trabajo que el tejido urbano madrileño ha venido realizando, aparte de caracterizar la forma esencial que asume su crecimiento, indica cómo este desarrollo se ha operado en buena medida a expensas del sector agrario y de los campesinos de la región y, sobre todo, del resto de los territorios del Estado.

Usada como reserva de mano de obra abundante y barata, la población campesina de muchos puntos de la región y de gran parte de España acude a Madrid y su entorno metropolitano en busca de la mayor remuneración y estabilidad que le brindan los empleos industriales, de la construcción y los servicios que habilita el crecimiento urbano desde 1960. Esta afluencia masiva de fuerza de trabajo del campo, indispensable para la expansión de Madrid, no cesa de aumentar desde 1960 hasta los primeros años de la década de los ochenta, en que la recesión económica y la crisis urbana frenan los procesos migratorios hacia la gran ciudad y su Area Metropolitana.

En total se calcula que la población llegada a Madrid, desde el campo y otros sectores económicos, a lo largo de veinticinco años asciende a más de dos millones de personas (Comunidad de Madrid, 1985: 147). De estos efectivos, el grueso corresponde a población de otras regiones de España –sobre todo de Castilla–León y Castilla–La Mancha–, que emigra primero que la fuerza de trabajo de la Comunidad Autónoma de Madrid. De esta forma lo prueba la tabla 4 y el hecho de que, de los 4.687.083 habitantes que poseía la región en 1981, 2.141.794 procedieran de fuera de ella y 754.566, nacidos en la Comunidad de Madrid, estuvieran censados en municipios madrileños diferentes al de su origen (I.N.E., 1984d: 158). El éxodo de la región de Madrid, iniciado masivamente entre 1957 y 1965 a partir del despoblamiento de los núcleos más próximos a la capital, toma su mayor vigor a mediados de los años setenta. En estas fechas los municipios más alejados de la gran ciudad, que hasta ahora no habían sufrido demasiado las consecuencias de la emigración, se incorporan plenamente a ella. De la atracción que ejerce Madrid y su Area Metropolitana sobre la emigración regional deja constancia el que casi tres de cada cuatro emigrantes madrileños no salieran de su región en el periodo comprendido entre 1962 y 1980.

TABLA 4

INMIGRACION EN LA COMUNIDAD DE MADRID. 1962–1983

AÑOS/INMIGRANTES	Total	Originarios de Otras Regiones
1962	31.983	27.846
1967	36.806	31.009
1972	48.143	25.749
1977	68.000	33.175
1983	61.435	22.055

Fuente: Comunidad de Madrid, 1985: 147.

La población emigrante se concentra sobre todo en el municipio de Madrid y su área de influencia, según se constata a raíz del censo de población de 1981 (I.N.E., 1984d: 154). De este modo, a principios de los años ochenta, en que se contraen los fenómenos migratorios, nos encontramos con un perfil demográfico, en el que los veintinueve municipios que fundamentalmente polarizan el crecimiento regional reúnen una población de derecho de 4.457.366 habitantes en una superficie de 2.189 Km², lo que supone una densidad de 2.036 personas por Km². Entre estos veintinueve municipios se encuentran, aparte de Madrid, veintidós que con él conforman la mayoría de su Área Metropolitana, cinco núcleos inmediatos a ella y Arajuez –ya consolidado antes del despegue de los años sesenta–. Frente a ello, los 150 municipios restantes de la región, con una superficie de 5.805,9 Km², poseen sólo una población de derecho de 229.529 habitantes y una densidad de 39,53 personas por Km²; mereciendo la pena destacar que doce de estos núcleos únicamente cuentan con 101 efectivos.

Tal emigración explica asimismo que una Comunidad uniprovincial, como es la de Madrid, ocupe el tercer puesto de España en número de habitantes, después de Andalucía y Cataluña. Estas tres regiones, que acumulan el 45,4% de la población de derecho española, son además las que presentan un mayor crecimiento demográfico desde la década de los sesenta. Sobre una superficie que supone el 1,6% del total nacional, la región de Madrid concentra más del 12% de la población española, absorbiendo entre 1960 y 1981 cerca del 32% del crecimiento absoluto experimentado por España durante este periodo.

TABLA 5

EVOLUCION DE LA POBLACION DE DERECHO. MADRID Y REGION

AÑOS	Región	Municipio de Madrid
1950	1.823.410	1.645.215
1960	2.510.217	2.259.931
1970	3.761.348	3.146.071
1975	4.319.904	3.228.057
1981	4.686.895	3.158.818
1991	4.947.555	3.010.492

Fuente: Fundación Foessa, 1972: 47; Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid, 1985: 74; Comunidad de Madrid, 1993a, v.I: 101. Elaboración propia.

Los grandes núcleos de población se disponen, partiendo de Madrid, a lo largo de las vías radiales de comunicación. Entre la Nacional V y la IV, al sudoeste de Madrid, se apiñan los

municipios más poblados después de la capital y que mejor expresan las características de las ciudades-dormitorio. Es el caso de Alcorcón, Leganés, Getafe, Móstoles, Fuenlabrada y Parla, con más de 100.000 habitantes³⁶ cada uno. A estos les siguen los núcleos situados al este, sobre las terrazas del Henares y contiguos a la Nacional II, con poblaciones que oscilan de 25.000 habitantes –San Fernando de Henares– a más de 100.000 –Alcalá de Henares–, pasando por las que alcanzan los 70.000/80.000 efectivos –Torrejón de Ardoz, Coslada–. En tercer lugar están los municipios localizados al norte de Madrid, en torno a la Nacional I, con poblaciones que varían de más de 50.000/70.000 habitantes –San Sebastián de los Reyes, Alcobendas– a los 10.000 –Algete–. En cuarto término se encuentran las ciudades residenciales del Area Metropolitana, próximas a la Nacional VI, como son Pozuelo de Alarcón –48.328 habitantes–, Las Rozas –35.137–, Majadahonda –33.475– y Boadilla del Monte –15.824–. En quinto lugar se hallan ciertos municipios emplazados entre la Nacional I y la VI, con poblaciones que fluctúan entre los 39.663 habitantes de Colmenar Viejo, los 26.356 de Collado Villalba y los 8.648 de San Lorenzo de El Escorial. Y, por último, al sudeste, sobre la Nacional III, Arganda –26.113 habitantes– marca el límite de las ciudades dormitorio en esta dirección.

En oposición a estas ciudades dormitorio, de máxima concentración demográfica, las zonas menos pobladas, configurando un desierto frente a las coronas centrales de la región, se ubican en el tramo septentrional de la sierra y en las áreas más alejadas de la capital en tiempo y facilidad de acceso, como ocurre con las situadas en los extremos norte, sudeste y sudoeste de la Comunidad.

Por otro lado, en esta región adquiere una significación creciente el fenómeno de las migraciones pendulares, prototípico de todos aquellos territorios en los que existe un vigoroso tejido urbano. Llamado a desempeñar un papel todavía más relevante en el futuro, pese a las disfunciones y costes de tiempo que introduce, este tipo de migración de ida y vuelta en el día se funda en la proximidad del centro de trabajo al lugar de residencia, carente o con insuficiente nivel de empleos urbanos, en la carestía de las viviendas que desencadena el crecimiento urbano y en la generalización del uso del automóvil.

La migración pendular se realiza tanto desde los municipios extrametropolitanos hacia Madrid y su área de mayor influencia como, en especial, del Area Metropolitana en dirección a la capital, aunque a partir de la década de los ochenta, acompañando el proceso de descongestión de la gran ciudad, comienzan a registrarse movimientos de cierta importancia que invierten esta tendencia. Ello sucede particularmente en los desplazamientos que partiendo de Madrid se encaminan al Area Metropolitana. Los protagonistas de los movimientos pendulares son los nacidos en los municipios de los que parte este fenómeno y, la mayoría de las veces, los emigrantes de otras regiones que deciden asentarse en núcleos, donde el precio de la vivienda les resulta más asequible que el existente en los lugares de trabajo. Esto último genera, a su vez, un proceso de poblamiento de muchos núcleos extrametropolitanos que contrarresta sus negativos saldos migratorios.

Intimamente vinculado a la circunstancia de que la mayor parte de los habitantes de la

Comunidad sean emigrantes, se entiende, por lo demás, el hecho de la acusada juventud de la población de la región, lo que incide positivamente en su crecimiento vegetativo, con tasas de natalidad superiores a la media nacional y de mortalidad que se colocan entre las más bajas de España. Aun cuando el envejecimiento de los municipios menos poblados es sumamente acusado, en 1991 el 52,3% de los habitantes de la región poseía menos de 34 años y el 35,4% entre 35 y 64 años.

Por otra parte, el crecimiento demográfico y del tejido urbano de la región se traduce en un aumento continuado de la población activa, que se amplía de 1940 a 1974 en más de un millón de efectivos para seguir incrementándose en fechas posteriores. Por mucho que esta progresión se desacelera a partir de la década de los ochenta por efecto de la crisis económica, la población activa regional supone en 1992 un 12,2% sobre el total de la de España. Tal porcentaje se mantiene con escasas fluctuaciones desde 1960. Lo mismo ocurre con la población ocupada que, entre 1960 y 1974, crece en más de medio millón de personas y que en 1992 representa el 13,3% del total de la nación, no variando apenas dicha proporción desde los años del comienzo de la expansión de la región. En ello influye decisivamente la aportación de los empleos del sector servicios, que registra el porcentaje de ocupación más elevado del país. E igualmente incide la gran significación que adquiere el empleo en la construcción, dado el intenso ritmo de la expansión residencial y de la creación de infraestructuras de la región. Aunque la ocupación en el sector de la construcción es la que se ve más afectada por la recesión económica, su porcentaje de empleo resulta el más alto de España durante los años clave del crecimiento de la región. Es muy frecuente que el factor de atracción hacia determinados núcleos regionales radique en la construcción de viviendas en esos mismos municipios, como sucede en las ciudades dormitorio, o en otros vecinos de orientación marcadamente residencial. En función de esto último se explica en buena medida que, por ejemplo, el desarrollo residencial de La Moraleja haya potenciado el intenso poblamiento de Alcobendas, que el afianzamiento en el mismo sentido de Pozuelo de Alarcón, Majadahonda y Las Rozas haya contribuido al incremento demográfico de Brunete, Villanueva del Pardillo y Villanueva de la Cañada o que la promoción del complejo de Tres Cantos no haya sido ajena a las características que presenta el actual de censo de habitantes de Colmenar Viejo.

TABLA 6

**EVOLUCION DE LA POBLACION ACTIVA. POBLACION ACTIVA NO AGRARIA.
MEDIAS ANUALES. MILES DE PERSONAS**

AÑOS	Total Población Activa	Total Población Activa No Agraria	Industria	Construcción*	Servicios	No Clasificable
1940	550,4	482,7	167,3	_____	315,4	_____
1960	1.044,3	977,5	386,4	_____	591,1	_____
1970	_____	1.316,2	386,1	154,9	744,4	30,8
1971	1.487,1	_____	_____	_____	_____	_____
1974	1.642,5	_____	_____	_____	_____	_____
1977	_____	1.554,9	423,4	193,0	938,5	_____
1980	_____	1.490,6	407,3	178,6	904,7	_____
1981	1.679,8	_____	_____	_____	_____	_____
1985	1.688,3	1.493,4	363,0	133,5	996,9	_____
1990	1.856,7	1727,2	376,5	156,2	1.194,4	_____
1992	1.851,2	1.797,0	374,5	160,4	1.261,9	_____

* En 1940 y 1960 la población activa de la construcción queda englobada en las cifras de la industria.

Fuente: Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid, 1973: 61; I.N.E., 1954: 101, 1973c: 106, 1985: 69; Comunidad de Madrid, 1985: 160, 1993a, v.I: 172. Elaboración propia.

TABLA 7

EVOLUCION DE LA POBLACION OCUPADA. POBLACION OCUPADA NO AGRARIA. MEDIAS ANUALES. MILES DE PERSONAS

AÑOS	Total Población Ocupada	Total Población Ocupada No Agraria	Industria	Construcción	Servicios
1960	1.025,5	1.014,0	318,2	137,0	558,8
1974	1.580,9	1.540,5	431,5	169,8	939,2
1977	—	1.507,1	410,0	176,1	921,0
1980	—	1.361,2	371,0	128,4	861,8
1981	1.404,2	—	—	—	—
1985	1.313,9	1.291,7	305,9	85,8	900,1
1990	1.612,2	1.606,7	349,2	141,4	1.116,7
1992	1.651,0	1.641,8	338,4	136,0	1.167,4

Fuente: Comunidad de Madrid, 1985: 163, 1993a, v.I: 172; I.N.E., 1973c: 107, 1985: 110. Elaboración propia.

El reparto de la población activa y ocupada de la región es, no obstante, sumamente desequilibrado. Pese a que Madrid ha ido descentralizando progresivamente su aparato productivo hacia el resto de la región, en 1990 absorbía aún el 69,0% de las personas activas y el 68,5% de las ocupadas, habiendo aminorado estos porcentajes desde 1960 en tan sólo casi dos puntos. Este pequeño descenso y el resto de la población activa y ocupada se lo anotan prácticamente el Area Metropolitana y no más de veinte municipios. Tanto Madrid como su Area Metropolitana responden de que el peso de los activos y ocupados no agrarios dentro de la región sea abrumador respecto a la población campesina.

En cualquier caso, merece la pena detenernos brevemente en el cambio de signo que sufre el crecimiento de la región desde mediados de los años setenta, porque marca el inicio de una tendencia que se va consumando en el tiempo y que está llamada a jugar un papel clave en el futuro.

Al tiempo que desde 1975 los flujos migratorios se detienen sensiblemente en toda España, se modifica la conducta de los emigrantes que llegan a la Comunidad de Madrid. No es difícil averiguar dónde residen las familias emigrantes, si se conoce el año en que se asientan en la región. A partir de esa fecha los emigrantes que acuden a la región apenas fijan su residencia en Madrid, cuyo centro urbano cada vez acusa más la terciarización y el coste del suelo. Su destino es ahora el Area Metropolitana y, en segundo término, los municipios inmediatos a ella, aun cuando también se dirigen a otros núcleos próximos a centros de trabajo, usados muchas veces como trampolín para acceder a empleos urbanos. Paralelamente, la capital

comienza a perder población en beneficio de su entorno, según lo acredita el que en sus distritos centrales desaparezca entre 1970 y 1975 el 14% de sus efectivos, en tanto que el Area Metropolitana amplía su número de habitantes en un 3,58% (Sabaté, 1979: 308) y presenta un crecimiento demográfico relativo superior al de Madrid. Los jóvenes y los sectores de rentas más bajas, que no pueden optar al mercado de la vivienda en la gran ciudad, así como los empleados, que acompañan el desplazamiento de sus puestos de trabajo fuera de Madrid, son los que primero se marchan, seguidos de quienes buscan una residencia con mejores condiciones ambientales dentro de las zonas del Area Metropolitana especializadas a tal fin. Si bien, desde 1960 hasta 1970, el Area Metropolitana era un emisor neto de emigrantes hacia la capital, las altas densidades demográficas, alcanzadas con posterioridad a 1975, y la multiplicación por tres de sus efectivos entre 1970 y 1981 confirman una profunda transformación de su comportamiento migratorio.

Este cambio de signo del movimiento migratorio también se detecta en el resto de la región, aunque en mucha menor proporción. Deteniendo relativamente su pérdida continua de recursos humanos, muchos municipios extrametropolitanos experimentan un alza poblacional que, sin ser nada espectacular, sí resulta remarcable. De esta forma, en el ámbito extrametropolitano se pasa de perder 77.526 habitantes entre 1960 y 1970 a ganar, de 1975 a 1981, un 21% de población (Paz, 1982: 30).

TABLA 8

EVOLUCION DE LA POBLACION DE DERECHO POR AREAS PRINCIPALES. DENSIDAD. 1970-1981

ZONAS/AÑOS	Población de Derecho			Densidad. Hab./Km ²		
	1970	1975	1981	1970	1975	1981
Total Región	3.761.348	4.319.904	4.686.985	470	540	586
Municipio de Madrid	3.120.941	3.228.057	3.158.818	5.141	5.318	5.204
Area Metropolitana	413.337	847.090	1.241.150	314	644	943
Resto Región	227.070	244.757	286.927	37	40	47

Fuente: Montoliú, 1984: 22.

Por otro lado, el hecho de que tanto la población emigrante que procede de fuera de la región como la que se desplaza desde la gran ciudad sea normalmente joven, determina que el crecimiento vegetativo del Area Metropolitana y de otros municipios de asentamiento vaya en aumento y que, por contra, se atenúe en Madrid. Y ello, pese a que esta ciudad no sufre un proceso de envejecimiento similar al de otras grandes urbes españolas y europeas, manteniendo un importante porcentaje de jóvenes entre 10 y 20 años.

Para finalizar, no debemos dejar de reseñar que algunas ciudades del Area Metropolitana,

las que primero acusan el proceso expansivo de la capital, comienzan a saturarse, agotan su capacidad de recibir las migraciones procedentes de otras regiones y de Madrid y cesan de crecer al ritmo que lo habían hecho hasta finales de la década de los setenta. Esto nos lleva a pensar en que futuros desbordamientos de este ámbito metropolitano recompondrán el modelo de asentamiento regional, atribuyendo un mayor protagonismo a los municipios actualmente inferiores a los 20.000 habitantes.

2.1.4.- CRISIS URBANA

Un último fenómeno que resulta obligado analizar, al referirnos a la penetración urbana en la región, es la crisis que sufre este proceso expansivo desde comienzos de los años ochenta, por el efecto combinado de la recesión económica mundial y la quiebra del modelo de crecimiento seguido hasta ahora por el tejido urbano en todo el Occidente europeo.

Esta crisis urbana, de especiales repercusiones en Madrid y su Area Metropolitana, se manifiesta esencialmente en la incapacidad del capital para hacer rentable la producción y distribución de los medios de reproducción de la fuerza de trabajo, que son demandados por el proceso productivo y la población trabajadora. Surge de la contradicción entre la socialización objetiva de la producción y del consumo y la apropiación privada de la gestión de ambos procesos. Más concretamente, dicha crisis se expresa en la oposición que se genera entre la progresiva importancia de los equipamientos colectivos –imprescindibles para la acumulación capitalista, para la organización urbana y para asegurar el nivel y modo de vida de las distintas formaciones sociales– y la escasa rentabilidad que de ellos obtiene el capital, dejando que se deterioren.

La situación del sistema de transporte, en el que ha venido y continúa basándose el modelo de crecimiento urbano, es probablemente donde mejor se aprecia la cristalización de la crisis. Responsable de primer orden de los altos costes energéticos que soporta la región, el régimen de transporte madrileño se sumerge de lleno en la contradicción que suscita su elevado coste de funcionamiento –fuertes volúmenes de inversión en carreteras y otras infraestructuras, importación de tecnología y materias primas– y el que de él dependan cada vez más la propia existencia y la marcha de la urbe. Si bien la crisis también afecta la movilidad del transporte privado, la acentuación del déficit económico que registra la locomoción colectiva, por un lado, y la necesidad de mantener unas tarifas políticas de uso, por otro, enmarcan esa contradicción en su aspecto más agudo. Esto nos habla igualmente de que, debido al tardío desarrollo de la aglomeración madrileña respecto a otras urbes europeas, las obras de infraestructuras acometidas en la región, a precios del último cuarto del siglo XX, han sido más costosas y difíciles de amortizar que en otras zonas de Europa. Asimismo, nos indica que la fuerte caída del poder adquisitivo de la población de la región está modificando notablemente los mecanismos de la demanda, que posibilitaban cerrar los ciclos de rotación del capital y que aseguraban unos niveles de utilización de los servicios públicos que no hacían excesivamente gravoso su mantenimiento.

Semejante crisis arrastra, además del fracaso de la política urbana promovida hasta el momento, una puesta en cuestión de la propia intervención del Estado, incapaz de continuar asumiendo las funciones que en décadas anteriores resultaban imprescindibles para la reproducción del sistema global, para armonizar la acumulación del capital con la legitimación social de la misma. La socialización de los costes, manteniendo la privatización de las ganancias, se topa ahora con unas barreras estructurales que el Estado no puede superar y que le incapacitan para seguir garantizando la oferta de servicios públicos que requiere el funcionamiento del sistema urbano. La desorganización de la ciudad, la insuficiencia y el desgaste de los equipamientos urbanos, la restricción creciente del intervencionismo estatal en los servicios públicos, las altas cotas del déficit presupuestario en los municipios y la insatisfacción de las demandas ciudadanas hablan por sí mismas de que falla y se estanca la actuación del Estado para contrarrestar la crisis urbana (Castells, 1981: 72).

La crisis del tejido urbano regional no supone sólo que los madrileños vivan mal en las ciudades, sino que ya no las soportan por el desgaste y la alienación que les ocasionan en todos los planos de su existencia, por la contradicción que les plantea el que la organización material de la vida cotidiana sea cada vez más antitética con sus aspiraciones. Pero la crisis no se explica únicamente en base a las carencias, con ser importantes, sino en función de los desequilibrios que bloquean la estructura actual del sistema urbano, frente al que no parece que se diseñen modelos alternativos. Y ello conlleva que, aparte de verse afectada la mayoría de los grupos sociales, se resienta también la propia funcionalidad del sistema urbano para el capital, cuyo desarrollo queda ralentizado y mermado al ponerse en cuestión su modelo espacial y de organización social.

Las consecuencias, por lo demás, de esta crisis no se restringen al estricto marco de las ciudades, más allá y en medio de ellas se extienden al conjunto del ámbito regional, involucrando a las comunidades rurales. Hacia ellas se desplazan ahora las contradicciones espaciales y socioeconómicas que atenazan las ciudades, sin que esto implique más que el traslado de la misma crisis. Si sólo unos años atrás la necesaria descongestión de Madrid daba cuenta del crecimiento demográfico y de la progresiva urbanización del Área Metropolitana y de otros núcleos de la región, ahora estos mismos efectos obedecen a la quiebra del modelo que los impulsa. Aunque en el Área Metropolitana y el resto de la región se ralentiza la urbanización de suelo rústico y se paraliza el ritmo del crecimiento demográfico, ambos fenómenos continúan en ascenso y extendiéndose a un número mayor de territorios.

Así, en lo referente a la ocupación de suelo para uso residencial, mientras que en las zonas de máxima aglomeración el índice de desocupación de viviendas construidas alcanza ya en 1981 un 14% del parque total (Fernández Duran, 1985: 270), los núcleos que hasta ese momento no llegan a los 15.000 habitantes conocen una proliferación bastante significativa de primeras residencias. La disminución de la capacidad adquisitiva de la población, la persistente carestía del suelo, el menor desarrollo demográfico –tanto de índole migratoria como vegetativa–, la elevación de los costes de la construcción y el descenso de las operaciones inmobiliarias con fines inversores se asocian directamente en esas áreas de

máxima aglomeración a la caída vertiginosa de la demanda de viviendas y, a la par, al mantenimiento de amplias superficies urbanas y urbanizables sin edificar. Incluso en los espacios residenciales más privilegiados del Area Metropolitana –zona noroeste–, la limitación del producto urbano vendible a la simple vivienda choca cada vez más con el rechazo de los ciudadanos, quienes aparte de echar en falta los servicios colectivos indispensables comienzan a demostrar que una ciudad es también un modo de vida, no reducible al menguado universo que les ofrece la concepción de la urbe como una mera mercancía.

Al tiempo, aunque se frena la adquisición de segundas residencias unifamiliares sobre superficies de más de 1.000 m², se intensifican las urbanizaciones de chalets adosados y apartamentos, más asequibles, que propician altas concentraciones de población estacional en reducidas superficies. Junto a ello aparece y se generaliza rápidamente un fenómeno inmobiliario nuevo, consubstancial con el periodo de crisis que ahora se abre: las segundas residencias en precario. Bajo la apariencia formal de pequeños huertos familiares, estas formas de habitación en precario encubren parcelaciones ilegales en suelo rústico o no urbanizable que paulatinamente van siendo edificadas y cercadas, configurando zonas residenciales de carácter marginal o suburbial. Normalmente ubicadas en áreas consideradas de escaso valor ambiental, carentes de equipamientos y de bajo coste de suelo, expresan la importancia que adquieren en estos momentos de crisis las promociones especulativas de no pocas empresas inmobiliarias, que tratan de captar un mercado, el de las rentas más bajas, hasta ahora sin opción de acceder a una residencia de ocio. La gran significación de este fenómeno se manifiesta en el hecho de que ya en 1985 la superficie ocupada por estas segundas residencias ilegales ascendía a 8.400 Ha., correspondientes a 140 promociones en 52 municipios localizados, sobre todo, en las vegas del Jarama, Tajo, Henares y Tajuña (Fernández Durán, 1985: 284). Y pese a que algunas de estas promociones fueron posteriormente declaradas ilegales y derribadas por orden de la Comunidad de Madrid, otras tantas, amparadas en las limitaciones de la normativa urbanística³⁷, se han consolidado y siguen haciéndolo, logrando imponer una situación de hecho y consiguiendo recalificar su suelo.

En otro orden de cosas, aun cuando en este periodo de crisis se genera una importante contracción de los movimientos de capital que limitan y ralentizan sensiblemente el desarrollo empresarial –construcción, automóvil, electrodomésticos de línea blanca– de años anteriores, continúa la ocupación de suelo para usos de servicios e industriales. No es difícil constatar que permanece vacante gran cantidad de suelo destinado a estos fines, en especial en lo relativo a edificaciones exclusivas para oficinas y polígonos industriales dentro del Area Metropolitana, donde tal superficie desocupada suponía 4.130 Ha. en 1985 (Fernández Durán, 1985: 296). Tampoco se puede ignorar el cierre de numerosos establecimientos industriales, en particular de los más tradicionales y con equipos más antiguos. Sin embargo, frente a todo ello, la regresión empresarial que soporta la región se deja sentir con menor intensidad que en otras zonas españolas, debido a su alta diversificación y modernización productiva, a su orientación hacia el mercado de bienes de uso duradero y consumo final, el menos golpeado

por la crisis, y al tremendo peso del sector servicios que apenas se retrae. Prueba de esto es que desde 1980 a 1990 la renta regional mantiene un ritmo de crecimiento superior a la media nacional y, desde luego, a los niveles de Cataluña y del País Vasco. Paralelamente, el fraccionamiento cada día más acusado de los procesos de producción, la sustitución de mano de obra por capital y la revolución que introducen la automatización, la informática, la telemática y la robótica, al disociar de manera progresiva el espacio de las actividades productivas y de los centros de poder, conducen a que éstas se dispersen por distintas áreas de la región, donde el coste de suelo, los procesos de flujo continuo y las normativas urbanísticas –ruidos, contaminación, parcela mínima– no plantean apenas limitaciones. Al igual, muchas grandes y pequeñas empresas, como vía de adaptación y de hacer frente a la crisis, adoptan formas de economía sumergida que tienden a ubicarse fuera de las zonas industriales tradicionales bajo la modalidad de pequeñas implantaciones, que no siempre ocupan terrenos calificados para tal uso.

Pero si el proceso urbanizador del suelo regional no merma demasiado desde el comienzo de los años de crisis, no ocurre lo mismo con el crecimiento demográfico, por mucho que la especial estructura económica de la región haya permitido mantener, aun en este periodo crítico, un ritmo de poblamiento superior al de otras áreas de España. Como vimos en la tabla 5, el municipio de Madrid no sólo pierde población en términos relativos, también lo hace de manera absoluta. Mientras, el resto de la región aumenta sus efectivos a un ritmo paulatinamente decreciente, desacelerándose marcadamente las corrientes migratorias e, incluso, iniciándose una vuelta de muchos emigrantes hacia sus lugares de origen ante la ausencia de expectativas de encontrar empleos y la carestía de la vida en Madrid y su periferia. De este modo, en tanto que la tasa de crecimiento demográfico regional fue del 3,8%, entre 1960 y 1970, y del 2,5%, entre 1971 y 1976, de 1976 a 1981 se reduce al 1,9% para aminorarse aún más desde el principio de la década de los noventa.

Ahora bien, el efecto demográfico más negativo que genera la crisis urbana es el paro, potenciado directamente por la nueva división internacional del trabajo que se agudiza a partir de los años ochenta, por la sustitución de trabajo por capital y por la joven estructura de edad de la pirámide poblacional de la región. Con valores inferiores a la media nacional y a los de Cataluña y del País Vasco, el número de parados y la tasa de desempleo de la región se disparan desde 1980 y, aunque descienden de 1985 a 1990, a partir de 1992 vuelven a subir de manera ostensible. Y ello, sin incluir a los jóvenes y otros efectivos que buscan su primer empleo.

TABLA 9

TASAS DE PARO Y NUMERO DE PARADOS (MEDIAS ANUALES EN MILES DE PERSONAS). EVOLUCION REGIONAL

AÑOS/CONCEPTO	Tasa de Paro	Nº de Parados
1960		18,8
1974		62,4
1977	5,6	
1980	13,1	131,0
1983*	17,6	162,6
1985	22,0	203,0
1987**	17,1	133,5
1989	13,2	
1990		121,5
1992***	13,2	156,5

* En este año la tasa de España era del 17,8.

** Ruptura metodológica por cambio de cuestionario y definiciones.

*** En este año la tasa de España era de 18,4 y el número de parados ascendía a 1.768,2. El porcentaje de parados de la región sobre el total de España fue del 8,8%.

Fuente: Comunidad de Madrid, 1985: 120, 1993a, v.I: 181; Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid, 1978b: 79, 1985: 93. Elaboración propia.

Asimismo, aun cuando en 1992 se recupera el número de empleos, entre 1977 y 1985 se destruyen 215.400 tal como se observa en la tabla 7. De ella también se desprende que, mientras de 1960 a 1977 la cifra de empleos aumenta en 493.100, de este último año a 1992 sólo lo hace en 134.700. De 1977 a 1992 los servicios son la única rama productiva que no pierde empleos, pese al bache que atraviesan entre 1977 y 1985 a causa de la reducción de la actividad en el comercio al por menor y hostelería. Por contra, la construcción es la rama que registra una mayor pérdida porcentual, dada la brusca paralización del ritmo de construcción de viviendas seguido hasta 1977. En la industria, por su parte, se contraen los empleos en las grandes y pequeñas empresas, afectando singularmente a los transformados metálicos, las químicas, el textil, la alimentación, la madera, el mueble y las artes gráficas.

Finalmente, no podemos dejar de señalar que en este periodo de crisis y quiebra del modelo del Estado del Bienestar toman un notable impulso las políticas encaminadas a la protección ecológica del territorio regional y, singularmente, del rural. Tanto algunos organismos de la Administración del Estado, a nivel Central, Autonómico y Municipal, como determinadas

instituciones financieras –bancos–, haciéndose en parte eco de, y manipulando en no menos grado, las corrientes intelectuales y sociales que cada vez arraigan con más fuerza en todo Occidente, se empeñan en difundir ideologías de austeridad que contrarresten en cierto modo los valores de crecimiento continuo sostenidos hasta ahora. El concepto del suelo como bien escaso, la necesidad de no plantearse sólo el rendimiento económico del espacio rural, sino su rentabilidad social, y la búsqueda de un desarrollo armónico y especialmente cuidadoso con los recursos no renovables –tierras agrarias, aguas– son fundamentos clave de esa ideología de austeridad. Se trata a la par de potenciar la sociedad campesina como conservadora indispensable del paisaje, del medio ambiente y de "zonas libres", que contribuyan a una mejor calidad de vida de todos los ciudadanos y permitan los movimientos del aire y la oxigenación de la atmósfera, de un mercado y una fuerza de trabajo disponible y de importantes factores de integración y estabilidad social. Junto a ello se extiende el pensamiento de que el modelo de crecimiento urbano no debe marginar el rural sino integrarlo de forma más racional, de que resulta preciso acabar con la noción de que el suelo agrario sea tan sólo un residuo de los procesos de urbanización y de que el mantenimiento de la sociedad campesina es una buena forma de ocupación y planificación territorial, de poner barreras a las irregularidades del crecimiento y de ordenar los espacios intersticiales.

Bajo esta nueva óptica se orientan diversas leyes de protección y conservación del suelo regional y rural, lo mismo que buena parte de la planificación urbanística nacida desde los años ochenta. Las medidas adoptadas por el Ministerio, la Consejería y las diversas áreas municipales de Obras Públicas para desarrollar, impulsar e incluso subvencionar las pequeñas explotaciones agrarias, recuperar métodos de trabajo tradicionales del campo y conjugar los componentes agrícolas y ganaderos del sector agrario de la región se guían por esa lógica; entendiendo además que la empresa familiar campesina se adecua mejor a los requerimientos del tejido urbano que la de corte capitalista.

2.2.- PENETRACION DE LAS RELACIONES AGRARIAS CAPITALISTAS-

La expansión urbana del municipio de Madrid hacia el conjunto de la región, consecutiva a la ampliación del tejido urbano en toda España y a la incorporación de ésta a la C.E.E. y al grupo de países más desarrollados del mundo, no ha conllevado un crecimiento paralelo de las relaciones agrarias capitalistas.

La forma en que ha tenido lugar ese expansionismo urbano ha acrecentado los obstáculos, que las relaciones de producción capitalistas se encuentran para sustituir y desplazar a los campesinos de la producción agraria. De este modo, el peso de esos impedimentos se ha visto marcadamente multiplicado por los elevados precios alcanzados por la tierra y sus impuestos; por la fuerte especulación de la que ha sido objeto el suelo; por la casi exclusiva orientación del capital y de los usos espaciales hacia la industria, los servicios y el sector inmobiliario; y por la colonización que por distintas vías –precios pagados por los productos, especialización productiva como centro importador de materias primas agrarias– ha venido

ejerciéndolo Madrid sobre el conjunto de las zonas rurales de España. Y en la misma medida ha influido también la necesidad de mantener un sector agrario que proporcionara un mercado de flujo continuo de suelo y fuerza de trabajo y que, al tiempo, contrarrestara las irregularidades urbanísticas y medio ambientales propias del desarrollo del tejido urbano. Estos factores han determinado que la producción agraria de la región continúe estando protagonizada por explotaciones campesinas y que la penetración directa de las relaciones capitalistas en el campo sea, por el momento, poco relevante en general. Además, dado que las unidades económicas campesinas tienen muy poco en cuenta la tasa de interés del capital en el mercado, no sólo en lo relativo a su uso para mejoras sino para cualquier otro tipo de aplicaciones, es frecuente encontrar una intensificación mucho mayor del capital en las explotaciones domésticas que en las empresas capitalistas.

Sin embargo, la muy intensa extracción de excedentes que sufre el campesinado madrileño no se debe sólo a la absorción de sus recursos humanos y territoriales. Se explica además en base a las grandes pérdidas de valor añadido que experimentan las explotaciones campesinas al comercializar y transformar sus productos. La potente implantación en la región de circuitos monopolísticos, que asumen casi por completo la distribución de los productos agrarios, está detrás de esa importante extracción. De ahí que, aun cuando las relaciones capitalistas no hayan llegado a implantarse de una forma directa en la región, ejerzan un más que significativo control indirecto de la actividad económica del campo y de los campesinos, limitando el papel socioeconómico y la autonomía de éstos.

Esta extracción, realizada por las empresas de comercialización y transformación, se completa a la vez con la que efectúan distintas entidades financieras, ya estén o no especializadas en negocios agrarios, a través de la captación de los ahorros campesinos, compra de tierras, créditos a la producción o contratación de seguros.

2.2.1.- ABSORCION DIRECTA DE LA PRODUCCION AGRARIA

El gran peso de la renta de la tierra que sufren las explotaciones agrarias de la región obedece tanto a los altos precios del suelo, ajenos a su aprovechamiento agrario, como a las mayores tasas de interés que obtienen los capitales en actividades alternativas a las agrícolas, ganaderas o forestales.

En efecto, el suelo rústico de la región es el más caro de España junto con el de las grandes vegas murcianas y valencianas y el situado en las proximidades de las ciudades de Barcelona, Vizcaya, Guipúzcoa y Valencia. A mediados de los años ochenta alcanzaba ya en las zonas más cercanas a las grandes aglomeraciones urbanas un precio de venta de 1.000.000 de pts/Ha. en el secano y de más de 3.000.000 de pts/Ha. en el regadío (Ballesteros, 1985: 43). Y, si bien este precio se reduce prácticamente a la mitad en las áreas más alejadas del municipio central, se sitúa a niveles similares en las zonas de producción intensiva y en las prósperas vegas del sur de la región. El valor expectante del suelo rústico ante su posible dedicación a usos urbanos es el responsable de estos precios, que se incrementan más entre

mayor resulta la certeza que tienen los campesinos de lo que puede llegar a valer su tierra y, sobre todo, a medida que las empresas inmobiliarias y otras especializadas en la adquisición de solares convierten a los terrenos rústicos en objeto de sus transacciones de compra-venta y de sus actividades especulativas. El gran capital financiero de ámbito estatal y multinacional, con sede en Madrid –cajas de ahorro, otras entidades bancarias, compañías de seguros–, no ha sido tampoco ajeno al incremento del precio del suelo de la región. Aun cuando la crisis económica ha ralentizado la demanda y transacción de tierras y ha disminuido sus plusvalías, el gran capital financiero ha efectuado importantes inversiones en la compra de solares rústicos, que posteriormente han sido vendidos a grupos inmobiliarios para su reventa ulterior a empresas del sector servicios y de la industria. Tales empresas financieras han adquirido sobre todo las tierras con extensiones comprendidas entre 251 Ha. y 500 Ha., ya que las fincas superiores a este tamaño son más difíciles de urbanizar y presentan mayores problemas de parcelación y venta posterior, pero también han comprado solares con superficies que oscilan de 501 Ha. a 1.000 Ha.

Esta carestía del suelo es la causa de que las relaciones agrarias capitalistas se hayan desplazado mayoritariamente a otras regiones españolas, donde el coste del terreno no les plantea los volúmenes de inmovilización de capital que implica la producción agraria en la Comunidad de Madrid, ya sea sobre tierras compradas o arrendadas. En definitiva, las tierras agrarias han servido para que el capital obtuviera abultados niveles de negocio, pero su precio ha limitado de forma determinante las actividades productivas que las empresas capitalistas promueven y hubieran podido acometer en el sector agrario. Si no es para su venta ulterior, la adquisición de tierra no resulta rentable para un capital que obtiene sus mayores ganancias de los negocios urbanos.

En consonancia con esta carestía del suelo y con el escaso movimiento de concentración de tierras que impulsa el capital con fines agrarios, se explica la falta de aumento e incluso el descenso, de 1972 a 1982, del número de las grandes explotaciones y la reducción de su tamaño desde 1962 a 1989. Es más, la existencia de grandes explotaciones no responde tanto a la constitución de unidades productivas capitalistas cuanto a la gran importancia que poseen en la región la ganadería extensiva, dedicada al bovino y en particular a reses bravas, y los cultivos extensivos del cereal de secano. Su peso dentro del total de las explotaciones de más de 100 Ha. existentes en España se ha ido contrayendo desde 1962 tanto a nivel numérico como de superficie. Igualmente, el porcentaje que supone este tipo de explotaciones sobre la cifra total de la región se ha ido aminorando desde 1962.

TABLA 10

EXPLOTACIONES DE MAS DE 100 Ha. NUMERO Y SUPERFICIE. EVOLUCION

AÑO/CONCEPTO	Explotaciones. Nº. Miles.	% Sobre Total Existentes en España de >100 Ha.	% Sobre Nº Total Existentes en Región	Superficie Total Censada. Miles de Ha.	% Sobre Superficie Total Existentes en España de >100 Ha.
1962	1,2	2,3	4,9	437,4	1,7
1972	1,2	1,9	4,7	410,6	1,5
1982	1,1	1,7	4,4	401,3	1,4
1989	1,2	1,7	4,6	420,1	1,5

Fuente: I.N.E., 1963: 6, 1973a: 8, 1973b: 5, 1984a: 5, 1984b: 3, 1984c: 14, 1991: 15.
Elaboración propia.

Considerando, además, como otro indicador de la significación regional de las relaciones agrarias capitalistas, el número de explotaciones en propiedad de sociedades agropecuarias³⁸, observamos que éstas, que alcanzan en 1989 la cifra de 306 unidades, sólo representan un 1,1% del total de las existentes en la Comunidad de Madrid. Aunque la superficie global de estas explotaciones, que asciende a 78.742 Ha., supone un 12,6% del espacio agrario comunitario, su extensión agraria útil se reduce a un 9,1% del suelo censado en la región bajo el mismo concepto (I.N.E., 1991: 15).

En otro orden de cosas, la proletarianización agraria del campesinado regional es bastante remarcable en lo que se refiere a los asalariados que trabajan para las distintas empresas capitalistas de comercialización y transformación. Baste reseñar que las industrias de transformación de la región emplean un 7,8 % de la mano de obra contratada por el sector agrario en el conjunto de España (Comunidad de Madrid, 1991: 12). Si bien es preciso considerar que la práctica totalidad de las empresas agrarias de transformación que se asientan en la región son de ámbito nacional y que la mayoría de sus empleados son antiguos trabajadores de la construcción, industrias no agrarias y los servicios, dentro del sector de la industria y la energía de la Comunidad de Madrid, la rama de alimentación, bebidas y tabacos ocupa el tercer lugar en cuanto al número de personas ocupadas.

Infinitamente menor resulta el nivel de proletarianización en la esfera de la producción, que se sitúa muy por debajo del existente en otras regiones españolas, dado que, entre otras razones, los rendimientos obtenidos de la actividad productiva no compensan los altos costos del empleo de mano de obra asalariada. De la cifra total de asalariados que registra esta rama, casi todos son campesinos que ejercen una dedicación parcial o que se emplean a tiempo completo, como jornaleros, en las explotaciones de grandes propietarios no capitalistas. De esta forma, de los asalariados totales que trabajan en explotaciones agrarias, sólo un 2,8% lo hace en unidades de producción industrial –explotaciones sin tierras– y un 27,5% se emplea a tiempo parcial. Además, por efecto de la recesión económica y del paro –que también afecta

al campo, aun cuando en menor medida que en otros sectores económicos–, el número total de asalariados en explotaciones agrarias desciende casi a la mitad entre el penúltimo y el último censo agrario, pasando de 4.946 en 1982 a 2.623 en 1989 (I.N.E., 1984b: 63, 1991: 73). Asimismo se duplica prácticamente el empleo a tiempo parcial, que aumenta de 437 efectivos en 1982 a 722 en 1989. A esto hay que añadir que la cifra de empresarios agrarios con asalariados se ha reducido sensiblemente de 1987 a 1992, pasando de 1.100 a 500, es decir, a suponer únicamente un 1,2% del conjunto de los censados en España (Comunidad de Madrid, 1993a, v.I: 174).

Por otra parte, como ya hemos venido señalando, la producción agraria capitalista en la región es mínima, con un ritmo y volumen de desarrollo muy inferior al del resto de la nación. Pese a que la proximidad a las grandes ciudades suele determinar una intensificación de los cultivos y los aprovechamientos ganaderos, así como una transformación de la naturaleza de las relaciones de producción de las explotaciones agrarias, en el campo de la región no ha ocurrido de este modo.

Aparte de los factores que ya hemos ido apuntando, lo ha impedido la especialización de la región como centro importador de productos agrarios procedentes del conjunto de España y de otros países productores, sobre todo, del área mediterránea y sudamericana. La generalización, el abaratamiento y los avances técnicos del transporte en frío y la facilidad de obtener productos agrarios en condiciones más ventajosas, a un menor coste de producción y mercado, en otras zonas, además de estar en estrecha relación con el peso que tienen en la Comunidad de Madrid las empresas de comercialización y transformación, han desanimado la producción en una región, cuyo municipio central y Área Metropolitana plantean una ingente demanda de alimentos. Y por mucho que la política agraria de diversos organismos regionales y municipales esté tratando desde hace años de impulsar un mayor autoabastecimiento de la Comunidad de Madrid, no parece que vayan a disminuir en un futuro los obstáculos que dificultan en la región la implantación de las relaciones agrarias capitalistas en la esfera de la producción. Esta política, iniciada a otro nivel durante el siglo XVIII³⁹, intenta fomentar una producción más intensiva y capitalizada, que disminuya la actual dependencia exterior de la Comunidad de Madrid en el suministro de alimentos, superior a un 80% del total del aprovisionamiento regional, y que permita unas mayores cuotas de abastecimiento de productos hortofrutícolas.

Otro obstáculo importante, que actúa en una doble dirección, es la degradación del marco físico, que resulta especialmente aguda en el entorno inmediato de las aglomeraciones urbanas. Provocado por el fuerte expansionismo urbano, este deterioro ecológico entorpece notoriamente cualquier actividad productiva en el agro. Pero, al tiempo, la degradación medio ambiental que suele conllevar toda producción agraria capitalista es objeto de un fuerte rechazo por parte de la planificación urbana para no agravar, desde otros ámbitos económicos, el ya suficientemente negativo impacto que casi de forma inevitable genera el crecimiento del tejido urbano.

Efectivamente, la expansión urbana de la región ocasiona una acusada degradación y

contaminación tanto del espacio y de los recursos naturales terrestres –suelo y subsuelo– como acuáticos –residuos líquidos, red fluvial, pozos y aguas subterráneas– y aéreos –gases, humos, tendidos eléctricos–. La instalación de industrias, promociones inmobiliarias, servicios e infraestructuras en territorios anteriormente rústicos, aparte de alterar gravemente el paisaje rural y las áreas y los elementos de emisión y recepción de vistas de alto valor ambiental, fragmenta el suelo agrario y, en no pocas situaciones –sobre todo en el Área Metropolitana–, le deja reducido a rincones y espacios intersticiales. Destruye gran cantidad de infraestructuras rurales –conversión, cortes y apropiaciones indebidas de caminos, cañadas y canales de riego, prohibición de circular por las carreteras con maquinaria agrícola–; multiplica la proliferación desordenada de vertederos, quemaderos y escombreras; impulsa la extracción de áridos en riberas y bordes de superficies alomadas; e invade vegas y terrazas con la consiguiente contaminación, salinización y esquilmación de acuíferos y, en muchos casos, privatización en la práctica totalidad de márgenes de uso público. Asimismo conlleva una continuada e importante erosión y desertización de suelos; una gran degradación de zonas de marcada calidad paisajística y agraria por trazados viarios inadecuados –carreteras y pistas forestales–; una urbanización de dehesas y encinares; un cerco progresivo de enclaves naturales de alto valor ambiental; y una sobreutilización, con fuertes deterioros, de áreas de sotos y arbolado de ribera de fácil acceso para el automóvil. Y, al igual, propicia los hurtos y otras actuaciones antrópicas en cultivos y granjas; y conduce a un descuido, cuando no abandono total, de conjuntos agropecuarios, elementos y construcciones de interés.

Por otro lado, como es sabido, entre mayor es la intensidad agraria –uso de tecnologías de orígenes industriales, empleo de fertilizantes, fitosanitarios y de nuevas variedades de semillas– más se acrecienta el nivel de contaminación ambiental, que llega a ser máximo en el caso de las granjas de producción industrial. Estas granjas, cada vez más coartadas por la legislación sanitaria y medio ambiental, ocasionan graves problemas de vertidos y olores que han provocado, inicialmente, su desplazamiento de la capital, con posterioridad, su progresiva erradicación del Área Metropolitana y, finalmente, su retroceso y desaparición en el conjunto de la región. Tengamos en cuenta, por ejemplo, que las deyecciones de una granja avícola de 500.000 unidades equivalen a una contaminación biológica de una ciudad de aproximadamente 35.000 habitantes (Estébanez, 1979: 520).

Los precios medios percibidos por los productores de la región no compensan apenas, por lo demás, los costes de una actividad no familiar, cuyos beneficios potenciales se quedan en su mayor parte en poder de las empresas de transformación y, especialmente, de comercialización. Los márgenes que estas empresas obtienen de los productos sin transformar suelen oscilar entre el 200% –fresa y fresón– y el 300% –nueces, avellanas, carne roja de bovino–, llegando a ser de un 500% –lechugas, zanahorias, patatas, espárragos, claveles, cordero lechal– y hasta de un 800% –almendras, rosas, carne de ternera, cabrito–; aumentando todavía más tales beneficios en el caso de los productos transformados. Por contra, si consideramos los precios medios alcanzados por los distintos productos en 1987 (Comunidad de Madrid, 1989b), podemos hacernos una idea bastante precisa del escaso

margen que le queda a los productores de su actividad. Entre los precios más bajos, en pts. por kg., figuran los de los cultivos forrajeros -de 1,5 a 8,4-, la remolacha azucarera -7,2-, los tubérculos para consumo humano -13-, la uva de transformación -15-, la lechuga -17,6 unidad-, las zanahorias -18-, las cebollas -18,4-, la berza -20-, la avena -22,6-, las acelgas -23-, el centeno -24,1- y la cebada -24,5-. Y entre los más altos se encuentran el porcino -de 65 a 3.000-, el caprino -de 42 a 506-, el ovino -de 98 a 473-, el bovino -de 88 a 369-, el equino -de 77 a 303-, el avellano y el nogal -250-, el cardo, la fresa y el fresón -150-, las judías secas -132-, los espárragos -128,5-, el almendro -109,7-, los huevos -de 105 a 115- y las flores -de 105 a 180 docena-.

Justamente, los precios medios percibidos por los productores condicionan, junto a otros factores derivados de la peculiar división del trabajo agrario y de la renta de la tierra, el que las relaciones agrarias capitalistas se hayan especializado en aquellos productos que están mejor pagados en el mercado. Los productos ganaderos y, secundariamente, los cultivos de primor -flores y plantas ornamentales- y los realizados bajo plástico definen la orientación productiva de las relaciones agrarias capitalistas en el campo madrileño, por mucho que también abarquen la explotación de secanos cerealistas en unidades de medio-alto -251/500 Ha.- y gran tamaño -500/1.000 Ha.-.

De este modo, aunque en 1989 los cultivos bajo plástico suponen sólo un 0,05% del total de las tierras labradas de la región y la producción de flores y plantas ornamentales un 0,07%, esta última ha ido aumentando su superficie respecto a 1982, pasando de ocupar 113 Ha. a 166 Ha. (I.N.E., 1991: 390) y representando en 1991 un 2,7% de la extensión global dedicada en España a este aprovechamiento (Comunidad de Madrid, 1993a, v.I: 230). Junto a estos cultivos, hay que destacar la explotación de cotos de caza, que habla del auge que experimenta en los últimos años la comercialización de productos cinegéticos en la región y del gusto de los habitantes de las ciudades por la práctica de tal deporte. En cualquier caso, la gran disminución que desde 1962 sufren las explotaciones agrícolas sin tierras⁴⁰, características de la producción capitalista⁴¹ y muy inferiores en número a las tasas medias de España, expresa por sí misma la escasa y regresiva importancia de la agricultura capitalista en la región.

TABLA 11

NUMERO TOTAL DE EXPLOTACIONES AGRICOLAS SIN TIERRAS

AÑO	Explotaciones Sin Tierras	% Sobre Total de Explotaciones de la Región
1962	3.900	12,7
1972	1.016	4,0
1982	804	3,1
1989	495	1,9

Fuente: I.N.E., 1963: 21, 1973a: 24, 1984c: 3, 1991: 15. Elaboración propia.

Ahora bien, si la aportación de los cultivos de primor y de los realizados bajo plástico a la producción vegetal final es casi insignificante, no sucede lo mismo con los productos ganaderos en relación a la producción final agraria. Dentro de éstos, que en 1989 representan el 55,1% del valor total de la producción final agraria de la región, los subproductos en los que principalmente se han especializado las relaciones agrarias capitalistas, esto es: aves, huevos y porcino generan el 55,3 % de ese valor (Comunidad de Madrid, 1993a, v.I: 242). De los 20.790.100 millones de pts. que alcanza en 1989 la producción animal final, las aves aportan el 34,0%, los huevos el 18,6% y el porcino el 2,6%, aun cuando se debe resaltar que estas cifras han descendido respecto a 1986. Así, en este año las aves proporcionaban el 39,3% del valor global de la producción ganadera, los huevos el 20,9% y el porcino el 4,3%.

Frente a todo esto, hay que considerar, no obstante, que los subproductos de este tipo no son exclusivos de la producción industrial, en un alto porcentaje se obtienen igualmente en unidades de explotación campesinas. El descenso que desde 1962 ha experimentado el número de explotaciones pecuarias sin tierras⁴², con índices muy inferiores a la media nacional, lo confirma, a la par que, comparado con el gran aumento que se opera de 1950 a 1960, sirve para constatar el decreciente interés que encuentra el capital en la producción ganadera de la región.

TABLA 12

NUMERO TOTAL DE EXPLOTACIONES GANADERAS SIN TIERRAS

AÑO	Nº	% Sobre Total Explotaciones Ganaderas de Región
1962	7.620	24,9
1972	1.825	7,2
1982	1.397	5,5
1989	728	11,5

Fuente: I.N.E., 1963: 12, 1973a: 25, 1984c: 52-56, 1991: 59-61. Elaboración propia.

A esta pérdida de importancia apunta más concretamente la fuerte reducción de la cifra de explotaciones avícolas sin tierras y de cabezas de porcino. De esta forma, de las 632 explotaciones avícolas sin tierras, existentes en 1972, se pasa a 221 en 1982 y a 45 en 1989 (I.N.E., 1973a: 26, 1984a: 55, 1991: 61). Al igual, el ganado porcino de alcanzar 45.766 cabezas en 1972, desciende a 37.802 en 1989 (I.N.E., 1973a: 25, 1991: 59).

Es cierto que las granjas industriales de la región cuentan con modernas tecnologías – estabulación, manipulación automática de las diversas operaciones ganaderas, selección de razas y variedades de rápido engorde–, poseen las ventajas de mercado que les depara su

proximidad a las grandes aglomeraciones urbanas y consiguen unos rendimientos económicos muy superiores a los que logran los campesinos. Sin embargo, estos aspectos positivos se oscurecen no sólo por las razones aducidas más arriba, sino por la dependencia de esta ganadería sin suelo de los piensos compuestos. El alto precio de importación que se paga por el maíz y la soja, materias primas fundamentales para la elaboración de los piensos compuestos, además de incidir muy negativamente en el continuo desequilibrio de la balanza comercial española⁴³ con los EE.UU., desalienta el desarrollo de las granjas industriales. Asimismo, al tenerse que importar estas materias primas, resulta más barato manipularlas y consumirlas en las zonas costeras de España, como ocurre en Barcelona, Valencia, Vizcaya, Vigo o Tarragona, donde este tipo de actividad pecuaria se ha incrementado de manera notable al calor de una importante industria transformadora de piensos compuestos. Al capital, por tanto, le proporciona mayores rentas transportar los productos ganaderos de esas granjas de la costa a la región de Madrid que obtenerlos aquí.

2.2.2.- CONTROL INDIRECTO DE LA ACTIVIDAD AGRARIA

En contraste con la limitada implantación de la producción agraria capitalista en la región, la comercialización y transformación de productos del o para el agro se hallan prácticamente monopolizadas, dadas sus óptimas condiciones de capitalización y su frecuente asociación con empresas financieras de créditos y seguros para el campo. Ello da muestra fehaciente de que el control de estas fases finales del proceso productivo es una fórmula mucho más idónea para garantizar la acumulación y reproducción del capital en el campo madrileño que sustituir la producción campesina por otra de corte capitalista. La intervención indirecta sobre la actividad productiva desarrollada en el campo permite una mayor absorción capitalista del sector agrario que el dominio directo de éste, a la par que posibilita una extracción más intensa de los excedentes de los campesinos de la región.

De este modo, en la región de Madrid las empresas de comercialización y transformación de productos agrarios obtienen unos rendimientos económicos superiores a los que se alcanzan en la mayoría de España y equiparables con los que se logran en Alicante, Barcelona, La Coruña, Oviedo, Sevilla, Tarragona, Valencia y Zaragoza. Ahora bien, este desarrollo presenta la peculiaridad de que no está protagonizado mayoritariamente por empresas de ámbito regional, sino por grandes compañías de índole estatal y, muchas veces, multinacional. Estas empresas tienen su sede en la región, desde donde monopolizan el mercado y la agro-industria del conjunto del país, aprovechándose de las ventajas que les proporciona su asentamiento en las proximidades de o en la propia capital del Estado. Su volumen de negocio no procede tanto, por consiguiente, de la distribución de los productos de la región cuanto de los obtenidos fuera de ella. Al lado de tal particularidad se da además la circunstancia de que muchas de las producciones de la región se transforman en filiales especializadas de estas empresas, situadas principalmente en Toledo, Segovia –frigoríficos, despieces–, Guadalajara –precocinados– y Murcia –enlatados, envasados–. Desde estos lugares tales productos se

distribuyen a consumidores de toda España a través de circuitos exteriores a la región.

En lo que se refiere a los rendimientos extraídos por las empresas de comercialización, hay que señalar que sus plusvalías no se derivan tan sólo de la manipulación de los productos agrarios y de la venta posterior a los consumidores de las grandes aglomeraciones urbanas. También provienen de la venta a los campesinos y a los productores capitalistas de la región y de otras áreas de España de bienes, materias primas y servicios, imprescindibles en la actualidad para la producción. Este es el caso, básicamente, de la maquinaria, de los piensos compuestos y los fertilizantes, así como en segundo término de los fitosanitarios, los pesticidas, los plantones y las semillas. Las ventas realizadas a los agricultores y ganaderos madrileños de estos bienes y servicios alcanzaron en 1989 la cifra de 20.629.900 de pts, superando en un 14% las efectuadas a finales de la década de los setenta y representando un 1,4% de las operadas en el conjunto de la nación (Comunidad de Madrid, 1993a, v.I: 242). De igual manera, las empresas de comercialización aparecen a menudo asociadas con las transformadoras, encargándose de distribuir los productos ya tratados industrialmente.

Por su lado, desde los años sesenta se instala en la región una potente industria transformadora, que no es ajena al gran centro de consumo existente en el municipio de Madrid y el Área Metropolitana y al cambio en los hábitos de la demanda de alimentos, que sustituye de forma creciente las materias primas básicas por productos alimenticios cada vez más elaborados. Esta industria, impulsada por fuertes inversiones financieras que con frecuencia proceden de capitales multinacionales, posee un alto nivel de modernización, un gran desarrollo tecnológico y elevadas cotas de eficacia. El hecho de que el 7,5% de la producción bruta nacional corresponda al subsector de alimentación, bebidas y tabaco de la Comunidad de Madrid y de que obtenga el 9,7% del valor añadido alcanzado por esta misma industria en toda España (Comunidad de Madrid, 1991: 12) indican con claridad su nivel de competitividad nacional. Igualmente el dato de que, dentro del sector de la industria y la energía regional, esta rama ocupe el primer lugar por producción bruta y el segundo puesto por su aportación al valor añadido total deja patente que estas empresas transformadoras son un pilar fundamental de la economía madrileña.

El sector cárnico, subvencionado por la Administración Autonómica, Central y de la Unión Europea, adaptado en su mayoría a la normativa de los mercados europeos y capaz de competir con otros países de su entorno, es el más desarrollado. Cuenta con más de 200 empresas y su facturación supera los 150.000.000 de pts. anuales. A este sector le sigue el lácteo, con 39 industrias y una facturación próxima a los 55.000.000 de pts. al año. Asimismo es importante el sector de bodegas –102 industrias– yalmazaras –43 instalaciones–, que ha experimentado recientemente un gran proceso de modernización de sus instalaciones; el de precocinados, pan y bollería; el hortofrutícola –76 empresas–; el de piensos compuestos –52 factorías–; el forestal –35 centros de transformación– y el de secaderos de cereales –16 unidades– (Comunidad de Madrid, 1991). Destacan a la par las industrias de huevos y derivados, miel y polen, abonos orgánicos, zumos y bebidas analcohólicas, cacao y chocolate, tostaderos de café, helados y horchatas, patatas fritas y aperitivos, salsas, condimentos y

especies.

2.3.- REPERCUSIONES PARA EL CAMPESINADO MADRILEÑO DE LA DOBLE PENETRACION DE LA SOCIEDAD MAYOR

La naturaleza peculiar de la penetración urbana y de las relaciones agrarias capitalistas en el campo de la región confiere al campesinado madrileño unas características singulares, que le distinguen tipológicamente de otras comunidades rurales del resto de España, definen la absorción de su plustrabajo y las circunstancias de su intercambio asimétrico con otras formaciones sociales y establecen su nivel de dependencia respecto a la sociedad mayor. En este área se amplía la extracción de excedentes que la sociedad mayor ejerce sobre el conjunto de las economías campesinas del Estado, captando, además de un elevado fondo de renta, otros recursos esenciales para los campesinos: sus disponibilidades de suelo y fuerza de trabajo. Esta es la razón fundamental que ha motivado, en el curso de los últimos cuarenta años, la creciente reducción de la superficie y la población activa agraria así como la ruina de muchas explotaciones familiares de la región. Pero, a diferencia de otras zonas rurales españolas y como se debe concluir del análisis de los dos apartados anteriores, las transferencias de bienes y recursos que los campesinos se ven obligados a realizar en favor de la sociedad mayor son, y tienden a ser, cada vez más intensas por la forma principal en que ésta se reviste en la región: su carácter urbano. Si las relaciones agrarias capitalistas apenas han logrado sustituir la economía campesina, la penetración urbana en las zonas rurales madrileñas es la máxima responsable de la absorción de bienes y recursos que sufren los campesinos.

Estas particularidades determinan el tipo de articulación que sostiene el campesinado madrileño con la sociedad mayor, la especificidad de su sistema económico en sus distintas vertientes y la singularidad de los mecanismos de adaptación y supervivencia, que pone en marcha frente a las relaciones urbanas y agrarias capitalistas para retener sus excedentes y recursos y aminorar las transferencias de su producción, distribución y consumo de bienes materiales. El campesinado madrileño para sobrevivir ha tenido, y tiene, que enfrentarse a una situación mucho más adversa que la que se encuentran otras comunidades rurales de España. La acumulación de capital que conlleva la aglomeración urbana madrileña implica una concentración de recursos, bienes y plusvalías que tiende a marginar y sumergir económica, social y políticamente a las formas socioculturales que practican modos de vida alternativos a los patrones hegemónicos marcados por la ciudad. La competencia desleal que ejercen los salarios de la ciudad ante los del campo y los usos urbanos de suelo frente a los agrarios habla por sí sola de las dificultades, con las que tiene que enfrentarse el campesinado de la región para sobrevivir.

La doble penetración de la sociedad mayor en las comunidades campesinas de la región explica, al igual, las desigualdades internas que presenta el campesinado madrileño tanto a nivel comunitario como por categorías socioeconómicas. Tales diferencias obedecen a los

diversos niveles de verticalidad que cada grupo campesino madrileño sostiene con la sociedad mayor, en su vertiente urbana y agraria, según la variable capacidad de retener sus excedentes y mantener su tierra y fuerza de trabajo. A su vez, el tipo de relaciones asimétricas que los distintos grupos campesinos establecen con la sociedad mayor define la propia verticalidad existente entre ellos.

Los procesos de cambio, que ha experimentado el campesinado madrileño a lo largo de las últimas décadas y que continúa acusando en la actualidad, no pueden entenderse tampoco al margen de esta doble penetración. Aunque el cambio es en toda sociedad, y más en la campesina, un fenómeno histórico permanente⁴⁴, las intensas e innumerables transformaciones que han protagonizado los campesinos de la región son inseparables de la forma en que se ven obligados a articularse con una sociedad mayor⁴⁵, especialmente hegemónica y tendente a convertirse en exclusiva a base de reproducirse ampliamente, en particular en el plano económico, sobre el resto de las formaciones sociales que conviven con ella. Esta articulación de los campesinos les ha empujado a una adaptación continua, con el fin de garantizar su supervivencia como entidad cultural diferenciada, a reelaborar contenidos y formas procedentes de la sociedad mayor y a desplegar toda una serie de fórmulas culturales, que les permiten subsistir al tiempo que se reajustan ante una situación de extrema dependencia externa⁴⁶. Con ello dan muestra de su vitalidad social, pues, reteniendo en la mayoría de los casos su especificidad cultural, ponen en marcha un proceso de selección, mediante el cual adoptan nuevos mecanismos que hallan un lugar en el cuerpo de los antiguos. La manera en que los procesos de transformación general, concernientes a sociedades nacionales o internacionales, son asumidos por las comunidades campesinas y suscitan la reacción de éstas expresan la especificidad con la que el campesinado entiende sus procesos de cambio.

En todo caso, el cambio que registran los campesinos de la región no es homogéneo para todos, ni afecta de manera similar al conjunto de los planos de su cultura. El ritmo y la forma de las transformaciones difieren de unos grupos campesinos a otros y fluctúan según se trate de un plano u otro de la cultura campesina. El nivel económico es el que de forma más rápida e intensa ha acusado este proceso de cambio.

A fin de precisar con cierto detalle las características de la relación de transferencia-adaptación que mantiene el campesinado madrileño con la sociedad mayor, veremos a continuación la forma en que se produce esta articulación en los diferentes ámbitos de la economía campesina. Por ahora, consideraremos tan sólo al campesinado madrileño como una unidad, que se opone diferencialmente y con unos significados propios a otros grupos campesinos de España. Dejaremos para el capítulo siguiente el tratamiento de esta unidad como lo que realmente es: una abstracción de las diferentes comunidades que la integran que, a su vez, también encubren la diversidad de las categorías que encierran.

2.3.1.- EL ELEMENTO PRIMARIO DE LA PRODUCCION CAMPESINA

La tierra, además de ser utilizada directamente para usos urbanos, viene siendo objeto de una continuada extracción de excedentes por parte de la sociedad mayor. En torno a la tierra, no obstante, los campesinos madrileños han desencadenado toda una amplia gama de mecanismos de adaptación para asegurar el mantenimiento de este recurso primario de su producción.

Ambos aspectos se materializan, en primer lugar, en el grado de apropiación de la superficie agraria regional y de las tierras labradas, así como en la variable capacidad de los campesinos para retener estos tipos de suelo.

Si la continua evolución negativa de la superficie agraria total y de las tierras de cultivo responde a la forma típica de organización del espacio que define el capitalismo en su fase avanzada, la pérdida de importancia del suelo agrario y labrado en la región de Madrid desde comienzos de la década de los sesenta encaja perfectamente en este contexto espacial. En él se tiende a no diferenciar los usos agropecuarios de los urbanos y, sobre todo durante los años de máximo crecimiento urbanístico, se considera al terreno rústico tan sólo como un mero receptor potencial del crecimiento ciudadano.

En este sentido, hay que señalar que la superficie agraria total se ha contraído en 87.180 Ha. desde 1962 a 1989, es decir, en un 12,2%. De abarcar 711.600 Ha. en 1962, ocupa 666.325 Ha. en 1972, 627.898 Ha. en 1982 y 624.420 Ha. en 1989 (I.N.E., 1963: 26, 1973a: 33, 1984c: 3, 1991: 3). Esto equivale a que dicha superficie, de representar un 88,6% sobre el conjunto de la extensión geográfica de la Comunidad de Madrid, pasa a suponer un 77,7%. Con todo, el suelo agrario sigue ocupando más de las tres cuartas partes de la extensión geográfica total de la región y su enajenación, desde principios de la década de los sesenta, no es muy superior a la que se opera en otras áreas españolas en iguales años. Si bien, a nivel general, los campesinos del resto de España logran retener para usos agrarios un 87,7% del suelo nacional, esto es, 10 puntos más de lo que consigue en su región el campesinado madrileño, tanto en 1962 como en 1989 las tierras agrarias de la Comunidad de Madrid sobre la misma superficie global del país alcanzan igual porcentaje: un 1,4%; lo que se explica por el descenso que registra a nivel estatal el territorio agrario.

Dentro de este suelo agrario, las tierras dedicadas a la vegetación arbórea forestal, aunque cada vez representan menores porcentajes sobre la misma superficie global de España y ocupan menos Ha. del espacio regional, todavía suponen una extensión considerable y albergan una gran variedad de especies –encina, rebollo, roble, pino pinaster y pino piñonero, enebro, quejigo, chopo, sauce-. Más destacable es el suelo utilizado para pastos permanentes, que ha ido aumentando su extensión en la región desde 1962 a 1989 y su porcentaje sobre la misma superficie global de España para alcanzar en la actualidad un valor superior a la media nacional. No en vano, sobre estas Ha. de pastos permanentes se asienta un elevado número de reses y se desarrolla una importante actividad ganadera, que aporta la mayor parte de la producción final agraria regional. Así, aun cuando la cabaña de equinos, porcinos, aves

y conejas madres se ha reducido a lo largo de las dos últimas décadas, el resto de las especies ganaderas ha mantenido su número de cabezas e incluso ha llegado a aumentarlas. Este es el caso del caprino y de las colmenas, cuya producción se ha beneficiado del estímulo que en los últimos años le ha brindado la política agraria de la Unión Europea.

TABLA 13

EVOLUCION DE LA CABAÑA GANADERA. NUMERO DE CABEZAS

ESPECIES/AÑOS	1972	1982	1989
Bovinos	77.439	86.506	78.695
Ovinos	241.222	201.709	212.234
Caprinos	31.305	31.991	32.567
Porcinos	45.766	48.014	37.802
Equinos	12.940	4.222	4.016
Aves	1.496.335	1.629.000	874.000
Conejas Madres	—	6.988	5.051
Colmenas	—	1.316	1.612

Fuente: I.N.E., 1973a: 46, 1984c: 52–56, 1991: 59–62; Comunidad de Madrid, 1984a: 89–96. Elaboración propia.

La conversión de amplias superficies agrarias en cotos de caza, sobre todo para uso de cazadores y sociedades cinegéticas de las ciudades, es asimismo un fenómeno regional remarcable. Los cotos de caza, cuya superficie se extendía ya en 1982 sobre un total de 29.684 Ha. (I.N.E., 1984b: 207), no sólo son un buen negocio para quienes los explotan, sino para los titulares de suelo de monte, ya que pueden asegurar el equilibrio ecológico del entorno al tiempo que se garantizan una fuente substancial de ingresos por el arriendo de sus tierras. La caza está haciendo rentables muchas superficies agrarias que, sin este uso deportivo, no lo eran o estaban deficientemente aprovechadas.

Más acusada ha resultado la disminución de tierras de cultivo y la consiguiente incapacidad de los campesinos madrileños para retenerlas. El suelo labrado ha ido decreciendo de las 333.100 Ha. de 1962 a las 284.905 Ha. de 1972, a las 258.317 Ha. de 1982 y a las 226.799 Ha. de 1989. Mientras, a nivel general, los campesinos del resto de España han logrado mantener para tierras de cultivo un 32,1% de la extensión total del país, los agricultores madrileños sólo han podido hacerlo en un 28,3% de la superficie regional. Esta reducción se ha llevado a cabo especialmente en la superficie de secano que, al ser la menos productiva, se ha enajenado más para usos urbanos; pero también ha afectado a zonas de regadío,

emplazadas en las vegas de los ríos y sobre los acuíferos de mayor relieve.

TABLA 14

EVOLUCION DEL SUELO AGRARIO. VALORES PORCENTUALES SOBRE LA SUPERFICIE TOTAL DE LA REGION Y SOBRE EL MISMO CONCEPTO EN ESPAÑA

AÑO/CONCEPTO	TIERRAS LABRADAS	TIERRAS NO LABRADAS		
		Pastos Permanentes	Especies Arbóreas Forestales	Otras Tierras
1962	333.100	114.500	144.800	119.200
% Sobre el Mismo Concepto en España	1,5	0,5	3,4	5,7
% Sobre Superficie Total de la Región	41,6	14,3	18,1	14,9
1972	284.905	120.641	135.074	183.805
% Sobre el Mismo Concepto en España	1,3	0,7	2,9	3,3
% Sobre Superficie Total de la Región	35,6	15,0	16,8	22,9
1982	258.317	90.088	113.900	165.503
% Sobre el Mismo Concepto en España	1,4	1,1	1,1	1,6
% Sobre Superficie Total de la Región	32,3	11,2	14,2	20,7
1989	226.799	156.247	105.353	136.021
% Sobre el Mismo Concepto en España	1,3	2,4	1,1	1,0
% Sobre Superficie Total de la Región	28,3	19,5	13,1	17,0

Fuente: I.N.E., 1963: 27, 1973a: 33, 1984c: 7-10, 1991: 3; Comunidad de Madrid, 1984a: 17, 1985: 226, 1993a, v.I: 229. Elaboración propia.

De este modo, la región de Madrid se sitúa entre las áreas españolas con menor territorio cultivado, si bien en ello influye decisivamente la significación de la superficie destinada a fines ganaderos, que responde de que, de la totalidad de los municipios de la región, un 8,65%, localizado en las comarcas serranas, no posea en su término tierras de cultivo. Obviando esta superficie de uso ganadero, la región presentaría, como valor medio a nivel municipal, un 40,02% de tierras de cultivo respecto al total de la extensión de los municipios. Este porcentaje se amplía fuera de las comarcas serranas, donde una morfología de suelo más llana, correspondiente a la depresión del Tajo –llanos del SW, campiñas del Jarama, Henares y Tajuña–, permite valores porcentuales superiores a la media regional. En numerosos

municipios del entorno de Madrid y en otros tantos emplazados en el límite regional del SW, por contra, no se alcanza el porcentaje medio de la región debido al impacto urbano, en un caso, y a la escasa aptitud del suelo, en otro.

Un segundo factor, de igual importancia, que mide la extracción de recursos y de excedentes, que soporta el suelo, es su coste. Este ha conocido en los últimos treinta años un fuerte y progresivo encarecimiento, que ha marchado en paralelo a la gran demanda urbana de terreno rústico y a los abultados negocios que las empresas inmobiliarias han realizado a sus expensas. El precio de la tierra en la región tan sólo se ha frenado algo desde el inicio de la crisis económica, al ralentizarse el volumen total y el movimiento de compra-venta de terrenos y al producirse un lógico mantenimiento de suelos, aún calificados como rústicos desde las diversas instancias de planificación, sin urbanizar. Su alto precio, como vimos al hablar de la absorción directa de la producción agraria por parte del capital, ha debilitado sensiblemente los mecanismos de adaptación del campesinado para retener este recurso primario, por mucho que desde el comienzo de la crisis urbana se haya recuperado en buena medida tal capacidad.

Los campesinos, ante la creciente demanda urbana de tierras y conscientes del valor de las mismas, las venden en bastantes casos o bien especulan con ellas, abandonando entretanto su explotación económica y dejándola en "barbecho social" o, en la mejor de las situaciones, ejerciendo una actividad que saben que es coyuntural. Esta segunda opción se ha ido generalizando en la región, favorecida por la actual legislación del suelo y por la existencia de un régimen impositivo que permiten la configuración de un mercado especulativo, sustentado en la plusvalía expectante de las tierras agrarias con vistas a su posterior transformación para usos urbanos. La incidencia de este fenómeno resulta además muy negativa para la necesaria ampliación de las explotaciones de la región, cuyo pequeño tamaño medio dificulta en extremo la obtención de unos rendimientos mínimos. Pese a que muchos campesinos de la región y no pocos empresarios agrarios capitalistas necesitan aumentar las dimensiones de su explotación, no les resulta fácil acceder a los precios de un mercado de la tierra, en el que otros agricultores y ganaderos tratan de obtener por su suelo una rentabilidad, al menos, aproximada a la que se podría conseguir por el mismo en una dedicación alternativa. Ello ha desanimado más a los empresarios agrarios capitalistas que a los campesinos, ya que éstos, ante su déficit de tierra y la necesidad de expandir su actividad productiva, son más propensos a realizar mejoras desventajosas y no aprovechables para la explotación capitalista, así como a pagar arrendamientos y precios de compra que exceden notoriamente la rentabilidad que puede proporcionar la tierra al capital. Los límites que plantea el coste del suelo son mucho más amplios para los campesinos que para las explotaciones organizadas bajo la lógica del capital. Asimismo, el que los campesinos contemplen sus tierras como solares potenciales para usos urbanos más que como soporte de su producción, el que el suelo agrario sea objeto de un poderoso mercado especulativo, ha perjudicado gravemente los procesos de concentración parcelaria y la mejora de las infraestructuras rurales. Por último, singularmente en las zonas de regadío, la disminución de

tierras labradas que acarrea la penetración urbana ocasiona una escasez de este tipo de suelo que provoca un alza sensible de su precio natural.

En suma, la existencia de un gran mercado de tierras en la región y el creciente abandono del terreno rústico, hasta que la actual crisis inversora se recupere y pueda afrontar el alto ritmo de cotización de años anteriores, determinan que el encarecimiento del suelo agrario sea un elemento que favorece intensamente la apropiación de excedentes y recursos de los campesinos y que éstos vean muy mermada su capacidad para conservar su máspreciado medio de producción. Ambos fenómenos tienen lugar, sobre todo, en los municipios, donde la penetración urbana ha sido más activa, y en las áreas próximas a éstos. En estas zonas, cientos de unidades productivas de pequeño tamaño se han convertido en solares en venta, mientras que los campesinos que continúan explotando sus tierras se ven obligados a producir con toda intensidad y a pleno rendimiento en la menor superficie posible, porque no se pueden permitir el lujo de ampliar el suelo trabajado.

Otros factores, menos sobresalientes que los hasta ahora reseñados, que intervienen en la extracción de excedentes y recursos de suelo, así como en la puesta en marcha de los mecanismos de adaptación de los campesinos, son la degradación ecológica del medio, la dimensión de las explotaciones y parcelaciones, la significación del arrendamiento y la incidencia de la superficie tenida en común, bajo fórmulas cooperativas y en precario.

Ya vimos, al referirnos a la absorción directa de la producción agraria por el capital, la grave degradación en la que se encuentra el medio ambiente regional y las profundas limitaciones que este hecho ocasiona para la producción agraria. Pero a ello debemos agregar otros aspectos, también derivados de la lógica económica que aplica el capital en el campo, ya sea directamente o por la imposición y difusión hegemónica de sus cánones productivos. Es incuestionable que los diversos grupos humanos no se adaptan tanto a su entorno como lo modifican y conforman, utilizando su voluntad e ingenio y transformando lo que les es dado naturalmente. Sin embargo, en la Comunidad de Madrid, aún con más razón que en otras regiones del país, no parece apropiado hablar de modificaciones, sino de una veloz destrucción del medio físico del campo.

De esta forma, tratando de alcanzar los mayores beneficios en los periodos más cortos posibles, el capital ha potenciado un notable deterioro de las masas forestales, degradando el área –aproximadamente de 400.000 Ha. (Fernández-Monasterio, 1984: 15)– susceptible de albergar especies arbóreas futuras. Ha disminuido de modo progresivo la superficie de las encinas, los alcornoques y las frondosas en favor de especies que, como el eucalipto y las coníferas, crecen con superior rapidez, pese a que esquilman seriamente el suelo. Más aún, otorgando siempre la supremacía a los usos urbanos sobre los agrarios, ha influido decisivamente en que la mayor parte de la submeseta madrileña se halle desarbolada, sustituyendo las masas arbóreas por prados, matorrales y eriales e instalando urbanizaciones de segunda residencia junto a bosques que, posteriormente, se encarga de destruir. De todo esto son una excepción la extensión de encinares y dehesas más o menos degradadas que baja a Madrid –enclaves del Jarama, Viñuelas, Monte de El Pardo, Monte de Pozuelo, Casa de

Campo-, la línea forestal que, siguiendo el trazado del río Guadarrama, se emplaza en el oeste de la región -gran parte está urbanizada y en vías de desaparición o deterioro irreversible- y algunas repoblaciones puntuales de pino en las laderas del Jarama y Manzanares. Igualmente, resultan excepcionales dentro del panorama forestal de la submeseta madrileña las agrupaciones de árboles de ribera -chopos y olmos básicamente-, destacando las del Guadarrama y del Aulencia por su estado de menor degradación y por sus sotos de sauces y fresnos.

Del mismo modo, la subordinación de los usos agrarios a los urbanos ha originado grandes daños a la calidad natural de las tierras ganaderas y de labor, desviando las aguas potenciales de riego hacia el consumo urbano, obligando a los campesinos a reivindicar la depuración de las redes fluviales y de los acuíferos y expropiando, en muchas ocasiones, los suelos productivos más aptos para la construcción de todo tipo de infraestructuras urbanas.

En torno a la defensa del medio ambiente agrario, cabe destacar, no obstante, una de las reacciones más firmes de los campesinos madrileños, quienes desde 1977, sumados a las movilizaciones generales que se desencadenan con la denominada "Guerra de los Tractores", comienzan a reivindicar la integridad de su territorio. Y, al tiempo, tratan de recuperar el substrato significativo que éste representa, en tanto base espacial y simbólica imprescindible para el desarrollo de sus relaciones sociales y su cultura, conscientes de que el deterioro de su medio físico conduce a la degradación y desaparición de su modo de vida.

Por otro lado, la variable dimensión de las explotaciones y las parcelas agrarias pone de manifiesto la magnitud de la extracción de excedentes y recursos que soporta el suelo regional. La generalización en la región de la pequeña explotación y de las parcelas de reducida superficie ha atenuado, y aminora, tal extracción debido a la falta de concentración que este hecho comporta y a los cortos beneficios que se pueden obtener de estas menguadas unidades productivas. Y ello, pese a que el escaso número de grandes explotaciones, superiores a 100 Ha., ocupa un porcentaje muy elevado del espacio regional. Aun habiendo sido, siendo y tendiendo a ser muy aguda la absorción de tierras que, en especial, ha protagonizado el crecimiento urbano, no ha llegado a transformar por el momento, salvando algunos municipios, la distribución tradicional del tamaño de las explotaciones y parcelas. El alto coste del suelo y no tanto el tamaño de la familia ha influido en esta estructura de las explotaciones, que frena el incremento de la producción y, particularmente, del empleo agrario y que ha suscitado, por parte de diversas instancias administrativas, recomendaciones, políticas de apoyo y medidas de estímulo en favor de una mayor concentración de las unidades productivas.

A pesar de que, por efecto de la presión urbana, se reduce el número total de explotaciones entre 1962 y 1972, pasando de 30.498 a 25.147 y superando el ritmo de disminución del conjunto de España, al contrario de lo que sucede a nivel nacional apenas se opera en paralelo movimientos significativos de concentración de tierras (I.N.E., 1963: 21, 1973a: 24). La superficie media de las explotaciones se sitúa en 27,6 Ha. y la mayoría de ellas, lo mismo que sucede en el conjunto del Estado, se halla comprendida entre 1 y 4 Ha. El aumento de la cifra

de explotaciones, generado de 1972 a 1982 -25.409- y a 1989 -25.555-, lo impide todavía más (I.N.E., 1984c: 3, 1991: 15), porque este ascenso repercute sobre todo en el fomento de las unidades productivas inferiores a 20 Ha. en detrimento del número de las más grandes.

TABLA 15

EVOLUCION DEL NUMERO DE EXPLOTACIONES SEGUN SU TAMAÑO

SUPERFICIE/AÑOS	1972	1982	1989
< de 20 Ha.	20.189	20.967	21.531
< de 50 Ha.	2.622	2.346	2.027
> de 100 Ha.	1.189	1.115	1.118

Fuente: I.N.E., 1963: 21, 1973a: 24, 1984c: 3. Elaboración propia.

Ello viene a extremar la situación, ya muy polarizada, que se advierte entre 1962 y 1982, en la que se eleva la superficie labrada abarcada por las pequeñas explotaciones a costa de la que ocupan las unidades superiores a 500 Ha., aunque es preciso tener en cuenta que estas últimas, que suponen tan sólo un 0,5% del número total de las explotaciones regionales, se extienden sobre un 33,5% del espacio agrario de la Comunidad de Madrid.

TABLA 16

NUMERO DE LAS EXPLOTACIONES INFERIORES Y SUPERIORES A 500 Ha. EXTENSION OCUPADA. % SOBRE EL TOTAL DE LAS UNIDADES PRODUCTIVAS Y DE LA SUPERFICIE REGIONAL*

AÑOS	DE 0-500 Ha.				MAS DE 500 Ha.			
	Explotaciones		Superficie. Ha.		Explotaciones		Superficie. Ha.	
	Nº	%	Nº	%	Nº	%	Nº	%
1962	26.414	86,6	466.534	65,6	214	0,7	245.118	34,5
1972	24.019	95,2	454.325	68,1	178	0,7	211.966	31,8
1982	24.439	96,3	416.956	66,5	166	0,5	210.941	33,5

* Se exceptúan las explotaciones sin tierras

Fuente: Gómez Orea, 1984: 24.

Al igual, la gran disminución del número de explotaciones ganaderas, entre 1962 y 1982, tampoco ha incidido en el aumento de su tamaño, si bien la continuación de esta reducción,

de 1982 a 1989, se acompaña, salvando el caso del porcino y de las aves, de un ligero descenso de la cifra de unidades productivas inferiores a 20 Ha. y de un pequeño crecimiento de las superiores a 100 Ha.

TABLA 17

EVOLUCION DEL NUMERO DE EXPLOTACIONES GANADERAS POR ESPECIES Y SEGUN SU TAMAÑO. % 1982-1989

AÑOS/ESPECIES	Bovino	Ovino	Caprino	Porcino	Equino	Aves	Conejas Madres	Colmenas
1982								
Nº Total	3.074	1.122	738	724	2.437	2.510	314	77
% < de 20 Ha.	71	59	70	70	79	73	79	76
% < de 50 Ha.	16	14	13	16	11	15	12	11
% > de 100 Ha.	6	16	8	6	6	5	2	7
1989								
Nº Total	2.122	926	493	286	1.590	797	47	38
% < de 20 Ha.	66	58	69	75	78	75	72	73
% < de 50 Ha.	17	15	11	13	9	13	19	13
% > de 100 Ha.	9	16	12	4	8	5	4	7

Fuente: I.N.E., 1984c: 52-56, 1991: 59-61. Elaboración propia.

Más acusadas son aún la creciente generalización del pequeño tamaño de las parcelas y la extrema parcelación de las explotaciones, que dejan patente, entre otros componentes, el escaso relieve que han tenido en la región los procesos de concentración parcelaria. Y, simultáneamente, parecen estar más en relación con una estructura agraria de tipo tradicional que con una organización de inspiración capitalista. Si, en las regiones que albergan grandes aglomeraciones urbanas, el valor del suelo, unido a los altos precios de los impuestos rústicos y, en particular, de la mano de obra, desalienta a los campesinos a seguir en sus explotaciones y ampliar el tamaño de las mismas, desaconseja todavía más las inversiones de capital en el agro y frena substancialmente los procesos de concentración de tierras.

Ya en 1962 el valor porcentual de las parcelas de menos de 20 Ha. ascendía al 49,3%. Pero en 1972, de las 262.324 existentes, el 17,6% poseía una superficie inferior a 5 Ha. y el 50,7% estaba por debajo de las 20 Ha. (I.N.E., 1973a: 41). Esta situación empeora en 1982, dado que en este año las unidades inferiores a 5 Ha. aumentan a un 19,6% sobre el total, mientras el bloque de las menores de 20 Ha. supone un 50,5% frente al censo global (I.N.E., 1984c: 3). Y en 1989 se hacen todavía más negativos los valores de siete años antes, ya que las unidades inferiores a 5 Ha. suben a un 23,7% y las menores de 20 Ha. alcanzan un 54,2%. Asimismo, aun reduciéndose algo, de 1962 a 1989, la media de parcelas por explotación, sus valores porcentuales continúan resultando elevados. Esta media, tras ser en 1962 del 10,9%, en 1972

del 10,4% y en 1982 del 9,2%, se sitúa en 1989 en un 8,0%. No es casual, por tanto, que la Administración Autonómica⁴⁷ dispusiera en 1984 un decreto sobre unidades de cultivo, también dirigido a evitar las construcciones ilegales de segunda residencia, que fijaba para toda la región una parcela de 3 Ha. en el seco y de 0,75 Ha. en las superficies de regadío.

Por otra parte, se observa que la tenencia de explotaciones en propiedad es paralela a una menor desaparición de las mismas, en tanto que el arrendamiento y la aparcería hacen más débil el mantenimiento de las unidades productivas y favorecen su disolución y la emigración de sus titulares. La Comunidad de Madrid es una de las zonas de España con mayor número de explotaciones y Ha. en propiedad (I.N.E., 1973a: 37, 1984c: 14, 1991: 19-21). Así, por ejemplo, en 1982, mientras la media de unidades productivas en arrendamiento y aparcería era para el conjunto de España del 26,5%, en la región no superaba el 23,8%. Al tiempo, en este año disminuye, respecto a 1972, el porcentaje de la superficie arrendada y bajo aparcería sobre el total del espacio agrario regional, recortándose de un 19,6% a un 19,1%. Esta reducción prosigue en 1989, puesto que en este año la cifra de explotaciones arrendadas y en aparcería se sitúa en un 16,1%, que se extiende sobre un 17,9% de la superficie agraria de la región. Además, si en 1982 la superficie agraria útil en régimen de arrendamiento y aparcería ascendía a un 28,5% del total de esta superficie en la región, en 1989 se restringe a un 26,9%. A esto hay que añadir que, en la actualidad, el número de explotaciones en arrendamiento y aparcería de la región sólo supone un 1,0% de la cifra global de España y que su superficie total y espacio agrario útil representan exclusivamente un 1,6% y un 1,7% de las Ha. existentes bajo los mismos conceptos a nivel nacional.

En otro orden de cosas, entre mayor es la presencia de las tierras tenidas en común, ya sea bajo fórmulas tradicionales –bienes comunales– o cooperativas, más se favorece la retención del suelo campesino y se limita la extracción de excedentes y recursos de suelo realizada por las relaciones capitalistas urbanas y agrarias. En efecto, las explotaciones comunitarias y las cooperativas, al repartir entre sus efectivos la carga de la renta de la tierra, tienen más capacidad para retener sus recursos y, si resulta necesario para asegurar el equilibrio económico de las unidades domésticas que agrupan, ampliar el tamaño de su unidad productiva.

Sin embargo, comparada con los valores nacionales, la superficie regional tenida en común es escasa. Los bienes comunales, generalmente localizados en áreas forestales y objeto de una continuada privatización y ocupación para usos de segunda residencia, han descendido de 27.100 Ha. en 1962 a 18.700 Ha. en 1972 (Comunidad de Madrid, 1985: 226), para reducirse de manera espectacular en 1982 a 1.097 Ha. de superficie global y a 337 Ha. de espacio agrario útil (I.N.E., 1984c: 15). Las 242 explotaciones bajo régimen comunal, existentes en 1982, sólo suponen un 0,3% del total de las de España y su superficie global y espacio agrario útil un 0,5% y un 0,1% de las Ha. englobadas a nivel nacional bajo los mismos conceptos. Con todo, estos valores tan negativos de 1982 parece que mejoran bastante en 1989. Pese a que en el censo de 1989 no se especifica individualizadamente los datos relativos a bienes comunales, que aparecen mezclados en el epígrafe de otros regímenes de

tenencia con las tierras explotadas por cesión gratuita, en fideicomiso, litigio, precario y foros, no se presume despreciable la participación del suelo comunal en los valores encuadrados bajo el concepto de otros regímenes de tenencia. De esta forma se desprende de la elevada cifra de explotaciones -693- que corresponde a otros regímenes de tenencia, así como de su amplia superficie total -33.195 Ha.- y extensión agraria útil -8.030 Ha.- (I.N.E., 1991: 21). El número de explotaciones en propiedad de entidades públicas -262-, su superficie total -158.121 Ha.- y su espacio agrario útil -44.612 Ha.-, nos confirman la pertinencia de esta creencia, habida cuenta de que las corporaciones locales son titulares de la mayoría del suelo censado bajo esa personalidad jurídica. En cualquier caso, los valores porcentuales que, sobre el total de España, representan la cifra de explotaciones de otros regímenes de tenencia -0,9%- , su superficie total -0,9%- y su espacio agrario útil -1,0%- no varían ni la débil significación de las tierras comunales en la región ni palían su gran descenso desde 1962.

Aunque el peso de las tierras bajo régimen cooperativo es todavía mas precario en la región que el de los bienes comunales, su relieve se está acrecentando desde 1982. En este año las tres cooperativas existentes reunían una superficie total de 2.733 Ha. y un espacio agrario útil de 426 Ha. Pero, a partir de esta fecha y ya en 1989, esas explotaciones ascienden a 14, a la par que su extensión global sube a 3.011 Ha. y su extensión agraria útil a 2.828 Ha.

Finalmente, hay que señalar que la presencia de explotaciones en precario, también denominadas huertos familiares (Ballesteros, 1985: 63), aminora la extracción de excedentes y recursos de suelo que la sociedad mayor realiza en el campo. A la vez, indica que el fomento de este tipo de unidades productivas es uno de los mecanismos de adaptación más actuales que los campesinos utilizan para detener el avance de la penetración urbana en el agro.

No siempre bien tolerados por los titulares de explotaciones ya consolidadas⁴⁸, estos huertos familiares conllevan en bastantes ocasiones sistemas de economía sumergida, ocupaciones desordenadas, cuando no ilegales -terrenos públicos, infraestructuras rurales-, de suelo agrario y fuertes deterioros del medio ambiente rural -asentamientos en zonas forestales y márgenes de ríos y riberas, excavación anárquica de pozos, ocultación y nivelación de escombreras, uso de aguas contaminadas para el riego-. Además, suelen encubrir la formación de segundas residencias o áreas de recreo. Es innegable, asimismo, que esta clase de explotaciones no deja de ser un subproducto de la forma en que se estructura la propiedad de la tierra en las zonas rurales sometidas a máximas presiones urbanas, constituyendo una viva expresión de la colonización en la que se ve sumido el agro madrileño y una buena coartada para continuar la dominación de la sociedad mayor sobre el campo. Ahora bien, no cabe duda de que los huertos familiares cumplen un papel nada despreciable en el proceso dialéctico de absorción-retención de recursos que protagonizan los campesinos y la sociedad mayor, dado que, aun cuando marginalmente, ocupan una superficie para usos agrarios que, por esta misma razón, no es destinada por parte de la planificación territorial a fines urbanos.

Exponentes no desdeñables del retorno al campo de un buen número de efectivos

demográficos, las explotaciones en precario comienzan a tomar vigor y a multiplicarse con la crisis urbana, estando llamadas, por los indicios detectados, a jugar un papel sobresaliente en el futuro. Se emplazan básicamente en el Área Metropolitana y en los núcleos más próximos a las aglomeraciones urbanas, debido a que estas zonas posibilitan mejor que otras la salida comercial de los productos, disponen de espacios agrarios intersticiales donde ubicar los huertos y albergan un alto porcentaje de sus titulares. La existencia de estos huertos se encuentra, al tiempo, favorecida en gran manera por la planificación territorial de la Administración Autonómica, Local y Central como medio de aliviar el paro y la presión social de las ciudades y de mantener población, que resida y se emplee en sus lugares de origen. Reinvirtiéndose hasta determinado punto el proceso iniciado con tanto empeño desde los años cincuenta, ahora se persigue desde la ciudad sostener y potenciar, a un cierto nivel y por la vía de los huertos familiares, el sector agropecuario como forma de ocupación del territorio y de los recursos productivos. Se pretende con ello maximizar la rentabilidad social del sector agrario en unos momentos de crisis generalizada y de quiebra del modelo de desarrollo económico, en los que se vuelve preciso reorientar el crecimiento.

Sus protagonistas principales, tanto jóvenes como adultos, son parados de la construcción y, secundariamente, de la industria y los servicios, que anteriormente fueron campesinos o miembros de familias campesinas. A ellos se unen numerosos jubilados, que se hallan aún en aceptables condiciones físicas y necesitan sumar a sus insuficientes subsidios unas rentas adicionales. En muchos de sus protagonistas late el deseo de reencontrarse con una actividad perdida y practicada en su juventud y en otros tantos el móvil es, sencillamente, comenzar una nueva forma de vida, obtener un empleo y conseguir unos ingresos que no pueden adquirir en otros sectores económicos. En definitiva, se trata, en esencia, de la población más directamente afectada por la crisis urbana y cuyos niveles de renta dependían totalmente de su integración en la vida de la ciudad. Junto a esta población, también aparecen jornaleros y otros campesinos que practican además la agricultura o ganadería a tiempo parcial en explotaciones de mediano tamaño.

El objetivo que persiguen los titulares de los huertos familiares es obtener rentas que suplementen otras que ya poseen, ya que rara vez tales explotaciones en precario permiten alcanzar unos rendimientos de subsistencia, habida cuenta de su escasa productividad y de que su menguado tamaño medio no suele superar los 700 m². Dedicadas habitualmente a cultivos de huerta –ajos, patatas, lechugas– y a determinadas producciones ganaderas –conejos, aves, porcino y pequeños rebaños de ovino–, las explotaciones en precario, a la par que contribuyen al autoconsumo familiar, participan en el abastecimiento de los mercados locales o comercializan sus productos a pie de huerto.

2.3.2.– EFECTIVOS DEMOGRAFICOS DE LAS EXPLOTACIONES

Lo mismo que la tierra, la fuerza de trabajo de las explotaciones campesinas ha venido y sigue siendo absorbida, de modo directo, por las relaciones capitalistas para su dedicación a

empleos urbanos, e indirectamente, ha sido y continúa siendo usada para extraer excedentes de todo tipo a los campesinos madrileños. Recordemos en relación con este último aspecto que la captación de plustrabajo, que realiza la sociedad mayor a expensas de las comunidades rurales, no sólo incluye la apropiación del producto campesino, sino la carga de trabajo no remunerado que le acompaña. Valga reseñar, por ejemplo, cómo la emigración permite, entre otras extracciones más relevantes, sustituir en el campo la demanda de mano de obra por maquinaria, imponer una producción mucho más intensificada o alargar la jornada laboral de los campesinos –agricultura a tiempo parcial, superior dedicación de los aportes familiares–. No obstante, a efectos de mantener la fuerza de trabajo de sus explotaciones y aminorar la extracción de excedentes que en torno a ella lleva a cabo la sociedad mayor, los campesinos madrileños han desplegado importantes mecanismos de adaptación.

La emigración intraregional, estable y pendular, de los campesinos hacia empleos no agrarios constituye la vía de extracción más importante de los recursos humanos del campo. Frente a ella, es casi inapreciable el éxodo que trasciende el ámbito de la Comunidad de Madrid. Tal emigración, profundamente desestabilizadora de la estructura demográfica y social de las comunidades campesinas, pasa del 12,8% en 1962 al 62,8% en 1978 (Sabaté, 1980: 172).

TABLA 18

EMIGRACION INTRAREGIONAL. 1962-1978

AÑOS	Total Llegadas	Intraregional	% Intraregional
1962	31.938	4.092	12,81
1965	52.111	5.069	9,73
1968	43.056	8.159	18,95
1971	25.835	9.881	38,25
1974	82.428	40.134	48,69
1977	67.985	34.825	51,22
1978	73.058	45.939	62,88
TOTAL 1962-1978	851.040	295.446	34,72

Fuente: Sabaté, 1980: 172.

La emigración intraregional es la causa principal que explica tanto las pérdidas de población ocupada del sector agrario como la despoblación y el elevado índice de envejecimiento, muy superior al de otras áreas españolas, de las zonas rurales de la región. A este respecto, cabe señalar que la disminución de la población agraria ocupada de la región,

reflejada en el descenso del número de explotaciones, genera ya en 1983 un recorte de 43.944 puestos de trabajo respecto a 1955; lo que implica una reducción del 61,8% (Banco de Bilbao, 1985: 136). Tal contracción del empleo afecta singularmente a los jornaleros y a los aportes de las ayudas familiares, así como, dentro de éstas, a los miembros más jóvenes, que disponen de una mayor movilidad que sus padres y que, sobre todo, de seguir en la explotación, no tienen garantizada, en buena parte de los casos, la percepción de unos ingresos mínimos. Igualmente, debe destacarse que, del total de los titulares de explotaciones agrarias, sólo el 4,1% tiene menos de 34 años, mientras que un 32,9% se sitúa en el grupo de edad de 55 a 64 años y un 31,1% supera los 65 años. Ello determina un grado de envejecimiento de la población ocupada en el agro muy superior al que presentan otros sectores económicos de la región.

TABLA 19

**POBLACION RESIDENTE POR LUGAR DE RESIDENCIA EN CENSO ANTERIOR.
MEDIAS ANUALES-MILES DE PERSONAS**

AÑO/POBLACION	1970			1981			1991		
	Total	Madrid	Otros Núcleos	Total	Madrid	Otros Núcleos	Total	Madrid	Otros Núcleos
Población No Migrante	2.229.8	1.955.9	273.8	2.944.4	2.387.7	556.7	3.722.3	2.515.7	1.206.6
Población Migrante	786.6	572.9	215.6	822.4	264.6	557.8	644.0	208.9	435.0

Fuente: Comunidad de Madrid, 1993a, v.I: 140.

TABLA 20

OCUPADOS POR GRUPOS DE EDAD Y SECTOR ECONOMICO. 1993 %

SECTORES ECONOMICOS	GRUPOS DE EDAD			
	>16 a 19	>20 a 24	>25 a 54	De 55 y más
Agricultura	3,9	6,7	56,6	32,6
Industria	4,8	13,0	70,8	11,2
Construcción	5,1	12,6	72,8	9,3
Servicios	3,6	11,1	72,0	13,1

Fuente: I.N.E., 1993a: 75. Elaboración propia.

La crisis de la explotación familiar, originada por su necesidad de intensificar el trabajo y la producción para alcanzar unos niveles suficientes de renta, y la facilidad de los campesinos

para encontrar un empleo fuera del sector, mayor y más establemente remunerado que en el agro, son las razones inmediatas que impulsan las migraciones intraregionales. La emigración tanto del titular de la explotación como de las ayudas familiares se lleva a término, cuando se percibe que la utilización de sus recursos productivos, aun en el máximo grado posible de intensificación, aporta menos ingresos que un empleo urbano. Desde el momento en que existe esta conciencia, se pierde interés en seguir ampliando la capacidad de producción y, si sucede el caso de que los campesinos no pueden transformar sus recursos –trabajo, capital circulante, tierra y otros medios de producción– para su posterior utilización en otros sectores económicos, tomarán las medidas oportunas y planificarán para que las segundas generaciones lo consigan. Se crea, en definitiva, una situación, típica de los periodos de expansión económica, en la que sólo se acepta determinadas condiciones mientras no haya otra alternativa.

Desde otra perspectiva, no es ajeno a estas migraciones intraregionales el marco ideológico que crea la sociedad mayor para fomentarlas y mantenerlas como agentes de homogenización social y cultural (Sevilla de Guzmán, 1978a: 257). A través de distintos sistemas de información, comunicación y propaganda se ensalza la imagen de que la vida urbana es superior y más racional que la campesina, ensanchando la brecha entre ambas y sustituyendo estructuralmente el colonialismo externo por el interno (Shanin, 1980: 11). Así, este proceso no es autónomo, no puede contemplarse como el producto lógico de las posiciones relativas de la ciudad y del campo. Ni siquiera debe considerarse como uno de los elementos responsables de la crisis de la agricultura y ganadería no capitalista. Es una función propia de la acumulación de capital, que perpetúa la dependencia de las periferias respecto al centro espacial capitalista por excelencia: la ciudad. Las zonas emisoras de emigrantes son aquellas, a las que se les ha asignado el papel de productoras de alimentos, donde se pretende inhibir posibles conflictos sociales y a las que se devuelve sus efectivos durante las épocas de recesión. Y, al lado de estos factores, repercuten también la escasa autonomía local y la baja dotación de equipamientos en las zonas rurales.

La emigración, con todo, no se acomete hasta que los campesinos agotan todas las soluciones y los recursos que les permiten sobrevivir, pues son conscientes de que su escasa cualificación para trabajar en otros sectores les empuja a tener que aceptar condiciones laborales, que no desean los empleados de las ciudades. Es más, para los campesinos ese tránsito no es cosa fácil, ya que su finca no constituye sólo su lugar de trabajo, sino su hogar y dado que la actividad que llevan a cabo en ella representa más un modo de vida que de empleo. Si al proletariado agrario no le ha resultado excesivamente compleja su conversión en población trabajadora de la construcción, la industria o los servicios, para los pequeños y medianos campesinos, ya adultos, el abandono del campo se torna especialmente dramático, por mucho que no lo sea tanto para los más jóvenes. Además, el desatender y explotar mal la tierra y el ganado siempre motiva la censura abierta de la comunidad, constituyendo un orgullo y una gran satisfacción el dedicarse a ellos con esmero y competir por la mejor cosecha o cabaña.

Característica del comportamiento migratorio de la fuerza de trabajo campesina de la región es, por otra parte, la emigración pendular, el flujo diario de ida al lugar de trabajo y vuelta al de residencia. Este régimen demográfico, propio de las áreas cercanas a las grandes aglomeraciones urbanas, reviste una gran significación regional y refleja que, junto con la necesidad de mejorar el nivel de vida, la proximidad a los centros de atracción de mano de obra resulta decisiva a la hora de sustituir el empleo agrario por uno urbano. Pero, al tiempo, apunta un doble fenómeno de gran transcendencia en la vida e integración social de las comunidades rurales: que muchos antiguos campesinos, que ahora trabajan en la industria o los servicios, no han abandonado sus comunidades de origen, practicando a veces la agricultura a tiempo parcial; y que buena parte de la población trabajadora de numerosos municipios de la región reside fuera de ellos.

Otra situación, que define la singularidad de los procesos migratorios en la región y que afecta la vida de las comunidades rurales, es el asentamiento en los municipios, donde éstas se ubican, de emigrantes de fuera del ámbito regional. Tales emigrantes, bien por razones de residencia o de localización de su puesto de trabajo, se instalan en numerosos municipios, antes mayoritariamente rurales, para posteriormente dar el salto a Madrid o a otras localidades del Area Metropolitana. Pero, también sucede, sobre todo desde el inicio de la crisis urbana, que, habiendo pasado con anterioridad por Madrid o el Area Metropolitana, la carestía de la vivienda en estas zonas o el traslado de su puesto de trabajo fuera de este ámbito les impulse a emplazarse en aquellos municipios, a los que, otras veces, acuden directamente sin la mediación de la capital o de su zona inmediata de influencia. En otras ocasiones, si los emigrantes que se asientan en estos municipios receptores se quedan en paro, optan por dedicarse a la agricultura o ganadería, integrarse en las comunidades campesinas y recuperar lo que, en otro tiempo, fue su actividad principal.

Hay que destacar asimismo que numerosos emigrantes procedentes de otras regiones son pensionistas agrarios, que trasladan su residencia a la Comunidad de Madrid y, dentro de ella, básicamente a su Area Metropolitana, a fin de acompañar a, o estar cerca de, sus hijos, llegados con anterioridad para emplearse en la industria, la construcción o los servicios. No es excepcional que algunos de estos pensionistas, asentados principalmente en el municipio de Madrid, realicen labores puntuales en el agro regional. Mucho menor o casi nulo es el contacto que mantiene con las comunidades rurales el alto porcentaje de emigrantes de otras regiones, que fija su residencia en la Comunidad de Madrid. El Area Metropolitana y especialmente el municipio de Madrid constituyen los principales focos de atracción de tales absentistas. A ellos se unen numerosos absentistas del resto de las comarcas de la región, quienes tampoco suelen llevar a cabo actividad agraria alguna en la zona de asentamiento.

Sin embargo, desde comienzos de los años ochenta la crisis urbana y el paro que ésta desencadena matizan la evolución de las migraciones campesinas, frenando su ritmo e incluso permitiendo una recuperación de puestos de trabajo en el agro, que en la región de Madrid se produce en porcentajes superiores y más tempranamente que en otras áreas españolas. La opción de la venta y/o abandono de la tierra y la ulterior asalarización de los campesinos en

empleos urbanos ya no constituyen, desde esos años y en la mayoría de las ocasiones, una vía que se pueda elegir. Además, con la crisis económica, los campesinos son, en la mayor parte de los casos, los primeros en quedarse en paro. El hecho de que se aminore, de 1975 a 1991, el número de municipios con población inferior a los 5.000 habitantes ilustra la detención del ritmo migratorio del agro. Así, de los 151 municipios existentes en la región en 1975 con menos de 5.000 habitantes, se pasa a 145 en 1981, a 140 en 1986 y a 139 en 1991 (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 117).

Por lo demás, a pesar de que es incuestionable que las ciudades de la región ejercen una influencia decisiva sobre el campo, no es menos cierto que el entorno rural también incide en aquéllas (Stavenhagen, 1969: 115). Al recibir a los emigrantes de primera y segunda generación que conservan sus vínculos, ya sean o no familiares, con sus lugares de origen, las grandes aglomeraciones urbanas asumen las relaciones sociales y otros componentes culturales que aquellos colectivos trasladan del campo. En efecto, especialmente en el Área Metropolitana, se percibe la huella del pasado en el presente. Muchos núcleos o barrios enteros expresan de muy distintas formas la ascendencia rural de sus habitantes, ya sea por la naturaleza de las relaciones vecinales que en aquéllos imperan o, más condensadamente, por la pervivencia y el auge que han adquirido determinados rituales festivos, que nada tienen que ver con las celebraciones originales de los lugares de asentamiento.

Por otro lado, la situación que crea la migración intraregional restringe en extremo la capacidad de los campesinos madrileños para retener su fuerza de trabajo y los excedentes que se derivan de ella. Aunque, en general, tal facultad es más alta en las áreas más distantes de la capital y menos densamente pobladas que en las que se hallan más cercanas y cuentan con mayores componentes demográficos, las dificultades que en conjunto ha encontrado el campesinado de la región para mantener sus efectivos son muy evidentes. Así y todo, ya hemos resaltado cómo la emigración rural pendular, al no conllevar siempre un éxodo agrario –ejercicio de la agricultura a tiempo parcial y/o vuelta de algunos emigrantes a la actividad agraria–, los diversos lazos de los emigrados con sus lugares de origen y ciertos efectos de la crisis urbana –freno del ritmo migratorio, retorno al campo, recuperación de puestos de trabajo en el agro– contribuyen a que los campesinos puedan amortiguar en parte la absorción de su fuerza de trabajo. Asimismo, parece que desde el comienzo de la crisis urbana, el capital está mostrando mayor interés en que los campesinos permanezcan en el agro.

Pese a que la población campesina madrileña sólo alcanza 35.060 efectivos en 1989 (I.N.E., 1991: 69–73), sumados los titulares de las explotaciones, las ayudas familiares y los asalariados fijos⁴⁹, esta cifra expresa la recuperación de fuerza de trabajo campesina que experimenta la región desde el inicio de los años ochenta. De esta forma, de los 36.898 efectivos, existentes en 1971 (Banco de Bilbao, 1978: 76), se pasa a 32.325 en 1975 (Banco de Bilbao, 1978: 76) y a 37.268 en 1982 (I.N.E., 1984c: 63–70). Perfectamente comparable con la población activa agraria de bastantes regiones españolas, la madrileña supera en 1993 (I.N.E., 1993a: 129) la de dieciocho provincias del Estado, si bien únicamente representa un 0,7% sobre el total de los activos de la región y un 1,0% frente a la cifra global de población

activa agraria a nivel nacional.

TABLA 21

POBLACION ACTIVA AGRARIA. DISTRIBUCION PROVINCIAL. MILES DE PERSONAS. 1993

PROVINCIA	TOTAL	PROVINCIA	TOTAL	PROVINCIA	TOTAL	PROVINCIA	TOTAL
Alava*	3.7	Guadalajara*	3.8	Las Palmas*	15.0	Toledo**	18.8
Albacete**	19.7	Guipúzcoa*	7.2	Pontevedra***	79.5	Valencia***	58.5
Avila*	9.9	Huesca*	12.4	La Rioja*	11.4	Valladolid*	12.6
Baleares*	9.2	Lérida**	16.9	Salamanca*	14.3	Vizcaya**	16.2
Barcelona**	18.1	Lugo***	68.6	Santa Cruz de Tenerife***	12.2	Zamora*	13.6
Burgos**	15.8	Murcia***	53.3	Segovia*	8.8	Ceuta y Melilla*	0.8
Córdoba***	51.7	Navarra*	11.1	Sevilla***	60.3	MADRID	15.3
La Coruña***	86.0	Orense***	57.9	Soria*	6.2		
Gerona*	13.2	Palencia*	10.7	Teruel*	9.3		

* Valores inferiores a los de la región de Madrid.

** Valores equiparables a los de la región de Madrid.

*** Valores superiores a los de la región de Madrid y más altos de España.

Fuente: I.N.E., 1993a: 129. Elaboración propia.

La pequeña significación de la población activa agraria frente a la del total de la región ha de considerarse, además, no como un hecho en sí mismo, sino en su relación con el gran desarrollo que adquieren en este área las ocupaciones urbanas. Es completamente lógico que en las zonas de máxima aglomeración urbana el sector agrario aparezca como algo residual, si bien esta marginalidad hay que valorarla bajo la óptica de su vinculación a un territorio concreto, desde el punto de vista de que el óptimo poblacional de un área determinada resulta un concepto complejo que supera una mera medición aritmética (García García, 1976: 44). La evolución de la población en los distintos territorios coincide con las exigencias de cada uno de éstos y, por ello, las cifras numéricas que tratan de evaluar este fenómeno poseen sólo una importancia relativa, toda vez que no se conecten con las características y funciones propias de las zonas de estudio. En consecuencia, la población campesina madrileña es la expresión de todo un conjunto de condiciones culturales asociadas a un espacio dado, cuya significación la imprime un comportamiento demográfico diferente del que define a los activos de otros sectores económicos y, a la par, del que identifica a otros grupos campesinos de España.

Justamente este comportamiento singular de la fuerza de trabajo campesina de la región nos ayuda a entender cómo, desde el inicio de la crisis urbana, las tasas de paro, registradas por los sectores económicos no agrarios de la región superan las del agro. A diferencia de ellos, el empleo en el campo acusa una menor contracción y una estabilidad superior. Al tiempo, la acusada juventud de la pirámide de edad de la población activa global de la región determina una tendencia futura, caracterizada por la agudización del paro en las grandes aglomeraciones urbanas y el posible traslado de nuevos parados al campo, donde, por contra, el gran envejecimiento de sus efectivos demográficos incide positivamente en el alivio de la cifra de desempleados. Algunas tendencias actuales apuntan ya en este sentido, al ver muchos jóvenes en el campo un modo de vida alternativo a la crisis que sufren en la ciudad.

TABLA 22

TASAS DE PARO POR SECTORES. MEDIAS ANUALES

SECTORES/AÑOS	1985	1988	1990	1991
Agrario	5,6	7,0	5,5	4,2
Industria	15,7	7,3	7,4	8,9
Construcción	35,7	7,2	9,5	8,8
Servicios	9,7	6,9	6,5	6,4

Fuente: Comunidad de Madrid, 1993a, v.I: 181.

El ejercicio de la agricultura a tiempo parcial es, por otra parte, una de las fórmulas más importantes que utilizan los campesinos para aminorar su extracción de recursos de fuerza de trabajo y mantener sus efectivos en el campo. Su objetivo es proporcionar a la explotación familiar, tanto agrícola como ganadera, rentas adicionales y más estables, que la aseguren su continuidad y crecimiento potencial –ampliación de tierras y del capital circulante, modernización de la producción–, su subsistencia y ejecución de mejoras. Agregadas a este objetivo económico, actúan igualmente otras consideraciones de índole social y cultural, como son el deseo de un nivel de vida más alto, de guiarse por códigos de valores similares a los urbanos, acabar con su proverbial marginación o entablar relaciones sociales en un mayor plano de igualdad con las formaciones sociales urbanas.

La duplicidad y, a veces, multiplicidad de las actividades campesinas es conocida desde antiguo y constituye, además, uno de los rasgos distintivos que definen sus explotaciones, ya que, entre otras razones, la distribución en el tiempo del quehacer agrario es muy irregular y durante estaciones enteras, como en el invierno, se paraliza casi por completo. Pensemos que tradicionalmente los campesinos, aparte de cultivar sus tierras y cuidar sus ganados, trabajaban en labores colectivas o en otras explotaciones durante las épocas de faenas más

intensas: recolección, siembra. Su empleo en las grandes explotaciones asegura la necesaria provisión de mano de obra temporal a unas unidades productivas que, cuando se hallan fuertemente mecanizadas, sólo demandan aportes de trabajo adicionales en determinados periodos punta. También es cotidiana la compaginación de tareas distintas en el propio seno del sector agrario como labrar la tierra, cuidar animales y trabajar para industrias agroalimentarias. Y no menos tradicional resulta la alternancia de trabajos dentro y fuera del sector agrario, acometiendo simultáneamente la producción en el agro y la realización de actividades en la construcción, el comercio o la artesanía. Esta dualidad comporta el traslado diario de la fuerza de trabajo campesina hacia los empleos urbanos, siendo poco frecuentes los desplazamientos semanales.

En la actualidad este último tipo de dedicación a tiempo parcial, que combina el trabajo en el interior y el exterior del sector agrario, se ha convertido en un fenómeno estructural y masivo entre el campesinado. Y ello, por mucho que suscite un grado de autoexplotación para el conjunto de la fuerza de trabajo familiar substancialmente más intenso que el existente en otros sistemas de agricultura compartida y que, al depender absolutamente de los empleos externos, pueda desaparecer con la eliminación de éstos en periodos de recesión económica. Favorecido por la Administración del Estado, como medio más idóneo para elevar las rentas campesinas que la mejora de la productividad o de los precios agrarios, el número de campesinos que lo ponen en práctica ha aumentado muy considerablemente en todas las economías occidentales, alcanzando la media europea entre un 40% y un 60% del total de la población activa agraria (Etxezarreta, 1979a: 15). Esta recibe más de la mitad de sus rentas de las labores emprendidas fuera de su explotación. Tal cifra crece todavía más en las zonas próximas a las grandes aglomeraciones urbanas, lo que lo configura como un mecanismo de adaptación campesina especialmente concomitante con ellas. La presencia de una abundante oferta de empleo en la industria, la construcción o los servicios, cercana a las explotaciones agrarias, potencia extraordinariamente el desarrollo de esta clase de agricultura a tiempo parcial. Y, al tiempo, este impulso nos indica que, más que la falta de medios de producción, la fomenta una situación de mercado, en la que la fuerza de trabajo campesina percibe una mayor remuneración fuera de su sector que dentro de él. La familia campesina trata de cubrir sus requerimientos del modo más fácil y, por consiguiente, valorando cuánto la pueden aportar sus medios de producción y la dedicación de sus efectivos a otras alternativas productivas, elige la opción que le proporciona una retribución más ventajosa. El rasgo principal que en este supuesto distingue a la familia campesina de un empresario capitalista radica en que, una vez lograda la satisfacción de sus demandas de consumo y al restablecer su equilibrio económico, deja de producir y adquirir nuevas rentas. Por el contrario, la lógica de los empresarios capitalistas les lleva a utilizar siempre la totalidad de su capital (Chayanov, 1985: 120).

Los protagonistas de la agricultura a tiempo parcial en la región son, principalmente, los titulares y las ayudas familiares de pequeñas unidades productivas con bajos rendimientos y algunos asalariados agrarios fijos que, de manera puntual, deciden ampliar su nivel de

ingresos con la realización de trabajos adicionales fuera del sector o bien en explotaciones arrendadas o abandonadas por sus propietarios. En no pocos casos, los pequeños propietarios emprenden esta dedicación parcial a modo de seguro contra el riesgo, habida cuenta de su precaria capacidad para afrontar catástrofes o pérdidas. Los campesinos con explotaciones de grandes dimensiones y buenas rentas apenas se incorporan a esta actividad, si bien lo hacen, en ocasiones, sus aportes familiares. No puede encuadrarse, sin embargo, dentro de esta práctica las tareas de ocio que determinados colectivos, ya se emplacen en la ciudad o la sociedad rural, promueven en sus ratos libres, pues la agricultura a tiempo parcial es siempre una opción que se toma por necesidad económica y para restablecer el equilibrio entre el consumo y el desgaste de la fuerza de trabajo de la explotación (Blasco, 1979: 103).

La importancia de la agricultura a tiempo parcial⁵⁰ ha ido aumentando en la región desde 1972, a medida que crecía la necesidad de los campesinos de compensar las pérdidas de renta, derivadas de la producción, y se multiplicaba la oferta de empleos urbanos. Así, de suponer un 38,3% en 1972 sobre la cifra global de campesinos de la región pasa a representar un 41,8% en 1989 (I.N.E., 1973a: 17, 1991: 69-73). Los titulares de las explotaciones son los que esencialmente ejercen esta dedicación parcial -67,4%- , seguidos de las ayudas familiares -27,4%- , cuyo aporte sube de 3.208 efectivos en 1982 a 3.887 en 1989 (I.N.E., 1984c: 66-68, 1991: 69-72). Los asalariados fijos apenas la practican -5,0%- , aun cuando su número asciende de 1982 -437- a 1989 -722- (I.N.E., 1984c: 63, 1991: 73).

Por otro lado, entre mayor es la contratación de mano de obra ajena a la explotación y superiores son los costes que conlleva más alta resulta la extracción, que sufren los campesinos por la vía de su fuerza de trabajo, y más difícil se les vuelve mantener sus efectivos en el agro.

No obstante, la contratación de fuerza de trabajo asalariada por parte de las explotaciones campesinas ha descendido ostensiblemente desde 1972 a la actualidad. Si en 1971 el porcentaje de asalariados fijos sobre el total de la población campesina suponía un 38,6%, este valor porcentual decrece a un 35,3% en 1975, a un 13,2% en 1982 y a un 7,7% en 1989 (I.N.E., 1973a: 25, 1984c: 63, 1991: 73; Banco de Bilbao, 1978: 69). Tal reducción afecta sobre todo a las explotaciones de menos de 100 Ha., pero también atañe de manera relevante a las unidades productivas con superficies superiores a este tamaño. Mientras las primeras recortan su contratación de mano de obra en un 50,4%, las segundas lo hacen en un 43,6%. Una evolución paralela sigue el número de jornadas trabajadas de forma eventual, ya que, de alcanzar 583.767 en 1982, se restringe a 265.158 en 1989. Tal contratación eventual, que tiene lugar singularmente en las explotaciones de más de 100 Ha., disminuye más, por contra, en este tipo de unidades productivas que en las inferiores a dicho tamaño. El elevado costo que plantea la contratación de mano de obra agraria en las áreas próximas a los grandes centros de empleo urbano, así como el progresivo aumento de las retribuciones en todos los sectores económicos han incidido directamente en la evolución negativa de la cifra global de la fuerza de trabajo asalariada de la región. Al existir para la mano de obra asalariada del campo la alternativa de su conversión en fuerza de trabajo urbana, la cuantía de los jornales agrarios

ha tenido que adecuarse a las remuneraciones que perciben los empleados de la industria, la construcción o los servicios.

Por último, un sexto factor que incide en la variable extracción de recursos y excedentes de la que resulta objeto la fuerza de trabajo campesina es la presencia del trabajo familiar. Su mayor significación atenúa tal extracción no sólo porque es indicativa de la capacidad de las familias campesinas de retener sus efectivos en el campo, sino porque este mantenimiento implica un ahorro de los costes que conlleva el trabajo asalariado. Sin embargo, esta presencia no es demasiado relevante en la región, dado que sólo supone un 19% del total de la población campesina en 1989 (I.N.E., 1991: 70-72). Además, el aporte de las ayudas familiares ha ido decreciendo de 1971 hasta hoy debido a la emigración de los miembros más jóvenes de la unidad doméstica, pues, de representar en ese año un 36,4%, se restringe a un 20% en 1982 (I.N.E., 1973a: 17, 1984c: 66).

2.3.3.- PRODUCCION

Un tercer nivel de análisis que define la absorción por parte de la sociedad mayor de los excedentes campesinos lo constituye la producción. Varios factores determinan la variable extracción de excedentes de la producción y el actual carácter de ésta última. Los dos más importantes son, por un lado, el negativo efecto que genera en las explotaciones campesinas el hecho de que el abastecimiento regional de alimentos proceda, casi en su totalidad, del exterior de la Comunidad de Madrid y, por otro, la presencia de bienes de producción de origen industrial. El primero delimita la posición real que ocupa la producción campesina en el contexto económico regional y nacional, así como la competencia que se encuentra para incentivarla. Y el segundo es el máximo responsable inmediato del endeudamiento actual de los campesinos madrileños y de las altas ganancias que obtienen las empresas suministradoras de medios de producción al campo. Junto a estos factores hay que referirse asimismo a la competencia de la producción campesina frente a la capitalista, al grado de endeudamiento de las explotaciones, al predominio del secano o del regadío, y a la significación de las producciones más rentables, del régimen intensivo o extensivo, de la especialización productiva y de las cooperativas.

En lo relativo a la competencia que tienen que afrontar las explotaciones campesinas madrileñas debido a la llegada a la región de alimentos procedentes de fuera de ella, hay que destacar que este factor extrema las dificultades de acceso al mercado, rebaja los precios percibidos por los distintos productos, desincentiva la producción y, en general, desplaza el papel que potencialmente podría jugar el sector agrario madrileño en el abastecimiento de la demanda alimentaria de la Comunidad de Madrid. En efecto, a causa de ello el sector agrario madrileño se ha mostrado desde siempre enormemente incapaz de abastecer el consumo regional. No ha podido beneficiarse de las ventajas que le ofrece el amplio mercado de consumidores existente en las grandes aglomeraciones urbanas, que hubiera adquirido varias veces el volumen total de su producción. Y debe contemplar cómo esta ingente demanda, que

se cubre desde otros sectores agrarios del Estado en más de un 78%, obliga a una importación que, ya en 1975, alcanza un costo de 61.000 millones de pts. (COPLACO, 1981: 36).

En cualquier caso, la incapacidad de la producción agraria madrileña para proporcionar una mayor oferta de alimentos no obedece a un mal funcionamiento de las explotaciones. Responde a la especialización de la región como centro importador de alimentos y, más concretamente, al gran peso que poseen las empresas de comercialización capitalista, cuya actividad principal, favorecida por el abaratamiento de costes que brinda el transporte en frío, consiste en distribuir la mayor parte de la producción obtenida a nivel nacional. E igualmente es imputable, sobre todo, a los impedimentos que ocasionan la renta de la tierra y la absorción de este recurso y de la fuerza de trabajo campesina por las relaciones capitalistas urbanas. Así, mientras la exportación regional de productos agropecuarios y alimentos transformados aporta 17.819.800 millones de pts. en 1991 –un 1,8% de los ingresos conseguidos a nivel nacional por la misma actividad–, las importaciones por igual concepto obligan a desembolsar 163.245.400 millones de pts. –un 13,7% del gasto efectuado en toda España por la importación de este tipo de mercancías– (Comunidad de Madrid, 1993a, v.I: 614–615). Ligado a esto, se entiende, por lo demás, que la producción final agraria de la Comunidad de Madrid y su valor añadido bruto signifiquen sólo un 1,1% y un 0,7%, respectivamente, de la cuantía total que por estos mismos conceptos registra España en 1989 (Comunidad de Madrid, 1993, v.I: 241). Por mucho que estos porcentajes hayan aumentado desde 1970, sean superiores a los de algunas provincias españolas –Alava, Guipúzcoa, Vizcaya– y se aproximen a la media nacional, el valor añadido bruto agrario sobre el global de la región únicamente representa un 0,2% (Comunidad de Madrid, 1993a, v.I: 241).

La producción ganadera es, no obstante, la menos deficitaria de todo el sector agrario regional, al que aporta 20.790.100 millones de pts. en 1989 –un 55,1% del total de la producción agraria final– (Comunidad de Madrid, 1993a, v.I: 241). Esta mayor significación obedece en gran parte a su reciente reestructuración. En función de la reorientación de la demanda alimenticia de productos ganaderos, ha descendido la cabaña equina y ovina, se ha estabilizado la producción de aves y porcino y se ha incrementado la de leche y carne merced a una mayor selección de razas de bovino. Bastante mayor resulta el déficit de la producción agrícola, con un 44,8% del total de la agraria final en la región (Comunidad de Madrid, 1993a, v.I: 241). Tal déficit se hace especialmente agudo en el caso del trigo, pese a que la región de Madrid se enclava en la tradicionalmente excedentaria meseta castellana, de los tubérculos para consumo humano y de las hortalizas. Y más deficitaria es aún la producción forestal, que únicamente aporta un 1,1% del conjunto de la agraria de la Comunidad de Madrid y se sitúa muy por debajo de los valores medios nacionales.

Por su parte, la presencia de bienes de producción de origen industrial no resulta demasiado acusada en la región, si bien el campo madrileño ha ido abandonando muchas de las actividades basadas en la transformación de la energía natural y las ha sustituido por otras, en las que prima la utilización de energías no renovables. El consumo de motocultores –0,4%–, semillas y plantones –0,5%–, energía y lubricantes –0,8%–, fitosanitarios –0,3%– y

otros productos para el ganado -0,7%- es inferior al del conjunto de España en 1989. Por el contrario, la presencia de abonos -1,4%-, productos farmacéuticos -2,0%-, piensos -2,0%-, tractores -1,1%-, cosechadoras -2,1%-, empacadoras -1,6%- y materiales para reparaciones -1,2%- supera los valores del resto del Estado (Comunidad de Madrid, 1993a, v.I: 242). Aunque han aumentado a lo largo de los últimos años los gastos en piensos, fertilizantes y energía, descende el consumo de semillas y plantones.

El menor insumo de semillas y plantones se debe a que los campesinos madrileños, una vez que los han incorporado a su producción a instancias de la industria, son más capaces que hace años de reproducirlos por sus propios medios. Con todo, su uso, encaminado a rebajar la duración del ciclo productivo, multiplicar los rendimientos anuales y mejorar el aspecto, la forma y la estandarización comercial de los productos, ha desencadenado toda una serie de consecuencias negativas para la producción que amplían el ya alto costo que, a diferencia de las semillas y los plantones autóctonos del agro madrileño, debe pagarse por este consumo. Las nuevas variedades, que permiten tales semillas y plantones de origen industrial, poseen un corto periodo de vida, son muy sensibles a las enfermedades y las hostilidades del clima y del suelo, requieren grandes y crecientes gastos de abonado y otros tratamientos y, en general, agravan la dependencia de los campesinos respecto a la sociedad mayor.

El nivel de mecanización de las explotaciones, con maquinaria exclusiva, se ha contraído asimismo a finales de la década de los ochenta, tras haber crecido de modo vertiginoso desde 1960. Efectivamente, las 8.869 explotaciones mecanizadas en 1982 se reducen a 7.866 en 1989, a pesar de que en este año se censa un mayor número de unidades productivas totales (I.N.E., 1984c: 57, 1991: 67). Exceptuando el caso de las explotaciones mecanizadas con motocultores que ascienden de un 5,0% en 1982 a un 5,3% en 1989, entre estos años se recortan los valores porcentuales de las unidades productivas con tractores -19,6/19,3-, cosechadoras -5,0/2,1-, instalaciones de ordeño -2,0/1,4- y otras maquinarias -3,1/2,6- utilizadas para el ordeño portátil, moler piensos, refrigerar la leche o recoger aceituna y otros frutos.

Por contra, se acentúa notablemente el consumo de fertilizantes. De 1945 a 1980 sube en 1.466 Ha. la superficie regional fertilizada, lo que supone que, de consumirse 123.295 Tm., se pasa a 1.757.291 Tm. (Banco de Bilbao, 1985: 32). Tal ascenso en el uso de fertilizantes responde al punto de no retorno que crea este medio de producción. Si, debido al cada vez más elevado precio de los abonos, los campesinos decidieran no utilizarlos para garantizar la rentabilidad mínima de sus productos, la producción caería en picado porque la fertilidad de la tierra, degradada, erosionada y mineralizada por la aplicación de estos insumos, depende ahora sólo de ellos. Y algo parecido ocurre con el consumo de herbicidas e insecticidas, ya que, aun cuando esquilman gravemente la tierra -destrucción de pastos, de la materia orgánica del suelo y de la fijación natural de nutrientes, fomento de nuevos tipos de plagas, incremento de la resistencia de los insectos a los plaguicidas-, la vuelven completamente dependiente de aquéllos.

Al igual, aumenta la utilización de piensos para el ganado en la medida en que caen en

desuso los sistemas de alimentación natural, crece la dependencia de los ganaderos respecto a las empresas suministradoras, se incentiva la cabaña de razas foráneas –grandes consumidoras de alimentos químicos– y se imprime una mayor velocidad e intensidad a la producción.

La necesidad de adquirir bienes de origen industrial, marcada por el imperativo inmediato de intensificar la producción y abaratar los costes de mano de obra, agudiza, por lo demás, la diferencia entre los precios, al por mayor, que perciben los campesinos por sus productos y los que tienen que pagar, al por menor, por los diferentes insumos industriales, encarecidos por el beneficio industrial y los impuestos del Estado. Esta es la razón principal que promueve su uso y no tanto la simple necesidad de abastecer con mayores cantidades de alimentos la creciente demanda mundial. De hecho, no es casual que esta tecnología haya nacido en los países industriales y esté indisolublemente ligada a la aparición de grandes cantidades de excedentes, así como a la enajenación de recursos de suelo, que provoca, entre otros factores, el tratar de evitar el derrumbamiento de los precios.

El nivel de endeudamiento de los campesinos madrileños, responsable de una gran transferencia de excedentes en favor de la sociedad mayor, está en relación directa con el variable uso de esta tecnología y con la incapacidad de las rentas agrarias para sufragarla, por mucho que también responda a la amortización de créditos para ampliación y mejora de tierras. Tal grado de endeudamiento, que en términos absolutos no deja de acrecentarse de 1977 a 1989, pasando el coste de las amortizaciones de 1.367,0 a 5.046,9 millones de pts., se sitúa en 1990 en una tasa del 109,5%, superior a la de cualquier otro sector de la economía regional, con excepción de la industria de transformados metálicos y los transportes y comunicaciones (Comunidad de Madrid, 1993a, v.I: 241, 609). No en vano, como resalta Chayanov (1985: 283), pagar intereses muy altos por las sumas que se obtiene en préstamo constituye una característica sumamente peculiar de las explotaciones campesinas, derivada de la naturaleza específica de la circulación de su capital. De todas formas, de 1983 a 1987 descienden, en términos porcentuales, las amortizaciones que efectúa el sector agrario madrileño en relación a las que realiza el resto de España. Aunque en 1983 las amortizaciones de la región suponían un 4,6% de las pagadas por el conjunto del sector agrario de España, en 1989 bajan a un 1,8%.

En cuarto lugar, a pesar de que la competencia que plantea la producción agraria capitalista a la campesina es, como hemos visto, escasa en el ámbito agrícola y, sobre todo, forestal, reviste importancia en materia ganadera. Tal competencia ha obligado a los campesinos a intensificar y especializar su producción y, por consiguiente, a transferir mayores cantidades de excedentes en beneficio del capital.

Por otro lado, el predominio de los cultivos de secano sobre los de regadío determina una menor extracción de excedentes, por cuanto los primeros conllevan menores rendimientos e inferiores gastos en bienes de producción industrial. Esto es lo que sucede en la región, dado que el secano se extiende en 1989 sobre un 90,8% de las tierras labradas, habiendo aumentado su superficie desde 1972, ya que en este año representaba un 89,2% del total del espacio

roturado (I.N.E., 1973a: 45, 1991: 23). Tal significación, que permite colocar a la Comunidad de Madrid entre las regiones más destacadas de España con predominio del secano, se debe a la morfología del suelo y al clima de la región. En ella, a excepción de las extensas zonas serranas del norte y de los importantes valles del sur y sureste, la mayoría del territorio forma parte de una amplia rampa que desciende hacia el Tajo, donde los páramos y los espacios alomados resultan especialmente idóneos para el secano.

TABLA 23

SUPERFICIE DE SECANO Y REGADIO SEGUN CULTIVOS. Ha. 1989

CULTIVOS	SECANO	REGADIO
Cereales para Grano	97.945	15.438
Leguminosas para Grano	1.003	51
Patatas	29	1.002
Cultivos Industriales	1.789	390
Cultivos Forrajeros	823	1.695
Hortalizas	861	3.322
Flores y Plantas Ornamentales. Semillas y Plántulas para Venta	50	116
Otros Cultivos Herbáceos. Barbechos y Huertos Familiares	62.197	57
Cítricos y Otros Frutales	437	316
Olivar	20.037	30
Viñedo	18.650	271
Otros Cultivos Permanentes y Cultivos Leñosos en Invernadero	97	186
Cultivos Sucesivos Secundarios	-----	264
Asociación de Cultivos	2.152	625
TOTAL	206.070	23.763

Fuente: I.N.E., 1991: 29-57.

Aun cuando el área de regadío ocupada por cultivos debe incrementarse con 3.240 Ha., correspondientes a otras superficies agrarias, y con 561 Ha. más, susceptibles de ser regadas por disponer de las instalaciones necesarias, su extensión continúa siendo inferior a la media de España y circunscribiéndose básicamente a las vegas y terrazas de los ríos, existentes en la sierra y las cercanías del Tajo, Jarama y Tajuña. Al medio físico regional no le faltan condiciones para poder ampliar su superficie regada, habida cuenta de las aportaciones de

agua de sus ríos y de que el valor medio de las precipitaciones anuales supera el de la España seca –exceptuando la vertiente cantábrica, los Pirineos, Gredos y la cordillera Penibética– (Aguiló, 1983: 27). Con una eficaz política de aguas, que aminorara la actual contaminación de las mismas, se podría fácilmente regar 45.000 Ha. más (Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid, 1980a: 73). Pero, el predominio de los usos urbanos en la región ha impedido que se acometieran numerosos proyectos de puesta en riego, formulados por el IRYDA y la Comunidad de Madrid, como el del Jarama Medio o el del Henares.

Así y todo, mientras los rendimientos medios del secano, dedicado masivamente a trigo, cebada, olivo y vid y con una productividad aproximada de 200 Kg./Ha., son similares a los de la Europa mediterránea e inferiores a los de las zonas húmedas de la Unión Europea, tal rentabilidad se eleva sensiblemente en el regadío. De este modo, el trigo y la cebada de regadío producen en torno a 3.300 Kg./Ha. y tanto las patatas –20.700 Kg./Ha. frente a 12.600 Kg./Ha.– como la alfalfa –54.000 Kg./Ha. en lugar de 26.000 Kg./Ha.– duplican el rendimiento del secano (Banco de Bilbao, 1985: 89).

En otro orden de cosas, la producción regional está muy orientada hacia los aprovechamientos más rentables, lo que acentúa la captación de excedentes del campo por parte del capital. De esta forma lo hace patente la producción pecuaria, la más importante del sector agrario madrileño por sus mayores precios de mercado y por la creciente demanda de carne, leche y huevos que protagonizan los consumidores de la región. Aunque las unidades ganaderas⁵¹ han descendido de 1982 a 1989, salvando el caso del ovino y del caprino, la producción pecuaria sigue proporcionando los mayores rendimientos y, dentro de ella, las aves, la leche, los huevos y la carne de bovino. En 1989 la producción de aves sobre el total de la producción ganadera final alcanza 7.087.600 millones de pts., la de leche 5.138.500, la de huevos 3.869.500 y la de carne de bovino 2.192.800 (Comunidad de Madrid, 1993a, v.I: 242).

TABLA 24

EVOLUCION DEL NUMERO DE LAS UNIDADES GANADERAS. 1982–1989

ESPECIES/AÑOS	1982	1989
Bovino	65.378	61.227
Ovino	20.170	21.234
Caprino	3.199	3.266
Porcino	12.659	10.364
Equino	2.533	2.411
Aves	26.314	11.041
Conejas Madres	105	73
TOTAL	130.360	109.616

Fuente: I.N.E., 1984c: 163-166, 1991: 63-65.

En relación con esta significación de los productos ganaderos y, más en concreto, de la leche y carne de bovino, ha de entenderse que los pastos y forrajes sean en 1982 la cuarta producción agrícola más importante de la región, tanto por las miles de Tm. conseguidas como por su valor económico -10,2% sobre el total de los rendimientos agrícolas de la Comunidad de Madrid- (Gómez Orea, 1984: 25). Al tiempo, se explica que en 1992 la alfalfa se convierta en el segundo producto agrícola de la región que depara mayor cantidad de Tm. cosechadas -92.300- (Comunidad de Madrid, 1993a, v.I: 231). E igualmente, en función del relieve de las rentas ganaderas, se observa que muchos campesinos, para asegurar su nivel de ingresos y percibirlos durante todo el año, implementan su producción agrícola con la cría y engorde de ganado y, en particular, con la obtención de leche y la formación de pequeñas granjas.

Aparte de la reorientación que experimenta la producción agrícola hacia los pastos y forrajes y la alfalfa, otros productos, como las hortalizas, las flores y las plantas ornamentales, han visto primado su cultivo, dados sus grandes rendimientos económicos y el requerimiento que de ellos existe en las zonas próximas a las grandes aglomeraciones urbanas. En este sentido, hay que señalar que en 1989 la producción de hortalizas alcanzó 7.492,2 millones de pts., suponiendo la mayor aportación a la producción vegetal final del conjunto de la región no sólo en este año, sino desde 1981 (Comunidad de Madrid, 1985: 235, 1993a, v.I: 241). Ahora bien, la producción agrícola regional se sigue caracterizando por su dedicación a cultivos de bastante menor rentabilidad que los anteriores. Efectivamente, la vid, las patatas y, muy en particular, los cereales continúan siendo las producciones agrícolas más relevantes de la región. Los cereales, con un nivel de producción en 1992 superior a las 173.900 Tm., dejan de ser desde 1981 el cultivo que mayor volumen económico proporciona a la producción final agraria, pero no cesan de aumentar desde 1970 la cuantía de las Tm. obtenidas (Comunidad de Madrid, 1993a, v.I: 231,241). Otro tanto sucede con las patatas, cuya producción, en Tm. y millones de pts., constituye la cuarta más importante de la región en 1989. Y lo mismo ocurre con la vid que, con sus 449.1000 Tm. en 1992, presenta el nivel de producción agrícola regional más alto, por mucho que su valor económico haya venido bajando desde 1970 (Comunidad de Madrid, 1993a, v.I: 231, 241).

En el sector forestal, aun cuando en detrimento de las especies autóctonas se ha promovido la plantación de variedades de rápido crecimiento que generan mayor cantidad de madera por año, resulta mucho menor la reorientación hacia las producciones más rentables que en el agrícola. Las distintas especies de pinos son desde 1962 las mayores productoras de las maderas y resinas que se obtienen en la Comunidad de Madrid.

De otro lado, aunque las relaciones capitalistas han tratado de imprimir una mayor intensidad a la producción regional, a fin de lograr superiores volúmenes de excedentes, el campo madrileño sigue fundamentalmente centrado desde 1962 en las producciones de carácter extensivo, sin que por ello no obtenga un rendimiento aceptable y ligeramente

superior a la media nacional.

A través de las nuevas tecnologías, del endeudamiento de las explotaciones y de la orientación productiva, que define la cotización en el mercado de los productos campesinos, el capital ha logrado intensificar la producción ganadera sin tierras y ha multiplicado los rendimientos de las explotaciones pecuarias extensivas. Pero no ha conseguido evitar que éstas últimas, dedicadas especialmente al bovino y al ovino, pierdan su significación, tal como se desprende de las tablas 15 y 16 y del elevado porcentaje de las unidades ganaderas con tierras sobre el total de las mismas y, singularmente, del acusado valor porcentual que presentan tales unidades de bovino y ovino en explotaciones de tamaño superior a las 10 Ha. Ciertamente, en 1989 las unidades ganaderas de bovino con tierras significan un 92,7% sobre el total, las de ovino un 81,1%, las de caprino un 63,3%, las de porcino un 76,3%, las de equino un 90,9%, las de aves un 91,6% y las de conejas madres un 100% (I.N.E., 1991: 63-65). De igual manera, las unidades ganaderas sobre explotaciones de más de 10 Ha. representan para el bovino un 69,5%, y para el ovino un 61,8%.

También ha crecido la intensidad productiva del sector agrícola, aunque, basado en el cereal y la vid de secano extensivo, no ha sobrepasado una productividad media, que se sitúa algo por debajo del promedio nacional. De ahí, que la superficie agraria útil regional signifique sólo un 61,3% sobre el espacio agrario total. Después de haber aumentado respecto al censo de 1982 -55,4%- no ha conseguido mantener la extensión existente en 1972 -75,7%- (I.N.E., 1984c: 3, 1991: 3; Ministerio de Agricultura, 1978: 205). El gran relieve que adquiere el barbecho es asimismo bastante indicativo del escaso protagonismo de la producción agrícola en régimen intensivo. Pese a que el barbecho ha recortado su superficie sobre el total de las tierras labradas, descendiendo de un 36,3% en 1972 a un 32,0% en 1982, sigue ocupando un 27,3% de las mismas (Ministerio de Agricultura, 1978: 205; I.N.E., 1984c: 216, 1991: 43). La reducida superficie del regadío y la marcada importancia dentro de ésta de los cultivos extensivos de cereal, hablan por igual del poco arraigo de los sistemas intensivos en la agricultura de la Comunidad de Madrid. Las áreas de productividad más baja se localizan en la sierra norte y en el extremo suroeste, las de tipo medio se extienden por la mayor parte de la región y las de alta intensidad se emplazan en los pastos del Valle del Lozoya, en los regadíos próximos al Jarama, Tajo y Henares.

Y si tanto en el sector ganadero como, sobre todo, en el agrícola la consecución de una mayor intensidad productiva no se ha llevado a efecto porque no lo ha requerido el equilibrio económico de la unidad doméstica campesina, menos lo ha demandado en el caso del sector forestal.

De cuanto venimos señalando, podemos ir concluyendo que el sector agrario madrileño, si bien no presenta una amplia variedad de producciones por no existir un medio natural lo suficientemente apto, se ha especializado poco, a pesar de la importante política que el Estado desarrolla desde los años sesenta para que las explotaciones de todo el país tiendan a ello. Salvando parte de la producción ganadera, esta falta de especialización en la agricultura y en el sector forestal es más que manifiesta. Tal situación implica que la extracción de excedentes

que sufren los campesinos de otras regiones, por la vía de la especialización de sus producciones y del abandono de su diversidad productiva, se aminora en la Comunidad de Madrid. Esta precaria especialización fuerza menos a los campesinos madrileños que a los de otras áreas españolas a depender de tecnologías industriales y de la evolución del mercado, así como a tener que aceptar contratos para la comercialización de sus productos con compañías de integración vertical.

En el sector agrícola regional dominan, en general, los cultivos herbáceos sobre los leñosos y, dentro de cada uno de ellos, los cereales, las hortalizas y los aprovechamientos forrajeros, por un lado, y la vid y el olivo, por otro. Los cereales y, comprendido en ellos, el trigo y la cebada son los cultivos con mayor superficie, seguidos del olivar, del viñedo y de las hortalizas. Aun cuando la superficie de la mayoría de los cultivos se ha restringido, particularmente la del trigo y del viñedo, no ocurre así con la correspondiente a flores y plantas ornamentales y al olivar.

TABLA 25

EVOLUCION DE LA SUPERFICIE DE CULTIVOS. Ha.

CULTIVO/AÑO	1977	1982	1989
Cereales Grano	91.500	107.588	113.383
Leguminosas Grano	3.100	4.519	1.054
Patata	4.000	1.082	1.031
Cultivos Industriales	2.700	5.406	2.179
Cultivos Forrajeros	7.900	6.007	2.518
Hortalizas	7.500	5.581	4.183
Flores y Plantas Ornamentales	100	113	142
Cítricos y Otros Frutales	1.500	902	753
Olivar	22.700	19.766	20.067
Viñedo	31.300	21.202	18.921

Fuente: I.N.E., 1984c: 19-45, 1991: 29-49; Comunidad de Madrid, 1984a: 235.

Sensiblemente inferior es aún la especialización forestal, ya que las nuevas superficies dedicadas a especies de crecimiento rápido no impiden que la mayor parte de las Ha. forestales sigan estando ocupadas por los aprovechamientos tradicionales de pastos, monte bajo, matorral, pinos, en sus distintas variedades, chopos, castaños, encinas y otros árboles frondosos.

Finalmente, la constitución de cooperativas campesinas de producción aminora

profundamente la extracción de excedentes que sufren las comunidades rurales, al tiempo que asegura la continuidad de las explotaciones domésticas. Estas cooperativas, impulsadas a menudo por el Estado, permiten a los campesinos sufragar colectivamente la compra de tierras y de sus medios de producción, la amortización de créditos, servicios de asistencia técnica y contable y la mejora de su producción frente a la competencia de las relaciones agrarias capitalistas y la importación de alimentos de fuera de la región. Maximizan, además, los ingresos obtenidos por los campesinos de su actividad en la explotación y potencian una mayor complementariedad de la agricultura con la ganadería. Unas veces, conllevan la fusión parcial de varias explotaciones, otras, la ampliación de una sola y, en la mayoría de los casos, la puesta en común de tierras, animales, tecnologías y capitales, aunque ello no impide que en general los socios se reserven una pequeña parte de suelo para aprovechamientos muy específicos o para su autoconsumo: huerto, granja. Y su buen funcionamiento depende de que nos las conviertan en una empresa capitalista la contratación de asalariados que puedan llevar a cabo, a medida que se amplían y prosperan, las relaciones que entablan sus socios tanto vertical –confiscación de beneficios, aportaciones de capital desproporcionadas y jerarquización institucional por parte de algunos asociados– como horizontalmente y la búsqueda excesiva de productividad y rentas, por encima del equilibrio económico de las unidades domésticas.

Todos estos efectos positivos se disipan, no obstante, en la Comunidad de Madrid, dado el escaso número de cooperativas de producción y el bajo nivel de afiliación registrado en las existentes. Con todo, hay que destacar que su cifra ha ido en aumento a lo largo de la década de los ochenta, lo mismo que su superficie ocupada. Si en 1982 sólo se censó 3 cooperativas de producción, con una superficie total de 2.733 Ha., en 1984 su número asciende a 12 –4 dedicadas a la producción agrícola, 4 a los aprovechamientos ganaderos y otras 4 a la tenencia en común de servicios y tecnologías–, con 1.007 socios, y en 1989 se registran 14 que son titulares de 3.011 Ha. (I.N.E., 1984c: 13, 1991: 17; Comunidad de Madrid, 1984b: 18).

2.3.4.– COMERCIALIZACION Y TRANSFORMACION DE LA PRODUCCION

Dentro del proceso productivo de los campesinos madrileños, la comercialización y transformación de los productos agrarios son las fases que conllevan superior extracción de excedentes. A partir de ellas, las relaciones agrarias capitalistas obtienen igualmente su mayor volumen de negocio y buena parte del valor añadido global de la producción agropecuaria, habida cuenta de que prácticamente las monopolizan y de que estas fases conforman la vía principal de desarrollo y penetración del capital agrario en la sociedad rural. Frente al protagonismo de las relaciones agrarias capitalistas en ambas etapas productivas, el campesinado madrileño ha perdido, casi en su totalidad, el control de la distribución de sus productos. Esta merma de autonomía lleva aparejado, al tiempo, un mayor sometimiento de la producción campesina, a la que las empresas de comercialización y transformación, ligadas a otras de componentes químicos –fitosanitarios, abonos– y fuertemente vinculadas con

capitales multinacionales –molturadoras de soja, fabricación de piensos–, imponen el tipo de aprovechamientos y de técnicas que más le convienen.

La comercialización agraria de la región refleja en primera instancia cómo el intercambio local, comarcal y, aun, regional, con escasa circulación de capital y de naturaleza directa y, en muchas ocasiones, semiautárquica, ha sido sustituido casi por completo por el mercado nacional. En segundo término, pone de manifiesto que la presencia de los campesinos en el mercado no sólo sirve para que éstos vendan sus productos, sino para que cedan todo eventual excedente al capital, compren los medios de producción elaborados por distintas industrias e, incluso, se vean forzados a solicitar créditos para la adquisición de tales bienes. Si únicamente sobre el mercado puede reproducirse la economía campesina, dando salida a sus productos y consiguiendo los ingresos necesarios para el consumo familiar y la mejora de la explotación, la presencia en aquél de los campesinos es imprescindible para que se amplíe y reproduzca el capital. En tercer lugar, deja patente que el mercado fija un sistema de precios, que convirtiendo los productos campesinos en mercancías que llegan a los consumidores cada vez más caras, apenas deja margen de beneficios al campesinado. Además, el mercado induce a los campesinos a producir los artículos alimentarios que permiten una mayor especulación y que a aquél más le interesan, prescindiendo de las necesidades de consumo y de la lógica productiva de las comunidades rurales y haciendo que éstas corran con todos los riesgos productivos sin garantizarlas la compra ulterior de los mismos. Sucede, incluso, que, cuando a las empresas de comercialización no les parece rentable dar salida a determinados productos, como los de muchas zonas del regadío madrileño, no plantean cortapisas a que sean los propios campesinos los que se encarguen de venderlos.

A pesar de que el sometimiento del campesinado al mercado nacional le posibilita efectuar sus ventas de manera escalonada a lo largo del ciclo anual –principalmente, transacciones de ganado a pie de granja–, le obliga, en no pocos casos, a la aceptación de fórmulas contractuales con empresas de comercialización. Mediante este sistema contractual, el campesino queda comprometido a producir exclusivamente para determinadas empresas comerciales, a comprarles los medios de producción que éstas estimen que ha de emplear la explotación, a solicitar sus créditos, a ceñirse a unos plazos fijos de entrega, a homogeneizar el aspecto y la calidad de los productos y a perder el control de las primeras fases productivas –incubación, multiplicación–. A cambio, tales empresas se encargan del proceso de transformación de los productos y de su comercialización posterior, si bien no suelen garantizar un precio fijo, bajando el mismo si la cosecha ha sido buena y no cubriendo generalmente los costes de producción de una cosecha mala.

Ciertamente, la complejidad del mercado actual requiere sistemas sofisticados de transporte, almacenaje, conservación en frío y gestión – sobre todo para los productos hortícolas, la leche, los huevos y la carne– que superan la capacidad de comercialización de los campesinos. Pero la lógica de todas estas operaciones, multiplicadas por las grandes aglomeraciones urbanas, no responde en esencia a una división del trabajo productivo sino a la necesidad de realizar negocios sucesivos sobre una misma mercancía. Ello explica que

una parte de los productos hortícolas y vinícolas se transforme en Toledo o en Murcia para volver, posteriormente, a la región por otros canales. La existencia en la región de mercados centrales, que teóricamente sirven para eliminar mediaciones innecesarias, no ha resuelto la complejidad necesaria de los sistemas de comercialización. En medio de la cadena, formada por el campesino, el almacenista, el minorista y el consumidor, surgen las figuras de los asentadores que, empleados en estos mercados centrales, la mayoría de las veces trabajan también o están muy vinculados a diferentes empresas comerciales.

Por su lado, como ya vimos al referirnos al control indirecto de la actividad campesina por parte de las relaciones agrarias capitalistas, las empresas de transformación monopolizan la mayor parte de la producción de la región y, muy particularmente, de carne y leche. Los mataderos frigoríficos, estrechamente ligados a las empresas suministradoras de piensos, han acabado casi definitivamente con los canales de comercialización tradicionales. Otro tanto han originado las centrales lecheras, amparadas por una legislación sanitaria que dificulta la venta directa, diversificando, por tipos de tratamiento –pasteurización, esterilización, concentración, desnatado–, la leche y los artículos lácteos para potenciar un mayor consumo. Los litros de leche entregados a estas centrales por parte de los ganaderos madrileños no han dejado de aumentar, desde 1977 hasta hoy, y superan con creces los vendidos directamente por ellos y los consumidos en la propia explotación.

TABLA 26

PORCENTAJE DE LITROS DE LECHE ENTREGADOS A LAS CENTRALES LECHERAS E INDUSTRIAS LACTEAS SOBRE EL TOTAL DE LA PRODUCCION. EVOLUCION DE 1977 A 1991. MILLONES DE LITROS

TIPO DE LECHE/AÑO	1977	1981	1985	1989	1991
Vaca	61,3	83,9	90,1	84,5	88,7
Oveja	71,7	97,5	65,8	98,8	98,7
Cabra	36,9	73,7	76,0	94,9	94,7

Fuente: Comunidad de Madrid, 1984a: 97, 1991: 237.

Frente a la monopolización del comercio y de la transformación de los productos agrarios de la región, no son demasiado significativos, a diferencia de otras áreas españolas, los mecanismos puestos en marcha por los campesinos para retener su valor añadido y compensar su pérdida. Dichos mecanismos consisten esencialmente en la constitución de cooperativas, en la venta directa a pie de explotación o a través de mercadillos locales y ferias y en la transformación de ciertos productos mediante manufacturas locales o tradicionales.

Más numerosas que en el ámbito de la producción, las cooperativas dedicadas a la distribución de productos agrarios alcanzan un número de 27 y reúnen a 8.725 socios

(Comunidad de Madrid, 1984b: 13). De ellas, 12 se orientan hacia la comercialización y el almacenamiento de productos. Esta última operación reviste gran importancia porque ordena el mercado, al posibilitar que los campesinos efectúen sus ventas de forma escalonada para no deprimir los precios en caso de que la oferta supere a la demanda. Pero, junto a esta función, tales cooperativas facilitan a los campesinos la asimilación de los cánones que aseguran mayores facilidades de colocación de los productos –calibración, presentación–, conceden anticipos en no pocas ocasiones sobre las cosechas y, al final del ejercicio, abonan en concepto de retornos los beneficios obtenidos. Aparte de estas cooperativas de comercialización, hay 15 más que se han especializado en distintos procesos de transformación, especialmente de uva de vinificación.

La venta directa, después de haber decaído fuertemente desde el comienzo de la década de los sesenta hasta finales de los setenta, ha iniciado una cierta recuperación y tiende a convertirse en una práctica tan organizada y habitual como la existente en otros países europeos. La han potenciado las necesidades de los consumidores de adquirir alimentos a precios más bajos de los habituales en establecimientos detallistas, así como las facilidades comerciales que depara el flujo continuo y periódico –fines de semana, verano– de población al campo y, más en concreto, la instalación de primeras y segundas residencias en antiguas y actuales zonas rurales. Muchas de las ferias tradicionales han perdido su vigor, manteniéndose más como centros de relación intercomunitaria que como sistemas de vinculación comercial. De las 31 ferias que había el siglo pasado, pocas son las que se conservan; pero, a las que permanecen, hay que sumar los 97 mercadillos que se desarrollan a finales de los años ochenta, orientados básicamente a la venta de frutas y hortalizas (Comunidad de Madrid, 1992: 75). Unida a la venta de ferias y mercadillos, no carece de relieve la que se lleva a cabo a pie de explotación. Ejemplo significativo de ello es la venta directa de leche de vaca, cuyo volumen en 1989 asciende a 8.200.000 litros, lo que representa un 9,6% sobre el total de los producidos (Comunidad de Madrid, 1993a, v.I: 234).

Por último, aunque cada vez de forma más puntual, hay que destacar la transformación artesanal que se ejerce en molinos de aceite y harina, bodegas y talleres domésticos de conservas.

2.3.5.– CONSUMO

Junto a la distribución de productos agrarios, el consumo de la familia campesina es la fase económica que mayor extracción de excedentes proporciona al capital. Frente a tal absorción de rentas, los campesinos se encuentran prácticamente desprovistos de mecanismos de adaptación y defensa. La propia lógica del equilibrio económico de la familia campesina, que tiende a nivelar la proporción entre trabajo y consumo, y el recurso del autoconsumo conforman sus únicos instrumentos para resistir esa captación de excedentes.

En contraste con otras regiones españolas, en la Comunidad de Madrid el consumo de los campesinos, tanto en lo relativo a bienes de primera necesidad –alimentos, vivienda e

indumentaria- como a equipamientos domésticos y comunitarios, se ajusta casi por completo a cuanto marcan los modelos urbanos, salvando las diferencias que implican la baja cuantía de sus rentas y un nivel de vida que no es equivalente al de la población urbana, cuyos ingresos per cápita son los más altos de España.

TABLA 27

GASTO MEDIO ANUAL POR PERSONA Y HOGAR DE LOS ACTIVOS AGRARIOS Y NO AGRARIOS. PTS.

GRUPO DE GASTOS	ACTIVOS AGRARIOS. GASTO MEDIO		ACTIVOS NO AGRARIOS. GASTO MEDIO	
	Hogar	Persona	Hogar	Persona
Alimentos, Bebidas y Tabaco	264.224	69.943	335.539	85.775
Vestido y Calzado	46.449	12.295	115.130	29.431
Vivienda	224.531	59.436	309.017	78.994
Muebles, Enseres y Servicios del Hogar	58.242	15.417	118.514	30.296
Servicios Médicos y Conservación de la Salud	18.965	5.020	37.312	9.538
Transportes y Comunicaciones	160.302	42.433	234.364	59.911
Esparcimiento, Enseñanza y Cultura	36.093	10.083	128.092	32.744
Otros Bienes y Servicios	61.532	16.287	177.761	45.441

Fuente: I.N.E., 1984e: 52.

De acuerdo con esos cánones urbanos y bajo la influencia de la publicidad que difunden los medios de comunicación, se observa asimismo una demanda de artículos suntuarios y de ocio -determinados electrodomésticos- que no resulta habitual en comunidades campesinas. Tal demanda sólo difiere de las sociedades urbanas en la menor capacidad de conseguir esos artículos, por mucho que las actuales rentas campesinas se hayan equiparado más a las urbanas que tiempo atrás. Así, en 1972 los ingresos de las zonas rurales de la región oscilaban entre la mitad y los dos tercios de las rentas correspondientes a las zonas urbanas (I.N.E., 1984e: 68).

De igual modo, resulta excepcional que los campesinos madrileños recurran a producciones artesanas o desarrolladas por ellos mismos para satisfacer su consumo. Sus vestidos y su ajuar doméstico, masivamente fabricados por la industria, se adquieren en establecimientos minoristas de las ciudades y, algunas veces, de la propia localidad. Al tiempo, las comunidades rurales van abandonando la costumbre de edificar y reparar sus propias casas, recurriendo crecientemente a los servicios de constructores, diversos especialistas y peones de la construcción, que imponen unos modelos de vivienda similares a los de la ciudad, tanto

en calidades como en técnicas, materiales y funciones espaciales. A la par, los campesinos madrileños y sus familias disponen cada vez más de una mayor movilidad, si bien siguen careciendo de los medios de transporte que cuentan las ciudades, se lo permite su dotación de automóviles particulares, con niveles de motorización individual similares a los de las grandes aglomeraciones urbanas. Resulta ilustrativo, a este respecto, tener en cuenta que en las áreas rurales de la región, de haber en 1960 un índice de 27,6 turismos particulares por cada 1.000 habitantes, este valor se sitúa ya en 1978 en 497 (Estébanez, 1980: 287).

Sin embargo, aun cuando la demanda de equipamientos y servicios comunitarios por parte de los campesinos es intensa, en contraste con lo que ocurre en las ciudades, rara vez pueden satisfacerla sin tener que desplazarse fuera de su comunidad. Además, la penetración en el campo de las diversas formaciones sociales urbanas ha ocasionado un deterioro y una masificación muy notable de las escasos equipamientos rurales. Al hilo de esta carencia de equipamientos, se concibe que el conjunto de los municipios con población inferior a 50.000 habitantes sólo reúna el 3,4% del total de los establecimientos minoristas de la región; o que el 65% de los titulares de explotaciones agrarias carezca de estudios, agravándose este déficit para sus cónyuges.

Por otra parte, la amortización de todos los nuevos gastos de consumo no sólo merma el ahorro de los campesinos, sino que les conduce a tener que solicitar créditos que contribuyen a multiplicar las vías de endeudamiento de las comunidades rurales.

Aunque, a menudo, se ha considerado de forma desmedida que el autoconsumo y la autosuficiencia eran cualidades especialmente características de la cultura campesina, al menos, en las sociedades rurales de Europa occidental, estos rasgos nunca han servido para distinguir a los campesinos del resto de las formaciones sociales. Ello no quita para que la presencia de ambas orientaciones del consumo facilite la comprensión de la lógica económica campesina, en la que, por cierto, ni el autoconsumo ni el intercambio se consideran gratuitos, siempre cuestan trabajo. No obstante, el nivel de autoconsumo de los campesinos madrileños es exiguo, lo mismo que el intercambio de servicios no agrarios entre sus familias. Cabe reseñar, con todo, a título ilustrativo, que el consumo de leche en las propias explotaciones, no alcanza una proporción despreciable sobre el total de los litros producidos, a pesar de que comparado con el que se efectúa en el resto de España pueda serlo. En efecto, el consumo en las propias explotaciones de la región de leche de vaca sólo representa un 0,7% del total que realiza el conjunto de España. Esta proporción se aminora a un 0,3% para el consumo de leche de oveja y cabra.

TABLA 28

CONSUMO DE LECHE EN LA EXPLOTACION. %. LITROS. EVOLUCION

TIPO DE LECHE/AÑO	1977	1981	1985	1989	1991
Vaca	31,0	9,4	6,8	5,8	6,5
Oveja	28,2	2,5	34,1	1,1	1,2
Cabra	63,0	24,2	20,0	5,0	5,2

Fuente: Comunidad de Madrid, 1985: 238, 1993, v.I: 234.

La llegada masiva de bienes manufacturados baratos a las comunidades rurales, el consumo creciente de productos alimentarios preparados y transformados y, sobre todo, la mayor importancia que cobra el uso del dinero han acabado prácticamente con el autoconsumo y el intercambio. También ha incidido la mayor especialización de la producción hacia los artículos más rentables, que ha eliminado en buena parte la tradicional diversidad de alimentos agrícolas y ganaderos, con la que contaban la mayoría de las familias y las comunidades. No es raro, en este sentido, que los campesinos madrileños deban proveerse de determinados alimentos en establecimientos minoristas, pagando por su compra un precio mucho más alto que el que ellos obtienen por sus productos. La preocupación, entonces, por equilibrar el precio de los productos alimenticios vendidos y comprados se convierte en algo obsesivo y en una de las reivindicaciones que más formulan los campesinos.

NOTAS

26. Este concepto, apenas esbozado por Redfield (1956), fue enriquecido por Foster (1953, 1967b) y Kroeber (1948) y especialmente por Wolf (1971, 1977). Steward (1953, 1956), Alavi (1976), Hobsbawm (1976), Palerm (1968, 1972a), Shanin (1971, 1972) y Warman (1972, 1974a, 1974b, 1976) lo desarrollarían más tarde hasta el nivel que ahora lo conocemos.
27. Con mucha frecuencia agricultores, ganaderos y silvicultores no llegan a formar tres tipos campesinos nitidamente delimitados, produciéndose una implicación de estas distintas prácticas en un sólo individuo y/o en una misma familia y comunidad.
28. Los trabajos de Caro Baroja (1966a) y de otros destacados representantes de la escuela histórico-cultural son un claro ejemplo del uso de este tipo de criterios de diferenciación. Asimismo la adopción o no de las innovaciones tecnológicas y su grado de aceptación en el tiempo caracterizan las tipologías campesinas construidas por las corrientes más ortodoxas de la sociología rural norteamericana. Este es el caso, entre otros autores, de F.S. Chapin, H.E. Pemberton, E.M. Rogers, S.P. Bose, R.V. Bowers y L. Svenning. García Ferrando (1977) recoge en España esta tradición norteamericana.
29. La mayor parte de los teóricos y de las escuelas de pensamiento, que postulan la coexistencia del campesinado con el capitalismo, sostiene que los campesinos conforman un modo de producción específico. T. Shanin (1979b), sin embargo, argumenta que la aplicación de este concepto al campesinado presenta demasiadas limitaciones heurísticas para ser defendido.
30. Esta noción es equivalente a la que K. Vergopoulos (1976) utiliza bajo el término de plusvalía transferida, al analizar los fundamentos del intercambio desigual entre los campesinos y el sistema capitalista y el proceso de acumulación de este modo de producción. Ver también C. Faure (1978); J. Alonso (1974).
31. Estos excedentes, producidos al margen de sus necesidades como un imperativo de la sociedad global, constituyen lo que Wolf (1971) denomina fondo de renta.
32. Se emplea el concepto de colonización en su acepción de anexión y apropiación por una sociedad del espacio de otra diferente.
33. Se trata de un proceso de consolidación muy rápido, ya que hasta 1920 la industria de Madrid era casi rudimentaria, con un alto predominio del artesanado y una producción -metalurgia, artes gráficas, madera, textiles- casi exclusivamente orientada al mercado interno. Además este segundo puesto sitúa a Madrid a gran distancia de Cataluña, que es el primer centro fabril de la nación, con una aportación del 23,6% a la renta industrial española.
34. Esta y otras estimaciones de este apartado del presente capítulo, relativas a la superficie ocupada, personas empleadas y número de establecimientos de determinados servicios e infraestructuras, responden a elaboraciones propias efectuadas a partir de datos aislados que suministra la Comunidad de Madrid para 1991.
35. El valor añadido bruto de estos comercios representa el 18,3% del total imputable a España en concepto de servicios destinados a la venta.
36. Este y otros datos, relativos a los habitantes de derecho de los núcleos más y menos poblados, corresponden al censo de 1991.
37. Ni la legislación existente hasta principios de los ochenta ni la Ley de Disciplina Urbanística 4/1984 contra estas urbanizaciones ilegales han sido capaces de ofrecer la cobertura suficiente para evitar tal tipo de actuaciones inmobiliarias.
38. Según define el I.N.E., dentro de las sociedades agropecuarias se engloban las agrupaciones de personas, cuyo contrato de sociedad está documentado en escritura pública e inscrita en Registro Mercantil. Pueden ser sociedades anónimas, de responsabilidad limitada, colectivas y comanditarias.

39. En esta época se trata ya de incrementar la producción alimentaria de la región a base de desarrollar diversos sistemas de abastecimiento y de trasvasar capital y mano de obra de las producciones tradicionales de trigo y vino a otras más rentables, como las de olivo y las ganaderas.

40. Se trata, según la definición del I.N.E., de explotaciones inferiores a 0,1 Ha o que reúnan una o más cabezas de vacuno, dos o más cabezas de ganado caballar, seis o más cabezas de ovino o caprino, dos o más cabezas de porcino, cincuenta o más aves, treinta o más conejas madres o diez o más colmenas.

41. Aparte de la producción capitalista, en las explotaciones agrícolas sin tierras se engloban asimismo los titulares de huertos familiares.

42. En ellas también se encuadran muchos minúsculos ganaderos no capitalistas y numerosas actividades de economía sumergida –chabolismo pecuario–.

43. Ya en 1977, las importaciones de maíz y soja ascendieron a 74.000.000 de pts.(Tudela, 1980: 78).

44. A menudo se afirma que en la fase actual de desarrollo del capitalismo los cambios son de una envergadura muy superior a cuantos han venido ocurriendo anteriormente. Pero, tal como sostiene Forde:

Esto no debe hacer suponer que la occidentalización sea diferente en su naturaleza de la romanización que sufrió Europa occidental en los primeros siglos de la Era Cristiana, o de la hindeización de la mayor parte de Indonesia occidental por príncipes hindúes y sus partidarios, aproximadamente en la misma época. El cambio cultural violento y temporalmente quebrantador no es en modo alguno nada nuevo... Si conociésemos en detalle la historia remota del África oriental, de Oceanía, y en realidad de cualquier área de cultura compleja, no hay duda de que aparecerían muchos acontecimientos de este tipo...Las diferencias entre contactos y transmisiones culturales en el pasado y la actual occidentalización del mundo, por grandes que puedan parecer en escala y velocidad, son diferentes únicamente de grado (Forde, 1966: 488–489).

45. Es innegable que el cambio es una constante que en ningún caso puede estudiarse en sí misma sin incurrir en una mera descripción de hechos descontextualizados. Pero este rasgo, común a todas las culturas, se hace especialmente cierto en lo concerniente a las comunidades campesinas. Aun cuando el cambio es un fenómeno que opera siempre dentro de las comunidades, emana de lo contrapuesto y ajeno a ellas. Hoy la capacidad de la sociedad mayor de controlar y dirigir el cambio social de los campesinos es tal que el análisis de las comunidades rurales resulta imposible, si no se considera tal influencia, cuya actuación provoca y modela la naturaleza de la transformación del campesinado como entidad histórica.

46. La mayor parte de los estudios sobre el cambio de las sociedades campesinas coinciden en apuntar que la renuncia a determinados elementos de su acervo cultural se produce cuando tienen a su disposición otros componentes, más interesantes, con que sustituirlos o bien, como sucede habitualmente, desde el momento en que se sienten obligadas a ello por circunstancias exteriores de muy diversa índole, que escapan a su control.

47. Decreto 16/1984 del 2 de febrero. Boletín Oficial de la Comunidad de Madrid del 9.II.84.

48. Tanto en la Comunidad de Madrid como en otras regiones españolas, las organizaciones democráticas de agricultores y ganaderos, creadas a partir de la "Guerra de los Tractores" de 1977, no han dejado de denunciar las irregularidades de todo tipo que suscitan estos huertos familiares, si bien, debidamente encauzados, ven en ellos una vía muy importante de revitalización del sector agrario.

49. Esta parece la estimación más fiable, aun cuando los datos de población activa agraria del propio I.N.E. difieren de ella. Mucha mayor disparidad hay entre esta cifra y las que nos proporcionan otras fuentes estadísticas, relativas a población activa y ocupada. Además, no coinciden entre sí los datos de la Comunidad de Madrid, COPLACO, Ministerio de Agricultura, Delegación de Hacienda de Madrid, Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid, AISS, Confederación Española de Cajas de Ahorro, etc. Y todavía son mayores las diferencias, si entramos a considerar las interpretaciones que, de las mencionadas fuentes, hacemos los que nos atrevemos a estudiar tales temas.

50. Estadísticamente puede mensurarse de modo aproximado a partir de los datos relativos a los asalariados fijos con dedicación parcial y a la dedicación principal de los empresarios y sus ayudas familiares fuera de la explotación.

51. Este concepto difiere de la noción de explotación ganadera. Se obtiene mediante la aplicación de un coeficiente a cada especie y tipo para agregar en una unidad común diferentes especies.

3.- TIPOLOGIA DE LAS COMUNIDADES CAMPESINAS MADRILEÑAS

Si, como aproximación a nuestro objeto de estudio y en oposición genérica a otros grupos campesinos de ámbitos territoriales semejantes, puede resultar lícito hablar de campesinado madrileño, este concepto no deja de ser una mixtificación que encierra identidades culturales sumamente diversas. La heterogeneidad del campesinado madrileño viene dada por la forma en que cada una de sus comunidades se vincula con la sociedad mayor, por las características diferenciales que ésta presenta en los diversos territorios regionales y por la clase de mecanismos de adaptación y supervivencia que, frente a dicha instancia social más amplia, disponen los distintos grupos campesinos de la región. A tal diversidad interna del campesinado madrileño responde la necesidad de establecer una tipología que matice diferencialmente las conclusiones extraídas a nivel regional en el capítulo anterior y, sobre todo, que defina los rasgos básicos que identifican a las distintas comunidades campesinas de la región. Las regularidades que caracterizan al campesinado madrileño como una unidad – constante– no resultan comprensibles sin examinar de qué modo las conforman las diversas comunidades –variables– existentes dentro de él, que, complementándose a la vez que se oponen, le estructuran y vertebran. Unidas por unos rasgos comunes, estas comunidades configuran tipos campesinos diferentes, cuya delimitación, en lo relativo al plano económico de su cultura⁵², es inseparable de la manera en que la sociedad mayor efectúa la captación del plustrabajo de cada uno de ellos y la absorción directa de sus recursos de tierra y fuerza de trabajo. Ambos criterios analíticos, plasmados en los ya vistos en el capítulo anterior, explican en concreto la existencia de estos tipos campesinos y, al tiempo, la propia heterogeneidad que tiene siempre lugar en el interior de cada uno de ellos, ya sea a nivel de comunidad o de categorías socioeconómicas intracomunitarias.

Ahora bien, no hemos de perder de vista que toda tipología no es más que una construcción teórica para acercarnos a conocer la realidad y que, por consiguiente, los modelos analíticos trazados han de ser considerados como hilos conductores o variables, que conectan y jerarquizan dialécticamente la parte con el todo, los aspectos cuantitativos de la cultura de las comunidades campesinas madrileñas con los cualitativos. Teniendo en cuenta este presupuesto, hemos de referirnos a seis grupos de comunidades homogéneas, cuyo marco espacial se corresponde con las comarcas agrarias de la región (ver Anexo), tal como las distingue el Ministerio de Agricultura (1977: 235–236, 1978: 203), el I.N.E. (1984a: 3, 1991: XXXI–XXXII) y Terán (1977: 62–77). Estos tipos son los siguientes:

I	Lozoya–Somosierra:	48 municipios
II	Guadarrama:	21 municipios
III	Area Metropolitana:	28 municipios
IV	Campaña:	30 municipios
V	Suroccidental:	31 municipios
VI	Vegas:	21 municipios

Aunque la comunidad constituye la entidad socioeconómica y territorial que mejor refleja la presencia de unos rasgos culturales homogéneos, la gran cantidad de núcleos comunitarios que abarca la región, la necesidad de obviar repeticiones y variables poco relevantes, así como el propio planteamiento supracomunitario y la operatividad de este estudio aconsejan utilizar una escala espacial de análisis más amplia. Sin soslayar los particularismos, dignos de mención, la comarca agraria de la región posee la suficiente idoneidad metodológica para determinar las regularidades más significativas y las leyes culturales (Steward, 1968) de las comunidades campesinas madrileñas que homogéneamente agrupa. No olvidemos que de lo que se trata es de clasificar fenómenos culturales recurrentes, cuya delimitación ha de hacerse en base a la selección de determinados rasgos, de importancia taxonómica primaria, y no en función del total de los elementos que entran en juego dentro de cada agrupación homogénea de comunidades. Para completar tales rasgos selectivos parece indicado, no obstante, recurrir puntualmente al análisis de ciertas comunidades, cuyas características introducen modificaciones substanciales en el panorama general que identifica a cada comarca. El caso de Madrid dentro del Área Metropolitana, de Aranjuez en las Vegas, de Buitrago en Lozoya-Somosierra, de Collado-Villalba en Guadarrama, de Arganda en la Campiña o de Valdemoro en la comarca Suroccidental son claros testimonios de ello. Conviene precisar, sin embargo, que pese a que denominamos a las diversas comunidades de la región con el nombre del municipio en el que se integran, somos conscientes de que tanto cultural como socialmente suelen ocupar una pequeña parte del mismo. Por mucho que desde el punto de vista espacial, las comunidades se extiendan por la mayoría de las distintas demarcaciones municipales en las que se insertan, son habitualmente una minoría frente a las formaciones sociales urbanas que pueblan tales municipios.

Como quiera que sea, la comarca agraria madrileña no obedece a una categorización estática. Su contenido espacial y cultural, lo mismo que el de las comunidades que comprende, ha cambiado de los años sesenta hasta hoy y casi con seguridad seguirá transformándose en un futuro próximo debido, en esencia, a la penetración urbana que sufren los diversos territorios de la región. Efectivamente, la incidencia de este factor, mucho más intensa y rápida que en otras regiones, ha hecho precisa la reformulación del ámbito comarcal que acusa una mayor influencia urbana: el Área Metropolitana. A la composición primigenia que mostraba a comienzos de la década de los sesenta, formada por veintitrés municipios, ha sido preciso añadir desde estas fechas cuatro entidades municipales más: Parla, Fuenlabrada, Móstoles y Alcalá de Henares⁵³. No en vano estos cuatro municipios han ido perdiendo acelerada y progresivamente los componentes fundamentales que les vinculaban a sus comarcas de origen, disgregándose los tres primeros del área Suroccidental y el último de la Campiña. Además recientemente se ha incorporado el municipio de Tres Cantos, segregado de Colmenar Viejo. Junto a ellos, otros municipios que registran ya un importante protagonismo urbano –Valdemoro, Collado-Villalba, San Lorenzo de El Escorial, Torreloa, Algete, Arganda, Humanes, San Martín de Valdeiglesias– podrían engrosar a corto plazo el Área Metropolitana.

Merece la pena resaltar, en esta línea, que el trasvase de municipios de unas comarcas a otras ha conllevado y ocasiona impactos de suma transcendencia, que se vuelven singularmente sobresalientes en las áreas de segregación. Este es el caso, fundamentalmente, de Alcalá de Henares. Centro de la red de intercambios de todo tipo que se realizaban en la Campiña, dicho municipio ha jugado un papel histórico en la colonización agraria y en la actual configuración de esta comarca, absorbiendo muchos de sus efectivos demográficos y excedentes agrarios y creciendo a expensas de ella gracias, especialmente, a sus importantes ferias y mercados. Ya desde época romana la Campiña gravita económica y socialmente sobre Alcalá de Henares en una relación de dependencia compleja, que se consolida en tiempos hispanoárabes –introducción del regadío, creación de los núcleos de Ajalvir, Fresno de Torote, Meco– y de la Reconquista –repoblación y aparición de Daganzo–. Sin embargo, la reorientación del tejido productivo de Alcalá de Henares hacia usos urbanos y la práctica desaparición de las ferias, especializadas en productos ganaderos, y de los mercados semanales y diarios de este municipio han trastocado seriamente el equilibrio y los mecanismos de integración de la Campiña.

Por otra parte, algunas de las comarcas agrarias madrileñas presentan marcadas similitudes con otras áreas comarcales situadas en regiones limítrofes, de las que, en parte, son continuación. Pese a que el hecho de integrar la región de Madrid en La Mancha⁵⁴ resulta un error ya tópico, determinadas zonas cerealistas de secano de la Campiña y las Vegas son en buena medida apéndices de esa comarca. A su vez, la Campiña prolonga en gran manera a su homónima de Guadalajara, ciertas partes de Guadarrama y del área Suroccidental constituyen el límite oriental de la Sierra de San Vicente y Gredos, el valle del Lozoya se vincula estrechamente con Segovia y las localidades de las Vegas están fuertemente interconectadas con La Sagra toledana⁵⁵, con la que también se hallan enlazados ciertos municipios del Área Metropolitana –Parla, Getafe, Fuenlabrada, Leganés– y de la comarca Suroccidental –Torrejón de Velasco, Navalcarnero–.

Por último, debemos subrayar que, dado que cada comarca integra un número diferente de municipios, oscilando éstos de los 48 de Lozoya-Somosierra a los 21 de Guadarrama y las Vegas, parece pertinente que los valores comarcales que manejemos para evaluar tanto la penetración urbana y de las relaciones agrarias capitalistas como la extracción de excedentes y recursos que acusan los diferentes tipos de comunidades tengan en cuenta tal disparidad. De ahí, que primemos en el análisis de cada comarca las medias municipales por encima de cualquier otro indicador. Dicha media municipal se obtiene repartiendo los valores globales de las diferentes comarcas entre el número total de los municipios que la componen.

3.1.– PENETRACION URBANA EN LAS COMUNIDADES CAMPESINAS MADRILEÑAS

La variable presencia en cada una de las seis comarcas delimitadas de primeras y segundas residencias, industrias, servicios e infraestructuras condiciona unos niveles de penetración urbana, que explican más que ningún otro factor la mayor o menor extracción de excedentes

y la diversa absorción directa de suelo y fuerza de trabajo que sufren las distintas comunidades campesinas madrileñas. A la par, estos criterios, al diferenciar seis formas distintas de penetración urbana, parecen confirmar la idoneidad de los tipos campesinos definidos.

3.1.1.- PRIMERAS RESIDENCIAS

El emplazamiento de viviendas permanentes o de primera residencia es muy superior en el Area Metropolitana que en el resto de la región, aunque desde comienzos de los años ochenta crece de manera substancial en ciertos municipios de Guadarrama. A un ritmo inferior, aumenta también a partir de estas fechas en la comarca Suroccidental y en la Campiña, si bien Lozoya-Somosierra sigue manteniendo unos valores extremadamente bajos. En las Vegas apenas se amplía la localización de viviendas principales de 1970 a 1991, pero la significación que ya poseían antes de los años setenta hace de esta comarca el tercer lugar de la región con mayor número de residencias permanentes.

Ligadas indisolublemente a la previa existencia de la metrópoli de Madrid, la configuración de la actual Area Metropolitana y su expansión residencial han de entenderse bajo la perspectiva de que el desarrollo urbano de la región prima, desde los años ochenta, el concepto metropolitano –esencialmente dinámico– sobre el de metrópoli –estático–. Tal espacio metropolitano, que ya a mediados de los años ochenta se hallaba ocupado en más de 30.000 Ha. –en torno al 20% del suelo total– por usos residenciales, terciarios e industriales, está fomentado por el aumento de la población, la inmigración, la concentración de servicios, inversiones e industrias y, muy especialmente, por el rápido y flexible transporte automovilístico por carretera. El proceso de urbanización de la región ha supuesto el paso de la ciudad única –núcleo– al fenómeno metropolitano –expansión de la gran urbe en torno a un sistema de focos periféricos–. Efectivamente, la gran concentración y el importante crecimiento de población en viviendas estables del Area Metropolitana obedecen directamente a la pérdida de habitantes que acusa Madrid desde finales de la década de los setenta debido a la variación de su estructura sociodemográfica, la saturación de su parque inmobiliario, la elevación de sus precios de suelo y la terciarización de su casco urbano. Así, de 1970 a 1993, la población de derecho del Area Metropolitana, excluido Madrid, pasa de 413.337 habitantes a 1.636.938 (Comunidad de Madrid, 1985: 32–34, 1993a, v.II: 44–46), lo que supone un crecimiento del 296%. Mientras, entre estos mismos años, la población de derecho de Madrid disminuye en 82.964 efectivos. De este modo, aun cuando en el Area Metropolitana tiene lugar todo género de actividades básicas, ya sea de consumo o producción, que implican una interdependencia jerarquizada y una superposición espacial –usos residenciales de tipo expansivo, de construcción e industriales–, parte de ellas –servicios– se va concentrando cada vez más en Madrid, en tanto que el resto –habitación– se reparte progresivamente por distintos puntos del territorio metropolitano. Tales puntos se estructuran en torno a las carreteras radiales de acceso a Madrid, formando anchos ejes de avance continuo en los que

sus núcleos distan apenas seis u ocho kilómetros entre sí. De estos ejes sobresalen el que une Madrid con Guadalajara –Alcalá de Henares, Torrejón de Ardoz–, el que se extiende en paralelo a la carretera de Burgos –Alcobendas, San Sebastián de los Reyes– y, en especial, el suroccidental. Este último incluye los mayores complejos residenciales del Area Metropolitana con los índices de crecimiento más elevados de la comarca y la región, como son los que registran Alcorcón y Móstoles –carretera de Extremadura–, Leganés y Fuenlabrada –carretera local a Griñón–, Getafe y Parla –carretera a Toledo– y Pinto y Valdemoro –carretera de Andalucía. Obviando a Madrid, en este eje, que representa tan sólo un 9% del espacio metropolitano, se concentra más de la mitad de la población de la comarca.

Los contingentes llegados al Area Metropolitana aprovechan inicialmente los inmuebles ya existentes en los antiguos cascos urbanos para, con posterioridad, a través de bloques aislados, ir tejiendo una amplia e irregular malla inmobiliaria que no en todos los casos enlaza con las almendras centrales de los distintos municipios metropolitanos. Pero, no son sólo los residentes de Madrid los que acuden al Area Metropolitana y singularmente a Móstoles –196.023–, Alcalá de Henares –164.140–, Leganés –175.952–, Fuenlabrada –155.168–, Getafe –142.231–, Alcorcón –140.539–, Torrejón de Ardoz –85.286– y Alcobendas –82.317– (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 44–46). También se asientan los emigrantes procedentes de otras comunidades autónomas y, en inferiores proporciones, de la propia región. Atraídos por las todavía importantes expectativas de empleo, negocio y promoción individual que ofrece Madrid, dichos emigrantes hubieran podido ser virtuales residentes de la capital, de no ser por la carestía de la vida en este municipio, la proximidad del Area Metropolitana al mismo, la abundante y barata oferta de viviendas que se desarrolla en esta zona y el gran mercado de trabajo que aquí generan la construcción, la industria y los servicios.

Si bien el P.G.O.U. de 1963 para el Area Metropolitana había previsto que esta zona serviría para descongestionar y expansionar Madrid, la llegada masiva de emigrantes altera profundamente estos pronósticos iniciales. Ya en 1978 se triplica la cifra de población prevista por COPLACO para el año 2000, superándose ampliamente la superficie residencial planificada, a consecuencia de la nueva política de vivienda que promueven los polígonos de iniciativa privada, destinados a clases trabajadoras y, muchas veces, subvencionados a condición de la compra de los pisos. Y, superada la capacidad de absorción de los municipios que actúan como primeros receptores –Alcorcón, Getafe y Leganés–, el flujo migratorio se desplaza, desde los últimos años de los setenta, hacia otros términos más alejados de la capital –Alcalá de Henares, Pinto, Parla, Fuenlabrada, Móstoles–, pero que cuentan por ello con una oferta residencial aún más barata que la de los centros primarios de destino. El hecho de que algunos de estos municipios, más distantes de la capital, registren en 1993 una población de derecho superior a la de los núcleos originarios de destino ilustra suficientemente, por un lado, que la descongestión de Madrid se intensifica en la década de los ochenta y, por otro, que el móvil de la adquisición de viviendas baratas, habitualmente en régimen de propiedad, se convierte en el factor que preside el asentamiento residencial del Area Metropolitana.

Alcorcón ejemplifica de forma paradigmática las sucesivas etapas que atraviesan los

fenómenos migratorios hacia Madrid y el comportamiento descentralizador de esta capital. Prototipo de ciudad-dormitorio y del crecimiento explosivo que registran otros tantos municipios del Area Metropolitana, Alcorcón era en 1950 un pequeño núcleo rural de sólo 759 habitantes (Estébanez, 1979: 514; Aguilera, 1986: 78) que pasa, veinte años más tarde, a tener una población de derecho de 112.614 efectivos (Comunidad de Madrid, 1985a: 32). Este proceso de urbanización se materializa en dos etapas. Mientras que en la primera, que se extiende de 1950 a 1962, tiene lugar un crecimiento desordenado, promovido por iniciativas urbanísticas privadas y a título individual, en la segunda, que abarca de 1960 a 1970, el desarrollo residencial está planificado por el gran capital inmobiliario. En ambas fases, este municipio acoge emigrantes de otras regiones que trabajan en su mayor parte en Madrid. Pero, a partir de 1970 comienza a recibir efectivos que antes residían en la capital o que virtualmente podrían haberse asentado en ella.

Por otra parte, desde los años ochenta, muchas antiguas segundas residencias pasan a ser de primera habitación. Se trata fundamentalmente de chalets localizados en la franja noroeste del Area Metropolitana –Pozuelo de Alarcón, Majadahonda, Las Rozas, Boadilla del Monte, Villaviciosa de Odón–. Unico enclave de la comarca que responde al tipo de ciudad dispersa de bajas densidades, esta zona suele estar ocupada por las clases urbanas más acomodadas, cuenta con buenas condiciones ambientales y está bien comunicada por carretera con Madrid. Junto a ella, la zona oeste del Area Metropolitana, igualmente de las menos densas del territorio metropolitano, comienza también a registrar el fenómeno de la conversión de segundas residencias en viviendas permanentes. En 1970, de su parque total de viviendas que ascendía a 3.136, sólo un 53,4% se dedicaba a primera residencia, mientras que más del 29% era utilizado temporalmente (COPLACO, 1981: 42). Sin embargo, ya en 1981, más del 85% de las viviendas era de uso permanente y las residencias transformadas en esta franja, habitualmente de tipo unifamiliar y nacidas originariamente en torno a las masas forestales del río Guadarrama y del Aulencia, se extendían sobre 3.000 Ha., esto es, sobre un 13,4% del espacio metropolitano en su zona oeste (COPLACO, 1981: 44).

Aunque cinco municipios del Area Metropolitana no superan los 6.000 habitantes –Brunete, Paracuellos del Jarama, Velilla de San Antonio, Villanueva de la Cañada y Villanueva del Pardillo–, la mayor parte de ella oscila entre 15.000 y 60.000 efectivos, los que, sumados a la numerosa población de los términos de mayor asentamiento de residencias permanentes, responden de la elevada densidad media de esta comarca. Exceptuando Madrid, si dividimos la población de derecho de esta comarca entre su número de municipios, hallamos una densidad media de 60.628 habitantes en 1993. Y, pese a que, considerando la media de habitantes por Km², esta cifra se reduce a 1.241, dejados de lado los valores de Madrid, supera ampliamente los 275 efectivos por Km² que, sin la capital, presenta a nivel medio la región. No es casual que en el Area Metropolitana se asiente, incluido Madrid, el 92,2% de la población de derecho de la región, por mucho que este porcentaje haya disminuido de 1981 –94%– a la actualidad por efecto del aumento de los asentamientos, entre estos años, en otras comarcas del territorio regional.

En correspondencia con el hecho de que el Area Metropolitana sea la comarca con una mayor población de derecho y posea la densidad media más alta de la región, se entiende, asimismo, que su número de viviendas familiares de uso permanente supere al existente en cualquier otro territorio regional. Ciertamente, con Madrid, el parque metropolitano de viviendas de primera habitación, habiendo pasado de 600.364 en 1960 a 1.007.341 en 1970 (Terán, 1977: 210), asciende en 1991 a 1.404.036 (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 233-235), esto es, a un 92,8% del total de las residencias principales de la región. Y, a pesar de que este porcentaje se aminora, al excluir Madrid, a un 28,4%, sigue superando con gran diferencia los índices que caracterizan al resto de las comarcas de la región.

El reciente poblamiento del Area Metropolitana y el que la práctica totalidad de los residentes de esta comarca sean emigrantes están en consonancia, por lo demás, con el acusado grado de juventud de sus componentes demográficos, superior al de Madrid y, sobre todo, al del resto de la región. Formados en su mayoría por matrimonios jóvenes con hijos, los residentes del Area Metropolitana presentan igualmente una proporción entre sexos y una tasa de fecundidad mayor que la registrada en la gran urbe y en el conjunto regional, lo que hace que su crecimiento vegetativo y su requerimiento de viviendas sean los más altos de la Comunidad de Madrid y que, por mucho que se hayan frenado en la actualidad los movimientos migratorios, su desarrollo residencial continúe en ascenso. Y ello, aunque el número de viviendas vacantes en esta comarca sea bastante elevado debido al exceso de oferta y al continuo desequilibrio que existe en toda la región entre los precios de venta de los inmuebles y el poder adquisitivo de sus virtuales ocupantes. Ya en 1981, las viviendas vacantes representaban un 12,5% del parque total censado (COPLACO, 1981: 45), pero en 1991 este porcentaje asciende a un 14,5%, excluido Madrid, y a un 13,3%, incluida la capital (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 233-235).

En otro orden de cosas, hay que destacar que no pocos de los emigrantes asentados en determinados barrios de los municipios más poblados del Area Metropolitana han contribuido, en cierto modo, a trasladar a éstos caracteres culturales de sus lugares de origen. Ello se aprecia, sobre todo, en los nuevos elementos que introducen en las fiestas metropolitanas los emigrantes procedentes de Andalucía y Extremadura. En efecto, los primeros, además de incorporar elementos innovadores en el ceremonial metropolitano, han llegado a crear nuevas fiestas. Esto último es lo que sucede, entre otras poblaciones, en Húmera, donde desde hace seis años se celebra anualmente una romería rociera una semana antes del Rocío andaluz, como preparación al mismo, organizada por la Asociación Rociera Local.

Tras el Area Metropolitana, aun cuando a una marcada distancia, Guadarrama es la segunda comarca de la región con un mayor número de residencias principales. Ello obedece a la importante transformación de segundas viviendas en primeras que se opera en esta zona debido al aumento de la significación de las migraciones pendulares, a la búsqueda de una mejor calidad de vida y más en contacto con la naturaleza que definen las opciones residenciales de los madrileños a partir de los años ochenta, al costo del suelo en Madrid y su área inmediata de influencia y a la imposibilidad creciente de mantener una doble

habitación que generan la recesión económica y el paro. De manera similar ha influido el que se haya generalizado entre antiguos y actuales campesinos la práctica, habitual en el Area Metropolitana y en otros territorios de máxima penetración urbana, de enajenar y especular con el suelo agrario para su dedicación a usos inmobiliarios. Pero, con mayor relieve que estos factores, el peso de las primeras residencias en Guadarrama lo explica el substancial incremento de población de derecho que tiene lugar en dicha comarca, desde comienzos de los ochenta, a causa del asentamiento de emigrantes que podrían haber sido potenciales habitantes de Madrid y que, por las razones ya expuestas, inhiben esta alternativa e incluso la de dirigirse al resto del Area Metropolitana. La paralización del crecimiento experimentada por el conjunto del Area Metropolitana desde finales de la década de los ochenta, la intensificación de la penetración urbana que se desarrolla fuera de ese ámbito, coincidiendo con tales años, y el menor coste de suelo que, salvo en municipios concretos ocupados masivamente por segundas residencias, presenta Guadarrama están en relación directa con el alejamiento de los emigrantes del territorio metropolitano y su llegada a esta comarca serrana.

En este sentido, hay que destacar que la población de derecho de Guadarrama pasa de 46.368 efectivos en 1970 (Terán, 1977: 166) a 109.779 en 1993 (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 44-46); lo que supone una densidad media de 5.228 habitantes por municipio y, a nivel comarcal, de 101,5 por Km². Si bien cuatro localidades no superan los 1.000 efectivos -Zarzalejo, Santa María de la Alameda, Fresnedillas y Valdemaqueda-, la mayoría de la comarca se sitúa entre 2.000 y 4.000 habitantes, mientras que en seis municipios -Collado-Villalba, Galapagar, San Lorenzo de El Escorial, Guadarrama, TorreloDONEs, El Escorial- se concentra el grueso de la población de Guadarrama. Básicamente, estos últimos municipios responden de que el censo de residencias permanentes haya aumentado en un 56,2%, de 1960 a 1991, y la población de derecho en un 136,7%, entre 1970 y 1993. Y, a la par, los mencionados municipios determinan el elevado índice de desocupación de viviendas principales que se genera en esta comarca al calor de las expectativas de especulación inmobiliaria suscitadas por el incesante desarrollo del tejido urbano. En 1991 el número total de residencias principales se sitúa en 27.755, con una media municipal de 1.321,6; en tanto que las viviendas desocupadas ascienden a 7.271, es decir, a un valor medio por municipio de 151,4 (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 233-235).

En oposición a Guadarrama y, sobre todo, al Area Metropolitana, el número de primeras residencias en Lozoya-Somosierra no sólo es el más bajo de la región, sino que resulta indicativo de la despoblación de esta comarca, del escaso desarrollo vegetativo que conlleva la avanzada edad de sus habitantes y de su limitado crecimiento urbano. Aunque, con sus cuarenta y ocho municipios, Lozoya-Somosierra es el ámbito regional con más núcleos habitados, en 1993 sólo reúne una población de derecho de 31.701 efectivos, con una densidad media, a nivel municipal, de 661 personas y, a escala comarcal, de 20,6 por Km² (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 44-46). Vinculado a ello, las 9.322 viviendas principales de esta comarca en 1991, con una media municipal de 194,2, únicamente representan un 0,6% del total de las censadas bajo la misma categoría en la región (Comunidad de Madrid, 1993a:

233-235). Y, al tiempo, la comparativamente escasa actividad especulativa, característica del sector inmobiliario de este área, da cuenta de unas tasas de desocupación residencial que se sitúan muy por debajo de las imputadas al resto de la región. Sus 2.638 viviendas vacantes en 1991, con una media de 54,9 a nivel municipal, suponen un 1,2% del conjunto de las que se encuentran en igual situación a escala regional (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 233-235).

Bien comunicada con la capital, a través de la carretera que une ésta con Irún y del ferrocarril Madrid-Burgos, así como con los costes de suelo más baratos de la región, Lozoya-Somosierra viene a demostrar, empero, que en la Comunidad Autónoma madrileña el desarrollo del sector inmobiliario también marcha de la mano del asentamiento previo de industrias y, especialmente, de servicios. Por mucho que, como hemos señalado en el Área Metropolitana, la menor carestía del suelo y de la vivienda representen factores decisivos para el **asentamiento residencial**, tales condicionantes no operan igual en todas las comarcas. Mientras que esta ley se cumple con regularidad en las zonas que cuentan, al menos, con una cierta expansión del sector terciario y secundario, no ocurre lo mismo en las áreas en que dicho desenvolvimiento resulta precario o apenas existe. Este fenómeno se observa, al tiempo, en el interior de cada comarca y define las diferencias intracomarcales que presentan las diversas comunidades, incluso, en la propia Lozoya-Somosierra. Aquí, los municipios próximos a centros industriales o de servicios y, singularmente, los que cumplen esta función registran los mayores índices de localización residencial y poblacional de la comarca, a la vez que son los causantes del relativo despegue demográfico y urbano acusado por Lozoya-Somosierra de 1970 a la actualidad.

Efectivamente, el aumento en un 36,4% de la población de derecho de esta comarca, entre 1970 y 1993, es inseparable del incremento demográfico de diez de sus municipios –sobre todo, de San Agustín de Guadalix, El Molar, Soto del Real, Miraflores de la Sierra y Torrelaguna–. Aunque los mismos no sobrepasan los 4.000 efectivos, compensan en bastante medida el que el 62,5% de los municipios de Lozoya-Somosierra no supere en su término los 400 habitantes. En relación a estos últimos y a otros municipios de la comarca, los primeros, generalmente contiguos o bien comunicados con la carretera Nacional I, actúan como polos de atracción. Es más, funcionan como focos de absorción de ciertas migraciones, procedentes de áreas cercanas de otras regiones, que, en determinados casos, se asientan de manera definitiva en la comarca y que, la mayoría de las veces, la utilizan de plataforma para, posteriormente y sin llegar a formalizar su inscripción censal en los municipios de acogida, trasladarse a núcleos más urbanizados de la región. Gracias, por otro lado, a estos diez municipios con mayor desarrollo urbano, el nivel de poblamiento y de actividad inmobiliaria, industrial y terciaria de Lozoya-Somosierra resalta sobre el que poseen otras áreas contiguas de Castilla-La Mancha y Castilla-León, más alejadas y peor comunicadas respecto a Madrid. Si la comparamos con ellas, como con la tierra de Ayllón, su tejido urbano se convierte en un elemento claramente diferenciador, por mucho que lo sea en sentido negativo frente a otros territorios de la Comunidad Autónoma madrileña, más influidos por la descongestión y el

crecimiento de la capital.

En cualquier caso, el ligero desarrollo urbano y demográfico que experimenta esta comarca a partir de los años ochenta no contrarresta las pérdidas de población acusadas, especialmente, de 1950 a 1970 por efecto de la emigración. Entre estos años, un 13,2% de sus efectivos demográficos emigra en dirección a Madrid y su Area Metropolitana, pasando su población de 26.765 habitantes a 23.235 (Terán, 1977: 65). Además, como resultado de esa emigración, numerosos municipios –Madarcos, La Hiruela, La Puebla, El Atazar, La Acebeda, Cervera de Buitrago, Horcajuelo de la Sierra, La Puebla de la Sierra y Robledillo de la Jara– no han logrado remontar su marginalidad demográfica y socioeconómica dentro de la región madrileña.

Sensiblemente superiores a los valores de Lozoya–Somosierra, aun cuando sean los segundos más bajos de la región, los índices de residencias primarias que distinguen a la Campiña responden más a un crecimiento por inmigración que por evolución natural de la población de origen. A diferencia del Area Metropolitana, muchos de sus inmigrantes no proceden, sin embargo, de Madrid, por mucho que este punto de partida sea importante, sino de otros núcleos cercanos de dentro y fuera de la región. Así, por mediación de esta inmigración de corto radio, numerosos residentes de Arganda, Loeches y Campo Real provienen de Cuenca y de diversos municipios madrileños limítrofes; mientras que otros tantos efectivos de Meco, Villalbilla y Torres de la Alameda son oriundos de Guadalajara y de distintas localidades próximas de la comarca que no disponen de una oferta suficiente de empleo urbano. Desde la Campiña, los inmigrantes asentados en ella suelen, no obstante, protagonizar movimientos pendulares en dirección a ciertas localidades inmediatas del Area Metropolitana –principalmente, Alcalá de Henares, Alcorcón y Getafe– que desplazan en buena medida los viajes a Madrid. Pero, junto con tales migraciones de ida y vuelta, los municipios con mayor desarrollo urbano de la Campiña, los más cercanos y mejor comunicados respecto a Madrid, son también objeto de los movimientos pendulares que, desde otras localidades de la comarca, se dirigen hacia ellos; lo que, sin duda, ha contribuido a no saturar los primeros y a no despoblar en exceso las segundas.

Con unos niveles medios de desocupación residencial, los habitantes de derecho de la Campiña ascienden en 1993 a 74.445 –un 109,9% más que en 1970 (Terán, 1977: 72)– y las viviendas de primera habitación a 18.997 en 1991 (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 233–235). Pero, los cuatro núcleos de este área con mayor expansión urbana –Arganda, Algete, Meco y Torres de la Alameda– concentran el 62,1% del total de la población de derecho comarcal y, en la misma proporción, el grueso de su parque inmobiliario de residencias permanentes. Ello permite que, en los mismos años, la densidad media de población por Km² se sitúe en 75,3 personas y la municipal en 2.482, así como que los valores medios por municipio de viviendas principales alcancen las 633,2 unidades. Ni los valores absolutos ni las cifras medias de población y vivienda de esta comarca serían explicables sin la aportación de los citados municipios, ya que doce –el 40% del total– de las localidades de la Campiña no sobrepasan en cada una de sus demarcaciones los 600 habitantes.

Algete tipifica las grandes transformaciones experimentadas por los municipios de la Campiña que han registrado un mayor desenvolvimiento urbano. Lo mismo que la mayoría de los núcleos contiguos al Area Metropolitana, Algete poseía en 1950 una actividad predominantemente agraria. Sin embargo, a partir de esta fecha, con la aparición de nuevas alternativas productivas en la construcción y la instalación de algunas industrias, se inicia una progresiva expansión demográfica y una importante e intensa enajenación de superficie agraria. Tal proceso, que se acelera desde finales de los años setenta debido a la saturación del suelo industrial de Alcobendas –Area Metropolitana– y al reflujo de población procedente de la capital que busca emplazamientos limítrofes, se consume a mediados de los ochenta, convirtiendo a este municipio en un relevante centro industrial y de servicios, que arrastra tras de sí un volumen substancial de residentes permanentes. De 1.150 habitantes de derecho en 1960, pasa a 11.461 en 1993 (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 44–46; Estebáñez, 1979: 519).

Con referencia a los valores extremos de penetración residencial que presentan, por un lado, el Area Metropolitana y Guadarrama y, por otro, Lozoya–Somosierra y la Campiña, las Vegas y la comarca Suroccidental se sitúan en posiciones intermedias.

Aunque la población de derecho y las residencias permanentes de las Vegas se han mantenido bastante estacionarias de 1970 a 1993, con un incremento demográfico entre esos años de sólo el 19,2% (Terán, 1977: 210), el emplazamiento de primeras viviendas en esta comarca es el tercero más sobresaliente de la región. El crecimiento urbano sostenido y paulatino que registran con anterioridad a 1970 Aranjuez, Ciempozuelos, Villarejo de Salvanés, Morata de Tajuña, Colmenar de Oreja y San Martín de la Vega dió lugar en su momento a ese importante parque inmobiliario. Estos municipios, los de mayor concentración urbana de la comarca, aparte de recibir numerosos inmigrantes de su propia comarca, absorbieron otros tantos residentes de Madrid y de Cuenca; y hoy, aun cuando a menor ritmo, continúan expandiéndose sobre la captación del mismo tipo de efectivos. Punto de salida y de llegada de muchos movimientos migratorios pendulares, tanto en el pasado como en presente, estas localidades explican el mayor equilibrio demográfico y residencial que posee esta comarca respecto a las del resto de la región, presentando un nivel inferior de despoblación y saturación municipal.

Asociado a esto último, pocos son los núcleos de las Vegas, como luego también veremos en la comarca Suroccidental, que se desvían de las medias municipales de población de derecho y viviendas permanentes. De este modo, los 92.090 habitantes de derecho, que se ubican en 1993 en las Vegas, y las 25.899 residencias, que constituyen en 1991 su parque inmobiliario de ocupación permanente, se distribuyen bastante equitativamente (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 44–46, 233–235). Por mucho que destaquen los picos de los seis núcleos mencionados, la mayor parte de las localidades se aproxima a las 1.233,2 viviendas y a los 4.386 habitantes de media municipal, no apartándose tampoco demasiado de los valores medios de densidad por Km² que se sitúan en 71,06 efectivos.

El hecho de que el crecimiento poblacional de las Vegas, casi la mitad del de Lozoya–

Somosierra, haya sido el más bajo de la región entre 1970 y 1993 ayuda a entender, por lo demás, el elevado índice de desocupación de viviendas de primera habitación que distingue a esta comarca. Sus 6.164 residencias desocupadas en 1991, con una media municipal de 293,5 inmuebles, la convierten, detrás del Área Metropolitana, en la segunda comarca de la región con mayor número de viviendas vacías. El desajuste, por tanto, entre las previsiones de crecimiento residencial y el desarrollo demográfico real ha sido más que remarcable. Tras la enajenación de substanciales extensiones de suelo agrario, las empresas inmobiliarias han visto frustrados en buena medida sus planes especulativos. Sin duda, el considerable parque inmobiliario de carácter permanente, que ya tenía esta comarca antes de los años setenta, hizo albergar la idea de obtener superiores cotas futuras de expansión residencial.

En contraste con las Vegas, la comarca Suroccidental crece básicamente, igual que la Campiña y Guadarrama, a lo largo de las dos últimas décadas con la llegada de inmigrantes de Madrid y áreas limítrofes de otras regiones. Entre 1970 y 1993 aumenta la población de derecho en un 110,7% (Terán, 1977: 74-75). Asimismo, dentro de este territorio, los municipios que poseen máximas concentraciones urbanas actúan además como focos de atracción para el resto de las localidades de su comarca. Este es el caso de Humanes, Navalcarnero, Valdemoro, El Alamo, Griñón, San Martín de Valdeiglesias, Valdemorillo y Villa del Prado, en los que los inmigrantes de Toledo vienen a sumarse a los de Madrid y a los del propio ámbito comarcal. Al tiempo, tales localidades acogen y promueven movimientos migratorios pendulares, que generan similares fenómenos a los ya descritos en las Vegas. De esta forma, los 82.780 habitantes de derecho, censados en 1993, y las 22.017 residencias principales, existentes en 1991, presentan unas medias municipales de 4.386 efectivos y de 710,2 viviendas que introducen pocas variaciones locales, salvando el caso de los ocho núcleos más arriba citados (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 44-46, 233-235). Ello es extensible, por igual, a los valores medios de densidad demográfica que se sitúan en 70,9 habitantes por Km².

En cualquier caso, el rápido despegue urbano de los ocho municipios más poblados de la comarca ha suscitado marcados niveles de desocupación de viviendas permanentes. Alimentada por esa intensa expansión urbana y por las abultadas ganancias deparadas por la venta de viviendas, la oferta inmobiliaria, aparte de sufrir los efectos de la recesión económica y de la paralización de los movimientos migratorios, ha marchado demasiado por delante de la ocupación real. A consecuencia de esto, 5.337 residencias de primera habitación se encontraban vacantes en 1991, con una media de desocupación municipal de 172,1 viviendas (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 233-235).

Por último, debe destacarse que, igual que ya señalamos en el Área Metropolitana, en la comarca Suroccidental se observa que determinados municipios, receptores de emigrantes de otras regiones, han incorporado a su vida cotidiana y, especialmente, a su ceremonial ciertos rasgos culturales propios de tales colectivos. En esta línea, algunos vecinos de Cubas, procedentes de Villanueva de Córdoba, han creado recientemente la romería de la Virgen de la Luna, a imitación de la del Rocío.

TABLA 29

POBLACION DE DERECHO. CIFRAS ABSOLUTAS Y MEDIAS COMARCALES. 1993

AREAS	Valores Absolutos	Medias Comarcales
Región de Madrid	5.065.710	_____
Area Metropolitana con Madrid	4.674.915	166.967,2
Area Metropolitana sin Madrid	1.636.938	60.627,3
Guadarrama	109.779	5.227,5
Vegas	92.090	4.385,2
Suroccidental	82.780	2.670,3
Campaña	74.445	2.481,5
Lozoya-Somosierra	31.701	660,4

Fuente: Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 44-46. Elaboración propia

TABLA 30

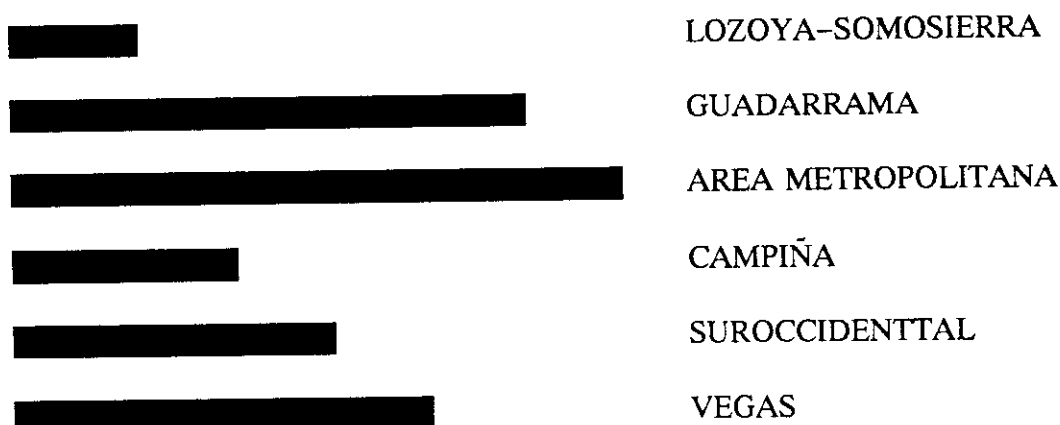
PARQUE DE VIVIENDAS PRINCIPALES Y DESOCUPADAS. VALORES ABSOLUTOS Y MEDIAS COMARCALES. 1991

AREAS	VIVIENDAS PRINCIPALES		VIVIENDAS DESOCUPADAS	
	Valores Absolutos	Medias Comarcales	Valores Absolutos	Medias Comarcales
Región de Madrid	1.508.026	_____	213.534	_____
Area Metropolitana con Madrid	1.404.036	50.144,1	187.467	6.695,2
Area Metropolitana sin Madrid	430.273	15.936,0	62.658	2.320,6
Guadarrama	27.755	1.321,6	7.271	151,4
Vegas	25.899	1.233,2	6.164	293,5
Suroccidental	22.017	710,2	5.337	172,1
Campaña	18.997	633,2	4.657	155,2
Lozoya-Somosierra	9.322	194,2	2.638	54,9

Fuente: Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 233-235. Elaboración propia.

GRAFICO .1

VIVIENDAS DE PRIMERA RESIDENCIA



3.1.2.- VIVIENDAS SECUNDARIAS

El Area Metropolitana y, principalmente, Guadarrama son las comarcas que registran un mayor asentamiento de segundas residencias. Tras ellas se sitúan, en orden de importancia decreciente, la comarca Suroccidental, las Vegas, Lozoya-Somosierra y la Campiña.

La idónea aptitud del medio físico de Guadarrama para actividades de esparcimiento y recreo ha condicionado desde principios de siglo una progresiva localización de segundas residencias. Este emplazamiento alcanza en 1991 un total de 48.052 unidades y una media municipal de 2.288,1 viviendas que se distribuye bastante equilibradamente entre el conjunto de las localidades de la comarca (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 233-235). Aun cuando sobresalen, por exceso, los valores de Collado-Villalba, Guadarrama, El Escorial y Galapagar y, por defecto, los de Fresnedillas, Valdemaqueda y Zarzalejo, todos los municipios de Guadarrama han experimentado desde los años setenta un crecimiento notable de su parque de residencias secundarias y cuentan en la actualidad con un número considerable de ellas.

Lógicamente, allí donde hay un número superior de residencias secundarias se incrementa en mayor medida, durante el verano, los fines de semana y otros periodos de vacaciones, la población de hecho, llegando a quintuplicarse en los municipios con superiores concentraciones de este tipo de viviendas. Sin embargo, no siempre existe una correlación directa entre la cantidad de viviendas de segunda habitación y la absorción de suelo que éstas conllevan. Pese a que este factor obviamente influye y ha sido decisivo hasta los años setenta, a partir de estas fechas pasan a primer plano las características que muestran esas residencias. De esta forma, la construcción de pisos en bloques, que prolifera desde mediados de los setenta, posibilita mucho más que los chalets u otras residencias unifamiliares la concentración en espacios reducidos de un gran número de viviendas y, por consiguiente, de segundos residentes. Esta menor enajenación de suelo tiene lugar, sobre todo, en las localidades - Zarzalejo o Robledo de Chavela- en que más tardíamente se han localizado las viviendas

secundarias. Por contra, tal absorción alcanza niveles máximos en las áreas con funciones tradicionales de esparcimiento –Los Molinos, San Lorenzo de El Escorial o Cercedilla– y que cuentan con colonias de chalets largamente asentadas, que se extienden sobre superficies mucho más amplias que los cascos urbanos de los municipios. Con todo, debe remarcarse que muy a menudo, y singularmente en las localidades con emplazamientos tradicionales de segundas residencias, se combinan ambos tipos de viviendas secundarias.

Por otra parte, como vimos anteriormente y por las razones ya reseñadas al hablar de las viviendas principales del Area Metropolitana, numerosas residencias de segunda habitación de Guadarrama han pasado a ser de uso permanente. Cada vez con más claridad se diseña una fuerte tendencia en tal sentido, que suele ir acompañada de la potenciación de migraciones pendulares que conectan diariamente entre sí diferentes puntos de esta comarca y que la aproximan a Madrid y a distintos puntos del Area Metropolitana. Torreloz, Collado-Villalba y Guadarrama ponen de manifiesto cómo esta conversión consolida, donde se produce, la penetración del tejido urbano. En esta línea, los efectivos urbanos, definitivamente asentados, se transforman en población de derecho y suelen promover iniciativas productivas –en general en el sector servicios– ajenas a las que originariamente se desenvolvían en las áreas de emplazamiento, atrayendo hacia esas actividades población migrante procedente incluso de otras regiones –Ávila, Segovia, Asturias, Galicia–. A la par, acaparan crecientes superficies de suelo para usos urbanos y monopolizan y definen la vida y las relaciones de los municipios en los que se ubican, introduciendo niveles muy importantes de verticalidad.

Por otro lado, el fenómeno de las urbanizaciones ilegales de segunda habitación que tiene lugar en toda la región desde los años ochenta apenas adquiere significación en Guadarrama. Lo limita la especialización de la comarca en usos de segunda residencia y la atenta vigilancia ejercida por los ayuntamientos sobre cualquier iniciativa de parcelación no programada en sus planes urbanísticos. A mediados de la década de los ochenta, sólo las localidades de Hoyo de Manzanares, con 27 Ha. ocupadas, y Santa María de la Alameda, con 7,1 Ha., aparecían afectadas por este tipo de urbanizaciones marginales de segunda vivienda (Domingo, 1984: 36).

Tras Guadarrama, el Area Metropolitana es la segunda comarca de la región con un número superior de segundas residencias. Estas, mayoritariamente localizadas en la corona más exterior del territorio metropolitano, ascendían en 1991, exceptuando a Madrid, a 16.886 unidades, con una media municipal de 625,4 viviendas, e incluyendo a la capital a 60.577 (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 233–235). No obstante, tanto en Madrid como en otros municipios metropolitanos –Colmenar Viejo, Alcalá de Henares, Pozuelo de Alarcón, Las Rozas–, que poseen un elevado número de segundas viviendas, este uso residencial no se orienta preferentemente hacia el esparcimiento sino en base al desarrollo de una actividad especulativa. El objetivo de tal actividad, propiciada por el continuo aumento de los precios de venta y alquiler del mercado inmobiliario, es revalorizar capitales invertidos en viviendas que llegan a venderse incluso al doble de su valor de adquisición inicial o que, de no enajenarse, rinden por su arrendamiento unos altos beneficios fijos. Así y todo, junto a esta

orientación especulativa, otros municipios del Area Metropolitana con amplias zonas de alto valor ambiental están manifiestamente especializados en usos de segundas residencias de ocio. Este es el caso, por ejemplo, de Villanueva del Pardillo, poco poblado de derecho pero con una importante población de hecho, que acude durante los periodos de descanso laboral a las lujosas y extensas urbanizaciones de viviendas unifamiliares, ubicadas dispersamente en su término municipal. Frente a estos dos usos, la conversión de residencias secundarias en principales adquiere en el Area Metropolitana la mayor magnitud de la región.

Mucho es lo que dista, por tanto, entre los usos actuales de segunda residencia que presenta el Area Metropolitana y la función que, a primeros de siglo, asignaba a esta comarca el plan de ordenación urbana formulado por el GATEPAC. Mediante esta actuación urbanística, se trataba de favorecer que los empleados de la industria y los servicios de Madrid pudieran disfrutar los domingos de la naturaleza y del ejercicio físico. Con ello se pretendía, habilitando de modo especial las riberas del Jarama, poner al alcance de la población trabajadora madrileña lo que, hasta el momento, era sólo privilegio de las clases más acomodadas instaladas en Chamartín y el arco norte de la capital⁵⁶.

Por otro lado, las urbanizaciones ilegales poseen bastante más relieve en el Area Metropolitana que en Guadarrama. Tres de sus municipios –Colmenar Viejo, Mejorada del Campo y San Fernando de Henares– veían afectadas, a mediados de los ochenta, más de 100 Ha. de su suelo rústico por esta ocupación marginal; mientras que Paracuellos del Jarama lo era en 66 Ha. y Villanueva de la Cañada en 53,9 Ha. (Domingo, 1984: 36). En la actualidad, sin embargo, muchas de las actuaciones ilegales del Area Metropolitana han ido regularizando su situación jurídica, tras introducir recalificaciones de suelo y ciertas mejoras de infraestructuras, pactadas con los órganos de gestión competentes de la Comunidad de Madrid. Por contra, algunas han sido derribadas por orden municipal y de la Administración Autonómica, y otras tantas han logrado imponer su presencia por vía judicial o por la propia fuerza de la creación de una situación de hecho, difícil de negar y limitar.

El descenso del poder adquisitivo de los potenciales usuarios de segundas viviendas, el alto precio del suelo urbano y urbanizable del Area Metropolitana y de Guadarrama y, en suma, la vertiginosa multiplicación de la demanda de tal tipo de usos residenciales en el conjunto de la región provocan, por lo demás, desde comienzos de los ochenta, una extensión de este fenómeno a muy distintos puntos del territorio regional. Lo mismo que, dentro de las dos comarcas con mayor presencia de viviendas secundarias, estos factores condicionan de forma decisiva que se diversifique la oferta y la demanda inmobiliaria, extendiéndose de los municipios más consolidados en este sentido a otros que tradicionalmente no disponían de tales usos, en el ámbito de la región nuevos enclaves comarcales asumen dicha opción residencial.

La comarca Suroccidental es el nuevo territorio que más pronto y de manera más intensa cobra funciones de segunda vivienda. Aprovechando las primeras estribaciones de Gredos y los pantanos del Alberche y del Cofío y, esencialmente, a partir de los municipios menos accesibles a la industria, esta zona está llamada a continuar el eje residencial abulense de

Cebreros, El Tiemblo y las Navas del Marqués. Su parque de residencias secundarias en 1991, constituido en buena medida por pisos, es ya de 16.601 viviendas, con una media municipal de 535,5 unidades (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 233–235). Por encima de estos valores medios se sitúan El Alamo, Pelayos de la Presa, Villa del Prado y, sobre todo, San Martín de Valdeiglesias y Valdemorillo, que reúnen el 53,5% del total de las residencias de segunda habitación de la comarca; quedando el resto de los municipios por debajo de la citada media. Aunque en el conjunto de las localidades de la comarca las segundas viviendas responden al aumento de población de hecho que experimenta este área en los periodos de descanso laboral, tal incremento se vuelve especialmente sobresaliente en los municipios con mayor número de residencias secundarias, máxime si tenemos en cuenta los efectivos atraídos por la economía de servicios que dicho parque inmobiliario genera. Así, en Valdemorillo esta población de hecho conforma barrios enteros.

Por lo que respecta a las urbanizaciones ilegales, esta comarca cuenta con los terceros valores más altos de la región, si bien no pocas de ellas han regularizado ya su situación legal. En cuatro de sus municipios –Batres, Cenicientos, Valdemorillo y Villa del Prado– esta ocupación marginal superaba las 100 Ha. a mediados de los ochenta, mientras que el suelo rústico de cinco localidades más se veía afectado en un total de 77,3 Ha. (Domingo, 1984: 36).

Junto a la comarca Suroccidental, las Vegas define los valores regionales medios de residencias secundarias, siendo el segundo territorio de la Comunidad de Madrid con mayor aumento relativo de este tipo de viviendas desde el inicio de los ochenta. Su parque inmobiliario de segundas residencias alcanza las 8.842 en 1991, con una media municipal de 421 unidades (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 233–235), superada por Carabaña, Chinchón, Orusco, San Martín de la Vega y, singularmente, por Colmenar de Oreja. En tres de estos municipios –Colmenar de Oreja, Chinchón, San Martín de la Vega– se soporta asimismo más de 100 Ha. de utilización ilegal, lo que, unido a las similares superficies ocupadas que existen en Brea del Tajo, Fuentidueña del Tajo, Perales de Tajuña, Titulcia y Villarejo de Salvanés, conforma a esta comarca como la de mayor actividad inmobiliaria marginal de toda la región.

Por su parte, Lozoya–Somosierra tampoco ha permanecido al margen del desarrollo que adquieren las residencias secundarias en el conjunto de la región, por mucho que las deficiencias de sus servicios comunitarios constituyan un notable obstáculo para tal implantación. Pese a que se sitúa en el segundo valor más bajo de todo el territorio regional, sus viviendas secundarias, de suponer en 1970 un 34,9% del total del parque inmobiliario residencial de la comarca (Terán, 1977: 210), pasan a ocupar en 1991 un 56,1% del mismo, ampliando substancialmente el espacio urbanizable. En este año se censan 15.304 residencias de segunda habitación, con una media municipal de 318,8 unidades (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 233–235). Estos valores medios los sobrepasan quince municipios y, dentro de ellos, muy especialmente Guadalix de la Sierra, La Cabrera, Miraflores de la Sierra, El Molar y Soto del Real, altamente especializados en usos de segunda vivienda y bien comunicados

con la capital. Y aun cuando el 66,6% de las localidades de la comarca no llega a esa media municipal, su expansión residencial, muchas veces impulsada por antiguos residentes de derecho de los pueblos o por hijos de los que todavía permanecen, ha permitido a bastantes núcleos evitar la despoblación y la ruina y salir de la depresión y marginación en la que se hallaban antes de los años ochenta. La considerable población de hecho asentada en dichos núcleos y la economía de servicios y construcción creada por las viviendas secundarias, infinitamente más próspera que la actividad agraria, lo han hecho posible.

La utilización de Lozoya-Somosierra como espacio de ocio de Madrid está favorecida sin duda alguna por la calidad de muchos de sus paisajes naturales –hayedo de Montejo de la Sierra, pinares de La Acebeda– y, sobre todo, por sus áreas forestales y de montaña. Sin embargo, el crecimiento residencial experimentado por la comarca a raíz de la década de los ochenta, en parte como continuación de las iniciativas inmobiliarias de la contigua Guadarrama, ha deteriorado seriamente sus buenas condiciones medio ambientales. Esto se pone singularmente de manifiesto con las urbanizaciones ilegales, cuya superficie, con un total de más de 430 Ha., se extendía ya a mediados de los años ochenta por once municipios, estando tres de ellos –Pedrezuela, Torrelaguna, Torremocha del Jarama– afectados en más de 100 Ha. cada uno.

Por último, la Campiña es la comarca con menor implantación regional de segundas residencias. Estas, que en 1991 ascendían a 8.341, con una media municipal de 278 unidades, se localizan preferentemente en las áreas de menos expansión industrial y más alejadas de tales focos. Salvando el caso de Arganda, esto es lo que ocurre en todas las localidades que superan esa media municipal, es decir, en Pezuela de las Torres, Ribatejada, Valdetorres del Jarama, Valdilecha, Villar del Olmo, Fresno de Torote, Fuente el Saz, Talamanca del Jarama y, especialmente, en Villalbilla y Nuevo Baztán. Además en la mayoría de estos municipios se ubican urbanizaciones ilegales que sobrepasan las 100 Ha., y que, por otro lado, sumadas a las existentes en cuatro localidades más, hacen que esta comarca, con aproximadamente 800 Ha. ocupadas, se sitúe en el segundo lugar más importante de la región por su actividad inmobiliaria marginal.

TABLA 31

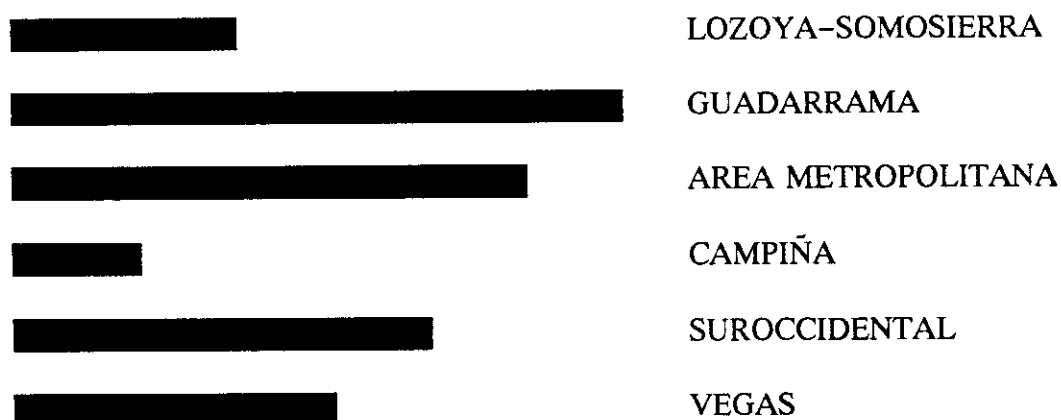
PARQUE DE VIVIENDAS SECUNDARIAS. VALORES ABSOLUTOS Y MEDIAS COMARCALES. 1991

AREAS	VIVIENDAS SECUNDARIAS	
	Valores Absolutos	Medias Comarcales
Guadarrama	48.052	2.288,1
Area Metropolitana con Madrid	60.577	2.163,4
Area Metropolitana sin Madrid	16.886	625,4
Suroccidental	16.601	535,5
Vegas	8.842	421,0
Lozoya-Somosierra	15.304	318,8
Campiña	8.341	278,0

Fuente: Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 233-235. Elaboración propia.

GRAFICO 2

RESIDENCIAS SECUNDARIAS



3.1.3.- SECTOR TERCIARIO Y SECUNDARIO

Frente a la actividad agraria, fuertemente limitada desde los años setenta, la economía del sector secundario y del terciario domina con claridad en las distintas comarcas de la región. En todas ellas, el empleo y el valor añadido bruto que generan los servicios superan con creces cuanto aporta la industria y, sobre todo, la construcción. Sumando las cifras de población ocupada que registran estos tres sectores no agrarios de la economía regional,

observamos que en el conjunto de los municipios del Area Metropolitana dichos efectivos representan más del 85% del total de la mano de obra empleada y que este mismo porcentaje de ocupación resulta extensible a un 95,1% de las localidades de Guadarrama, a un 83,7% de los núcleos de la comarca Suroccidental, a un 79,9% de los de la Campiña, a un 66,6% de los de las Vegas y a un 54% de los de Lozoya-Somosierra (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 145-147). Esta distribución comarcal se aprecia con más detalle en la tabla siguiente:

TABLA 32

PORCENTAJES MUNICIPALES DE POBLACION OCUPADA. DISTRIBUCION POR TRAMOS PORCENTUALES. 1991

AREAS	POBLACION OCUPADA. PORCENTAJES							
	>95	>90-<95	>85-<90	>80-<85	>75-<80	>70-<75	>60-70	>40-<60
Area Metropolitana	92,5	7,4	—	—	—	—	—	—
Guadarrama	71,4	19,0	4,7	—	4,7	—	—	—
Suroccidental	38,7	22,5	22,5	9,6	3,2	3,2	—	—
Campiña	36,6	20,0	23,3	3,3	6,6	6,6	3,3	—
Vegas	9,5	33,3	23,8	14,2	9,5	4,7	4,7	—
Lozoya-Somosierra	12,5	14,5	27,0	10,4	16,6	8,3	8,2	2,0

Fuente: Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 145-147. Elaboración propia.

El contraste de tales cifras de población ocupada con las existentes en 1970 deja sumamente patente, por lo demás, el crecimiento que desde esta fecha a la actualidad han conocido los sectores económicos no agrarios de las diferentes comarcas de la región. Si exceptuamos a la Campiña, donde la expansión de los servicios, la industria y la construcción, ya importante antes de ese año, ha variado poco, este desarrollo resulta muy intenso en el Area Metropolitana, Guadarrama y la comarca Suroccidental, suavizándose en Lozoya-Somosierra y, especialmente, en las Vegas. En 1970 el 88,5% de la mano de obra del Area Metropolitana y el 79,9% de la de la Campiña estaba empleada fuera del sector agrario; suponiendo este mismo porcentaje un 69,3% en Guadarrama, un 63,2% en la comarca Suroccidental, un 62,7% en las Vegas y un 45,7% en Lozoya-Somosierra (Terán, 1977: 193).

Por otra parte, no es casual que, a excepción de las Vegas, donde se ha acometido una profunda reconversión industrial, las comarcas y, dentro de ellas, los municipios -zona sur del Area Metropolitana, Alcalá de Henares, Fuenlabrada, Parla- con mayor población ocupada en sectores no agrarios sufran hoy las tasas de paro más altas de la región. Aunque no se puede afirmar que al sector agrario no le afecte el desempleo, los índices de paro que acusan los asalariados del campo no resultan ni comparables con los que registran la industria, los

servicios y, singularmente, la construcción. Además el fenómeno del paro se asienta preferentemente en los territorios en que había mayores expectativas de crecimiento, dados los altos volúmenes de inmigrantes recibidos y los proyectos de futuro contemplados por la Administración Autonómica y el capital financiero. Es la circunstancia de gran parte de la zona sur del Area Metropolitana, así como también, dentro de ella, del barrio de Villaverde en Madrid, de Pinto y Alcalá de Henares.

TABLA 33

POBLACION PARADA POR COMARCAS. VALORES ABSOLUTOS Y MEDIAS MUNICIPALES. 1992

AREAS	Valores Absolutos	Medias Municipales
Area Metropolitana con Madrid	200.832	7.172,5
Area Metropolitana sin Madrid	73.977	2.739,8
Vegas	4.425	210,7
Guadarrama	3.886	185,0
Suroccidental	3.808	122,8
Campaña	3.091	103,0
Lozoya-Somosierra	1.280	26,6

Fuente: Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 127-129. Elaboración propia.

3.1.3.1.- Servicios

Guadarrama y, sobre todo, el Area Metropolitana son los territorios que registran una mayor penetración del sector terciario. Tras ellos, la comarca Suroccidental ha experimentado en la última década un fuerte crecimiento de su economía de servicios; mientras que la Campaña prácticamente mantiene los niveles adquiridos con anterioridad a los años setenta. Por su lado, Lozoya-Somosierra y, singularmente, las Vegas, sin haber permanecido al margen del desarrollo adquirido por el terciario en todo el territorio regional desde mediados de los años setenta, mantienen los valores más bajos de la región.

De la magnitud y cuantía de los equipamientos, los establecimientos comerciales, las empresas de servicios y las infraestructuras que se localizan en el Area Metropolitana da cuenta el importante volumen de mano de obra empleada en su sector terciario. En 1991 más del 44% del total de la población ocupada del 96,2% de los municipios metropolitanos trabaja en los servicios (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 145-147). Es más, un 48,1% de estos municipios -Alcobendas, Alcorcón, Boadilla del Monte, Brunete, Madrid, Majadahonda,

Móstoles, Paracuellos del Jarama, Pozuelo de Alarcón, Rivas-Vaciamadrid, Las Rozas, Villanueva de la Cañada, Villaviciosa de Odón- cuenta con una población empleada en el terciario que supera el 61% de la que posee, bajo el mismo concepto, el conjunto de sus sectores económicos. A esta población ocupada, censada como tal dentro del Area Metropolitana, hay que agregar, por lo demás, un alto porcentaje de mano de obra que, empleada en los establecimientos, equipamientos e infraestructuras de la comarca, reside fuera de ella y acude diariamente a sus puestos de trabajo metropolitanos desde el lugar donde aparece registrada. Todas las comarcas de la región son emisoras netas de emigrantes de ida y vuelta hacia los servicios metropolitanos. No resulta difícil comprobarlo, si nos fijamos en el desfase general existente en las distintas comarcas entre el número de establecimientos del terciario y las cifras de mano de obra en él ocupada.

Aunque, la instalación de equipamientos colectivos e infraestructuras en el Area Metropolitana no ha ido en paralelo a la fuerte expansión de los efectivos demográficos, observándose graves ausencias en los municipios metropolitanos de la zona sur, en esta comarca, en gran medida para solucionar los déficits de Madrid, se ubica la mayoría del viario regional, de las centrales de energía y de los centros de transporte, ocio, educación, cultura, deporte y sanidad. A la abultada facturación económica que generan estos servicios, infinatamente superior a la existente en otras comarcas, hay que añadir en especial la que producen las diversas empresas de servicios, las oficinas bancarias y los establecimientos comerciales detallistas y mayoristas. Estos últimos, promovidos por el diseño de una red de hipermercados que gravita sobre el trazado de las carreteras radiales que parten de Madrid, suman 5.057 comercios en 1991 y, excluido Madrid, 942 unidades, cuya media municipal se sitúa en 34,8 (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 339-341). Mucho mayor, como es lógico, resulta la cifra de comercios minoristas que ascienden en 1991 a 79.366 y, exceptuando a Madrid, a 23.830, con una media municipal de 882,5 unidades (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 311-313). Tanto los establecimientos minoristas como los mayoristas se han incrementado de forma considerable en las dos pasadas décadas, ya que de representar respectivamente el 10,9% y el 6,5% del total de los censados en la región en 1970, sin incluir Madrid, pasan a suponer en 1991 un 18% y un 27,5% (Terán, 1977: 388). Asimismo, el Area Metropolitana es la sede principal de las oficinas dedicadas a la prestación de distintos servicios empresariales -publicidad, informática, asesoramiento jurídico y económico, estudios estadísticos y de mercado-. En 1991 estas oficinas alcanzan 4.861 unidades y, sin contar a Madrid, 335, con una media municipal de 12,4 (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 358-362). Y a la par, el mayor número de agencias bancarias de la región tiene su emplazamiento en el territorio metropolitano. Aun cuando de las 3.068 agencias existentes, se enclava en Madrid el 79,3%, las 633 restantes, con una media municipal de 23,4, sobrepasan en más del doble las registradas en las otras cinco comarcas de la región (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 478-480).

Guadarrama es la segunda comarca de la región con mayor número de población ocupada en el sector terciario. En 1991 más del 44% de la mano de obra empleada del 90,2% de sus

municipios trabaja en los servicios, elevándose este porcentaje por encima del 61% en el 52,3% de los núcleos de la comarca (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 145-147). Dado que en Guadarrama el sector terciario es inseparable de la gran implantación de las segundas residencias, no resulta casual que allí, donde éstas se han extendido más, aumente el porcentaje de efectivos que trabajan en los servicios. De este modo sucede en Alpedrete, Cercedilla, Collado-Mediano, Collado-Villaba, El Escorial, Guadarrama, Hoyo de Manzanares, Los Molinos, Navacerrada, San Lorenzo de El Escorial y Torrelodones. De la importancia del sector terciario en esta comarca habla, al tiempo, el volumen del comercio minorista y mayorista. El primero asciende en 1991 a 1.843 establecimientos, con una media municipal de 87,7 unidades, y el segundo cuenta, también en este año, con 21 centros, lo que supone un valor medio por municipio de 1,0 empresas (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 311-313, 339-341). A ello hay que agregar que una parte más que significativa de la población ocupada en los servicios trabaja en centrales de energía, así como en las 68 agencias de banca y las 24 oficinas de servicios a empresas que posee esta comarca en 1991 (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 478-480).

Tras el Area Metropolitana y Guadarrama, la comarca Suroccidental se coloca en el tercer lugar de la región por la cuantía de su población ocupada en los servicios. En 1991 más del 44,4% de la mano de obra ocupada del 64,4% de sus municipios trabaja en el sector terciario, si bien, a diferencia del Area Metropolitana y de Guadarrama, sólo en un 9,6% de estas localidades -Arroyomolinos, Sevilla la Nueva, Valdemoro- los empleados de los servicios superan el 61% del total de los efectivos ocupados en las distintas actividades económicas de la comarca (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 145-147). Estos empleados del sector terciario ejercen básicamente su actividad en los comercios minoristas que, habiendo crecido respecto a 1984 en un 24,3%, suman en 1991 un total de 1.408 establecimientos, con una media municipal de 45,4 unidades (Comunidad de Madrid, 1985: 278, 1993a, v.II: 311-313). Junto a tales establecimientos, la comarca Suroccidental cuenta en 1991 con 66 comercios mayoristas, 69 filiales bancarias y 25 oficinas de servicios a empresas (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 339-341, 478-480, 358-362).

En la Campiña, el despegue urbano que se genera a partir de los años cincuenta está impulsado, entre otros factores, por un notable desarrollo del sector terciario. En él trabaja en 1991 más del 44% de la población ocupada del 36,5% de los municipios, por mucho que únicamente en un 6,6% de éstos -Ajalvir, Nuevo Baztán- los empleados de los servicios representen más del 61% del total de los efectivos ocupados (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 145-147). Dentro del sector terciario destaca sobre todo la actividad productiva y el empleo que origina el comercio minorista, cuyos establecimientos, habiéndose incrementado en un 52,7% frente a 1984, se elevan en 1991 a 1.271, con una media municipal de 42,3 (Comunidad de Madrid, 1985: 278, 1993a, v.II: 311-313). Paralelamente, entre 1984 y 1991 cobran un ligero relieve el comercio mayorista, las agencias de banca y las oficinas de servicios a empresas.

Por último, Lozoya-Somosierra y, fundamentalmente, las Vegas son los territorios de la

región donde menos ha penetrado el sector terciario.

En Lozoya-Somosierra, pese a que el terciario acoga a más del 61% de la población ocupada del 8,3% de sus municipios –Buitrago, La Cabrera, Rascafría, Soto del Real–, solamente un 29% de éstos se orienta con preferencia hacia una economía de servicios, que en 1991 proporciona trabajo a más del 44% de su mano de obra empleada (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 145–147). Con todo, hay que subrayar que esta economía de servicios, desplazando en buena medida el eminente papel jugado en el pasado por la ganadería y absorbiendo la mano de obra más joven de la comarca, se ha acrecentado substancialmente respecto a los años setenta en todas las localidades, impulsada por las segundas residencias y por la instalación de infraestructuras de ámbito regional como son los embalses. Estos últimos, construidos por el Canal de Isabel II, ofrecen una media de diez puestos de trabajo a cada uno de los núcleos ubicados en sus proximidades –El Atazar, Puentes Viejas, Lozoyuela, Berzosa de Lozoya, Robledillo de la Jara, Cervera de Buitrago–.

Por otra parte, las transformaciones que, antes de la década de los setenta, revolucionan el mercado de trabajo de los municipios con grandes superficies de segundas residencias, consolidadas ya en esas fechas, se extienden más tarde a toda la comarca. Miraflores de la Sierra y Soto del Real son los principales precursores de los cambios que experimentará durante la década de los ochenta las localidades restantes de Lozoya-Somosierra. En el primero de ellos la población ocupada en los servicios representa, ya en 1970, el 45,1% del total de la empleada, tras haber supuesto en 1950 sólo un 15,5%; y en el segundo ese mismo porcentaje se convierte en un 81,5%, cuando veinte años antes era únicamente de un 20,9% (Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid, 1980b: 69).

De la mano de las segundas residencias se intensifica singularmente respecto a décadas pasadas la significación económica del comercio minorista, que amplía su número de establecimientos frente a 1970 en un 36,7% (Terán, 1977: 389) mediante la apertura sobre todo de nuevos bares y supermercados. Estos sustituyen en parte la labor que venían desempeñando los colmados de bastantes localidades, reuniendo en un espacio único muy diversas funciones comerciales. Y, al tiempo, asestan un duro golpe a los vendedores ambulantes que, procedentes en muchos casos de fuera de la comarca, comercian periódicamente en las plazas de los pueblos con alimentos en fresco, calzado, ropa o ajuar doméstico. Pero, la presencia de las residencias secundarias también multiplica la actividad económica del comercio mayorista, estimula la inauguración de agencias bancarias y hace que comience a cobrar relieve la localización en esta comarca de oficinas de servicios a empresas. En 1991 el comercio minorista posee un total de 592 establecimientos y una media municipal de 12,3 unidades, el mayorista dispone de 11 grandes superficies, la banca de 38 sucursales y las oficinas de servicios a empresas de 9 entidades (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 311–313, 339–341, 478–480, 358–362).

Aparte de estas actividades, en la comarca existe una cierta oferta de empleo de índole temporal, suministrada por ICONA para la conservación de pinares y por diversas empresas constructoras para la realización de determinados trabajos en carreteras. Tales ocupaciones

llegan a menudo a desbordar la demanda local, dándose el caso de que terminen cubriéndolas parados de Madrid, de otras comarcas e incluso de diferentes regiones que se asientan temporalmente en Lozoya-Somosierra.

Finalmente, en las Vegas sólo el 14,2% de los municipios –Aranjuez, Ciempozuelos, San Martín de la Vega– cuenta con una población ocupada en los servicios que, sin llegar en ningún caso al 50%, supera el 44% del total de su mano de obra empleada (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 145–147). En un 23,8% de las localidades la población empleada en el terciario oscila entre un 39% y un 44% del total de su fuerza de trabajo ocupada; y en el 62% de los núcleos restantes este mismo porcentaje se sitúa entre el 25% y el 12%. La mayoría de estos efectivos empleados en los servicios trabajan en el comercio minorista, cuya cifra de establecimientos sólo es inferior en la región a la del Area Metropolitana. Tras haber crecido en un 118,8% frente a 1970 (Terán, 1977: 389), el número de comercios minoristas es en 1991 de 1.917, con una media por municipio de 91,2 unidades (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 311–313). Y, aun cuando con un menor relieve económico, entre 1970 y 1991 se desarrolla notablemente el comercio mayorista, así como la actividad bancaria y de las oficinas especializadas en la prestación de servicios a empresas. En 1991 estas últimas ascienden a 11, las agencias de banca a 65 y el comercio mayorista a 14 centros (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 358–362, 478–480, 339–341).

TABLA 34

PORCENTAJES MUNICIPALES DE POBLACION OCUPADA EN LOS SERVICIOS. DISTRIBUCION POR TRAMOS PORCENTUALES. 1991

AREAS	POBLACION OCUPADA EN LOS SERVICIOS. PORCENTAJES							
	>61	>53-<61	>47-<53	>44-<47	>30-<44	>20-<30	>12-<20	<12
Area Metropolitana	48,1	37,0	7,4	3,7	3,7	—	—	—
Guadarrama	52,3	14,2	14,2	9,5	—	9,5	—	—
Suroccidental	9,6	25,8	12,9	16,1	19,3	16,1	—	—
Campaña	6,6	6,6	—	23,3	43,3	10,0	10,0	—
Lozoya-Somosierra	8,3	6,2	10,4	4,1	29,1	25,0	8,3	8,3
Vegas	—	—	14,2	—	23,8	47,6	14,2	—

Fuente: Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 145–147. Elaboración propia.

TABLA 35

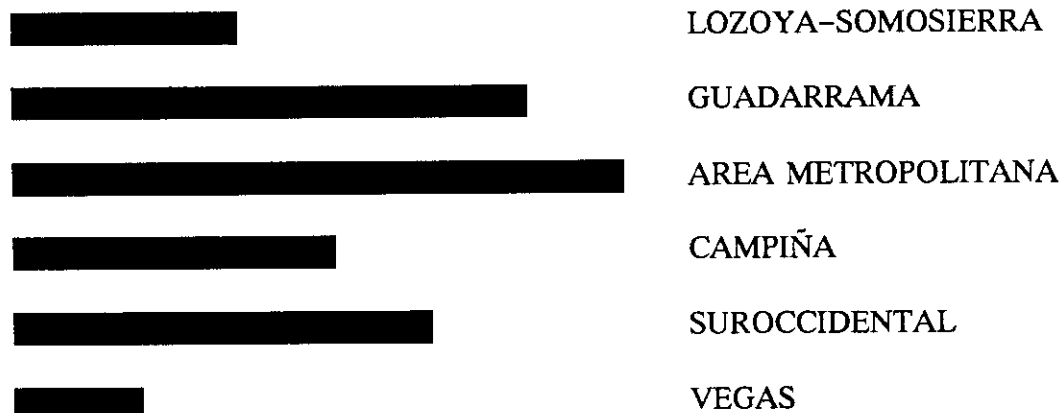
COMERCIOS MINORISTAS Y MAYORISTAS. OFICINAS DE BANCA Y SERVICIOS A EMPRESAS. VALORES COMARCALES. 1991

AREAS	COMERCIOS MINORISTAS		COMERCIOS MAYORISTAS		OFICINAS DE BANCA		OFICINAS DE SERVICIOS A EMPRESAS	
	Valor Total	Media Municipal	Valor Total	Media Municipal	Valor Total	Media Municipal	Valor Total	Media Municipal
Area Metropolitana con Madrid	79.366	2.834,5	5.057	180,6	3.068	109,5	4.861	173,6
Area Metropolitana sin Madrid	23.830	882,5	942	34,8	633	23,4	335	12,4
Vegas	1.917	91,2	14	0,6	65	3,0	11	0,5
Guadarrama	1.843	87,7	21	1,0	68	3,2	24	1,1
Suroccidental	1.408	45,4	66	2,1	69	2,2	25	0,8
Campaña	1.271	42,3	52	1,7	56	1,8	22	0,7
Lozoya-Somosierra	592	12,3	11	0,2	38	0,7	9	0,1

Fuente: Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 311-313, 339-341, 478-480, 358-362. Elaboración propia.

GRAFICO 3

SERVICIOS E INFRAESTRUCTURAS



3.1.3.2.- Industria y construcción

En otro orden de cosas, los mayores índices de desarrollo industrial de la región corresponden al Area Metropolitana, seguida a gran distancia de la Campiña, la comarca Suroccidental y las Vegas. Guadarrama y, sobre todo, Lozoya-Somosierra presentan los niveles de industrialización más bajos de la región, pese a que desde 1970 han visto crecer

notablemente sus porcentajes de población ocupada en el sector secundario y su número de establecimientos industriales. Si a tales valores añadimos los relativos a la industria de la construcción, como viene siendo habitual en los estudios económicos más recientes, observamos que la secuencia comarcal descrita por la actividad industrial sin la construcción se invierte prácticamente en su totalidad. Así, frente a la secuencia que marca el grueso del sector secundario, la construcción diseña esta otra:

INDUSTRIA SIN CONSTRUCCION

Area Metropolitana
Campiña
Suroccidental
Vegas
Guadarrama
Lozoya-Somosierra

CONSTRUCCION

Guadarrama
Vegas
Lozoya-Somosierra
Suroccidental
Campiña
Area Metropolitana

No en vano, allí, donde hay una oferta superior de puestos de trabajo en ramas industriales ajenas a la construcción, se opta por aquéllas en detrimento de ésta. La mayor estabilidad y las mejores condiciones de empleo que aportan tales ramas incide decisivamente en esta elección, convirtiéndose la construcción cada vez más en una ocupación que sólo desean los inmigrantes extranjeros o quienes no disponen de ninguna otra alternativa laboral. Además, es una característica recurrente que las comarcas que han conocido en las pasadas décadas una superior actividad constructora son en la actualidad las que menos siguen edificando, dada la saturación a la que han llegado muchos de sus municipios. Por contra, en las comarcas en que menos se ha edificado hasta hoy es donde más se sigue construyendo, si bien la presente recesión económica frena tal actividad tanto en estas áreas como en las que poseen una mayor superficie construida. El más que substancial descenso de la población ocupada en la construcción, que experimenta la región desde el inicio de la actual crisis económica, da buena cuenta de que esta actividad no sólo es la primera en sufrir los efectos de dicha recesión sino la que de manera más negativa los acusa.

Sea como fuere, si añadimos las cifras económicas y demográficas que aporta la actividad constructora al resto de las magnitudes que posee el sector secundario, mucho más determinantes, no se altera en lo esencial la secuencia comarcal que describe la industria sin la construcción. Las pequeñas diferencias regionales que presentan las cifras de población ocupada en actividades constructivas, la gran movilidad geográfica que define a esta fuerza de trabajo, siempre itinerante de un municipio a otro tras las obras que le van surgiendo, y la actividad que una misma empresa constructora realiza, incluso, simultáneamente en distintas áreas de la región difuminan las disparidades intercomarcales que introduce el sector de la construcción.

El Area Metropolitana, con sus 223.750 personas ocupadas en la industria durante 1991, reúne el 84,6% del total de los efectivos regionales empleados en este sector (Comunidad de

Madrid, 1993a, v.II: 189–191). Asimismo en esta comarca se asienta el 80,7% de los establecimientos industriales de la región, sumando, también en 1991, un total de 15.254 empresas (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 189–191). Es cierto que, si restamos los valores correspondientes al municipio de Madrid, estas magnitudes se aminoran sensiblemente, reduciéndose la población ocupada en la industria a 105.291 personas y el número de establecimientos a 5.365, pero aun así las cifras que siguen caracterizando a esta comarca son muy superiores a las existentes en otras áreas de la región. Tal superioridad es extensible por igual a los índices medios de población empleada –3.899,6– y de empresas –198,7– que en 1991 distinguen a sus distintos municipios. Y tengamos en cuenta además que, igual que ya subrayamos en el caso del terciario, en el sector secundario metropolitano se emplea un alto porcentaje de la población industrial censada como ocupada en el resto de las comarcas de la región. Se trata de los protagonistas de la emigración pendular que diariamente se dirigen a las industrias del Area Metropolitana desde las restantes comarcas de la región.

Frente a los valores ahora mencionados, en los que no están incluidos los de la construcción, los correspondientes a esta rama apenas poseen relieve, ya que sólo en un 29,6% de los municipios metropolitanos la población ocupada en actividades constructoras supera, sin sobrepasar el 19%, el 11% del total de la mano de obra empleada. Además, mientras que en el 40,7% de los núcleos metropolitanos la fuerza de trabajo ocupada en la construcción oscila entre un 6% y un 11% del conjunto de la empleada, en algo más de un 29% de las localidades se sitúa por debajo del 6% (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 145–147).

Por mucho que, debido a la recesión económica y a la descentralización productiva operada a partir de los años ochenta en las grandes urbes madrileñas, la expansión industrial del Area Metropolitana se haya contraído proporcionalmente más que la del resto de la región, el cierre de empresas y la disminución del empleo que padece en la actualidad la industria metropolitana no han detenido el importante desarrollo logrado por el sector secundario de esta comarca. De este crecimiento nos habla, en primer lugar, el hecho de que en 1978 se hubiera multiplicado por dos el suelo de uso industrial, previsto para la zona por el Ministerio de Obras Públicas en el P.G.O.U. de 1963, consolidándose ya en esta fecha el corredor de Madrid–Guadalajara, con densidades muy superiores a la media nacional, y el existente en dirección a Toledo. Y en segundo término, se manifiesta, con posterioridad a los setenta, en el reforzamiento del ancho eje de avance continuo, creado años antes, en paralelo a la N. V y en el surgimiento de dos nuevos focos industriales en torno a la carretera que une la capital con Burgos y Valencia. Las medidas de ayuda y fomento industrial –subvenciones, preferencia en la obtención del crédito oficial, beneficios fiscales– establecidas por la Administración Autónoma favorecen, ya desde mediados de los ochenta, tal incremento y consolidación del sector secundario en unos momentos de reconversión productiva y de pérdida de empleo. Estas disposiciones, recogidas básicamente en el Real Decreto 190/1985 que define a la región como Zona de Urgente Reindustrialización, promueven la instalación de nuevas industrias y la habilitación de puestos de trabajo alternativos a los desaparecidos

en el corredor de Madrid a Guadalajara –San Fernando de Henares, Torrejón de Ardoz, Alcalá de Henares– y en el eje en dirección a Toledo –Getafe–. Igualmente tratan de incidir del mismo modo en el corredor de Extremadura –Alcorcón, Leganés, Fuenlabrada, Parla y Pinto– y en el de Burgos –Colmenar Viejo–.

Pero, en paralelo a este último crecimiento y también desde la mitad de los años ochenta, prolifera otro tipo de desarrollo industrial que se emplaza en terrenos periféricos de las áreas industriales, ya asentadas –Paracuellos del Jarama, Humanes, Fuenlabrada–, bajo la forma de pequeñas implantaciones y alterando las pautas de localización espacial de la industria tradicional. Se trata de empresas, enclavadas espontáneamente sobre suelo rústico –muchas veces de gran calidad agrícola y de vega– o no urbanizable parcelado de manera ilegal, que practican la economía sumergida –en especial en la rama del textil– y se nutren de mercados de trabajo muy degradados donde se puede tener acceso a fuerza de trabajo barata. Justamente, esta misma modalidad económica es la que caracteriza a buena parte de las empresas constructoras, que se asientan en la comarca a finales de la década de los ochenta y en las que trabaja una alta proporción de inmigrantes extranjeros, cuya residencia en España no está a menudo legalizada. Las bajas cifras de población empleada en la construcción, registradas por muchos de los municipios metropolitanos más dinámicos en actividades constructivas, evidencian la marginalidad de una contratación que no suele ser declarada y que, por tanto, no se censa. Este es el caso de Madrid, Majadahonda, Pozuelo de Alarcón, Las Rozas, Boadilla del Monte, Paracuellos del Jarama y Rivas–Vaciamadrid, cuya mano de obra ocupada, censada en la construcción, resulta inferior al 6% del total de su población empleada.

Tras el Area Metropolitana, la Campiña es la segunda comarca de la región que registra una mayor penetración industrial. Con una población ocupada en la industria de 16.054 personas en 1991 y una media por municipio de 535,1 trabajadores, esta comarca se ha beneficiado sensiblemente de su proximidad al corredor industrial del Henares y al eje en torno a la carretera de Madrid a Valencia (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 189–191). Si antes de los setenta, sólo Arganda del Rey disponía de una potente implantación industrial, años más tarde la media de establecimientos industriales por municipio, sobre un total comarcal de 1.324, alcanza la cifra de 44,1 (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 189–191). No obstante, de modo similar al Area Metropolitana, sólo en un 10% de sus municipios la población que trabaja en la construcción sobrepasa el 19% del total de la ocupada, ya que en el 53,3% de aquéllos la mano de obra dedicada a actividades constructoras se sitúa alrededor de un 11%, mientras que en un 26,6% de las localidades lo hace en torno a un 6% y en un 10% de ellas se emplea en cantidades inferiores a este último porcentaje (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 145–147).

Aun cuando en la comarca Suroccidental ascienden respecto a las dos áreas anteriores las magnitudes relativas a la fuerza de trabajo empleada en la construcción, esta zona, a excepción de Valdemoro, se sitúa a gran distancia de ambas en lo que se refiere al volumen total de su población ocupada en el sector secundario y al número de sus establecimientos

industriales. Así y todo, es la tercera comarca de la región con una mayor penetración industrial, ascendiendo su mano de obra empleada en la industria durante 1991 a 13.315 efectivos, con una media por municipio de 429,5 personas (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 189–191). Paralelamente, en este mismo año, su cifra de establecimientos industriales alcanza los 1.363, con unos valores medios municipales de 43,9 centros (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 189–191). De otro lado, en un 16,1% de sus núcleos los trabajadores de la construcción superan el 19% del total de la mano de obra empleada, en tanto que en un 45,1% de las localidades estos efectivos oscilan alrededor del 11% del conjunto de la población ocupada y en un 38,6% de aquéllas no llegan al 8% de los contingentes totales con empleo.

Unos valores bastante más bajos que los de la comarca Suroccidental definen la penetración industrial que experimenta las Vegas. Sus 6.775 personas ocupadas en la industria, con una media municipal de 322,6 efectivos, y sus 466 establecimientos, con unos índices medios de 22,1 centros por municipio, hacen que en 1991 esta comarca sea el cuarto lugar de la región con una mayor penetración industrial (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 189–191). Esta presencia de la industria, limitada en los años setenta a Chinchón, Villarejo de Salvanés y, sobre todo, Aranjuez, se extiende ya en los ochenta a Colmenar de Oreja, Ciempozuelos, Morata de Tajuña y San Martín de la Vega. Desde estos núcleos, que junto a los anteriores actúan como focos de atracción de inmigrantes de dentro y fuera de la región, se expande a buena parte del resto de la comarca, si bien la población industrial de muchos municipios continúa trabajando o prefiere emplearse en las empresas del Área Metropolitana y, dentro de ella, de Madrid. Este mismo fenómeno, aunque mucho más ampliado, ocurre en la construcción, cuya cifra de población ocupada es la segunda más importante de la región, propiciada en buena medida por la gran concentración de segundas residencias que acusa las Vegas desde comienzos de los años ochenta. Efectivamente, según datos de 1991, en el 23,7% de sus municipios la mano de obra que trabaja en la construcción sobrepasa el 19% del total de la empleada, mientras que en un 52,3% de aquéllos este mismo porcentaje asciende a más de un 11% (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 145–147).

Finalmente, Guadarrama y, en particular, Lozoya–Somosierra son las comarcas donde menos ha penetrado la expansión industrial de la región. Aunque en Guadarrama la mano de obra ocupada en la construcción alcanza los valores regionales máximos y en Lozoya–Somosierra el empleo en este ramo es también importante, habiendo sustituido en buena medida los niveles de ocupación que en el pasado caracterizaban a la ganadería, ambas comarcas poseen unos índices medios por municipio de trabajos en la industria que se reducen casi a la décima parte de los que presenta el Área Metropolitana e, incluso, que sólo suponen un 25% de los que tiene las Vegas. Así, en Guadarrama, durante 1991, la población ocupada en la industria únicamente suma 1.792 personas, con una media municipal de 85,3 efectivos, y los establecimientos industriales se limitan a 330, con unos valores medios por municipio de 15,7 (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 189–191). Por su parte, en ese mismo año, los 2.691 empleados industriales de Lozoya–Somosierra definen una media municipal de 56 efectivos y los 144 establecimientos industriales se reparten, como término medio, a

razón de 3 centros por municipio (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 189–191). Frente a estos valores de la industria, en un 28,4% de las localidades de Guadarrama más del 19% de la población ocupada trabaja en la construcción, haciéndolo también en un 47,6% de aquellas más de un 11% del total de los empleados (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 145–147). Por su lado, en un 18,6% de los núcleos de Lozoya–Somosierra los trabajadores de la construcción superan el 19% de la población ocupada, mientras que tal porcentaje es algo mayor de un 11% en el 52% de los municipios (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 145–147).

Tanto Guadarrama como Lozoya–Somosierra y las Vegas, son las comarcas que más acusan la profunda disminución que sufren en toda la región los establecimientos artesanos y los oficios tradicionales por la competencia de los centros industriales. Junto a esta reducción se contrae simultáneamente el mercado consumidor de los bienes que elaboran tales establecimientos tradicionales, ya que las industrias instaladas en las distintas comarcas se atienen completamente a las pautas productivas que imperan en el mercado internacional. La homogeneidad mundial de los productos y la estandarización de las técnicas dominan una industria, que se desliga de los territorios en los que se ubica para integrarse cada vez más en una cadena de ámbito internacional.

TABLA 36

POBLACION OCUPADA EN LA INDUSTRIA Y NUMERO DE ESTABLECIMIENTOS INDUSTRIALES SIN INCLUIR LA CONSTRUCCION. VALORES ABSOLUTOS Y MEDIAS MUNICIPALES. 1991

AREAS	POBLACION OCUPADA		NUMERO DE ESTABLECIMIENTOS	
	Valores Absolutos	Medias Municipales	Valores Absolutos	Medias Municipales
Area Metropolitana con Madrid	223.750	7.991,0	15.254	544,7
Area Metropolitana sin Madrid	105.291	3.899,6	5.365	198,7
Campaña	16.054	535,1	1.324	44,1
Suroccidental	13.315	429,5	1.363	43,9
Vegas	6.775	322,6	466	22,1
Guadarrama	1.792	85,3	330	15,7
Lozoya–Somosierra	2.691	56,0	144	3,0

Fuente: Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 189–191. Elaboración propia.

TABLA 37

PORCENTAJES MUNICIPALES DE POBLACION OCUPADA EN LA CONSTRUCCION. DISTRIBUCION POR TRAMOS PORCENTUALES. 1991

AREAS	POBLACION OCUPADA EN LA CONSTRUCCION. PORCENTAJES					
	>40	>30-<40	>19-<30	>11-<19	>6-<11	<6
Guadarrama	4,7	4,7	19,0	47,6	23,8	—
Vegas	—	4,7	19,0	52,3	23,8	—
Lozoya-Somosierra	—	2,0	16,6	52,0	14,5	14,5
Suroccidental	—	—	16,1	45,1	32,2	6,4
Campaña	—	—	10,0	53,3	26,6	10,0
Area Metropolitana	—	—	—	29,6	40,7	29,6

Fuente: Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 145-147. Elaboración propia.

GRAFICO 4

INDUSTRIA Y CONSTRUCCION

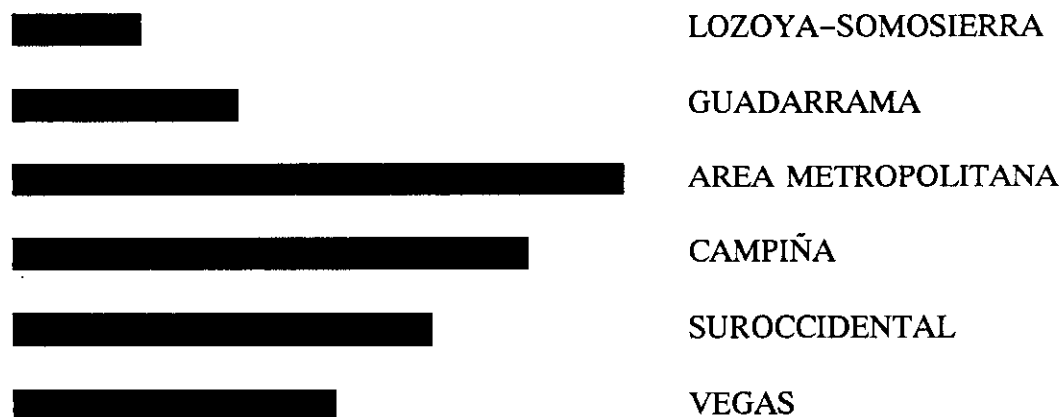
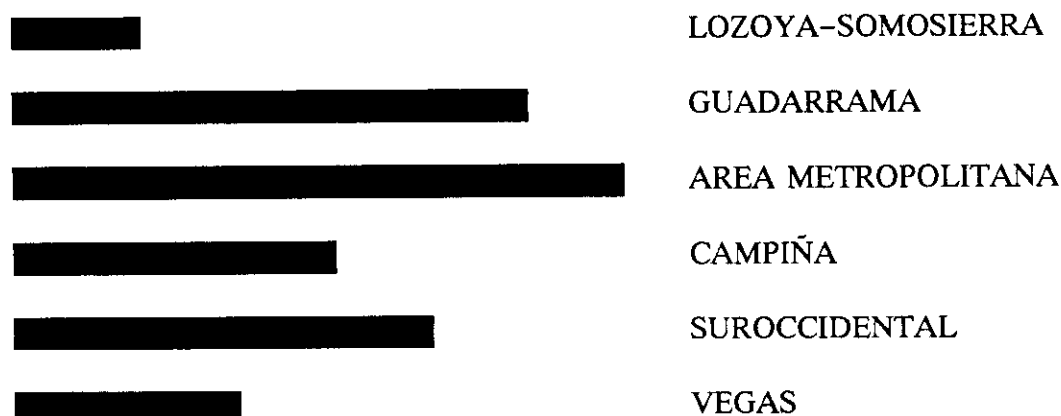


GRAFICO 5

PENETRACION URBANA COMARCAL. RESUMEN



3.2.- PRESENCIA DE LAS RELACIONES AGRARIAS CAPITALISTAS EN LAS COMARCAS DE LA REGION

La mayor o menor absorción directa de la producción agraria, que llevan a cabo las relaciones capitalistas en las distintas comarcas de la región, y fundamentalmente el variable control indirecto, que en cada una de éstas efectúan sobre los procesos de distribución y, a través de ellos, del conjunto de la actividad agropecuaria, definen los diferentes tipos de penetración capitalista que caracterizan al campo madrileño. Asimismo, la inferior o superior presencia en las diversas comarcas del proletariado agrario y de grandes explotaciones ayuda también decisivamente a definirlos. Al tiempo, los desiguales tipos de penetración agraria capitalista, que distinguen estos cuatro factores, contribuyen a conformar seis tipos distintos de comunidades, que se corresponden con las comarcas agrarias ya mencionadas. Así, las diferentes formas que adquiere en cada comarca la sociedad mayor, bajo su condición agraria, nos permiten explicar los diversos sistemas de articulación que con ella sostienen los distintos tipos de comunidades campesinas madrileñas y, a la par, los específicos mecanismos de adaptación y supervivencia que cada una de estas agrupaciones homogéneas pone en marcha para garantizar su continuidad. E igual que muestran la disparidad de las comunidades madrileñas y sus particulares niveles de verticalidad con las relaciones agrarias capitalistas, nos hablan también de la diversidad interna de cada una de ellas y de su complementariedad.

3.2.1.- CONCENTRACION DE SUELO

La disminución que, entre 1962 y 1982, acusa el número de grandes explotaciones en el conjunto de la región y la reducción del tamaño de las mismas, de 1962 a 1989, indican que los procesos de concentración de tierras que acostumbra a realizar las relaciones agrarias capitalistas apenas se han acometido en el campo madrileño. Los obstáculos ya reseñados en el capítulo anterior lo han impedido. No obstante, este proceso de concentración difiere de

unas comarcas a otras, señalando diferentes niveles de penetración agraria capitalista.

En el Area Metropolitana la concentración de tierras protagonizada por las relaciones agrarias capitalistas alcanza los valores máximos de la región. Pese a que el número de explotaciones superiores a 100 Ha. se ha aminorado sensiblemente de los años sesenta a la actualidad, en 1989 se sitúa en 307, esto es, en un 13,1% del total de las existentes en la comarca (I.N.E., 1991: 3). Con una superficie agraria útil de 50.505 Ha. en 1989, que es notablemente inferior a la censada en 1972 y que representa el 70,5% de la que dispone el conjunto de la comarca por el mismo concepto, estas explotaciones, dedicadas en su mayoría al cereal extensivo de secano bajo formas de producción campesinas, se rigen al menos en un 9,4% por sociedades anónimas instaladas en el campo metropolitano (I.N.E., 1991: 3, 17). Ciertamente, aun cuando tales explotaciones superiores a 100 Ha. pertenecen básicamente a campesinos acomodados, las controladas por sociedades anónimas se han incrementado en un 26% de 1982 a 1989, aumentando de 23 a 29 (I.N.E., 1984a: 27, 1991: 17). Pero, junto a estas explotaciones, el total de las poseídas por dichas sociedades asciende de 41 en 1982 a 75 en 1989, es decir, de suponer un 1,7% del total de las unidades censadas en la comarca pasan a un 3,6% (I.N.E., 1984a: 27, 1991: 17). Madrid, Alcorcón, Brunete, Getafe, San Fernando de Henares y, primordialmente, Velilla de San Antonio, Villaviciosa de Odón, Móstoles y Alcalá de Henares son los municipios metropolitanos donde tienen mayor significación las sociedades agrarias anónimas.

No demasiadas son las limitaciones, salvo las derivadas de la renta de la tierra, por lo demás, que los grandes propietarios campesinos de esta comarca plantean a la penetración del capital. Una parte de ellos, ociosos gracias a la mecanización del campo y a la baja intensidad de su producción, se mantiene a la espera de que sus fincas se revaloricen solas y de concertar pingües negocios. Las expectativas trazadas por el crecimiento urbano hacen que la mera conservación de la propiedad de las tierras sea siempre una buena inversión, incluso, aunque las fincas estén catalogadas como suelo no urbanizable. Esta situación caracteriza en especial a los propietarios absentistas, residentes en Madrid, que no trabajan directa y personalmente la tierra y que, dependiendo del tamaño de su finca, suman a las cuadrillas de jornaleros la contratación de tractoristas, capataces, administradores o guardas. Algunos de estos propietarios, generalmente con fines de promoción inmobiliaria, han cambiado la titularidad formal de sus fincas, poniéndolas a nombre de sociedades anónimas, y, mientras tramitan los permisos necesarios para promover parcelaciones urbanas, suelen seguir cultivando la tierra. Este grupo social se comporta de manera habitual como un importante elemento de presión a la hora de revisar y formular los Planes Generales de Ordenación Urbana de los diferentes municipios, pues trata a toda costa de obtener que su suelo sea declarado urbanizable para servir posteriormente de soporte a futuros bloques de primera vivienda, chalets, o residencias secundarias de carácter marginal. En cualquier caso, el conjunto de estas operaciones expectantes o ya emprendidas se ha frenado de modo considerable desde mediados los años ochenta por efecto de la recesión económica. Tal paralización ha potenciado, en particular en la zona sureste del Area Metropolitana, que

numerosos titulares de grandes fincas, potencialmente enajenables para usos urbanos, hayan optado por continuar con su explotación agraria, modernizándola y, en muchas ocasiones, poniéndola en riego.

La Campiña, por su parte, es la segunda comarca de la región con mayor número de explotaciones superiores a 100 Ha., a pesar de que esta cifra haya decrecido desde comienzos de la década de los sesenta, aminorándose igualmente a partir de esas fechas la superficie abarcada por tales unidades. En 1989, las 195 explotaciones de más de 100 Ha., que representan el 8,1% del total de las censadas en la comarca, se extienden a lo largo de 40.334 Ha. de superficie agraria útil, o sea, sobre un 58,1% de las tierras comarcales con igual calificación (I.N.E., 1991: 3). Pero, su contraste con el Area Metropolitana no sólo se debe a la menor cuantía y magnitud de las explotaciones de 100 Ha., también orientadas en una alta proporción hacia cultivos extensivos de cereal de secano bajo formas campesinas de producción, sino a que las unidades controladas por las sociedades anónimas agrarias son casi la mitad de las registradas en los municipios metropolitanos. Es más, en la región sólo esta comarca y Lozoya-Somosierra han visto disminuir de 1982 a 1989 el número de las explotaciones en propiedad de sociedades anónimas. Exceptuando a Loeches y Valdepiélagos, las explotaciones bajo este régimen de tenencia, circunscritas a 45 en 1989 después de haber sido 49 en 1982, son casi inexistentes en la mayoría de las localidades de la Campiña y tan sólo representan un 1,8% del total de las unidades comarcales de producción (I.N.E., 1984a: 28, 1991: 18).

Frente a los valores máximos de concentración de suelo que plantean el Area Metropolitana y la Campiña, Guadarrama y Lozoya-Somosierra ocupan una posición regional intermedia. Aunque en 1989 Guadarrama sólo posee 140 explotaciones superiores a 100 Ha., disponiendo en este mismo año Lozoya-Somosierra de 173, el porcentaje que suponen éstas en la primera comarca sobre el total de las existentes la convierten en el tercer territorio más importante de la región por el número de unidades de ese tamaño (I.N.E., 1991: 3). Efectivamente, la proporción que alcanzan las explotaciones mayores de 100 Ha. sobre el conjunto de las censadas es de un 6,5% en Guadarrama y de un 4,4% en Lozoya-Somosierra. Además, en tanto que en Lozoya-Somosierra las explotaciones de más de 100 Ha. ocupan un 55,6% de la superficie agraria útil total, en Guadarrama -Galapagar, San Lorenzo de El Escorial- este porcentaje asciende a un 71,1%. En paralelo, las 44 explotaciones que controlan las sociedades agrarias anónimas en Guadarrama duplican prácticamente en 1989 las 22 encuadradas en Lozoya-Somosierra bajo la misma categoría (I.N.E., 1991: 17). La evolución que experimentan estas sociedades en ambas comarcas las sitúa, a la vez, dentro de dinámicas opuestas. En Guadarrama la implantación de tales sociedades ha crecido de 1982 a 1989 en un 33% y, por contra, en Lozoya-Somosierra desciende entre estos años en un 18,5% (I.N.E., 1984a: 27). Si ningún municipio de Lozoya-Somosierra despunta en este terreno, en Guadarrama debe distinguirse las iniciativas puestas en marcha en El Boalo, El Escorial y Robledo de Chavela.

En lo que respecta a estas dos comarcas y más en Lozoya-Somosierra que en Guadarrama,

hay que subrayar, no obstante, que la presencia de grandes explotaciones se asocia directamente al tipo de producción ganadera que caracteriza a muchas de sus economías campesinas, a la localización en la sierra de la casi totalidad de los pastos y praderas naturales de la región. Buena prueba de ello es que, del total de las explotaciones de más de 100 Ha. de ambas comarcas, sólo 13 –un 7,5%– de Lozoya-Somosierra y 22 –un 15,7%– de Guadarrama pertenecen a sociedades anónimas (I.N.E., 1991: 17). Tales empresas, no interesadas habitualmente en explotaciones ganaderas extensivas, resultan dependientes de las grandes unidades campesinas que practican dicho régimen productivo, dado que, aun cuando su producción es una alta consumidora neta de bienes de origen industrial, necesitan complementarla mediante la compra de heno y forraje fresco a los campesinos o a través del arriendo temporal de las tierras de éstos. Las grandes fincas de pasto y monte de El Escorial, sobre todo las situadas a lo largo de la carretera hacia Madrid, lo ejemplifican claramente. Debido a este hecho se explica, entre otras razones, el fuerte peso que tienen las explotaciones campesinas en ambas comarcas dentro de las unidades superiores a 100 Ha.

Por último, en las Vegas y, singularmente, en la comarca Suroccidental es donde menos se han materializado los procesos de concentración de suelo del conjunto de la región. Las 166 explotaciones de más de 100 Ha., con que cuenta las Vegas en 1989, equivalen a un 2,1% del total de las unidades de este territorio y se extienden sobre un 42,8 de la superficie agraria útil de la comarca (I.N.E., 1991: 4). Con valores más bajos, la comarca Suroccidental dispone en este mismo año de 137 explotaciones superiores a 100 Ha., que representan el 1,8% de todas las registradas en ella y que ocupan un 43,4% de la superficie agraria útil de la demarcación comarcal (I.N.E., 1991: 4). Más altos que en la comarca Suroccidental – Arroyomolinos, Navalagamella, Rozas de Puerto Real, Sevilla la Nueva, Valdemorillo, Villa de Prado, Villamanta y Villamantilla– son también en las Vegas – Aranjuez, Morata de Tajuña, San Martín de la Vega, Valdaracete– los índices de explotaciones en propiedad de sociedades anónimas agropecuarias. Estas, en 1989, se elevan en los municipios de las Vegas a 65, tras haber crecido un 124% respecto a 1982, y en los de la comarca Suroccidental a 55, con un 5,7% de aumento en relación a los pasados siete años (I.N.E., 1984a: 28, 1991: 18). Tales diferencias se atenúan, sin embargo, si consideramos la proporción que corresponde a las explotaciones en propiedad de empresas anónimas dentro del total de las unidades de ambos territorios, ya que en las Vegas ese porcentaje es de un 0,8% y en la comarca Suroccidental de un 0,7%.

TABLA 38

EXPLOTACIONES DE MAS DE 100 Ha. NUMERO Y SUPERFICIE AGRARIA UTIL COMARCAL. 1989

AREAS	Nº	% Sobre Total de las Explotaciones Comarcales	% Sobre Explotaciones de Igual Tamaño de la Región	Superficie Agraria Util	% Sobre Superficie Agraria Util Comarcal	% Sobre Superficie Agraria Util Regional
Area Metropolitana	307	13,1	27,4	50.505	70,5	13,1
Campaña	195	8,1	17,4	40.334	58,1	10,5
Guadarrama	140	6,5	12,5	40.018	71,1	10,4
Lozoya-Somosierra	173	4,4	15,4	27.682	55,6	7,2
Vegas	166	2,1	14,8	32.249	42,8	8,4
Suroccidental	137	1,8	12,5	26.460	43,4	6,9

Fuente: I.N.E., 1991: 3-4. Elaboración propia.

TABLA 39

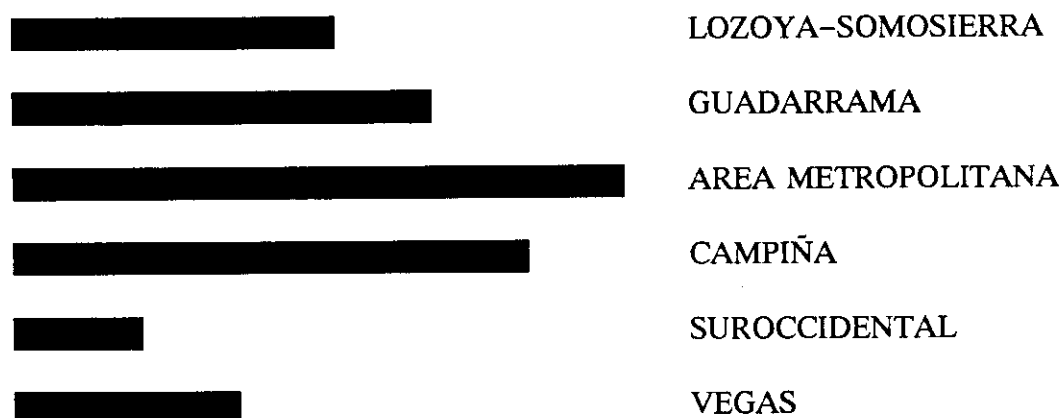
EXPLOTACIONES EN PROPIEDAD DE SOCIEDADES ANONIMAS AGRARIAS. EVOLUCION RECIENTE. DISTRIBUCION COMARCAL

AREAS	Nº Explotaciones		% Sobre Explotaciones Comarcales	
	1982	1989	1982	1989
Area Metropolitana	41	75	1,7	3,6
Guadarrama	33	44	1,8	2,0
Campaña	49	45	1,7	1,8
Vegas	29	65	0,3	0,8
Suroccidental	52	55	0,7	0,7
Lozoya-Somosierra	27	22	0,7	0,5

Fuente: I.N.E., 1984a: 27-28, 1991: 17-18. Elaboración propia.

GRAFICO 6

PENETRACION COMARCAL DE LOS PROCESOS DE CONCENTRACION DE SUELO



3.2.2.- PROLETARIZACION AGRARIA COMARCAL

Aun no resultando tarea fácil evaluar en las distintas comarcas qué población asalariada es o no campesina y, en consecuencia, está o no sujeta por vínculos directos a relaciones de producción capitalistas, los valores que nos proporciona el censo de asalariados en explotaciones sin tierras permite aproximarnos al conocimiento de las magnitudes que alcanza la proletarianización agraria en los diferentes territorios de la región. Aparte de este censo, el relativo a los asalariados fijos, que trabajan a tiempo completo en explotaciones sin tierras, contribuye también a perfilar la situación que describe el anterior, ya que, si el proletariado agrario suele estar empleado en unidades de carácter industrial –sin tierras–, tal actividad laboral suele desempeñarla en jornada no parcial. Y, aunque con menor capacidad explicativa, por la ambigüedad de parámetros que encierra, el censo general de asalariados agrarios a tiempo completo nos posibilita vislumbrar la contratación que efectúan las grandes explotaciones de obreros del campo. Pero, si tales fuentes se refieren en exclusiva a los niveles de proletarianización que conlleva la producción, la presencia de las empresas de distribución de productos agrarios determina de manera más que definitiva el volumen real de esa población. Por mucho que los empleados de tales empresas no residan siempre en el lugar en que trabajan, allí, donde éstas se emplazan y adquieren superior relieve, se acentúa substancialmente el grado de proletarianización. No en vano, al imprimir el capital un mayor desarrollo económico a la distribución de productos agrarios que a la producción, sus necesidades de mano de obra aumentan inmensamente más en las últimas fases del proceso productivo que en las primeras, empleando en aquéllas mucho más población que en éstas. En cualquier caso, dado que el tratamiento de los procesos de distribución lo dejaremos para un apartado posterior, no vamos aquí a cuantificar la presencia de las empresas especializadas en esa fase de la producción. Valga adelantar que su localización y, por tanto, su nivel de empleo resultan máximos en el Area Metropolitana, seguida, en orden de importancia

decreciente, de las Vegas, la comarca Suroccidental, la Campiña, Guadarrama y Lozoya-Somosierra. Dicha secuencia prima sobre la que describe la proletarización generada en cada comarca por la producción agraria. En esta última, como veremos más detalladamente a continuación, varía el orden marcado por la primera para el Area Metropolitana, las Vegas y la Campiña.

DISTRIBUCION

Area Metropolitana

Vegas

Suroccidental

Campiña

Guadarrama

Lozoya-Somosierra

PRODUCCION

Campiña

Area Metropolitana

Suroccidental

Vegas

Guadarrama

Lozoya-Somosierra

Sobre estos presupuestos, más la base que nos aporta el trabajo de campo, podemos concluir que la drástica reducción que experimenta el proletariado agrario, de 1982 a 1989, en toda la región afecta menos al Area Metropolitana y a las Vegas que a la comarca Suroccidental y a la Campiña y, sobre todo, que a Guadarrama y Lozoya-Somosierra.

En efecto, el Area Metropolitana y, en menor medida, las Vegas poseen los máximos índices de proletarización de la región, por mucho que ninguna de ambas comarcas, en términos porcentuales, se aproxime siquiera, en lo referente a la producción, a los valores que definen el sector agrario periurbano de Barcelona, Valencia, Murcia o Zaragoza.

En el Area Metropolitana los asalariados que trabajan en explotaciones sin tierras ascienden a 16 en 1989, con una media municipal de 0,5, tras haber disminuido frente a 1982 en un 80,2% (I.N.E., 1984a: 65, 1991: 73). Esta cifra se aminora en las Vegas, donde los 8 asalariados que se emplean en explotaciones sin tierras se circunscriben a una media municipal de 0,3 (I.N.E., 1991: 74). Pero, aquí no se reduce entre 1982 y 1989 este tipo de población asalariada sino que aumenta en un 14,2%, aparte de que toda ella está ocupada en jornada completa, mientras que en los municipios metropolitanos un 7,4% lo hace con dedicación parcial, lo que puede indicar que el citado porcentaje lo conforman campesinos que practican la agricultura a tiempo compartido (I.N.E., 1984a: 66, 1991: 74). Esta última situación se invierte, sin embargo, al referirnos al censo general de población asalariada que trabaja a tiempo completo, puesto que su porcentaje sobre la total es del 82% en el Area Metropolitana, con una media municipal de 18,1 personas, y del 51,6% en las Vegas, con unos valores medios municipales de 13,7 individuos (I.N.E., 1991: 73-74). Los municipios del Area Metropolitana que cuentan con un número superior de obreros agrarios en la producción son Getafe, Rivas-Vaciamadrid, Leganés, Madrid, Alcalá de Henares y Móstoles. En las Vegas hay que hablar de Ciempozuelos, Aranjuez y San Martín de la Vega.

En ambas comarcas, muy especialmente en el Area Metropolitana, los obreros agrarios son masivamente emigrantes manchegos, extremeños y andaluces y, en el caso de los pastores,

abulenses y alcarreños, cuya edad media, habida cuenta de las fechas en que llegan habitualmente a la región, oscila en torno a los 55 años. Recientemente, se observa asimismo que tales emigrantes proceden del norte de África. Esto marca una diferencia importante con lo que ocurre en otras áreas agrarias españolas, en las que, por lo general, el proletariado está compuesto por residentes o familiares de vecinos que históricamente han vivido en el lugar en que trabajan. Otra nota característica de estos obreros agrarios es que se trata de unos individuos que, sin acabar de integrarse en la sociedad urbana a través de su empleo en la construcción o en la industria, del que suelen quedar en paro, vuelven a reencontrarse con el oficio de agricultor o ganadero que ellos mismos o sus padres ejercieron en el pasado. Además, los obreros agrarios de estas dos comarcas vienen a sustituir a la mano de obra local, que prefiere emplearse en un trabajo urbano.

La ocupación de tractorista, guarda o peón hortícola resulta dominante frente a otras funciones, así como la de pastor. Esta última ocupación reúne en el Área Metropolitana entre 100 y 150 individuos, de edad mucho más avanzada, salvo en el caso de los emigrantes norteafricanos, que la del resto de los obreros agrarios y de muy bajo nivel de renta, que unen a su trabajo, siempre duro, la dificultad que entraña cuidar de unos rebaños en un medio físico sumamente alterado, en el que no faltan las ocasiones de que las ovejas se envenenen en ríos y vertederos o se asfixien por ingerir plásticos. Cada vez se ven más limitados por la menor amplitud o, sencillamente, por la desaparición de cañadas y cordeles, teniendo que arriesgar la vida de las ovejas y la propia al intentar cruzar las carreteras, normalmente, saturadas de tráfico. Por lo común, los obreros agrarios que trabajan en grandes fincas suelen vivir en ellas y disponer de alguna superficie de corral para uso propio, pero esta situación afecta muy particularmente a los guardas. Los mismos, a cambio de estas y otras prestaciones de sus empleadores, tienen una presencia laboral de todo el día y actúan, muchas veces, tanto de criados domésticos como de tractoristas. Cuando los guardas no ejercen de tractoristas, se encarga esta función a obreros especializados. De hecho, uno de los grupos de obreros agrarios más nutridos del Área Metropolitana y de las Vegas está integrado por tractoristas. Con salarios de tipo medio, los tractoristas, contratados usualmente en explotaciones cerealistas de secano, se encargan en largas y duras jornadas de labrar la tierra, sembrarla, echar fertilizantes y herbicidas y, en no pocas ocasiones, de cosechar o colaborar en la recolección utilizando, en forma de agro-taxis, cosechadoras alquiladas.

Por su parte, la comarca Suroccidental y la Campiña presentan unos índices de proletarianización agraria, que las sitúan en los valores medios de la región. En la comarca Suroccidental los asalariados en explotaciones sin tierras suman 17 personas en 1989, con una media municipal de 0,5, tras haber disminuido respecto a 1982 en un 37% (I.N.E., 1984a: 66, 1991: 74). Sin embargo, en la Campiña, gracias al incremento de un 100% que acusa frente a 1982 el número de población asalariada en explotaciones sin tierras, esta cifra es de 30, con unos valores medios por municipio de 1 individuo (I.N.E., 1984a: 66, 1991: 74). Ahora bien, además de que la Campiña supera en este tipo de población a la comarca Suroccidental y es el único territorio de la región, junto a las Vegas, en que crece de 1982 a 1989 el volumen

de asalariados en explotaciones sin tierras, su censo general de empleados agrarios a tiempo completo y de trabajadores en unidades de carácter industrial con jornada plena la colocan igualmente por delante de los municipios del suroeste madrileño.

Finalmente, en Guadarrama y Lozoya-Somosierra los niveles de proletarización agraria son los más bajos de la región. Tanto en Lozoya-Somosierra como en Guadarrama los asalariados en explotaciones sin tierras se limitan a 2 durante 1989, con unas medias municipales de 0,04 y de 0,09 respectivamente (I.N.E., 1991: 73). Esta cifra supone una reducción frente a 1982 de un 92,8% para Lozoya-Somosierra y de un 80% para Guadarrama (I.N.E., 1984a: 65, 1991: 73). Pero, este diferente ritmo de evolución se agudiza, si tenemos en cuenta que, mientras en Guadarrama los 2 asalariados mencionados trabajan a tiempo completo, en Lozoya-Somosierra lo hacen en jornada parcial. Asimismo, el censo general de asalariados agrarios a tiempo completo define en 1989 una media municipal para Guadarrama de 8 empleados y de sólo 1,0 para Lozoya-Somosierra (I.N.E., 1991: 73).

TABLA 40

ASALARIADOS EN EXPLOTACIONES SIN TIERRAS. EVOLUCION. MEDIAS MUNICIPALES

AREAS	Nº TOTAL			TIEMPO COMPLETO			TIEMPO PARCIAL		
	1982	1989	Media Municipal. 1989	1982	1989	Media Municipal. 1989	1982	1989	Media Municipal. 1989
Area Metropolitana	81	16	0,57	80	14	0,50	1	2	0,07
Vegas	7	8	0,38	7	8	0,38	0	0	0,00
Suroccidental	27	17	0,54	27	17	0,54	0	0	0,00
Campaña	15	30	1,00	15	29	0,96	0	1	0,03
Guadarrama	10	2	0,09	10	2	0,09	0	0	0,00
Lozoya-Somosierra	28	2	0,04	28	0	0,00	0	2	0,04

Fuente: I.N.E., 1984a: 65-66, 1991: 73-74. Elaboración propia.

TABLA 41

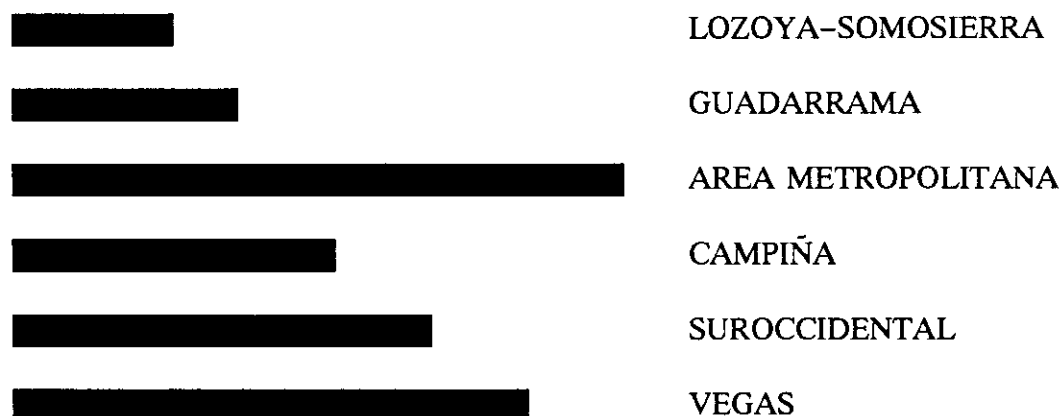
CENSO GENERAL DE ASALARIADOS A TIEMPO COMPLETO. EVOLUCION. MEDIAS MUNICIPALES. % SOBRE EL TOTAL DE LOS ASALARIADOS.

AREAS	Nº Total		Media Municipal. 1989	% Sobre Asalariados Totales. 1989
	1982	1989		
Campaña	1.044	570	19,0	77,1
Area Metropolitana	962	507	18,1	82,0
Vegas	738	289	13,7	51,6
Suroccidental	822	316	10,1	77,2
Guadarrama	436	168	8,0	80,3
Lozoya-Somosierra	507	51	1,0	57,9

Fuente: I.N.E., 1984a: 65-66, 1991: 73-74. Elaboración propia.

GRAFICO 7

PROLETARIZACION AGRARIA COMARCAL



3.2.3.- IMPLANTACION DIRECTA EN LA PRODUCCION

Al no existir en las fuentes estadísticas unas categorías y unas informaciones específicas que diferencien con claridad la producción campesina de la capitalista, quedando englobadas ambas en un mismo criterio analítico, no resulta fácil distinguir con precisión la significación real de ésta última. No obstante, primando los resultados obtenidos del trabajo de campo y operando con los datos que nos aporta el I.N.E., relativos a las explotaciones sin tierras y a la importancia de las producciones especializadas de alta capitalización, podemos forjarnos una idea bastante aproximada de la implantación en cada comarca de este tipo de producción.

Ya mencionamos en el capítulo anterior la escasa presencia de la producción capitalista en el conjunto de la región, decreciente en el ámbito de lo ganadero y prácticamente puntual en el terreno de lo agrícola. Pero, esta presencia reviste caracteres diferenciales de unos a otros territorios de la región, remarcándose en Guadarrama y el Area Metropolitana por encima de las Vegas y la comarca Suroccidental y, sobre todo, de la Campiña y Lozoya-Somosierra. Así, nos lo muestra la tabla siguiente, referente a las explotaciones agrícolas y ganaderas sin tierras y al total de ambas.

TABLA 42

EXPLORACIONES SIN TIERRAS. EVOLUCION. MEDIA MUNICIPAL

AREAS	GANADERAS			AGRICOLAS			TOTAL		
	1982	1989	Media. 1989	1982	1989	Media. 1989	1982	1989	Media. 1989
Guadarrama	41	210	10,0	269	155	7,3	680	365	17,3
Area Metropolitana	370	152	5,4	185	122	4,3	555	274	9,7
Vegas	139	86	4,0	68	42	2,0	207	128	6,0
Suroccidental	143	115	3,7	92	74	2,3	235	189	6,0
Campiña	152	65	2,1	82	40	1,3	234	105	3,5
Lozoya-Somosierra	182	100	2,0	108	62	1,2	290	162	3,3

Fuente: I.N.E., 1984a: 26- 29, 55-58, 1991: 15-16, 59-62. Elaboración propia.

En lo que respecta a las dos comarcas con mayor implantación de la producción capitalista, Guadarrama y el Area Metropolitana, hay que subrayar que las diferencias que las separan resultan en la realidad menos marcadas que las que señala este censo. Tal precisión afecta singularmente a las explotaciones pecuarias, dado que en Guadarrama muchas de éstas, localizadas con preferencia en las tierras más altas y donde destaca la gran propiedad - Galapagar, San Lorenzo de El Escorial-, pertenecen a minúsculos propietarios, que practican una economía campesina de carácter marginal o complementario con otras actividades agrícolas o ganaderas más rentables. De hecho, la intensa reducción que sufren las explotaciones pecuarias sin tierras de ambas comarcas desde finales de los años sesenta, aparte de obedecer a la dependencia de la ganadería sin suelo de los piensos compuestos, a la contaminación ambiental que generan, al alto costo de los salarios y a la probada mayor eficacia productiva de las economías campesinas, se debe, en buena medida, sobre todo en el caso de Guadarrama, a los obstáculos que encuentran esos pequeños ganaderos para sacar adelante unas unidades productivas tan limitadas. La dificultad creciente que implica en toda la región el acceso a pastos asequibles no sólo constituye una limitación más para desarrollar

ganaderías industriales, sino que plantea una barrera muchas veces insalvable a estos pequeños ganaderos de Guadarrama. Y algo muy similar sucede en el Area Metropolitana, donde, los titulares de pequeñas granjas –huertos familiares–, que comienzan a proliferar con la generalización del paro en la industria y la construcción, nunca con el relieve que poseen en Guadarrama décadas antes, tienen que enfrentarse cotidianamente y sin demasiado éxito a la búsqueda de unos pastos casi inexistentes.

En cualquier caso, la desaparición de explotaciones sin tierras, al margen de la causa concreta que desencadena la escasez de pastos, responde básica y masivamente a las razones généricas, anteriormente aludidas. Esta pérdida, sensiblemente superior en el caso de las unidades pecuarias que en las agrícolas, perjudica más la producción capitalista del Area Metropolitana que la de Guadarrama. Mientras en Guadarrama las explotaciones sin tierras se contraen, de 1982 a 1989, en un 46%, en los municipios metropolitanos lo hacen en un 50%, tras alcanzar este descenso mayores proporciones en ambas comarcas diez años antes (I.N.E., 1984a: 26–29, 1991: 15–16). Dicha diferencia se agranda en lo concerniente a las unidades ganaderas, siendo la disminución en la primera comarca del 48% y en la segunda del 58%. No es casual que los problemas ambientales –vertidos, olores– de las granjas industriales hayan pesado más en el territorio metropolitano, donde la concentración de población, viviendas de primera habitación y servicios se vuelve incompatible con las mencionadas instalaciones que, por contra, necesitan asentarse en zonas urbanas o urbanizables, dados sus requerimientos de energía eléctrica, agua, alcantarillado y accesos fáciles. El hecho de que los ayuntamientos no delimiten en la mayoría de los P.G.O.U. ni polígonos ganaderos ni zonas de tolerancia de ganadería intensiva se halla en consonancia con esa incompatibilidad, igual que lo está la estricta normativa ambiental y urbanística promulgada sobre el funcionamiento de las granjas industriales. Es lo mismo que ha sucedido en las grandes áreas metropolitanas europeas y norteamericanas, donde lo que se conocía con el nombre de cinturón de la leche y los huevos ha desaparecido con el alejamiento de la ganadería industrial de las grandes ciudades y en busca de localizaciones menos coactivas. Baste señalar a este respecto que a principios de los años setenta había todavía en Madrid casi 11.000 vacas de leche (Ballesteros, 1985: 56). Hoy el emplazamiento de granjas industriales depende más de las iniciativas tomadas por empresarios dinámicos, que se lanzan a la aventura, que de las ventajas potenciales que ofrece la proximidad de un amplio mercado consumidor.

Ahora bien, si el peso de las explotaciones sin tierras en Guadarrama indica una mayor penetración de la producción capitalista en esta comarca que en el Area Metropolitana, en la última adquieren un relieve superior las producciones ganaderas y agrícolas en las que se han especializado principalmente las relaciones agrarias capitalistas. Tanto las producciones avícolas y de porcino en explotaciones sin tierras, de muy altos rendimientos, como los cultivos de invernadero y de flores y plantas ornamentales superan en el Area Metropolitana las existentes no sólo ya en Guadarrama, sino en el resto de la región. Así lo confirman las dos tablas siguientes, salvando el caso de la Campiña en lo relativo a las Ha. cultivadas de

flores y plantas ornamentales. Y de igual manera dejan patente que la substancial reducción, registrada por el conjunto de estas producciones de alta rentabilidad en la región, resulta mucho menor en el Area Metropolitana que en Guadarrama. De este modo, en tanto que en los municipios metropolitanos las explotaciones avícolas disminuyen, de 1982 a 1989, en un 77,6% y las de porcino en un 51,4%, en Guadarrama lo hacen en un 85,7% y en un 83,3%, respectivamente. Es más, mientras que el cultivo de flores y plantas ornamentales se recorta, también entre estos años, en Guadarrama en un 33,6%, en el Area Metropolitana aumenta en un 1,9%. No obstante, en Guadarrama la explotación capitalista de cotos de caza resulta bastante importante. Este uso ha ido aumentando desde el inicio de los años sesenta, ocupando ya a finales de la década de los setenta un 29,3% de la superficie de los municipios serranos de menor altitud y un 48% de la extensión de las localidades de altura media. En los núcleos de mayor altitud sólo se localizan en un 2,5% de la superficie total, habida cuenta del carácter de esparcimiento de muchos montes y de su pertenencia a entidades públicas que prohíben tal uso cinegético (Valenzuela, 1977: 89).

TABLA 43

PRODUCCIONES GANADERAS DE ALTA RENTABILIDAD EN EXPLOTACIONES SIN TIERRAS. EVOLUCION

AREAS	Nº. EXPLOTACIONES AVICOLAS			Nº. EXPLOTACIONES DE PORCINO		
	1982	1989	Media Municipal. 1989	1982	1989	Media Municipal. 1989
Area Metropolitana	67	15	0,53	35	17	0,60
Guadarrama	56	8	0,38	12	2	0,09
Lozoya-Somosierra	20	11	0,22	8	5	0,10
Vegas	17	4	0,19	5	5	0,23
Suroccidental	20	4	0,13	6	5	0,16
Campaña	28	3	0,10	7	3	0,10

Fuente: I.N.E., 1984a: 55-58, 1991: 59-62. Elaboración propia.

TABLA 44

PRODUCCIONES AGRICOLAS DE ALTA RENTABILIDAD. EVOLUCION

AREAS	FLORES Y PLANTAS ORNAMENTALES				CULTIVOS DE INVERNADERO	
	Explotaciones				Explotaciones	
	Nº		Ha.		Nº	Ha.
	1982	1989	1982	1989	1989	1989
Campaña	5	6	17	64	6	10
Area Metropolitana	15	24	51	52	22	59
Vegas	14	9	26	12	47	24
Suroccidental	10	6	12	12	126	39
Guadarrama	3	2	3	2	6	2
Lozoya-Somosierra	6	1	3	0	9	0

Fuente: I.N.E., 1984a: 46, 1991: 41-42, 51-54. Elaboración propia.

Por otro lado, la implantación directa de la producción capitalista en la región alcanza sus índices medios en las Vegas y la comarca Suroccidental.

Teniendo en cuenta, como hemos venido haciendo hasta ahora, los valores medios por municipio de los diferentes territorios, observamos que, debido al mayor número de las explotaciones ganaderas sin tierras y por mucho que no ocurra igual con las agrícolas, el total de las unidades inferiores a 1 Ha. de las Vegas sobrepasa ligeramente al de la comarca Suroccidental. Y ello, pese a que tanto las explotaciones agrícolas como las ganaderas de la comarca Suroccidental, concentradas en pocos municipios, se hayan reducido de 1982 a 1989 casi la mitad de lo que lo han hecho en las Vegas. Si en la comarca Suroccidental las unidades agrícolas y ganaderas inferiores a 0,1 Ha. se contraen en un 19,5%, en las Vegas esta pérdida se eleva a un 38%.

Asimismo las producciones de alta rentabilidad, en las que se han especializado las relaciones agrarias capitalistas, poseen una mayor importancia en las Vegas que en los municipios suroccidentales madrileños. Lo demuestran, por un lado, el número de explotaciones avícolas y de porcino sin tierras y, por otro, el cultivo de flores y plantas ornamentales que señalan las tablas 43 y 44, aunque también reflejen la primacía de las producciones bajo invernadero de la comarca Suroccidental. De esas tablas se induce, a la par, que la desaparición de explotaciones avícolas y de porcino sufrida, años atrás, por los municipios suroccidentales ha sido más intensa que la que han acusado las localidades de las Vegas, aun cuando éstas últimas hayan conocido de 1982 a 1989 una merma superior de las Ha. dedicadas a flores y plantas ornamentales. De esta forma, en las Vegas, manteniéndose

los valores de las explotaciones de porcino de 1982 a 1989, las avícolas se recortan en un 76,4% y los cultivos de flores y plantas ornamentales en un 53,8%. Por su parte, en la comarca Suroccidental, no variando las Ha. ocupadas por la producción de flores y plantas ornamentales, las explotaciones de porcino disminuyen, entre esos años, en un 16,6% y las avícolas en un 80%. De la no demasiado intensa penetración de la producción capitalista en las Vegas deja constancia, por lo demás, el hecho de que, en los años de máximo desarrollo de las granjas industriales –comienzos de los setenta– y dentro del producto bruto agrario de la comarca, el ganadero sólo representara un 19,4% y estuviera integrado básicamente por producciones de carne obtenidas en explotaciones campesinas. La producción de huevos, protagonizada en muchos casos por campesinos, sólo aportaba a este porcentaje un 20% y la de leche un 14% (Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid, 1977: 170–171). Por último, en los municipios suroccidentales –Quijorna–, al igual que se aprecia en Lozoya–Somosierra y Guadarrama, adquiere cierta significación la explotación pecuaria de cotos de caza por parte de sociedades agrarias, generalmente de fuera de la comarca, que son ajenas a la lógica de la economía campesina. Estos cotos de caza suelen aprovechar la presencia de grandes fincas de propiedad privada, de las que constituyen un aprovechamiento importante.

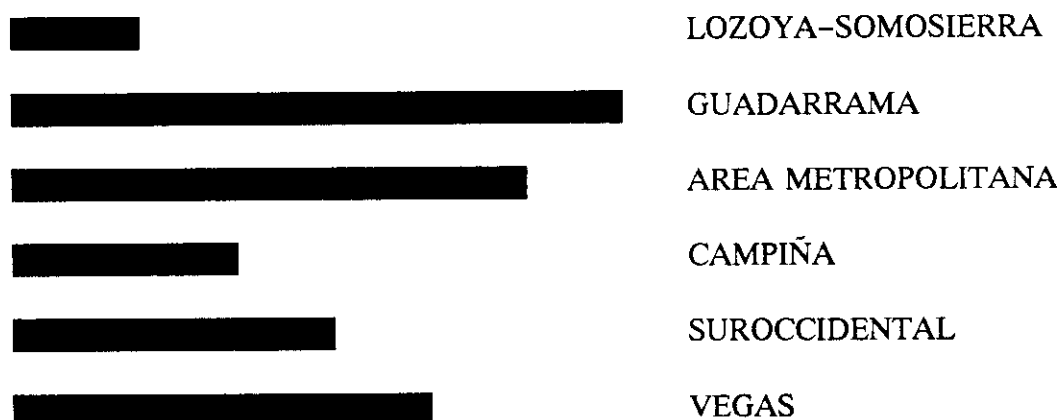
Finalmente, salvo implantaciones puntuales, apenas han penetrado las relaciones capitalistas en la producción agraria de la Campiña y, sobre todo, de Lozoya–Somosierra, en las que domina de modo tradicional la ganadería extensiva. El bajo valor medio municipal de explotaciones sin tierras habla de ello, así como la reducción que estas unidades han experimentado en ambas comarcas, si bien especialmente en la Campiña, desde el inicio de la década de los setenta. Entre 1982 y 1989 las unidades agrícolas inferiores a 0,1 Ha. de Lozoya–Somosierra se restringen en un 42,5% y las pecuarias en un 45%, haciéndolo el total de ambas en un 44,1%. Durante esos mismos años las explotaciones agrícolas sin tierras de la Campiña descienden un 51,2% y las ganaderas un 57,2%, lo que ocasiona una supresión de un 55,1% del conjunto de las unidades menores a 0,1 Ha.

Es cierto que la producción avícola de Lozoya–Somosierra es la tercera más importante de la región, pese a la reducción en un 45% de su cifra de explotaciones de 1982 a 1989, y que en la Campiña se dedican más Ha. a las plantas y flores ornamentales que en ninguna otra comarca, siendo el segundo territorio regional con un mayor número de Ha. de cultivos de invernadero. Sin embargo, Lozoya–Somosierra registra la producción más baja de la región de flores y plantas ornamentales y de cultivos de invernadero, al tiempo que la cifra de sus explotaciones de porcino, rebajada en un 37,5% desde 1982, la sitúa en el penúltimo lugar dentro de la secuencia comarcal que proyectan tales unidades pecuarias. Igualmente, las explotaciones avícolas de la Campiña –Daganzo de Arriba–, mermadas desde 1982 en un 89,2%, la colocan en el último lugar de la región, mientras que las de porcino sólo superan a las de Lozoya–Somosierra y Guadarrama, habiéndose contraído, también desde aquel año, en un 57,1%. Destaca, así y todo, en la Campiña la transformación que se opera a mediados de los setenta en el ganado vacuno. Salvo el dedicado al trabajo, este tipo de ganado era prácticamente inexistente en la organización pecuaria tradicional por la falta de pasto en

pradera y porque las superficies disponibles de erial, de escasa vegetación, no servían más que para la alimentación de las ovejas. Pero, con la aparición de las granjas intensivas, comienza a tomar un cierto auge la producción de terneras para recría y subsidiariamente para leche.

GRAFICO 8

PENETRACION DIRECTA DE LA PRODUCCION AGRARIA CAPITALISTA



3.2.4.- MONOPOLIZACION DE LA DISTRIBUCION AGRARIA

El control de la distribución de los productos agrarios de la región posee una significación superior que los aspectos, hasta ahora, analizados para determinar la penetración de las relaciones capitalistas en las distintas comunidades campesinas madrileñas. El volumen económico que implica esta fase última del proceso productivo y el nivel de extracción de excedentes campesinos que conlleva han determinado su práctica monopolización por parte del capital. Además, los grandes aportes de capital invertidos tanto en la comercialización como en la industrialización de productos agrarios han sentado las bases de una estrecha alianza entre el capital agrario, el industrial y el financiero. De esta manera, las empresas dedicadas a la distribución de productos agrarios están fuertemente vinculadas a monopolios industriales o financieros, cuando no son filiales de ellos. De ahí, que los campesinos a la hora de comprar sus "inputs" puedan solicitar de las propias empresas que se los venden los créditos necesarios para adquirirlos, que determinados grupos bancarios les adelanten dinero a cuenta de sus cosechas o que ciertas sociedades comercializadoras y de transformación les obliguen a suscribir seguros para sus productos.

Ahora bien, ya hemos subrayado en el capítulo anterior que la mayoría de las empresas de distribución localizadas en la Comunidad de Madrid son de ámbito nacional o multinacional, por lo que su emplazamiento en una determinada comarca no guarda tanto relación con el objetivo de monopolizar la comercialización e industrialización de los productos de ese territorio en concreto cuanto con las facilidades, que tal zona ofrece para instalarse. En estas facilidades se incluye, por supuesto, mano de obra, suelo e infraestructuras. Esto ocasiona la

aparente paradoja de que muchos de los productos obtenidos en las comarcas, donde están asentadas esas empresas, se comercialicen o transformen fuera de tales ámbitos e incluso en el exterior de la región. En cualquier caso, es evidente que allí, donde se ubican las mencionadas empresas, aumenta el nivel de monopolización de la distribución de los productos agropecuarios locales y, sobre todo, de la venta de bienes y medios de producción, de modo que puede afirmarse que entre mayor sea esta presencia se hace más intensa la captación de excedentes campesinos y, por consiguiente, del conjunto de la actividad que genera el campo. La correspondencia existente entre los productos, que distribuyen las sociedades asentadas en las distintas comarcas, y los que caracterizan la actividad agraria predominante de cada una de estas áreas confirma que tales empresas no ignoran cuanto se produce en los lugares donde se implantan. Por otra parte, tanto la comercialización como la transformación industrial de los productos agrarios suelen estar asociadas en una misma empresa y, en consecuencia, la monopolización de uno de estos dos procesos implica la del otro.

Ateniéndonos, como en otros apartados, a los valores medios municipales que definen en las diferentes comarcas la presencia de tales empresas de distribución, hemos de subrayar que el Area Metropolitana y las Vegas son los territorios que soportan una mayor penetración de sociedades agrarias de comercialización e industrialización. De todas formas, las diferencias que separan a los municipios metropolitanos de los de las Vegas son más que substanciales. Efectivamente, en el Area Metropolitana hay 356 empresas de distribución en 1990, que determinan una media por municipio de 12,7 sociedades (Comunidad de Madrid, 1991: 131). Si bien estos valores medios no se alcanzan en absoluto en Boadilla del Monte y Las Rozas, se sobrepasan ampliamente en Madrid, y, en menor medida, en Alcorcón, Leganés, Fuenlabrada y Alcobendas. Próximos a la media están Alcalá de Henares, Colmenar Viejo, Getafe, Pinto, Móstoles y Torrejón de Ardoz. El sector de la carne –mataderos, centrales frigoríficas, almacenes y fábricas de embutidos, despieces–, seguido del hortofrutícola, de los piensos compuestos, de vinos y de lácteos, acusa el índice de monopolización más alto de la comarca.

En segundo término, en las Vegas, con una media municipal de 5,1 empresas, se localizan 109 sociedades en 1990 (Comunidad de Madrid, 1991: 131). En siete de sus veintidós municipios no se asienta ninguna empresa, pero la mayoría de ellos se aproximan a esa media, situándose por encima Aranjuez, Villarejo de Salvanés, Villacanejos, Ciempozuelos, San Martín de la Vega y, sobre todo, Chinchón y Colmenar de Oreja. En esta comarca la monopolización de la distribución afecta fundamentalmente a los vinos y, tras ellos y en orden decreciente, a los productos hortofrutícolas, al cereal, los aceites vegetales y a la carne.

La comarca Suroccidental y la Campiña representan los índices medios de la región. En la primera de estas áreas se ubican un total de 86 empresas, con una media municipal de 2,7 sociedades durante 1990 (Comunidad de Madrid, 1991: 131). Con valores superiores a esta media por municipio se hallan Cadalso de los Vidrios, San Martín de Valdeiglesias, El Alamo, Villa del Prado, Valdemoro, Cenicientos, Griñón, Torrejón de Velasco y,

singularmente, Humanes y Navalcarnero. Nueve de sus municipios, sin embargo, no disponen de ninguna empresa de distribución, lo que no impide que tanto los productos vinícolas de estos núcleos como los del resto de la comarca se encuentren profundamente monopolizados. Asimismo, aunque en menores proporciones, también lo están las carnes, los cultivos hortofrutícolas, los aceites vegetales y los piensos compuestos. Estos niveles de control monopolístico descienden, no obstante, en la Campiña, donde las empresas de distribución se reducen en 1990 a 60, con una media municipal de 2,0 (Comunidad de Madrid, 1991: 131). A diferencia de las tres comarcas anteriores, en un 60% de las localidades de la Campiña no se han instalado empresas de distribución, emplazándose éstas esencialmente en Arganda, Campo Real, Valdilecha y Algete. Básicamente desde aquí controlan la distribución de carne, aceitunas, vinos y productos hortofrutícolas.

Por último la menor implantación en la región de las empresas de distribución corresponde a Guadarrama y, en especial, a Lozoya-Somosierra. Durante 1990, la presencia de las relaciones capitalistas en la comercialización y transformación de los productos agrarios de Guadarrama se limita a 21 sociedades, con una media municipal de 1,0 (Comunidad de Madrid, 1991: 131). Un 47,2% de los núcleos de Guadarrama no conoce en su ámbito municipal la localización de estas sociedades, pero las existentes, sobre todo, en Collado-Villalba, El Escorial y Guadarrama se encargan de suministrarles los piensos compuestos que necesitan para sus explotaciones ganaderas, siendo este producto el que capta la mayor atención de las empresas de distribución, seguido de la carne y los lácteos. Pese a que en Lozoya-Somosierra la cifra de empresas de distribución asciende a 24 durante 1990, la media municipal de esta comarca se circunscribe a 0,5 sociedades (Comunidad de Madrid, 1991: 131). Únicamente en un 31,2% de las localidades de esta comarca se emplazan sociedades de comercialización y transformación, dedicándose en esencia a los abonos, la carne, los productos lácteos y los piensos compuestos. Soto del Real, Rascafría, Bustarviejo, El Molar, Torrelaguna, San Agustín de Guadalix y Miraflores de la Sierra son los municipios en que se censa un número superior de estas empresas.

GRAFICO 9

MONOPOLIZACION DE LA DISTRIBUCION AGRARIA

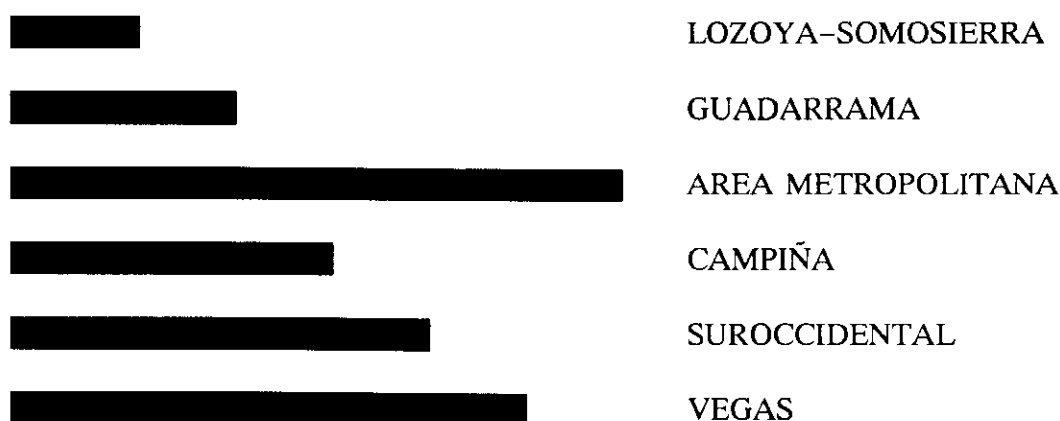
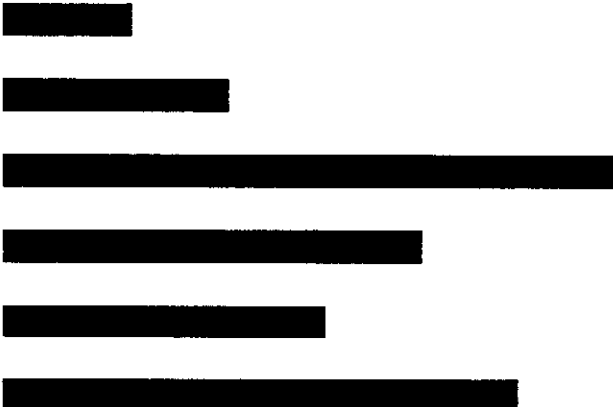


GRAFICO 10

PENETRACION COMARCAL DE LAS RELACIONES AGRARIAS CAPITALISTAS. RESUMEN

	LOZOYA-SOMOSIERRA
	GUADARRAMA
	AREA METROPOLITANA
	CAMPIÑA
	SUROCCIDENTAL
	VEGAS

3.3.- EFECTOS DE LA PENETRACION URBANA Y DEL CAPITAL AGRARIO EN LAS COMUNIDADES CAMPESINAS DE LA REGION

Ya vimos en el capítulo pasado cómo la penetración de la sociedad mayor en la región, tanto en su vertiente agraria como urbana, define la dependencia que sufre el campesinado madrileño y, por tanto, el principal factor de diferenciación que le distingue de otros grupos campesinos de España. Pero, las diferencias territoriales que reviste esa penetración determinan, dentro del campesinado madrileño, distintos tipos de comunidades, cuyo nivel de asimetría respecto a la sociedad mayor viene dado esencialmente por la forma singular en que sufren la extracción de sus excedentes y recursos. Sobre la base de tal asimetría, las diversas comunidades campesinas madrileñas y, en su interior, cada una de las categorías socioeconómicas, que las integran, construyen su particular articulación con la sociedad mayor, la especificidad de su sistema económico y el tipo de mecanismos de adaptación y supervivencia con el que aseguran su continuidad histórica. Mediante estos últimos, tratan de retener sus excedentes y recursos y de contrarrestar las transferencias de valor añadido que capta la sociedad mayor de la producción, distribución y consumo de sus bienes materiales. Por otro lado, la existencia de estas disparidades comarcales enmarca los diferentes procesos de cambio que experimenta cada territorio regional.

Para desvelar la articulación que en el plano económico de su cultura sostienen las distintas comunidades campesinas madrileñas con la sociedad mayor, examinaremos cómo esta instancia social más amplia absorbe los excedentes y recursos de suelo, fuerza de trabajo, producción, distribución y consumo de cada una de ellas. Simultáneamente, analizaremos los mecanismos de adaptación y supervivencia que dispone cada grupo campesino para asegurar la permanencia de su organización económica y de su propia identidad en el tiempo. Este proceso de penetración-adaptación configura seis modelos diferentes de comunidades, que se corresponden con los ya mencionados y cuyas características son un claro testimonio de las

diversas formas que asume la sociedad mayor en los distintos territorios de la región.

3.3.1.- EXTRACCION DE EXCEDENTES Y RECURSOS DE SUELO

Tanto la mayor o menor absorción de excedentes y recursos de suelo, operada en las diferentes comarcas, como la variable capacidad de retenerlos, que despliega cada tipo de comunidades, se materializan esencialmente a través de los siguientes factores: apropiación de tierras agrarias y de labor, retención por parte de los campesinos de ambas superficies y coste del suelo. A un segundo nivel de importancia, también hay que considerar: la degradación ecológica del suelo, la dimensión y parcelación de las explotaciones, la significación del arrendamiento y de la aparcería, la incidencia de la superficie tenida en común y bajo fórmulas cooperativas y la presencia de los huertos en precario.

3.3.1.1.- Análisis de los factores más determinantes

La evolución de los valores medios municipales, que muestra la superficie agraria de las diferentes comarcas entre el censo de 1972 y de 1989, expresa la apropiación de suelo agrario que en cada una de ellas ha efectuado la sociedad mayor para usos urbanos e igualmente deja patente la enajenación de tierras, mucho menor que la anterior, que origina en los distintos territorios de la región la penetración en el campo de las relaciones capitalistas. El control de la actividad agraria ejercido por estas últimas, la competencia que plantea su producción a la campesina y su absorción de suelo y mano de obra están detrás de la crisis de las explotaciones campesinas y, por consiguiente, de la desaparición de muchas tierras. Como veremos en la tabla siguiente, aunque esa evolución ha sido singularmente negativa para el Area Metropolitana, ha afectado en menor medida a la Campiña y a la comarca Suroccidental y, sobre todo, a las Vegas y Lozoya-Somosierra. Esta evolución negativa se convierte, no obstante, en positiva en el caso de Guadarrama. Dato ilustrativo de la reducción de espacio agrario que registran los municipios metropolitanos es que, sólo entre 1976 y 1979, se destruyen 9.430 Ha. de superficie agraria útil (I.N.E., 1973a: 30-33, 1984a: 7-8). Además, en algunas localidades del Area Metropolitana, especialmente dotadas por su medio físico para los aprovechamientos primarios, la supresión de suelo agrario era ya a mediados de los años setenta muy considerable. Es el caso de Torrejón de Ardoz, en el que en esas fechas las instalaciones del I.N.T.A. ocupan un 40,5% de la extensión del término municipal (Gómez Mendoza, 1978: 237).

TABLA 45

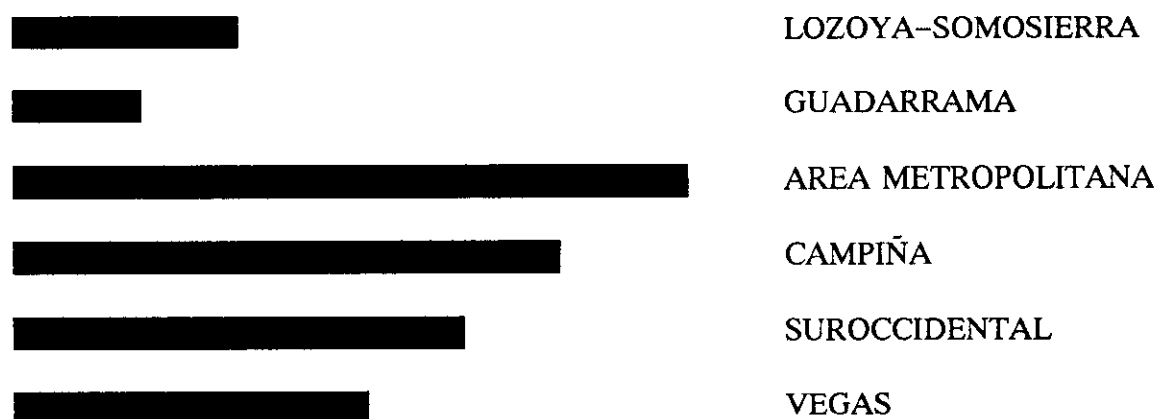
EVOLUCION DE LA SUPERFICIE AGRARIA COMARCAL. MEDIAS MUNICIPALES

AREAS	MEDIAS MUNICIPALES. Ha.			% EVOLUCION VALOR MEDIO. 1972/1989	VALOR TOTAL. 1989. Ha.
	1972	1982	1989		
Area Metropolitana	4.826,0	4.374,5	4.065,5	-15,7	113.834
Campaña	2.818,2	2.792,4	2.570,2	-8,7	77.108
Suroccidental	3.744,5	3.308,5	3.431,5	-8,3	106.378
Vegas	5.320,1	5.065,0	5.134,5	-3,4	107.826
Lozoya-Somosierra	2.884,8	2.701,1	2.816,6	-2,3	135.200
Guadarrama	3.867,8	2.954,9	4.003,5	+3,5	84.074

Fuente: I.N.E., 1973a: 30-33, 1984a: 7-8, 1991: 3-4. Elaboración propia.

GRAFICO 11

APROPIACION DE SUPERFICIE AGRARIA



De la tabla 45 se desprende, por otra parte, que las Vegas y el Area Metropolitana han sido los territorios que, seguidos de Guadarrama y la comarca Suroccidental, más han sabido retener su superficie agraria. Lozoya-Somosierra y, particularmente, la Campaña lo han podido hacer en un número mucho menor de Ha. Esta variable capacidad de retener el suelo agrario matiza de forma muy importante en las distintas comarcas la incidencia de la apropiación, protagonizada por la sociedad mayor, dejando constancia, al tiempo, de la adaptación específica que cada territorio regional ha desarrollado para aminorar tal absorción. No se puede afirmar que allí, donde se ha producido una superior ocupación de espacio por parte de la sociedad mayor, sea menor la superficie agraria existente. Si el análisis diacrónico nos ha servido para evaluar la absorción de suelo comarcal, el examen sincrónico de la

superficie agraria que poseen los diferentes territorios nos permite conocer la retención de la misma en cada uno de ellos.

No nos sorprende demasiado que la comarca de las Vegas haya sido capaz de mantener los porcentajes más altos de espacio agrario del conjunto de la Comunidad de Madrid, dada su reducida penetración urbana y la más que sobresaliente significación que desde siempre ha tenido la economía primaria. Y ello, por mucho que la superficie dedicada a pastos permanentes –10.955 Ha., con una media municipal de 521,6 Ha.– y a las especies arbóreas forestales –6.071 Ha., con unos valores medios por municipio de 289 Ha.– sea en 1989, según el último censo del I.N.E., de las más bajas de la región. Sin embargo, resulta un fenómeno del máximo interés que la comarca del Area Metropolitana, definida por naturaleza como la zona típica de expansión urbana de la capital y profundamente marcada por la apropiación de sus tierras agrarias, haya podido conservarlas en unos niveles superiores a los de otros territorios con inferior presencia del tejido urbano. Es evidente que la orientación casi exclusivamente agraria que, a excepción de Getafe⁵⁷, poseían los municipios metropolitanos hasta mediados los años sesenta ha variado hoy substancialmente, aunque se haya ralentizado la enajenación de suelo agrario por efecto de la recesión económica. Pero, como vemos en la tabla 45, su superficie agraria, aun cuando muy mezclada con usos urbanos, parece haber resistido más que en la mayoría de las comarcas los avatares de la penetración urbana y de las relaciones agrarias capitalistas. Poco es, además, lo que han influido en la conservación de la superficie agraria del Area Metropolitana la aptitud de su medio físico, sumamente degradado y similar al de la Campiña y la comarca Suroccidental, la cuantía de las tierras ocupadas por la producción capitalista o sus índices de productividad.

En este línea, en el Area Metropolitana existen, aparte del labrado, cinco tipos básicos de suelo agrario que tienen poco en común con la periferia de cualquier gran capital europea. El primero de ellos lo conforma un espacio de alto valor ambiental, integrado por el Monte de El Pardo, el Monte de Viñuelas y las dehesas occidentales de Madrid, que, por haber sido históricamente conservado por la aristocracia, el Patrimonio Nacional y el Real, se ha mantenido hasta hoy conforme era en el pasado: una extensa superficie forestal y de pasto que alcanza las 36.000 Ha. (Ballesteros, 1985: 13). Dentro de ella, se ubica una de las reservas de encinar mediterráneo y de dehesa menos alterada de España. Un segundo tipo lo constituyen amplias zonas de prados y pastizales permanentes, cuyo mayor número de Ha. se localiza en Colmenar Viejo, donde se censa en 1989 un total de 14.703 Ha. (I.N.E., 1991: 85). Se trata tanto de antiguos bosques de encinas como de pastizales de ribera, que ocupan 21.342 Ha., con unos valores medios municipales de 762,2 Ha., y que representan la tercera superficie de esta clase más extensa de la región (I.N.E., 1991: 85). En tercer lugar, hay que hablar de los eriales formados por matorral, que sirven de alimento a los rebaños de ovino extensivo. En cuarto término debemos referirnos a las casi 30.000 Ha. de suelo calificado como urbanizable, que todavía no ha sido ocupado ni parece que vaya a serlo de manera inmediata y que, mientras tanto, soporta usos agrarios. Y un quinto tipo de suelo es el dedicado a las especies arbóreas forestales, en el que se incluye parte de las tierras de alto

valor ecológico que forman el primero. Este suelo, que supone la segunda superficie forestal menos extensa de la región, se limita a 5.862 Ha. en 1989, con una media municipal de 209,3 Ha. (I.N.E., 1991: 85-87).

De otra parte, los valores medios regionales de retención de suelo agrario corresponden a Guadarrama y a la comarca Suroccidental.

Guadarrama, en consonancia con su marcada orientación hacia la ganadería extensiva y con las condiciones de su medio natural, dispone de la superficie de pastos más amplia de la región. En 1989 los pastizales se extienden sobre 56.015 Ha., con una media municipal de 2.667,3 Ha., que se supera sobradamente en Robledo de Chavela -6.792 Ha.- y El Escorial -5.009 Ha.- (I.N.E., 1991: 3, 85-87). Así y todo, ni en permanencia ni en densidad de especies pueden compararse estos pastos con los de otras áreas de montaña españolas de similar altura media. Su localización meseteña y su exposición meridional les imponen serias limitaciones climáticas, caracterizadas por un invierno no resuelto, en el que el suelo puede permanecer cubierto de nieve o hielo de diciembre a marzo; una fuerte agostada, sólo parcialmente evitada en los pastizales de piso alpino y subalpino de Cercedilla, Los Molinos y Navacerrada; y una incierta otoñada. Únicamente si las primeras lluvias de la temporada caen a comienzos de septiembre y se vuelven a repetir a finales del mismo mes, espojando el suelo, se asegura la otoñada. Además este pastizal es exclusivamente de diente. Sólo puede cortarse en verano en las zonas que, por su altura o su emplazamiento en fondo de valle, poseen suficiente humedad.

Igualmente, Guadarrama cuenta con el segundo espacio forestal más importante de la región, que en 1989 alcanza 22.194 Ha., con una media por municipio de 1.056,8 Ha. (I.N.E., 1991: 13). Esta superficie, aprovechada como suelo maderable, es el resultado de la defensa y regeneración de los montes que se inicia en la comarca desde el siglo XIX para contrarrestar la reducción y el deterioro de espacios forestales, acaecidos hasta dicha época. Los segundos residentes han propiciado que el uso principal de esta superficie sea hoy el de recreo.

Menos espacio agrario que Guadarrama ha podido conservar la comarca Suroccidental. La suavidad de su topografía y sus poco abundantes precipitaciones han determinado, como en las Vegas y la Campiña, una escasa superficie de pastos permanentes. Estos, aunque algo más extensos que en las comarcas ahora citadas, ascienden a 20.486 Ha. en 1989, con unos valores medios por municipio de 660,8 Ha. (I.N.E., 1991: 4). Superior es, no obstante, su espacio forestal, el tercero más importante de la región, con un total de 19.051 Ha., que proyectan una media municipal de 614,5 Ha. (I.N.E., 1991: 14).

Por último, Lozoya-Somosierra y la Campiña son las comarcas que menos han logrado retener su espacio agrario.

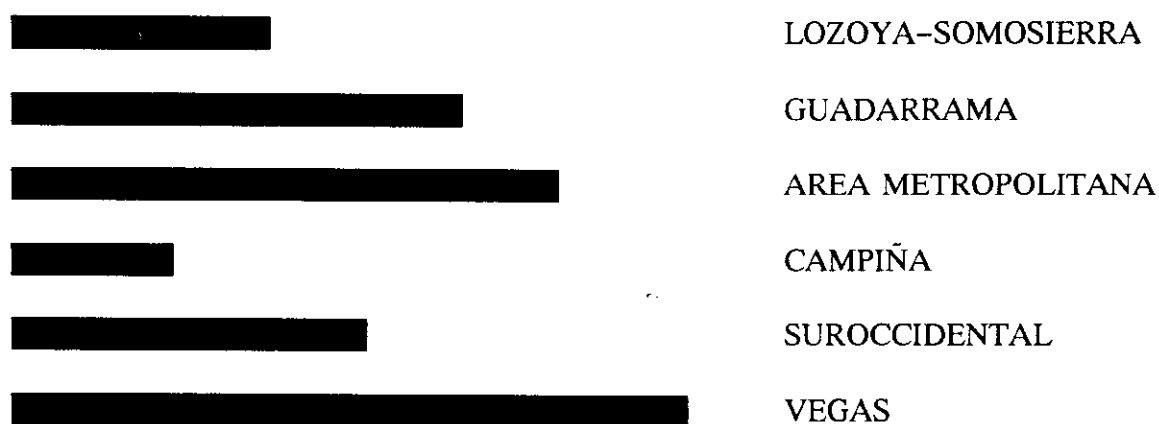
Es cierto que las 51.220 Ha. de suelo forestal que posee Lozoya-Somosierra en 1989, con una media por municipio de 1.067 Ha., representan el mayor espacio de la región dedicado a las especies arbóreas, al monte abierto y maderable y al aprovechamiento de la ramonada -hayas, encinas- para alimento del ganado (I.N.E., 1991: 13). A la par, hay que reconocer que

sus 42.475 Ha. de pastos permanentes, distribuidas a razón de 884,8 Ha. por municipio, suponen la segunda superficie de este género más extensa de la región, potenciando el desarrollo de una relevante cabaña vacuna extensiva –Lozoyuela y Puentes Viejas– (I.N.E., 1991: 3). Pero, la reducida dimensión de su tierra de labor, exceptuando la más llana y fértil del sureste –Torrelaguna–, ha condicionado una escasa superficie agraria.

Todavía más acusada es esta situación en la Campiña, donde se localizan las menores extensiones de pastos permanentes y de suelo forestal de la región. Así, en 1989 el espacio ocupado por especies arbóreas forestales se circunscribe a 955 Ha., con una media municipal de 31,8 Ha., y los pastos permanentes se reducen a 4.974 Ha. que definen un valor medio por municipio de 165,8 Ha. (I.N.E., 1991: 13, 3).

GRAFICO 12

RETENCION DE SUELO AGRARIO



En otro orden de cosas, la secuencia comarcal que delimita la absorción de suelo agrario se invierte prácticamente en el caso de la extracción de tierras labradas. Las comarcas que más pérdidas han sufrido entre 1972 y 1989 son Lozoya-Somosierra y, sobre todo, Guadarrama, seguidas del Area Metropolitana y los municipios suroccidentales de la región. Las Vegas y, especialmente, la Campiña han variado en porcentajes mucho menores las Ha. de cultivo que ya tenían en 1972.

TABLA 46

EVOLUCION COMARCAL DE LAS TIERRAS DE LABOR. MEDIAS MUNICIPALES

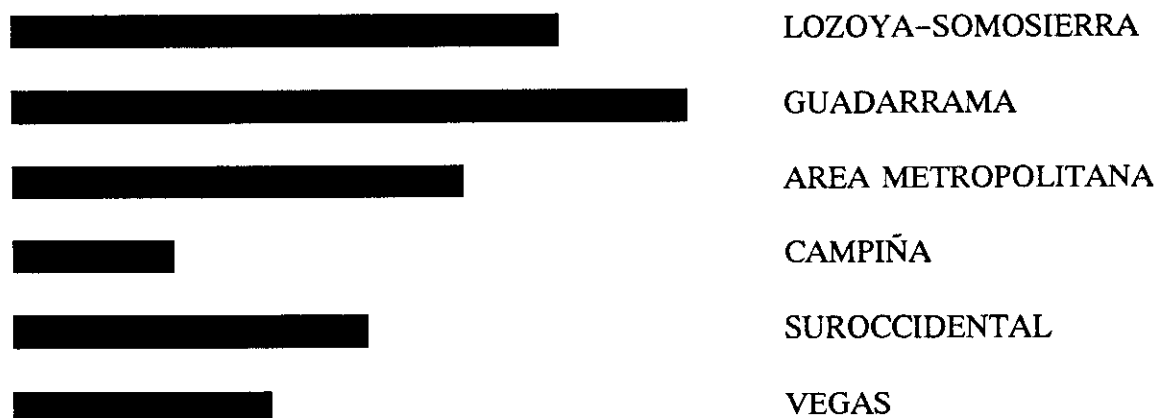
AREAS	MEDIAS MUNICIPALES. Ha.			% EVOLUCION VALOR MEDIO. 1972/1989	VALOR TOTAL. 1989. Ha.
	1972	1982	1989		
Guadarrama	25,6	37,5	9,9	-61,3	208
Lozoya-Somosierra	275,5	222,2	151,4	-45,0	7.268
Area Metropolitana	2.690,2	2.277,5	1.874,1	-30,3	52.475
Suroccidental	1.776,0	1.493,7	1.267,9	-28,6	39.307
Vegas	3.452,6	3.193,2	3.064,7	-11,2	64.359
Campaña	2.266,2	2.324,1	2.106,0	-7,0	63.182

Fuente: I.N.E., 1973a: 30-33, 1984a: 7-8, 1991: 3-4. Elaboración propia.

Si en la disminución de las tierras de labor de Lozoya-Somosierra incide por encima de cualquier otro factor el peso preeminente del suelo forestal y de pastos, en Guadarrama, aparte de este mismo condicionante, influye la ocupación de espacio cultivado que conlleva la expansión residencial y de los servicios de la región. Esta razón se convierte en decisiva para entender la reducción del suelo labrado metropolitano.

GRAFICO 13

APROPIACION DE TIERRAS DE LABOR



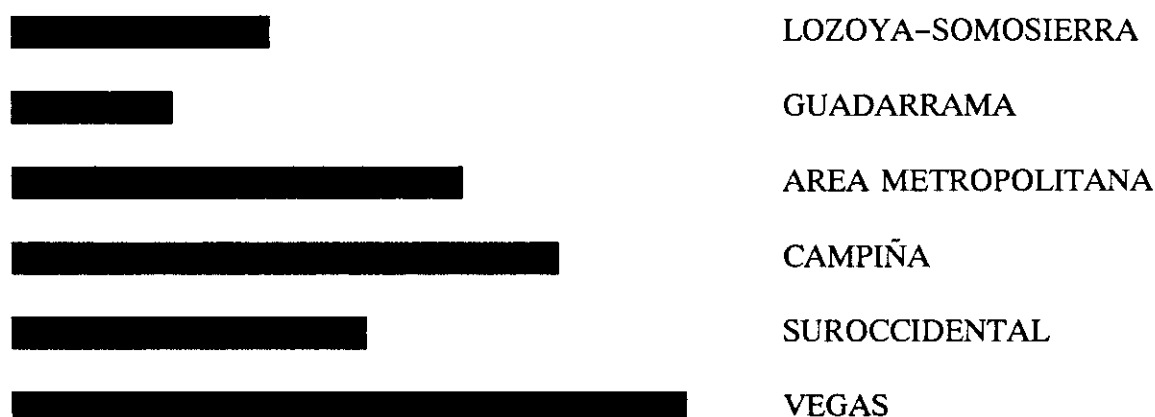
En contraste con las diferencias observadas entre las secuencias comarcales que describen, por un lado, la apropiación de superficie agraria y, por otro, la retención de este mismo suelo, la correspondencia existente entre las comarcas que más pérdidas padecen de tierras de labor y las que menos logran conservarlas es sumamente estrecha. Así, la Campaña y,

singularmente, las Vegas son los territorios que disponen de mayor superficie cultivada, seguidas del Area Metropolitana, con sus importantes vegas de Torrejón de Ardoz y San Fernando de Henares y con un espacio cultivado similar al de La Rioja que resulta más extenso en su zona sur y este. Tras ella, se sitúa la comarca Suroccidental. Y en último lugar se colocan Lozoya-Somosierra, pese al aumento de tierras de labor que conoce desde principios de siglo hasta los años sesenta, y, sobre todo, Guadarrama.

La retención de suelo de labor constatada en la Campiña no es, sin embargo, un fenómeno sólo de hoy. En 1972 la superficie agraria útil supone un 74,2% sobre la total, que asciende en 1982 a un 81% y en 1989 a un 86,7% (I.N.E., 1974a: 30-33, 1984a: 8, 1991: 3). Ya desde antes contaba con un terrazgo muy dilatado a consecuencia de la ampliación que le proporcionan las roturaciones de los siglos XVIII y XIX.

GRAFICO 14

RETENCION DE TIERRAS DE LABOR



Finalmente, el coste del suelo constituye el quinto de los factores más determinantes para evaluar la extracción de excedentes y recursos de suelo que soportan los distintos territorios madrileños.

Los índices, ya definidos, de penetración urbana determinan con escasas variaciones los precios del suelo de las diferentes comarcas. En efecto, el Area Metropolitana y, en segundo término, Guadarrama poseen el coste más alto de la región, lo que potencia la significación del barbecho social en busca del valor expectante de las tierras en las zonas más próximas a los cascos urbanos e, incluso, en los enclaves de máxima productividad agrícola potencial, como son las vegas. Muchas de tales vegas presentan por esta razón aprovechamientos nulos o muy deficientes, mientras que otras áreas se dejan de cultivar o se explotan de forma extensiva y con escasos rendimientos en espera de su posterior enajenación. A menudo la explotación extensiva de las tierras sólo persigue mostrar la soberanía y propiedad de sus titulares, a fin de que, en tanto esperan las plusvalías devengadas por su cambio de calificación a suelo urbano, no se llenen de escombros, como ciertas áreas sin producción, o

sean ocupadas ilegalmente para otros usos no agrarios. En otras ocasiones, los propietarios de las tierras pendientes de revalorización las ceden en precario o las siembran de cereal mediante el sistema del taxi agrícola. Tal absentismo, practicado principalmente por los grandes propietarios, también atañe a muchos medianos y pequeños campesinos que, sobre todo, en los municipios metropolitanos del sur han conseguido substanciales ingresos con la venta de parcelas, poco extensas y situadas en las periferias de los cascos urbanos, sobre las que se han construido bloques de viviendas. Con estos ingresos, aparte de sanear sus maltrechas economías y multiplicar sus ahorros, numerosos antiguos campesinos han iniciado diversos negocios urbanos, que abarcan desde la apertura de tiendas y puestos en los mercados hasta el alquiler de viviendas o locales comerciales.

En escasa consonancia con los precios de venta del secano y del regadío, que ya vimos en el capítulo anterior y que marcan el tope máximo de los del conjunto de la región, se hallan, por lo demás, los costes de las tierras en arrendamiento del Area Metropolitana. Tales precios, marcadamente variados, oscilan desde 300 pts/Ha. y año hasta 60.000. Como término medio, los arrendamientos regables de vega fluctúan de 20.000 pts/Ha. y año a 40.000, mientras que en el secano lo hacen de 1.000 pts/Ha. anuales a 3.000 (Ballesteros, 1985: 41). De estas cifras, las más altas corresponden en Guadarrama al suelo de pastos de los municipios ubicados en el sector superior de la sierra. El elevado valor de su base imponible sobre el total de la señalada para la comarca refleja que, para fijarlo, no se ha tenido tanto en cuenta el uso actual de las tierras cuanto su utilización potencial. De este modo, el precio de la tierra en este área de Guadarrama se sitúa por encima del que concuerda con su mera superficie.

Tampoco hay excesiva correlación entre el precio de la tierra y la rentabilidad que proporciona su cultivo, ya que ese coste, demasiado alto para lo que produce su explotación agraria, está orientado a cubrir una demanda residencial y de servicios. Tanto en el Area Metropolitana como en Guadarrama, no obstante, se comprueba, todavía más que en el resto de la región, que desde principios de los años ochenta el espacio agrario ha disminuido su valor de cambio, aminorándose las expectativas y los movimientos especulativos de los propietarios de tierras. En la base de ello están la recesión económica, la ralentización del crecimiento urbano, el alto techo ya alcanzado por los precios, la saturación del mercado de tierras y la descalificación en muchos de los planes urbanísticos más recientes de numerosas Ha. de suelo que, poco tiempo atrás, hubieran sido consideradas urbanizables. E igualmente han incidido el recorte de la demanda de segundas viviendas de lujo, incrementándose las parcelaciones ilegales para residencias marginales, y el retorno a la actividad agraria de algunos grandes propietarios absentistas, volcados hasta hoy en la especulación urbana.

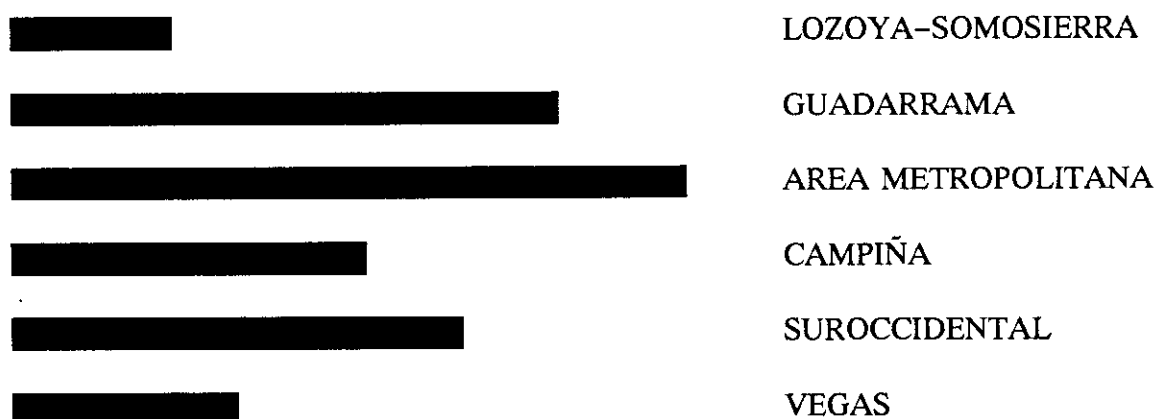
Pero los costes de suelo, además de ser muy altos en estas dos comarcas, también resultan caros en otros territorios de la región, fundamentalmente en los municipios suroccidentales y de la Campiña, situados en torno a los ejes de las vías radiales de comunicación, para los que siempre existe la posibilidad de transformar espacio rústico en urbano. Aunque en menores proporciones que en el Area Metropolitana y Guadarrama, en estas localidades se vuelve, por igual, una práctica común el barbecho social. Ya en 1972, mientras que el

máximo valor potencial del suelo agrario de la Campiña no sobrepasaba las 44 pts/m² en los regadíos del Jarama, su precio expectante de mercado era siete veces mayor (Gómez Mendoza, 1978: 237). Dicho valor expectante, unido al costo cada vez más alto de la mano de obra, fuerza a los campesinos no absentistas a producir con intensidad creciente en la menor superficie posible.

Aun cuando en las Vegas el coste del suelo no lo fijan sólo los índices de penetración urbana, sino una gran demanda de tierras y la óptima calidad agrícola de muchas de ellas, especialmente de las de regadío, los precios del espacio agrario son los más bajos de la región después de los de Lozoya-Somosierra. En esta última comarca las segundas residencias y la instalación de servicios e infraestructuras, al ampliar el espacio urbanizable, han desencadenado desde finales de los años setenta una importante elevación de los costes del suelo. Los principales beneficiarios han sido las empresas inmobiliarias y pequeños especuladores locales, a veces campesinos, que promueven la construcción de segundas residencias de baja calidad, aprovechándose de las mejores tierras –huertos, superficies de riego– y de las escasas infraestructuras de los núcleos rurales.

GRAFICO 15

COSTE DEL SUELO



3.3.1.2.- Factores secundarios

Responsable directa de la degradación del medio físico que presentan las diferentes comarcas, la penetración urbana que tiene lugar en cada una de ellas define los índices de deterioro ecológico que registran los distintos territorios madrileños.

La mayor alteración del marco físico regional se observa en el Area Metropolitana. No en vano, en este espacio metropolitano ha disminuido la significación del medio físico en la determinación del sistema de relaciones funcionales y sociales y se tiende a eclipsar la diferenciación entre lo rural y lo urbano, situándose en el lugar preferente de la dinámica espacio-sociedad la lógica de la expansión urbana. Tal deterioro se materializa muy

particularmente en el espacio agrario, cuya configuración es a menudo discontinua, intersticial e interrumpida por extensos e irregulares cascos urbanos y por polígonos industriales, almacenes y promociones aisladas de viviendas que, en precaria armonía con los núcleos antiguos de los municipios, se localizan dispersa y anárquicamente en cualquier punto del territorio. El trazado constante de infraestructuras de toda índole, la extracción de áridos incluso en los cauces de los ríos –Jarama–, la invasión de los márgenes y las líneas de drenaje fluviales –Butarque, Fresno del Abroñigal– y las intensas parcelaciones ilegales, en unión de todo un conjunto de actuaciones antrópicas –abusivo tráfico automovilístico y de motos de competición, incendios, acampadas– contribuyen a conformar la discontinuidad de este espacio agrario. Además los altos niveles de contaminación existentes en los ríos y acuíferos dificultan o inhabilitan la captación de aguas para riego, como sucede en Getafe y Fuenlabrada por los vertidos químicos del arroyo Culebro, en la cuenca del Henares y del noreste del Jarama, en Alcobendas y San Sebastián de los Reyes con el arroyo Vega, en Colmenar Viejo debido a los residuos del matadero o en Villanueva del Pardillo por la acción de las industrias papeleras.

Por su lado, Guadarrama presenta el segundo medio físico más alterado de la región, pese a las óptimas condiciones naturales que le proporcionan la altitud y una generosa pluviometría. Sus unidades paisajísticas y agrarias sufren la contaminación y fragmentación de las primeras y segundas residencias, de algunas industrias –químicas de Collado–Villalba– y de las infraestructuras, entre las que sobresalen los embalses –Santillana, Navacerrada, La Jarosa, Tébar, El Batán–. Pero esta degradación afecta muy singularmente a los aprovechamientos agrarios más importantes de la comarca: los pastos y las especies arbóreas forestales. Mientras los pastos acusan la enajenación y el estrechamiento de las cañadas (Barañano, 1984: 13), la contaminación de las aguas y la merma y alteración de las superficies que originan numerosos vertidos sólidos –escombreras–, en la superficie forestal se aprecia la apertura de veredas, los devastadores efectos de los continuos incendios y la deforestación de las especies arbóreas autóctonas –encinas, robles–, sustituidas por replantaciones de pinos.

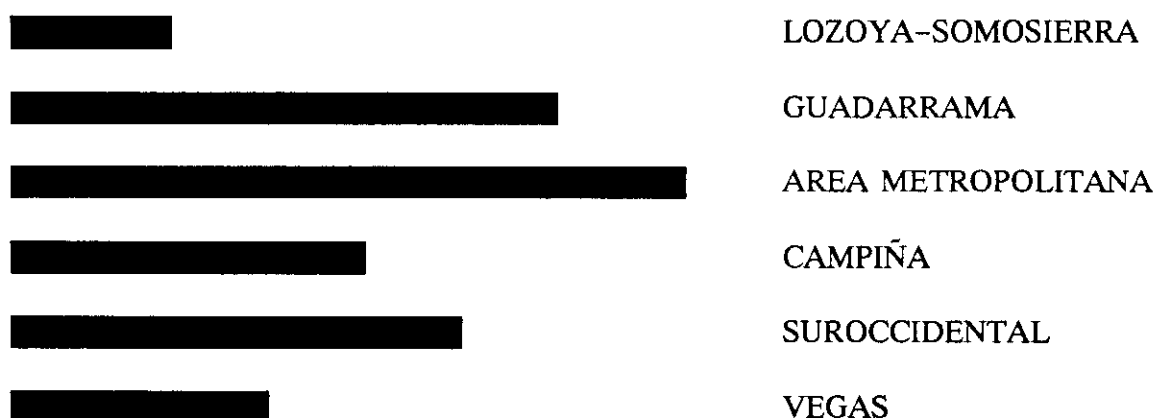
Tras Guadarrama, son las Vegas y, sobre todo, la Campiña y la comarca Suroccidental los territorios más degradados. Importantes áreas agrarias de estas comarcas han perdido sus cualidades ambientales, los aportes de agua captados en los cauces que atraviesan el Área Metropolitana y amplias superficies de vegas de regadío. La elevada contaminación de sus redes fluviales procede básicamente de los vertidos efectuados en el Área Metropolitana, que son arrastrados aguas abajo.

Por último, Lozoya–Somosierra, aun siendo la comarca que dispone del medio físico menos alterado de la región, no es ajena a muchas actuaciones degradantes de su ecosistema que rompen la casi total correspondencia, existente décadas atrás, entre el paisaje y las comunidades campesinas. Sus aguas, aparte de desviarse hacia los numerosos embalses que han anegado bastantes de las antiguas vegas, reciben los vertidos de no pocas industrias, como ocurre en Guadalix de la Sierra con las papeleras. Sus pastos, fundamentales para su

economía ganadera, dejan patente la huella de las segundas residencias, de los remotes y de las instalaciones de esquí, de los caminos trazados por ICONA y de las carreteras que usurpan cordeles y cañadas. Y su superficie forestal, repoblada en gran medida de pinos, evidencia la disminución paulatina de los bosques de encinas, robles y acebos que conforman su vegetación autóctona y que se aprovechan, entre otros fines, para alimentación del ganado, fabricación artesanal del carbón y tintura y curtido de pieles.

GRAFICO 16

DEGRADACION ECOLOGICA



En otro orden de cosas, como señalamos en el capítulo anterior, las grandes explotaciones son indicativas de procesos de concentración de tierras que nos hablan de la penetración de las relaciones agrarias capitalistas, de la presencia de los movimientos de acumulación que éstas conllevan y, por tanto, del incremento de la extracción de excedentes y recursos que soportan los campesinos. A la vez que las grandes explotaciones facilitan tales procesos de concentración, éstos impulsan la formación de dichas unidades productivas. Así, puede concluirse que allí, donde estas grandes explotaciones tienen mayor importancia, es también superior la extracción de excedentes y recursos de los campesinos. Por contra, las pequeñas explotaciones dificultan los procesos de concentración de tierras que persiguen las relaciones agrarias capitalistas y acortan los excedentes y recursos potenciales que el capital espera conseguir de aquéllas.

Exceptuando las mínimas diferencias de orden observables entre el Area Metropolitana y la Campiña, la secuencia comarcal que describe la variable incidencia de las grandes explotaciones en cada territorio de la región es la opuesta a la que proyectan las pequeñas unidades productivas, según vemos a continuación:

**PRESENCIA DE EXPLOTACIONES
SUPERIORES A 100 Ha.**

Area Metropolitana
Campiña
Guadarrama
Lozoya-Somosierra
Vegas
Suroccidental

**PRESENCIA DE EXPLOTACIONES
INFERIORES A 10 Ha.**

Suroccidental
Vegas
Lozoya-Somosierra
Guadarrama
Area Metropolitana
Campiña

Ello conlleva que las comarcas que registran mayores volúmenes de extracción a causa de la gran dimensión de sus explotaciones se encuentren, además, en peor disposición que el resto de los territorios regionales para contrarrestar tal absorción, habida cuenta de sus menores índices de pequeñas unidades productivas. Esta situación se invierte por completo en las comarcas que poseen superiores cotas de pequeñas explotaciones. La merma de extracción que facilitan estas pequeñas unidades productivas se suma a la menor absorción de excedentes que acusan los mencionados territorios por la baja incidencia de las grandes explotaciones. Conviene recalcar, no obstante, que, incluso en las comarcas que cuentan con un número menor de pequeñas explotaciones, los porcentajes de este tipo de unidades productivas resultan siempre claramente mayoritarios sobre el total de las existentes y, en particular, respecto a los valores que presentan las superiores a 100 Ha.

TABLA 47

**TAMAÑO DE LAS EXPLOTACIONES. DISTRIBUCION COMARCAL POR
TRAMOS. EVOLUCION. % Ha.**

AREAS/AÑOS	1972		1982		1989		INDICE DE VARIACION	
	<10	>100	<10	>100	<10	>100	<10	>100
Area Metropolitana	56,2	12,1	55,3	11,4	66,7	14,7	+10,5	+2,6
Campiña	56,4	6,7	56,1	7,7	58,3	7,9	+1,9	+1,2
Guadarrama	59,1	8,3	52,8	9,3	70,2	6,5	+11,1	-1,8
Lozoya-Somosierra	68,9	3,5	65,6	4,4	70,4	4,4	+1,5	+0,9
Vegas	69,5	3,1	78,4	1,9	80,3	2,1	+10,8	-1,0
Suroccidental	77,8	2,4	80,9	2,2	80,3	1,8	+2,5	-0,6

Fuente: I.N.E., 1973a: 18-25, 1984a: 7-8, 1991: 3-4. Elaboración propia.

Por otra parte, se aprecia que en las comarcas que pierden explotaciones durante los últimos veinte años aumentan ligeramente a lo largo de esas fechas los procesos de concentración de

tierras y, en consecuencia, el número de unidades productivas superiores a las 100 Ha. Los tres únicos índices positivos, que describe la evolución de las explotaciones mayores a 100 Ha. entre 1972 y 1989, corresponden a las comarcas en que descende la cifra total de unidades productivas. Lozoya-Somosierra, la Campiña y el Area Metropolitana resultan, en el orden expuesto, los únicos territorios regionales que reducen su número de explotaciones. Y sólo ellos son también los que logran incrementar sus unidades productivas superiores a 100 Ha., si bien en el orden inverso al citado anteriormente, ya que el Area Metropolitana, con un índice del 2,6, se sitúa por delante de la Campiña, con un 1,2, y de Lozoya-Somosierra, con un 0,9. Por el contrario, la comarca Suroccidental, Guadarrama y las Vegas, que en iguales fechas amplían su cifra total de explotaciones, pierden unidades productivas mayores de 100 Ha. entre 1972 y 1989. Guadarrama, seguida de las Vegas y de la comarca Suroccidental, es el territorio que registra mayores pérdidas de explotaciones superiores a 100 Ha.

TABLA 48

EVOLUCION COMARCAL DEL NUMERO TOTAL DE EXPLOTACIONES

AREAS/AÑOS	1972	1982	1989	%. Variación. 1989/1972
Lozoya-Somosierra	5.187	3.760	3.900	-24,8
Campiña	3.024	2.736	2.380	-21,2
Area Metropolitana	2.570	2.804	2.338	-9,0
Suroccidental	7.068	6.875	7.214	+2,0
Guadarrama	1.731	1.797	2.130	+23,0
Vegas	5.567	7.437	7.593	+36,3

Fuente: I.N.E., 1973a: 14-17, 1984a: 7-8, 1991: 3-4. Elaboración propia.

El Area Metropolitana, con una estructura agraria similar a la de Castilla-La Mancha y muy polarizada entre las grandes y las pequeñas unidades productivas, se diferencia de la agricultura periurbana de Barcelona, Valencia, Sevilla, Valladolid o La Coruña por el significativo papel de las explotaciones superiores a 100 Ha., manifiesto ya desde 1962, peculiar en Europa y especialmente remarcable en Rivas-Vaciamadrid. Aproximadamente un 2% del conjunto de los propietarios es titular de más del 50% del total de la superficie agraria comarcal⁵⁸ (Fernández Durán, 1985: 267), lo que implica, por lo demás, una fuerte contradicción desde el punto de vista urbanístico entre el carácter exclusivo de un suelo tan amplio y la necesidad de espacio, que requiere la expansión residencial de Madrid y del conjunto del Area Metropolitana. Hay que destacar, sin embargo, que la importancia de las

pequeñas explotaciones –Madrid, Fuenlabrada, Parla, Móstoles, Getafe, Colmenar Viejo– ha aumentado más entre 1972 y 1989 que la de las grandes. Unas y otras explotaciones han crecido a expensas del notable descenso que acusan en esos años las unidades productivas de tipo medio, cultivadas en general directamente por campesinos acomodados.

En la Campiña, al compás de la reducción del número total de sus explotaciones –Camarma de Esteruelas, Fuente el Saz, Loeches–, el peso de las mayores de 100 Ha. se deja sentir con especial significación en los secanos cerealísticos, donde se contrae en relación al resto de la región la presencia siempre preponderante de las unidades productivas menores de 10 Ha. Y ello, aunque el número de éstas últimas crece de 1982 a 1989, igual que en el Área Metropolitana, por encima de las superiores a 100 Ha., salvando la excepción de localidades puntuales como es el caso de Daganzo de Arriba.

Del mismo modo que el Área Metropolitana, la Campiña posee una estructura agraria caracterizada por una profusión de pequeñas explotaciones que contrastan con las grandes unidades productivas, que ocupan la mayoría del suelo de labor. Estas grandes explotaciones son propiedad mediante herencia de pocos titulares, que no suelen aprovecharlas en su integridad para el cultivo y que, a menudo, las utilizan para pasto de amplios rebaños de ganado lanar.

Guadarrama y Lozoya–Somosierra se sitúan en los valores medios de la región por su cifra de grandes explotaciones. Estas comarcas cuentan con un porcentaje de unidades productivas inferiores a 10 Ha. muy similar y en ambas, particularmente en sus áreas más montañosas y dedicadas a usos ganaderos, se sobrepasa con nitidez la media regional de explotaciones inferiores a 5 Ha., tanto en términos de superficie total abarcada como en lo relativo al número de propietarios.

No obstante, Guadarrama, aun cuando ha experimentado en los últimos quince años una mayor disminución de grandes explotaciones que Lozoya–Somosierra, la supera en este tipo de unidades productivas. Tales explotaciones de la comarca de Guadarrama se localizan fundamentalmente en las zonas de mediana altitud ocupadas por monte bajo –41,1%–, erial a pastos –24,5%– y encinar, pese a que también resultan características en las áreas de menor altura –cereal– (Valenzuela, 1977: 48, 1980: 79). Un rasgo muy singular de estas grandes unidades productivas de Guadarrama es su utilización para actividades cinegéticas, más generalizadas en las localidades de altitud media –48%– que en las del sector inferior y, sobre todo, del superior. En los municipios de mayor altitud el uso recreativo de numerosos montes y su pertenencia a entidades públicas, con estrictas prohibiciones sobre prácticas cinegéticas, han limitado notoriamente los referidos aprovechamientos.

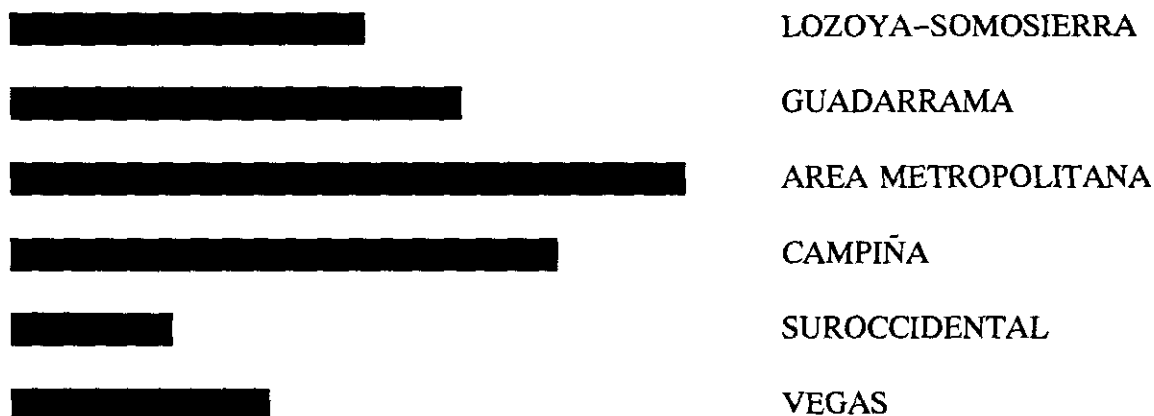
En Lozoya–Somosierra, por su parte, un elevado porcentaje de grandes explotaciones se dedica a pasto y dehesa de vacuno extensivo. Con una media de ochenta a cien reses, el tamaño de las ganaderías, alojadas en naves modernizadas y próximas a los pastos, está en relación directa con la superficie poseída y, por tanto, con los recursos alimenticios utilizables. En el caso de las vacas lecheras los rebaños más numerosos suelen estar asociados a la tenencia de tierras localizadas en varios municipios. Bajo estas condiciones se lleva a cabo

una transterminancia estacional, de dos o tres meses, que hace rotar la cabaña de los pastos de una localidad a los de otra.

Finalmente, los porcentajes de grandes explotaciones que presentan las Vegas y, sobre todo, la comarca Suroccidental son los más bajos de la región. En las Vegas, especialmente en los regadíos, el número de unidades productivas inferiores a 5 Ha. supera la media regional al igual que en la montaña ganadera de Lozoya-Somosierra y Guadarrama. Debido al crecimiento de este tipo de microexplotaciones que registra las Vegas, de 1972 a 1989, así como al aumento entre tales años de las unidades productivas de 5 a 10 Ha., este área cuenta en la actualidad con un índice de explotaciones inferiores a 10 Ha. similar al de la comarca Suroccidental. A la par, acompañando el substancial incremento del número total de unidades productivas de las Vegas durante las tres últimas décadas, el más importante de toda la región y el único que tiene lugar de manera continuada, la cifra de las grandes explotaciones se ~~contrae más en esta comarca que en la Suroccidental~~, pese a que aquí se halla el menor índice regional de fincas superiores a 100 Ha. Sin duda, la gran ampliación del número total de unidades productivas que, de forma paralela a Guadarrama, acusa la comarca Suroccidental entre 1982 y 1989, remontando los valores existentes en 1972, no es tampoco ajena a que el porcentaje de grandes explotaciones sea en este área el mínimo de la región.

GRAFICO 17

PRESENCIA DE GRANDES EXPLOTACIONES



La distinta parcelación de las explotaciones es otro factor que incide en la variable extracción y capacidad de retención de excedentes y recursos de suelo que manifiestan las diversas comunidades campesinas madrileñas. Del mismo modo que hemos señalado al referirnos a las explotaciones, entre menor es el tamaño de las parcelas y, sobre todo, más parceladas se encuentran aquéllas, mayores son las dificultades para que se lleven a cabo los procesos de concentración de tierras que supuestamente necesitan las relaciones agrarias capitalistas para desarrollarse en el campo. Por el contrario, unos menores niveles de parcelación de las unidades productivas y unas mayores dimensiones de las parcelas suelen

estar en correspondencia con una superior presencia del capital en el agro y, en consecuencia, con un aumento de los índices de extracción de excedentes y recursos que soportan los campesinos. La escasa parcelación de las explotaciones y la gran dimensión de las parcelas allanan los movimientos de acumulación de tierras y, al tiempo, éstos potencian la menor división de las unidades productivas.

Dicha compartimentación se evalúa principalmente a partir del nivel de parcelación de las explotaciones y no tanto en función del tamaño de las parcelas. Si bien este último criterio también reviste significación, mide de forma menos definitiva la viabilidad de las unidades productivas y los procesos de concentración. En base a esta parcelación de las explotaciones, observamos que las comarcas que cuentan con unas unidades productivas menos divididas son la Suroccidental y las Vegas, que Guadarrama y el Area Metropolitana se sitúan en los valores medios de la región y que Lozoya-Somosierra y, en particular, la Campiña arrojan los índices de compartimentación más elevados del conjunto regional.

TABLA 49

MEDIA DE PARCELAS POR EXPLOTACION. EVOLUCION COMARCAL

AREAS/AÑOS	1972	1982	1989	Indice Variación. 1972/1989
Suroccidental	6,8	6,0	4,5	-2,3
Vegas	11,4	8,7	7,8	-3,6
Guadarrama	6,8	5,0	8,0	+1,2
Area Metropolitana	8,9	10,9	9,9	+1,0
Lozoya-Somosierra	13,1	13,6	10,3	-2,8
Campiña	16,1	13,8	13,1	-3,0

Fuente: I.N.E., 1973a: 38-41, 1984a: 9-15, 1991: 5-6. Elaboración propia.

TABLA 50

TAMAÑO DE LAS PARCELAS. % SOBRE EL TOTAL COMARCAL. EVOLUCION

AREAS/TAMAÑO	< 5 Ha.			< 20 Ha.		
	1982	1989	Indice Variación. 1982/1989	1982	1989	Indice Variación. 1982/1989
Area Metropolitana	6,2	7,3	+1,1	17,1	17,9	+0,8
Campaña	10,7	12,2	+1,5	30,9	29,3	-1,6
Lozoya-Somosierra	19,8	22,6	+2,8	65,7	69,2	+3,5
Vegas	25,4	28,7	+3,3	60,3	61,8	+1,5
Guadarrama	15,3	30,0	+14,7	59,5	75,1	+15,6
Suroccidental	26,7	32,4	+5,7	52,2	56,2	+4,0

Fuente: I.N.E., 1973a: 38-41, 1984a: 9-15, 1991: 5-6. Elaboración propia.

Con los valores regionales mínimos de compartimentación de sus explotaciones, la comarca Suroccidental posee, sin embargo, el mayor número de parcelas inferiores a 5 Ha. de toda la Comunidad de Madrid y ocupa, los mismo que las Vegas, los índices medios de la región por la cifra de sus parcelaciones menores de 20 Ha. Al igual que sucede también en las Vegas, los municipios suroccidentales han conocido en las dos últimas décadas superiores procesos de concentración parcelaria que el resto de las comarcas, pero aun así tales agrupamientos resultan muy escasos en relación con los existentes en otras áreas españolas.

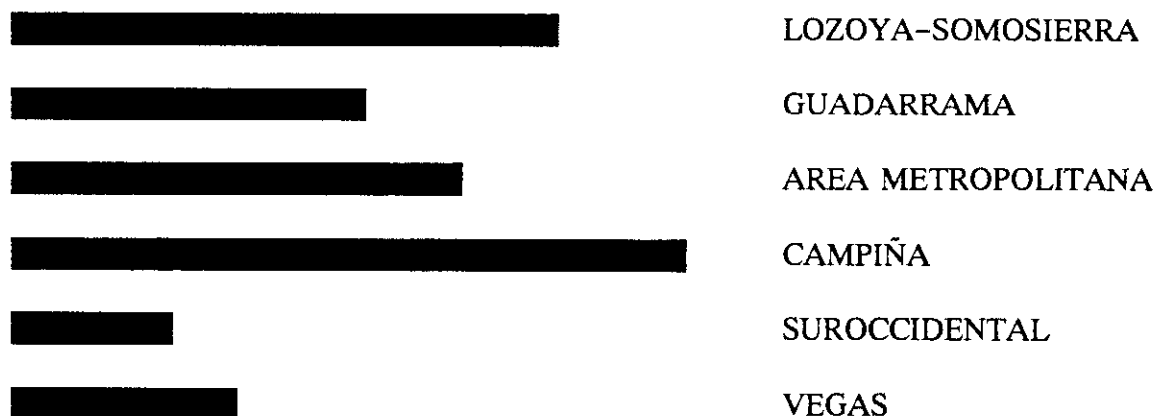
Dentro de los valores medios de parcelación, representados por Guadarrama y el Area Metropolitana, las explotaciones de la primera de estas comarcas se hallan menos compartimentadas que las de la segunda debido básicamente a la orientación extensiva de su cabaña vacuna. Esta estructura potencia en Guadarrama superiores procesos de concentración que, no obstante, se encuentran más contrarrestados que en el Area Metropolitana desde el punto de vista del tamaño de las parcelas. En los municipios metropolitanos tanto el porcentaje de parcelas inferiores a 5 Ha. como el del conjunto de las que no exceden de 20 Ha. son los más bajos de la región. En claro contraste, Guadarrama dispone del mayor porcentaje regional de parcelas menores de 20 Ha. y del segundo más elevado de las inferiores a 5 Ha.

A bastante diferencia de Lozoya-Somosierra, la Campaña cuenta con las explotaciones más compartimentadas de la región, a pesar de haber puesto en práctica en diez de sus municipios programas oficiales de concentración parcelaria que, sin duda, han contribuido a la reducción de su número de parcelas inferiores a 20 Ha. Así parece demostrarlo, sobre todo, el que dicho grupo de parcelas registre en esta comarca el único índice de variación negativa de la región entre 1982 y 1989, siendo la evolución de las parcelaciones menores de 5 Ha., igualmente

entre esos años, la segunda más baja del conjunto regional. La Campiña es además, tras el Area Metropolitana, la segunda comarca de la región con un menor porcentaje de parcelaciones inferiores a 5 y 20 Ha.

GRAFICO 18

PARCELACION DE LAS EXPLOTACIONES



De otro lado, entre mayor es la importancia del arrendamiento y de la aparcería en las distintas comunidades campesinas madrileñas, más se acrecienta la extracción de excedentes y recursos de suelo. Como ya señalamos en el capítulo pasado, ambos regímenes de tenencia de suelo obstaculizan la continuidad de las explotaciones al mercantilizar la relación de los campesinos con la tierra y obligarles a pagar por ella un canon, que deben sustraer de sus rentas generalmente insuficientes. No en vano, la emigración y la disolución de las unidades productivas son fenómenos más frecuentes bajo el régimen de arrendamiento y aparcería que en el de propiedad. La propiedad de las tierras, habitualmente heredada, facilita, por contra, que las unidades campesinas puedan retener mejor sus beneficios, estén menos subordinadas a los condicionantes que impone una elevada renta de suelo y aminoren la extracción y absorción de sus recursos y excedentes. Asimismo, la permanencia del régimen de propiedad en las diferentes comarcas pone de manifiesto que la absorción de recursos y excedentes de suelo, protagonizada por la sociedad mayor, no ha llegado a embargar el medio máspreciado para los campesinos madrileños: la tierra.

El Area Metropolitana y, en menor medida, la Campiña son las comarcas que registran los máximos índices de arrendamiento y aparcería del conjunto de la región, seguidas, con unos valores bastante más bajos, de las Vegas y Lozoya-Somosierra. Los índices mínimos están representados por Guadarrama y, sobre todo, por la comarca Suroccidental. Esta secuencia se establece atendiendo en cada comarca al porcentaje que representan, sobre el número total de explotaciones, las tenidas en arrendamiento y aparcería, así como a la proporción que supone la superficie arrendada y bajo aparcería sobre el suelo agrario total y el agrícola útil.

TABLA 51

Nº DE EXPLOTACIONES, SUPERFICIE TOTAL Y SUPERFICIE AGRICOLA UTILIZADA (S.A.U.) EN REGIMEN DE ARRENDAMIENTO Y APARCERIA. % SOBRE TOTAL COMARCAL. EVOLUCION

AÑOS/AREAS	% Sobre Total Nº Explotaciones			% Sobre Superficie Total. Ha.		% Sobre S.A.U. Total. Ha.	
	1972	1982	1989	1982	1989	1982	1989
Area Metropolitana	29,4	30,4	32,0	29,2	29,8	42,9	44,3
Campaña	23,6	23,6	23,4	24,9	25,5	28,3	28,0
Vegas	17,9	24,2	17,7	14,5	16,5	20,3	20,9
Lozoya-Somosierra	26,8	23,8	17,7	14,3	9,4	25,6	22,2
Guadarrama	22,9	23,0	15,1	14,5	15,4	21,6	21,4
Suroccidental	15,7	10,8	8,4	17,0	14,0	25,1	21,1

Fuente: Terán, 1977: 239; I.N.E., 1984a: 30-33, 1991: 19-22. Elaboración propia.

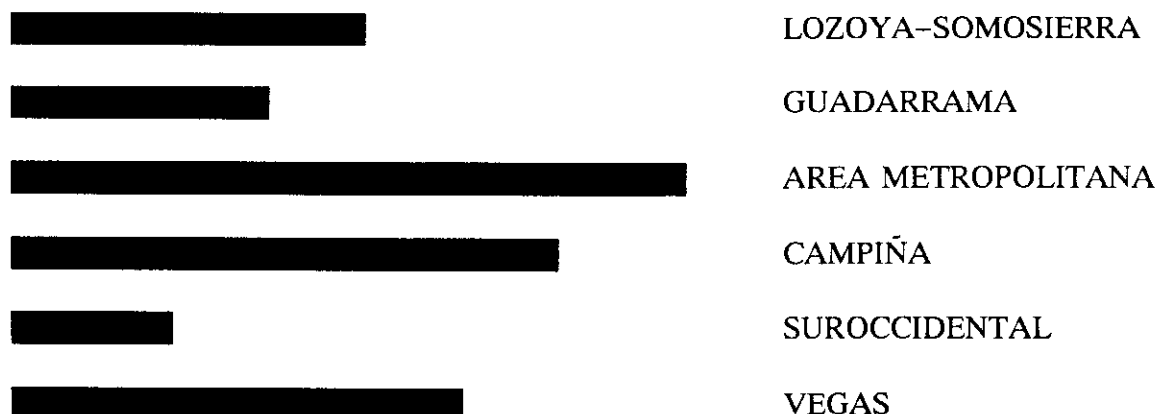
El Area Metropolitana es la única comarca donde aumenta desde 1972 a la actualidad el porcentaje de explotaciones en arrendamiento y aparcería, aunque tal incremento sea poco remarcable y se sitúe en unas coordenadas muy inferiores a las existentes antes de los años setenta. De otro modo ocurre con la superficie total y el suelo agrícola útil bajo estas dos formas de tenencia indirecta, ya que el crecimiento que se produce en los municipios metropolitanos es paralelo al operado en la Campaña, Guadarrama y las Vegas.

Tanto en el Area Metropolitana como en la Campaña, los arrendadores suelen ser pequeños propietarios que ceden sus tierras mediante contratos orales y sin asiento registral. Los grandes propietarios apenas arriendan su suelo, por mucho que buena parte de ellos no cultiven directa y personalmente la tierra. En ambas comarcas ha desaparecido prácticamente la figura tradicional del colono privado de tierras, que ha venido a ser sustituida por la de los pequeños y medianos propietarios que, por razones de viabilidad económica, necesitan sumar al suelo de sus explotaciones otras superficies arrendadas. Justamente esta última situación explica la ampliación del número de Ha. arrendadas y en aparcería que acusa la superficie agraria total de las Vegas de 1982 a 1989, anotándose el índice de variación más alto de la región.

La significación cualitativa y cuantitativa del arrendamiento y de la aparcería es, por otro lado, básicamente la misma en Lozoya-Somosierra que en Guadarrama. En estas dos zonas serranas el régimen indirecto de tenencia de tierras se ha mantenido, en esencia, debido a la costumbre de arrendar prados ajenos para el mantenimiento del ganado y, en segundo término, a causa de la pervivencia de bolsas de agricultura marginal.

GRAFICO 19

IMPORTANCIA DEL ARRENDAMIENTO Y DE LA APARCERIA



En otro orden de cosas y según vimos en el capítulo pasado, la presencia de tierras tenidas en común, bien sea mediante fórmulas tradicionales o cooperativas, aminora en las distintas comarcas la extracción de excedentes y recursos de suelo y potencia la capacidad de retenerlos por parte de los campesinos.

En lo relativo a los bienes comunales, esta incidencia, bastante escasa en casi todas las comarcas, sólo puede evaluarse aproximadamente a partir de los datos que nos proporciona el censo agrario del I.N.E. en el epígrafe de otros regímenes de tenencia y en el apartado de propiedades de entidades públicas. A tal información se añade el trabajo de campo y, en particular, el porcentaje que suponen sobre el total comarcal el número de explotaciones, la superficie total y el suelo agrícola útil bajo otros regímenes de tenencia y en propiedad de entidades públicas. En base a dicha documentación las comarcas que disponen de mayores bienes comunales son Guadarrama y, sobre todo, Lozoya-Somosierra, seguidas en orden de importancia decreciente de las Vegas, del Area Metropolitana, de la Campiña y de los municipios suroccidentales.

TABLA 52

Nº DE EXPLOTACIONES, SUPERFICIE TOTAL Y SUPERFICIE AGRICOLA UTILIZADA (S.A.U.) BAJO OTROS REGIMENES DE TENENCIA Y EN PROPIEDAD DE ENTIDADES PUBLICAS. % SOBRE TOTAL COMARCAL. 1989

AREAS	OTROS REGIMENES DE TENENCIA			PROPIEDAD DE ENTIDADES PUBLICAS		
	% Sobre Total Nº Explotaciones	% Sobre Superficie Total. Ha.	% Sobre S.A.U. Total. Ha.	% Sobre Total Nº Explotaciones	% Sobre Superficie Total. Ha.	% Sobre S.A.U. Total. Ha.
Lozoya-Somosierra	2,7	20,1	8,0	2,6	59,0	35,3
Guadarrama	3,7	2,0	0,5	1,8	37,4	31,0
Vegas	6,1	2,2	2,5	0,4	9,8	4,7
Area Metropolitana	1,7	1,2	1,8	1,0	18,7	2,5
Campaña	0,2	0,4	0,4	1,3	5,9	3,0
Suroccidental	0,1	0,1	0,1	0,4	9,6	3,4

Fuente: I.N.E., 1991: 17-22. Elaboración propia.

Tanto en Lozoya-Somosierra –Bustarviejo, Lozoya, Rascafría, Guadalix de la Sierra, Alameda del Valle, Pinilla del Valle, Soto del Real– como en Guadarrama –Navacerrada, Cercedilla, Hoyo de Manzanares, Robledo de Chavela, Galapagar, Moralzarzal, Manzanares El Real⁵⁹– tienen un peso substancial los montes que son propiedad de los ayuntamientos, ya sean declarados de utilidad pública o consorciados con ICONA. En ellos predomina el monte maderable, que constituye una fuente de ingresos nada despreciable, máxime si consideramos que las Ha. destinadas a este uso no han cesado de aumentar desde los años sesenta. Los vecinos explotan montes y dehesas para proveerse de combustible o para la venta de leña. Cada vecino tiene derecho a una parcela o suerte, sorteada todos los años a comienzos del invierno. Igualmente en la mayoría de los municipios de ambas comarcas adquieren notable significación los pastos comunes, cuyos actuales usuarios disponen por lo general de un número mayor de Ha. que en el pasado, dado el abandono de aprovechamientos ganaderos operado en las últimas décadas.

De la importancia de los bienes comunales en ambas comarcas serranas deja constancia, además, la utilización festiva de este tipo de espacio que la comunidad realiza en fechas determinadas (Gonzalez Casarrubios, 1993: 50, 127-132). Ya sea en su totalidad o en parte, la comunidad refuerza el carácter colectivo de estos territorios, asignándoles un fuerte contenido de integración social, tal como sucede sobre todo en Lozoya-Somosierra durante las fiestas de Pascua que se celebran en el Vellón o en Berzosa de Lozoya. En ambos

municipios mozos y mozas se reúnen en territorios comunales para festejar el Hornazo o "Correr la Tortilla". Y de modo similar ocurre en la comarca de Guadarrama con las celebraciones de Pascua y otras fiestas de Primavera que tienen lugar, por ejemplo, en Robledo de Chavela con motivo de la elección y tala del Mayo que llevan a cabo los quintos.

Asimismo, la gran significación de los bienes comunales en Lozoya-Somosierra se pone de manifiesto con la existencia de instituciones específicas que regulan el uso de los mismos entre los vecinos. Un claro exponente actual es la Comunidad de Ciudad y Tierra⁶⁰ del Alto Valle del Lozoya, compuesta por Lozoya, Pinilla del Valle, Alameda del Valle y Rascafría (Guerrier, 1980: 410, 1981: 407). La huella dejada durante cinco siglos por la comunidad de pastos y montes del Señorío de Buitrago⁶¹, vigente hasta la Desamortización, está detrás, por otro lado, del importante bagaje de normas y comportamientos tradicionales que caracteriza el uso común de la tierra en la mayoría de las localidades septentrionales de la comarca (Fernández Montes, 1980: 440, 1990: 47-87).

Ahora bien, tanto Lozoya-Somosierra como especialmente Guadarrama no permanecen al margen de los procesos de enajenación de terrenos comunales que sufre el conjunto de la región. En ambas comarcas numerosas Ha. comunales se han transformado en suelo urbano tras una recalificación o venta previa. Resultan singularmente relevantes las abundantes ventas de bienes de propios de libre disposición efectuadas en Guadarrama por los ayuntamientos de Los Molinos, Cercedilla, Navacerrada, Collado Mediano y Collado-Villalba⁶².

Por su lado, las Vegas -Colmenar de Oreja, Valdaracete, Valdelaguna- y el Area Metropolitana -Colmenar Viejo, Leganés, San Sebastián de los Reyes, Mejorada del Campo- ostentan los valores medios regionales por su tenencia de bienes comunales, aun cuando la primera de ambas comarcas dispone de un número bastante superior de Ha. y explotaciones que la segunda. Pese a que con menos significación que en Lozoya-Somosierra y Guadarrama, las prácticas festivas de la Pascua y del resto del ciclo de Primavera, asociadas a terrenos comunales, adquieren también en estas dos comarcas un relieve sobresaliente (Gonzalez Casarrubios, 1993: 186-188). En las Vegas destacan, en este sentido, las celebraciones que tienen lugar en Brea de Tajo el Domingo de Ramos y el Lunes de Pascua con motivo del Hornazo o de "Correr la Tortilla"; o las desarrolladas en Orusco y Carabaña, durante los mismos días, para tomar la empanada y las "tortas de cajón". En el Area Metropolitana resaltan las fiestas del Viernes Santo en Alcalá de Henares para degustar las monas de Pascua.

Por último, la Campiña -Algete, Arganda, Los Santos de la Humosa- y, sobre todo, los municipios suroccidentales -Cadalso de los Vidrios, Navalcarnero, Navas del Rey, San Martín de Valdeiglesias, Valdemoro, Villa del Prado- presentan los índices de bienes comunales más bajos de la región. Ni en la Campiña ni en la comarca Suroccidental los terrenos comunales han poseído tampoco históricamente una singularidad digna de mención⁶³ y la poca de la que dispusieron, siglos atrás, fue más profundamente erradicada que en otras áreas de la región por los sucesivos procesos desamortizadores de la centuria pasada.

En lo que se refiere, por otra parte, a las tierras tenidas en común bajo fórmulas

cooperativas, la situación que dibujan las diferentes comarcas de la región resulta todavía más precaria que la perfilada por los bienes comunales tradicionales. Atendiendo al porcentaje que suponen sobre el total de cada comarca el número de explotaciones, la superficie total y la S.A.U. en régimen cooperativo, se concluye que las Vegas y, sobre todo, Lozoya-Somosierra son las áreas con mayor importancia de fórmulas cooperativas, seguidas en orden decreciente de los municipios suroccidentales, del Area Metropolitana, de la Campiña y de Guadarrama.

TABLA 53

Nº DE EXPLOTACIONES, SUPERFICIE TOTAL Y SUPERFICIE AGRICOLA UTILIZADA (S.A.U.) EN REGIMEN COOPERATIVO. % SOBRE TOTAL COMARCAL. 1989

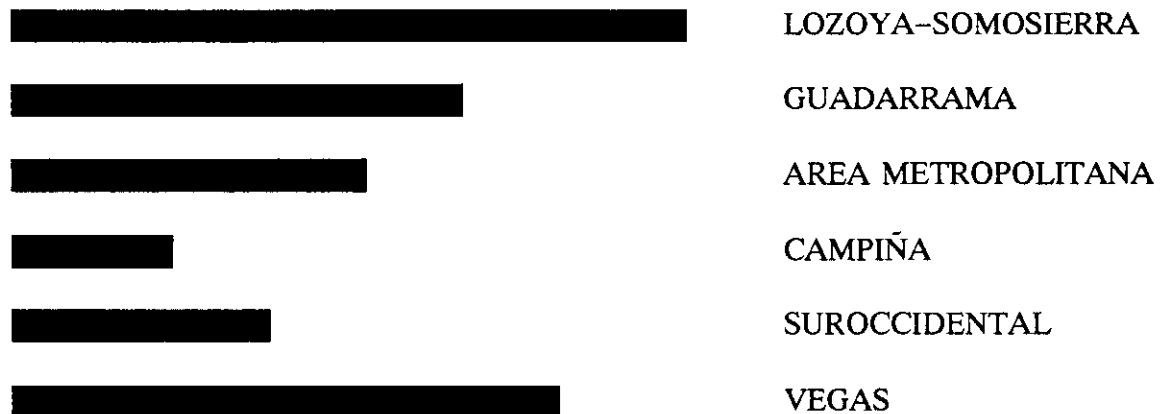
AREAS	% Sobre Total Nº Explotaciones	% Sobre Superficie Total. Ha.	% Sobre S.A.U. Total. Ha.
Lozoya-Somosierra	0,05	0,77	2,10
Vegas	0,03	0,82	1,15
Suroccidental	0,06	0,55	0,72
Area Metropolitana	0,09	0,42	0,67
Campiña	0,08	0,00	----
Guadarrama	----	----	----

Fuente: I.N.E., 1991: 17-18. Elaboración propia.

En suma, considerando las secuencias comarcales que describe la significación de los bienes comunales tradicionales y del régimen cooperativo, hemos de concluir que las áreas con mayor incidencia de tierras tenidas en común son Lozoya-Somosierra y, en segundo lugar, las Vegas. A estas comarcas les siguen Guadarrama y el Area Metropolitana, que representan los valores medios regionales, así como los municipios suroccidentales y la Campiña, que ostentan los índices más bajos de la Comunidad de Madrid.

GRAFICO 20

INCIDENCIA DE LA SUPERFICIE TENIDA EN COMUN



Para finalizar, un último factor que condiciona la variable extracción y capacidad de retención de excedentes y recursos de suelo, experimentada por las distintas comunidades campesinas madrileñas, lo constituye la diferente importancia de las explotaciones en precario o huertos familiares. Las comunidades que practican en mayor medida esta forma de explotación de la tierra, directamente ligada al avance de la penetración urbana en el campo, además de aminorar su extracción de excedentes y recursos de suelo, parecen disponer de uno de los mecanismos de adaptación más actuales para asegurar la continuidad de sus unidades productivas. La Campiña y muy singularmente el Area Metropolitana son las comarcas con un número superior de explotaciones y Ha. en precario, seguidas a gran diferencia de Guadarrama, los municipios suroccidentales, las Vegas y Lozoya-Somosierra.

Contrastando con los huertos de las zonas metropolitanas europeas, dedicados en esencia al recreo y al ocio, en los del Area Metropolitana de la región madrileña la actividad preponderante es la agrícola. Secundariamente, si bien en ascenso creciente durante los últimos años, se practica también la cría de toda clase de animales y el pastoreo de rebaños de ovino, por lo general de menos de 50 cabezas, en rastrojeras y monte bajo. Tales usos se realizan en un 90% de los casos sobre terrenos públicos. Casi el 50% del suelo ocupado corresponde a cañadas y vías pecuarias y otro 25% a riberas de ríos y arroyos. Asimismo dichas actividades se llevan a cabo frecuentemente en condiciones de gran marginalidad y con perceptibles niveles de ilegalidad, presentando las características típicas de una economía sumergida. Todo ello es lo que sucede de manera sobresaliente en Colmenar Viejo, donde una elevada cifra de pequeños ganaderos que no disponen de pastos propios utilizan de un modo más o menos encubierto los ajenos, las zonas de monte que nadie les impide explotar y aquellas superficies sobre las que no hay una prohibición explícita de realizar tal aprovechamiento. La gran demanda de este tipo de huertos ha originado, a la par, la configuración de un mercado clandestino de tierras de cierta importancia que permite que determinados terrenos, que con anterioridad se encontraban improductivos, sean vallados o

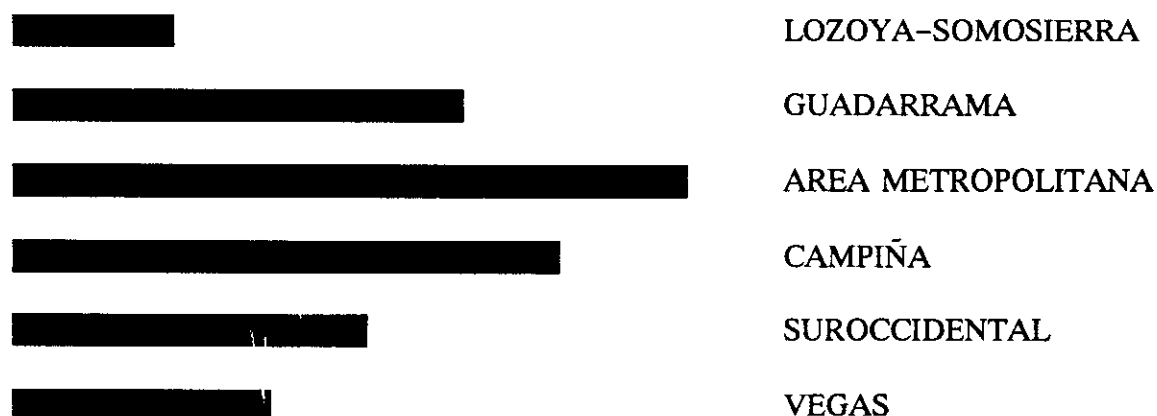
alberguen construcciones de muy diverso género para criar y cobijar animales o guardar apéros. Se trata de una nueva forma camuflada de chabolismo pecuario y agrícola, que incluye la nivelación y ocultación de escombreras y una edificación de ínfima calidad ejecutada con materiales de desecho.

El regadío de los huertos agrícolas suele efectuarse con aguas sucias y contaminadas, procedentes de ríos, bolsas subterráneas o pozos de 4 a 5 m de profundidad, que limitan la productividad y ampliación de los mismos. No obstante, con ser escasa la producción de tales huertos, constituyen en muchos casos el único sistema de subsistencia para sus titulares. La gran diversidad de productos cultivados: ajos, patatas, lechugas, tomates, resulta indicativa de la significación que adquiere el autoabastecimiento, por mucho que también se destine parte de la producción a la venta en el mercado.

Los núcleos de la zona este del Area Metropolitana –San Fernando de Henares, Coslada, Torrejón de Ardoz– y en especial el muninipio de Madrid presentan los mayores porcentajes comarcales de huertos en precario, cuyo número ascendía ya en 1984 a 1.478, con una superficie total de 1.161.240 m² y un tamaño medio de 445 m² (Domingo, 1984: 36). Sobre estos valores comarcales el municipio de Madrid poseía un 51,2% de la cifra global de huertos familiares, mientras que las localidades de la zona este del Area Metropolitana contaban con un 34,9%. De igual forma, un 61,6% de la superficie comarcal ocupada por los huertos en precario correspondía a Madrid y un 28,7% a la zona este del Area Metropolitana. El tamaño medio de los huertos de Madrid era de 570 m² y el de los municipios del este del Area Metropolitana de 400 m². Estos valores se sitúan, en cualquier caso, por debajo de los que definen los huertos familiares en el Area Metropolitana de Barcelona, pues a pesar de que el tamaño medio de los mismos –200 m²– es inferior al existente en los municipios metropolitanos madrileños, su número asciende a 8.000 sumando un total de 200 Ha.

GRAFICO 21

SIGNIFICACION DE LOS HUERTOS FAMILIARES

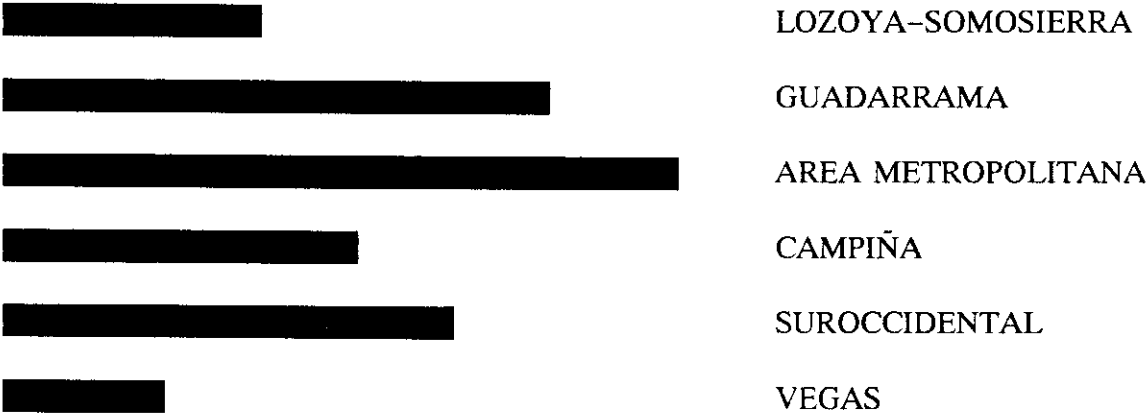


En conclusión, teniendo en cuenta todos los factores hasta ahora analizados para valorar

la extracción de excedentes y recursos de suelo de las diferentes comunidades campesinas madrileñas, podemos afirmar que tal extracción, de más a menos intensa, describe la siguiente secuencia comarcal: Area Metropolitana, Guadarrama, Suroccidental, Campiña, Lozoya-Somosierra y las Vegas.

GRAFICO 22

EXTRACCION DE EXCEDENTES Y RECURSOS DE SUELO. RESUMEN



3.3.2.- FUERZA DE TRABAJO. EMBARGO DIRECTO E INDIRECTO DE EXCEDENTES Y RECURSOS

La influencia de la penetración urbana y, más secundariamente, de las relaciones agrarias capitalistas en las distintas comarcas de la región ha originado desde el inicio de los años cincuenta una intensa absorción directa de efectivos demográficos campesinos. La magnitud que desde esas fechas alcanza en las diferentes áreas madrileñas la emigración intraregional, extra e intracomarcal hacia la búsqueda y ocupación de empleos urbanos deja patente la envergadura de tal extracción. En torno al embargo directo de fuerza de trabajo se opera además otra privación de carácter indirecto, vertebrada por la captación de plustrabajo que conlleva toda actividad campesina y, de manera muy específica, por los efectos en cadena generados por la emigración. De esta forma, se observa, por ejemplo, que la ausencia de mano de obra en la explotación debe contrarrestarse con la adquisición de maquinaria y/o con una mayor intensidad y especialización productiva, que el éxodo de las ayudas familiares obliga a una superior contratación de asalariados, o que el coste de ésta última crece en la medida en que también lo hace la oferta de empleos en los servicios, la industria o la construcción.

Por tanto, la emigración intraregional, extra e intracomarcal se convierte en un factor de primer orden para analizar la absorción de fuerza de trabajo experimentada por los diversos grupos campesinos de la región. Ahora bien, no todas las comarcas sufren del mismo modo esa privación, dada la desigual incidencia en cada una de ellas de los movimientos migratorios

y, junto a este elemento, su variable capacidad para retener sus efectivos demográficos. Así, este segundo factor adquiere la misma significación que el primero para evaluar dicha extracción, a la vez que expresa con claridad la importancia de los mecanismos de adaptación puestos en marcha por los campesinos para mantener en la explotación su fuerza de trabajo y aminorar la captación de la misma. Unidos a ambos elementos, hay que considerar además otros cuatro, menos relevantes: la distinta contratación de mano de obra efectuada en cada comarca, su variable costo y la diferente presencia de la agricultura a tiempo parcial y de las ayudas familiares. Los dos primeros se hallan en consonancia con una superior o inferior incidencia de la penetración urbana y de las relaciones agrarias capitalistas en el campo regional. En sentido inverso, los dos últimos están vinculados a la capacidad de adaptación y a los mecanismos que despliegan los distintos grupos campesinos para mantener su fuerza de trabajo y aminorar la extracción de excedentes realizada alrededor de aquélla.

La emigración intraregional, extra e intracomarcal constituye la máxima vía de absorción de excedentes de fuerza de trabajo y de despoblación del campo madrileño. Este tipo de migración, frente a la que resulta casi insignificante la que se dirige fuera de la región, está asimismo asociada a la reducción del número de explotaciones acusada desde 1962 y al notable índice de envejecimiento que caracteriza a los titulares de las diferentes unidades productivas.

Teniendo en cuenta la disminución de titulares de explotaciones operada en las distintas comarcas desde 1972, algo menos marcada que la que ya registrara el agro madrileño de 1962 a esta fecha e indicativa en paralelo del recorte de la cifra de las ayudas familiares y de la población asalariada, puede concluirse que la Campiña y especialmente Lozoya-Somosierra son las áreas con mayores tasas migratorias del conjunto de la región. Dentro de unos valores medios se encuentran el Area Metropolitana y la comarca Suroccidental. Y con los índices más bajos aparecen Guadarrama y, particularmente, las Vegas. Conviene destacar, no obstante, que, aunque en todas las comarcas madrileñas la migración limita poderosamente la fuerza de trabajo campesina, esta incidencia no se traduce de modo obligado en cada una de ellas en un saldo demográfico negativo. Mientras que en Lozoya-Somosierra, la Campiña y el Area Metropolitana la emigración origina saldos negativos, en el resto de las comarcas determina un bajo ritmo de crecimiento demográfico.

TABLA 54

**EVOLUCION COMARCAL DEL NUMERO DE TITULARES DE EXPLOTACIONES.
% SOBRE TOTAL REGIONAL**

AREAS/AÑOS	1972	1982	VARIACION 1982/1972	1989	VARIACION 1989/1972
Lozoya-Somosierra	20,1	14,5	-5,6	15,1	-5,0
Campaña	12,1	10,6	-1,5	9,2	-2,9
Area Metropolitana	11,2	10,9	-0,3	8,7	-2,5
Suroccidental	27,2	27,2	0,0	28,6	+1,4
Guadarrama	6,4	6,9	+0,5	8,1	+1,7
Vegas	22,8	29,6	+6,8	30,0	+7,2

Fuente: I.N.E., 1973a: 26-29, 1984a: 67-68, 1991: 69-70. Elaboración propia.

Salvando el caso del Area Metropolitana y de los municipios suroccidentales la significación comarcal de la emigración está, por otra parte, muy en consonancia con los variables niveles de juventud y vejez que manifiestan los titulares de las explotaciones.

TABLA 55

**EDADES DE LOS TITULARES DE LAS EXPLOTACIONES. % SOBRE EL TOTAL
DE LOS TITULARES DE LA COMARCA. EVOLUCION**

AREAS/AÑOS/TRAMOS DE EDAD	1972		1982		1989	
	<34	>65	<34	>65	<34	>65
Suroccidental	3,3	28,5	4,1	34,4	2,5	35,8
Lozoya-Somosierra	3,1	26,6	5,3	32,2	4,5	38,7
Campaña	3,4	28,8	6,2	28,8	4,7	32,6
Guadarrama	3,9	29,6	7,8	29,1	3,6	17,2
Area Metropolitana	4,1	23,9	6,6	25,5	5,0	24,1
Vegas	3,6	30,1	6,0	25,9	5,0	28,3

Fuente: I.N.E., 1973a: 26-29, 1984a: 110-112, 1991: 112-114. Elaboración propia.

El hecho de que Lozoya-Somosierra sea la comarca con superiores índices de emigración de toda la región no se debe tanto a la presencia directa de iniciativas urbanas en su

territorio⁶⁴ como a su bajo nivel de renta y equipamientos, a su escasa productividad agraria y, fundamentalmente, a la afluencia masiva de antiguos campesinos hacia los empleos de la construcción, la industria o los servicios del Area Metropolitana y de su municipio central. Tal afluencia explica, por otro lado, que Lozoya-Somosierra registre entre 1972 y 1989 la mayor pérdida de explotaciones de la región –un 24,8%–, pese a que de 1962 a 1972 esta disminución fuera tan sólo de un 6,1%, la segunda menos importante del conjunto de las comarcas madrileñas.

Si hasta los años cincuenta el éxodo rural se circunscribe prácticamente a algunos jóvenes que aprovechan la prestación del servicio militar para trasladarse a Madrid de modo definitivo, la emigración se amplía desde esas fechas a la mayoría de la juventud y a buena parte de los campesinos en edad de trabajar. Ello ocasiona que esta comarca posea en la actualidad el mayor porcentaje regional de titulares con edades superiores a los sesenta y cinco años, aun cuando cabe registrar en relación a 1972 un ligero aumento de los que cuentan con menos de treinta y cuatro años. Esto último obedece a la vuelta de emigrantes jóvenes y, sobre todo, a las inferiores expectativas de empleo urbano extracomarcal que conlleva desde el inicio de la década de los ochenta la conversión del paro en un fenómeno estructural del conjunto del Area Metropolitana. Como detecta M. Guerrier (1980: 410, 1981: 406), no son pocos los jóvenes que, de regreso al campo y tras ayudar a sus padres durante un tiempo o formarse en escuelas de capacitación agraria, han pasado a hacerse cargo de explotaciones ganaderas.

Los municipios más septentrionales de Lozoya-Somosierra son los que acusan en superior medida la despoblación y el envejecimiento demográfico originados por el éxodo rural, así como los que por la misma causa se hallan inmersos en una mayor depresión. Entre tales poblaciones sobresalen: La Hiruela, Robregordo, Madarcos, La Acebeda, Horcajo de la Sierra, Somosierra, Horcajuelo de la Sierra, Montejo de la Sierra, Piñuecar y Prádena del Rincón; es decir, el área histórica de la transhumancia comarcal. En contraposición a estas localidades, no pasan de cinco los municipios que, bien comunicados con la carretera de Madrid-Burgos y con una destacable penetración urbana, funcionan como foco de atracción de algunas migraciones intracomarcales.

De otra parte, la Campiña es la segunda comarca que experimenta un mayor éxodo de efectivos campesinos⁶⁵, tanto de 1972 a 1982 como de este último año a 1989. Paralelo a esta emigración se explica el descenso del número de explotaciones que tiene lugar entre 1962 y 1989, asimismo el segundo más significativo de la región. En estos veintisiete años las explotaciones agrarias se contraen en un 32,0%. Pero la pérdida de población campesina no sólo limita sus negativos efectos a una substancial desaparición de explotaciones, está asociada además al actual nivel de envejecimiento de los titulares que las detentan, el tercero más importante de la región. Tal grado de madurez de los titulares de explotaciones contrasta más en esta comarca que en Lozoya-Somosierra con la edad media que presentan los activos del sector terciario o del secundario, en su inmensa mayoría con menos de 50 años. Si bien en Lozoya-Somosierra el porcentaje de titulares mayores de 65 años sobrepasa en seis puntos

al existente en la Campiña, la superior penetración urbana de esta última comarca deja más patente, al igual que en los municipios suroccidentales, tanto el carácter minoritario de la población campesina como el envejecimiento que la define. De la misma manera que ocurre en la comarca Suroccidental, el ejercicio de la actividad agraria, claramente relegada a un segundo plano, puede parecer en la Campiña el último refugio de quienes por su edad avanzada ya no pueden incorporarse a otros sectores productivos. En otros tramos de edad la actividad agraria soporta mal la competencia de los salarios percibidos en la industria, la construcción o los servicios.

El Area Metropolitana es la tercera comarca de la región que registra una mayor disminución del número de titulares de explotaciones. Hasta 1960 la mayoría de los municipios metropolitanos conservaba su condición rural, ya que entre el 60 y el 70% de sus activos estaba empleado en el sector agrario. Sin embargo, desde ese año la penetración urbana de Madrid en su área directa de influencia traza un continuum espacial, en el que la sustitución de la actividad agraria por la realizada en otros sectores económicos viene a reproducir el trasvase acaecido medio siglo atrás en el propio municipio central. El Area Metropolitana expresa condensadamente a partir de los años sesenta lo que habría de devenir posteriormente en el conjunto de la región. El abandono de la actividad agraria que tiene lugar en Madrid se generaliza, primero, al Area Metropolitana y, después, al resto de las comarcas.

En clara correspondencia con la emigración de los titulares de las explotaciones metropolitanas se entiende, por lo demás, la disminución de éstas entre 1972 y 1989. Entre dichos años las explotaciones del Area Metropolitana se reducen en un 9,0%, siendo esta pérdida la tercera más sobresaliente de la región, aunque, si consideramos el periodo comprendido entre 1962 y 1989, tal merma asciende hasta un 56,6%, la más elevada del conjunto de las comarcas madrileñas. Torrejón de Ardoz, Alcorcón, Coslada y Getafe son los municipios que manifiestan mayores recortes en el número de sus explotaciones.

A diferencia del resto de la región, el nivel de envejecimiento de los titulares de las explotaciones metropolitanas no es análogo, sin embargo, al elevado índice migratorio que les caracteriza. La población campesina del Area Metropolitana es la segunda más joven de la región, por mucho que, comparada con los activos que posee este mismo territorio en otros sectores económicos, los supere ampliamente en nivel de edad. Los efectivos demográficos campesinos de todos los municipios metropolitanos son mucho más minoritarios frente a los activos no agrarios que en cualquier otro lugar de la región, pero su índice de madurez contrasta bastante menos con las edades medias de aquéllos que lo que se observa, salvando el caso de Guadarrama, en el conjunto de las comarcas.

Este último fenómeno, descrito para el Area Metropolitana, se invierte prácticamente en los municipios suroccidentales. En la comarca Suroccidental el nivel de envejecimiento de los titulares de explotaciones supera el de otras áreas madrileñas, dado que el porcentaje de los menores de treinta y cuatro años es inferior al del resto de los territorios y que el tanto por ciento de los que rebasan los 65 años resulta el segundo más alto de la región. Y frente a ello el éxodo de los titulares de explotaciones de 1972 a 1989 se sitúa en el tercer lugar menos

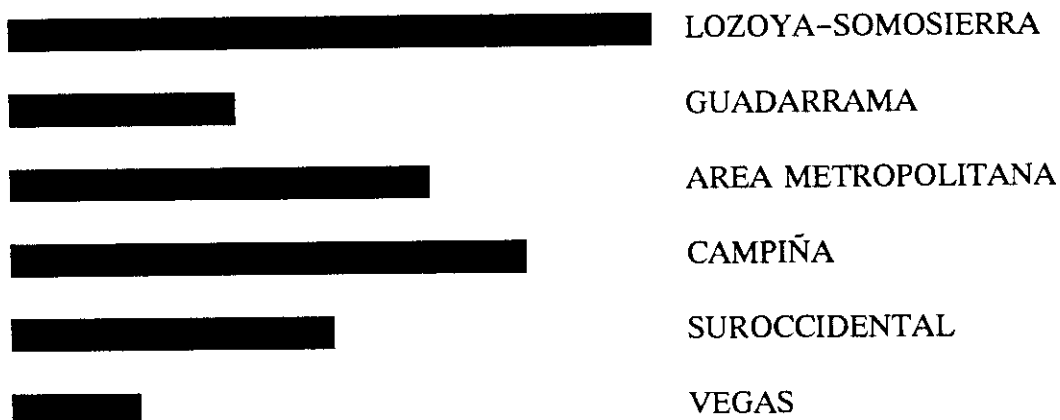
significativo del conjunto regional y no define entre esos años, al igual que en Guadarrama y las Vegas, un saldo demográfico negativo en la evolución demográfica de tales efectivos. Paralelamente, el número de explotaciones entre 1962 y 1989 aumenta en un 11,1%, lo que supone el porcentaje de variación más elevado de toda la región.

Por su parte, Guadarrama sufre una gran migración de efectivos campesinos⁶⁶ de 1962 a 1972, que se traduce en la disminución entre esos años de un 39,4% de su cifra de explotaciones, pero desde comienzos de la década de los setenta dicho éxodo se contiene y pasa a ser el segundo menos importante de la región. De este modo, entre 1972 y 1989 su número de explotaciones crece en un 23% y los titulares de las mismas aumentan en un 1,7%. En consonancia con ello, observamos que la edad media de los titulares de explotaciones de esta comarca es la tercera menos alta del conjunto de la región.

Finalmente, la migración que protagonizan de 1972 a 1989 los titulares de explotaciones de las Vegas es la más baja de la región, lo que se refleja en el incremento que experimenta entre esos años la cifra de explotaciones. Tal ampliación, que sobrepasa el 36%, es la máxima que se alcanza en el conjunto de las comarcas madrileñas. Asociado con esta baja emigración, el índice de envejecimiento de los titulares de explotaciones resulta asimismo el menos marcado de la región. Estos rasgos generales para toda la comarca se hacen especialmente patentes en los municipios localizados en las áreas de regadío –Aranjuez, Ciempozuelos, Colmenar de Oreja, Chinchón, San Martín de la Vega, Tielmes y Villarejo de Salvanés–, mientras que se atenúan en las zonas de secano. En cualquier caso, ni siquiera en estas últimas áreas y durante el periodo de máximo flujo migratorio, es decir de 1960 a 1975, el éxodo de la población campesina llega a rebasar en la más extrema de las situaciones el 16% del total de dichos efectivos demográficos, no superando en las localidades menos afectadas el 2,4% de los mismos (Torrego, 1980: 298). Ocurre además que los municipios que han mantenido más estables durante las tres últimas décadas las cifras de población campesina suelen disponer de una baja densidad y cantidad de efectivos demográficos totales, razón por la cual se debilita en los mencionados territorios el carácter minoritario que posee el campesinado en el conjunto de la región. Esta circunstancia que define cuanto acontece singularmente en Aranjuez y Ciempozuelos⁶⁷, debe atribuirse casi a la mitad de las localidades de las Vegas.

GRAFICO 23

EMIGRACION EXTRACOMARCAL, INTRACOMARCAL E INTRAREGIONAL



Ahora bien, la extracción directa de recursos humanos que lleva consigo el éxodo rural así como la captación indirecta de excedentes que éste acarrea se frenan en parte o se agudizan, se toman mayores o menores, en función de la capacidad de retención de fuerza de trabajo que expresan las distintas comunidades campesinas madrileñas. De esta forma, las comunidades que en la actualidad cuentan con un número superior de campesinos, esto es, han logrado retener más sus efectivos demográficos, manifiestan una mayor capacidad para contrarrestar y reducir la absorción de los recursos y excedentes asociados a su fuerza de trabajo que la que evidencian las que disponen de una menor población campesina. Demuestran haberse adaptado mejor, en este aspecto concreto, a las relaciones que les vinculan con la sociedad más amplia que las comunidades que han sido menos capaces de retener su empleo en el agro. Supuesto que tal capacidad de retención no reside esencialmente en una facultad volitiva, han podido reunir todo un conjunto de condiciones objetivas de carácter socioeconómico que les ha permitido atenuar el embargo directo e indirecto ligado a su fuerza de trabajo. Es bastante grande, por otro lado, la correspondencia existente entre las comarcas que más logran retener su fuerza de trabajo y las que mantienen en proporciones superiores su número de explotaciones.

TABLA 56

POBLACION CAMPESINA. MEDIA COMARCAL. 1989

AREAS/POBLACION	TITULARES	AYUDAS FAMILIARES			ASALARIADOS FIJOS	TOTAL
		Cónyuges	Otros Miembros	Total		
Lozoya-Somosierra	78,0	4,8	8,6	13,4	1,8	93,2
Guadarrama	96,4	1,0	2,5	3,5	9,9	109,8
Area Metropolitana	77,7	6,7	14,1	20,8	22,0	120,5
Campaña	76,1	9,9	21,6	31,5	24,6	132,2
Suroccidental	228,8	29,3	40,8	70,1	13,1	312,0
Vegas	354,6	50,6	103,0	153,6	26,6	534,8

Fuente: I.N.E., 1991: 69-74. Elaboración propia.

La emigración pendular, el asentamiento de emigrantes de otras regiones o comarcas, el paro fuera del sector agrario y la recesión económica son, sin duda, factores que entre más se han dejado sentir en las distintas comunidades madrileñas ! an potenciado en mayor medida la capacidad de retención de los efectivos demográficos campesinos. La disminución que acusan casi todas las comarcas de su número de municipios con población inferior a 5.000 habitantes parece indicarlo.

TABLA 57

MUNICIPIOS DE MENOS DE 5.000 HABITANTES. EVOLUCION. %

AREAS/AÑOS	1972	1975	1981	1986	1991
Lozoya-Somosierra	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Campaña	93,5	96,6	93,3	93,3	93,3
Suroccidental	83,9	93,5	93,5	87,0	87,0
Vegas	85,7	85,7	85,7	80,9	76,1
Guadarrama	91,7	85,8	76,1	71,4	71,4
Area Metropolitana	39,1	32,1	25,0	21,4	21,4

Fuente: Comunidad de Madrid, 1985: 37-42, 1993a: 41-46. Elaboración propia.

Valorando la suma global de población campesina que aporta el número de titulares de explotaciones, ayudas familiares -cónyuges y otros miembros de la unidad doméstica- y asalariados fijos, observamos que las comarcas que mejor reflejan la recuperación de efectivos

demográficos proyectada por la región entre 1982 y 1989 son la Suroccidental y, sobre todo, las Vegas. Por el contrario, Guadarrama y especialmente Lozoya-Somosierra apenas la plasman. Y unos valores medios entre ambos extremos representan la Campiña y el Area Metropolitana.

Las Vegas no sólo es la comarca con mayor número de población campesina, también resulta el área que de modo más estable la ha mantenido a lo largo de las cuatro últimas décadas y la que en medida superior la incrementa a partir de 1978, cuando se frenan de manera substancial los procesos migratorios vividos por sus municipios desde finales de los años sesenta. Tal retención de población campesina, completamente afín con el hecho de que las Vegas sea la comarca con un número mayor de explotaciones, es más elevada en el regadío que en el secano, dada la superior rentabilidad del primero y sus menores índices de emigración. La superioridad numérica que caracteriza a la población campesina total de las Vegas se constata tanto en la cifra de titulares y ayudas familiares como en la de asalariados fijos.

El mantenimiento de sus efectivos demográficos en el campo se halla en relación con la escasa penetración urbana que, respecto a otras comarcas, presenta las Vegas así como con la circunstancia de que desde el inicio de la recesión económica haya sido, tras el Area Metropolitana, el territorio con mayor paro en la industria y la construcción. Ha influido asimismo la importancia adquirida en esta comarca por la migración pendular de antiguos campesinos hacia empleos de fuera del sector agrario, ya que muchos de tales emigrantes suelen continuar ejerciendo a tiempo parcial algunas actividades en el campo. El destino de esta emigración pendular es mayoritariamente el Area Metropolitana y, dentro de ella, Madrid, Getafe, Móstoles y Pinto. Incide también, al igual que en la comarca Suroccidental, el asentamiento en sus municipios de emigrantes, procedentes de otras regiones, que aparte de emplearse en la industria, la construcción o los servicios desarrollan labores puntuales en el campo. Tanto en las Vegas como en la comarca Suroccidental, algunos municipios, demográficamente regresivos y emisores netos de emigrantes hacia otras zonas de mayor aglomeración urbana, son a la vez receptores de mano de obra proveniente de áreas más deprimidas. Toledo y las dos provincias extremeñas son los puntos de origen preferentes. No obstante, mientras que el asentamiento de emigrantes de otras regiones apenas repercute en la cifra de asalariados fijos de la comarca Suroccidental, en las Vegas contribuye a que la media de esta población sea la más alta de la región.

La Campiña es, tras la comarca Suroccidental, el tercer territorio regional que retiene un número mayor de campesinos. Destaca su elevada media de asalariados fijos que representa casi la tercera parte de la correspondiente a los titulares de explotaciones. Aquí el asentamiento de emigrantes de otras regiones, intensificado a partir de 1975 y alimentado desde distintas localidades castellano manchegas, se remonta a finales del siglo pasado⁶⁸. Aunque la lógica que movía entonces este asentamiento difiere de la que lo guía hoy, muchos de los actuales asalariados fijos del agro comarcal son parados del sector secundario o del terciario que, en su día, llegaron como emigrantes para trabajar en la industria, la construcción

o los servicios. Otros tantos asalariados agrarios fijos son también emigrantes que utilizan el empleo en el campo como primera opción laboral antes de incorporarse al sector secundario o terciario.

Estas mismas características definen la emigración de otras regiones asentada en el Area Metropolitana, aun cuando en esta comarca adquieren mucho más transcendencia que en la Campiña debido al volumen superior del aporte migratorio, a la mayor nitidez de los móviles que lo propulsan y a la máxima incidencia del paro fuera del sector agrario. La lógica seguida por este asentamiento no difiere de la que impulsa la llegada de emigrantes de otras comarcas madrileñas, condicionando ambas dinámicas que el porcentaje de municipios con población inferior a 5.000 habitantes sea en el Area Metropolitana el menor de la región. La importancia de estos asentamientos se asocia, por lo demás, a la elevada media comarcal de asalariados fijos del Area Metropolitana, la tercera más alta de la región, así como al hecho de que muchos jornaleros y bastantes titulares de explotaciones no sean oriundos de los municipios de residencia. Estos nuevos residentes han sustituido en no pocos casos la actividad agraria desarrollada con anterioridad por actuales empleados en la industria, la construcción o los servicios. Conviene resaltar, no obstante, que muchos emigrantes de otras regiones asentados en el Area Metropolitana y, particularmente, en el municipio de Madrid son absentistas del sector agrario que no realizan ninguna actividad en el campo madrileño. Junto a ellos hay una cuantía elevada de absentistas del agro de la región.

A la par en esta comarca tienen un gran relieve la migración pendular y la fijación de empleo agrario suscitada por las escasas expectativas laborales del sector secundario y terciario. Similar numericamente al existente en el resto de las agriculturas periurbanas españolas, el empleo agrario metropolitano reúne asimismo una singularidad más: la dedicación parcial de antiguos campesinos, que hoy residen en la comarca en calidad de pensionistas y que proceden de otros territorios madrileños o de otras regiones. Estos pensionistas agrarios no limitan su actividad actual a los huertos familiares, sino que la extienden a múltiples labores puntuales. Llegan a los municipios metropolitanos para acompañar a sus hijos que emigraron principalmente de Extremadura, Andalucía y La Mancha y representan una proporción nada despreciable de los 24.000 pensionistas (Ballesteros, 1985: 29), asentados en el Area Metropolitana, y procedentes en su mayoría de fuera de la región. De estos pensinistas, la mayor parte reside en el municipio de Madrid.

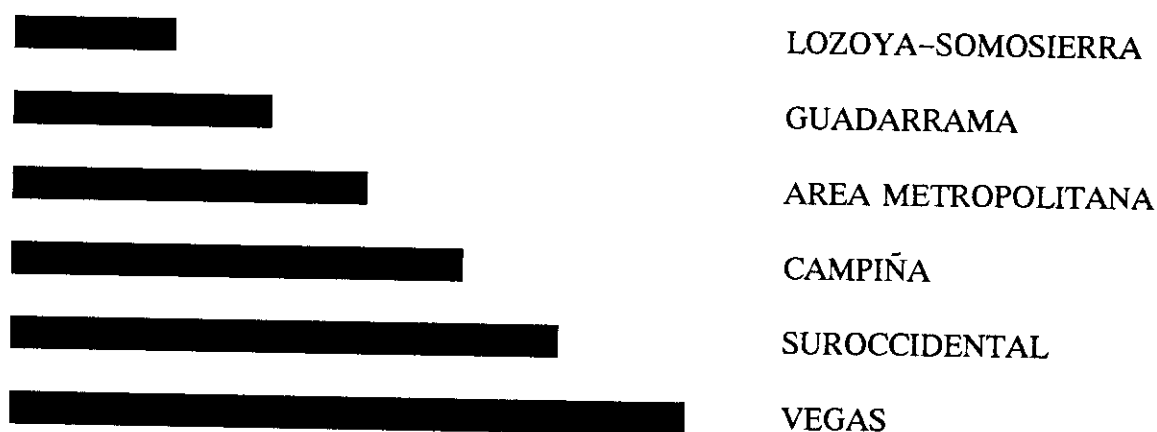
Por otro lado, Lozoya-Somosierra cuenta con el número total de población campesina más bajo de la región. Dentro de esta cifra la relativa a los titulares de explotaciones supera a la de la Campiña y a la del Area Metropolitana, pero la media de asalariados fijos resulta especialmente modesta. La escasa penetración urbana en este área determina que la significación de los asentamientos de emigrantes provenientes de otras regiones y, todavía más, de otros territorios madrileños sea la mínima del conjunto de las comarcas madrileñas. Tampoco son demasiado relevantes las migraciones pendulares, aunque la incidencia del paro fuera del sector agrario sí ha repercutido positivamente en el mantenimiento del empleo en el campo. Esta menor importancia de Lozoya-Somosierra como centro de acogida de

emigrantes y escenario de movimientos migratorios pendulares explica que el 100% de los municipios de la comarca no sobrepase los 5.000 habitantes.

Guadarrama es, por último, la segunda comarca con menor población campesina de la región, lo que se entronca con el restringido número de sus explotaciones, el mínimo del conjunto de los territorios madrileños. Su capacidad de retención de empleo en el campo no es pequeña en el caso de los titulares de explotaciones, cuya media excede la del Area Metropolitana, la de Lozoya-Somosierra y la de Campiña, pero se debilita ostensiblemente en lo concerniente a los asalariados fijos y, sobre todo, a las ayudas familiares. Poco han influido en tan precario mantenimiento de los efectivos campesinos la nada despreciable significación de los asentamientos de emigrantes, originarios de otros territorios madrileños y particularmente de otras regiones -Avila, Segovia, Asturias, Galicia-, y de los movimientos migratorios pendulares. Una y otra movilidad se desenvuelven al calor de la intensa penetración urbana de esta comarca y son responsables, en buena medida, de que Guadarrama disponga del segundo porcentaje regional más bajo de municipios con población inferior a 5.000 habitantes. Tampoco ha incidido de modo sustancial la tasa de paro fuera del sector agrario, a pesar de que constituye la tercera más elevada de la región.

GRAFICO 24

RETENCION DE FUERZA DE TRABAJO



Por otra parte, según vimos en el capítulo anterior, el ejercicio de la agricultura a tiempo parcial atenúa considerablemente la extracción de recursos humanos y excedentes que, tanto por la vía de su fuerza de trabajo como por otros cauces, sufren las comunidades campesinas. Este mecanismo de adaptación, de excepcional importancia, ha favorecido en gran manera la capacidad de retención de mano de obra en el campo, pese al aumento de la intensidad productiva y laboral que implica. De esta forma, los grupos campesinos que más practican la agricultura a tiempo parcial se sitúan en mejores condiciones que los que menos lo hacen para contrarrestar el embargo de recursos y excedentes operado sobre su fuerza de trabajo, al tiempo que potencian su capacidad para retenerla.

Las comarcas madrileñas que cuentan con una media superior de campesinos a tiempo parcial son la Suroccidental y, sobre todo, las Vegas, seguidas de Guadarrama y la Campiña. El Area Metropolitana y, particularmente, Lozoya-Somosierra poseen las medias más bajas de la región. No resulta casual la estrecha correspondencia existente entre la secuencia comarcal que describe la retención de empleo en el campo y la que define la agricultura a tiempo parcial. La importancia adquirida en el conjunto de las comarcas madrileñas por la agricultura a tiempo parcial y su incremento en Guadarrama y el área Suroccidental parecen hacer realidad el hecho de que los mecanismos de extracción y dominación conllevan a menudo, por parte de los grupos que los padecen, otros de adaptación y que toda tendencia general, desarrollada en sociedades amplias y dominantes, no elimina otra particular puesta en marcha en ámbitos sociales menores o subordinados.

TABLA 58

AGRICULTURA A TIEMPO PARCIAL. MEDIA COMARCAL. EVOLUCION

AREAS/AÑOS	1982				1989			
	Titulares	Ayuda Familiar	Empleo Fijo	TOTAL	Titulares	Ayuda Familiar	Empleo Fijo	TOTAL
Vegas	166,3	73,3	3,0	242,7	142,8	84,4	12,9	240,1
Suroccidental	89,4	26,0	1,3	116,8	92,7	39,3	3,0	135,0
Guadarrama	31,2	1,5	4,7	37,5	58,0	1,1	1,9	61,1
Campiña	38,5	10,5	2,1	51,1	25,2	14,6	5,6	45,5
Area Metropolitana	33,3	6,1	1,6	41,1	28,2	6,7	3,9	39,0
Lozoya-Somosierra	22,7	7,0	2,5	32,3	19,0	5,0	0,7	24,8

Fuente: I.N.E., 1984a: 65-71, 1991: 69-74. Elaboración propia.

Las Vegas y la comarca Suroccidental no sólo son los territorios con una media superior de campesinos a tiempo parcial, también registran los mayores índices de trabajo compartido dentro del sector agrario. En ambas comarcas es donde más se practica el tipo de agricultura a tiempo parcial que, como señalamos en el capítulo pasado, genera menores niveles de intensidad productiva y laboral y, en consecuencia, una inferior extracción de plustrabajo y excedentes. A la par, la agricultura a tiempo parcial promovida dentro de la propia comunidad, de modo eventual y en jornada no completa adquiere tanto en una como en otra comarca la máxima significación regional, lo que contribuye a rebajar aún más los niveles potenciales de absorción de plustrabajo y excedentes. La gran importancia de la agricultura a tiempo parcial en estas dos áreas responde fundamentalmente a su generalización entre los campesinos, pero obedece además al ejercicio de tal actividad por parte de numerosos emigrantes procedentes de otras regiones, por muchos de los sujetos que protagonizan

movimientos migratorios pendulares y por no pocos parados de la industria y la construcción. Esta dedicación de la población emigrante y parada alcanza en ambas comarcas la máxima cota regional. No obstante, la media de campesinos a tiempo compartido de las Vegas sobrepasa a la de la comarca Suroccidental en 105,1 puntos, a pesar de que en este último territorio se observa, en contraposición al primero, que la evolución de dicho valor medio entre 1982 y 1989 arroja un saldo positivo. Las Vegas disminuye su media en 2,6 efectivos y los municipios suroccidentales la amplían en 18,2.

Los valores regionales medios de agricultura a tiempo parcial están representados por Guadarrama y la Campiña, si bien en la primera de estas dos comarcas el número de campesinos con dedicación compartida se sitúa bastante por delante del que hay en la segunda. Además, mientras de 1982 a 1989 Guadarrama aumenta en 23,6 efectivos su número medio municipal de campesinos a tiempo parcial, entre los mismos años la Campiña lo acorta en 5,6. Otra diferencia sobresaliente entre ambos territorios radica en que, en tanto en Guadarrama la actividad extra de los campesinos –pequeños ganaderos– se desarrolla básicamente fuera del sector agrario –construcción a jornal– y lejos de la comunidad de pertenencia, en la Campiña discurre dentro de aquél –secano– y de la localidad de origen. Las disparidades que presenta la penetración urbana en una y otra área lo explican. Y ello, por mucho que se observe que los emigrantes y parados de la Campiña hayan optado más que los de Guadarrama por desempeñar la agricultura a tiempo parcial.

Este último rasgo posee un gran relieve en el Area Metropolitana, donde muchos pequeños agricultores, que no suelen emplearse como jornaleros en los momentos de gran demanda de mano de obra, funcionan como agro-taxis⁶⁹ para propietarios de explotaciones de cereal, cuya actividad principal no reside en la agricultura. Al tiempo, la dedicación parcial fuera del sector agrario es en los municipios metropolitanos la mayor de la región. Sin duda, la preeminencia del empleo urbano está fuertemente conectada en el Area Metropolitana con ambos fenómenos. Aunque el número de campesinos que llevan a cabo la agricultura a tiempo parcial en el Area Metropolitana sea el segundo más bajo de la región, de 1982 a 1989 tal cifra se ha recortado menos –2,1– que en las Vegas, la Campiña y Lozoya–Somosierra –7,5–. En esta última comarca serrana tanto las precarias expectativas de empleo agrario como, sobre todo, la escasa penetración urbana existente determinan la media por municipio menor de la región. Si ya en 1982 Lozoya–Somosierra era la comarca con un número inferior de efectivos a tiempo compartido, en 1989 no cambia esta posición.

GRAFICO 25

AGRICULTURA A TIEMPO PARCIAL



De otro lado, la variable contratación de mano de obra por la explotación familiar y su mayor o menor costo son otros factores que modifican la extracción de excedentes y recursos que sufren las comunidades campesinas madrileñas. Entre mayor es el empleo de fuerza de trabajo ajena a la explotación y superior se vuelve su coste más se incrementa dicha absorción. Las disparidades comarcales que define el empleo de fuerza de trabajo ajena a la de la explotación doméstica son bastante significativas. Sin embargo, las diferencias comarcales del costo de la mano de obra contratada no resultan demasiado apreciables, dadas la normalización y regularización legal de las retribuciones y la homogeneidad que introduce el vigente sistema de transporte público y privado, facilitando unos desplazamientos que limitan en gran manera la competencia potencial de los salarios entre unas zonas y otras de la región. Además la precariedad actual de las condiciones de trabajo y el paro dentro del agro y, sobre todo, fuera de él, a pesar de que obligan a los asalariados de las comarcas con mayor presencia urbana a aceptar sueldos más bajos, actúan como fenómenos generales en el conjunto de la región. Todo ello hace que la secuencia territorial que describe el coste de la mano de obra remunerada, en clara correspondencia con la penetración urbana existente en cada zona, no varíe apenas los niveles de extracción de excedentes y recursos que marca la serie comarcal de contratación de asalariados. Esta secuencia, como se desprende de la tabla 59, sitúa a la Campiña y, en especial, a las Vegas con unos niveles máximos de contratación; con unos valores medios al Area Metropolitana y a la comarca Suroccidental; y con unos índices mínimos a Guadarrama y, particularmente, a Lozoya-Somosierra.

TABLA 59

CONTRATACION DE MANO DE OBRA ASALARIADA. MEDIA COMARCAL. EVOLUCION

AREAS/AÑOS	1982		1989		1982/1989	
	Empleo Fijo. Total	Empleo Eventual. Nº Jornadas	Empleo Fijo. Total	Empleo Eventual. Nº Jornadas	Empleo Fijo. Total	Empleo Eventual. Nº Jornadas
Vegas	38,1	7.181,6	26,6	4.857,5	-11,5	-2.324,1
Campaña	36,9	3.373,7	24,6	936,1	-12,3	-2.437,6
Area Metropolitana	36,0	1.603,3	22,0	1.020,2	-14,0	-583,1
Suroccidental	27,8	3.547,1	13,1	2.475,7	-14,7	-1.071,4
Guadarrama	25,4	2.048,9	9,9	203,4	-15,5	-1.845,5
Lozoya-Somosierra	13,1	2.788,6	1,8	530,8	-11,3	-2.257,8

Fuente: I.N.E., 1984a: 65-66, 1991: 73-74. Elaboración propia.

Las Vegas y la Campaña acusan como el resto de las comarcas madrileñas el descenso de población agraria asalariada que se opera en el conjunto de la región desde 1972, si bien tal disminución, igual que en los municipios suroccidentales y metropolitanos, afecta exclusivamente a la fuerza de trabajo con jornada completa, ya que el empleo a tiempo parcial aumenta de forma considerable desde aquel año. El recorte general de asalariados fijos y temporeros atañe esencialmente, lo mismo que en el resto de la región, a las medianas y grandes explotaciones, aunque también destaca la pérdida de jornadas eventuales registrada por las unidades productivas de pequeño tamaño. Dichas jornadas están cubiertas a menudo por jóvenes o parados, que no se dedican habitualmente a labores agrarias y que se incorporan a ellas en momentos puntuales como ocurre durante la recolección. En ambas comarcas, a la par que en Lozoya-Somosierra, el coste de la mano de obra es algo más bajo que en los municipios suroccidentales y, sobre todo, que en Guadarrama y el Area Metropolitana, habida cuenta de la menor competencia que introducen los salarios de la industria y los servicios.

GRAFICO 26

CONTRATACION Y COSTE DE MANO DE OBRA



La variable presencia de las ayudas familiares constituye un último factor para evaluar el embargo de excedentes y recursos que, en relación con su fuerza de trabajo, soportan las distintas comunidades campesinas madrileñas. Entre más numeroso resulta el aporte de las ayudas familiares menos se plasma tal extracción porque, aparte de implicar una superior capacidad de la unidad doméstica para retener su fuerza de trabajo, permite un ahorro mayor de costes salariales a la explotación campesina.

Como vimos en la tabla 56 la comarca Suroccidental y, sobre todo, las Vegas poseen las medias municipales de ayudas familiares más elevadas de la región, mientras que Lozoya-Somosierra y, en especial, Guadarrama registran los valores inferiores. Entre ambos extremos se ubican la Campiña y el Area Metropolitana. Esta secuencia territorial se corresponde, excepto en lo relativo a la Campiña y los municipios suroccidentales, con la serie comarcal que define la cuantía de la ayuda familiar sobre el total de la población campesina. Del mismo modo tal secuencia sitúa en los valores máximos de la región a las comarcas que, pese al descenso general operado en toda la región desde 1972, recuperan efectivos domésticos de 1982 a 1989; colocando con los índices más bajos a las áreas que entre estos años continúan experimentando pérdidas de ayudas familiares. E igualmente dicha secuencia resulta idéntica que la que describe para cada comarca la práctica de la agricultura a tiempo parcial por parte de las ayudas familiares.

TABLA 60

AYUDAS FAMILIARES. EVOLUCION. PORCENTAJE SOBRE POBLACION CAMPESINA TOTAL. MEDIA COMARCAL

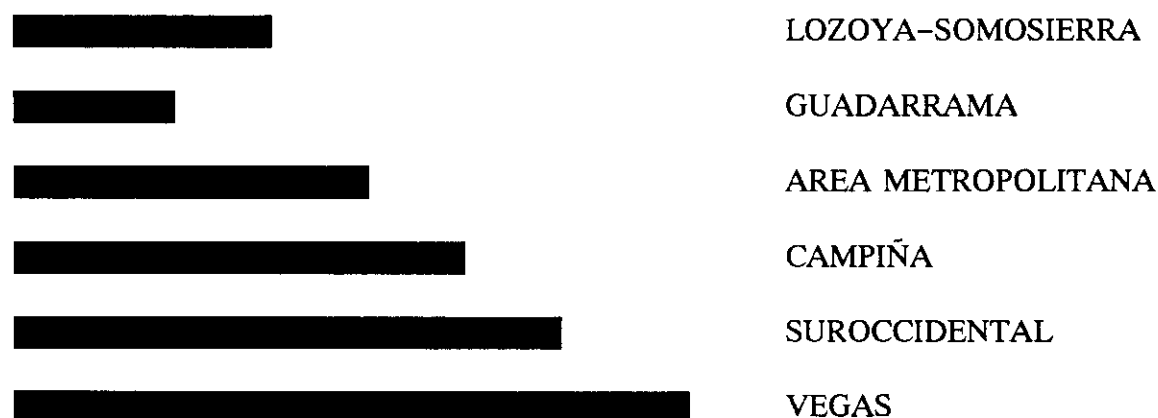
AREAS	Evolución 1989/1982	% Ayudas Familiares Sobre Total Población Campesina
Vegas	+11,0	28,7
Campaña	+9,3	23,8
Suroccidental	+15,2	22,4
Area Metropolitana	-2,2	17,2
Lozoya-Somosierra	-12,5	14,3
Guadarrama	-7,1	3,1

Fuente: I.N.E., 1984a: 69-71, 1991: 69-72. Elaboración propia.

Si, en un extremo de la secuencia descrita, en las Vegas, la presencia relativamente importante de las ayudas familiares puede explicar la no demasiado avanzada edad media de los titulares de explotaciones, en el lado opuesto de esa serie⁷⁰, en Lozoya-Somosierra, el escaso relieve de esos efectivos domésticos está detrás del alto índice de vejez de los jefes de las unidades productivas. Mientras en las Vegas hay un cierto relevo de los cabezas de familia por parte de los miembros más jóvenes de la unidad doméstica, este fenómeno apenas se produce en Lozoya-Somosierra.

GRAFICO 27

AYUDAS FAMILIARES

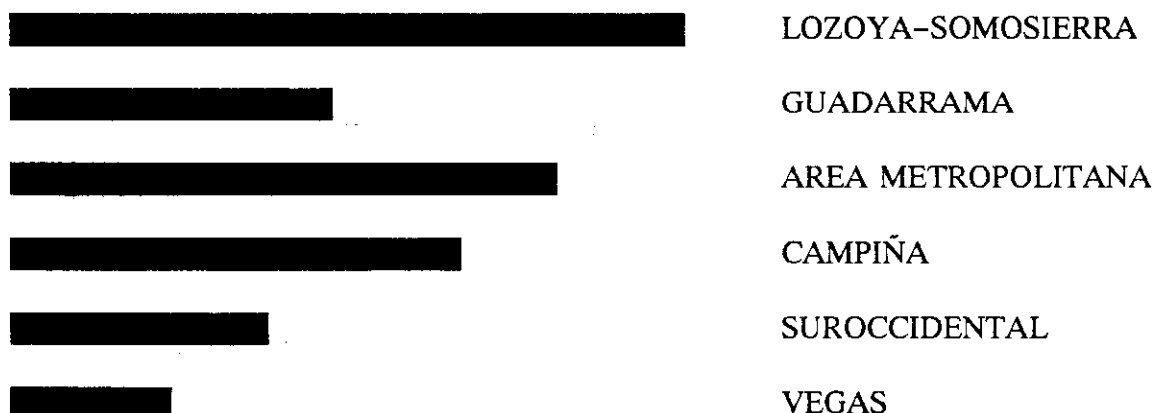


En suma, valorando los factores que actúan en la diferente extracción de excedentes y recursos de fuerza de trabajo experimentada por las comunidades campesinas madrileñas,

podemos concluir que tal absorción diseña la siguiente secuencia comarcal: Lozoya-Somosierra, Area Metropolitana, Campiña, Guadarrama, Suroccidental y las Vegas.

GRAFICO 28

FUERZA DE TRABAJO. EMBARGO DIRECTO E INDIRECTO DE EXCEDENTES Y RECURSOS. RESUMEN



3.3.3.- ABSORCION DE EXCEDENTES DE LA PRODUCCION

Lo mismo que hemos visto en los dos apartados anteriores, la variable penetración urbana y de las relaciones agrarias capitalistas en las distintas comarcas madrileñas conlleva en cada una de ellas una absorción diferente de sus excedentes de producción. Si en lo referente al suelo y, sobre todo, a la fuerza de trabajo la presencia de las relaciones agrarias capitalistas no incidía demasiado en el embargo operado sobre las diversas comunidades, en el ámbito de la producción esa penetración se acrecienta, por mucho que no llegue a ser relevante ni supere la acción de instancias urbanas. De ahí, que los mecanismos de adaptación y supervivencia, puestos en marcha por los campesinos para aminorar la extracción de sus excedentes de producción y para retenerlos en la mayor medida posible, se orienten más que en el caso del suelo y de la fuerza de trabajo a limitar las condiciones impuestas por las relaciones agrarias capitalistas. Y ello, a pesar de que tales mecanismos están dirigidos en lo esencial, igual que señalamos para el suelo y la fuerza de trabajo, a contrarrestar los efectos de la penetración urbana.

Tanto la extracción de excedentes de producción como la capacidad de las comunidades campesinas madrileñas para contrarrestarla se analizan en base a nueve factores. Dos de estos elementos resultan principales sobre los demás: la competencia de los productos regionales frente a los importados de fuera de la Comunidad de Madrid y la presencia de bienes de producción de origen industrial. Junto a estos factores hay que considerar también: el nivel de endeudamiento de las explotaciones y el peso del secano o del regadío, de las producciones más rentables, del régimen intensivo o extensivo, de la especialización productiva y de la cooperativas.

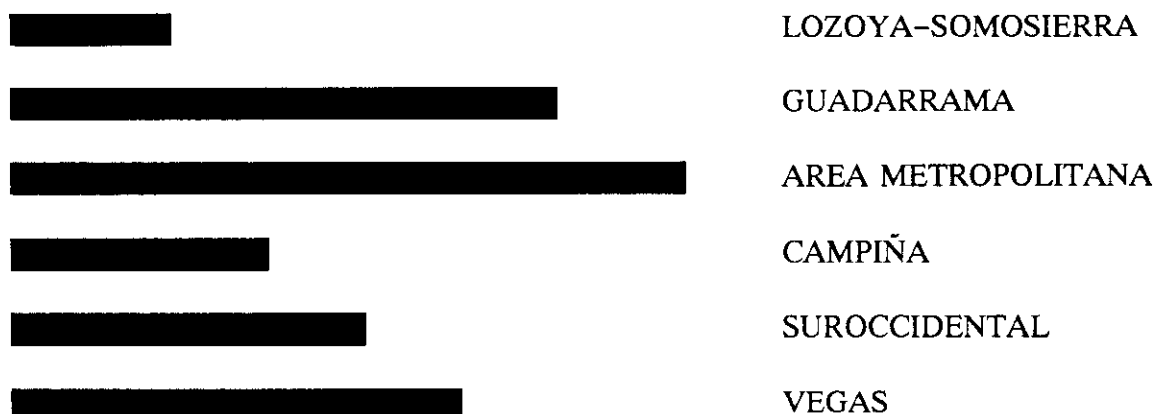
La competencia que sufren los productos de la región frente a los llegados de fuera de ella origina una gran extracción de excedentes al extremar las dificultades de acceso al mercado para el sector agrario regional, rebajar los precios percibidos por los campesinos madrileños e intensificar la producción de las explotaciones. Pero para evaluar la significación de esa competencia en las distintas comarcas y, por consiguiente, de la absorción de excedentes, que registra cada una de ellas, hemos de fijarnos más en la magnitud de la demanda que en la de la oferta de alimentos. La idiosincrasia de la aglomeración urbana de la Comunidad de Madrid nos induce a primar el volumen del mercado consumidor sobre la cuantía de la producción comarcal. Aunque el precio de los productos importados, más bajo en general que el local, y la gran actividad comercial de las empresas de distribución de ámbito estatal y multinacional, asentadas en la región, son componentes que por sí mismos reducen a un papel bastante marginal al sector agrario madrileño, tal desplazamiento obedece fundamentalmente a la incapacidad de abastecer la ingente demanda existente. De hecho, en torno a esta demanda se articulan el mercado importador y los objetivos comerciales de las grandes empresas de distribución.

Por todo ello las comarcas que acusan más la competencia de los productos llegados del exterior son las que cuentan con un número superior de población de derecho. Así, según se desprende de la tabla 29, Guadarrama y, muy especialmente, el Area Metropolitana son las comarcas que experimentan una mayor competencia, seguidas de las Vegas, de los municipios suroccidentales, la Campiña⁷¹ y, a gran distancia, de Lozoya-Somosierra.

No obstante conviene resaltar que la producción agropecuaria de las Vegas es, en términos absolutos, la que más aporta al consumo alimentario comarcal. No ocurre igual en el Area Metropolitana donde, de modo similar a lo acaecido en las coronas periurbanas europeas, la presión urbana, las ventajas del transporte en frío y la habitual existencia de una carga de retorno⁷² han mermado las expectativas reales y potenciales de surtir de alimentos a la amplia demanda comarcal. La especialización en leche, huevos y hortalizas que venía caracterizando y que todavía define la producción metropolitana ha resultado la estrategia productiva más dañada. Tal como señala M. Gaviria (Ballesteros, 1985: 24), en contraste con las 130.000 Ha. de huerta de Valencia que abastecen el 70% del mercado europeo de cítricos y una altísima proporción del consumo español de hortalizas⁷³, toda la producción del Area Metropolitana no bastaría para alimentar durante un día a la población residente en esta zona. Y otro tanto sucede en Guadarrama cuya producción ganadera, la única significativa⁷⁴, apenas puede satisfacer una pequeña parte de la demanda comarcal de carne y leche en los años de mejores pastos. Lo impiden, además de las razones ya expuestas para el conjunto de la región y el Area Metropolitana, la insuficiencia de los pastos naturales para la cabaña, la abundancia y el carácter perenne de los mismos en otras regiones y la gran dependencia de la ganadería de Guadarrama respecto a los piensos de importación.

GRAFICO 29

COMPETENCIA FRENTE A PRODUCTOS DEL EXTERIOR DE LA REGION



La presencia de bienes de producción de origen industrial constituye un segundo factor de gran transcendencia para evaluar la extracción de excedentes de producción y la capacidad de las comunidades campesinas para reducirla. El nivel de mecanización y gasto energético va unido al uso de maquinaria exclusiva de las explotaciones y el consumo de piensos, fertilizantes, fitosanitarios, semillas y plántones a la variable importancia comarcal de la agricultura y ganadería intensiva –producción sin tierras–. Entre mayor es el relieve de las explotaciones sin tierras y el empleo de maquinaria exclusiva más se acrecienta la utilización de bienes de producción de origen industrial y, por consiguiente, se acentúa en superior medida la absorción de excedentes. Del modo que vemos en las tablas siguientes Las Vegas y, particularmente, el Area Metropolitana son las zonas con mayor uso de este tipo de bienes y donde más se han sustituido las técnicas productivas basadas en la transformación de la energía natural. A estas dos comarcas les siguen en orden decreciente: Guadarrama, los municipios suroccidentales, la Campiña y Lozoya-Somosierra.

TABLA 61

CONSUMO DE BIENES DE PRODUCCION DE ORIGEN INDUSTRIAL. AGRICULTURA Y GANADERIA INTENSIVA EN EXPLOTACIONES SIN TIERRAS. MEDIA COMARCAL

AREAS	PRODUCCION SIN TIERRAS
Guadarrama	17,3
Area Metropolitana	9,7
Vegas	6,0
Suroccidental	6,0
Campaña	3,5
Lozoya-Somosierra	3,3

Fuente: I.N.E., 1991: 15-16, 59-66. Elaboración propia.

TABLA 62

CONSUMO DE BIENES DE PRODUCCION DE ORIGEN INDUSTRIAL. MAQUINARIA EXCLUSIVA DE LA EXPLOTACION. MEDIA COMARCAL

AREAS	Nº MAQUINAS					
	Motocultores. Motosegadoras. Motoazadas. Motofresadoras	Tractores	Cosechadoras	Otras Máquinas	Ordeño*	TOTAL
Vegas	30,5	100,1	6,8	5,0	0,9	142,4
Area Metropolitana	11,0	38,5	6,1	9,0	2,9	64,6
Suroccidental	7,2	41,8	3,4	3,2	1,9	55,6
Campaña	2,1	35,5	5,0	2,9	0,9	45,5
Lozoya-Somosierra	3,6	6,7	0,5	4,7	2,2	15,5
Guadarrama	3,1	3,9	0,1	5,6	3,3	12,7

* El I.N.E. sólo nos aporta datos sobre el número de explotaciones que disponen de máquinas de ordeño.

Fuente: I.N.E., 1991: 67-68. Elaboración propia.

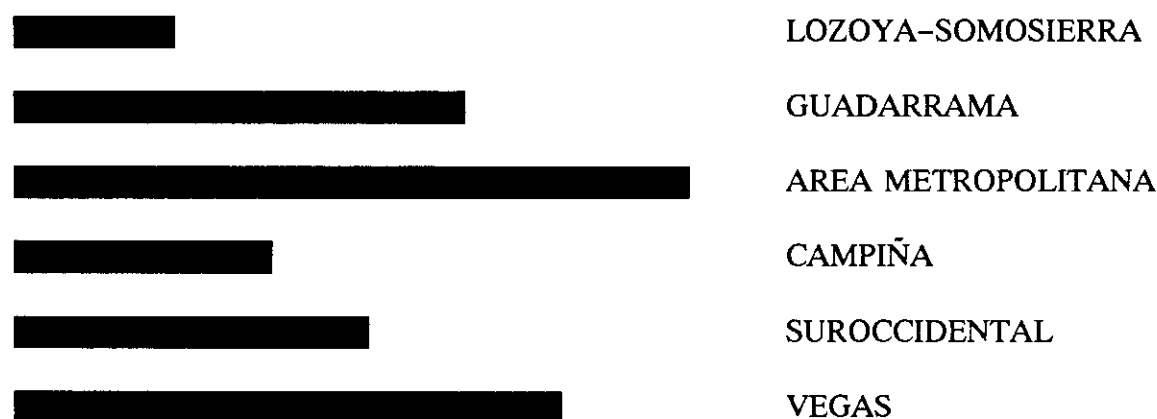
En el conjunto de las comarcas aumenta respecto a 1972 el empleo de tractores, pero descende, por saturación de la demanda, el número de cosechadoras, motocultores, motosegadoras, motoazadas y motofresadoras. Esta última disminución se hace especialmente patente en Lozoya-Somosierra y en los municipios del resto de las comarcas que apenas

disponen de Ha. de regadío o de producciones intensivas. Lozoya-Somosierra es también la comarca con menor consumo de fitosanitarios, fertilizantes y piensos compuestos. Aun así su cabaña, principal recurso productivo, suele ser ordeñada a máquina y se mantiene en régimen de semiestabulación, acudiendo diariamente a unos pastos que, debido a las insuficientes lluvias y a la débil estructura de los herbazales tanto del secano como del regadío, no satisfacen las necesidades alimenticias de las reses. La dieta del ganado debe ser complementada, especialmente durante el invierno y la agostada del verano, con elevados aportes de piensos compuestos.

El grado de endeudamiento existente en las explotaciones de cada comarca se asocia básicamente con los requerimientos crediticios que conlleva el uso de bienes productivos de tipo industrial. Dentro de los gastos efectuados por los campesinos fuera del propio sector agrario, los más altos de cuantos se realizan, los relativos a esos bienes resultan superiores a ningún otro. Los índices comarcales de absorción y retención de excedentes que define este factor se corresponden, por consiguiente, con los valores que ofrecemos a continuación para los bienes de producción de origen industrial.

GRAFICO 30

PRESENCIA DE BIENES DE PRODUCCION DE ORIGEN INDUSTRIAL. GRADO DE ENDEUDAMIENTO



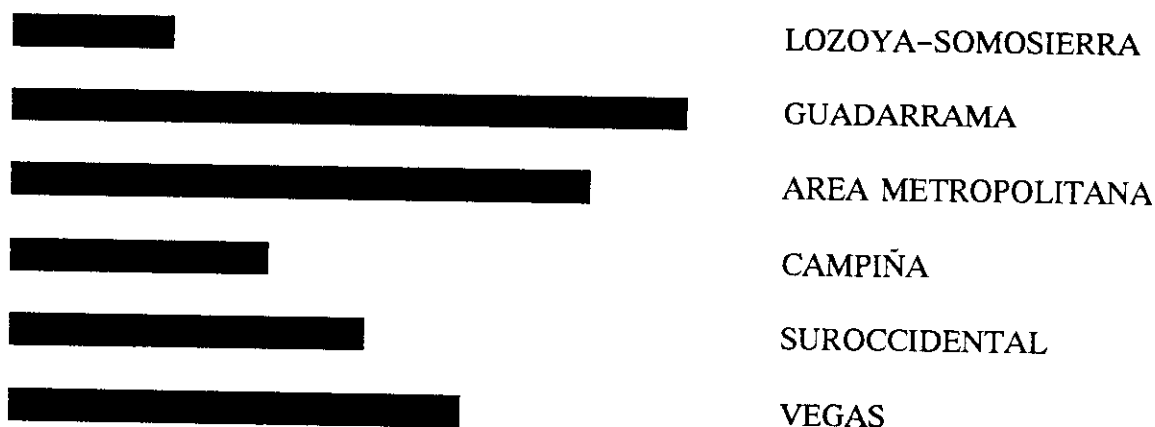
Un cuarto elemento que incide en la variable extracción y retención de excedentes es la competencia que experimenta en cada comarca la producción campesina frente a la de naturaleza capitalista. Tal competencia, lo mismo que ocurre con el endeudamiento de las explotaciones, obliga a los campesinos a intensificar y especializar su producción así como a rebajar los precios percibidos por sus productos; y pese a que opera poco en el terreno agrícola y forestal, influye significativamente en el ganadero. De este modo, entre mayor es esa competencia más se acrecienta el embargo de excedentes y la dificultad para retenerlos.

La diferente penetración comarcal de las relaciones agrarias capitalistas en la esfera de la producción define los valores territoriales de dicha competencia, por lo que el Area

Metropolitana y, sobre todo, Guadarrama resultan las zonas que más la acusan, seguidas de las Vegas, los municipios suroccidentales, la Campiña y Lozoya-Somosierra.

GRAFICO 31

COMPETENCIA FRENTE A LA PRODUCCION CAPITALISTA



Por otro lado, allí donde predomina el regadío sobre el secano se elevan los índices de extracción de excedentes y las dificultades de los campesinos para contrarrestar esta absorción. Lo propician los superiores rendimientos del regadío, su mayor demanda de bienes de producción de origen industrial y la intensidad productiva que implica. La proporción que representa en las diferentes comarcas el área regable⁷⁵ sobre la superficie agraria útil nos indica la importancia territorial de tal aprovechamiento. De acuerdo con esta magnitud y según se desprende de la tabla siguiente, el Area Metropolitana y, en particular, las Vegas son las comarcas con mayor número de Ha. de riego, seguidas en orden decreciente de Lozoya-Somosierra, la Campiña, los municipios suroccidentales y Guadarrama.

TABLA 63

SUPERFICIE REGABLE SOBRE S.A.U. %. EVOLUCION Ha.

AREAS	1972	1982	1989	1989/1972
Vegas	21,7	21,8	20,8	-0,9
Area Metropolitana	10,8	8,1	7,1	-3,7
Lozoya-Somosierra	9,8	6,9	6,0	-3,8
Campiña	4,4	3,1	3,2	-1,2
Suroccidental	5,2	3,9	2,5	-2,7
Guadarrama	3,0	2,5	0,5	-2,5

Fuente: I.N.E., 1973a: 45, 1984a: 24-25, 1991: 23-24. Elaboración propia.

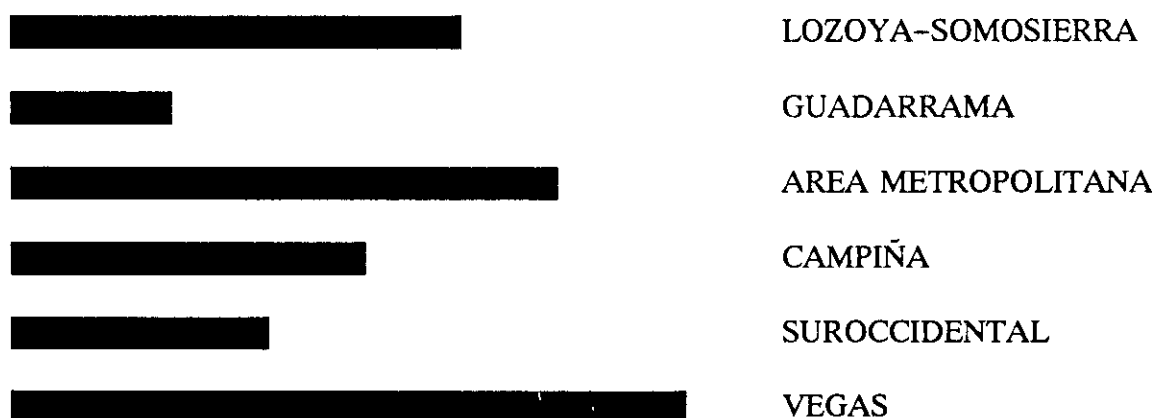
Las Vegas no sólo es la comarca con mayor porcentaje de Ha. de regadío sobre su superficie agraria útil, sino la que menos territorio regable ha perdido en las dos últimas décadas. Su zona de regadío, nutrida por las aguas del Jarama, Tajuña y Tajo y por una amplia red de acequias y canales, se localiza especialmente en Aranjuez, Ciempozuelos, Colmenar de Oreja, Chinchón y San Martín de la Vega. Frente a estos municipios, en los que la productividad por Ha. de regadío es de las más altas de la región, contrasta, sin embargo, la mínima superficie regable de Villacañete, Valdaracete y Belmonte de Tajo.

Aunque las Vegas es la única comarca madrileña definible como enclave de regadío, el Area Metropolitana y Lozoya-Somosierra pueden calificarse como zonas mixtas de secano y regadío, en contraposición a la Campiña, los municipios suroccidentales y Guadarrama que son territorios propiamente de secano. No obstante, tanto en el Area Metropolitana como en Lozoya-Somosierra es donde más se constata la reducción de las Ha. de regadío que experimenta la región desde 1972. La prioridad de los usos residenciales e industriales – corredor del Henares– en el abastecimiento de agua y la subsiguiente contaminación de la misma, que lleva aparejada el crecimiento urbano, explican sobradamente esa merma del regadío en todo el ámbito regional y, muy singularmente, en el Area Metropolitana. Y ello, aun cuando no puede hablarse de escasez de agua en los municipios metropolitanos y particularmente en Rivas-Vaciamadrid, San Fernando de Henares, Alcalá de Henares, Fuenlabrada, Móstoles, Parla, Madrid y Getafe. La precariedad de las lluvias de junio a septiembre limita la extensión del área regable, pero no justifica su reducida dimensión actual, máxime si consideramos que las cuencas del Jarama, Manzanares y Guadarrama poseen uno de los grados de regulación más altos de España (Bartolomé, 1982: 71). Además el sector agrario metropolitano recibe el aporte de 600 Hm³/año de aguas residuales, de 150 Hm³/año de aguas superficiales del Henares, Jarama, Manzanares y Guadarrama no utilizables para abastecimientos urbanos y de 132 Hm³/año de aguas subterráneas, superficiales y profundas (Ballesteros, 1985: 48). Con menores recursos de agua cuenta Lozoya-Somosierra, por mucho que disponga de una pluviometría más propicia que el Area Metropolitana y que favorece la notable extensión del regadío en Bustarviejo, Patones y Torremocha del Jarama. Tanto en estos municipios como en el resto de las localidades de Lozoya-Somosierra el regadío se circunscribe casi con exclusividad a los huertos, próximos en general a los núcleos de población. Estos huertos, que todavía emplean sistemas tradicionales de riego, suelen estar divididos en parcelas inferiores a 1 Ha., de forma rectangular o poligonal y casi siempre valladas. La gran importancia que la comunidad atribuía y aún asigna a los aprovechamientos de regadío queda patente en las actuales reminiscencias de las antiguas fiestas primaverales de Reguera, realizadas por el vecindario en torno al acondicionamiento, la reparación y limpieza de acequias y canales (Hualde, 1992: 31; González Casarrubios, 1993: 8-9; Fernández Montes, 1980: 440, 1990: 261-262; Fernández García, 1963: 106, 1970: 85, 1976: 20, 1980: 120, 1984: 98).

Si bien el aporte natural de la lluvia y los ríos podría haber hecho de Guadarrama un enclave, al menos, mixto de secano y regadío, esta comarca y las otras dos del secano madrileño, más carentes de recursos para ampliar sus Ha. regables, son un claro exponente de la falta de medios económicos y técnicos y de voluntad, no siempre estatal, para acometer las obras de regulación e infraestructura precisas para extender la superficie de regadío. La explosión residencial e industrial ha abortado en estas tres comarcas el desarrollo del regadío que no ha podido resistir semejante competencia. Muchos de los mejores suelos regados o susceptibles de serlo han sido los favoritos para la implantación masiva de industrias o complejos residenciales. Asimismo ocurre que una alta proporción de grandes explotaciones, habitualmente recibidas por sus propietarios mediante herencia, no muestra interés en acometer transformaciones de regadío ante la carestía de éstas y, sobre todo, el valor expectante del suelo. Por contra, las numerosas pequeñas explotaciones existentes, que necesitarían llevar a cabo dichas transformaciones, no cuentan siquiera con los medios y las ayudas oficiales suficientes para sufragar los gastos que representan las contratas de riegos. Así sucede en la Campiña y la comarca Suroccidental con las pequeñas explotaciones de cereal y en Guadarrama con las vegas dedicadas a forraje. A las escasas Ha. de regadío de la Campiña –Arganda, Meco, Torremocha del Jarama–, la comarca Suroccidental –Aldea del Fresno, Humanes, Navalcarnero, Torrejón de Velasco, Villa del Prado– y Guadarrama –El Escorial–, se une en las tres zonas la presencia de municipios que son de secano en un 100%. Este es el caso en la Campiña de Valverde de Alcalá, Ajalvir y Valdepiélagos; en el área Suroccidental de Chapinería y Navas del Rey; y en Guadarrama de Alpedrete, Fresnedillas, Navacerrada, San Lorenzo de El Escorial y Torreloz.

GRAFICO 32

PREDOMINIO DEL REGADIO



Un sexto factor que modifica el binomio extracción–retención de excedentes es el mayor o menor peso que tiene en cada comarca la orientación de la producción hacia los aprovechamientos más rentables. Entre mayor es esta orientación hacia los productos de

superior rentabilidad, más se acrecientan el embargo de excedentes y las limitaciones para contrarrestarlo. Ya vimos en el capítulo pasado que las producciones más rentables son las pecuarias y, dentro de ellas, la carne de ave y bovino, la leche y los huevos. Igualmente resultan muy rentables los cultivos de flores, hortalizas y plantas ornamentales. Por consiguiente, la evaluación territorial del número de unidades ganaderas, por un lado, y de las Ha. dedicadas a los mencionados cultivos agrícolas, por otro, nos aporta la significación en cada comarca de este tipo de producciones. De esta forma, según se desprende de la tabla 64, el Area Metropolitana y, en segundo término, las Vegas son las comarcas más orientadas hacia esas producciones. A continuación están la comarca Suroccidental y Guadarrama y, en último lugar, la Campiña y Lozoya-Somosierra.

TABLA 64

PRODUCCIONES DE ALTA RENTABILIDAD: HORTALIZAS, FLORES Y PLANTAS ORNAMENTALES, CULTIVOS DE INVERNADERO, UNIDADES GANADERAS DE BOVINO Y AVES, TOTAL DE UNIDADES GANADERAS. MEDIA COMARCAL

AREAS	CULTIVOS AGRICOLAS				U.G. BOVINO. AVES		U.G. TOTAL
	Hortalizas	Flores. Ornamentales	Invernadero	TOTAL	Bovino	Aves	
Area Metropolitana	17,7	1,8	2,1	21,6	546,1	49,4	961,0
Vegas	103,2	0,5	1,1	104,8	136,3	168,9	575,1
Suroccidental	36,7	0,3	1,2	38,2	222,1	99,0	590,9
Guadarrama	0,4	0,0	0,0	0,5	677,8	4,7	786,5
Campiña	10,2	2,1	0,3	12,6	75,5	95,6	365,7
Lozoya-Somosierra	1,2	0,0	0,0	1,2	411,1	1,5	517,9

I.N.E., 1991: 39-42, 51-54. Elaboración propia.

A pesar de que el Area Metropolitana es la comarca con mayor número de unidades ganaderas, éstas acusan el descenso registrado por el conjunto de los territorios madrileños desde 1972 y muy especialmente en lo que se refiere a las aves. Sólo de 1982 a 1989 la media por municipio se acorta en 415,9 U.G. Esta disminución no afecta, sin embargo, a las unidades ganaderas de bovino, que aumentan desde 1972, al igual que sucede en la comarca Suroccidental y Guadarrama. Asimismo el Area Metropolitana ocupa, después de Guadarrama, el segundo lugar de la región por su media de unidades ganaderas de bovino. Ello está en clara consonancia con la máxima importancia que adquiere la producción de pastos y forraje en estas dos comarcas, pese a que en ambas se ha operado una sustitución creciente de las razas de vacuno autóctonas. La variedad serrana, morucha, la de lidia y la negra ibérica,

dependientes de los pastos locales, han dejado paso a razas foráneas de rápido engorde que son grandes consumidoras de piensos compuestos. Menos relevantes son, no obstante, las producciones agrícolas metropolitanas de alta rentabilidad. Es cierto que los cultivos de invernadero y la producción de flores y plantas ornamentales ocupan, respectivamente, el primer y el segundo lugar más importante de la región, pero la horticultura se ha recortado sensiblemente desde 1972 y debe su mantenimiento casi con exclusividad al consumo directo de los titulares de las pequeñas explotaciones donde se ejerce.

Tras el Área Metropolitana, las Vegas es la segunda comarca de la región con mayor peso de las producciones más rentables. El cultivo de hortalizas y la producción avícola poseen en los municipios de las Vegas la máxima significación regional, aunque ambas orientaciones productivas se han debilitado desde 1972 lo mismo que el total de unidades ganaderas. Sólo las hortalizas representan el 36,5% del producto bruto agrícola de la comarca y el 22,1% del agrario, mientras que la carne de ave y los huevos suponen un 30,4% de la producción ganadera bruta (Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid, 1985: 106).

Por su parte, los valores medios regionales corresponden a la comarca Suroccidental y a Guadarrama. En los municipios suroccidentales se sitúa la segunda producción más importante de la región de hortalizas, cultivos de invernadero, huevos y carne de ave. Y en Guadarrama la producción de leche y carne de bovino, base histórica de su actividad agraria, sobresale por encima de la que se alcanza en otros territorios madrileños, lo que, a su vez, da cuenta de que en esta comarca los pastos y forrajes sumen el número de Ha. mayor de la región. La productividad del bovino se ha ido incrementando a medida que se introducían razas especializadas en la obtención de leche y carne.

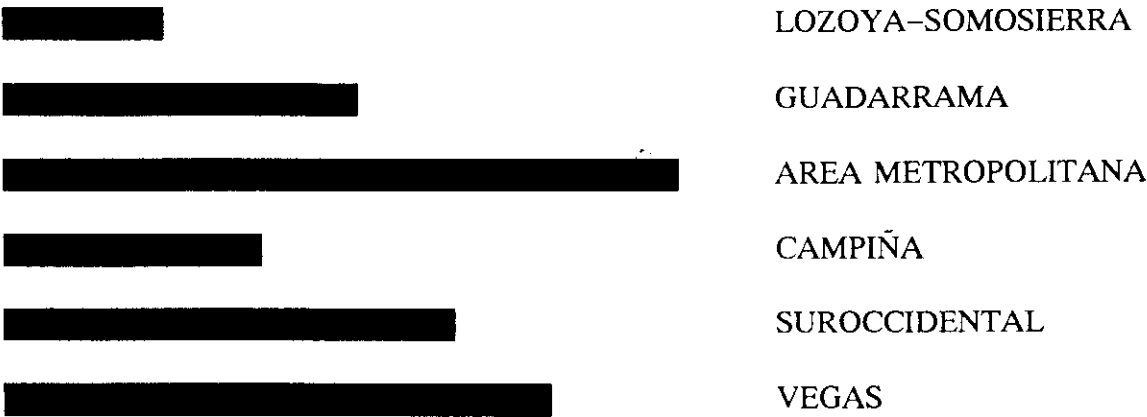
A excepción de las aves, la producción ganadera de la Campiña es la menos relevante de la región, por lo que la de pastos y forrajes resulta a la par la más baja del ámbito regional. Sólo recientemente y con un valor relativo ha crecido algo la producción de alfalfa, aun cuando la remolachera-forrajera, la de maíz y la de leguminosa-heno se muestra muy regresiva. Sin duda ha influido en esto último la presión de otros cultivos y la escasa aptitud del medio físico. Más significativos resultan los cultivos agrícolas de alta rentabilidad, sobre todo los de flores y plantas ornamentales, con los que la Campiña se coloca al frente de la región. Debe destacarse por igual que en lo referente a hortalizas se ha ampliado desde 1982 -8,9- el número medio de Ha. por municipio. En cualquier caso, la opción cerealista de la Campiña no ha dejado paso a otras que exigirían más riesgos pero también remuneraciones superiores.

Si bien la producción pecuaria, más concretamente la de bovino, constituye la actividad agraria predominante de Lozoya-Somosierra -Gascones y Gargantilla de Lozoya-, las unidades ganaderas de vacuno sólo llegan a tener un valor regional medio, incluso, tras haber sustituido paulatinamente a las de ovino, de menores rendimientos. El cerramiento de los campos, la adquisición de terrenos por ICONA, las primeras y segundas residencias y la instalación de infraestructuras de uso urbano han restringido notoriamente la extensión tradicional de los pastos, mermándose en consecuencia el número de cabezas de ganado de

diente. Tal descenso de las Ha. de pastos se asocia al tiempo, como en el resto de las comarcas, con la introducción de especies importadas, muy dependientes de los piensos compuestos. Las vacas suizas, frisonas y del tipo charolais han desplazado a las autóctonas – del país, montesinas, de campo, de cría, moruchas, de Becerril– y suman en la actualidad más de la mitad del censo ganadero de bovino. Asimismo ocurre que la explotación habitual de vacuno no suele superar las quince cabezas, por lo que por lo general no resulta suficientemente rentable, ya que por debajo de las veinte no se obtienen los rendimientos necesarios para el mantenimiento de una unidad familiar de tamaño medio. Además, la producción de carne de ave y la de huevos se sitúan en el último lugar de la región, en tanto que las unidades ganaderas en su conjunto lo hacen en el penúltimo. Mucho menos desarrollo poseen aún los cultivos agrícolas de alta rentabilidad, dado que apenas exceden los valores mínimos que ostenta Guadarrama y a pesar de que la huerta ha ido transformando su orientación hacia los productos más rentables, abandonándose el tradicional cultivo del lino.

GRAFICO 33

PRODUCCIONES DE ALTA RENTABILIDAD



Por otro lado, entre mayor es el predominio del régimen intensivo sobre el extensivo más se acentúan la extracción de excedentes y los límites de los campesinos para contrarrestarla. La intensidad productiva conlleva un uso muy elevado de bienes de producción de origen industrial, un crecimiento de las rentas y del endeudamiento de las explotaciones y, en no pocas ocasiones, la necesidad de la puesta en regadío. Los indicadores para evaluar la significación de la producción intensiva son la proporción de superficie agraria útil –S.A.U.– sobre la total, la media comarcal de explotaciones sin tierras y los valores medios por municipio de unidades de trabajo al año –U.T.A.–. De acuerdo con dichos indicadores y según se desprende de la tabla 65, el Area Metropolitana y, en particular, las Vegas son las comarcas con superiores niveles de producción intensiva, seguidas, en orden decreciente, de Guadarrama, la Campiña, los municipios suroccidentales y Lozoya-Somosierra.

TABLA 65

REGIMEN INTENSIVO. S.A.U./ST. EXPLOTACIONES SIN TIERRAS. UTA. MEDIA COMARCAL

AREAS	S.A.U./ST. Ha.	EXPLOTACIONES SIN TIERRAS	U.T.A.
Vegas	69,8	6,0	117,9
Area Metropolitana	64,8	9,7	54,2
Guadarrama	66,8	17,3	30,5
Campaña	88,3	3,5	45,3
Suroccidental	56,2	6,0	82,2
Lozoya-Somosierra	36,7	3,3	22,5

I.N.E., 1991: 15-16. Elaboración propia.

El porcentaje de superficie agraria útil de las Vegas sobre el total de la existente, aparte de ser el segundo más elevado de la región, ha crecido en una media de 4,6 Ha. por municipio. Este incremento repercute singularmente en las pequeñas y medianas explotaciones, puesto que un alto número de grandes explotaciones no se cultiva en su totalidad. Unido a ello, las explotaciones sin tierras ocupan en esta comarca el tercer lugar más destacado de la región y, pese a que en comparación con otras zonas de regadío españolas la producción hortofrutícola resulta menos intensa, las unidades de trabajo año son las máximas del ámbito regional.

Por su lado, el Area Metropolitana debe su intensidad productiva al relieve de las explotaciones sin tierras, ya que la proporción de S.A.U./ST, algo menor que en 1982, y sus U.T.A., en las que apenas se contrarrestan los periodos de discontinuidad propios del ciclo anual, arrojan unos valores regionales medios. Aparte de la negativa influencia de los usos urbanos y del valor expectante del suelo, la estructura de propiedad de la tierra se vincula de forma patente a la menor intensidad que presentan los municipios metropolitanos madrileños comparados con otras áreas agrarias periurbanas españolas. Tan poco intensamente cultivados unos como otras, ni los minifundios hortícolas ni las grandes explotaciones cerealistas de secano extensivo que configuran la estructura de la propiedad de la tierra han mostrado demasiado interés en modernizar, capitalizar e intensificar una producción, que potencialmente tendría tantas posibilidades como la de las zonas periurbanas de Barcelona, Valencia, Zaragoza o Valladolid. Son claros exponentes de tal falta de intensidad que aproximadamente un 65% de las Ha. de regadío se dedique a cultivos extensivos, la gran presencia del barbecho social y que haya 42 explotaciones, que suman más de 41.000 Ha., incluidas en el catálogo de la Ley de Fincas Manifiestamente Mejorables.

En cualquier caso, aun habiéndose debilitado de 1955 a 1980 la intensidad productiva

metropolitana, en los últimos años se observa respecto a esas fechas un ligero crecimiento que no responde, como se ha señalado ya a la ampliación de la S.A.U./ST, sino fundamentalmente a la extensión del riego por aspersión y al empleo de semillas selectas, abonos químicos y productos fitosanitarios. Las toneladas de cereales obtenidas actualmente son superiores a las de cualquier otra época reciente y remota, por mucho que las hortalizas no generen unos rendimientos demasiado elevados. Excepción de esto último es el cultivo comercial y muy intensivo de 1.000 Ha. de huerta de regadío que se ejerce en explotaciones de 5 ó 6 Ha. Pese a que los planes de urbanismo califican con frecuencia la intensidad del Area Metropolitana como residual, dicha definición considera únicamente criterios relativos al número de empleados, sin tener en cuenta la cifra de campesinos por m² de superficie cultivada, es decir, el **valor añadido neto total** del sector agrario metropolitano. Si aplicamos este último baremo, se concluye que se trata de un sector con una intensidad muy similar a la de las áreas metropolitanas de París y de muchas ciudades alemanas.

Guadarrama es la tercera comarca de la región con mayor intensidad productiva. Aunque sus U.T.A. son marcadamente bajas, sus explotaciones sin tierras están a la cabeza de la región y su porcentaje de S.A.U./ST, con unos índices medios, ha aumentado en 22,2 Ha. desde 1982. Hay asimismo una tendencia creciente hacia la estabulación de su ganadería, básicamente extensiva y todavía deudora en parte de métodos tradicionales de pastoreo y del uso de cañadas –Villalba, Galapagar, Guadarrama y El Escorial–. Con unos valores también de tipo medio, la Campiña dispone, gracias al cereal extensivo de secano, de la máxima proporción regional de S.A.U./ST, habiendo sumado desde 1982 una media por municipio de 3,1 Ha. más. Excepto en la zona irrigada por los acuíferos subterráneos y las aguas procedentes del Jarama, sus U.T.A. son, sin embargo, de tipo medio-bajo. La producción triguera y de cebada se puede fijar aproximadamente, para el secano, entre un 12% y un 16% de la regional y, en el regadío, de 25 a 35 Qm/Ha., o sea, un 10% más que en el supuesto anterior. Estos índices se sobrepasan en el cultivo de la patata de regadío, con unas medias de 200 Qm/Ha. a 230 Qm/Ha. A la par, las explotaciones sin tierras poseen una mínima significación regional, siendo dominante la ganadería extensiva que aprovecha los pastos naturales en primavera y otoño, las rastrojeras durante el verano y, aparte de los piensos compuestos, la paja de los cereales y las leguminosas en el invierno.

Por último, la mínima intensidad productiva regional corresponde a la comarca Suroccidental y, sobre todo, a Lozoya–Somosierra. Ambas comarcas han incrementado desde 1982 la proporción de su S.A.U./ST, aun cuando continúan disponiendo de los valores más bajos de la región. Los municipios suroccidentales han ampliado su media por municipio en 4,0 Ha., y Lozoya–Somosierra en 8,2 Ha. Igualmente los índices de explotaciones sin tierras resultan de tipo medio-bajo en la comarca Suroccidental, mientras que los de Lozoya–Somosierra son los mínimos de la región. Esta última comarca también posee la media municipal de U.T.A. más reducida de la región, a diferencia de los municipios suroccidentales que sólo tienen por delante a las Vegas. El régimen extensivo predomina nítidamente por consiguiente en ambos territorios, haciéndose muy manifiesto en la ganadería de bovino y

ovino semiestabulada, aún en parte transhumante⁷⁶ –Horcajuelo de la Sierra–, de Lozoya–Somosierra que se explota por lo común en unidades productivas de pequeño y mediano tamaño. Asimismo la producción extensiva se hace patente en los cultivos de cereal, que practican el sistema de año y vez unido todavía al de tercios y rodeos⁷⁷, y en el abandono de campos antes labrados que hoy han quedado como herbazales o pastizales.

GRAFICO 34

PRODUCCION INTENSIVA



La débil especialización productiva que manifiesta la región, a excepción del ámbito ganadero, lleva aparejada, como señalamos en el capítulo pasado, una menor extracción de excedentes que la que advierten otras zonas españolas. No obstante, los valores regionales medios de especialización productiva, representados por el Area Metropolitana y la Campiña, se superan en Lozoya–Somosierra y sobre todo en Guadarrama, quedando por debajo de tales índices la comarca Suroccidental y especialmente las Vegas.

Esta última comarca presenta la máxima diversidad productiva de la región gracias al notable nivel de aprovechamiento de su medio físico y a la idoneidad del mismo. Los municipios de las Vegas, muy poco especializados en el subsector forestal, son los mayores productores de cultivos herbáceos y leñosos del conjunto de la región. Así, son los segundos productores más importantes de leguminosas grano y se sitúan a la cabeza de la producción de cereales grano, patatas, cultivos industriales y forrajeros, hortalizas y aprovechamientos de primor, cítricos y otros frutales, olivar y viñedo. Todos estos aprovechamientos, excepto las leguminosas grano, los cultivos forrajeros, las hortalizas y los frutales, han incrementado desde 1982 su número de Ha. cultivadas. Tras las Vegas, la comarca Suroccidental domina la producción de patatas, hortalizas y cultivos de primor, viñedo, cítricos y otros frutales, mientras que en el resto de los aprovechamientos agrícolas muestra valores regionales de tipo medio. Salvo en el caso del olivar, el conjunto de sus cultivos ha reducido su extensión desde 1982.

Aunque tanto la Campiña, a excepción de los cereales grano y las hortalizas, como el Area

Metropolitana, menos en olivar, han recortado desde 1982 las Ha. de sus diferentes cultivos, continúan disponiendo de una gran variedad productiva. Es cierto que la Campiña ocupa el último lugar de la región en producción de patatas, pero se sitúa en el primero en lo concerniente a leguminosas grano y en el segundo en lo que se refiere a cereales grano, cultivos industriales y olivar. Asimismo la producción forrajera del Area Metropolitana sólo se sobrepasa en las Vegas.

Bastante más especializadas en el subsector forestal y sobre todo en el ganadero se hallan las comarcas de Lozoya-Somosierra y Guadarrama, si bien su falta de diversidad no obedece tanto a una estrategia productiva cuanto a las limitaciones impuestas por el marco físico para el ejercicio de labores agrícolas. De este modo, salvando la producción de patatas de Lozoya-Somosierra que se mueve en unos niveles medios, los principales cultivos de la región resultan poco significativos en una y otra comarca, habiendo experimentado además una paulatina reducción de su superficie desde 1972. El tenue crecimiento que desde 1982 registra Guadarrama en su producción de leguminosas grano, patatas y viñedo no trasciende, por otra parte, la marginalidad que caracteriza a estos y otros aprovechamientos de la comarca. En cualquier caso y en lo tocante a Lozoya-Somosierra, debe destacarse que en los municipios más meridionales, en la transición hacia las campiñas del Jarama, abundan los cereales, el viñedo y los cultivos forrajeros.

TABLA 66

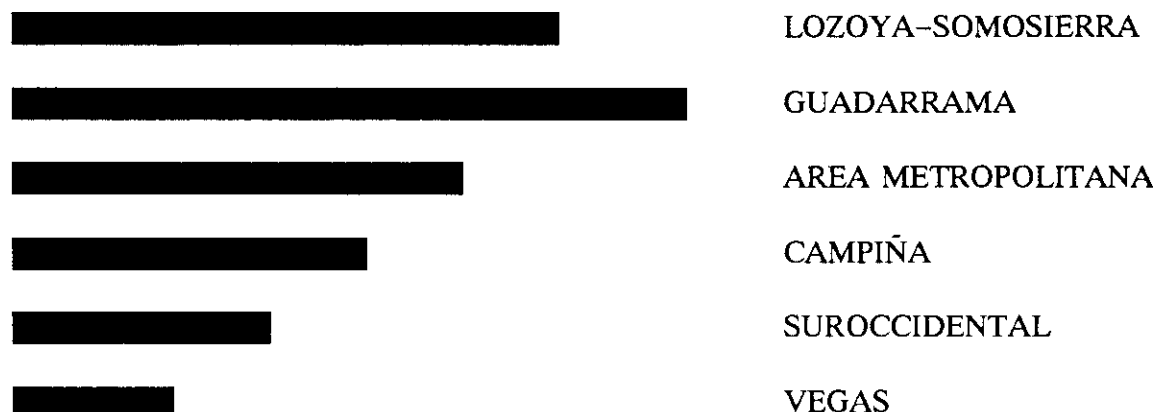
SUPERFICIE CULTIVADA. Ha. MEDIA COMARCAL

CULTIVOS/AREAS	Vegas	Suroccidental	Campiña	Area Metropolitana	Lozoya-Somosierra	Guadarrama
Cereales Grano	1.341,0	572,3	1.260,5	925,2	4,8	76,1
Leguminosas Grano	14,0	4,6	14,2	4,7	0,3	0,9
Patatas	36,0	3,0	0,2	1,6	0,9	2,2
Cultivos Industriales	41,6	0,2	29,3	14,9	0,0	0,0
Cultivos Forrajeros	35,9	10,8	10,1	22,8	2,1	9,1
Hortalizas. Flores y Plantas Ornamentales	103,8	37,1	12,4	19,6	0,5	1,2
Cítricos y Otros Frutales	14,5	10,6	2,3	1,1	0,0	0,2
Olivar	652,6	66,0	128,5	11,7	0,0	2,6
Viñedo	314,4	310,4	74,7	7,5	0,0	5,0

Fuente: I.N.E., 1991: 29-50. Elaboración propia.

GRAFICO 35

ESPECIALIZACION PRODUCTIVA



Finalmente, y dado su pobre relieve en la región, la escasa capacidad de las cooperativas para contrarrestar el embargo de excedentes de los campesinos se materializa fundamentalmente en Guadarrama y, en menor medida, en la Campiña. En la primera de estas dos comarcas no hay formada ninguna cooperativa y la que había en 1984, con un total de 62 socios, ha desaparecido; y en la segunda sólo existen dos de nueva creación que limitan su actuación a 7 Ha. En contraste con ambas comarcas, las unidades asociativas de Lozoya-Somosierra y, en especial, de las Vegas son las que más obstáculos ofrecen al embargo de excedentes, habida cuenta de la superficie sobre la que operan. Las cooperativas de Lozoya-Somosierra han duplicado su número y el total de sus miembros respecto a 1984; y las de las Vegas, a pesar de haber pasado de 4 a 3 de esta fecha a la actualidad, siguen manteniendo sus aproximadamente 700 socios. Entre ambos extremos se emplazan, por último, las cooperativas del Area Metropolitana y de la comarca Suroccidental, cuya evolución traza trayectorias muy divergentes. Mientras que los municipios metropolitanos pierden 4 cooperativas desde 1984, la comarca Suroccidental pasa de no tener ninguna en ese año a disponer de 5.

TABLA 67

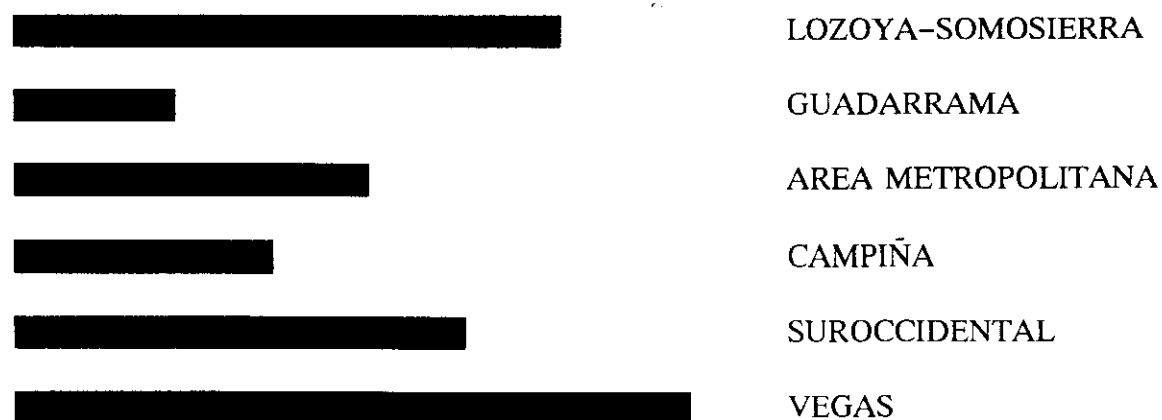
COOPERATIVAS DE PRODUCCION. VALORES ABSOLUTOS Y MEDIA COMARCAL

AREAS	Nº		SUPERFICIE. Ha.	
	Valor Absoluto	Media Comarcal	Valor Absoluto	Media Comarcal
Vegas	3	0,14	893	42,5
Lozoya-Somosierra	2	0,04	1.052	21,9
Suroccidental	5	0,16	631	20,3
Area Metropolitana	2	0,07	428	15,2
Campaña	2	0,06	7	0,2
Guadarrama	0	0,00	0	0,0

Fuente: I.N.E., 1991: 17-18. Elaboración propia.

GRAFICO 36

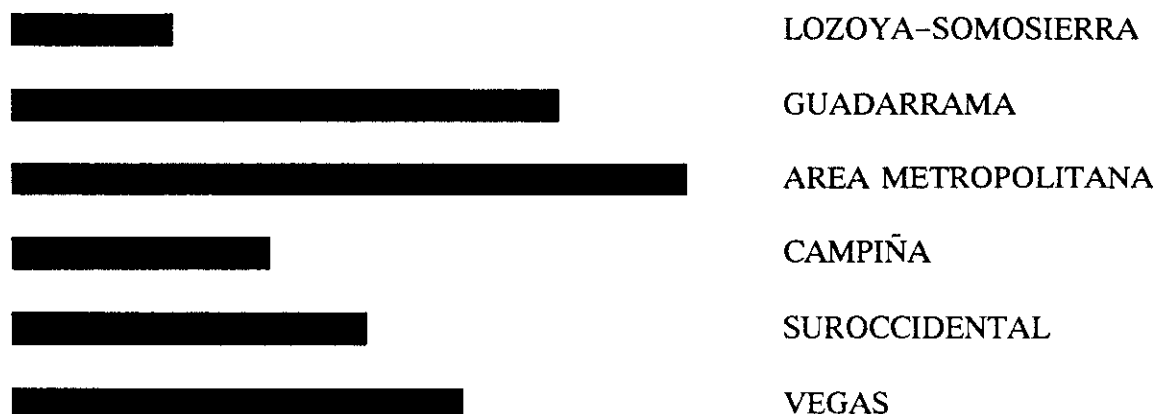
COOPERATIVAS DE PRODUCCION



En conclusión, evaluando los diferentes factores que modifican la extracción de excedentes de las distintas comunidades de la región, hemos de subrayar que tal embargo es máximo en Guadarrama y, sobre todo, en el Area Metropolitana. Resulta mínimo, por el contrario, en la Campiña y particularmente en Lozoya-Somosierra. Y se coloca en unos niveles medios en las Vegas y la comarca Suroccidental.

GRAFICO 37

ABSORCION DE EXCEDENTES DE LA PRODUCCION. RESUMEN



3.3.4.- ABSORCION DE EXCEDENTES POR LA VIA DE LA DISTRIBUCION DE LA PRODUCCION

Como ya señalamos en el capítulo pasado, la comercialización y transformación de los productos agrarios es la fase productiva en la que tiene lugar una superior absorción de excedentes, dada su práctica monopolización por las relaciones agrarias capitalistas. Pero esta extracción varía de unas a otras comarcas en función de la capacidad que posee cada una de ellas de retener el valor añadido de sus productos y, principalmente, del carácter y nivel de su participación en el mercado. Así, entre mayor es esa retención del valor añadido e inferior resulta la necesidad de acudir a mercados de ámbito nacional, con gran circulación de capital y de relación indirecta, menos se acusa tal extracción. El hecho de que la posibilidad de retener el valor añadido agrario sea para el campesino siempre menor que su necesidad de acudir a circuitos de distribución monopolizados nos lleva a primar este segundo factor sobre el primero.

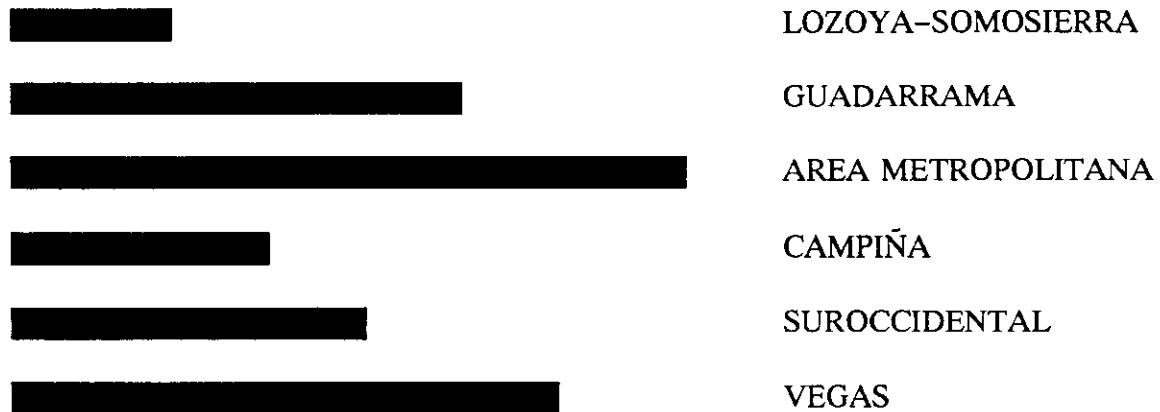
Para determinar la naturaleza y el grado de la participación en el mercado de las distintas comunidades campesinas es preciso considerar, en primer término, la penetración territorial de las relaciones agrarias capitalistas en la esfera de la distribución y, en segundo lugar, el embargo de excedentes que sufre la producción de cada comarca. Ya analizamos en el apartado 3.2.4 el alcance y las características de la penetración de las relaciones agrarias capitalistas en la comercialización y transformación de los productos agrarios de las distintas comarcas, concluyendo que esa implantación era máxima para las Vegas y, sobre todo, para el Area Metropolitana, y que tras estas dos zonas afectaba, en orden decreciente, a los municipios suroccidentales, la Campiña, Guadarrama y Lozoya-Somosierra. También se ha hablado de las particularidades que presenta en cada comarca la absorción de excedentes de producción; y a ello hay que agregar que, mientras las cooperativas aminoran la dependencia de los campesinos respecto al mercado, los ocho factores restantes, utilizados para evaluar esa

extracción, la acrecientan. Tanto la competencia que plantean los alimentos llegados de fuera de la región como la necesidad de adquirir bienes de origen industrial obligan cada vez más a los campesinos a participar de forma creciente en los mercados nacionales, al tiempo que los hacen más dependientes. Y no otros son los efectos que desencadenan el endeudamiento de las explotaciones, la competencia frente a la producción capitalista, la puesta en regadío, la orientación hacia las producciones más rentables y la intensidad y especialización productiva.

Pues bien, si a la secuencia comarcal que describe la penetración de las relaciones agrarias capitalistas en el ámbito de la distribución unimos la correspondiente a la absorción de excedentes de la producción, obtendremos el carácter y nivel de participación en el mercado de las diferentes comunidades madrileñas. De este modo, el Area Metropolitana es la comarca que ~~participa en mayor medida y de manera más~~ dependiente en mercados fuertemente monopolizados. A ella le sigue las Vegas, cuya producción agrícola de secano –cereales, vid y olivo– nutre buena parte de las industrias agroalimentarias de la zona, a la par que la de regadío –hortalizas, frutas, tubérculos– se orienta en bruto hacia los mercados de Madrid. No obstante, una proporción bastante alta de la producción de las Vegas, lo mismo que sucede en los municipios suroccidentales y en la Campiña, se comercializa y transforma fuera de la comarca y de la región. Es el caso de la alcachofa que, después de ser envasada y tratada como conserva en Murcia, se distribuye a la mayoría de las regiones españolas. Tras las Vegas, Guadarrama, la comarca Suroccidental y la Campiña se sitúan en el tercer, cuarto y quinto lugar de esta secuencia comarcal. Las empresas de piensos compuestos, los mataderos frigoríficos y las centrales lecheras monopolizan básicamente el grueso de las operaciones comerciales de Guadarrama a excepción de parte de la carne sacrificada en algunos mataderos locales. Por su lado, un elevado porcentaje de la producción vinícola de la comarca Suroccidental –Navalcarnero y San Martín de Valdeiglesias–, al igual que ocurre en la Campiña –Arganda–, se transforma en Toledo. En la última posición de dicha secuencia figura Lozoya–Somosierra, cuya producción cárnica, captada en su mayor parte por empresas frigoríficas, se comercializa en más alto grado que en Guadarrama a través de los mataderos locales –Buitrago de Lozoya, Bustarviejo, Guadalix de la Sierra, Lozoyuela, Miraflores de la Sierra, El Molar, Rascafría, San Agustín de Guadalix, Torrelaguna–. Las tiendas locales de esta comarca también asumen parte de la producción de carne, leche y huevos. Aun así y a cambio de unos ingresos fijos, tanto los mataderos frigoríficos como las centrales lecheras, que recogen diariamente la leche de las explotaciones, imponen a los campesinos de Lozoya–Somosierra los cánones productivos que les interesa y el tipo de razas de ganado que mayores rendimientos les aporta.

GRAFICO 38

CARACTER Y NIVEL DE PARTICIPACION EN EL MERCADO



Por otro lado, para evaluar la variable capacidad de las diferentes comunidades campesinas para retener el valor añadido de sus productos hemos de tener en cuenta la importancia comarcal de las cooperativas de comercialización y transformación, la venta directa y las manufacturas locales.

Con pocas variaciones de mediados de los años ochenta a la actualidad y según se desprende de la tabla 68, las Vegas es la comarca que dispone de más cooperativas de distribución, seguida de los municipios suroccidentales, la Campiña y del Area Metropolitana. Tanto Guadarrama como Lozoya-Somosierra carecen de ellas.

TABLA 68

COOPERATIVAS DE DISTRIBUCION. MEDIA COMARCAL

AREAS	COMERCIALIZACION		TRANSFORMACION		TOTAL DISTRIBUCION	
	Nº Unidades	Nº Socios	Nº Unidades	Nº Socios	Nº Unidades	Nº Socios
Vegas	0,23	66,2	0,28	155,9	0,52	222,2
Suroccidental	0,03	16,1	0,12	46,9	0,16	63,1
Campiña	0,03	9,0	0,16	52,8	0,20	61,9
Area Metropolitana	0,17	8,7	-	-	0,17	8,7
Guadarrama	-	-	-	-	-	-
Lozoya-Somosierra	-	-	-	-	-	-

Fuente: Comunidad de Madrid, 1984b: 97. Elaboración propia.

En las Vegas las cinco cooperativas de comercialización, localizadas en Aranjuez,

Chinchón, Ciempozuelos y Villacanejos, se orientan hacia las leguminosas, las hortalizas, los bienes de producción, los cereales, el vino y el aceite de oliva. Y las seis cooperativas de transformación se dedican al aceite de oliva –Colmenar de Oreja, Tielmes, Villarejo de Salvanés– y al vino –Chinchón, Villarejo de Salvanés–. El mayor número de socios corresponde a una de las dos cooperativas de transformación de aceite de oliva de Villarejo de Salvanés, que reúne 1.565 miembros. Por su lado, la única cooperativa de comercialización de la comarca Suroccidental, distribuidora de fertilizantes, está unida a otra de transformación de vino, ubicada en Cadalso de los Vidrios. Esta cooperativa de doble actividad es la de mayor número de socios –501– de la comarca. Hay asimismo una transformadora más de aceite de oliva –Cadalso de los Vidrios– y dos de vino –El Alamo y Cenicientos–. Al igual que sucede en la comarca Suroccidental, la única cooperativa de comercialización de la Campiña –Arganda–, distribuidora de vino, forma parte de otra de transformación que tiene por objeto el mismo producto. En la Campiña existen además dos transformadoras de aceite de oliva –Arganda, Valdilecha–, una de queso –Campo Real– y otra más de vino –Valdilecha–. La cooperativa de queso de Campo Real, con sus 422 socios, resulta la más numerosa de la comarca. Y sin ninguna cooperativa de transformación, El Area Metropolitana posee cinco unidades asociativas –Madrid y Colmenar Viejo– de comercialización de leche, piensos compuestos, hortalizas, frutos, tubérculos, vino, aceite de oliva y bienes de producción.

Junto a las cooperativas, la venta directa efectuada por los campesinos contribuye a retener el valor añadido de los productos agrarios. Esta venta se realiza tanto a través de mercadillos y ferias locales como a pie de explotación. Beneficiados por la carestía de los alimentos, la movilidad urbana y la proliferación de complejos residenciales, la venta a pie de explotación y sobre todo los mercadillos locales han ido ganando durante la última década redes crecientes de clientes y un volumen de operaciones cada vez más abultado, mientras que las ferias, tan importantes y numerosas en el siglo pasado⁷⁸, sólo conservan parte de su antiguo esplendor, comercializando un contingente mínimo de la producción comarcal.

La venta a pie de explotación comercializa fundamentalmente hortalizas, patatas, frutales, aceitunas, vinos y aves, por lo que las comarcas más orientadas hacia estos productos son las que practican en mayor medida dicho tipo de transacción. Así, la venta a pie de explotación se realiza especialmente en las Vegas, el Area Metropolitana y la comarca Suroccidental. En estas áreas, y durante los últimos años, se ha incrementado tanto la magnitud y regularidad de la venta a pie de explotación que los campesinos suelen planificar su producción contando ya con aquélla, y detrayendo su monto de las entregas efectuadas a los mercados nacionales y a las empresas de comercialización y transformación. Los bajos precios que ofrece a los consumidores la venta directa a pie de explotación y la gran demanda urbana existente son la mejor garantía para la estabilidad de esta transacción, que compite localmente con las operaciones llevadas a cabo en los mercados nacionales y por las empresas de comercialización y que suele mejorar los ingresos percibidos por los campesinos a través de estos últimos conductos de distribución. Con un volumen de venta sensiblemente menor se

sitúa Lozoya-Somosierra, que comercializa casi exclusivamente leche, corderos, cabritos y huevos, pese a que en una cuantía nada despreciable. En verano se prevén excedentes de huevos y leche que se regalan a emigrantes y a determinados segundos residentes allegados al vecindario; y durante todo el año existe una demanda continua de corderos y cabritos por parte de las carnicerías comarcales y extracomarcales –Segovia, Guadalajara y resto de la región madrileña– y de los restaurantes próximos a la Nacional I. Y tras dicha comarca serrana aparecen la Campiña, cuyos aprovechamientos se prestan menos a la venta en la explotación que en otros territorios madrileños, y Guadarrama que comercializa de esta forma una pequeña parte de la producción lechera de algunos de sus municipios.

Impulsados por la misma lógica que la venta directa en la explotación y con una evolución todavía más positiva, los mercadillos locales cobran su máxima significación en el Área Metropolitana y, seguidamente, en las Vegas y la comarca Suroccidental. Un menor relieve tienen en Guadarrama, la Campiña y sobre todo en Lozoya-Somosierra. Los productos comercializados suman, a los que ofrece la venta en la explotación, flores, plantas y semillas, pequeños animales y textiles. Su frecuencia es por lo común semanal igual que su cobertura, ya que dentro de cada comarca la celebración de los mercadillos suele realizarse en días diferentes. Sus clientes más asiduos son las mujeres.

Por su lado, las ferias locales, básicamente dedicadas a las transacciones de ganado, adquieren su mayor importancia en la comarca Suroccidental y sobre todo en Lozoya-Somosierra. Mucho menos peso poseen en el Área Metropolitana, mientras que en Guadarrama, la Campiña y las Vegas no existe ninguna.

En Lozoya-Somosierra destacan especialmente las tres ferias de Buitrago de Lozoya, cuyo relieve responde más al hecho de ser antiguos exponentes de la abundancia pasada de esta villa que a su transcendencia económica actual. Destinadas hoy sólo a la ganadería y singularmente a la venta de ovejas y cabras, se celebran del 18 al 20 de marzo, del 1 al 4 de septiembre y del 1 al 3 de noviembre, aunque ésta última, denominada Feria de los Santos, se realiza a veces el 7, 8 y 9 del mismo mes. En realidad se trata de una misma feria en tres convocatorias diferentes, siendo la tercera la de mayor afluencia de público y envergadura económica. Las transacciones, acordadas habitualmente de palabra y por regateo, las llevan a cabo marchantes profesionales de las ferias y ganaderos del propio municipio, de localidades vecinas o de fuera de la región –Burgos, Ávila, Segovia, Guadalajara, Soria–. Tanto marchantes como ganaderos acuden a vender y a comprar. Junto a esta feria hay que hablar también de la de San Miguel en Montejo de la Sierra, vigente desde el siglo pasado y de gran transcendencia económica hasta los años sesenta, si bien hoy ha perdido mucho de su antiguo realce al igual que sucede con las celebradas en Canencia –segundo domingo de abril y octubre–, Lozoya –del 7 al 9 de octubre–, Bustarviejo –15 y 16 de septiembre– y Torrelaguna –del 1 al 3 de octubre–.

Las ferias de la comarca Suroccidental, menos sobresalientes aún que en Lozoya-Somosierra y de interés económico decreciente, se restringen a la de Cenicientos –del 10 al 12 de junio y del 24 al 26 de julio– y Navalcarnero –del 1 al 3 de octubre–. Ambas están en

vigor desde el siglo XIX y se limitan a las transacciones ganaderas. Por su parte la feria de Alcalá de Henares –del 24 al 27 de agosto–, también dedicada a la ganadería y de valor comercial en declive, es la única existente en el Area Metropolitana.

TABLA 69

MERCADILLOS Y FERIAS LOCALES. MEDIA COMARCAL

AREAS	MERCADILLOS	FERIAS
Area Metropolitana	1,96	0,03
Vegas	0,47	–
Suroccidental	0,41	0,06
Guadarrama	0,38	–
Campaña	0,16	–
Lozoya–Somosierra	0,12	0,16

Fuente: Comunidad de Madrid, 1992: 25–27. Elaboración propia.

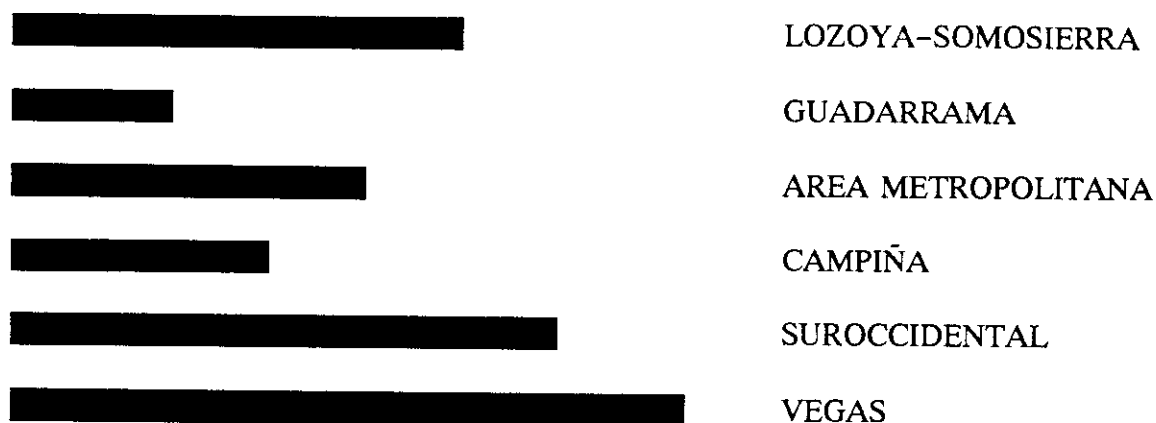
Considerando, por consiguiente, los valores territoriales que describen tanto las ferias y los mercadillos locales como las transacciones a pie de explotación, la venta directa proyecta, en orden de importancia decreciente, la siguiente secuencia comarcal: Area Metropolitana, Suroccidental, Vegas, Lozoya–Somosierra, Campiña y Guadarrama.

A los valores comarcales de las cooperativas y de la venta directa hay que agregar, finalmente, los correspondientes a las manufacturas locales de productos agrarios. Esta industria de transformación local, hoy prácticamente desaparecida y sustituida por empresas industriales monopolistas, tuvo cierto realce en el siglo XIX⁷⁹ y todavía conserva alguno en las Vegas, la comarca Suroccidental y sobre todo en Lozoya–Somosierra. Carece de él en la Campiña, Guadarrama y en especial en el Area Metropolitana. Las serrerías de madera y la fabricación doméstica de quesos son las manufacturas más relevantes de Lozoya–Somosierra; mientras que en las Vegas y en la comarca Suroccidental son dignos de mención los molinos de agua en ríos, arroyos y regueras, los molinos de harina y aceite, los depósitos de grano y las bodegas.

En resumen, sumando la secuencia territorial que definen las manufacturas locales a las que perfilan las cooperativas de distribución y la venta directa, observamos que la comarca que logra retener en mayor proporción el valor añadido de sus productos es las Vegas. A continuación están los municipios suroccidentales y Lozoya–Somosierra. Y por debajo de los niveles que trazan estas comarcas se colocan el Area Metropolitana, la Campiña y muy particularmente Guadarrama.

GRAFICO 39

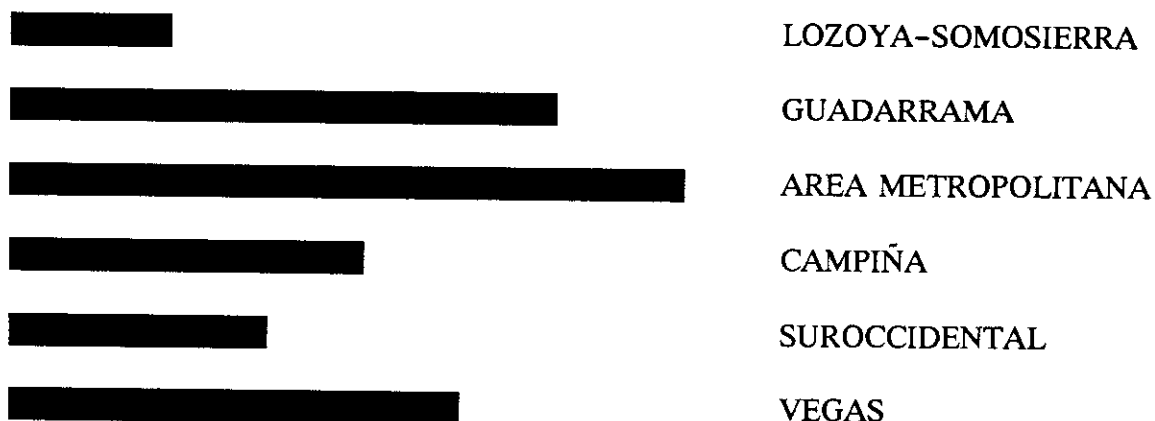
RETENCION DEL VALOR AÑADIDO DE LA PRODUCCION AGRARIA



Del carácter y nivel de participación en el mercado de las distintas comunidades madrileñas y de la capacidad que manifiesta cada una de ellas para retener el valor añadido de sus productos se desprende, por tanto, que el Area Metropolitana es la comarca que acusa un embargo superior de excedentes por la vía de la distribución de su producción. Le siguen, en orden de mayor a menor absorción, Guadarrama, las Vegas, la Campiña, la comarca Suroccidental y Lozoya-Somosierra.

GRAFICO 40

ABSORCION DE EXCEDENTES POR LA VIA DE LA DISTRIBUCION. RESUMEN



3.3.5.- EXTRACCION DE EXCEDENTES DEL CONSUMO

Junto a la distribución de la producción, el consumo es la fase económica de mayor extracción de excedentes y frente a la que los campesinos se encuentran más desprovistos de mecanismos de adaptación y defensa. Con el consumo se completa y profundiza el proceso de absorción de excedentes que sufre el modo de producción campesino. Para evaluar el

alcance de la extracción de excedentes que manifiestan las distintas comunidades madrileñas por la vía de su consumo es preciso manejar dos factores. El primero y fundamental viene dado por la variable imposición y aceptación de los modelos de consumo urbano que acusa cada comarca. El segundo de estos factores lo constituye el nivel de consumo que se articula a través de cauces endógenos de la comunidad. Tales canales, no exentos desde luego de múltiples interferencias con instancias urbanas de las que siempre resultan dependientes, ya sea en mayor o en menor medida, poseen un alto componente de tradición y se escapan mucho menos del control de la comunidad que los patrones de consumo impuestos desde fuera de ella. Entre mayor es el uso de dichos cauces de consumo comunitario más se aminora y contrarresta el embargo de excedentes que muestran las distintas comunidades campesinas en esta fase final de su modo de producción. Con todo, la utilización de estos canales apenas logra contrarrestar el efecto desencadenado por los patrones de consumo urbano que, a la postre, resultan los que moldean de forma concluyente la oferta y demanda del consumo campesino. Es por ello, por lo que para valorar la variable incidencia comarcal de la extracción de excedentes de consumo hay que primar el primero de los factores expuestos sobre el segundo.

La diferente imposición y aceptación de patrones de consumo urbano que refleja cada comarca está unida a la mayor o menor implantación en su territorio de primeras y segundas residencias, es decir, a la presencia variable de contingentes urbanos. Esta población sigue una pautas de consumo que sumergen a las de las comunidades campesinas, las sustituyen progresivamente y las orientan en su misma dirección, modificando su contenido y volumen y actuando tanto en lo relativo a bienes de primera –gastronomía, vivienda, indumentaria– y segunda necesidad –equipamiento doméstico y colectivo– como en lo referente a los artículos suntuarios. En las comunidades con más presión de primeros y segundos residentes se introduce, por consiguiente, una oferta y demanda de consumo, similar a la existente en cualquier núcleo urbano y muy dirigida hacia bienes suntuarios, cuya lógica obedece sobre todo al crecimiento del mercado y no tanto a la satisfacción de los requerimientos de la familia campesina. No en vano, allí donde más imperan los modelos de consumo urbano aumentan en proporción superior los costos que los campesinos deben afrontar para satisfacer sus necesidades; lo que suele llevar aparejado un incremento de los créditos y un recorte del ahorro. En estas áreas el consumo campesino sólo difiere prácticamente del efectuado en las grandes aglomeraciones urbanas en las menores rentas que le sustentan, en el inferior poder adquisitivo para sufragarlo. En cualquier caso, dada la gran movilidad que actualmente poseen los campesinos a causa de sus elevados índices de motorización y del desarrollo de la red de comunicaciones, no parece difícil que las comunidades con menor presencia de primeros y segundos residentes puedan recurrir a opciones de consumo, cuando menos, similares a las que caracterizan a las comarcas con mayor ocupación residencial. Las pautas de consumo urbano tienden, por tanto, a generalizarse al conjunto de la región, por mucho que se sigan observando diferencias.

Atendiendo, en consecuencia, a los valores territoriales que marca la penetración de

primeras y segundas residencias, hemos de señalar que el Area Metropolitana es la comarca con más implantación y aceptación de patrones de consumo urbano. Le siguen Guadarrama y las Vegas y, a mayor distancia, la comarca Suroccidental, la Campiña y Lozoya-Somosierra. Esta secuencia territorial la confirman además los datos concernientes a equipamientos domésticos y colectivos, así como al nivel de ingresos existente en cada comarca, calculado en función de la cuota líquida declarada a la Hacienda Pública. Aun cuando estos datos son de ámbito municipal y dentro de este marco los campesinos representan un porcentaje mínimo, es obvio que también recogen sus niveles de equipamiento y renta.

TABLA 70

Nº DE VIVIENDAS SEGUN SUS INSTALACIONES DOMESTICAS. MEDIA COMARCAL

AREAS/INSTALACIONES	Agua Corriente	Servicios Higiénicos	Calefacción	Refrigeración	Gas por Tubería	Teléfono
Area Metropolitana con Madrid	52.371	51.989	49.515	4.075	26.560	47.480
Area Metropolitana sin Madrid	9.260	16.548	15.873	1.412	10.182	14.596
Guadarrama	3.585	2.708	2.215	162	1.571	1.300
Vegas	1.646	1.532	1.303	76	1.232	935
Suroccidental	1.265	1.137	921	42	863	605
Campiña	875	818	693	54	605	535
Lozoya-Somosierra	509	471	358	17	403	194

Fuente: Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 241-243. Elaboración propia.

TABLA 71

EQUIPAMIENTOS COLECTIVOS. EDUCACION, CULTURA, DEPORTES. MEDIA COMARCAL

AREAS/INSTALACION	Centros Educativos*			Bibliotecas	Cines y Teatros	Instalaciones Deportivas
	B.U.P. y C.O.U.	F.P.	Total			
Area Metropolitana**	15,30	6,500	21,80	14,5	10,3	0,81
Guadarrama	0,33	0,190	0,52	0,85	0,7	0,47
Vegas	0,28	0,140	0,42	0,76	0,6	0,04
Suroccidental	0,22	0,090	0,31	0,61	0,3	0,16
Campaña	0,10	0,066	0,16	0,63	0,2	0,06
Lozoya-Somosierra	0,04	0,062	0,10	0,33	0,1	0,06

* No se aportan datos sobre centros preescolares y de E.G.B., porque la demanda educativa en este ámbito se halla prácticamente cubierta en todos los municipios madrileños.

** No incluye el municipio de Madrid en lo que respecta a instalaciones deportivas.

Fuente: Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 409-414, 446-449, 450-452, 453-458.
Elaboración propia.

TABLA 72

EQUIPAMIENTOS COLECTIVOS. SUELO URBANO PARA EQUIPAMIENTOS SEGUN PLANEAMIENTO VIGENTE. ESTABLECIMIENTOS HOSPITALARIOS, HOTELEROS, COMERCIALES, BANCARIOS. MEDIA COMARCAL

AREAS	Suelo de Equipamientos. Ha.	Hospitales	Establecimientos Hoteleros	Comercios Mayoristas	Comercios Minoristas	Bancos
Area Metropolitana	89,0	2,210	39,6	180,6	2.834,5	109,5
Guadarrama	16,8	0,380	2,9	1,0	87,7	3,2
Vegas	17,6	0,140	1,0	0,6	91,2	3,0
Suroccidental	6,5	0,032	0,7	2,1	45,4	2,2
Campaña	5,1	0,033	0,2	1,7	42,3	1,8
Lozoya-Somosierra	5,5	0,000	0,5	0,2	12,3	0,7

Fuente: Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 289-293, 311-313, 339-341, 345-347, 478-480.
Elaboración propia.

A pesar de que la gran concentración demográfica del Area Metropolitana satura en muchas ocasiones los equipamientos colectivos –zona sur– y obstaculiza el buen funcionamiento de las instalaciones domésticas, los municipios metropolitanos son los mejor dotados de la región y los que más orientan su consumo hacia pautas de naturaleza urbana. Sus mayores rentas, reflejadas en una cuota líquida para la Hacienda Pública que alcanza en 1990 una media comarcal de 32.451,3 millones de pts. (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 559–563), están en consonancia no sólo con el disfrute de los equipamientos mencionados, sino con el hecho de que su consumo energético, su uso de otros servicios –transportes públicos, vías y carreteras, alcantarillado, recogida de residuos–, su nivel de tenencia de electrodomésticos o su parque automovilístico supere al de otras áreas de la región. Estas rentas se encuentran, sin embargo, con las limitaciones que plantea en esta zona el elevado costo de la vivienda y del ocio, bastante superior al que afronta el resto de las comarcas madrileñas. Una muestra muy palpable de la penetración de los modelos de consumo urbano en el Area Metropolitana es la gran transformación que experimentan, ya desde finales de los años cincuenta, los materiales y las técnicas empleados en la construcción y rehabilitación de las casas campesinas. Los materiales tradicionales y autóctonos –adobe, otros manufacturados de arcilla, piedra caliza, canto rodado– desaparecen y se sustituyen por otros de origen industrial –aluminio, uralita, baldosas, hormigón, cristal, plástico–, que encajan mejor con los nuevos planteamientos constructivos y estéticos –formas, volúmenes, elementos y colores– y que hablan de la intervención, casi exclusiva, de especialistas ajenos al medio rural.

Asimismo hay que señalar que el consumo llevado a cabo en el Area Metropolitana actúa en detrimento del que potencialmente podría realizarse en otros puntos de la región. Ello resulta obvio cuando se habla del destino de los presupuestos económicos generales de la región, pero no es menos evidente al hacer referencia a la utilización de determinados servicios e infraestructuras. Es el caso del consumo de agua en Madrid y otros núcleos colindantes que, previo desvío desde las franjas productoras, captan los cauces de la red hidrográfica regional, devolviéndolos al sistema, tras su uso, fuertemente contaminados (Aguiló, 1983: 56–57, 71). Pongamos como ejemplo que de los 4.300.000 de usuarios, que abastecía el Canal de Isabel II a mediados de los años ochenta, 3.200.000 pertenecían al municipio de Madrid.

Aunque a gran distancia del Area Metropolitana, Guadarrama es la segunda comarca madrileña más penetrada por modelos de consumo urbano y que posee mayores rentas para sufragarlo, según se plasma en su media comarcal de cuota líquida –767,4 millones de pts.– declarada a Hacienda (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 559–563). La presencia de segundas residencias es el factor que más ha contribuido a esto, pese a que, al igual que sucede en los municipios metropolitanos, la población urbana, recién instalada, ha desplazado mayores opciones de consumo para los residentes asentados desde hace años y, en especial, para los campesinos. Siguiendo con el ejemplo del agua, ello se hace patente cuando los ayuntamientos serranos y el Canal de Isabel II cobran el agua empleada para piscinas y riego de jardines del mismo modo que la destinada al consumo doméstico. A la par el profundo

cambio advertido en las casas campesinas de los municipios metropolitanos se generaliza diez años después en Guadarrama, reemplazándose en la mayoría de los casos la mano de obra rural por la urbana y los materiales del lugar por otros más baratos de producción industrial – granito por ladrillo, madera por hierro y aluminio y pizarra y teja curvada por techumbres de uralita-. Se pierde así la sencillez y funcionalidad de un espacio doméstico, particularmente del que representaba la casa ganadera, cuya armonización con un entorno frío y lluvioso se resolvía, sin perder ninguna superficie útil –mediante nichos y resaltes o rústicos elementos de madera-, aprovechando al máximo la luz y el calor. Con una mayor presencia de materiales autóctonos y de técnicas y constructores entroncados con el medio rural, constatable singularmente en Lozoya-Somosierra y la Campiña, en el resto de las comarcas de la región se aprecia también desde la década de los setenta una sustitución progresiva de los modelos tradicionales de casa campesina.

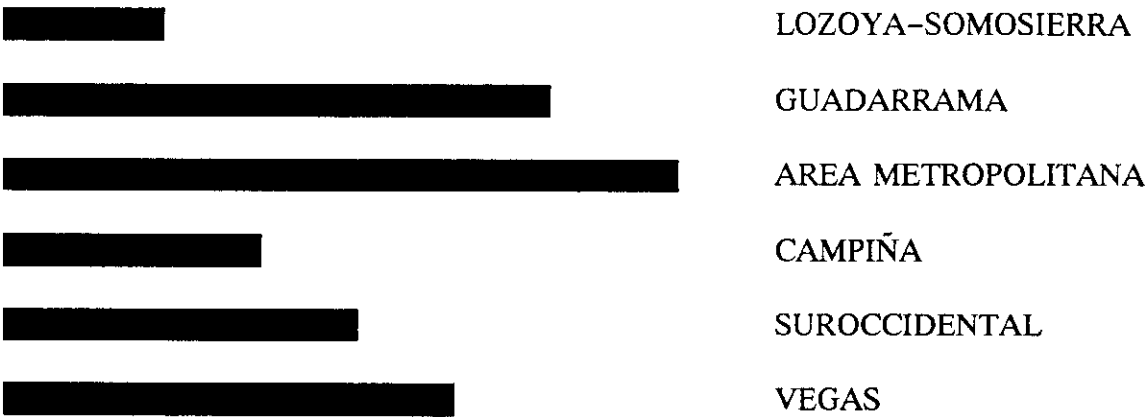
Las Vegas y la comarca Suroccidental se mueven en unos niveles medios, si bien la primera de ambas zonas cuenta con unas mayores rentas para costear su consumo. En las Vegas la cuota líquida declarada a Hacienda asciende a una media comarcal de 325,8 millones de pts., mientras que en los municipios suroccidentales se sitúa en 180,6 millones de pts. (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 559–563). Por debajo de los índices de consumo de estas comarcas se encuentran la Campiña, por mucho que su media comarcal de cuota líquida – 269,7 millones de pts.- sobrepase la de los municipios suroccidentales, y sobre todo Lozoya-Somosierra, que cotiza por igual concepto 62,0 millones de pts.

Esta última comarca serrana es la peor dotada de equipamientos e infraestructuras de toda índole, la que efectúa un menor consumo energético, dispone de un inferior parque automovilístico y registra menos demanda de bienes suntuarios. El coche constituye uno de los pocos elementos de ostentación, en especial para la población más acomodada que puede tener varios, utilizados por el padre y los hijos, o una furgoneta para el trabajo y un vehículo para uso familiar. Además el emplazamiento de sus servicios no responde tanto a las necesidades locales como a los requerimientos impuestos por residentes procedentes del exterior de la comarca o por la población transeúnte. No es casual que buena parte de los establecimientos comerciales, las instalaciones escolares, los centros de esparcimiento, las gasolineras o los talleres se ubique a lo largo de la Nacional I –Buitrago de Lozoya, Lozoyuela y La Cabrera- y en los núcleos de mayor densidad demográfica. Mientras en numerosas localidades, principalmente en las más septentrionales –Robregordo, Somosierra, Montejo de la Sierra, La Acebeda, Horcajo de la Sierra, Horcajuelo de la Sierra, Piñuecar, Prádena del Rincón, Madarcos-, el comercio se reduce prácticamente a un colmado-bar explotado por una familia. Por otra parte, numerosas viviendas tradicionales de estos municipios, habitadas generalmente por campesinos ancianos, se hallan en un estado casi ruinoso, sin haber acometido reformas elementales como el suministro de agua corriente. Unido a la precariedad que caracteriza particularmente a estas áreas serranas, donde antiguamente se ejercía la transhumancia, hay que subrayar las ínfimas condiciones sanitarias existentes en el conjunto de la comarca. Este déficit y singularmente la carencia de hospitales

desencadenan continuos desplazamientos a Madrid y al resto del Area Metropolitana, que en función del tipo de dolencia no siempre se resuelven en el día y que en muchas ocasiones agravan la patología sufrida. Aun así, resulta paradigmático para el resto de la región la sustitución de canales locales de consumo que ha tenido lugar en Lozoya-Somosierra desde mediados de los años cincuenta. Las fábricas de luz han cedido su sitio a las líneas de alta tensión de las compañías eléctricas, los molinos de agua a la fuerza de los motores, las casas de hospedaje a los hoteles, los bailes en las plazas públicas a las discotecas, los balnearios⁸⁰ a las piscinas, los senderos a las carreteras y, en suma, el consumo comunitario al urbano.

GRAFICO 41

IMPOSICION Y ACEPTACION DE MODELOS DE CONSUMO URBANO



El segundo de los factores que hemos mencionado para evaluar la extracción de excedentes de esta última fase del modo de producción campesino es la variable significación de los canales comunitarios o locales de consumo. Su mayor o menor relieve, sustentado en el equilibrio interno que lleva a cabo la unidad doméstica campesina entre trabajo y consumo, limita o favorece tal absorción, así como la capacidad de adaptación y la supervivencia de las comunidades madrileñas. La importancia territorial de dichos canales se establece a partir de tres elementos: el nivel de actividad artesanal, de autoconsumo y de intercambio.

Comparado con el valor económico que durante el siglo pasado tenían los oficios artesanos en la región⁸¹, la producción artesana actual apenas abastece la demanda de artículos y bienes que requiere la población. Esta demanda la cubre en esencia la producción industrial. Además la mayoría de los talleres artesanos que hoy subsisten, aún bastante numerosos según datos de la Comunidad de Madrid (1993a: v.II: 213-217), dirigen su producción hacia fuera de las comarcas en donde se asientan e incluso al exterior de la región.

El Area Metropolitana es la zona que reúne la media comarcal más alta de talleres artesanos. Cifrada en 68,8, esta media se supera ampliamente en Madrid, donde se computan 1.651 talleres, aun cuando cabe destacar también a los municipios de Alcorcón -37-, Móstoles -32-, Alcalá de Henares -19- y Torrejón de Ardoz -19-. La producción más

característica de estos talleres es la de muebles y objetos de madera, cerámica, joyería, piel y cuero, metal y textil. Con todo, estos talleres metropolitanos se hallan semi industrializados y en proceso creciente de industrialización total. Tras la media comarcal del Area Metropolitana, se coloca la de Guadarrama, con un 1,9, que se incrementa en Collado Villalba -9-, Galapagar -6-, El Escorial -4- y Moralarzal -4-. La cerámica, la piel y el cuero, la joyería y el textil son, en el orden expuesto, las producciones básicas de Guadarrama. A continuación está la Campiña, cuya media comarcal asciende a 1,7 talleres, que se amplían en Arganda -29-, Ajalvir -6-, Valdilecha-4- y Algete -4-. Los muebles de madera, el metal y la cerámica conforman su producción más relevante. A poca distancia de la media comarcal de la Campiña aparece la de los municipios suroccidentales, con un 1,6, perceptiblemente multiplicada por los 32 talleres de Humanes y en mucho menor medida por los 7 establecimientos de Navalcarnero. Los muebles y objetos de madera, la cerámica y el metal vertebran el grueso de la actividad artesanal de la comarca Suroccidental. Por último, está la media comarcal de las Vegas y sobre todo la de Lozoya-Somosierra. En las Vegas esta media, que es de 1,0, se sobrepasa en Colmenar de Oreja que dispone de 5 talleres y en Aranjuez que suma 4. La cerámica constituye la producción más común de los talleres de las Vegas. Asimismo la cerámica, unida a la producción de piel y cuero y de metal, define la actividad artesana de Lozoya-Somosierra, cuya media comarcal de talleres se restringe a 0,6, por mucho que se acreciente en El Vellón -6- y Bustarviejo -5-. A diferencia de lo que acontecía en el pasado en esta comarca serrana, es evidente que los antiguos consumidores de productos artesanos prefieren trasladarse a los grandes centros comerciales de Madrid o del resto del Area Metropolitana para adquirir los artículos y bienes que necesitan. Hay que añadir igualmente que los actuales establecimientos artesanos de Lozoya-Somosierra no se mantienen ajenos a la modernización de sus técnicas, medios y herramientas, tal como lo demuestran los talleres de herrería y carretería.

En otro orden de cosas, el nivel de intercambio comunitario de bienes y artículos entre familias guarda una relación bastante directa con la diversidad productiva que caracteriza a la comunidad, así como con su mayor o menor tendencia a especializarse en las producciones más rentables. En efecto, la especialización productiva limita las posibilidades de intercambio al restringir la gama de los artículos que son objeto de oferta y demanda. Igualmente, las estrategias económicas que circunscriben la producción a las rentas, que esperan obtener por ella en el mercado, obstaculizan de hecho todo intercambio potencial. En la medida en que se hacen cada vez más dependientes del mercado, se vuelven también más autosuficientes respecto a su comunidad y a los cauces de compensación económica que ésta les ofrece. Inducida generalmente desde el exterior de la comunidad y, por consiguiente, no siempre voluntaria, esta opción económica que prima la rentabilidad por encima de otros objetivos productivos no suele estar protagonizada además por unos pocos vecinos. La presunta exclusividad de unas cuantas familias acostumbra a ser la exclusividad real del grueso de la comunidad. Y ello, no tanto porque esa exclusividad supuestamente parcial dificulte toda articulación de los que necesitan intercambiar con los que no lo requieren, sino debido a que

la especialización en las producciones más rentables es habitualmente patrimonio común de la mayoría de la comunidad. Claro exponente de esto es lo que sucede con el ganado bovino en la mayor parte de los municipios metropolitanos y de Guadarrama.

Conjugando, por tanto, las secuencias comarcales que diseñan la especialización y la búsqueda de la máxima rentabilidad, ya apuntadas en el apartado anterior, observamos que los mayores índices de intercambio se localizan en las Vegas y especialmente en la Campiña, mientras que los niveles más bajos de la región se encuentran en Guadarrama y sobre todo en el Area Metropolitana. Entre ambos extremos se colocan Lozoya-Somosierra y la comarca Suroccidental.

A pesar de que con anterioridad a los años cincuenta el intercambio de artículos era uso corriente en la mayoría de la región, si exceptuamos al Area Metropolitana y a Guadarrama, hoy tiene una significación mucho menor y se considera más como regalo o favor que como estrategia económica. En cualquier caso su importancia económica subsiste aún de modo patente en la Campiña y las Vegas. En ambas comarcas se intercambia patatas, grano, hortalizas, frutas, huevos, leche, aves, conejos y productos de la matanza del cerdo; resultando común que no se pague, ni se lleve contabilidad por, los servicios prestados y que se corresponda por ellos con algún artículo o con otro favor. El ofrecimiento recíproco de comidas, que acostumbra a efectuarse en la mayoría de las romerías o meriendas campestres del Area Metropolitana y Guadarrama, traduce al ámbito del ritual la transcendencia que tuvo en su día el intercambio de alimentos. Pero estas celebraciones, singularmente las realizadas por mozos y mozas, no sólo están más vivas en la Campiña, las Vegas e incluso en Lozoya-Somosierra que en ninguna otra comarca sino que también entroncan más claramente con su intercambio cotidiano de bienes de consumo.

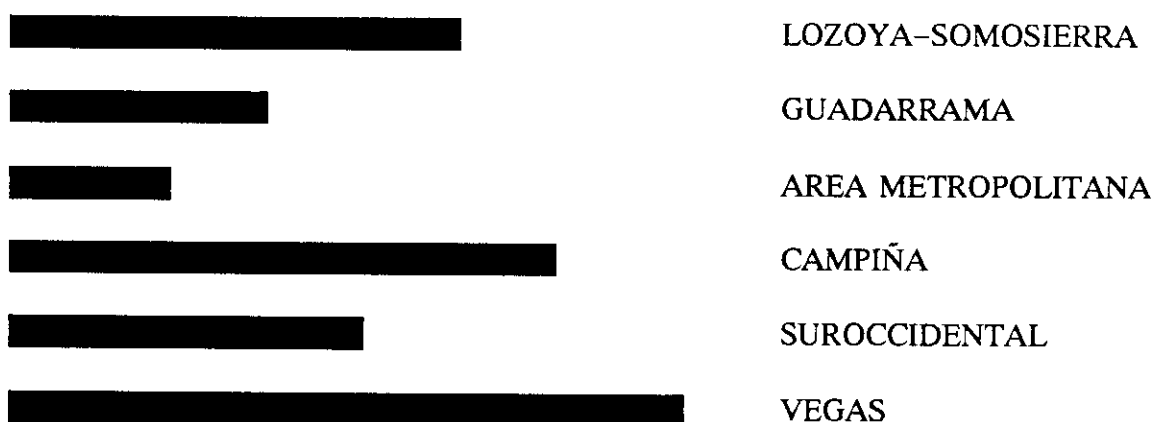
En tercer lugar, aunque los niveles de autoconsumo del conjunto de los territorios madrileños resultan mínimos comparados con los que hay en Galicia, Extremadura o Andalucía, no deben despreciarse en las Vegas y Lozoya-Somosierra, donde alcanzan el grado máximo de la región. En ambos territorios la producción dedicada al consumo familiar no se limita tanto como en los municipios suroccidentales y la Campiña o, todavía más, en Guadarrama y el Area Metropolitana a la obtenida en los huertos en precario o a la parte que no ha conseguido venderse en el mercado. Asimismo, tanto en las Vegas como en Lozoya-Somosierra, se lleva a cabo una planificación productiva para el autoconsumo que sobrepasa la existente en el resto de la región y que no se plasma sólo en el mayor tamaño de sus corrales domésticos. Esta planificación de la producción asegura un porcentaje no pequeño del consumo familiar anual de hortalizas, patatas, vino, aceite, pan, aves, leche, carne de cerdo y derivados, conejos y leña. En lo concerniente además al consumo de huevos, hay que destacar un fenómeno bastante particular de ambas comarcas consistente en primar el abastecimiento familiar sobre la creación de excedentes. De este modo, para garantizar el consumo anual de huevos, normalmente bastante alto en todas las familias, se tiende a incrementar en lo posible el número de gallinas del corral, dado el descenso de las puestas que se opera durante el invierno. Los excedentes originados con la llegada de la primavera

y del verano suelen venderse en los comercios locales o intercambiarse. Al tiempo merece una mención especial el mantenimiento de la cabaña doméstica de porcino, si bien se ha ido aminorando progresivamente a causa del gasto que entraña su engorde. Por último, debemos referirnos a la atención que prestan las comunidades de las Vegas y Lozoya-Somosierra a la elaboración de conservas, cuyo consumo sigue una lógica similar a la descrita para los huevos.

En suma, valorando el papel que juega en cada comarca el nivel de actividad artesana, de intercambio y de autoconsumo, podemos afirmar que el consumo comunitario alcanza sus cotas máximas en la Campiña y, sobre todo, en las Vegas; y que, por contra, presenta índices mínimos en Guadarrama y singularmente en el Area Metropolitana. Lozoya-Somosierra y la comarca Suroccidental se hallan a medio camino entre ambos extremos.

GRAFICO 42




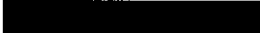


CONSUMO COMUNITARIO



Para concluir, la variable significación territorial del consumo comunitario y, en esencia, de los patrones de consumo urbano indica que los campesinos de Guadarrama y, sobre todo, del Area Metropolitana son los que sufren una mayor extracción de excedentes en la fase final de su modo de producción. Por contra, la absorción de los excedentes de consumo de las comunidades de la Campiña y, aún más, de Lozoya-Somosierra es la mínima de la región. Unos valores de tipo medio presentan las Vegas y la comarca Suroccidental.

GRAFICO 43

EXTRACCION DE EXCEDENTES DE CONSUMO. RESUMEN

	LOZOYA-SOMOSIERRA
	GUADARRAMA
	AREA METROPOLITANA
	CAMPIÑA
	SUROCCIDENTAL
	VEGAS

Una vez vista la secuencia comarcal que diseña la extracción de excedentes de consumo y tras haber expuesto en apartados anteriores los valores territoriales correspondientes a la absorción de excedentes de suelo, fuerza de trabajo, producción y distribución, parece pertinente considerar las variables espaciales que plantea globalmente el embargo de excedentes. Tales variables expresan, como ya señalamos, los distintos efectos de la penetración urbana y del capital agrario en las comunidades campesinas de la región y, más en concreto, sus niveles de articulación –dependencia–supervivencia– respecto a la sociedad mayor. Debe resaltarse que la secuencia comarcal resultante de la extracción total de excedentes es igual a la que describe la penetración urbana. Ello parece confirmar la idea central que venimos formulando en este y en el anterior capítulo: que los rasgos esenciales, que definen al campesinado madrileño y a las diferentes comunidades que le integran, son indisociables de las características que presenta en el conjunto de la región y en cada una de sus comarcas la sociedad mayor en su vertiente urbana. La penetración urbana explica más que ningún otro factor la extracción de excedentes y recursos de las diversas comunidades madrileñas y el tipo de articulación que sostiene cada una de ellas con la sociedad mayor.

GRAFICO 44

EXTRACCION DE EXCEDENTES Y RECURSOS. TOTAL

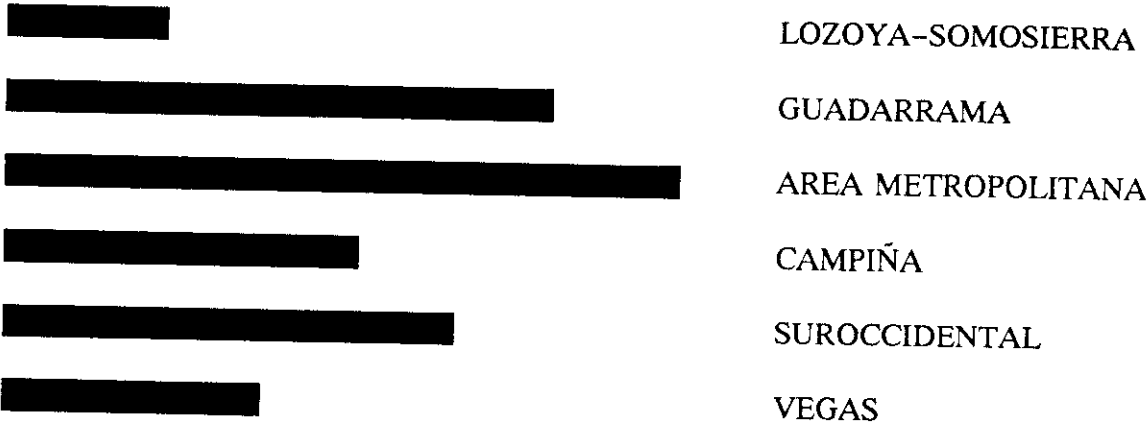


TABLA 73

TIPOLOGIA DE LAS COMUNIDADES CAMPESINAS MADRILEÑAS. RESUMEN GENERAL*

FACTORES/AREAS**	I	II	III	IV	V	VI
PENETRACION URBANA						
Viviendas de Primera Residencia	f	b	a	e	d	c
Residencias Secundarias	e	a	b	f	c	d
Servicios e Infraestructuras	e	b	a	d	c	f
Industria y Construcción	f	e	a	b	c	d
TOTAL	F	B	A	D	C	E
PENETRACION DEL CAPITAL AGRARIO						
Concentración de Suelo	d	c	a	b	f	e
Proletarización Agraria	f	e	a	d	c	b
Producción	f	a	b	e	d	c
Distribución***	f	e	a	d	c	b
TOTAL	F	E	A	C	D	B
EXTRACCION DE EXCEDENTES Y RECURSOS						
SUELO						
Apropiación de Superficie Agraria***	e	f	a	b	c	d
Retención de Suelo Agrario***	b	d	e	a	c	f
Apropiación de Tierras de Labor***	b	a	c	f	d	e
Retención de Tierras de Labor***	b	a	d	e	c	f
Coste del Suelo***	f	b	a	d	c	e
Degradación Ecológica	f	b	a	d	c	e
Grandes Explotaciones	d	c	a	b	f	e
Parcelación de las Explotaciones	e	c	d	f	a	b
Arrendamiento y Aparcería	d	e	a	b	f	c
Superficie en Común	f	d	c	a	b	e
Huertos Familiares	a	d	f	e	c	b
TOTAL	E	B	A	D	C	F

TABLA 73 (Cont.)

FACTORES/AREAS**	I	II	III	IV	V	VI
FUERZA DE TRABAJO						
Emigración Extracomarcal, Intracomarcal e Intraregional***	a	e	c	b	d	f
Retención de Fuerza de Trabajo***	a	b	c	d	e	f
Agricultura a Tiempo Parcial	a	d	b	c	e	f
Contratación de Mano de Obra	f	e	c	b	d	a
Costes de Mano de Obra	f	e	c	b	d	a
Ayudas Familiares	b	a	c	d	e	f
TOTAL	A	D	B	C	E	F
PRODUCCION						
Competencia frente a Productos del Exterior de la Región***	f	b	a	e	d	c
Bienes de Producción de Origen Industrial***	f	c	a	e	d	b
Endeudamiento	f	c	a	e	d	b
Competencia frente a la Producción Capitalista	f	a	b	e	a	c
Regadío	c	f	b	d	e	a
Producciones de Alta Rentabilidad	f	d	a	e	c	b
Producción Intensiva	f	c	b	d	e	a
Especialización Productiva	b	a	c	d	e	f
Cooperativas de Producción	e	a	c	b	d	f
TOTAL	F	B	A	E	D	C
DISTRIBUCION						
Cáncer y Nivel de Participación en el Mercado***	f	c	a	e	d	b
Retención del Valor Añadido	d	a	c	b	e	f
TOTAL	F	B	A	D	E	C
CONSUMO						
Imposición y Aceptación de Modelos de Consumo Urbano***	f	b	a	e	d	c
Consumo Comunitario	d	b	a	e	c	f
TOTAL	F	B	A	E	C	D
EXTRACCION DE EXCEDENTES Y RECURSOS. TOTAL GENERAL	F	B	A	D	C	E

* Con el fin de graduar los niveles de dependencia, en orden de mayor a menor, de las distintas comunidades campesinas, hemos partido del siguiente sistema de equivalencias: máximo (a, A), segundo (b, B), tercero (c, C), cuarto (d, D), quinto (e, E), mínimo (f, F).

** I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

*** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

Fuente: Elaboración propia.

NOTAS

52. Según señala Steward (1968: 36), este plano no debe reducirse a los aspectos tecnológicos y a los intercambios biológicos y energéticos con la naturaleza.
53. Ni el Ministerio de Agricultura ni el I.N.E., así como tampoco la AISS, la Comunidad de Madrid y otros organismos que tipifican la región de Madrid en seis comarcas agrarias han variado la composición de las mismas desde los años sesenta.
54. Geógrafos, como Antillón, Madoz, Moritz, Willkomm, Cereceda, Doperto, Jessen, Revenga, Lautensach, Henández-Pacheco y Terán, han señalado las diferencias que las separan.
55. La unidad de La Sagra entre Toledo y Madrid se rompe con la división administrativa establecida por Javier de Burgos en 1833. Esta demarcación conformó el área y los límites de la región actual.
56. De la significación y popularidad de esta actividad excursionista dominical deja perfecta constancia la literatura de R. Sánchez Ferlosio.
57. Este municipio ya había iniciado un cierto desarrollo industrial desde los primeros años del presente siglo.
58. Según señala Ballesteros (1985: 40), esta situación no es ajena a la conversión de Madrid en Corte, con el consiguiente reparto de tierras públicas a la nobleza cortesana, a las desamortizaciones, al acceso de la burguesía al mercado del suelo, a los cambios de dominio que implicó la Guerra Civil y al crecimiento demográfico de los grandes propietarios.
59. Durante la Edad Media, en particular en la época de máximo esplendor de la Mesta, Manzanares El Real constituía un gran espacio pastoril de uso común para la totalidad de la comarca de Guadarrama e incluso para la ganadería transhumante (Valenzuela, 1977: 98).
60. Compuesta por la ciudad de Segovia y numerosos pueblos de la actual comarca de Lozoya-Somosierra, esta Comunidad para la utilización comunal de las tierras fue un premio de los reyes castellanos a los moradores de estos lugares por su actuación en la Reconquista. Se trataba de una organización gobernada por concejos democráticos, vertebrados en una federación de comunidades autónomas que estaban unidas por un jefe común y un conjunto de leyes no escritas. Los representantes de los concejos, hoy personificados en la figura de los alcaldes, eran elegidos por votación directa y personal de todos sus integrantes.
61. Todos los habitantes de la Villa y Tierra de Buitrago tenían acceso libre con sus ganados a esta comunidad de pastos y montes. En el monte estaban prohibidas las talas, a excepción de las efectuadas en épocas de crisis para afrontar determinados pagos de los comuneros y de las que se destinaban a surtir de material a los artesanos. Aparte de estas tierras comunes, el Señorío contaba con otras como las dehesas boyales, los tercios y los rodeos.
- Con la Desamortización cambia radicalmente la tenencia de la tierra en lo que fuera el Señorío de Buitrago. La venta de los terrenos comunales provoca la desaparición de las comunidades de pastos, que pasan a manos privadas o de los ayuntamientos como bienes propios de utilidad pública. No obstante, casi todos los pueblos del Señorío conservaron su dehesa, comprada por los ayuntamientos.
62. Ya en la pre-guerra los ayuntamientos de estos municipios y de otros tantos de la comarca subastaron para su conversión en parcelas urbanas terrenos de reducida extensión y dehesas boyales, que poseían un alto valor ganadero por la calidad de sus pastos y su proximidad a los cascos urbanos.
63. Como señala J. Gómez Mendoza (1978: 172), ya con anterioridad a la Desamortización los pastizales comunales de la Campiña apenas representaban un apoyo económico para los campesinos, pues casi un 50% de los vecinos no contaba con ningún tipo de ganado. Además el suelo rrancomunado era manejado con exclusividad por unos concejos en los que el poder se hallaba fuertemente monopolizado.
64. Conviene citar a este respecto los estudios realizados por J. Estebáñez (1979, 1980) sobre Miraflores de la Sierra y Soto del Real, así como los análisis de T. Rojo (1984) en Rascafría y Pinilla del Valle.

65. De este éxodo es un buen paradigma el estudio de C. Pérez Sierra (1979) sobre Cobeña y Algete.
66. Merece la pena consultar a este respecto el estudio de J. Estebanez (1973) sobre Collado Mediano.
67. Según datos de la Comunidad de Madrid (1982: 14, 1987: 31, 1993a, v.II: 41-46), la población de derecho de ambos municipios ha evolucionado de la siguiente forma:

AÑOS/MUNICIPIOS	ARANJUEZ	CIEMPOZUELOS
1950	10.000	-----
1960	27.251	9.042
1970	29.548	9.185
1975	31.371	9.519
1981	35.619	10.260
1986	36.687	10.076
1991	36.162	10.779

68. El objetivo de estos desplazamientos consistía en rentabilizar las numerosas tierras desaprovechadas por sus propietarios y cubrir las deficiencias de mano de obra durante los meses de mayor trabajo en el campo. Era, por tanto, una migración de carácter básicamente estacional, que tenía lugar de abril a septiembre. Se dirigía de manera singular hacia los regadíos del Henares, del Jarama y del Tajo Medio. Y a menudo implicaba el traslado de toda la fuerza de trabajo disponible por una familia. En un primer momento llegaban los padres de familia y, cuando éstos ya se habían asentado y disponían de vivienda y contrata de trabajo, venía el resto de la mano de obra familiar (Ramos, 1944: 820; Gómez Mendoza, 1978: 253). Hoy esta emigración temporal se limita a la recolección de la patata.

69. Ballesteros, 1985: 33.

70. Aun cuando Lozoya-Somosierra se encuentra menos en el extremo de las Vegas que Guadarrama, en esta comarca no hay correspondencia entre la significación de las ayudas familiares y la edad media de los titulares de explotaciones. La baja edad media de los titulares de unidades productivas obedece, lo mismo que en el Área Metropolitana, a la adquisición de tierras por jóvenes que desisten de emplearse en actividades urbanas.

71. A pesar de su pobre papel actual en el autoabastecimiento comarcal de alimentos, el sector agrario de la Campiña desempeñó durante el siglo XVIII una notable función en este sentido de cara a la propia comarca y al resto de la región. Muchos de sus municipios tenían la obligación de abastecer a la capital, en especial de trigo. No frugaron, sin embargo, los proyectos de esta época y del siglo posterior de convertir a la Campiña en zona de suministro hortícola –planes de regadío– y parte integrante del cinturón lácteo y cárnico de Madrid (Gómez Mendoza, 1978: 17-18).

72. Es muy frecuente que, por ejemplo, los camiones que traen mariscos de Galicia se vuelvan con cargas de frutas y hortalizas, procedentes de Murcia y Valencia y comercializadas en el mercado de Legazpi.

73. Mucho más eficiente que la producción metropolitana madrileña resultan también la de Barcelona y Tarragona. Desde el Maresme y el Llobregat se exportan flores, lechugas y alcachofas a buena parte de España y Europa. Desde Tarragona se exportan frutos secos. Asimismo obtiene mayores rendimientos la agricultura periurbana de Málaga –exportadora y muy intensiva–, de Sevilla y Zaragoza –sustitutiva de importaciones de maíz y soja– y de Valladolid.

74. Ya a mediados de los años setenta, M. Valenzuela (1977: 79) observaba altas cotas de dependencia externa en el abastecimiento comarcal de alimentos, puntualizando que, por ejemplo, la escasa superficie de cultivos de San Lorenzo de El Escorial sólo podía satisfacer la demanda de un tercio del vecindario.

75. El I.N.E. entiende por superficie regable la regada durante el año censal y la no regada en esa fecha, pese a serlo potencialmente por disponer de las instalaciones adecuadas y de agua suficiente.

76. Es usual además la transterminancia estacional en terrenos arrendados de localidades o, incluso, comarcas distintas a la de la explotación. En Braojos se alquilan pastos de Buitrago de Lozoya y en Robregordo de Brunete. El área transhumante tradicional de la comarca se localizaba en los pueblos más septentrionales: Somosierra, Robregordo, La Acebeda, Horcajo de la Sierra, Horcajuelo de la Sierra, Montejo de la Sierra, Prádena del Rincón, Madarcos y Piñuecar. Justamente esta zona es hoy la más deprimida de Lozoya-Somosierra.

77. El tercio es un sistema trianual que combina un año de cultivo con dos de descanso de la tierra. El tercio lo conforma la parte cultivada, quedando las Ha. incultas como pastos o rastrojeras para el ganado. El rodeo se practica en las zonas de regadío y alterna cada año un tipo de cultivo diferente.

78. FERIAS DURANTE EL SIGLO XIX

LOCALIDAD*	COMARCA**	ORIGEN. DURACION	FECHAS	PRODUCTOS
Torrelaguna	I	Fin 1.700	Ultimos días de agosto	Mulas, caballos y vacuno
Torrelaguna	I	-----	Todos los lunes	Comestibles y diversos productos agrarios
La Cabrera	I	-----	13 de junio	Quincalla, confitería y comestibles
Buitrago de Lozoya	I	1.304.Perpetua por privilegio del rey Fernando	De San Lucas al 12 de noviembre	Ganado, grano, productos para matanza, calzado, vestidos, quincalla, vajilla
Buitrago de Lozoya	I	1.763. Privilegio de Carlos III. Desaparece a principios del s. XIX	Todos los sábados	Animales pequeños, hortalizas, calzado, ropa y otros utensilios
Montejo de la Sierra	I	Desde finales del s.XIX	1 al 3 de septiembre	Ganado y varios
Sieteiglesias	I	-----	Un día fijo en semana	Varios
San Lorenzo de El Escorial	II	-----	San Lorenzo y Santo Tomás Apostol	Quincallería
Colmenar Viejo	III	-----	Ultimo domingo de agosto	Varios
Colmenar Viejo	III	-----	Todos los sábados	Quincallería
Getafe	III	-----	27 al 29 de agosto	Ganado, particularmente ovejas
Torrejón de Ardoz	III	-----	Todos los viernes	Varios, comestibles, cacharros y sogas
Alcalá de Henares	III	Principios del s. XVI	15 de noviembre	Libros
Alcalá de Henares	III	-----	Todos los jueves	Varios
Talamanca del Jarama	IV	1.580	La Asunción y San Mateo	Tejidos
Talamanca del Jarama	IV	-----	Todos los jueves	Varios
Navalcarnero	V	-----	8 de septiembre	Varios
Navalcarnero	V	-----	1 al 13 de octubre	Varios

FERIAS DURANTE EL SIGLO XIX (Cont.)

LOCALIDAD*	COMARCA**	ORIGEN. DURACION	FECHAS	PRODUCTOS
Cenicientos	V	-----	10 al 12 de junio y del 24 al 25 de julio	Varios
Colmenar del Arroyo	V	-----	Todos los sábados	Varios
Torrejón de Velasco	V	Siglo XVI. Desaparece en 1.726	Semana Santa	Ganado, particularmente carneros
Torrejón de Velasco	V	-----	Todos los martes	Varios
San Martín de Valdeiglesias	V	-----	5 de septiembre	Varios
Valdemoro	V	-----	De San Rafael a San Eugenio	Tejidos, cacao y especies
Aranjuez	VI	-----	4 de septiembre	Ganado
Chinchón	VI	-----	14 de agosto	Ganado, quincallería
Colmenar de Oreja	VI	-----	4 de octubre	Quincallería
Villaconejos	VI	-----	Todos los martes y viernes	Varios
Villarejo de Salvanés	VI	-----	Todos los jueves	Varios
Villarejo de Salvanés	VI	-----	7 y 8 de octubre	Quincallería

* Incluye municipios y entidades de población actuales.

** I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

Fuente: Madoz, 1845-1850.

79. MANUFACTURAS DE PRODUCTOS AGRARIOS DURANTE EL SIGLO XIX

Los listados comarcales siguientes (Madoz, 1845-1850) incluyen municipios y entidades de población actuales. Se indica entre paréntesis, cuando se conoce y corresponde, el número de manufacturas de una misma clase.

I.- LOZOYA-SOMOSIERRA

- Molinos de Harina
 - Miraflores de la Sierra (6)
 - Pedrezuela (3)
 - Rascafría (3)
 - Robledillo de la Jara (2)
 - Valdemanco
 - Villavieja del Lozoya
 - Somosierra
 - El Molar
 - Pinilla del Valle
 - Manjirón
 - Oteruelo del Valle
 - San Agustín de Guadalix
 - Soto del Real
 - Torrelaguna
 - Brajos
 - Torremocha del Jarama

- Serrerías de Madera	Rascafría
- Lavaderos	Buitrago de Lozoya
- Molinos de Agua	Somosierra (5) Robregordo (5) Bustarviejo (5) Buitrago de Lozoya (3) Horcajuelo de la Sierra (3) Braojos (2) Puebla de la Sierra (2) Garganta de los Montes (2) La Acebeda (2) La Hiruela (2) Montejo de la Sierra (2) Horcajo de la Sierra El Atazar San Mamés Sieteiglesias Manjirón Lozoyuela Prádena del Rincón Gandullas Robledillo de la Jara Garganta de los Montes Villavieja de Lozoya Piñuecar Canencia Cervera de Buitrago Robregordo (5)

II.- GUADARRAMA

- Molinos de Harina	Cercedilla (3) Los Molinos (4) Guadarrama (2) Robledo de Chavela (3) Becerril de la Sierra El Escorial Galapagar Valdemaqueda Zarzalejo
- Depósitos de Grano	Alpedrete Cercedilla

III.- AREA METROPOLITANA

- Molinos de Harina	Alcalá de Henares (4) Colmenar Viejo (4) Villaviciosa de Odón (2) Leganés Mejorada del Campo Las Rozas
---------------------	---

- Molinos de Aceite	Pinto (2) Móstoles San Fernando de Henares Velilla de San Antonio Villaviciosa de Odón
---------------------	--

- Molinos de Viento	Leganés
---------------------	---------

- Depósitos de Grano	Boadilla del Monte Brunete
----------------------	-------------------------------

IV.- CAMPIÑA

- Molinos de Harina	Pezuela de las Torres (2) Talamanca del Jarama (2) Valverde de Alcalá Los Santos de la Humosa
---------------------	--

- Molinos de Aceite	Anchuelo (2) Arganda (6) Campo Real (3) Valdeavero (2) Torres de la Alameda (2) Ajalvir Camarma de Esteruelas Corpa Fresno de Torote Loeches Santorcaz Los Santos de la Humosa Talamanca del Jarama Villalbilla
---------------------	--

- Lavaderos	Arganda
- Norias	Valdetorres del Jarama

- Molinos de Viento	Santorcaz Los Santos de la Humosa
---------------------	--------------------------------------

- Depósitos de Grano	Torres de la Alameda
----------------------	----------------------

V.- SUROCCIDENTAL

- Molinos de Harina	Navalagamella (4) Colmenar del Arroyo (2) Rozas de Puerto Real (2) Aldea del Fresno Cenicientos Navas del Rey San Martín de Valdeiglesias Valdemorillo Villamantilla
---------------------	--

- Serrerías de Madera	Cenicientos (2)
-----------------------	-----------------

- Molinos de Aceite	Valdemoro (4)
---------------------	---------------

	Villa del Prado (5)
	San Martín de Valdeiglesias (5)
	Navalcarnero
	Quijorna
	Cadalso de los Vidrios
	Torrejón de Velasco
- Norias	El Alamo (2)
	Griñón (2)
- Molinos de Viento	Cadalso de los Vidrios
	Griñón
- Depósitos de Grano	Batres
	Chapinería
	Villamanta
- Molinos de Agua	Cadalso de los Vidrios

VI.- VEGAS

- Molinos de Harina	Chinchón (4)
	Carabaña (2)
	Ambite
	Belmonte de Tajo
	Brea de Tajo
	Colmenar de Oreja
	Estremera
	Morata de Tajuña
	Orusco
	Perales de Tajuña
	San Martín de la Vega
	Tielmes
	Villamanrique de Tajo
- Molinos de Aceite	Ambite (2)
	Brea de Tajo (2)
	Carabaña (2)
	Estremera (2)
	Orusco (2)
	Perales de Tajuña (2)
	San Martín de la Vega (2)
	Colmenar de Oreja
	Morata de Tajuña
	Villaconejos
	Valdaracete
- Lavaderos	Carabaña
- Depósitos de Grano	Brea de Tajo
	Ciempozuelos
	Chinchón
	Colmenar de Oreja
	Villarejo de Salvanés
- Molinos de Agua	Brea de Tajo
	Villamanrique de Tajo

80. Es ya anecdótica la existencia de dos balnearios en la comarca durante el siglo XIX, descritos por Madoz (1845–1850, v. XI: 456, v.I: 162). Había uno en El Molar que se nutría de las aguas de la Fuente del Toro. Estas aguas poseían gas hidrosulfúrico, sulfatos, algún carbonato, hidrógeno sulfurado, sales de cal, magnesio, sosa y azóe, lo que les hacía útiles para la cura y el tratamiento de erupciones herpéticas, la tiña, inflamaciones crónicas de la piel, disnéas y asma, alteraciones del hígado y bazo, cefalalgia, estreñimiento, afecciones del estómago, cólicos nerviosos, úlceras, caries, catarros, cistitis y nefritis. El segundo de estos balnearios se localizaba en San Agustín de Guadalix, construido por el Marqués Viudo de Pontejos para aprovechar las aguas minerales de diversos manantiales, ricas en azóe y sulfúrico. Sus aguas eran también provechosas como bebida y sanaban diversas enfermedades de la piel, en particular la sarna y la tiña, disnéas, asma e infartos del hígado y del bazo.

81. OFICIOS ARTESANOS DE LA REGION DE MADRID DURANTE EL SIGLO XIX

Los listados comarcales siguientes (Madoz, 1845–1850) comprenden municipios y entidades de población actuales, indicándose entre paréntesis, cuando se conoce y corresponde, el número de talleres existente.

I.– LOZOYA–SOMOSIERRA

– Elaboración y Tratamiento de Tejidos	Prádena del Rincón (10)
	Robledillo de la Jara (9)
	Montejo de la Sierra (9)
	Canencia (6)
	Piñuecar (3)
	Garganta de los Montes (2)
	Horcajo de la Sierra (2)
	Puebla de la Sierra
	Horcajuelo de la Sierra
	Robregordo
	La Serna del Monte
	Somosierra
	Lozoyuela
– Materiales de Construcción	Gargantilla de Lozoya
– Arriería y Carretería **	El Molar
	Torrelaguna *
.	Robregordo
	Somosierra
	El Molar

* Gran parte de los oficios de Torrelaguna fueron ejercidos por judíos durante los últimos años del siglo XV y principios del XVI. Los judíos habían logrado formar una importante comunidad en este municipio y en el de Buitrago de Lozoya.

** La carretería y arriería facilitaban el abastecimiento a la capital de diversas materias primas, procedentes de los municipios de su entorno, y el transporte de las mismas a las distintas ferias locales.

II.– GUADARRAMA

– Fabricación de Papel	Manzanares El Real
– Serrería de Madera	Cercedilla
	Galapagar
	Guadarrama
	Los Molinos
	Hoyo de Manzanares
	Robledo de Chavela
– Loza Fina	Galapagar

- Alfarería	San Lorenzo de El Escorial
- Cantería	Alpedrete Zarzalejo Becerril de la Sierra Collado Mediano Galapagar Guadarrama Los Molinos Hoyo de Manzanares Moralzarzal San Lorenzo de El Escorial
- Confitería	San Lorenzo de El Escorial
- Tahonas	San Lorenzo de El Escorial
- Arriería y Carretería	Collado-Villalba Hoyo de Manzanares Los Molinos

III.- AREA METROPOLITANA

- Elaboración y Tratamiento de Tejidos	Fuenlabrada (10) Colmenar Viejo (8) Getafe (6) San Fernando de Henares *** Alcalá de Henares Pozuelo de Alarcón Parla
- Elaboración de Jabón	Leganés Alcalá de Henares
- Alfarería	Alcorcón (8) Alcalá de Henares
- Materiales de Construcción	Colmenar Viejo Mejorada del Campo Pozuelo de Alarcón San Fernando de Henares Villaviciosa de Odón Alcalá de Henares Móstoles
- Cantería	Colmenar Viejo Pinto
- Fragua	Villanueva de la Cañada
- Confitería	Leganés Colmenar Viejo Alcalá de Henares
- Tahonas	Alcalá de Henares (2) Alcorcón Brunete Pinto

Pozuelo de Alarcón

- Arriería y Carretería

Torrejón de Ardoz
Fuenlabrada
Móstoles
Parla

*** En tiempos de Felipe V se funda tres fábricas en San Fernando de Henares. Una de ellas es un batán, otra de paños finos y una tercera de embalajes de cartón para guardar los paños. La factoría de tejidos finos, impulsada posteriormente por Fernando VI, contaba con más de 600 operarios y estaba provista de 44 máquinas de hilar y de 63 cardas.

IV.- CAMPIÑA

- Elaboración y Tratamiento de Tejidos

Campo Real
Olmeda de las Fuentes
Santorcaz
Pezuela de las Torres

- Espartería

Los Santos de la Humosa

- Elaboración de Jabón

Arganda
Valdeavero

- Alfarería

Campo Real

- Materiales de Construcción

Valverde de Alcalá

- Tahonas

Ajalvir
Algete
Fuente el Saz

- Arriería y Carretería

Algete
Pezuela de las Torres

V.- SUROCCIDENTAL

- Elaboración y Tratamiento de Tejidos

Cenicientos (10)

- Guarnicionería

San Martín de Valdeiglesias
Villa del Prado

- Elaboración de Jabón

San Martín de Valdeiglesias
Valdemoro

- Manufactura de Vidrio

Cadalso de los Vidrios (2)

- Loza Fina

Valdemorillo

- Alfarería

Valdemorillo

- Materiales de Construcción

Colmenarejo
Cubas
Navas del Rey
Quijorna
Sevilla la Nueva

- Cantería	Pelayos de la Presa San Martín de Valdeiglesias Valdemorillo Valdemoro
- Fragua	San Martín de Valdeiglesias
- Aguardientes y Espíritu de Vino	Cadalso de los Vidrios (3) San Martín de Valdeiglesias
- Confitería	San Martín de Valdeiglesias
- Tahonas	Villa del Prado (2) San Martín de Valdeiglesias
- Arriería y Carretería	Navalagamella Cadalso de los Vidrios Moraleja de Enmedio Valdemorillo Villa del Prado San Martín de Valdeiglesias

VI.- VEGAS

- Elaboración y Tratamiento de Tejidos	Carabaña (9) Ambite (2) Tielmes (2) Chinchón Colmenar de Oreja Morata de Tajuña Valdaracete Villamanrique de Tajo Villarejo de Salvanes Perales de Tajuña
- Guarnicionería	Aranjuez Ciempozuelos Chinchón
- Espartería	Belmonte de Tajo Colmenar de Oreja Estremera Fuentidueña de Tajo Valdaracete Villamanrique de Tajo Villarejo de Salvanes
- Fabricación de Papel	Ambite Orusco
- Elaboración de Jabón	Aranjuez Ciempozuelos Villarejo de Salvanes
- Manufactura de Vidrio	Aranjuez
- Serrería de Madera	Aranjuez

- Alfarería	Colmenar de Oreja Chinchón
- Materiales de Construcción	Carabaña Chinchón San Martín de la Vega
- Cantería	Colmenar de Oreja Morata de Tajuña Valdaracete
- Fragua	Ciempozuelos
- Aguardientes y Espíritu de Vino	Morata de Tajuña
- Confitería	Aranjuez Chinchón Ciempozuelos
- Tahonas	Ciempozuelos Chinchón Villaconejos Belmonte de Tajo
- Arriería y Carretería	Chinchón Villamanrique de Tajo Valdemoro

TERCERA PARTE. ORGANIZACION SOCIAL

Dado que los rasgos que definen la estructura económica del campesinado madrileño, tanto a nivel regional como comarcal, no nos permiten por sí mismos un conocimiento integral de su identidad cultural, ya sea como unidad o en su diversidad, es necesario abordar el análisis de su organización social. Para ello examinaremos las regularidades esenciales que le caracterizan como unidad que se opone a otros grupos campesinos de ámbitos espaciales similares y que le diferencian internamente en distintos tipos sociales. Tales regularidades nacen, en primer lugar, de las relaciones que mantiene en el conjunto de la región y en cada una de sus comarcas la organización familiar campesina con la sociedad mayor y, en segundo término, de la articulación entre esta última instancia social, más amplia y hegemónica, y la comunidad. De este modo, estudiaremos las características sociales que presenta en cada territorio la sociedad mayor y la clase de mecanismos de adaptación y supervivencia, que dispone frente a ella la organización familiar y comunitaria de los diversos grupos campesinos madrileños. Hemos de tener en cuenta además que los rasgos regionales y la tipología que delimita el análisis de la familia, como nivel primario de integración social para el campesino, aparte de ser previos, resultan fundamentales para establecer los tipos de comunidad existentes en la región. Por su parte, desde el momento en que la comunidad aporta al campesino unos elementos de unidad, socialización y relación superiores a los que obtiene en la institución familiar, las regularidades sociales que define este nivel primario de integración han de complementarse con las que marca el ámbito comunitario.

Por otro lado, conviene adelantar que los seis modelos analíticos determinados en el estudio de la organización económica del campesinado madrileño tipifican también el conocimiento de su estructura social. Su operatividad metodológica radica en la gran capacidad explicativa que posee el plano económico de la cultura campesina para hablarnos del resto de los subsistemas que la integran (Palerm, 1980: 42). Y, más en concreto, obedece al hecho de que el comportamiento de la familia campesina como unidad de producción, distribución y consumo sea una cualidad esencial de su naturaleza y función social. Asimismo, si la tipología que diseña el plano económico de la cultura campesina parece válida para la investigación de la institución familiar, no lo es menos, salvando matices, para el análisis de los tipos de comunidad, ya que éstos se hallan estrechamente vinculados a los distintos sistemas de familia que aparecen en la región. Recordemos, a este respecto, que la comunidad la forman las diferentes familias que conviven en un espacio dado y que el marco comunitario plasma un territorio relacional, en el que la dimensión social y económica de la vida colectiva supone una prolongación del entorno familiar (Chayanov, 1985: 123; Sevilla de Guzmán, 1985: 325). Las conclusiones de este apartado confirmarán, como veremos, la utilidad de los seis modelos analíticos empleados en las páginas pasadas.

Por último, subrayaremos que, a diferencia de las anteriores, el contenido de esta tercera parte requiere un tratamiento mucho más pormenorizado de sus diversos apartados, por lo que incidiremos cuanto sea posible en la dinámica interna de los procesos sociales, adoptando al tiempo una óptica más próxima a sus protagonistas. No obstante, hay que advertir que el amplio ámbito abarcado por nuestro estudio no permite descender al grado de detalle y

cercanía propios de los trabajos de comunidad y limita el examen de los fenómenos sociales a las constantes más significativas o recurrentes.

4.- TIPOS DE FAMILIA

Partimos del análisis de la familia campesina como unidad de producción, distribución y consumo y como célula básica de integración social (Chayanov, 1966: 15, 1985: 96-132; Shanin, 1971: 290, 1976: 25; Sevilla de Guzmán, 1976: 18, 1983: 27, 1984: 32, 1985: 315). Sobre estos ejes podemos establecer los niveles de asimetría que experimenta cada tipo de familia en su relación con la sociedad mayor, así como su grado de adaptación y supervivencia frente a ella, es decir, las regularidades esenciales de la organización doméstica campesina significadas en su inferior o superior dependencia.

Esos ejes se derivan, por un lado, de la función empresarial que desarrolla la familia, de ser la protagonista del modo de producción campesino⁸² (Galeski, 1968: 260, 1977: 50) y, por otro, de la cohesión que posee para asegurar con eficacia la satisfacción de sus requerimientos materiales y la socialización e identificación personal de sus miembros. De esta forma, la presencia de la familia resulta imprescindible para la economía campesina, habida cuenta de que es la que aporta la fuerza de trabajo principal, hace inventario de recursos y medios, organiza cuidadosamente la estrategia productiva en base al cultivo de la tierra y/o la cría y alimentación del ganado, fija la distribución de sus productos –estén o no controlados por ella los circuitos de comercialización y transformación– y estima el consumo necesario –incluido el inducido desde el exterior de la comunidad–. Igualmente, atiende los imperativos de la vinculación con su comunidad –ceremonial y ayuda mutua– (Wolf, 1971: 16-18, 1977: 25; Sevilla de Guzmán, 1976: 32) y genera los excedentes demandados por la sociedad mayor. La unidad familiar, considerada como concepto homólogo al de explotación económica campesina en la mayoría de los estudios rurales⁸³, decide, en suma, la forma general y particular en la que son satisfechas sus necesidades, o sea, la manera en que actúa el modo de producción campesino. Pero, de otra parte, la unidad del grupo doméstico, que obedece a la búsqueda del equilibrio entre la producción, el trabajo empleado y el consumo, sólo puede llevarse a efecto y ser estable gracias a la cohesión social existente en la familia, a la solidaridad y cooperación de sus miembros. Estos últimos atributos, a su vez, no constituyen en sí mismos una cualidad independiente de la institución familiar, sino que proceden de la vinculación que se establece entre los componentes del grupo doméstico para atender su actividad económica, lo que conlleva que los individuos se encuentren sumamente arraigados y subordinados a la familia (Thomas y Znaniecki, 1974: 41, 1979: 21). El grupo doméstico fija los comportamientos sociales, los patrones de conducta, los valores y las formas de relación que regulan la vida social de sus miembros; y, al igual, planifica para cada uno de ellos las distintas actividades productivas y laborales. Por consiguiente, la función empresarial y socializadora de la familia, cada una con su propia autonomía, se aunan en una misma orientación, adecuándose los papeles de los miembros de la unidad doméstica a los fines del modo de producción y las reglas que controlan la marcha de la explotación a las que rigen el propio funcionamiento de la institución familiar (Galeski, 1968: 278, 1977: 50). Tal simbiosis, específica de la familia campesina, conforma su principal rasgo distintivo y la

diferencia de otras instituciones primarias hasta el punto de que, como señala T. Shanin (1979a: 228), proyecta un modelo general de vida.

La forma en la que el grupo doméstico dispone y asume su territorialidad, preferentemente a través de la casa, expresa de manera condensada el doble carácter que reúne la familia como unidad de producción, distribución y consumo y como nivel básico de integración social; a la par que indica la oposición del espacio y de la organización familiar del campo con el territorio y las instituciones primarias de la urbe. Y al tiempo dicha territorialidad sintetiza el nexo asimétrico de la sociedad mayor con la familia, lo mismo que los procesos de adaptación y supervivencia de ésta para reducir sus niveles de dependencia. Efectivamente, la casa, además de albergar a la familia y de favorecer su estabilidad e integración, ejerce una función productiva desde el momento en que se convierte en un elemento indispensable para la producción. Es simultáneamente residencia del grupo doméstico y domicilio de su empresa, tal como se manifiesta en su propia distribución interior –área de vivienda y trabajo– y en su localización, generalmente próxima a la explotación.

Sobre esta base, las regularidades esenciales que presentan los distintos tipos de familia se evalúan teniendo en cuenta tres factores: el tamaño y la composición del grupo doméstico, su división social del trabajo y su formación y continuidad. La variable alteración de estos factores conforme a los objetivos sociales que persigue la familia, así como la mayor o menor homogeneización de los mismos respecto a modelos de naturaleza urbana, definen los diversos niveles de dependencia de las unidades domésticas de la región.

4.1.– TAMAÑO Y COMPOSICION

Los límites máximos y mínimos de la actividad económica campesina están muy vinculados en el conjunto de la región al tamaño y a la composición de la familia. Si el límite más bajo viene dado por la consecución de los beneficios materiales indispensables para la existencia de la familia, el más alto lo marcan en buena medida el número y las características de los efectivos domésticos. No obstante, esta tendencia general ha cambiado bastante desde los años sesenta, según se agudizaba la extracción de excedentes de la organización familiar. Desde entonces otros elementos, inducidos desde el exterior de la comunidad, han pasado a ser casi tan decisivos para establecer esos límites como el tamaño y la composición de la familia. Entre ellos cabe citar la reducción de superficies, el coste del suelo y de la mano de obra, las competencias con otras producciones, la tecnificación e intensidad productiva de la explotación, la búsqueda de altas rentabilidades y sobre todo la influencia del mercado y de los patrones de consumo urbano. Tales elementos, aparte de haber conducido a la ruina a numerosas unidades domésticas, condicionan que los límites regionales mínimos y máximos se hayan elevado respecto a décadas pasadas. La privación y el envejecimiento de efectivos que experimenta el grueso de la región desde la segunda mitad del siglo y la escasa contratación de fuerza de trabajo en todas las comarcas lo han frenado, pero no lo han impedido. Lo ha favorecido, por contra, el importante desarrollo de la agricultura a tiempo

parcial.

Ahora bien, el tamaño y la composición de la familia varían de unas a otras comarcas en función del número de efectivos del grupo doméstico y, en menor proporción, de su distribución por edad y sexo. La carencia de efectivos familiares, fundamentalmente, la desproporción entre el sexo de los mismos y su envejecimiento plantean al grupo doméstico trabas muy fuertes para ejercer sus funciones socioeconómicas y, cuando no son la causa directa de la desaparición de la familia campesina, dificultan seriamente que ésta pueda abordar el programa productivo que demandan sus propias necesidades y que, sobre todo, le impone la sociedad mayor con su extracción de excedentes. La mayor o menor satisfacción de este último requerimiento, como decimos cada vez más elevado, además de explicar la pérdida de significación del tamaño y de la composición del grupo doméstico para organizar su actividad económica, guarda relación con las alteraciones que acusan estos dos planos de la estructura familiar. De este modo ocurre que allí, donde la familia se halla más privada de sus efectivos, más envejecida y con un mayor desequilibrio entre el sexo de sus miembros, no sólo cuenta menos el tamaño y la composición del grupo doméstico para acometer sus funciones sino que también suele haber incidido de forma superior el embargo de excedentes. Se trata, entonces, de las unidades familiares más dependientes de la sociedad mayor, de las que reflejan en superior medida su nexo asimétrico con ella y de las que menos han podido hacerle frente mediante la puesta en marcha de mecanismos de adaptación y supervivencia. Tal dependencia modifica el protagonismo de la familia, transformando al tiempo su nivel de cohesión y socialización. La necesidad de recurrir en medida creciente a instituciones ajenas al grupo y a la propia comunidad para efectuar vínculos y aprendizajes, anteriormente desarrollados casi con exclusividad en el marco de la familia, es una consecuencia de ello.

4.1.1.- EFECTIVOS

De acuerdo con los censos de población y vivienda elaborados por la Comunidad de Madrid en 1991 (1993b), se contabiliza en el conjunto de la región un total de 24.384 hogares cuyos cabezas de familia trabajan en el sector agrario. Tales hogares suman aproximadamente 75.030 miembros⁸⁴. Pero estas cifras globales para la región se distribuyen comarcalmente de forma muy diversa, tal como observamos en la tabla siguiente:

TABLA 74

NUMERO DE HOGARES Y MIEMBROS DE LA FAMILIA A NIVEL COMARCAL

COMARCAS	HOGARES	MIEMBROS
Lozoya-Somosierra	1.481	4.396
Guadarrama	1.006	3.198
Area Metropolitana	14.405	44.509
Campaña	1.388	4.390
Suroccidental	2.567	7.745
Vegas	3.537	10.792

Fuente: Comunidad de Madrid, 1993b. Elaboración propia.

El valor medio que presenta el tamaño familiar en cada comarca, equiparable al observado en buena parte de las provincias españolas, no difiere tanto, sin embargo, de unas a otras zonas de la región como estas magnitudes absolutas. Así, de los 2,92 miembros que poseen de media las familias de Lozoya-Somosierra, las de menor número de integrantes del conjunto de la región, se pasa a los 3,25 de las unidades domésticas de Guadarrama, las de mayor cantidad de efectivos de todas las comarcas madrileñas. Este valor medio se obtiene dividiendo el número de miembros de la familia de los distintos municipios entre su cifra de hogares y, posteriormente, hallando la media aritmética de todos los valores resultantes de cada uno de los ámbitos municipales que componen las diferentes comarcas.

Dicho valor medio representa, por otra parte, suficientemente bien la disparidad municipal dentro de las diversas comarcas, según vienen a indicar los valores máximos y los mínimos de cada una de ellas. Por valor máximo y mínimo se entiende, respectivamente, el más grande y el más pequeño en magnitud de todos los tamaños familiares medios de los municipios que componen las distintas comarcas. La diferencia que supone el valor máximo menos el mínimo, que mide la amplitud o el intervalo que separa ambas magnitudes, confirma además la representatividad que posee el valor medio en todas las comarcas para reflejar la potencial disparidad municipal. Asimismo, y de manera aún más decisiva, el valor intermedio, resultante de la suma del valor máximo más el mínimo y de la división entre dos de la cifra obtenida, se halla lo bastante próximo al valor medio como para suponer que éste último encarna bien las eventuales desigualdades municipales de las distintas comarcas. En efecto, el hecho de que el valor medio se halle cercano al intermedio indica que la amplitud del intervalo representa aceptablemente las variables que posee el tamaño familiar en los municipios de las diferentes comarcas. Por otro lado, la representatividad del valor medio en la totalidad de las comarcas respecto a la diversidad que encarna cada uno de sus municipios se plasma también en las magnitudes que ofrece la desviación típica. Esta desviación típica

mide el error aritmético con que el el valor medio representa al conjunto de las magnitudes sobre las que se ha obtenido. Por consiguiente, la diversidad intracomarcal queda suficientemente reflejada por el valor máximo, el mínimo, el intermedio, la amplitud del intervalo y la desviación típica.

TABLA 75

TAMAÑO FAMILIAR. VALORES COMARCALES MEDIOS. DIVERSIDAD INTRACOMARCAL

COMARCAS	VALOR MÍNIMO	VALOR MÁXIMO	AMPLITUD DEL INTERVALO	VALOR INTERMEDIO	VALOR MEDIO	DEVIACION TÍPICA
Lozoya-Somosierra	1,7143	4,5556	2,8413	3,1350	2,9268	0,5047
Guadarrama	2,8846	4,0000	1,1154	3,4423	3,2507	0,2842
Area Metropolitana	2,8316	3,7500	0,9184	3,2908	3,2057	0,2561
Campaña	2,5556	4,0000	1,4444	3,2778	3,1675	0,3407
Suroccidental	2,4211	4,0000	1,5789	3,2106	3,0623	0,3616
Vegas	2,4444	3,7473	1,3029	3,0959	2,9314	0,3046

Fuente: Comunidad de Madrid, 1993b. Elaboración propia.

A la vista de esta tabla comprobamos que el tamaño familiar más elevado de la región es el de Guadarrama, seguido del de los municipios metropolitanos. El más reducido corresponde a Lozoya-Somosierra y, a continuación, a las Vegas. Entre estos extremos se sitúa el tamaño familiar de la Campaña y la comarca Suroccidental. En cualquier caso, las diferencias intercomarcales son mínimas, ya que entre las magnitudes extremas que presentan Guadarrama y Lozoya-Somosierra sólo restan 0,3239 décimas. Igualmente, observamos cuanto hemos venido señalando líneas atrás en relación con la poco relevante diversidad que manifiestan dentro de cada comarca unos municipios frente a otros. Tal disparidad, mínima en Guadarrama y, sobre todo, en el Area Metropolitana, se acrecienta algo en las Vegas y, en particular, en la Campaña para hacerse un poco más notoria en la comarca Suroccidental y especialmente en Lozoya-Somosierra. En esta última comarca el valor mínimo que presenta el tamaño familiar se corresponde con el municipio de La Hiruela y el máximo con La Serna del Monte. En Guadarrama este valor mínimo lo encarna Zarzalejo y el máximo Navacerrada. En el Area Metropolitana el valor mínimo lo representa Mejorada del Campo y el máximo Tres Cantos. En la Campaña el valor mínimo se halla en Cobeña y el máximo en Fresno de Torote. El tamaño familiar mínimo de la comarca Suroccidental se encuentra en Pelayos de la Presa y el máximo en Batres. Y, por último, en las Vegas el tamaño familiar mínimo es el de Ambite y el máximo el de Villacanejos.

Con todo, el tamaño familiar de Guadarrama y del Area Metropolitana manifiesta de forma muy aguda lo que supone una constante a nivel global de la región: que la mayoría de los hijos no se dedica al sector agrario ni imprime continuidad a la explotación de sus padres, una vez fallecidos éstos. Igualmente ambas comarcas expresan de modo muy patente otra de las regularidades regionales más características: que existe una importante desproporción entre el tamaño de la unidad doméstica y el número de ayudas familiares, de las que disponen los cabezas de familia para llevar a término los trabajos que comporta su explotación. Los datos que nos aporta el I.N.E (1991: 112-123) en su último Censo Agrario, relativo a las ayudas familiares con las que cuentan los titulares de las explotaciones, parecen confirmar ambas regularidades tanto a nivel del Area Metropolitana y de Guadarrama como en el marco general de la región, aun cuando dichas magnitudes no diferencian apenas a la Comunidad de Madrid de otros territorios regionales españoles. De acuerdo con tales datos, las unidades domésticas que cuentan con un valor medio de ayudas familiares más elevado son las de las Vegas, seguidas de las de la Campiña. El valor medio más bajo de ayudas domésticas por cabeza de familia corresponde a Lozoya-Somosierra y, sobre todo, a Guadarrama. Asimismo el valor medio de ayudas familiares que presentan las unidades domésticas del Area Metropolitana y de la comarca Suroccidental se sitúa entre ambos extremos.

TABLA 76

VALOR COMARCAL MEDIO DE LA AYUDA FAMILIAR. DIVERSIDAD INTRACOMARCAL

COMARCAS	VALOR MINIMO	VALOR MAXIMO	AMPLITUD DEL INTERVALO	VALOR INTERMEDIO	VALOR MEDIO	DEVIACION TIPICA
Lozoya-Somosierra	0,0000	0,6471	0,6471	0,3235	0,1430	0,1479
Guadarrama	0,0000	0,3208	0,3208	0,1604	0,0499	0,0723
Area Metropolitana	0,0000	0,4911	0,4911	0,2455	0,2130	0,1264
Campiña	0,0000	0,7656	0,7656	0,3828	0,2269	0,1777
Suroccidental	0,0000	0,5606	0,5606	0,2803	0,1581	0,1463
Vegas	0,0581	0,6582	0,6001	0,3291	0,2891	0,1944

Fuente: I.N.E., 1991: 112-123. Elaboración propia.

No obstante, otros fenómenos dan cuenta tanto de la alta magnitud absoluta de miembros y hogares del Area Metropolitana como de la desproporción, existente en la totalidad de las comarcas, entre el valor medio del tamaño familiar y el que presenta la ayuda doméstica disponible por el cabeza de familia. Se trata del asentamiento de absentistas y pensionistas agrarios, emigrados de otras regiones, y del porcentaje nada despreciable que, frente al total

de los hogares con dedicación agraria, representan las unidades domésticas cuyos cabezas de familia están empleados en industrias agroalimentarias y en empresas de comercialización de productos agropecuarios. Ni estos últimos hogares, cuyos miembros proceden también en la mayoría de los casos de otras regiones, ni los integrados por absentistas y pensionistas conforman unidades domésticas campesinas así como tampoco llevan a cabo actividad productiva alguna en el campo, pese a que aparezcan contabilizados como familias con dedicación agraria en los censos de población y vivienda elaborados por la Comunidad de Madrid en 1991 (1993b). Ambos tipos de hogares proliferan muy especialmente en el Area Metropolitana y, dentro de ella, sobre todo en el municipio de Madrid y de Tres Cantos. Tengamos en cuenta a este respecto que de la cifra global de hogares, contabilizados en el Area Metropolitana, 8.249 corresponden a Madrid y que, del total de los miembros de las unidades domésticas de esta comarca, dicho municipio reúne 25.182.

Aunque en mucha menor medida, hay que considerar igualmente la incidencia que posee el fenómeno del absentismo regional. Singularmente en el Area Metropolitana y Guadarrama numerosas familias, que décadas atrás estaban volcadas en sus explotaciones, han abandonado la producción, viviendo de las rentas de sus tierras vendidas o arrendadas o de las retribuciones que les aporta la dedicación a un empleo fuera del sector agrario. Además tanto en Guadarrama como, sobre todo, en el Area Metropolitana se registra un asentamiento nada despreciable de familias absentistas, originarias de otras áreas de la región, en busca de los empleos extra agrarios existentes y de las mejores condiciones de vida, que proporcionan los equipamientos y las urbanizaciones que se ubican en ambas comarcas. Junto a este tipo de unidades domésticas, hay que referirse asimismo a las familias del proletariado agrario de la región y de los empresarios, que llevan a cabo una producción y distribución agropecuaria bajo pautas sociales y económicas de naturaleza capitalista. Estos dos tipos de hogares predominan más en el Area Metropolitana que en cualquier otra comarca. Ni en el caso de los hogares de los absentistas, ni en el de los del proletariado agrario y los empresarios que ejercen una producción o distribución de corte capitalista se puede hablar de unidades domésticas campesinas y, por consiguiente, de la existencia de prestaciones familiares a los titulares de las explotaciones.

Prescindiendo, por tanto, de los hogares que no son campesinos, a pesar de ser contabilizados como agrarios por los censos de población y vivienda de la Comunidad de Madrid (1993b) en 1991, y teniendo en cuenta los aportes de la ayuda familiar en las diferentes comarcas, hemos de concluir que las unidades domésticas de las Vegas y de la Campiña son las que disponen de mayores efectivos para el cumplimiento de sus diversas funciones socioeconómicas. En el extremo opuesto se hallan las familias de Lozoya-Somosierra y, principalmente, de Guadarrama. Y con valores intermedios entre ambos extremos se colocan las unidades domésticas del Area Metropolitana y de la comarca Suroccidental. Tal diferenciación intercomarcal, obtenida de los valores medios de ayuda familiar, representa bastante bien la disparidad potencial entre los municipios de una misma comarca, dadas las magnitudes que señalan la desviación típica, la amplitud del intervalo entre

las medias máximas y mínimas y, sobre todo, la gran proximidad de los mencionados valores medios con los intermedios. Las Vegas es la comarca con menos variación intermunicipal, seguida del Area Metropolitana y de Guadarrama. Mayor es esta diversidad en la comarca Suroccidental y, especialmente, en la Campiña y Lozoya-Somosierra. Atendiendo al valor máximo de cada comarca, hemos de aludir en las Vegas a San Martín de la Vega, en la Campiña a Campo Real, en el Area Metropolitana a Getafe, en la Suroccidental a San Martín de Valdeiglesias, en Lozoya-Somosierra a Patones y en Guadarrama a El Boalo. Por contra, el valor mínimo de ayuda familiar de las distintas comarcas no siempre se corresponde con un solo municipio, ya que aparecen bastantes términos municipales con una magnitud de cero. Entre ellos, hemos de hablar en las Vegas de Ambite, en la Campiña de Cobeña, en el Area Metropolitana de Boadilla del Monte, en la Suroccidental de Colmenarejo, en Lozoya-Somosierra de La Acebeda y en Guadarrama de Fresnedillas.

Ahora bien, el análisis de los efectivos familiares no sólo puede basarse en el aporte de las ayudas domésticas, aun siendo este aspecto fundamental. Se tiene que considerar además la sustitución de fuerza de trabajo doméstica por asalariados, que efectúan las familias campesinas generalmente por necesidad, y la privación del número de integrantes que ha experimentado el grupo familiar a causa de la emigración. Ambos factores contribuyen a esclarecer el nivel de suficiencia de los efectivos domésticos al reflejar hasta qué punto el tamaño y la composición de la familia se adecuan al ejercicio de las funciones del grupo. En efecto, sea cual sea el tamaño y la composición actual de una familia dada, parece evidente que toda merma de efectivos ha tenido que incidir negativamente en la satisfacción de los requerimientos que tuviera planteados esa unidad doméstica antes de verse desprovista de alguno de sus miembros. Asimismo, la contratación de asalariados apunta, entre otros fenómenos, la necesidad de la familia de recurrir a personal ajeno a ella y de sustituir y/o aumentar la aportación de parte de sus efectivos.

Tanto el número de familias campesinas de la región como su tamaño y el total de sus efectivos se ha recuperado a partir de los años ochenta, tras no haber parado de disminuir desde comienzos de la década de los cincuenta. De 1972 a 1989 tal descenso se estima en un 4,9% (Comunidad de Madrid, 1993b) y en lo relativo a los efectivos familiares atañe muy especialmente a los hijos. El tamaño y la composición actual de las unidades domésticas en el conjunto de la región indica una precaria participación cotidiana de los miembros de la familia en las tareas de la explotación, una casi generalizada emigración de los hijos, ya sea de modo pendular o estable y, en suma, una falta de adecuación del grupo para satisfacer sus necesidades materiales y de socialización. Ello va en detrimento de la solidaridad de los efectivos domésticos y de la eficaz integración social de los mismos en la familia, al tiempo que facilita el reemplazo de las relaciones sociales campesinas por las que impone la sociedad mayor. De esta manera resulta frecuente que los cabezas de familia trabajen en solitario la explotación, ayudados por su cónyuge, y que la ausencia de los hijos les dificulten la transmisión y el control de las pautas de actuación, los aprendizajes y valores que adquirieron de sus padres. Esta situación se alivia algo, sin embargo, si reparamos en que muchos de los

hijos que se emplean fuera del sector agrario practican la emigración pendular, por lo que suelen participar eventualmente en las tareas de la explotación, sobre todo durante los fines de semana. A ellos se unen los hijos que ejercen la agricultura a tiempo parcial. Además, a diferencia de otras regiones, la fuerza de trabajo familiar apenas ha sido sustituida por mano de obra asalariada. Habida cuenta de que los contratados fijos sólo representan un 8% del total de los efectivos domésticos empleados en las explotaciones y de que su evolución desde 1972 arroja un marcado signo negativo, las deficiencias que encuentra la familia para hacerse cargo de sus tareas no parecen tan elevadas como en otros territorios del Estado.

En suma, si, además de los valores medios que marca el número de miembros activos en la explotación de la unidad doméstica, tenemos en cuenta ambas magnitudes, recogidas en la tabla 54 y en la 59, observamos que el nivel de suficiencia familiar que determinan los efectivos del grupo es máximo en la comarca Suroccidental y especialmente en las Vegas. Por contra, resulta mínimo en Guadarrama y sobre todo en Lozoya-Somosierra. Y con unos niveles de tipo medio-alto se sitúa la Campiña, mientras que el Area Metropolitana alcanza un grado medio-bajo.

La máxima adecuación de los efectivos familiares de las Vegas y de la comarca Suroccidental a las tareas del grupo proporciona a las familias de ambas comarcas un apoyo vital para que, en contraste con otros lugares de la región, puedan producir sin tanta necesidad de capital, subsistir con un menor endeudamiento y/o ahorro y comportarse en mayor medida como una red permanente de relaciones sociales preferenciales. Igualmente, tal adecuación favorece que las unidades familiares de ambos territorios acometan, con menores riesgos que en el resto de la región, el arrendamiento o la compra de nuevas tierras, la adquisición de bienes de producción de origen industrial, la búsqueda de las producciones más rentables o la puesta en regadío de sus explotaciones. La reducida dimensión que presentan éstas últimas en ambas comarcas, con los valores más bajos de la región, está, no obstante, más en consonancia con el coste del suelo y otros factores económicos que con el tamaño de la familia. En definitiva, las características y el número de los efectivos domésticos de las Vegas y la comarca Suroccidental permiten, más que en ningún otro punto de la región, que la familia desempeñe una de sus funciones más críticas: constituir la unidad de planificación de las acciones que vertebran su supervivencia en un medio con alternativas múltiples, realizar un inventario permanente entre sus recursos y las relaciones sociales para movilizarlos. La familia se convierte así en el centro de diseño y selección de su estrategia económica, en la institución primordial para fijar el calendario que armonice la mejor circulación de recursos y trabajo.

No olvidemos, por otro lado, que las Vegas es la comarca con menor emigración y que los municipios suroccidentales constituyen el tercer territorio de la región que ha trasvasado menos efectivos a empleos de fuera del sector agrario. No es casual, en consecuencia, que la evolución de los titulares de explotaciones de 1972 a 1989 arroje saldos positivos en una y otra comarca. Además en ambos territorios tanto los efectivos emigrados de modo estable como, sobre todo, los que siguen residiendo en sus localidades de origen participan en las

tareas del grupo con más asiduidad que en cualquier otro ámbito regional. En unos casos, durante las vacaciones del verano y, en otros, a lo largo de los fines de semana y/o de las últimas horas de la tarde, la unidad familiar recupera temporalmente su tamaño y composición original, actuando de aglutinante para todos sus miembros y de nexo de acercamiento entre los que se van y los que permanecen. El hecho de que las fiestas otorguen un destacado protagonismo a los emigrados, pese a ser un fenómeno extensible a toda la región, adquiere en estas dos comarcas una especial significación, que viene a confirmar el sobresaliente papel que todavía siguen desempeñando aquéllos en la familia y la importancia atribuida por el grupo a los procesos de confirmación y reafirmación de su identidad. A este respecto, parece obligado referirse, en la comarca Suroccidental, al relevante lugar que se asigna a los emigrantes en Cubas –Natividad de Ntra. Sra.–, Valdemorillo –San Blas–, Aldea del Fresno –San Pedro y San Pablo– y El Alamo –Santiago y Natividad de Ntra. Sra.–. Y todavía es más preeminente esa posición en las Vegas, singularmente en Chinchón –Santiago–, Morata de Tajuña –Natividad de Ntra. Sra.–, Carabaña –Cristo Crucificado– y San Martín de la Vega –Virgen del Carmen–. Con motivo de estas celebraciones, los emigrantes no sólo se religan con sus seres queridos, sino que reproducen periódicamente sus lazos, actitudes, prácticas y comportamientos anteriores, recuperan por un tiempo sus señas originarias de identidad.

Al igual, hemos de subrayar que tanto en las Vegas como en la comarca Suroccidental la costumbre de que los padres ancianos integren la unidad familiar de alguno de sus hijos está más enraizada que en el resto de la región. Esta práctica determina que los efectivos domésticos que trabajan en el campo sean en realidad algo más altos que los contabilizados por el I.N.E. en su último censo agrario (1991), puesto que tales ancianos, dados de alta habitualmente como pensionistas, no suelen figurar entre la población empleada de la familia a pesar de que casi siempre desarrollan una función productiva.

Finalmente, debemos destacar que, con una contratación de asalariados de tipo medio-bajo, poco es lo que ha sustituido la mano de obra ajena a la explotación a la fuerza de trabajo de las familias de la comarca Suroccidental, ya que la proporción de la primera sobre la segunda –2,2%– resulta la más baja de la región. De igual modo, aunque las Vegas registra la media comarcal de población asalariada mayor de la región, fruto de una gran intensidad productiva y del regadío, su alto número de efectivos domésticos, incluidos los titulares de explotaciones y las ayudas familiares, hace que la proporción de mano de obra contratada sobre la del grupo, con un 5,6%, no supere el índice regional medio. En efecto, los asalariados de las Vegas, excepto en las explotaciones de menor tamaño, se comportan más como auxiliares de la fuerza de trabajo familiar que como sustitutos de ésta.

En el extremo opuesto a estas dos comarcas se colocan Guadarrama y Lozoya-Somosierra. Si bien el reducido tamaño de las ayudas domésticas dificulta en ambos territorios la actividad económica y la integración social del grupo, estas carencias se alivian en Guadarrama debido a sus bajos índices migratorios y a la escasa proporción –3,2%– que supone la mano de obra contratada sobre la familiar. En contraste, no obstante, con lo que hemos reseñado para las Vegas y los municipios suroccidentales, los emigrantes de Guadarrama, incluidos los de

carácter pendular, acostumbran a mantenerse ajenos a la marcha de la familia y de la explotación, comportándose más bien como agentes disgregadores del grupo doméstico. Si ellos mismos no se han convertido en segundos residentes, se erigen en uno de los sectores que promueve más activamente el desarrollo inmobiliario de viviendas de ocio.

Esta misma situación comienza a constatarse en Lozoya-Somosierra desde mediados de los años ochenta, aun cuando los lazos entre los miembros ausentes de la familia y los que no han emigrado son bastante más estrechos que en Guadarrama y observamos una mayor colaboración de los primeros en las distintas actividades del grupo, particularmente en las épocas álgidas del calendario agrario que coinciden, en términos generales, con los periodos de vacaciones de los empleos en la industria, los servicios o la construcción. Por mucho que Lozoya-Somosierra sea la comarca que sufre el máximo éxodo de la región, numerosos emigrantes olvidan cuando vuelven al campo buena parte de las influencias que han aprendido y asumido en la urbe. Los emigrantes de régimen pendular y, dentro de ellos, los sectores más jóvenes lo hacen especialmente patente. Tal participación implica, sin embargo, que la unidad familiar, y de paso todo el sistema sociocultural en el que ésta se halla inmersa, deba realizar un gran esfuerzo de adaptación para captar la aportación de los emigrantes, absolutamente imprescindible en el caso de las familias integradas sólo por padres ya ancianos o de comunidades casi despobladas⁸⁵. Así, muchas familias de la comarca dilatan sus tareas en la explotación y en la casa –reformas, limpiezas– hasta el momento en que los efectivos emigrados puedan acometerlas o ayudar en su realización; esperan los días más idóneos para llevar a cabo acontecimientos singulares –matanzas, onomásticas, aniversarios, matrimonios–; y hacen que la comunidad traslade las fechas de las fiestas para hacerlas coincidir con los periodos de máxima afluencia de emigrantes. Y mientras necesitan dar cabida a sus parientes emigrados, los grupos domésticos de Lozoya-Somosierra van adquiriendo los patrones de relación y conducta traídos por aquéllos; lo que sin duda potencia la integración de la familia en la sociedad urbana y actúa en detrimento de sus niveles de cohesión, solidaridad y suficiencia. Encontramos un buen ejemplo de esta adaptación en El Berrueco y Berzosa de Lozoya, donde el mantenimiento de la Quema del Judas, desaparecida en otras localidades de la comarca y exclusiva anteriormente de los quintos, ha sido posible gracias al traslado de su celebración a la mañana de un domingo y a la cooperación de los miembros emigrados en la construcción del muñeco y en la propia organización de la fiesta. Un fenómeno similar advertimos en las celebraciones de Pedrezuela –Cristo Crucificado–, Somosierra –Virgen de la Soledad–, Puebla de la Sierra –Natividad de Ntra. Sra.–, Miraflores de la Sierra –San Blas–, Sieteiglesias –San Pedro y San Pablo–, Gandullas –Virgen de la Paz–, Valdemanco –Virgen del Carmen–, Madarcos –Santiago–, Berzosa de Lozoya –Asunción de la Virgen–, El Atazar –Natividad de Ntra. Sra.–, Pinilla del Valle –San Miguel– y La Serna del Monte –Asunción de la Virgen–.

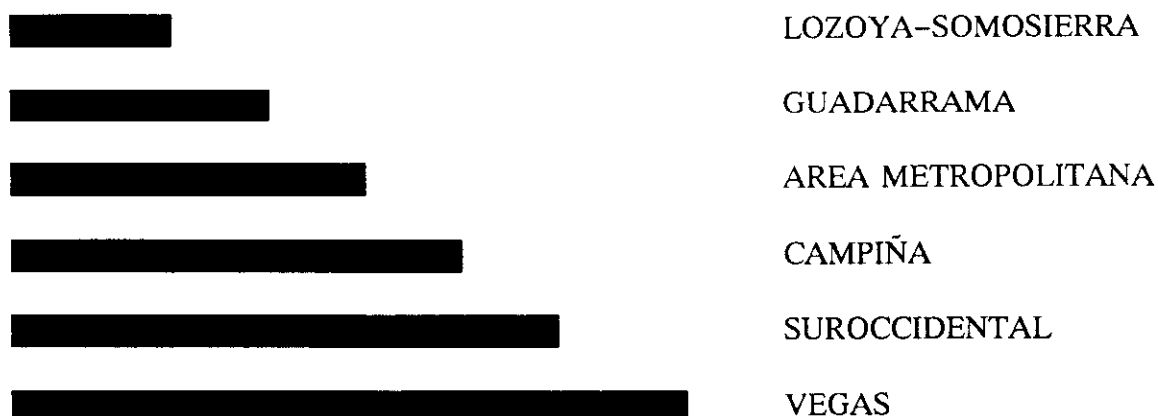
Por otro lado, la proporción que supone en Lozoya-Somosierra el personal asalariado sobre la mano de obra doméstica se circunscribe a un 2,9%, la más baja de la región tras la correspondiente a la comarca Suroccidental. Tal limitación responde básicamente a las

menguadas rentas que caracterizan a la mayoría de las familias y no tanto a la falta de necesidad de sustituir la fuerza de trabajo ausente del grupo. Las familias que detentan pequeñas explotaciones ganaderas rara vez contratan alguna jornada eventual y casi únicamente hallamos asalariados fijos en las grandes unidades productivas y en las más intensificadas. Incluso tampoco es nada frecuente que las explotaciones de regadío recurran a la contratación de asalariados, pese a que normalmente están a cargo de campesinos ya ancianos. En tales explotaciones los periodos de máximo trabajo se cubren en todo caso con el auxilio de hijos u otros parientes emigrados que acuden los fines de semana y que, a cambio, se proveen de productos de huerta para todo el año.

Por último, los valores regionales medios están representados por el Area Metropolitana y la Campiña. A pesar de que el tamaño de la ayuda doméstica en esta última comarca es el segundo más extenso de la región, su alto porcentaje de población contratada sobre el total de los miembros del grupo que trabajan en el campo –14,0%– denota la insuficiencia de éstos para el ejercicio de las tareas familiares. Este elevado porcentaje, el máximo de la región, se explica en función de la fuerte privación de efectivos experimentada por la unidad familiar desde los años sesenta, que deja desprovistas de mano de obra doméstica a las grandes explotaciones de cereal extensivo, tan distintivas de esta comarca. Esta misma razón da cuenta de que las familias del Area Metropolitana lleven a cabo la segunda contratación de asalariados más importante de todo el territorio madrileño, un 11,1% sobre el total de los empleados del grupo, si bien la emigración de efectivos domésticos se sitúa en esta comarca en el tercer lugar de la región, por debajo de la de la Campiña. Un fenómeno muy representativo de estas dos comarcas, aun cuando no sea privativo de ellas, es la falta de vinculación entre los llamados huertos familiares y los grupos domésticos. Pese a su denominación, tales huertos suelen ser explotados por un solo individuo que además no siempre pertenece a una familia campesina. Y en el supuesto de que así sea, tanto el grupo como el propio sujeto que los trabaja acostumbran a considerar que dichos huertos son una empresa y un cometido de carácter individual, no indispensable, y que resultan inoperantes para servir de base a una unidad familiar. La baja rentabilidad que se obtiene de ellos y su déficit de suelo guardan estrecha relación con tales percepciones, desde el momento en que ambos factores alteran la relación que establecen los grupos domésticos entre la tierra, la explotación y la familia. Dicha secuencia no sólo actúa a un nivel socioeconómico, sino que al operar también en un plano simbólico dificulta la comprensión de actividades tan fragmentarias y la inclusión de las mismas en el universo familiar.

GRAFICO 45

EFFECTIVOS FAMILIARES



4.1.2.- DISTRIBUCION POR EDAD Y SEXO

Aunque de modo menos decisivo que el que marca el número de los efectivos del grupo, el tamaño y, sobre todo, la composición de la unidad doméstica dependen también de la edad y del sexo de sus miembros, ya que ambos elementos determinan la aptitud de tales componentes y de la propia familia para el desarrollo de sus funciones.

Hemos de puntualizar antes que nada que, en lo relativo a la edad de los miembros del grupo que trabajan en la explotación, sólo disponemos de datos exactos y recientes para los cabezas de familia y otros parientes de éstos. En este último epígrafe se incluyen generalmente los padres, hermanos, primos y cuñados solteros de los cabezas de familia. A partir de los años cumplidos por los cabezas de familia podemos estimar, no obstante, los correspondientes a sus cónyuges. Para extrapolar la edad de los hijos nos vemos limitados por este mismo valor y por la variable influencia de la emigración. Mucho mayor todavía es la carencia de magnitudes actuales relativas al sexo de los efectivos domésticos que trabajan en la explotación, puesto que las diversas fuentes estadísticas manejadas no introducen diferenciaciones de género dentro de la ayuda familiar, salvando la concerniente a los cónyuges.

Con todo, y comenzando por el análisis de la edad de los componentes de la unidad doméstica, señalaremos que, como acabamos de ver en el examen de los efectivos del grupo, éste se encuentra integrado básicamente por el cabeza de familia y su cónyuge, no superando el valor medio comarcal de ayuda familiar la barrera máxima de 0,28 miembros que detenta las Vegas. De tal forma, conociendo los años de los cabezas de familia y pudiendo calcular que los de los cónyuges son similares a los que poseen aquéllos, nos hacemos una idea suficientemente completa de la edad media de los distintos grupos domésticos de la región; máxime cuando es posible saber con cierto detalle las edades de otros parientes y estimar también, aunque con menor garantía que para los consortes, las de los hijos.

En este sentido, recordemos del capítulo 2 que, del total de los titulares de explotaciones o cabezas de familia, sólo el 4,1% cuenta con menos de 34 años, que de esta edad a 54 hay un 31,9%, que un 32,9% se halla en el intervalo de los 55 a los 65 y que, finalmente, un 31,1% sobrepasa los 65. Tales porcentajes, aun siendo inferiores a los de Guipúzcoa, Vizcaya, Orense y Lugo (I.N.E., 1993a: 75-87), son muy ilustrativos de la falta de relevo de los padres por los hijos al frente de la gestión de las explotaciones y del resto de los cometidos familiares. Y al tiempo, si comparamos estos baremos con los existentes hace veinte años, advertimos que la edad activa de los cabezas de familia se prolonga hoy mucho más que en el pasado, por encima de la que define a los titulares de explotaciones de buena parte de las regiones españolas y, todavía a mayor distancia, de la que se observa para los empleados de fuera del sector agrario en el ámbito global del territorio madrileño.

Por su parte, calculamos que la edad de los cónyuges proyecta unos porcentajes similares a los de los cabezas de familia, salvando el caso de los tramos de menos de 34 años y de más de 65. La incidencia, sobre todo, de la soltería en el grupo de titulares de explotaciones con menos de 34 años y de la viudedad en el que supera los 65, nos lleva a pensar que ambos tramos cuentan con un porcentaje de cónyuges inferior al apuntado para los cabezas de familia. En dirección inversa, aumenta respecto a los cabezas de familia la proporción de cónyuges que corresponde a los tramos de edad intermedios entre el bloque de menos de 34 años y de más de 65.

Por su lado, en lo que respecta a la edad de los hijos, poco es lo que nos informa el vigente censo agrario del I.N.E. sobre ayudas familiares, habida cuenta de que el grueso de los descendientes de la unidad doméstica aparece englobado, sin ninguna diferenciación por tramos, en el grupo de menos de 34 años. Nos queda suponer entonces que allí, donde son más jóvenes los cabezas de familia, se aminoran en paralelo los años de sus hijos. A ello hay que agregar que, debido a la fuerte emigración que padece la región, se percibe que la mayoría de los hijos con edades entre 18 y 34 años se han alejado de la familia, lo que provoca un doble efecto de signo aparentemente contrario: el envejecimiento del conjunto de la unidad doméstica, donde hay menos niños y adolescentes, y un gran protagonismo de éstos en los territorios en que alcanzan un número superior. Tal apreciación, al avalar todavía más la analogía que hemos establecido entre los años de los cabezas de familia y los de sus hijos, parece dar a entender que la edad media de los descendientes del grupo doméstico es en toda la región marcadamente elevada.

Por último, en lo relativo al capítulo de otros parientes de la unidad familiar, constatamos que un 35,7% de los mismos se encuentra entre los 35 y 54 años, un 10,6% posee menos de 64 y más de 55, y un 5,1% excede de 65 (I.N.E., 1991: 118-120). A la luz de tales porcentajes y en virtud de quienes los protagonizan, hemos de manifestar que, frente a lo que sucede en otras regiones, dichos miembros del grupo rejuvenecen la edad de conjunto de la unidad doméstica y que, al contrario de lo que podría desprenderse de los efectos de la emigración, son más numerosos los hermanos, primos y cuñados del cabeza de familia que los padres de éstos.

En cualquier caso, la juventud que introducen estos últimos efectivos, muy poco significativos en número sobre el total de los integrantes de la familia que trabajan en el campo, apenas incide en los niveles medios de edad que presenta el grupo doméstico en la región, cuyo elevado índice de envejecimiento, a causa esencialmente de la emigración habitual de los miembros más jóvenes, resulta muy superior al de otras áreas rurales del Estado y, desde luego, al que caracteriza en todo el territorio madrileño a las actividades económicas de fuera del sector agrario. No obstante, hay que matizar que desde el inicio de los años ochenta se produce un cierto rejuvenecimiento de todos los componentes de la familia a raíz de la contención de las migraciones, de la vuelta al campo de antiguos emigrantes y del asentamiento de parados de la ciudad.

Pero, la edad media que distingue a la familia en el ámbito global de la región varía notablemente de unas a otras comarcas. Como vimos en la tabla 55 y traemos ahora de nuevo a colación en el cuadro 77, el índice de envejecimiento de los cabezas de familia proyecta, de mayor a menor, la siguiente secuencia comarcal: Suroccidental, Lozoya-Somosierra, Campiña, Guadarrama, Area Metropolitana y Vegas. Esta misma secuencia la describen los cónyuges, aun cuando, al haber sido efectuada exclusivamente a partir de los bloques de edad de menos de 34 años y de más de 65, hemos de pensar, por las razones ya esgrimidas, que los porcentajes que corresponden a esos tramos son en realidad algo menores que para los cabezas de familia. Ambas secuencias indican de forma definitiva en cada comarca la edad media del grupo doméstico debido a la fiabilidad que les confiere el gran número de miembros de la familia que recogen. Sin embargo, debemos señalar dentro de cada territorio cómo la edad de los hijos y de otros parientes del grupo acentúa o rebaja el nivel medio de envejecimiento del conjunto de la familia. En esta línea, el índice de edad de los hijos, como ya expresamos más arriba, viene dado por el porcentaje de cabezas de familia con menos de 34 años que existe en las distintas comarcas. Entre mayor es el porcentaje de dichos cabezas de familia que reúne cada comarca menor suele ser la edad de sus hijos. En orden de mayor a menor edad, los hijos dan lugar, por tanto, a esta secuencia comarcal: Suroccidental, Guadarrama, Lozoya-Somosierra, Campiña, Area Metropolitana y Vegas. Por otro lado, examinando la información que nos proporciona el I.N.E. sobre la edad del resto de los parientes del grupo doméstico en el apartado de ayudas familiares, podemos precisar que su índice de envejecimiento alcanza valores máximos en el Area Metropolitana y, sobre todo, en Guadarrama. Unos niveles de tipo medio presentan Lozoya-Somosierra y la Campiña. Y tales valores son los mínimos de la región en la comarca Suroccidental y especialmente en las Vegas.

TABLA 77

EDAD DE LOS MIEMBROS DE LA FAMILIA. % SOBRE EL TOTAL DE INDIVIDUOS SUMADOS POR CADA TIPO DE MIEMBRO.

AREAS	Cabezas de Familia y Cónyuges		Otros Parientes	
	<34	>65	>55 y <65	>65
Suroccidental	2,5	35,8	22,23	2,03
Lozoya-Somosierra	4,5	38,7	9,01	1,41
Campaña	4,7	32,6	11,42	1,95
Guadarrama	3,6	17,2	1,17	0,03
Area Metropolitana	5,0	24,1	7,56	0,78
Vegas	5,0	28,3	38,9	3,64

I.N.E., 1991: 112-120. Elaboración propia.

El elevado índice de envejecimiento de los efectivos familiares de Lozoya-Somosierra y de la comarca Suroccidental tiene diferentes repercusiones para uno y otro territorio. Mientras que en el primero agrava la gran precariedad numérica de los componentes del grupo que trabajan en la explotación y dificulta en extremo la propia continuidad de la familia, en el segundo limita seriamente la aptitud de unos efectivos domésticos que permiten un importante nivel de suficiencia y cohesión a la unidad familiar. No en vano, Lozoya-Somosierra revela unas tasas de migración muy superiores a las de los municipios suroccidentales, que sólo en los últimos años parecen haber dejado de crecer y reflejan la vuelta de antiguos emigrantes, pero que no impiden que los ancianos sean el componente social dominante en la familia y la comunidad. Tanto por su magnitud como por sus actividades, el papel de los ancianos está indisolublemente unido a muchos de los rasgos sociales y económicos de Lozoya-Somosierra. Si frente a los ancianos, el resto de la población adulta no es demasiado significativa, todavía menos importantes son los jóvenes, aun cuando muchos de ellos siguen empadronados en sus localidades de origen hasta que se casan y construyen un nuevo hogar, habitualmente, fuera del lugar donde han crecido. Tal envejecimiento resalta extraordinariamente, por lo demás, el protagonismo de los niños en todas las comunidades y de manera muy singular en las que se hallan casi despobladas, ya que el horizonte que dibuja la correlación entre los distintos grupos de edad se ensombrece a medida que disminuyen los efectivos demográficos de las diversas localidades. Por contra, en las comunidades más pobladas hay mayor equilibrio entre los diferentes grupos de edad y se aprecia menos carencias de niños y sobre todo de jóvenes.

APTITUD DE LOS EFECTIVOS DOMESTICOS POR SU EDAD



En segundo término, en lo relativo al sexo de los componentes de la unidad doméstica, hemos de apuntar que, dados los índices de soltería y viudedad de los cabezas de familia, el núcleo primario del grupo indica una ligera prevalencia de los varones sobre las mujeres. Por consiguiente, y teniendo en cuenta lo limitada que es la cifra de ayudas familiares, esta pequeña desproporción define ya de manera muy aproximada la distribución por sexos de las unidades domésticas de la región. Aun así, resulta obligado cuantificar el género de la ayuda familiar, si bien al no contar con fuentes estadísticas recientes que desglosen el sexo de esta aportación, tenemos que estimarlo tanto para los hijos como para otros parientes. Tal cálculo parte del supuesto de que entre mayor es la aportación total de ayudas familiares más equilibrio suele haber entre el sexo de quienes la integran. De esta manera, la precariedad de la ayuda familiar en el conjunto de la región no parece favorecer demasiado el equilibrio entre varones y mujeres. Además estas últimas se han incorporado antes y en mayor cuantía que los varones a empleos de fuera del sector agrario, muestran mucha más inclinación que los hombres a relacionarse y contraer matrimonio con individuos ajenos a su sociedad de origen y son más permeables a los patrones de comportamiento urbano. Prueba de ello es que ya en 1982 el porcentaje de mujeres dentro de la ayuda familiar sólo significaba un 30,5%, que era sensiblemente inferior al de Barcelona -49,9%- , Guipúzcoa -51,1%- y Vizcaya -55,0%- (I.N.E., 1984c: 130-152). Y presumiblemente, atendiendo a la composición de la emigración campesina, ese porcentaje debe ser en la actualidad bastante más bajo.

En suma, la estructura regional que determina el sexo de los efectivos domésticos se inclina más al lado de los varones que al de las mujeres. Pero tal estructura varía entre unas y otras comarcas, si nos fijamos en la diferencia que marca la tabla 76 entre la cuantía de los cabezas de familia y la de su ayuda doméstica. En este sentido, y siguiendo con la analogía que acabamos de mencionar, entre mayor es el número de miembros que dependen del cabeza de familia más proporción suele existir entre hombres y mujeres. Atendiendo a dicha tabla, las Vegas registra el mayor equilibrio de la región entre hombres y mujeres, correspondiendo a

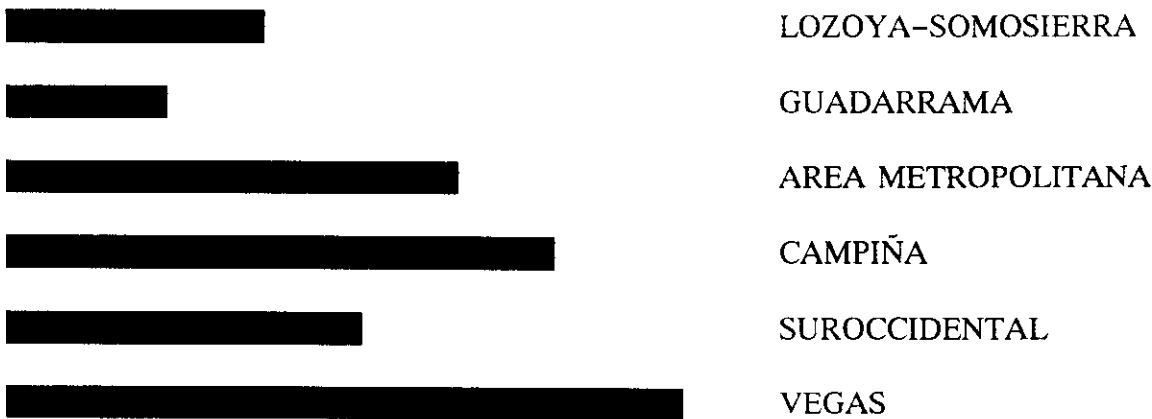
Guadarrama el valor más bajo. Entre ambos extremos se encuentra el resto de los territorios madrileños, ajustándose, de mayor a menor equilibrio, al siguiente orden: Campiña, Area Metropolitana, Suroccidental y Lozoya-Somosierra.

Una nota muy característica del conjunto de las familias de la región y, en particular, de las de las zonas de mayor asentamiento de primeras y segundas residencias –Area Metropolitana y Guadarrama– es el empleo de un alto porcentaje de mujeres, incluidas las casadas, en el servicio doméstico. Esta opción laboral abre para las mujeres una vía migratoria más rápida y fácil que para los hombres, mediatizada la mayoría de las veces por parientes emigrados y por primeros y segundos residentes que, en no pocas ocasiones, se convierten también en sus empleadores. Hace décadas tal ocupación alejaba a las mujeres de su familia durante largo tiempo o de forma casi permanente, pero desde mediados de los setenta buena parte de ellas se ausenta sólo las horas de su jornada laboral o los días laborables de la semana. Lo hacen hoy posible la gran movilidad que proporciona el transporte, esencialmente el privado, y la eventualidad y el acortamiento de la jornada que distingue en la actualidad al servicio doméstico. Esta migración pendular permite a las mujeres, especialmente en las Vegas y la comarca Suroccidental, cooperar en la explotación y desempeñar en la familia parte de las funciones que tradicionalmente se les asignaba.

Otra nota singular que merece resaltarse en relación con las mujeres del grupo es que, a menudo, se emplean como asalaria las fijas y eventuales en explotaciones distintas a las de su familia. La Campiña y el Area Metropolitana poseen los mayores porcentajes regionales de mujeres contratadas, perteneciendo asimismo a estas dos comarcas la mayoría de los efectivos femeninos que practican dicho empleo.

GRAFICO 47

PROPORCIONALIDAD DE SEXOS EN LA FAMILIA

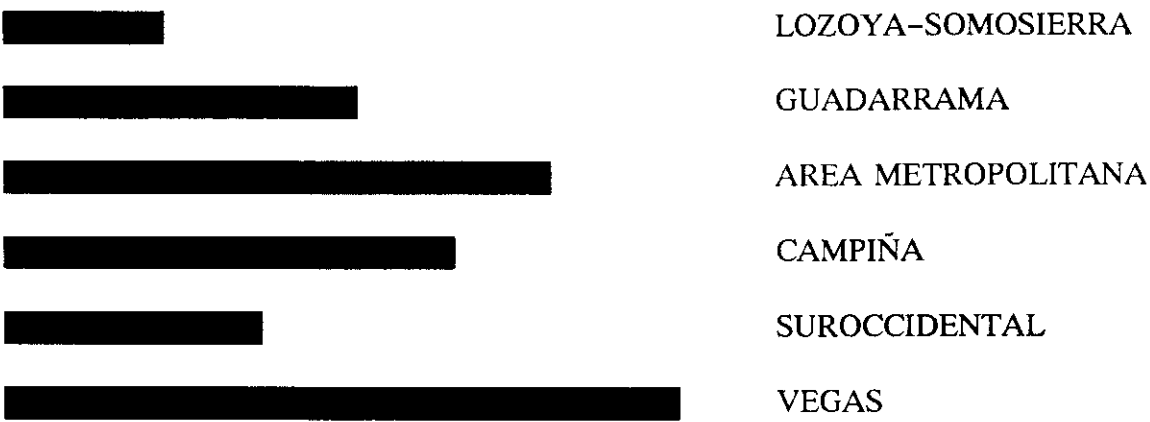


En suma, considerando globalmente la distribución por edad y sexo de los efectivos del grupo en las diferentes comarcas, podemos concluir que ambas características hacen que las familias de las Vegas encuentren menos dificultades para el desempeño de sus funciones que

el resto de las unidades domésticas de la región. Tales limitaciones ascienden escalonadamente en la dirección que marca la secuencia siguiente:

GRAFICO 48

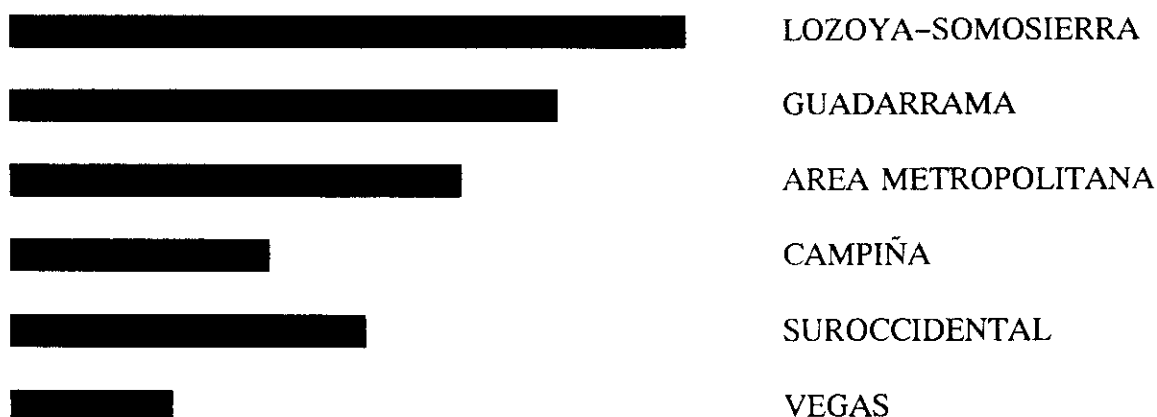
APTITUD DE LOS EFECTIVOS FAMILIARES POR SU EDAD Y SEXO



Para concluir, del análisis de los efectivos del grupo y de su distribución por edad y sexo inducimos que las unidades familiares de las Vegas son las que menos alteraciones han sufrido en su tamaño y composición y, por tanto, en orden a la consecución de sus objetivos socioeconómicos. Igualmente, son las que más se diferencian en este aspecto de las instituciones primarias urbanas y para las que, a la hora de organizar sus diversos cometidos, cuenta en mayor medida su tamaño y composición. Todo ello significa que, en lo relativo a su tamaño y composición, se trata de las familias que menos acusan su nexo asimétrico con la sociedad mayor y de las que mejor han sabido adaptarse y sobrevivir frente a la adversa situación que les plantea esa instancia social más amplia y hegemónica. Hablamos, en consecuencia, de las unidades familiares menos dependientes de la región en su tamaño y composición respecto a la sociedad mayor. Todas estas regularidades pierden algo más de consistencia en la Campiña y, después, en la comarca Suroccidental para irse desdibujando en el Area Metropolitana, en Guadarrama y particularmente en Lozoya-Somosierra.

GRAFICO 49

NIVEL DE ALTERACION DEL TAMAÑO Y DE LA COMPOSICION DE LA UNIDAD FAMILIAR



4.2.- DIVISION SOCIAL DEL TRABAJO

Junto al tamaño y a la composición del grupo, la división social del trabajo de la unidad doméstica es otro de los factores que define los distintos tipos de familia de la región, al indicar la forma en que éstos organizan el conjunto de su actividad y asumen el desempeño de sus cometidos. La mayor o menor alteración que presenta tan importante estructura organizativa de la vida familiar, aparte de estar ligada a las características que confieren al grupo su tamaño y composición, viene dada por la variable intensidad del trabajo de la familia, por la profundidad de las modificaciones que experimentan las funciones realizadas por cada uno de sus miembros y por el tipo de relaciones de reciprocidad y cooperación que la vinculan con otras unidades domésticas de su comunidad. De este modo, entre mayor es la intensidad laboral del grupo y la transformación de las funciones de los efectivos domésticos y menor peso revisten los lazos interfamiliares de reciprocidad y cooperación, más alteraciones acusa la división social del trabajo de la familia. Tales cambios, paralelos a una creciente aceptación de modelos sociales urbanos por la familia campesina, ponen de manifiesto cómo el grupo, además de verse obligado a sumar a sus propias tareas las que le impone la sociedad mayor, en detrimento muchas veces del cumplimiento de las primeras, tiende a incorporar la forma de ejercer unas y otras que le marca dicha instancia social más amplia y hegemónica. De ahí, que los diferentes tipos de familia de la región queden delimitados, en última instancia y lo mismo que vimos al hablar del tamaño y de la composición del grupo, por su variable nivel de dependencia respecto a la sociedad mayor. Con todo, tal índice de dependencia no sólo expresa el nexo asimétrico de la unidad familiar con la sociedad mayor, sino que plasma también los mecanismos de adaptación desplegados por el grupo para garantizar su supervivencia.

4.2.1.- INTENSIDAD DEL TRABAJO FAMILIAR

Todos los ingresos que perciben las familias campesinas de la región durante un año completo⁸⁶ no sufragan únicamente sus necesidades materiales y de socialización⁸⁷. Tiene que cubrir, aparte, las demandas económicas y sociales que de manera creciente les plantea, particularmente desde los años sesenta, la sociedad mayor. Además, la satisfacción de este último imperativo no conforma un capítulo estanco del gasto familiar, sino que va unido a un aumento continuo de los requerimientos del grupo. En este sentido, entre mayores han resultado las demandas exógenas a la unidad doméstica más se han acrecentado las necesidades globales y de cada uno de los miembros de la familia. La general aceptación de los modelos de consumo urbano no es ajeno a ello.

En virtud de ello, el grupo se ha visto obligado en el conjunto de la región a intensificar su actividad productiva a lo largo de todo el año, tratando de obviar en lo posible algunos de los rasgos específicos de la organización del trabajo en el sector agrario que, no obstante y en contraste con la industria u otros ámbitos económicos, sigue estando asociada en lo fundamental a determinados momentos favorables del día y del ciclo anual y a las condiciones físicas –clima, luz, astros– propias de tales ocasiones. Asimismo, el calendario laboral de la familia tiende, más que en el pasado, a modificar la naturaleza eminentemente estacional e irregular del trabajo en el agro que implica, a veces –siembra, siega, cosecha–, una acumulación excepcional de esfuerzo y, que otras muchas ocasiones –invierno–, deja desocupada a buena parte de los efectivos domésticos. Aun así, tales alteraciones son sustancialmente inferiores a las constatables en muchas áreas españolas, frente a las que la intensidad productiva de la región, como ya referimos en el capítulo anterior, se sitúa en unos niveles medios que no modifican demasiado los ya patentes en la década de los sesenta. Al lado de explotaciones altamente intensificadas, que se han adaptado al máximo a los mandatos del mercado, subsisten otras muchas de carácter extensivo no tan pendientes del tipo y de la magnitud de productos que reclaman los circuitos comerciales.

De todas maneras, el incremento de la intensidad del trabajo familiar que muestra toda la región no sólo afecta al calendario productivo, repercute principalmente en el monto, la dureza y el ritmo del esfuerzo que deben realizar los miembros del grupo para obtener unos ingresos mayores y poder afrontar las exigencias de toda índole que entraña su consumo material y social. Y ello, con independencia en muchos casos del número de efectivos que cooperen en la explotación, ya que el objetivo básico que persigue esa intensificación no consiste tanto en ocupar la mano de obra familiar como en dar satisfacción a las necesidades de consumo de la unidad doméstica. El volumen de la actividad familiar, por consiguiente, se guía más por el consumo que por la fuerza de trabajo disponible, lo que repercute negativamente en el bienestar y en la tasa de autoexplotación del grupo, habida cuenta de la general carencia de efectivos que, a causa de la emigración, caracteriza a las familias de la región, de la consecuente implementación del esfuerzo que hay que efectuar para sustituir la aportación de los miembros ausentes y de la escasa contratación de asalariados. El desarrollo

que adquiere la agricultura a tiempo parcial en las dos últimas décadas obedece justamente a tal estrategia familiar, frenada únicamente por el límite natural que supone el llevar la intensidad laboral hasta el punto de terminar acabando con el bienestar que se pretende con ella.

La desaparición de muchas familias campesinas se explica precisamente por el hecho de haber rebasado ese límite natural, pero la continuidad de otros tantos grupos domésticos en la región demuestra que, al llegar a tal punto de inflexión, ha resultado vital reequilibrar el balance entre consumo y trabajo, deteniendo la multiplicación de ambos. Para estas últimas familias un mayor aumento de su trabajo, incluso a cambio de una alta remuneración, no sólo habría sido económicamente desventajoso e ineficaz, podría haber implicado su fin. Todo incremento forzado de la intensidad laboral por encima de un nivel óptimo, aparte de desbordar la capacidad de trabajo del grupo y de ampliar la extracción de excedentes de la familia, habría reducido la remuneración de la misma, pues, por muy altos que fueran los ingresos percibidos, hubieran crecido cuando menos en la misma proporción los gastos de recuperación del esfuerzo familiar y la depreciación subjetiva del consumo obtenido por esa vía. En relación con este último aspecto, hemos de destacar cómo la búsqueda del ocio, impuesta en buena medida por actitudes ajenas a las comunidades rurales, al tiempo que impulsa una intensificación laboral para ganar días de descanso, es valorada por el grupo como un elemento muy importante de su bienestar que tiende a limitar la fatiga y la dureza del trabajo.

Estos parámetros regionales varían bastante de unas a otras comarcas en función de la intensidad productiva existente en cada una de ellas, de la necesidad de sustituir la mano de obra emigrada, del mayor o menor ejercicio de la agricultura a tiempo parcial y de la contratación de asalariados. Conforme a dichos criterios, ya analizados en el capítulo pasado, la máxima intensidad laboral de la región corresponde a las Vegas y, a continuación, a la Campiña; mientras que los valores mínimos se hallan en Guadarrama y sobre todo en Lozoya-Somosierra. Entre ambos extremos se sitúan la comarca Suroccidental y el Área Metropolitana.

Una de las consecuencias más significativas de la intensidad productiva de las Vegas y de la Campiña es su notable índice de operaciones de compra-venta y de arriendo de tierras. En clara correspondencia con el hecho de que en ambas comarcas el tamaño del grupo que trabaja en la explotación sea más extenso que en el resto de los territorios de la región, la familia persigue aumentar su prosperidad ampliando sus recursos y la aportación laboral de sus miembros. A pesar de que el coste del suelo no es caro en ninguno de estas dos comarcas, la consecución de este objetivo no impide incluso que el grupo llegue a pagar un precio por sus nuevas tierras que supere el valor medio de mercado. La justificación de tal gasto en base al bienestar de la familia y a la optimización del empleo doméstico no le resulta irracional; lo mismo que, sobre todo en el caso de las Vegas, tampoco se lo parece su elevado insumo de bienes de origen industrial, que tanto agrava su endeudamiento, el imperativo de competir con otras producciones agrarias o el orientar la explotación hacia los productos más rentables.

El objetivo de tal intensidad productiva no estriba en el lucro, en lograr el máximo nivel de remuneración y de rendimiento del trabajo familiar o en tratar a la mano de obra del grupo como un valor de cambio, sino en contemplarla como un valor de uso, en obtener bienestar para la unidad doméstica sin romper el equilibrio básico entre consumo y trabajo⁸⁸. Dado que la explotación es a la vez empresa y economía doméstica, una vez satisfechos los requerimientos del consumo material y social de la familia carece de sentido seguir intensificando el trabajo. Si hasta este momento la intensidad laboral se toma como algo ventajoso, superado ese punto sería un empeño desventajoso. Ni el endeudamiento ni los altos costes de producción, que conlleva la intensidad productiva de estas dos comarcas, responden a la supuesta racionalidad económica⁸⁹ que informa toda actividad en la que prima el capital sobre cualquier otro componente, hay que contextualizarlos dentro de una lógica en la que el trabajo se concibe como una prestación social a la familia y no simplemente como un servicio económico.

En cualquier caso, todo ello no quita para que tanto en las Vegas como en la Campiña la familia asigne a la tierra un papel diferente del que le atribuyera antaño dentro del proceso productivo. Al acrecentarse respecto al pasado la extracción de excedentes de la unidad doméstica, se incrementa en paralelo el producto bruto que ésta tiene que conseguir para no rebajar su nivel de bienestar. De esta forma el grupo ya no puede limitarse tanto al espacio alcanzable por su fuerza de trabajo o intensificar la producción –competitividad con otras producciones agrarias, compra o arriendo de nuevas tierras, uso de bienes de origen industrial, orientación hacia los productos más rentables– con el único objetivo de mejorar su propio equilibrio interno. Se ve obligado a transformar en cierto modo los fundamentos tradicionales de su relación con la tierra, cuya lógica se venía basando en la adecuación de las dimensiones y de las características de la superficie explotada con el tamaño y la composición de la unidad familiar. Tal correlación determinaba unos topes de intensidad productiva y de ampliación del suelo, que hoy la familia se ve forzada a obviar en parte, aun cuando con ello, y debido precisamente a esta razón, obtenga una casi automática disminución de los precios de los productos en el mercado, unos excedentes adicionales que debe transferir fuera del grupo y unos rendimientos decrecientes que son fruto del aumento de un esfuerzo no debidamente compensado. Ocurre, por otro lado, que, cuando la familia no puede adquirir nuevas tierras a causa de la creciente acaparación del suelo para fines urbanos, de su excesivo precio o del desfase entre la superficie hipotéticamente explotable y la disponibilidad de efectivos, procede a una mayor utilización de bienes de producción de tipo industrial. Así, lo que inicialmente puede ser un ahorro se convierte en una fuente de superiores gastos, que termina constituyendo un nuevo motivo para intensificar la producción y que, entre otros efectos negativos, contribuye a la esquilmación de un medio, la tierra, tradicionalmente sagrado para el grupo y más considerado como un miembro especial de la familia que como un bien.

Otro efecto que genera la intensidad laboral de la familia en las Vegas y la Campiña consiste en la modificación, respecto a décadas atrás, de algunos de los aspectos de la filosofía del trabajo doméstico referentes a la valoración del esfuerzo del grupo. Por

comparación, en gran medida, con las retribuciones que perciben los efectivos emigrados, los asalariados de las explotaciones y los miembros de la familia que ejercen la agricultura a tiempo parcial, la unidad doméstica persigue más que en el pasado que la remuneración de su trabajo sea compensatoria del esfuerzo individual³⁰, se cuantifique en dinero y esté acorde con los baremos del mercado laboral. Al igual, habida cuenta de que al grupo le cuesta más hoy alcanzar el equilibrio básico entre su esfuerzo y el consumo que necesita, se le hace más difícil aceptar unas bajas remuneraciones por hora trabajada, pese a que éstas cubran los requerimientos de la unidad familiar. Ya no resulta tan frecuente que, por necesidad, la familia desempeñe actividades que a primera vista no son provechosas y que, por razones obvias, posibilitan la continuidad del grupo en condiciones que por sí mismas llevarían a la ruina a cualquier explotación capitalista.

Asimismo, a diferencia de lo que ocurría en los años sesenta, la búsqueda del valor real de los productos en el mercado actúa más de condición *sine qua non* para que la familia continúe al frente de su explotación. Tal correlación no obedece sólo a la mencionadas alteraciones de la filosofía del trabajo doméstico, sino a la elevación de la cuota de excedentes que se transfiere fuera de la familia y, en consecuencia, de los baremos de ingresos que se atribuye el grupo.

A la par, la intensidad laboral de la familia está muy unida al gran impulso de la agricultura a tiempo parcial, sobre todo en las Vegas. Esta dedicación que afecta a un alto porcentaje de unidades domésticas ha contribuido mucho a la eliminación de los periodos de descanso del grupo, ya que un buen número de tareas se tiene que posponer a las últimas horas del día o a los fines de semana, una vez desempeñada la jornada al margen de la explotación. A esto hay que agregar que normalmente se hace coincidir las vacaciones anuales del empleo fuera de la explotación con los momentos de máxima actividad agraria. Aunque, tanto en la Campiña como singularmente en las Vegas, los altos índices de desarrollo de la agricultura a tiempo parcial dentro del sector agrario y en la propia comunidad contrarrestan la dureza de tal actividad, no eliminan la sobrecarga de trabajo y el pluriempleo que implican para el cabeza de familia y para el resto de los componentes del grupo. La práctica de la agricultura a tiempo parcial viene a confirmar, de este modo, que los márgenes de tiempo libre se conciben en gran medida como momentos disponibles para que trabaje la mano de obra familiar.

Por último, la intensidad laboral de las Vegas y la Campiña guarda estrecha relación con que ambas comarcas sean las que llevan a cabo una mayor contratación de personal asalariado de toda la región. Por mucho que tal contratación no cumpla tanto la función de sustituir la mano de obra familiar como la de auxiliarla, es indudable que la cantidad de trabajo que debe desarrollar la familia no puede ser abarcada en solitario por los efectivos domésticos. Este imperativo genera unos costos al grupo que le obliga todavía más a intensificar su trabajo y que le hace entrar en el círculo vicioso de recurrir continuamente a contratar asalariados.

En contraposición a las Vegas y la Campiña, las familias de Guadarrama y, en especial, de Lozoya-Somosierra son las que menos intensidad imprimen a su trabajo del conjunto de la

región. Sus niveles de intensidad tienen poco que ver con el ejercicio de la agricultura a tiempo parcial y la contratación de asalariados. Son correlativos, sin embargo, a la carencia de efectivos del grupo. En Guadarrama influye, además, la gran aceptación de los modelos de consumo urbano y la profunda extracción de excedentes acusada por la familia, que elevan el monto anual de los ingresos requeridos por la unidad doméstica para sufragar sus demandas materiales y sociales. Este desequilibrio entre consumo y trabajo se aminora substancialmente en Lozoya-Somosierra a causa del mayor tamaño de la unidad familiar dedicada a la explotación, de su escaso embargo de excedentes, de la mucho menor aceptación de los patrones de consumo urbano y de la escasa intensidad de su producción, muy sujeta a las limitaciones naturales del ciclo agrario y a la eventualidad de que a unos años buenos les sigan otros malos en los que decae el consumo y se hace casi imposible el ahorro.

En cualquier caso, tanto en una como en otra comarca, no se puede decir que el grupo permanezca desocupado durante mucho tiempo. Los cabezas de familia están mañana y tarde en la explotación, cuando no se emplean fuera de ella en la construcción o los servicios para aumentar los ingresos domésticos, ya que en tal supuesto deben prolongar su dedicación a la producción agrícola o ganadera durante los fines de semana, las primeras horas del día y las finales de la tarde. Unicamente pueden aminorar esta ampliación de su calendario laboral, cuando concurre la circunstancia de que su empleo fuera de la explotación se desenvuelve en otras unidades productivas campesinas; lo que no es demasiado frecuente y, en lo que respecta a las actividades ganaderas, se circunscribe habitualmente a las épocas de libre pastoreo, o sea, de otoño a la primavera. La reparación de herramientas y diversos utensilios de labor y el arreglo de la casa o de los muebles forman parte igualmente de la jornada laboral de los cabezas de familia. Sus cónyuges, atadas a las labores de la casa y de la granja familiar, suelen dedicar parte de la mañana o de la tarde a trabajar en la explotación, si no están contratadas en actividades de limpieza o en otros servicios. Y mientras que los hijos que no han emigrado y tienen la edad suficiente para estar en la explotación realizan una jornada muy similar a la de su padre, los que se hallan escolarizados acostumbran a destinar a las labores agrícolas o ganaderas un número de horas parecido al de la madre. A no ser que medien inclemencias climáticas, el ocio cotidiano se limita, para las mujeres, a los ratos de la compra en los comercios o a los que pasan sentadas en la puerta de la casa mientras cosen o efectúan cualquier otra tarea doméstica que se lo permite; y para los hombres, a las ocasiones en que visitan el bar después de comer, antes de cenar o más raramente a primera hora de la mañana.

Pero, si el ocio en los días laborables es restringido, la búsqueda del mismo en Guadarrama durante los fines de semana y los meses estivales constituye un motivo más para imprimir al trabajo una mayor intensidad que la que posee en Lozoya-Somosierra. Aquí, el ahorro salarial que proporciona a la familia el ceñirse prácticamente a sus propios efectivos y la poca marcada incidencia de la agricultura a tiempo parcial y de la producción intensiva condicionan, más que en ningún otro territorio de la región, que la contabilidad de las explotaciones se cierre durante el verano o inmediatamente después y que, por consiguiente,

sea en este momento cuando se planifiquen casi con exclusividad los largos periodos de descanso. Con las vacaciones el tiempo deja de ser medido en función del trabajo y pasa a serlo por las actividades lúdicas que se emprenden, no importando demasiado las diferencias entre la mañana y la tarde o el día y la noche. En la actualidad es más frecuente que se utilicen estas vacaciones para trasladarse a lugares típicos de veraneo, pero todavía muchos vecinos de Lozoya-Somosierra las siguen aprovechando para buscar en su propio municipio o en otros vecinos un contacto íntimo con la naturaleza por medio de excursiones locales, la pesca, la caza o los baños en los ríos. Una actividad lúdica bastante común de esta comarca serrana es la recogida de caracoles, hierbas y setas comestibles por parte de grupos de familias, parientes o amigos que aprovechan este motivo para relacionarse y degustar colectivamente los productos reunidos. Junto a dichas diversiones también se organizan partidos de fútbol entre pueblos próximos u otras competiciones deportivas y se abren, en particular para los jóvenes, muchas de las discotecas que permanecen cerradas a lo largo del año y que sólo en esta época pueden rivalizar con las de Buitrago o las de otros núcleos más poblados, que están abiertas todos los fines de semana.

Tales periodos estivales o de fin de verano, al igual que en el resto de la región, suelen coincidir además con la celebración de las fiestas mayores que, organizadas masivamente en la primera quincena de septiembre, son una de las mejores formas no sólo ya de ordenar el tiempo y el ciclo vital (García García, 1982: 52, 1991: 256) sino de remunerar la mano de obra familiar, sobre todo tras las tareas que rodean a la cosecha que son las más intensas del ciclo anual. Esperadas durante todo el año como fechas y sucesos clave ante los que hay una respuesta generalizada, estas celebraciones de verano son las más vistosas y masivas del calendario festivo y marcan el intervalo, la transición, que media entre el fin de un ciclo agrario y el comienzo de otro, entre el momento de máximo y de mínimo trabajo del grupo, entre el tiempo laboral y el de ocio o festivo, entre una actitud seria y otra alegre (Velasco, 1982a: 8, 1982b: 172). Son días obligados de descanso y de estrechar los lazos entre los miembros de las familias y entre éstas y su comunidad, que se reciben con alegría y se despiden con pesar. Se da a la par la circunstancia de que, por lo general, las fiestas de una localidad no suelen coincidir con las de otras dentro de una misma comarca, por lo que el tiempo de celebraciones se alarga más allá del que instituye la propia comunidad.

Ahora bien, el que en Lozoya-Somosierra la contabilidad de la familia se cierre más que en cualquier otro territorio madrileño con la llegada del verano, abriéndose simultáneamente el periodo de ocio más largo del año, no quita para que, como también sucede en el resto de las comarcas, se habiliten momentos de descanso en otras fechas del ciclo anual que introducen una cierta discontinuidad en la sucesión de los diferentes trabajos familiares. Dichos periodos de reposo, coincidentes muchas veces con la celebración de fiestas de rango menor que las del verano y que duran menos días, acostumbran a realizarse en la primera quincena de mayo y, más raramente, en diciembre, enero, febrero, marzo y abril. Si el trabajo siempre acaba en ocio y fiesta, en el cambio de lo que es normal y cotidiano, y la máxima intensidad laboral promueve los momentos de descanso y las celebraciones de mayor rango,

otras actividades menos intensas del ciclo agrario –siembra, abonado, limpieza, pastoreo libre– también requieren sus fechas festivas y de reposo, siendo un recuerdo o anticipo de la liberación que sobrevendrá en el verano. Desde mediados de los años sesenta, y por influencia de la organización del trabajo en el mundo urbano, se constata en muchas comunidades rurales madrileñas una eliminación progresiva de tales periodos de ocio intermedios y, consecuentemente, de las fiestas menores que, en el mejor de los casos, se concentran, trasladándose a los fines de semana o al verano. No obstante, ya hemos apuntado anteriormente cómo tales modelos laborales urbanos, al tiempo que tienden a disminuir el ocio y desvincularlo de los parámetros que marcan el tamaño y la composición del grupo y la propia dinámica del ciclo agrario, también lo impulsan. De esta manera, tras unas décadas en las que desaparecen momentos de descanso tradicionales para las familias campesinas, observamos que desde los años ochenta esos periodos se han revitalizado, recobrándose de paso muchas de las fiestas que resaltaban las mencionadas fechas. Fruto de esta rehabilitación, que muestra la capacidad del grupo para adaptarse y asegurar su continuidad frente a los efectos desestabilizadores generados desde fuera de la comunidad y la homogeneización cultural que imponen los patrones urbanos, es la recuperación de la fiesta de La Vaquilla en diferentes localidades de Lozoya–Somosierra.

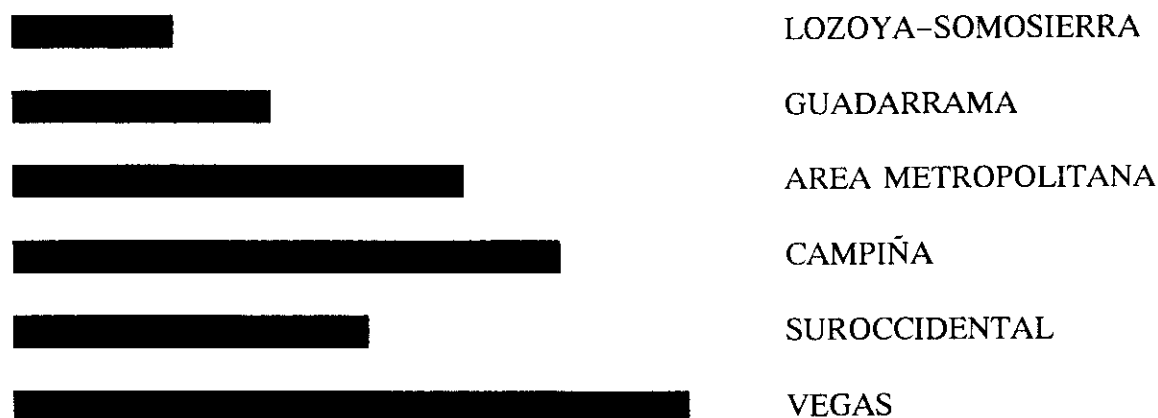
Entre la intensidad laboral que caracteriza, por un lado, a las Vegas y la Campiña y, por otro, a Guadarrama y Lozoya–Somosierra, hallamos los valores medios de la región en la comarca Suroccidental y el Area Metropolitana. El hecho de que en ambos territorios el tamaño de la unidad familiar, dedicada a la explotación, responda más que en cualquier otra comarca a la media regional está en clara correspondencia con ello. En los municipios suroccidentales el factor que más incide en la intensificación del trabajo es el ejercicio de la agricultura a tiempo parcial. Ni la emigración ni la contratación de asalariados influyen demasiado, así como aún menos la intensidad de la producción. Este último factor resulta, por contra, decisivo para entender la intensidad laboral del Area Metropolitana, donde la emigración y la contratación de personal asalariado tienen asimismo más significación que en la comarca Suroccidental. En la medida en que las explotaciones de ambas comarcas han aminorado durante las últimas décadas sus niveles de empleo asalariado, han recurrido, en paralelo, a una mayor utilización de la mano de obra familiar. El incremento del precio de las materias primas y los medios de producción, las pérdidas graduales de renta en el proceso de comercialización y transformación de los productos y, en bastantes ocasiones, la falta de rentabilidad de las explotaciones han contado tanto o más para no abusar de tal contratación que la necesidad de no intensificar en exceso el trabajo del grupo a largo plazo. Como quiera que sea, la intensidad laboral y el tiempo de ocio de las familias de la comarca Suroccidental se asemejan a cuanto hemos reseñado para Lozoya–Somosierra y Guadarrama, mientras que estos mismos aspectos en el Area Metropolitana no distan demasiado de lo que se ha señalado para las Vegas y la Campiña.

Una característica bastante acusada del Area Metropolitana es que, a pesar de que el tamaño de las unidades familiares no siempre lo permite, el grupo suele ampliar por encima

de niveles óptimos el espacio abarcable por su fuerza de trabajo, procediendo a una intensificación de su producción. No resulta casual que la dimensión de las explotaciones y el índice de tierras arrendadas alcancen en esta comarca los niveles máximos de la región. Aun cuando con dicha ampliación se aminora inevitablemente la remuneración unitaria de la fuerza de trabajo, tal procedimiento es para muchas familias la única manera de incrementar el ingreso bruto de su explotación y asegurar el equilibrio básico entre el consumo y el esfuerzo de sus miembros; si bien dentro de unos parámetros de bienestar inferiores a los que existen en los grupos domésticos, cuyo tamaño está más en armonía con el de la unidad de producción.

Un último rasgo que no podemos dejar de remarcar en el Area Metropolitana es la gran transformación experimentada por el tiempo de descanso, tanto en su duración como singularmente en su carácter. La profunda penetración urbana que registra esta comarca y la adopción de muchas de las pautas de comportamiento aportadas por los efectivos emigrados del grupo, así como por los miembros que practican la agricultura a tiempo parcial, han potenciado un consumo de ocio, cuya legitimación parece depender más que en el pasado de la rentabilidad dineraria que obtiene la familia y menos que entonces de la justa compensación por el trabajo satisfactoriamente realizado en la explotación. Se valora más el resultado de la actividad y menos la actividad en sí. Pese a que aún la familia sigue concibiendo que la honorabilidad del ocio viene dada por el trabajo bien hecho en la explotación, en armonía con la naturaleza y con el buen oficio y la mera dedicación del grupo, cada vez admite más que tal supuesto sea a base de utilizar crecientemente bienes de producción de origen industrial, comprar o arrendar nuevas tierras, aumentar la competitividad con otras producciones y especializarse en los productos mejor pagados en el mercado. A la par, no sólo acepta mejor que las rentas proporcionadas por los miembros que trabajan fuera de la explotación constituyan una parte muy importante de sus ingresos totales, sino que lo busca. Todo ello conlleva que el ocio individual o familiar, obtenido por estos cauces, no sea ya puesto tan en cuestión como años atrás o despierte una actitud pública y privada de tanta hostilidad por pensar que sitúa a los individuos al margen de los cauces habituales de control, que impide mejorar la propia situación, que actúa de elemento perturbador de la estabilidad y del orden social requeridos por la familia y la comunidad. La actitud permisiva que, hace sólo tres décadas, se prodigaba en exclusiva al ocio de los forasteros y de las familias situadas en una escala social muy alta –justificado por su elevado status– o muy baja –debido a la carencia de tierras–, se generaliza ahora al grueso de la comunidad. De la mano de esta nueva naturaleza del ocio hay que entender su mayor duración y que el consumo de bienes y signos, efectuado durante los periodos de descanso, se asemeje hoy más al que llevan a cabo las familias de la urbe.

INTENSIDAD DEL TRABAJO FAMILIAR



4.2.2.- ESPECIALIZACION DE FUNCIONES

A fin de atender su consumo material y social y de llevar a cabo la socialización de sus miembros, la familia asigna a cada uno de ellos unas funciones determinadas que han de ser seguidas conforme a los principios consuetudinarios que ésta establece. Tales normas sintentizan tanto los procesos inconscientes de conducta y relación existentes en el grupo como las reglas que tratan de perpetuar, mediante su carácter normativo, la cohesión y la estabilidad de la unidad doméstica y, a través de ella, de la comunidad. La delimitación de estas funciones está en consonancia con el número de efectivos de la familia, con la edad y el sexo de los mismos y con su intensidad laboral. De este modo entre más se modifican dichos factores debido a los imperativos de la sociedad mayor, entre más contribuyen a que el grupo se asemeje a las instituciones primarias urbanas, mayor resulta la transformación de las funciones realizadas por los distintos componentes de la familia y por ésta en su conjunto; e igualmente se altera en una medida superior la forma de desempeñarlas. En definitiva, entre más acusan las funciones de la unidad doméstica el nexo asimétrico que ésta mantiene con la sociedad mayor más dependiente hacen al grupo.

En el ámbito global de la región las modificaciones observadas en el tamaño y la composición de la familia, así como en su intensidad laboral, han condicionado un reajuste bastante importante de sus funciones, que es paralelo a una notable transformación de sus patrones de comportamiento, de sus deberes y derechos y de sus relaciones. El grupo continúa siendo el marco principal de socialización para sus miembros y el medio por el que éstos se convierten en vecinos de la comunidad, se hacen solidarios con ella y aprenden las pautas de actuación, el sistema de valores y los rasgos culturales impresos en su organización social. Sin embargo, la tradicional subordinación del individuo y de sus derechos a los intereses generales de la unidad doméstica ha variado sensiblemente, quebrándose en cierta medida las limitaciones formales que orientan su comportamiento en base a la aceptación de su papel

dentro de la familia. La dependencia creciente del grupo de la sociedad mayor origina inversamente en el interior de éste una independencia cada vez más acusada de sus integrantes frente al conjunto de la unidad doméstica y, en particular, respecto a la figura del cabeza de familia. Tal independencia, reflejada espacialmente en la separación de las áreas de trabajo y vivienda dentro de la casa, en la desaparición de algunos lugares de uso común en la zona de residencia –patios, recibidores– y en la individualización de las estancias –eliminación de accesos directos, construcción de tabiques y corredores–, parte fundamentalmente de los hijos. Ahora bien, desde el momento en que uno solo de los componentes del grupo transforma sus funciones y relaciones domésticas, las alteran también el resto de los miembros y la propia familia en bloque. No olvidemos que la unidad familiar opera como un todo, en el que la actuación de cualquiera de sus integrantes repercute sobre la del conjunto de los componentes del grupo. De manera análoga, la dependencia de la familia respecto a la sociedad mayor no es ajena a la indeferenciación gradual de los papeles y los vínculos de los distintos efectivos domésticos. Las diferencias que introducen el sexo y la edad se obvian en parte, singularmente en el caso de las mujeres y los jóvenes. Mientras que las primeras, a excepción de las esposas de los cabezas de familia, desempeñan funciones productivas fuera de la explotación, la comunidad y el sector agrario en mayor proporción que los hombres; los segundos ya no se sienten tan obligados a seguir el modo de pensar y hacer de sus mayores y, al margen de cuál sea su status, se desligan del grupo para mejorar su propia situación y disfrutar de más y distintas opciones de relación. Con todo, la máxima alteración corresponde a las funciones realizadas por los hijos, dada su general emigración, y a las que, debido a tal ausencia, debe asumir o dejar de cumplir el resto de los miembros de la familia. Dicha transformación es mayor para las hijas que para los hijos varones, habida cuenta de sus superiores niveles migratorios, principales responsables de la falta de protagonismo de la mujer en el seno de la unidad doméstica.

Estas modificaciones generales se atenúan considerablemente en las Vegas y, sobre todo, en la comarca Suroccidental. En ambos territorios se advierte, en primer lugar, que la familia es bastante más autosuficiente, polivalente y eficaz que en el resto de la región para cumplir sus funciones económicas, sociales, sexuales y afectivas y que, en consecuencia, para satisfacerlas necesita recurrir menos a instituciones especializadas. El grupo puede incrementar su trabajo para atender a sus requerimientos variables –consumo de bienes y servicios, cuidado de miembros enfermos– con un mínimo costo o sin otro gasto que el propio esfuerzo no remunerado. Por ejemplo, llama la atención en ambas comarcas que desde la familia se complemente mucho más que en el mundo urbano la formación recibida por los hijos en las escuelas. Muy apta para capacitar el empleo de los efectivos familiares mejor dotados en actividades ajenas al sector agrario, potenciar un desarrollo que supedita el campo a la ciudad e impulsar la acomodación cultural del campesinado a los patrones urbanos, la escuela es, por contra, poco operativa para instruir a niños y jóvenes campesinos en el medio ecológico, económico, social e ideológico en que viven. Además, los profesores rara vez han nacido, residen o desean asentarse en las localidades donde imparten su docencia. Normalmente

habitan en Madrid o en otros lugares del Area Metropolitana, manteniéndose bastante al margen del mundo y de la problemática de los jóvenes y niños de la zona, que suelen desconocer casi por completo. La historia y geografía local, las leyendas, las magnitudes – pesas y medidas– y técnicas productivas utilizadas en el campo, los patrones de relación y comportamiento seguidos, las normas y actitudes o las creencias y los valores observados se aprenden en el seno de la familia de boca de padres y abuelos, conforme a principios consuetudinarios que permiten la reproducción de la unidad doméstica.

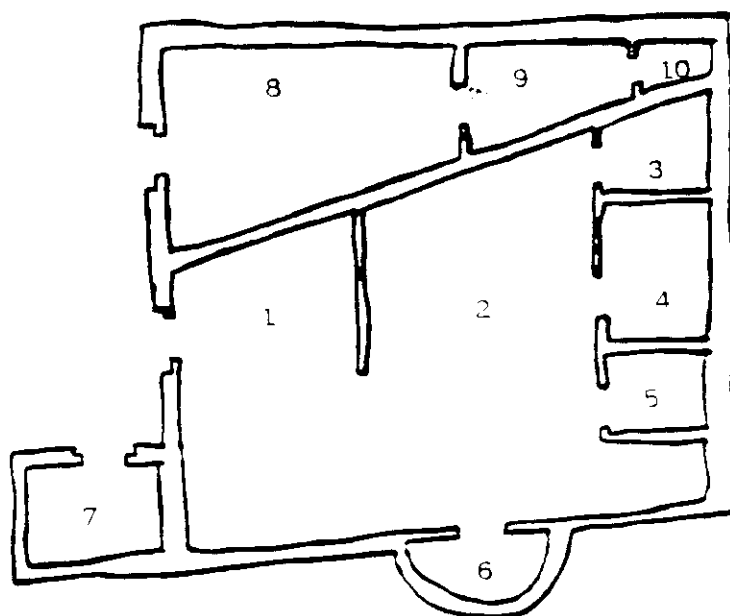
A pesar del elevado nivel de envejecimiento del grupo en los municipios suroccidentales y de la alta intensidad productiva de las Vegas, las características generales de los efectivos domésticos confieren a las familias de estas dos comarcas una gran aptitud para poder acometer sus funciones. Estas funciones se ejercen de acuerdo con un plan racional, complejo y cuidadoso que, aunque no suele estar formalizado, dado que no es costumbre que el grupo realice reuniones de planificación o discuta las acciones futuras en términos generales, se establece a través de conversaciones directas, precisas y muy frecuentes entre los distintos componentes de la unidad doméstica y el cabeza de familia. La lógica de tal planificación estriba en que ninguno de los efectivos familiares puede llevar a cabo con éxito un proyecto individual e independiente del grupo, todos dependen de las acciones intercambiadas recíprocamente y de su articulación y cohesión dentro de una misma unidad social, única e irreductible, en la que se reconocen como miembros y su comportamiento adquiere la cualidad de rol. De ahí, que cada uno sepa qué puede esperar de la familia, qué debe entregar a cambio, cómo ha de ejecutarlo y, sobre todo, que la solidaridad familiar haga posible prestar asistencia a cualquier miembro del grupo y el control que sobre él ejerce el cabeza de familia. Todos estos rasgos conllevan que tanto en la comarca Suroccidental como en las Vegas la creciente independencia de los individuos respecto al grupo, percibida en el ámbito global de la región, sea menor que en otros territorios madrileños.

Ello se plasma de manera singular en la organización espacial de las casas, cuya compartimentación las distingue del resto de las existentes en la región, autoafirmando las peculiaridades de las familias que las habitan. La casa, sintetizando los procesos sociales de interacción y reproducción del grupo y asociada a un medio ecológico suficientemente delimitado del territorio urbano, refleja la preeminencia de las áreas de uso colectivo para la familia y la comunidad en detrimento de las dedicadas a la privacidad, así como de las zonas de trabajo –graneros, cuadras, establos– frente a las de vivienda. Aun cuando la multifuncionalidad de la casa es menor que en décadas pasadas, los lugares de utilización común siguen resultando los más importantes del área de vivienda. La cocina continúa siendo la estancia principal y la más amplia, el centro más relevante de relación de los miembros de la familia y de ésta con su comunidad y el elemento que condensa en mayor medida los diferentes tipos de actividad familiar y comunitaria. La cocina, además de usarse para guisar –horno–, calefactar la casa –chimenea y estufa– y, en muchos casos, para curar la matanza, cumple funciones de comedor y de cuarto de estar y recibir. La arquitectura de la casa está en consonancia con tal orientación espacial, por mucho que en la actualidad se sumen nuevos

elementos constructivos –ventanas con contrafuertes de aluminio, voladizos de uralita–, valores formales, procedimientos técnicos, volúmenes y materiales más acordes con el consumo que hoy realiza la familia. No obstante, conviene remarcar algunas diferencias constatadas entre el modelo de casa de la comarca Suroccidental y el de las Vegas. El superior tamaño del grupo en este último territorio explica el mayor volumen y número de habitaciones que presenta la casa de las Vegas frente a la de la comarca Suroccidental. En esto incide también la necesidad de contratar personal que conlleva la intensidad productiva de esta comarca y que requiere la habilitación de estancias específicas para tales asalariados, ya sea dentro de la zona de vivienda familiar o, fuera de ella, en el área de trabajo –trastero–. Por otra parte y debido al tipo de intensidad productiva existente en las Vegas, se observa que las zonas de trabajo en esta comarca están menos segregadas de las de vivienda que en los municipios suroccidentales, donde estos dos módulos cuentan con puertas individuales y se diferencian además por un tabique separador. Ambas zonas se hallan comunicadas en las Vegas a través de un patio único que se utiliza como distribuidor.

PLANO 1

MODELO DE CASA DE LA COMARCA SUROCCIDENTAL

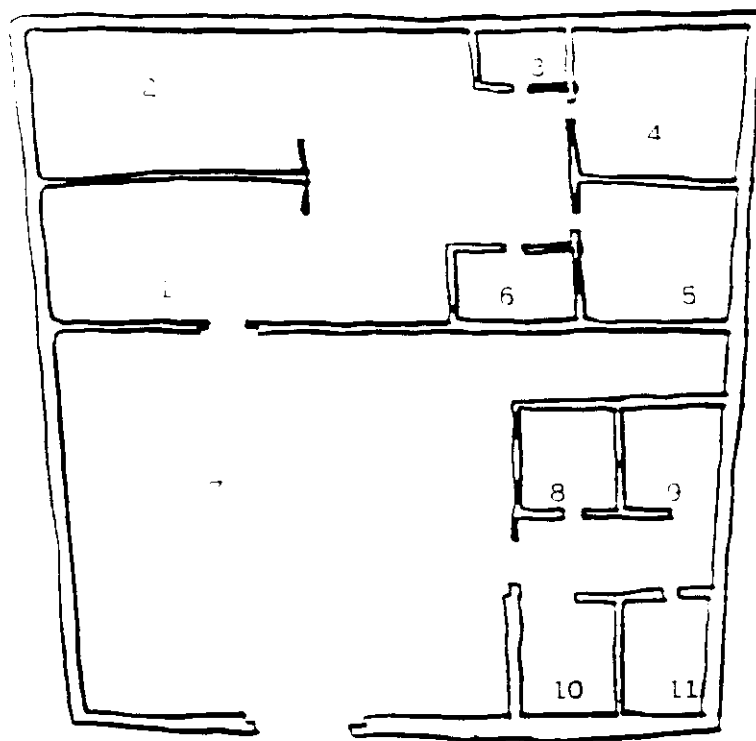


- | | | |
|---------------|--------------|-----------------------|
| 1. Zaguán | 6. Horno | 10. Trastero y leñera |
| 2. Cocina | 7. Gallinero | |
| 3. Despensa | 8. Establo | |
| 4. Dormitorio | 9. Pajar | |
| 5. Aseo | | |

Fuente: Elaboración propia.

PLANO 2

MODELO DE CASA DE LAS VEGAS



- | | | |
|---------------|-----------------|----------------------------|
| 1. Zaguán | 6. Asco | 10. Gallinero. Cochiqueras |
| 2. Cocina | 7. Corral-patio | 11. Trastero. Aperos |
| 3. Despensa | 8. Establo | |
| 4. Dormitorio | 9. Granero | |
| 5. Dormitorio | | |

Fuente: Elaboración propia.

Asimismo la falta de diferenciación por sexo y edad que caracteriza en el resto de la región las funciones y relaciones de los efectivos familiares se aminora en la comarca Suroccidental y, particularmente, en las Vegas. Lo contrarresta la interdependencia que proyecta la planificación de las funciones de la familia, para la que todo cambio de roles y vínculos repercutiría negativamente en su cohesión y actuación como unidad. La máxima juventud y proporcionalidad de géneros de los miembros del grupo en las Vegas contribuyen aún más a que se atenúe tal indiferenciación en esta comarca, donde las funciones y relaciones familiares han influido más que en otras áreas de la región en los roles y nexos que presenta la organización comunitaria. Esta viene así a reproducir cuanto expresa sintéticamente la

familia en orden a la separación y especificidad de las tareas y los lazos de cada uno de sus componentes. La diversidad de papeles sociales en función del sexo es, en cualquier caso, mucho más patente en ambas comarcas que la existente en relación con la edad. Hombres y mujeres aparecen así claramente separados como se manifiesta, por ejemplo, en el orden que siguen durante las procesiones; al entrar, salir o estar en el recinto de la iglesia o el ayuntamiento; en el acceso a determinados espacios públicos de uso casi exclusivamente masculino –bares– o femenino –lavaderos, determinados comercios–; o en el lugar que ocupan en el ceremonial. Tal segregación, que se plasma tanto entre esposos como entre hermanos, implica la preeminencia del papel de los hombres frente al de las mujeres y que unos y otras lo contemplen de este modo, ya sea en el ámbito de la familia o en el de la comunidad. La mujer se ve a sí misma y es mirada como una figura socialmente dependiente, aunque pueda llegar a desempeñar en determinadas situaciones un papel clave, según ocurre en algunos momentos del ceremonial. Esto último se advierte, a título ilustrativo, durante la celebración del Corpus en numerosas localidades de ambas comarcas, en las que la organización del acto central de la fiesta, constituido por la procesión, aparte de ser competencia del cura, corresponde básicamente a las mujeres. Los hombres actúan de meros auxiliares de las mujeres, que son las que instalan los altares y adornan balcones y ventanas con las mejores colchas y sábanas de su ajuar.

Al cabeza de familia le corresponde el control sobre la unidad doméstica y cada uno de sus miembros, como jefe del grupo y de la explotación, si bien al asumir este último atributo actúa más de administrador de unos recursos que de propietario de los mismos. Esta autoridad, a diferencia de lo que acontece en las familias urbanas, es singularmente fuerte a causa de los estrechos lazos solidarios que posee la unidad doméstica y de la gran intimidad que define las relaciones de los diversos integrantes del grupo. Apoyado por el resto de los componentes de la familia en el ejercicio de su autoridad y responsable de sus acciones frente a cada uno de éstos y ante el conjunto del grupo, el poder del padre resulta muy eficaz para la conservación de la unidad. Un hijo que se niegue a cumplir sus funciones no encontrará complicidad dentro de la familia, ni siquiera en la generación más joven, porque los distintos efectivos del grupo, poniéndose siempre del lado del padre, tratarán por encima de todo de garantizar la cohesión de la unidad familiar, de la que desde ese momento se hacen defensores. Tal autoridad, en buena parte encaminada también a suavizar o evitar conflictos de convivencia dentro de la familia, confiere al padre el ser representante privilegiado de ésta ante la comunidad, la figura sobre la que recae por antonomasia el título de vecino. Al tiempo, el prestigio que le otorga la comunidad, por presidir la vida social, arrogarse las funciones más significativas en el ceremonial, acceder de manera primordial a los ámbitos de toma de decisiones y a las instituciones políticas y responsabilizarse en grado máximo de la explotación, refuerza su posición y papel preeminente dentro de la familia. Se trata, por tanto, de un prestigio social, político, jurídico y ritual que, al exceder el plano meramente económico o utilitario, se diferencia substancialmente del que define al cabeza de familia en las instituciones primarias urbanas. Además, el prestigio que la comunidad dispensa al cabeza

de familia, igualmente asociado a su status dentro de aquélla, lo amplía, a través de este miembro, al grupo en bloque y a cada uno de sus componentes. Por mediación del cabeza de familia la comunidad acepta formalmente, reafirma y reconoce la identidad social de la unidad doméstica y de sus integrantes, que de ningún modo viene dada por su mera existencia.

Otra de las funciones más sobresalientes del cabeza de familia, aun no siendo exclusiva, es la educación de los hijos. Ya hemos señalado más arriba la complementariedad del grupo en ambas comarcas con la escuela, pese a que muchos cabezas de familia se encuadran dentro de los denominados analfabetos funcionales y la mayoría de los hijos termina alejándose de la unidad doméstica y de la explotación, en no pocas ocasiones alentados por los propios padres. Pero junto a la transmisión de los diversos aprendizajes, que los hijos necesitan para poder construir su vida familiar y comunitaria en el campo, el padre supervisa y ampara cotidianamente la buena realización de los mismos. De ello es paradigma el asesoramiento y la vigilancia que prestan padres a hijos en el ceremonial protagonizado por éstos, sobre todo cuando implica la ejecución de cometidos técnica y socialmente complejos. Es el caso, por ejemplo, de la celebración del Arbol de Mayo en las Vegas –Ambite, Orusco, Tielmes–, en la que los cabezas de familia ayudan a los quintos a seleccionar y talar el árbol que habrá de cortarse, a transportarlo sin ocasionar accidentes, a cavar el hoyo que lo albergará y a izarlo.

Por su lado, una de las funciones principales de la esposa, tanto en las Vegas como en la comarca Suroccidental, es el control sobre el consumo del grupo, por lo que juega un papel de primer orden en la planificación de la actividad económica de la unidad doméstica e influye decisivamente en la selección de las alternativas productivas, que suele conocer con detalle. Esta función cobra aún mayor relieve si consideramos que en ambas comarcas, lo mismo que en el resto de la región, el consumo, no sólo se ha multiplicado y encarecido durante las tres últimas décadas, sino que al preceder normalmente a la producción aumenta el endeudamiento del grupo y, en consecuencia, obliga a la familia a restaurar su equilibrio con una mayor intensidad laboral y productiva. Básicamente a través de las esposas se han introducido en el grupo los patrones de consumo urbano, particularmente en lo relativo a los equipamientos e infraestructuras de la casa. Ahora bien, gracias a ellas, sobre todo en las Vegas, la familia sigue manteniendo unos niveles de autoconsumo –cerdos, gallinas, huerta– y de consumo comunitario nada despreciables. Al igual, es cometido casi exclusivo de la esposa las labores de la casa, incluidas las de las áreas de trabajo. Ayudada por los hijos y, singularmente, por las hijas, desempeña largas jornadas en la casa que estrictamente no son productivas, pero que ahorran muchos gastos y permiten que la familia pueda vivir con unos ingresos que, de no contar con esta aportación, serían insuficientes. Tal ocupación la compagina diariamente con la realización de labores en la explotación, que auxilian las efectuadas por el cabeza de familia y que se incrementan durante los periodos de máximo trabajo –siega, siembra, reproducción del ganado–.

Además de estas funciones, la esposa colabora con el cabeza de familia en la educación de los hijos, con los que convive más estrechamente que éste y establece unas relaciones afectivas de mayor proximidad. Esta cercanía entre la madre y los hijos facilita igualmente

que el diálogo, la comprensión y la armonía entre ambos sea superior a la que existe con el cabeza de familia y que la tendencia general a que los hijos se emancipen cada vez más de las estrictas normas del grupo se asuma mejor por la madre que por el padre. De hecho, la creciente emancipación de los hijos no es independiente de la que protagoniza la madre, por mucho que ésta siga sin tener acceso a puestos significativos en los ámbitos políticos y de toma de decisiones de la comunidad, ostente sólo la representación del grupo cuando falta el cabeza de familia y su papel continúe estando subordinado al del esposo dentro de la unidad doméstica y comunitaria. Esta mayor movilidad de la esposa, potenciada por su dedicación a la agricultura a tiempo parcial y no siempre bien tolerada, es hoy un motivo de desestabilización familiar de cierta importancia, ya que genera más ansiedades y mayor desorganización dentro del grupo que las que plantea la movilidad de los cabezas de familia e incluso, en algunos casos, de los hijos. Que la esposa trabaje fundamentalmente en la casa y que el marido pueda encontrarla aquí, una vez acabadas sus ocupaciones diarias, se sigue entendiendo por la familia como el destino deseado e idóneo para aquélla. De no ser así, pierde crédito la imagen sedentaria que se le atribuye y que es consubstancial con las funciones que tiene encomendadas dentro del grupo.

A pesar de que los hijos aceptan hoy menos la obligación de trabajar para el grupo a cambio de su manutención y en su mayoría prefieren emplearse fuera de la explotación, antes de emigrar y, sobre todo, cuando deciden permanecer en el campo siguen asumiendo que el padre es el cabeza de familia, el patrón de la unidad de producción y su representante ante la comunidad. El premio a tal lealtad al grupo y a la empresa familiar lo constituye la adquisición futura de ésta mediante el sistema de herencia. El papel que les asigna y en el que les instruye el grupo no es sólo de carácter técnico, sino fundamentalmente de índole moral, pues lo que en esencia admiten con él los hijos son sus obligaciones respecto al conjunto de la familia. Dichos deberes subsisten en cierto modo incluso entre los hijos que han emigrado, que suelen continuar ligados al grupo de muy diversas formas. Tales obligaciones se incrementan además en el caso de que la familia ejerza la agricultura a tiempo parcial, como ocurre especialmente en las Vegas, habida cuenta de la sobrecarga de trabajo y tareas, el endurecimiento de las relaciones domésticas, la disminución del tiempo libre y la mayor sujeción familiar que conlleva esta práctica para la madre y, singularmente, para los hijos. Y ello, aun cuando la agricultura a tiempo parcial potencie, por contra, mayores posibilidades de relación, movilidad social y emancipación familiar a los miembros que la llevan a cabo.

En el extremo opuesto de lo que observamos en la comarca Suroccidental y las Vegas, las familias de Guadarrama y, particularmente, del Área Metropolitana son las que más han alterado sus funciones de toda la región y las que en mayor medida han asumido las formas de organizar su actividad y desempeñar sus cometidos, propias de las instituciones primarias urbanas. Tal transformación es correlativa en Guadarrama a la falta de idoneidad que presenta la edad y el género de los efectivos domésticos y, sobre todo, a la carencia de miembros del grupo, activos en la explotación, que obstaculiza o llega a circunscribir a momentos puntuales –fines de semana o periodos de vacaciones– la autoridad, el protagonismo y el papel

socializador –transmisión y supervisión del oficio– que ejerce el cabeza de familia sobre sus hijos. Aunque en Guadarrama influye poco la intensidad laboral de la familia, este último factor tiene bastante más peso en el Área Metropolitana, donde se aminoran, sin embargo, respecto a la comarca anterior las limitaciones que originan la avanzada edad de los efectivos domésticos y la desproporción entre sexos.

Tanto en los municipios de Guadarrama como, esencialmente, en los metropolitanos aumentan los niveles de independencia de los miembros del grupo respecto a la unidad familiar, constatados en el ámbito global de la región. Esta menor subordinación, muy patente en los hijos, ocasiona que la unidad doméstica tienda a integrar y respetar mucho más que en el resto de la región la identidad individual de sus componentes, en detrimento de la autoridad del cabeza de familia y de las relaciones jerarquizadas que se establecen con él. Social y espacialmente las funciones, normas y relaciones del grupo se ordenan más con arreglo a los imperativos que cuestiona cada uno de sus integrantes, diluyéndose en sentido inverso los sentimientos de unidad, interdependencia y cohesión advertidos en las Vegas y la comarca Suroccidental. De esta manera, al difuminarse la participación y la reciprocidad de los efectivos domésticos, el grupo responde también menos a lo que representa como unidad social y más a lo que es el cabeza de familia y una vinculación personalizada entre individuos.

Un efecto manifiesto de esta heterogeneidad de intereses lo constituye el reforzamiento de las tensiones internas del grupo, dado que dicha diversidad entra en contradicción con la necesidad de la fuerte cohesión, intervención y normalización estricta de las conductas que requiere la unidad doméstica para el aprovechamiento colectivo del esfuerzo de todos sus miembros. Los sujetos principales de estas tensiones son los hijos que se enfrentan entre sí y, sobre todo, con el padre porque creen desigual y/o excesiva su prestación de deberes –en particular de trabajo– y preferencial y/o limitada su recepción de derechos. Los deseos de lograr la emancipación anticipada que ofrece la emigración canalizan más que ningún otro factor tales tensiones, así como la demanda de mayores márgenes de libertad social y moral.

Una segunda consecuencia de la superior autonomía que caracteriza a los componentes de la familia es que el grupo ya no se define tanto como en la comarca Suroccidental y las Vegas por cubrir sus requerimientos materiales, sociales, sexuales, afectivos y religiosos con un bajo coste, rápidamente, de forma completa y sin pasos previos a causa de su alternancia de funciones. Al debilitarse su carácter multifuncional, le resulta más difícil atender sin fragmentar en objetivos únicos esas demandas y, por consiguiente, al tiempo que recurre más a la intervención de instituciones especializadas, la sociedad mayor capta progresivamente parte de los cometidos y papeles realizados casi con exclusividad por el grupo y, en especial, por el cabeza de familia en otras áreas de la región y, dentro de estas mismas comarcas, en el pasado. La educación de niños y jóvenes es una de las funciones más importantes que pasa a controlar la sociedad mayor, absorbiendo a través de empresas de servicios, especializadas en asesoramientos técnicos y contables, algunos de los quehaceres que han sido siempre propios del jefe de la explotación. Las facilidades que brinda la familia para que se lleve a

cabo tal captación de funciones por parte de la sociedad mayor no son pocas, si consideramos, por ejemplo, que una de las finalidades fundamentales del ahorro y de la intensidad laboral del grupo es costear la educación escolar que requieren los hijos para poderse emplear fuera de la explotación. No en vano, se estima que la formación escolar constituye la mejor herencia que se puede legar a los hijos, sobre todo si, no limitándose a unas fases elementales –E.G.B.–, se amplía a ciclos superiores –B.U.P., F.P., Universidad, cursos especializados– y se prolonga el mayor tiempo posible. Si décadas atrás la familia era la responsable principal de los aprendizajes adquiridos por los hijos, ahora no es capaz de serlo ni resultan ya idóneas las enseñanzas que les puede brindar. Las nuevas relaciones que se establecen desde la escuela –igualdad de sexos en la enseñanza unificada, mayores vinculaciones con niños y jóvenes de la ciudad– vienen a suplir y transformar las que, en lo concerniente al aprendizaje y a numerosos aspectos de la socialización de los individuos, existieran en el marco familiar y comunitario. La escuela deja de ser un complemento del grupo y actúa plenamente como un instrumento de la sociedad mayor que impulsa la integración de los miembros de la familia, en especial de los más jóvenes, en el mundo urbano.

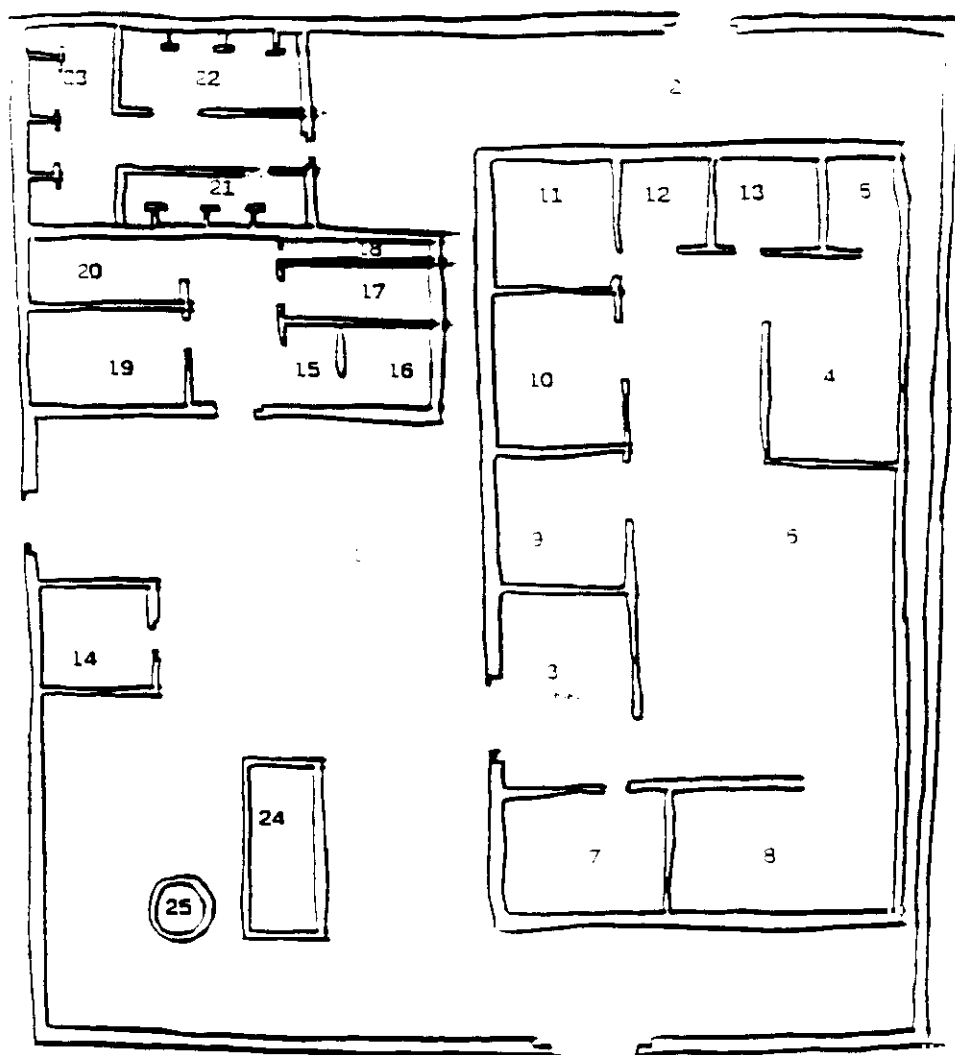
La creciente individualización de los vínculos y las funciones familiares en el Area Metropolitana y Guadarrama se plasma espacialmente en la gran separación de las áreas de vivienda y trabajo de la casa, así como en una independencia muy acusada de las estancias y en una importante desaparición y transformación de los lugares dedicados a uso común y a las relaciones con la comunidad. Estos rasgos generales se acentúan bastante más en el Area Metropolitana que en Guadarrama.

Tomando como modelo para el Area Metropolitana la casa de una gran explotación con personal asalariado, contemplamos que la tajante segregación entre los lugares de residencia y de labor se suele efectuar mediante la construcción de módulos independientes, la eliminación de distribuidores comunes y la apertura de puertas, autónomas desde el exterior y localizadas en calles distintas. Tal diferenciación permite distinguir a primera vista y en torno a un espacio abierto, formado por el jardín y el patio, el territorio ocupado por la familia, que a veces dispone de dos plantas, y el destinado a establos, almacenes, aperos y vivienda del personal asalariado. En el espacio de trabajo se aprecia que se han venido operando substanciales modificaciones, consistentes en la sustitución de usos de labor por zonas de ocio o de ampliación de vivienda. El antiguo corral se acondiciona ahora como patio, éste se convierte en jardín y garaje y los trasteros se agrandan a expensas de los almacenes y establos. Por su lado, el área de residencia, no sólo refleja la existencia de piezas específicas para cada miembro de la familia, sino además un desdoblamiento de usos y una utilización de las estancias colectivas que, aparte de presentar bastantes similitudes con la función que éstas cumplen en las viviendas urbanas, connotan la pérdida de mucha de su antigua multifuncionalidad. El salón actúa como distribuidor; el recibidor salvaguarda la intimidad del grupo frente al exterior; aumentan los cuartos de aseo; y las funciones de la cocina, anteriormente imprescindibles para reafirmar y reproducir la unidad familiar, se dividen ahora entre el cuarto de estar y el comedor. La cocina queda aislada del resto del

hogar y vinculada casi con exclusividad al ama de casa y a la preparación de alimentos.

PLANO 3

MODELO DE CASA DEL AREA METROPOLITANA



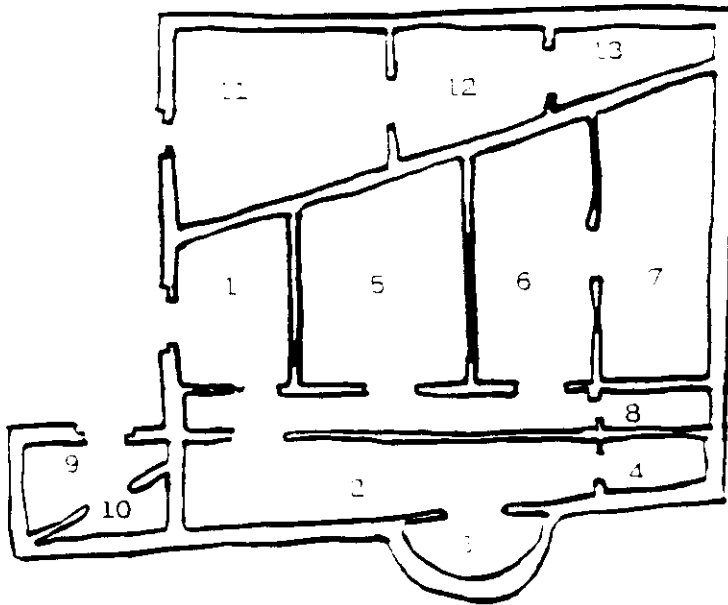
- | | | |
|---------------|----------------------------------|--------------------------------|
| 1. Jardín | 10. Dormitorio | 19. Granero. Piensos. Semillas |
| 2. Patio | 11. Comedor | 20. Establo |
| 3. Recibidor | 12. Aseo | 21. Estancia del tractorista |
| 4. Cocina | 13. Aseo | 22. Estancia del guarda |
| 5. Despensa | 14. Garaje. Tractor. Cosechadora | 23. Estancia del capataz |
| 6. Salón | 15. Bodega | 24. Piscina o estanque |
| 7. Dormitorio | 16. Trastero y leñera | 25. Pozo |
| 8. Dormitorio | 17. Almacén. Aperos. Abonos | |
| 9. Dormitorio | 18. Gallinero y cochiquera | |

Fuente: Elaboración propia.

Dados los rigores climáticos de Guadarrama y, sobre todo, el reducido tamaño de los efectivos familiares que trabajan en el campo, las dimensiones de la casa suelen ser bastante más pequeñas en esta comarca que en el Area Metropolitana. Igualmente, a diferencia de ella, las zonas de trabajo y vivienda no están tan separadas y, dentro de esta última, las distintas habitaciones, particularmente los dormitorios, se han independizado menos, siendo el salón también comedor. No obstante, a semejanza de los municipios metropolitanos, es muy significativa la restricción de usos comunes en el área de residencia y la supresión de estancias en la zona de trabajo, que se sustituyen por ocupaciones de ocio o que se dedican a la ampliación de la vivienda. De esta manera, la cocina y la sala de estar se aíslan del resto de la casa por un corredor, el aseo se segrega por completo de las otras habitaciones y el recibidor, lo mismo que en el Area Metropolitana, cumple la misión de proteger la privacidad familiar. En el área de trabajo se compatibiliza el corral con usos de jardín o esparcimiento y se reduce las dimensiones primitivas del establo y del pajar a fin de ensanchar el trastero, aunque ello supone a menudo que la familia debe recurrir a la compra o al alquiler de locales, separados de la casa, para albergar una cabaña que, si no cuenta con un número elevado de cabezas, apenas garantiza la subsistencia del grupo.

PLANO 4

MODELO DE CASA DE GUADARRAMA



- | | |
|-------------------------------------|-------------------------------|
| 1. Recibidor | 10. Gallinero |
| 2. Cocina | 11. Establo |
| 3. Horno. Cocina eléctrica o de gas | 12. Pajar. Almacén de piensos |
| 4. Despensa | 13. Trastero y leñera |
| 5. Sala de estar. Comedor | |
| 6. Dormitorio | |
| 7. Dormitorio | |
| 8. Aseo | |
| 9. Jardín | |

Fuente: Elaboración propia.

Por otro lado, el sexo y la edad de los efectivos domésticos no determinan tanto sus funciones y relaciones como en las Vegas y la comarca Suroccidental, estando bastante más equiparados los deberes y derechos del conjunto de los miembros del grupo. El cabeza de familia no actúa tanto de jefe absoluto de la explotación y de principal responsable de la socialización de los diversos componentes de la unidad doméstica. En los municipios metropolitanos y de Guadarrama el cabeza de familia ya no es el único que fija el tipo y la amplitud de las funciones domésticas y, si bien tiene la última palabra sobre las formas de continuidad del grupo que posibilitan el matrimonio y la herencia, ni siquiera en esto resuelve solo. Todas estas decisiones y obligaciones las comparte con los hijos y, especialmente, con la esposa. Pierde así parte de la tradicional autoridad y del reconocimiento exclusivo, que la

comunidad otorga a su figura en otras comarcas de la región como representante privilegiado del grupo, garante directo de la actuación y del comportamiento del mismo y protector del derecho consuetudinario familiar y comunitario. Si en Guadarrama todos estos rasgos generales se acentúan en las explotaciones que practican la agricultura a tiempo parcial, habida cuenta entre otras razones de que el cabeza de familia no puede competir con la figura de los patrones de las empresas en que él mismo, su esposa o sus hijos están empleados, la intensidad productiva del Area Metropolitana los profundiza todavía más debido a la multiplicidad de tareas y a la absorción de horas que comporta.

De este modo, el cabeza de familia atenúa en la relación con su esposa y sus hijos los elementos de rigidez y control, procurando que su autoridad se acepte de forma más voluntaria y flexible y con menor carga normativa. Esto último señala unas pautas que, trascendiendo el marco familiar, inciden en la conducta, las actitudes y las relaciones de la comunidad, ya que tradicionalmente se venía entendiendo en el ámbito global de la región que desde el momento en que el cabeza de familia ejercía una autoridad rígida y un fuerte control sobre sus hijos y esposa refrendaba, en unas condiciones estrechas e íntimas, el sistema de autoridad y control existente a escala comunitaria. Este hecho abunda en que la figura del padre ya no sea tanto quien ofrezca al conjunto del grupo el ser vecino de su comunidad y constituirse en miembro reconocido de ésta, así como quien establezca y controle en exclusividad los vínculos con otras unidades domésticas del mismo ámbito comunitario a fin de mantener la solidaridad y la cooperación vecinal. Y ello, pese a que sigan siendo substanciales las diferencias, advertidas en todo el Area Metropolitana y Guadarrama, entre la posición que desde el marco comunitario se reconoce al representante de una familia campesina y al de una urbana. Por mucho que haya familias urbanas asentadas en el territorio de la comunidad, ésta no otorga al cabeza de tales grupos el título de vecino, porque ni él ni la unidad social de la que es portavoz se mueven dentro de los parámetros socioeconómicos que definen el ámbito comunitario. Lo mismo ocurre con el titular de una explotación agraria capitalista y con su familia. E incluso, no es fácil que la comunidad de buenas a primeras considere vecino al cabeza de familia de una unidad doméstica campesina que, procedente de otra localidad de fuera o del interior de la comarca, haya llegado recientemente a su territorio. Y desde luego que tal reconocimiento no se produce en el caso de los campesinos que, no siendo nativos de la comunidad, se hayan asentado en ella sin formalizar una familia.

Mayor es aún la transformación de las funciones que desarrolla la esposa del cabeza de familia como encargada de las faenas domésticas, del cuidado de los animales del establo y de la prestación de unas tareas auxiliares en la explotación, que en determinadas épocas del año pasan a ser de carácter básico. A pesar de que tal alteración más que en el área de la producción se manifiesta en una menor racionalización del consumo familiar y, por consiguiente, de los planes de ahorro del grupo, tiene su origen en la forma en que la esposa se vincula actualmente a la explotación. Es cierto que la falta de protagonismo de la mujer en las explotaciones del Area Metropolitana y de Guadarrama no es tanto de las madres como de las hijas que emigran y que, en no pocas ocasiones, la esposa del cabeza de familia pasa

a desempeñar el papel de éste en la unidad de producción cuando se emplea fuera del campo. Sin embargo, su alejamiento de la explotación, al incorporarse de modo casi general a un trabajo extra agrario, deja en un segundo plano la necesidad de regular y optimizar el consumo doméstico. Un efecto similar se opera en el caso de que se dedique de pleno a la explotación, lo que ocurre normalmente en las producciones intensivas o en las que necesitan suplir el aporte de los hijos emigrados. En ambos supuestos se suele incrementar y encarecer el consumo familiar desde el momento en que la esposa, para aminorar las faenas de la casa y/o disponer de mayor tiempo de ocio, recurre masivamente al uso de electrodomésticos y de otros bienes de origen industrial. Unido a los nuevos roles que realiza la esposa respecto a la producción y al consumo, se difumina el papel que cumple como elemento principal de soporte, estabilidad y continuidad del grupo, no siendo ya su función socialmente mucho más integradora que la que tradicionalmente venía correspondiendo al cabeza de familia. Con unas funciones y relaciones cada vez más igualitarias a las del cabeza de familia y a las de las mujeres de las instituciones primarias urbanas, la esposa pasa a tener también un mayor relieve dentro del marco comunitario, compitiendo con su cónyuge en los ámbitos políticos y de toma de decisiones de la comunidad, así como en la presidencia del ceremonial y del conjunto de los actos que configuran la vida social del grupo.

En lo que se refiere a los hijos, aun cuando en los últimos años se ha reforzado su presencia en el seno de la unidad doméstica debido al freno de los movimientos migratorios, tanto en Guadarrama como sobre todo en el Área Metropolitana, el peso de los patrones de conducta y de los valores urbanos provoca una máxima homogeneización de las funciones y relaciones que caracterizan a los jóvenes y niños de las familias del campo y de la ciudad. Los hijos han reducido su inclinación a dejar las explotaciones o, en el peor de los casos, la retrasan, pero esta menor emancipación económica no cambia su creciente independencia frente al conjunto del grupo y en particular respecto a la figura del cabeza de familia. La red de lealtades y obligaciones que une a padres e hijos y que garantiza la continuidad de la unidad doméstica se rompe en parte. Y, en consonancia con esta mayor división dentro del grupo, ya no es sólo el cabeza de familia quien no puede ejercer el necesario control sobre la unidad doméstica, sino también la comunidad. En ella se reproduce, por lo demás, tal fragmentación mediante la separación progresiva de las distintas familias que la integran.

Por otro lado, las funciones que presenta el grupo y cada uno de sus componentes en Lozoya-Somosierra y la Campiña, aun habiéndose transformado más que en las Vegas y la comarca Suroccidental, no están tan alteradas como en el Área Metropolitana y Guadarrama. Su carácter y contenido resultan, por consiguiente, bastante definitorios de lo que ocurre como tónica media en el conjunto de la región. La transformación reciente que experimenta en la Campiña el papel de la unidad doméstica y de sus diferentes miembros está ligada básicamente a la notable intensidad del trabajo familiar, dado que el tamaño y la composición del grupo, de manera análoga a lo referido para las Vegas, no le plantean obstáculos especiales para el mantenimiento de sus funciones. Por contra, a estos últimos factores se debe esencialmente el cambio de funciones registrado en Lozoya-Somosierra. Tal alteración

es superior a la de la Campiña, aunque incida mucho menos que en ella la intensidad del trabajo familiar.

Tanto en Lozoya-Somosierra como en la Campiña la independencia de los integrantes del grupo respecto al conjunto de éste y la indiferenciación de papeles de acuerdo con el sexo y la edad de los componentes familiares, que se aprecian a nivel global de la región, no impiden la actuación colectiva y multivalente de la unidad doméstica y la especialización de funciones dentro de ella. Los cometidos económicos, sociales, políticos, religiosos o ceremoniales de la familia posibilitan que los mismos individuos entren en contacto repetidas veces y coincidan total o parcialmente en el ejercicio de tales papeles. Además los roles individuales son menos contradictorios con los intereses generales del grupo que en el Área Metropolitana y Guadarrama, responden más a lo que es cada cual que a lo que hace y se mueven, en mayor medida que en esas comarcas, dentro de los parámetros que define la subordinación de las funciones de los jóvenes y las mujeres a los quehaceres de los varones adultos. Así, por ejemplo, se observa que las siegas anuales no mecanizadas, ya sean de cereal –Campiña– o de pastizales –Lozoya-Somosierra–, cuentan con la aportación de toda la familia. Habitualmente los varones adultos, seguidos de los jóvenes, se sitúan a la cabeza de la parcela que se siega y se encargan de cortar con la guadaña. Detrás de ellos, las mujeres y los niños van recogiendo las espigas o las hierbas y colocándolas en hileras o haces para facilitar su ulterior traslado. Algo similar sucede durante la siembra o cuando el grupo elabora su vino y aceite o procede a la matanza y al esquila del ganado. Los hombres adultos, acompañados de los jóvenes, asumen los trabajos más duros y llevan la iniciativa, mientras que las mujeres realizan labores auxiliares o complementarias –cocinados y manipulaciones especiales de transformación alimentaria– y los niños, abuelos y tíos, en función de su sexo, colaboran con unos u otras. Todos estos momentos singulares del ciclo anual suelen atraer asimismo a los hijos emigrados y a otras familias vecinas, dada su capacidad integradora hacia dentro y fuera de la comunidad, reforzada casi siempre por ceremoniales específicos.

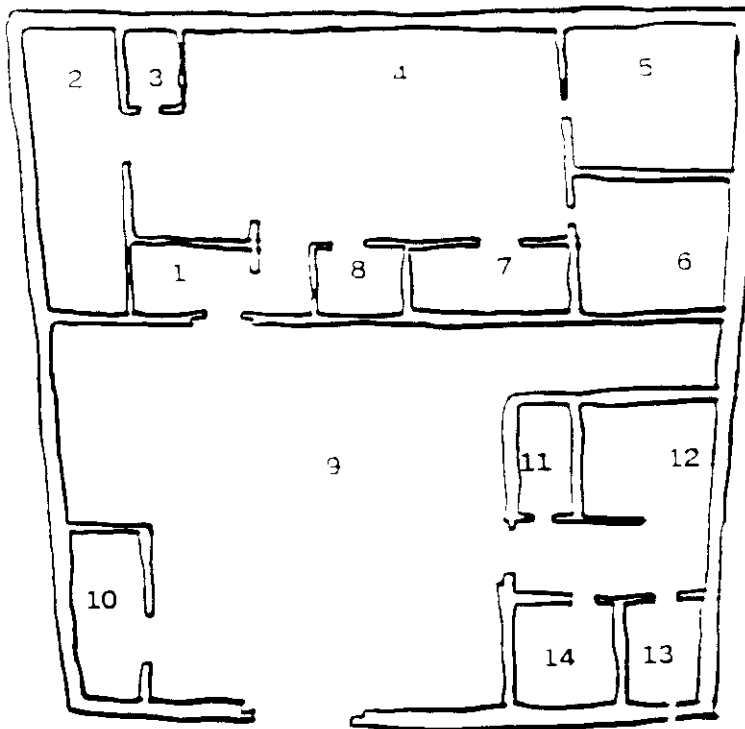
Uno de estos ceremoniales de ámbito familiar es el que tiene lugar en Buitrago desde mediados del siglo pasado con motivo del esquila. Por lo general, aparte de los miembros de la familia, de los más allegados a ella y de algunos vecinos, intervienen cuadrillas de esquiladores de la comarca y uno o dos hombres, ya maduros, expertos en las técnicas de manejar las tijeras. En la operación de cortar la lana de los animales cada individuo o grupo de participantes desempeña una misión determinada. La madre de familia, las hijas y las abuelas se encargan de cocinar copiosas comidas la víspera de la celebración. Cocidos con cecina, embutidos fritos, bolas de carne, estofados de pollo y gallina, huevos con torreznos, sopas de leche, natillas y rosquillas forman parte del menú que las mujeres de la casa ofrecen a los hombres la fecha del esquila. Esa jornada, al salir el sol, el cabeza de familia, auxiliado por los hijos varones y algunos vecinos, encierra el ganado en el establo y procura mantenerlo lo más hacinado posible para provocar una sudoración que facilite el trabajo de los esquiladores. A tal fin se evita a toda costa que se moje las lanas de las reses durante los días previos a la fecha del esquila. Tras un abundante almuerzo, promovido a primera hora de

la mañana que reúne a todos los hombres ocupados en la faena, se inicia la misma en el establo o en un recinto apropiado. Unos esquiladores le dan a la tijera, otros traban los animales y los expertos supervisan la marcha de todo. Mientras, el cabeza de familia enrolla los vellones sobre una mesa y elimina cascarrias e impurezas; ocupándose los hijos varones de curar los pellizcos que las tijeras producen a las reses de cuando en cuando y de limpiar continuamente el pavimento donde cae la lana. A media mañana se hace un alto en el trabajo y se toma un bocadillo. Luego y hasta la hora de la comida se reanuda las operaciones en medio de canciones y al tiempo que las mujeres más jóvenes de la familia van pasando de mano en mano una bota de vino. Pasado el mediodía, se vuelve a parar para comer y poco después se continúa la faena. Y si el rebaño no es grande, el esquila acaba al ponerse el sol.

Con todo, el creciente protagonismo individual de los diferentes componentes de la familia en menoscabo de la unidad del grupo, así como la progresiva adopción de patrones de relación y comportamiento urbanos se reflejan espacialmente a través de importantes cambios de uso en la casa. El tipo de casa de Lozoya-Somosierra, similar al de otros territorios serranos de Guadalajara y Segovia, sigue conservando en sus aspectos formales la simplicidad –práctica inexistencia de muebles–, funcionalidad –dotaciones a base de nichos y resaltes, orientación al mediodía, reducción de huecos al exterior para aminorar las pérdidas de calor– y rusticidad –empleo del granito⁹¹ y madera de encina, sillarejo, dominio de la planta sobre el alzado, compacidad– de su buena adecuación al entorno. Sin embargo, expresa una desaparición progresiva de estancias de trabajo en favor de las dedicadas a vivienda que no es constatable ni en las Vegas ni, sobre todo, en la comarca Suroccidental y que acaba con la dificultad que entrañaba antaño discernir desde el exterior de la casa qué espacio estaba ocupado por las áreas de labor o residencia. Tal eliminación de espacios de trabajo se materializa fundamentalmente en la construcción de garaje en el patio, en la reducción de las dimensiones originarias del establo y en la ampliación de los trasteros a expensas de las zonas de almacén. En el área de vivienda la cocina, pese a que mantiene en muchos casos el horno y casi siempre el hogar –de lumbre baja o sobre una repisa de piedra– y la chimenea, se desplaza hacia un extremo de la casa y cede sus anteriores funciones como cuarto de estar y comedor a una nueva estancia, que viene a ocupar el lugar central que en otro tiempo fuera de aquélla. En detrimento también del antiguo espacio de la cocina se amplía e independiza el recibidor y aumenta el número de dormitorios.

PLANO 5

MODELO DE CASA DE LOZOYA-SOMOSIERRA



- | | |
|---------------------------|--|
| 1. Recibidor | 10. Garaje-tractor |
| 2. Cocina | 11. Establo |
| 3. Despensa | 12. Granero. Almacén de piensos y semillas |
| 4. Sala de estar. Comedor | 13. Gallinero y cochiqueras |
| 5. Dormitorio | 14. Trastero y almacén de aperos |
| 6. Dormitorio | |
| 7. Dormitorio | |
| 8. Aseo | |
| 9. Patio | |

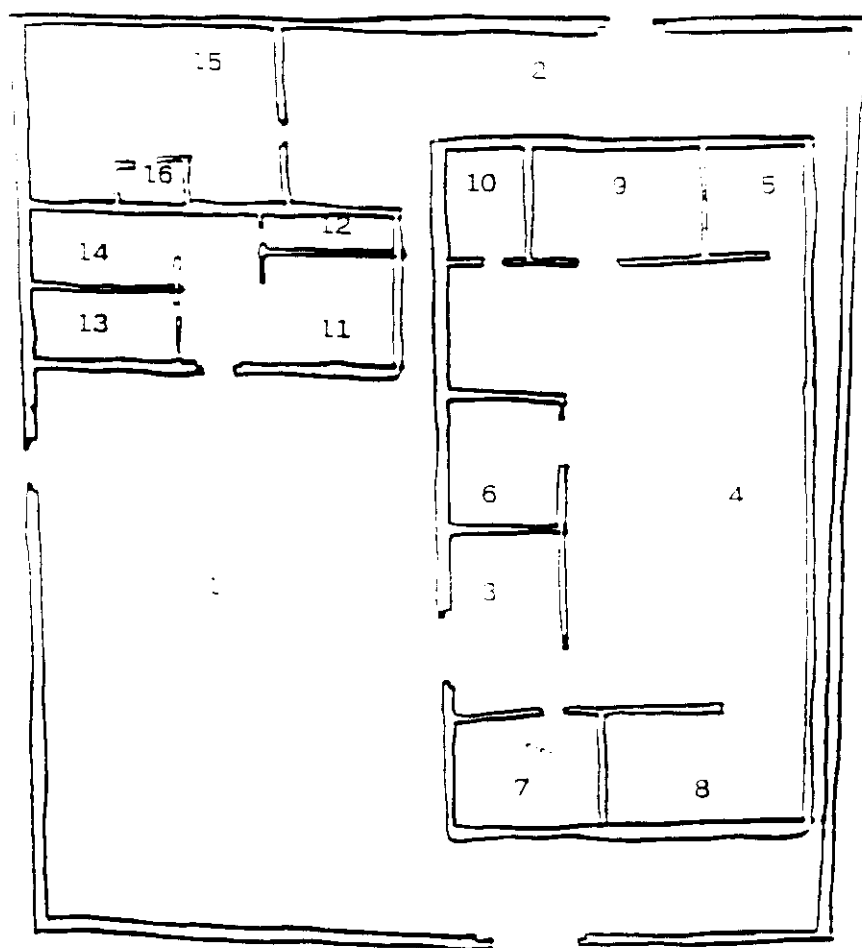
Fuente: Elaboración propia.

El modelo de casa de la Campiña, emplazado normalmente sobre una manzana completa o una gran porción de ella y todavía bastante tradicional en sus aspectos formales y en la utilización de materiales locales –madera, manufacturas de arcilla, barro, piedra caliza–, tampoco es ajeno a una paulatina segregación del área de vivienda respecto a la zona de trabajo y a la sustitución de usos de labor por los de residencia. Tomando como paradigma la casa de una explotación con empleo asalariado, observamos que las estancias de trabajo se delimitan perfectamente de las de vivienda en el interior de la edificación, aun cuando su separación sea menos clara desde el exterior de la misma, si salvamos que sus puertas son

por lo general independientes y están ubicadas en calles distintas y de diferente orden –a la zona de residencia se accede por una vía principal y a la de labor desde una secundaria y a través de un gran portalón que permite el paso de tractores y remolques–. Las áreas de trabajo y vivienda se organizan en torno a un espacio abierto que sirve de distribuidor, cumple las funciones de patio, huerta y corral y posibilita una ventilación cruzada y una buena climatización. Las estancias de labor se hallan divididas asimismo entre las dedicadas a los asalariados, cada vez más reducidas y reemplazadas por diversos usos de residencia, y las destinadas a los almacenes y al ganado, igualmente sustituidas de manera paulatina por trasteros o piezas auxiliares de la zona de vivienda. En el área de residencia, a diferencia de Lozoya–Somosierra, la cocina, dotada también de hogar, se encuentra más vinculada al resto de las piezas, ocupa un lugar central, es bastante más amplia y sigue utilizándose de comedor excepto en las ocasiones señaladas en que se recurre a la sala de estar. Esta última estancia asume, como habitación de respeto y para recibir visitas, algunos de los cometidos que antes tuviera la cocina y refuerza sus funciones con la existencia del zaguán. Por su lado, los dormitorios, a la par que en Lozoya–Somosierra, se incrementan numéricamente a medida que los diferentes miembros de la familia ganan en independencia y cambian y diversifican horarios y actividad.

PLANO 6

MODELO DE CASA DE LA CAMPIÑA



- | | |
|------------------|---|
| 1. Patio. Huerta | 10. Aseo |
| 2. Corral | 11. Bodega. Trastero. Leñera. Almacén de aperos |
| 3. Zaguán | 12. Gallinero y cochiqueras |
| 4. Cocina | 13. Granero |
| 5. Despensa | 14. Establo |
| 6. Sala de estar | 15. Cuarto de jornaleros |
| 7. Dormitorio | 16. Aseo |
| 8. Dormitorio | |
| 9. Dormitorio | |

Fuente: Elaboración propia

Por otra parte, en lo relativo a las funciones del cabeza de familia, constatamos un debilitamiento de los papeles que desempeña en las Vegas y la comarca Suroccidental. Tal

merma se debe fundamentalmente, en la Campiña, a la intensidad laboral que demanda la producción y, en Lozoya-Somosierra, a la avanzada edad del cabeza de familia y a la falta de continuidad de los hijos al frente del grupo y de la explotación. Si en Lozoya-Somosierra resulta extremadamente difícil que el cabeza de familia pueda presentarse a sí mismo como modelo a seguir, en la Campiña el aumento de trabajo y de las responsabilidades del conjunto del grupo socava la autoridad que aquél venía ejerciendo tradicionalmente y que le confería una posición de seguridad y fuerza respecto a sus hijos. En ambas comarcas se diluye parte de la función socializadora del cabeza de familia que pasa a ser asumida por la esposa, los propios hijos y por instituciones especializadas de la sociedad mayor.

De este modo, la esposa suma a sus tareas en la casa una superior dedicación a la explotación que, en el caso de la Campiña, se concreta en la prolongación cotidiana de las labores agrícolas realizadas antes en periodos puntuales y, en Lozoya-Somosierra, en el empleo de más horas para el ordeño, la limpieza de cuadras, la alimentación de los animales y la conducción de las vacas a los prados cercados. Asimismo, la esposa, en paralelo al mayor reconocimiento social que le otorga la comunidad y cuando el cabeza de familia se emplea fuera de la explotación, comienza a representar jurídicamente al grupo a la hora de cerrar tratos comerciales y de otra índole.

Los hijos, por su lado, se mueven según estos tres parámetros: o se alejan del sector agrario y deciden formar, o integrarse en, una familia ajena a la organización social campesina; o buscan fuera del grupo una preparación técnica que les permita obtener los máximos rendimientos posibles de la explotación; o se procuran una formación escolar que les capacite para abandonar el campo en un futuro. El primero de estos supuestos, casi masivo en Lozoya-Somosierra y con mucho menos peso en la Campiña, resulta sumamente desintegrador de la vida familiar y social desde su propia base por cuanto priva al grupo de su continuidad y, a menudo, conlleva que los padres acaben por seguir a sus hijos y cerrar la casa. Se configura así un proceso en red mediante el cual unos parientes impulsan a los otros a marcharse del campo. Si, por lo común, los hijos son animados a emigrar por tíos o primos, quienes les facilitan muchas veces su trabajo fuera del agro y les suavizan el desarraigo, la falta de integración y la pérdida de identidad que les supone el éxodo, los jóvenes, cuando consiguen asentarse, se comportan de manera similar con sus padres, ayudándoles a reajustar sus concepciones y esquemas y mitigándoles el choque cultural con el que tienen que enfrentarse. El segundo de tales parámetros, patente sobre todo en la Campiña, acentúa la independencia de los hijos respecto a los cabeza de familia desde el momento en que aquéllos rivalizan con estos en la dirección de la explotación y, con frecuencia, se convierten en los auténticos administradores de la misma. La intensidad laboral de la Campiña guarda mucha relación con ello, lo mismo que la competencia que se origina entre hermanos por imponer su criterio. Y la tercera de esas posiciones, más reseñable en Lozoya-Somosierra que en la Campiña, implica que los jóvenes, una vez acabada la escolarización obligatoria, simultaneen su trabajo en la explotación o el que llevan a cabo a tiempo parcial en comercios o la construcción con la realización de estudios, generalmente,

en las escuelas de formación profesional que concentran la demanda de la comarca, ya que pocos son los que se trasladan a Madrid o a centros de otros puntos del Área Metropolitana. Esta alternativa y la segunda de las mencionadas brindan, a los jóvenes, por lo demás, la posibilidad de reunirse y entablar amistad con otros individuos de su mismo grupo de edad que, ya pertenezcan o no a familias campesinas, les abren nuevos canales de relación y conducta.

Esto último se ve favorecido igualmente por la disponibilidad que en la actualidad tienen los jóvenes, singularmente los varones, de contar con un vehículo propio, a semejanza de lo que sucede en las familias urbanas, para desplazarse a los centros de enseñanza, bares y discotecas. Casi la totalidad de los jóvenes poseen una motocicleta para sus idas y venidas locales y muchos de ellos usan el coche familiar. Además, ocurre a menudo que la familia encomienda a los jóvenes, por su mayor pericia para obtener el permiso de conducir y por sus mejores aptitudes físicas, sus necesidades de transporte. A tal movilidad social de los jóvenes contribuye también, en el caso de los varones, la prestación del servicio militar que en otro tiempo constituía, junto al matrimonio, la vía primordial de emancipación familiar y la llave para la emigración. Dado que hoy el servicio militar ya no es tan útil para conseguir ambos objetivos, los jóvenes no esperan con la misma ansiedad que antes el cumplir los dieciocho años para realizarlo, comenzando a ser usual la petición de prórroga. Aun así, a la par que en el conjunto de la región, el ritual del tallado se sigue celebrando con mucha asiduidad entre los jóvenes, para los que se convierte en su principal y, por lo común, primera fiesta juntos, en uno de los actos que más tempranamente y con mayor fuerza les sirve para afirmar su identidad frente a la familia, la comunidad y, en especial, las quintas anteriores y posteriores. Respecto a éstas cada quinta entabla una rivalidad que, trascendiendo el plano de lo real, se plasma ritualmente, aparte del día del tallado –rondas a las mozas–, en todas las celebraciones que tienen lugar a lo largo del año del sorteo y muy en particular en las que protagoniza dicho grupo de edad. Dentro de estas últimas, cada vez menos exclusivas de los quintos y de otros jóvenes debido a la emigración y progresivamente más abiertas a los varones adultos, cabe mencionar la fiesta de la Vaquilla –Montejo de la Sierra, Piñuecar, Gandullas, Prádena del Rincón, La Hiruela, Paredes de Buitrago–, en la que como toda celebración de Carnaval se flexibiliza el rigor de las normas morales y sociales cotidianas; el Arbol de Mayo; y la Quema del Judas –Montejo de la Sierra, Pozuelo del Rey, El Berrueco, Berzosa de Lozoya–.

Entre los jóvenes sigue habiendo, por otra parte, diferencias todavía notables en el papel que cumplen hombres y mujeres, que no sólo estriban en que la principal función productiva de los primeros se desempeñe en la explotación y de las segundas en la casa. Aunque las mujeres acostumbran a emigrar más que los hombres, a las que continúan en el seno familiar se les aplica una moralidad y unas reglas sociales más estrictas que a los varones. En contraste con ellos permanecen más tiempo en la casa, se les reconoce menos la necesidad de una formación escolar o profesional, no suelen disponer de vehículo propio o del familiar y se les tolera peor su tiempo de ocio. Su papel está siempre subordinado al de los varones,

a pesar de que hayan ganado durante los últimos años importantes parcelas de independencia. La Fiesta del Hornazo que el Domingo de Gloria celebran las mozas en Montejo de la Sierra, Braojos y Horcajo de la Sierra ejemplifica bastante bien la separación de funciones existente entre hombres y mujeres jóvenes y la dependencia que tienen éstas respecto a los varones. Así esta celebración, consistente en una merienda campestre que las mozas preparan personalmente y ofrecen a los mozos, es secundaria a la invitación que antes, durante el Carnaval, hacen los segundos a las primeras a base de los productos que les regala el vecindario. Su objetivo es corresponder a las atenciones de los mozos, a quienes se les atribuye familiar y comunitariamente la facultad de llevar la iniciativa en su relación con el sexo opuesto.







Por otro lado, una característica muy marcada de Lozoya-Somosierra, que en menor medida se aprecia igualmente en la Campiña y el resto de la región, es la soledad y el aislamiento de los niños como grupo de edad dentro de la familia y la comunidad debido a la baja natalidad de la unidad doméstica y, particularmente, a su alto nivel de envejecimiento. Su escaso número, que resalta muy marcadamente su presencia en la comunidad, apenas les permite organizar actividades colectivas, juegos o ceremoniales, propios de su edad, a no ser durante los fines de semana, el verano y otros periodos de vacaciones –rondallas navideñas en petición de aguinaldo, Fiesta del Hornazo⁹²–, cuando llegan otros niños, hijos de emigrantes o de segundos residentes. Tales actividades en los periodos de ocio dejan patente, por lo demás, las diferencias que separan a los niños de las familias urbanas de las campesinas, ya que si éstos, en la primera de ambas situaciones, disponen prácticamente de todo el tiempo de vacaciones para jugar o reunirse, en el segundo de esos dos supuestos, tienen que simultanear el tiempo libre que les deja la escuela con su trabajo en la explotación doméstica y en la casa. En efecto, el trabajo, con frecuencia muy intenso, es un componente de gran importancia en la vida de los niños que contribuye a potenciar su conciencia de aislamiento y, en no pocos casos, de marginación respecto al entorno social que les rodea. Este trabajo infantil, indispensable para toda familia campesina y aún más imprescindible por la emigración de los jóvenes, se desarrolla durante los días laborables de la semana antes de comenzar las clases matinales y después de concluir las de la tarde, pese a que en bastantes ocasiones requiere ausentarse de ellas. Si las clases y los deberes escolares pueden esperar, ni las atenciones al ganado ni los cuidados de los cultivos dejan hacerlo. Muy de mañana los niños se ocupan de la cabaña doméstica, de las labores de la casa, de las labores del huerto, de recolectar leña y de llevar las vacas a pastar; y por la tarde cogen hierbas y berzas para el ganado, estercolean los cultivos, dan pienso y ordeñan a las reses o las recogen en el prado. Pero, a excepción de los meses estivales –recogida de la hierba, siega–, es los sábados y domingos cuando los niños trabajan más, haciendo regueras, cerrando los prados, arando o sembrando.

Finalmente, tanto en Lozoya-Somosierra como en la Campiña y el resto de la región, los ancianos suelen prolongar su actuación como cabezas de familia hasta el mismo momento de su muerte, a pesar de que el matrimonio y el éxodo de los hijos, así como el fallecimiento

de la esposa les dejen completamente solos. Esta situación se hace especialmente patente en Lozoya-Somosierra, como testimonia el elevado número de ancianos que, en condiciones de gran precariedad, viven solos en las distintas comunidades. Aunque suelen contar con sus hijos y/o nietos emigrados durante los fines de semana y los periodos de vacaciones, no disponen de más compañía cotidiana en la casa que la que les proporcionan las visitas de algunos vecinos o de los hermanos y sobrinos que continúan residiendo en la localidad. Su soledad les lleva a frecuentar las tertulias y los corrillos de vecinos que se organizan en torno a la plaza, las puertas de las casas y los bares, sin importarles demasiado el sexo y la edad de quienes componen esas reuniones. No obstante, cuando no pueden valerse por sí mismos, acostumbran a dejar su casa y trasladarse a la de los hijos, quienes se suelen repartir por temporadas su cuidado. Rotativamente los ancianos permanecen en las casas de sus hijos emigrados, perdiendo su vinculación con la comunidad, incapaces de entablar nuevas amistades y sintiéndose una carga por los problemas de espacio y de trabajo que provocan y por las tensiones –educación de los nietos– que, a menudo, genera su presencia. Ahora bien, aun siendo lo más común en Lozoya-Somosierra y la Campiña, al igual que en toda la región, que los ancianos vivan solos o se trasladen a la casa de sus hijos emigrados, cuando éstos siguen residiendo en la comunidad también es frecuente que alojen a sus padres, ya mayores, integrándoles en su unidad familiar y brindándoles una habitación y un espacio propios. Formando parte de la unidad doméstica de sus hijos, simultanean sus largas estancias delante de la televisión y del nogar con la ayuda que suministran a las labores del cabeza de familia y, sobre todo, del ama de casa.

GRAFICO 51

MODIFICACION DE LAS FUNCIONES FAMILIARES

	LOZOYA-SOMOSIERRA
	GUADARRAMA
	AREA METROPOLITANA
	CAMPIÑA
	SUROCCIDENTAL
	VEGAS

4.2.3.- RELACIONES DE RECIPROCIDAD Y COOPERACION INTERFAMILIAR

Junto a las características que revisten la intensidad laboral y la especialización de funciones de la familia, el tipo de relaciones de reciprocidad y cooperación que mantienen

los grupos domésticos de una misma comunidad define igualmente las peculiaridades que presenta la división social del trabajo familiar en las distintas comarcas. Tales relaciones se evalúan básicamente en función de la mayor o menor significación de los usos comunales, de la variable importancia de los mecanismos de intercambio interfamiliar, muy patente en la acumulación de excedentes efectuada por el grupo doméstico para atender el ceremonial comunitario, y del superior o inferior relieve de instituciones basadas en la reciprocidad cuyo ámbito de actuación socioespacial se sitúa a mitad de camino entre la familia y la comunidad –mancomunidades, cooperativas, compadrazgo–.

La suma de estos tres factores condensa la puesta en contacto que la familia realiza con la comunidad, actuando como unidad social y de modo formal e institucional. No olvidemos a este respecto cómo, por ejemplo, el derecho al uso de las tierras comunales lo ostentan los vecinos por su adscripción a un grupo doméstico determinado, mientras que éste lo detenta en virtud de su pertenencia a la comunidad. Estos factores muestran además las variaciones que, de unos a otros grupos campesinos, puede experimentar la obtención del fondo ceremonial (Wolf, 1971: 16–18) destinado por la familia al mantenimiento de sus lazos sociales y a contrarrestar, en tiempos de necesidad, la diferenciación que introduce dentro de la comunidad el aumento de los requerimientos de algunas de sus unidades domésticas. Se entiende, por consiguiente, que la ayuda, en dinero, trabajo o bienes, suministrada a otras familias es una forma que tiene el grupo de ayudarse a sí mismo. A la vez tales factores indican la mayor o menor cohesión social que el comportamiento de la unidad doméstica confiere a la comunidad.

Al hablar de la propiedad comunal de la tierra y de su tenencia en régimen cooperativo, ya hemos señalado la escasa incidencia que respecto a otras áreas regionales poseen en el marco global de la región los usos comunales, en franco retroceso desde 1962 y cada vez más limitados a los espacios forestales y de pastos o a márgenes de ríos y arroyos. Asimismo hemos mencionado ya, al referirnos al consumo y a la distribución, la debilidad de los sistemas de intercambio comunitario existentes en el conjunto de la región. Por último, también hemos hecho alusión a la precariedad del movimiento cooperativo regional, pese a su ascenso desde mediados los años ochenta.

Todo ello dibuja un panorama para el conjunto de la región, en el que los vínculos de cooperación y reciprocidad entre las familias de una misma comunidad reflejan una notable alteración de las pautas tradicionales que, pocas décadas atrás, los venían informando. La pérdida de significación de la cooperación vecinal y el nada despreciable desplazamiento de los usos colectivos por los individualizados, paralelos al incremento de la intensidad laboral de la unidad doméstica, de su especialización funcional y, sobre todo, de sus lazos con la sociedad mayor, expresan así el aumento del grado de suficiencia que asumen las distintas familias y del nivel de independencia social y económica con el que unas se miran a otras. Entre más se acrecientan los nexos subordinados y verticales de los grupos domésticos con la sociedad mayor –empleo, consumo, distribución, aprendizajes, tecnología– y se eleva la especialización de los roles y la intensidad de las tareas familiares, menores resultan las

conexiones que se establecen entre vecinos, disminuyendo a la par los componentes de horizontalidad y voluntariedad inmersos tradicionalmente en tales relaciones.

No es ya tanta la necesidad y la obligación de antaño de formalizar lazos vecinales de ayuda mutua y redistribución de bienes, así como de atenerse a los principios del derecho consuetudinario o de determinadas formas específicas del ceremonial comunitario –colectas, donativos, participación en labores comunes– y familiar –matanza, esquileo, vendimia, comuniones, bodas, bautizos– que regulan esos vínculos. No se busca tanto subsanar las deficiencias de recursos –en especial de suelo y trabajo–, abordar trabajos comunes –arreglos de caminos o acondicionamiento de canales de riego–, intercambiar labores concretas –siega, trilla, recolección, limpieza de terrenos, cuidado del ganado–, usar conjuntamente bienes de producción o servicios –máquinas, molinos, almacenes, riego–, organizar el ceremonial o fijar alianzas políticas e institucionales. Hoy, los nexos familiares intracomunitarios poco pueden contrarrestar la creciente división del trabajo social que impone la sociedad mayor al grupo doméstico, apenas son capaces de suavizar la intensidad laboral y la alteración de roles experimentadas por las familias campesinas de la región. Las relaciones establecidas con la sociedad mayor han venido a suplir y desplazar en un grado más que perceptible las efectuadas entre los grupos domésticos vecinos.

Por otro lado, observamos que a medida que estos lazos entre familias han ido disminuyendo y se han cargado de suficiencia, se han reforzado las tensiones vecinales que, desde siempre, han venido acompañándolos debido, en última instancia, a la constante competitividad vecinal por el uso de unos recursos habitualmente limitados. Los fuertes elementos de tensión intrafamiliar, que, como hemos visto, conllevan la intensidad laboral y la transformación de las funciones y relaciones de los componentes de la unidad doméstica, se amplían al marco de la comunidad, por mucho que no suelen manifestarse siempre públicamente o se disipen momentáneamente en ocasiones puntuales. Esto es lo que ocurre durante las fiestas comunitarias o cuando una familia acude a las celebraciones organizadas por otra rival.

Una última regularidad, que caracteriza los nexos interfamiliares de reciprocidad y cooperación a nivel global de la región, es la importante multiplicación de los vínculos entre grupos domésticos pertenecientes a diferentes comunidades. Este rasgo, constatable desde los años setenta, se halla en estrecha correlación con el aumento de la movilidad social que introduce la penetración urbana en las distintas comarcas.

Estos aspectos generales, reseñados para el conjunto de la región, sintetizan con bastante exactitud las relaciones interfamiliares de la Campiña y la comarca Suroccidental, pero no lo hacen tanto en el caso de las cuatro comarcas restantes. Los lazos de reciprocidad y cooperación de las familias de Lozoya–Somosierra y, sobre todo, de las Vegas resultan muy superiores a los establecidos en el resto de la región y son los que menos transformaciones han experimentado respecto a décadas anteriores. Por contra, este mismo tipo de vínculos sufre un nivel máximo de alteración en Guadarrama y, particularmente, en el Área Metropolitana, donde los nexos de reciprocidad y cooperación que practican las unidades

domésticas son mucho menores que en cualquier otro territorio regional.

4.2.3.1.- Vegas

El nada despreciable relieve de los usos comunales en las Vegas y, especialmente, el hecho de que en esta comarca el movimiento cooperativo y los sistemas de intercambio alcancen, respectivamente, el máximo y el segundo valor más destacado de la región son la base de una importante interacción entre las familias de una misma comunidad y del deseo de éstas de trascender los límites sociales, que traza el estricto marco de lo doméstico, para proyectarse hacia el ámbito de lo comunitario. Estos vínculos, ligados a la reducida alteración de funciones de los miembros del grupo, contrarrestan en gran manera la disgregación social que acarrea, tanto en el marco familiar como en el comunitario, la intensidad laboral de los efectivos domésticos. Además trazan una contundente barrera entre las familias campesinas y las urbanas que habitan en el mismo municipio, ya que para éstas últimas los nexos interfamiliares suelen ser más inestables que para las primeras y no existe con claridad una unidad social superior a la doméstica tan precisa e integradora como la comunidad. Hay que hablar así del trueque de productos que habitualmente practican las familias con explotaciones dedicadas a cultivos leñosos y de huerta. Es notoria también la utilización conjunta de maquinaria, la racionalización colectiva del uso del agua para riegos, a menudo institucionalizada en la constitución de mancomunidades de regantes, y la explotación comunal de las tierras, heredada en gran medida del peso que poseía en el siglo pasado (Madoz, 1845-1850) y del que dejan constancia las dehesas boyales de Colmenar de Oreja, Valdaracete y Villarejo de Salvanés. Asimismo es costumbre que la siega, la recolección de frutos y, a veces, la trilla reúnan a varias familias, generalmente emparentadas, cuando una de ellas necesita ayuda a causa de su atraso en el corte de hierba, su escasez de miembros y/o de su precariedad de medios para contratar mano de obra temporal. Incluso no resulta infrecuente segar por entero los prados de una viuda o de un vecino, que se encuentre ausente por haber emigrado o simplemente por estar ocupándose de algún asunto fuera de la localidad. Todo ello se plasma territorialmente en la reducción de las distancias entre la familia y la comunidad, tal como lo demuestra el destacado lugar que tiene ésta última dentro del espacio doméstico o el paralelismo que se establece entre las limitaciones de acceso a determinados lugares públicos, que se fijan desde el ámbito familiar y el comunitario. Respecto a este segundo supuesto es notorio que lo mismo que la familia acota la presencia de mujeres y niños en los lugares más apartados de su entorno habitual, la comunidad sólo mira bien la estancia de éstos en tales espacios cuando van acompañados de sus esposos o padres.

Llaman singularmente la atención ciertos mecanismos que despliegan muchas familias de las Vegas para atenuar de modo directo su intensidad productiva y la crisis de supervivencia, que ésta suele provocar. De este modo advertimos cómo unas unidades domésticas actúan de avalistas de otras, para que unas terceras accedan a la concesión de medianías, arrendamientos y créditos. Es más, una familia no puede emprender acuerdos de tal índole con otra sin que

sea presentada por una tercera. Hace décadas, este mecanismo sólo se llevaba a cabo bajo la condición previa de que todos los grupos domésticos implicados en transacciones de esta naturaleza pertenecieran a la misma comunidad. Hoy existe, no obstante, una mayor tolerancia hacia los tratos operados entre grupos domésticos de distintos ámbitos comunitarios. La familia presentadora, aparte de erigirse en mediadora, ha de garantizar el cumplimiento de cuanto se apalabre –que es lo más común– o estipule por escrito. Responde con sus propios recursos, cuando la familia receptora de una prestación no puede afrontar el pago de la misma, o, gracias a la autoridad moral que le confiere la comunidad, apremia a la parte que otorga un bien determinado para que haga enteramente efectiva su concesión. Dicha mediación se torna más compleja en el caso de que no sea el cabeza de familia quien solicita un arrendamiento, una medianía o un crédito. En estas circunstancias, normalmente protagonizadas por hijos que desean irse emancipando de la tutela doméstica o que piensan, o acaban de, contraer matrimonio, el cabeza de familia debe responder por ellos y presentarlos tanto ante la unidad familiar que avala como frente a la que proporciona el servicio demandado. En caso de incumplimiento de los hijos, el cabeza de familia y el resto del grupo asumen los compromisos contraídos por éstos; y sólo interviene la familia mediadora, cuando la envergadura de la transacción supera las posibilidades del conjunto de la unidad doméstica a la que pertenecen los receptores de la prestación. Las acciones y los acuerdos de cualquiera de los miembros del grupo son extensibles y vinculan al conjunto de la familia, que responde como una unidad. Todavía mayor complejidad entraña el hecho de que las unidades domésticas implicadas en estos tratos sean de comunidades diferentes. En este supuesto, la familia mediadora suele ser de la misma comunidad que la que ofrece el servicio, aunque habitualmente mantiene lazos de parentesco o afinidad con la receptora. La adscripción del grupo mediador a la misma comunidad que la familia concesionaria garantiza la efectividad de la presión moral que puede efectuar sobre ésta; en tanto que los nexos de parentesco o afinidad con la unidad doméstica receptora le hacen solidario con ella y constituyen el mejor aval de cuantos cabe brindar.

Ligado también íntimamente al requerimiento de contratar mano de obra asalariada que demanda la intensidad productiva de las Vegas, con miras a contrarrestar esa necesidad y a fin de reforzar sus mecanismos de autodefensa ante la extracción de excedentes que imponen las relaciones de producción capitalistas en el agro, las familias de esta comarca se organizan a menudo como un sólo equipo de trabajo. Desde el momento en que los grupos domésticos se comportan como una unidad conjunta y solidaria de trabajo, proyectan esta misma conducta colectiva hacia el grueso de la comunidad. De esta forma la unidad doméstica constituye el núcleo central y crítico de una red interfamiliar, en la que se intercambia mano de obra sobre la base de la reciprocidad, dentro de los parámetros de la máxima simetría alcanzable y tendiendo a nivelar las desigualdades existentes entre las familias de la comunidad. Los efectivos de una familia no sólo actúan como fuerza de trabajo de ese grupo doméstico. Son además mano de obra disponible para los distintos grupos domésticos articulados en dicha red. Se trata, por consiguiente, de racionalizar y optimizar al máximo la mano de obra familiar

existente en la comunidad y de ahorrar todo lo posible en el pago de jornales. Si en los años en los que se incrementa la emigración se observa una disminución de este tipo de ayuda mutua, desde finales de la década de los setenta crece sensiblemente a causa de la elevación de los salarios y de los negativos efectos que venía generando la ausencia de fuerza de trabajo en el seno de la familia y de la comunidad.

Ahora bien, la interacción familiar que se opera dentro de las comunidades de las Vegas, ya sea para acometer trabajos especiales en común, usar mancomunadamente la tierra o ciertos bienes de producción o atenuar la intensidad laboral y productiva del grupo, no está exenta de tensiones. Al contrario, los vínculos interfamiliares son muy directos y poseen una enorme carga de afecto y emotividad. Por mucho que tiendan a nivelar disparidades sociales y económicas y favorezcan la construcción de relaciones simétricas, no crean igualdad, no eliminan la tenencia desigual de recursos y las tensiones que ello acarrea. Es más, tales tensiones, alimentadas muchas veces por envidias y suspicacias, desempeñan un papel muy importante a la hora de fijar los límites de la cooperación y reciprocidad familiar, ayudan al mantenimiento de la horizontalidad de los nexos y se comportan como un elemento de presión que armoniza la articulación del interés colectivo con el individual. En no pocas ocasiones, tras fuertes disputas entre familias rivales, se acaba formalizando entre ellas redes de ayuda mutua. Otras veces, las tensiones que conlleva una larga cooperación vecinal sirven para reajustar sobre nuevas bases dicha interacción y proporcionarla una mayor continuidad. Y en otros casos, los enfrentamientos interfamiliares, que genera una desigual extracción de excedentes, refuerzan la identidad comunitaria frente a la sociedad mayor. Pero, tal vez sean los conflictos existentes entre los socios de las cooperativas y, sobre todo, los que enfrentan a éstos y a los vecinos, no adscritos a ellas, los que en los últimos años se revisten de más crudeza. Una muestra bastante patente de la marcada afectividad que informa estos lazos interfamiliares la hallamos en la gran significación que tienen en muchas comunidades los procesos de exculpación social, mediante los que se imputa a las buenas o malas intenciones de los vecinos los éxitos o los fracasos de determinadas familias. El arraigo y la extensión comarcal de algunas creencias asociadas a los mencionados mecanismos de exculpación, como el mal de ojo (Díaz Ojeda, 1982), también lo corroboran.

Por otra parte, el lugar preeminente que las familias de las Vegas asignan a la cooperación y reciprocidad vecinal se refleja con claridad en la acumulación anual de excedentes que los distintos grupos domésticos destinan al ceremonial comunitario. El monto de esta acumulación resulta muy superior al registrado en otras comarcas, si bien, como veremos más adelante al hablar del marco social comunitario, esto no quiere decir que el presupuesto económico con que cuentan las fiestas de las Vegas sea por fuerza el mayor de la región, ya que la contribución vecinal al mismo es desde hace décadas siempre inferior a otras vías de financiación procedentes, especialmente, de las organizaciones impuestas a la comunidad y de la población urbana que participa en las diferentes celebraciones locales. De ahí, que los municipios del Area Metropolitana y Guadarrama, donde la penetración urbana es máxima, dispongan de los mayores presupuestos festivos de la región. Sea como fuere, para las

unidades domésticas de las Vegas las fiestas comunitarias constituyen uno de los objetivos principales que debe cubrir su acumulación anual, pues no se trata exclusivamente de que lo festivo señale los periodos de descanso del calendario agrario familiar, sino de hacer que este tiempo de ocio y de celebración coincida con el del conjunto de la comunidad. Se espera, por tanto, que la acumulación y el ahorro efectuados por una familia para sufragar el fondo ceremonial comunitario vayan parejos a los que lleva a cabo el resto de los grupos domésticos de la comunidad. Y sobre todo se tolera mal que el relieve y el interés, que una familia atribuye a la obtención de fondos para el ceremonial comunitario, no resulten paralelos a los que le asignan las unidades domésticas que conforman con aquélla una misma comunidad. Como consecuencia, tampoco se admite bien que el entusiasmo, la satisfacción y el estímulo para el quehacer cotidiano, que despierta en un grupo doméstico la llegada de las fiestas comunitarias, no sean compartidos por el resto de las unidades familiares de la comunidad.

El alto despliegue económico y el fuerte gasto que las familias de las Vegas acometen en las fiestas comunitarias no sólo buscan la compensación del trabajo anual, desarrollado por los distintos miembros de la familia, sino resarcir al unísono el esfuerzo de toda la comunidad. En efecto, la comunidad se considera un ámbito relacional que prolonga cuanto ocurre en el entorno familiar y que conforma con él una unidad de acción social y económica. Las fiestas estivales, normalmente consideradas de carácter mayor y coincidentes con los momentos de superior bienestar y abundancia económica para el grupo, son las que más generalizan y elevan esa compensación. Lo demuestran la máxima concentración de participantes y espectadores que registran estas fiestas, sus numerosos y brillantes actos – corridas de toros, encierros, bailes –, la gran exhibición ornamental pública –engalanamiento de casas– y privada –vestidos nuevos y adornos para el realce personal– y el derroche en la cantidad y calidad de la dieta. Dicha compensación se restringe en otros periodos del ciclo festivo, como sucede en las celebraciones de primavera –Arbol de Mayo–, en las que se premia de modo casi exclusivo a los mozos y nunca con la profusión del verano. La ritualización de la reciprocidad y la cooperación interfamiliar se hace patente en el mencionado desembolso económico, pero muy singularmente en determinadas acciones contextualizadas dentro de él. Nos referimos a las comidas en común y a sistemas ceremoniales de financiación que, como las rifas, subastas, donaciones o colectas, se utilizan antes, durante y después de las fiestas para captar fondos adicionales que suplan las deficiencias no cubiertas por la mera acumulación familiar. Estos últimos sistemas favorecen simultáneamente el intercambio y el trasvase de bienes de las unidades domésticas más solventes a las que lo son menos, resolviendo, a la vez que remarcan, temporalmente las disparidades interfamiliares.

Entre las comidas celebradas en común, hay que resaltar las que se ponen en marcha en Brea de Tajo, donde se degusta el Hornazo el Domingo de Resurrección y el Lunes de Pascua se "Corre la Tortilla" de mano en mano. De igual manera, hemos de mencionar las comidas de Orusco, cuyos vecinos también "Corren el Hornazo" el Domingo de Resurrección y acostumbran a institucionalizar el consumo de empanada el Lunes de Pascua; el reparto de

vino a toda la comunidad que se hace en Carabaña durante las fiestas de Cristo Crucificado; y el banquete para todos los que desean asistir, organizado en Belmonte de Tajo con motivo de la celebración de Ntra. Sra. del Rosario y costeadado mediante la subasta de las ofrendas hechas a esta Virgen. Asimismo hemos de referirnos a las comidas realizadas en las fiestas de la Virgen del Carmen –San Martín de la Vega–, Santiago Apostol –Chinchón–, La Asunción –Perales de Tajuña–, Ntra. Sra. de la Consolación –Villarejo de Salvanés–, La Natividad de la Virgen –Belmonte de Tajo, Fuentidueña de Tajo, Morata de Tajuña– y San Miguel –Villamanrique de Tajo–.

Por su lado, en lo que concierne a los rituales de financiación festiva, hemos de destacar las cuestaciones de dinero y alimentos, promovidas entre los vecinos por los quintos de Tielmes dos semanas antes de las fechas en que celebran la Quema del Judas, a fin de sufragar sus gastos durante dicha fiesta y costearse varias cenas. A lo largo de esa quincena demandan igualmente anticipos en los bares y en otros establecimientos públicos, consistentes en consumiciones gratuitas, que pagarán con posterioridad con lo recaudado en sus cuestaciones. Si la colecta no alcanza para reintegrar los anticipos, se hace un fondo común para devolverlos y, si sobra, se reparte el remanente equitativamente y entre todos. En el mismo sentido, debe remarcarse las peticiones de dinero y alimentos, efectuadas por los quintos y otros mozos de Ambite al llegar las fiestas de los Santos Inocentes, con las que se costean una gran comida. Y junto a estas acciones festivas, hay que dejar constancia de las subastas de los regalos ofrecidos a la Virgen que se practican en Chinchón durante las fiestas de la Natividad de Ntra. Sra. En esta misma localidad también se llevan a cabo subastas por San Roque, así como pujas por obtener las andas de la procesión en honor del mencionado Santo.

Otra manifestación de las relaciones de reciprocidad y cooperación, que caracterizan a las familias de las Vegas, son los rituales festivos caseros y el conjunto de las actividades sociales y económicas que lleva aparejados la matanza del cerdo. Tal actividad, a pesar de que muestra cómo en esta comarca la analogía entre las fiestas y las labores de transformación de los productos agrarios es una realidad más patente en el ámbito familiar que en el comunitario, la emprende prácticamente en los mismos días la mayoría de las unidades domésticas, por lo que se convierte en un lugar común para el grueso de la comunidad; máxime si consideramos la estrecha hospitalidad y colaboración que se prodigan los vecinos durante dichas fechas. Aunque esta práctica ha perdido mucha de su vigencia pasada, todavía se aborda en muchas comunidades, continúa siendo un punto de referencia de gran significación dentro del ciclo económico y festivo anual y sigue desempeñando un notable papel para el autoconsumo y el intercambio familiar. Este es el caso especialmente de San Martín de la Vega y de Villarejo de Salvanés, donde se asocian con tal actividad importantes fiestas patronales en las que se organizan comidas en común. En San Martín de la Vega se festeja a San Martín de Tours y en Villarejo de Salvanés a San Andrés. En ambas localidades la familia recurre a los vecinos más diestros para acometer los diversos trabajos especializados que implica la matanza, pese a que todos los asistentes a ella desarrollan

alguna operación. Los hombres ayudan a matar al cerdo y lo descuartizan; las mujeres preparan embutidos y la comida que se servirá tras la faena y para imprimir solemnidad al acto; y los niños colaboran con unos y otras. A cambio del trabajo empleado se invita a comer al conjunto de los participantes y se les regala algunos de los productos obtenidos. Tales atenciones son siempre mayores para los especialistas en las técnicas de la matanza. Con motivo de la matanza, además de reunirse el grupo doméstico al completo, se llama a los miembros y parientes emigrados, junto a los que se convoca a muchas familias amigas o afines, con las que se acostumbra a entablar lazos de reciprocidad y cooperación en otros terrenos y se constituye la base de alianzas y la red de vínculos de la unidad familiar.

Aparte de la matanza del cerdo, otras acciones festivas de carácter doméstico refuerzan a la par los lazos de reciprocidad y cooperación vecinal, que se formalizan en distintos planos de la vida social y económica de las familias de las Vegas, proyectando su capacidad integradora tanto hacia el interior del grupo como fuera de él. En efecto, es muy frecuente que los aspectos de mayor transcendencia para la familia sean compartidos solidariamente por otras unidades domésticas. Hacemos alusión sobre todo a los diversos cambios vitales, a los ritos de paso iniciáticos, atravesados por los diferentes miembros de la familia, ya sea el nacimiento, las fases que lo anteceden, la pubertad, la mocedad, el matrimonio o la muerte. Ninguno de estos momentos de transformación social, ontológica, biológica o de actividad resulta exclusivo para el individuo que los experimenta como tampoco lo es para el grupo al que ese sujeto pertenece. Se trata al unísono de un tránsito que le ocurre igual al conjunto de las unidades domésticas de la comunidad, aun cuando cada familia lo ritualice de una forma singular conforme a la obligatoriedad ética que siente de festejarlo o de participar en la celebración de otros. La celebración doméstica y extra familiar de tales ritos de paso, al tiempo que persigue sacralizar y reconocer esos cambios, augurar éxito para los individuos que alcanzan una nueva identidad y resaltar las propiedades que éstos acaban de asumir, ritualiza el aprendizaje que la familia y la comunidad brindan a los neófitos para poder ejercer el status recién adquirido. A la vez, de manera similar a cuanto sucede en el resto de las relaciones recíprocas de esta comarca y, particularmente, durante la matanza del cerdo y otras fiestas domésticas y comunitarias, la celebración de los mencionados tránsitos vitales implica una confirmación de roles y funciones dentro de la familia, que contribuye a reforzar los cometidos existentes en el mismo sentido en el seno de la comunidad. No en vano, en este tipo de celebraciones cada miembro de la familia y de la comunidad cumple un papel ritual determinado, con arreglo al que tiene asignado cotidianamente en ambos marcos sociales.

Si las celebraciones de matrimonios, comuniones o de los momentos previos a los nacimientos no revisten en las Vegas un relieve especial que las distinga sensiblemente de las institucionalizadas en el resto de la región, no sucede lo mismo con las fiestas dedicadas a los neonatos (González Arpide, 1978: 15, 1979: 17). Además de aprovecharse cualquier festividad doméstica o comunitaria –fundamentalmente durante la Navidad– para exhibir a los recién nacidos, agasajarlos y presentarlos al vecindario, ya sea en procesiones, bailes o pasacalles, su llegada al mundo se celebra de forma muy sobresaliente y con un gran peso de

la tradición. Se persigue así reforzar su aceptación formal e integración en el ámbito familiar y comunitario, confiriéndoles un sexo, un parentesco, un rol y un status reconocidos y recordando ritualmente la obligación que tiene la comunidad y, de manera inexcusable, la familia de asistirles y procurar su aprendizaje. Ni el bautismo –ya no tan generalizado– ni cualquier otro ritual religioso otorgan por sí mismos a los neonatos la identidad social que poseen dentro de la familia y la comunidad. La gran significación de los rituales ligados a los neonatos explica, por otra parte, el arraigo, la horizontalidad y el carácter permanente y estable que tiene todavía en las Vegas el compadrazgo, como institución de apoyo a la familia y de interacción entre ésta y su comunidad.

No menos sobresalientes son los rituales realizados para señalar la mocedad de los hijos varones, siempre mucho más remarcable para la familia y la comunidad que la de las hijas, dado lo que se espera de ellos en el presente y, sobre todo, en el futuro. Dichos rituales quedan claramente patentes en el papel cardinal que la familia y la comunidad les asignan durante todo el calendario festivo y, de modo preeminente, con ocasión del Arbol de Mayo o de las celebraciones del Carnaval. Dentro del grupo de edad de los mozos, los rituales protagonizados por los quintos con motivo de su tallación son particularmente trascendentes a la hora de evaluar los aprendizajes, que obtienen de su propia familia y de otras de su comunidad.

Asimismo son muy importantes los rituales en torno a la muerte, que congregan a la práctica totalidad de la comunidad. Aunque el luto por un ser querido sólo suelen llevarlo los parientes más cercanos, el sentimiento trágico que suscita la muerte de un vecino alcanza a la mayoría de las familias de la comunidad con independencia de que estén o no emparentadas con aquél. Este duelo alimenta la solidaridad y la ayuda que aportan a los familiares del difunto, en especial a los componentes de su unidad doméstica, las restantes familias de la comunidad. El entierro de un difunto rara vez deja en casa o en el campo a algún hombre de la comunidad, mientras que la asistencia a los funerales sólo excluye la de los niños y no en todas las ocasiones. De hecho, el ausentarse de entierros y funerales está tan mal visto que solamente se excusa por causa de enfermedad o por una razón ineludible. Consecuencia de la capacidad fuertemente integradora que tiene la muerte es el papel que juegan los cementerios, como espacios que fortalecen los vínculos interfamiliares y en los que se proyectan las normas, los valores y las actitudes que informan los roles de cada uno de los miembros de la unidad doméstica y de la comunidad.

4.2.3.2.- Lozoya-Somosierra

Por su lado, las relaciones interfamiliares de reciprocidad y cooperación en Lozoya-Somosierra son, tras las de las Vegas, las más importantes de la región y las que menos alteraciones han experimentado. Favorecidas por la escasa intensidad laboral del grupo doméstico, las potencian la gran significación que tienen en esta comarca los usos comunales del suelo y las instituciones de carácter intermedio entre la familia y la comunidad. Y si bien

los mecanismos de intercambio, en particular los dirigidos a los artículos de consumo, no resultan especialmente sobresalientes, la necesidad de contrarrestar las deficiencias que, debido a la fuerte emigración y al envejecimiento de sus efectivos, encuentra el grupo para desempeñar sus funciones constituye un factor que impulsa de modo decisivo la interacción y la unidad de las familias. Se trata, por consiguiente, de compensar desde el marco comunitario la pérdida de protagonismo de la familia, como institución primaria para la socialización y endoculturación de los individuos y vehículo por el que éstos se incorporan con pleno derecho a su comunidad. Esta interdependencia doméstica, imbuida de gran horizontalidad y voluntariedad, está presidida siempre por el cabeza de familia, quien, mediatizando la cohesión social que el ámbito familiar confiere al comunitario, ostenta la representación del grupo cotidianamente y en todas las reuniones convocadas para tratar asuntos de interés general para la comunidad. Dichas reuniones sirven, entre otros objetivos, para aminorar las enemistades, no pocas veces ancestrales, que, superando el marco de lo individual, se extienden al conjunto de la familia y dividen en bandos aliados a la comunidad. Y ello, aunque esos enfrentamientos no sean tan perceptibles en el caso de niños y jóvenes y no sobrepasen el mero cotilleo o la crítica ante terceros.

Pese a que a nivel global de la comarca han desaparecido prácticamente los sistemas institucionalizados de transhumancia a pie y de pastoreo colectivo de cabezas de lanar –pearas– y caballar –yegüadas–, tan vitales décadas atrás para la supervivencia de la economía ganadera, no son pocas las familias que siguen acorrandando turnos para conducir de forma rotativa sus cabañas a pastar. Esto es singularmente patente entre las familias de menores medios económicos que cuentan con explotaciones de ovejas y ganado caballar, pero sobre todo para los grupos domésticos que, con independencia de su nivel de recursos, poseen reses de vacuno. Entre este último tipo de familias se observa, a la par, que continúa siendo usual el mantenimiento de los vínculos solidarios que, ya en el pasado, canalizaban la ayuda económica y moral brindada por los vecinos a las unidades domésticas que habían sufrido pérdidas de ganado a causa de accidentes o enfermedades. Estas ayudas consisten en dinero, en el regalo de algunas reses y, siempre, en el acompañamiento del duelo familiar.

De mayor transcendencia económica y social para las distintas familias de la comunidad que los vínculos, que se articulan en torno al pastoreo o la pérdida de ganado, es el uso comunal de pastos. A pesar de haber perdido mucha de su vigencia anterior, la utilización comunal de los pastos continúa siendo hoy fiel exponente de la gran significación que tuvo desde el siglo XVI hasta finales de la centuria pasada, asociada a la estructura que presentaba la propiedad de la tierra en el Señorío y Villa de Buitrago, en el que sus treinta y dos municipios disponían de un común de pastizales y monte para el ganado y de toda una serie de servicios mancomunados –abrevaderos, vías pecuarias, rediles, cabañas, establos–. Todavía a mediados del siglo XIX, P. Madoz (1845–1850) deja constancia del gran número de Ha. que abarcaban las dehesas boyales en esta comarca⁹³ y de la pervivencia de las instituciones mancomunadas que regulaban el uso común de los pastos, herederas en buena medida de los órganos colegiados de gobierno constituidos para el mismo fin en la época del Señorío y Villa

de Buitrago e integrados por representantes de la "villa" y los "cuartos" (Fernández García, 1980: 76). Este legado histórico ayuda a entender el relieve institucional de las mancomunidades actuales para ordenar la explotación de los pastos colectivos y, simultáneamente, facilita la comprensión de los lazos que ligan hoy a familias de distintas comunidades, sin impedir el notable movimiento cooperativo que se desarrolla en el presente en torno a la producción y la tenencia de suelo.

Resultan asimismo remarcables la reciprocidad y cooperación entabladas en distintas actividades de recolección, que vienen a poner de manifiesto la solidaridad interfamiliar de esta comarca serrana, la necesidad de atenuar los elementos de verticalidad existentes dentro de la comunidad y la importancia que tiene para las distintas unidades domésticas afianzar las actitudes y conductas, que mejor contribuyen a la defensa del modo de vida local. La individualización, independencia y suficiencia familiar que advertimos en las unidades sociales urbanas se difuminan en estas operaciones recolectoras, que expresan a la vez la ayuda mutua que las familias se dispensan en diversos terrenos, dado que lo normal es que los grupos aunados por la recolección interactúen repetidamente, conectando de manera distinta y con diferentes objetivos e intereses en otras actividades y en numerosas situaciones. No en vano, la reciprocidad es ajena a los lazos impersonales y parciales que caracterizan a las sociedades urbanas (Benedict, 1980: 45).

Una de estas labores recolectoras es el leño en montes y dehesas comunales, en el que, a menudo con grandes tensiones y enemistades, las motosierras para cortar la leña circulan por turnos de unos a otros vecinos. Al tiempo, aunque cada vecino tiene derecho a una parcela, sorteada todos los años al inicio del invierno para compensar las diferentes aptitudes que, según zonas, presenta el terreno forestal, es bastante frecuente que una familia decida, mediante acuerdos verbales, ceder a otra la totalidad o el sobrante de su suerte. Tal cesión se efectúa sin pedir a cambio más contraprestación que la buena disponibilidad del grupo doméstico receptor para atender las ayudas hipotéticas, que pudiera demandar en caso de necesidad la familia que presta la suerte.

Otra actividad recolectora, que plasma la interacción familiar de Lozoya-Somosierra, consiste en la búsqueda y captura de caracoles en los momentos más húmedos del otoño y de la primavera. De naturaleza más lúdica que económica, muy extendida a la mayoría de las localidades de esta comarca serrana y sumamente característica de ella, la recogida de caracoles reúne a varios grupos domésticos que acostumbran a citarse recién llegada la noche, por ser la hora que pone fin a sus quehaceres cotidianos y la más propicia para el hallazgo de dichos moluscos. Después de la captura de los caracoles y de limpiarlos con agua y harina durante dos o tres días para eliminar babas y residuos, los cocinan y consumen colectivamente en medio de una fiesta, a la que invitan a otras familias allegadas que no han tomado parte ni en la recolección ni en la limpieza de los moluscos.

Debe destacarse a la vez la recolección de setas comestibles que tiene lugar, preferentemente, en áreas de pinares -niscalos- y en otras masas forestales en las que abundan las variedades del chopo y del cardo. Llevada a cabo en primavera y otoño, tras los

días de sol que suceden inmediatamente a los lluviosos, la recogida de setas mantiene en tensión al grueso de los vecinos, que permanece atento a la evolución de las condiciones meteorológicas para fijar el momento idóneo de salir a buscarlas. Las mujeres y los niños, más libres que los jóvenes y los hombres adultos de la servidumbres horarias que implica cotidianamente la producción, son los encargados de poner en práctica esta actividad. Se juntan habitualmente en grupos que establecen entre sí una intensa rivalidad por ser los primeros en localizar los lugares con mayor abundancia de setas, ya que, salvando sólo los ejemplares más pequeños, se suelen cortar en su totalidad, impidiendo que vuelvan a brotar por espacio de varios días y, en algunos casos, hasta una próxima temporada. Esta competencia conlleva, al unísono, que unos grupos recolectores oculten a los otros los sitios más proclives a la multiplicación de las setas, escondiendo los ejemplares obtenidos y negando haber hallado alguno. No obstante, todo el antagonismo que genera entre distintos grupos de familias la captura de las setas se disipa, tras haberlas recogido y proceder a su reparto equitativo entre los componentes de cada equipo recolector. A partir de este momento, es costumbre regalar parte de los ejemplares a familias amigas o, lo más frecuente, convocarlas para degustar las setas en común. Tal afinidad desaparece en el supuesto de que exista la posibilidad de comercializar las setas, lo que elimina paralelamente su autoconsumo dentro de la unidad doméstica y determina que la actividad recolectora de mujeres y niños sea sustituida por la de los jóvenes y los hombres adultos. Por contra, se acentúa cuando se trata de hacer frente a las búsquedas que promueven, cada vez con más asiduidad, los individuos ajenos a la comunidad que se asientan en su territorio de modo estable o en calidad de segundos residentes o, bien, que se desplazan por unas horas hasta aquél los días festivos o los fines de semana. La mayoría de los grupos domésticos de la comunidad procura, entonces, recolectar todas las setas posibles a lo largo de los días laborables de la semana a fin de que no quede ninguna el sábado y el domingo; actuando como uno a la hora de ocultar la localización y el hallazgo de ejemplares y de emplear otros mecanismos de exclusión de tal población. Ahora cuenta quién es cada individuo y no tanto lo que hace, desencadenándose fuertes actitudes positivas y negativas.

Junto a la reciprocidad y cooperación que entrañan las operaciones de recolección descritas, hay que subrayar la cohesión e interdependencia que suscita la organización colectiva de algunas partidas cinegéticas. Han desaparecido ya los días de lobos y zorros, pero siguen gozando de gran relieve los de jabalíes, alentados por el gran aumento numérico de esta especie que ocasiona la deforestación de las zonas más altas de las sierras. Los días de jabalíes, instituidos generalmente los domingos del invierno, se estructuran en dos actos. El primero, en el que transcurre la cacería, dura desde antes del amanecer a la noche y congrega sólo a los miembros varones de distintas unidades domésticas. Los cabezas de familia, que son los principales protagonistas de la cacería y suelen estar acompañados de sus hijos jóvenes y, excepcionalmente, de algún niño, se reparten en función de su mayor o menor puntería el disparo desde los puestos de caza y la práctica del ojeo que ahuyenta y dirige a los animales hacia los puntos de tiro. El segundo de estos actos, que deja de ser exclusivo

para los varones, da pie a toda una serie de celebraciones, muy similares a las constatadas en las Vegas con motivo de la matanza del cerdo, que tienen por objeto degustar en común las piezas cobradas, agasajar colectivamente a los cazadores y narrar de forma pública los diversos episodios de la partida cinegética. Debe advertirse, por lo demás, que el reparto de la carne cobrada entre las familias participantes en la cacería se atiene a un troceo previamente pactado por ellas. Aparte de los días de jabalíes, la caza de alimañas que atacan el ganado y dañan los cultivos supone también una tarea colectiva, desarrollada con minuciosidad, que sólo acostumbra a diferir de las jornadas anteriormente referidas en que no se degusta la carne de las piezas cobradas por considerarla insana. En su lugar se consume otros alimentos preparados por las mujeres, mientras discurren las operaciones de cacería. Otra disparidad con los días de jabalíes radica en que en muchas ocasiones no son los varones los promotores de esta caza de alimañas, sino las mujeres irritadas por los destrozos de dichos animales dañinos.

De otro lado, la interacción familiar que generan las ferias y los mercados de Lozoya-Somosierra no sólo sirve para incrementar la reciprocidad entre las unidades domésticas de una misma comunidad, sino para extenderla a otras familias de distintos ámbitos comunitarios. En efecto, las ferias y los mercados, con independencia de que se habiliten en uno u otro municipio, suelen organizarse por familias que pertenecen a comunidades diferentes y, dada su propia naturaleza, requieren la constitución de una amplia red comercial que trascienda el marco de un solo territorio. Así se ha venido haciendo desde el siglo pasado, habida cuenta de la antigüedad de la mayoría de estas actividades comerciales que, como mencionamos en el capítulo pasado, se orientan básicamente a las transacciones ganaderas. De este modo, lo mismo que ocurre con los usos comunales de pastos, las relaciones de cooperación y ayuda mutua, que comportan las ferias y los mercados, entre familias de distintas comunidades son más deudoras de la tradición en esta comarca que en cualquier otro punto de la región. Y ello, por mucho que, al igual que en el resto de las comarcas, el fuerte aumento de la movilidad social sea un factor determinante para emprender este tipo de vínculos, que se suma decisivamente al peso de los hábitos tradicionales. Tal solidaridad intra y extra comunitaria se refuerza además por el carácter festivo que poseen las ferias y los mercados que, unido frecuentemente al hecho de su coincidencia con celebraciones de ámbito comunitario, convierte a estas actividades comerciales en ejes cardinales de la interacción familiar. No es casual que para los vecinos sean más un marco de relación que de transacción comercial, máxime cuando la distribución de sus productos está tan monopolizada por circuitos externos a la comunidad. Baste reseñar singularmente cuanto queda patente en Montejo de la Sierra por San Miguel, en Bustarviejo con motivo de las fiestas en honor de Cristo Crucificado y en Lozoya al llegar la Virgen del Rosario.

Ligadas normalmente por igual a celebraciones comunitarias, particularmente a las estivales, distintas labores de interés colectivo para las familias de un mismo territorio dan pie también a importantes lazos de reciprocidad y cooperación. Hablamos de la siega, promotora de vínculos muy parecidos a los descritos en las Vegas, del acondicionamiento y desbrozamiento

de las superficies arboladas y de monte tenidas en común, del arreglo de caminos o de algunos edificios del pueblo, del esquileo y de la limpieza y reparación de canales de riego. Dichas tareas, al igual que en las Vegas, apenas se transfieren a empleados municipales o a contratas especializadas, lo que redundaría en la suficiencia de la comunidad y ahonda las bases que la distinguen de las unidades sociales urbanas, instaladas en su territorio. Sólo puntualmente y cuando las familias se hayan metidas de lleno en la recolección o en otros trabajos de similar intensidad, bien sean domésticos o derivados de la producción agraria, se recurre al empleo de asalariados. Esta contratación ocasional, ya documentada a principios de los años cincuenta por García Matos (1951-1960: 79), la formaliza el Ayuntamiento que llega así hasta donde las familias no pueden alcanzar.

Las operaciones de limpieza y reparación de las infraestructuras de agua, especialmente vigentes en el siglo pasado y muy idóneas para mostrar el peso institucional de las mancomunidades en Lozoya-Somosierra, son las más sobresalientes y están plenas de tradicionalismo (García Matos, 1951-1960: 102; Fernández García, 1976), aunque hayan perdido con el transcurso del tiempo muchos de sus antiguos usos y apenas tengan vigor en las localidades despobladas por la emigración, donde el sistema de riego se encuentra casi inutilizado. La limpieza de las regueras y el reparto equitativo del agua entre los vecinos, con arreglo a su extensión de terreno y alternándose las horas de riego más favorables, han dado lugar a toda una serie de normas y nexos sociales y laborales, que se vertebran en las comunidades de regantes cuyo funcionamiento se atiene igualmente a una regulación estricta: las Ordenanzas de Reguera. Estas Ordenanzas, de las que en algunos pueblos se guardan manuscritos originales que datan del siglo XV (Flaquer Montequi, 1979: 325), establecen un conjunto de cargos, cuya función, tanto de orden político como ritual, consiste en propiciar los acuerdos interfamiliares que deciden los turnos anuales de riego, velar por el cumplimiento de lo acordado y señalar el día de reguera, ordinariamente un domingo o una jornada festiva para posibilitar la máxima asistencia. Entroncado con todo ello, estas autoridades de reguera presiden los tratos para el uso de las aguas en fuentes públicas, dehesas comunales y otras tierras de utilización colectiva; ejecutan los complicados cálculos que inevitablemente supone todo reparto; y supervisan cuantas operaciones se desenvuelven en el día de la "Cacera", ya sea desde el punto de vista ceremonial, técnico o laboral. Las Ordenanzas de Reguera varían, no obstante, en algunos aspectos concretos de unas a otras comunidades. Unas de las más características son las de Montejo de la Sierra, cuyo texto, que data de 1908 y fue reescrito en 1921 (Fernández Montes, 1980: 440), se mantuvo plenamente vigente hasta la Guerra Civil y, con menos complejidad, sigue siendo aplicable hoy. Estas Ordenanzas de Montejo de la Sierra, que hacen soberana a la comunidad de regantes para decidir en cualquier momento su propia disolución o reforma, delegan en cuatro cargos la representación de la mancomunidad. Dichos cargos, integrados por el alcalde de reguera, el alguacil y dos regidores, deben atender y solucionar las quejas y consultas de los vecinos, recaudar las cuotas que mantienen la mancomunidad, imponer multas ante toda transgresión en el uso del agua o de sus infraestructuras, sortear los turnos anuales de riego y presidir la supervisión de los trabajos

del día de "Cacera". Al tiempo, cuantifican la cuota que han de pagar a la mancomunidad las familias que no pueden aportar ningún miembro al día de la "Cacera". Esta cuota, que presupone siempre una imposibilidad justificada con antelación, se destina a pagar los servicios de peones que sustituyen el aporte de mano de obra familiar.

Dentro de los trabajos de conservación de las regueras, emprendidos una vez al año antes del comienzo del periodo de riego, destacan los que se ponen en marcha a finales de junio en Somosierra, Montejo de la Sierra, Villavieja del Lozoya y otras localidades del norte y noroeste de la comarca, celebrándose alrededor de ellos las conocidas fiestas de "Cacera". En Somosierra la fiesta de la "Cacera" se inicia la tarde del 21 de junio, después de que un pregón solicite a las distintas familias de la comunidad uno o dos miembros, por lo general varones jóvenes, que cooperen en la limpieza y el arreglo de los canales de riego de la localidad. Las mujeres sólo son convocadas en caso de que el cabeza de la unidad doméstica haya fallecido o el grupo familiar no disponga de ningún hijo varón. El equipo de trabajo, de esta forma constituido, se cita en la plaza, presidido por el alcalde de reguera y un escribano, a los que en ocasiones se agregan alguaciles y regidores de la mancomunidad de regantes. Las labores, supervisadas por regidores, alguaciles y por los propietarios de las tierras por donde discurre el canal que les corresponde, empiezan a la mañana siguiente, marchando los diversos participantes equipados de todas las herramientas que puedan necesitar y distribuyéndose por subgrupos los tramos de la red de aguas. Y, finalizado el trabajo, habitualmente acompañado de canciones y abundante vino que ofrece el alcalde de reguera, los cooperantes llegan al pueblo al caer la tarde, donde son homenajeados por las mozas que acostumbran a regalarles una merienda. Estas con posterioridad, portando a las autoridades de reguera en sillas adornadas con cintas de colores, las conducen hasta la plaza. Allí el alcalde de reguera y el resto de los cargos de la mancomunidad invitan a las jóvenes y a todos los que han cooperado en la faena. Frente a esta celebración de Somosierra, pocas son las variantes que definen la misma fiesta en Villavieja del Lozoya, si exceptuamos que el alcalde de reguera, vistiendo su tradicional capa serrana y su sombrero característico, es el encargado de hacer el pregón y de animar a los vecinos a que cooperen en el acondicionamiento de las regueras. Para ello se sirve de varias botas de vino que va ofreciendo a cuantos acuden a oírle. Mucho mayores son las variables que, respecto a la celebración de Somosierra, presenta la practicada en Montejo de la Sierra, en la que se constata un componente superior de elementos tradicionales y un origen más remoto. Abordada el 28, el 29 o el 30 de junio, la fiesta de "Cacera" en Montejo de la Sierra se remonta al siglo XV, estando presididas las tareas de los limpiadores y reparadores de caceras por el alcalde, un secretario y un alguacil. Concluidas las labores de "Cacera", se realiza una gran romería y una merienda, a las que acuden los regueros y sus familias. En otro tiempo, al culminar estos festejos, los mozos que habían participado en los trabajos montaban un palio enramado, bajo el que llevaban en procesión al alcalde de reguera, conduciéndole en medio de canciones, primero, a la plaza y, luego, a su casa; donde éste les obsequiaba con vino⁹⁴. Los regueros casados colaboraban a la par en esta procesión, aunque, al situarse en un segundo plano respecto a los mozos, su intervención adquiría un tono de

rivalidad, que se evidenciaba en las continuas pujas y forcejeos que entablaban con aquéllos para portar el palio.

La acumulación anual de excedentes dirigida a sufragar el ceremonial comunitario que efectúan las familias de Lozoya-Somosierra apenas difiere, por lo demás, de la que llevan a cabo los grupos domésticos de las Vegas. Ambos fondos reflejan y refuerzan, por consiguiente, de modo similar el papel que atribuyen estos dos tipos de familia a los vínculos de reciprocidad y cooperación dentro de la comunidad. Tanto la cuantía de esta acumulación y la forma de hacerla como las funciones que cumple y su incidencia en los patrones de conducta interfamiliar marchan parejos en una y otra comarca, si bien en Lozoya-Somosierra los gastos que generan las fiestas y su presupuesto suelen ser casi siempre discutidos con antelación en reuniones extraordinarias que congregan a los distintos cabezas de familia. Los actos festivos más caros, como la traída de chotos y los bailes, se sopesan y presupuestan con sumo cuidado. Asimismo la importancia que tiene para las familias de las Vegas la ritualización de la reciprocidad y la cooperación mediante la formalización de comidas en común y de sistemas ceremoniales de financiación festiva como rifas, subastas, dádivas y colectas no es menor para los grupos domésticos de Lozoya-Somosierra. Estos mecanismos no sólo favorecen el acortamiento de las diferencias sociales interfamiliares y profundizan la identidad comunitaria frente a la sociedad mayor, como en las Vegas, tienden de paso a disipar y apaciguar las rencillas y tensiones vecinales, inherentes a todo nexo de reciprocidad, y aquellos odios y enemistades que enfrentan durante décadas y, a veces, generaciones a familias que se consideran irreconciliables por motivos, que en muchas ocasiones son tan antiguos que llegan a desconocerse o a parecer hoy sin fundamento.

En este último sentido, hay que destacar las comidas en común celebradas el Domingo de Ramos en El Vellón, donde mozos y mozas salen al campo a "Correr la tortilla". Son relevantes a la vez las comidas comunitarias que transcurren en Guadalix de la Sierra el último día de las fiestas de la Virgen del Espinar, en el que la Comisión de Festejos del Ayuntamiento ofrece la carne de las reses lidiadas durante la celebración a los vecinos, quienes, la acompañan con las patatas que previamente se han reunido para pelar. A ello se une la comida, con la que el Ayuntamiento obsequia a los mozos por su labor de animar las fiestas, y la limonada que en correspondencia éstos preparan para todos los vecinos. Debemos subrayar al tiempo los repartos de panes de anís, denominados "Caridades", que se instituyen por la Candelaria entre la vecindad de Patones. Dichas "Caridades" son elaboradas por dos vecinos que resultan elegidos anualmente por sorteo. No menos principales resultan, por San Sebastián, las peticiones de víveres y vino que los mozos de Pedrezuela solicitan de las familias de la comunidad con motivo de las fiestas de La Vaquilla; y, posteriormente, la invitación que aquéllos prodigan al vecindario a base de pan, anís y vino. Despunta conjuntamente la distribución a los vecinos de la carne de las reses lidiadas en las fiestas de la Virgen del Rosario de Lozoya y en honor de Cristo Crucificado de Redueña. Y junto a estas comidas en común, hay que mencionar las ejecutadas por la Natividad de Ntra. Sra. en Guadalix de la Sierra y Montejo de la Sierra; en honor de Cristo Crucificado en Buitrago y

Pedrezuela; durante la Virgen del Rosario en La Hiruela y Robledillo de la Jara; con motivo de la Virgen de la Soledad en Somosierra; por San Miguel en La Acebeda y Manjirón; al llegar San Lucas en La Cabrera; y el día de San Andrés en Serrada de la Fuente.

Son también numerosos los ejemplos indicativos de la gran significación que tienen para las familias de Lozoya-Somosierra los sistemas ceremoniales de financiación festiva. Entre ellos resalta la recaudación de fondos que llevan a cabo las mozas de Montejo de la Sierra, ocho días antes del primer domingo de Cuaresma, para comprar la cera de los Monumenos del Jueves Santo. En San Mamés es destacable al unísono la recogida de aguinaldos que, por Año Nuevo, ponen en práctica algunos vecinos a fin de organizar con ellos una subasta que multiplique su valor y los traduzca en dinero. Con los fondos obtenidos se compra un hachón de cera que alumbre todo el año la imagen del Niño Jesús. Además la petición de aguinaldos por los niños, destinada a la adquisición de golosinas y regalos, aunque ya no resulta una costumbre tan asidua al llegar la Navidad en el grueso de la comarca, se sigue observando año tras año en Buitrago y Valdemanco. Paralelamente, en las diversas localidades en las que se celebra La Vaquilla, los mozos suelen realizar cuestaciones y solicitar aguinaldos entre los vecinos para costear sus comidas y algunos de sus actos festivos. Y un denominador común a la mayoría de los territorios de la comarca es igualmente las subastas de andas que se acostumbra a promover en las procesiones, tal como se constata sobre todo en las Fiestas de Animas de Cervera de Buitrago, Horcajuelo de la Sierra y Puebla de la Sierra; el Domingo de Resurrección en Guadalix de la Sierra; y la Natividad de Ntra. Sra. en Braojos. Acompañando todos estos ejemplos, hemos de mencionar que en buena parte de las localidades de la comarca, cuando no se cuenta con fondos suficientes para financiar las fiestas, no es inusual que grupos de hombres adultos, presididos por el alcalde o algún teniente de alcalde, hagan colectas, recorriendo las casas de los vecinos y atrayendo su atención y simpatía con la intervención de las bandas de música locales. Esto sucede, sobre todo, ante la llegada de las fiestas estivales que, por ser las de mayor rango, son las más caras de sufragar.

Por otra parte, si bien la fuerte privación de efectivos del grupo doméstico y la generalizada ausencia de niños y jóvenes hacen que los rituales caseros en torno a los cambios vitales de los miembros de la familia tengan menos fuerza y, simultáneamente, se hallen menos extendidos que en las Vegas, su vigencia y arraigo para la mayor parte de las unidades familiares de Lozoya-Somosierra no resultan nada desdeñables. Lo corroboran el alto poder de convocatoria familiar y comunitaria que poseen las celebraciones de bodas, muy impregnadas de elementos tradicionales –canciones y danzas–, y singularmente los rituales alrededor del nacimiento y de la muerte.

No es casual que el elevado índice de envejecimiento de los componentes del grupo doméstico, unido a la falta de niños en la práctica totalidad de las comunidades, contribuya decisivamente a que la llegada de éstos al mundo se convierta en un hecho de especial transcendencia en el seno familiar y comunitario, que se conmemora posteriormente en las fechas de sus aniversarios y con el singular protagonismo que se les confiere durante las

fiestas de Navidad. De ahí, en última instancia, que el compadrazgo goce en Lozoya-Somosierra de mucho más relieve que en cualquier otro territorio regional, que su poder vinculante ligue intensamente a los niños con sus padrinos y a éstos con los padres de aquéllos, que el derecho y la obligación de la hospitalidad y la honestidad mediatocen tales lazos con vigor y que, en buena parte de la comarca, la existencia de padrinos refuerce el status de vecino que todo neonato recibe de su padre. En efecto, los niños con padrinos no sólo son más deseados por su comunidad, sino también mejor mirados, ya que su comportamiento está doblemente avalado ante, y controlado por, sus vecinos. Los padres biológicos y los ceremoniales garantizan ese aval y control. Tal fortalecimiento de la posición comunitaria de los niños es extensible del mismo modo a la de sus padres, puesto que el reconocimiento que aquéllos reciben de la comunidad se transfiere a éstos íntegramente. De esta forma el compadrazgo, aparte de potenciar la estabilidad social de las comunidades, ahonda la interdependencia de las familias, proporcionándolas la opción de elegir como padrinos de sus hijos a los individuos que estimen más idóneos para fijar sus alianzas. Semejante elección suele ser más por afinidad que por disparidad de status, rentas o actividad.

De igual manera, tampoco es arbitrario que los rituales asociados a velatorios, entierros y funerales cristalicen muchas de las relaciones de reciprocidad y cooperación que entablan las familias de Lozoya-Somosierra, aun cuando registramos modificaciones de su significado pasado y han desaparecido gran cantidad de costumbres afines con la muerte y el trato a los ancestros -canciones de Robregordo-. Efectivamente, aunque décadas atrás la interacción familiar que implicaba la muerte de un vecino se basaba casi con exclusividad en un deber ético, cuya lógica consistía en otorgar un reconocimiento que sería requerido más tarde por el propio que lo cedía, en la actualidad han cambiado tales parámetros al ser los ancianos la población mayoritaria de la comarca. El hoy por tí, mañana por mí se siente casi literalmente y los muertos están tan presentes en la comunidad como los vivos, ya que la conexión entre unos y otros se establece a través de una misma generación o, en el peor de los casos, de la de los descendientes. Los cónyuges y hermanos muertos acercan el mundo de los antepasados al de los vivos, haciendo que ambos se confundan pácticamente en uno y que los sentimientos y la solidaridad, que aquéllos recibían en vida, los sigan teniendo después de su muerte. Si en otro tiempo se huía del desprestigio social que acarrea el no ocuparse de los difuntos y del desfavor que en éstos suscitaba dicho proceder, actualmente se entiende que la infracción de tal precepto no sólo va en detrimento de la comunidad y de los antepasados sino de uno mismo y de su propia familia. El bienestar de los difuntos es ahora el propio, los vínculos con ellos forman parte de las relaciones personales y afectivas dentro de la comunidad y, cada vez más, se mira a los antepasados como una extensión en el tiempo del grupo familiar que aún vive. Las desgracias potenciales, que antes podría ocasionar el no ocuparse de los muertos, o el favor, que cabría esperar por velar por su bienestar, se viven hoy como si se tratara de las consecuencias que se desprenden del comportamiento entre individuos vivos. Estas transformaciones son fáciles de percibir en las Fiestas de Animas de Cervera de Buitrago, Horcajuelo de la Sierra y Puebla de la Sierra, que se desenvuelven

durante el Carnaval y en las que constituye un acto festivo central el sufragio de misas en pro de los difuntos. Estos funerales se costean con los fondos que aporta la subasta de todo lo recolectado en las cuestaciones emprendidas por los ancianos, las mozas y los monaguillos de las tres localidades. Y por igual se advierten esos cambios en las fiestas estivales de la Virgen del Espinar de Guadalix de la Sierra, donde el solemne funeral de difuntos, oficiado dos días después de la fecha "grande" y en las horas centrales de la jornada festiva, congrega a la mayoría de la vecindad.

4.2.3.3.- Area Metropolitana y Guadarrama

En el polo opuesto a Lozoya-Somosierra y, sobre todo, a las Vegas se sitúan Guadarrama y, particularmente, el Area Metropolitana.

Las relaciones de reciprocidad y cooperación de las unidades domésticas del Area Metropolitana acusan la escasa importancia que tienen en esta comarca los mecanismos de intercambio interfamiliar, así como la no demasiada incidencia de los usos comunales y de las instituciones de carácter intermedio entre la familia y la comunidad, incluidas las cooperativas. Buena prueba de ello son la naturaleza puntual que caracteriza las labores comunitarias y la práctica inexistencia de las celebraciones que suelen acompañarlas. Por contra, aumenta sensiblemente en esta comarca el encargo de tales quehaceres comunitarios a especialistas de la localidad, asalariados del ayuntamiento o/y contratas eventuales; lo que corrobora la sustitución paulatina de las instituciones que median entre la familia y la comunidad por otras, propias de la sociedad mayor. Esta pérdida de significación de la ayuda mutua se compagina, al unísono, con la primacía que otorgan las familias a la constitución de alianzas de orden secundario a costa de las primarias y con la tendencia a formalizar articulaciones de tipo puntual, cuyos móviles son más coyunturales –rendimiento inmediato– que permanentes. También se detecta tal pérdida en la rapidez con la que han desaparecido los componentes tradicionales, que en el resto de la región suelen acompañar todo proceso de cooperación, y en la menor observancia familiar de las normas, los procedimientos, los patrones de conducta y valores que en el pasado regulaban comunitariamente cualquier articulación vecinal. Todo ello dificulta la integración y cohesión social de las familias en el seno de su comunidad, el acortamiento de las distancias que separan ambas unidades socioespaciales y la reducción de las exclusividades vecinales. La elevada división social del trabajo, que caracteriza a las familias metropolitanas debido a la gran alteración de las funciones y los roles de sus miembros y a su notable intensidad laboral, apenas queda contrarrestada por las relaciones de reciprocidad y cooperación que estas unidades domésticas impulsan con sus vecinos de comunidad.

Ni los usos comunes de aguas ni los de suelo han dado lugar, por otra parte, a mancomunidades dignas de mención, pese a que la segunda de estas explotaciones fue sobresaliente en el pasado, como ponen de manifiesto las actuales dehesas boyales de Colmenar Viejo y las que había desde el siglo XVI en Alcorcón y Villanueva de la Cañada

(Salomón, 1973: 121). Esta insuficiencia de vínculos institucionales se halla en consonancia con la falta de lazos económicos, políticos, de parentesco y de otros órdenes sociales que define las relaciones interfamiliares, en las que es más posible que en otras comarcas que los grupos domésticos, unidos en un momento determinado por ciertas afinidades, no vuelvan a tener intereses coincidentes que les liguén con posterioridad. Si en las Vegas y en Lozoya-Somosierra el parentesco se mezcla la mayoría de las veces con las afinidades económicas o políticas, en el Área Metropolitana tales nexos aparecen más independientes. Aquí se hacen eco de la segmentación de los papeles sociales de la unidad doméstica; de la merma de protagonismo de los cabezas de familia, quienes pueden ser sustituidos por cualquier miembro del grupo a la hora de cerrar un trato; de una gran pérdida del personalismo y del afecto en las relaciones; y de la diversidad de orígenes que presentan en muchas ocasiones los núcleos familiares de una misma comunidad. Tengamos en cuenta que esto último es una constante en la mayoría de las comunidades metropolitanas, donde se agrupan hoy muchas familias que poco antes estaban ligadas a las redes sociales de otras comarcas. Este es el caso reciente de Tres Cantos; el no mucho menos próximo de Alcalá de Henares, Móstoles, Parla y Fuenlabrada; y el más remoto de Las Rozas y Colmenar Viejo. A tal disparidad de raíces, plasmada en el elevado porcentaje de vecinos que llevan sólo una o dos generaciones residiendo en los territorios de asentamiento, contribuye simultáneamente la llegada de familias de otras regiones. La gran presencia de población urbana en los ámbitos espaciales comunitarios y la tolerancia, que desde tal marco se le dispensa, no son ajenas de ningún modo a toda esta heterogeneidad, que presumiblemente irá aumentando en la medida en que lo haga el crecimiento urbano, provocando un incremento futuro de las localidades limítrofes al Área Metropolitana que terminarán incorporándose a dicha comarca. Justamente de la mano de este expansionismo urbano y de la gran movilidad social, que tal fenómeno provoca en el seno de la comunidad, se explica que muchas de las relaciones de reciprocidad y cooperación, que en tiempos pasados se establecían casi con exclusividad dentro del mismo ámbito comunitario, hayan sido desplazadas por los vínculos que ahora se formalizan con familias de otras localidades. Los continuos desplazamientos de numerosas familias de unos a otros municipios y lo habitual que resulta la asistencia de éstas a las celebraciones domésticas y, sobre todo, comunitarias de otros territorios de la comarca son consecutivos de, a la par que refuerzan, esta nueva afinidad entre grupos familiares de distintas comunidades.

Asimismo, la acumulación anual de excedentes destinada a las celebraciones con la comunidad profundiza mucho menos que en las Vegas y Lozoya-Somosierra los nexos interfamiliares de ayuda mutua existentes en esta comarca, al tiempo que expresa la mayor debilidad de los mismos. Aun así, no son pocos los ejemplos que siguen hablando de la ejecución de comidas en común y del desarrollo de sistemas rituales de financiación festiva. Entre las primeras, hay que referirse a las meriendas que preparan las niñas de Colmenar Viejo durante las fiestas de La Maya; a las comidas que reúnen a los mozos y a las mozas de Paracuellos del Jarama al llegar San Vicente; al reparto de la carne de las reses lidiadas en las celebraciones en honor de San Justo y San Pastor de Alcalá de Henares; al consumo

de monas que también se efectúa en esta última localidad el Viernes Santo; y a la invitación vespertina que cursa a la vecindad de Villaviciosa de Odón la Hermandad de San Sebastián al conmemorar a su Santo Patrón. Propias de los mecanismos ceremoniales de financiación de las fiestas son paralelamente las cuestaciones y subastas, instituidas en Paracuellos del Jarama para sufragar por San Vicente las comidas de mozos y mozas; la solicitud de donativos, que durante La Maya llevan a cabo por todo el pueblo las niñas de Colmenar Viejo para costearse la merienda, y las censuras que reciben los vecinos que no cooperan en esta colecta por las mayas y sus familias; o las pujas entabladas por San Sebastián en Villaviciosa de Odón a fin de conseguir las ofrendas hechas al Santo.

Tampoco puede decirse que sean muy significativas las tareas y las celebraciones domésticas, que impulsan la interacción de las familias metropolitanas. A los distintos grupos domésticos ya no les resulta tan necesario como en el pasado el reconocimiento, la presencia y la colaboración de sus vecinos en sus diversos quehaceres o en su ceremonial. En justa correspondencia los vecinos disipan su deber ético de otorgar su reconocimiento y de asistir a los neonatos, a los desposados o a los difuntos que no pertenecen a sus propias familias; y, a la vez, atenúan la búsqueda y la multiplicación de sus alianzas. Comunidad y familia se desligan, por consiguiente, más que en ningún otro punto de la región, proyectando la independencia que dentro del grupo doméstico adquieren sus miembros y la cesión de terreno que el vecindario, como red de lealtades y obligaciones, perpetra en pro del reforzamiento del núcleo familiar. Así lo evidencia la disposición del espacio doméstico, al elevar por encima del resto de las comarcas el nivel de suficiencia de la casa respecto a toda relación comunitaria y al sustituir las estancias dedicadas, décadas atrás, al contacto con los vecinos por usos acordes con la orientación centrípeta del ámbito familiar. Sin duda esta suficiencia del espacio doméstico se entronca, entre otras razones, con el alto nivel de aceptación familiar de los patrones urbanos de consumo. Ciertamente, las mujeres, al disponer de electrodomésticos y de más comodidades e infraestructuras en la casa que en el pasado, ya no recurren tanto a realizar operaciones de limpieza en los territorios destinados a ese fin en y por la comunidad; tampoco es tan asidua su presencia en los comercios ni practican el mismo número de visitas a sus allegados. Y los hombres adultos, los mozos y, en inferior proporción, los niños, restringiendo más que en cualquier otra comarca su participación en actividades lúdicas y ceremoniales con individuos afines, las suplantán por los trabajos en solitario que acometen dentro de la casa y por el entretenimiento del ocio que encuentran en ella. En esta línea, y respecto a lo que sucedía en los años sesenta, se aminora y adquiere mayor verticalidad el marco festivo y asociativo que rodea a las bodas⁹⁵, los nacimientos y los rituales de mocedad y se delega más en empleados municipales o personal especializado el deber ético de atender a los difuntos.

Por último, un fenómeno muy característico del Área Metropolitana, que indica y reafirma las carencias de la cooperación interfamiliar, es la fragmentación en barrios de muchas comunidades. Una de ellas es Colmenar Viejo, donde las fiestas de La Maya dejan constancia de, y alimentan, la segmentación de las familias por barrios y, dentro de éstos, por calles y

casas. Y ello, pese a que congregan a toda la comunidad y se planifican actos concretos para el conjunto de los vecinos, como son las peticiones de donativos que les hacen las niñas, las visitas que realizan a éstas cuando se exhiben en los altarcitos preparados delante de sus casas y el baile en la plaza que pone el broche final a la celebración. Esta fiesta asume diferentes vertientes y significados por barrios, calles y casas, en función de la composición y del status social que definen a cada uno de tales ámbitos espaciales y que expresan de forma sintética las protagonistas de la celebración: las niñas. La fiesta de La Maya desata además la rivalidad de todos estos marcos territoriales que dividen a la comunidad en distintas unidades sociales. Cada casa pugna con otras por lograr que la niña que en ella se presenta sea la más bella y mejor engalanada y que, por tanto, resulte elegida como la maya de la localidad por el jurado seleccionador. Esta competencia entre casas, se reproduce a escala superior entre calles y, más aún, entre barrios, alcanzando en ocasiones tal grado de enconamiento que obliga a mediar al Ayuntamiento y a que éste restablezca la paz vecinal. A ello obedece que, con antelación a las fiestas, el Ayuntamiento emita algunos años pregones y bandos que recuerdan a los vecinos que la elección de una maya no supone descrédito o menosprecio de las otras.

Más importantes, numerosas, personalizadas y horizontales que en Area Metropolitana son, no obstante, las relaciones de reciprocidad y cooperación que enlazan a las familias de Guadarrama, cuyos componentes tradicionales no se han perdido tanto como en la anterior comarca. Si bien en Guadarrama no poseen apenas relieve los sistemas de intercambio y las instituciones intermedias entre la unidad doméstica y la comunidad, no constatándose la existencia de ninguna cooperativa, los usos comunales de aguas y, en particular, de suelo resultan, tras los de Lozoya-Somosierra, los más sobresalientes de la región.

Poco es lo que vinculan a las familias de Guadarrama sus movimientos transhumantes o el pastoreo, lo mismo que las labores de acondicionamiento de espacios, edificios o infraestructuras comunes, cada vez más delegadas al personal asalariado de los ayuntamientos. Sin embargo determinados sistemas de producción sí generan toda una serie de prácticas colectivas (Valenzuela, 1977: 65, 1980: 78), entre las que resaltan el cultivo de "Hojas" –Galapagar, Villalba– de carácter rotativo y dejando siempre barbechera; y la "Derrota de mieses", orientada a la habilitación de pastos comunes –Manzanares El Real–. Ahora bien, la ayuda mutua se materializa principalmente, aunque sin llegar casi nunca a formalizar mancomunidades, en el uso comunal de la tierra, que no sólo suele poner en contacto a los vecinos de la misma comunidad, sino, desde generaciones, a familias de distintos ámbitos comunitarios y, más allá, de diferentes marcos comarcales, tal como se constata en ciertas localidades de Lozoya-Somosierra. Así, algunos municipios –Becerril de la Sierra, Moralzarzal, El Boalo– acostumbran a ceder anual y gratuitamente amplias extensiones de suelo de su propio territorio, para que sus vecinos y otras familias de núcleos próximos lo labren. Y otras muchas comunidades cuentan con dehesas boyales, que conservan buena parte de su extensión y significación pasada –Galapagar, Manzanares El Real, Moralzarzal, Hoyo de Manzanares, Robledo de Chavela, Zarzalejo, Villalba–. Tales usos comunales han venido favoreciendo la interacción familiar, ya que si algún grupo doméstico renuncia a ellos, incluso

por haber emigrado o mejorar su posición social, se hace acreedor de las críticas del resto de los vecinos. Conjuntamente, la utilización comunal del suelo se liga de forma muy directa con las funciones que cumplen determinados parajes comunitarios –arboledas, dehesas, prados– como ámbitos tradicionales de relación recíproca, a pesar de su actual deterioro ambiental y de la disminución que han sufrido sus dimensiones pasadas. En ellos tienen lugar romerías, meriendas, juegos o competiciones deportivas que fomentan la cohesión familiar y la exclusividad territorial de la comunidad frente al exterior.

También más destacada que en el Área Metropolitana es la acumulación anual de excedentes que las familias dedican al ceremonial con su comunidad, siendo mayores y de superior densidad significativa los ejemplos que nos hablan de las comidas en común y de los sistemas rituales de financiación festiva.

Entre los primeros actos festivos sobresalen los que se ponen en marcha durante la celebración de Santa Quiteria en Alpedrete. Ya no se organiza la merienda campestre, antaño abordada alrededor de la ermita de la Santa el primer día de las fiestas. Pero en su lugar, al llegar la última fecha festiva, el cura y las mayordomas de Santa Quiteria ofrecen en las cercanías de la ermita un refrigerio a los vecinos que les acompañan en romería hasta este recinto sagrado. Aparte, hay que referirse a las cenas que entablan los quintos y mozos durante la Quema del Judas de Robledo de Chavela, así como a los tragos de aguardiente y a las tradicionales tortas de anís que éstos regalan a los vecinos. Debemos añadir igualmente a las comidas campestres, que se promueven por la Natividad de Ntra. Sra. en San Lorenzo de El Escorial y en Santa María de la Alameda.

Por su parte, respecto a los sistemas ceremoniales de financiación festiva, son ilustrativas las pujas dirigidas en Alpedrete a portar las andas de Santa Quiteria. Dichas pujas se repiten todos los días de la fiesta, cuando la procesión que honra a la Santa entra en la iglesia. Es habitual, sobre todo si se trata de familias de elevado status social, que el ganador de la subasta ceda el privilegio de portar las andas, obtenido en la puja, a otros vecinos, a los que por distintos motivos se quiere beneficiar, devolver favores o ganar su consideración. En San Lorenzo de El Escorial se desenvuelve a la par una subasta durante la celebración de la Virgen de Gracia, cuya finalidad consiste en recabar fondos para sufragar los gastos que conlleva la ejecución de la romería en honor de esta patrona de la localidad. Previamente se recoge de los romeros y otros vecinos diversas donaciones que constituyen el objeto de la subasta. Hay que subrayar igual las cuestaciones que, en el curso de la Quema del Judas, solicitan del vecindario los mozos y quintos de Robledo de Chavela para costearse una cena. Durante esta celebración se acometen asimismo subastas entre los asistentes al levantamiento de la figura del Judas en la plaza. Se subasta el tronco que sujeta al Judas, adjudicándose entero si la cantidad ofertada parece suficiente. En caso contrario, se fracciona el tronco en varias partes que se subastan de manera independiente. Con todo lo recaudado en las subastas, los mozos y quintos obsequian a cuantos vecinos les ayudan en la manipulación del Judas. También en Robledo de Chavela, son remarcables las subastas de andas efectuadas el Domingo de Resurrección. Y al tiempo no debemos dejar de lado las subastas de Cercedilla

por la Natividad de Ntra. Sra.

Finalmente, las tareas y celebraciones de ámbito doméstico no expresan tanto como en el Area Metropolitana que ya no es tan importante como antaño el reconocimiento y la ayuda del resto de las familias de la comunidad. Ello se debe en buena medida a que, en contraste con las familias metropolitanas, la mayoría de las unidades domésticas de las comunidades de Guadarrama están emparentadas en mayor o menor grado y ese parentesco funciona como un nexo, que impulsa la cohesión y la reciprocidad vecinal.

4.2.3.4.– Campiña y Suroccidental

Ya hemos mencionado que el panorama global, que dibuja para el conjunto de la región la reciprocidad y cooperación familiar, se corresponde en esencia con cuanto acontece en la comarca Suroccidental y la Campiña. Sin embargo, mientras ésta última se asemeja más a lo señalado para las Vegas y Lozoya-Somosierra, la primera se halla próxima a la situación del Area Metropolitana y de Guadarrama, pese a que, en contraposición a la Campiña, poco es lo que las relaciones recíprocas y de colaboración interfamiliares tienen que contrarrestar la intensidad laboral y, sobre todo, la alteración de funciones del grupo doméstico.

La reciprocidad y cooperación interfamiliar de la Campiña se mueve dentro de los parámetros que le marcan unos sistemas de intercambio comunitario, que son los de mayor relieve de la región, y, en sentido opuesto, el muy escaso peso de los usos comunales y de las instituciones intermedias entre la familia y la comunidad. En consonancia con estos rasgos, las unidades domésticas de esta comarca mantienen muchas de sus antiguas alianzas, fuertemente personalizadas y con altos componentes de horizontalidad; han formado otras nuevas, que lo mismo que las anteriores reflejan que la ayuda al vecino sigue entendiéndose como fundamental para reforzar la unión de la comunidad; han renunciado a los nexos de reciprocidad que ya no les sirven; y a duras penas continúan protagonizando lazos de colaboración que subsisten más en las formas que en sus contenidos, más artificialmente que en la realidad. La sociedad mayor ha sustituido muchas de las vías, por las que la familia se ponía en contacto y se acercaba a la comunidad, pero no las ha desplazado. Seguramente los vínculos de parentesco que ligan a las diferentes familias de las comunidades de la Campiña han impedido ese solapamiento.

Aunque, como acabamos de decir, los usos comunales y las instituciones de rango intermedio entre la familia y la comunidad resultan tenues en conjunto, no se puede obviar que las cooperativas, orientadas a la comercialización y transformación de productos agrarios, son en virtud de su número las segundas más importantes de la región y, atendiendo a la cuantía de sus socios, sólo se sitúan detrás de las Vegas y de la comarca Suroccidental. Paralelamente, no hay que menospreciar la huella histórica que ha dejado el notable uso comunal del suelo en siglos pasados, del que son testimonio las dehesas boyales de Ajalvir (Salomón, 1973: 121) y Los Santos de la Humosa (Madoz, 1845-1850, v. XIII: 853). Con tal legado se enlazan, entre otros factores, las colectivizaciones de suelo que se operaron entre

1936 y 1938 y que fueron paradigmáticas, tanto en esta comarca como en las Vegas, para el resto de la región (Gutiérrez Molina, 1977: 34-35).

No carece tampoco de significación la acumulación de excedentes que las familias dedican al ceremonial con su comunidad y, en particular, a las fiestas estivales de naturaleza patronal que se desarrollan después de la cosecha, entre San Bartolomé y la Virgen del Pilar. Tal acumulación a la vez no difiere demasiado del monto, de la forma de llevarla a cabo y de las funciones que observamos en las Vegas y Lozoya-Somosierra; permitiendo que se establezca un canal de afinidades, que no sólo agrupa a las familias de una misma comunidad sino a éstas con otras unidades domésticas de distintos ámbitos comunitarios. La transformación que experimenta el espacio de la comunidad durante las fiestas con el embellecimiento y adorno de la iglesia, las calles y las plazas muestra a nivel territorial lo estratégicos que son estos periodos de celebración para reforzar e iniciar alianzas. En este contexto festivo no faltan tampoco las comidas en común y los sistemas ceremoniales de financiación festiva, que cristalizan de modo preeminente la reciprocidad y cooperación vecinal. Sobresalen en la mayoría de las comunidades las celebraciones del "Hornazo", similares a las existentes en Lozoya-Somosierra y, dentro de esta comarca, en Montejo de la Sierra. Dicho "Hornazo" suele realizarse tras las Procesiones del Encuentro de la Cuaresma. Resaltan por igual las meriendas campestres, denominadas "Correr la tortilla", que durante El Carnaval preparan las mozas para ellas y los mozos en Nuevo Bazán, Corpa y La Olmeda. Son remarcables al unísono las comidas vecinales de Campo Real por Cristo Crucificado, de Torres de la Alameda al llegar la Virgen del Rosario y de Anchuelo durante las fiestas de la Virgen del Pilar. Y, en el marco de los sistemas rituales de financiación festiva, destacan los aguinaldos solicitados a la vecindad por los niños en Anchuelo durante la Navidad; las pujas por las andas, instituidas en muchas localidades durante las procesiones de la Semana Santa; y las recaudaciones de fondos, entabladas igualmente en buena parte de la comarca para financiar los Monumentos del Jueves Santo.

Menos verticales y más asiduas que en el Area Metropolitana son, por lo demás, las relaciones interfamiliares que se generan alrededor de las tareas y celebraciones domésticas. Ligados a éstas últimas, poseen especial transcendencia los rituales en torno a la muerte y al nacimiento. Lo confirman las tradicionales misas de difuntos, que habitualmente tienen lugar en los días centrales de las fiestas estivales, como resulta singular en Fuente el Saz durante la celebración de la Natividad de Ntra. Sra., y el notable papel que todavía cumple el compadrazgo. No hay duda de que, respecto a épocas pasadas, el compadrazgo posee una eficacia más formal que real, ha perdido utilidad para fortalecer la cohesión social del ámbito comunitario y ha incorporado superiores dosis de verticalidad, en la medida en que, bajo la influencia de la sociedad mayor, han entrado en acción toda una serie de elementos desestructurantes de la configuración tradicional de las comunidades. En efecto, la emigración, el ejercicio de la agricultura a tiempo parcial, la intensidad y especialización productiva, la estratificación, que introducen el mercado o los movimientos especulativos de suelo, han desencadenado de manera reciente cambios muy profundos en la estructura social comunitaria,

que han hecho variar el status de los vecinos que venían interactuando desde generaciones atrás. Sin embargo, el compadrazgo sigue comportándose con la fuerza de una relación de parentesco, que acorta las diferencias sociales entre los miembros de una misma rama familiar, ya que ahora la red de favores y obligaciones, que conforma esta institución, está más encaminada al restablecimiento y a la mejora del status y del nivel económico de las familias o individuos implicados en ella.

Por su parte, la reciprocidad y cooperación que distinguen a las familias de la comarca Suroccidental se enmarcan, en primer término, en las coordenadas que trazan unos usos comunales, los menos preeminentes de la región, que apenas dan continuidad a los que existieran en el siglo pasado. El testimonio más fehaciente de tales usos colectivos eran las dehesas boyales de Cubas, Sevilla la Nueva, Torrejón de la Calzada, Torrejón de Velasco y Villamantilla (Madoz, 1845-1850, v. VII: 192, v. XIV: 377, v. XV: 85, v. XVI: 180). Conforme con la precariedad de estos usos colectivos, no encontramos trabajos de interés comunitario dignos de mención, a no ser los que, emanando del ámbito doméstico, aúnan a buena parte de las familias de la comunidad. Estos quehaceres de origen doméstico se ven más amparados que en el Área Metropolitana y en Guadarrama por los mayores lazos de parentesco que poseen las familias de esta comarca y, por consiguiente, por sus superiores niveles de afinidad y solidaridad. Lo confirman la menor necesidad de tener que recurrir a la contratación de servicios ajenos al marco familiar e, incluso, comunitario; los estrechos vínculos, que mantienen los ancianos y los niños de diferentes unidades domésticas; y la gran participación de las familias de la comunidad en los acontecimientos de particular relieve de alguna de ellas. La asistencia y el reconocimiento a los neonatos y difuntos, ya sean o no de naturaleza ritual, concentran de manera principal toda esa cooperación y reciprocidad.

Más importantes son, no obstante, los mecanismos de intercambio que entablan las distintas familias en torno al consumo, la producción y, sobre todo, a la comercialización, pese a que su verticalidad es bastante superior a la advertida en la Campiña. En este sentido, hemos de aludir a las ferias de Cenicientos y Navalcarnero, todavía muy vigentes, que constituyen un marco relacional de gran significación intracomunitaria e intracomarcal, ya que permiten la interacción de las familias más allá de su propia comunidad. A ello contribuyen las celebraciones estivales que suelen ponerse en marcha alrededor de tales ferias y, aparte, la honda tradición comercial existente en esta comarca desde el siglo pasado, en el que se unían a los dos mercados reseñados los de Colmenar del Arroyo, Torrejón de Velasco, San Martín de Valdeiglesias y Valdemoro. Todavía hasta fechas muy recientes funcionaban además las ferias de Colmenarejo y San Martín de Valdeiglesias. Con el conjunto de los mecanismos de intercambio comunitario de esta comarca se entronca, asimismo, la acumulación de excedentes que dedica la familia al ceremonial con su comunidad. Tal acumulación se asemeja bastante a la que hacen las unidades domésticas de Guadarrama, aunque, sobre los actos festivos que tienen por objeto abordar comidas en común, priman los dirigidos a la financiación ritual de las fiestas. Entre éstos últimos despuntan las subastas de Cadalso de los Vidrios en el transcurso de las Fiestas de Animas, las de los aguinaldos recogidos por San Silvestre en

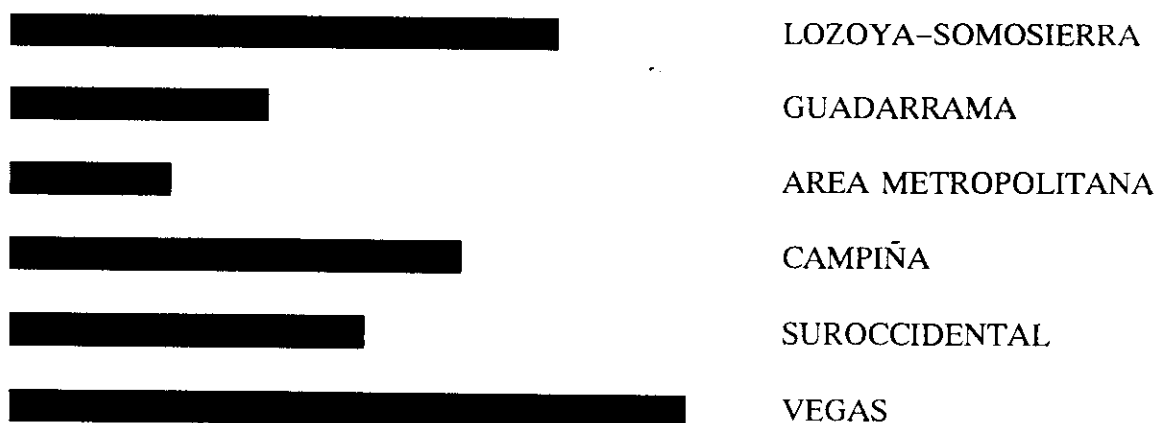
Villamantilla y las que ocasionalmente se practican en Cubas para costear los Monumentos de la Semana Santa. En esta localidad las velas que alumbran los Monumentos del Jueves y del Viernes Santo suelen ser cedidas por los vecinos y, cuando dichas donaciones no son suficientes, se solicitan cuestaciones.

Aún más significativas son las instituciones de carácter intermedio entre la familia y la comunidad pues, si bien el peso de las mancomunidades es muy limitado, no lo es tanto el de las cooperativas y del compadrazgo. Ya mencionamos en el capítulo pasado que el movimiento cooperativo, especialmente vigoroso en el terreno de la distribución, sólo es inferior al de las Vegas y Lozoya-Somosierra. Pero a esto hay que agregar que el compadrazgo sigue gozando todavía de una fuerza notable, de lo que da fe, por ejemplo, el énfasis que se pone durante las fiestas de la Candelaria de Villamanta en lograr un reforzamiento ritual de los vínculos que engarzan a padrinos y madrinas con sus ahijados y con los padres de éstos.

A la luz de cuanto hemos venido señalando la secuencia comarcal que diseñan las relaciones de reciprocidad y cooperación interfamiliar sería la siguiente:







GRAFICO 52

RELACIONES DE RECIPROCIDAD Y COOPERACION INTERFAMILIAR



Esta secuencia comarcal, unida a las que construyen la intensidad del trabajo familiar y la especialización de funciones del grupo, nos indica que la alteración de la división social del trabajo de la unidad doméstica es máxima en el Area Metropolitana y mínima en Lozoya-Somosierra. Entre ambos extremos, tal alteración aumenta de la comarca Suroccidental a las Vegas y de estas últimas comunidades a las de la Campiña y, sobre todo, a las de Guadarrama. Por tanto, las familias del Area Metropolitana son las que más han alterado la forma en que, tiempo atrás, venían organizando el conjunto de su actividad y el ejercicio de sus funciones, poniendo de manifiesto de paso su máximo nivel de aceptación de los modelos de división del trabajo social imperantes en las sociedades urbanas.

DIVISION SOCIAL DEL TRABAJO

	LOZOYA-SOMOSIERRA
	GUADARRAMARAMA
	AREA METROPOLITANA
	CAMPIÑA
	SUROCCIDENTAL
	VEGAS

4.3.- FORMACION Y CONTINUIDAD DE LA FAMILIA

Si en las sociedades urbanas resulta cada vez más claro que el matrimonio no constituye un paso previo para la formación de una unidad doméstica y, todavía en mayor medida, que la herencia nunca lo ha sido, no ocurre igual en las comunidades campesinas. Además la validez legal, social y moral, que las sociedades urbanas confieren a los matrimonios civiles o, en menor medida, a las asociaciones conyugales de hecho, suele restringirse sólo en las comunidades rurales a los casamientos religiosos, dado que este último tipo de nexos les permite un mayor control sobre los contrayentes y la familia que nace con ellos. Estas diferencias, que marcan las formas de suscribir tal género de alianzas, radican en que para las comunidades rurales el matrimonio o en su defecto toda asociación conyugal estable siguen proporcionando, en términos generales, no sólo una base indispensable sobre la que crear y organizar una familia sino la llave para que un grupo doméstico, ya formado, encuentre continuidad en las unidades familiares que construyan en el futuro los hijos. Por consiguiente, el surgimiento de una familia no es concebible sin que medie la acción de un vínculo conyugal firme, al tiempo que tampoco parece posible que los individuos alcancen el status de fundadores de un grupo doméstico sin someterse antes a dicha condición. No olvidemos, a este respecto, que la estabilidad y la cohesión de la familia determinan las de la empresa y que la existencia del modo de producción campesino requiere irrenunciablemente que la familia se comporte como una unidad, que sólo al asumir la naturaleza de tal puede actuar en su doble vertiente socializadora y empresarial, proyectando un modelo general de vida (Shanin, 1979a: 228). A la par, la herencia es, si cabe, un componente aún más esencial para la formación y la continuidad de la familia campesina. Un grupo doméstico rara vez puede llegar a constituirse sin la herencia, dado que ésta suele aportarle la tierra sobre la que sustenta su propia explotación económica o la que recibe de generaciones, habitualmente anteriores. Junto a la tierra, sustrato básico de la empresa campesina, la herencia suministra

también a la familia en muchas ocasiones la casa y los bienes de producción de la explotación.

Ahora bien, todas estas consideraciones, válidas en sus aspectos fundamentales para las familias campesinas de la región de Madrid, adquieren aquí unas características particulares, marcadas por las importantes transformaciones que, frente a décadas pasadas, reflejan la formación y continuidad de los grupos domésticos. Estos cambios, patentes a través de las modificaciones experimentadas por los sistemas de matrimonio y herencia, son producto esencialmente de la superior o inferior aceptación por las distintas familias de la región de los patrones sociales urbanos, así como del tipo de nexos que sostienen los diferentes grupos domésticos con la sociedad mayor. Se trata, por tanto, de transformaciones que ahondan en relación con el pasado la dependencia de la familia respecto a la sociedad mayor, pero que expresan al unísono los procesos de adaptación, desplegados por los grupos domésticos para contrarrestar la incidencia de esa instancia social más amplia y hegemónica. Tal incidencia, aparte de impedir directamente la continuidad de muchas familias, ya sea por la privación de sus efectivos o tierras o bien a causa de la ruina de sus explotaciones, la dificulta de manera indirecta. Lo demuestra la gran permeabilidad de los sistemas de matrimonio y herencia a las limitaciones que plantean a la familia la extracción de sus excedentes y las alteraciones acusadas por su tamaño, composición y división social del trabajo.

4.3.1.- MATRIMONIO

Los cambios principales que presenta el matrimonio en el conjunto de la región se constatan en la realización de asociaciones conyugales con individuos ajenos a la sociedad campesina y, como consecuencia, en el elevado índice de soltería existente en la mayoría de las comunidades, cuyo incremento no ha cesado durante las tres últimas décadas. Ello se debe, de forma directa, a la penetración urbana en los territorios rurales, a la posición minoritaria del campesinado ante otras formaciones sociales dominantes y mayoritarias en la región y, de modo más inmediato, a la emigración de los efectivos familiares. Así, la fórmula matrimonial que hace ya tiempo resulta más frecuente es el establecimiento de vínculos conyugales, en los que uno de los sujetos implicados ni pertenece a una familia campesina ni procede de ella, por mucho que en el mejor de los casos sí hayan sido descendientes sus padres o abuelos. Usualmente ese individuo extraño a la sociedad rural es el varón, por lo que el alto nivel de soltería que observamos en las distintas comunidades atañe sobre todo a la población masculina. Habida cuenta de los superiores índices migratorios que, frente a los hombres, caracterizan a las mujeres, éstas no suelen contraer matrimonio con campesinos. Además, en consonancia con su vocación migratoria, consumada a temprana edad, normalmente no lo desean y rechazan toda posibilidad de efectuar alianzas de esta índole, pese a que los intereses económicos o sociales de su familia puedan exigirlo. Muy habitual es también el matrimonio entre cónyuges que, habiendo nacido y crecido en un grupo doméstico campesino, han abandonado la actividad agraria familiar para emplearse ambos o uno de ellos

en trabajos de naturaleza urbana, adoptando en consonancia con esto patrones sociales ajenos al campo.

Otro rasgo distintivo que define, a escala global de la región, los cambios mostrados por el matrimonio consiste en la nueva lectura que adquieren los sistemas exogámicos. Aunque generaciones anteriores a la actual hablan ya de la preeminencia de los lazos exogámicos sobre los endogámicos, desde el inicio de los años sesenta no sólo se acrecientan a un ritmo muy veloz los matrimonios en los que uno de los sujetos es ajeno a la sociedad campesina, sino paralelamente, con la misma rapidez y fuerza, las asociaciones en las que los cónyuges están adscritos a diferentes comunidades. El aumento de la movilidad social de las familias y su necesidad de incrementar los recursos que les ofrece su propia comunidad inciden abiertamente en ello.

Otra constante, digna de subrayar, es lo que acontece con la dote, ya que no se considera tan necesaria como en el pasado. Influye decisivamente en esto el establecimiento de asociaciones conyugales con individuos ajenos a la sociedad rural, pues ni para ellos es costumbre, ni para los grupos domésticos campesinos tiene sentido facilitar por este medio una alianza, que no presupone el contrato social y económico entre familias que venía siendo habitual en las sociedades rurales. Carece de fundamento, entonces, compensar y reforzar una conexión que no encuentra cuerpo dentro del grupo doméstico. Por consiguiente, para atraerse la buena voluntad del cónyuge extraño a la sociedad rural y de su familia se emplean ahora otros procedimientos rituales –fiestas, banquetes– y económicos –objetos de regalo, electrodomésticos, donaciones de dinero– que, sin variar posiblemente el monto económico de la dote anterior o su aspecto formal, modifican substancialmente su significado. No obstante, no se produce el mismo comportamiento cuando se trata de matrimonios entre campesinos o cuando el varón sigue desempeñando su trabajo en una explotación agraria, estrechamente unido a su familia de origen, aunque las transformaciones en esta materia marchan paralelas a la mayor o menor alteración de las fórmulas matrimoniales empleadas y de las normas, conductas y relaciones que tradicionalmente las han regulado.

Una última característica viene dada por la creciente independencia económica, relacional y psíquica que adquieren los hijos frente a los padres y, en particular, ante el cabeza de familia. Tal autonomía ha reforzado la libertad de elección de cónyuge y que los intereses individuales de los contrayentes apenas contemplen o coincidan con los requerimientos sociales y, más singularmente, la clase de alianzas que demandan sus familias. Entroncado con este aspecto se entiende mejor que la edad de contraer matrimonio se haya retrasado algunos años en el conjunto de la región, de forma paralela a cuanto acontece en las sociedades urbanas, si bien en el campo no parece tan justificado explicar tal fenómeno en base a la falta de opciones laborales o a la imposibilidad de obtener una independencia económica.

Aun cuando en función de la mayor o menor prevalencia de estas transformaciones, reseñadas para el conjunto de las comarcas, podemos determinar con cierta suficiencia los diversos tipos de comunidades que diseña en la región la forma en que las familias entablan

sus nexos conyugales, la variedad de procedimientos que registra la manera de llevar a cabo el matrimonio aconseja completar tal análisis. En este sentido y a fin de facilitar la comprensión de dicha disparidad, ha parecido operativo confeccionar una tipología que diversifique por comarcas, conforme a las fórmulas matrimoniales más utilizadas, la profundidad de los cambios acaecidos y, por consiguiente, de la dependencia familiar que los acompaña. Esta tipología se estructura en siete fórmulas que gradúan, de la primera a la séptima, niveles descendentes de cambio y dependencia.

1. Matrimonio entre mujer perteneciente a un grupo doméstico campesino y varón ajeno a la sociedad rural.
2. Matrimonio entre cónyuges, pertenecientes a una familia campesina, que desarrollan un trabajo y modo de vida ajenos a los de su red parental.
3. Matrimonio entre varón de un grupo doméstico campesino y mujer ajena a la sociedad rural.
4. Matrimonio entre mujer de un grupo doméstico campesino y varón perteneciente a una familia que ha regresado al campo y ejerce una actividad agraria.
5. Matrimonio entre varón de un grupo doméstico campesino y mujer perteneciente a una familia que ha regresado al campo y ejerce una actividad agraria.
6. Matrimonio entre campesinos de distintas comunidades.
7. Matrimonio entre campesinos de la misma comunidad.

Como es obvio, estos siete prototipos, que son los más extendidos en la región, no sólo expresan la identidad de los cónyuges sino, unido con ella, un particular sistema de relaciones, normativo y de conducta. Simultáneamente su disposición jerárquica deja patente que se estructuran en torno a dos ejes esenciales: la urbanización de la vida rural y la preeminencia de la figura del varón a la hora de determinar la naturaleza social de la familia que se forma, pues es la esposa la que pasa de una casa a otra. Tanto el tipo 1 como el 2 presuponen que, más que tener lugar un cambio en el proceso de formación de la familia campesina, como sucede del tercero al séptimo, lo que realmente se genera con estos procedimientos matrimoniales es una ruptura de la continuidad del grupo doméstico y la constitución de una institución primaria, al margen de las estructuras sociales del campo. Asimismo, dado el carácter genérico de estos siete tipos, cada uno de ellos sintetiza toda una serie de variables que, según iremos examinando en el análisis comarcal, acentúan o aminoran el grado de cambio y dependencia subyacente en aquéllos.

A pesar de que en las Vegas el tipo 1 y el 2 son, igual que en el conjunto de la región, los más recurrentes, su proporción frente al resto de los sistemas de matrimonio es más baja que en cualquier otra comarca. Ello está en armonía con el bajo nivel relativo de penetración urbana que presenta esta comarca, el segundo menos importante de la región, y con que el número de hijos de las unidades domésticas, que se dedican a la explotación, sea bastante más alto que en otros territorios madrileños. Ambos rasgos, sumados al hecho de que los índices

migratorios de las Vegas resulten los mínimos de la región, nos ayudan a entender a la vez que en esta comarca se localice la máxima frecuencia del tipo 6 y, sobre todo, del 7.

Al tiempo, constatamos que las familias constituidas según los parámetros del tipo 2 suelen residir más en el territorio de sus comunidades de origen que en otros puntos de la región, manteniendo lazos estrechos con sus parientes incluso en el supuesto de que su residencia se haya trasladado a un núcleo urbano. Nos referimos al matrimonio entre cónyuges pertenecientes a una familia campesina, que desarrollan un trabajo y modo de vida ajenos a los de su red parental. En la circunstancia de que los cónyuges sean originarios de distintas comunidades, se disipan algo más la posibilidad de residir en el territorio comunitario y la conservación de los vínculos de parentesco, aunque tal constante alcanza más a la familia materna que a la paterna. Dichos nexos territoriales y de parentesco lo muestran también, aun cuando con menos asiduidad, dada su residencia habitual fuera de una comunidad rural, las familias que se fundan con arreglo al tipo 1, para las que no es excepcional pasar parte de los periodos de vacaciones con los parientes maternos y ayudarles en sus tareas estacionales y cotidianas. Esta cercanía suele estar armonizada en algunos casos y ámbitos comunitarios con la percepción de una cierta dote. Estamos aludiendo al matrimonio entre una mujer perteneciente a un grupo doméstico campesino y un varón ajeno a la sociedad rural.

Dentro de los tipos de matrimonio que no suponen una ruptura del grupo doméstico y que posibilitan su continuidad, la fórmula 3, obedece, entre otras razones, a la mayor emigración que desarrollan a temprana edad las mujeres, difícil de compaginar con el hecho de que los potenciales contrayentes retrasen hoy bastante más que en el pasado el momento de casarse. Se trata del matrimonio entre un varón de un grupo doméstico campesino y una mujer ajena a la sociedad rural. Su incidencia responde, aparte, a que está protagonizado a menudo por varones que ejercen un trabajo agrario asalariado, lo contratan, poseen explotaciones muy intensificadas o practican la agricultura a tiempo parcial. Es obvio que estas cuatro situaciones, muy comunes en las Vegas, agudizan las alteraciones y la dependencia que registran la formación y continuidad de la familia, al permitir que ciertos varones se hallen más en contacto con el mundo urbano que otros individuos de su mismo sexo y se despeguen en mayor medida de las relaciones con su comunidad. Sin embargo, no podemos ignorar que la elección conyugal que implica el tipo 3 canaliza en pro de la comunidad muchas de las vocaciones centrífugas, encarnadas por determinados grupos de individuos o familias, configurándose como un relevante mecanismo de adaptación que asegura la supervivencia de la unidad doméstica campesina. Con la incorporación de una mujer ajena a la sociedad rural a una familia y comunidad campesina, ambas instancias sociales consiguen dar cabida a esas proyecciones centrífugas y disgregadoras sin poner en peligro su continuidad. Igualmente este procedimiento ha potenciado que los índices de soltería masculina sean más bajos en las Vegas que en el resto de las comarcas. Y si en no pocas ocasiones se concede dote a los matrimonios originados según los tipos 1 y 2, con mayor razón todavía se acostumbra a concederla a los sujetos de asociaciones conyugales que surgen por la fórmula 3.

Menos dependencia y alteración que el tipo 3 condicionan el 4 y, particularmente, el 5, es

decir; por un lado, el matrimonio entre una mujer de un grupo doméstico campesino y un varón perteneciente a una familia que ha regresado al campo y ejerce una actividad agraria; y por otra parte, la alianza conyugal entre varones de unidades familiares campesinas y mujeres que son miembros de familias que han vuelto al campo y desempeñan una labor agraria. La extensión de estos dos tipos de matrimonio alcanza, tras la existente en las comunidades metropolitanas, la máxima cota regional, habida cuenta de la gran significación que tiene en las Vegas el asentamiento de emigrantes procedentes de otras regiones, que se han trasladado directamente a la comarca para volver a desempeñar una actividad agraria o previo paso por Madrid o su Área Metropolitana. Dichos sistemas están aumentando desde comienzos de los años ochenta, de la mano del incremento del paro en la industria, la construcción y los servicios. Es evidente que la incorporación de estas asociaciones conyugales a la comunidad conlleva una distorsión de los cauces habituales de control, que ésta tiene por costumbre utilizar sobre los contrayentes y la familias que con ellos se instituyen. Pero esta anexión de grupos, extraños a la comunidad, la posibilita afianzar su identidad frente a la sociedad mayor no sólo bajo un punto de vista cuantitativo, desde el momento en que se incrementa su número de efectivos, sino socioeconómico, ya que la institución comunitaria aparece como una opción social sustitutoria de aquella instancia más amplia y hegemónica. Resulta habitual, por lo demás, que en este género de matrimonios la dote funcione prácticamente del mismo modo que lo hace entre campesinos de la misma y diferente comunidad.

Casi nulas resultan, por otra parte, las transformaciones y la dependencia que desencadenan el tipo 6 –matrimonio entre campesinos de distintas comunidades– y, particularmente, el 7 –alianza conyugal entre campesinos de la misma comunidad–. Este último sistema, que avala plenamente el mantenimiento de la explotación agraria familiar, prima en esta comarca más que en ninguna otra debido al mínimo volumen migratorio que la caracteriza, a la idoneidad del tamaño y de la composición de la unidad doméstica y a lo cardinales que son para la familia sus relaciones de reciprocidad y cooperación con otros grupos homólogos de su comunidad. Habida cuenta, por lo demás, que estas circunstancias son constantes en la mayoría de los territorios de las Vegas, asegurando con nitidez el establecimiento de alianzas conyugales constitutivas de familias campesinas, no debe afirmarse que la menor autosuficiencia comunitaria que implica el prototipo 6 promueva niveles de cambio y dependencia dignos de demasiada consideración. Sí habría que mencionar, no obstante, que el sistema 6 refleja más que el 7 el sentimiento de independencia que puede existir a la hora de elegir cónyuge en algunos grupos domésticos, así como el aumento de la verticalidad en las relaciones vecinales que originan ciertas familias al tratar de mejorar por medio del matrimonio su status social y su posición económica.

Por otro lado, a medida que retrocedemos en nuestra tipología del sistema 7 al 3, aumenta de tipo a tipo el nivel de alteración de las normas familiares y comunitarias que regulan las asociaciones conyugales de las Vegas. En efecto, los matrimonios entre cónyuges de la misma comunidad responden todavía al control, que tradicionalmente ha venido desempeñando el

cabeza de familia sobre el conjunto de los miembros del grupo doméstico. De este modo, si tal control se dirige a garantizar el cumplimiento de los cometidos de la unidad doméstica, fundamento y parte de esas funciones es velar por la propia continuidad de la familia a través de los nexos matrimoniales que entablan los diferentes efectivos del grupo. Dicho control, que no debe concebirse como tiranía, egoísmo o superprotección de los cabezas de familia, es por consiguiente una consecuencia inherente a la posición de los individuos dentro de la unidad doméstica. Los distintos sujetos pueden conformar una pareja desde el momento en que son parte de una familia, como efecto de la posición social del grupo dentro de la comunidad y gracias al abrigo y auxilio de orden social y económico que les brinda su unidad doméstica. De ahí, las responsabilidades, que recaen sobre toda potencial conexión conyugal, y el requerimiento de contemplar, junto a los propios intereses, los del grupo familiar. Esta supervisión no se limita además a los momentos que preceden el nacimiento de una nueva familia, sino que una vez formada se amplía a la conducta y las relaciones entre esposos, cuidando especialmente las fórmulas de respeto, ya que éstas son más susceptibles que otras de ser controladas y reforzadas por los grupos domésticos implicados en el matrimonio. Otras cuestiones, como el afecto o el comportamiento sexual, no son socializadas y se pasan deliberadamente por alto, reprobando toda alusión o ingerencia en estos terrenos.

En realidad esta atención al respeto, entendido como fidelidad, buen trato y, décadas atrás, obediencia al esposo y restricción de la movilidad laboral y social de la esposa, persigue que el status y la dignidad de las familias de las Vegas aliadas en el vínculo marital de los hijos u otros parientes no queden comprometidos o sufran merma. Lo plasman con bastante claridad los rituales propios del matrimonio, bodas y despedidas de solteros, muy significados en el ámbito doméstico, en los que los recién casados y sus respectivas familias no sólo tratan de confirmar el reconocimiento, completamente imprescindible, de la institución familiar y comunitaria hacia su nuevo status y sus futuros roles. A la par, resulta un objetivo esencial el fortalecimiento de los lazos entre familias y de sus nexos con la comunidad. A tal fin se da cabida a toda una serie de actos simbólicos que aclaran, justifican y rigen el lado utilitario o instrumental de cualquier alianza social, convirtiendo la asociación conyugal en un acontecimiento público, que gane la buena voluntad del conjunto de las familias del ámbito comunitario, y buscando que los contrayentes sean vistos por todos los miembros de la comunidad. Así, las bodas, aparte de reproducir los roles individuales que el grupo doméstico asigna a sus distintos miembros, reúnen a las familias implicadas en este acontecimiento festivo con vecinos de la misma o de otra comunidad, concertándose alianzas nuevas y reafirmando y enriqueciéndose los pactos de ayuda mutua ya existentes. El mantenimiento de bastantes de la tradiciones, que las bodas llevaban aparejadas desde hace décadas, es paralelo sin duda a la vigencia actual en el marco familiar y comunitario de las fiestas nupciales. Es innegable que muchas de la tradiciones ligadas a las bodas se han ido perdiendo, pero este proceso se ha producido en las Vegas en mucho menor medida que en el resto de la región.

Asimismo el matrimonio entre contrayentes de la misma comunidad implica que la dote

que reciben no es propiedad exclusiva de los cónyuges, sino que en buena parte pasa también a formar parte del patrimonio conjunto de sus familias. Igual que la pareja se entiende en las Vegas como continuidad y parte de la unidad doméstica, la dote es una asistencia familiar, concedida a ambos esposos por los padres u ocasionalmente por padrinos, tíos, abuelos o hermanos, que se suma institucionalizadamente al grupo.

Todas estas características que siguen presentes en el tipo 7 y, apenas sin modificaciones, en el 6, se van perdiendo en el 5 para diluirse bastante más en el 4 y, aún de manera superior, en el 3. Ahora bien, en la medida en que se difuminan tales rasgos y se incrementa el carácter foráneo que la familia y la comunidad atribuyen a los individuos ajenos a la sociedad rural, se afianzan las exigencias que se imponen desde al marco doméstico y comunitario tanto al cónyuge extraño como, principalmente, al conocido. De esta forma, se espera de ambos que el perfil psicológico, la dote, las aficiones, los hábitos y la conducta del contrayente forastero encajen con el menor esfuerzo y coste posible dentro de los parámetros existentes en el mismo sentido dentro del grupo de parentesco campesino, que contrariamente a la costumbre, en el supuesto del tipo 4, es el de la mujer. Tal pretensión se extiende muchas veces a la familia del cónyuge forastero en los casos que plantea el tipo 4 y 5. Claro está que el crecimiento de la falta de afinidad del contrayente forastero, de un lado, y de las demandas del grupo doméstico campesino, del otro, ahondan los desequilibrios familiares y comunitarios que plantean, en orden ascendente, los tipos de matrimonio 5, 4 y 3. Sin embargo, parece innegable que las exigencias esgrimidas por la familia actúan como un mecanismo de adaptación del grupo doméstico para asegurar su continuidad y, de paso, la supervivencia de la sociedad campesina.

Mayores que en las Vegas son, por otra parte, las rupturas y las alteraciones que registran la formación y la continuidad de la familia en la Campiña y, singularmente, en la comarca Suroccidental; siendo menores paralelamente los mecanismos de adaptación, desplegados por los grupos domésticos para contrapesar los procesos disgregadores de su permanencia histórica, que se operan desde su propio interior. Estos cambios están en correspondencia en la Campiña con su nivel medio bajo de penetración urbana y con el hecho de que el número de hijos del grupo, que trabaja en la explotación, difiera poco del existente en las Vegas. No obstante, estos parámetros se contrarrestan notablemente con unos índices migratorios bastante elevados. Aunque tales transformaciones son afines en la comarca Suroccidental con una menor emigración que en la Campiña, disminuye en relación a este último territorio el contingente de hijos activos en la explotación y aumenta el nivel de penetración urbana.

Con arreglo a tales coordenadas, en ambas comarcas y, en especial, en la Suroccidental dominan bastante más que en las Vegas el tipo 1 y, particularmente, el 2. Hablamos, en primer lugar, del matrimonio entre mujer perteneciente a un grupo doméstico campesino y varón ajeno a la sociedad rural y, en segundo término, de la alianza conyugal entre contrayentes de una familia campesina, que desarrollan un trabajo y modo de vida extraños a los de su red parental. No obstante, la percepción de dote y la permanencia de los cónyuges en el territorio de la comunidad de origen de la esposa, en el caso 1, y habitualmente del

varón, en el supuesto 2, resultan ligeramente superiores en la comarca Suroccidental que en la Campiña, dados los mayores lazos que suelen conservar los emigrantes con sus parientes. Asimismo ambos tipos se introducen más tempranamente en la comarca Suroccidental que en la Campiña y, sobre todo, que en las Vegas, donde hasta los años sesenta los matrimonios rara vez son exogámicos con individuos, y en especial con varones, no campesinos. Baste reseñar, en este sentido, cómo las fiestas de las Vegas y la Campiña ejemplifican aún la rivalidad, que siempre ha existido, entre los vecinos de la comunidad y los forasteros a la hora de promover noviazgos y matrimonios. Si las fiestas, al aminorar los elementos de control social, facilitaban en el pasado, y hoy continúan posibilitando todavía más, un canal de relación entre los vecinos de la comunidad y los forasteros, también han sido, y siguen siendo, cauces de fuertes enfrentamientos y rivalidades entre ellos. Por su lado, el tipo 3 – matrimonio entre varón de un grupo doméstico campesino y mujer ajena a la sociedad rural – está a la par algo más generalizado en la comarca Suroccidental que en la Campiña en función de los factores anteriormente expuestos. El tipo 4 y el 5 son, en cambio, poco frecuentes en la Campiña en comparación con la asiduidad que les caracteriza en la comarca Suroccidental, pues en este último territorio resulta mucho más común el asentamiento de emigrantes procedentes de otras regiones que vuelven a desarrollar una actividad agraria. Estamos aludiendo, por un lado, al matrimonio entre mujeres de un hogar campesino y varones pertenecientes a familias que han regresado al campo y llevan a cabo una actividad agraria y, por otra parte, a las alianzas conyugales entre un varón de una unidad familiar campesina y una mujer de un grupo doméstico que ha vuelto al campo y ejerce una labor agraria.

Por último, más generalizados que en la comarca Suroccidental se hallan los sistemas 6 – contrayentes campesinos de distintas comunidades – y 7 –alianza conyugal entre campesinos de la misma comunidad– en la Campiña, reflejando por igual el matrimonio entre campesinos menos alteraciones de las normas, las relaciones y los sistemas de dote tradicionales que siguen vigentes en las Vegas. Entroncado con ello, observamos que, lo mismo que en las Vegas, los vínculos entre esposos siguen estando controlados por sus respectivas familias y que la conexión entre ambos, aparte de girar en torno a sus sentimientos personales como individuos, se vertebra en base a su pertenencia a un grupo doméstico determinado. La nutrida participación comunitaria y de parientes en las fiestas de bodas⁹⁶, que, como hace décadas, continúan siendo un acontecimiento de gran relieve social, refuerza y proyecta esta tutela familiar. Al unísono, el tipo 6 produce menos dependencia en la comarca Suroccidental que en la Campiña, pese a que en este último territorio tienen superior significación las relaciones de cooperación y reciprocidad dentro del marco comunitario. Esto se explica en función de la mayor homogeneidad, que define a las comunidades del primero de los dos territorios, y del menor grado de independencia y movilidad social que caracteriza a los hijos. Estos dos factores condicionan, por contra, en la Campiña que las relaciones entre esposos tiendan a irse emancipando progresivamente, y con no pocas tensiones, del control de sus respectivas unidades domésticas; quienes hoy no tienen más remedio que aceptar que la naturaleza social

del vínculo, formalizado entre los contrayentes, introduzca importantes elementos de ruptura de la continuidad familiar y vaya en detrimento de la potestad, que consuetudinariamente han ejercido los padres sobre los hijos. En efecto, el carácter del nexo matrimonial en la Campiña ya no busca fundamentalmente reproducir o mejorar la posición social de las familias comprometidas en ese vínculo y, en consecuencia, ya no se ajusta tanto a las reglas que éstas imponen para la obtención de tal fin. En su lugar, el matrimonio se basa más en el establecimiento de unos lazos de reciprocidad entre los contrayentes y en unas relaciones afectivas, que sin modificar la dependencia de la esposa frente al marido, se inclinan hacia un mayor equilibrio del protagonismo de ambos.

Mínimas son las diferencias, por lo demás, que separan a la comarca Suroccidental de las Vegas en lo que se refiere a los niveles de soltería; resultando, sin embargo, mucho más constatables las disparidades advertidas en este aspecto entre ambas demarcaciones comarcales y la Campiña. Los menores volúmenes migratorios que presentan la comarca Suroccidental y, sobre todo, las Vegas atenúan los elevados índices de soltería que, debido al gran éxodo de sus efectivos familiares, se aprecian en la Campiña. Dicha soltería, mayoritariamente masculina, está mejor tolerada en esta última comarca que en las dos anteriores, donde la institución familiar y comunitaria entienden mal que los individuos con más de treinta años no suscriban una asociación conyugal. El matrimonio se asume así comunitariamente como un destino normal que la familia prevé para, y exige a, los hijos desde el momento de su nacimiento, con la única excepción de que los considere incapaces para ello a causa de alguna disfuncionalidad social –extrema pobreza, hábitos sexuales– física o psíquica. En estas circunstancias la familia se ocupa de procurarles un lugar en otro grupo doméstico, de sus hermanos o primos, antes de que mueran los padres; tratando de que no se queden solos, ya que la soledad se percibe como una fuente de potenciales desequilibrios familiares y comunitarios, unida a la práctica de determinadas licencias morales, mal vistas por los casados y difíciles de compartir con los jóvenes, y al descuido de su trabajo, su casa y su propio aspecto personal. En bastantes ocasiones, además, los problemas de integración de los solteros en la comunidad se agravan desde el momento en que no pueden actuar como representantes de un grupo doméstico y, a la hora de ciertas decisiones de interés comunitario –votaciones–, se hallan en inferioridad de condiciones respecto a los casados.

En el extremo opuesto a estas dos comarcas y, esencialmente, a las Vegas se localiza el Área Metropolitana. Aquí los tipos 1 –matrimonio entre una mujer perteneciente a un grupo doméstico campesino y un varón ajeno a la sociedad rural– y 2 –cónyuges de una familia campesina que desarrollan un trabajo y modo de vida extraños a los de su red parental– son mucho más dominantes que en cualquier otro territorio de la región, pues no en vano la penetración urbana adquiere su punto máximo, mientras que la emigración se sitúa en unos índices medio altos y el número de hijos de los grupos domésticos poco sirve para contrarrestar estos factores tan desestructurantes de la continuidad familiar. A ello hay que añadir que, si tales razones aclaran con nitidez la preeminencia del tipo 2, la relevancia del 1 y del 3 –matrimonio entre varón de un grupo doméstico campesino y mujer ajena a la

sociedad rural–, aparte de deberse a dichos factores, obedece además a que la emigración femenina sea la segunda más importante de la región, sólo superada por los niveles de Lozoya–Somosierra. Bien es cierto, que hay que mencionar conjuntamente que la significación del tipo 3 la fomentan la intensidad productiva de las explotaciones, el notable grado de asalarización que poseen algunas comunidades y, en particular, el hecho de que, aun cuando los hijos no emigren, muestran una fuerte independencia de pensamiento y acción frente a sus familias. De esta manera, la gran alteración de roles y funciones, que caracteriza a las unidades domésticas, incide también profundamente en que las fórmulas utilizadas para contraer asociaciones conyugales rompan y transformen en tanta medida la continuidad familiar y, a la vez, las normas, las relaciones y la dote que la regulan.

Así, aunque los tipos 4 y 5 están más generalizados en esta comarca que en el resto de la región, ya que aquí el asentamiento de emigrantes procedentes de otros ámbitos regionales y singularmente de Madrid, que vuelven a desempeñar una actividad agraria, alcanza la cota máxima, los sistemas 6 –matrimonio entre campesinos de distintas comunidades– y 7 –alianza conyugal entre campesinos del mismo marco comunitario– se hallan menos extendidos y, debido a los rasgos que los definen, quiebran en una medida superior la unidad e identidad de la familia y la comunidad. No hay que negar que las fórmulas 4 y 5 se comportan, por lo menos tanto como en las Vegas, como mecanismos de adaptación familiar y comunitaria que contrapesan en alguna medida las tendencias disgregadoras de la continuidad del grupo; y que, al tiempo, la movilidad social que evidencia la mayoría de los vecinos de la comunidad favorece la constitución de matrimonios del tipo 6, por mucho que las relaciones de reciprocidad y cooperación interfamiliares sean inferiores a las existentes en el resto de la región. Sin embargo, el matrimonio entre campesinos ya no se percibe apenas, conforme resultaba tradicional hace pocas décadas, como un contrato suscrito por las familias de los cónyuges con el fin de garantizar el mantenimiento o la ampliación de su explotación y promover alianzas. En el momento actual, sin poderse decir desde luego que este objetivo no cuente, se persiguen otros intereses en los que encaja mejor que antes la presencia de forasteros, especialmente de los ajenos a la sociedad rural. Estos nuevos objetivos priman la disponibilidad de recursos e ingresos extra agrarios y postergan la exigencia de conseguir más tierras, fuerza de trabajo u otros medios necesarios para la actividad económica familiar. De ahí, que se tolere mejor la autonomía de los individuos respecto al grupo doméstico y, más concretamente, su libertad de elección conyugal, que se conceda mayor importancia a los lazos afectivos como forma de conexión entre sujetos de mundos diferentes e, igualmente, que no se estime tan indispensable que la idiosincrasia y la dote del cónyuge hayan de ser las que con más facilidad, utilidad y menos esfuerzo se adapten a los requerimientos sociales y económicos de la familia. Además tales nuevos intereses no sólo se buscan por los contrayentes sino que, en bastantes ocasiones, su consecución está estimulada por su propio grupo doméstico, por lo que no parece ajustado pensar que la libertad de elección del individuo no sea compartida por la familia. Es, entonces, el conjunto de la unidad doméstica el que cambia el rechazo habitual que, desde siempre, ha manifestado ante la opción de

incorporar miembros ajenos a su sistema de vida. Los rituales ligados a las bodas lo plasman bastante bien, pues si en el pasado lo que más remarcaban era la nueva posición social que adquirirían los contrayentes, hoy, junto con esto, insisten en mayor medida en los aspectos relativos al reconocimiento de la madurez de los cónyuges y a que ya han dejado de ser mozos. Aminorando su marco ceremonial, actúan más, por lo tanto, como rituales de edad y menos como celebraciones que acompañan la formación de una nueva unidad familiar.

A la par, el que sea tan común en el Área Metropolitana que los hijos sólo permanezcan en la casa de su grupo doméstico hasta el momento de su matrimonio, en que la abandonan para trasladarse a una nueva vivienda e integrarse de manera definitiva en el mundo urbano, quiebra espacialmente la posibilidad de reforzar la red de parentesco que, hasta ahora, venía enmarcando los límites de la comunidad y fraguando en su interior la cohesión interfamiliar e, incluso, el acercamiento entre ámbitos comunitarios vecinos. Si el hilo conductor del parentesco ha facilitado a las comunidades metropolitanas un pasado histórico común, desde hace más de tres décadas se han ido destruyendo paulatinamente los vínculos que unían a unas generaciones con otras y, dentro de ellas, a unos vecinos con otros, a unas demarcaciones comunitarias con otras.

Por lo demás, un fenómeno que no podemos dejar de resaltar para las comunidades metropolitanas es que, en paralelo a lo que ocurre en las familias urbanas de su próximo o mismo entorno, desde comienzos de los años setenta se estabilizan las tasas de nupcialidad, descendiendo a mediados de esta década y aún más a partir de 1980. Causas directas de ello son el aumento de las parejas que conviven sin matrimonio y el fuerte retraso de la edad en que se contrae tal asociación conyugal debido, a su vez, al paro de los individuos que trabajan fuera de la explotación y a las rentas insuficientes que ésta produce. Dicha disminución del número de matrimonios, aparte de coartar la formación de nuevas unidades domésticas, la incorporación de más miembros al grupo y su propia continuidad, fomenta los índices de soltería masculina que observamos en el resto de la región. Ello resulta especialmente negativo porque, al recaer sobre los varones la responsabilidad y la potestad de ser los cabezas de familia, queda más impedida toda constitución potencial de un grupo doméstico campesino.

No muy distintas son, por su lado, las transformaciones y la dependencia que acusan la formación y la continuidad de la familia en Guadarrama. Aunque la emigración es poco significativa, el número de hijos de las unidades domésticas, activos en la explotación, resulta el más bajo de la región, mientras que los niveles de penetración urbana sólo son inferiores a los del Área Metropolitana. De ahí, que el tipo de matrimonio 1 y, sobre todo, el 2 sean tan dominantes como en las comunidades metropolitanas. Nos referimos, en primer lugar, a la asociación conyugal de una mujer perteneciente a un grupo doméstico campesino y un varón ajeno a la sociedad rural y, en segundo término, al matrimonio entre cónyuges de una familia campesina que desarrollan un trabajo y modo de vida extraños a los de su red parental. Esta generalización se agrava además desde el momento en que, al igual que en el Área Metropolitana, los hijos que se alejan de la sociedad campesina lo hacen al unísono de los

territorios de asentamiento de sus familias, no siendo frecuente que los visiten y ayuden con tanta asiduidad como en la Campiña y, en especial, como en la comarca Suroccidental y las Vegas. Justamente este alejamiento, conocido de antemano por las familias de los contrayentes, suele llevar aparejado, de forma prácticamente idéntica a lo apreciado en el Área Metropolitana, que la dote deje de ser un patrimonio doméstico para convertirse en un mero regalo a los desposados.

Paralelamente, la preeminencia de los tipos 1 y 2 parece ir en detrimento de la presencia del sistema 3 –matrimonio entre varón de un grupo doméstico campesino y mujer ajena a la sociedad rural–, apenas constatable en algunas comunidades, ya que toda vocación centrífuga de los individuos hacia el mundo urbano se materializa por lo común plenamente, no encuentra cauce para desarrollarse dentro de la comunidad. Aun cuando no son excepcionales, tampoco resultan frecuentes las asociaciones conyugales construidas con arreglo a los tipos 4 y 5, dada la no demasiada transcendencia de los asentamientos de emigrantes procedentes de otras regiones o de Madrid que vuelven a realizar una actividad agraria pasada. Escasa es asimismo la creación de nuevas familias de acuerdo con las fórmulas 6 –matrimonio entre campesinos de distintas comunidades– y 7 –alianza conyugal entre campesinos de la misma comunidad–, cuyas características se ajustan bastante a lo subrayado en el Área Metropolitana, particularmente en lo que se refiere a la edad de los contrayentes, las tasas de nupcialidad, la alteración de los roles y las funciones de la familia, la libertad de elección de cónyuge y las transformaciones espaciales que plantea la importante ruptura de las redes de parentesco. Respecto a este último rasgo, conviene añadir que el hecho de que la mayoría de las familias de Guadarrama cuente con algún hijo emigrado o, en algunos casos, con la totalidad de ellos, ha generado que la intolerancia, que en el pasado prodigaban a este tipo de unidades domésticas las que no habían pasado por esta situación, haya declinado. Hoy esta constante, claramente rupturista de la continuidad familiar, se valora como normal. Se entiende incluso que la movilidad laboral y el contacto cotidiano con el exterior de la comunidad representan la clave del éxito social, que se consuma con la formación de una familia urbana. En sentido inverso, se juzga a menudo que la estabilidad, la permanencia en la comunidad y la constitución de una asociación conyugal con un individuo campesino son casi un síntoma de fracaso.

Una diferencia relevante, que separa los rasgos que definen a los tipos 6 y 7 en el Área Metropolitana y Guadarrama estriba, en que, en la segunda de ambas comarcas, la dote suele ser con cierta frecuencia más parecida en formas y significado a cuanto hemos descrito para las Vegas. Se trata de las familias que poseen explotaciones ganaderas altamente rentables y que necesitan la presencia de sus hijos y de los nuevos miembros que éstos puedan atraer. El interés que encuentran los hijos en permanecer junto a su familia radica precisamente en el poder económico que ésta posee. Otra divergencia, digna de mención, es el sentimiento moral más estricto que regula el comportamiento entre esposos, sobre todo en lo que se refiere al honor. Pese a que el fundamento de esta actitud no parece hoy ya tan explicable en base a las constantes sociales y económicas que informan los matrimonios, su lógica se cifra más

en una reminiscencia ideológica de una situación pasada. Así, toda transgresión del respeto entre esposos y, aún más, de la fidelidad afectiva y sexual, esencialmente de la infringida por mujeres, no sólo afecta a los cónyuges sino a sus respectivas familias; pasando unas a ser las ofendidas y otras las infractoras. Aunque este posicionamiento moral actúa sobre todo cuando la asociación conyugal reviste mayor verticalidad, por conectar a esposos pertenecientes a familias de muy distintas posiciones sociales, el potencial enfrentamiento entre grupos domésticos aumenta en proporción a tal falta de horizontalidad. Conjuntamente esta situación puede presentarse a la inversa, de modo que los cónyuges acaben siendo receptores de las infracciones que cometen o han podido realizar en el pasado sus familias. La reputación de los esposos es transferible a sus unidades domésticas, y la de éstas a la de aquéllos. De este modo lo demuestran en bastantes momentos las fiestas de bodas⁹⁷, por mucho que tales rituales hayan perdido gran parte de su vigencia pasada y de su utilidad como vehículos del reconocimiento, que la comunidad otorgaba a los cónyuges y que éstos concedían al aval que su ámbito comunitario les suministraba.

Una última divergencia, que separa a Guadarrama del Area Metropolitana y que es extensible a la totalidad de los tipos de matrimonio existentes en una y otra comarca, la evidencian los menores índices de soltería masculina. Dichos exponentes son concomitantes con una emigración más baja, incluida la femenina, y con los matrimonios que suelen contraer los varones campesinos con las hijas de familias asentadas en la comarca y originarias de otras regiones.

Finalmente el nivel de alteraciones y dependencia que presenta el matrimonio en Lozoya-Somosierra se sitúa a mitad de camino entre lo que hemos visto para Guadarrama y la comarca Suroccidental. El alcance de su penetración urbana podría haber determinado por sí mismo un bajo grado de ruptura y de desequilibrios en la continuidad familiar, pero lo han impedido la altísima emigración de los efectivos de la unidad doméstica y el escaso número de hijos que posee en la actualidad el grupo.

Estos dos últimos factores han propiciado que los procesos exogámicos y, consecutivamente, los tipos de matrimonio 1 –mujer de hogar campesino y varón ajeno a la sociedad rural–, 3 –varones de familias campesinas y mujeres de grupos domésticos extraños al campo– y, en muy inferior medida, 6 –cónyuges campesinos de distintas comunidades– revistan en esta comarca una importancia cardinal, sólo superada en el Area Metropolitana por otros motivos. Así, a la exogamia lógica que, por sus propias condiciones, desarrollan los emigrantes que viven lejos de su territorio de origen y los que pendularmente se ausentan de él, se suma la necesidad que tienen muchos jóvenes y adultos de desplazarse de su comunidad para entablar relaciones. El gran aislamiento, en el que viven en su comunidad, no permite otra cosa y les impulsa a buscar pareja en los focos de reunión y esparcimiento, que habilitan los bares y las discotecas de Madrid, Segovia o de los núcleos más poblados de la comarca, como son los centros de atracción de Buitrago, El Molar, Torrelaguna, San Agustín de Guadalix o Lozoyuela. No obstante, si la exogamia que lleva aparejada la emigración afecta singularmente a la población femenina, este otro tipo de movimientos centrífugos está

protagonizado sobre todo por varones, ya que en el caso de las mujeres, normalmente sin disponibilidad de vehículo, la familia impone mayores restricciones a una movilidad, que, por contra, tolera bien cuando éstas cuentan con un empleo extra agrario. De esta manera, las mujeres que trabajan en la explotación encuentran unas trabas cotidianas para desenvolver sus relaciones, que sólo suelen aflojarse en los periodos de descanso del agro o los domingos y bajo la condición de que vayan acompañadas por parientes u otros vecinos de su comunidad. Se trata, desde luego, de evitar embarazos no deseados, muy frecuentes en esta comarca, por mucho que también lo sean en el resto de la región, y siempre objeto de críticas y comentarios adversos hacia el grupo doméstico, que retraen el que la mujer embarazada pueda casarse dentro de su comunidad y que, a veces, la obligan a ocultarlo y a marcharse fuera del pueblo o a trabajar a Madrid o a su Área Metropolitana. Pero en el fondo y, máxime, si consideramos que a la postre no es tanta la intolerancia familiar y comunitaria ante las madres solteras, a quienes por lo general no repudia su grupo, tales limitaciones pretenden que las mujeres de la unidad doméstica contraigan matrimonio con los varones de su propio ámbito vecinal, pues este objetivo, pese a no cumplirse casi nunca, sigue siendo deseado por la familia. Simultáneamente se busca evitar que ningún hombre de la comunidad permanezca soltero; situación, ésta última que, dados los altísimos índices de soltería masculina, se consigue todavía con más dificultad, tratando de contrarrestarla y de atenuar la posición de desfavor y soledad de estos varones mediante su incorporación a la familia de un hermano o sumando a su casa la presencia de la madre viuda, de una tía o de una hermana que les auxilie en la explotación y en los trabajos domésticos. De hecho, toda eventual falta de aceptación ante un embarazo, que se supone que ha sido ocasionado por un varón de fuera de la comunidad, se aminora hasta llegar a desaparecer en algunos casos, cuando el novio es un vecino. Entonces, el control que sobre los contrayentes acostumbran a efectuar sus respectivas familias se convierte en un aval para paliar críticas y asegurar el matrimonio entre ambos. En función de ello no suele parecer mal que los cónyuges hayan mantenido relaciones sexuales antes del matrimonio.

Como quiera que sea, esta tendencia exogámica, dominante en la actualidad y que no impide que los contrayentes emigrados pasen sus temporadas de vacaciones con los padres, lleguen a residir con, o junto a, ellos o los lleven a su casa, contrasta abruptamente con los matrimonios de ancianos y de adultos de más de cuarenta años que se crearon décadas atrás. Así, a excepción de los habituales matrimonios con individuos de Segovia, hasta mediados de los sesenta las asociaciones conyugales son marcadamente endogámicas⁹⁸, principalmente en las comunidades menos habitadas –Cervera de Buitrago, Madarcos, La Acebeda–. Según señala M. Fernández Montes (1990: 318–324), todavía en ciertas localidades de menos de doscientos habitantes dos tercios de los matrimonios se han ejecutado entre campesinos de la misma comunidad. Son muchos a la vez los mecanismos que ponen en práctica las familias para contribuir a que se desarrollen matrimonios entre campesinos y, preferentemente, entre los vecinos de la misma comunidad. Y en consonancia con esto no puede decirse que el tipo 7 –contrayentes campesinos de la misma comunidad– sea inusual, aunque nada represente

apenas frente al 2 –matrimonio entre cónyuges pertenecientes a una familia campesina que desarrollan un trabajo y un modo de vida ajenos a los de su red parental–. Muchas de las fiestas comunitarias tienden justamente a que se emprendan este género de vínculos, destacando La Maya, el Arbol de Mayo, La Vaquilla y buena parte de las meriendas y los bailes de la primavera.

Otra característica sobresaliente, que hemos de subrayar, es que, si tradicionalmente el matrimonio se abordaba tardíamente, ya que la mujer lo solía hacer en torno a los treinta años y el varón aproximadamente con treinta y cinco, dichos parámetros no han cambiado, aunque las razones de hoy y las de antes no sean iguales. En el pasado, los contrayentes tenían que esperar a que sus familias, en particular la del varón, hubieran acumulado los ahorros suficientes para ofrecerles la dote, pagar el convite y ayudarles económicamente en sus primeros momentos. La boda de un hermano retrasaba además la del siguiente. En la actualidad ese ahorro o resulta siempre insuficiente o es imposible de acometer, al tiempo que, como los hijos no suelen desear continuar en la explotación, deben obtener antes de casarse un empleo fuera de aquélla. A tales limitaciones se suman, por consiguiente, las de hoy. Ahora bien, si hace décadas los noviazgos se prolongaban al menos mientras duraba el proceso de ahorro familiar e iban consolidándose poco a poco, primero, con encuentros en lugares públicos –calles, bailes, plazas– y, luego, con visitas a la casa de la novia, en la actualidad se han acortado sensiblemente y se fraguan de forma más súbita.

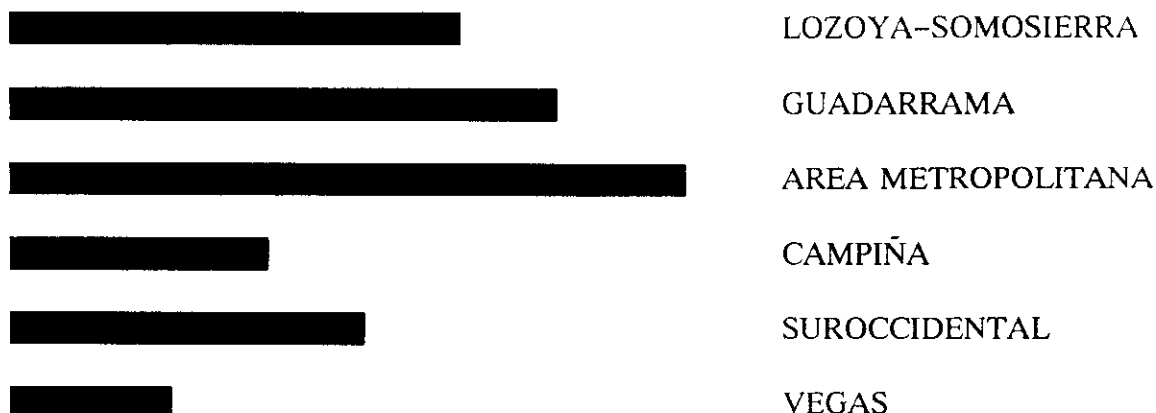
En lo que se refiere a la dote, que perciben los contrayentes de la misma o de diferente comunidad, hay que señalar que, como es usual en las Vegas, la comarca Suroccidental y la Campiña, la mujer acostumbra a recibir enseres del ajuar doméstico y el hombre medios de trabajo y producción, de los que no se excluyen en bastantes casos ganado y tierras. Otro asunto es la dote otorgada a los contrayentes del tipo 1 –mujer de un hogar campesino y varón ajeno a la sociedad rural–, 2 –cónyuges de una familia campesina que desarrollan un trabajo y modo de vida extraños a los de su red parental– y 3 –varones de un grupo doméstico campesino y mujeres ajenas a la organización social del campo–, que suele consistir más en dinero. Conjuntamente debe resaltarse que sigue siendo mal tolerado que los contrayentes, en especial las mujeres, carezcan de dote. Por ello la comunidad trata, a veces, de compensar esta precariedad, procurando que los padrinos o algunos vecinos doten a huérfanos o a individuos cuyos padres no pueden hacerlo.

Atención singular requieren también los tipos de matrimonio 4 –mujer de un grupo doméstico campesino y varón perteneciente a una familia que ha regresado al campo y ejerce una actividad agraria– y 5 –varones de hogares campesinos y mujeres de unidades familiares que se han reinstalado en el campo y protagonizan una labor en el agro–. A pesar de no ser seguidos por demasiados individuos, dado que en comparación con otras áreas de la región resulta tenue el nivel de asentamientos de familias procedentes de otros ámbitos comarcales o comunitarios que se reincorporan a una actividad agraria, algunas de las localidades más pobladas, con ricos recursos ganaderos –Gascones– o con centros de atracción de empleo extra agrario –Puentes Viejas–, no poseen pocos ejemplos respecto a la tónica general hallada

en esta comarca serrana.

GRAFICO 54

NIVEL DE ALTERACION DEL MATRIMONIO



4.3.2.- HERENCIA

En paralelo a las transformaciones y a la dependencia que experimentan los sistemas de matrimonio, los tipos de herencia no sufren un proceso de cambio menor ni tampoco son objeto de inferiores mecanismos de adaptación para contrarrestar toda merma o ruptura eventual de la continuidad familiar.

La alteración principal que acusan los sistemas de herencia consiste en el intento de no fragmentar demasiado la explotación y unas rentas que, generalmente, suelen ser insuficientes. Tal género de transmisión, en alza desde hace décadas y tendente a que el varón primogénito, que no haya emigrado, sea quien perciba la propiedad y la dirección de la hacienda familiar, se simultanea, no obstante, con el reparto igualitario entre todos los hijos. Ambos procedimientos se observan en el conjunto de las comunidades de la comarca, siendo realmente difícil discernir cuál de ellos prima sobre el otro; percibiéndose del seguimiento histórico de los sistemas de herencia que, a menudo, una explotación ha sido objeto de los dos géneros de transmisión. Efectivamente, cuando una explotación ha sufrido tantas divisiones como generaciones la han ido heredando, llega un momento en que, a menos de que se pierda toda eventual rentabilidad y se renuncie a que sea capaz de mantener incluso a una sola familia, no puede seguirse fraccionando. Desde luego, el primero de los sistemas mencionados, favorecido por la emigración, expresa con claridad la puesta en marcha de una estrategia idónea de supervivencia familiar para no incrementar desde dentro de la propia unidad doméstica unos niveles de desequilibrio, ya suficientemente intensos por muy diversos motivos, pero el segundo no es potencialmente más susceptible de agudizar la dependencia del grupo familiar. En todo caso, uno u otro expresan una mayor o menor fidelidad a un procedimiento de transmisión, que por tradición parece ajustarse más a las partes iguales, y

una variable adecuación al nivel de rentas y/o tierras de la familia, a la división del trabajo social del grupo o a su tamaño y composición. Todos estos elementos modifican o podrían llegar a introducir matices en los niveles de transformación y dependencia de la continuidad familiar que implicaran uno u otro sistema. Sin embargo, los factores que definen una superior o inferior ruptura o alteración de la continuidad familiar, en el supuesto del sistema a partes iguales, son, sobre todo, la variable extracción de excedentes del grupo y, en menor medida, la mayor o menor dimensión de las explotaciones y, para el segundo de los procedimientos, fundamentalmente el monto del coste del suelo y, de modo secundario, de la emigración y del número de hijos. De esta manera, para el sistema a partes iguales, constatamos que entre mayor resulte básicamente la extracción de excedentes sufrida y, secundariamente, más reducido sea el tamaño de la explotación en una medida superior se socava la continuidad doméstica. Por su parte, para el procedimiento tendente a que recaiga sobre un solo descendiente la continuidad de la familia, advertimos que se genera una mayor ruptura de la continuidad doméstica cuando aumenta, sobre todo, el coste del suelo y, en menor medida, desciende el movimiento migratorio de los hijos y crece la ayuda familiar de éstos.

Hemos de subrayar que, lo mismo que apreciamos en el terreno del matrimonio, la fórmula de transmisión a un solo hijo insiste en el carácter del varón como responsable y creador directo de un grupo familiar. Ello, se refuerza a menudo con el hecho de que, en el sistema a partes iguales, se tienda a desposeer de tierras a los hijos que con su matrimonio impiden la continuidad del grupo. En este sentido, los cónyuges que contraen matrimonio, según los tipos 1 –mujer perteneciente a un grupo doméstico campesino y varón ajeno a la sociedad rural– y 2 –contrayentes de un hogar campesino que desarrollan un trabajo y modo de vida extraños a los de su red parental–, suelen negociar con padres y hermanos la contraprestación que deben recibir a cambio de no heredar tierras ni bienes de producción ni, a menudo, la casa familiar. A veces y, sobre todo, cuando se trata de explotaciones de baja rentabilidad puede haber una cesión gratuita de derechos de unos a otros hermanos. En todo caso, lo normal, con independencia del tipo de matrimonio elegido, es que los hijos que no heredan la hacienda perciban siempre del padre o del heredero una compensación que, cada vez más consiste en dinero. Sin duda, de que el trato que se cierre sea satisfactorio para todos depende bastante la buena relación futura entre padres, hijos y hermanos. Baste reseñar, que entre menos tensiones despierta la liquidación de la herencia, siempre perceptibles, es mayor la frecuencia de que los antiguos integrantes de un grupo doméstico se visiten, cooperen en el ceremonial o en otros asuntos de índole social o colaboren en los trabajos de la explotación o de la casa; llegando en ocasiones a residir en ésta de forma compartida, cuando presenta grandes dimensiones o/y se trata de la antigua residencia familiar.

Pese a la exclusividad que implica en función de la edad y, esencialmente del sexo, la asignación de la herencia a un sólo hijo, no debemos dejar de señalar que hay ocasiones en que las hijas son las receptoras. Esto ocurre, desde luego, cuando las hijas no tienen hermanos, pero también en el supuesto de que los hijos varones no residan en la localidad o

trabajen fuera del agro. Cuando las hijas son solteras, se convierten así en las titulares de la explotación, y cuando se casan con un campesino, su hacienda se suma a la del esposo. No es infrecuente tampoco que, si todos los hijos emigran o no desean continuar en la explotación y al frente de la vivienda familiar, se divida la tierra y la casa en lotes iguales sin que importe ya ni la edad ni el sexo de los herederos.

Un último rasgo general que define la herencia en el conjunto de la región consiste en que su transmisión se lleva a cabo muchas veces en vida de los padres. Este fenómeno, cada vez más usual, se entronca con el elevado nivel de envejecimiento de los padres, por lo que resulta bastante habitual en las comarcas, como la Campiña, la Suroccidental y, especialmente, Lozoya-Somosierra, cuyos efectivos familiares poseen mayor edad. Aunque es muy común que los padres, ya ancianos, no se queden solos en su casa y se trasladen a la de algún hijo, cuando se procede a la transmisión en vida se potencia más todavía este mecanismo, máxime si tenemos en cuenta que muchas veces los padres no esperan a morir para que sus hijos reciban también la vivienda donde nacieron. En otras ocasiones, no obstante, son los hijos los que se trasladan a la casa de los padres ancianos, en particular cuando aquéllos se hacen cargo de la explotación, no disponen de vivienda propia o de recursos para adquirirla o confían en heredarla.

Entrando ya en el análisis comarcal de la variable ruptura de la continuidad familiar que desencadena uno u otro tipo de herencia, hemos de señalar, en primer lugar, que la fórmula a partes iguales no genera apenas desequilibrios en Lozoya-Somosierra, dada su escasa extracción de excedentes y que el notable tamaño medio de sus explotaciones permite partirlas sin demasiados problemas técnicos y económicos y, por consiguiente, sin muchas tensiones. Este procedimiento se constata incluso donde algunos de los hijos han emigrado. Otro asunto sucede con la casa, ya que sus pequeñas dimensiones habituales no posibilitan particiones equitativas, por lo que se acostumbra a ceder a un solo hijo, siguiendo normalmente los criterios de adjudicación que otras familias utilizan para transmitir el total de la herencia a un único descendiente. El hijo beneficiado con la casa o los padres deben compensar a quienes no la heredan; siendo tal contraprestación preferentemente deseada en dinero y, si no resulta posible, en tierras. Con todo, habida cuenta de que el reparto de la casa está asociado en esta comarca con la asistencia que equitativamente deben prestar los hijos a sus padres ancianos, tal atribución exclusiva, salvando excepciones, no puede beneficiar a los primogénitos frente a los ultimogénitos o a los de edades intermedias, tampoco debe preferenciar a hombres sobre mujeres. No es igualmente muy anormal que las inmensas casonas que a veces poseen los titulares de grandes explotaciones, por lo común de ganado extensivo, se segreguen entre la totalidad o parte de sus hijos, introduciendo muros interiores. A la par, el sistema de herencia a un solo hijo genera para las familias de Lozoya-Somosierra menos ruptura que para ninguna otra de la región. Su reducido número de hijos y el bajo coste del suelo facilitan unas indemnizaciones a los potenciales herederos, no beneficiados por las tierras, la casa y/o los bienes de producción, que no son nunca tan factibles en otros puntos de la región. A la baja cuantía de las contraprestaciones ayuda por igual, en muchas

ocasiones, el que esta comarca registre los índices de emigración mayores de la región. En suma, las familias de Lozoya-Somosierra, ya recurran a un sistema de herencia o a otro, son las que menos ven perjudicada del conjunto de la región su continuidad familiar en base a este aspecto.

La quiebra de la continuidad familiar que originan en las Vegas ambos procedimientos de herencia es, tras la cota de Lozoya-Somosierra, la más tenue de la región. El tipo de herencia exclusivo a un solo hijo resulta un poco más desestabilizador que el realizado a partes iguales, pero éste último apenas desencadena ruptura de la continuidad doméstica. En el procedimiento a partes iguales actúa una baja extracción de excedentes, combinada, no obstante, con unas dimensiones de la explotación que no hacen muy viable cualquier reparto. Y en el sistema exclusivo la competencia filial que originan que el número de hijos dedicado a la explotación sea el más alto de la región y que, por ende, la cifra de aspirantes al reparto alcance la máxima cota comarcal, se contrarresta con los bajos costes del suelo. Tal precio de la tierra logra contrapesar además la escasa emigración que presenta las Vegas respecto al resto de la región.

Por lo demás, en esta comarca resulta más frecuente que en Lozoya-Somosierra que algunas familias, que son titulares de grandes explotaciones muy rentables y con personal asalariado, dispongan de casas de amplias dimensiones, que permiten a los hijos, que lo deseen o que no cuenten con medios para adquirir una vivienda propia, convivir con los padres y hermanos una vez efectuada la herencia. La variación de los volúmenes exteriores y de la distribución interior que reflejan tales casas expresa, al unísono, en muchas ocasiones que la convivencia entre hermanos marcha en paralelo a la colaboración que éstos establecen en la explotación. No resulta excepcional que la herencia a un solo hijo haga viable que sus hermanos sigan ejerciendo su actividad agraria dentro de la explotación familiar. El lugar del padre de familia anterior lo ocupa, entonces, el heredero de las tierras y de la dirección de la hacienda. Las funciones desempeñadas en la explotación, en la casa y, dentro de ésta, en la cocina por la madre del heredero son sustituidas por las de su esposa. Y mientras, sus hermanos, cuando aceptan el papel preeminente que juega el heredero a la hora de dirigir la hacienda y la casa y de tomar las decisiones más trascendentes, continúan trabajando en la explotación y viviendo del reparto de las rentas que produce. Algo muy similar sucede en el caso de que la explotación se haya repartido a partes iguales, salvando que se comparte la titularidad de la hacienda. En el fondo, este tipo de situaciones en uno y otro supuesto reproducen en el seno doméstico las relaciones de cooperación y reciprocidad interfamiliares, que tanta fuerza tienen en las comunidades de las Vegas. Las tensiones paterno filiales y entre hermanos que promueve tal vinculación de convivencia y trabajo son asimismo correlativas a las que surgen en el interior de la comunidad, cuando los lazos vecinales son tan estrechos. Es el tributo que la familia ha de pagar por disfrutar de las ventajas de la reciprocidad y la cooperación y que se añade a las tensiones y a las rivalidades, que rodean antes y después toda herencia.

En la Campiña aumentan los desequilibrios que registra la continuidad de la familia en

Lozoya-Somosierra y en las Vegas. Y ello, pese a que el sistema de herencia a partes iguales no crea apenas desajustes, dado que la extracción de excedentes de esta comarca es de tipo medio bajo y que el tamaño de sus explotaciones es, tras el del Área Metropolitana, el segundo más amplio de la región. Menos remarcables son todavía los cortes de continuidad que introduce el procedimiento de herencia a un solo hijo, pues la alta emigración que protagonizan los efectivos familiares, unida a un coste de suelo poco abultado, contrapesa sobradamente la elevada cifra de ayudas familiares, activas en la explotación, que en términos relativos caracteriza a la Campiña. Ambos sistemas no restan la tradicional lealtad que los hijos deparan a los padres para no ser excluidos de su herencia, propiciando subsidiariamente los rasgos de poder y subordinación que operan en toda transmisión de esta naturaleza.

Mayores son los cortes de continuidad apreciados en la comarca Suroccidental. Aquí, pese a no ser intensa la extracción de excedentes familiares, el tamaño del suelo, más dividido que en el resto de la región, no suministra un marco de maniobra suficiente para que la familia transmita su herencia a partes iguales entre sus hijos. De hecho, este sistema de transmisión equitativa es, en buena medida, el causante del actual fraccionamiento que define el terrazgo de la comarca Suroccidental. No menos rupturista es la herencia a un solo hijo, propiciando pugnas entre hermanos y entre éstos y los padres. Si el número de hijos, activos en la explotación, no plantea excesivas cortapisas para indemnizar a los individuos no beneficiados por la herencia, un índice migratorio, más bien, bajo, no posibilita que este procedimiento de transmisión sea mucho más útil que el anterior, máxime sobre la base de un coste de suelo que es el tercero más elevado de la región. Las circunstancias, en que se efectúa esta transmisión, hacen que entre en contradicción el derecho natural de todos los hijos a la heredad y el deseo de los padres de no fragmentar la explotación. Las dificultades o las escasas expectativas, que tienen los hijos para resolver con la herencia el futuro de su propio grupo doméstico, condicionan que en esta comarca no constituya un hecho excepcional que las familias recurran a la práctica de la agricultura a tiempo parcial con el fin de obtener los ingresos necesarios para comprar tierras. En estos casos, puede afirmarse que el acceso a las tierras no está tan determinado como es habitual por la pertenencia a una familia. Todo ello merma la lealtad que ofrecen los hijos a los padres a cambio de la percepción futura de la hacienda o, en la mejor de las situaciones, la tiñe con componentes de afirmación de la autonomía del grupo respecto al cabeza de familia y de rivalidad entre hermanos.

Máximo resulta, finalmente, el grado de ruptura de la continuidad familiar que observamos en Guadarrama y, sobre todo, en el Área Metropolitana.

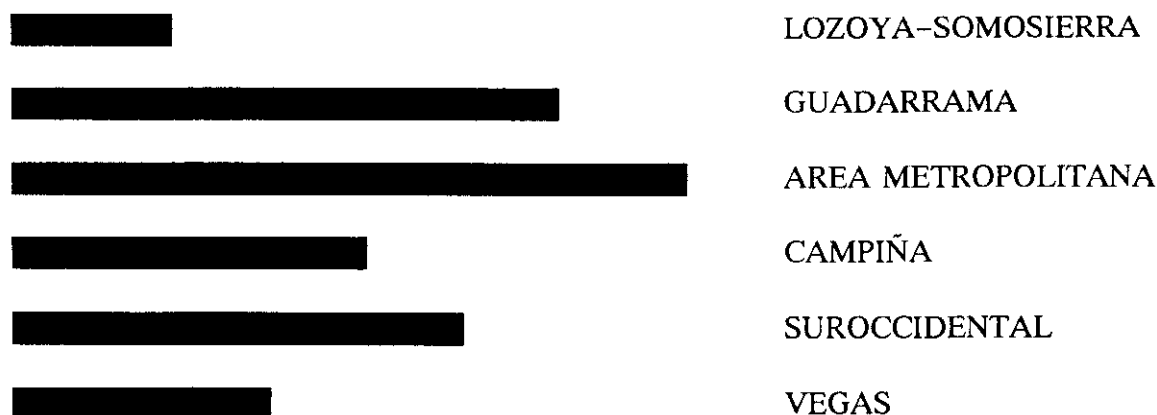
En Guadarrama una altísima extracción de excedentes y un tamaño de las explotaciones de características medias no suelen proporcionar las rentas y el espacio productivo suficiente para proceder a un reparto equitativo de la hacienda. Sin embargo, estas limitaciones no hacen más aconsejable la transmisión de la herencia a un solo hijo. Facilita tal sistema el hecho de que el número de hijos de las familias de esta comarca, dedicados a la explotación, sea el mínimo de la región, pero lo dificultan de manera extrema los bajos índices migratorios y el coste del suelo. El monto de este costo, el segundo más elevado de la región, obliga a que las

indemnizaciones a los hijos que no heredan superen en no pocas ocasiones los ahorros y, a veces, la capacidad de asumir créditos de los padres y/o los herederos. También sucede últimamente que, ante las escasas expectativas de empleo extra agrario que suscita el paro en los núcleos urbanos, muchos campesinos se abstienen de emigrar y otros tantos, que se han marchado y no encuentran trabajo o se han quedado parados, regresan al campo, por lo que se está empezando a cerrar la vía de alivio que representaba el éxodo rural para los conflictos ligados a la transmisión de la herencia. Este reciente fenómeno que afecta al conjunto de la región incide sobre todo en las comarcas de mayor penetración urbana, como son el Area Metropolitana y Guadarrama, pero a efectos de herencia reviste más peso en el último de ambos territorios porque aquí se espera más de ella que en las comunidades metropolitanas.

Para terminar, es cierto que en el Area Metropolitana el tamaño de las explotaciones es más idóneo que en ningún otro punto de la región para realizar un reparto igualitario entre los hijos. Ahora bien, al ser aquí la extracción de excedentes también muy superior a la existente en cualquier otra comarca madrileña, de poco sirve dejar un suelo que a duras penas evita la ruina de sus titulares y que, por consiguiente, no admite demasiados recortes de superficie. No mayores son las posibilidades que ofrece el sistema de herencia a un solo hijo, ya que el altísimo coste del suelo apenas se ve contrarrestado por los valores de tipo medio que, respecto al conjunto de la región, presentan la emigración y el número de hijos del grupo que trabajan en la explotación. Ocurre simultáneamente que aquellas explotaciones, que poseen un valor de mercado más bajo por sus precarias condiciones físicas para el cultivo o los pastos, no son contempladas por los hijos en función de su dedicación a una actividad agraria sino bajo la óptica de su eventual venta para usos urbanos. Ello desencadena que los hijos no beneficiados por la herencia no quieran atenerse a unas indemnizaciones, que no prevean el valor expectante del suelo en base a su enajenación para fines no agrarios. Es más, incluso cuando los hijos que deben ser compensados perciben el precio de tierras de buena calidad, no suelen contentarse con el valor que marca el catastro para ellas y, ni siquiera, con el que señala el mercado de compra venta de tierras. Solicitan la contraprestación del valor expectante de las mismas, siempre muy alto en todos los territorios metropolitanos. En consecuencia, la especulación interviene a la hora de la herencia tanto como a la de la venta en una zona que, por su muy elevada penetración urbana, es la más propicia de la región para este género de procesos tan desestructurantes de la continuidad y cohesión familiar.

GRAFICO 55

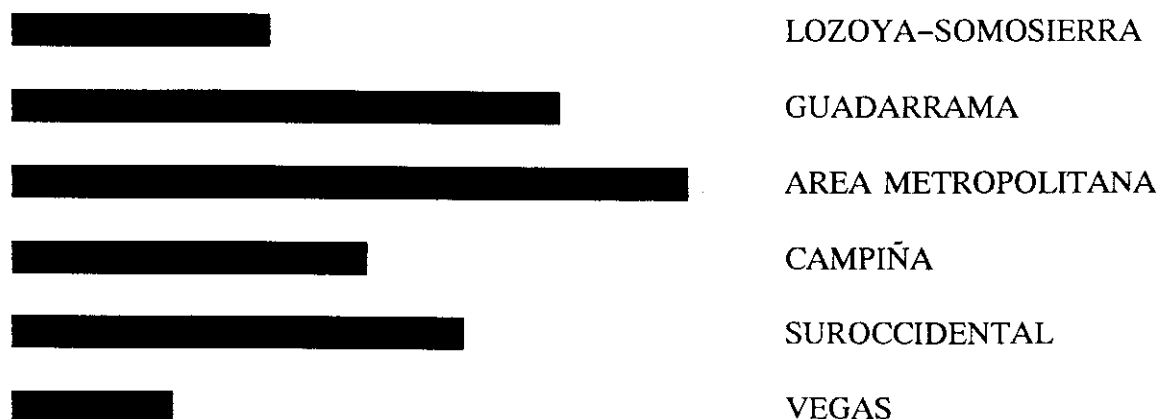
NIVEL DE RUPTURA DE LA CONTINUIDAD FAMILIAR POR MEDIO DE LA HERENCIA



Una vez vistos los niveles de alteración y de ruptura que generan los distintos tipos de matrimonio y herencia en la formación y continuidad de las familias, es pertinente confrontar los valores comarcales del gráfico 54 y 55. De tal manera, concluimos que las unidades domésticas de las Vegas, seguidas de las familias de Lozoya-Somosierra, son las que experimentan una menor ruptura y alteración en su formación y continuidad y las que, en consecuencia, asumen en este aspecto una identidad menos dependiente. En el extremo opuesto se sitúan Guadarrama y, sobre todo, el Area Metropolitana. Y en una posición intermedia respecto a estos cuatro territorios están la Campiña y la comarca Suroccidental.

GRAFICO 56

ALTERACION Y RUPTURA DE LA FORMACION Y CONTINUIDAD FAMILIAR



En suma, si consideramos conjuntamente las características que reviste en cada comarca el tamaño y la composición de la familia, su división social del trabajo y su formación y continuidad, podemos resumir que las Vegas es el territorio, donde las unidades domésticas

se han alterado menos conforme a los objetivos sociales que persiguen las instituciones primarias campesinas y que les diferencian de las de naturaleza urbana. Son, por consiguiente, las familias que menos acusan su nexo asimétrico con la sociedad mayor y las que mejor lo han sabido contrarrestar para asegurar su supervivencia, adaptarse y rebajar sus niveles de dependencia frente a esa instancia social más amplia y hegemónica. A las familias de las Vegas les siguen, con pocas diferencias entre sí, las unidades domésticas de Lozoya-Somosierra, la comarca Suroccidental y la Campiña, ascendiendo sus niveles de alteración en el orden expuesto. En el polo opuesto están, sin embargo, las familias de Guadarrama y, principalmente, del Area Metropolitana.

TABLA 78

TIPOS DE FAMILIA. RESUMEN GENERAL*

FACTORES/AREAS**	I	II	III	IV	V	VI
TAMAÑO Y COMPOSICION						
Efectivos	a	b	c	d	e	f
Distribución por Edad y Sexo	a	c	e	d	b	f
TOTAL	A	B	C	E	D	F
DIVISION SOCIAL DEL TRABAJO						
Intensidad del Trabajo	f	c	c	b	d	a
Especialización de Funciones	c	b	a	d	f	e
Relaciones de Reciprocidad y Cooperación Interfamiliar	e	b	a	d	c	f
TOTAL	F	B	A	C	E	D
FORMACION Y CONTINUIDAD						
Matrimonio	c	b	a	e	d	f
Herencia	f	b	a	d	c	e
TOTAL	E	B	A	D	C	F
TOTAL	E	B	A	C	D	F

* Con el fin de graduar los niveles de dependencia, en orden de mayor a menor, de las distintas familias, hemos partido del siguiente sistema de equivalencias: máximo (a, A), segundo (b, B), tercero (c, C), cuarto (d, D), quinto (e, E), mínimo (f, F).

** I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

Fuente: Elaboración propia.

NOTAS

82. Este concepto viene a coincidir con lo que E. Wolf (1971: 14-20, 1977: 22) denomina la consecución del fondo de reemplazo, ceremonial y de renta.

83. Según sostiene A. V. Chayanov:

Al proponernos un estudio de la organización de la unidad económica campesina, inevitablemente debemos comenzar nuestra investigación con un análisis exhaustivo de la constitución y de las leyes que gobiernan la composición del sujeto de esta unidad: la familia que la dirige.

Cualquiera que sea el factor determinante de la organización de la unidad económica campesina que consideremos dominante, por mucho valor que atribuyamos a la influencia del mercado, a la extensión de tierra utilizable o a la disponibilidad de medios de producción y a la fertilidad natural, debemos reconocer que la mano de obra es el elemento técnicamente organizativo de cualquier proceso de producción. Y puesto que en la unidad económica familiar que no recurre a fuerza de trabajo contratada, la composición y el tamaño de la familia determinan íntegramente el monto de fuerza de trabajo, su composición y el grado de actividad, debemos aceptar que el carácter de la familia es uno de los factores principales en la organización de la unidad económica campesina (1985: 47).

84. Los censos de población y vivienda realizados por la Comunidad de Madrid establecen una diferenciación de hogares en función de los siguientes criterios: unidades domésticas de un miembro, de dos, de tres, de cuatro, de cinco, y de seis y más componentes. El total de los efectivos de los hogares de la región se ha hallado sobre estos criterios, pero sin considerar los miembros de las unidades domésticas que exceden de seis integrantes, dada la imprecisión de los componentes que suman tales unidades domésticas. Por tanto, la cifra que se aporta, relativa al total de los miembros de los hogares cuyos cabezas de familia realizan una actividad agraria, es algo más baja de la real.

85. Dicha despoblación, que constituye un fenómeno repetitivo en esta comarca desde el siglo pasado y esencialmente a partir de las tres últimas décadas, ha impulsado en las sucesivas reformas administrativas la agrupación de varios municipios originales en uno solo. De esta forma, y con el fin de lograr un óptimo demográfico, numerosos municipios antiguos han pasado a ser hoy meras entidades de población, dependientes administrativamente de los términos municipales que actualmente siguen conservando la categoría de tales o que son de nueva creación debido a la anexión de distintos ayuntamientos primitivos.

86. Tal volumen de ingresos constituye lo que llama Chayanov (1985: 335) el "producto bruto" de la familia campesina, que proviene tanto de la explotación como de trabajos llevados a cabo fuera de ella en otras unidades productivas de la misma o de diferente comunidad y del ejercicio de la agricultura a tiempo parcial.

87. Este requerimiento, denominado por Chayanov (1985: 335) "producto neto", equivale a la remuneración anual que se asigna a sí misma la familia campesina.

88. Sin pretender trazar un paralelismo mecánico entre dos situaciones muy distintas, queremos destacar que las contradicciones actuales de las ciudades están condicionando, especialmente entre los jóvenes, una cierta transformación en la forma de asumir la vida que se funda en parámetros similares a los que responde la organización familiar campesina. Hoy ya no se considera tan insensato el invertir menos trabajo a cambio de un menor consumo y unas mejores condiciones de existencia. La mejora de la calidad de vida ya no parece residir tanto en un disfrute ininterrumpido de toda una serie de artículos y bienes de consumo, en un mayor poder adquisitivo o en la expansión de las propias necesidades. Ahora se valora más el lograr un mayor equilibrio entre el individuo, la naturaleza y sus áreas de convivencia y relación, entre la existencia de unos requerimientos y la posibilidad de satisfacerlos.

89. Por otra parte, este principio, acuñado conceptualmente por la economía clásica y neoclásica, se encuentra cada vez más en entredicho, ya que, como subraya P.S. Cohen, cualquier acto puede maximizar la utilidad pretendida por los individuos o las instituciones (Firth, 1974).

Si un hombre deja de obtener el más alto precio posible para sus bienes debido a su impaciencia por salir pronto de su mercancía, entonces podría decirse que ha maximizado su utilidad, ya que la perspectiva de ganancia monetaria adicional es insuficiente para ser apreciada en más que cualquier otra ventaja, como la de asistir a una ceremonia. Con todo, si el mismo hombre se queda más tiempo en el mercado y renuncia a algún otro placer, obteniendo así un precio más alto, podría decirse de todas maneras que ha maximizado su utilidad. Si un hombre mantiene a sus parientes, sin tomar en cuenta si contribuyen o no con un trabajo eficiente, dicho hombre está invirtiendo en solidaridad social; si se niega a alimentarlos, entonces está colocando su utilidad material por encima de la utilidad de la solidaridad. Como está maximizando su utilidad haciendo cualquier cosa, el concepto difícilmente puede

90. Según A.V. Chayanov (1985: 69), es una cualidad específica de la organización laboral de la familia campesina concebir que la remuneración de su esfuerzo, más que en la compensación del trabajo individual, radica en el monto total del ingreso anual disponible por la unidad doméstica después de deducir sus gastos.

91. En La Cabrera, Lozoyuela y Sieteiglesias hay ricas canteras de granito. Si bien con mucho menos relieve que en el pasado, se desarrolla en torno a ellas una economía de la piedra de cierta importancia que permite la supervivencia de los oficios de la cantería. En el resto de los municipios de la comarca la piedra la explotan directamente sus usuarios.

92. Vinculada a la Fiesta del Hornazo que celebran las mozas, los niños organizan una merienda independiente preparada por sus madrinas.

93. Tales dehesas boyales eran especialmente extensas en veinticinco de los actuales municipios de Lozoya-Somosierra y en seis de sus modernas entidades de población. Los veinticinco municipios son los siguientes: Gargantilla de Lozoya, Garganta de los Montes, Horcajo de la Sierra, Horcajuelo de la Sierra, Lozoyuela, Madarcos, Montejo de la Sierra, Navalafuente, Navarredonda, Patones, Pedrezuela, Pinilla del Valle, Piñuecar, Prádena del Rincón, Puebla de la Sierra, Rascafría, Robledillo de la Jara, Robregordo, San Agustín de Guadalix, Somosierra, Soto del Real, Torrelaguna, Valdemanco, Venturada y Villavieja de Lozoya. Las seis entidades de población son: Las Navas de Buitrago, Sieteiglesias, Manjirón, Paredes de Buitrago, Serrada de la Fuente y Oteruelo del Valle.

94. C. Hualde (1992: 39) cuenta que, décadas atrás, los mozos de la localidad iban a buscar a los regantes, una vez terminada la merienda, llevando bandurrias y guitarras y unos arcos que ellos mismos habían fabricado con flores. Debajo de estos arcos situaban a las autoridades de la mancomunidad de regantes y, acompañados del resto de los comensales de la merienda, llegaban al pueblo, donde las mozas prendían flores en las solapas o las boinas de los regantes. Después, conducían al alcalde de reguera a su casa, donde éste les obsequiaba con dulces y vino y se obligaba a bailar con todas las mozas que se lo pidieran en los actos festivos que se organizaban durante la noche.

95. Hoy han desaparecido las danzas de bodas que documentara en los años cincuenta García Matos (1951-1960: 136). Una de las más practicadas era la del "Honor", denominada en Colmenar Viejo "Las Flores". Estos bailes del "Honor" eran muy similares a los existentes en Lozoya-Somosierra.

96. El ceremonial, que acompaña a las bodas en la comarca Suroccidental, sigue conservando en muchos casos buena parte de las tradiciones pasadas. De este modo, son bastante conocidas las danzas, con las que las diferentes familias imprimen superior solemnidad al acto y reclaman la participación del mayor número posible de vecinos. Tales danzas, prácticamente iguales a las del "Honor" en Lozoya-Somosierra -Robregordo y Somosierra-, reciben el nombre de "La Manzana" en ciertas comunidades -Navalagamella, Valdemorillo-, en tanto que en otros lugares -Cenicientos- se denominan "La Redoma". Este baile, a modo de jota, suele realizarse tras el banquete de bodas por parte de la novia y de otras mujeres. A cambio de su baile la novia recibe diversos regalos -animales domésticos, dinero, enseres, alimentos- de los asistentes masculinos, con los que debe bailar unos cuantos pasos, demostrando que con ninguno de ellos tuvo compromisos pasados. En realidad, este baile es un ritual de estimación a la novia.

97. Hay que destacar que en algunas comunidades y por parte de un número puntual de vecinos siguen siendo puestas en práctica danzas de bodas, que realzan la solemnidad del ceremonial que acompaña este género de rituales familiares. Estas danzas de bodas, menos conocidas por las familias que en la comarca Suroccidental, son también similares a las del "Honor" de Lozoya-Somosierra y reciben diferentes nombres en unas comunidades y en otras. En Santa María de la Alameda, Zarzalejo y Robledo de Chavela se las denomina "El Espigo", y en Moralarzal se las conoce con el nombre de "Las Flores".

98. En esta clase de matrimonios era más usual que en el resto que existieran rituales específicos de bodas. Uno de los más conocidos, puesto en práctica sobre todo en El Berrueco, era el de las "Tortas". Conforme con este ritual, los invitados a la boda pedían con cánticos y epitafios a los desposados unas tortas, elaboradas con masa rellena de azúcar y huevos, tras cuya degustación se acompañaba a los recién casados hasta su nuevo hogar en medio de vítores y más canciones.

5.- TIPOS DE COMUNIDAD

Estrechamente unidos a los sistemas de familia, los tipos de comunidad terminan de definir las regularidades esenciales que caracterizan la organización social campesina de la región. Tales tipos de comunidad, al igual que hemos analizado en el caso de la familia, se construyen en base a los rasgos que presenta la sociedad mayor en el conjunto de la región y en cada una de sus comarcas y, a la par, con arreglo a los mecanismos de adaptación y supervivencia, que despliegan los distintos ámbitos comunitarios frente a esa instancia social más amplia y hegemónica para asegurar su continuidad histórica. En suma, estos tipos responden a la naturaleza de las relaciones que mantienen las diferentes comunidades con la sociedad mayor y, por consiguiente, a sus niveles de asimetría y dependencia frente a ella.

La comunidad conforma el segundo de los niveles básicos de integración y socialización para los campesinos, cuyos límites están determinados por la "opinión social" (Sevilla de Guzmán, 1985: 324), que instituye el círculo de relación vecinal y su unidad por encima de las distintas familias que, como partes interdependientes y complementarias de aquél, lo estructuran activa (Thomas y Znaniecki, 1974: 96, 1979: 19) y orgánicamente (Durkheim, 1972: 41). Este círculo de conexión vecinal, que presupone una identidad ante un hecho determinado y la consciencia de la misma, se halla reafirmado cotidianamente como un auténtico espíritu de cuerpo por la práctica de las familias que lo integran (Linton, 1961: 27) y al margen de sus particularidades. Dichas especificidades han funcionado, además, desde antaño y hoy continúan actuando como ejes de interacción, intercambio y homogeneidad entre las diversas unidades domésticas, sin necesidad de que mediaran intereses comunes que promovieran "formas de acción social colectiva con carácter más o menos organizado" (Sevilla de Guzmán, 1985: 324). Distintas entre sí y de la comunidad, las familias campesinas no resultan concebibles sin el marco de referencia que conforma la entidad social comunitaria, de la que son inseparables a la vez que ésta lo es de aquéllas. Por tanto, la comunidad se estructura como una red de familias más o menos homogéneas que se extiende sobre un territorio concreto y que condensa toda una serie de lazos, conductas, reglas e intereses tácita y comúnmente asumidos. Configura un tejido social ordenado e integrado, que no permite su división en partes, so pena de desaparecer junto a las unidades que engloba. Si el modo de producción campesino es indisociable de la familia, también lo es de la comunidad en que esa unidad social opera y desarrolla su actividad. La especificidad del modo de producción campesino requiere, entonces, la organización de la convivencia familiar en la comunidad, comportándose ésta como una unidad de acción social y económica. A estos rasgos generales, que la distinguen esencialmente de otras unidades sociales urbanas de rango más o menos semejante, hay que agregar que la comunidad se convierte desde diferentes puntos de vista en un elemento fundamental de apoyo a las familias, nivelando en muchos casos los desequilibrios entre ellas y sus carencias –redistribución, cooperación–, proporcionándolas un status reconocido y vehiculando sus nexos con la sociedad mayor.

Ahora bien, si estas regularidades son, en esencia, un denominador común para el conjunto

de las comunidades campesinas de la región, no todas ellas las asumen del mismo modo. Tres factores, ligados directa o indirectamente a la superior o inferior incidencia de la sociedad mayor en la comunidad, explican la diversidad que presentan tales características en los diferentes ámbitos comunitarios. El factor principal y, en buena medida, desencadenante de los otros dos es la presencia de grupos no campesinos en el territorio de la comunidad. Y el segundo y el tercero vienen dados por los niveles de verticalidad o/y horizontalidad de las relaciones entre vecinos y por la variable institucionalización de la vida comunitaria que refleja, a su vez, distintos grados de asimetría interfamiliar, al tiempo que plasma el tipo de roles y vínculos propios de cada tipo de unidades domésticas. Por otra parte, la disparidad, con que las comunidades asumen los rasgos básicos de su identidad social, se manifiesta en las mayores o menores alteraciones que ésta registra, así como en la eventual sustitución de la misma o de algunos de sus componentes por elementos propios de las unidades sociales urbanas. Semejantes transformaciones y sustituciones definen paralelamente diferentes niveles de asimetría y dependencia de las comunidades respecto a la sociedad mayor.

Todo este proceso de posicionamiento de las comunidades lo expresa, y se significa en, la organización espacial comunitaria de cada comarca. Su demarcación, aparte de obedecer al territorio que las familias trabajan cotidiana y directamente, a la extensión del círculo que marca en la actualidad la "opinión social" (Sevilla de Guzmán, 1985: 316; Thomas y Znaniecki, 1974: 96, 1979: 19), a la homogeneidad cultural de sus integrantes, está determinada formalmente por el momento en que se sitúa hoy la apropiación de espacio, que históricamente se ha adjudicado la vecindad, como propiedad jurídica y legal⁹⁹. No es extraño, en consecuencia, que, conforme con esa apropiación histórica, en la mayoría de las comarcas los límites de las comunidades coincidan con los de los municipios (García García, 1980: 325). Esto habla, en otro orden de cosas, del papel estructurante desempeñado en favor del marco comunitario por el Estado y las obligaciones administrativas de diversa índole, reforzado desde comienzos de los años ochenta por las instituciones de la Comunidad Autónoma de Madrid. Y ello, pese a que tal función estructurante, que nunca ha reconocido y legitimado las fronteras de la comunidad, se materialice la mayoría de las veces como conflicto y contradicción de intereses entre lo local y lo supracomunitario.

Los límites formales y significativos de la organización espacial comunitaria no deben identificarse, por lo demás, con el emplazamiento de las comunidades sobre enclaves reducidos, sino en todo caso con lo que numerosos científicos sociales denominan sociedad a pequeña escala (Sevilla de Guzmán, 1979: 28, 1983: 17, 1985: 317; Shanin, 1972: 31, 1976: 19, 1979a: 12; Thomas y Znaniecki, 1974: 62, 1979: 19; Benedict, 1980: 41; Berger, 1975: 16; Barkin, 1972: 154; Banton, 1980: 79; Firth, 1956: 92, 1974: 9; Germani, 1980: 15; Gervais, 1965: 47; Hobsbawm, 1976: 14; Palerm Viqueira, 1973: 6; Stavenhagen, 1970: 32; Warman, 1976: 18; Wolf, 1956: 1066, 1971: 10, 1977: 24-25, 1980: 20). En este género de sociedades a pequeña escala no operan tanto criterios de superficie y población como categorías relativas a la calidad de las relaciones. De hecho, el área abarcada por las comunidades campesinas de la región tradicionalmente y en la actualidad se localiza sobre

zonas más amplias que las ocupadas por los usos urbanos e industriales. Es más, la historia regional nos narra cómo amplias comunidades –Buitrago, Alcalá de Henares, San Martín de Valdeiglesias– subsistían con otras, de tamaño más recortado, que tan sólo eran reconocidas como villorrios en la nomenclatura oficial de siglos pasados (Viñas, 1949: 176). Igualmente en el presente, junto a vastas demarcaciones –Aranjuez, Rascafría, Valdemorillo, Colmenar Viejo, Manzanares El Real–, encontramos otras minúsculas –Cubas, Casarrubuelos, Titulcia, Cervera de Buitrago, La Hiruela, Coslada–, que no por su precaria dimensión prescinden de ninguno de los rasgos fundamentales que proyecta la organización territorial comunitaria.

La gran capacidad significativa que posee el espacio comunitario y la armonización entre su continente y su contenido, nos permiten ver cómo los tres factores, que hemos señalado para evaluar la diversidad de las comunidades de la región, se cristalizan espacialmente en la mayor o menor homogeneidad, continuidad y exclusividad del territorio vecinal. Así, entre más heterogéneo, discontinuo y menos exclusivo para los campesinos sea el espacio vecinal, entre más alterado se halle, mayor será la dependencia social que provoque e indique. Aclararemos, en esta línea, que por homogeneidad entendemos que haya correspondencia entre los significados y los significantes espaciales; por continuidad que el continuum territorial no esté interrumpido por actuaciones ajenas a la comunidad (Velasco, 1980a: 315, 1980b: 400, 1981: 90); y por exclusividad que el espacio de relación y acción económica y social de los vecinos no haya sido colonizado por la sociedad mayor.

Asimismo, dado que las fiestas expresan y refuerzan con nitidez tanto los niveles de transformación como de sustitución de la estructura social y espacial de las comunidades, parece pertinente que, a lo largo de este capítulo, nos vayamos refiriendo a ellas como momentos privilegiados de significación en la vida comunitaria de cada comarca, que concentran los aspectos conscientes e inconscientes desarrollados cotidianamente y de manera dispersa por los vecinos durante el año (Prat i Carós, 1979: 27). Plenas de simbolismo, las fiestas funcionan así como un todo estructurado y coherente, perfectamente imbricado con la marcha de la comunidad, que ritualiza tanto los aspectos que aseguran la continuidad comunitaria como los que tienden a desestructurarla y/o destruirla. Conjuntamente, igual que revelan y reafirman la identidad comunitaria y la percepción que tienen los vecinos de formar parte de una misma entidad social, ayudan a delimitar a unas comunidades de otras y a todas ellas respecto a las unidades sociales urbanas y a la sociedad mayor.

5.1.– PRESENCIA DE GRUPOS NO CAMPESINOS

En el territorio en que viven y trabajan los miembros de la comunidad se asientan a la par otros grupos, cuya estructura social y cuyo modo de vida poco tienen que ver con los rasgos que caracterizan a los campesinos. Se trata principalmente de diversos grupos urbanos y, en mucha menor medida, de empresarios agrarios capitalistas y del proletariado agrario.

Desde siempre la presencia del campesinado en su comunidad ha tenido que simultanearse con la de otros individuos, más o menos ajenos al mundo rural, con los que los vecinos han

tenido que convivir con mayor o menor exclusividad y armonía. Ha venido siendo el caso de artesanos y trabajadores de distintos oficios, comerciantes, profesionales, funcionarios o tratantes. Sin embargo, desde comienzos de los años sesenta estas presencias se han incrementado hasta llegar a ser tan mayoritarias y dominantes como nunca antes lo habían sido, a la vez que se han acentuado profundamente los rasgos diferenciales que las distinguen de los vecinos de las comunidades campesinas. De hecho, salvando algunos municipios habitados básicamente por campesinos, la práctica totalidad de los 179 términos municipales y de las 202 entidades de población de la región deben sus saldos demográficos a individuos ajenos a la sociedad rural. Es cierto que, desde esas fechas hasta hoy y acompañando la introducción del capital en el campo regional, ha aumentado el número de empresarios agrarios capitalistas, pero su cifra global no supera la de los campesinos lo mismo que ocurre con el proletariado agrario. No puede decirse igual de los grupos urbanos, quienes no sólo han crecido vertiginosamente, sino que han llegado a poblar masivamente el territorio comunitario, tendiendo a apropiárselo de forma directa e indirecta, según señalamos al analizar la penetración urbana y la extracción de excedentes campesinos.

Estos grupos no campesinos y, particularmente, los urbanos han impuesto un tipo de relaciones, patrones de comportamiento, normas y actitudes que dominan, sumergen y son proclives a sustituir el universo social campesino. De esto último es vehículo sin precedentes la intervención de los medios de comunicación, cuyos centros de decisión y contenidos son responsables de primer orden de la rapidez y profundidad con las que ha obrado tal tendencia, de la movilidad social comunitaria que la ha favorecido y de la verticalidad creciente entre vecinos que se observa en el conjunto de la región. Si la absorción directa del suelo y del empleo agrario y la acción del mercado, cauce de la extracción de excedentes por la vía de la producción, de la distribución agraria y del consumo, abren la puerta a la dominación económica que sufren las comunidades, tales medios de comunicación, sumamente desestructurantes de la sociedad campesina, vertebran la dependencia de la organización social comunitaria.

De este modo, las comunidades no se entienden ya sin estas presencias ajenas a ellas y, sobre todo, sin la de los grupos urbanos. De ahí, que haya que hablar de uno o tro tipo de comunidades en función esencialmente de la presencia más o menos mayoritaria y dominante de los grupos urbanos y, secundariamente, de la de empresarios agrarios capitalistas y del proletariado agrario. Es más, como mencionaremos al referirnos a la estratificación social y a las características de la institucionalización comunitaria, este protagonismo incide de manera decisiva en la verticalidad u horizontalidad de los nexos que unen a los vecinos en las distintas comunidades.

Los rasgos específicos que definen la actuación de la sociedad mayor en la región son, desde luego, inseparables de dichas presencias y la asimetría de todo género existente entre los miembros de las comunidades campesinas y las formaciones sociales, ajenas a ellas, es el reflejo de la que se produce entre esa instancia social más amplia y hegemónica y los vecinos del ámbito comunitario campesino. Esta asimetría conlleva la subordinación

económica, social, política e ideológica de las comunidades campesinas a la sociedad mayor y a las formaciones sociales, que la sustentan de forma privilegiada, y que respecto al marco comunitario se hallan en situación de poder. Los sentimientos de superioridad que esto suscita en las formaciones sociales ajenas al mundo rural y de inferioridad entre los vecinos de las comunidades son, al unísono, subyacentes a los desiguales niveles de poder que acusan la sociedad mayor y al ámbito comunitario. Parafraseando a S. Giner (1979: 8) al referirse a las sociedades corporativas, las comunidades campesinas serían, entonces, la periferia de un sistema estructurado en base a un núcleo central, emisor de órdenes y centro de poder y operaciones de la sociedad mayor, y a un un segmento emisor y receptor simultáneamente, que admite variaciones en su interior entre élites y sectores más bajos y que estaría integrado por las formaciones sociales en que se encarna el propio régimen corporativo. En la periferia de esta organización, a las comunidades prácticamente sólo les cabe situarse como clientes, usuarios o meros destinatarios de los imperativos de la sociedad corporativa. Desde esta posición periférica es fácil explicar las contradicciones, que enfrentan a las comunidades con las formaciones sociales ajenas a ellas y con la sociedad mayor, y los equilibrios que deben realizar para atender sus propias exigencias sociales y las que aquellas otras instancias les imponen. La actitud recelosa hacia todo lo nuevo o lo que no es tradicional, que todavía resulta idiosincrásica de muchas comunidades campesinas de la región, es concomitante con el esfuerzo y los forcejeos que deben establecer los distintos marcos vecinales para lograr ese equilibrio e intentar no perturbarlo.

La reducción temporal de las distancias, posibilitada por la circunstancia de que con la utilización del transporte privado cualquier asentamiento regional está a menos de una hora de la capital, ha facilitado una colonización, que se apoya en la movilidad de los campesinos en dirección a las ciudades y, básicamente, en el acceso de las formaciones sociales urbanas al campo. Es más, ese aminoramiento de las distancias ha favorecido que la estrecha interrelación entre el municipio de Madrid y su entorno se haya ido ampliando paulatinamente a los lugares más alejados de la capital, hasta alcanzar en fechas recientes a provincias limítrofes, como son Toledo, Guadalajara y Segovia. Se trata de una colonización que ha contribuido en gran manera a la distribución crecientemente desigual de la riqueza regional, tanto en términos sectoriales –industria–agricultura– como sociales –formaciones sociales dominantes y subalternas– y territoriales –centro–periferia–.

La segregación económica y social de las comunidades que potencia la presencia en ellas de grupos no campesinos, se coteja y complementa con la dominación espacial que éstos desenvuelven en el ámbito global de la región. Esta dominación provoca una notable heterogeneidad y discontinuidad de la comunidad, así como una importante falta de exclusividad campesina sobre el territorio comunitario, ahora ocupado mayoritariamente por la población empleada en la industria o los servicios y/o que reside en el campo en primera o segunda habitación. Tal población, además de haber adecuado y conformado el espacio campesino a sus propios usos –trazado, funciones, formas–, ha anulado en cierto modo la pertinencia anterior del mismo¹⁰⁰. Así, los grupos no campesinos no sólo ejercen su dominio

sobre el paisaje rural, convirtiéndolo en la expresión sincrética del medio natural y de las actuaciones antrópicas ajenas al mundo campesino, sino que insisten en el carácter marginal de un espacio agrario que, pese a no ser en absoluto residual ni por sus dimensiones ni por sus componentes ambientales, socioeconómicos o simbólicos –uso de topónimos, ocupación festiva–, pretenden que sea asumido como tal incluso por las propias comunidades. La consideración del mismo bajo una óptica casi exclusiva de mercado y obviando los valores que tiene para las familias del marco comunitario está detrás de este menosprecio, fomentado al tiempo desde la Administración Central, Autonómica y Local del Estado, que prescinde del hecho de que las comunidades campesinas, con sus distintos efectivos y su sistema de relaciones sociales, constituyen un todo inseparable de su paisaje.

Los grupos no campesinos también colonizan el territorio familiar, alterando directa o indirectamente la especificidad espacial del interior y del exterior de las casas, y, en particular, las construcciones de los cascos y los principales lugares públicos de relación vecinal: plazas, calles, paseos o determinados parajes naturales como arboledas y arroyos. Pero, sobre todo, tratan de colonizar los límites socioeconómicos de las comunidades, procurando ampliarlos para extender el área de su dominación. De esta manera, contribuyen decisivamente a que las familias sustituyan sus relaciones dentro de la comunidad por las que se enmarcan a escala comarcal, regional y, fundamentalmente, nacional, aunque con ello se debiliten de forma muy sensible sus niveles de integración e identificación social. Las carencias del reconocimiento estatal respecto a la entidad sociocultural de la comunidad han sido y continúan siendo un importante motor de tales colonizaciones, que resultan paradigmáticas en los Planes Generales de Ordenación Urbana, en los que sólo la figura legal de la "protección especial", excepcionalmente formulada, ha impedido legitimarlas y perpetuarlas.

Además, la falta de pertinencia sociocultural que posee para las familias campesinas la actual demarcación de la región se ha multiplicado recientemente a raíz del carácter autonómico, atribuido a la antigua provincia de Madrid. Los desequilibrios individuales y grupales que concurren en el ámbito regional se agudizan todavía más, cuando, como sucede desde finales de la década de los setenta, se pretende añadir un contenido regional al macrocomarcal o provincial a partir de las influencias externas que marca en ese momento la remodelación del Estado. Se trata así de imponer administrativamente unos significados que, desde el punto de vista histórico, no tienen la profundidad suficiente para ser asumidos y que suman a las disparidades ecológicas económicas, sociales e ideológicas de la región unas contradicciones aún mayores. En contraste con lo que acontece, sobre todo, en la nacionalidad vasca, catalana o gallega, donde los significados autonómicos se corresponden con un referente real y funcionan como símbolos de identidad, la autonomía madrileña responde más a las necesidades de la reorganización estatal que a una exigencia asumida por los diversos grupos que la integran. El expansionismo urbano y los desequilibrios y las asimetrías que desencadena este factor son, sin duda, los únicos ejes que, por lo negativo, podrían llegar a configurar en el futuro una entidad como la que ahora se pretende. En este

sentido, sería unilateral no tener en cuenta que la remodelación efectuada no afectara positivamente, de alguna u otra forma, en el presente y sobre todo en tiempos futuros al conjunto de la población de la región. No olvidemos que todo símbolo es manipulable, que la identidad de cualquier espacio no radica tanto en las raíces de los pueblos como en su mantenimiento cotidiano y que, a la par, la pérdida o carencia de esa idiosincrasia cultural "obliga a buscarla en el futuro más que en el pasado" (García García, 1980: 329). Si bien los indicios conocidos apuntan a que la categoría regional de Madrid incrementa la artificialidad del territorio, dicha autonomía podría ayudar a configurar una nueva identidad, dependiendo del reconocimiento que se llevara a cabo de la diversidad sociocultural existente y del respeto a los subsistemas culturales básicos –ecosistema, organización socioeconómica, ideología– de las minorías sociales que, como los campesinos, se ubican en el marco de comunidades. Desde luego que esa consideración y legitimación conllevarían, como primer paso, la incorporación de representantes de tales grupos minoritarios a los órganos autonómicos de gestión y la promulgación de normas, que armonizaran el desarrollo urbano con el reconocimiento de la identidad comunitaria.

Y si ésta es la dinámica hallada en el marco regional no es mucho más armónico el panorama que contemplamos en lo referente al enclave comarcal. En él se reproduce a menor escala la ausencia de correlación entre significantes y significados, observada en el ámbito de la región pese a que, al poseer unas dimensiones más reducidas y englobar relaciones sociales y de producción menos complejas y dispares, gana pertinencia. Aun cuando tal idiosincrasia espacial puede no resultar demasiado patente en zonas como el Área Metropolitana, dadas las continuas interferencias culturales, es bastante obvia en comarcas que, siendo relativamente extensas, cuentan con fuertes rasgos identificativos de índole social y simbólica, según apreciamos en Lozoya-Somosierra y las Vegas.

La percepción que expresan los campesinos de la región de la alteración y reducción de su espacio comunitaria es, por lo demás, muy alta. Son conscientes de que el desarrollo del municipio de Madrid y de su área de influencia ha quebrado en parte las bases de su cohesión comunitaria y, al unísono, saben que tal crecimiento urbano ha podido llevarse a efecto gracias a la captación de su suelo y sus recursos humanos. Esta última conciencia resulta especialmente negativa para la unidad comunitaria, ya que "lo que determina con mayor intensidad el área geográfica percibida como base ecológica de la comunidad lo constituye el hecho de que los miembros de la misma trabajen directamente en ella" (Sevilla de Guzmán, 1985: 326–327).

El crecimiento de la heterogeneidad, de la discontinuidad y de la falta de exclusividad vecinal frente a instancias foráneas que registra el territorio regional no puede evaluarse, en consecuencia, de las comunidades hacia dentro, sino de ellas hacia fuera y, más en concreto, en dirección a la sociedad mayor. Las actuales estructuras espaciales de las comunidades están basadas en lo que permite y/o fomenta la sociedad más amplia, porque el motor del cambio procede del exterior, por mucho que las alteraciones se muestren internamente.

Por otra parte, la presencia de grupos no campesinos en el territorio rural de la región ha

impulsado importantes cambios en la simbología y los rituales de las fiestas de la comunidad. Utilizándolas como vehículos de transmisión cultural, estos grupos ajenos a la sociedad rural han alterado sus significados y su dimensión social y comunicativa y han promovido la adopción de nuevos valores y actitudes, que desde el mundo urbano han llegado a tomar cuerpo en el sistema festivo comunitario. Tales transformaciones se operan esencialmente en las celebraciones estivales, en las que se multiplican respecto al resto del calendario festivo la ruptura de la exclusividad campesina, la pérdida de tradiciones y la introducción de unos factores de homogeneidad, que hacen que en algunos casos las fiestas de unas y otras comarcas sólo se diferencien por las fechas en que tienen lugar y la advocación religiosa que conmemoran. Esta homogeneidad es consubstancial con la merma de identidad que sufren las comunidades y con la desaparición de muchos de los rasgos específicos, que en otro tiempo tenían las fiestas del verano. Pero, aun cuando las celebraciones estivales son las que acusan mayores cambios por ser las que cuentan con una superior participación de grupos no campesinos, a veces multitudinaria, no son pocas las alteraciones que apreciamos en otros ciclos festivos, ya que en ellos también resulta mayoritaria la ingerencia de individuos ajenos al mundo rural. Por mucho que en estos otros ciclos los vecinos de la comunidad conserven más que en las celebraciones estivales la dirección y el sentido de los contenidos festivos y, al tiempo, sean capaces en mayor medida de mantener sus fiestas sin cambios, se han aminorado paralelamente los mecanismos conscientes e inconscientes y las condiciones sociales que regulaban en el pasado la incorporación de miembros extraños a la comunidad. La asistencia de forasteros a la comunidad se contempla, en consecuencia, como algo normal también en estos ciclos festivos, pese a que son más habituales que en el verano las rencillas entre aquéllos y los vecinos.

Una de las transformaciones más importantes es la adecuación de las fechas del conjunto del calendario festivo a los momentos de mayor afluencia de grupos no campesinos. Ello tiene mucho que ver, entre otras razones, con el control que éstos ejercen sobre el calendario festivo desde los órganos de decisión de los municipios y con la financiación que conceden diversas entidades financieras –por lo común las Cajas de Ahorro–, las empresas ubicadas en la localidad y algunas compañías de seguros. Mientras algunas celebraciones se trasladan a los sábados o domingos siguientes a los días festivos, otras prolongan su duración para coincidir con las fechas de descanso semanal de los residentes y de los colectivos que trabajan en el territorio comunitario. Conjuntamente el calendario festivo comunitario, mucho menos coincidente con las jornadas no laborables de la semana que lo que se circunscribe el de los grupos no campesinos, se asocia más que en el pasado con los periodos del verano, dado que son los que mejor propician las incorporaciones foráneas a las celebraciones, incluidas las de los segundos residentes, a los que no siempre les resulta posible asistir a las fiestas no estivales, desarrolladas los sábados y domingos. Estos cambios de fechas están encaminados igualmente a potenciar la participación de los miembros emigrados de la comunidad, que se asientan en territorios alejados de ella, y que aprovechan los veranos para reunirse con su familia y sus antiguos vecinos.

Otro cambio relevante es la conversión de fiestas mayores en menores y viceversa, orientándose el ciclo festivo con arreglo a tal modificación. Muchas de las celebraciones estivales, que antes de la década de los cincuenta eran menores, han pasado a ser mayores para la comunidad, habida cuenta del realce que les brindan hoy una participación masiva de grupos ajenos al mundo rural, un despliegue del gasto superior al del resto del año y un número más alto de actos y atracciones. Un tercer rasgo es el incremento de los componentes de espectáculo sobre los de participación directa, pues, aunque algunos grupos no campesinos no desdeñan intervenir activamente en las celebraciones, la mayoría prefiere jugar un papel más pasivo y acorde con lo que representan las fiestas en el mundo urbano. Una cuarta modificación general, advertida en el ámbito global de la región, es la simbolización de los nuevos significados de todo tipo que los grupos ajenos a la comunidad introducen en ella. De este modo, los elementos integrantes del complejo festivo incorporan situaciones, personajes, conductas o conflictos que antes nada tenían que ver con la comunidad y que son producto directo de los medios de comunicación o/y del universo simbólico de los individuos ajenos al mundo rural. Y una última transformación, estrechamente vinculada a la anterior, es la aparición de celebraciones nuevas, creadas por los grupos no campesinos para ellos mismos y en las que, a pesar de que los campesinos no tienen vetada la participación, encuentran serias dificultades para poder integrarse debido a lo alejadas y, en ocasiones, contradictorias que respecto a su vida resultan tales fiestas. Así, es fácil que numerosas localidades celebren dos fiestas durante el verano, una antigua, organizada por los vecinos de la comunidad, y otra nueva, instituida por los grupos ajenos al campo.

5.1.1.- GRUPOS URBANOS

La característica principal a la que hay que referirse, al estudiar los grupos urbanos de la región, es su extrema variedad, en base a la cual se desarrollan niveles de alteración y dependencia muy distintos para las comunidades. El ancho abanico de situaciones que los define, hace recomendable que los unifiquemos en tipos básicos, cuya lógica no responde tanto a quiénes son sino a cómo operan sobre la comunidad. De acuerdo con lo que nos ocupa, no interesa tanto su clase social, su status, su relación con la actividad económica o su encuadramiento en uno u otro sector productivo cuanto su posicionamiento y proximidad respecto a la comunidad. Así, poco es en principio lo que nos sugiere que hablemos de empresarios de la industria y/o de los servicios, trabajadores del sector secundario y terciario, residentes permanentes y de segunda vivienda, pensionistas, parados de la construcción o rentistas. Lo verdaderamente significativo es que residan, trabajen o cumplan ambos requisitos en el territorio de la comunidad, estructurándose conforme con estos tres parámetros esenciales toda una serie de tipos que, de manera global podrían resumirse en los siguientes:

1. Grupos que trabajan y/o residen en el espacio de la comunidad, relacionados con los vecinos por su parentesco o afinidades de otro género.

2. Grupos que trabajan en el espacio de la comunidad sin ninguna vinculación con los vecinos.
3. Grupos que residen en el espacio de la comunidad sin ninguna vinculación con los vecinos.
4. Grupos que residen y trabajan en el espacio de la comunidad sin ninguna vinculación con los vecinos.

Aunque la preeminencia de los tipos señalados difiere de una a otra comarca, así como las variantes que los acompañan, los últimos dominan sobre el primero en todos los puntos de la región, siendo el 3 más numeroso que el 2 y éste de mayor protagonismo que el 4. Estos cuatro tipos desencadenan mayores alteraciones y dependencias a medida que se desciende del primero al cuarto. Todos ellos, por otro lado, son siempre mayoritarios frente a los campesinos en el conjunto de los ámbitos comunitarios madrileños, salvando la excepción que representa el municipio de Madarcos en Lozoya-Somosierra.

De la lectura de esta tipología se desprende que la residencia es hoy por hoy en la región de Madrid el factor más desestructurante de la comunidad. La residencia, aparte de estar protagonizada por un número superior de individuos que el trabajo, todavía muy aglutinador y masivo en el municipio de Madrid, se ajusta mejor al sistema de cremiento urbano que, a expensas de las zonas rurales, ha venido siendo propio de la sociedad mayor en la región. Al igual, la residencia conlleva un contacto cotidiano y permanente a lo largo de cada día con los vecinos de las comunidades que, incluso en las circunstancias más propicias, suele ser sólo puntual en el caso del trabajo. Difícil de comprobar que la residencia no haya proporcionado a las relaciones de producción capitalistas mayores beneficios económicos que el trabajo en las zonas rurales, parece nítido que sí se los ha aportado en otros terrenos, muy singularmente en el social, político e ideológico. La residencia en el territorio de la comunidad es el resultado más genuino de las políticas estatales, que desde los años sesenta se dirigen a variar la composición social interna de los ámbitos comunitarios de la región. En esta línea, no son pocas nuestras discrepancias con las teorías formuladas por algunos geógrafos y demógrafos (Johnson, 1974: 49; Pérez Sierra, 1979: 67; González Encinar, 1984: 12), que sostienen que el espacio ocupado por los grupos urbanos constituye un área de transición entre el campo y la ciudad que, borrando ambos límites, tiende a crear un territorio nuevo con la simbiosis de los dos.

Una variante de la residencia de carácter permanente, a la que estamos aludiendo, es la que tiene lugar exclusivamente durante los periodos de descanso en el trabajo no agrario. Los segundos residentes, cada vez más en alza y con vocación de convertirse a medio y largo plazo en habituales, producen mucha menos dependencia y alteraciones en las comunidades que los de naturaleza cotidiana, pero en muchos casos hacen que se acrecienten los cambios y las subordinaciones que crea el trabajo.

Pero, si la residencia es el factor que agudiza los procesos de cambio y las relaciones de dependencia que mantienen los grupos urbanos con los campesinos, esa dinámica se atenúa con la existencia de lazos de parentesco o de otra índole entre unos y otros. Así, muchos de

los residentes o/y trabajadores actuales en el marco comunitario son antiguos campesinos de primera, segunda o tercera generación, mermándose su posición de dominio a medida que se va diluyendo la proximidad de esta vinculación. Se trata generalmente de los colectivos que protagonizan la emigración pendular. Otros, en muchas ocasiones jóvenes con bajas rentas, cooperan con los vecinos en trabajos de interés general –arreglo de caminos, restauración de los cascos o preservación del medio ambiente–, en reivindicaciones comunes –servicios e infraestructuras municipales– o en celebraciones de ámbito local o familiar. No pocos se encuentran en paro, desencantados de su pertenencia al mundo que los ha marginado y con interés por lo que hacen y cómo viven otras culturas diferentes a la suya que, como la campesina, empiezan a respetar y a querer imitar mediante la adquisición de minúsculas parcelas, en las que acostumbran a cultivar huertos con objeto de distraerse y emplear su tiempo libre. Y un alto porcentaje son pensionistas, cuyos bajos ingresos o elevados requerimientos de una vida más saludable y tranquila les segregan de lo que pudo ser su mundo anteriormente y les acercan a los valores que representan las comunidades rurales. Tampoco es raro que éstos cultiven un pequeño huerto o jardín a fin de entretenerse. Una menor afinidad existe con los colectivos que, tras heredar la antigua casa y/o las tierras de sus parientes, se comportan como absentistas; disminuyendo aún más tales vínculos en el caso de quienes, aparte, actúan de rentistas. Estos rentistas acostumbran a emprender negocios o a extenderlos sobre el territorio comunitario, ya sean de carácter inmobiliario, financiero o de compra venta de tierras, actuando muchas veces como intermediarios entre las entidades bancarias o de seguros y las familias de la comunidad. Y, entre los absentistas y los sectores anteriores, se hallan los grupos urbanos que, procedentes de otros ámbitos regionales en los que desempeñaban una actividad agraria, se asientan en las distintas comunidades de la región por presentar éstas mayores afinidades con sus zonas de origen.

Por otro lado, en lo relativo a los grupos que trabajan en el espacio de la comunidad, hay que subrayar que los mayores niveles de asimetría los protagonizan los empresarios de las diferentes ramas productivas y, en particular, de los servicios, cuya instalación en el territorio comunitario no es sólo creciente sino también la más elevada de todos los sectores económicos.

Un rasgo muy característico del conjunto de los grupos urbanos es su naturaleza de consumidores de signos de prestigio, con la que son percibidos por los vecinos de las comunidades. Su instalación en el territorio comunitario se suele llevar a cabo por medio de la compra de suelo vacío o normalmente construido, de los enseres de la casa y del embellecimiento externo de la misma –plantas, árboles, mobiliario–; haciendo ostentación de sus vehículos y de su alto poder adquisitivo; y luciendo artículos de consumo que las familias campesinas a veces sólo conocen cuando los han visto en la televisión. En general, exhiben unos niveles de renta y exclusividad sobre el territorio –zonas de acceso privado para residentes, en ocasiones, acotadas por verjas y custodiadas por guardias de seguridad– que permite diferenciarlos a simple vista de los vecinos de la comunidad.

Entrando a continuación en el análisis por comarcas de esta tipología, veremos cómo las

comunidades de Lozoya-Somosierra son las que acusan una menor presencia de grupos urbanos y, dentro de ellos, de los tipos que generan una mayor dependencia de los vecinos. Estos parámetros se tornan algo más negativos para las comunidades de las Vegas y, todavía más, para las de la Campiña. En el extremo opuesto a las comunidades de Lozoya-Somosierra se sitúan las del Area Metropolitana, seguidas de las de Guadarrama y, éstas, de las de la comarca Suroccidental. En los territorios de estos tres últimos ámbitos comunitarios los grupos ajenos a la sociedad rural resultan mucho más mayoritarios, promueven superiores niveles de dependencia y encuentran menores resistencias para penetrar y dominar las estructuras económicas, sociales, espaciales e ideológicas de la comunidad, dados los inferiores mecanismos de adaptación y supervivencia que frente a ellos ponen en marcha los campesinos.

Estas conclusiones pueden extraerse sintéticamente de la tabla 79, en la que la significación del tipo 1 nos la proporcionan las cifras de la emigración y del paro. Dichos datos se complementan con las apreciaciones realizadas en el capítulo 3 sobre los huertos en precario, el absentismo que determina el coste del suelo, la emigración pendular y los emigrantes, procedentes de otras regiones, que se han asentado en los diversos territorios madrileños. Las diferencias comarcales que señalan estos cuatro últimos indicadores se expresan con arreglo a una escala, que gradúa del 1 al 6 la menor o mayor importancia que posee cada uno de ellos. Asimismo, las cifras de empleados en el sector secundario y terciario nos dan la pauta del relieve comarcal del tipo 2; mientras que la variable implantación del 3 la mide el número de primeras y segundas residencias existentes en los distintos territorios de la región y, sobre todo, el porcentaje que representan los campesinos frente al total de la población de derecho de los diversos municipios. Finalmente, la incidencia del tipo 4 se deriva de la que apuntan el 2 y el 3. Y su cuantificación se atiene a la misma escala empleada en los casos anteriormente mencionados para el tipo 1.

TABLA 79

ASENTAMIENTO DE GRUPOS URBANOS

TIPOS/COMARCAS*	I	II	III	IV	V	VI
GRUPOS RELACIONADOS CON LA COMUNIDAD						
MAYOR AFINIDAD						
Emigración. Variación entre 1972 y 1989 del Nº de Titulares de Explotaciones. % Sobre Total Regional**	-5,0	+1,7	-2,5	-2,9	+1,4	+7,2
Nº de Emigrantes Pendulares. Escala Comarcal**	1	3	5	2	4	6
Nº de Titulares de Huertos en Precario. Escala Comarcal	1	4	6	5	3	2
Población Parada. Media Comarcal***	26,6	185,0	7.172,5	103,0	122,8	210,7
AFINIDAD INTERMEDIA						
Nº de Emigrantes Procedentes de Otras Regiones. Escala Comarcal	1	2	6	3	4	5
MENOR AFINIDAD						
Absentismo. Escala Comarcal	1	5	6	3	4	2
GRUPOS QUE TRABAJAN EN EL TERRITORIO DE LA COMUNIDAD						
% de Municipios con Más del 44% de su Población Empleada en el Sector Terciario	29,0	90,2	96,2	36,5	64,4	14,2
Población Ocupada en la Industria. Media Comarcal***	56,0	85,3	7.991,0	535,1	429,5	322,6
GRUPOS QUE RESIDEN EN EL TERRITORIO DE LA COMUNIDAD**						
% de Campesinos Sobre Población de Derecho**	14,1	2,1	0,1	5,3	11,6	12,1
Nº de Primeras y Segundas Residencias. Media Comarcal***	513,0	3.609,8	52.307,6	911,2	1.245,7	1.654,3
GRUPOS QUE TRABAJAN Y RESIDEN EN EL TERRITORIO DE LA COMUNIDAD**	1	5	6	3	4	2

* I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

*** Esta media es la resultante de dividir el número total de parados, ocupados en la industria y primeras y segundas residencias de cada comarca entre el conjunto de sus municipios.

Fuente: Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 127-129, 145-147, 189-191, 233-235; I.N.E., 1973a: 26-29; I.N.E., 1991:69-70; Ballesteros, 1985: 41; Domingo, 1984: 36. Elaboración propia.

5.1.1.1.– Grupos que trabajan y/o residen en el espacio de la comunidad, relacionados con los vecinos por su parentesco o afinidades de otro género

Puede parecer contradictorio que el Area Metropolitana, a la vez que posee la cota regional máxima de asentamiento de este tipo de colectivos, reúna los índices más altos de grupos urbanos que trabajan y/o residen en el territorio de la comunidad sin ningún nexo con los campesinos. Sin embargo, no lo parecería tanto, si tuviéramos en cuenta que este fenómeno lo hace posible la gran cantidad y diversidad de sectores urbanos instalados en las comunidades metropolitanas, que da lugar a que todos los tipos que hemos definido prevalezcan sobre los existentes en el resto de las comarcas de la región.

Ahora bien, dentro de este tipo de grupos urbanos, no todas las variedades mencionadas tienen la misma significación, a pesar de que la inmensa mayoría de ellas alcanza en el Area Metropolitana los valores máximos de la región. Así ocurre con los sectores menos vinculados a los vecinos –absentistas–, los grupos de afinidad intermedia –emigrantes procedentes de otras regiones en las que desarrollaban una actividad agraria– y, dentro de los colectivos más ligados a la comunidad, con los parados, los pensionistas empobrecidos y los jóvenes de bajas rentas. Algo menos de peso adquieren los protagonistas de la emigración pendular, aun cuando representan el segundo valor regional más importante, y los emigrantes estables, sólo más numerosos en Lozoya–Somosierra y la Campiña. No debemos dejar de subrayar, no obstante, que todas estas variedades constituyen una clara minoría frente al resto de las formaciones sociales urbanas. De este modo, casi todos los grupos urbanos, asentados en las comunidades metropolitanas, son extraños a los territorios de ubicación y resulta excepcional que sean originarios de ellos. Si han nacido donde ahora viven, están tan integrados en su propio mundo o ignoran de tal manera a los miembros de las comunidades que no ven ningún interés en sostener vínculos con los vecinos. A ello hay que añadir, paralelamente, la debilidad de los vínculos de parentesco existentes en las comunidades metropolitanas debido, en esencia, a los bajos niveles de endogamia local, a la heterogeneidad de las procedencias de los vecinos, en muchas ocasiones nacidos en otras regiones, y a la gran movilidad social que define a los miembros del ámbito comunitario.

Asociados muchas veces con empresarios del sector secundario y terciario, los absentistas proliferan en la práctica totalidad de las comunidades metropolitanas, amparando su actividad especulativa en los altos costes que alcanza el suelo de esta comarca, los máximos de la región. Su status suele variar en función del que tienen los empresarios con los que negocian, comportándose en numerosas ocasiones como mediadores entre éstos y los vecinos de la comunidad. Aunque con sus operaciones especulativas contribuyen a incrementar la extracción de los recursos y excedentes de suelo de la comunidad, son el puente para que muchos vecinos terminen vendiendo sus tierras al mejor precio o las mantengan en barbecho en virtud de su valor expectante. En otras circunstancias, los absentistas, que, por lo general, poseen un status de tipo medio, compran o venden tierras directamente a los vecinos.

Por su lado, los emigrantes de otras regiones, que fueron campesinos en sus comunidades

de origen, no siempre generan la cercanía que impulsan los jóvenes con bajas rentas, los parados o los pensionistas. En ocasiones, los antiguos campesinos, que ahora se ubican en el territorio de la comunidad, se olvidan de sus raíces y dan la espalda al núcleo rural, trasladan con ellos las rivalidades y competencias que muchas veces enfrentan a los agricultores y ganaderos de regiones distintas o, satisfechos de la mejor posición social que les ha deparado la emigración, miran con superioridad y dominio a los vecinos del ámbito comunitario. En otros casos, sin embargo, se sienten cómodos entre los campesinos y más arraigados con ellos que con sus compañeros de trabajo o de bloque residencial.

A la par, en correspondencia con el máximo volumen regional de paro que ostenta el Area Metropolitana y con las escasas ofertas de empleo que pueden encontrar los desocupados, tales colectivos se hallan más marginados y descohesionados que en ningún otro territorio comarcal del resto de las formaciones sociales urbanas, con el agravante de que normalmente su desempleo se arrastra desde hace años y, con él, su segregación y desestructuración social. Expulsados del seno de su sociedad, sin apenas oportunidades para abordar su existencia y abrumados por su sensación de invalidez y soledad o por desequilibrios afectivos de toda clase, estos parados han buscado nuevas formas de convivencia en numerosas comunidades de la comarca –Torrejón de Ardoz, Getafe, Leganés–. No mucho más integrados aparecen los pensionistas y los jóvenes que han visto disminuida su capacidad adquisitiva de forma vertiginosa en los últimos años y que, desencantados y desarraigados en su mundo, tratan de poner en marcha otras opciones vitales diferentes de las que hasta ahora han conocido. La máxima importancia regional, que adquieren en el Area Metropolitana los huertos en precario, indica el relieve que toman en cuantiosos territorios comunitarios estas tres variantes de los grupos urbanos del tipo 1.

Por último, un fenómeno de la máxima significación, que no podemos dejar de subrayar en el Area Metropolitana, pese a no ser privativo de ella, es la recuperación de algunas fiestas comunitarias desaparecidas o prohibidas gracias a las iniciativas de este tipo de formaciones sociales urbanas y, en especial, de los emigrantes, muy particularmente de los protagonistas de la migración pendular. Ahora bien, aun cuando esta recuperación haya contado con la colaboración más o menos activa de los vecinos, no conserva en muchos casos y por el momento los significados que tuvieran tales celebraciones antes de eclipsarse. Un buen ejemplo de este proceso de recuperación es la fiesta de La Maya en Colmenar Viejo. Es innegable que, salvando las alteraciones que registra todo lo concerniente a la ornamentación vegetal de las mayas y sus altares, la parafernalia de la fiesta se ha reproducido de manera bastante exacta a como fuera cuando dejó de celebrarse. Se ha recuperado también sus elementos dramáticos. No obstante, ha contraído una nueva vida, que guarda poca relación con la forma en que se asumía en el pasado y que aporta no pocos elementos de alienación para la comunidad. Mientras hoy se busca la representación y contemplación de un espectáculo, que está animado por la bondad climática y el esplendor vegetal del mes más florido del año, antaño era el propio tiempo de mayo el que se recreaba a través de las figuras de las niñas.

En otras circunstancias, la intervención de estas formaciones sociales urbanas en las fiestas ha servido de forma decisiva, para que determinadas celebraciones no se pierdan o cobren mayor auge del que tenían en las últimas décadas, si bien a costa normalmente de introducir cambios muy relevantes. Así, la romería, que durante cuatro días se celebra desde el Domingo de Pentecostés en Boadilla del Monte alrededor de su patrón, San Babilés, en vez de trasladar al santo desde la iglesia al lugar en el que, presumiblemente, estaba su antigua ermita lo hace ahora al polideportivo y no andando, sino en coche y con acompañamiento de carrozas. Los romeros, por su lado, han cambiado mucho su atuendo, llamando poderosamente la atención las numerosas jóvenes que se visten de sevillanas.

Tras el Area Metropolitana, las Vegas alcanza también los valores regionales máximos de asentamiento de grupos urbanos afines a la comunidad. La variedad más dominante es la de los emigrantes pendulares, seguida de la de los parados y de la protagonizada por antiguos campesinos que han llegado a la comarca, procedentes de otras regiones. Muy escaso, por contra, es el peso de los pensionistas empobrecidos, los jóvenes con bajas rentas, los absentistas y, singularmente, de los emigrantes estables.

La gran incidencia de los emigrantes pendulares en las Vegas ha contribuido substancialmente a que la conciencia de marginación, que expresan los vecinos de las comunidades en el marco global de la región, esté más atenuada en esta comarca. Lo favorece además, la suma importancia que poseen las relaciones de reciprocidad y cooperación y la conservación de los vínculos con los parientes, especialmente cuidada durante los periodos de descanso en el trabajo extra agrario. Y ello, a pesar de que no debe olvidarse cómo contrarrestan tal percepción la gran prosperidad económica que caracteriza a las explotaciones, el tamaño de los efectivos comunitarios o los mínimos niveles de dependencia que acusa la organización familiar. Hay que considerar, por igual, que, dadas las fechas tardías de la emigración de las Vegas, los lazos familiares de estos antiguos miembros de la comunidad son generalmente y más que en otras comarcas de primera generación, lo que determina, como es obvio, un grado de cercanía muy intensa con sus parientes. En función de esta cercanía, se constata el traslado de muchas fiestas al verano y de sus fechas a sábados y domingos. Por ejemplo, no es casual que la procesión que se celebra en Carabaña con motivo de la fiesta estival del Santísimo Cristo de la Paz y la Soledad cuente con una nutrida participación de antiguos campesinos, mientras otros grupos urbanos o no asisten o, en el mejor de los casos, se limitan a observarla como curiosos.

La proximidad y afinidad con los vecinos que manifiestan los emigrantes pendulares resultan, igualmente, de gran magnitud para los antiguos campesinos que llegan a la comarca, procedentes de otras regiones, y para los parados, dados los elevados niveles de desocupación en la industria y la construcción, sólo sobrepasados en el Area Metropolitana. Tales nexos se difuminan mucho más para los jóvenes con bajas rentas y los pensionistas empobrecidos, según apunta el reducido número de huertos en precario, y todavía en superior medida para los absentistas y los emigrantes estables. Con todo, se advierte que, tanto en las Vegas como en el Area Metropolitana, esta afinidad es vivida como una alternancia. La afinidad dura

mientras se establece la interacción de estos grupos con los vecinos, ya sea en el ceremonial o en la adhesión a determinadas creencias y normas, pero cuando unos y otros vuelven a su mundo y a relacionarse casi de modo exclusivo con sus homólogos, una vez que se ha confraternizado, cada uno regresa a sus propios valores y reinterpreta, revive y repite a su manera los nexos llevados a cabo.

Debe remarcarse, para concluir, que el absentismo de las Vegas se asocia en no pocas ocasiones con el gran relieve de la emigración pendular, cuyos protagonistas, junto con la casa que suelen haber recibido por herencia, conservan unas tierras que no cultivan, pero a las que están atentos en virtud de las substanciales rentas que pueden terminar proporcionándoles. No es ésta tanto la circunstancia de los emigrantes que no vuelven de forma pendular a sus localidades de origen, porque o venden sus tierras en el momento de marcharse de la comunidad o lo hacen antes que los que regresan cotidianamente al espacio comunitario.

Con unos valores de asentamiento similares a los de las Vegas se hallan las comunidades de la comarca Suroccidental y, algo más distantes, las de la Campiña. Todas las variedades, que conforman a los grupos urbanos vinculados con los miembros de las comunidades, alcanzan en la comarca Suroccidental unos índices medios, lo que resulta extensible a la Campiña para los sectores de afinidad intermedia y baja. No ocurre igual, en la Campiña con los emigrantes estables, que suponen la segunda cuantía más importante de la región, y con los jóvenes con rentas reducidas y los pensionistas empobrecidos, tal como lo evidencia el elevado número de los huertos en precario. En sentido inverso, la Campiña se diferencia también de la comarca Suroccidental en el débil emplazamiento de parados y emigrantes pendulares.

El distinto papel que juegan en una y otra comarca los emigrantes pendulares explica, en esencia, que los lazos desarrollados en la Campiña con los grupos urbanos sean menos intensos y numerosos que en el área Suroccidental. No cabe duda de que en esto influyen simultáneamente los mayores niveles de emancipación individual y de aceptación de patrones urbanos de comportamiento que, ya en el propio seno de la familia, asumen y ponen en práctica tanto dichos emigrantes como los vecinos que tratan con ellos y que, por lo general, son sus parientes más cercanos. Conjuntamente incide que para estos emigrantes de la Campiña pesa más la conciencia de que la comunidad ya no constituye el centro de su universo social, sino un microcosmos separado y marginal; al tiempo que los vecinos captan la posición claramente asimétrica en la que se ven colocados por aquéllos. Pese a que tal percepción es bastante superior frente a los colectivos urbanos con los que nunca han mantenido vínculos tan estrechos, los vecinos son conscientes de que en las relaciones, que entablan con muchos de los antiguos miembros de la comunidad, son éstos quienes imponen las condiciones de cualquier pacto o ayuda mutua.

Y, desde luego, que no parece ajeno a todo ello, la mayor significación que adquieren en la comarca Suroccidental la identidad familiar, sus mecanismos de integración social y el hecho de que buena parte de los emigrantes sea de primera generación, habida cuenta de las posteriores fechas en que se inician las fases más activas del éxodo campesino.

En el polo opuesto al Área Metropolitana y a las Vegas, se encuentran Guadarrama y, especialmente, Lozoya-Somosierra, cuyos asentamientos de este tipo de grupos urbanos son los mínimos de la región.

Salvando a los emigrantes no pendulares, el emplazamiento en Lozoya-Somosierra del resto de los grupos urbanos afines a la comunidad es el más bajo del conjunto de la región. Ahora bien, no resultan en absoluto despreciables los nexos que mantienen con los vecinos esos emigrantes, que normalmente son de primera generación y cuyos padres, hermanos, tíos y primos siguen siendo campesinos. Aunque la cercanía de estos antiguos miembros de la comunidad con los vecinos facilita la aculturación urbana y la acción de muchos de los factores desestructurantes del marco comunitario, atenúa la conciencia de marginación que sienten los campesinos frente a otros grupos urbanos y, simultáneamente, contrarresta el desarraigo que sienten quienes por una razón u otra se ven obligados a emigrar de su territorio de origen. Si estos otros grupos urbanos son mirados por la comunidad como forasteros que ostentan un alto poder adquisitivo y poseen una gran capacidad para intervenir en la vida vecinal, los emigrados del ámbito comunitario siguen conservando muchos de los rasgos culturales que recibieron de sus familias y que les siguen identificando con ellas. Baste reseñar, en este sentido, que, por mucho que estos colectivos emigrados piensen a menudo de sí mismos que han progresado y que se encuentran en una posición económica y social de mayor privilegio que antes, sus familiares no siempre lo comparten: contemplándoles, en no pocas ocasiones, más bien como víctimas de la subordinación que sufren las comunidades. Por consiguiente, los emigrantes se integran en la vida de la comunidad sin impulsar grandes desequilibrios. Sus puntos de encuentro con los vecinos se multiplican en el caso de sus esposas y sobre todo de sus hijos más pequeños. Unas, mediante su asistencia a la iglesia y al mercado y sus charlas en la calle y las plazas, y otros, a través de sus juegos en diversos espacios públicos o/y de su concurrencia a la escuela, permanecen largas horas con los vecinos de su mismo sexo o de su misma edad.

De esta forma, la mayor importancia que cobran las celebraciones estivales, al compás del incremento de los asentamientos urbanos, y el traslado de las fechas festivas a sábados y domingos no responden sólo a que así lo quieran los diversos grupos no campesinos, sino al deseo de los vecinos de Lozoya-Somosierra de reencontrarse y estrechar vínculos con sus hijos o parientes emigrados fuera de la comunidad o que, permaneciendo en ella, ocupan su jornada cotidiana en trabajos ajenos al agro. Dicha apertura hacia los miembros emigrados de la comunidad favorece que sea más tolerada la presencia de otros grupos urbanos que, al estar a menudo vinculados con aquéllos por lazos de amistad, vecindad o compañerismo laboral, conforman con los antiguos miembros del marco comunitario toda una red articulada que se introduce en las distintas celebraciones de eslabón en eslabón. Aun cuando se perciba que los grupos urbanos tienden a apropiarse del hecho festivo y las comunidades de esta comarca sean las que cuentan con menos celebraciones estivales de toda la región, esa menor exclusividad está detrás de numerosos actos. Algunos de ellos son, por ejemplo, las comidas brindadas a los forasteros en muchas fiestas de verano –Virgen del Espinar en Guadalupe de

la Sierra– a base de la carne de las reses lidiadas o los saludos especiales, que les dirigen los pregones del alcalde y del cura párroco, correspondidos por los votos que emiten algunas empresas instaladas en la localidad. Otras veces, la participación de toda clase de forasteros en las fiestas es promovida por los propios vecinos para dotarlas de más animación, impulsar las transacciones comerciales de sus ferias y mercados estivales o tratar de recuperar algunas celebraciones perdidas o prohibidas. Este tercer supuesto es el caso de algunas fiestas del Carnaval y más concretamente de La Vaquilla, si bien el mantenimiento de ésta última ha conllevado que no pocas comunidades cambien las fechas tradicionales de dicha celebración al domingo siguiente a San Blas.

Finalmente, en las comunidades de Guadarrama destaca el escaso emplazamiento de emigrantes, sobre todo de los de carácter no pendular y de los que proceden de otras regiones. Los emigrantes estables sólo son menos numerosos en las Vegas y los llegados de otras regiones superan exclusivamente a los existentes en Lozoya–Somosierra. Ello obedece, entre otras razones, a que los emigrantes son ya mayoritariamente de segunda y tercera generación, por lo que paulatinamente se han ido diluyendo sus lazos con los campesinos, afectando esta situación tanto a los miembros de antiguas familias de la comunidad como a los protagonistas de los movimientos migratorios procedentes de otras regiones. Si en otras comarcas los emigrantes conservan aún la memoria de ser comunidad, de estar casi al mismo nivel que los que trabajan la tierra, en Guadarrama se acrecienta su conciencia de que ya no forman parte en tanta medida de la red de vecinos. Su incorporación a la vida económica, social o ceremonial de la comunidad es desde fuera de ella. Esta falta de afinidad la potencian, a la par, las tenues relaciones de reciprocidad entre vecinos, las segundas menos importantes de la región, así como los precarios vínculos de parentesco que unen a unos miembros de la comunidad con otros y la autosuficiencia, la autonomía y el despegue que manifiestan los efectivos familiares de sus parientes y otros integrantes del ámbito comunitario. La refuerzan, a la vez, el acrecentamiento de la segmentación y transitoriedad de las relaciones comunitarias y la paulatina indiferencia ante las necesidades colectivas de la comunidad y todo aquello, que no esté directamente ligado a los objetivos propios de cada individuo.

Por otro lado, la falta de afinidad que tienen los emigrantes con los vecinos no la contrarresta demasiado la presencia de otras variedades de este tipo de grupos urbanos. En efecto, como ponen de relieve la poco sobresaliente explotación de huertos en precario y las cifras de desocupación, el asentamiento de colectivos de jóvenes, parados y pensionistas no sobrepasa los valores medios de la región. Sin duda, el coste de suelo ha restringido la opción de estos grupos de asentarse en un territorio excesivamente gravoso para sus economías. Esta misma razón, limitante para el emplazamiento de emigrantes procedentes de otras regiones, explica, no obstante, el elevado asentamiento en la comarca de absentistas que colaboran con empresarios dedicados a las promociones inmobiliarias, cuyas actividades privatizan cada vez más el espacio de Guadarrama y dificultan el disfrute colectivo del marco natural de las sierras de la región.

5.1.1.2.- Grupos que trabajan en el espacio de la comunidad sin ninguna vinculación con los vecinos

Las comunidades del Area Metropolitana, seguidas de las de la comarca Suroccidental y la Campiña son las que registran una mayor implantación de este tipo de grupos urbanos. Por contra, esta penetración resulta la mínima de la región en Lozoya-Somosierra y, a continuación, en las Vegas y Guadarrama.

En lo que se refiere a los grupos urbanos que trabajan en el territorio de las comunidades de Lozoya-Somosierra sin ningún género de vinculación con ellas, hemos de subrayar que, salvando los empleados en servicios directos a la población residente de primera y segunda habitación –comercios, hostelería– y en pequeñas industrias locales, buena parte de éstos apenas tiene contacto cotidiano con los vecinos. Su trabajo se desenvuelve en muchos casos en industrias o servicios poco o nada articulados con otros procesos productivos del municipio de emplazamiento y, aún, de la comarca o, a veces, de la región. Se trata de colectivos que se trasladan a su trabajo desde otras comarcas y, principalmente, del Area Metropolitana e, incluso, desde otras regiones limítrofes, y que prácticamente sólo se mueven de su empresa para comprar algún artículo en la localidad de asentamiento de ésta o consumir en los bares.

A esta falta de contacto, hay que unir que la presencia de la población ocupada en las industrias, instaladas en la comarca, es inferior a la existente en cualquier otro punto de la región, en tanto que los empleados en el sector terciario sólo son menos numerosos en las comunidades de las Vegas. No obstante, debe reseñarse que la más que posible multiplicación futura de las segundas residencias, así como la previsible conversión de éstas en asentamientos de primera habitación, dibujan una dinámica socioeconómica, en la que puede producirse un incremento importante de la población empleada en los servicios que demanda esa clase de vivienda secundaria. Ahora bien, si tomamos como ejemplo lo que ya está indicando la mayoría de las localidades, en las que se está operando este fenómeno, observamos que tal crecimiento de los trabajadores de la rama de servicios no conlleva una superior absorción de mano de obra campesina, sino de la que hasta ahora estaba ocupada en la industria y la construcción. De esta forma lo dejan patente fundamentalmente los procesos de Miraflores de la Sierra, Soto del Real, El Molar, Bustarviejo, San Agustín de Guadalix y La Cabrera. Si hasta fines de la década de los setenta el sector servicios de estos municipios se nutrió básicamente de campesinos, a partir de esas fechas se satura la capacidad centrífuga de las comunidades de seguir trasvasando sus efectivos.

Algo mayor resulta en las Vegas la incidencia de los grupos urbanos que trabajan en el territorio de la comunidad sin nexos con los campesinos. A pesar de que la población ocupada en los servicios es un poco menos sobresaliente que en Lozoya-Somosierra, los empleados en la industria y la construcción superan con creces la cifra que reúne esta comarca serrana.

Asimismo, la presencia de empresarios, que tantos desequilibrios introducen en las comunidades, es mucho más notoria en las Vegas que en Lozoya-Somosierra. La superior implantación de empresarios se liga a los mayores niveles de penetración que registran el

sector de la industria y la construcción en las Vegas y a los rasgos de tal emplazamiento, definidos en buena medida por la constitución de pequeñas empresas, cuyos titulares prefieren residir en el lugar en el que ejercen su actividad antes que en Madrid u otros núcleos del Area Metropolitana.

También son mayores que en Lozoya-Somosierra los desequilibrios espaciales, que promueve la instalación de industrias y servicios en el habitat construido de las comunidades de las Vegas. La actividad al por menor de la mayoría de los servicios ubicados en la comarca y el pequeño tamaño de muchas de las industrias, salvando las contaminantes, condicionan su localización en el medio o las cercanías de los cascos contruidos.

Bastante más relevantes que en Lozoya-Somosierra y las Vegas resultan en Guadarrama los grupos urbanos que trabajan en el territorio de la comunidad sin ninguna vinculación con los vecinos. Su media comarcal de empleados en la industria sólo es más baja en Lozoya-Somosierra, pero el peso de la población ocupada en los servicios alcanza, tras la existente en las comunidades metropolitanas, la máxima cota de la región. No en vano, el asentamiento de segundas residencias, el más importante del conjunto de la región, arrastra a su vez una numerosa población de servicios que cubre las demandas de los titulares de estas viviendas secundarias. Con todo, dado que los empleados en los servicios ejercen funciones productivas muy dispares y poseen un status sumamente variado, difiere sensiblemente, de unos a otros casos, la verticalidad de las relaciones o los tratos que pueden llegar a mantener con los vecinos.

Buscado por los propios vecinos como alternativa para no emigrar de la localidad y como solución a sus economías, ya sea para emplearse de pleno en los servicios o a tiempo parcial, el emplazamiento de segundos residentes sólo ha satisfecho, sin embargo, las aspiraciones en este sentido de algunos miembros de la comunidad y no en todos los municipios. De este modo, muchos de los puestos de trabajo habilitados, por lo general de carácter únicamente estacional, han sido cubiertos por población de fuera de la localidad e incluso del Area Metropolitana. Al tiempo, este asentamiento ha debilitado en gran manera la reciprocidad vecinal, porque desata fuertes competencias entre los campesinos para lograr un empleo en los servicios y ha enajenado, muchas veces por propia iniciativa de los vecinos, una superficie más que sobresaliente de bienes comunales sobre los que se sustentaba antaño la reciprocidad y cooperación de la comunidad.

En el polo opuesto a estas tres áreas, la comarca Suroccidental, la Campiña y, sobre todo, el Area Metropolitana registran los valores regionales máximos de población urbana que trabaja en el espacio de la comunidad sin afinidad con ella.

La penetración de tales empleados es superior en la comarca Suroccidental que en la Campiña. Pese a que en este segundo territorio resulta mayor la población que trabaja en la industria y la construcción, el primero cuenta con muchos más efectivos en los servicios que, sumados a los existentes en el sector secundario, determinan un volumen total de contingentes urbanos ocupados bastante superior al de la Campiña. En esta línea, observamos, que la antigua orientación agraria de no pocos municipios de la comarca Suroccidental, en la que por

término medio se encuadraba el 70% de los activos en el campo, se ha transformado en un periodo muy corto en una actividad básicamente de servicios, que ocupa en grandes ciudades dormitorio abultadas masas de empleados. Buena prueba de tal trasvase es lo que ha sucedido en Valdemoro, Humanes, Navalcarnero y otras localidades ubicadas entre los ejes de las carreteras de acceso a Madrid.

Por otro lado, los efectos desestructurantes que se generan en la comunidad por efecto de la presencia de empresarios son más o menos similares en una y otra comarca. En ambas es frecuente, además, que los empresarios residan en el mismo territorio en que se ubican sus negocios.

Por último, la localización de empleados de los servicios, la industria y la construcción en el territorio de las comunidades metropolitanas alcanza las cotas máximas de la región y, al unísono, un ritmo de emplazamiento mucho más rápido que el de cualquier otro enclave comarcal y la mayoría de las demarcaciones regionales.

El trabajo en el sector servicios se corresponde muy bien con la diversidad de situaciones que caracteriza a la población ocupada del Area Metropolitana, ya que acoge y origina bastante más variedad social y espacial que la que se produce y engloba en la industria y la construcción. De esta manera, los titulares y empleados de pequeños comercios y establecimientos al por menor, dedicados a satisfacer demandas cotidianas de consumo, se emplazan en el interior de los cascos y mantienen contactos más o menos regulares con los vecinos de las comunidades en función de la clase de productos que ofrecen y de su precio. Los propietarios y trabajadores de empresas, con rentas mayores, como gasolineras, restaurantes y hoteles, se ubican por lo común en lugares accesibles al tráfico y separados de los núcleos urbanos. Menos conexión con los vecinos de las comunidades tienen aún el personal y, principalmente, los titulares de grandes establecimientos, como hipermercados o almacenes, que consumen amplias extensiones de suelo, localizado en la parte más exterior de los núcleos habitados. Y todavía es más escasa la interacción que generan las instalaciones militares, sanitarias, educativas, deportivas o recreativas, asentadas normalmente en los parajes naturales de buena parte de los territorios metropolitanos, cuya finalidad casi única consiste en atender las necesidades de equipamiento de los grupos urbanos y a las que en no pocas ocasiones los vecinos no pueden acceder. Muchos de estos equipamientos, aunque se emplazan en los municipios más poblados, son de uso compartido para toda la comarca o, en el mejor de los casos, para parte de ella, por lo que transforman en lugares de paso y en patrimonio de todos el territorio de las comunidades en que se asientan.

Ahora bien, dentro de la variada gama de situaciones que comprenden los grupos urbanos que trabajan en el espacio vecinal, las figuras de los empresarios son las que crean mayores niveles de asimetría en las comunidades metropolitanas. Entre los empresarios destacan los propietarios de inmobiliarias, ligados al capital financiero, que comenzaron a desarrollarse de forma multitudinaria a mediados de los años setenta, acentuando aún más la segregación socioespacial que ya percibían los vecinos de las comunidades antes de esas fechas. Tales empresarios, aparte de desplegar una especulación de suelo inusitada hasta el momento,

absorber vastas superficies de terreno agrario y acaparar las zonas paisajísticas de mejor calidad, han venido vedando el acceso de los campesinos, dadas sus bajas rentas, a las promociones construidas. No sólo quebrantan hondamente la exclusividad de los vecinos sino que les apartan de sus anteriores espacios.

5.1.1.3.– Grupos que residen en el espacio de la comunidad sin ninguna vinculación con los vecinos

Aun siendo muy elevada la residencia de tales grupos urbanos en la totalidad de los territorios comunitarios de la región, el espacio de Lozoya–Somosierra es el que registra menos asentamientos de esta clase, seguido del de las Vegas y la comarca Suroccidental. Máxima se muestra, sin embargo, esta presencia en el Area Metropolitana y, a continuación, en Guadarrama y la Campiña.

La desproporción, que manifiestan las cifras de población campesina frente a la urbana en el conjunto de los municipios de la región, se aminora bastante en las localidades de Lozoya–Somosierra. Así, las comunidades de Lozoya–Somosierra reúnen aproximadamente un 14,1% del total de la población de derecho censada en 1991 (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 44–46), mientras que la media regional sitúa el porcentaje de población campesina sobre la global en torno a un 1,7%, sin contar los datos referentes al municipio de Madrid, y alrededor de un 1,1%, incluyéndolos. Este porcentaje, que suponen los vecinos de las comunidades de Lozoya–Somosierra sobre el total de la población residente en la comarca, no sólo es el más alto de la región, sino que, dependiendo de algunos territorios se eleva bastante. De este modo, por encima del 20% se encuentran Canencia, Guadalix de la Sierra, Gascones, Navalafuente, Navarredonda, Puebla de la Sierra, Redueña y La Serna del Monte; con más de un 25% hallamos a La Acebeda, Alameda del Valle, Gargantilla de Lozoya y Horcajuelo de la Sierra; superando el 30% están Braojos y Horcajo de la Sierra; entre un 35% y un 45% se sitúan Piñuecar y Prádena del Rincón; y con un 54% aproximadamente se coloca Madarcos. Las cifras de estas diecisiete localidades vienen a confirmar además que, si prescindieramos de los datos de población de derecho de los cinco o seis municipios que aportan a esta comarca el grueso de sus efectivos demográficos, la media comarcal del 14,1% se incrementaría sensiblemente. Tengamos en cuenta igualmente que numerosas localidades de esta comarca arrojan desde los años setenta saldos demográficos negativos que, aparte de obedecer a unas altas tasas de emigración campesina, responden al casi nulo asentamiento de grupos urbanos. Entre estos municipios sobresalen El Berrueco, La Hiruela y El Vellón.

No demasiado, por otra parte, es lo que altera negativamente esa media la significación de los segundos residentes. Ello no impide, con todo, que consideremos que la tendencia que apuntan desde hace quince años los segundos residentes diseñe una dinámica futura marcada, por un lado, por el acrecentamiento futuro de este tipo de asentamientos y, por otro, por la conversión progresiva de bastantes de las actuales implantaciones de segunda habitación en primera residencia. Este proceso frenará de manera muy sensible el despoblamiento, que

arrastran desde la década de los sesenta numerosos municipios de la comarca a causa de la emigración.

Asimismo, la media comarcal que define en las comunidades de Lozoya-Somosierra el número de primeras y segundas residencias urbanas es la más baja de la región, situándose en 513,0.

En correspondencia con esta penetración de grupos urbanos, el espacio construido de las comunidades de Lozoya-Somosierra no reviste demasiadas alteraciones. Incluso los municipios más poblados conservan sin grandes cambios la arquitectura tradicional de sus casas, calles, plazas y edificaciones públicas. Pese a las transformaciones que proyecta el espacio interior de las casas, su aspecto externo mantiene apenas sin cambios los cánones tradicionales, predominando la piedra sobre cualquier otro material y reflejando las formas arquitectónicas propias de toda construcción serrana. La armonía de volúmenes, colores, proporciones y trazados que caracteriza a estas casas serranas permite hablar de conjuntos integrados y concentrados, en los que, sobre su perfil esponjoso, resaltan poco espacialmente las iniciativas y apropiaciones individualizadas de los vecinos. Así lo constatamos especialmente en El Atazar, El Berrueco, Garganta de los Montes, Horcajuelo de la Sierra, La Acebeda, La Hiruela, Paredes de Buitrago, Patones, Pinilla del Valle, Puebla de la Sierra, Robledillo de la Jara, Robregordo, La Serna del Monte, Serrada de la Fuente y Sieteiglesias. El deterioro externo de las casas es, no obstante, bastante notorio, ya que muchas están desabitadas a causa del éxodo de sus titulares y otras tantas no han sido objeto de reformas durante décadas debido a la avanzada edad de sus propietarios y a las bajas rentas, que en general obtiene la mayoría de los vecinos de las comunidades de esta comarca. No hay que excluir, por igual, que prácticamente en todos los municipios se han levantado nuevas edificaciones de ladrillo y cemento, al margen de los patrones constructivos tradicionales y con alturas de tres o cuatro pisos que albergan sendas viviendas individuales. En estas nuevas construcciones, intercaladas en los cascos antiguos y edificadas por lo común en el espacio de viejas casas derruidas, viven primordialmente los hijos de campesinos que trabajan en empleos urbanos. Otras nuevas construcciones, emplazadas en lugares más retirados de los cascos viejos, se destinan a vivienda de los grupos urbanos que no poseen ninguna vinculación familiar o afinidad con los vecinos. Y fuera de los cascos se ubican los chalets, las viviendas unifamiliares o los bloques de pisos que, aparte de destinarse a los colectivos anteriores, se construyen para los segundos residentes. Con parámetros constructivos muy distintos de los que informan los cascos viejos, esta última clase de viviendas se localiza preferentemente en los parajes más bellos del espacio comunitario y en los que disponen de mejores infraestructuras y condiciones medio ambientales –arroyos; arboledas de pinos, encinas y robles–. Estas alteraciones de las viviendas se refuerzan aún más en las nuevas construcciones dedicadas a edificios comunes –lavaderos, fuentes, mercados– o servicios públicos –escuelas, iglesias o ayuntamientos–, en las que se rompe en buena medida el tradicional entroncamiento del habitat con el medio, imponiéndose los criterios y los gustos de los grupos urbanos.

Las calles, de trazado muy irregular y cimentadas en muchos casos sólo con barro o piedra,

continúan estando más reservadas para los peatones que para el tráfico rodado y, por tanto, siguen siendo importantes lugares de reunión vecinal. Las plazas, desorganizadas e irregulares, continúan siendo territorialmente los ejes desde donde se controlan y estructuran las relaciones de la comunidad, por lo que no es casual que acojan el Ayuntamiento, uno o varios bares, alguna tienda de comestibles y, en su entorno más próximo, la Iglesia. El lugar central que todavía ocupan los cascos en la mayoría de las comunidades hace que las plazas mantengan aún su tradicional posición equidistante de cualquier punto habitado, convirtiéndose en paso obligado para encaminarse de un sitio a otro. Esta centralidad espacial refuerza y refleja su función de núcleos, donde confluyen los tratos económicos y los vínculos sociales de los vecinos, si bien tal papel lo cumplen simultáneamente para muchos grupos urbanos, en la medida en que han dejado de ser un territorio exclusivo de la comunidad y se ha incrementado el grado de tolerancia hacia las presencias extrañas al marco comunitario. Pasan a ser, por consiguiente, lugares de encuentro entre vecinos, entre éstos y los grupos urbanos y, dentro de los últimos, entre los diversos colectivos e individuos que los integran. Como sucede paralelamente en las calles y otros lugares públicos, las plazas se han abierto a las presencias foráneas, pero en menor grado que en el resto de las comunidades de la región, al tiempo que siguen siendo frecuentadas por los vecinos con una asiduidad similar a la del pasado y representando un punto de referencia capital en el desarrollo espacial de las fiestas.

Tras las comunidades de Lozoya-Somosierra, en las de las Vegas se reducen sensiblemente las cotas que alcanza en el resto de la región la residencia de grupos urbanos en el espacio vecinal, aun cuando su media comarcal de primeras y segundas viviendas sea la tercera más elevada de todo el territorio madrileño. Efectivamente, la proporción que supone en esta comarca la población campesina sobre el total de la censada de derecho en 1991 (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 44-46) es de un 12,1%. Este porcentaje se supera además en Brea de Tajo -20,5%-, Valdelaguna -24,9%-, Villacanejos -33,3%- y Villamanrique de Tajo -29,8%-. No en vano, las comunidades de las Vegas son las que suman los valores máximos de población campesina de toda la región, emplazándose en esta comarca buena parte de los municipios más regresivos demográficamente y de menor crecimiento del conjunto del ámbito regional. Se hallan, entre ellos, Chinchón, Villacanejos, Villamanrique de Tajo, Villarejo de Salvanés y Fuentidueña de Tajo.

A pesar de que los segundos residentes son más numerosos en las Vegas que en Lozoya-Somosierra, los procesos que parece que van a desencadenarse en esta última comarca serrana podrían originar en breve un intercambio de los valores actuales, máxime si reparamos en sus mejores condiciones medio ambientales. Fruto, sin embargo, de esta mayor incidencia es la notable acogida que deparan a los segundos residentes las fiestas de la comunidad. Por ejemplo, en Carabaña, durante la celebración estival del Santísimo Cristo de la Paz y la Soledad, uno de los actos más relevantes lo constituye la elección de Miss Turismo entre las jóvenes veraneantes y de la Reina Infantil entre las niñas de la misma condición. El ser vecina de la comunidad impide resultar elegida.

En correlación con el punto de equilibrio que determinan, por un lado, el grado de

ingerencia de los residentes urbanos y, por otro, el nivel de tolerancia de los vecinos, los cascos contruidos de las comunidades de las Vegas no se hallan excesivamente alterados o, en el peor de los supuestos, no lo están de manera tan virulenta como en el Area Metropolitana y Guadarrama. A excepción de Aranjuez, Ciempozuelos, Morata de Tajuña, Perales de Tajuña y San Martín de la Vega, donde las residencias de los grupos urbanos se intercalan bastante con las de los vecinos, ni la remodelación exterior de las viviendas ni el aspecto de los cascos dejan entrever grandes cambios. Los cascos se sitúan en el corazón del núcleo habitado y agrupan de forma concentrada las actividades residenciales y de trabajo, puestas en práctica por los vecinos fuera de sus explotaciones, manifestando la notable homogeneidad y continuidad del espacio que encierran. De hecho, buena parte de las primeras residencias de los grupos urbanos se ubica en las zonas más exteriores de los cascos o en las áreas no pobladas del municipio, localizándose igualmente y de modo preferente en este último espacio los asentamientos de los segundos residentes, aunque a diferencia de los primeros, que acostumbran a ocupar bloques, suelen utilizar viviendas unifamiliares.

Por otra parte, el tipo de utilización que evidencian los lugares públicos imprime una nota más de especificidad al territorio comunitario de las Vegas. La plaza, ubicada como en Lozoya-Somosierra en el centro del casco, continúa fomentando la integración social de los vecinos y su nivel de tolerancia frente a los forasteros. No permanece ajena a la presencia de los diversos grupos urbanos, pero sigue dando cabida a las contrataciones de trabajo, a la apertura y cierre de acuerdos comerciales, al apalabramiento de la ayuda mutua y a todo género de tratos que impulsan los valores centrípetos de la comunidad y las variaciones estacionales que la organización vecinal experimenta en el curso del ciclo agrario. La plaza constituye a la par el punto de orientación fundamental, a partir del que se traza la disposición del conjunto de las calles y las viviendas de la localidad; y la agrupación en torno suyo de la Iglesia, del Ayuntamiento, del Juzgado, de los comercios de mayor relieve y de otros establecimientos o servicios locales, públicos y privados, supone una confirmación más de su condición de soporte espacial y escenario básico de la vida de la comunidad. La conservación por la plaza de los significantes y significados espaciales que tradicionalmente le encomienda la comunidad, se extiende a la vez a otros lugares públicos y de reunión vecinal, como calles, paseos o bares, menos transitados por los grupos urbanos que por los vecinos, por mucho que su uso por mujeres y niños unifique el contenido y la finalidad que les asignan los miembros del ámbito comunitario y los sectores ajenos a él. Todos estos espacios públicos, que apenas acusan los efectos de la circulación rodada, albergan durante unas horas y jornadas fijas la charla de los ancianos, la mayoría de los juegos de los niños –carreras y prácticas en el suelo–, los tratos de los varones adultos, las citas de los jóvenes y la camaradería de las mujeres.

Una muestra eminentemente singular del carácter tradicional, todavía imperante en el habitat de las comunidades de las Vegas, es la construcción de cuevas, cuyo uso imprime hoy continuidad a una forma de vivienda, de la que P. Madoz (1845–1850, v.V: 510, v.VI: 525, v.VII: 622, v.VIII: 252, v.XI: 588, v.XIV: 755, v.XV: 265) ya diera noticia a mediados del

siglo XIX. En la actualidad, pese a que no hay la misma cifra de cuevas que hace cien años¹⁰¹, su número es aún relevante en Brea de Tajo, Carabaña, Ciempozuelos, Morata de Tajuña, Perales de Tajuña, Fuentidueña de Tajo, Estremera, Valdaracete, Tielmes, Titulcia y Villamanrique de Tajo. Edificadas a partir del aprovechamiento de las pendientes e inclinaciones del terreno de los cerros, las cuevas gozan de un óptimo climático y disponen de una buena ventilación merced a las corrientes de aire que se establecen a través de la puerta y los orificios practicados en la techumbre. La distribución funcional de sus espacios interiores es, conjuntamente, bastante aceptable, máxime cuando en los últimos años se han operado sensibles modificaciones para adecuarlas a unos mejores estándares de confort. Y si en el siglo pasado eran las familias más humildes de la comunidad las que habitaban las cuevas, actualmente ya no sucede lo mismo, dadas la relativa comodidad y calidad alcanzadas en su equipamiento interno y la elevada cota de funcionalidad adquirida.

Un mayor asentamiento residencial de grupos urbanos se aprecia en la comarca Suroccidental y, sobre todo, en la Campiña, aumentando proporcionalmente respecto a las Vegas y, en particular, a Lozoya-Somosierra los niveles de dependencia de las comunidades en función de esta superior presencia.

Así, según datos de 1991, el porcentaje que suponen en la comarca Suroccidental los campesinos sobre el total de la población censada de derecho, situado en torno a un 11,6%, es bastante más alto que en la Campiña, donde sólo se alcanza un 5,3% (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 44-46). No obstante, mientras los porcentajes medios comarcales de población campesina sobre la total de derecho sólo ascienden por encima del 20% en dos comunidades de la comarca Suroccidental, como ocurre en Rozas de Puerto Real -29,2%- y Villa del Prado -24,9%-, en la Campiña lo hacen en cuatro núcleos comunitarios: Pozuelo del Rey -32,2%-, Valdeavero -29%-, Olmeda de las Fuentes -24,4%- y Fresno de Torote -21%-. Ello indica que en la comarca Suroccidental la población campesina y los distintos grupos urbanos se reparten de manera más equilibrada en todas las comunidades, en tanto que en la Campiña tal distribución origina superiores desigualdades entre unos ámbitos comunitarios y otros. Hay que constatar a la vez que, si bien la población total de derecho de la comarca Suroccidental suma aproximadamente ocho mil individuos más que en la Campiña, el menor número de campesinos, que posee este último contexto comarcal, contrarresta mucho menos que en el primero el relieve de los distintos grupos urbanos asentados en el territorio de la comunidad. Debe advertirse, a este respecto, que los valores comarcales que vimos en el capítulo tercero, al analizar la penetración urbana, sólo se alteran en el caso de la comarca Suroccidental y la Campiña debido justamente a la razón que acabamos de apuntar. Esta capacidad de la comarca Suroccidental para contrarrestar el peso de los grupos urbanos no la modifican, además, ni los aportes que representan los segundos residentes, algo superiores a los de la Campiña, ni su mayor número de primeras y segundas viviendas.

Los cambios de roles, conductas y relaciones que protagonizan los vecinos de las comunidades de la Campiña y la comarca Suroccidental, al compás de las nuevas expectativas

que impone el emplazamiento de residentes urbanos, quedan igualmente más patentes en, y reforzados por, la organización espacial de la primera de ambas áreas comarcales que de la segunda. Ya vimos, al referirnos a la especialización de funciones de la unidad doméstica, las escasas alteraciones del espacio familiar que reflejaba la casa en la comarca Suroccidental. Pero a ello hay que añadir ahora que el nuevo aspecto externo, que ha adquirido la casa en los últimos años tanto en lo relativo a volúmenes como a diseño y materiales, sí rompe en parte la unidad formal que tradicionalmente tenían los cascos y la homogeneidad de su estilo arquitectónico. Al tiempo, aproximándose a pautas espaciales urbanas, la casa ha absorbido muchas de las relaciones que antes se abordaban en los lugares públicos del territorio comunitario, ya que no sólo retiene más las salidas de los miembros del grupo familiar, también privatiza en mayor medida los vínculos entre vecinos, sirviéndose de sus estancias especializadas en recibir. A pesar de que el escenario principal de los lazos comunitarios continúan siendo las plazas, las calles y los paseos, gracias a la menor exclusividad que reúnen tales espacios para la interacción y el contacto entre vecinos, la casa los sustituye más que en el pasado. Estas mismas transformaciones se advierten todavía con superior fuerza en la Campiña, donde, aparte de los hondos cambios que evidencia la casa, se incrementan en gran manera todos los factores que implican una diferenciación espacial de las familias de la comunidad y una segmentación de sus relaciones. De esta manera, mientras en algunas comunidades los vecinos de status elevado trasladan su vivienda del casco viejo a chalets de las afueras o se rehabilitan al gusto urbano las cuevas que aún se conservan –Valdilecha–, en otras se acomete masivamente una remodelación de la estructura exterior de las casas y se les adosa verjas y cerraduras.

Acompañando estos cambios espaciales de las casas, los cascos contruidos plasman, por igual, notables alteraciones de su continuidad y homogeneidad. Dichas alteraciones son menores en la comarca Suroccidental, donde todavía resalta el tradicionalismo de numerosos cascos y, en especial, los de Cadalso de los Vidrios, Cenicientos y Chapinería, pero no puede decirse que se descarten. Abundantes construcciones para residencia de grupos urbanos se yuxtaponen en bastantes puntos del casco con las de los vecinos que, en ocasiones, dejan de ser bloques de pisos o antiguas viviendas campesinas remodeladas para tomar la forma de urbanizaciones enteras –Valdemoro, Navalcarnero, El Alamo, Aldea del Fresno, Colmenarejo, San Martín de Valdeiglesias y Valdemorillo–. Y aun cuando, junto a emplazamientos de industrias y comercios, las promociones de segundas residencias o las viviendas aisladas de esta naturaleza suelen ubicarse por lo común en las zonas más externas del casco o en las que se hallan ya alejadas de él, se localizan paralelamente en su interior. Esta última clase de iniciativas son aún más palpables en la Campiña, lo mismo que la yuxtaposición de complejos residenciales urbanos en los cascos –Arganda, Algete, Ajalvir, Anchuelo, Fresno de Torote, Loeches, Meco, Valdeolmos y Valverde de Alcalá–. Más elevadas son todavía en ambas comarcas, singularmente en la Campiña, las transformaciones que experimenta el uso de los lugares públicos comunitarios. Unida a la usurpación que realiza la casa de parte de las funciones espaciales cumplidas antes por estos territorios, aumenta sensiblemente, respecto

a Lozoya-Somosierra y las Vegas, la tolerancia que ejercen los vecinos frente a los grupos urbanos, quienes no se consideran con menos derecho a utilizar calles, paseos o plazas que los miembros de la comunidad. A la vez que pierden significados para los vecinos, los ganan con otro sentido para los grupos urbanos, sobre todo para sus mujeres e hijos más pequeños, que son sus usuarios fundamentales y un importante puente de interacción y vinculación entre los individuos de dentro y fuera de la comunidad.

En el extremo opuesto a Lozoya-Somosierra y las Vegas se sitúa el Área Metropolitana, cuyas comunidades registran la máxima presencia de residentes urbanos del conjunto de la región y, en consecuencia, los mayores niveles de dependencia que sufre el ámbito comunitario por esta causa.

No es casual, por tanto, que, frente a la inmensa cuantía demográfica que representan estas formaciones sociales urbanas, los efectivos de las comunidades resulten poco menos que insignificantes, por mucho que su cifra en sí misma no lo sea, según apuntamos al referirnos en el capítulo tercero a la fuerza de trabajo campesina. De esta forma, sin considerar al municipio de Madrid, el porcentaje que supone en 1991 la población campesina sobre la total de derecho es un 0,2% e, incluyendo a la capital del Estado, un 0,1% (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 44-46). Esta proporción, bastante inferior a la media regional, asciende en algunas comunidades más distanciadas espacial y económicamente de la gran aglomeración urbana de Madrid y que conservan en mayor medida su propia área de influencia, pero nunca por encima del 20%, como ocurre en otras comarcas. Asimismo, su media comarcal de residencias supera ampliamente la existente en el resto de la región.

Sin embargo, dentro de los residentes se encierra una gran diversidad de situaciones sociales, derivadas del contrastado status de sus protagonistas y del género de actividad que promueven, que impulsa efectos de diferente cariz e intensidad en el territorio de asentamiento. En efecto, aunque las clases medias agrupan a la mayoría de los residentes, su estratificación social abarca todas las escalas posibles, segregadas por lo general socioespacialmente en base a sus niveles de renta. De ahí que, junto a viviendas unifamiliares o pisos de alta calidad emplazados en los enclaves más idóneos, hallemos ciudades-dormitorio en superficies de muy elevada densidad demográfica y degradación ambiental, así como bloques de pisos de características sumamente dispares que alojan a la mayor parte de la población urbana y con servicios e infraestructuras mejores que en el primer supuesto y, sobre todo, que en el segundo. A tal variedad contribuyen todavía más la gran interrelación de personas y actividades y la diversificación y movilidad de funciones, que define y favorece el asentamiento de las formaciones sociales urbanas en el Área Metropolitana. La separación entre medio de trabajo, de residencia y de actividades de esparcimiento, que es consubstancial con la modificación funcional de la metrópoli desde finales de los años sesenta, así como la valorización, que acarrea tal disgregación, de comportamientos individualistas, anónimos y transitorios potencian en extremo esa disparidad y segmentación de status y roles y la multiplicidad de pertenencias.

Ya vimos, al hablar de la familia, las notables alteraciones acusadas en su distribución

interior por el espacio doméstico de las comunidades metropolitanas, pero junto a ellas hay que referirse al cambio de la posición territorial de las casas y de su aspecto externo. Las construcciones de uso familiar han quedado relegadas en la actualidad a reductos, que se despliegan intersticialmente, yuxtaponiéndose a las edificaciones urbanas. Las tradicionales casas de labranza, que conformaran en épocas todavía recientes el habitat construido de las comunidades metropolitanas, se hallan en no pocos casos en ruinas, han sido sustituidas por complejos residenciales o polígonos industriales y de servicios o se intercalan en medio de caóticas urbanizaciones, izadas en las proximidades de estos emplazamientos y aprovechando parte de las tierras de labor que poseyeran aquellas vetustas alquerías dos o tres décadas atrás. Y durante el lapso de tiempo, en el que ocurría todo este cambio, algunos antiguos titulares de tales casas se trasladaron a viviendas unifamiliares o, sobre todo, a bloques de pisos, ubicados en el casco, sumándose a cuanto por igual hicieron otros muchos vecinos de la comunidad. Pese a que debe resaltarse que el uso dado a los pisos por lo vecinos difiere sensiblemente del que ejercen las formaciones sociales urbanas, el emplazamiento en bloques de numerosos miembros de la comunidad resulta uno de los indicadores fundamentales para evaluar las transformaciones del espacio construido. Su utilización representa un cambio casi radical de las formas y estructuras arquitectónicas seguidas hasta el momento por la comunidad. Observamos que los vecinos, alojados en bloques de pisos, no poseen unos significantes y significados espaciales cualitativamente diferentes de los que tienen los domiciliados en casas bajas y, conjuntamente, que su percepción territorial es muy distinta a la de las formaciones sociales urbanas. Ahora bien, ello no quiere decir que sus códigos espaciales, en contraste con los dispuestos por los miembros de la comunidad que ocupan viviendas levantadas por y para sí mismos, no revistan profundos desequilibrios que, con frecuencia, les dificultan identificarse e integrarse con el resto de los vecinos y que, al tiempo, provocan un debilitamiento de sus relaciones comunitarias y de los símbolos territoriales que tradicionalmente les unieran con sus homólogos.

Al igual, el trazado, la funcionalidad y las formas de los cascos constatan las alteraciones desencadenadas por los asentamientos de los residentes urbanos. Su aspecto en apariencia caótico y, en ciertas ocasiones, sincrético constituye un fiel exponente de los antagonismos sociales y los procesos de dominación-subordinación, que se desenvuelven entre mundos asimétricos y concurrentes, dejando patente la mezcla en una sola unidad espacial de ciudades-dormitorio, polígonos industriales, áreas de servicios e infraestructuras y de un suelo agrario cada vez más restringido. La pérdida de exclusividad vecinal que expresa tan heterogénea amalgama se incrementa, por otro lado, en algunos territorios comunitarios que han renovado casi al completo sus antiguos cascos, como es la circunstancia de Getafe y Leganés, repitiendo por otros motivos lo que, después de la Guerra Civil, realizara Regiones Devastadas en Rivas-Vaciamadrid, Brunete, Villanueva de la Cañada y Villanueva del Pardillo. Igualmente, la acentúan la aparición y proliferación en la mayoría de los territorios comunitarios de los barrios, que rivalizan en protagonismo con los cascos y que multiplican los lugares centrales de la comunidad. Simultáneamente, el crecimiento del espacio construido

ha producido una extensión del mismo, que enlaza los cascos con algunas edificaciones que, en otras épocas, se localizaban extramuros de la población y que hoy aparecen integradas en el habitat residencial. Es el caso de algunas ermitas en ciertas comunidades, cuyo recinto, a fin de quedar sacralizado, se emplazaba en la cima de un monte o en explanadas con hermosas vistas panorámicas. El cambio sufrido en su enclave no se limita, desde luego, a una mera cuestión de lejanía o cercanía; de la mano de su nuevo posicionamiento espacial se transforman los viajes rituales, ahora mucho más en coche que a pie, que ejecutaban los vecinos a estas ermitas y el contexto significativo del ceremonial en el que se integraban.

No menos sobresalientes son los cambios de aspecto y destino que experimentan los principales lugares públicos del territorio comunitario, aun apreciándose a simple vista su mayor uso por los vecinos que por los grupos urbanos. La plaza sigue estando ubicada geográficamente en el centro viejo del habitat construido, pero ya no es el eje primordial de relación ni el referente cardinal respecto al que se estructuran los cascos, perdiendo en paralelo su fisonomía idiosincrásica, sofocada por modernos edificios y densas promociones, tras los que a duras penas se distinguen los símbolos espaciales –emblemas, cruceros, torretas, campanarios, balconadas– que antaño sirvieran de señas de orientación a vecinos y forasteros. Junto a ella, surgen ahora otras plazas que compiten socioespacialmente con este enclave, antes tradicional y único, y que, actuando como nuevos focos de atracción e integración social, sustituyen y arrinconan buena parte de las pasadas funciones que asumiera aquel marco. Si en otro tiempo el paso por la plaza era casi obligado para dirigirse a cualquier lado y englobaba las actividades económicas y sociales fundamentales de los vecinos, en el presente el acceder a ella se asocia básicamente con el desempeño de gestiones en los edificios singulares localizados en su contorno. Los ayuntamientos, normalmente, los juzgados y, a veces, las iglesias continúan localizándose en la plaza en la mayoría de los territorios comunitarios metropolitanos, pero la complejidad de sus tareas y la multiplicación numérica de sus administrados han llevado aparejado un desdoblamiento de sus funciones en entidades filiales, repartidas por diversos puntos del espacio comunitario. La descentralización de tales instituciones conlleva así que los motivos, por los que aún se acude a la plaza, se reduzcan más, si cabe. Puede afirmarse, por consiguiente, que el detrimento del carácter y del papel central de la plaza acompaña la falta de pertinencia actual de los propios cascos, frente a los que compiten hoy los nuevos núcleos residenciales o de trabajo. Algo similar a lo ocurrido en las plazas acontece también en bares, paseos, arboledas y otras zonas de encuentro público, cuya merma de exclusividad vecinal se suma al recorte de su protagonismo anterior a causa de la mayor permanencia de los vecinos en sus casas y de su asistencia a unos recintos, antes inexistentes en el territorio de la comunidad –discotecas, salas de fiestas y convenciones–.

La decadencia de estos lugares públicos se refuerza, además, con la aparición de significantes y significados que, por no ser propios de las comunidades, resultan ininteligibles para los vecinos. En virtud de estas nuevas percepciones, que enfatizan la posición espacial de la comunidad como apéndice residual del territorio urbano, los vecinos aluden a calles, edificios o establecimientos comerciales de Madrid o de otros municipios densamente

poblados con la familiaridad, con la que mencionan enclaves que desde siempre han estado integrados en su habitat. Se habla de ellos como si entre estos puntos de referencia y la realidad socioespacial más inmediata apenas mediara distancia geográfica o cultural alguna. Esto viene a demostrar que el impulso de aculturación recibido por los vecinos requiere forzosamente la intensificación de la interacción de la comunidad con los centros urbanos, facilitada por la movilidad que habilitan los medios de comunicación y transporte y por la circulación de personas, ideas y bienes entre el campo y la ciudad.

Finalmente, las comunidades de Guadarrama acusan el segundo emplazamiento de residentes urbanos más importante de la región y unos niveles de dependencia por esta causa, que son correlativos a la magnitud de la misma.

Frente a la población total censada de derecho en 1991, los vecinos representan bastante más que en las comunidades metropolitanas, un 2,1% (Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 44-46), pero suponen menos de la mitad de lo que lo hacen en la Campiña, cuyos asentamientos de residentes urbanos son los terceros de mayor relieve de la región. Sólo la comunidad de Santa María de la Alameda supera sobradamente, con un 22,3%, este valor medio que se eleva algo donde hay una mayor presencia de titulares de pequeñas explotaciones –Zarzalejo, Fresnedillas–, pero que, dado el crecimiento sostenido e intenso de los grupos urbanos residentes en la mayoría de las localidades, no dibuja grandes picos de unos ámbitos comunitarios a otros, a excepción de Collado-Villalba, Guadarrama y San Lorenzo de El Escorial, donde el incremento de la población de derecho ha sido más vertiginoso y de gran magnitud. A la par, su media comarcal de viviendas es la segunda más importante de la región.

Esta desproporción de vecinos respecto a las formaciones sociales urbanas se acentúa más, si contamos con la instalación de segundos residentes, que en esta comarca alcanza el primer valor regional y que, con el paso del tiempo, se va convirtiendo en un asentamiento permanente. Además, los segundos residentes suelen ser de clases más o menos acomodadas, por lo que los vínculos con los miembros de la comunidad acostumbran a estar marcados por una gran asimetría. En ello hay una diferencia bastante notable con los segundos residentes de otras comarcas, salvando los del Área Metropolitana, ya que estos otros ámbitos comarcales han dado acogida por lo común a los grupos urbanos, cuyas rentas no les permitían emplazarse en las más caras urbanizaciones o promociones aisladas de Guadarrama.

Estrechamente unidas a esta presencia de residentes urbanos, se encuentran, por lo demás, las alteraciones que experimenta el habitat construido de las comunidades de Guadarrama. Aparte de las profundas transformaciones que sufre la distribución interior de las casas, los vecinos, aunque con menos frecuencia que en el Área Metropolitana, van sustituyendo paulatinamente su vivienda habitual por pisos o pequeños chalets adosados, localizados en colonias. Así, lo constatamos especialmente en Collado-Villalba, San Lorenzo de El Escorial, Guadarrama, Becerril de la Sierra, Alpedrete, Galapagar y Torrelodones. El aspecto externo de las casas incorpora, paralelamente, formas, materiales y estructuras ajenas a la arquitectura rural que modifican su diseño y volúmenes tradicionales. De la mano de los asentamientos

urbanos y del consiguiente aumento de la estratificación social de los vecinos, el modelo único de vivienda, que caracterizara en otro tiempo a las comunidades de esta comarca serrana, se vuelve más complejo y pasa a ser un elemento diferenciador del status de sus moradores.

Con todo, una de las alteraciones más substantivas y a la vez más peculiares de esta comarca consiste en que, de manera bastante extendida, los vecinos, siguiendo la pauta impuesta por antiguos miembros de la comunidad que ahora trabajan en los servicios, la construcción o la industria, alquilan temporalmente sus casas a los segundos residentes. Mientras dura el arriendo se alojan con parientes o con algunos miembros de la comunidad, que les alquilan a bajo precio habitaciones o viviendas que no ocupan. Gracias a ello se aseguran durante el verano unos ingresos suplementarios para todo el año y, de paso, suelen conseguir empleos a tiempo parcial en el periodo estival e incluso en otros meses para algunos miembros de su familia, ya que los arrendatarios acostumbran a solicitar de los arrendadores asistencia doméstica y servicios de mantenimiento de la casa y del jardín. Pese a que en muchas ocasiones sucede que la casa en alquiler no es la propia, sino la de padres ya difuntos o de familiares ausentes, esta otra modalidad, aun suavizando la subordinación espacial y la pérdida de exclusividad vecinal, no las impide. En cualquiera de sus manifestaciones, el alquiler de la casa indica un grado de dependencia territorial y una destrucción material y simbólica del espacio comunitario que, en distinto sentido, sólo se superan en el Area Metropolitana.

No menos transformaciones y rupturas de la exclusividad, continuidad y homogeneidad del espacio comunitario dejan patentes los cascos construidos. A excepción de los cascos de Zarzalejo, Santa María de la Alameda, Los Molinos, Moralarzal o Fresnedillas que se conservan sin apenas cambios, la remodelación es la constante más definitoria en la mayoría de las comunidades. Las casas tradicionales son derruidas para edificar bloques de pisos, los servicios utilizados por los segundos residentes amplían su escala a expensas de los lugares públicos reservados antaño casi con exclusividad para los vecinos y se habilitan calzadas y calles para el tránsito masivo de viandantes y, sobre todo, de vehículos. Y entre tanto, se acotan territorios para uso prácticamente único de las formaciones sociales urbanas –clubs, cafeterías, salas de arte–. Al tiempo, los cascos, de modo similar a lo que acontece en el Area Metropolitana, dejan progresivamente de ser el centro de las comunidades, solapados por la competencia procedente de otros focos de atracción formados en las colonias. Estas alteraciones repercuten negativamente, a la vez, en la merma de protagonismo y en otros cambios que, en el mismo sentido que los anteriores, experimentan la plaza y otros lugares públicos. Principalmente durante el verano y los fines de semana, los lugares públicos de la comunidad transforman su fisonomía cotidiana y se convierten en vías de distribución de gran trasiego, cuyo cometido básico es facilitar el acceso de los primeros y segundos residentes a los servicios que necesitan, recuperando parte de su identidad a últimas horas de la tarde o en las sobremesas y mañanas festivas de los días de invierno. Por igual, muchos de los paseos, cruces de calles y bares frecuentados por los vecinos se han reducido en número y

extensión y, por contra, han aumentado los concurridos por los grupos urbanos.

5.1.1.4.- Grupos que residen y trabajan en el espacio de la comunidad sin ninguna vinculación con los vecinos

En coherencia con la importancia que hemos visto que tienen en los diferentes territorios de la región los grupos urbanos del tipo 2 y del 3, los del 4 adquieren en Guadarrama y, sobre todo, en el Area Metropolitana su máxima significación social y numérica. Algo menor es su incidencia en la Campiña y, en especial, en la comarca Suroccidental; situándose en las Vegas y, particularmente, en Lozoya-Somosierra en los valores mínimos de la región.

Una de las consecuencias más relevantes, que se derivan de la presencia de este tipo de grupos urbanos en las comunidades del Area Metropolitana, es la mezcla de usos que define al paisaje, si bien sus rasgos responden mucho menos que en el caso del habitat construido a un carácter intersticial. Al lado de las hectáreas de cultivo no sólo se entremezclan los usos urbanos, sino que proliferan las tierras abandonadas y los barbechos que esperan revalorizar su precio de venta. La utilización de suelo para fines urbanos conlleva así un consumo negativo o parasitario del mismo, que se amplía a las superficies destinadas a dotar de espacios abiertos y recreativos a las urbanizaciones ya consolidadas, a la degradación del medio ambiente agrario y a las limitaciones impuestas a las explotaciones intensivas debido al empleo de bienes de producción contaminantes. Como quiera que sea, el habitat natural de las comunidades metropolitanas sigue siendo objeto de numerosos actos ceremoniales de los vecinos. Las comidas campestres que en otras comarcas se organizan en este entorno no adquieren aquí la misma prestancia y han desaparecido en algunas comunidades –Villanueva del Pardillo–, pero todavía se suele festejar el Hornazo y el "Correr la tortilla" en bastantes territorios comunitarios, como ocurre en Alcalá de Henares, Las Rozas, Villanueva de la Cañada, Pinto y Valdemoro. Junto a estas celebraciones resaltan también las romerías, que cobran gran relieve en muchas comunidades.

Todas las transformaciones que acusa el habitat construido y natural de las comunidades metropolitanas avivan la segregación de los vecinos en un territorio, ahora redistribuido y parcelado por los asentamientos y la gran movilidad socioespacial de los grupos urbanos. Este desarraigo se enlaza, al unísono, con una merma tal de exclusividad que dificulta la identificación de los vecinos con su propio entorno y que, a menudo, ha llevado a la Administración del Estado a recomendar en los Planes de Ordenación Urbana que no se sobrepase los niveles de absorción de recursos ya obtenidos, arbitrando al efecto figuras singulares de planificación, como son las de Protección Especial, cuyo objetivo consiste en salvaguardar los enclaves naturales, las huertas o las tierras más productivas. Y si la compra de suelo rústico, su apropiación indebida –hurtos en cosechas, desforestación, desvío de aguas de riego– o su utilización degradante –lavados de coches, acampadas– van convirtiendo el habitat de las comunidades en un patrimonio cada vez menos reservado, el área ocupada por los grupos urbanos adquiere, en sentido opuesto, una naturaleza progresivamente más privada.

Si en el pasado los individuos ajenos a la comunidad eran considerados forasteros, despertando su presencia todo tipo de recelos, hoy son los vecinos los tratados como extraños cuando se acercan a las urbanizaciones de lujo o a las instalaciones deportivas y recreativas de clubs particulares.

En suma, la franja de encuentro asimétrico entre los vecinos de las comunidades metropolitanas y las formaciones sociales urbanas se torna extremadamente ancha, particularmente, desde los años sesenta. El enfrentamiento entre ambas sociedades en esa franja fija los procesos y el grado de cambio, dependencia y capacidad de adaptación de las comunidades de esta comarca. No obstante, esta variedad, con la que los distintos grupos urbanos se instalan en el territorio, antaño exclusivo, de los miembros de la comunidad e imponen sus intereses económicos y sus patrones socioculturales, no se manifiesta sólo en las transformaciones que hemos visto que sufre el espacio comunitario en su continuidad, homogeneidad y exclusividad. Da lugar, al igual, a otros cambios que generan una disociación creciente de los límites de la comunidad y los municipios, comportándose éstos últimos como englobantes de realidades sociales sumamente dispares a las de los vecinos, que vehiculan la subordinación socioespacial del marco comunitario. Si una mirada superficial a las coordenadas espaciales que enmarcan el ámbito de la región, vería siempre la disparidad de los límites comunitarios respecto a los municipales, de tal desconexión es responsable en grado sumo lo que acontece en el Area Metropolitana, aun cuando desde luego se estaría ignorando la existencia de otros marcos comarcales en los que existe más armonía entre ambas demarcaciones.

Dicha disociación la ejemplifican bastante bien los cambios que acusan los referentes de los vecinos, como sucede con los topónimos. Estos ya no significan lo mismo que antaño, al reflejar muchas veces las huellas de comunidades despobladas o de enclaves singulares desaparecidos, que hoy se incorporan al ámbito de un único municipio¹⁰². Admitirlo parece obvio, desde el momento en que el territorio no se asume en el lenguaje igual que antes y su significado queda desprovisto de la mayoría de los contenidos, que poseyera en el pasado. No pocos puntos de referencia tradicionales se han desvanecido, borrados materialmente por construcciones que ocupan ahora su lugar, mientras que se acuñan nuevos topónimos, cuyo empleo suele ser privativo de los grupos urbanos. A la vez que el conocimiento y el uso de los topónimos, que tiempo atrás delimitaran el espacio comunitario, son patrimonio de los vecinos, en particular, de los más viejos y de algunos técnicos especializados en planificación, los puntos de referencia utilizados por las formaciones sociales urbanas acostumbran a ser privativos suyos.

La configuración de barrios en el antiguo espacio de los vecinos contribuye aún más a la divergencia de los límites comunitarios y municipales y a reducir a pequeñas parcelas, dentro de la pluralidad de entornos espaciales existentes, a la comunidad. Dichos barrios, que no se advierten ni con la misma frecuencia ni con tanta complejidad y extensión en otras comarcas, agrupan a veces a lo que antes era el espacio de la comunidad, pero en otros casos la dividen, activan su estratificación social y la descohesionan. De ahí, que, sobre todo en este último

supuesto, los vecinos lleguen a relacionarse más con las formaciones sociales urbanas, junto a las que residen, que con sus homólogos de comunidad.

Un buen ejemplo de tales desequilibrios es el de Majadahonda, donde los vecinos, al distribuirse en nueve de los barrios existentes, apenas hubieran llegado a conocerse de no ser por su afiliación a las Cámaras Agrarias o por su pertenencia a organizaciones locales. Es cierto que algunos de esos vecinos son familia, poseen tierras colindantes o acostumbran a reunirse en bares determinados, pero estas afinidades tropiezan casi siempre con los numerosos impedimentos que les plantea una ordenación hostil del espacio. Los vecinos que detentan tierras contiguas a duras penas pueden coincidir fuera de sus horas de trabajo; los parientes, en especial los más lejanos, circunscriben sus relaciones a las fechas de celebración de algún acontecimiento singular; los asiduos a los bares cada vez encuentran menos aliciente para acudir a lugares progresivamente más opuestos a su poder adquisitivo y gustos –músicas, decoración, disposición de las mesas–; y los asociados a distintas organizaciones comunitarias acotan sus tratos y vínculos a los momentos de fiesta o de algún acto extraordinario para la entidad –elección de cargos, defunción de miembros– o para la comunidad –petición de subvenciones–. Hasta tal punto la complejidad, heterogeneidad, discontinuidad y especialización que introducen los barrios se constituyen en obstáculos, difíciles de salvar para los vecinos.

La celebración de La Maya en Colmenar Viejo (García Matos, 1951–1960: 72; Ortiz, 1983: 175; Velasco 1980a: 313) no lo hace menos patente, desde el momento en que corrobora la división de la comunidad, que aparece parcelada al calor del crecimiento de los asentamientos urbanos, del incremento de la estratificación social de los vecinos y del desdibujamiento de las diferencias entre las niñas de las familias campesinas y las urbanas. En suma, confirma la separación de la fiesta de su contexto social original y el acento de su carácter de espectáculo, en el que las mayas vienen a ser sus figuras estelares.

El alejamiento entre los límites del municipio y de la comunidad dificulta, por lo demás, la proximidad entre ésta y el ámbito comarcal, dadas paralelamente las poco notables relaciones de reciprocidad y cooperación instituidas en el Área Metropolitana, donde encarnan los valores más bajos de la región. Aparte de que el hecho transcendental de que en esta comarca se asiente el municipio en el que reside la capital del Estado explica por sí mismo esa separación, no lo evidencian menos las necesidades de crecimiento de la gran urbe madrileña. Estas últimas se suman, así, a la influencia del marco estatal en Madrid y en otros núcleos próximos –instalaciones defensivas, servicios auxiliares de la Administración, redes de telecomunicación–. De este modo, el desarrollo del municipio de Madrid ha promovido la absorción de localidades, adscritas a otras comarcas hace sólo unos años, y tiende a ir incorporando otras nuevas y a ensanchar ininterrumpidamente sus fronteras. Prueba además de la heterogeneidad espacial que caracteriza al Área Metropolitana es que, unificada por el hilo conductor del crecimiento urbano, subordina a tal criterio de cohesión las disparidades que presenta su medio natural. Dentro de la misma comarca, muchas localidades del sur –Getafe, Pinto, Fuenlabrada, Parla y Leganés– se enclavan en el paisaje de la Sagra toledana;

otras tantas, situadas al norte –Colmenar Viejo–, apenas pueden diferenciarse de las características del medio natural en Guadarrama y Lozoya–Somosierra; y numerosos municipios del este –Alcalá de Henares, San Fernando de Henares, Mejorada del Campo, Torrejón de Ardoz– no serían segregables de la Campiña. A esto hay que agregar que la llegada de emigrantes, procedentes del resto de las comarcas y de otras regiones, unida a la generalización de los matrimonios con gentes de muy diversos orígenes, diluye todavía más la posible pertinencia del Area Metropolitana, en tanto unidad territorial reconocible por las comunidades. Y ello, a pesar de que la gran movilidad social y espacial que caracteriza a los vecinos actúa de factor de acercamiento entre unas y otras comunidades y, al tiempo, reduce la tradicional inclinación de los miembros del ámbito comunitario a funcionar fundamentalmente dentro de un medio local más que sobre una base interlocal.

Asimismo, el distanciamiento que acusan los vecinos del marco comarcal se refuerza todavía en mayor medida respecto al regional, en el que se diluyen casi por completo como entidad sociocultural, siendo una minoría social más de las muchas que lo integran. La particularidad de que las fiestas de índole regional se celebren más, desde hace décadas, en las comunidades del Area Metropolitana que en cualquier otra comarca ha venido a incrementar la conciencia de marginalidad de los vecinos.

Por otro lado, las alteraciones y la pérdida de especificidad y tradiciones que desata el emplazamiento de los grupos urbanos en otras comarcas se extreman muy notablemente en las comunidades metropolitanas. La ruptura de la exclusividad vecinal y los niveles de dependencia que sufren las comunidades durante las celebraciones resultan máximos, porque a la par lo son las incorporaciones de las formaciones sociales a las fiestas, tanto como miembros activos como en calidad de espectadores. El cambio no sólo se convierte en una constante, sino que forma parte de la propia cotidianidad de la vida social y, por consiguiente, del universo ceremonial de las comunidades en la medida en que las fiestas son instituciones interconectadas con el conjunto de la cultura, participando de la evolución de sus contenidos, formas y funciones. En muchas celebraciones se detecta que los vecinos han quedado relegados de la organización de las mismas, siendo los grupos urbanos quienes determinan sus fechas, su duración, el contenido y la disposición de los diversos actos festivos y los lugares en los que discurre, que cada vez simultanean más los espacios públicos y los que antes eran centrales para la comunidad –plaza– con los que impone el gusto de los individuos ajenos al ámbito comunitario –salas de fiestas, auditorios, polideportivos, discotecas–. Estos nuevos entornos, que por lo general no son al aire libre, tienen mucho que ver con la introducción en numerosos episodios festivos de fuertes elementos de espectáculo y con la creación de otros nuevos actos, que únicamente poseen tal contenido –recitales y actuaciones musicales– y que deben asegurar que ninguna inclemencia del tiempo los arruine, dado el coste económico que suelen suponer. Tales espectáculos no sólo conllevan una merma de la activa participación que definía en otro tiempo a la comunidad, sino que restringen en no pocas ocasiones la misma asistencia de los vecinos, ya sea porque no suelen ser de su gusto o porque se lo dificulta el pago de una entrada.

Es obvio que la mayoría de los vecinos se integra junto al grueso de los habitantes del municipio en los numerosos bailes, las procesiones, la Misa Mayor u otros actos llevados a cabo por organizaciones locales. Conjuntamente es un hecho que los jóvenes de ambos sexos de las comunidades disponen de un lugar especial en las competiciones deportivas, los encierros o los pasacalles. Tampoco hay dificultad en hallar el hueco dedicado por las fiestas a los niños –concursos–, ancianos –meriendas– y a los hombres –juegos– y mujeres –acontecimientos religiosos– adultos de la comunidad. Sin embargo, dichas evidencias no impiden que, tanto en las acciones masivas –cabalgatas con carrozas– como en las que antes eran más reservadas para la comunidad –vaquillas de aguardiente, chito–, los vecinos ocupen el papel más residual. Esta marginalidad, que se hace palpable en todo el ciclo festivo anual, se agrava durante las celebraciones estivales, a las que, por otra parte, cada vez se suman menos los vecinos en virtud de la terminación de la recolección o la cosecha y más en función de sus vacaciones en los trabajos, que compaginan con la actividad agraria en la industria, la construcción y/o los servicios.

Por otro lado, la presencia de este tipo de grupos urbanos en Guadarrama y los desequilibrios, que desencadena dicho asentamiento en la estructura social comunitaria, los reflejan y refuerzan las características que reviste la organización espacial de las comunidades.

El paisaje posee unos rasgos específicos y bien delimitados, que son los propios de un medio natural de montaña. La altitud, la abundante pluviosidad y la irrigación del Guadarrama y del Manzanares proporcionan a esta comarca la suficiente humedad ambiental para que, aparte de una amplia superficie forestal de monte maderable y abierto, exista una vegetación de prados y pastizales, cuyo aprovechamiento, poco apto para la agricultura, fundamenta la idiosincrásica actividad ganadera de la zona. Se trata, por tanto, de un espacio natural que, con mucho más razón que en el Área Metropolitana, no debe calificarse como un enclave marginal. En cualquier caso, son evidentes las superficies invadidas por las urbanizaciones de primera y, sobre todo, de segunda residencia, por los servicios e infraestructuras –embalses de Santillana, Navacerrada, La Jarosa, Tebar y El Batán–; los abandonos de las explotaciones ganaderas que multiplican el coste y la especulación del suelo; o la contaminación y el deterioro medio ambiental –incendios, desforestación de especies autóctonas, vertidos, degradación de aguas de ríos y arroyos–. La especificidad y, simultáneamente, la pérdida de ella, que refleja el paisaje, se manifiestan claramente en la ocupación ceremonial que efectúan los vecinos de los espacios naturales. Se siguen celebrando Hornazos y fiestas de "Correr la tortilla" en Robledo de Chavela y Fresnedillas, así como romerías en Los Molinos, Cercedilla y San Lorenzo de El Escorial. Pero las comidas campestres no tienen más relieve que en el Área Metropolitana y las romerías han desaparecido en la mayoría de las comunidades de la comarca.

De este modo, aunque los asentamientos de las formaciones sociales urbanas originan menos desarraigo entre los vecinos de Guadarrama que los del Área Metropolitana, la pérdida de exclusividad, continuidad y homogeneidad del espacio comunitario es bastante superior que en la comarca Suroccidental, la Campiña y, especialmente, que en las Vegas y Lozoya–

Somosierra. El aparente tipismo del medio rural de Guadarrama choca con la dicotomía existente entre el territorio de las comunidades y el de las colonias de primeros y segundos residentes, cuyos intereses socioespaciales priman y se muestran dominantes sobre los de los vecinos, a quienes se contempla cada vez más como una formación social marginal y desplazada. A semejanza de lo ocurrido en el Área Metropolitana, los cambios impuestos por las formaciones sociales urbanas han desbordado, al menos por el momento, la capacidad de absorción de los mismos por parte de la comunidad, de forma que la percepción del territorio no sólo pierde referentes conocidos para los vecinos sino que incorpora otros que, en algunos casos, les pueden resultar pertinentes, pero que en otras muchas circunstancias se les vuelven incomprensibles. La merma de cohesión y de identidad social y espacial de las comunidades de Guadarrama, acentuada todavía en mayor medida en las localidades compartimentadas en barrios –San Lorenzo de El Escorial, Collado-Villalba, Guadarrama–, aleja los límites comunitarios de los del municipio y, aún más, de los de la comarca y la región.

Todos estos rasgos sociales y espaciales se plasman en, y son mostrados por, las fiestas de la comunidad, cuyas transformaciones, inferiores a las observadas en el Área Metropolitana, superan con creces las del resto de las comarcas tanto en lo relativo a la disminución de la exclusividad vecinal y al control, que ejercen los grupos urbanos, sobre el desarrollo y la financiación de las celebraciones como en lo concerniente al aumento de los componentes de espectáculo y mercantilismo. Hay que agregar, no obstante, que en esta comarca resulta muy característico que los ayuntamientos, movidos por los residentes permanentes y, en especial, por los de segunda habitación, creen nuevas fiestas estivales –Alpedrete– para los veraneantes, en las que los vecinos apenas están integrados. Igualmente debe remarcarse que, ante la masiva afluencia de grupos urbanos a las fiestas estivales, los vecinos se retraen con frecuencia de colaborar en el sufragio de los actos de libre acceso, máxime cuando el contenido de muchas de tales acciones no suele ser ya casi nunca decidido y preparado por ellos. Claro está que en esto también opera la menor significación, que atribuyen las familias de las comunidades a obtener un fondo ceremonial, con el que costear sus relaciones en todos los posibles terrenos de interacción y, en particular, durante las fiestas. Y tampoco puede obviarse el círculo vicioso consistente en que entre menos sufragan las fiestas los vecinos, más marginados se sienten en ellas y menos aliciente tienen para hacerlo. Ello actúa en sentido inverso para las formaciones sociales urbanas, sobre todo, si tenemos en cuenta que su aportación se corresponde con su mayor nivel de rentas y con el hecho de que suelen ser los colectivos más numerosos de todas las celebraciones anuales. Efectivamente, junto con otras contribuciones, los grupos urbanos suelen ser casi siempre los ganadores de las pujas, quienes donan mejores regalos en las subastas, los que permiten la amortización de los actos más costosos o los que compran más adornos, flores o cera para ornamentar la iglesia, las calles y otros lugares públicos.

Mucho menores son las transformaciones que experimenta el espacio comunitario de las Vegas y, sobre todo, de Lozoya–Somosierra a causa del emplazamiento de este tipo de grupos urbanos.

Una continuidad, homogeneidad y exclusividad semejante a la de los cascos contruidos define el paisaje de las comunidades de Lozoya-Somosierra. Se trata de un paisaje sumamente arraigado con la actividad productiva que se ejecuta en él de manera preferente: la ganadería extensiva de vacuno y ovino; y que a la vez está muy imbricado con otros aprovechamientos de índole secundaria para la comarca: el cultivo de cereal de secano y la explotación de los recursos forestales. Los típicos cercados de piedra, que lo atraviesan, y algunas ligeras construcciones para albergue de pastores, que aparecen diseminadas, armonizan así a la perfección el habitat natural con el medio socioeconómico de las comunidades. Precisamente esta buena diferenciación del paisaje construido por la comunidad deja patente el carácter distorsionador de las edificaciones de segunda residencia, que lo salpican normalmente en agrupaciones compactas y, en ocasiones, de modo puntual para albergue de una sola familia. Y por igual delata los asentamientos de diversas instalaciones de servicios –hipermercados, embalses, residencias asistidas– e industrias en las zonas más exteriores de los cascos o en las áreas no habitadas de mayor proximidad a éstos. Los continuos desplazamientos de grupos urbanos y las dinámicas sociales, que arrastran consigo tales movimientos, dejan además una huella en el paisaje que contrasta con la que estampan los vecinos, para quienes, dada generalmente su avanzada edad, los nuevos significantes siguen suponiendo un fuerte desajuste entre lo percibido y lo conocido. Quizá los vecinos ya de edad sólo encuentren el referente más próximo de toda esta red de nuevos significantes en los cotos de caza que, desde mediados de siglo, comenzaron a proliferar en la comarca, gestionados por individuos ajenos al ámbito comunitario y comarcal que siempre fueron considerados intrusos lo mismo que, sobre todo, quienes, procedentes por lo común de Madrid, los usaban solicitando el ojeo de algunos o de muchos de los miembros de la comunidad.

En suma, ni de lo examinado para el habitat construido ni de lo visto para el paisaje parece que pueda concluirse que el territorio de las comunidades de Lozoya-Somosierra se defina negativamente por no ser urbano. Antes bien, en contradicción con lo que sostienen algunos científicos sociales, ostensiblemente en el caso de Jung (1972: 82), lo urbano se capta en las comunidades como lo que ya no posee los requisitos específicos de lo rural; la barrera entre ambos espacios, máxime cuando no se olvidan sus relaciones asimétricas, no se percibe arbitraria o nostálgicamente por los vecinos, la sienten real. Por mucho que los vecinos sean conscientes de las continuas transgresiones de las que es objeto el espacio comunitario por parte de los diversos grupos urbanos, esa percepción de las diferencias que separan el territorio urbano del rural potencia, por otro lado, que los límites de la comunidad sean asumidos de forma precisa y clara y, paralelamente, con significados bien delimitados de lo que representan el marco municipal, comarcal y regional.

Esta delimitación se capta sobre todo en lo relativo al ámbito regional, frente al que los vecinos se sienten muy ajenos por entender que encierra realidades socioculturales sumamente opuestas a las suyas. Menos disociada del espacio comunitario se ve la comarca, ya que, enclavadas en este entorno, los vecinos reconocen otras demarcaciones comunitarias similares

a la suya, con las que suelen mantener relaciones de reciprocidad y cooperación o conflictos y rivalidades por unos recursos que consideran comunes. Estos vínculos, a menudo vertebrados por mancomunidades de regantes, de pastos o por cooperativas, se extienden a veces al terreno del trabajo en común, de la producción y de la distribución; jugando en este último aspecto un importante papel las ferias y los mercados de algunas localidades. Conjuntamente tal interacción se refuerza, en no pocos casos, por lazos de parentesco. Y más cercano se contempla aún el territorio municipal, sobre todo en las localidades en las que los vecinos suponen un porcentaje superior al 20% de la población total. El conocimiento y la utilización de los topónimos, referidos al entorno inmediato y más lejano, que evidencian incluso los vecinos más jóvenes, acercan el marco del municipio al de la comunidad. Pese a que muchos de los topónimos que antes usaba la comunidad se han perdido, al ser sustituidos por otros nuevos acuñados por los grupos urbanos introducidos en los municipios, los que todavía emplean los vecinos actúan como signos de identidad espacial que les sirven para reconocer la idiosincrasia que aún posee la escala territorial en la que se mueven, interaccionan y se relacionan. Parajes determinados, caminos o fincas se asumen en el lenguaje y, a veces, en la leyenda como puntos de referencia conocidos que llevan la impronta de su condición rural. Y esto, aun cuando la mayoría de la población de los municipios, dada su condición urbana, no entiende ni lo que significan los topónimos usados por la comunidad ni a dónde aluden; y, por consiguiente, consciente de que el paisaje rural es sólo comprendido por los campesinos, lo traduce en metros, kilómetros u otros indicadores adecuados a su contexto espacial.

Junto al espacio, las fiestas son, al igual, un exponente y catalizador fundamental de la presencia de los grupos urbanos en el territorio de la comunidad. Las celebraciones son, como en el resto de la región, momentos de interacción y conexión máxima entre los vecinos y estos grupos urbanos, si bien, a diferencia de lo observado en otras comarcas en las que muchos de los contenidos y aspectos formales de las fiestas son impuestos por forasteros, los vecinos de las comunidades de Lozoya-Somosierra tienen más capacidad de decidir todo lo que hace referencia al hecho festivo. Aparte de que la exclusividad de las fiestas se reduce menos que en otras comarcas, en contraste con lo observado en ellas, los componentes de espectáculo que inyectan los distintos grupos urbanos son bastante menores. Menos separadas de su contexto social original que en otros puntos de la región, las fiestas cuentan con la participación activa de la práctica totalidad de los vecinos que no se limitan a contemplarlas. En esta línea, podemos mencionar, por ejemplo, que uno de los actos más tradicionales de muchas de las celebraciones de primavera, como son las comidas campestres realizadas con ocasión del Hornazo o de "Correr la tortilla", continúan ocupando un lugar principal en el desarrollo de esas fiestas. En efecto las comidas campestres, antes abordadas en La Acebeda, Horcajuelo de la Sierra, Villavieja del Lozoya, La Serna del Monte, Piñuecar, Buitrago de Lozoya, El Berrueco y Patones ya no se efectúan, pero se siguen emprendiendo en Montejo de la Sierra, Puebla de la Sierra, Berzosa del Lozoya, Pinilla del Valle, Garganta de los Montes, Patones y El Vellón.

Por último, otro rasgo, que diferencia del resto de la región la ingerencia de los grupos urbanos en las fiestas de las comunidades de Lozoya-Somosierra, lo constituye la exigua participación de vecinos que, en oposición a las celebraciones de la comunidad, registran las de rango nacional o regional. Ello está en consonancia con el escaso nivel de sustitución que tienen las fiestas comunitarias por las de ese otro ámbito más amplio. Al unísono, este hecho ha potenciado que en la actualidad determinadas celebraciones que con anterioridad eran de tipo regional, como San Isidro, hayan perdido tal carácter, circunscribiéndose sólo a los municipios y las comunidades en que sus significantes encuentran un referente más o menos preciso.

Consecutiva con la mayor dependencia que frente a Lozoya-Somosierra produce en las comunidades de las Vegas la incidencia de grupos urbanos del tipo 4, la organización espacial de esta última comarca aparece más alterada en su continuidad, homogeneidad y exclusividad. A medida que el territorio se ha hecho más cosmopolita y complejo, las formaciones sociales que cohabitan con los vecinos no se limitan, como antaño lo hicieran los artesanos y otros grupos de similar posición social, a diferenciar el entorno sin apenas sustraerle continuidad y homogeneidad. El nivel de distorsión espacial que introducen en las Vegas los grupos urbanos no se corresponde, sin embargo, con el grado de tolerancia que les deparan los vecinos. De esta manera, se trata de una ruptura de la homogeneidad y continuidad, desde luego mucho menos intensa que en el Área Metropolitana, Guadarrama, la Campiña o la comarca Suroccidental, que obedece más al ejercicio de la capacidad de presión de los grupos urbanos que a la pérdida de la exclusividad que los vecinos asocian con su territorio. Es innegable que tal exclusividad ya no es tan profunda como antes, pero a menudo desata fuertes recelos frente a los forasteros, ante los que se sigue volviendo la cabeza sin demasiado recato para que quede patente a éstos y al conjunto de la comunidad, cuya complicidad se presupone con dicho gesto, lo extraña y anómala que resulta esa presencia.

Por otro lado, el paisaje de las Vegas es junto al de Lozoya-Somosierra el menos alterado de la región y, por consiguiente, uno de los que parece más impropio calificar de marginal. El ámbito abarcado por la actividad agraria sobrepasa cualquier otro uso, por lo que el paisaje continúa configurándose como un enclave primordialmente agrario. Y ello, a pesar de la acentuada contaminación de los ríos Tajo y Jarama por detritos industriales, del deterioro de los complejos vegetales de ribera –tarais, sauce, chopo, carrizos, juncos, olmos–, de la invasión de las vegas de regadío por instalaciones urbanas e industriales, del acortamiento en más de un 20% de la longitud de las vías pecuarias (Barañano, 1984: 10), del vertido de escombros y residuos sólidos en tierras de labor e improductivas y de la indiscriminada extracción de áridos. Al tiempo, los parajes naturales, como arroyos, ríos y arboledas, a los que acuden a reunirse los vecinos o a celebrar algún acontecimiento especial, sobre todo meriendas y romerías, siguen expresando la pertinencia y especificidad del territorio comunitario, aunque no están exentos de actuaciones degradantes y poseen superficies acotadas debido a la instalación de segundos residentes y de usos industriales o de servicios. Una demostración patente del gran papel, que continúan jugando los parajes naturales para

la integración social y el estrechamiento de las relaciones de los vecinos, son las distintas celebraciones primaverales del Hornazo y de "Correr la tortilla". Tales actos festivos sólo han dejado de ejecutarse en Estremera, manteniéndolos en Ambite, San Martín de la Vega, Tielmes, Carabaña, Orusco, Morata de Tajuña, Perales de Tajuña, Villarejo de Salvanés, Chinchón, Valdelaguna, Belmonte del Tajo, Brea de Tajo, Titulcia, Villaconejos, Colmenar de Oreja y Fuentidueña de Tajo; es decir, en la práctica totalidad de la comarca.

Los rasgos que reúne el espacio comunitario, como vemos, permite hablar de una identidad territorial, claramente diferenciable, cuyos límites la acercan al ámbito abarcado por el municipio, con el que en otro tiempo se confundía por completo. Quitando el caso de Aranjuez, donde abundan los barrios y los campesinos, aun siendo más numerosos que en muchas localidades de la región, configuran un colectivo minoritario frente a otros marcos comunitarios de la comarca, existe una honda conciencia de arraigo en la comunidad y de maridaje de ésta con su municipio. El emplazamiento de grupos urbanos no ha ocasionado los componentes de desunión y marginalidad vecinal, advertidos en otras comarcas, mientras que el espacio municipal sigue conservando en muchos aspectos la dimensión simbólica que tuviera antaño para la comunidad. Tal analogía de ámbitos se concreta, por ejemplo, en el empleo que los vecinos e incluso los miembros más jóvenes de la comunidad hacen de los topónimos. Su falta de uso y conocimiento por parte de las formaciones sociales urbanas corroboran que, por mucho que éstas puedan aludir a, y transitar por, determinados espacios, se refieren a, y se enclavan en, unos territorios ajenos a su mundo, en los que no han penetrado, por lo menos, hasta el punto de hacerlos desaparecer del lenguaje con el que fueron y son todavía conocidos. Y esto, aun cuando algunos topónimos proyectan ya el sincretismo de contenidos urbanos y rurales o el mero recuerdo del que son objeto. Bastante más lejanos se hallan para la comunidad los límites de la comarca, pese a que dentro de esta última escala los vínculos entre marcos comunitarios distintos adquieren aún más consistencia que en Lozoya-Somosierra, fruto de las fuertes relaciones de reciprocidad existentes en las Vegas. Y todavía más lejos y arbitrarios se sitúan para la comunidad los límites de la región, cuya falta de pertinencia es esencialmente la misma que la existente en Lozoya-Somosierra, habiéndose operado en la mayoría de los marcos comunitarios un proceso de eliminación de fiestas regionales y nacionales similar al de esta comarca serrana, que ha derivado en una sustitución de dicho tipo de celebraciones por otras con mayor significado para los vecinos. A la par que lo observamos en el caso de San Isidro, lo constatamos en el del Corpus, cuya celebración, mantenida aún con fuerza en algunas comunidades, ha perdido en otras mucho protagonismo vecinal, como lo demuestra el hecho de que apenas se coloquen ya altares o se adornen las calles al paso de la procesión.

Finalmente, la disminución de exclusividad y otras alteraciones, que manifiestan las fiestas de las Vegas por efecto de la presencia de grupos urbanos, no difieren demasiado de los rasgos que caracterizan las celebraciones en Lozoya-Somosierra. A ello habría que agregar que, a pesar de la mayor pérdida de exclusividad y componentes tradicionales que define las fiestas estivales, éstas siguen comportándose como factores de la máxima vigencia e

importancia para reafirmar la identidad de la comunidad y diferenciarla respecto a las unidades socioespaciales urbanas. Una prueba palpable es que en numerosas comunidades las celebraciones de verano se siguen asociando a las fechas en que se recogen los productos más característicos.

Por último, mucho mayores que en Lozoya-Somosierra y las Vegas son las transformaciones que producen los grupos urbanos del tipo 4 en el espacio comunitario de la Campiña y la comarca Suroccidental. Tales alteraciones resultan superiores en la Campiña que en la comarca Suroccidental, aunque cuanto evidencia el pasisaje de ambos territorios suponga una excepción de esta tónica general.

El paisaje se muestra algo más alterado en la comarca Suroccidental que en la Campiña debido a la mayor apropiación y degradación de suelo que conllevan la penetración y la expansión urbana en el primero de ambos marcos comarcales. Así, en el habitat natural de la comarca Suroccidental se asientan las industrias que resultan contaminantes para los cascos y muchas de las empresas de servicios, pues buena parte de éstas apenas tiene conexión con los requerimientos de consumo de los vecinos de la comunidad, siendo sus principales clientes los individuos que viven en el Area Metropolitana, cuyo reclamo impone espacios de fácil acceso y aparcamiento. Simultáneamente, las segundas residencias encuentran en el territorio de la comarca Suroccidental mejores opciones para localizarse que en la Campiña, ubicándose en medio de masas forestales, en la proximidad de cursos fluviales y carreteras y en otras áreas pintorescas por sus vistas o determinadas aptitudes naturales. Hay que subrayar, asimismo, que estas segundas residencias han dado pie a numerosas urbanizaciones de muy baja calidad, rayanas en una variante de chabolismo sumamente degradante para el medio físico. El menor coste del suelo en esta comarca que en los enclaves, que tradicionalmente han jugado el papel de ser zonas de veraneo, ha posibilitado la configuración de una amplia demanda de segundas residencias, protagonizada por individuos de precarios niveles de renta. Estos, a menudo, creyendo que adquieren de ciertas promotoras terrenos aptos para construir, tan sólo obtienen suelo rústico que, además de no contar con las infraestructuras y la ordenación adecuadas, no puede ser urbanizado. Por esta razón, conscientes de que pudiera ser derruido cuanto edificuen, proceden a una infraconstrucción que con frecuencia efectúan por su cuenta o con la ayuda de familiares o amigos. No en vano, la ocupación ceremonial del espacio natural reviste superior relieve para los vecinos de la Campiña, donde son ya típicas las fiestas del Hornazo y de "Correr la tortilla", organizadas en los parajes más idóneos de la mitad de los territorios comunitarios de la comarca: Talamanca del Jarama, Valdetorres del Jarama, Cobeña, Anchuelo, Pezuela de las Torres, Arganda, Loeches, Valverde de Alcalá, Corpa, Olmeda de las Fuentes, Campo Real, Pozuelo del Rey, Nuevo Baztan, Villar del Olmo y Valdilecha. Y no es que las comunidades de la comarca Suroccidental carezcan de este género de celebraciones, sino que se circunscribe a tres localidades: Valdemorillo, Cadalso de los Vidrios y Villamanta.

Como se desprende del análisis del espacio natural y, sobre todo, del construido de las comunidades de ambas comarcas, los límites del ámbito comunitario y sus signos de identidad

se vuelven más difusos que en Lozoya-Somosierra y las Vegas. Esta indiferenciación, más apreciable en la Campiña que en la comarca Suroccidental, se multiplica también en las comunidades fraccionadas en barrios, según ocurre primordialmente en Valdemoro, Navalcarnero, Arganda y Algete, cuyas semejanzas con los territorios del Área Metropolitana son día a día mayores. Si en la Campiña la privación de efectivos ha hecho entender a los vecinos de manera inmediata que son objeto de una fuerte colonización, en la comarca Suroccidental el embargo de tierras ha llevado a los miembros de la comunidad a la misma conclusión: a que sus intereses están relegados frente a los de los nuevos pobladores del agro y a que cada vez van siendo menos los enclaves de su territorio que permanecen reservados. Es más, los vecinos de ambas comarcas saben que, aun cuando su extracción de excedentes afecta siempre con singular intensidad a sus bienes esenciales –fuerza de trabajo y tierras–, no desconocen que el conjunto de sus recursos sufre igualmente los negativos efectos de tal colonización. Y por supuesto que son conscientes de que dichos efectos y la importación por las formaciones sociales urbanas de nuevos significantes y significados debilitan la propia pertinencia de la comunidad, su entidad social, los niveles de arraigo en ella de los vecinos, sus relaciones, valores, normas de conducta y hasta la consistencia de muchos referentes locales¹⁰³ –topónimos, leyendas míticas–, que no en pocos casos desaparecen. En suma, los límites de la comunidad coinciden menos con los del municipio que en Lozoya-Somosierra y las Vegas. El municipio aparece como un territorio que, en virtud de su complejidad socioespacial y de las disparidades que presentan respecto a la comunidad las entidades sociales por él englobadas, resulta lejano e inaccesible para los vecinos. Esta lejanía y falta de acceso se amplía aún más para la comarca y, especialmente, para la región y el ámbito nacional.

Todas estas transformaciones socioespaciales, que experimenta la comunidad a causa de la presencia de los distintos grupos urbanos en su territorio, se manifiestan y refuerzan en las fiestas de ambas comarcas, cuyo nivel de cambio por efecto de tales asentamientos es bastante superior al observado en las Vegas y, sobre todo, en Lozoya-Somosierra, si bien no requiere comentarios especiales dado que su contenido no añade más que intensidad a las alteraciones ya constatadas en estos dos marcos comarcales. Habría que agregar, no obstante, algunas puntualizaciones, más aplicables a la Campiña que a la comarca Suroccidental y en correlación con los mayores componentes de espectáculo que ahora tienen las celebraciones, con el menor nivel de participación de los vecinos y, a consecuencia de esto último, con el descenso de los conflictos y las rivalidades con los forasteros y con las inferiores aportaciones económicas que prestan los miembros de la comunidad. Así, se incrementa notoriamente la dirección que desempeñan diversas organizaciones especializadas y, con ellas, el intento de convertir ciertos momentos festivos en un negocio. Efectivamente, sobre todo, en la comarca Suroccidental los vecinos siguen poniendo en práctica de manera casi exclusiva distintos actos festivos de corte tradicional, como determinados juegos y deportes –encierros, carreras de sacos, prendas, escondite, tiro de pichón, chocolate a ciegas, rotura de cántaros, cucaña, bolos, huevo, chito–, bailes –rondón, jotas– e interpretaciones musicales con instrumentos locales –

gaita, tamboril-. Sin embargo, poco es lo que representan tales actos frente a los bailes, los juegos, las verbenas, las rifas o las corridas de toros que establecen las diferentes formaciones sociales urbanas de acuerdo con sus gustos y conductas –relación entre sexos y grupos de edad, concurrencia de artistas de fama, limitación de los factores de riesgo en detrimento de los elementos lúdicos- y en los lugares –discotecas, auditorios, salas de fiestas- en que les resulta idóneo desenvolverlos. Estos actos cuentan al tiempo con la supervisión e intervención de especialistas, como asociaciones culturales, animadores y productoras, que, contratados por los ayuntamientos, tratan de obtener beneficios de los espectáculos que ofrecen o, al menos, amortizar gastos.

TABLA 80

ASENTAMIENTO DE GRUPOS URBANOS. NIVELES DE CAMBIO Y ASIMETRIA ORIGINADOS*

TIPOS/COMARCAS**	I	II	III	IV	V	VI
GRUPOS RELACIONADOS CON LA COMUNIDAD						
Mayor Afinidad	a	b	f	d	c	e
Afinidad Intermedia	a	b	f	c	d	e
Menor Afinidad	a	e	f	c	d	b
TOTAL	A	B	F	C	D	E
GRUPOS QUE TRABAJAN EN EL TERRITORIO DE LA COMUNIDAD	F	D	A	C	B	E
GRUPOS QUE RESIDEN EN EL TERRITORIO DE LA COMUNIDAD***	F	B	A	C	D	E
GRUPOS QUE TRABAJAN Y RESIDEN EN EL TERRITORIO DE LA COMUNIDAD***	F	B	A	C	D	E
TOTAL	F	B	A	C	D	E

* Con el fin de graduar, en orden de mayor a menor, el nivel de cambio y asimetría que origina en las distintas comunidades campesinas el asentamiento de grupos urbanos, hemos partido del siguiente sistema de equivalencias: máximo (a,A), segundo (b,B), tercero (c,C), cuarto (d,D), quinto (e,E), mínimo (f,F).

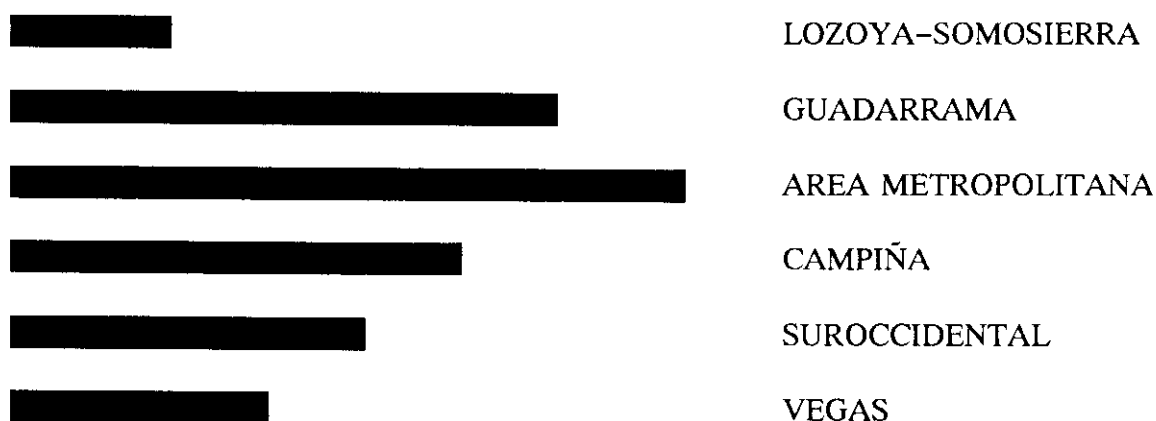
** I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

*** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

Fuente: Elaboración propia.

GRAFICO 57

ASENTAMIENTO DE GRUPOS URBANOS. NIVELES DE CAMBIO Y ASIMETRIA ORIGINADOS



5.1.2.- EMPRESARIOS AGRARIOS CAPITALISTAS

Muy pocos son los cambios y los niveles de dependencia que añaden los empresarios agrarios capitalistas al panorama dibujado por los grupos urbanos en el conjunto de las comarcas, tanto en el terreno socioespacial como ceremonial, promoviendo a la par en el seno de las comunidades una menor verticalidad y estratificación que aquéllos. No en vano, su posición de dominio respecto a los vecinos es muy inferior a la de las formaciones sociales urbanas y, simultáneamente, la característica subordinación del capital agrario al urbano y financiero se acusa en la región de Madrid de manera especialmente intensa. Por otra parte, su número no sólo es infinitamente menor que el de los grupos urbanos, sino más bajo que el de los propios vecinos, frente a los que resultan una minoría.

Ahora bien, ni los empresarios agrarios capitalistas ni, como más adelante veremos, el proletariado agrario tienen la misma entidad económica y sociocultural que los miembros de las comunidades, por mucho que todos ellos se dediquen a que la tierra produzca. No parece que sea así a nivel general, pero desde luego que no ocurre en la región de Madrid, pese a que se les incluya dentro de los mismos parámetros en numerosos tratados de geografía humana (Carter, 1974: 17; Johnson, 1974: 29), en los que prima un análisis social que define como población campesina a toda la que no es urbana. El ejemplo más cercano de tal identificación lo tenemos en determinados estudios demográficos de índole estadística, realizados por el I.N.E. y diversos ministerios competentes, cuyos censos de población activa agraria sólo introducen diferencias entre empleadores y empleados y entre autónomos, asalariados y aportes de trabajo familiar, sin distinguir la naturaleza de las relaciones socioeconómicas y culturales de los grupos englobados en estas categorías.

Ateniéndonos a estas relaciones, los empresarios agrarios capitalistas y los campesinos protagonizan distintos modos de producción¹⁰⁴, que requieren modelos analíticos específicos

(Warman, 1972: 46, 1976: 68; Palerm, 1972a: 55, 1976: 3, 1980: 71; Chayanov, 1966: 51, 1985: 229-232; Wolf, 1971: 25-27) y que implican un nexo particular con la tierra. Mientras los miembros de las comunidades sólo pueden utilizarla para cubrir sus necesidades, los empresarios buscan, pese a que no lo consigan apenas en la región de Madrid, el crecimiento, la reproducción de sus inversiones, la maximización del rendimiento de los factores de la producción y la minimización del coste de éstos últimos. Aunque para la comunidad cuenta cada vez más el requerimiento de obtener mayores rentas, del producto bruto anual que percibe en el mercado, del que debe restar los gastos productivos del año, sólo le queda el producto del trabajo, cuyo contenido ni parece equiparable con el de salario ni con el de beneficio neto, renta o interés del capital. Se observa, por igual, que cuando los vecinos invierten en nuevas tierras, pagando incluso unos precios superiores a los del mercado, lo hacen con el objetivo de restablecer el equilibrio de sus necesidades de consumo y trabajo, no de llevar a cabo un negocio. Para ellos opera, sobre todo, el abastecimiento de sus necesidades de subsistencia y su recurso esencial está constituido por la fuerza de trabajo familiar, siempre incorporada a un producto y no convertible en capital monetario, no pudiendo organizarse para reproducir un capital que no poseen, que adquieren a un precio muy alto y que sólo usan como requisito para la producción, como capital operativo de uso sin miras especulativas. Por contra, los empresarios agrarios capitalistas buscan la revalorización del capital invertido a la tasa de beneficio medio, ya que para ellos ese factor productivo es el fundamental y más abundante, el que hay que preservar y reproducir y sobre el que debe girar el conjunto del proceso de producción.

Todas estas características, que definen a los empresarios agrarios capitalistas y les diferencian substancialmente de los miembros de las comunidades, presentan bastantes variables en función de las particularidades que reúnen los diversos colectivos que las protagonizan. Tales colectivos, cuya significación y posición ante los vecinos está marcada por la penetración de las relaciones agrarias capitalistas en el marco global de la región y en cada una de sus comarcas, podrían resumirse esencialmente en los cuatro tipos siguientes:

1. Empresarios de comercialización y transformación de productos agrarios a gran escala y sin afinidad con los vecinos.
2. Empresarios de comercialización y transformación de productos agrarios a pequeña escala y con afinidad con los vecinos.
3. Productores con niveles medios de afinidad con los vecinos.
4. Productores con alta afinidad con los vecinos.

Dado que la preeminencia de cada uno de estos tipos, tanto cualitativa como cuantitativamente, obedece a la mayor o menor penetración de las relaciones agrarias capitalistas en los distintos ámbitos del proceso económico, así como a las peculiaridades que reviste dicha incursión, los niveles de asimetría y verticalidad que generan tales colectivos en las comunidades aumentan del tipo 4 al 1. En virtud del gran potencial económico, que, tal

como vimos en el capítulo 2 y 3, posee la monopolización de la distribución de productos agrarios en nuestra región y del papel cardinal que juegan el mercado y el abastecimiento de alimentos para que el capital se reproduzca en el agro, los empresarios dedicados a la comercialización y transformación desencadenan una alta verticalidad y asimetría en la comunidad, que casi nunca originan los productores, pese a que éstos últimos son siempre bastante más numerosos. Por otro lado, la afinidad que por lo general existe, en mayor o menor grado, entre los vecinos y los productores agrarios capitalistas desaparece prácticamente para los empresarios ocupados de la distribución, restringiéndose puntualmente a los titulares de pequeños negocios. Con todo, tal afinidad ocasional no contrarresta apenas la profunda asimetría que desatan los empresarios de distribución, con la particularidad, además, de que, al tratarse de una actividad fuertemente monopolizada, el número de pequeños empresarios orientados a la comercialización y transformación es sumamente escaso. La jeraquización que establece esta tipología no se funda, por tanto, en un asentamiento más o menos numeroso en el territorio de los vecinos, sino en los efectos que acarrea sobre la comunidad una mayor o menor posición de superioridad. De hecho, la secuencia que diseña la cuantía numérica de estos tipos los sitúa, en orden decreciente, de este otro modo:

TIPOS MAS ASIMETRICOS

1. Empresarios de comercialización y transformación de productos agrarios a gran escala y sin afinidad con los vecinos
2. Empresarios de comercialización y transformación de productos agrarios a pequeña escala y con afinidad con los vecinos
3. Productores con niveles medios de afinidad con los vecinos
4. Productores con alta afinidad con los vecinos

TIPOS MAS NUMEROSOS

3. Productores con niveles medios de afinidad con los vecinos
4. Productores con alta afinidad con los vecinos
1. Empresarios de comercialización y transformación de productos agrarios a gran escala y sin afinidad con los vecinos
2. Empresarios de comercialización y transformación de productos agrarios a pequeña escala y con afinidad con los vecinos

Asimismo, en contraste con la tipología definida para las formaciones sociales urbanas, en la que frente al criterio de la residencia y del trabajo no importa demasiado el sector productivo en el que estos colectivos ejercen su actividad económica, este segundo factor pasa a ser decisivo a la hora de construir tipos de empresarios agrarios capitalistas. Si en el caso

anterior el sector productivo de los grupos urbanos sólo matiza la significación de la residencia y del trabajo, la capacidad explicativa de ambos criterios se invierte en las tipologías de empresarios agrarios, sirviendo el segundo para modificar el alcance del primero. No olvidemos que la actividad económica de los empresarios agrarios capitalistas, a diferencia de las formaciones sociales urbanas, se coloca en el mismo ámbito, en el que desarrolla la suya la comunidad, y está directa o indirectamente articulada con ella.

5.1.2.1.- Empresarios de comercialización y transformación de productos agrarios a gran escala y sin afinidad con los vecinos

Entrando ya en el análisis de cada uno de estos tipos y en su significación comarcal, hemos de subrayar que el tipo 1 se halla fuertemente imbricado en la mayoría de las comunidades de la región con las formaciones sociales urbanas que detentan el capital industrial, financiero y comercial. Basan su existencia en la acumulación de crecientes sumas de capital, en el trabajo asalariado de sus empleados y entidades filiales, en la monopolización del suministro de alimentos y en la extracción de los excedentes de las comunidades. Por lo común, se trata de empresarios subsidiarios de propietarios de multinacionales industriales o de seguros y/o de grupos de banqueros, presentes en los consejos de administración de esas entidades, o, de no ser así, de titulares de empresas independientes con apretadas alianzas con unos u otros de aquellos o con los tres. Muchas veces han sido también con anterioridad propietarios o accionistas de empresas de servicios y, en especial, de industrias químicas y de bienes de equipo o de entidades de seguros, hacia las que evolucionan con frecuencia tras entablar su actividad en el agro. Resulta igualmente bastante habitual que estos empresarios, aparte de unir sus operaciones comerciales a las de transformación, financien las compras de los vecinos, que les presten capital para emprender ampliaciones de tierras o mejoras productivas o que les aseguren su producción, por lo que su dedicación a la distribución de productos agrarios suele conllevar su especialización en transacciones financieras. En suma, no son más que una rama de la industria, del comercio y de la banca en el campo, sobre todo si tenemos en cuenta que su volumen de negocio proviene más de los bienes de producción y otros artículos de consumo, que venden a los miembros de las comunidades, que de lo que les compran para transformar y/o comercializar. Las semejanzas, que en otros ámbitos regionales proporcionan a los miembros de las comunidades y a los empresarios agrarios capitalistas el producir sobre, y en, un mismo medio y, principalmente, el hallarse subordinados ambos a los requerimientos de los grupos urbanos, se aminoran sensiblemente en la región de Madrid, ya que hablamos de unos empresarios de comercialización y transformación que apenas son divergentes de las formaciones sociales urbanas y de sus intereses.

Estas mismas consideraciones deben aplicarse, con igual fundamento, a la mayor parte de los empleados de tales empresarios agrarios que ejercen funciones de dirección y que no son clasificables entre el proletariado agrario, como sucede con los administrativos, capataces, encargados o gerentes. Además estos últimos colectivos suelen presentar una gran versatilidad

e indefinición laboral, de modo que lo mismo pueden trabajar en el sector agrario que en los servicios, la industria o la construcción. De hecho, la mayoría de ellos ni conoce el oficio de ganadero o agricultor ni realiza un trabajo específico en el agro, que no haya abordado antes y de manera muy similar en otros sectores productivos.

Por lo demás, tanto los empresarios agrarios capitalistas como este tipo de empleados no se distinguen del resto de la población urbana en lo relativo a sus zonas de asentamiento residencial, siguiendo las pautas que les marca su status social. Ya se localice su residencia cerca o lejos de los miembros de las comunidades, no acostumbran a formar o mantener ninguna relación con ellos, representándoles en sus tratos determinados empleados no adscritos a los cargos de dirección. En otras ocasiones dichos contactos se extienden, al unísono, a los que sostienen algunas de sus filiales dirigidas a la producción. Y en no pocas circunstancias tales nexos comerciales se llevan a cabo a través de mediadores entre los vecinos y los empleados de esos empresarios. Constituidos en sociedades anónimas monopolísticas en la práctica totalidad de los casos, los empresarios agrarios no residen siempre en la región y cuando lo hacen es, en muchos momentos, tras haberse trasladado desde fuera de ella. En términos globales, puede decirse, por consiguiente, que los desequilibrios que introducen en la organización social y espacial de la comunidad apuntan en el sentido ya visto para los grupos urbanos, salvando que son responsables muy directos de la extracción de la mayor cantidad de excedentes que transfiere la comunidad hacia el exterior de ella por la vía de su consumo y distribución de productos. Paralelamente, están detrás del endeudamiento y de la pérdida de rentas que sufren los vecinos, de la intensidad laboral que se ven obligadas a desplegar las familias y de la alteración que experimentan los roles vecinales por todos los motivos aducidos. Al igual, este tipo de empresarios es el que más acentúa la estratificación comunitaria, la verticalidad de los vínculos de los vecinos y el surgimiento y el poder de los mediadores entre éstos y aquéllos. No hay que dejar de lado, a la par, lo mucho que degrada el habitat natural de las comunidades el uso de bienes de producción de origen industrial y la intensidad productiva que estos empresarios imponen a los vecinos.

El territorio de las comunidades del Area Metropolitana es el principal receptor de la actividad de este tipo de empresarios, desde donde controlan la comercialización y transformación agraria no sólo de dicha comarca sino, en buena medida, del conjunto de las seis de la región. Lo evidencia el hecho de que, del total regional de este tipo de empresarios, más de un 54% emplace su negocio en el espacio de las comunidades metropolitanas y de que en tal porcentaje se incluyan las multinacionales y los monopolios nacionales más poderosos de la alimentación, de los bienes de equipo, de los piensos compuestos y del sector cárnico, lechero, vinícola y hortícola. A gran distancia del Area Metropolitana, se ubican, en segundo término, en las Vegas y, en tercer lugar, en la comarca Suroccidental, donde representan respectivamente un 17% y un 13%, dedicándose de modo preferente a comercializar y envasar vinos. Un 9% suponen en la Campiña y en torno a un 3% en Guadarrama y Lozoya-Somosierra. En estas tres últimas comarcas es menos usual que en las anteriores que los

empresarios diversifiquen su actividad hacia la producción y que coincidan con antiguos latifundistas que, tras vender o abandonar sus explotaciones, han convertido la acumulación efectuada sobre la tierra en capital financiero, invirtiéndolo en las empresas de distribución. También es menos frecuente que se correspondan con latifundistas que han simultaneado la compra de acciones en empresas de distribución con su permanencia como rentistas de suelo. Conjuntamente, tanto en la Campiña como en Lozoya-Somosierra y Guadarrama se dan las particularidades, con más fuerza que en el resto de las comarcas, de que bastantes de los empresarios detentan negocios filiales de otros de mayor escala económica y de que es un poco menor el peso de las sociedades anónimas. Por ello se atenúa algo, respecto a las otras tres áreas comarcales, la asimetría que inducen en la comunidad tales titulares de empresas de distribución, la reducción progresiva que provocan de los sistemas de nivelación de las diferencias interfamiliares –intercambios, redistribución– y de fomento de la homogeneidad y horizontalidad entre vecinos y, asimismo, la división del marco comunitario entre los estratos más favorecidos por el mercado y el crédito y los más perjudicados.

5.1.2.2.– Empresarios de comercialización y transformación de productos agrarios a pequeña escala y con afinidad con los vecinos

Una segunda clase de empresarios de comercialización y transformación de productos agrarios está protagonizada por los titulares de pequeños negocios, cuya afinidad con los vecinos aminora algo la dependencia comunitaria que impulsa el tipo 1. Esta afinidad nace de la subordinación que padecen frente a los grandes empresarios, los monopolios y las multinacionales de la distribución, que apenas les reservan cuotas de mercado y que imponen una organización del sistema productivo sumamente compleja y cada vez más sujeta al capital. Esta mayor cercanía también obedece a su menor retención del valor añadido de los productos de los vecinos, a que no se convierten habitualmente en sus prestamistas y a que no suelen venderles bienes de equipo de origen industrial, por lo que tampoco contribuyen a degradar el medio físico de las comunidades. Radica por igual en su trato, normalmente, directo y personalizado con los vecinos, que suele ser fruto de la proximidad con la que emplazan su residencia a la de los miembros de la comunidad y de los nexos cotidianos que, por otros motivos no ligados a la comercialización y transformación de productos, sostienen con las distintas familias del ámbito comunitario. En virtud de dichos tratos no es infrecuente, por otro lado, que cooperen financieramente en el ceremonial de la comunidad. Además de ser poco numerosos, estos pequeños empresarios no suelen adoptar la forma de sociedades anónimas, extender su actividad económica a la producción o responder a intereses ajenos a los de la región o la comarca en la que operan. De ahí, que no procedan con tanta frecuencia como los empresarios a gran escala de fuera del ámbito regional ni extralimiten sus transacciones a otros enclaves comarcales diferentes de los que se asientan.

La mayor significación comarcal del tipo 2 se liga a los territorios, que se encuentran menos monopolizados por las actividades de los empresarios a gran escala, siendo escasa su

presencia en el espacio de las comunidades que se hallan más penetradas por éstos últimos, dada la competencia y las limitaciones con las que se topan a la hora de instalarse y, sobre todo, de llevar adelante su negocio. En cualquier caso, tanto en las zonas que les permiten un mayor emplazamiento como, singularmente, en las que se lo posibilitan en inferior medida, el contenido de su acción económica se desenvuelve sobre los productos que menos interesan a los grandes empresarios, los que dejan márgenes comerciales más bajos y los que han sido objeto de una especialización menor. Así, la secuencia comarcal que define la preeminencia del tipo 1 se invierte para el 2 paso a paso.

No obstante, los valores de dicha secuencia, pese a ser muy decisivos para determinar el variable protagonismo de este género de empresarios, no son definitivos, ya que, junto al factor de asentamiento mencionado, hay que señalar que suelen emplazar su negocio en las comunidades en las que los vecinos controlan e instituyen sus propios circuitos comerciales. En efecto, donde funciona tal clase de canales comerciales y de transformación no sólo existe un mercado que pueden captar, por no estar bajo la esfera de los grandes empresarios, sino que abundan los productos que menos les interesan a éstos y sobre los que encuentran inferiores trabas para intervenir. Sin duda, la competencia que entablan los empresarios a pequeña escala con los vecinos y su tendencia a sustituir los cauces comunitarios de distribución originan el enfrentamiento de unos y otros, pero su conflicto no llega a ser nunca superior al que, con menos personalismo y mayores pérdidas de rentas, tienen los miembros de las comunidades con los titulares de negocios de gran tamaño. Comparando, por tanto, las secuencias comarcales que diseñan uno y otro factor de asentamiento y teniendo en cuenta que el primero de ambos atrae más que el segundo la presencia de estos pequeños empresarios, obtenemos los siguientes valores para cada comarca:

SECUENCIA COMARCAL DEL TIPO 2. NIVELES DECRECIENTES DE ASIMETRIA

<u>Primer factor.</u>	<u>Segundo factor.</u>	<u>Ambos factores</u>
<u>Territorios menos monopolizados por los empresarios de distribución a gran escala</u>	<u>Territorios con más circuitos de distribución propios</u>	
Lozoya-Somosierra	Vegas	Lozoya-Somosierra
Guadarrama	Suroccidental	Guadarrama
Campiña	Lozoya-Somosierra	Suroccidental
Suroccidental	Area Metropolitana	Campiña
Vegas	Campiña	Vegas
Area Metropolitana	Guadarrama	Area Metropolitana

5.1.2.3.- Productores con niveles medios de afinidad con los vecinos

En lo que se refiere a estos productores que conforman el tipo 3, hay que manifestar, en primer término, que sus niveles de afinidad con los vecinos son ostensiblemente mayores que los vistos para los pequeños empresarios de comercialización y transformación de productos

agrarios. Ello es correlativo principalmente con la supeditación de los intereses de los productores a los del desarrollo urbano, muy superior a la experimentada por los pequeños empresarios de distribución. Asimismo se deriva de la posición que ocupan los productores dentro de los procesos económicos en el agro, mucho menos susceptible de crear capital y de captar los excedentes transferidos por las comunidades que en el caso de los empresarios de distribución. No obstante, esta afinidad que, como luego veremos, asciende notoriamente en el tipo 4, se ve mermada en parte por el hecho de que una alta proporción de los productores con niveles medios de afinidad con los vecinos procede de fuera del territorio de la comunidad de asentamiento y, en no pocas ocasiones, de la comarca o de la región. Esta circunstancia es especialmente patente para los productores que operan con la cobertura de ser sociedades anónimas, pues bajo dicha modalidad no sólo se engloban mayores aportes de capital, superiores búsquedas de los procesos acumulativos e incorporaciones más altas de grupos financieros o comerciales, sino orígenes muy distintos a los de los vecinos de las comunidades de emplazamiento. No es casual, en consecuencia, que estas sociedades anónimas, aun cuando mucho menos frecuentes que en el sector de la distribución agraria, incrementen la asimetría que promueven los restantes productores en el ámbito socioespacial de las comunidades.

Su acceso a la producción en el espacio de la comunidad se ejecuta a través de la compra o del arrendamiento de tierras a los vecinos o, de manera más puntual, de alguna forma de control financiero y comercial sobre el suelo, como ocurre con determinadas concesiones bancarias, embargos o contratos de integración vertical con ciertas empresas industriales o comerciales. Estos productores, a diferencia de los miembros de las comunidades, aplican de modo muy intenso a su actividad la tecnología más avanzada, disponen de fuertes capitales que tratan continuamente de reinvertir y reproducir y poseen un profundo control del mercado, en el que suelen colocar sus mercancías de manera más ventajosa y consiguiendo mayores rentas que los vecinos. En esto último influye decisivamente su gran especialización en los productos más rentables y que mejor se venden en el mercado. Utilizando la tierra, el trabajo y sus productos como mercancías y por su valor de cambio, sólo consideran rentable su producción cuando recuperan unas tasas de ganancia similares a las de la industria, desistiendo de ella desde el momento en que no logran alcanzar esos rendimientos, por lo que con mucha asiduidad no llegan a instalarse en aquellas zonas en las que las condiciones socioeconómicas no facilitan tal extracción de beneficios. Por consiguiente, se insertan en un marco social complejo y extraño para los vecinos, en un contexto que no es el propio de la cooperación ni de la redistribución, sino el de la competencia y la acumulación basadas en conocimientos y técnicas propios de la sociedad mayor.

Ahora bien, prácticamente todos los factores, que les oponen a los intereses del capital urbano, les asemejan a la vez con los vecinos, si bien la lógica de su producción conlleva una agudización de la absorción de excedentes y recursos que soportan los miembros de las comunidades y ellos mismos por parte de las formaciones sociales ajenas al agro.

El más sobresaliente de esos factores es la limitación que supone la captación de suelo y

fuerza de trabajo para usos urbanos, lo que no sólo les priva de poder utilizar dichos recursos, sino que les obliga a tener que pagar más para conseguirlos, máxime cuando la producción agraria capitalista necesita tierras bien irrigadas y de buena calidad –planas, con suelos profundos y poco pedregosos, de fácil drenaje y ricas en nutrientes– y se funda en el empleo de trabajo asalariado al menor coste posible. En esto estriba justamente una de las diferencias esenciales con los miembros de las comunidades, ya que, los productores manejan como mercancías la tierra y el trabajo, aplicándoles un precio fijado por la oferta y la demanda. Respecto al uso de trabajo asalariado, conviene resaltar, no obstante, que en la región no todos los productores lo contratan, muchos gestionan solos sus empresas, ejerciendo en este supuesto una menor asimetría sobre las comunidades que en el caso anterior.

Otro de los factores de mayor relieve lo constituye el gran volumen que alcanza la importación de productos de otras regiones, a fin de cubrir la ingente demanda de la población urbana y de satisfacer el cambio de patrones de consumo alimentario que inducen las empresas industriales. La competencia que generan estas importaciones, les apremia a disponer de mayores cantidades de capital para intensificar y ampliar el monto de su producción, volviéndoles más dependientes de las entidades que lo controlan y que, para garantizar su acumulación, les impiden hacerlo a ellos y les plantean intereses crediticios según los cánones usuales.

Un tercer factor es el de los precios que obtienen por sus productos en el mercado, ante el que se colocan en una posición asimétrica. Tales precios, aparte de estar sujetos en mayor medida que otros a las crisis periódicas del modo de producción capitalista, son generalmente más bajos de los que demandan sus expectativas de acumulación y reproducción de capital. Lo determina la importancia que tiene para las economías no agrarias no debilitar el poder adquisitivo de las formaciones sociales urbanas, asegurar el margen de ganancia de los empresarios industriales y comerciantes y mantener elevados los precios de los artículos industriales. Esta expropiación por los mecanismos lógicos del mercado se extiende cuando los productores capitalistas adquieren fertilizantes, maquinaria, piensos compuestos y otros bienes de producción que necesitan, todavía más que los miembros de las comunidades, para rentabilizar sus inversiones y lograr su intensidad productiva. Finalmente, les afecta de manera cada vez más eminente la degradación medio ambiental que desata el crecimiento urbano en todas sus facetas.

Sin embargo, como acabamos de mencionar, la naturaleza de su producción contribuye a la larga y, en ocasiones, a corto plazo a multiplicar los efectos negativos de tales factores tanto para ellos como para los vecinos, lo que implica una merma de muchas de sus potenciales afinidades con los integrantes de las comunidades. Así, los productores capitalistas rivalizan con los vecinos por el suelo y la fuerza de trabajo, siendo responsables activos del alza de sus costes y de la privación, en no pocos casos, de las mejores tierras de la comunidad que siempre desean comprar o arrendar. Igualmente arrastran a los vecinos a intensificar su producción para poder competir con ellos en el mercado y frente a los alimentos que provienen de fuera de la región; desencadenan un alza continua de los bienes

de equipo, dada su gran demanda; e incrementan el deterioro del medio físico agrario.

La significación comarcal de estos productores, que, debido a las limitaciones citadas, no ignora su gran descenso numérico desde 1962 a la actualidad y la merma entre esos años de su capacidad de acumular tierra y contratar trabajo asalariado, responde a las distintas condiciones históricas que reúne cada comarca y que configuran el curso de la reproducción del capital en el agro madrileño.

Las comunidades del Area Metropolitana son las que registran un mayor asentamiento de este tipo de productores que, no obstante, sólo representa un 14% aproximadamente del total de la población comarcal dedicada al sector agrario. Además su cuantía numérica y tenencia de tierras se han contraído notablemente, desde los años sesenta, a causa de la especial incidencia en el territorio metropolitano de los obstáculos arriba mencionados. Dicha disminución afecta, al unísono, a los titulares de explotaciones sin tierras, cuyos altos rendimientos, por contra, no han sufrido mengua. Por otro lado, en las comunidades metropolitanas resulta más común que en el resto de la región que estos productores actúen bajo la modalidad de sociedades anónimas y que se correspondan con antiguos absentistas, que optaron por imprimir a su explotación una nueva naturaleza productiva, si bien sólo en algunas circunstancias abordan ellos mismos la producción, contratando usualmente trabajo asalariado. En otras ocasiones, tales antiguos absentistas ceden en arrendamiento sus tierras a los productores capitalistas. Una u otra alternativa las empiezan a tomar con fuerza los mencionados absentistas desde el inicio de la recesión económica, al prever una bajada de los costes de suelo y un futuro más sombrío que en el pasado para los movimientos especulativos, basados en la inmovilización y el abandono de tierras.

A continuación de las comunidades metropolitanas, las de la Campiña reúnen el segundo número más elevado de productores capitalistas. Su porcentaje sobre el total de la población que explota el sector agrario asciende, más o menos, a un 9%, habiendo perdido importancia, desde los años sesenta, tanto su valor numérico como la extensión de sus tierras y el recurso de constituir sociedades anónimas para acrecentar la producción y acumulación de capital. Tales mermas han afectado de modo muy singular a las explotaciones industriales sin tierras. No obstante, hay que subrayar que, como ocurre en las Vegas, los productores asentados en el territorio de las comunidades de la Campiña basan más su explotación en el trabajo asalariado que en el resto de las comarcas, lo que resulta especialmente patente en las unidades industriales sin tierras, cuya contratación de peonadas se incrementa en los últimos años. Asimismo, tanto en la Campiña como en el Area Metropolitana, resulta menos característico que en el resto de la región que los productores capitalistas residan en el lugar en el que ejercen su actividad, si bien la mayoría lo hace de este modo, acentuando su grado de afinidad con los vecinos.

Tras las comunidades de la Campiña, las de Guadarrama son las que suman el tercer número más alto de productores capitalistas, representando su proporción respecto al total de la población dedicada al agro en torno a un 7% y poseyendo unas superficies bastantes superiores a las del Area Metropolitana. Bastante más cuantiosas que en la Campiña, las

sociedades anónimas constituidas en Guadarrama por esta clase de productores, pese a ser menos numerosas que en el Área Metropolitana, ejercen una fuerte asimetría sobre los vecinos, ya que son la instancia que en mayor medida compite con ellos por la captación de tierras. Tal rivalidad se lleva a cabo sobre todo por parte de las empresas propietarias de cotos de caza, de los que se obtienen en esta comarca rentas muy elevadas, y de los grandes titulares de ganaderías, cuyos requerimientos de pastos entran en contradicción muy fuerte con las demandas que también tienen los vecinos orientados al aprovechamiento ganadero. La absorción de vastas extensiones de pasto, a cargo de las inmobiliarias, y la insuficiencia y no demasiada aptitud de esta clase de terreno agrario han agravado dicha competencia, que siempre es soportada mejor por los productores capitalistas gracias a las superiores rentas que consiguen alcanzar. Por otra parte, los productores de Guadarrama son los que poseen la cota más alta de explotaciones industriales sin tierras.

Alrededor de un 3% representa este tipo de empresarios frente a la población agraria de las Vegas, es decir, algo menos de la mitad del porcentaje que suponen los productores en las comunidades de Guadarrama. Esta proporción se aminora algo más en la comarca Suroccidental, donde se sitúa en un 2% aproximadamente. Y algo menor al de la comarca Suroccidental es aún ese porcentaje en Lozoya-Somosierra. En estas tres comarcas el tenue relieve de las sociedades anónimas, la escasa significación de las explotaciones industriales sin tierra, mínima en Lozoya-Somosierra, y la poco preeminente extensión de suelo que controlan los productores capitalistas acortan todavía más las ya limitadas posibilidades que tiene este tipo de empresarios para monopolizar su economía. Y, de paso, dichos aspectos rebajan los niveles de verticalidad y asimetría, que estos empresarios impulsan en las comunidades, e incrementan los puntos de afinidad con los vecinos.

5.1.2.4.- Productores con alta afinidad con los vecinos

Un cuarto y último tipo de empresarios es el protagonizado por productores con elevada afinidad con los vecinos. Se trata, en primer lugar, de los empresarios que más acusan los efectos negativos de la penetración urbana en el territorio de las comunidades, por lo que o no emplean trabajadores asalariados o lo hacen en mínimas cantidades o de manera ocasional, llegando en algunas circunstancias a utilizar fuerza de trabajo de su familia. En segundo término, hablamos de algunos antiguos campesinos que, ya sean o no originarios del espacio comunitario en el que se asientan, han transformado la naturaleza y los objetivos de su producción gracias, entre otras razones, a las propicias posibilidades materiales que les han proporcionado las altas rentas que extraen de sus explotaciones y/o la tenencia de amplias superficies de tierra. Esta segunda variedad de empresarios ha sido instituida en parte por la dinámica de cambio de la comunidad y la profundización de su estratificación social, que ha diversificado a los vecinos en ciertos grupos, que expresan los procesos de desintegración comunitaria y que asumen los rasgos socioculturales típicos de las formaciones sociales propias de la sociedad mayor. Y ello, a pesar de que dentro de esos rasgos no tienen por qué

estar determinadas características, atribuidas frecuentemente a los productores capitalistas y que, sin embargo, no son definitorias de ellos, tales como el tamaño de la explotación, la cantidad y calidad de la producción o el empleo de mano de obra asalariada, no siempre requerida por dichos empresarios y, por el contrario, utilizada a menudo por los vecinos.

La primera de las variedades definidas se localiza fundamentalmente, en consecuencia, en las zonas más penetradas por el desarrollo urbano. Por su parte, la segunda de las variables mencionadas se emplaza donde las explotaciones poseen mayor tamaño y están más intensificadas. De las secuencias territoriales, que diseñan una y otra variable, obtenemos la distribución comarcal de este tipo de empresarios y de los niveles de asimetría que promueven en la comunidad.

SECUENCIA COMARCAL DEL TIPO 4. NIVELES DECRECIENTES DE ASIMETRIA

<u>Variable 1.</u> <u>Territorios con mayor</u> <u>penetración urbana</u>	<u>Variable 2.</u> <u>Territorios con explotaciones</u> <u>mayores y más intensificadas</u>	<u>Ambas Variables</u>
Area Metropolitana	Area Metropolitana	Area Metropolitana
Guadarrama	Guadarrama	Guadarrama
Suroccidental	Campaña	Campaña
Campaña	Vegas	Suroccidental
Vegas	Suroccidental	Vegas
Lozoya-Somosierra	Lozoya-Somosierra	Lozoya-Somosierra

Los mayores valores de asentamiento, que registra el territorio de las comunidades metropolitanas, originan un acercamiento entre estos productores y los vecinos que no sólo conlleva una modificación de los patrones de comportamiento de los primeros sino, al igual, de los segundos. Así, los vecinos son más susceptibles que en otras comarcas de tener afinidad con los productores capitalistas en virtud de una cierta liberación de los límites impuestos por sus relaciones comunitarias y de las alteraciones que sufren, ya desde el ámbito de la familia, sus roles y funciones de orden social y económico. Estas transformaciones se agudizan al entrar en contacto los vecinos con aquéllos, incrementándose toda una serie de constantes, como son la impersonalidad y el anonimato en las relaciones, la pérdida de una pertinencia individual que les hace ser más sustituibles o su mayor valoración en base a lo que ingresan y no tanto según su posición en la familia y la comunidad. En sentido contrario, se observa que los productores capitalistas, en especial los que antes han sido campesinos y no emplean en la actualidad mano de obra asalariada, adoptan ciertas dosis de la reciprocidad y cooperación que desempeñan los vecinos, poniéndola en práctica con éstos y entre sus propios homólogos. Ello sucede, sobre todo, con las transferencias de mano de obra en los momentos de mayor demanda del ciclo agrario, cuyo intercambio obliga socialmente a los productores con los vecinos y a éstos con aquéllos, aunque más puntualmente ocurre igual con los excedentes de determinados cultivos y aprovechamientos ganaderos. Por lo demás, pese

a que estos productores residen casi siempre en el territorio de su explotación, es decir, en el de la comunidad y no acostumbran a proceder de otras regiones o ámbitos comarcales diferentes a su zona de emplazamiento, el Área Metropolitana es la comarca donde menos fijan su residencia y hay menor correspondencia entre su origen y su asentamiento. Ambos hechos se aprecian singularmente en el caso, bastante excepcional en toda la región y también en las comunidades metropolitanas, de que tales productores se hayan erigido en sociedades anónimas. El primero de estos dos factores resulta excepcional, a la par, cuando los productores son originarios del territorio comunitario, pues en tal circunstancia suelen habitar en casas que han heredado de sus antiguas familias campesinas.

Guadarrama y la Campiña son, a su vez, el segundo y tercer territorio en los que más se asientan estos productores, haciéndolo tanto por su explotación como por su residencia y siendo en su mayoría originarios de su lugar de emplazamiento. En uno y otro territorio abundan los empresarios de producción que antes eran titulares de grandes latifundios y que ahora detentan explotaciones con empleo masivo de asalariados. Son frecuentes simultáneamente los productores que arriendan sus tierras a campesinos. Pero en ambos supuestos se distingue con claridad quiénes son empresarios de producción y quiénes campesinos, dada la gran separación que presentan los primeros entre su empresa y su economía doméstica y habida cuenta del carácter de las funciones que realizan los miembros de sus familias, muy distintas de las que definen a las unidades familiares de los vecinos.

Por su lado, el asentamiento de estos productores en los territorios comunitarios de la comarca Suroccidental y las Vegas alcanza, respectivamente, el cuarto y quinto valor regional. En ambos espacios son todavía más ocasionales que en los anteriores los orígenes foráneos y la ausencia de residencia de este tipo de productores. Tampoco es nada habitual que se constituyan en sociedades anónimas. Los tratos con los vecinos se emprenden en no pocas circunstancias sobre el cauce de la mediación, ya que a menudo los productores capitalistas facilitan a los campesinos el contacto con las compañías de distribución o con los empresarios, que pueden pagarles superiores precios por sus artículos. Tal conocimiento de los mejores compradores resulta muy habitual para unos empresarios, que están continuamente evaluando dónde colocar sus productos con más ventajas. Otra forma de vinculación es el arriendo de tierras a los vecinos, normalmente de las menos interesantes para los productores. Estos arrendatarios se siguen ocupando al tiempo de sus propias explotaciones, logrando de su dedicación parcial a las tierras de los productores capitalistas unas rentas, que les permiten seguir manteniendo a flote su propia producción y autofinanciar su economía familiar. Aún más habitual es la asalarización parcial de los vecinos en las tierras de los productores capitalistas. No es excepcional, aparte, que los vecinos presten determinado género de asesoría técnica a tal tipo de productores –calidades de suelo, sistemas de cultivo, previsión de incidencias climáticas– y, en justa correspondencia, que éstos ayuden a los anteriores a gestionar sus cuentas o a manejar bienes de equipo.

Las comunidades de Lozoya-Somosierra son, finalmente, las que conocen menos asentamientos de este tipo de productores. Sus orígenes y su residencia se sitúan casi siempre

en el territorio en el que producen, resulta muy raro que formen sociedades anónimas y a menudo recurren a las prestaciones de trabajo de algunos de los miembros de su familia. Todo ello facilita un gran acercamiento económico, social y ceremonial entre vecinos y productores capitalistas.

TABLA 81

ASENTAMIENTO DE EMPRESARIOS AGRARIOS CAPITALISTAS. NIVELES DE ASIMETRIA*

TIPOS/COMARCAS**	I	II	III	IV	V	VI
EMPRESARIOS DE COMERCIALIZACION Y TRANSFORMACION DE PRODUCTOS AGRARIOS A GRAN ESCALA Y SIN AFINIDAD CON LOS VECINOS***	F	E	A	D	C	B
EMPRESARIOS DE COMERCIALIZACION Y TRANSFORMACION DE PRODUCTOS AGRARIOS A PEQUEÑA ESCALA Y CON AFINIDAD CON LOS VECINOS	A	B	F	D	C	E
PRODUCTORES CON NIVELES MEDIOS DE AFINIDAD CON LOS VECINOS	F	C	A	B	E	D
PRODUCTORES CON ALTA AFINIDAD CON LOS VECINOS	F	B	A	C	D	E
TOTAL	F	E	A	C	D	B







* Con el fin de graduar, en orden de mayor a menor, el nivel de cambio y asimetría que origina en las distintas comunidades campesinas el asentamiento de empresarios agrarios capitalistas, hemos partido del siguiente sistema de equivalencias: máximo (a,A), segundo (b,B), tercero (c,C), cuarto (d,D), quinto (e,E), mínimo (f,F).

** I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

*** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

Fuente: Elaboración propia.

ASENTAMIENTO DE EMPRESARIOS AGRARIOS CAPITALISTAS. NIVELES DE DEPENDENCIA

	LOZOYA-SOMOSIERRA
	GUADARRAMA
	AREA METROPOLITANA
	CAMPIÑA
	SUROCCIDENTAL
	VEGAS

5.1.3.- PROLETARIADO AGRARIO

Como en el caso de los empresarios capitalistas, el proletariado agrario es mucho menos numeroso que los miembros de las comunidades en las que se asienta y, asimismo, que en la mayoría de las regiones de fuerte crecimiento urbano e industrial. El número de obreros que trabajan para empresarios de distribución no ha descendido, pero la cuantía de los que se emplean en la producción ha experimentado una gran regresión tanto en las explotaciones con tierras como en las de naturaleza industrial. Su presencia comarcal, que viene prácticamente a coincidir con la de los empresarios agrarios capitalistas, no cambia apenas la dependencia que acusan las comunidades por efecto del asentamiento de los grupos urbanos y, en menor medida, de los cuatro tipos definidos de titulares de empresas capitalistas. Paralelamente, la subordinación que lleva a cabo de las comunidades es de índole muy diferente de la que desenvuelven los grupos urbanos y los empresarios agrarios capitalistas, ya que no ejerce una captación del plustrabajo campesino más que de forma indirecta, es decir, desde el momento en que no tiene otro remedio que aceptar ser expresión de esa absorción y trabajar para quienes la fomentan y rentabilizan. Con todo, el emplazamiento del proletariado agrario en las comunidades contribuye a reforzar la segmentación y verticalidad, que desencadenan las formaciones sociales anteriores y la propia dinámica de la estratificación social comunitaria, instaurando en el territorio vecinal unas estructuras sociales completamente ajenas a las campesinas. Los vecinos miran a estos trabajadores como extraños y ellos suelen comportarse como tales, estableciendo pocos vínculos con las familias de las comunidades en que trabajan o/y residen. En el supuesto, por otro lado, de entablar relaciones con esas familias suelen acometerlas con altos componentes de verticalidad, fruto de la posesión en muchas ocasiones de unas rentas superiores a las de buena parte de los vecinos del marco comunitario.

Los diversos tipos de proletariado agrario existentes en la región pueden sintetizarse en dos

básicos, estructurándose el segundo de ambos en ocho variables. Esta tipología, que marca para los vecinos niveles de asimetría decrecientes del primer al segundo tipo y, dentro de éste, de la primera variable a la última, es la siguiente:

1. Obreros de empresas de distribución.
2. Obreros de empresas de producción.
 - 2.1. Residentes que trabajan una jornada completa en explotaciones sin tierras.
 - 2.2. Residentes que trabajan una jornada completa en explotaciones con tierras.
 - 2.3. Residentes que trabajan una jornada parcial en explotaciones sin tierras.
 - 2.4. Residentes que trabajan una jornada parcial en explotaciones con tierras.
 - 2.5. No residentes que trabajan una jornada completa en explotaciones sin tierras.
 - 2.6. No residentes que trabajan una jornada completa en explotaciones con tierras.
 - 2.7. No residentes que trabajan una jornada parcial en explotaciones sin tierras.
 - 2.8. No residentes que trabajan una jornada parcial en explotaciones con tierras.

Igual que remarcamos para las formaciones sociales urbanas el criterio de la residencia resulta más asimétrico para las comunidades que el del trabajo. Como vimos, la residencia de los grupos no campesinos en el territorio de la comunidad es, al menos en la actualidad, más desintegradora de la horizontalidad y la vida comunitaria que el trabajo. Así, la residencia del proletariado agrario varía más que el trabajo la composición social interna de la comunidad, porque se ajusta en mayor medida que este último factor al modelo de crecimiento urbano, al que se ven abocadas y supeditadas las áreas rurales. Además la residencia conlleva también una relación cotidiana y permanente con los vecinos que no acarrea el trabajo.

Conjuntamente, la contratación en empresas de distribución lleva aparejada una mayor asimetría en la comunidad que el trabajo en la producción, no sólo por la superior monopolización de la economía comunitaria que comporta la fase del proceso productivo que abordan dichos negocios, sino porque, al emplearse en ellas, el proletariado agrario no se distingue sensiblemente en su relación y comportamiento con los vecinos de lo que pueda hacerlo cualquier grupo urbano. Efectivamente, los obreros de las empresas de distribución, aparte de desarrollar una labor mucho más distante de, y opuesta a, la protagonizada por los vecinos que la que ejercen los trabajadores de explotaciones de producción capitalista, se encuentran más imbricados que éstos en los circuitos agrarios monopolísticos que extraen mayores excedentes a los campesinos. En contraste con los asalariados de explotaciones de producción capitalista, ocupan un empleo mucho menos expuesto a la eventualidad, precariedad y parcialidad, que provoca la dificultad de rentabilizar y sacar adelante la actividad productiva en el agro. Su relación laboral y tipo de empleo no difieren demasiado de la situación que presentan los trabajadores de la industria, ya que en realidad las empresas de distribución agraria no son otra cosa que una rama más del sector industrial. Además los obreros de las empresas de distribución son mucho más numerosos que los que emplean las

explotaciones de producción capitalista, lo que potencia la asimetría de los nexos que relacionan a este tipo de proletariado y a los vecinos. En suma, ya se trate de obreros de empresas de distribución que residan y trabajen a la vez en el territorio comunitario o que cumplan una sola de ambas facetas, su asentamiento y las características que reviste el mismo son poco dispares de cuanto ya apuntamos para las formaciones sociales urbanas.

Por otra parte, en lo relativo a los obreros que trabajan en la producción y a las múltiples variables que ofrece tal situación, hay que señalar que la jornada completa, al implicar una condición más permanente del carácter de estos empleados y un factor de mayor asentamiento, actúa como un criterio que promueve más asimetría que el trabajo a tiempo parcial. Asimismo, el trabajar en explotaciones sin tierra confiere más verticalidad a las relaciones del proletariado agrario con la comunidad que el empleo en las que superan las 0,1 Ha. El asentamiento en el territorio comunitario del obrero de las explotaciones sin tierras asume buena parte de los rasgos, que hacen que este género de unidades productivas esté más próximo a la industria que a la producción agropecuaria y, como ya hemos venido remarcando, los niveles de asimetría que impulsan uno y otro sector son de envergadura y naturaleza muy distinta. En efecto, los empleados de las explotaciones sin tierra se hallan más cercanos a las coordenadas, examinadas para los trabajadores de las empresas de distribución, que los asalariados de unidades productivas mayores de 0,1 Ha.

Al margen de las variables que adopten los obreros que se emplean en la producción, un rasgo común a todos ellos es que no sólo originan una menor verticalidad en las comunidades que los trabajadores de las empresas de distribución, sino que muy a menudo desarrollan vínculos de afinidad con los vecinos, aumentando tales nexos a medida que descendemos de escalón en escalón en nuestra tipología. Así, es frecuente que sean antiguos parados de la industria, la construcción o los servicios, jóvenes que se encontraban infra-empleados y muy mal remunerados y, en un porcentaje menor, pensionistas, cuyos bajos ingresos no les permiten la subsistencia y les obligan a ocuparse por horas en trabajos eventuales. De este modo, los componentes de afinidad que en sí mismos tienen tales colectivos con los vecinos, según vimos al hablar de los grupos urbanos, se amplían cuando se asume el status y los roles del proletariado agrario, cuyas características socioeconómicas hacen que la distancia que media entre éste y los campesinos sea menor que la que separa a las formaciones sociales nacidas en la urbe y a los miembros de la comunidad. Conviene recalcar, no obstante, que muchos de los obreros contratados en las empresas de producción de la mayoría de la región son emigrantes castellanos, extremeños y andaluces. Al lado de éstos se alínean, cada vez con más fuerza, inmigrantes extranjeros procedentes de países empobrecidos que, al no tener generalmente legalizada su residencia, suelen ser subempleados en los trabajos más duros y que ningún español desea ejecutar.

Para facilitar la comprensión de la distribución comarcal de las distintas categorías de proletariado agrario y de las variables, en que se descompone el tipo 2, nos ha parecido pertinente adjuntar al listado tipológico el correspondiente a las tres comarcas de ubicación preferente, disponiendo éste en orden de mayor a menor emplazamiento:

1. Obreros de empresas de distribución: Area Metropolitana, Vegas Suroccidental.
2. Obreros de empresas de producción: Campiña, Area Metropolitana, Suroccidental.
 - 2.1. Residentes que trabajan una jornada completa en explotaciones sin tierras: Campiña, Suroccidental, Area Metropolitana.
 - 2.2. Residentes que trabajan una jornada completa en explotaciones con tierras: Campiña, Area Metropolitana, Vegas.
 - 2.3. Residentes que trabajan una jornada parcial en explotaciones sin tierras: Area Metropolitana, Lozoya-Somosierra, Campiña.
 - 2.4. Residentes que trabajan una jornada parcial en explotaciones con tierras: Area Metropolitana, Lozoya-Somosierra, Campiña.
 - 2.5. No residentes que trabajan una jornada completa en explotaciones sin tierras: Campiña, Suroccidental, Area Metropolitana.
 - 2.6. No residentes que trabajan una jornada completa en explotaciones con tierras: Campiña, Area Metropolitana, Vegas.
 - 2.7. No residentes que trabajan una jornada parcial en explotaciones sin tierras: Area Metropolitana, Lozoya-Somosierra, Campiña.
 - 2.8. No residentes que trabajan una jornada parcial en explotaciones con tierras: Area Metropolitana, Lozoya-Somosierra, Campiña.

La presencia del proletariado agrario es máxima en el Area Metropolitana y las Vegas, principalmente en lo que se refiere a los empleados en empresas de distribución. También es importante, sobre todo en el Area Metropolitana, el asentamiento de obreros que trabajan en la producción, si bien se trata de emplazamientos de menor envergadura que los de la Campiña. Pese al menor número de obreros en la producción de las Vegas, aquí no se reduce, como sucede en el conjunto de la región a excepción de la Campiña, la cuantía de los empleados en explotaciones sin tierras. En ambas comarcas observamos además una presencia abrumadora de emigrantes que proceden de Andalucía, Extremadura, otras regiones limítrofes y, sobre todo, de Marruecos que se contratan tanto en labores de producción como de distribución. Numerosos emigrantes de este país, que desempeñan desde labores de tractorista a las de pastoreo o envasado de productos, pasando por las de fumigación de plagas y las de riego, se han asentado formando colonias junto a los vecinos, con los que mantienen un estrecho contacto y no raramente se emparentan a través de su matrimonio con jóvenes de la comunidad. Pero la marginalidad de los inmigrantes extranjeros respecto a las formaciones sociales urbanas, que residen en el territorio de la comunidad, se extiende en no pocos casos a otros obreros de la distribución y, en especial, de la producción agraria capitalista. Muchos de ellos no se conocen entre sí y apenas están organizados sindicalmente o en otros ámbitos asociativos, por lo que su conciencia de ser un grupo residual suple cualquier potencial identidad de clase. Al igual, estos obreros, cuyo nivel de alfabetización resulta sumamente precario, no suelen tener derecho al paro ni a la percepción del empleo comunitario para las épocas en que son despedidos de las empresas en que trabajan, siendo su jornada laboral

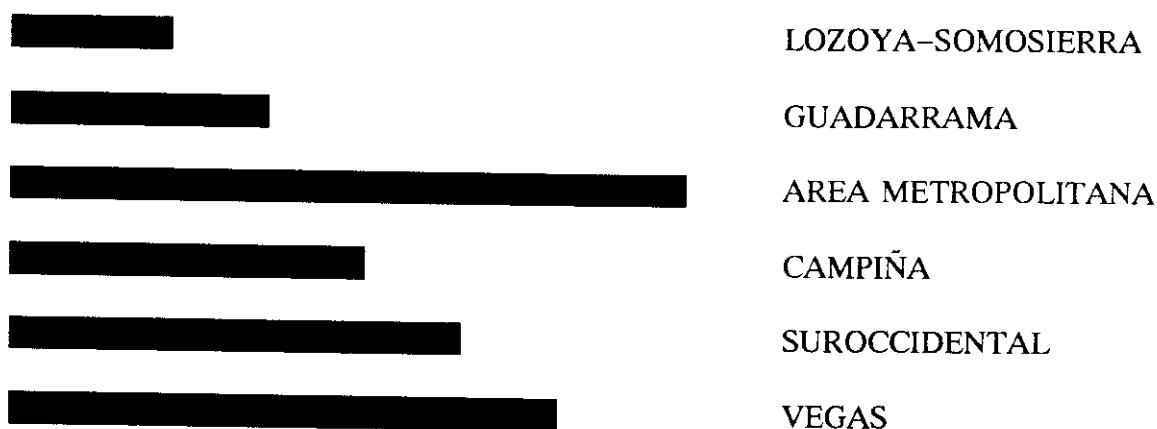
especialmente dura y larga. Esta marginalidad reviste caracteres muy similares a los de los inmigrantes norteafricanos en el caso, bastante habitual, de los obreros, que en su día fueron campesinos en sus localidades de origen y que, al llegar a los territorios metropolitanos y de las Vegas, se quedan sin las relaciones de parentesco o amistad que tuvieran allí. Su soledad les hace, por lo demás, que se acerquen a las comunidades de estas comarcas en busca de los vínculos que ya no poseen.

Las comunidades de la Campiña son el tercer territorio en el que principalmente se asienta el proletariado agrario. No es mucha la presencia de obreros contratados en las empresas de distribución, pero el emplazamiento de los que trabajan en la producción es el máximo de la región, debiéndose subrayar que la Campiña es la única comarca en que se incrementa desde los años sesenta el número de asalariados en explotaciones sin tierras. En estas comunidades se observa que no siempre la posición de clase de los empleados en la producción es definitiva, porque, cuando ha existido la posibilidad de romper con sus relaciones laborales y de retomar una explotación familiar por la vía de la herencia, del matrimonio, del arrendamiento de tierras o de su integración en una cooperativa vecinal, dichos obreros han vuelto a engrosar en bastantes ocasiones las filas de los vecinos y a recuperar la actividad realizada por la mayoría de sus parientes. En otras circunstancias, cuando se presenta la opción de un empleo en los servicios o la industria, tampoco son escasos los asalariados que la eligen, ya que ni en esta comarca ni en el resto mejoran las condiciones de empleo y la marginalidad que tienen estos asalariados en el Área Metropolitana y las Vegas. Ello conlleva, lo mismo que hemos visto para el Área Metropolitana y las Vegas, que la posición de clase de buena parte de estos obreros no sea estable y permanente, que no sean definitivas sus relaciones de producción.

Por último, en lo relativo a la comarca Suroccidental, Lozoya-Somosierra y Guadarrama, las tres áreas de menor asentamiento del proletariado agrario, debemos remarcar que es mucho menos clara que en las zonas anteriores la tendencia a que los obreros se desclasen para reincorporarse de pleno a la vida de la comunidad y a regentar una explotación. Influyen decisivamente el bajo nivel de rentas que caracteriza en estas tres comarcas a los pequeños propietarios y arrendatarios y, en consecuencia, lo poco deseable que resulta para el proletariado agrario sumarse a esa situación.

GRAFICO 59

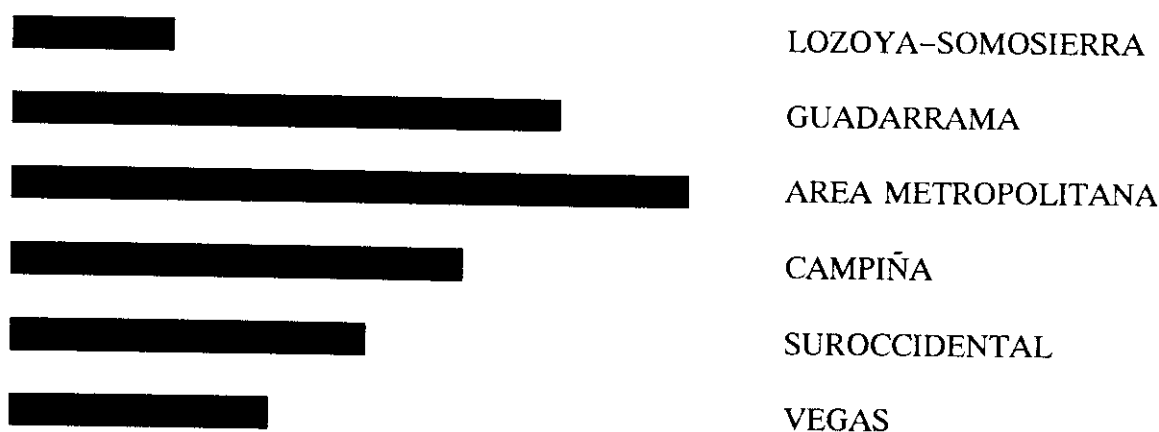
ASENTAMIENTO DEL PROLETARIADO AGRARIO. NIVELES DE DEPENDENCIA



En conclusión, considerando en conjunto la presencia de las diversas formaciones sociales urbanas, de los empresarios agrarios capitalistas y del proletariado agrario en el territorio de las distintas comunidades de la región, comprobamos que la secuencia comarcal que obtenemos no difiere de la que marcan por sí solos los diferentes grupos urbanos. No en vano, los niveles de asentamiento y de dependencia decrecen de las formaciones sociales urbanas a los empresarios agrarios capitalistas y, de éstos, al proletariado agrario; aumentando en sentido inverso el grado de afinidad de tales colectivos con los miembros de la comunidad.

GRAFICO 60

PRESENCIA DE GRUPOS NO CAMPESINOS. NIVELES DE DEPENDENCIA



5.2.- VERTICALIDAD Y HORIZONTALIDAD VECINAL

A simple vista no es difícil encontrar en el seno de las distintas comunidades de la región toda una serie de relaciones verticales y de estratos sociales, que responden a la variable posesión y forma de tenencia de la tierra de los vecinos, a su mayor o menor capacidad de

emplear mano de obra, a la diversa productividad de sus explotaciones o a su inferior o superior nivel de participación en el mercado. Sin embargo, estas disparidades no determinan por sí mismas la mayor o menor verticalidad y estratificación social existente dentro de cada comunidad. Solamente nos permiten conocer las desigualdades, que se constituyen según la superior o inferior propiedad jurídica o formal de los medios de producción y/o las disponibilidades coyunturales de renta.

Efectivamente, la contratación de asalariados, la percepción de elevados ingresos o la venta de la fuerza de trabajo sólo dejan de ser unas características coyunturales, cuando operan de modo permanente durante todo el ciclo agrario y año tras año; y, sobre todo, son fruto de, y se ensamblan con, una posición social que viene dada por el control que ejerce la sociedad mayor sobre los medios de producción y el producto social de los campesinos. Tales categorías, por consiguiente, sólo nos sirven para interpretar la estratificación y verticalidad comunitaria desde una óptica cuantitativa, por mucho que su utilización como elementos explicativos únicos haya sido y sea todavía una constante en numerosos estudios, en los que se entiende que los estratos campesinos se ajustan a los criterios de análisis de clase del movimiento obrero¹⁰⁵ (Garrán, 1977: 3-5). La escasa aptitud metodológica de estas categorías reside en la omisión del papel cardinal que juega la sociedad mayor como eje que, mediante la captación del plustrabajo de las comunidades, estructura toda estratificación y verticalidad comunitaria: las desigualdades entre vecinos dentro de un mismo ámbito y las diferencias de unos marcos frente a otros. Y ello, sin entrar a considerar que, por ejemplo, en lo relativo al mercado de trabajo, determinados estratos de alta posición no son empleadores netos gracias a su elevado nivel de mecanización; o que, por el contrario, numerosos medianos propietarios recurren a contratar mano de obra auxiliar ante la emigración de sus hijos; o que, a la postre, ciertos titulares de pequeñas explotaciones emplean a tiempo parcial su fuerza de trabajo con el fin de obtener ingresos adicionales, con los que sufragar unos desmesurados gastos de consumo. Se obvia igualmente que, en lo concerniente a la posesión y forma de tenencia de la tierra, muchos grandes propietarios han perdido por la vía del mercado buena parte de su poder adquisitivo; mientras que, con frecuencia, numerosos arrendatarios o familias con propiedades de tipo medio obtienen altas rentas, derivadas de los ventajosos precios pagados por sus productos y/o de los rendimientos de sus cultivos intensivos o por el uso de bienes de equipo de origen industrial.

Ahora bien, si la sociedad mayor está detrás de las relaciones verticales y de la estratificación social de las comunidades, su actuación se vehicula fundamentalmente a través de la penetración de los diversos grupos no campesinos en el territorio comunitario, ya estén o no materialmente asentados en él, y de la extracción que éstos llevan a cabo del plustrabajo de los vecinos. De este modo, entre mayor es la presencia de las formaciones sociales no campesinas en el seno de las comunidades y menos capacidad tienen éstas de contrarrestar la influencia de aquéllas, más se acrecientan las desigualdades entre vecinos: más verticalidad acusan los nexos y los estratos sociales del marco comunitario. No en vano, donde es mayor la penetración de grupos no campesinos el poder real, y frecuentemente el formal, sobre la

tierra, el trabajo y el conjunto del proceso productivo ya no pertenece tanto a los vecinos como a dichas formaciones sociales ajenas a la sociedad rural. Estas se apropian paulatinamente de la superficie agraria y de las tierras de labor e influyen decisivamente en el alza de los precios del suelo y en su degradación ecológica; se apoderan de la fuerza de trabajo disponible de la familia y la obligan a contratar mano de obra auxiliar a elevados costes; condicionan que la producción, aparte de ser intensiva y competitiva en calidad y precio, se dote de bienes de equipo de origen industrial y se distribuya por circuitos monopolizados; y, finalmente, imponen unos nuevos patrones de consumo que sustituyen casi por completo los locales y culminan el proceso de captación del plustrabajo de las comunidades. Con todo, la actuación de los diversos grupos ajenos a la sociedad rural se desenvuelve tanto de forma directa como indirecta. Unas veces opera directamente, absorbiendo recursos o colocando a, y dejando que se sitúen, determinados estratos comunitarios en la posición que más conviene a sus intereses –titulares de explotaciones muy intensificadas–. Los estratos, que permiten una mejor captación del plustrabajo de la comunidad, se establecen así en una posición preeminente y superior a la de los segmentos sociales que la dificultan o la ralentizan. En otras circunstancias, desencadena indirectamente –extracción de excedentes– toda una serie de efectos que resitúan a los vecinos y a sus relaciones en un lugar, en que de ningún modo se encontrarían, de no existir la intervención de la sociedad mayor. Esta actuación indirecta se genera muy a menudo a través de la configuración de mediadores entre la comunidad y la sociedad mayor que, controlados por ésta, favorecen y aseguran la superioridad de las formaciones sociales ajenas al agro sobre los vecinos. Acabamos de ver la incidencia directa que tienen los diferentes grupos no campesinos en el seno de la comunidad, por lo que a continuación examinaremos su intervención indirecta, refiriéndonos en primer lugar a la acción de los mediadores y, en segundo término, a las repercusiones que acarrea en la estratificación social comunitaria la penetración de las formaciones sociales ajenas a la sociedad rural en el territorio vecinal.

5.2.1.– MEDIADORES ENTRE LA COMUNIDAD Y LA SOCIEDAD MAYOR

La variable presencia de los mediadores en el marco comunitario agudiza la estratificación social y la verticalidad de las relaciones de los vecinos desde el momento en que su papel, potenciado por la sociedad mayor, facilita un status superior a los miembros de la comunidad, que se implican con ellos. Y al tiempo que garantiza y consolida la posición de superioridad de las formaciones sociales no campesinas respecto a la comunidad, relega a los vecinos situados voluntariamente al margen de todo compromiso o discriminados por él a causa de su falta de idoneidad. La actuación de estos agentes, aceptada por una parte de la comunidad y, desde luego, por la sociedad mayor, desata toda una red de clientelismo en cadena que les convierte en instrumentos de la "estructuras económicas de explotación", de las "estructuras políticas de dominación" y de las "estructuras ideológicas de regulación del consenso" (Littlewood, 1979: 113). Aunque la situación económica de estos mediadores en nuestra

región no tiene por qué ser forzosamente saneada, siempre resulta privilegiada frente a la del grueso de la comunidad y en todos los casos presupone un poder político e ideológico, que es la base sobre la que se construyen las redes de patrón y cliente. Con la pretensión o justificación de un beneficio mutuo, ya sea de carácter único o múltiple, los mediadores se erigen en patrones de una asociación, que les enlaza con ciertos vecinos, que pasan a comportarse como clientes suyos, y en la que el componente esencial de la asimetría se enmascara tras la pantalla de la confraternización, del paternalismo y de la afinidad ideológica. Tal asimetría no sólo procede de la distinta posición social de los protagonistas que conforman la cadena de patrones y clientes sino, a la par, de la diferente naturaleza, magnitud y circunstancia del provecho obtenido de este vínculo por cada una de las partes implicadas. Mientras los patrones ofrecen promesas, bienes –trabajo, ventajas en el mercado, préstamos– o ayudas –protección legal, asesoría– de índole generalmente más tangible y que no siempre se otorgan públicamente, los clientes corresponden con servicios –apoyo político– y actitudes –demostración de estima, sumisión y lealtad– de contenido más abstracto y que, por sus propias características, deben exteriorizarse.

Sin embargo, lo mismo que en nuestra región el carácter funcional de esta red no se sujeta a unos clientes determinados, primando lo que éstos hagan y demuestren por encima de quiénes sean, los patrones tampoco son fijos, variando en función de su superior o inferior capacidad para mantener y reproducir los intereses de la sociedad mayor. El merecimiento y la efectividad de lo pactado resultan, por consiguiente, determinantes para dar cuenta de la identidad de los protagonistas de esta relación. Si los patrones están continuamente seleccionando clientes, la sociedad mayor busca con superior eficacia todavía los patrones que mejor se adaptan a sus requerimientos y objetivos, dado que, a la postre, aquéllos no son más que unos clientes o agentes de ella. Esta es la razón de que en las distintas comarcas el patronazgo de tipo tradicional ya no sea tan válido como lo era antes de los años sesenta y de que junto a él, desde la década de los setenta, hayan aparecido con más fuerza las figuras de los modernos mediadores, que acrecientan la asimetría dentro de las comunidades. Al lado de éstos surgen simultáneamente otros sistemas de mediación mixta que complementan el área de actuación de los mediadores de ambos tipos. En consecuencia, para evaluar el alcance que tienen en las diferentes comarcas la estratificación y verticalidad originadas por los mediadores, veremos principalmente la significación que adquiere en cada territorio el patronazgo moderno y, secundariamente, examinaremos cómo lo complementan los sistemas mixtos de mediación y la vigencia que aún sigue conservando el patronazgo tradicional.

El patronazgo tradicional, que todavía goza de bastante relieve en algunas comunidades y que se identifica habitualmente con la figura del cacique, está protagonizado fundamentalmente por grupos de la propia comunidad que poseen grandes explotaciones, ya sea como arrendadores, titulares de aparcerías a gran escala o cotos de caza, o bien en calidad de absentistas sin actividad especulativa. Asimismo está integrado por grandes empleadores, curas, prestamistas y jefes locales de movimientos políticos, religiosos o ideológicos que han dejado de tener el poder y el peso que poseyeran en el pasado dentro de la comunidad y de

la propia sociedad mayor.

Los protagonistas del patronazgo tradicional se diferencian de los patrones modernos en que su mediación se define básicamente desde el interior de la comunidad, desde su posición en ella, y en que los bienes, las ayudas y las promesas que proporcionan a cambio de apoyo son esencialmente locales y, por su ambigüedad, abarcan una gran multiplicidad de aspectos, a pesar de que aparezcan vertebrados como uno solo a causa de la forma en que se presentan en las redes de clientelismo. Así, por ejemplo, el ofrecimiento de protección, que siguen brindando los patrones tradicionales a sus clientes, se extiende al plano de su vida material, social, ceremonial, política y religiosa. Y no menos multiplicidad encierra el apoyo que otorgan los clientes a los patrones. A la vez, se distinguen de los patrones modernos en que las relaciones emprendidas con los clientes se apoyan de manera muy sobresaliente en el ascendiente personal, están impregnadas de una poderosa carga de emotividad y se circunscriben de modo casi exclusivo al ámbito de la comunidad y del sector agrario. Este es el caso, por ejemplo, de los empleadores, cuyo ofrecimiento de trabajo se limita al que pueden proporcionar en el campo; asociándose los clientes interesados en la obtención de un empleo en la industria o los servicios en torno a patrones modernos. La pérdida de importancia de estos patrones tradicionales está ligada, por lo demás, a la regresión que experimentan en la región desde los años setenta las grandes explotaciones y la contratación de asalariados agrarios y, más allá, se vincula con la reducción del conjunto de la superficie agraria y de labor y la emigración masiva de la fuerza de trabajo campesina que acompasan el crecimiento urbano.

Por consiguiente, conforme se expresa en la tabla 82, los valores comarcales que presenta el patronazgo tradicional nos los proporcionan, básicamente, el número de titulares de explotaciones superiores a 100 Ha. y la variable contratación de empleados fijos. Junto a estos parámetros hay que contar también con la distinta significación del arrendamiento.

El patronazgo moderno, hijo del desarrollo de la urbe y de la penetración de las formaciones sociales urbanas en el territorio vecinal, así como del capital agrario y de la vinculación de las comunidades con mercados cada vez más amplios y monopolizados, agrupa a muchos más individuos que el tradicional y desencadena una mayor verticalidad y estratificación que aquél, al que ha venido a sustituir en gran medida. Sin tanta carga personalista como en el patronazgo tradicional y acometiendo unas relaciones más frías y dirigidas a objetivos muy concretos, el patronazgo moderno está protagonizado por los burócratas de las nuevas organizaciones que se imponen en el seno de la comunidad – sindicatos, partidos políticos, asociaciones de propietarios de inmuebles –, por intermediarios comerciales o controladores del mercado y por los cargos dirigentes y, a veces, intermedios de las empresas inmobiliarias, de servicios, de construcción y de la industria. Paralelamente, se encuadran en él determinados absentistas con actividades de especulación y muchos de los antiguos profesionales – médicos, boticarios, maestros –, que antes daban cuerpo al patronazgo tradicional y que ahora se reciclan hacia el moderno en virtud del cambio de su posición respecto a la comunidad y, sobre todo, a la sociedad mayor. Al lado de estos profesionales

aparecen técnicos agrarios que, al tiempo que asesoran a los vecinos, les inducen a comprar bienes de equipo de origen industrial y les dirigen a los puntos de mercado y las entidades de crédito y de seguros, de los que ellos mismos son clientes.

Con arreglo a tales protagonistas y según se plasma en la tabla 82, la evaluación del alcance que tiene en las diferentes comarcas el patronazgo moderno nos la brinda, en esencia, el peso de los grupos urbanos frente a los campesinos en cada territorio. Asimismo, esa incidencia se deriva del variable relieve de las formaciones sociales urbanas empleadas en el espacio comunitario, de los índices de absentismo y de la presencia de empresas capitalistas de distribución de productos agrarios, paralela a la mayor o menor monopolización del mercado y de las redes comerciales.

Por su lado, los sistemas de mediación mixta, bastante idiosincrásicos de la región de Madrid, poseen elementos de los dos tipos de patronazgo, dado que su área de actuación y sus protagonistas se sitúan a caballo entre el ámbito de lo local y el marco regional y nacional. Además ocupan la franja en la que confluyen los objetivos de ambos patronazgos y en la que éstos materializan sus alianzas, ya que, sobre todo a efectos de asegurar el control político sobre las comunidades –ayuntamientos– y de evitar las alianzas horizontales de virtuales clientes, los grupos foráneos han de contar con la colaboración o, por lo menos, con la falta de oposición de los patrones locales y viceversa. La variedad de sus protagonistas es, por otra parte, muy grande, dependiendo de las características de los mismos y de su mayor o menor alejamiento de los vecinos los niveles de verticalidad y asimetría, que manifiestan unas comunidades frente a otras.

Los sujetos que promueven una menor asimetría son los miembros de la comunidad. Dentro de ellos, se hallan ciertos socios dirigentes de algunas cooperativas, que se comportan dentro de estas entidades como un grupo de poder, que tiende a distorsionar la horizontalidad de sus miembros y que suele estar conectado con otras instancias asociativas de rango territorial más amplio y/o que cubren más facetas económicas –consumo– de las abarcadas estatutariamente. En esta misma línea se encuentran determinados campesinos que practican la agricultura a tiempo parcial, cuyos trabajos e ingresos fuera del sector agrario son un puente para la formalización de nexos instrumentales con sus vecinos. Y otro de los grupos más destacados es el constituido por algunos campesinos originarios de otras regiones, cuyas redes de clientelismo parten de sus relaciones con el mundo urbano, al que, acercándose territorialmente, pretenden acceder cada vez más, prometiendo lo mismo a sus vecinos. Estos campesinos unen a su relativa falta de integración social en la comunidad el hecho de que su asentamiento suele ser asumido por ellos mismos y por el conjunto de los vecinos como provisional: como un paso previo que les facilita su instalación definitiva en la ciudad y/o la entrada a puestos de trabajo en la industria o los servicios. Tal transitoriedad no siempre desaparece, aunque se aminore cuando el objetivo buscado no llega a materializarse, conforme ocurre desde los años ochenta por efecto del paro, pues, aparte de que no resulta fácil desistir y salirse de las redes de clientelismo ya creadas, parece entenderse que la renuncia a una actuación diferente y a permanecer a la expectativa equivale a renegar del propósito deseado

o a dificultar su consecución. Es más, dicha transitoriedad alimenta muchas veces con mayor fuerza su conexión con las formaciones sociales urbanas, tratando de aumentar sus méritos.

Una mayor asimetría impulsan otros colectivos que, asentados en el territorio de la comunidad por razones de parentesco y afinidad o por no poder adquirir una vivienda en núcleos urbanos, no forman parte de ella, pese a su proximidad social. Entre ellos sobresalen principalmente ciertos emigrantes y, en particular, los de carácter pendular, por sus mayores contactos cotidianos dentro y fuera de la comunidad. Especialmente en las comarcas que acusan un superior éxodo rural, no son pocos los emigrantes que, bajo la pretensión de modernizar en todos los aspectos a sus vecinos y familiares y de facilitarles un empleo fuera del sector agrario o de su explotación, les empujan a entrar en unas redes de clientelismo, de las que ellos son el eslabón de unión entre la comunidad y el mundo exterior y fueron clientes en el pasado hasta llegar a alcanzar su status actual. Sus rentas, superiores a las de la media de la comunidad, y la posición privilegiada, que ocupan frente a ella en virtud del elitismo que les confiere su cadena de clientes, potencian la introducción en dicha red de toda una serie de valores y presupuestos foráneos, cuya adopción por los vecinos redundan en la consolidación y en el crecimiento de este sistema de patronazgo. Junto a los emigrantes estables y a los pendulares, hay que hablar simultáneamente de determinados absentistas, cuya actuación no difiere apenas de la que caracteriza a los anteriores y contrasta bastante, por contra, con la que define a muchos de sus homónimos que dan cuerpo al patronazgo moderno. La mayor carga personalista y la menor vinculación con las formaciones sociales no campesinas de los absentistas que protagonizan los sistemas de mediación mixta, a la vez que les separan de los sujetos del patronazgo moderno, les acercan a las prácticas que mantienen los emigrantes.

En consecuencia, para valorar el papel que juegan en cada comarca los sistemas de mediación mixta, hemos de tener en cuenta esencialmente la significación territorial de los cooperativistas, de los campesinos originarios de otras regiones y de los agricultores y ganaderos a tiempo parcial. A estos parámetros, que nos apuntan la mayor o menor importancia de los mediadores pertenecientes a la comunidad, debe agregarse los indicadores que muestran la significación comarcal de la mediación efectuada por los grupos ajenos a la organización social comunitaria. Tales parámetros consisten en la variable incidencia de los emigrantes estables y pendulares y del absentismo.

Los distintos sistemas de mediación del Area Metropolitana son los más numerosos y relevantes de la región y los que producen mayor verticalidad y estratificación social en el seno de las comunidades. Guadarrama es, tras el Area Metropolitana, la segunda comarca de la región en que adquieren más alcance la actuación y la cuantía de los mediadores. Pese a que la mediación mixta y la tradicional no resultan singularmente remarcables, el patronazgo moderno es tan cardinal como en el Area Metropolitana. En el extremo opuesto al Area Metropolitana y a Guadarrama, las comunidades de las Vegas y, particularmente, de Lozoya-Somosierra son las menos afectadas por los diversos sistemas de mediación. Sin ser mucho mayor, algo más de peso tienen los sistemas de mediación en las Vegas, agrupando a un

número superior de vecinos. Así, el patronazgo tradicional y el mixto son más destacables que en Lozoya-Somosierra y por mucho que el moderno se asemeje al de esta comarca en lo relativo a su grado de importancia, difiere en lo que se refiere a sus protagonistas. Finalmente, los sistemas de mediación de la comarca Suroccidental y la Campiña poseen un relieve intermedio entre el que registran, por un lado, el Area Metropolitana y Guadarrama y, por otro, Lozoya-Somosierra y las Vegas. Las redes de clientelismo de la Campiña se sitúan, no obstante, más cercanas a las de estos dos últimos territorios que las de la comarca Suroccidental, que presentan mayor afinidad con los sistemas de patronazgo del Area Metropolitana y de Guadarrama.

TABLA 82

PRESENCIA COMARCAL DE LOS MEDIADORES

MEDIADORES/COMARCAS*	I	II	III	IV	V	VI
PATRONAZGO TRADICIONAL						
Nº de Titulares de Explotaciones Mayores de 100 Ha. % Sobre Total Comarcal**	4,4	6,5	13,1	8,1	1,8	2,1
Nº de Empleados Fijos**, Media Comarcal***	1,8	9,9	22,0	24,6	13,1	26,6
% de Explotaciones Arrendadas	17,7	15,1	32,0	23,4	8,4	17,7
PATRONAZGO MODERNO**						
% de Campesinos Sobre Población de Derecho**	14,1	2,1	0,1	5,3	11,6	12,1
% de Municipios con Más del 44% de su Población Empleada en el Sector Terciario	29,0	90,2	96,2	36,5	64,4	14,2
Población Ocupada en la Industria. Media Comarcal***	56,0	85,3	7.991,0	535,1	429,5	322,6
Nº de Empresas Capitalistas de Distribución. Media Comarcal***	0,5	1,0	12,7	2,0	2,7	5,1
Absentismo. Escala Comarcal	1	5	6	3	4	2
SISTEMAS DE MEDIACION MIXTA						
MEDIADORES DE LA COMUNIDAD						
Cooperativistas. Escala Comarcal	1	3	4	2	5	6
Campesinos Originarios de Otras Regiones. Escala Comarcal	1	2	6	3	4	5
Nº de Campesinos a Tiempo Parcial. Media Comarcal***	24,8	61,1	39,0	45,5	135,0	240,1
MEDIADORES AJENOS A LA COMUNIDAD**						
Emigración. Variación entre 1972 y 1989 del Nº de Titulares de Explotaciones. % Sobre Total Regional	-5,0	+1,7	-2,5	-2,9	+1,4	+7,2
Nº de Emigrantes Pendulares. Escala Comarcal	1	3	5	2	4	6
Absentistas. Escala Comarcal	1	5	6	3	4	2

* I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

*** Esta media es la resultante de dividir el número total de empleados fijos, población ocupada en la industria, empresas capitalistas de distribución y campesinos a tiempo parcial de cada comarca entre el conjunto de sus municipios.

Fuente: Domingo, 1984: 36; Ballesteros, 1985: 41; I.N.E., 1973a: 26-29; I.N.E., 1991: 3-4, 17-18, 19-22, 69-70, 69-74, 73-74; Comunidad de Madrid, 1984b: 97; Comunidad de Madrid, 1991: 131; Comunidad de Madrid, 1993a: v.II, 44-46, 145-147, 189-191. Elaboración propia.

5.2.1.1.- Patronazgo tradicional

La gran transcendencia que reviste en las comunidades del Area Metropolitana el patronazgo moderno, podría llevarnos a pensar que el de corte tradicional carece de interés. Sin embargo, no es así porque el hecho de que esta comarca disponga del nivel de aparcería y de explotaciones superiores a las 100 Ha. más alto del conjunto de la región sigue siendo, hoy por hoy, una base material de mucha solidez para que el desarrollo del patronazgo tradicional alcance la máxima cota regional. También ha influido en dicha significación la escasa movilidad social, que potencian la centralización de la tierra en pocas manos, el que los grandes empleadores sean a la vez terratenientes y el alejamiento de éstos del marco espacial de la comunidad para asentarse en núcleos urbanos, desde donde articulan las redes de clientelismo locales con los intereses de las formaciones sociales urbanas. Tal conexión explica probablemente las menores dosis de personalismo y la mayor carga burocrática que, en contraste con otros puntos de la región, observamos en esta comarca entre patrones y clientes de carácter tradicional.

No mucho menor es el papel del patronazgo tradicional en la Campiña, donde raros son los terratenientes, los arrendadores de aparcerías o los grandes empleadores que no emprenden una labor de mediación. Además el papel preeminente que desempeñan en la comarca Suroccidental los caciques de la caza, como luego veremos, lo acometen aquí los curas locales, cuya autoridad religiosa se extiende a la que ejercen sobre múltiples facetas de la vida comunitaria. Su mediación les lleva, de esta forma, a organizar colectas, rogativas en pro de lluvias y de la buena marcha de las cosechas, plegarias para ahuyentar toda clase de catástrofes, bendiciones de campos y ganados; y a velar por la honestidad de las transacciones comerciales. En otro plano, fijan las funciones y los objetivos de las hermandades de vecinos, toman parte directa o indirectamente en las cuestiones políticas que afectan a sus fieles e intervienen en los aspectos burocráticos que conciernen a intereses de todo género para la comunidad, ya sea intercediendo ante las autoridades eclesiásticas o civiles de las instancias supracomunitarias o de la sociedad mayor o facilitando la resolución de determinados trámites. Y a la par, protagonizan la mayoría de las manifestaciones festivas de la comunidad y complementan la educación de la escuela y la familia, trascendiendo con frecuencia su

instrucción los temas exclusivamente religiosos.

Más incidencia que en Guadarrama, Lozoya-Somosierra y, sobre todo, que en la comarca Suroccidental posee en las Vegas el patronazgo tradicional. Los terratenientes despliegan menos redes de clientelismo que en la mayoría de las comarcas de la región, pero lo hacen mucho más los arrendadores de aparcerías y, especialmente, los grandes empleadores, mientras los curas imprimen a sus cadenas de clientes un contenido y unos objetivos muy semejantes a los observados en Lozoya-Somosierra. Sobresalen los componentes de personalismo implícitos en las redes de los empleadores, dado que la naturaleza de los bienes que se intercambian, como son el trabajo y la lealtad, demanda por sí misma una mínima cantidad de afecto y confianza, para que la cadena mediadora pueda funcionar y no se rompa o se sustituya por otra, cuando las partes implicadas desequilibran la prestación de sus servicios o los hacen esperar, según ocurre en el momento presente ante la escasez de ofertas laborales. En consecuencia, la demanda de trabajo desata alrededor suyo toda una serie de facetas múltiples, que entran a formar parte de la red de mediación y de las que no se puede decir que sean menos substanciales para conseguir el fin pretendido explícitamente. Debe subrayarse, por igual, la vigilancia que realizan los patronos y clientes de estas redes de lealtad y de trabajo frente a la ingerencia de terceros que puedan entrar a competir con ellos. De esta manera, mientras los clientes permanecen muy atentos a que otros vecinos puedan ganar el favor de los empleadores, los patronos tratan de evitar que otros contratistas les usurpen la lealtad de aquéllos. Esto da lugar a fuertes tensiones y rivalidades, a exteriorizar el favor ganado y el buen nombre de quien se lo facilita y, al unísono, a que las partes implicadas se mantengan continuamente informadas de los movimientos o maquinaciones de potenciales competidores. En suma, agudiza los componentes de falta de movilidad social que define a todo patronazgo y, más en particular, al de corte tradicional y acrecienta unos factores de insolidaridad y dualismo que no vemos tanto en la mediación del mismo tipo que ponen en práctica los caciques de Guadarrama, Lozoya-Somosierra y la comarca Suroccidental.

El patronazgo tradicional de las comunidades de Guadarrama, de alcance más o menos similar a los sistemas de mediación mixta, se vertebra fundamentalmente en torno a la consecución de pastos y a la explotación de cotos de caza. La primera de ambas fórmulas asocia a los grandes propietarios de pastos con pequeños ganaderos, que no cuentan con los recursos naturales suficientes para alimentar a su ganado y que, a cambio de lealtad y adhesión a esos ricos titulares, pueden hacerlo. Si bien el uso de pastizales no suele dar lugar a coaliciones permanentes con los mismos individuos a causa de la gran competencia existente sobre unos mismos pastos, es indudable que favorece la atracción que despiertan entre los vecinos las redes de clientelismo encaminadas al usufructo de ese suelo de aprovechamiento ganadero. No menos permanentes y variadas resultan las redes de clientelismo para acceder a practicar la caza en los cotos de la comarca y, sobre todo, a trabajar en el ojeo. Hemos apreciado, no obstante, que, cuando hay relaciones de parentesco entre los titulares de pastos o de cotos y sus usuarios o trabajadores, los nexos de clientelismo

suelen ser más duraderos entre sus contrayentes, incluso en el supuesto de que éstos sean de diferentes comunidades. Este último hecho es bastante frecuente en el conjunto de la comarca.

Bastante más relevante que el resto de los sistemas de mediación, es el patronazgo tradicional en Lozoya-Somosierra, asociado en esencia con grandes terratenientes y arrendadores de aparcerías. Estos patrones, aunque han ido perdiendo mucha de su antigua influencia en la comunidad al calor del debilitamiento del marco local, no han sido desplazados por los representantes del patronazgo moderno; lo que guarda estrecha relación con la relativamente baja penetración urbana de esta comarca y con el hecho de que la extracción de excedentes de los vecinos se sitúe en los valores mínimos de la región. En este sentido, el caciquismo local es una constante en algunas de las comunidades de la comarca, alcanzando en circunstancias puntuales una transcendencia tal que no es posible comprender el modo en que discurre la organización social de esos ámbitos comunitarios sin hacer alusión previa a sus redes de clientes. A pesar de que tanto en el caso de la aparcería como en el de los grandes terratenientes la mediación se orienta a la consecución de recursos, principalmente de pastos para el ganado, la instrumentalidad de las redes se centra sobre todo en la circulación de bienes de orden social y ceremonial. Se busca más que otra cosa que los caciques defiendan a la comunidad frente a las instancias urbanas, que eviten su despoblación y su ruina y que le suministren los elementos de cohesión e identidad que ha ido perdiendo. En esta línea debe entenderse el papel que la comunidad les atribuye, como apaciguadores de tensiones y rencillas vecinales, y el lugar preeminente, que les asigna en el ceremonial, correlato del que desempeñan cotidianamente en el marco comunitario. De ahí, que, al tiempo que los patrones tradicionales profundizan la estratificación social y la verticalidad entre vecinos, cumplan una misión muy importante de cara a estimular la solidaridad entre las diversas familias de la comunidad. Por supuesto que la forma en que fomentan la solidaridad vecinal no contrarresta a la larga la subordinación que experimentan las comunidades frente a la sociedad mayor, pero no cabe duda que en un plano más inmediato han asumido las contradicciones entre los miembros de la comunidad y los grupos urbanos. La pugna de los vecinos con éstos se traslada así al enfrentamiento que hoy define las relaciones entre los caciques y las formaciones sociales urbanas, vivido en no pocas ocasiones con extrema dureza.

Un contenido muy similar a las redes que protagonizan los grandes terratenientes y los arrendadores es el que tiene el patronazgo desarrollado por los curas locales. Estos, formando cadenas de clientes que a menudo se extienden a la mayoría de la comunidad, ayudan a los vecinos a solucionar asuntos legales o burocráticos y, sobre todo, a encontrar trabajos fuera del sector agrario. A tal fin, y sobre la base del reconocimiento personal que les confiere la comunidad, se sirven de su influencia con las formaciones sociales urbanas y con las instituciones de rango local, regional e incluso nacional. A cambio de su gestión, casi siempre eficaz en virtud de la posición que ostentan frente a esas instancias urbanas, la comunidad queda obligada a corresponder su afecto, reconocer su papel de especialistas, contribuir económicamente al mantenimiento de los oficios religiosos y de los muebles e inmuebles de

la parroquia y a dejarse guiar espiritualmente por ellos. El protagonismo de los curas locales durante las diversas celebraciones de la comunidad pone de relieve la importancia de las redes que éstos conforman. Así, rara es la fiesta que no se inicia con los saludos a los vecinos del cura, que no cuenta con actos específicamente religiosos, que no se desenvuelve espacialmente en torno a los lugares sagrados de la comunidad o que no reconoce el poder paralelo que, frente al ayuntamiento, posee la parroquia. Esto último lo evidencia de forma patente cuanto sucede durante las fiestas de la Virgen del Espinar en Guadalix de la Sierra, en las que el cura, haciendo balance anual de lo acaecido desde el final de unas fiestas al comienzo de otras, suele aludir desde el púlpito a los problemas de todo género que se plantean en la comunidad y anima a los vecinos a que se apunten en la iglesia a los juegos, concursos u otros actos que vayan a tener lugar durante la celebración, habilitando al efecto un registro que simultanea el llevado en el Ayuntamiento.

Por último, el patronazgo tradicional cuenta menos en la comarca Suroccidental que en cualquier otro punto de la región. Pese a que no resulta despreciable el patronazgo que desencadenan los empleadores de fuerza de trabajo, ni los terratenientes ni los arrendadores de aparcerías de la comarca Suroccidental destacan por sus prácticas clientelísticas. Ha de subrayarse, con todo, que los empleadores suelen asociar su mediación con la que llevan a cabo alrededor de la explotación recreativa de cotos de caza menor, originando sistemas de mediación múltiple, en las que este último aspecto domina sobre la consecución de trabajos. En efecto, los cotos de caza les sirven para ofrecer un trabajo a sus clientes que inicialmente suele ser de carácter eventual, durante el ojeo, pero que más tarde, una vez que han comprobado la eficacia de los ojeadores y su lealtad, pasa a ser permanente dentro –guardas jurados– y en especial fuera de la comunidad, para lo que se valen de los contactos con diversos grupos urbanos que les proporcionan los propios cotos. Ahora bien, aparte de esta faceta que cubren los cotos, tales usos recreativos, que priman sobre la mediación de trabajos, otorgan a los patronos un notable control sobre el conjunto de la vida de la comunidad, dado que lo más frecuente es que la actividad cinegética se extienda sobre la totalidad del territorio municipal. Ello se produce esencialmente en el caso de que tales gestores de los cotos sean además arrendatarios de los mismos, como sucede en Quijorna, donde estos patronos se han venido comportando desde el final de la Guerra Civil como los auténticos propietarios del pueblo, como si fueran latifundistas sin tierras. Este supuesto faculta a dichos caciques de la caza para erigirse en el poder principal y para controlar la vida económica –subordinación de los cultivos a las necesidades del pasto de la perdiz, codorniz y faisán–, la organización social y política –nombramiento de alcaldes y concejales favorables a dar continuidad al arriendo, financiación del ceremonial, pago de diversos equipamientos, obtención de subvenciones estatales– y las estructuras ideológicas de la comunidad.

5.2.1.2.– Patronazgo moderno—

A diferencia de otros ámbitos comarcales, el patronazgo moderno del Area Metropolitana

adquiere ya sumo peso a comienzos de los años sesenta, en paralelo al ascenso de las formaciones sociales urbanas en la comarca y, sobre todo, al aumento del poder centralizador del Estado, que asume a partir de esa fecha la gestión de buena parte de los recursos del bienestar. La distribución en las comunidades metropolitanas de dichos recursos corre ya a cargo desde esos años de un nuevo estilo de patrones, que consolidarían su poder de mediación por encima de cualquier otro en la década de los setenta y que, por lo común, aparecen directamente ligados a los intereses del capital urbano y como representantes de diversos organismos políticos –partidos, sindicatos y asociaciones– y de las agencias estatales, paraestatales y privadas de servicios, finanzas, empleo e impuestos. Estos nuevos patrones, a medida que van desplazando a los tradicionales, sustituyen por unos nexos más burocratizados los componentes de caridad y personalismo imperantes en las relaciones de patronazgo hasta el momento. Y con el objetivo de buscar apoyo –votos, colaboración, progreso en el cargo– se apropian individualmente y reparten de manera discriminatoria entre los vecinos unos bienes –trabajo, equipamientos, pensiones, créditos, seguros, protección legal–, que por su naturaleza son patrimonio de toda la comunidad y resultan singularmente necesarios ante la creciente separación de los miembros del marco comunitario de los medios y del control de su producción. La distribución por redes de clientes de recursos colectivos parece ser así el modelo de patronazgo más característico del Area Metropolitana, que viene a suplir, al unísono, el papel que juegan las relaciones de amistad o parentesco dentro de la comunidad como vía más propicia para obtener este tipo de favores.

Donde antes hubo un fuerte patronazgo de terratenientes ricos y poderosos que controlaban los recursos locales, hoy hay unos patrones que utilizan su poder para favorecer a sus clientes a cambio de apoyo y de ciertas consideraciones materiales. Tal poder les viene dado por su posición en las organizaciones, agencias y partidos que compiten por el control del gobierno local y de los recursos estatales. De esta manera ocurre, particularmente, con determinados cargos políticos, cuyos votantes o buscadores de votos consiguen aceras para sus calles, privilegios crediticios y fiscales, contratos lucrativos de obras públicas, licencias para el ejercicio profesional y la apertura de comercios o beneficios en las listas de espera de la Seguridad Social. A cambio de este reparto de favores los patrones no sólo mantienen sus cargos sino que adquieren aún mayor control sobre más recursos, dado que los votos solicitados no se limitan a los suyos, van a parar por lo general a otros cargos políticos de nivel más alto y de ámbito territorial superior al de la comunidad y la comarca. La red de clientelismo que se teje alrededor de estos cargos políticos es, en consecuencia, tan amplia a veces como lo permite el marco socioespacial de la comunidad. Por otro lado, un aliciente de primer orden para participar en estas redes es el poder de desfavorecer que usan a menudo los patronos, ante la posibilidad de que sus clientes opten por alternativas y cargos políticos rivales, pues ello no significa sólo dejar de conceder favores sino retirar los beneficios otorgados.

Junto con este tipo de patronazgo otra modalidad de mediación moderna, dominante en las comunidades metropolitanas, es la que se estructura en torno al mercado y está protagonizada

por algunos asentadores y absentistas con poder sobre él, quienes, a cambio de mejores precios, del ofrecimiento de créditos y adelantos sobre las cosechas y de garantizar la compra de la totalidad de la producción, imponen la clase de productos que más les interesa. Las redes que se forman alrededor de estos patrones, tan numerosas o más que en el caso anterior, implican por igual el desfavor potencial, ya que, si los clientes quiebran lo pactado, pierden toda garantía de mercado. El temor al desfavor, por un lado, y la conveniencia a veces, por otro, de no producir las cantidades y calidades que les plantean los patrones sumerge a los clientes en una ambigüedad que, al tiempo que les desequilibra personalmente, les separa del resto del marco comunitario, desde el momento en que continuar adscritos a las redes del patronazgo supone acentuar la marginalidad de unos vecinos frente a otros y de unas comunidades respecto a otras. De este modo se ha dado el caso recientemente de que muchos clientes, optando por respetar las cuotas y variedades de los vinos que les habían impuesto sus patronos, han desaprovechado las alternativas de comercialización que les brindaban las cooperativas locales. Así, han arruinado para sí mismos, sus vecinos y los miembros de otras comunidades cercanas, con aprovechamientos vinícolas similares, toda posibilidad de desvincularse de una producción claramente sometida al albur de los intereses comerciales de las grandes compañías de distribución, que generan una fuerte dependencia comunitaria y una actitud de sumisión e insolidaridad que en nada favorece los lazos vecinales horizontales dentro del mismo marco local y entre ámbitos distintos. No en vano, el patronazgo moderno viene a afianzar en esta comarca metropolitana las relaciones asimétricas que vinculan a la comunidad con la sociedad mayor, alejando todavía más a los clientes, ya sea de forma ocasional o permanente, de su universo específico –símbolos, actos, valores– y de sus ámbitos de integración para alinearles, desde su posición de ascendidos, en el mundo de sus protectores. En este mundo, por lo demás, no siempre obtienen el rechazo, el temor o la desconfianza como respuesta de sus vecinos. Por el contrario, con frecuencia se les reconoce una posición preeminente que da pie a nuevas redes de clientelismo en cadena, cuya escala supera en muchas ocasiones la de la comunidad.

El patronazgo moderno de Guadarrama, el segundo más importante de la región, se centra de manera preferente sobre los ayuntamientos, en tanto órganos de enlace primario entre la sociedad local y el aparato del Estado. Los patrones que forman sus redes de clientelismo en torno a los ayuntamientos hacen valer ante la sociedad local sus influencias y contactos en la Administración y, frente a ésta, la legitimidad que les otorga ser representantes de aquélla y su supuesta capacidad para apaciguar conflictos y canalizar adhesiones. Se trata de dominar para negociar y obtener servicios, al tiempo que se negocia y se consiguen servicios para conservar la dominación, por lo que no parece ajustado pensar que en ello haya carga alguna de personalismo, más que en el supuesto de que sea necesario para conseguir los objetivos que se pretenden con las redes de clientelismo. El personalismo sería, entonces, un medio, pero nunca un fin en sí mismo, ya que, como en todos los casos de mediación moderna, el patronazgo de este género no es nunca una iniciativa autónoma o individual sino que está engranado en todo un proceso de dominación. Ocurre, no obstante, que, sobre todo en este

patronazgo de contenido político, el patrón suele poseer un ascendiente personal y una influencia en la comunidad, que se utilizan para ganar adhesiones y votos y que sobrepasan la mera personalidad que pueden atribuirle un partido político o la Administración regional o nacional. Debe subrayarse asimismo que esta clase de patronazgo reemplaza a los patrones individuales por otros de tipo centralizado, cuya consistencia la avala el Estado. La falta de fluidez, que caracteriza las relaciones entre la comunidad y el Estado, queda atenuada por unos vínculos que canalizan con agilidad la conexión entre uno y otra y que transforman en algo personalizado el anonimato que informa siempre los nexos entre ambas instancias. No en vano, los ayuntamientos constituyen el eslabón de máxima interacción entre los individuos y el Estado.

Aunque el patronazgo moderno es más remarcable en la comarca Suroccidental que en la Campiña, pocos son los rasgos que diferencian este tipo de mediación en ambas áreas. Igualmente, salvando la menor generalización e intensidad del patronazgo moderno en la comarca Suroccidental y la Campiña, las afinidades que presenta este sistema de mediación en ambas zonas con el existente en el Área Metropolitana y Guadarrama resultan más que notables, por lo que no cabe añadir mucho más a lo ya mencionado para los dos últimos territorios.

Con todo, hay que reseñar la mediación múltiple que se ha puesto en marcha tanto en la comarca Suroccidental como en la Campiña alrededor de algunas obras públicas y de la instalación de ciertos servicios, en especial de complejos comerciales de gran envergadura, conforme apuntan determinados hipermercados. Prescindiendo de la mediación inicial desatada por los movimientos especulativos de suelo que acompañan este género de instalaciones, mientras dura la construcción de las mismas, los patrones, que canalizan las redes de clientelismo estructuradas en torno al suelo, se reciclan y pasan a convertirse en empleadores de fuerza de trabajo para terceros. Los agentes del patronazgo son los mismos, pero cambian los clientes en función de la nueva orientación que aquéllos asignan a sus redes. Así, suman a sus cadenas de mediación a numerosos vecinos que desean complementar su trabajo en el campo con otro en la construcción o que tenían previsto emigrar, atraen la emigración de otras regiones y hacen confluir en una sola red a campesinos y grupos urbanos. Habida cuenta, por lo general, de que la mayoría de los clientes de estas cadenas no disponen de una cualificación profesional demasiado idónea para la construcción, una vez acabadas las obras de instalación, los patrones acostumbran a seguir ofreciéndoles trabajo en las actividades de servicios que emprende el complejo asentado. En ello influyen, desde luego, los estrechos contactos que suelen tener los patrones con los empresarios o con el personal directivo de esos complejos, así como los nexos que articulan con los ayuntamientos y partidos políticos o sindicatos para acceder a las listas de parados o de eventuales empleados. También incide el deber moral de resarcir a la comunidad de los gastos de las infraestructuras y los equipamientos, que requieren esas instalaciones y que deben ser pagados tanto por dichos servicios como por los vecinos.

Esta socialización de costos, justificada en la utilidad de los mencionados servicios para

la comunidad, no se queda además en el mero pago de los mismos. Una vez emplazados los complejos, aumenta el precio del agua y de la energía utilizada en la localidad, dado que los vecinos deben pagar tarifas proporcionalmente más altas que los grandes consumidores; incrementándose simultáneamente el coste de las líneas de crédito. A la par, estos servicios provocan el desarrollo de una microeconomía local y unos desplazamientos de población que demandan, por igual, mayores infraestructuras y equipamientos y que, de no prosperar los complejos construidos, acarrearán la ruina de la localidad de asentamiento y, de paso, de algunas limítrofes, ya que la ubicación de esas iniciativas arrasa muchos de los pequeños establecimientos comerciales e industriales de la zona y disuade los nuevos emplazamientos de otros comercios o industrias. Hay que subrayar, sin embargo, que no son pocos los pequeños comerciantes o industriales, subsidiarios de estos grandes complejos de servicios, que se convierten en clientes de la mediación desarrollada por los mencionados patrones.

Finalmente, el patronazgo moderno de las Vegas y, sobre todo, de Lozoya-Somosierra es el menos sobresaliente de la región.

En Lozoya-Somosierra, el patronazgo moderno se circunscribe casi en exclusiva a suministrar y demandar trabajo en la construcción y servicios auxiliares de fontanería o electricidad, puesto que los individuos que se emplean en tal rama raramente dependen de una empresa constructora o de reformas, siendo autónomos. Los patrones cumplen, por consiguiente, el papel que pudiera desempeñar una agencia de colocación, si bien tras proporcionar trabajo a sus clientes, éstos quedan obligados a devolverles el favor mediante la prestación de servicios gratuitos y de su lealtad personal. Tal correspondencia se vuelve prácticamente ineludible, si tenemos en cuenta que, dada la temporalidad de los trabajos en esta rama, los patrones interactúan repetidas veces con los mismos clientes. No debemos descartar, sin embargo, la mediación llevada a cabo por ciertos cargos dirigentes de ICONA o de los embalses establecidos en la comarca por el Canal de Isabel II, cuyo contenido y objetivos no difieren de los ya vistos para el mismo tipo de mediación en el Área Metropolitana. Y, tampoco podemos dejar de lado la mediación que instituyen los profesionales llegados a un puesto oficial desde el Área Metropolitana o directamente desde Madrid, como médicos, secretarios de ayuntamientos, maestros, trabajadores de bancos o guardias civiles y forestales, con los que aumentan los componentes de personalismo que normalmente están ausentes de las relaciones de patronazgo moderno.

En lo que se refiere al patronazgo moderno de las Vegas y, más concretamente, a sus protagonistas, hay que señalar que los intermediarios y asentadores de los mercados agrarios cumplen una función transcendental, que apenas despunta en Lozoya-Somosierra y que está ligada al carácter y al nivel de participación de sus vecinos en los circuitos monopolizados de distribución. Ello ocurre en esencia con los vecinos que se han especializado más en la producción de artículos altamente perecederos, ya que la naturaleza de los mismos y los altos gastos que conlleva su obtención requieren un atento cuidado por parte de los mayoristas, asentadores, delegados de ventas y otros intermediarios comerciales, que les permite jugar más con los intereses de los miembros de la comunidad que los producen. Paralelamente, los

cuidados, que demandan estos productos para ser transportados al mercado, y las variaciones estacionales y cotidianas del consumo vuelven a sus productores muy dependientes de unas redes comerciales, capaces de poner en marcha mecanismos rápidos y rigurosos, evitar pérdidas y almacenar con procedimientos adecuados y avanzados desde el punto de vista tecnológico. A comienzos de los años setenta toda esta distribución de productos se ejercía a través de unas complicadas y largas redes comerciales, en torno a las que se agrupaba un gran número de intermediarios y especuladores, repartidos en los diferentes escalones de cada canal comercial, pero desde mediados de esa década el desarrollo de los monopolios acaba con tal organización del mercado, eliminando de paso la mediación que efectúan muchos sectores imbricados en dicho proceso distribuidor. Así, se terminó con la labor mediadora de algunos miembros de la comunidad y de otros grupos que ocupaban los distintos escalones comerciales del proceso de distribución, pero estas mismas funciones fueron asumidas por diversos empleados de los monopolios de comercialización y transformación, por lo que la mediación de los patrones se simplificó y centralizó hasta el punto en que hoy la conocemos. Al tiempo, ha perdido muchos de los componentes de personalismo que antes tuviera.

A diferencia asimismo de Lozoya-Somosierra, el patronazgo moderno de las Vegas está protagonizado además por peritos e ingenieros agrónomos que, a cambio de su asesoramiento técnico, exigen la producción de las variedades que más interesan a los monopolios comerciales, con los que aquéllos, a su vez, se hallan cercanamente vinculados o sostienen relaciones de empleo. Hay que subrayar que, aun cuando el personalismo no tiñe demasiado los nexos que unen a los vecinos con estos patronos, la confianza mutua es un elemento substancial de dicha clase de redes. Tales patronos amplían a menudo su actuación a la orientación profesional que brindan a los hijos de algunos vecinos, que deciden cursar carreras de grado medio o superior y a quienes con frecuencia ayudan a emplearse tras terminar los estudios.

5.2.1.3.- Sistemas de mediación mixta

Máxima resulta, al igual que en lo concerniente al patronazgo moderno y tradicional, la primacía de los sistemas mixtos de mediación en el Área Metropolitana, a pesar de que poco es lo que inciden en esto las redes de clientelismo dispuestas desde el interior de la comunidad, salvando la actuación de algunos emigrados de otras regiones y de determinados cooperativistas. Estos últimos sustituyen las relaciones horizontales con los asociados por el establecimiento de alianzas con empresarios ajenos a la sociedad campesina, a los que de manera más o menos encubierta dan entrada en la cooperativa y les entregan su control. Tal comportamiento explica en buena medida el escepticismo, con el que mira una alta cantidad de vecinos la potencial eficacia de estas unidades asociativas para contrarrestar la extracción de excedentes de la comunidad y fomentar los vínculos comunitarios horizontales. Mucho más relevante es la mediación de los sectores no pertenecientes a la comunidad, en particular de los emigrantes que están fuertemente enlazados con las formaciones sociales urbanas, los

empresarios agrarios capitalistas y los representantes locales de partidos políticos, sindicatos y otras asociaciones ciudadanas. Al lado de ellos destacan también los absentistas que especulan con el suelo, cuyos móviles y contenidos no difieren sensiblemente de los que poseen los emigrantes, con los que suelen actuar de modo conjunto y les une un pasado – insuficientes rentas de la explotación– y un presente –dedicación fuera del sector agrario– común y, a la par, unos vínculos con la comunidad y un asentamiento muy similares.

Tras el Area Metropolitana, los valores que caracterizan a la comarca Suroccidental son los segundos más significativos de la región, tanto por lo que apuntan los mediadores de la comunidad como los ajenos a ella. En lo concerniente a este último aspecto, hay que destacar el papel que ejercen los pequeños comerciantes, cuya mediación es bastante idiosincrásica de esta comarca, aunque lo sea igualmente de la Campiña. Este grupo de mediadores se corresponde con individuos que antes fueron además campesinos y que siguen residiendo de manera estable en el territorio de la comunidad. Con un status superior al de la mayoría de los miembros de la comunidad y en cierto modo comparable al de las formaciones sociales urbanas que nunca explotaron la tierra, estos pequeños comerciantes promueven una mediación nada despreciable en la esfera de la distribución, del consumo y del crédito, siendo ocasional que la impulsen en el ámbito del trabajo. Tal mediación está asociada a sus contactos con grandes empresas comerciales y con determinados organismos de la Administración, tanto locales como regionales y comarcales, que les brindan subvenciones y préstamos a bajo coste para mejorar el negocio y que desarrollan una actitud proteccionista hacia este tipo de pequeños establecimientos. Y conjuntamente la mediación de estos patrones se liga a la pérdida de su carácter de vecinos y a la transformación de una actividad, que antes estaba más imbricada con las necesidades del marco comunitario y con un modo de vida, en el que los pequeños comerciantes y los campesinos se integraban sin perceptibles contrastes de posición social.

A una notable distancia de estos dos territorios, los sistemas de mediación mixta de Guadarrama y, sobre todo, de las Vegas no destacan singularmente; encarnando en ambas comarcas los valores medios de la región.

No obstante, en Guadarrama hay que dejar constancia de la mediación que entablan los absentistas con empresas constructoras de segundas residencias y los emigrantes con esas mismas entidades, con otras dedicadas a la prestación de diversos servicios a los ocupantes de las viviendas de segunda habitación y con éstos últimos. Ahora bien, mientras los absentistas acostumbran a restringir su ámbito de actuación a los titulares de tierras, particularmente, a los grandes propietarios, los emigrantes, aparte de cubrir en muchas circunstancias este mismo plano, se centran en la consecución de trabajos para sus clientes en la construcción y rehabilitación de residencias veraniegas y en los servicios que éstas demandan. Dada, por otra parte, la disminución de opciones de trabajo que registra el Area Metropolitana desde los años ochenta, esta mediación ha servido para fijar población en la comarca y, más concretamente, en el territorio de la comunidad.

Por su lado, pese a que la mediación mixta ejercida por miembros de la comunidad es

superior en las Vegas que en el resto de la región, resulta bastante menor que en Guadarrama la desarrollada por sujetos ajenos al ámbito comunitario. Esto último se percibe substancialmente en el caso de los emigrantes estables y de los absentistas, por mucho que sea menos claro para los protagonistas de la emigración pendular.

Finalmente, los sistemas de mediación mixta existentes en la Campiña y, sobre todo, en Lozoya-Somosierra son los menos importantes de la región.

Ni más ni menos preeminentes que el patronazgo moderno son los sistemas mixtos de mediación en Lozoya-Somosierra, encarnados básicamente por emigrantes, muy orientados hacia la difusión y adopción de pautas de consumo urbano –modas, coches, rehabilitación de viviendas– y más duraderos entre mayores son las afinidades con los vecinos. Aun cuando la mediación que abordan los emigrantes procedentes de otras regiones no es tan relevante como la anterior, sí lo fue en el pasado. Si en el Área Metropolitana el asentamiento de emigrantes de otras regiones se considera por ellos mismos y por el resto de los vecinos de la comunidad como una situación transitoria y no especialmente meritoria, el que se produce en Lozoya-Somosierra, con anterioridad a los años sesenta, se veía por sus protagonistas y por el resto del vecindario como una mejora de status, que por sí misma era susceptible de ser envidiada y deseada.

A pesar de que la mediación construida por los cooperativistas de Lozoya-Somosierra es algo mayor que la que promueven sus homónimos en la Campiña, las redes de clientes que disponen en esta última comarca los grupos de la comunidad son bastante más sólidas que en ese otro territorio serrano. Lo hacen posible los campesinos originarios de otras regiones y, en esencia, los agricultores y ganaderos a tiempo parcial. Paralelamente, aunque la mediación establecida por los emigrantes estables es inferior en la Campiña que en Lozoya-Somosierra, no ocurre igual con las redes que ponen en práctica los sujetos de la emigración pendular y, en particular, los absentistas.

TABLA 83

PRESENCIA COMARCAL DE LOS MEDIADORES. NIVELES DE VERTICALIDAD Y ASIMETRIA ORIGINADOS*

MEDIADORES/COMARCAS**	I	II	III	IV	V	VI
PATRONAZGO TRADICIONAL						
Grandes Propietarios de Suelo***	d	c	a	b	f	e
Grandes Empleadores***	f	e	c	b	d	a
Arrendadores	d	e	a	b	f	c
TOTAL	E	D	A	B	F	C
PATRONAZGO MODERNO***						
Miembros de Asociaciones Urbanas***	f	b	a	c	d	e
Intermediarios Comerciales	f	e	a	d	c	b
Absentistas	f	b	a	d	c	e
TOTAL	F	B	A	D	C	E
SISTEMAS DE MEDIACION MIXTA						
MEDIADORES DE LA COMUNIDAD						
Cooperativistas	d	f	c	e	b	a
Campesinos Originarios de Otras Regiones	f	d	a	e	c	b
Campesinos A Tiempo Parcial	f	c	e	d	b	a
Total	F	D	C	E	B	A
MEDIADORES AJENOS A LA COMUNIDAD***						
Emigrantes	a	e	c	b	d	f
Emigrantes Pendulares	f	d	b	e	c	a
Absentistas	f	b	a	d	c	e
Total	F	C	A	D	B	E
TOTAL. MEDIACION MIXTA	F	C	A	E	B	D
TOTAL	F	B	A	D	C	E

* Con el fin de graduar, en orden de mayor a menor, el nivel de asimetría y verticalidad que origina en las distintas comunidades campesinas la presencia de los mediadores, hemos partido del siguiente sistema de equivalencias: máximo (a,A), segundo (b,B), tercero (c,C), cuarto (d,D), quinto (e,E), mínimo (f,F).







** I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

*** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

Fuente: Elaboración propia.

GRAFICO 61

MEDIADORES ENTRE LA COMUNIDAD Y LA SOCIEDAD MAYOR. NIVELES DE VERTICALIDAD Y ESTRATIFICACION

	LOZOYA-SOMOSIERRA
	GUADARRAMA
	AREA METROPOLITANA
	CAMPIÑA
	SUROCCIDENTAL
	VEGAS

5.2.2.- ESTRATIFICACION SOCIAL COMUNITARIA

Aparte de la verticalidad y estratificación social que crean los mediadores, principalmente, como pantalla de la sociedad mayor y de los diferentes grupos no campesinos asentados en el territorio de la comunidad, la presencia, ya sea directa o indirecta, de las diversas formaciones sociales no campesinas en el espacio comunitario es la desencadenante esencial de la ruptura de la horizontalidad y homogeneidad vecinal.

No obstante, antes de analizar las características de la estratificación social comunitaria, parece pertinente aclarar que la disparidad de las posiciones sociales de los vecinos, aunque puede llegar a ser muy intensa, no presupone en ningún caso el establecimiento de un antagonismo de clase (Servolin, 1972: 36, 1977: 121). Desde el momento en que tanto los estratos más altos como los más bajos forman parte de un mismo ámbito de integración – "opinión social"–, ese antagonismo sólo se hace efectivo respecto a las formaciones sociales que se asientan en la comunidad, pero que son ajenas a ella. La principal diferenciación social de los campesinos no procede del interior de la comunidad, sino de sus relaciones con la sociedad mayor (Vergopoulos, 1976: 17), de modo que las disparidades que se observan en el seno de los diversos marcos comunitarios emanan de cuanto separa a quienes pierden su plustrabajo y a los que lo acaparan. Los intereses de los diferentes estratos comunitarios no se oponen cualitativamente, aun cuando sean distintos, porque entre dichos segmentos no hay extracción de plustrabajo, como sucede entre los campesinos y las formaciones sociales ajenas

a la comunidad, ni tampoco relación de explotación, como ocurre en la industria entre el proletariado y la burguesía o, dentro del agro, entre los empresarios agrarios capitalistas y el proletariado empleado por ellos.

Por lo tanto, no parece lícito mantener que en el seno de la comunidad y de la organización social campesina sea posible aplicar en su sentido clásico la noción de contradicciones de clase (Marx, 1975: 24; Shanin, 1979a: 10). Tal concepto sólo es extensible a los vínculos que mantiene la comunidad con el Estado, el capital urbano y agrario y los representantes de los mismos. Solamente puede hablarse de la disposición de grupos antagónicos, cuando surgen de sus distintas relaciones de producción. Ello es fundamental para entender que los vínculos internos de la organización social campesina, al obedecer a un mismo tipo de relaciones con los medios de producción y a unos rasgos socioeconómicos y culturales comunes, responden a una única situación de clase en sí misma (Hobsbawm, 1967: 32, 1976: 10; Sevilla de Guzmán, 1979: 29, 1985: 322; Galeski, 1968: 270, 1977: 62; Vaello, 1977: 102; Shanin, 1979a: 226; Stavenhagen 1969: 71, 1970: 15; Alonso, 1974: 167-169), cuyos caracteres objetivos, sin embargo, se expresan en raras ocasiones de modo manifiesto y consciente¹⁰⁶. Por mucho que se comparta un sentimiento de diferencia, separación y de subordinación respecto a los sectores no campesinos y a la sociedad mayor, la heterogeneidad y verticalidad existentes en las distintas comunidades campesinas debilitan generalmente la conciencia de ser tal clase, que se vive de forma vaga. Y ello, pese a que tal conciencia vaga permita percibir a los campesinos que, dado que el campo es saqueado como un todo, ellos replican poniendo en cuestión el sistema como un todo; aun cuando haga posible que los campesinos de lugares con costumbres diferentes se reconozcan y se vean como un mundo aparte; y, a la par, aunque la gran cohesión social que brindan a los campesinos la familia y la comunidad haga secundaria su diversidad interna frente a sus divergencias con la sociedad mayor. Como señala E. Sevilla de Guzmán:

La cuestión de considerar al campesinado como clase debe ser estudiada como una cuestión de grado y de contexto histórico, es decir, referirse a él como una entidad social con baja categoría de clase –baja clasicidad– que se eleva a aceptar la doble función desempeñada por los campesinos en la sociedad, constituyendo, por una parte, una clase social poco poderosa y dominada, y por otra, siendo un mundo diferente, una sociedad en sí misma de gran autosuficiencia que lleva consigo elementos de un modelo separado, diferenciado y cerrado de relaciones sociales (Sevilla de Guzmán, 1979: 29-30).

En consecuencia con estas precisiones metodológicas, hay que señalar que la superior o inferior estratificación social comunitaria está en función del modo en que la sociedad mayor interviene en la división social del trabajo de la comunidad, captando grados diversos de plustrabajo y potenciando diferentes grados de relación con los medios de producción. Esto posibilita la configuración de unos estratos de rango superior, que a su vez presuponen la existencia de unos segmentos de status inferior e intermedio, formalizándose entre ellos una relaciones de tipo vertical y heterogéneo, cuya naturaleza, no obstante, como acabamos de subrayar, difiere cualitativamente de los nexos que sostiene colectivamente la comunidad con la sociedad mayor y, más concretamente, con las formaciones sociales no campesinas. Aun

cuando las familias que componen el marco comunitario forman un todo inseparable, ello no comporta forzosamente que la comunidad tenga que ser homogénea. Al contrario, lo más frecuente es la constatación de su diversidad, tanto si nos referimos a las disparidades que introducen en la comunidad la tierra, el trabajo y la producción como si, por su mayor capacidad para acentuar la estratificación social comunitaria, hacemos alusión a las diferencias que promueven la distribución de productos agrarios y el consumo.

Así, en base a todos estos factores y, en especial, a los dos últimos encontramos unos estratos de alto status, que son los que de forma más inmediata dan lugar a la heterogeneidad y verticalidad comunitaria; otros sectores, cuya posición claramente marginal suele ser exponente de la asimetría local –campesinos sin tierras–; un tercer segmento, intermedio entre ambos, que tiende a nivelar la división de la comunidad; y un cuarto colectivo que contrarresta toda relación vertical y heterogénea en virtud de la reciprocidad que practica. Por consiguiente, para evaluar la superior o inferior estratificación de las comunidades de la región en base a la división social de su trabajo, hemos de partir de examinar la variable significación que poseen en cada comarca los estratos esenciales a los que da lugar la intervención de todo ese conjunto de factores. A tal fin, nos basaremos en los datos y las apreciaciones que apuntamos en el capítulo 3 y, en menor medida, que consideramos en el 4.

5.2.2.1.– Factor tierra

La variable posesión y forma de tenencia de la tierra genera en las distintas comunidades los siguientes status básicos:

- Segmento superior: grandes propietarios, arrendadores y especuladores de suelo.
- Segmento inferior: jornaleros.
- Segmento intermedio: pequeños y medianos propietarios y arrendatarios.
- Segmento nivelador: titulares de explotaciones comunales y socios de cooperativas de suelo.

TABLA 84

ESTRATIFICACION SOCIAL. FACTOR TIERRA

SEGMENTOS/COMARCAS*	I	II	III	IV	V	VI
SEGMENTO SUPERIOR						
GRANDES PROPIETARIOS						
Nº de Titulares de Explotaciones Mayores de 100 Ha. % Sobre Total Comarcal	4,4	6,5	13,1	8,1	1,8	2,1
ESPECULADORES DE SUELO						
Nº de Primeras y Segundas Residencias. Media Comarcal**	513,0	3.609,8	52.307,6	911,2	1.245,7	1.654,3
% de Municipios con Más del 44% de su Población Empleada en el Sector Terciario	29,0	90,2	96,2	36,5	64,4	14,2
Población Ocupada en la Industria. Media Comarcal**	56,0	85,3	7.991,0	535,1	429,5	322,6
ARRENDADORES						
% de Explotaciones Arrendadas	17,7	15,1	32,0	23,4	8,4	17,7
SEGMENTO INFERIOR						
Nº de Empleados Agrarios Fijos. Media Comarcal**	1,8	9,9	22,0	24,6	13,1	26,6
SEGMENTO INTERMEDIO***						
Nº de Explotaciones Menores de 100 Ha. % Comarcal Sobre Total de Explotaciones	95,6	93,5	86,9	91,9	98,2	97,9
SEGMENTO NIVELADOR						
TITULARES DE SUELO COMUNAL						
Explotaciones bajo Otros Sistemas de Tenencia y en Propiedad de Entidades Públicas. % Sobre Total Comarcal	5,3	5,5	2,7	1,5	0,5	6,5
Superficie bajo Otros Sistemas de Tenencia y en Propiedad de Entidades Públicas. % Sobre Total Comarcal	79,1	39,4	19,9	6,3	9,7	12,0
COOPERATIVISTAS						
% de Superficie Agraria Util en Régimen Cooperativo Sobre Total de Ha. de la Comarca	2,1	---	0,6	---	0,7	1,1

* I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama, III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

** Esta media es la resultante de dividir el número total de empleados agrarios fijos, de primeras y segundas residencias y de ocupados en la industria de cada comarca entre el

conjunto de sus municipios.

*** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

Fuente: I.N.E., 1991: 3-4, 17-22, 17-18, 19-22, 73-74; Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 145-147, 189-191, 233-235, 311-313, 339-341, 358-362, 478-480. Elaboración propia.

Tal jerarquización de las disparidades comunitarias requiere que realicemos cuatro puntualizaciones.

La primera es que el segmento mayoritario en el conjunto de la región está integrado por el intermedio, por lo que a la hora de valorar su importancia debe asignársele más significación que al resto de los estratos. El segundo segmento más numeroso lo forman los sectores niveladores. Ambos estratos tienden a ir aumentando en número y significación. Por contra, los segmentos superiores resultan menos nutridos que los anteriores y todavía en menor medida lo son los inferiores. Ello define para la globalidad de la región una estratificación social poco marcada en general, sobre todo si tenemos en cuenta que tanto el segmento superior como el inferior son de momento regresivos en importancia y en número.

La segunda puntualización consiste en que, pese a que los segmentos intermedios nivelan objetivamente toda verticalidad y división comunitaria, no lo hacen subjetivamente, es decir, no tienen clara conciencia de los efectos que producen en la comunidad. Se trata de una nivelación, que se desprende de su condición objetiva, de la posición que les ha tocado jugar en su relación con los medios de producción. No es el mismo caso de los colectivos que protagonizan la reciprocidad vecinal, en los que sí hay una patente voluntariedad y conciencia de reequilibrar los potenciales desajustes existentes en el seno de la comunidad.

La tercera puntualización alude a la necesidad de analizar la significación de los especuladores de suelo en base a la importancia que registra en cada territorio la penetración urbana, dado que los asentamientos y el proceso urbanizador que conlleva esta presencia conforman tanto el motor que impulsa los movimientos especulativos de la región como las coordenadas que los enmarcan. Del conjunto de los parámetros utilizados en el capítulo 3, cuando estudiamos tal penetración, tres de ellos resultan los de mayor pertinencia para evaluar el alcance que poseen los especuladores de suelo en las diferentes comarcas: el número de primeras y segundas residencias, el porcentaje de municipios que reúne más del 85% de su población empleada en el sector secundario y la cifra de ocupados en la industria.

La cuarta de tales precisiones se refiere al caso de los jornaleros o campesinos sin tierra, cuya inclusión dentro de la comunidad, pese a no ser compartida por muchos estudiosos de las sociedades campesinas que les consideran parte integrante del proletariado (Redfield, 1956: 38; Aceves, 1971: 22; Foster, 1967b: 18; Etchezarreta, 1977b: 83; Caro Baroja, 1966a: 47; Wolf, 1977: 10; Shanin, 1971¹⁰⁷: 293), nos parece completamente pertinente en la región de Madrid. En efecto, los jornaleros, al igual que el resto de los campesinos se organizan en grupos domésticos, que funcionan como unidades de producción, distribución y consumo; y poseen una estructura socioeconómica basada en la explotación del suelo y unas relaciones

sociales que, en el marco de la comunidad rural, son desiguales y dependientes respecto a la sociedad mayor (Sevilla de Guzmán, 1976: 29, 1978: 257; Martínez-Alier, 1968: 92, 1974: 141, 1979: 178, 1984: 79; Landsberger, 1974: 14-16; Mintz, 1973: 101, 1974a: 306; Roseberry, 1976: 46; Stavenhagen, 1969: 27, 1970: 7). Además mantienen unos vínculos familiares y comunitarios similares a los del resto de los diferentes grupos campesinos, organizando, como éstos, su actividad productiva de forma que satisfaga sus necesidades materiales y sociales¹⁰⁸. Simultáneamente, la propia diferenciación interna de los distintos grupos campesinos y su diversa posición respecto a la producción hacen que se configure un tipo de propietarios directos de la tierra, pero también que exista otro sector que la posee de modo indirecto, en régimen de arrendamiento, aparcería o medianería, y un tercer sector que no detenta ninguna forma de propiedad (Sevilla de Guzmán, 1976: 33, 1979: 26).

Los jornaleros no son, por lo tanto, más que campesinos que, en el curso de la evolución histórica, se han visto desposeídos de la tierra por la apropiación que sobre ella han llevado a cabo distintos sectores de medianos y grandes propietarios y, fundamentalmente, otras formaciones sociales que han podido, en virtud de su situación preeminente, extraerles sus excedentes hasta ese punto. Son, a la postre, campesinos sin tierras con grandes similitudes con aquéllos que las detentan de modo indirecto. En suma, los campesinos con tierras y los jornaleros se configuran como el principio y el fin de un largo proceso de sumisión de una sociedad menor a otra mayor, como los dos extremos de una misma identidad cultural (Servolin, 1972: 29, 1977: 115). Ahora bien, los campesinos sin tierras son tales en tanto mantienen las mismas relaciones económicas y sociales que el conjunto del campesinado (Roíz, 1983: 56; Thorner, 1979: 190). Pierden este carácter, es decir, se convierten en proletariado agrario desde el momento en que adoptan una organización socioeconómica análoga a la de los obreros de otros sectores económicos. Ello acontece cuando los diferentes miembros de una familia jornalera pasan a desarrollar individualmente actividades económicas y relaciones sociales independientes, se desvinculan del mundo comunitario y adquieren otra forma de vida y otros patrones culturales cualitativamente diferentes de los que les pudieron ser propios en otros momentos.

Entrando ya en el análisis comarcal, hemos de señalar que las comunidades del Área Metropolitana son las que se hallan más estratificadas del conjunto de la región a causa de la extracción de recursos y excedentes de suelo. De este modo se desprende de la tabla 84, referida a los datos que nos suministra el capítulo 3. A la luz de esta tabla observamos que frente a unos segmentos niveladores poco notables y a unos pequeños y medianos propietarios no demasiado mayoritarios, principales responsables de que no se pueda calificar de marginal el paisaje agrario metropolitano, los estratos superiores son más numerosos y poderosos que en cualquier otro enclave de la región.

Así, los grandes propietarios no sólo son más masivos que en otras comarcas, sino que su preeminente posición social dentro de la comunidad está reforzada por el hecho de que muchos, aparte de actuar de medidores con la sociedad mayor, son absentistas que especulan y han especulado con sus tierras, admiten y han aceptado una degradación

importante del medio físico comarcal y han vendido cuantiosas Ha. de suelo a las formaciones sociales urbanas. Estos grandes propietarios no sólo expresan cómo el tipo de derechos históricos prevaleciente en la comarca ha favorecido un substancial acaparamiento de la tierra en propiedad, sino la consolidación que han llevado a cabo de sus status al facilitar la penetración urbana y de las relaciones agrarias capitalistas en el territorio comarcal, aceptar situaciones de privilegio de las formaciones sociales no campesinas –producción, mercado, puestos políticos locales, dirección del ceremonial– y acentuar las relaciones verticales con sus vecinos –especulación de suelo, empleo–. No pocos de estos grandes propietarios son, a su vez, miembros de la aristocracia –Mejorada del Campo, Boadilla del Monte, San Fernando de Henares, Las Rozas–, que con frecuencia han venido disfrutando de sus tierras desde los tiempos de la implantación de la Corte en Madrid, basando su economía, primero, en la producción de los siervos, luego, en la de arrendatarios y aparceros y, más tarde, en la faceta que hoy los conocemos.

Junto a los grandes propietarios, hay que mencionar a otros poderosos especuladores de suelo que son titulares de explotaciones absentistas de tipo medio. Ello se pone de manifiesto en el hecho de que en los últimos catálogos, realizados por el I.R.Y.D.A. como anexos a la Ley de Fincas Manifiestamente Mejorables, se hayan incluido cuarenta y dos explotaciones metropolitanas, cuya extensión asciende aproximadamente a 41.474 Ha. (Ballesteros, 1985: 44). Se trata de titulares de explotaciones que han dejado en baldío sus tierras, han provocado la caída de su productividad o incluso han deteriorado sus posibilidades productivas –incendios, recalificaciones, habilitación como escombreras o zonas de extracción de áridos– para facilitar su transformación en suelo urbano. Y otro segmento superior que tiene más significación en las comunidades metropolitanas que en el resto de la región es el de los arrendadores, si bien la mayoría de las Ha. en arrendamiento pertenecen a los grandes propietarios, quienes con más asiduidad que en otras comarcas acostumbran a ceder amplias superficies a empresas de producción capitalistas o a otros terratenientes no arrendadores. El alto coste del suelo metropolitano limita del mismo modo que en Guadarrama, y a diferencia de otros enclaves de la región, el acceso al arrendamiento de los titulares de pequeñas explotaciones y/o las familias de escasas rentas, aun cuando no lo impide y tampoco es extraña la cesión gratuita o a bajo precio a cambio de trabajos o servicios.

Bastante menos significación que los segmentos de status superior tienen los jornaleros. No demasiado numerosos, los jornaleros presentan una gran marginalidad social a causa de la inestabilidad que caracteriza su dedicación laboral, tanto a nivel del puesto de trabajo como de su salario, debido a las insuficientes prestaciones sociales que perciben –no suelen estar dados de alta en la Seguridad Social–, a su desprotección en otros muchos terrenos y a su avanzada edad. Respecto a esto último hay que mencionar que, pese a que también hay bastantes jóvenes, se trata en muchos casos de hijos de campesinos con tierras que normalmente están dados de alta en las explotaciones de sus padres, quienes no es raro que asimismo trabajen puntualmente como jornaleros. Una gran mayoría de estos jornaleros ha emigrado además de otras regiones, lo que aumenta la dispersión y desorganización del

colectivo, a menudo diseminado en fincas distantes y prácticamente nada articulado en sindicatos o con el resto de la comunidad.

Tras el Area Metropolitana, la Campiña es la segunda comarca de la región que presenta una mayor estratificación social a causa de la estructura de sus tierras. Los segmentos niveladores, extremadamente poco numerosos, resultan los menos significativos de la región y, aunque los grandes propietarios, los arrendadores y, sobre todo, los especuladores de suelo no son tan importantes como en el Area Metropolitana, la Campiña supera a esta comarca en el número y en el peso social de sus jornaleros. Por su parte, los pequeños y medianos campesinos, con muy pocas posibilidades de movilidad ascendente debido a sus bajas rentas, tienen más capacidad que en el Area Metropolitana de imprimir al paisaje rural una señal de identidad que le distinguen de los espacios habitados por las formaciones sociales urbanas; lo que se hace extensible a los jornaleros. Estos, aparte de trabajar de braceros, pastores de ovejas, guardas, tractoristas y, a veces, de criados para los grandes propietarios, suelen recibir en usufructo su vivienda y algún huerto, corral o tierra de secano para compensar los sueldos reducidos que perciben a cambio de unas jornadas laborales largas e intensas.

A continuación del Area Metropolitana y de la Campiña, se sitúa Guadarrama, donde aumenta respecto a estas dos comarcas el realce de los pequeños y medianos propietarios, cuyo deseo de ascenso social, expreso en muchos momentos del ceremonial por la competencia que entablan con las élites, se ve fuertemente limitado por el alto coste del suelo. Igualmente se incrementa frente a los dos comarcas anteriores la preeminencia de los segmentos niveladores, disminuyendo a la vez la de los jornaleros. Menos peso social y numérico tienen, al tiempo, los segmentos superiores, sobre todo los arrendadores, quienes, a semejanza de la Campiña y en contraposición al Area Metropolitana, efectúan más arrendamientos a pequeña escala y ceden menos sus tierras a los empresarios agrarios capitalistas.

Una incidencia mayor en la estratificación social de las comunidades ejercen los grandes propietarios, ligados por lo general a unidades pecuarias extensivas y conformados históricamente en base a la privatización y cerramiento de las tierras más aptas para el aprovechamiento ganadero. Tal apropiación, a la que responde la morfología de campos cerrados de esta comarca, fue reconocida durante el siglo XVIII y XIX por diversos organismos estatales de justicia y gobierno a través de sucesivas disposiciones y ejecutorias, dirigidas a garantizar los pastos de los ganaderos y a proteger a los agricultores. Y una presencia semejante, aunque algo menor, a la del Area Metropolitana caracteriza a los especuladores de suelo, amparados por la gran instalación de segundas residencias y cuyos protagonistas más influyentes simultanean su actividad especulativa con la tenencia de grandes propiedades. Estos últimos individuos configuran la élite social de Guadarrama, controlando en gran medida las opciones sociales de ascenso del conjunto de la comunidad y, cuando es viable, el poder local de los ayuntamientos. Muestra de dicho poder es que los cabezas de familia de esta élite no suelen ignorar ciertos actos ceremoniales –asistencia a oficios religiosos y a celebraciones domésticas–, que son pasados por alto por la mayoría de los

varones adultos de la comunidad que no necesitan tanto como aquéllos mantener y exhibir su status elevado. Junto a ello, esta élite no duda en manifestar la superior aportación de fondos y el mayor consumo que, frente al resto de los vecinos, efectúa durante el conjunto de los actos festivos, ocupando, en consonancia, los lugares preferentes del ceremonial y tomando, al lado de las formaciones sociales urbanas, buena parte de las decisiones fundamentales sobre la elaboración y el contenido de los programas de las fiestas.

En el extremo opuesto al Area Metropolitana, a la Campiña y a Guadarrama se colocan las Vegas y, principalmente, la comarca Suroccidental y Lozoya-Somosierra.

Si no fuera por los desequilibrios que introducen en muchas comunidades de Lozoya-Somosierra la avanzada edad de los vecinos y la despoblación de numerosos ámbitos comunitarios, estaríamos hablando de una comarca altamente homogénea y sin apenas disparidades, ya que poco es lo que lo impide su estratificación social.

Los segmentos niveladores adquieren aquí más fuerza y estabilidad que en cualquier otra comarca de la región, habiéndose consolidado en virtud del carácter estructural de su condición y comportamiento social y de la complejidad histórica que ha entrañado su construcción, entremezclando todo un haz de puntos de unión que no sólo se limitan a su forma de relación con la tierra. Sobre la base de esta vinculación con la tierra, aparecen toda una serie de intercambios económicos, parentescos y amistades, cargas afectivas, posiciones horizontales en el ceremonial y creencias compartidas que contrarrestan la verticalidad y la disgregación social que genera la sociedad mayor en otros ámbitos comarcales. La reciprocidad y el intercambio que estos segmentos niveladores entablan en el seno de la comunidad permiten además, con mayor pujanza que en otras comarcas, contrapesar las disparidades vecinales bien sea ceremonialmente o cooperando en el trabajo y la producción de las familias más desfavorecidas.

Los pequeños y medianos campesinos, por otro lado, dominan en la mayoría de las comunidades, mientras que los jornaleros y, dentro de los estratos de rango superior, los especuladores son casi inexistentes frente a los registrados en otras áreas de la región. Estos últimos, coincidentes, sobre todo, con grandes propietarios, aun cuando también con medianos titulares de tierras, se aprovechan de los movimientos especulativos que desencadenan los segundos residentes y la instalación de servicios. Algo más de importancia tienen los grandes propietarios y en especial los titulares de cabañas de vacuno de más de cien reses, quienes, trasladándose a vivir en muchas ocasiones a las localidades más pobladas de la comarca, se consideran a sí mismos y son vistos por el resto de la comunidad como los ricos de la localidad. Y una significación similar poseen los arrendadores, que suelen alquilar sus tierras a pequeños propietarios que necesitan ampliar un espacio productivo que apenas les permite obtener mínimos de subsistencia; sucediendo a menudo que la parcela arrendada supera en extensión a la tenida en propiedad. Junto a estos pequeños propietarios, también toman suelo en arriendo los titulares de unidades medias, algunos grandes propietarios y numerosas familias sin ninguna propiedad que, mediante el arrendamiento, constituyen pequeñas e incluso medianas explotaciones. Por su parte, los arrendadores suelen ser grandes propietarios,

aunque en ocasiones se trata de medianos titulares y de cabezas de familia con pequeñas explotaciones semi abandonadas. En estas últimas circunstancias se aminora sensiblemente la verticalidad potencial que conlleva todo arrendamiento, ya que no resulta infrecuente que el status del arrendador prevalezca sobre el del arrendatario.

Algo mayor que en Lozoya-Somosierra es la estratificación social que produce la tierra en la comarca Suroccidental, donde apenas se registran segmentos de nivelación y aumenta el peso de los jornaleros y los especuladores de suelo. No obstante, los jornaleros acostumbran a tener en arriendo o usufructo pequeñas porciones de tierra o huertos, por lo que se contrarresta la estratificación social que desata su presencia. Paralelamente, resulta menor que en Lozoya-Somosierra la importancia de los grandes propietarios y los arrendadores, en tanto que entre los especuladores de suelo, bastante más significativos que en esa comarca serrana, hay numerosos pequeños y medianos propietarios. Esto último no parece casual en unas comunidades, en las que los segmentos intermedios tienen más peso que en cualquier otra comarca y configuran el panorama social preferente. Debe remarcarse, con todo, que en esta comarca la figura de los grandes arrendatarios, ligada a la explotación de cotos de caza y, más genéricamente, a la multiplicación de los tipos sociales que comporta la penetración urbana, adquiere mayor pujanza social y numérica que en cualquier otro punto de la región; lo que en nada favorece la homogeneidad y horizontalidad de las relaciones vecinales, máxime si aludimos a toda una serie de componentes adicionales. Entre tales elementos añadidos, hemos de mencionar el poder político y económico que la comunidad les otorga y ellos mismos se arrojan, el lugar preeminente y la representación que les confiere la sociedad mayor, su posición como puntos de referencia jerárquica y de emulación para los miembros del marco comunitario y el trato discriminatorio y clientelístico, que aplican a unos vecinos en detrimento de los otros en función de las mayores o menores cortapisas que éstos plantean a los intereses del arriendo de la caza.

Finalmente, en las Vegas aumenta algo más que en la comarca Suroccidental la estratificación social de las comunidades, aunque resulta bastante menor que en Guadarrama. Los segmentos intermedios son casi tan característicos como en la comarca Suroccidental, mostrando su rechazo y su escasa adaptación a los modelos de vida urbanos mediante su apego a la tierra, su profunda solidaridad con los valores de la vida local y su imbricación con el paisaje agrario. Fruto de esta significación y de las relaciones horizontales que suelen desplegar es la incidencia de los segmentos sociales niveladores, muy similar a la de Lozoya-Somosierra y altamente integradora de la vida, la vigencia y la especificidad de la comunidad. Asimismo, la presencia de los grandes propietarios es menor que en Lozoya-Somosierra y sólo algo superior la de los especuladores de suelo, quienes o explotan parte de sus tierras o son pequeños y medianos campesinos que se dedican a especular con su propio suelo o, muy frecuentemente, con el ajeno. Más peso que en Lozoya-Somosierra tienen, sin embargo, los arrendadores, pese a que en las Vegas es tan común como en esta comarca serrana que los arrendatarios dispongan de un status más elevado que quienes les ceden sus tierras. Y mayor resulta todavía el realce de los jornaleros, representando en esta comarca los valores más altos

de la región, si bien muchos de ellos son agricultores a tiempo parcial, actúan como aparceros de temporada o emplean su fuerza de trabajo familiar, en parte o enteramente, sólo en los momentos de máxima actividad en el agro. Al igual, casi todos los jornaleros poseen una organización social basada en unidades domésticas de producción y consumo, sustentan relaciones interfamiliares de vecindad y cooperación y explotan una pequeña parcela o algunas cabezas de ganado. Aun cuando los jornaleros consiguen la subsistencia gracias a su trabajo asalariado, la titularidad, ya sea en propiedad o bajo arriendo, de algún terreno o rebaño les permite desempeñar una actividad autónoma, completar sus ingresos y, en ocasiones, establecer un vínculo más firme con la tierra y recuperar un espacio que tuvieran en anteriores territorios de asentamiento. Una razón importante, que clarifica la semejanza de intereses de estos jornaleros de las Vegas con los pequeños y medianos propietarios, es que los primeros se suman a las mismas posturas y actitudes políticas y reivindicativas que los segundos en no pocos conflictos con la sociedad mayor. Así ocurrió en 1977 durante la "Guerra de los tractores". A la par, la mayoría de las organizaciones sindicales de labradores y ganaderos de la comarca los incluye entre sus afiliados.

TABLA 85

FACTOR TIERRA. ESTRATIFICACION SOCIAL. NIVELES DE VERTICALIDAD COMUNI-TARIA*

SEGMENTOS/COMARCAS**	I	II	III	IV	V	VI
SEGMENTO SUPERIOR						
Grandes Propietarios	d	c	a	b	f	e
Especuladores de Suelo	f	b	a	d	c	e
Arrendadores	d	e	a	b	f	c
TOTAL	E	C	A	B	F	D
SEGMENTO INFERIOR	F	E	C	B	D	A
SEGMENTO INTERMEDIO***	D	C	A	B	F	E
SEGMENTO NIVELADOR	F	D	C	A	B	E
TOTAL	F	C	A	B	E	D

* Con el fin de graduar, en orden de mayor a menor, los niveles de estratificación social que origina el factor de la tierra en las distintas comunidades campesinas, hemos partido del siguiente sistema de equivalencias: máximo (a,A), segundo (b,B), tercero (c,C), cuarto (d,D), quinto (e,E), mínimo (f,F).

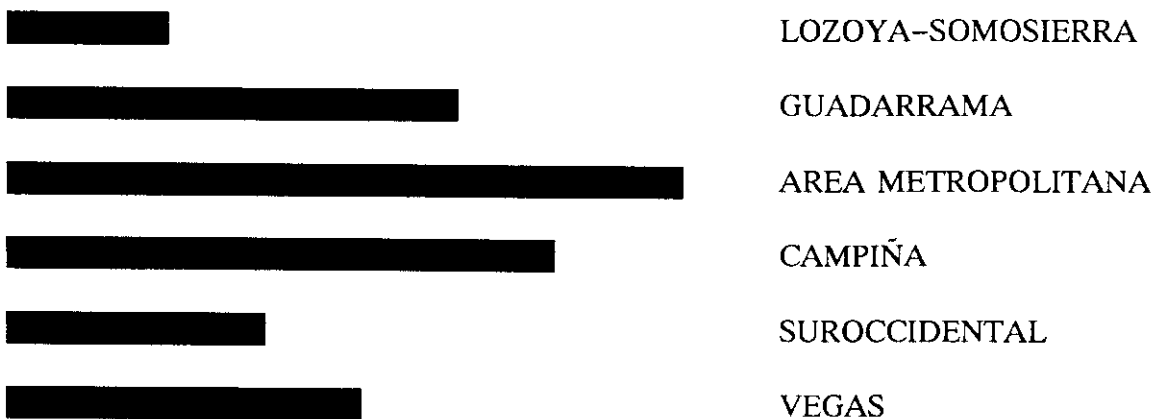
** I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

*** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

Fuente: Elaboración propia.

GRAFICO 62

FACTOR TIERRA. ESTRATIFICACION SOCIAL. NIVELES DE VERTICALIDAD COMUNITARIA



5.2.2.2.- Factor Trabajo

La forma en que los miembros de la comunidad abordan el trabajo en su explotación determina los status esenciales siguientes:

- Segmento superior: grandes empleadores de mano de obra contratada.
- Segmento inferior: jornaleros.
- Segmento intermedio: agricultores y ganaderos a tiempo parcial y pequeños y medianos propietarios y arrendatarios.
- Segmento nivelador: asociados por la ayuda mutua en el trabajo.

El alcance que tiene en cada comarca y en el conjunto de la región el segmento superior viene dado tanto por el número de titulares de grandes explotaciones como, sobre todo, por el peso que reviste la intensidad de la producción. Los datos, ya vistos en el capítulo 3, ilustran suficientemente estos parámetros. Tales indicadores consisten en el porcentaje que representan las explotaciones de más de 100 Ha. sobre el total de ellas, la proporción de superficie agraria útil (S.A.U.) frente a la global y el número de unidades anuales de trabajo (U.T.A.). Este último dato resulta especialmente decisivo para conocer cómo incide la intensidad productiva en la contratación de asalariados.

Por otro lado, aunque los jornaleros ya aparecen en las categorías que conforma la tierra, por lo que no haremos más comentarios sobre ellos, parece oportuno incluirles también en esta tipología a efectos de poder dotarnos de una visión global de la estratificación social que origina el trabajo.

Respecto a los segmentos intermedios hay que realizar varias precisiones. La primera de

ellas es que resultan los estratos mayoritarios en el conjunto de la región, tendiendo a ir en aumento tanto por su significación social como por su número. Ello contrasta de plano con los segmentos inferiores y superiores que son minoritarios y regresivos, si bien no choca tanto con los estratos niveladores, ya que su peso y su número son bastante superiores al de estos otros dos sectores. La segunda puntualización es que tanto los pequeños propietarios y arrendatarios como los medianos suelen emplear coyunturalmente asalariados y, en ocasiones puntuales, con carácter permanente, pero tal contratación difiere substancialmente de la que desenvuelven los grandes empleadores, porque presupone una utilización principal de la fuerza de trabajo familiar y unos volúmenes de empleo auxiliar mucho menores y casi siempre por debajo de los aportes de los efectivos domésticos. De ahí, que para evaluar la importancia de los pequeños y medianos propietarios y arrendatarios, aparte de considerar el porcentaje que representa el número de explotaciones menores de 100 Ha. sobre el total de cada comarca, hayamos tenido en cuenta el peso que suponen las ayudas familiares frente al conjunto de la población campesina existente en los diferentes territorios. Y la tercera consideración se refiere a los agricultores y ganaderos a tiempo parcial, cuya posición social comunitaria, bastante menos estable que la de los pequeños y medianos propietarios y arrendatarios que no ejercen una actividad compartida, fluctúa respecto a la de éstos últimos, generalmente, hacia arriba o, en otras ocasiones, hacia abajo en función de que puedan desempeñar un trabajo fuera de su explotación y de las características que tenga tal empleo. Como quiera que sea, los agricultores y ganaderos a tiempo parcial casi nunca se salen del segmento intermedio, aun cuando, dependiendo de que ejecuten su trabajo dentro o fuera del sector agrario y de la comunidad, en jornada completa o por horas y de forma estable o eventual, mejoran o no su posición social dentro de ese estrato medio. En ello influye, al unísono, que la actividad compartida corra a cargo de uno, de varios o de todos los miembros de la unidad familiar, aunque el tercer supuesto es muy inusual.

Finalmente, para medir la significación comunitaria del segmento nivelador, singularmente compleja, nos hemos visto obligados a utilizar una amplia variedad de factores. Además de los indicadores relativos al trabajo asociado que conllevan las cooperativas y los usos comunales, ha parecido esencial resaltar la inhibición de la reciprocidad que generan la intensidad productiva y, sobre todo, las carencias que manifiesta en la actualidad la unidad doméstica para hacerse cargo de sus tareas. Este segundo aspecto lo plasman la necesidad de sustituir el trabajo de los emigrados y, en particular, la variable presencia de las ayudas familiares en la comunidad. Otros factores, que hemos manejado para analizar la mayor o menor inhibición de la reciprocidad en el trabajo, son: los índices de mecanización, de explotaciones sin tierras, de empleo asalariado y de agricultura a tiempo parcial. Junto con los anteriores, estos últimos parámetros nos hablan también de la intensidad productiva y de las insuficiencias que encuentra la familia para llevar a cabo su trabajo.

TABLA 86

ESTRATIFICACION SOCIAL. FACTOR TRABAJO

SEGMENTOS/COMARCAS*	I	II	III	IV	V	VI
SEGMENTO SUPERIOR						
Nº de Explotaciones Mayores de 100 Ha. % Sobre Total Explotaciones	4,4	6,5	13,1	8,1	1,8	2,1
S.A.U. Sobre Total Ha.	36,7	66,8	64,8	88,3	56,2	69,8
U.T.A.**. Media Comarcal***	22,5	30,5	54,2	45,3	82,2	117,9
SEGMENTO INFERIOR						
Nº de Empleados Fijos. Media Comarcal***	1,8	9,9	22,0	24,6	13,1	26,6
SEGMENTO INTERMEDIO**						
Media Comarcal. Campesinos a Tiempo Parcial***	24,8	61,1	39,0	45,5	135,0	240,1
Ayudas Familiares. % Sobre Total Población Campesina**	14,3	3,1	17,2	23,8	22,4	28,7
Nº de Explotaciones Menores de 100 Ha. % Sobre Total Explotaciones Comarca	95,6	93,5	86,9	91,9	98,2	97,9
SEGMENTO NIVELADOR						
Nº de Cooperativas de Producción y Distribución. Media Comarcal***	0,04	----	0,24	0,26	0,32	0,66
% de S.A.U. en Régimen Cooperativo Sobre Total Ha.	2,10	----	0,67	----	0,72	1,15
Explotaciones bajo Otros Sistemas de Tenencia y en Propiedad de Entidades Públicas. % Sobre Total Explotaciones	5,3	5,5	2,7	1,5	0,5	6,5
Superficie bajo Otros Régimenes de Tenencia y en Propiedad de Entidades Públicas. % Sobre Total Ha.	79,1	39,4	19,9	6,3	9,7	12,0
Ayudas Familiares. % Sobre Total Población Campesina**	14,3	3,1	17,2	23,8	22,4	28,7
Inhibición por Necesidad Sustituir Mano de Obra Emigrada**. Pérdida de Titulares entre 1982 y 1989	-5,0	+1,7	-2,5	-2,9	+1,4	+7,2
Inhibición por la Intensidad Laboral y la Alteración de Funciones de la Familia que Provoca la Intensidad Productiva. U.T.A.**. Media Comarcal***	22,5	30,5	54,2	45,3	82,2	117,9
Inhibición por Mecanización. Maquinaria Exclusiva de la Explotación. Media Comarcal***	15,5	12,7	64,6	45,5	55,6	142,4
Inhibición por Práctica de la Agricultura a Tiempo Parcial y Contratación de Asalariados. Nº de Campesinos. Media Comarcal***	26,6	71,0	61,0	70,1	148,1	266,7
Inhibición por Tenencia de Explotaciones Sin Tierras. Media Comarcal***	3,3	17,3	9,7	3,5	6,0	6,0

* I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama, III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

*** Esta media es la resultante de dividir el número total de U.T.A., empleados fijos, campesinos a tiempo parcial, cooperativistas, maquinaria y explotaciones sin tierras de cada comarca entre el conjunto de sus municipios.

Fuente: I.N.E., 1991: 3-4, 15-16, 17-18, 17-22, 59-62, 67-68, 69-70, 69-72, 69-74, 73-74; Comunidad de Madrid, 1984a: 67-68, 1984b: 97. Elaboración propia.

Como en el caso de la tierra, el Area Metropolitana y, en menor medida, la Campiña y Guadarrama son las comarcas que sufren una mayor estratificación social en base al trabajo que desarrollan los vecinos. Así se desprende de la tabla 86, elaborada a partir de los datos ya examinados en el capítulo 3.

En el Area Metropolitana la incidencia de los segmentos niveladores es mínima y la de los estratos intermedios resulta la segunda menos importante de la región a causa, básicamente, de la baja presencia de los agricultores y ganaderos a tiempo parcial. Estos, además, poseen en la comarca metropolitana la posición social más alta de la región, habida cuenta de que es donde más se emplean fuera del sector agrario y de la comunidad, en una jornada larga, de modo permanente y cubriendo la máxima disponibilidad de la fuerza de trabajo familiar. Simultáneamente, los agricultores y ganaderos a tiempo parcial de las comunidades metropolitanas son los que en menor medida de toda la región recurren a esta práctica por absoluta necesidad. Muchos de ellos lo hacen por obtener unos ingresos similares a los de las formaciones sociales urbanas y como seguro frente al riesgo de una mala cosecha, de eventuales catástrofes naturales o de una quiebra de su situación en el mercado. Conjuntamente, es más que notable la significación que tienen en el Area Metropolitana los grandes empleadores, cuya mayoría disfruta de rentas elevadas y no utiliza la totalidad de la mano de obra familiar; lo que da la pauta, de paso, del realce que adquieren los jornaleros en las comunidades de esta comarca.

Algo menor, sin embargo, resulta la estratificación social de la Campiña, donde aumentan respecto al Area Metropolitana los segmentos niveladores e intermedios, por mucho que se incrementen, por el contrario, los grandes empleadores y los jornaleros. Y todavía menor es la estratificación social en Guadarrama, donde la escasa fuerza de los segmentos niveladores, sólo más baja en el Area Metropolitana, apenas se ve contrarrestada por la pujanza de los sectores intermedios y, dentro de éstos, por los pequeños y medianos propietarios y arrendatarios. A esto debe agregarse que, en contraste con la Campiña, la mayor parte de los agricultores y ganaderos a tiempo parcial lleva a cabo su actividad fuera del sector agrario y lejos de la comunidad, si bien acostumbra a emprenderla de forma eventual y por horas y no suele ocupar la totalidad de los efectivos familiares. Y todo ello, aunque el peso de los grandes empleadores y los jornaleros no es nada preeminente en esta comarca serrana.

Otra situación muy distinta es la que encontramos en Lozoya-Somosierra y, sobre todo,

en las Vegas y la comarca Suroccidental, donde se reduce sensiblemente la estratificación social que promueve en las comunidades la forma de acometer el trabajo.

Efectivamente, a pesar de que los segmentos niveladores no son demasiado relevantes en la comarca Suroccidental, es bastante reducida la incidencia de los grandes empleadores y los jornaleros, despuntando la importancia de los estratos intermedios. Entre éstos, los agricultores y ganaderos a tiempo parcial, cuando menos tan numerosos como los pequeños y medianos propietarios y arrendatarios, tienden más que en la mayor parte de la región a nivelar objetivamente las relaciones verticales de la comunidad. Tanto en este área como en las Vegas, los campesinos a tiempo parcial son los que más entablan su actividad dentro del sector agrario y la comunidad, ocupan en ella a menos miembros y la desempeñan en mayor medida por horas y de manera eventual. A su vez, esta actividad compartida genera menor intensidad productiva en la comarca Suroccidental y en las Vegas que en cualquier otro lugar de la región, por lo que, al incidir en una inferior dependencia de la familia, facilita la nivelación de los lazos horizontales comunitarios y aminora la asimetría de las relaciones entre vecinos. Igualmente, se constata más en estas dos comarcas que en el resto de la región que las retribuciones obtenidas se consideran más como una fuente de ingreso familiar que individual y que hay menos despegue de la tierra por parte de dichos campesinos, pese a ser conscientes de las demandas de suelo para uso urbano y de que con su empleo están participando en una economía de mercado. A la par, en estas dos comarcas se observa en mayor medida que en otros territorios de la región que no hay una disminución sensible de las áreas de convivencia primaria en favor de una superior integración en el mundo urbano y que los fenómenos de cambio individual, familiar y comunitario –hábitos de consumo– que acompañan la agricultura a tiempo parcial no se sienten con tanta intensidad. Y al tiempo, tanto en la comarca Suroccidental como en las Vegas se reduce respecto al conjunto de la región la ambigua posición social que, en ocasiones, caracteriza a este tipo de campesinos y que dificulta su integración con el resto de los vecinos. Esta ambigüedad proviene, desde luego, de su incorporación laboral a mundos distintos, pero no de una doble integración social, ya que los campesinos a tiempo parcial de ambas comarcas, aunque inviertan largas jornadas de trabajo fuera de su explotación, asumen tal prestación como una dedicación auxiliar. Pueden identificarse con sus compañeros de trabajo fuera de la explotación, pero ésta es su propiedad, en torno a ella existe su familia y se estructura el haz de relaciones sociales en las que viven y siempre han vivido.

Pese a las similitudes entre la comarca Suroccidental y las Vegas, ésta última se diferencia de la primera en la mayor presencia de segmentos niveladores e intermedios y, en sentido inverso, en el realce máximo que adquieren los jornaleros y los grandes empleadores, el más elevado de la región. Aun cuando numéricamente estos dos segmentos apenas cuentan frente a los de carácter intermedio y nivelador, se diseña una polaridad social digna de mención, por mucho que los grandes empleadores de las Vegas suelen aprovechar más que en otros sitios su fuerza de trabajo familiar y la lógica productiva que entraña la misma, aparte de participar abiertamente en los sistemas de reciprocidad comunitaria. Su contratación resulta, entonces,

fruto en muchos casos de las necesidades de mano de obra auxiliar que conlleva su intensidad productiva y no tanto de la percepción de unas rentas que permitan liberar a la fuerza de trabajo familiar, máxime si advertimos que ese empleo asalariado provoca con frecuencia el endeudamiento de muchos de los grandes empleadores de la comarca.

Por último, a pesar de que en Lozoya-Somosierra los jornaleros y los grandes empleadores son casi inexistentes, salvando algunas localidades puntuales, y el relieve de los segmentos niveladores es casi tan sobresaliente como en las Vegas, el peso de los estratos intermedios resulta el menos destacado de la región. Ello atañe especialmente a los agricultores y ganaderos a tiempo parcial, que no sólo son más escasos que en otras comarcas sino que generan una gran verticalidad. A este respecto, si consideramos única y aisladamente los motivos inductores a la agricultura y ganadería a tiempo parcial en esta comarca serrana – requerimientos familiares insatisfechos, necesidad de ingresos adicionales– y la gran cantidad de trabajo implícita en dicha actividad, resultaría obvio que en muchos casos la posición social de los campesinos que la practican sería inferior a la de la mayoría de los pequeños y medianos propietarios y arrendatarios. Ahora bien, si les comparamos con éstos últimos y reparamos en que la forma en que ejercen su actividad se parece generalmente a la del Área Metropolitana, hemos de concluir que su posición social suele ser superior a la de los pequeños y medianos propietarios y arrendatarios, porque añaden a su status de partida, producción en unidades de tipo pequeño o medio, las rentas alcanzadas fuera de la explotación. Mientras los pequeños y medianos propietarios y arrendatarios sufren las mismas limitaciones, que en su día empujaron a los campesinos a tiempo compartido a desenvolver un trabajo fuera de la explotación, éstos disponen de unas rentas más altas y seguras, con las que satisfacen mejor las necesidades reales e impuestas del consumo y del ahorro y tienen más posibilidades de asegurar en el tiempo la continuidad de su explotación, así como de contrarrestar sus relaciones asimétricas con la sociedad mayor. Todo ello hace que se sientan y sean considerados con un status que prevalece sobre los sectores de su mismo segmento social.

TABLA 87

FACTOR TRABAJO. ESTRATIFICACION SOCIAL. NIVELES DE VERTICALIDAD COMUNITARIA*

SEGMENTOS/COMARCAS**	I	II	III	IV	V	VI
SEGMENTO SUPERIOR	F	E	C	B	D	A
SEGMENTO INFERIOR	F	E	C	B	D	A
SEGMENTO INTERMEDIO***						
Campeños a Tiempo Parcial	a	d	b	c	e	f
Pequeños y Medianos Propietarios y Arrendatarios	b	a	c	d	e	f
TOTAL	A	C	B	D	E	F
SEGMENTO NIVELADOR	E	B	A	D	C	F
TOTAL	D	C	A	B	F	E

* Con el fin de graduar, en orden de mayor a menor, los niveles de estratificación social que origina el factor del trabajo en las distintas comunidades campesinas, hemos partido del siguiente sistema de equivalencias: máximo (a, A), segundo (b, B), tercero (c, C), cuarto (d, D), quinto (e, E), mínimo (f, F).

** I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

*** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

Fuente: Elaboración propia.

GRAFICO 63

FACTOR TRABAJO. ESTRATIFICACION SOCIAL. NIVELES DE VERTICALIDAD COMUNITARIA

████████████████████	LOZOYA-SOMOSIERRA
████████████████████	GUADARRAMA
████████████████████	AREA METROPOLITANA
████████████████████	CAMPIÑA
████████████████████	SUROCCIDENTAL
████████████████████	VEGAS

5.2.2.3.- Factor producción

El tipo de producción efectuado en las distintas comunidades desencadena en su interior los siguientes estratos principales:

- Segmento superior: titulares de grandes explotaciones modernizadas o de medianas unidades, con alta intensidad productiva y utilización de bienes de equipo de origen industrial, elevados rendimientos y notable capital operativo.
- Segmento inferior: titulares de explotaciones al borde la ruina.
- Segmento intermedio: titulares de pequeñas y medianas explotaciones con dificultades financieras para modernizar la producción.
- Segmento nivelador: asociados en cooperativas y en formas tradicionales de producción.

Como en el caso de los factores anteriores, el estrato intermedio es el más numeroso y significativo. Se trata de titulares de explotaciones de menos de 100 Ha. que, habitualmente, se encuentran con graves limitaciones para sacar adelante su producción debido a la gran extracción de excedentes y rentas que tienen que soportar. No obstante, muchos de ellos, aun a costa del fuerte endeudamiento que les genera la necesidad de intensificar su explotación, han conseguido unos niveles suficientes de productividad, especializándose en las producciones más demandadas por el mercado, mecanizando su trabajo y empleando bienes de equipo de origen industrial y/o poniendo en riego sus tierras. El recurso a la práctica de la agricultura a tiempo parcial constituye para estos titulares de pequeñas y medianas explotaciones una de las vías más seguidas e idóneas para contrarrestar su endeudamiento, posibilitar su intensidad y especialización productiva y evitar la ruina.

Así, la incidencia comarcal de este segmento intermedio viene determinada por el número de titulares de explotaciones menores de 100 Ha. que han especializado e intensificado su producción y que, en consecuencia, se ven obligados a dedicar elevados volúmenes de renta al pago tanto de intereses y amortizaciones de capital como de márgenes financieros. Dado que la especialización en la producción ganadera de alta rentabilidad es la más generalizada y la que mayor endeudamiento comporta, se ha primado este factor –expresado en Unidades Ganaderas (U.G.)– frente a otros que definen menos la significación territorial del estrato intermedio. De igual forma, hemos atribuido una importancia especial al endeudamiento que acusa este segmento en las diferentes comarcas a causa de su intensidad productiva, haciendo otro tanto con el mayor o menor ejercicio de la agricultura a tiempo parcial, ya que ambos aspectos aclaran poderosamente las dificultades financieras que atraviesan en la región los titulares de pequeñas y medianas explotaciones.

TABLA 88

ESTRATIFICACION SOCIAL. FACTOR PRODUCCION

SEGMENTOS/COMARCAS*	I	II	III	IV	V	VI
SEGMENTO SUPERIOR						
Nº de Titulares de Explotaciones > 100 Ha. % Sobre Total**	4,4	6,5	13,1	8,1	1,8	2,1
Maquinaria Exclusiva de la Explotación. Media Comarcal***	15,5	12,7	64,6	45,5	55,6	142,4
Producciones Agrícolas Más Rentables. Ha. Media Comarcal***	1,2	0,5	21,6	12,6	38,2	104,8
Especialización Productiva. Peso de Producción Ganadera. U. G. Media Comarcal***	517,9	786,5	961,0	365,7	590,9	575,1
Especialización en la Ganadería Más Rentable. U. G. de Aves y Bóvino. Media Comarcal***	412,6	682,5	595,5	171,1	321,1	305,2
SEGMENTO INFERIOR						
Nº de Titulares de Explotaciones < 10 Ha. % Sobre Total	70,4	70,2	66,7	58,3	80,3	80,3
Competencia Frente a Explotaciones Sin Tierras. Nº de Explotaciones Sin Tierras. Media Comarcal***	3,3	17,3	9,7	3,5	6,0	6,0
Competencia Frente a Productos del Exterior de la Región**. Población de Derecho. Media Comarcal***	660,4	5.227,5	166.967,2	2.481,5	2.670,3	4.385,2
Competencia Frente Alta Rentabilidad de la Producción Ganadera. U.G. Media Comarcal***	517,9	786,5	961,0	365,7	590,9	575,1
Competencia Frente Producción Agrícola de Alta Rentabilidad. Ha. Agrícolas de Alta Rentabilidad. Media Comarcal***	1,2	0,5	21,6	12,6	38,2	104,8
SEGMENTO INTERMEDIO**						
Nº de Titulares de Explotaciones < 100 Ha. % Sobre Total	95,6	93,5	86,9	91,9	98,2	97,9
Nº de Campesinos a Tiempo Parcial**. Media Comarcal***	24,8	61,1	39,0	45,5	135,0	240,1
Especialización en Producción Ganadera de Alta Rentabilidad.** Media Comarcal de U.G. de Aves y Bóvino***	412,6	682,5	595,5	171,1	321,1	305,2
Especialización en Producción Agrícola Más Rentable. Ha. Media Comarcal***	1,2	0,5	21,6	12,6	38,2	104,8
Maquinaria Exclusiva de la Explotación. Media Comarcal***	15,5	12,7	64,6	45,5	55,6	142,4
Intensidad Productiva. U.T.A. Media Comarcal***	22,5	30,5	54,2	45,3	82,2	117,9
Superficie Regable sobre S.A.U. %. Ha.	6,0	0,5	7,1	3,2	2,5	20,8
Endeudamiento por Intensidad Productiva. U.T.A. Media Comarcal***	22,5	30,5	54,2	45,3	82,2	117,9
SEGMENTO NIVELADOR						
Ha. Explotadas por Cooperativas de Producción. Media Comarcal***	21,9	0,0	15,2	0,2	20,3	42,5

* I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama, III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

*** Esta media es la resultante de dividir el número total de maquinaria, Ha. de las producciones agrícolas más rentables, U.G., Unidades Ganaderas de aves y bovino, explotaciones sin tierras, población de derecho, campesinos a tiempo parcial, U.T.A. y Ha. de las cooperativas de producción de cada comarca entre el conjunto de sus municipios.

Fuente: I.N.E., 1991: 3-4, 15-16, 17-18, 23-24, 39-42, 51-54, 59-62, 67-68, 69-74; Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 44-46. Elaboración propia.

Aunque en las comunidades de Guadarrama no es pequeño el número de titulares de explotaciones de menos de 100 Ha., no se puede hablar de que exista un estrato intermedio de la misma envergadura que en otras comarcas, pues, a diferencia de lo constatado en el ámbito global de la región, no le configuran tanto sus dificultades financieras para modernizar la producción. Sus problemas financieros están impulsados por una producción ganadera de alta rentabilidad, pero escasamente propiciados por una práctica de la agricultura a tiempo parcial que alcanza cotas nada despreciables y por unos índices de regadío, especialización agrícola, equipamiento e intensidad productiva que se sitúan entre los valores más bajos de la región. Casi lo mismo puede decirse de las comunidades de la Campiña, ya que, aparte de que poseen la segunda cifra regional más reducida de titulares de explotaciones menores de 100 Ha., poco es lo que se superan los índices señalados para Guadarrama, con el agravante, por lo demás, de que su producción de aves y bovino resulta la inferior de la región. En el lado opuesto, se colocan las comunidades de las Vegas y, sobre todo, del Area Metropolitana, cuyas diferencias estriban en el número de titulares de explotaciones de menos de 100 Ha. y de protagonistas de la agricultura a tiempo parcial, máximo para las primeras y mínimo para las segundas. No obstante, sus semejanzas son superiores a sus contrastes, dado que en ambas comunidades son bastante parecidos los parámetros que marcan la especialización y la intensidad productiva, el equipamiento de medios de producción y el regadío. Entre los extremos que diseñan, por un lado, Guadarrama y la Campiña y, por otro, el Area metropolitana y las Vegas, se hallan los valores medios de la región, representados por las comunidades de la comarca Suroccidental y Lozoya-Somosierra.

Tanto en Guadarrama, la Campiña y la comarca Suroccidental como, en mayor medida, en Lozoya-Somosierra, las Vegas y el Area Metropolitana, los segmentos intermedios deben sus dificultades financieras al esfuerzo crediticio que se ven abocados a realizar para poder modernizar sus explotaciones en el sentido que lo hacen los estratos superiores. Al tiempo, influyen las escasas rentas con que cuenta este sector intermedio para poder devolver sus créditos, fruto de una producción a todas luces insuficiente para afrontar tal gasto.

Frente al sector intermedio y a diferencia de lo que hemos visto para la tierra y el trabajo, el segmento nivelador, que se desarrolla en torno a la producción, resulta bastante minoritario cuantitativa y socialmente. Su significación en cada comarca y en el conjunto de la región está en función del número de Ha. que poseen los socios de las cooperativas de producción y del peso de los mecanismos de reciprocidad interfamiliar.

Estos últimos resortes son más importantes en las Vegas que en cualquier otro punto de la región y se articulan a partir de la utilización colectiva de maquinaria, de la interacción vecinal que promueven la siega, la recolección y, a veces, la trilla y de la solidaridad y el aval que suscitan la petición y devolución de créditos. Asimismo hay que destacar la reciprocidad interfamiliar que se construye en las Vegas alrededor de la racionalización comunitaria del uso del agua para riegos, frecuentemente institucionalizada en mancomunidades de regantes, y de los sistemas de intercambio de trabajo que atenúan la intensidad laboral de las familias que poseen explotaciones de alta productividad. Aunque menos destacada, esta reciprocidad intervecinal es remarcable también en Lozoya-Somosierra en torno a la recolección, la siega, el acondicionamiento de montes, caminos y canales de riego, el empleo colectivo de maquinaria para efectuar el leño en montes y dehesas comunales y, sobre todo, la conducción rotativa de la cabaña hacia los pastos. Tal pastoreo tiene lugar principalmente entre los ganaderos de vacuno, pero debe subrayarse al igual para los titulares de escasos medios económicos que disponen de rebaños de ovejas y ganado caballar. De bastante menor envergadura son las prácticas colectivas que se emprenden en Guadarrama –"Cultivo de Hojas", "Derrota de Mieses"– con motivo de la producción. Y casi inapreciables resultan estos mecanismos en la Campiña, la comarca Suroccidental y, particularmente, en el Área Metropolitana.

Hay que agregar, por otra parte, que en el Área Metropolitana y, especialmente, en la Campiña y Guadarrama algunos cooperativistas del segmento nivelador, pese a tener relaciones igualitarias con sus vecinos, han introducido dentro de la comunidad fuertes elementos desintegradores. Tales componentes consisten en la sustitución, previa desarticulación, de numerosas fórmulas tradicionales de cooperación en la producción y en la multiplicación de las tensiones y las rivalidades que sostienen estos cooperativistas con el resto de los vecinos, a quienes contemplan además como individuos no modernizados y marginales.

Por otro lado, en lo que respecta al segmento superior y al inferior, hay que señalar que la incidencia numérica y social del segundo es mucho mayor que la del primero en el conjunto de la región, según se desprende, sin ir más lejos, de la distribución por tramos que caracteriza el tamaño de las explotaciones en cada comarca.

La significación comarcal del estrato superior se evalúa en función del número de titulares de explotaciones superiores a 100 Ha., cuyos niveles teóricos de capital operativo conllevarían, por lo general, una notable modernización de su actividad económica. También hay que tener en cuenta dónde hay grandes o medianos titulares que son fuertes consumidores de bienes de equipo de origen industrial y se han especializado más en las producciones de mayor rentabilidad. De esta forma, el peso del segmento superior asciende a la cota máxima en las comunidades del Área Metropolitana, ya que el número de titulares de explotaciones superiores a 100 Ha. es el más elevado del conjunto de las comarcas y que el grado de dotación de bienes de equipo y de especialización productiva, que define a esta clase de campesinos y a los que detentan unidades de tipo medio, se sitúa entre los mayores de la

región. En una línea muy similar y con un proceso de construcción sumamente parecido se encuentran las comunidades de Guadarrama, donde el estrato superior resulta casi tan importante como en el Area Metropolitana. Asimismo, este segmento adquiere sensible relieve en las Vegas, aun cuando no tanto a causa de la cuantía de los titulares de grandes explotaciones como debido a la especialización productiva y al equipamiento de los mismos y de algunos medianos campesinos. Justamente esta dinámica de las comunidades de las Vegas es la contraria de la que observamos en la Campiña. A pesar del alto número de titulares de grandes explotaciones de la Campiña, ni éstos ni los que poseen unidades de tamaño medio remontan su bajo equipamiento y escasa especialización productiva. Estos dos últimos factores, sumados a una exigua cifra de titulares de grandes explotaciones, explican, a la par, el poco realce que presenta el estrato superior en las comunidades de la comarca Suroccidental y, sobre todo, de Lozoya-Somosierra.

En sentido inverso a lo efectuado para el estrato superior, para medir la significación social y numérica del segmento inferior, hemos partido del número de titulares de explotaciones menores de 10 Ha., ya que dichas unidades son las que, en razón de su tamaño, muestran mayores limitaciones potenciales para ser modernizadas y aportar rentas suficientes. Al igual, se ha manejado el cúmulo de competencias que acusa la producción de numerosos campesinos, muy singularmente de los pequeños propietarios y arrendatarios, y que, además de endeudarles, les conduce a menudo a la ruina, habida cuenta del esfuerzo crediticio que tienen que acometer para modernizar su actividad productiva y las precarias rentas que ésta les aporta. Tal imperativo de competir lo determina, principalmente, la llegada de productos del exterior de la región, más o menos abultada en base a la población total que hay que abastecer en cada territorio, pero también lo origina la especialización en las producciones más rentables que impone el mercado para el conjunto de los campesinos. A la vez lo ocasiona la variable presencia de las explotaciones sin tierras, ya que éstas, al ser la expresión más genuina de la penetración de las relaciones agrarias capitalistas en el campo y del uso masivo de bienes de producción de origen industrial, generan las competencias que por ambos conceptos sufren de modo primordial los pequeños propietarios y arrendatarios. Con arreglo a tales indicadores, la importancia comarcal del segmento inferior se hace máxima en Guadarrama y, singularmente, en el Area Metropolitana; se ajusta a unos valores medios en las Vegas y el área Suroccidental; y se coloca en los lugares mínimos en las comunidades de la Campiña y, en particular, de Lozoya-Somosierra.

En suma, la estratificación social que marca el factor de la producción alcanza su valor máximo en Guadarrama y, posteriormente, en la Campiña y el Area Metropolitana. Por contra, su valor mínimo se sitúa en Lozoya-Somosierra y, a continuación, en las Vegas y en la comarca Suroccidental.

TABLA 89

FACTOR PRODUCCION. ESTRATIFICACION SOCIAL. NIVELES DE VERTICALIDAD COMUNITARIA*

SEGMENTOS/COMARCAS**	I	II	III	IV	V	VI
SEGMENTO SUPERIOR	F	B	A	E	D	C
SEGMENTO INFERIOR	F	B	A	E	D	C
SEGMENTO INTERMEDIO***	D	A	F	B	C	E
SEGMENTO NIVELADOR	E	A	C	B	D	F
TOTAL	F	A	C	B	D	E

* Con el fin de graduar, en orden de mayor a menor, los niveles de estratificación social que origina el factor de la producción en las distintas comunidades campesinas, hemos partido del siguiente sistema de equivalencias: máximo (a, A), segundo (b, B), tercero (c, C), cuarto (d, D), quinto (e, E), mínimo (f, F).

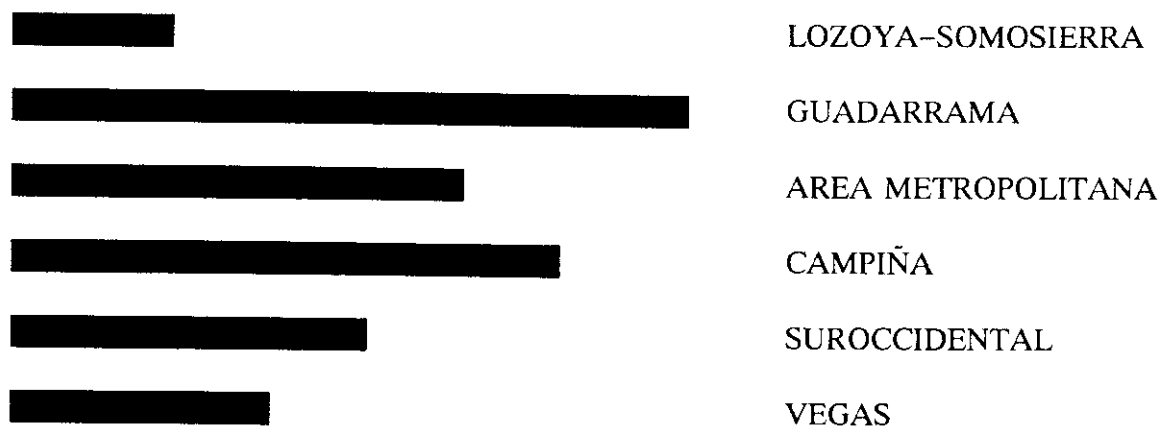
** I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

*** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

Fuente: Elaboración propia.

GRAFICO 64

FACTOR PRODUCCION. ESTRATIFICACION SOCIAL. NIVELES DE VERTICALIDAD COMUNITARIA



5.2.2.4.- Factor distribución

La variable presencia en el mercado es, junto con el componente del consumo, el elemento que diseña una mayor estratificación social en el seno comunitario. En efecto, unidos a las

demandas de consumo, los circuitos de distribución, aparte de extraer más valor añadido y excedentes a los miembros de las comunidades que ningún otro factor al estar fuertemente monopolizados por el capital agroindustrial y urbano, marcan las rentas de las familias campesinas, por lo que responden en primer grado de la posición económica y social de los vecinos. En consecuencia, los segmentos sociales superiores, inferiores e intermedios que define el mercado se constituyen en función de su nivel de participación en los canales de distribución. Por contra, el estrato nivelador viene dado por la reciprocidad que los vecinos establecen en el ámbito de la comercialización y transformación, ya sea a través de cooperativas o de sistemas tradicionales.

Los segmentos sociales que desencadenan los circuitos de distribución de productos agrarios son los siguientes:

- Segmento superior: participantes máximos.
- Segmento inferior: participantes mínimos.
- Segmento intermedio: participantes de tipo medio.
- Segmento nivelador: asociados en circuitos cooperativos o tradicionales de distribución.

La diferente significación social y numérica del segmento superior, inferior e intermedio se deriva, en el conjunto de la región y en cada una de sus comarcas, del peso que poseen las empresas capitalistas de distribución y de la extracción de excedentes que tales sociedades y otras instancias urbanas efectúan sobre la producción de los campesinos. Este último factor, inducido como el anterior de los datos y los análisis aportados en el capítulo 3, a los que conviene remitirse, se evalúa comarcalmente conforme a una escala que gradúa del 1 al 6 la mayor o menor extracción de excedentes de producción que sufren las distintas comunidades. Dicha absorción se encuentra, por lo demás, indisolublemente vinculada a los rasgos que caracterizan la producción en los diversos territorios de la región y que acercan o alejan a los vecinos del mercado.

El estrato superior, con una producción completamente dirigida a los canales monopolistas de comercialización y transformación, basa su existencia en la propia del mercado; y pese a que ello le comporta una gran extracción de excedentes, le sitúa social y económicamente por encima del resto de los miembros de la comunidad. Su presencia en la mayoría de las comunidades es por lo general muy numerosa, habida cuenta de la amplitud y la profundidad con las que las empresas capitalistas de distribución han penetrado en las economías campesinas de la totalidad de la región. Esta razón explica, por otro lado, que el segmento intermedio, aunque se caracterice por dejar un cierto margen de su producción a la comercialización y transformación no monopolista, esté fuertemente imbricado con aquellas empresas. Asimismo tal penetración apunta el por qué de la escasa importancia numérica del segmento inferior, cuyo aislamiento del mercado responde de sus niveles de empobrecimiento, de su marginación social respecto a sus vecinos y, en no pocas ocasiones, de su ruina y desaparición.

Por su lado, el relieve que presenta territorialmente el estrato nivelador se obtiene del número de socios de las cooperativas de distribución, de la mayor o menor implantación de ferias y mercadillos locales, de la variable significación de la venta directa a pie de explotación y del papel que siguen cumpliendo las manufacturas no monopolizadas. Aun cuando todos los segmentos sociales de la comunidad se hallan inmersos en mercados monopolizados, a los que llevan la mayoría de su producción, varía de unos a otros el margen que dejan libre para comercializar y transformar en circuitos no tan capitalizados o locales o para intercambiar con sus vecinos. Tal margen no siempre es voluntario, ya que procede en muchas ocasiones de las dificultades existentes para colocar la totalidad de la producción o algunos productos, no bien admitidos en el mercado por su carácter excedentario o sumamente perecedero. Pero en otros casos ocurre sencillamente que determinados miembros de la comunidad no se atienen, o apenas lo hacen, a la demanda de consumo de las formaciones sociales urbanas. No es casual, entonces, que los segmentos con mayor integración en los mercados monopolizados posean una producción claramente orientada a éstos, mientras que los estratos que permanecen más independientes sean los que no pueden o no quieren producir cuanto imponen los canales estandarizados de distribución.

TABLA 90

ESTRATIFICACION SOCIAL. FACTOR DISTRIBUCION

SEGMENTOS/COMARCAS*	I	II	III	IV	V	VI
SEGMENTO SUPERIOR, INTERMEDIO** E INFERIOR						
Nº de Empresas Capitalistas de Distribución. Media Comarcal***	0,5	1,0	12,7	2,0	2,7	5,1
Extracción de Excedentes de Producción. Escala Comarcal	1	5	6	2	3	4
SEGMENTO NIVELADOR						
Nº de Socios de Cooperativas de Distribución. Media Comarcal***	----	----	8,7	61,9	63,1	222,2
Nº de Mercadillos. Media Comarcal***	0,12	0,38	1,96	0,16	0,41	0,47
Nº de Ferias. Media Comarcal***	0,16	----	0,03	----	0,06	----
Venta a Pie de Explotación. Productos	Leche Corderos Cabritos Huevos	Leche	Hortalizas Frutales Aceitunas Vinos Patatas Aves	Aceitunas Vinos	Hortalizas Frutales Aceitunas Vinos Aves	Hortalizas Frutales Aceitunas Vinos Patatas Aves
Manufacturas Locales Más Importantes	Serrerías Queserías Depósitos de Grano Molinos de Aceite Molinos de Harina Bodegas	----	----	----	Molinos de Aceite Molinos de Harina Depósitos de Grano Bodegas	Molinos de Agua Molinos de Aceite Molinos de Harina Bodegas Depósitos de Grano

* I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

*** Esta media es la resultante de dividir el número total de empresas capitalistas de distribución, cooperativistas, mercadillos y ferias de cada comarca entre el conjunto de sus municipios.

Fuente: Comunidad de Madrid, 1984b: 97, 1991: 131, 1992: 25-27; I.N.E., 1991: 29-50, 51-54. Elaboración propia.

El segmento intermedio es el más numeroso en todas las comarcas, seguido del superior, del nivelador y del inferior. No obstante, oscila de unas comarcas a otras la incidencia de cada uno de estos estratos.

Dada la alta participación en el mercado que registran las comunidades del Area Metropolitana, no es casual que el número y el papel social del estrato superior resulten más

sobresalientes en ellas que en ningún otro ámbito de la región. Esta misma razón explica, en sentido inverso, que en las comunidades metropolitanas apenas cuente el segmento inferior y, paralelamente, que el intermedio sea en ellas menos nutrido que en el resto de las comarcas de la región, en donde puede mantenerse con más facilidad una integración de tipo medio o no tan elevada en los circuitos monopolizados de distribución. Y más bien bajos son, por otro lado, los valores que evidencia el estrato nivelador, según se reseña en la tabla 90. De este modo, la verticalidad que genera el segmento de mayor status se atenúa algo gracias al mínimo papel jugado por el estrato inferior y a la no precaria proyección del nivelador, pero en nada la contrarresta la horizontalidad que conlleva siempre el realce de los vecinos del sector intermedio. Unos rasgos similares caracterizan a las comunidades de Guadarrama, a diferencia de que, aun cuando aumenta el segmento inferior y la incidencia territorial del nivelador es la mínima de la región, disminuye respecto al Area Metropolitana la verticalidad que introducen el estrato superior y la falta de peso del intermedio. Con unos niveles de verticalidad parecidos a los del Area Metropolitana y de Guadarrama, se hallan las comunidades de las Vegas, salvando que la importancia que siguen teniendo la reciprocidad interfamiliar y los canales tradicionales de distribución confiere al segmento nivelador la máxima significación comarcal. Aunque no se puede decir lo mismo de las comunidades de las Vegas, en el caso de Guadarrama y esencialmente del Area Metropolitana, a medida que han ido penetrando los canales monopolizados, las relaciones de intercambio en la plaza del mercado, todavía vigentes, han experimentado una sustitución por otros nexos presididos por la universalidad, el anonimato, las metas de beneficio abstractas y la burocratización. La clase de vínculos que traza el intercambio ha sido suplantada en buena parte por las relaciones que diseña el mero cambio de productos, de manera que las redes de interacción a través del mercado ya no conforman tanto como en el pasado una unidad de acción social, antes al contrario, la dislocan.

En el extremo opuesto a estos tres territorios se colocan la Campiña, la comarca Suroccidental y, especialmente, Lozoya-Somosierra. La verticalidad que provoca el mercado en las comunidades de Lozoya-Somosierra es la mínima de la región a causa, principalmente, de la gran presencia que define al estrato intermedio, del exiguu peso del superior y del notable papel que desempeña el nivelador. Y ello, por mucho que el segmento inferior sobresalga más en esta comarca que en cualquier otra. Muy semejantes a estos valores resultan los de la comarca Suroccidental y algo más dispares los correspondientes a las comunidades de la Campiña, en las que se debilita sensiblemente el relieve del estrato nivelador. La menor verticalidad que poseen estas tres áreas no quita, sin embargo, para que tanto los vecinos de Lozoya-Somosierra y la comarca Suroccidental como, sobre todo, los de la Campiña deban presentarse regularmente en mercados muy capitalizados para vender sus productos, adquirir inputs o solicitar créditos con los que sufragar las mejoras de su producción. Sólo a través de esta clase de circuitos de distribución pueden reproducir unas explotaciones, que se han hecho claramente dependientes de los mercados monopolizados.

Como vemos, las comunidades del Area Metropolitana y de Lozoya-Somosierra se

convierten en los máximos exponentes de los dos tipos opuestos de estratificación que origina el factor de la distribución, marcando también cada una de ellas por su lado unos sistemas diferentes de relación social.

TABLA 91

FACTOR DISTRIBUCION. ESTRATIFICACION SOCIAL. NIVELES DE VERTICALIDAD COMUNITARIA*

SEGMENTOS/COMARCAS**	I	II	III	IV	V	VI
SEGMENTO SUPERIOR	F	C	A	E	D	B
SEGMENTO INFERIOR	A	D	F	B	C	E
SEGMENTO INTERMEDIO***	F	C	A	E	D	B
SEGMENTO NIVELADOR	D	A	C	B	E	F
TOTAL	F	B	A	D	E	C

* Con el fin de graduar, en orden de mayor a menor, los niveles de estratificación social que origina el factor de la distribución en las distintas comunidades campesinas, hemos partido de: siguiente sistema de equivalencias: máximo (a, A), segundo (b, B), tercero (c, C), cuarto (d, D), quinto (e, E), mínimo (f, F).

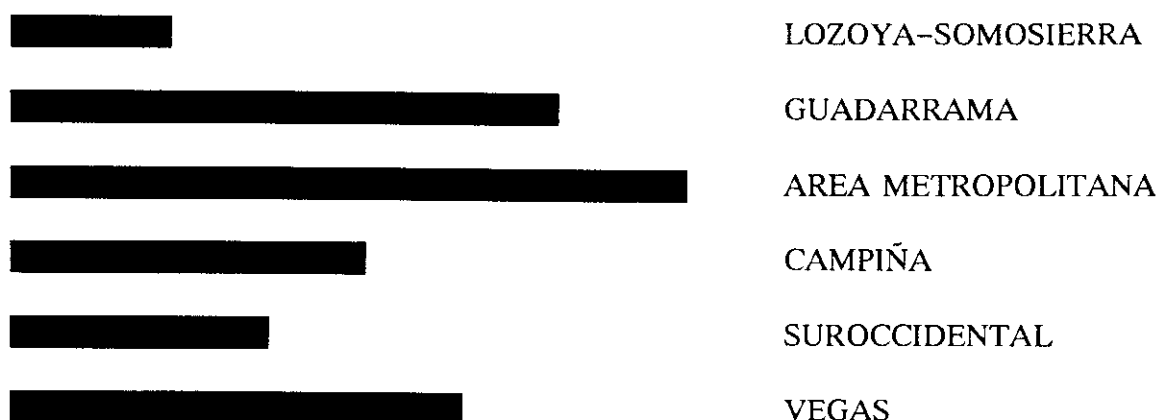
** I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

*** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

Fuente: Elaboración propia.

GRAFICO 65

FACTOR DISTRIBUCION. ESTRATIFICACION SOCIAL. NIVELES DE VERTICALIDAD COMUNITARIA



5.2.2.5.- Factor consumo

Con una importancia similar a la que tiene el componente de la distribución de cara a definir la estratificación social de las comunidades, el factor del consumo determina con igual lógica los segmentos que se conforman en torno suyo. En este sentido, partiendo del hecho de que la mayor parte de los patrones de consumo y de la demanda de artículos del conjunto de los estratos sociales de la comunidad es de naturaleza urbana, según la aceptación, el seguimiento y el relieve de esos patrones y de esa demanda se configuran unos segmentos u otros. Así, hallamos unos estratos superiores, plenamente imbuidos de ese consumo y apenas sin prácticas de autoconsumo o intercambios comunitarios; y unos segmentos inferiores, relegados por sus bajísimas rentas de los hábitos que caracterizan a los primeros. Entre ambos estratos encontramos unos sectores intermedios que, bajo los mismos modelos de consumo que los grupos superiores, los reelaboran en cierto modo de acuerdo con sus gustos y necesidades y dan más cabida al autoconsumo y al intercambio de artículos con sus vecinos. Y, nivelando las disparidades entre unos y otros, aparecen los miembros de la comunidad asociados en cooperativas y bajo fórmulas de reciprocidad tradicional. Tales segmentos son, en consecuencia, los siguientes:

- Segmento superior: sectores con elevada demanda y gran seguimiento de patrones urbanos.
- Segmento inferior: sectores con baja demanda y marginados por los modelos urbanos.
- Segmento intermedio: sectores con una demanda media, con un seguimiento medio de los patrones urbanos y con prácticas de intercambio y autoconsumo.
- Segmento nivelador: asociados en cooperativas y bajo fórmulas de intercambio y autoconsumo.

Como veíamos para los factores anteriores, el segmento intermedio es el más numeroso y recurrente, seguido del superior, del nivelador y del inferior; siendo parecida a los valores comarcales de la distribución la secuencia territorial que delimita el componente del consumo. También, al igual que en el caso de la tierra, del trabajo, de la producción y de la distribución, el análisis de la estratificación social que suscita el factor del consumo se fundamenta en las consideraciones y los datos efectuados en el capítulo 3 y, más concretamente, en el apartado relativo a la extracción de excedentes en ese terreno, al que conviene remitirse. Asimismo, a semejanza del proceso apuntado para la distribución, observamos que allí, donde tiene lugar una mayor imposición y aceptación de los patrones y la demanda de consumo urbano, no sólo se configura un fuerte estrato superior sino que los restantes segmentos sociales no logran alcanzar el realce que adquieren en otros territorios. En efecto, en las comunidades de intenso y generalizado consumo urbano, aparte de que el estrato inferior no cuenta demasiado, el intermedio es menos numeroso que en otras áreas porque resulta más difícil mantenerse al margen de la elevada demanda que define al grueso de los vecinos, protagonizar un seguimiento medio de la misma y desarrollar prácticas de

intercambio y autoconsumo.

Dado que la significación territorial del segmento superior, intermedio e inferior está unida a la variable imposición y aceptación de los modelos de consumo urbano, la implantación de cada uno de estos estratos resulta inseparable de los mayores o menores contingentes de población urbana que acusan las distintas comarcas. Estos efectivos marchan siempre en paralelo a los datos relativos a equipamientos colectivos y domésticos. Por su lado, el estudio de la incidencia que tiene en cada territorio el segmento nivelador ha de tener en cuenta los niveles de consumo que se articulan a través de cauces endógenos a la comunidad. El peso de tales canales comunitarios o locales de consumo viene dado por el grado de intercambio, actividad artesanal y autoconsumo. A su vez, la presencia comarcal del primero de estos tres componentes se fija con arreglo a la especialización productiva y la búsqueda de altas rentabilidades existentes en cada área; la pujanza del segundo la define el número de talleres artesanos; y el papel que juega el tercero lo denota la planificación de la producción llevada a cabo por los diferentes grupos vecinales para abastecer su consumo familiar. Este último indicador, basado en las apreciaciones de campo ya comentadas en el capítulo 3, se evalúa comarcalmente conforme a una escala que gradúa del 1 al 6 su mayor o menor relieve.

TABLA 92

ESTRATIFICACION SOCIAL. FACTOR CONSUMO

SEGMENTOS/COMARCAS*	I	II	III	IV	V	VI
SEGMENTO SUPERIOR, INFERIOR E INTERMEDIO**						
Población de Derecho. Media Comarcal***	660,4	5.227,5	166.967,2	2.481,5	2.670,3	4.385,2
SEGMENTO NIVELADOR						
Talleres Artesanos. Media Comarcal***	0,6	1,9	68,8	1,7	1,6	1,0
Producciones Agrícolas Más Rentables. Ha. Media Comarcal***	1,2	0,5	21,6	12,6	38,2	104,8
Especialización en la Ganadería Más Rentable. U.G. de Aves y Bóvino. Media Comarcal***	412,6	682,5	595,5	171,1	321,1	305,2
Autoconsumo. Escala Comarcal. Productos Más Importantes	5 Aves Leche Carne de Cerdo Conejos Leña Elaboración de Conservas Huevos	2 ---	1 ---	3 ---	4 ---	6 Hortalizas Patatas Vino Aceite Pan Elaboración de Conservas Leña Huevos

* I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Área Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

*** Esta media es la resultante de dividir el número total de la población de derecho, Ha. de las producciones agrícolas más rentables, Unidades Ganaderas de aves y bóvino y de talleres artesanos de cada comarca entre el conjunto de sus municipios.

Fuente: Comunidad de Madrid, 1993a, v.II: 44-46, 213-217; I.N.E., 1991: 39-42, 51-54. Elaboración propia.

Las comunidades del Area Metropolitana, al ser más permeables a las orientaciones y parámetros del consumo urbano que las del resto de la región, son las que poseen mayores proporciones de segmentos superiores y, por contra, las que menos manifiestan la presencia de sectores empobrecidos con baja demanda, incapaces de seguir las pautas que trazan los primeros. Al tiempo, los estratos intermedios de las comunidades metropolitanas, menos numerosos que en cualquier otro punto de la región, son los que más han sustituido sus antiguas prácticas de autoconsumo e intercambio e, igualmente, los que en menor medida han sabido reelaborar y adecuar a sus necesidades y deseos los modelos de consumo urbano. Tales segmentos expresan más que otros estratos intermedios de la región la ruptura de los moldes de la demanda tradicional, que han materializado las formaciones sociales urbanas, y la quiebra de identidad que ello supone. La celeridad, con la que se ha operado dicho proceso, raramente pasa desapercibido para los propios integrantes de este segmento intermedio, ya que el contraste de la situación actual con la que hubo hace sólo tres décadas no parece dejar lugar a dudas acerca de las causas y de la naturaleza de dichas alteraciones y del desarraigo que provocan. Por otro lado, resulta mínimo el realce de los estratos niveladores. Todo ello contribuye a que disminuyan los elementos que permiten distinguir el consumo de las formaciones sociales urbanas del de los miembros de la comunidad. Debe agregarse, por lo demás, que todos los segmentos del Area Metropolitana y, muy en particular, el sector superior disfrutan de más y mejores equipamientos colectivos e infraestructuras que el resto de los estratos de la región debido a la presencia de las formaciones sociales urbanas. Y ello, pese a las carencias en materia de sanidad y cultura que se observan, fruto de la escasa reinversión efectuada por el capital en concepto de retornos, de la extracción de excedentes y, en suma, de la contradicción, no resuelta con la modernización del agro y agudizada por la usurpación de territorios para el emplazamiento de infraestructuras urbanas, entre la necesidad de unos equipamientos locales y su insuficiente rentabilidad inmediata para los intereses de quienes han de proporcionarlos¹⁰⁹.

No muchas son las diferencias que separan a las comunidades metropolitanas de las de Guadarrama, salvando que la totalidad de los estratos sociales de esta comarca serrana están menos imbuidos de los patrones urbanos y que su segmento superior hace más ostentación de su nivel de consumo. Tal ostentación, tanto en el plano de la vida social como en el del ceremonial, se halla en consonancia con la mayor atención que se prestan unos vecinos a otros, al estar menos diluidos entre las formaciones sociales urbanas, actuar con menores componentes de anonimato que en el Area Metropolitana y tener superior sentido la búsqueda del prestigio dentro del marco comunitario. Al unísono, esta ostentación y persecución del

prestigio están mucho más garantizadas en Guadarrama que en el Area Metropolitana por las normas sociales de la comunidad, que avalan comportamientos diferentes en función del status. Efectivamente, los status altos deben contribuir más que otros vecinos al sufragio de las fiestas o de algunos de sus actos para seguir conservando y reproduciendo su rango, hacer alardes con motivo de las ceremonias familiares, disfrutar del ocio, cooperar en el arreglo o en las obras de los espacios públicos comunitarios, tener lugares ricamente engalanados para recibir dentro de las casas, apadrinar neófitos o ayudar económicamente a los miembros más necesitados de la comunidad. Se trata, así, de una ostentación y de un prestigio de rango, que tienden a redistribuir los bienes y servicios disfrutados, preferentemente, por los segmentos superiores y que acompañan el efecto que impulsan en el mismo sentido los estratos niveladores. Bastante menos verticalidad que en Guadarrama presenta la estratificación social en la comarca Suroccidental, cuyas comunidades, aunque no traslucen apenas el peso del segmento superior, se caracterizan por la escasa significación de los estratos intermedios y niveladores y la nada despreciable implantación de los sectores de status inferior.

En el extremo opuesto a estas tres comarcas, se sitúan las comunidades de Lozoya-Somosierra, donde, a pesar de la gran incidencia de los vecinos de status inferior y de que la presencia social y numérica de los segmentos niveladores es menor que la advertida en las Vegas y la Campiña, la pujanza de los estratos intermedios en todos los terrenos destaca muy por encima de la de cualquier otro sector. Frente a ellos es mínimo el papel de los segmentos superiores, si bien su importancia se deja sentir en las diferencias internas y externas que muestran las casas –materiales, dotaciones muebles, formas y volúmenes–, la indumentaria personal o/y la tenencia de automóviles. En este último caso constatamos que los sectores más acomodados suelen disponer de varios automóviles destinados al uso familiar, a los trabajos en el campo y a las necesidades de transporte de los hijos jóvenes. Muy próxima a la estratificación social de Lozoya-Somosierra se encuentra la de la Campiña, donde los segmentos intermedios hacen gala de un consumo más cosmopolita que en la comarca anterior. Y algo más vertical que la estratificación social de Lozoya-Somosierra y la Campiña es la de las Vegas, aun cuando se aprecia la pérdida de poder adquisitivo que, desde comienzos de los años ochenta, acusan los segmentos superiores por efecto del paro de sus hijos emigrados o de la imposibilidad de obtener o ahorrar rentas donde antes las conseguían o no las empleaban. Asimismo se multiplican los ejemplos que expresan la redistribución ceremonial de bienes que llevan a cabo los sectores de status superior, como ocurre en la mayoría de las celebraciones del Arbol de Mayo –regalo del árbol a los quintos y del dinero de su venta– y del verano –cooperación en el gasto de las corridas de toros, obsequios a los niños–. Con todo, el mayor relieve numérico y social, que poseen los estratos superiores respecto al que tienen en la comarca Suroccidental y, sobre todo, en la Campiña y Lozoya-Somosierra, no queda demasiado contrarrestado por el peso de los segmentos intermedios, sólo menos sobresalientes en el Area Metropolitana y Guadarrama. Tampoco atenúa sensiblemente esta verticalidad la baja significación de los estratos inferiores, cuya incidencia en las Vegas es mucho menor que en las comunidades de Lozoya-Somosierra y la Campiña.

Sí la reducen, no obstante, de manera muy considerable los segmentos niveladores, que son los más importantes de la región.

TABLA 93

FACTOR CONSUMO. ESTRATIFICACION SOCIAL. NIVELES DE VERTICALIDAD COMUNITARIA*

SEGMENTOS/COMARCAS**	I	II	III	IV	V	VI
SEGMENTO SUPERIOR	F	B	A	E	D	C
SEGMENTO INFERIOR	A	E	F	B	C	D
SEGMENTO INTERMEDIO***	F	B	A	E	D	C
SEGMENTO NIVELADOR	D	B	A	E	C	F
TOTAL	F	B	A	E	C	D

* Con el fin de graduar, en orden de mayor a menor, los niveles de estratificación social que origina el factor del consumo en las distintas comunidades campesinas, hemos partido del siguiente sistema de equivalencias: máximo (a, A), segundo (b, B), tercero (c, C), cuarto (d, D), quinto (e, E), mínimo (f, F).

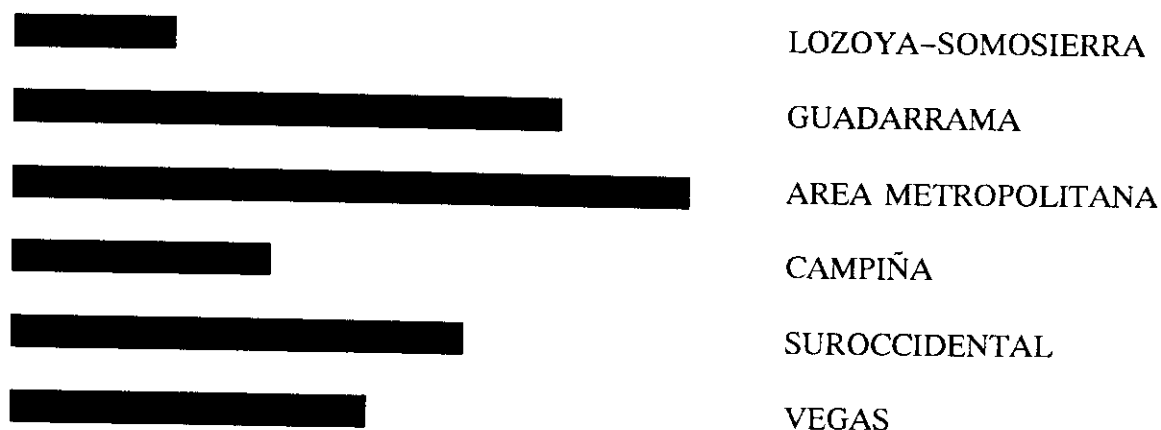
** I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

*** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

Fuente: Elaboración propia.

GRAFICO 66

FACTOR CONSUMO. ESTRATIFICACION SOCIAL. NIVELES DE VERTICALIDAD COMUNITARIA

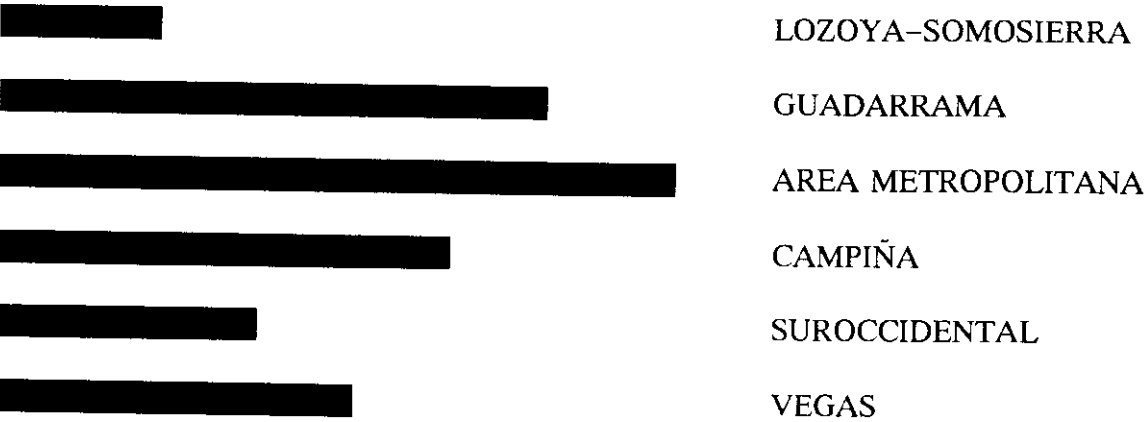


En resumen, si consideramos globalmente la heterogeneidad y segmentación que

promueven el factor de la tierra, la producción, la distribución, del trabajo y del consumo, habremos de concluir que la estratificación social existente en las diversas comunidades de la región es máxima en el Area Metropolitana y mínima en Lozoya-Somosierra. Entre ambos extremos se sitúan, de mayor a menor estratificación, Guadarrama, la Campiña, las Vegas y la comarca Suroccidental.

GRAFICO 67

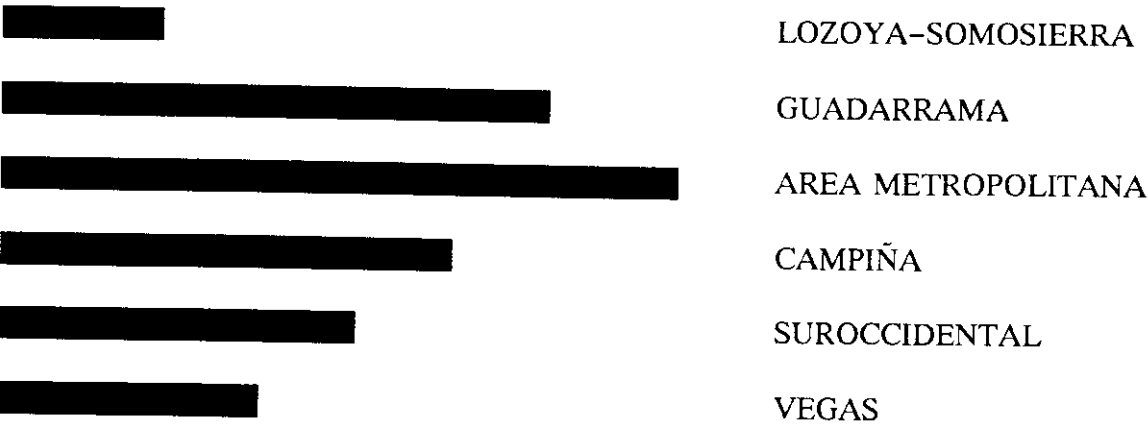
ESTRATIFICACION SOCIAL. NIVELES DE VERTICALIDAD COMUNITARIA



De este modo, uniendo los valores comarcales que nos proporciona la estratificación social comunitaria con los que definen los mediadores entre la comunidad y la sociedad mayor, observamos que la verticalidad entre vecinos es máxima en el Area Metropolitana y mínima en Lozoya-Somosierra. Entre ambos polos, oscila el resto de las comarcas, cuya verticalidad es, de mayor a menor, la siguiente: Guadarrama, Campiña, Suroccidental y Vegas.

GRAFICO 68

VERTICALIDAD VECINAL



5.3.- INSTITUCIONALIZACION DE LA VIDA COMUNITARIA

Aparte de las estructuras básicas que vertebran la vida social de los campesinos, como son el ámbito familiar y el comunitario, dentro de éste último existe toda una serie de organizaciones que viene a complementar la integración que promueven ambos marcos esenciales. Tales niveles de integración, que institucionalizan la vida vecinal, son de dos tipos: las organizaciones impuestas desde fuera del ámbito comunitario por las formaciones sociales no campesinas y las creadas por y para la propia comunidad. Ambos sistemas de organización reflejan en distinta medida la influencia de la sociedad mayor a través de la presencia de los grupos no campesinos en el marco comunitario; el tipo de roles y vínculos dentro de, y entre, las familias; la verticalidad entre vecinos –mediación y estratificación social–; el cambio de funciones experimentado por los miembros de la comunidad; la especificidad de las estructuras sociales de ésta y su capacidad de cohesión e integración vecinal. Nos muestran, en suma, los niveles de alteración social de las comunidades y las formas en que los vecinos contrarrestan las transformaciones operadas en el territorio comunitario, manifestando su capacidad de adaptarse a las circunstancias más adversas para garantizar la continuidad histórica de su sociedad. Nos manifiestan, por consiguiente, la variable dependencia de la comunidad frente a la sociedad mayor.

Dicha dependencia se atenúa en función del mayor peso y número de las organizaciones comunitarias, de la menor fuerza que adquieran las instituciones impuestas y de que, dentro de éstas últimas, se acreciente la participación de los vecinos. En efecto, las organizaciones comunitarias se distinguen de las impuestas en que no alteran la integración social que las comunidades brindan a los vecinos o, cuando lo hacen, nunca es a los niveles de aquéllas. No tienden a hundir el marco local y a sustituirlo por otros ámbitos de escala socioespacial más amplia y compleja y son tan específicas de la vida social de la comunidad como ésta misma. Por igual, las organizaciones comunitarias, a diferencia de las impuestas, tienden a incrementar la horizontalidad de las relaciones vecinales, a integrar socialmente a las familias y a los individuos en el ámbito de lo local y a contrarrestar la presencia de la sociedad mayor y la dependencia que ésta ocasiona.

La significación regional y comarcal de uno u otro género de organizaciones viene dada, en líneas generales, por el variable protagonismo de los distintos grupos no campesinos en el territorio comunitario y por los niveles de verticalidad que caracterizan a las diversas comunidades. De esta forma, la institucionalización de la vida social comunitaria, vehiculada por ambos tipos de organizaciones, condensa cuantas influencias y relaciones acusa la organización social de los vecinos. No es accidental, entonces, que las comarcas con mayor verticalidad y peso de grupos no campesinos sean las que cuenten con unas organizaciones impuestas más numerosas e importantes y, dentro de éstas, con superiores elementos de asimetría y heterogeneidad. En sentido opuesto, tampoco es aleatorio que las organizaciones comunitarias alcancen su mayor relieve social y numérico en las comarcas con menos verticalidad y presencia de las formaciones sociales no campesinas; lo mismo que no es

casual que sea en estos ámbitos comarcales, donde los componentes de horizontalidad de tales instituciones resulten más elevados.

5.3.1.- ORGANIZACIONES IMPUESTAS

Las diversas organizaciones urbanas –partidos políticos, sindicatos, asociaciones culturales y de barrio, movimientos ecologistas, juveniles y feministas– las cámaras agrarias y, sobre todo, los ayuntamientos constituyen las instituciones impuestas más importantes. De ellas, los ayuntamientos son las organizaciones que generan más verticalidad y asimetría, mientras que las cámaras agrarias resultan bastante menos asimétricas y verticales que las asociaciones urbanas y, sobre todo, que los primeros, dada, entre otras razones, la mayor cabida que tienen los vecinos.

Las organizaciones impuestas, introducidas en el marco comunitario por instancias ajenas a él en su origen, su contenido y sus fines, se hallan generalizadas a todas las comunidades de la región, por mucho que no todas sus modalidades sean aislables de la misma manera en el conjunto de las comarcas. Estas organizaciones, a las que los vecinos no se suman habitualmente más que de forma puntual, son la clara expresión del contacto asimétrico entre la comunidad y la sociedad mayor. Así lo corrobora el hecho de que, aun cuando los vecinos lleguen a incorporarse a ellas, nunca lo hacen en condiciones de igualdad con las formaciones sociales no campesinas que las dominan. Como señala A. Pearse:

Mientras que la incorporación al mercado es un proceso ciego en que los agentes individuales y los grupos que persiguen fines económicos aportan el motor, la incorporación institucional contiene un objetivo coherente, y hasta cierto punto es un instrumento usado deliberadamente por el Estado para ajustar las subculturas periféricas "atrasadas" a sus papeles prescritos dentro de la economía y la sociedad nacionales (Pearse, 1979: 65-66).

Y ello, aunque la movilidad social, la propia complejidad del aparato estatal y la multiplicación de la trama y variedad institucional a la que pueden sumarse los campesinos, incentivadas por la penetración y la expansión urbana, impulsan objetivamente la participación de los vecinos en las organizaciones impuestas. En definitiva, estas instituciones suponen por sí mismas, e independientemente de los niveles de verticalidad que presenten en las diversas comarcas, un fuerte incremento de la heterogeneidad vecinal y una modificación substancial de los roles desempeñados tradicionalmente por los miembros de la comunidad, cuyas repercusiones agravan los índices de dependencia y alteración de la organización social comunitaria. De este modo, en oposición a las organizaciones comunitarias, cuanto mayores son su número e incidencia más suelen acrecentar los desequilibrios vecinales.

Todo ello se refleja, entre otras manifestaciones, en el nivel de sustitución, que llevan a cabo las organizaciones impuestas y, esencialmente, los ayuntamientos, del ahorro destinado por los vecinos a las fiestas y en el protagonismo y patrocinio de tales instituciones durante las celebraciones menores y, sobre todo, mayores de la comunidad –pregones, sufragio económico de actos gratuitos–.

Las comunidades del Area Metropolitana son las que poseen más organizaciones impuestas de la región, con mayores elementos de exclusividad y verticalidad y con menores índices de participación vecinal. Al igual, las instituciones impuestas de las comunidades metropolitanas resultan las más sobresalientes de la región y las que presentan mayores similitudes de intereses y patrones de comportamiento con las organizaciones, en que se encuadran las formaciones sociales urbanas.

Las organizaciones impuestas de Guadarrama son casi tan verticales, exclusivas y asimétricas para la comunidad como las del Area Metropolitana y han contribuido prácticamente con la misma intensidad a la alteración de los roles vecinales. Su importancia social es también casi tan marcada como en el Area Metropolitana y muy poco es lo que cuentan en ellas los intereses y la problemática de los campesinos, cada vez más identificados con los objetivos y patrones de comportamiento de las formaciones sociales urbanas gracias en bastante medida a la acción de estas instituciones.

En el extremo opuesto al Area Metropolitana y a Guadarrama se encuentran las Vegas y, sobre todo, Lozoya-Somosierra, con unas organizaciones impuestas que registran un nivel de incorporación vecinal algo mayor que en las comarcas anteriores y mucho menos desvinculadas de la vida social de la comunidad. Pese a la fuerte influencia de estas organizaciones impuestas en el marco comunitario y a la profunda homogeneización de patrones culturales y roles que impulsan entre los grupos urbanos y los campesinos, son menos verticales para la comunidad que en el Area Metropolitana y Guadarrama, aminorándose sensiblemente esta verticalidad cuando hay participación de vecinos. En comparación con el Area Metropolitana y Guadarrama, su significación social y numérica es más o menos similar en el caso de los ayuntamientos, algo menor en el de las cámaras agrarias y bastante inferior en el de las organizaciones urbanas.

Entre los polos que marcan, por un lado, el Area Metropolitana y Guadarrama y, por otro, Lozoya-Somosierra y las Vegas, se sitúan la comarca Suroccidental y la Campiña, cuyas organizaciones impuestas dan la pauta de los rasgos generales que caracterizan a la región. De estas dos comarcas, la Suroccidental se asemeja más a Lozoya-Somosierra y a las Vegas, mientras que la Campiña está más próxima del Area Metropolitana y de Guadarrama. Los niveles de asimetría y verticalidad que establecen las organizaciones impuestas en las comunidades de la comarca Suroccidental y, especialmente, de la Campiña son, por lo demás, más intensos que en Lozoya-Somosierra y las Vegas, merman en mayor medida el poder de las instituciones comunitarias y la solidaridad local e incrementan de forma superior la alteración de los roles vecinales y el aislamiento de la familia dentro del vecindario. Paralelamente, respecto a Lozoya-Somosierra y las Vegas, aumenta el control que, a través de las organizaciones impuestas, ejerce la sociedad mayor sobre las comunidades desde los centros urbanos.

5.3.1.1.- Ayuntamientos

Los ayuntamientos, como forma descentralizada y escalón más bajo y dependiente del aparato estatal, son de naturaleza urbana y están compuestos y gestionados principalmente por formaciones sociales ajenas al mundo rural, aunque, décadas atrás, pudieran haber sido en algunas comarcas –Lozoya–Somosierra, Vegas, Suroccidental– auténticas expresiones de la soberanía vecinal. Es más, su democratización desde los años setenta y su mayor autonomía, con la posterior remodelación autonómica de la región, han reforzado dicha naturaleza y composición, al ser más permeables a la representación de las mayorías sociales de los municipios y de sus voluntades, en las que cada vez menos están incluidos los campesinos. Igualmente, con tal democratización los ayuntamientos controlados por, o con representación de, los estratos superiores de la comunidad desde la Guerra Civil –caciques, terratenientes, mediadores ligados directa o indirectamente a las fracciones más conservadoras del capital urbano y agrario– han perdido ese control o protagonismo, aun cuando no a cambio de una mayor hegemonía del resto de los vecinos sino de las formaciones sociales no campesinas, asentadas en el espacio vecinal. Los grupos no campesinos y, en particular, las formaciones sociales urbanas fueron, desde luego, el motor fundamental que movió la actual autonomía y democracia de los ayuntamientos y quienes los acercaron a los gobernados y a su vida cotidiana, pero no puede decirse que los miembros de las comunidades permanecieran ajenos a dicho proceso de descentralización y democratización.

Así, los interlocutores y portavoces de la comunidad frente al Estado rara vez son campesinos, suelen ser individuos extraños a ellos, por mucho que en bastantes ocasiones se sitúen próximos a los miembros de las familias campesinas que practican la emigración pendular, los absentistas o a determinados cooperativistas y agricultores o ganaderos a tiempo parcial. La marginalidad representativa de los vecinos en los ayuntamientos y sus relaciones asimétricas con las formaciones sociales no campesinas en tales organizaciones reflejan, por consiguiente, la propia posición y los vínculos que mantiene la comunidad con la sociedad mayor. De ahí, que desde los ayuntamientos, los grupos no campesinos actúen de elemento amortiguador y desorientador de las aspiraciones e incluso de las protestas de los vecinos y que, por tanto, consoliden la hegemonía de la sociedad mayor en los complejos microcosmos sociales que configuran los municipios de la región.

Todas estas características varían de unos a otros territorios en virtud de la composición que define a los ayuntamientos en cada comarca, es decir, en función básicamente de la mayor o menor participación de los campesinos, medida en esencia por el porcentaje que éstos representan frente a la población de derecho de los distintos municipios. Unido a este indicador fundamental, que apunta conjuntamente la superior o inferior presencia de los diversos grupos urbanos, hay que considerar también la variable incorporación a los ayuntamientos de los empresarios agrarios capitalistas y de los mediadores entre la comunidad y la sociedad mayor, cuyo relieve nos lo proporciona la significación de los mismos en los diferentes ámbitos comunitarios. En relación con el encuadramiento de los mediadores, hay

que tener en cuenta, por lo demás, que, dado que los ayuntamientos están controlados mayoritariamente por las formaciones sociales urbanas, el protagonismo de los patrones modernos suele ser muy superior al de los tradicionales. Esta razón explica, a la par, que dentro de los sistemas de mediación mixta, sea mucho más sobresaliente la intervención de los sectores ajenos a la comunidad que la que llevan a cabo los sujetos pertenecientes al marco comunitario.

Junto a estos parámetros, debe sumarse otros que matizan con más detalle el acceso de los vecinos a las corporaciones locales. De este modo, tal integración privilegia de manera muy marcada a los estratos superiores frente a los intermedios e inferiores. Estos últimos son prácticamente inexistentes a la hora de hablar de la cabida de la comunidad en los ayuntamientos. Tal participación, que se halla en consonancia con la mayor o menor estratificación social de las distintas comunidades, acrecienta, sin duda, la verticalidad entre vecinos, pero, bajo otra óptica, es innegable que contrarresta los componentes verticales y asimétricos que comporta la falta de representación de los campesinos en las corporaciones locales. Dichos componentes, como ya vimos al aludir a la estratificación social comunitaria, son siempre de mayor envergadura que las diferencias que se establecen entre vecinos. Es por ello, por lo que la voz en los ayuntamientos de los estratos superiores de la comunidad debe evaluarse, por encima de la verticalidad entre vecinos que expresa, como un factor que atenúa los efectos negativos que sufren los campesinos en su relación con las organizaciones impuestas. Otro tanto hay que decir de la presencia creciente en las corporaciones locales de jóvenes y mujeres de la comunidad. A pesar de que la llegada de estos colectivos a los ayuntamientos resulta generalmente bastante inferior a la de los varones adultos, sobre todo en el caso de las mujeres, es paralela a la modificación de las funciones que experimentan las familias campesinas de la región, tanto en lo que atañe a los vínculos entre sus miembros como a las relaciones que enlazan a los diversos grupos domésticos de la comunidad. Por consiguiente, dicho acceso expresa y profundiza la desestructuración del ámbito familiar de los campesinos y su nexo asimétrico con la sociedad mayor. Ahora bien, no podemos obviar que, simultáneamente la entrada de jóvenes y mujeres en las corporaciones locales aminora la falta de protagonismo campesino en las mismas y, en consecuencia, los niveles de verticalidad y asimetría que generan estas instituciones en la comunidad.

Los valores que señalan la mayor o menor incorporación a los ayuntamientos de cada uno de los sectores mencionados, ajenos a la comunidad, nos los suministran los datos ya analizados en este capítulo, cuando hablamos de los grupos urbanos y de los empresarios agrarios capitalistas, ya que es inapreciable la presencia del proletariado agrario. En segundo término, el encuadramiento de los mediadores, parejo a su variable implantación en los diferentes marcos comunitarios, nos lo proporcionan los indicadores y análisis enunciados al referirnos al patronazgo tradicional y moderno y a los sistemas de mediación mixta. Y finalmente, en lo que respecta a la representación no mediada de la comunidad, aparte de repasar los porcentajes de población campesina que apuntamos al aludir a los grupos urbanos que residen en el espacio de los vecinos sin ninguna vinculación con los mismos, hay que

remitirse, dentro del capítulo pasado, al epígrafe que versa sobre la especialización de funciones de la familia y, asimismo, unas líneas antes que éstas, a la estratificación social comunitaria. En tal sentido, los valores que marca la tabla siguiente son la síntesis de todos estos otros parámetros, a los que conviene remontarse.

TABLA 94

NIVELES DE ASIMETRIA Y VERTICALIDAD ORIGINADOS EN LA COMUNIDAD POR LOS AYUNTAMIENTOS EN FUNCION DE SU COMPOSICION*

COMPOSICION/COMARCAS**	I	II	III	IV	V	VI
Nº Total de Campesinos***	f	b	a	c	d	e
Empresarios Agrarios Capitalistas	f	e	a	c	d	b
Patrones de Corte Moderno***	f	b	a	d	c	e
Mediadores Ajenos a la Comunidad que Protagonizan Sistemas de Mediación Mixta	f	c	a	d	b	e
Patrones de Corte Tradicional	e	d	a	b	f	c
Estratos Superiores de la Comunidad	a	d	f	c	b	e
Jóvenes y Mujeres de la Comunidad	d	e	f	c	a	b
TOTAL	F	B	A	C	D	E

* Con el fin de graduar, en orden de mayor a menor, los niveles de asimetría y verticalidad originados por los ayuntamientos en las distintas comunidades, hemos partido del siguiente sistema de equivalencias: máximo (a, A), segundo (b, B), tercero (c, C), cuarto (d, D), quinto (e, E), mínimo (f, F).

** I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

*** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

Fuente: Elaboración propia.

En lo que se refiere al Area Metropolitana hay que apuntar que, a diferencia de lo que ocurría hace sólo tres décadas, resulta poco menos que excepcional la presencia de los campesinos en los ayuntamientos, si salvamos las localidades situadas más al oeste de la comarca y que no superan los 20.000 habitantes de derecho. En estos municipios no sólo aumenta el porcentaje de campesinos sobre el total de la población de derecho y, en consecuencia, frente a los diversos grupos urbanos, sino respecto a los empresarios agrarios capitalistas, los patrones modernos y tradicionales y los mediadores ajenos a la comunidad que protagonizan sistemas mixtos de mediación.

No obstante, la tónica mayoritaria de la comarca la define la supremacía de los distintos

grupos urbanos. Estos últimos constituyen el sector más numeroso en todos los ayuntamientos y, a veces, son los únicos que los integran, impregnando sus intereses casi por completo la política municipal del conjunto de las localidades metropolitanas. Al servicio directo de tales intereses, los patrones modernos son el segundo colectivo más destacado de los ayuntamientos del Área Metropolitana, seguidos de los sujetos ajenos a la comunidad que ponen en práctica sistemas mixtos de mediación. Menos peso que estos colectivos tienen los empresarios agrarios capitalistas y los patrones tradicionales. En cualquier caso, todos estos sectores son mucho más sobresalientes en esta comarca que en cualquier otra de la región.

Hay que subrayar, por otro lado, que, en consonancia con el hecho de que las comunidades metropolitanas sean las más estratificadas de la región, la introducción en los ayuntamientos de los vecinos de status superior alcanza unas cotas mucho mayores a las del resto de las comarcas. Unida a tal participación directa, no es inusual que los intereses de estos estratos superiores de la comunidad estén representados en las corporaciones locales por patrones de corte tradicional.

Al tiempo, y sobre la base del precario encuadramiento de los campesinos en los ayuntamientos, casi siempre en las concejalías de menos responsabilidad y presupuesto, llama la atención que su incorporación se atiene a una selección personalizada de los candidatos, que es independiente de la jerarquización que implica la unidad familiar y que se vehicula a través de la adscripción a partidos políticos y asociaciones de carácter urbano. Relacionado con lo anterior, se entiende el reciente aumento del acceso de jóvenes y mujeres que alcanza el índice más alto de la región. Ello es indicativo del cambio de roles del grupo doméstico y de los miembros de la comunidad, de la pérdida de protagonismo de los cabezas de familia y de la gran cabida en las corporaciones municipales de jóvenes y mujeres pertenecientes a grupos urbanos, que han estimulado esa participación por imitación. La actuación de los jóvenes y las mujeres en los ayuntamientos tiende a favorecer los requerimientos de los vecinos de su mismo grupo de edad y sexo –equipamientos, subvención de fiestas y actividades, mediaciones ante las familias y la sociedad mayor–, ejerciendo de hilo conductor entre estos colectivos y los jóvenes y las mujeres de las formaciones sociales urbanas. De esta forma, su comportamiento es similar al que, durante los primeros periodos de su gestión, ponen en práctica los concejales que unos años antes eran campesinos y que hoy trabajan en los servicios, la industria o la construcción.

El tipo de control, que los ayuntamientos efectúan sobre las fiestas de la comunidad, muestra de manera muy palpable la asimetría y las alteraciones que genera su gestión para los vecinos. Tal tutela no se limita como antes a las celebraciones patronales o de carácter mayor, sino al conjunto de las que tienen lugar a lo largo del año, habiendo intervenido directamente en la recuperación de muchas fiestas que habían desaparecido –Mayos, Mayas de Colmenar Viejo, Carnaval– o de determinados actos festivos perdidos. Esta rehabilitación, que a menudo hace que las celebraciones recuperadas sean distintas de las iniciales, ahonda la naturaleza mercantil –premios–, sofisticada, de espectáculo y competitiva de las fiestas y recorta la espontaneidad que poseían tiempo atrás. A la vez, los ayuntamientos han

desincentivado la acumulación anual que los vecinos destinaban a su ceremonial, al correr prácticamente con todos los costos que originan las celebraciones, haciendo que se restrinja este fondo a los gastos personales –vestidos, entradas a espectáculos– que los miembros de la comunidad realizan durante las fiestas y subordinando la obtención de dicho ahorro al favor que les dispensan las corporaciones municipales. Además tal falta de aliciente, general a todos los territorios madrileños, se profundiza más en las comunidades metropolitanas que en cualquier otro ámbito, porque los presupuestos festivos de los ayuntamientos de la comarca son superiores a los del resto de la región en función de su mayor número de habitantes. Esta sustitución del protagonismo de los vecinos que, no obstante, supone una remuneración añadida por parte de las corporaciones municipales al esfuerzo desplegado por los campesinos durante todo el año, se extiende, al unísono, a las organizaciones comunitarias, cuyas aportaciones son reemplazadas en buena medida por los ayuntamientos, como ocurre con las hermandades y las peñas de Villaviciosa de Odón que antes sufragaban las fiestas estivales en honor de Cristo Crucificado. Igualmente, los ayuntamientos son los que llevan la iniciativa a la hora de planificar las actividades y el desarrollo del conjunto de las fiestas. No en vano, los pregones y cierres de las celebraciones son ejecutados por ellos y los vecinos deben apuntarse en los locales de los ayuntamientos para poder participar en concursos, competiciones o romerías.

En correspondencia con la falta de peso de los campesinos en las corporaciones locales del Area Metropolitana y con la posición marginal que estas entidades atribuyen a las comunidades, la política de los ayuntamientos obvia normalmente las necesidades de los vecinos, sus problemas económicos y su falta de medios para acceder a los servicios que, en mucha mayor proporción, tienen más o menos asegurados las formaciones sociales que comparten territorio con los miembros del marco comunitario. Baste reseñar, por ejemplo, las trabas que acostumbran a plantear los ayuntamientos, para que se declare a las mejores tierras agrarias de los distintos municipios objeto de protección especial en los planes de ordenación urbana. Esta decisión que depende de ellos, conforme estipula la vigente Ley del Suelo, suele subordinarse a las necesidades espaciales de los diversos grupos urbanos.

Se trata, así, de los ayuntamientos que más aseguran el control y la hegemonía de la sociedad mayor y de los grupos no campesinos sobre la comunidad, que generan máximos niveles de asimetría y desarraigo en ella y que homologan en superior medida los patrones y las actitudes culturales del campo y de la urbe. Profundamente desposeídos, durante las tres últimas décadas, de la facultad de ser portavoces de sus vecinos, los campesinos del Area Metropolitana han sido relegados hasta tal punto de las corporaciones locales que no sería demasiado aventurado creer que su identificación con ellas sea casi nula. Que los campesinos tienen la conciencia de que los ayuntamientos les son ajenos y constituyen un instrumento de los grupos que, de forma yuxtapuesta, comparten con ellos un mismo territorio municipal, es una constante fácil de comprobar en cualquier comunidad metropolitana. En esto estriba, entre otras razones, el que para resolver sus problemas confíen más en sus vínculos con las organizaciones comunitarias que con los ayuntamientos, a los que suelen considerar unas

entidades emisoras de cargas, impuestos y obligaciones.

Por otra parte, en los ayuntamientos de Guadarrama aumenta algo en relación al Área metropolitana la voz de los campesinos. Ahora bien, cuando algunos miembros de la comunidad asumen una concejalía, normalmente de muy bajo presupuesto y de poca responsabilidad, igual que en el Área Metropolitana, es fácil que actúen de clientes de las formaciones sociales urbanas dedicadas a la promoción inmobiliaria de segundas residencias. Frente al ámbito comunitario hacen valer sus influencias y contactos en el seno de la Administración Local e incluso Regional y ante éstas los lazos de vecindad con los miembros de la comunidad, su representatividad respecto a los intereses vecinales y su capacidad para apaciguar y canalizar oposiciones. Llegan a los ayuntamientos para conseguir servicios y negocios que, a su vez, les facilitan tal entrada. Los negativos efectos que desencadenan en la comunidad se agravan, simultáneamente, a causa del alto status de dichos vecinos –grandes propietarios de pastos y de cabezas de ganado, especuladores de suelo–. Estas redes de clientelismo son menos notorias en el supuesto de que los vecinos que se suman a los ayuntamientos sean mujeres y jóvenes, dadas sus menores conexiones con la Administración Local y con su comunidad que en el caso de los varones adultos, si bien tal intervención no es frecuente, pese a ser la segunda más substancial de la región. Aunque no resulta especialmente preeminente la incidencia que tienen en las corporaciones locales los patrones de corte tradicional, reforzando dichas redes de clientelismo y con unos objetivos similares, hay que resaltar, a la par, el papel que desempeñan los sectores que encarnan el patronazgo moderno. Su actuación, además de ser casi tan transcendente como en el Área Metropolitana, suele estar vinculada a la de los colectivos que protagonizan sistemas de mediación mixta, cuyo realce no es tampoco mucho menor del observado en los municipios metropolitanos. En el vértice, sin embargo, de todo este complejo entramado de clientes y patrones, que se vertebra en torno a los ayuntamientos de Guadarrama, se encuentran las diversas formaciones sociales urbanas que monopolizan la representación en las corporaciones locales casi con la misma intensidad que en el Área Metropolitana. Poco marcada es, por contra, la intervención de los empresarios agrarios capitalistas.

Por lo demás, el control y la iniciativa, que los ayuntamientos ejercen sobre el ceremonial de Guadarrama, son casi tan cardinales como en el Área Metropolitana y particularmente patentes en las celebraciones estivales. Sufragan la mayoría de los actos y singularmente los más costosos –corridas de toros–, sustituyendo también en gran medida el ahorro anual de los vecinos y de las peñas y hermandades; hacen que, por encima de los espacios públicos tradicionales de la comunidad, cobren un relieve festivo especial los nuevos enclaves por ellos habilitados –polideportivos–; e introducen nuevos elementos –festivales de cine y de guiñol–.

En el extremo opuesto de lo que observamos en el Área Metropolitana y Guadarrama, los ayuntamientos de las Vegas –Brea de Tajo, Estremera, Valdaracete, Villamanrique de Tajo– y, sobre todo, de Lozoya–Somosierra –Braojos, Horcajo de la Sierra, Piñuecar, Prádena del Rincón– son los que registran la mayor presencia campesina de toda la región, aun siendo este encuadramiento muy inferior al de los diversos grupos no campesinos, frente a los que

conforman una reducidísima minoría. A tal incorporación han contribuido de modo decisivo la fuerte cohesión interna de las comunidades de estas comarcas, su significación histórica, el asentamiento relativamente reciente de las formaciones sociales urbanas y, sobre todo, el hecho de que el porcentaje de campesinos sobre el número total de la población de derecho de los distintos municipios sea el más alto de la región. Al igual, en las corporaciones locales de ambas comarcas desciende respecto al resto de la región la implantación de las diferentes formaciones urbanas, si bien éstas dominan sobradamente la práctica totalidad de la Administración municipal. Tampoco es muy destacado el papel de los patrones de corte moderno y de los sujetos que protagonizan sistemas mixtos de mediación, siendo el peso de ambos sectores algo superior en las Vegas que en Lozoya-Somosierra. Una nota muy característica de ambas comarcas es que tanto los concejales que representan al capital agrario como, principalmente, los emigrantes de carácter pendular y los absentistas atenúan en bastante medida, con su intervención en los ayuntamientos, la verticalidad y asimetría que impulsa la mayoría de las formaciones sociales urbanas. Con todo, dado que la naturaleza social de estos sectores es ajena a la de los vecinos, su capacidad para aminorar los componentes verticales y asimétricos, que proyectan los ayuntamientos sobre las distintas comunidades, resulta siempre menor que la que distingue a los miembros del ámbito comunitario.

Las diferencias fundamentales que apreciamos entre ambas comarcas residen, en primer lugar, en la mayor importancia que tienen los empresarios agrarios capitalistas en los ayuntamientos de las Vegas. Mientras que en esta comarca la penetración de tales empresarios en las corporaciones locales alcanza la segunda cota más elevada de la región, en Lozoya-Somosierra dicho acceso se sitúa en el valor mínimo. En segundo término, hemos de aludir a la mayor cabida que tienen los patrones de corte tradicional en las corporaciones locales de las Vegas. Una tercera divergencia entre ambas comarcas radica en la menor voz que tienen los jóvenes y, sobre todo, las mujeres en las corporaciones locales de las Vegas. Los puestos en los ayuntamientos de las Vegas se reservan prácticamente en exclusiva para los varones adultos, quienes, en todo caso, los comparten con los jóvenes y casi nunca con las mujeres. La menor emancipación del marco familiar que caracteriza a los jóvenes y a las mujeres de las comunidades de las Vegas guarda mucha relación con ello. También incide el superior reconocimiento del papel estelar de la figura paterna. Por tales razones, una vez que ambos colectivos llegan a las corporaciones locales, no suelen separarse de la marcha de la comunidad, sino que su gestión resulta de las más integradoras de la región y de las menos permeables al control de las formaciones sociales urbanas.

Una cuarta diferencia la constituye la muy dispar integración en los ayuntamientos de los estratos superiores de la comunidad. Esta participación es en Lozoya-Somosierra la mínima del conjunto de las comarcas, en tanto que en las Vegas representa el segundo índice más alto de la región. Los grandes propietarios de tierras, que sustentaron el poder de las corporaciones municipales de Lozoya-Somosierra antes de que éstas ganaran autonomía y democracia a finales de los años setenta, continúan haciéndose cargo de algunas de las concejalías, si bien

en muchos casos ya las han cedido a sus hijos, con ideología más proclive a la nueva orientación del poder local. Estos vecinos suponen, no obstante, tanto en Lozoya-Somosierra como en las Vegas una minoría frente a los distintos mediadores, al tiempo que lo son también respecto a los productores capitalistas y a los empresarios, técnicos y administrativos más o menos conectados con los intereses de las grandes compañías de distribución. Todavía son más minoritarios, sin embargo, respecto a los antiguos campesinos que hoy trabajan fuera del sector agrario, pero que continúan residiendo en la comunidad, con la que poseen estrechos lazos de parentesco y de la que perciben herencias y determinados cánones por arrendamiento o usufructo de tierras.

A pesar del alejamiento y de la escasa identificación que manifiestan las comunidades de las Vegas y, en particular, de Lozoya-Somosierra respecto a los ayuntamientos, la composición de los mismos evidencia una mayor proximidad y horizontalidad con los vecinos que en el Area Metropolitana y Guadarrama. No en vano, tanto en una como en otra comarca, la integración de la economía, la sociedad y la política, más que abordarse desde instancias burocráticas, la materializa sobre todo la naturaleza de las relaciones interpersonales. La tendencia, igualmente constatable en la comarca Suroccidental y la Campiña, a que se incremente la horizontalidad cuando desciende la presencia de grupos no campesinos en el territorio de la comunidad, alcanza en las Vegas y, sobre todo, en Lozoya-Somosierra la cúspide. Fruto de tal horizontalidad son las mejoras de todo tipo dispensadas desde los ayuntamientos en favor de los vecinos –defensa de los intereses de los miembros del ámbito comunitario, arbitrajes, reglamentación de acciones de carácter colectivo–, bastante superiores a las que obtienen las comunidades del Area Metropolitana y de Guadarrama y que amortiguan en cierto modo la asimetría que siempre desatan las corporaciones municipales. Estas, además, apenas entran en competencia con las organizaciones comunitarias, dados el bajo nivel de afiliación existente en las primeras y la cierta cooperación que se establece entre ambas instituciones, máxime si tenemos en cuenta que muchos de los antiguos campesinos, que integran los ayuntamientos, han aprendido en diversas asociaciones de la comunidad parte de las normas y los principios de funcionamiento que utilizan en su gestión. La pervivencia de bastantes prerrogativas, responsabilidades y competencias de las organizaciones comunitarias tradicionales, la representatividad aún de sus órganos colegiados de gobierno y la obligatoriedad de sus leyes específicas acusan, por otro lado, el apoyo brindado a estas organizaciones por alcaldes y/o concejales que antes fueron campesinos. Una prueba de esta colaboración la encontramos para Lozoya-Somosierra en las huellas de la, en otro tiempo, Mancomunidad de la Villa y Tierra de Buitrago. En esta población y en otras cercanas a ella subsisten determinados elementos del cuadro institucional de la antigua Mancomunidad, aunque de modo más limitado que en el siglo pasado. En conexión con los ayuntamientos se sigue ejerciendo la administración de las tierras comunales, se dictan normas para regular jurídicamente ciertas situaciones y existe la obligación de acatar la autoridad del Consejo de Gobierno.

Esta proximidad con la comunidad de las corporaciones municipales de Lozoya-Somosierra

y las Vegas y el hecho de que la gestión de las mismas no esté tan polarizada, como en otras comarcas, hacia la resolución de los problemas e intereses de las formaciones sociales urbanas explican que los gastos, que emprenden los ayuntamientos para sufragar las fiestas locales, se dirijan más a las acciones festivas que desde siempre han puesto en práctica los vecinos. Sin sustituir el ahorro de los vecinos y con un presupuesto siempre muy superior al que éstos reúnen, se costean, por consiguiente, menos actos nuevos que en otras comarcas y más acciones tradicionales, como comidas en común –Carnaval y celebraciones de primavera–, juegos y encierros. Y aun cuando, complementando el ahorro de los vecinos, las corporaciones locales costean principalmente las celebraciones estivales, sufragan aparte las de primavera –regalo del árbol a los quintos–, invierno y otoño –reparto de vino, convites a los niños–.

Entre las posiciones extremas que trazan, por un lado, el Area Metropolitana y Guadarrama y, por otro, Lozoya–Somosierra y las Vegas, se encuentran la comarca Suroccidental y la Campiña. Ahora bien, mientras la composición de los ayuntamientos de la comarca Suroccidental se halla más próxima a la de las Vegas y Lozoya–Somosierra, la de la Campiña se asemeja más a la existente en el Area Metropolitana y Guadarrama.

La inmensa mayoría de los integrantes de las corporaciones locales de ambas comarcas son los grupos urbanos enclavados en el territorio de la comunidad sin ninguna vinculación con ella, quienes tienden a ganar progresivamente nuevas esferas de poder y a facilitar cada vez más el asentamiento de promociones inmobiliarias, servicios e industrias. Junto a este tipo de formaciones sociales urbanas, hay que hablar paralelamente del gran protagonismo que tienen los antiguos campesinos que hoy trabajan fuera del sector agrario. Se trata de individuos que, exasperados por la crisis de sus explotaciones y por su marginación social e incentivados por el cambio de las estructuras comunitarias, decidieron en fechas recientes transpasar las fronteras de su mundo y situarse en posición de beneficiarse del expansionismo urbano. Su actuación difiere sensiblemente de la que desarrollan otros antiguos campesinos de Lozoya–Somosierra y las Vegas, ya que, al sentirse menos integrados en la comunidad que sus homónimos de aquellas áreas, su gestión y comportamiento se separan más de los vecinos e incorporan, por contra, mayores componentes de mediación entre los miembros del marco comunitario y las formaciones sociales no campesinas. Tal mediación, singularmente sobresaliente en la comarca Suroccidental, está encaminada a mejorar su status, hacer más tolerables para la comunidad sus prerrogativas y atraer cerca de donde ellos se encuentran a determinados vecinos, con los que se hallan unidos por lazos de amistad o parentesco.

Mucho menos esencial que el papel que juegan los diversos grupos urbanos en los ayuntamientos es el que desempeñan los patrones de corte moderno y, sobre todo, los empresarios agrarios capitalistas. Asimismo es bastante menos substancial la incidencia de los patrones de corte tradicional, a pesar de que respecto a la incorporación de este sector se observan grandes diferencias entre la comarca Suroccidental y la Campiña. Así, en tanto el encuadramiento de los patrones tradicionales en las corporaciones locales de la comarca Suroccidental es el más bajo de la región, su llegada a los ayuntamientos de la Campiña sólo

resulta inferior a la del Área Metropolitana. La intervención de estos patrones, conectados con los círculos más conservadores del capital agrario y urbano a través de nexos ideológicos e intereses económicos, no es nueva sino continuación de la posición que gozaran con antelación a la reforma del aparato estatal. Las causas de su permanencia son, sin embargo, tremendamente complejas y en cierto modo fueron utilizadas por cuantos defendieron la necesidad de apartar a los sectores sociales ligados a la producción agraria del proceso de reforma de la Administración Local. En cualquier caso, el motivo directo de su supervivencia obedece, aun cuando parezca chocante, a la propia marginalidad regional del sector agrario, pese a que no hay que descartar motivos históricos, como el propio calado del fascismo agrario en el campo antes y básicamente después de la Guerra Civil¹¹⁰. En efecto, tal continuidad responde a la poca importancia atribuida por la sociedad mayor a que todavía subsistan, instalados parcialmente en las corporaciones municipales, determinados apéndices de unos sectores, ya desposeídos de su antiguo poder y cuya actuación se limita además a un marco social fuertemente dominado por aquella instancia social más amplia y hegemónica.

Por otra parte, debe subrayarse que la entrada en los ayuntamientos de los estratos superiores de la comunidad y de jóvenes y mujeres es más alta en la Campiña que en la comarca Suroccidental. De hecho, la participación juvenil y femenina en las corporaciones locales de la comarca Suroccidental constituye el valor más bajo de la región, mientras que la de los estratos superiores de la comunidad resulta sólo superior a la de Lozoya-Somosierra. La significación de las mujeres y, especialmente, de los jóvenes en los ayuntamientos de la Campiña es muy indicativa de su notable emancipación de la tutela familiar. No obstante el acceso a las corporaciones municipales de los jóvenes es más tolerado por la comunidad que el de las mujeres, porque, sin entrañar una fuerte competencia para los adultos en casi ninguna localidad, ha cobijado muchas de las demandas que su grupo de edad tenía pendientes de resolución, ha potenciado una gran cantidad de mejoras y ha supuesto, en bastantes ocasiones, un reforzamiento de las organizaciones comunitarias exclusivas de los colectivos juveniles, como las peñas de mozos. Esta función integradora que promueven los jóvenes compensa en cierta parte, desde el marco de la comunidad, la pérdida de cohesión que provocan en la familia.

5.3.1.2.- Organizaciones urbanas

Aparte de los ayuntamientos, otro tipo fundamental de instituciones impuestas son las diversas organizaciones urbanas, entre las que despuntan los partidos políticos, los sindicatos, las asociaciones culturales o vecinales y los movimientos ecologistas, juveniles y feministas. Todas estas instituciones, nacidas en marcos socioespaciales más amplios y complejos que la comunidad y ligadas a ideas e intereses propios de la sociedad mayor, están también esencialmente integradas por formaciones sociales urbanas, siendo puntual y minoritaria la cabida de los campesinos, aunque resulte mucho mayor que en los ayuntamientos. A pesar de que la ciudad constituye su ubicación natural, se han ido desplazando al campo a medida

que lo hacían sus afiliados, sin que ello haya supuesto normalmente incorporar a sus objetivos los intereses de la comunidad. Esta queda marginada a la hora de emprender actividades, dirigir movimientos de protesta, confeccionar programas, elegir representantes o cargos de responsabilidad o de disfrutar de algunas de las ventajas conquistadas. Tal marginalidad, patente en la práctica totalidad de las organizaciones urbanas de la nación, se hace, por lo demás, singularmente perceptible en una región, donde el altísimo índice de participación ciudadana ha contribuido, desde antaño, a que las bajas cotas absolutas de protagonismo campesino sean en términos relativos aún inferiores. Y ello, aun cuando, a raíz de mediados de los setenta, los miembros de las comunidades intensificaron muy profundamente su presencia en dichas instituciones, adecuando sus patrones de comportamiento y sus objetivos políticos e ideológicos a las pautas inmersas en estas organizaciones y a sus intereses en detrimento de las redes y fórmulas asociativas locales. Estas últimas acusaron desde entonces su sustitución paulatina por aquellas otras instancias urbanas, más asimétricas para los campesinos, con vértices jerárquicos situados en el ámbito de lo nacional, en apariencia más eficaces y, sin duda, mejor toleradas por la sociedad mayor.

La sociedad mayor logra, de este modo, ir integrando cada vez más en su sistema general a los subsistemas sociales que la conforman, máxime si tenemos en cuenta la separación y heterogeneidad, que se operan entre los vecinos que se suman a ellas y los que permanecen al margen y que, partiendo del plano de lo político o de la opinión, se extienden a, y toman cuerpo en, otros terrenos de la vida familiar y comunitaria. Baste reseñar, que los vecinos afiliados son a la vez los protagonistas de la modernización de explotaciones, del consumo de artículos primarios y suntuarios más similar al urbano, de la sustitución del trato con los miembros de la comunidad por el sostenido con las formaciones sociales urbanas, de algunas de las alteraciones del ceremonial o del abandono de muchas creencias. Y paralelamente, tales afiliados, apoyándose en sus relaciones con estas organizaciones urbanas, suelen ser los promotores, dentro de las unidades domésticas, de la independización de los efectivos del grupo respecto al cabeza de familia y de la modificación de los distintos roles de la unidad familiar. Esta alteración de las funciones tradicionales de la familia se profundiza aún más en el supuesto de que los vecinos adscritos a las organizaciones urbanas sean jóvenes, lo que resulta muy común.

Lo mismo que en el caso de los ayuntamientos, la composición, que caracteriza en los distintos territorios madrileños a las diversas organizaciones urbanas, define en cada uno de ellos los niveles de verticalidad y asimetría originados en las comunidades por este tipo de instituciones impuestas. Ya hemos mencionado el peso preponderante de los diferentes grupos urbanos en este género de organizaciones y, pese a que se haya ampliado últimamente, el escaso relieve de los campesinos. Sin embargo, junto a este indicador cardinal, que nos viene dado principalmente por el porcentaje que representan los campesinos sobre el total de la población de derecho de los distintos municipios, hay que sopesar otras composiciones. Así, aunque menos concluyentes para evaluar la asimetría y verticalidad de las organizaciones urbanas, debe considerarse al unísono la presencia de los patrones modernos y de los

colectivos que protagonizan sistemas mixtos de mediación. A diferencia de lo apuntado para los ayuntamientos, ambos sectores monopolizan prácticamente la mediación que se establece entre la comunidad y la sociedad mayor, no dejando lugar apenas a los patrones de corte tradicional. La significación comarcal de tales mediadores, cuya actuación comporta una asimetría y verticalidad para las comunidades bastante menor que la que se deriva de la acción de los grupos urbanos, nos la proporcionan básicamente, como en el caso de las corporaciones municipales, los datos y los análisis efectuados en este capítulo dentro del epígrafe relativo a la mediación moderna y mixta. En contraste, igualmente, con los ayuntamientos, es casi nula la introducción en las organizaciones urbanas de los empresarios agrarios capitalistas, por lo que su encuadramiento puntual no añade a nivel global de la comarca mayor o menor asimetría y verticalidad a dichas instituciones, como mucho matiza ligeramente los valores que, dentro del mismo ámbito comarcal, pueda presentar una comunidad frente a otra. Esta falta de representación de los empresarios agrarios capitalistas todavía es más perceptible para el proletariado agrario.

En lo que se refiere a la incorporación de los vecinos, hay que subrayar que tal acceso se vehicula de manera importante a través de los estratos superiores de la comunidad. Ahora bien, dadas las características de las organizaciones urbanas, esta participación se circunscribe casi en exclusiva a los segmentos superiores que desencadenan la producción, la distribución y el consumo; es decir, a los estratos cuyas prerrogativas no se derivan tanto de unos derechos o comportamientos históricamente constituidos, sino de su actual apertura hacia el mercado y los canales de relación que ofrece a la comunidad la sociedad mayor. Unido a ello se entiende, a la par, que los vecinos que poseen más movilidad social sean también, junto con los sectores anteriores, una voz destacada de la comunidad en estas organizaciones urbanas. Hablamos de los agricultores y ganaderos a tiempo parcial, de los cooperativistas y de los campesinos originarios de otras regiones, que desarrollan en las distintas comunidades madrileñas una actividad económica muy similar a la que llevarán a cabo en sus lugares de procedencia. La envergadura que tiene en cada comarca el acceso a las organizaciones urbanas de los aludidos estratos superiores y de los vecinos con mayor movilidad social nos la brindan, en esencia, los datos y los análisis realizados en este capítulo sobre la estratificación social comunitaria. Por lo demás, en lo relativo al encuadramiento de jóvenes y mujeres de la comunidad en las organizaciones urbanas, debe remarcar-se unos niveles de afiliación bastante más elevados que en el caso de las corporaciones municipales. Dicha adscripción, sensiblemente más alta para los jóvenes, atenúa, al igual que subrayamos al hablar de los ayuntamientos, la verticalidad y la asimetría que promueven en la comunidad estas organizaciones urbanas, aun cuando profundice la modificación de las funciones tradicionales que la familia asigna a sus miembros. Justamente los valores comarcales, que vimos al examinar en el capítulo pasado la especialización de las funciones de la familia, nos dan la pauta del volumen que alcanza en cada territorio esa participación de jóvenes y mujeres.

TABLA 95

NIVELES DE ASIMETRIA Y VERTICALIDAD ORIGINADOS EN LA COMUNIDAD POR LAS ORGANIZACIONES URBANAS EN FUNCION DE SU COMPOSICION*

COMPOSICION/COMARCAS**	I	II	III	IV	V	VI
Nº Total de Campesinos***	f	b	a	c	d	e
Patrones de Corte Moderno	f	b	a	d	c	e
Mediadores que Protagonizan Sistemas de Mediación Mixta	f	c	a	e	b	d
Estratos Superiores que Determinan el Factor de la Producción, la Distribución y el Consumo	a	e	f	b	c	d
Sectores de la Comunidad con Mayor Movilidad Social	a	c	d	b	e	f
Jóvenes y Mujeres de la Comunidad	d	e	f	c	a	b
TOTAL	E	B	A	C	D	F

* Con el fin de graduar, en orden de mayor a menor, los niveles de asimetría y verticalidad originados por las organizaciones urbanas en las distintas comunidades, hemos partido del siguiente sistema de equivalencias: máximo (a, A), segundo (b, B), tercero (c, C), cuarto (d, D), quinto (e, E), mínimo (f, F).

** I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

*** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

Fuente: Elaboración propia.

Las organizaciones urbanas del Area Metropolitana, las más importantes de todas las comarcas madrileñas, presentan unas características excepcionales respecto al resto de la región. Prácticamente dominadas por los diversos grupos urbanos, la intervención de estas formaciones sociales, así como de los colectivos que protagonizan sistemas mixtos de mediación y, en menor medida, de los patrones modernos adquiere el relieve máximo de la región. No obstante, aun cuando la adscripción a las organizaciones urbanas de los vecinos es la más baja del conjunto de las comarcas madrileñas, no puede tildarse de despreciable, sobre todo para los jóvenes, las mujeres y los estratos superiores de la comunidad que determinan el factor de la producción, la distribución y el consumo. A pesar de que no es demasiado alta la integración de los sectores de mayor movilidad social de la comunidad, la llegada de los colectivos anteriores resulta la más elevada de la región.

Como quiera que sea, la precaria integración vecinal en estas instituciones expresa, en buena medida, el descenso del número de los componentes de las organizaciones comunitarias –particularmente de las peñas y hermandades–, el contacto habitual de los vecinos con las formaciones sociales no campesinas, la resolución de los conflictos por la vía de la

representación jerarquizada y no del contacto directo y el fin de un aislamiento secular para las comunidades. El mal llamado "localismo" campesino se transforma en cierto modo en una apertura hacia el exterior, por la que los vecinos abandonan en parte su identificación con posturas e ideas consideradas en la ciudad como marginales y adoptan nociones y conductas, compartidas mayoritariamente en las grandes aglomeraciones urbanas. Ello acarrea, sin embargo, el solapamiento de los intereses y problemas de los vecinos, dada la no menos secular percepción que tienen los partidos políticos y sindicatos de que los campesinos son un sector regresivo de la sociedad, que debe ser sacado de su atraso, saliendo de sí mismo y haciendo suyos unos parámetros sociales, políticos e ideológicos que no le pertenecen y que son representados por portavoces que ni siquiera suelen residir en el territorio de la comunidad. Las asociaciones juveniles tampoco tratan mejor a sus afiliados campesinos, ocupándose de solventar unos conflictos que no tienen mucho que ver con éstos –paro, consumo de drogas, ocupación del ocio–. Y no mejor es el trato que reciben las aspiraciones y los problemas de las mujeres campesinas en las organizaciones feministas. Con todo, hay que mencionar que el papel de los vecinos en las instituciones urbanas del Area Metropolitana ha contribuido de modo preeminente a que las mismas, en estrecha colaboración con los ayuntamientos, hayan recuperado algunas celebraciones desaparecidas y organicen numerosos actos del calendario festivo de la comunidad –agrupación de mujeres empresarias y de asociaciones juveniles y ciudadanas de Villaviciosa de Odón; organizaciones culturales y movimiento ciudadano de Colmenar Viejo, Getafe y Leganés–.

Pocas son las diferencias que separan a las organizaciones urbanas del Area Metropolitana y de Guadarrama en lo que se refiere a los niveles de participación vecinal de los diversos grupos urbanos y de los mediadores. Si el conservadurismo de los planteamientos políticos tradicionales de los ganaderos de esta comarca ha sido óbice para su entrada en las cooperativas y en las organizaciones reivindicativas de la comunidad, no ha influido tanto a la hora de penetrar en las distintas instituciones urbanas. En cualquier caso, las organizaciones urbanas de Guadarrama han podido solapar menos que en el Area Metropolitana los problemas e intereses de los vecinos, habida cuenta de la mayor cohesión de las comunidades, del propio conservadurismo de los ganaderos y de la poca disposición de éstos a movilizarse por asuntos que no les conciernen directa y vitalmente. Baste señalar a este respecto el poco éxito obtenido en esta comarca por las reivindicaciones planteadas por las asociaciones juveniles, feministas y ciudadanas; o el escaso eco encontrado por los partidos políticos y sindicatos en sus campañas electorales. De la misma forma, las instituciones urbanas de Guadarrama se caracterizan por un mayor grado de autonomía que en el Area Metropolitana, consecutivo a la menor implantación de grupos urbanos y manifiesto en el hecho de que los representantes de tales organizaciones residan en los municipios en que éstas se ubican. Dicha autonomía es precisamente la causante de que buena parte de las acciones festivas –conciertos, premios de certámenes y torneos deportivos– de la comunidad, en particular las propias de las celebraciones estivales, estén encauzadas, diseñadas y, a veces, patrocinadas por estas instituciones en colaboración con los ayuntamientos y con algunos vecinos, sobre

todo, con los afiliados a ellas.

En el extremo opuesto al Area Metropolitana y a Guadarrama, las organizaciones urbanas de Lozoya-Somosierra y, singularmente, de las Vegas son las que ocasionan menores niveles de verticalidad y asimetría en las comunidades, al tiempo que resultan las menos sobresalientes de la región tanto desde el punto de vista social como por su número y la cuantía de sus miembros.

El nivel de incorporación vecinal a dichas organizaciones es levemente superior en Lozoya-Somosierra que en las Vegas, si bien ambas comarcas se sitúan dentro de unas coordenadas muy bajas. Y ello, pese a los esfuerzos acometidos por estas instituciones urbanas para ganar adeptos entre los campesinos y a la inclusión en sus programas de algunos de los problemas más acuciantes para la comunidad –precios pagados y percibidos por los productos agrarios, transformación de los mismos, subvenciones para afrontar catástrofes naturales, degradación del medio físico–. Simultáneamente, en Lozoya-Somosierra disminuye algo respecto a las Vegas el peso de los grupos urbanos hasta situarse en los valores mínimos de la región. A la vez es un poco inferior en Lozoya-Somosierra el encuadramiento de los patrones modernos y de los colectivos que protagonizan sistemas mixtos de mediación. E igualmente, la intervención de las mujeres y, en especial, de los jóvenes de la comunidad en las organizaciones urbanas de Lozoya-Somosierra despunta sobre la existente en las Vegas.

No obstante, frente a tales valores que suavizan ligeramente en Lozoya-Somosierra los niveles de verticalidad y asimetría que se generan por los mismos conceptos en las Vegas, en esta comarca es mucho más alto el índice de adscripción de los estratos superiores de la comunidad que determinan el factor de la producción, la distribución y el consumo. Paralelamente, todavía es más elevado en las Vegas el acceso de los sectores de mayor movilidad social de la comunidad, alcanzando el nivel máximo de participación de la región. De hecho, la significación de estos dos mismos colectivos en las organizaciones urbanas de Lozoya-Somosierra se sitúa en la cota más baja de la región.

Potenciada por el hecho de que la incidencia vecinal en las organizaciones urbanas de Lozoya-Somosierra y las Vegas sea la más alta de la región, la actuación de estas instituciones ha recortado el papel que venían cumpliendo en ambas comarcas las redes asociativas de la comunidad, captando progresivamente el apoyo de los campesinos. En efecto, contribuyendo a la merma del poder de las organizaciones comunitarias y, en muchos casos, a la disminución de su número de afiliados, estas instituciones urbanas han asimilado parte de los cometidos y de la defensa de los intereses vecinales que desempeñan aquellas otras instancias de la comunidad. Y ello, aunque los intereses, los problemas y las reivindicaciones de los campesinos quedan supeditados en estas organizaciones a las necesidades de las formaciones sociales urbanas, dado, entre otras razones, el carácter minoritario que tienen los vecinos en tales instituciones. Es más, sin que los intereses de los grupos urbanos sean percibidos en ningún momento como propios por los vecinos, detectamos que a menudo los contemplan como punto de referencia que mide las carencias de las comunidades, cuya resolución sí asumen más las organizaciones urbanas de estas comarcas

que las del Area Metropolitana y de Guadarrama, en consonancia con su mayor cercanía a los miembros del ámbito comunitario. Un ejemplo que expresa de manera patente esta tímida asunción de las reivindicaciones y las preocupaciones de las formaciones sociales urbanas por parte de los vecinos es, en lo tocante a los partidos políticos, la gran aceptación existente en estas comarcas de las opciones electorales clasificadas de marginales en la ciudad. La experiencia de las confrontaciones electorales, entabladas quince años atrás, indica que con suma asiduidad los vecinos, aparte de identificarse con las alternativas que más reafirman su identidad, eligen las definidas como rupturistas por las formaciones sociales urbanas, ya sean de extrema derecha como, sobre todo, de izquierda radical. Las opciones de extrema derecha son más proclives en las áreas de secano, con menor penetración urbana y mayor realce de los grandes propietarios. Por el contrario, las opciones de extrema izquierda son más frecuentes en las zonas de regadío, con mayor presencia de las formaciones sociales urbanas y de mediadores y con superior incidencia de la mediana propiedad.

Por otro lado, aun cuando en la mayoría de los casos estas instituciones urbanas son unas meras secciones de las que funcionan en Madrid y su Area Metropolitana, hay que subrayar la notable función que vienen abordando tanto en Lozoya-Somosierra como en las Vegas a la hora de recuperar algunas fiestas. Colaborando con los ayuntamientos y las organizaciones comunitarias, estas instituciones han contribuido a que, junto con la liturgia de ciertas celebraciones, se recuperara también su ordenación dentro del calendario temporal de la comunidad -La Vaquilla durante el Carnaval-.

Finalmente, entre los polos opuestos que ocupan, por un lado, el Area Metropolitana y Guadarrama y, por otro, Lozoya-Somosierra y las Vegas se sitúan la Campiña y la comarca Suroccidental. Esta última presenta unos valores más cercanos a los de Lozoya-Somosierra y las Vegas, mientras que la primera de ambas comarcas se halla más próxima a los índices de asimetría y verticalidad del Area Metropolitana y de Guadarrama.

Tanto en la Campiña como, sobre todo, en la comarca Suroccidental no sólo descende respecto al Area Metropolitana y a Guadarrama el relieve de los diversos grupos urbanos, sino que además su voz está representada de manera preeminente por antiguos campesinos, que hoy trabajan fuera del sector agrario y que mantienen vínculos estrechos con la comunidad. Sin embargo, la actuación de estos colectivos urbanos, que antes fueron campesinos, difiere de la que desenvuelven otros antiguos vecinos en Lozoya-Somosierra y las Vegas. Efectivamente, al estar menos vinculados a los vecinos que sus homónimos de aquellas áreas, la actuación y la conducta de estos antiguos campesinos de la comarca Suroccidental y, en particular, de la Campiña se apartan más de la comunidad e introducen, por el contrario, superiores elementos de mediación entre los miembros del marco comunitario y las formaciones sociales no campesinas. En consonancia con la mayor fuerza que gana dicha mediación en la comarca Suroccidental, resulta más elevado en este área que en la Campiña el peso de los patrones modernos y, esencialmente, de los sectores que promueven redes de clientelismo de naturaleza mixta.

Por otra parte, en correspondencia con la mayor cabida de campesinos que registran las

organizaciones urbanas de la comarca Suroccidental, es también más elevada que en la Campiña la introducción en estas instituciones de los estratos superiores de la comunidad que determinan el factor de la producción, la distribución y el consumo. Y aún más alta resulta la intervención de los sectores de mayor movilidad social de la comunidad. Ahora bien, no ocurre lo mismo en lo concerniente a la integración de los jóvenes y, fundamentalmente, de las mujeres, ya que su entrada en las instituciones urbanas de la comarca Suroccidental descende a la mínima cota regional, en paralelo a la poco destacada modificación que experimentan las funciones de la familia y los cometidos que ésta asigna a sus miembros. Así, hay que hablar de la práctica ausencia de mujeres en las organizaciones urbanas de la comarca Suroccidental, pese al mayor acceso que caracteriza a los jóvenes, quienes pueden emanciparse mejor de la tutela familiar que las anteriores.

5.3.1.3.- Cámaras agrarias

Un último género de organizaciones impuestas, que debe resaltarse, son las cámaras agrarias, testigos históricos, todavía supervivientes, de la subordinación sufrida por los vecinos durante la época franquista¹¹ y que hoy, en virtud de la transformación de sus funciones y su contenido y de su actuación como intermediarias entre el Estado y la comunidad, expresan la nueva forma de asimetría soportada por ésta. Su poder actual dentro del marco vecinal, más formal que real, es menos cardinal que el de las instituciones anteriores, a pesar de que su naturaleza corporativista está directamente imbricada con las actividades económicas y la vida social de las comunidades. Aunque sus fines actuales se limitan a tratar de ordenar la producción y el mercado, a gestionar la seguridad social de los vecinos y sus requerimientos de infraestructuras y a ser consultadas por la Administración estatal acerca de leyes o normas, lo que les confiere un carácter burocrático y técnico, se comportan casi como sindicatos agrarios verticales, compitiendo con las organizaciones reivindicativas de la comunidad. Asimismo, continúan enlazando verticalmente a los status superiores de la comunidad con los intermedios e inferiores y sus jerarquías, elegidas periódicamente, restan cada vez más protagonismo a los vecinos para otorgárselo a los empresarios agrarios capitalistas y a las formaciones sociales urbanas, de quienes son auténticas portavoces.

Una manifestación bastante patente del poder, que siguen teniendo aún las cámaras agrarias en el conjunto de la región, es la vigencia de las festividades en honor de San Isidro, promovidas principalmente por este tipo de corporaciones desde su constitución, para lo que a veces instituyen cofradías específicas, por lo común sólo masculinas. A diferencia del olvido en que han caído las fiestas de San Gregorio, a San Isidro se le honra en la mayoría de las comunidades, aun cuando sólo es patrón local en tres municipios y la práctica totalidad de éstos han abandonado tal celebración en correspondencia con su nuevo tejido social, para el que dicha festividad no posee apenas significación. Con todo, parece pertinente examinar cómo las diferencias que presentan las celebraciones comunitarias y las municipales en honor de San Isidro reflejan la diversidad de los mundos que le festejan. Así, las fiestas de ámbito

exclusivamente comunitario, de menos esplendor que las municipales, acostumbran a circunscribirse sólo al 15 de mayo, mientras que las del marco municipal suelen durar varios días. Y si bien en ambas circunstancias las cámaras agrarias son las organizadoras esenciales de estas celebraciones, los ayuntamientos cubren casi todos los gastos en las de escala municipal, no cooperando apenas en las de ámbito comunitario; lo que explica, por lo demás, que, mientras en las primeras se despliegan numerosos actos festivos, en las segundas tales acciones se restringen a una misa, una procesión, un rosario, a las ofrendas realizadas al Santo y eventualmente a una romería o comida campestre.

Como en el caso de los ayuntamientos y las organizaciones urbanas, la composición de las cámaras agrarias está estrechamente vinculada a los niveles de asimetría y verticalidad que estas instituciones originan en las comunidades.

En contraste con los ayuntamientos y las organizaciones urbanas, es prácticamente inapreciable el papel en las cámaras agrarias de las formaciones sociales urbanas, por lo que no hablaremos de su protagonismo directo. Como quiera que sea, muchos de sus intereses, ya estriben en la enajenación de suelo rústico, la especulación de tierras, la venta de inputs o la estimulación del consumo campesino, están representados por los patrones tradicionales y, esencialmente, modernos y por los colectivos que llevan a cabo sistemas mixtos de mediación. No obstante, la afiliación de los empresarios agrarios capitalistas es mucho más substancial que la de los mediadores, siempre que se considere uno a uno a los distintos sectores que encarnan la mediación entre la comunidad y la sociedad mayor, ya que contemplados en conjunto alcanzan una superior transcendencia social y numérica. En cualquier caso, no hemos de olvidar, a la par, que estos mediadores también están al servicio de los intereses de los empresarios agrarios capitalistas. La participación comarcal tanto de los empresarios agrarios capitalistas como de los mediadores nos la proporcionan básicamente los datos y los análisis, efectuados en los epígrafes pasados de este capítulo.

Frente a la voz de los empresarios agrarios capitalistas y de los mediadores, la inclusión de los vecinos resulta menos marcada en todos los sentidos, pese a que aumenta muy considerablemente respecto a la existente en los ayuntamientos y las organizaciones urbanas. Esta incorporación a las cámaras agrarias, que en esencia nos viene dada por el porcentaje que representan los campesinos ante la población de derecho de los diversos municipios, privilegia de modo sobresaliente el encuadramiento de los estratos superiores de la comunidad, al tiempo que expresa la penetración creciente en los últimos años de las mujeres y, singularmente, de los jóvenes del ámbito comunitario. Igual que vimos para los ayuntamientos y las organizaciones urbanas, la variable adscripción comarcal de los estratos superiores de la comunidad y de jóvenes y mujeres nos la brindan, en líneas generales, las apreciaciones y los datos manejados en el epígrafe sobre estratificación social y, dentro del capítulo pasado, en el apartado relativo a la especialización de las funciones de la familia.

TABLA 96

NIVELES DE ASIMETRIA Y VERTICALIDAD ORIGINADOS EN LA COMUNIDAD POR LAS CAMARAS AGRARIAS EN FUNCION DE SU COMPOSICION*

COMPOSICION/COMARCAS**	I	II	III	IV	V	VI
Nº Total de Campesinos***	f	b	a	c	d	e
Empresarios Agrarios Capitalistas***	f	e	a	c	d	b
Patrones de Corte Moderno	f	b	a	d	c	e
Mediadores que Protagonizan Sistemas de Mediación Mixta	f	c	a	e	b	d
Patrones de Corte Tradicional	e	d	a	b	f	c
Estratos Superiores de la Comunidad	a	d	f	c	b	e
Jóvenes y Mujeres de la Comunidad	d	e	f	c	a	b
TOTAL	F	C	A	B	D	E

* Con el fin de graduar, en orden de mayor a menor, los niveles de asimetría y verticalidad originados por las cámaras agrarias en las distintas comunidades, hemos partido del siguiente sistema de equivalencias: máximo (a, A), segundo (b, B), tercero (c, C), cuarto (d, D), quinto (e, E), mínimo (f, F).

** I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

*** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

Fuente: Elaboración propia.

Las cámaras agrarias del Area Metropolitana son las que generan más verticalidad y asimetría -Pinto, Fuenlabrada, Móstoles, Mejorada del Campo- de toda la región y simultáneamente las que adquieren un mayor realce social y numérico. Y ello, porque su composición, aparte de prescindir de los campesinos más que en cualquier otra comarca, deja patente la gran participación del conjunto de los mediadores y, sobre todo, de los empresarios agrarios capitalistas, a quienes favorecen fundamentalmente los programas de actuación de estas organizaciones. Tanto el papel de los distintos mediadores como el de los empresarios agrarios capitalistas, representados muy a menudo por técnicos y administrativos a su servicio directo, alcanzan en el Area Metropolitana el máximo valor regional. No obstante, a pesar de que la presencia de los vecinos es exigua, la integración de los estratos superiores, de los jóvenes y de las mujeres de la comunidad se sitúa en el nivel más alto de la región.

Hay que subrayar la misión que cumplen las cámaras agrarias metropolitanas como órganos de mediación entre la comunidad y el capital agrario, enmascarados bajo el aspecto de prestar un servicio técnico, cuya eficacia determina la propia efectividad de estas instituciones y su mayor o menor aceptación por los vecinos. Su poder se manifiesta, entre otras actuaciones,

en la conservación a ultranza y con todo su esplendor –corridas de toros, comidas con la carne de las reses lidiadas, romerías– de las fiestas impuestas por ellas mismas en honor a San Isidro, como sucede en Brunete, Fuenlabrada, Villanueva de la Cañada, Rivas–Vaciamadrid y en algunos barrios de Getafe y Alcalá de Henares. Y al igual, se evidencia en el mantenimiento de algunos de los actos festivos que se celebran desde mucho tiempo atrás para honrar al Santo, cual es el caso de las misas, ofrendas de espigas y procesiones llevadas a cabo en Leganés, Majadahonda, Las Rozas, Alcobendas, San Fernando de Henares o San Sebastián de los Reyes.

Con una importancia social y numérica sólo superada en el Area Metropolitana, las cámaras agrarias de la Campiña originan unos niveles de verticalidad y asimetría bastante similares a los de esta otra comarca. De esta forma, el relieve que poseen los patrones tradicionales en las cámaras agrarias de la Campiña es muy semejante al que tienen en el Area Metropolitana. Tales sectores están vinculados con los círculos más conservadores del capital agrario y urbano a través de nexos ideológicos e intereses económicos comunes. No obstante, el peso de los empresarios agrarios capitalistas es menor que en el Area Metropolitana, a la vez que asciende la intervención de los campesinos en la mayoría de las localidades y en especial en Anchuelo, Camarma de Esteruelas, Los Santos de la Humosa, Villar del Olmo, Valdepiélagos, Santorcaz, Villalbilla, Valdetorres del Jarama, Fuente el Saz, Cobeña, Ajalvir, Valdeolmos, Corpa, Talamanca del Jarama, Torres de la Alameda y Valverde de Alcalá. Justamente en estos municipios es donde reflejan mayor arraigo las celebraciones organizadas por las cámaras agrarias en honor de San Isidro. Mucho menor que en el Area Metropolitana resulta, a la par, la integración de los patrones modernos y, en particular, de los sujetos que encarnan sistemas mixtos de mediación. Asimismo, a diferencia de las cámaras agrarias metropolitanas, se aminora la incidencia de los estratos superiores de la comunidad, de los jóvenes y, principalmente, de las mujeres.

En el polo opuesto al Area Metropolitana y a la Campiña, se alinean las cámaras agrarias de Lozoya–Somosierra y las Vegas, cuyos niveles de verticalidad y asimetría para los vecinos son los más bajos de la región, por mucho que su implantación social y numérica no sea muy inferior a la constatada en esas otras dos comarcas. Tanto las cámaras agrarias de las Vegas como, primordialmente, las de Lozoya–Somosierra se sitúan más próximas a la comunidad que en el resto de la región, complementando en cierto modo la labor de las instituciones comunitarias y, sobre todo, de las organizaciones reivindicativas y cooperativas.

En consonancia con la menor verticalidad y asimetría que, respecto a las cámaras agrarias de las Vegas, desencadenan las mismas organizaciones en las comunidades de Lozoya–Somosierra, la entrada de los campesinos asciende a la cima máxima de la región, en tanto que la cabida de los empresarios agrarios capitalistas se recorta al valor mínimo. En las Vegas, por su parte, el acceso de los campesinos es sólo ligeramente menor que en la comarca anterior, pero el de los empresarios agrarios capitalistas se coloca en la segunda cota máxima de la región. Con todo, la composición de las cámaras agrarias en ambas comarcas deja constancia del papel preponderante y mayoritario que desempeñan los empresarios

agrarios capitalistas frente a cualquier otro sector y, básicamente, respecto a los campesinos, cuyos intereses quedan subordinados con claridad a los de aquel otro sector más poderoso. De hecho, los cargos directivos de las cámaras agrarias están ocupados mayoritariamente por estos empresarios, aun cuando a veces se hallan representados por técnicos o administrativos empleados a su servicio. Al unísono, la introducción de los diversos sectores que desarrollan una labor de mediación entre la comunidad y la sociedad mayor es superior en las Vegas, sobre todo en el caso de los patrones tradicionales y de los mediadores que protagonizan sistemas mixtos.

Mucho menos propiciatoria de verticalidad y asimetría que en Lozoya-Somosierra resulta, por otro lado, la llegada a las cámaras agrarias de las Vegas de los estratos superiores de la comunidad. El acceso de tales sectores en las Vegas sólo es inferior al que tiene lugar en el Área Metropolitana, mientras que en Lozoya-Somosierra se sitúa en el punto más bajo de la región. Por contra, la afiliación de las mujeres y, en esencia, de los jóvenes de la comunidad es bastante más alta en Lozoya-Somosierra que en las Vegas a causa, singularmente, de la mayor modificación en esa comarca serrana de las funciones tradicionales de la familia y de los papeles que ésta atribuye a sus miembros. Si en las Vegas no es excepcional que la inclusión de los jóvenes obedezca al mandato de los cabezas de familia y la de las mujeres a su viudedad, en Lozoya-Somosierra tales incorporaciones responden a la libre voluntad de ambos sectores.

La vigencia de las cámaras agrarias de Lozoya-Somosierra, a pesar de que ha decaído de manera notable desde mediados de los años setenta, sigue reflejándose en muy diversos planos de la vida de la comunidad, específicamente en el ceremonial en torno a San Isidro, patrón de Torremocha del Jarama. En esta localidad, a iniciativa de las cámaras agrarias, se creó en los años cuarenta la Cofradía de San Isidro, que con ellas y el Ayuntamiento organiza las fiestas en honor del Santo. Sin el esplendor que confiere a dicho episodio festivo sus numerosos actos –subastas tras la procesión, elección de la reina de las fiestas, hogueras, encierros, corridas–, las cámaras agrarias también han impulsado esta celebración en Braojos y El Molar –pujas por la vara del Santo–, Venturada –elaboración y subasta de los "panes del santo"–, Torrelaguna y Bustarviejo –confección y reparto de rosquillas a los miembros de las cámaras–, Puebla de la Sierra –distribución a los vecinos del pan bendito del Santo–, Miraflores de la Sierra –tiesta de vaquillas– y Soto del Real.

Igualmente, las fiestas realizadas en honor a San Isidro son un buen exponente de la vigencia de las cámaras agrarias en las Vegas. Estas celebraciones, auspiciadas muy directamente por las cámaras agrarias, adquieren profunda significación en Belmonte de Tajo –triduo–, Perales de Tajuña –procesión desde la ermita de San Isidro–, Morata de Tajuña y Ciempozuelos –romería en torno a la ermita del Santo–, Ambite y Orusco. Otro indicador de su vigencia es la rehabilitación que han llevado a cabo –Chinchón y Colmenar de Oreja–, a instancias de la Comunidad de Madrid, de las antiguas competiciones de arada, instituidas tradicionalmente por San Isidro, en las que, a la par que se rememora el oficio del Santo, las cámaras agrarias premian al agricultor que ejecuta el surco mejor y más derecho.

Frente a los valores extremos que suponen, por un lado, el Area Metropolitana y la Campiña y, por otro, Lozoya-Somosierra y las Vegas, se emplazan la comarca Suroccidental y Guadarrama. No obstante, la composición de las cámaras agrarias de la primera de ambas comarcas se halla más cercana de la existente en Lozoya-Somosierra y las Vegas, mientras que la estructura que caracteriza a tales organizaciones en el segundo de estos dos territorios se asemeja a la encontrada en el Area Metropolitana y la Campiña.

Las cámaras agrarias de la comarca Suroccidental y fundamentalmente de Guadarrama, pese a su eminente implantación pasada, poseen hoy una escasa transcendencia social y numérica. De ahí, que la voz de los empresarios agrarios capitalistas sea en dichas cámaras una de las más tenues de la región, aunque se erija en la mayoritaria y subordine a sus intereses los del resto de los sectores que conforman con ella la estructura de estas organizaciones. Paralelamente, si bien el encuadramiento de los vecinos es bastante superior en las cámaras de la comarca Suroccidental que en Guadarrama, en ambos territorios suponen una minoría frente a los empresarios agrarios capitalistas e incluso respecto a los mediadores. Dentro de estos últimos sectores, aun cuando no despuntan apenas los patrones tradicionales, los de corte moderno y los colectivos que desarrollan sistemas mixtos de mediación sobresalen casi tanto como en el Area Metropolitana. Finalmente, en lo que concierne a la adscripción de los estratos superiores, los jóvenes y las mujeres de la comunidad, hay que resaltar la mayor participación del conjunto de estos sectores en Guadarrama que en la comarca Suroccidental, pareja a la modificación más substancial de las funciones de la familia y de sus miembros.

La pérdida del antiguo poder que tenían las cámaras agrarias en Guadarrama se manifiesta, entre otros signos, en lo poco capaces que han sido de mantener las festividades en honor a San Isidro, circunscritas a El Boalo. Sin embargo, tal merma de vigencia es menos constatable en la comarca Suroccidental, especialmente en El Alamo, Quijorna, Sevilla la Nueva, Valdemorillo, Navalcarnero, San Martín de Valdeiglesias y Humanes. En estas localidades las celebraciones en honor a San Isidro, organizadas por las cámaras agrarias, alcanzan el punto más álgido de las fiestas de primavera –procesiones, bendición de campos, corridas de vaquillas, ofrendas de productos, pujas–.

Para terminar, la tabla y el gráfico siguientes resumen los niveles de asimetría y verticalidad que generan en las distintas comarcas los diferentes tipos de organizaciones impuestas, hasta aquí analizados.

TABLA 97

NIVELES DE ASIMETRIA Y VERTICALIDAD ORIGINADOS EN LA COMUNIDAD POR LAS ORGANIZACIONES IMPUESTAS*

ORGANIZACIONES/COMARCAS**	I	II	III	IV	V	VI
AYUNTAMIENTOS***	f	b	a	c	d	e
ORGANIZACIONES URBANAS	e	b	a	c	d	f
CAMARAS AGRARIAS	f	c	a	b	d	e
TOTAL	F	B	A	C	D	E

* Con el fin de graduar, en orden de mayor a menor, los niveles de asimetría y verticalidad originados por las organizaciones impuestas en las distintas comunidades, hemos partido del siguiente sistema de equivalencias: máximo (a, A), segundo (b, B), tercero (c, C), cuarto (d, D), quinto (e, E), mínimo (f, F).

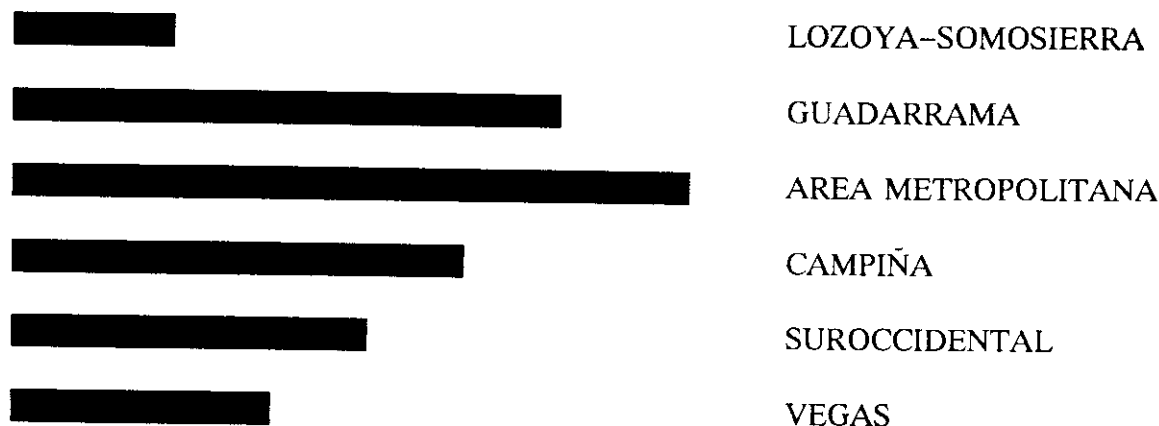
** I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

*** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

Fuente: Elaboración propia.

GRAFICO 69

NIVELES DE ASIMETRIA Y VERTICALIDAD ORIGINADOS EN LA COMUNIDAD POR LAS ORGANIZACIONES IMPUESTAS



5.3.2.- ORGANIZACIONES COMUNITARIAS

Dentro de las instituciones comunitarias se engloban básicamente las peñas, las hermandades, las coaliciones de bar¹¹² y en torno a otros lugares públicos, las

organizaciones reivindicativas y cooperativas, las asociaciones con comunidades vecinas y las mancomunidades. Con un carácter muy distinto a las instituciones impuestas, las organizaciones comunitarias poseen un alto componente tradicional, incentivan fuertemente la horizontalidad vecinal, resultan sumamente solidarias e integradoras para la comunidad, contribuyen a salvaguardar la cohesión e identidad de ésta frente al exterior y han sido creadas por los vecinos para dar satisfacción a las necesidades del sistema social, en que las familias campesinas se hallan inmersas y en el que llevan a cabo su vida y su trabajo. Por lo demás, estas organizaciones comunitarias, sobre todo en el caso de algunas de sus modalidades, constituyen la vía por la que los vecinos se suman estructuralmente y dan vida a su ceremonial; lo que se logra más entre menos verticalidad, falta de exclusividad y cambio de roles vecinales generen tales instituciones.

Sus protagonistas más importantes son los miembros del ámbito comunitario en el caso de las organizaciones reivindicativas y cooperativas, las asociaciones con comunidades vecinas y las mancomunidades. Sin embargo, los vecinos pierden tal papel en las peñas, las hermandades y las coaliciones de bar y en torno a otros lugares públicos, dado que en estas otras organizaciones suele primar el relieve de las formaciones sociales no campesinas, ya se trate, como ocurre fundamentalmente, de los sectores más próximos al ámbito comunitario –peñas– o de grupos no tan cercanos –coaliciones de bar y en torno a otros lugares públicos–. Justamente, aunque la verticalidad y falta de exclusividad de las organizaciones comunitarias no alcanzan las existentes en las impuestas, ese encuadramiento ajeno a la comunidad explica los principales niveles de asimetría hallados en ellas. Con todo, dichos índices, siempre mucho más bajos que los apreciados en las organizaciones impuestas, deben atribuirse conjuntamente a las disparidades introducidas por los estratos sociales comunitarios que las integran y que comportan diferencias socioeconómicas, políticas, religiosas y, en ocasiones, de parentesco. Esta potencial separación de los distintos segmentos sociales dentro de las organizaciones comunitarias va en detrimento, por otro lado, de sus rasgos más específicos, restándolas autonomía y capacidad integradora y haciéndolas más dependientes de la sociedad mayor. Sin embargo, la pérdida de estos rasgos esenciales, no sólo obedece a la verticalidad de las organizaciones comunitarias, responde también a la ausencia de los jóvenes, que suelen ser sus miembros más activos y que no siempre las dan continuidad temporal debido a la emigración, a la elección de opciones organizativas diferentes o a ambos presupuestos. Otro factor que incide en la alteración y merma de los rasgos característicos de las organizaciones comunitarias es la variable modificación de los roles vecinales, consecutiva a la que tiene lugar en el seno de las unidades domésticas. Los cambios de roles que experimentan los efectivos familiares en función de su edad, sexo y posición dentro del grupo doméstico se traducen casi siempre en una alteración de los papeles sociales de los vecinos en el interior de las organizaciones comunitarias, que acrecientan su dependencia y la quiebra de su especificidad. Así, el mayor protagonismo de la mujer y de los niños no sólo debilita el de los cabezas de familia y de otros varones adultos, sino que va en menoscabo del tipo de vínculos, que desde siempre ha caracterizado a las instituciones comunitarias, y cuyo

desplazamiento deja un amplio hueco que rápidamente suele rellenarse por otros sistemas de relación de naturaleza urbana.

Si las instituciones impuestas a la comunidad son más preeminentes donde se conjugan una mayor presencia de grupos no campesinos y una superior verticalidad y transformación de roles en las relaciones vecinales, las organizaciones comunitarias poseen más poder social y numérico en las comarcas en las que tales formaciones sociales destacan menos, aumenta la horizontalidad entre vecinos y es inferior la transformación de los roles asignados por las familias a sus miembros.

En función del conjunto de los parámetros que, según hemos visto, caracterizan a las diversas organizaciones comunitarias, tales instituciones responden a dos tipos fundamentales. El primero de ellos agrupa a las organizaciones que no son exclusivas de los vecinos, como ocurre sobre todo con las peñas, las hermandades y las coaliciones de bar y en torno a otros lugares públicos. El segundo tipo integra a las instituciones exclusivas de la comunidad, entre las que se encuentran esencialmente las organizaciones reivindicativas y cooperativas, las asociaciones con comunidades vecinas y las mancomunidades.

En lo que se refiere al primer tipo de organizaciones comunitarias y conforme expresa sintéticamente la tabla 98, su verticalidad, falta de exclusividad y nivel de alteración de los roles vecinales se cifran básicamente en el variable protagonismo que poseen los vecinos frente a los grupos no campesinos y en la mayor o menor estratificación social de la comunidad. Ambos parámetros, evaluados como el resto de los utilizados con arreglo a una escala gradual de valores que sintetizan datos y análisis ya efectuados en líneas pasadas, nos vienen dados principalmente por el porcentaje que suponen los campesinos sobre la población de derecho de cada comarca y por la verticalidad que originan la tierra, el trabajo, la producción, la distribución y el consumo en los distintos territorios de la región.

Aparte de dichos parámetros, hemos de tener en cuenta que la mayoría de las formaciones sociales no campesinas que se incorporan a este tipo de organizaciones comunitarias se sitúa próxima a los vecinos, por lo que resulta preciso examinar el papel que juegan, en particular, los productores agrarios capitalistas con alta afinidad vecinal y los grupos urbanos más cercanos a la comunidad. Recordemos que dentro de éstos últimos se incluyen parados, titulares de huertos en precario, determinados absentistas y numerosos emigrantes, tanto de carácter estable y pendular como procedentes de otras regiones. La mayor o menor cabida de ambos sectores afines a los vecinos, paralela a su presencia comarcal, contribuye así a incrementar de modo variable los niveles de verticalidad, falta de exclusividad y alteración de roles vecinales que desencadenan en esta clase de organizaciones comunitarias los dos indicadores anteriores, o sea: la estratificación social y el peso de los campesinos frente a los grupos ajenos a la comunidad. A tales efectos, hay que considerar asimismo el acceso de mediadores de la comunidad, es decir, de los patrones tradicionales y de los vecinos que encarnan sistemas de mediación mixta –cooperativistas, campesinos originarios de otras regiones y agricultores y ganaderos a tiempo parcial–. Dicha adscripción, igual que en el caso de los grupos no campesinos cercanos a los vecinos, nos la brindan fundamentalmente los

datos y las apreciaciones que manejamos páginas atrás para evaluar su relieve comarcal.

A la vez, remitiéndonos al capítulo pasado, no podemos hablar de la verticalidad y de los niveles de alteración de los roles vecinales, que promueven estas organizaciones comunitarias, sin contemplar cómo inciden en ellas el protagonismo de los jóvenes en la comunidad, las relaciones de reciprocidad y cooperación interfamiliar y la especialización de las funciones del grupo doméstico. Los variables valores que presenta cada uno de estos tres factores en las distintas comarcas nos aportan la pauta esencial para medir su incidencia en este tipo de organizaciones comunitarias. Así, entre más se acrecienta la afiliación juvenil de la comunidad a tales instituciones, menos proclives se vuelven éstas a la penetración de los grupos no campesinos, dada la gran actividad que tradicionalmente desarrollan los jóvenes y su capacidad para dotarlas de continuidad y atenuar las diferencias que separan a los diversos estratos sociales comunitarios. Al tiempo, la horizontalidad, que proyecta en el seno de la comunidad la mayor o menor importancia comarcal de las relaciones de reciprocidad y cooperación interfamiliar, se amplía generalmente a las mencionadas organizaciones comunitarias, ya que éstas suelen ser permeables a dicho tipo de vínculos entre vecinos. Y finalmente, los índices de verticalidad y de cambio de roles vecinales de esta clase de organizaciones comunitarias no son ajenos a la creciente participación en ellas de los miembros de la comunidad –mujeres, niños–, que tradicionalmente no han tenido casi ninguna. Esta superior intervención merma la especificidad de los vínculos entre campesinos, transforma los papeles sociales de los vecinos en el interior de las instituciones comunitarias y resta protagonismo a la representación más estructurada y diáfana de la comunidad, que corre a cargo de los cabezas de familia.

En otro orden de cosas, hay que subrayar que del conjunto de las organizaciones comunitarias englobadas en este primer tipo, las de mayor verticalidad y falta de exclusividad son las coaliciones de bar y en torno a otros lugares públicos. E igualmente estas coaliciones son las que registran una superior alteración de roles vecinales. Tales índices son correlativos a la alta penetración que experimenta el espacio de la comunidad por parte de los diversos grupos no campesinos que, simultáneamente, explica la superior cuantía numérica de estas organizaciones frente a las peñas y, en especial, respecto a las hermandades. Estas últimas, por contra, son las menos verticales de las tres, las que suscitan un menor interés para las formaciones sociales no campesinas y una inferior modificación de los roles tradicionales de los vecinos.

TABLA 98

**ORGANIZACIONES COMUNITARIAS NO EXCLUSIVAS DE LOS VECINOS.
INDICES DE FALTA DE EXCLUSIVIDAD Y VERTICALIDAD COMUNITARIA.
NIVEL DE ALTERACION DE LOS ROLES VECINALES***

INDICES/COMARCAS**	I	II	III	IV	V	VI
% de Campesinos Sobre Población de Derecho***	f	b	a	c	d	e
Presencia de Grupos Urbanos Próximos a la Comunidad	f	e	a	d	c	b
Presencia de Productores Agrarios Capitalistas con Alta Afinidad con los Vecinos	f	b	a	c	d	e
Presencia de Mediadores entre la Comunidad y la Sociedad Mayor	f	b	a	d	c	e
Estratificación Social Comunitaria***	f	b	a	c	e	d
Presencia de Jóvenes de la Comunidad	b	d	e	c	a	f
Especialización de Funciones Vecinales	c	b	a	d	f	e
Relaciones de Reciprocidad y Cooperación Interfamiliar	e	b	a	d	c	f
TOTAL	F	B	A	C	D	E

* Con el fin de graduar, en orden de mayor a menor, los niveles de falta de exclusividad, verticalidad y alteración de roles vecinales originados por este tipo de organizaciones comunitarias en las distintas comunidades, hemos partido del siguiente sistema de equivalencias: máximo (a, A), segundo (b, B), tercero (c, C), cuarto (d, D), quinto (e, E), mínimo (f, F).

** I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

*** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

Fuente: Elaboración propia.

Por otra parte, en lo relativo al segundo tipo de organizaciones comunitarias, hemos de señalar que, por sus propias características, no cabe hablar de la afiliación de las formaciones sociales no campesinas. Los intereses de tales grupos pueden aparecer más o menos expuestos a través de la voz y del comportamiento de los vecinos que actúan como mediadores entre la comunidad y la sociedad mayor o, a la par, de la introducción puntual de técnicos o administrativos, asociados a las jerarquías de estas organizaciones. También ocurre que la integración de los estratos superiores de la comunidad proyecta, a menudo, la vinculación indirecta de estos sectores con los intereses de las formaciones sociales no campesinas. Ahora bien, estos grupos se mantienen fuera habitualmente de unas instituciones, cuyos fines, móviles y contenido no atraen su atención y, por consiguiente, no les mueven a entrar. De esta forma, no cabe aludir a la falta de exclusividad de unas instituciones que por su misma

naturaleza son exclusivas para la comunidad.

Ello no implica, sin embargo, que este tipo de organizaciones no acuse niveles notables de verticalidad y de alteración de roles vecinales, subsiguientes a la conjunción de determinados factores. Es innegable que las organizaciones exclusivas de la comunidad son, como tónica general, las más horizontales de cuantas institucionalizan la vida vecinal y las que menos proyectan y refuerzan el cambio de funciones de las familias y de sus distintos componentes. No obstante, sus niveles de verticalidad y de transformación de los roles de los vecinos se acrecientan en la medida en que aumenta el encuadramiento de los mediadores de la comunidad. Esta incorporación, llevada a cabo por los patrones tradicionales y por los vecinos que practican sistemas mixtos de mediación –cooperativistas, campesinos originarios de otras regiones y agricultores y ganaderos a tiempo parcial–, es consecutiva básicamente a la significación que adquieren tales mediadores en cada territorio, por lo que los valores comarcales que apuntamos, páginas atrás, nos dan información suficiente sobre dicha inclusión. Además, hay que tener en cuenta el mayor o menor peso en estas organizaciones de los jóvenes de la comunidad y de las relaciones de reciprocidad y cooperación interfamiliar. La mayor importancia de ambos factores acentúa, como sostuvimos más arriba, la horizontalidad de los vínculos entre vecinos y el mantenimiento de los roles específicos que las familias campesinas asignan a sus miembros. Esto último lo manifiesta, al igual, la variable especialización de las funciones familiares. El relieve, que alcanza en esta clase de organizaciones comunitarias la incidencia de los jóvenes, de la reciprocidad y del cambio de roles vecinales, nos la suministran de manera muy aproximada los datos y análisis efectuados en el capítulo pasado sobre la edad de los efectivos del grupo doméstico, la especialización de las funciones de la familia y las relaciones de reciprocidad interfamiliar. Por último, el factor más sobresaliente para evaluar la variable verticalidad y alteración de roles vecinales, que registran estas instituciones comunitarias, lo constituye la mayor o menor estratificación social de la comunidad en las diferentes comarcas.

Por lo demás, los rasgos singulares que caracterizan a las organizaciones reivindicativas y cooperativas, a las mancomunidades y a las asociaciones con comunidades vecinas no presuponen en principio, para cada una de estas instituciones, unos índices distintos de verticalidad y modificación de roles vecinales. Habitualmente ninguna de estas tres organizaciones posee, por sí misma, más peso social y numérico que otra, genera menor verticalidad o proyecta y refuerza una mayor transformación de los roles tradicionales de los vecinos.

TABLA 99

ORGANIZACIONES COMUNITARIAS EXCLUSIVAS DE LOS VECINOS. INDICES DE VERTICALIDAD Y ALTERACION DE ROLES VECINALES*

INDICES/COMARCAS**	I	II	III	IV	V	VI
Presencia de Mediadores de la Comunidad	f	d	a	c	e	b
Estratificación Social Comunitaria***	f	b	a	c	e	d
Presencia de Jóvenes de la Comunidad	b	d	e	c	a	f
Especialización de Funciones Vecinales	c	b	a	d	f	e
Relaciones de Reciprocidad y Cooperación Interfamiliar	e	b	a	d	c	f
TOTAL	F	B	A	C	D	E

* Con el fin de graduar, en orden de mayor a menor, los niveles de verticalidad y alteración de roles vecinales originados por este tipo de organizaciones comunitarias en las distintas comunidades, hemos partido del siguiente sistema de equivalencias: máximo (a, A), segundo (b, B), tercero (c, C), cuarto (d, D), quinto (e, E), mínimo (f, F).

** I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

*** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

Fuente: Elaboración propia.

A la vista de la tabla 98 y 99 y de cuanto más adelante iremos apuntando, las organizaciones comunitarias de Guadarrama y principalmente del Area Metropolitana son las que registran menor realce social y numérico del conjunto de la región, las que cuentan con menos vecinos y son más abiertas a la presencia de las formaciones sociales no campesinas y las que proyectan mayores niveles de verticalidad entre los miembros de la comunidad. Al unísono, se trata de las instituciones comunitarias con menos capacidad integradora de los vecinos, más homogeneizadas con los patrones de comportamiento de las organizaciones sociales urbanas y que impulsan en superior medida la alteración de los roles vecinales.

En el polo opuesto al Area Metropolitana y a Guadarrama se sitúan las Vegas y sobre todo Lozoya-Somosierra. Las organizaciones comunitarias de ambas comarcas son las de mayor transcendencia social y numérica de la región y las que, paralelamente, poseen más capacidad para integrar a la comunidad por su máxima horizontalidad y exclusividad frente a las formaciones sociales no campesinas y por el mínimo cambio de roles vecinales que promueven.

Entre los extremos, que representan las organizaciones comunitarias del Area Metropolitana y de Guadarrama, por un lado, y de Lozoya-Somosierra y las Vegas, por otro, se hallan la comarca Suroccidental y la Campiña. El nivel de verticalidad, exclusividad, vigencia social

y numérica y de alteración de los roles vecinales, que comportan las organizaciones comunitarias de estas dos comarcas, se corresponde con las cotas medias de la región, delimitadas por los polos que señalan el Area Metropolitana y Lozoya-Somosierra. Aun así, mientras que los valores de la Campiña se acercan a los del Area Metropolitana y Guadarrama, los de la comarca Suroccidental se encuentran más próximos a los de Lozoya-Somosierra y las Vegas.

5.3.2.1.- Coaliciones de bar y en torno a otros lugares públicos de la comunidad

Las coaliciones de bar y las realizadas en torno a otros lugares públicos de la comunidad son mucho menos integradoras para los vecinos que el resto de las organizaciones comunitarias de carácter no exclusivo, a la vez que resultan las de mayor verticalidad y apertura hacia las formaciones sociales no campesinas. Asimismo alteran mucho más los roles vecinales que las peñas y, sobre todo, que las hermandades. Igualmente estas asociaciones están menos ligadas que las dos anteriores a la organización y al desarrollo del ceremonial, aunque, como cualquier institución comunitaria, modifiquen sus relaciones cotidianas y su funcionamiento habitual durante las fiestas.

La característica más substancial de estas coaliciones consiste en su capacidad para construir relaciones informales, no demasiado estables y solidarias, que complementan los niveles de integración vecinal alcanzados en el resto de las organizaciones comunitarias, o bien aportan nuevos elementos de cohesión no suministrados por esas instituciones. Este rasgo les hace, en muchos casos, más idóneas para mediatizar los vínculos vecinales en dirección al exterior de la comunidad que hacia dentro de ella. Conviene subrayar, al tiempo, que las coaliciones que tienen lugar en los bares han contribuido de forma decisiva a la indiferenciación de los roles masculinos y femeninos y a los que protagonizan los jóvenes, la población madura y los ancianos, debido en buena medida a la imitación de patrones urbanos que se lleva a cabo en estos ámbitos. De hecho, el espacio de los bares ha dejado de ser privativo para las mujeres o, cuando menos, lo es cada vez en menor proporción. Otros lugares públicos reflejan, no obstante, la propia alteración de roles vecinales que ya posee la comunidad, sin aumentarlos ni disminuirlos de manera especialmente destacable, si exceptuamos las relaciones que se emprenden en las escuelas, polideportivos o discotecas, todavía más desestructurantes que en los bares de los papeles tradicionales por sexo, edad y actividad. Con todo, tales rasgos no impiden que este género de coaliciones, auténticas redes de comunicación local para informarse del exterior y de los movimientos de los vecinos, sean efectivas para consolidar la unidad social comunitaria, dotarla de continuidad y limitar la necesidad de los miembros de la comunidad de salir de ella, ya sea puntualmente o de forma permanente.

En correspondencia con el uso que ejercen los vecinos de los espacios públicos, las coaliciones de Guadarrama y, fundamentalmente, del Area Metropolitana son sumamente cosmopolitas, por lo que los miembros de la comunidad resultan casi siempre minoritarios

frente a las formaciones sociales no campesinas, que son quienes las dominan y la causa cardinal de que presenten una gran verticalidad y se hallen próximas a las organizaciones impuestas. Simultáneamente, su escasa capacidad para unificar a la comunidad se manifiesta en la sustitución que han llevado a cabo de otros niveles de integración, más horizontales y tradicionales para los vecinos, para los que no se comportan como un complemento. En efecto, estas coaliciones han potenciado, esencialmente, en el Area Metropolitana la falta de acceso de los vecinos a esas otras organizaciones, su separación o su vinculación pasiva, con el agravante de que los bares u otros espacios públicos frecuentados antes sólo por campesinos o han desaparecido o se han convertido en centros de reunión urbana. Conjuntamente, y en buena medida ligado a la complejidad de estas coaliciones y a los móviles que guían a los vecinos a organizarse en ellas, constatamos, tanto en el Area Metropolitana como en Guadarrama, que los jóvenes son sus principales protagonistas y que las mujeres participan intensamente, aun cuando en bastante menor proporción que los hombres y, en ocasiones, en bares o lugares públicos en los que está mejor considerada su entrada.

Dos rasgos preeminentes de las coaliciones de bar, más marcados en el Area Metropolitana que en Guadarrama, son la realización de prácticas de mediación entre vecinos y formaciones sociales no campesinas, encubiertas en diversos rituales de comensalismo que las hacen más tolerables y reservadas para la comunidad, y el profundo nivel de sustitución que produce en los ámbitos tradicionales de toma de decisiones. En relación con el primero de ambos rasgos, no parece casual que las formaciones sociales urbanas y los empresarios agrarios capitalistas, al conformar el vértice de la mayoría de las redes de clientelismo, sean quienes decidan en qué marco articulan sus relaciones de patronazgo. Estos grupos ajenos a la comunidad, al no identificarse apenas con círculos sociales y con espacios localizados más allá del área doméstica, laboral o, en todo caso, política, encuentran en los bares la vía más idónea para asociarse con los vecinos, sin salirse demasiado de los límites de su escala socioespacial. Por otro lado, en lo que se refiere al segundo de esos rasgos, observamos que los bares no sólo van siendo cada vez más los escenarios en que los cabezas de familia planifican su ayuda mutua, la estrategia de su explotación o las relaciones a seguir con los miembros del grupo doméstico y de la comunidad, sino que suministran a los vecinos muchas de las informaciones que no son capaces de conseguir en otras organizaciones comunitarias y, en especial, en el seno de la unidad familiar. Así, el marco de la familia o de las organizaciones comunitarias se queda corto o es demasiado rígido para proveer a los vecinos el grado y el género de socialización requerido, que demanda unos aprendizajes y unos contactos más amplios de los que les puedan suministrar esos ámbitos, así como unos temas de conversación menos sujetos al control de los mismos. Una tercera característica, que puede agregarse a las otras dos, es que, a menudo, los vecinos persiguen en estas coaliciones sublimar social y psíquicamente la marginalidad que experimentan en unas comunidades fuertemente dependientes, en virtud de lo cual buscan solución y complicidad ante sus problemas de soledad y desarraigo en el juego, el alcohol y la exaltación fingida o exagerada

de sus éxitos personales y de sus habilidades.

Por contra, en las comunidades de las Vegas y, sobre todo, de Lozoya-Somosierra cambia bastante significativamente el papel que ejercen las coaliciones de este tipo en el Area Metropolitana y Guadarrama. Aparte de que disminuye sensiblemente la búsqueda de nexos instrumentales, su verticalidad y heterogeneidad, decae de forma palpable el número de miembros ajenos al ámbito comunitario. Si bien la familia y otras organizaciones comunitarias de mayor horizontalidad no aportan, en bastantes ocasiones, los niveles de integración requeridos por los individuos y, especialmente, por los más jóvenes, siendo también perceptibles la soledad y los desajustes de toda clase que inducen a los vecinos a sumarse a estas coaliciones, los elementos de socialización suministrados por los bares y otros lugares públicos no solucionan todo ello tanto como en el Area Metropolitana y Guadarrama. Además, el hecho de que haya menos bares para campesinos que para emigrantes u otros grupos ajenos a la comunidad no impide la existencia de los que son exclusivos para los primeros, que diversifican generalmente en establecimientos o en mesas diferentes a los distintos status comunitarios, quienes suelen conformar coaliciones independientes.

A la par, estas coaliciones de Lozoya-Somosierra y las Vegas, reflejando la utilización que hacen los campesinos del espacio comunitario, trastocan mucho menos que en el Area Metropolitana y Guadarrama los roles de los vecinos y los patrones de relación por los que éstos se mueven. De este modo, pese a la gran participación de los jóvenes y a la creciente adscripción de mujeres, refuerzan la socialización que la familia y las diversas organizaciones comunitarias proporcionan a los vecinos. En consonancia con ello, las actividades primordiales que cumplen estas coaliciones consisten en rellenar el ocio, seguir la pista a los vecinos, informarse de asuntos, entablar contactos personales de interés para la vida de la comunidad y ampliar espacialmente los vínculos ya dispuestos en la casa –celebraciones, comensalismo– y en el resto de las asociaciones locales. Por lo demás, salvando lo necesarias que son para los jóvenes estas coaliciones y, particularmente, sus visitas a los bares, los restantes vecinos sólo las prestan atención una vez acabada su jornada laboral o los fines de semana.

Por último, en las coaliciones de la Campiña y, básicamente, de la comarca Suroccidental crece, respecto a las del Area Metropolitana y de Guadarrama, la intervención de los vecinos, disminuyendo, en paralelo, el relieve de las formaciones sociales no campesinas y la alteración de los roles vecinales. Estos valores, no obstante, superan los existentes en las coaliciones de las Vegas y Lozoya-Somosierra, como apreciamos preferentemente en la Campiña.

Hay que resaltar que, aunque en menor medida que en las Vegas y Lozoya-Somosierra, es muy notable el nivel de afinidad que se establece, tanto en las coaliciones de la comarca Suroccidental como de la Campiña, entre los vecinos y los grupos no campesinos y, dentro de éstos, singularmente con los antiguos miembros de la comunidad que, tras haber abandonado su trabajo en el agro, siguen manteniendo sus vínculos pasados y frecuentando los mismos lugares que antes de dejar su explotación. Al igual, aun cuando a un ritmo

bastante menor que en el Area Metropolitana y Guadarrama, la multiplicación de espacios públicos y de bares en ambas comarcas, aparte de ir pareja al aumento de las presencias ajenas a la comunidad, ha permitido mucho más que en aquellas otras zonas que los diferentes grupos de sexo y edad lleven a cabo sus relaciones en territorios específicos. A simple vista puede distinguirse que a ciertos espacios y establecimientos les corresponde unos vecinos determinados, que los hombres adultos y los viejos juegan siempre su partida en único bar; que los jóvenes se reúnen también en uno solo para oír música o bailar, concertar citas o simplemente discutir de sus problemas; y que las mujeres, ya sean jóvenes o adultas, limitan su asistencia a los locales de menor exclusividad masculina. Ello no quita, sin embargo, para que, con el fin de estar a bien con toda la vecindad, los distintos grupos de edad, a excepción, si cabe, de las mujeres adultas, visiten periódicamente y de manera puntual la mayoría de los lugares públicos de la comunidad.

5.3.2.2.- Hermandades

En contraste con los niveles máximos de falta de exclusividad, verticalidad y alteración de roles vecinales que presentan las coaliciones anteriores, estos mismos valores resultan mínimos generalmente en las hermandades. En ello incide vitalmente, sin duda, que el carácter, los objetivos y los componentes religiosos de las hermandades no atraigan la atención de las diversas formaciones sociales no campesinas y que no susciten su afiliación. Paralelamente, la verticalidad de las hermandades obedece más que en las peñas y en las coaliciones de bar y en torno a otros lugares públicos a la actuación indirecta de la sociedad mayor, aminorándose los elementos de asimetría que desencadena la penetración de colectivos foráneos. Al unísono, cuanto evidencian las hermandades apunta que la modificación de roles vecinales opera en menor medida que en esas otras dos instituciones comunitarias, lo que está en consonancia con sus bajas cotas de afiliación, con su carácter religioso y con el peso que poseen sus normas para ordenar su funcionamiento. Esta menor transformación de roles vecinales se aprecia sobre todo en las hermandades femeninas y de casados.

Las hermandades, muy vinculadas a fines ceremoniales, son organizaciones de ayuda mutua entre vecinos y fundamentalmente entre hermanos, cuyo contenido formal, definido normativamente y expresado por su sentir religioso¹¹³, es accesorio, mientras que su naturaleza social se sitúa en el plano más profundo del inconsciente comunitario y conforma su rasgo más cualitativo. De ahí, que sus miembros se identifiquen simbólicamente con individuos o grupos, que pueden no tener ningún lazo con el fin explícito o normado, y que sea común que vecinos no creyentes, o sencillamente que se consideran indiferentes ante temas religiosos, participen en ceremoniales organizados por las hermandades o se sientan vinculados a determinadas imágenes devotas. Asimismo, su naturaleza local les confiere una autonomía real de las instituciones religiosas de ámbito más amplio y les ayuda a delimitar su comportamiento práctico del contenido rígido de sus normas; dando cumplida cuenta de esto los choques y pleitos que enfrentan a los hermanos con las jerarquías eclesiásticas

superiores al marco comunitario e incluso con los curas de las parroquias. Por lo demás, a pesar de que su significación actual ha decrecido respecto al siglo pasado de la mano de la desaparición de su antigua pujanza económica y de la merma de sus anteriores funciones de ayuda mutua, su poder integrador cobra una fuerza especial respecto a otras organizaciones comunitarias de mayor número de socios, pero a la vez mucho más propensas a la introducción de colectivos ajenos a la comunidad y al cambio de los roles vecinales tradicionales. La amplia gama de hermandades existentes en la región, aconseja, con todo, que no nos refiramos a ellas de modo genérico, debiendo tipificarlas según sus funciones y su estructura y no tanto en base a sus normas de gobierno¹¹⁴, advocaciones o momentos litúrgicos en los que centran su actividad. Se trata, por consiguiente, de examinar su mayor o menor capacidad integradora, sus niveles de exclusividad y verticalidad y el variable comportamiento de los vecinos en ellas de acuerdo con sus diferentes roles. Todos estos parámetros no se plasman nunca, desde luego, de forma pura, sino más o menos preeminente.

La mayoría de las hermandades de la región presentan una apertura de tipo medio hacia las formaciones sociales no campesinas y unos niveles de verticalidad no demasiado patentes, limitándose normalmente el encuadramiento de esos grupos, ajenos a los vecinos, a los antiguos miembros de la comunidad que hoy han emigrado y, dentro de éstos, esencialmente a los que practican la emigración pendular. Este acceso, difícil de evitar en unas comunidades que no pueden mantenerse al margen de ingerencias foráneas y de la verticalidad que éstas conllevan, posibilita, entre otras cuestiones, unas cuotas de adscripción que permiten, en no pocos casos, asegurar la continuidad de las hermandades.

Las hermandades de Guadarrama y, sobre todo, del Area Metropolitana son mucho menos importantes que en otras comarcas de la región. Lo demuestran su bajo nivel de afiliación vecinal, la pérdida de hermanos, lo poco orientadas que están hacia la ayuda mutua, la merma de su protagonismo y patrocinio en las fiestas comunitarias y su escasa capacidad para integrar a la comunidad, respecto a la que no se encuentran demasiado vinculadas. Con la casi única excepción que nos brinda Robledo de Chavela –Virgen de Navahonda–, han perdido prácticamente toda vigencia las hermandades que durante el siglo pasado se caracterizaran por su máxima exclusividad y horizontalidad y estuvieran asociadas al cuidado de enfermos –Alcalá de Henares, Alcobendas, Colmenar Viejo, Getafe– (Madoz, 1845–1850, v.I: 369, 454, v.VI: 529, v. VIII: 397). Y, por contra, cobran pleno realce las hermandades con máxima apertura hacia las formaciones sociales urbanas y gran verticalidad¹¹⁵ –Paracuellos del Jarama, Boadilla del Monte, Villaviciosa de Odón, San Sebastián y Cristo Crucificado en Los Molinos, Santa María en Cercedilla, San Francisco de Asís en Guadarrama, Virgen de Gracia en San Lorenzo de El Escorial, San Antonio en Collado–Villalba–. No obstante, pese a la gran verticalidad, falta de exclusividad y a la alteración de los roles tradicionales de sus componentes, las hermandades de Guadarrama y, principalmente, del Area Metropolitana son las que menos han logrado asegurar su continuidad del conjunto de la región, constituyendo la voz de los jóvenes un fenómeno meramente ocasional.

En esta línea se enclavan numerosas hermandades de mujeres casadas –Virgen de la

Soledad en Villaviciosa de Odón y San Fernando de Henares, Santa Quiteria en Alpedrete–, que todavía siguen desempeñando un papel destacado en la organización de las fiestas de la comunidad. Estas hermandades de mujeres casadas que, si bien con menos privilegios, también dan entrada a jóvenes solteras, siguen protagonizando algunas de las fiestas patronales, asignando las funciones que debe cumplir cada miembro de la comunidad y corriendo con buena parte de los gastos que desencadenan las celebraciones, para lo que, además de destinar bastantes de los fondos de la organización, ponen en práctica rifas, subastas y otros sistemas de obtener financiación de la propia localidad. Y aunque los actos festivos que preparan son cada vez menos exclusivos para ellas, se siguen reservando toda una serie de acciones específicas –portar andas, misas, juegos, ornamentación de imágenes, comidas–. Igualmente, hay que aludir a las hermandades que vinculan a determinados grupos de hombres con actividades afines, como ocurre con las de ganaderos –Santísimo en Alpedrete–. Estas hermandades gozan en general de muy poca vigencia y a veces coinciden con otras de diferente orientación en una misma localidad. Al tiempo, hay que mencionar otras hermandades compuestas por hombres y mujeres –Cristo Yacente en San Fernando de Henares– y las que limitan su actividad a las procesiones de Semana Santa, que son las mayoritarias y de las que suelen tener varias las localidades más pobladas.

Ahora bien, el control real de la hermandad –dirección del ceremonial, imposición de sanciones, admisión de hermanos, gestión de gastos, administración de ingresos por cuotas, colectas, donaciones, multas u otras rentas– sigue en no pocos casos en poder de los vecinos o, lo más habitual, de antiguos campesinos de alto status. Estos tratan de perpetuar sus privilegios en la hermandad mediante la conservación sistemática del gobierno de la organización, ya sea por vía directa o personas de su favor, o a través de su contribución económica al mantenimiento de la institución y de los actos religiosos y festivos que ésta desenvuelve. El acceso de los grupos urbanos a los cargos de las hermandades está condicionado en bastantes ocasiones a las buenas o malas relaciones que éstos mantienen con dichos vecinos de estrato superior o, lo más frecuente, a lo que hayan aportado para asegurar ese status.

En el polo opuesto al Area Metropolitana y a Guadarrama se hallan las hermandades de las Vegas y, particularmente, de Lozoya–Somosierra. A diferencia de las primeras comarcas, las hermandades de estas dos últimas áreas son mucho más vigentes social y numéricamente, así como de mayor horizontalidad y exclusividad, demostrando superior capacidad de integrar a la comunidad. Se hallan, al igual, más orientadas hacia la reciprocidad; y la cabida de jóvenes y mujeres está, a la par, más restringida debido a la mayor adecuación de las hermandades a los roles y las funciones de los vecinos de la comunidad. La incorporación de las diversas formaciones sociales no campesinas, bastante puntual, se vehicula básicamente a través de antiguos vecinos, quienes hallan más motivos que el resto de los grupos ajenos a la comunidad para sumarse a las hermandades. Asimismo muchos de ellos se encuentran incluidos desde su nacimiento por el mero hecho de formar parte de una familia afiliada en una hermandad, que funciona con adscripción automática. Este funcionamiento resulta, por

otra parte, bastante común en muchas hermandades y está encaminado a potenciarlas y darlas continuidad desde la propia familia y la comunidad. Con ello no sólo ganan vigencia y significación las hermandades, sino el grupo doméstico y la comunidad.

Entre las hermandades más importantes sobresalen las de ganaderos, las de casados, tanto masculinas como femeninas, y substancialmente las de difuntos y las aunadas bajo las advocaciones de Cristo y de diferentes santos y vírgenes.

La actividad de las hermandades de difuntos constituye una señal evidente del relieve que tiene la ayuda mutua entre los vecinos. Conjuntamente contribuye a rebajar la pérdida de horizontalidad inherente a tal tipo de hermandades, ya sea entre hermanos o entre éstos y las autoridades de la organización –cura, alcalde, mayordomos, alguacil, escribano– y la comunidad, haciendo que las tensiones se materialicen en un plano simbólico más que en uno real. Ello no evita, en cualquier caso, las diferencias entre status, la existencia de hermanos de "sangre" y de "cera"; es decir, de primera y de segunda en función de la posesión o no de cargo, de su mayor o menor actividad y, primordialmente, de su situación económica y/o de su aportación al sostenimiento material de la institución.

Aun cuando la mayoría de estas hermandades de difuntos –Montejo de la Sierra– son hoy tan sólo los vestigios de las que fueran transcendentales antaño y estuvieran generalizadas a la práctica totalidad de los vecinos, sus diversas modalidades poseen aún bastante peso. Entre éstas, cabe citar a las Sacramentales¹¹⁶ –Braojos, Somosierra, Montejo de la Sierra, Horcajo de la Sierra– y a las de la Vera Cruz –Ambite–. Como quiera que sea, el carácter residual de las hermandades de difuntos respecto al pasado no ha supuesto automáticamente una eliminación ostensible de sus rasgos tradicionales que, en gran medida, se expresan en la conservación de los reglamentos antiguos¹¹⁷. Mediante los mismos, los hermanos quedan obligados a pagar la cuota, a observar buena conducta y a garantizar con sus aportaciones y su comportamiento el entierro –acompañamiento hasta el cementerio, transporte del ataúd–, velatorio –alumbrado– y funeral de los difuntos; siendo mal mirados y, a veces, multados¹¹⁸, si no cumplen esta función o no la realizan satisfactoriamente. Estos rasgos tradicionales no sólo siguen teniendo vigencia en los estatutos internos, sino aparte en las creencias y en el ceremonial de la hermandad –procesiones, colectas, velar al Santísimo por turnos–. De este modo, en el marco de las creencias se asume que el olvido de los difuntos puede acarrear desgracias a la familia y/ o a la colectividad, mientras que su veneración y cuidado proporcionan protección y ayuda. Otro tanto sucede en el marco del ceremonial, donde de forma similar a lo que ocurre en torno a los nacimientos o matrimonios, esto es, alrededor de los principales ciclos de la vida, la muerte de un vecino y, todavía más, la de un hermano se convierte en un acontecimiento sentido y compartido por la colectividad; asistiendo a los actos de su ritual eclesástico –funeral, responso– incluso los individuos poco habituales en las prácticas religiosas.

La vigencia y la integración, que confiere a la comunidad el hecho de que estas hermandades hayan sido capaces de mantener sus rasgos más tradicionales alejados de la influencia de la sociedad mayor, la completa simultáneamente el tipo de papeles que se asigna

a los hermanos. Así, a pesar de que la mayoría de las hermandades de difuntos engloban a hombres y a mujeres, sus funciones difieren en muchos aspectos. Lo constatamos en la escasa participación femenina en las labores de mayor desgaste físico –portear el ataúd, procesión de penitencia–, en el acceso casi exclusivo de los hombres a los cargos de dirección y en los cuidados de la mujer al difunto inmediatamente después de su muerte –amortajamiento–. Al unísono, esta separación de roles es todavía más obvia para los diferentes grupos de edad, ya que los jóvenes no suelen afiliarse y los adultos desempeñan la mayoría de los quehaceres de la hermandad.

Junto a las hermandades de difuntos, hay que referirse paralelamente a las aunadas bajo las advocaciones de Cristo y de diferentes santos y vírgenes, de gran raigambre histórica y más numerosas que cualquier otra, ya desde el siglo pasado. Las más preeminentes son las hermandades de San Isidro –Perales de Tajuña–, San Sebastián, San Antonio, San Juan –Orusco–, la Virgen del Rosario¹¹⁹ –Chinchón, Lozoya–, la Natividad de Ntra. Sra. –Guadalix de la Sierra–, la Virgen de la Inmaculada –Pinilla del Valle–, la Virgen del Carmen y del Santísimo Cristo de la Paz y la Soledad –Carabaña–. Cuatro rasgos cardinales caracterizan a estas hermandades, cuyo ceremonial esencial, además de girar en torno a las festividades religiosas de la Semana Santa, se centra en las conmemoraciones de las advocaciones bajo las que se inscriben tales organizaciones. El primero de ellos consiste en que el tipo de ceremonial comunitario organizado anualmente por estas hermandades, ya sea profano o religioso, suele ser muy amplio y reúne a la mayoría de los vecinos e igualmente a los antiguos miembros de la comunidad; reafirmando de modo profundo la unidad y solidaridad vecinal ante otras localidades de la comarca y la región y, más allá, frente a la sociedad mayor. El segundo radica en que la índole de las actividades, reglamentadas por la organización y llevadas a cabo por los hermanos, está fuertemente imbricada con las dedicaciones, creencias, actitudes y, sobre todo, con el nivel de homogeneidad social de la comunidad. El tercero se refiere a la redistribución económica que realizan los hermanos de superior status dentro y fuera de la hermandad –costes del ceremonial, rentas, limosnas, cuotas elevadas, donaciones–; así como a la ayuda mutua que suele dispensarse de unos a otros miembros, muy orientada hacia el auxilio en la enfermedad¹²⁰. Y el cuarto es la cohesión que proporciona a la hermandad toda una serie de creencias, actividades y símbolos compartidos por la mayoría de los hermanos y, a la vez, por el conjunto de la comunidad; lo que estrecha la vinculación entre los vecinos y este tipo de organizaciones.

Finalmente, las hermandades de la comarca Suroccidental y la Campiña se sitúan en una posición intermedia entre los valores que presentan, por un lado, el Area Metropolitana y Guadarrama y, por otro, Lozoya–Somosierra y las Vegas. No obstante, la falta de exclusividad, la verticalidad y la alteración de roles vecinales, que caracterizan a las hermandades de la comarca Suroccidental, se hallan más próximas que en la Campiña a los índices que poseen por estos mismos conceptos Lozoya–Somosierra y las Vegas.

Las hermandades de ambas comarcas, singularmente de la Suroccidental, son mucho más proclives a la ayuda mutua¹²¹ que en el Area Metropolitana y Guadarrama, como lo

evidencian de manera precisa las integradas por mujeres. Estas asumen que, al prodigar cuidados a sus vecinos y hermanos o al rendir culto a una determinada advocación, no hacen sino prolongar las atenciones dispensadas en la casa a su marido e hijos o las prácticas religiosas que acostumbran a efectuar de forma habitual. Estas hermandades dan continuidad, por consiguiente, al rol y a las funciones de ama de casa de las mujeres y hacen que los vínculos de éstas con la comunidad se fundamenten en los principios de relación sostenidos con la familia.

Muy apoyadas en la ayuda mutua, se hallan también las hermandades consagradas a velar material y espiritualmente por los difuntos. Entre ellas despuntan las de Animas –Cadalso de los Vidrios–, las Sacramentales –Valdemorillo, Anchuelo, Alalapardo– y las de la Vera Cruz –Casarrubuelos, Valdemoro, Pezuela de las Torres, San Martín de Valdeiglesias, Torres de la Alameda, La Olmeda, Nuevo Baztán–, ya en funcionamiento durante el siglo pasado.

Bastante menos propensas a la ayuda mutua, con más representación de las diversas formaciones sociales no campesinas y con una superior alteración de roles vecinales, las hermandades, que se agrupan bajo las advocaciones de Cristo y diferentes santos y vírgenes, compiten en protagonismo con las anteriores. Destacan las consagradas a San Isidro, San Sebastián, San Pedro –Anchuelo–, San Miguel –Navalagamella–, al Cristo del Amparo –Cobeña–, a la Virgen del Amor Hermoso –Valdeolmos, Cubas, Humanes, Ribatejada– y a la Virgen de la Salud –San Martín de Valdeiglesias–. En ellas los miembros más activos no suelen ser los individuos que ocupan los cargos de la organización, sino los hermanos de status medio, quienes participan cotidianamente en las acciones de la hermandad y aseguran el mantenimiento de sus creencias. Dentro de este género de hermandades son muy peculiares las de reciente creación en la comarca Suroccidental, solamente dedicadas a organizar y dirigir las procesiones de la Semana Santa. Uno de los ejemplos principales nos lo ofrece la Cofradía del Nazareno en El Alamo, de composición mixta.

5.3.2.3.– Peñas

Frente a la máxima verticalidad, falta de exclusividad y alteración de roles vecinales que caracterizan a las coaliciones de bar y en torno a otros lugares públicos y respecto a los índices mínimos que, por estos mismos conceptos, presentan las hermandades, las peñas se sitúan en un plano intermedio. Estas instituciones, muy orientadas a la organización y realización de las fiestas comunitarias, vertebran la participación de los distintos grupos de sexo, edad y, en mucha menor medida, de actividad en la vida social de la comunidad. Sus niveles de exclusividad, bastante altos hasta la década de los sesenta, se han rebajado enormemente para dar cabida a los emigrantes, a otros antiguos miembros de la comunidad, que siguen viviendo en ella y relacionándose con los vecinos, y a determinados individuos de ciertos sectores urbanos próximos al marco comunitario. Al tiempo, han tenido acceso en las últimas décadas los productores agrarios capitalistas más afines con los vecinos y los mediadores ajenos a la comunidad. Estas intervenciones han desencadenado, desde los años

sesenta, un aumento de los índices de falta de exclusividad, verticalidad y heterogeneidad de las peñas, mermando la tradicional estructura horizontal y homogénea de tales instituciones y provocando que los campesinos sean en la mayoría de ellas una minoría social. No obstante, tal compatibilidad ha sido la vía más idónea para asegurar el futuro de unas organizaciones que, de haber mantenido a ultranza su homogeneidad y horizontalidad, podrían haber quedado reducidas a un número insignificante de afiliados y se habrían convertido en marginales. Su apertura ha servido, así, para fortalecer la unidad y cohesión de unas organizaciones, cuya continuidad ya no podía depender de conservar e incrementar su grado de homogeneidad y horizontalidad. Por lo demás, esta pérdida de exclusividad no ha impedido que las peñas puedan seguir cumpliendo su función de reunir a los distintos miembros de la comunidad, promover la solidaridad vecinal y potenciar la identidad local frente a la foránea, que, pese a ser admitida, no deja de ser reconocida como una instancia diferente. Esto último lo corroboran las tensiones y rivalidades que suele tener la comunidad con los colectivos foráneos, fundamentalmente durante las fiestas.

Por otra parte, las peñas más activas y consolidadas suelen ser las compuestas por jóvenes, cuyo mayor desarrollo radica en la importante misión que juegan estas organizaciones de cara a la socialización y aculturación de tal grupo de edad, bastante menos relevante para los casados u otros colectivos de la comunidad. Influyen al mismo nivel el hecho de que los jóvenes sean los miembros más activos de la comunidad y el que, no siendo ya niños y sin haber llegado a formar una familia propia, las relaciones que les aporta su grupo doméstico ya no les proporcionen los elementos de socialización y emotividad que necesitan. Dichos componentes los descubren en buena medida en las peñas, donde se ejercitan de manera específica la conducta y las relaciones aprendidas en la familia, se adquieren nuevos conocimientos, vínculos y patrones de relación, se consolida la amistad y la camaradería y se halla un marco idóneo para contrarrestar la soledad que sienten los jóvenes en el ámbito de la comunidad. Y ello, sin que este carácter grupal, que potencia al máximo la confianza, el afecto y la correspondencia entre sus afiliados, presuponga una separación del resto de los vecinos o una alteración de las funciones socializadoras del marco comunitario, sino más bien un apoyo y un enriquecimiento de la integración local que son consecutivos al reconocimiento de las peñas por la comunidad. Todo esto se constata de forma paradigmática con ocasión del ceremonial comunitario, cuya organización y desarrollo es un cometido importante de las peñas de jóvenes y unos de los mejores sistemas, que éstas encuentran para reforzar su unidad interna y gozar de la consideración del conjunto de la comunidad. Al igual, la ausencia de los jóvenes de la comunidad a causa del mayor éxodo, que protagoniza este grupo de edad, es una de las razones que impulsa la participación en las peñas juveniles de los emigrados y de colectivos urbanos afines a los vecinos. Así, la incorporación de tales sectores resulta más necesaria en estas peñas que en otras, con menos problemas de continuidad. Asimismo, la verticalidad potencial que introducen dichos colectivos opera menos en estas peñas juveniles que en las de otro género, dada la superior movilidad que suelen tener los jóvenes, sus mayores contactos con los emigrados y los grupos urbanos y, en general, los menores

obstáculos con los que se topan para atenuar su exclusividad y ampliar su red de relación y su receptividad frente a terceros.

Un último rasgo de las peñas lo constituye su acusada masculinidad, corroborada por el predominio de las formadas por hombres sobre las de mujeres que, en gran medida, es un exponente de la superior emigración femenina, del carácter menos pendular de dicho éxodo y de la posición subordinada que ocupa la mujer frente al hombre en la familia y la comunidad. Aunque tal predominio se ha aminorado en las últimas décadas debido al mayor protagonismo social de las mujeres, la superioridad numérica y la significación de las peñas masculinas se traducen en el escaso realce que tienen las organizaciones de este tipo de naturaleza mixta y, dentro de ellas, en la posición preeminente de los varones respecto a los miembros del sexo femenino. Sin mucho margen de error, puede afirmarse que sólo en las comarcas, que cuentan con una mayor penetración de las formaciones sociales urbanas y una superior verticalidad y transformación de las funciones del grupo doméstico, se aprecia una creciente indiferenciación de roles por el sexo.

La peñas de Guadarrama y sobre todo del Area Metropolitana se restringen prácticamente a las de mozos y mozas. Las de casados apenas tienen incidencia y se circunscriben casi tan sólo a la preparación y al desarrollo del ceremonial. Todas ellas se caracterizan por haber rebajado hasta puntos extremos sus niveles de exclusividad frente a las formaciones sociales urbanas y, básicamente, ante los antiguos vecinos, a fin de darles cabida y asegurar su continuidad futura. Con este último objetivo, que da cuenta de que la verticalidad de las peñas sea más alta en estas comarcas que en cualquier otro punto de la región, observamos que en algunas comunidades mozos y mozas se agrupan en una sola peña. En este tipo de peñas la indiferenciación de roles y funciones en razón del sexo alcanza niveles máximos, si bien este rasgo es constatable, al unísono, aun cuando en menor medida, en las que agrupan por separado a mozos y a mozas.

Las peñas más activas son generalmente, igual que en el resto de la región, las sustentadas por mozos, así como suelen resultar las más numerosas y sobresalientes. En el Area Metropolitana despuntan las de Boadilla del Monte, Rivas-Vaciamadrid, Velilla de San Antonio, Villanueva del Pardillo, Mejorada del Campo, Villanueva de la Cañada, Villaviciosa de Odón, Brunete, Colmenar Viejo y Paracuellos del Jarama. Y en Guadarrama resaltan las peñas de mozos de Zarzalejo, El Boalo, Santa María de la Alameda, Los Molinos, Cercedilla, Valdemaqueda, El Escorial y Robledo de Chavela. Precisamente, la fuerza que adquieren las peñas de mozos, pareja al notable nivel de participación de los jóvenes, habla de su mayor capacidad integradora respecto a las compuestas por mozas o casados. Y ello, a pesar de que la gran introducción de grupos urbanos, tanto en las peñas de mozos como en las de mozas y casados, imponga un tipo de actividades, que no guarda demasiada relación con el que habitualmente ha venido facilitando la cohesión de la comunidad, prime las acciones y los cometidos tradicionales –competiciones deportivas, funciones de esparcimiento y ocio– que mejor se ajustan a sus necesidades y parámetros vitales y sea la causa de que estas organizaciones tiendan a limitar su actuación a los fines de semana y a los periodos de

descanso estival. Tal merma de los elementos y símbolos de afinidad tradicional, que vertebran internamente a las peñas y que las vinculan con el resto de la comunidad, no ha impedido, sin embargo, que, con la ayuda financiera y la tutela de los ayuntamientos, estas instituciones hayan cooperado a la recuperación de ceremoniales perdidos o en trance de desaparición. Entre tales recuperaciones cabe reseñar, para el Area Metropolitana, las de La Vaquilla de Colmenar Viejo, la Quema del Judas de Majadahonda¹²² y las Rondas de Mayo¹²³ de Pinto y Mejorada del Campo. Por su parte, en Guadarrama debe subrayarse la Quema del Judas de Robledo de Chavela. Esta rehabilitación no quita, desde luego, la desaparición de muchos de los actos que las peñas emprendieran en el pasado, como las rondas de mayo, y la transformación de algunos de los rituales festivos que, tiempo atrás, sirvieran para reconocerlas. En este último sentido, hemos de mencionar los cambios operados en la Quema del Judas de Robledo de Chavela, en la que los hombres adultos y los niños compiten con el relieve tradicional de los quintos, quienes antaño eran los protagonistas casi únicos de la fiesta.

Otra muestra de la capacidad integradora que suelen tener las peñas de mozos es el papel que asignan a los ancianos en las fiestas que ellas organizan, particularmente en las estivales. En un momento en que, debido a la influencia de los patrones culturales urbanos, la transformación de los roles y las relaciones familiares de Guadarrama y, sobre todo, del Area Metropolitana ha llegado al punto de que apenas se valora la posición de los ancianos en el grupo doméstico, nuevos valores y actitudes, que conjuntamente proceden de la ciudad, tratan de devolver a los integrantes de más edad de la comunidad parte del peso social que poseyeran antaño. La extrema participación en las peñas de mozos de las formaciones sociales urbanas y los parámetros de funcionamiento, que estos grupos incorporan, están estrechamente ligados con tal rehabilitación y con la forma en que se lleva a cabo –dedicación de jornadas festivas específicas–, que tiene poco en común, por otra parte, con cuanto la familia y la comunidad asignaran, reconocieran y sintieran por los ancianos en los años cincuenta. La propia denominación que reciben las jornadas festivas destinadas a los ancianos –homenajes a la tercera edad– y los actos que se despliegan para ellos –meriendas, espectáculos de variedades– lo corroboran. Y algo similar constatamos en el caso de los niños, para quienes las peñas de mozos promueven igualmente toda una serie de actos específicos durante las celebraciones estivales, que imitan en su intencionalidad y contenido –espectáculos de guiñol y payasos– a cuanto se efectúa en las fiestas urbanas.

La actividad y la transcendencia que demuestran las peñas de mozos no evitan, en cualquier caso, que las peñas de mozas, normalmente más substanciales en estas dos comarcas que en cualquier otra, cumplan a la par un papel relevante desde comienzos de los años ochenta –Villaviciosa de Odón, Pinto, Colmenar Viejo, Los Molinos, El Escorial–, que se acentúa en las celebraciones estivales –elección de reinas y damas de honor de las fiestas–. Junto a estas peñas, hay que mencionar, por otro lado, algunas de características muy singulares que se han constituido recientemente en ciertas localidades, como es el caso de Majadahonda, y que agrupan a hombres, mujeres, mozos, mozas e incluso a niños. Bajo denominaciones bastante

curiosas¹²⁴ –"La Albarda" en el caso de Majadahonda–, estas peñas están compuestas mayoritariamente por formaciones sociales urbanas y sólo puntualmente dan cabida a vecinos de la comunidad. Su actividad se circunscribe únicamente a fiestas puntuales y sus miembros suelen llevar un uniforme identificativo, reuniéndose en lugares específicos en el transcurso de las fiestas, que acostumbran a ser privativos para los afiliados a la peña.

En el extremo opuesto a Guadarrama y, primordialmente, al Area Metropolitana se encuentran las peñas de las Vegas y, sobre todo, de Lozoya–Somosierra con los índices regionales mínimos de falta de exclusividad, verticalidad y alteración de roles vecinales.

Debido al fuerte éxodo de los jóvenes en Lozoya–Somosierra y a lo poco pobladas que en general están las comunidades de esta comarca, la importancia social y numérica de sus peñas despunta bastante menos que en las Vegas, si bien aquí muestran más verticalidad. Paralelamente, aunque las peñas de Lozoya–Somosierra no han tenido más remedio que abrirse a los antiguos vecinos de las comunidades para asegurar su futuro, tal pérdida de exclusividad también se da en las Vegas, donde además se suele encuadrar más a individuos que poco o nada han tenido que ver con estas organizaciones antes de ingresar en ellas.

A diferencia de las peñas del Area Metropolitana y de Guadarrama, las de Lozoya–Somosierra y las Vegas son las de mayor capacidad integradora de la comunidad, lo que suele reflejarse en sus símbolos y en su entronque con el territorio sobre el que actúan, se reúnen y planifican sus objetivos. Así ocurre en Lozoya–Somosierra con las peñas de las comunidades siguientes: La Acebeda, Alameda del Valle, Berzosa de Lozoya, Cervera de Buitrago, Garganta de los Montes, Gargantilla de Lozoya, Gascones, La Hiruela, Horcajuelo de la Sierra, Madarcos, Montejo de la Sierra, Navarredonda, Pedrezuela, Pinilla del Valle, Prádena del Rincón, Puebla de la Sierra, Redueña, Robledillo de la Jara, Robregordo, Somosierra y Villavieja del Lozoya. Y en las Vegas sucede igual con las peñas de estas otras comunidades: Belmonte de Tajo, Estremera, Valdaracete, Villamanrique de Tajo. Las peñas no modifican la distribución de recursos y la heterogeneidad que aquélla conlleva, pero ayudan a nivelar los conflictos y las disparidades que provoca tal diferencia de bienes. Simultáneamente contribuyen a reforzar los roles y las funciones que la familia adjudica a los vecinos y a contrarrestar la pérdida de vigencia, que las formaciones sociales no campesinas imprimen a las peñas en el Area Metropolitana y Guadarrama. Los lazos de amistad y la afinidad de todo tipo que fomentan entre los vecinos no sólo alejan las relaciones instrumentales de los miembros de la comunidad, sino que hacen de las peñas un instrumento muy capaz de resistir las presiones desestabilizadoras procedentes del interior y del exterior de su red. Lo potencia a la vez el hecho de que las peñas se comporten, tanto en las Vegas como en Lozoya–Somosierra, como una vía de evasión formal ante los mecanismos de control de la autoridad familiar y local, mediante la que sus miembros, sobre todo durante las fiestas de la comunidad, pueden discutir, criticar e ironizar las normas y las conductas de los vecinos sin que les suponga demasiados problemas.

Por otra parte, esta capacidad de integrar a la comunidad se manifiesta en ambas comarcas en los cardinales elementos de socialización que generan las peñas. Así, cuando la comunidad

llega a considerar peligrosa la existencia de relaciones directas de proceder demasiado espontáneo o violento, recorta las prerrogativas excesivas que las peñas pudieran atribuirse, los límites de su actuación e incluso su autonomía. En otras ocasiones, fomenta una libertad – Carnaval, fiestas patronales, celebraciones de algún acontecimiento de singular transcendencia–, que sirve en última instancia e implícitamente para que con posterioridad se acepten mejor las normas. Al tiempo, la integración social de la comunidad que originan las peñas en Lozoya–Somosierra y las Vegas se confirma en el mayor y mejor funcionamiento democrático que demuestran respecto a las del Area Metropolitana y de Guadarrama. Los cargos de la práctica totalidad de las peñas de ambas comarcas suelen recaer rotativamente en uno o dos alcaldes, que son designados cada año, disponiendo en principio el conjunto de los afiliados de iguales oportunidades para votar y ser elegidos. Tal igualdad teórica es más real, no obstante, en Lozoya–Somosierra que en las Vegas, donde los miembros pertenecientes a las familias más acomodadas tienen un acceso mayor, a menudo encubierto en sus superiores habilidades –valor– personales y casi siempre justificado en el aporte de cuotas más altas o en el pago de una elevada proporción de los gastos colectivos.

Por igual, la capacidad que poseen las peñas en ambas comarcas de integrar a la comunidad se manifiesta especialmente en las relaciones que mantienen con los distintos grupos de sexo y edad del marco comunitario durante las fiestas, a los que reconocen un papel acorde con sus roles y funciones e incitan a intervenir en los actos que ellas organizan. En este sentido, por ejemplo, obviando cuanto acontece en las fiestas estivales, dado que la masiva incorporación de todos los miembros de la comunidad no requiere reclamos específicos, las peñas propician de manera creciente la cabida de niños y mujeres en celebraciones de las que antes solían estar prácticamente excluidos. Su participación festiva, antes más circunscrita en el caso de los niños al ceremonial de Navidad y en el de las mujeres al de primavera, se extiende así a las celebraciones tradicionalmente más exclusivas para los mozos, como es el caso de La Vaquilla –San Mamés–, de la Quema del Judas –Tielmes, Montejo de la Sierra, Berzosa del Lozoya, El Berrueco– y del Arbol de Mayo –Montejo de la Sierra, Ambite, Valdaracete–. Con todo, esta adecuación de las peñas a los papeles y las funciones de los diversos grupos de la comunidad se muestra esencialmente, en contraste con lo observado para el Area Metropolitana y Guadarrama, en la fuerza que demuestran las peñas de mozas y casados. El notable realce de estas organizaciones muestra, a la par, la capacidad de las peñas para promover la inclusión de cada uno de los diferentes grupos vecinales en los acontecimientos colectivos de la comunidad. Aun cuando siempre mucho menos activas que las de mozos, las peñas de mozas y casados alcanzan una significación que expresa la diversa posición de los vecinos ante la vida de la comunidad, el modo distinto en que cada uno la asume conforme a sus requerimientos e intereses y la necesidad de diferenciar sus propias formas de comportamiento y sus actitudes específicas. Las peñas se adecuan, de esta manera, a la sucesión de exclusividades sociales, espaciales y simbólicas que unos sectores ponen en marcha frente a otros para asegurar su identidad, autonomía y socialización singular.

Así, las peñas de casados desempeñan quehaceres, en absoluto irrelevantes, que no se

circunscriben sólo a la preparación y realización del ceremonial general de la comunidad o de celebraciones específicas. Abordan otros muchos cometidos, entre los que despunta el auxilio a la labor socializadora de la familia y del marco comunitario en virtud de la tutela y ayuda que prestan a las peñas de mozas y, principalmente, a las de mozos. Por su lado, las peñas de mozas, aunque menos activas que en el Área Metropolitana y Guadarrama por el papel diferente que juegan las mujeres en unas y otras comarcas, contribuyen más a que éstas acepten las funciones y los roles fijados para ellas por la colectividad, arbitrando a tal fin las vías precisas de sublimación social –galanteo, fiestas– y psicológica –liberación de angustias y frustraciones– o, bajo otro prisma, de reacción abierta –crítica, independencia económica y afectiva– o implícita –deseo de cambiar de vida y posición– contra el orden local. De esta forma lo corroboran los rasgos que poseen las fiestas específicas, que organizan las peñas de mozas, y los actos particulares, que disponen dentro de otras celebraciones generales de la comunidad o de otros grupos de sexo y edad, como sucede especialmente en las festividades de los mozos. Entre las fiestas específicas, hay que señalar las de La Maya –Ciempozuelos, Ambite, Colmenar de Oreja–, que son una réplica al Arbol de Mayo de los mozos, las del Hornazo –Montejo de la Sierra– o las meriendas de la Pascua –Titulcia–. Dentro de las celebraciones colectivas de la comunidad, hay que mencionar las jornadas festivas que las mozas se adjudican o los bailes y concursos –elección de reinas y damas de las fiestas– que se atribuyen. E, insertadas en las celebraciones de los mozos, debe subrayarse su intervención durante la fiesta de La Vaquilla –San Mamés, Montejo de la Sierra, Canencia, Navarredonda, Pedrezuela–. En el curso de esta fiesta se dejan vestir por la vaquilla, la conducen a ratos, la engalanan y permiten que los mozos las inviten. Despunta también su protagonismo en el Arbol de Mayo –Montejo de la Sierra, El Molar, Ambite, Carabaña, Tielmes, Fuentidueña de Tajo, Morata de Tajuña, Orusco, Perales de Tajuña, Valdaracete, Villamanrique de Tajo, Villarejo de Salvanés–, bailando con los mozos y siendo objeto de sorteos de emparejamiento, convites, enramadas y rondas.

Mucho más activas son, sin embargo, las peñas de mozos, si bien este rasgo resulta mucho más patente en las Vegas que en Lozoya–Somosierra. En ellas se enriquece bastante más que en las de mozas los procesos de aculturación y socialización, iniciados en el seno de la familia, de unos individuos que se hallan en trance de aprender y poner en práctica los patrones conscientes e inconscientes de su comunidad. Al unísono, se completan más que en las peñas de mozas los procesos de maduración emocional por medio de la amistad. Esta parece particularmente necesaria para dar satisfacción a los requerimientos afectivos y de camaradería de unos jóvenes que, al encontrarse a mitad de camino entre la infancia y la madurez, suelen presentar desequilibrios y problemas, difíciles de resolver tanto en el marco familiar como comunitario, ya que si uno se queda corto en la posibilidad de ofrecer soluciones, el otro excede el nivel de proximidad requerido para el tratamiento de los sentimientos personales. Esta necesidad de afecto llega a suponer un grado de exigencia recíproca, igualdad y confianza entre los miembros de las peñas de mozos que quienes lo traicionan, con un cambio del rol o del *satus* –enriquecimiento súbito, incorporación al

servicio militar, consecución de un empleo fuera de la explotación– prescrito por el grupo, se hacen merecedores de los celos y de la enemistad de la totalidad de la organización; debiendo compensarla de uno u otro modo. Ello explica que frecuentemente los planes de promoción personal o familiar se mantengan en secreto hasta convertirse en realidad. Esta cohesión de las peñas de mozos les confiere una autonomía de actuación respetada y, a veces, utilizada por la comunidad, como ocurre con los enfrentamientos entre los miembros de dichas organizaciones e individuos o grupos de localidades próximas, consentidos por los vecinos para evitar sus propias pugnas directas con aquéllos. Efectivamente, tanto en las Vegas como en Lozoya-Somosierra, son numerosos los ejemplos que indican que la resolución simbólica –robo de imágenes– o práctica –peleas, hurtos, destrozos–, que llevan a cabo las peñas de conflictos con localidades cercanas, evita la implicación del conjunto o de la mayoría de la comunidad. Las fiestas del Arbol de Mayo y de su variante más conocida, la Quema del Judas, así como de La Vaquilla y de las rondas de mayo, tal vez las más características de los mozos y, fundamentalmente, de los quintos, evidencian el papel preeminente que cumplen estas peñas en la comunidad. Ahora bien, aparte de estas celebraciones específicas, todas las fiestas de las comunidades de ambas comarcas y, básicamente, las estivales se hacen eco de la significación de los mozos. Como quiera que sea, conviene recalcar que no es casual que justamente la pérdida de muchas de las festividades del Arbol de Mayo en Lozoya-Somosierra ponga de manifiesto el menor relieve que poseen los jóvenes en esta comarca serrana; lo mismo que lo plasma la desaparición de las Quemadas de Judas –Paredes de Buitrago, La Cabrera y Cabanillas de la Sierra– y su mantenimiento en sólo tres comunidades; y la falta de vigencia de las rondas de mayo, circunscritas únicamente a tres –Miraflores de la Sierra, Guadalix de la Sierra, El Molar– de las veinticuatro localidades que las celebraban en el pasado.

Por otra parte, las características de la peñas de la comarca Suroccidental y la Campiña se colocan en un plano intermedio respecto a los rasgos que definen, por un lado, a las peñas del Area Metropolitana y de Guadarrama y, por otro, a las de Lozoya-Somosierra y las Vegas.

Pese a que las peñas de la comarca Suroccidental son más integradoras de la comunidad, horizontales y cerradas para los grupos no campesinos que las de la Campiña, para ambos marcos comarcales ha resultado vital la entrada de antiguos vecinos. Tal acceso es la causa primordial de la incidencia social y numérica que conserva todavía este tipo de organizaciones y el fruto de las estrechas relaciones que mantienen los emigrantes con los miembros del ámbito comunitario. En ello influyen, sin duda, un éxodo, relativamente reciente y no generalizable a todos los integrantes de la familia, y la participación de los emigrantes en muchos de los acontecimientos, en especial en los festivos, de la vida de la comunidad y del grupo doméstico.

A diferencia del Area Metropolitana y de Guadarrama, las peñas de la comarca Suroccidental y la Campiña no sólo impulsan más la participación de los vecinos, de acuerdo con sus funciones y roles específicos en el acontecer diario y ceremonial de la comunidad,

sino que ellas mismas se estructuran conforme a esos papeles y cometidos. Así, las peñas de casados cumplen, sobre todo en la comarca Suroccidental –Cubas–, una misión más amplia y transcendente que en el Area Metropolitana y Guadarrama, mientras que las de mozas son siempre menos numerosas, activas e influyentes que las de mozos. Y ello, a pesar de que éstas últimas van ganando esferas de libertad y acercando su comportamiento al de los varones. De ahí, que se agreguen a ellos en un plano de mayor igualdad en actividades –ciertos quehaceres del ceremonial, comensalismo–, maneras –fumar en la calle y en casa, beber públicamente, atuendos– y actitudes –iniciativa en la relación sexual, ir al baile solas– anteriormente privativas de los hombres. Su peso creciente se evidencia en las fiestas específicas que organizan estas peñas de mozas y en los actos exclusivos que promueven para ellas en otras celebraciones generales de la comunidad o de los mozos. Dentro de las celebraciones específicas, que llevan a cabo las peñas de mozas, sobresalen las de La Maya –Navalcarnero, Villanueva de Perales, Villa del Prado– y las del Ramo, propias de la primavera. Como vimos en Lozoya–Somosierra y las Vegas, las fiestas de La Maya constituyen la réplica de las mozas a las ejecutadas por los mozos en el Arbol de Mayo. Esta celebración refuerza la voz de las mujeres, esencialmente de las más jóvenes, como grupo de la comunidad y las permite llevar la iniciativa frente a los hombres en cuantos bailes, canciones, matrimonios ficticios, meriendas u otras acciones se desarrollan con motivo de La Maya. Y dentro de las fiestas de los mozos destacan las realizadas en Casarrubuelos, Villa del Prado, Chapinería, Corpa, Loeches, Nuevo Baztán, Pezuela de las Torres, Pozuelo del Rey, Villar del Olmo y Camarma de Esteruelas.

En cualquier caso, las peñas más substanciales y compactas son las de mozos, muy abiertas a la incorporación de emigrantes, que se comportan como auténticos agentes de socialización, aun cuando están mucho menos orientadas que en Lozoya–Somosierra y las Vegas hacia cometidos que no sean los festivos. En relación con esta actividad, hay que remarcar la colaboración que establecen con los hombres adultos en el curso de muchas celebraciones –Natividad de Ntra. Sra. en San Martín de Valdeiglesias–, así como el haber conservado algunas de sus fiestas más específicas desde el pasado como son el Arbol de Mayo –Valdilecha, Pezuela de las Torres, Torres de la Alameda, Campo Real, Loeches, Corpa, Valverde de Alcalá, La Olmeda, Villar del Olmo–, la Quema del Judas –Pozuelo del Rey– y las rondas de mayo –Valdilecha, Villar del Olmo, Nuevo Baztán, Corpa, Pezuela de las Torres, Camarma de Esteruelas, Ajalvir, Valdeolmos, Valdetorres del Jarama–.

5.3.2.4.– Organizaciones exclusivas de los vecinos

Como ya señalamos más arriba, dentro de este tipo de instituciones se engloban principalmente las organizaciones reivindicativas y cooperativas, las asociaciones con comunidades vecinas y las mancomunidades. Dado que las mancomunidades ya fueron analizadas cuando nos referimos a la reciprocidad interfamiliar en el capítulo pasado, no añadiremos sobre ellas nuevos comentarios.

En lo relativo a las organizaciones reivindicativas y cooperativas, hay que señalar lo poco implantadas que están en la región de Madrid respecto a otras áreas. En ello han incidido la suficiencia del resto de las instituciones comunitarias, de raigambre más antigua, y el protagonismo de las cámaras agrarias desde los años cuarenta¹²⁵, cuya monopolización de muchos de los problemas del campo, todavía hoy, sigue desviando la adopción por parte de los vecinos de fórmulas más horizontales y eficaces para defender sus intereses y el desenvolvimiento de sistemas más acordes con la actual situación del agro. Por su propio contenido y por sus fines, estas organizaciones son sumamente horizontales y exclusivas, sobre todo las reivindicativas, enriquecen y fortalecen las relaciones familiares y del conjunto de las instituciones comunitarias y contrarrestan en gran manera los negativos efectos, derivados de la penetración en la comunidad de la sociedad mayor y de su extracción de excedentes. Casi en su totalidad son privativas de los hombres y singularmente de los más jóvenes, puesto que los objetivos de estas instituciones están directamente ligados a las funciones masculinas en la explotación, en la familia y en la comunidad. Asimismo, el carácter innovador de los jóvenes, su inquietud por la crisis actual de la economía agraria tradicional y su necesidad de afrontar tal encrucijada desde perspectivas nuevas y, supuestamente, más efectivas para garantizar el futuro explican que, por lo común, dicho grupo de edad sea el promotor cardinal de estos sistemas de organización. Las diversas "guerras", impulsadas desde los años setenta por agricultores y ganaderos contra los planes, las normas y los procedimientos de comercialización y transformación de las empresas monopolistas de distribución, unificaron las acciones de defensa de los campesinos de la región y, de paso, la cohesión y la identidad comunitaria, haciendo que pasaran a un plano muy secundario las diferencias cotidianas que separaban a unos y otros sectores sociales de la comunidad. Por lo demás, estas "guerras", conjuntamente dirigidas contra la política del Estado y el capital financiero, urbano e industrial, potenciaron la conciencia de clase de los campesinos de la región, multiplicándose las afinidades incluso dentro de las comunidades más estratificadas. En suma, estas organizaciones están desencadenando una redefinición por sus protagonistas de los problemas del mundo rural, fomentando las relaciones con el resto de la sociedad, al tiempo que fortalecen los nexos internos de la comunidad.

Por otra parte, uno de los rasgos más específicos de las asociaciones con comunidades vecinas es su capacidad para favorecer el acercamiento entre los límites culturales y los administrativos de la comarca. Tal facultad aumenta proporcionalmente en la medida en que crece la horizontalidad de estas organizaciones y su aptitud para mantener los roles vecinales tradicionales. Dichas instituciones, por sus propias características, permiten, igualmente, que muchos sectores vecinales contrarresten la estratificación social de su comunidad, al facilitar que éstos compensen fuera de su marco comunitario las desventajas que les ocasiona su status. Recordemos a este respecto, que numerosos campesinos a tiempo parcial ejercen su actividad fuera de la explotación en otras comunidades. Por otro lado, estas coaliciones son fruto de la multiplicación de los nexos intercomunitarios que conllevan hoy la exogamia, el mayor cosmopolitismo de los vecinos y la creciente diversidad local. A medida que el marco

comunitario gana diferenciación interna, pierde parte de su autosuficiencia y horizontalidad tradicionales y se vuelve más permeable a estrechar lazos de vecindad y a disminuir las rivalidades con comunidades próximas, antaño tan idiosincrásicas de las asociaciones intercomunitarias.

Aunque muchos de los vínculos existentes en siglos pasados han desaparecido o son casi irrelevantes en la actualidad, la vigencia de estas instituciones sigue siendo muy fuerte, como lo prueban, entre otros parámetros, la presencia de las mancomunidades, la construcción de nuevos lazos sobre las raíces de los antiguos, consuetudinariamente conservados por las familias, o la adaptación de las viejas relaciones a las actuales circunstancias de sus protagonistas. Las numerosas experiencias, constatadas en este sentido, parecen confirmar la importancia y generalización de las relaciones con otras comunidades de la misma comarca e incluso de ámbitos comarcales diferentes. A los contactos frecuentes con el fin de adquirir maquinaria o créditos, comercializar, intercambiar –entre zonas cerealistas de secano y de huerta y frutales– o transformar productos o acudir a las discotecas o los equipamientos colectivos emplazados en localidades de cabecera de comarca, deben añadirse los que suscitan la gran movilidad de los jóvenes, las propias características de la especialización del trabajo, las modernas concepciones políticas sobre planificación territorial y la menor exclusividad del ceremonial comunitario. Efectivamente, los lazos de vecindad, establecidos en el presente entre los miembros de distintas comunidades, son uno de los puntos de apoyo más vitales para demostrar la vigencia de la organización social comunitaria. A la par que amplían el marco de integración conseguido por el resto de las organizaciones comunitarias, expresan más allá del ámbito de la comunidad, la cohesión subjetiva de los campesinos en torno a determinados intereses concretos, fines y símbolos y su identidad objetiva, como colectivo específico, homogéneo –"opinión social"– y opuesto a otras formaciones sociales. Y ello, pese a que los vínculos intercomunitarios, actualmente existentes en la región, se han ido individualizando y parcelando respecto a los de décadas pasadas, al estar más mediatizados por la sociedad mayor y obedecer en superior medida a necesidades de relación promovidas por esta instancia social más amplia y hegemónica. En resumen, la consideración de la comunidad como una sociedad reducida con carácter autónomo no puede hacerse en términos absolutos, sino relativos. Los vínculos intercomunitarios son expresiones de procedimientos amplios de interacción social, que trascienden la mera cooperación interna de la comunidad y, dentro de ésta, de las unidades domésticas que la integran, fomentando la conciencia de los campesinos de pertenecer a, y participar en, un agregado social que supera los límites del grupo familiar y vecinal.

Paralelamente, si mantenemos que la configuración presente de este tipo de lazos obedece a las nuevas condiciones de sus protagonistas, no debemos omitir cómo en esas características influye notablemente el que el establecimiento de relaciones con comunidades vecinas haya dejado de ser una actividad casi privativa de los varones adultos. Tiempo atrás, las mujeres y los jóvenes habían de supeditarse a mantener o, en el mejor de los casos, a extender las alianzas constituidas por sus padres, esposos o hermanos. No obstante, con el paso de los años

y acompañando el cambio de roles experimentado por los distintos miembros de la familia, resulta cada vez más común que tanto las mujeres como, sobre todo, los jóvenes tomen la iniciativa a este respecto, ya sea para fijar asociaciones de interés propio o bien de utilidad para el conjunto de su grupo doméstico o de la comunidad. Simultáneamente, hay que subrayar la tendencia actual a que las relaciones intercomunitarias se centren más con unas comunidades que con otras y que no opere tanto como en el pasado el criterio de la cercanía. Estas comunidades preferentes, consideradas como cabeceras de comarca en la planificación territorial, son las que se corresponden con un mayor asentamiento de grupos no campesinos y las que más han sido penetradas por los servicios, las industrias, las empresas de construcción y las promociones inmobiliarias, si bien no hay que dejar de lado la atracción que provocan las ferias y las industrias de transformación –molinos harineros, almazaras, depósitos de grano– locales. También debemos resaltar que, si en el pasado lo más frecuente era que estos contactos se limitaran a la comunidad emisora de las relaciones y a la receptora de las mismas, hoy lo más común es el mantenimiento de vínculos múltiples, que hacen entrar en conexión a varios marcos comunitarios y no escalonadamente sino a la vez. Se han diversificado y ampliado, por consiguiente, los lazos intercomunitarios. Y por igual, debe remarcarse la multiplicación de lazos intercomunitarios que originan las fiestas de una de las dos comunidades implicadas en la coalición y, principalmente, las celebraciones de ámbito supracomunitario –romerías–, que unifican a los vecinos de un mismo marco comarcal y de diferentes comarcas de la región en base al aglutinante de las honras a un mismo santo patrón o al espacio compartido de las ermitas.

Tanto las organizaciones reivindicativas y cooperativas como las asociaciones con comunidades vecinas de Guadarrama y, sobre todo, del Área Metropolitana son las más verticales de la región y las que generan una mayor alteración de los roles vecinales tradicionales.

Las organizaciones reivindicativas y cooperativas de ambas comarcas cuentan más que el resto de la región con la activa participación de los jóvenes, pero no es siempre puntual la participación de técnicos y administrativos ajenos al marco comunitario, lo que contrarresta bastante la capacidad que tienen estas instituciones para integrar a los vecinos en virtud del impulso que las confieren los sectores juveniles de la comunidad. Además, a pesar de que introducen significativos factores de socialización que completan los aprendizajes de los vecinos en la familia y en otras organizaciones comunitarias, han modificado muchos de los componentes en los que se basan la autoridad paterna y el funcionamiento jerárquico de buena parte de las instituciones de la comunidad –una persona, un voto–, incorporando con ello patrones de relación que hasta ahora eran extraños para los campesinos. Al unísono, la verticalidad de estas instituciones no es independiente de la asimilación de los comportamientos que muchos de sus miembros han conocido y practicado en las cámaras agrarias.

La falta de arraigo de estas organizaciones en ambas comarcas la explica, en primera instancia, la propia marginalidad de los vecinos que les lleva a no confiar demasiado en

ningún medio propio de solución de sus problemas, razón por la que, a la hora de defender sus intereses, optan, si acaso, por sumarse a organizaciones urbanas, a través de las que les parece más viable conseguir lo que quieren o satisfacer cualquier necesidad. Otra causa de este escaso realce no radica tanto en una convicción de naturaleza colectiva cuanto en una actitud procedente de la propia familia. La falta de relevo de los padres por los hijos al frente de las explotaciones no sólo ha eliminado a los vecinos potencialmente más dispuestos a crear organizaciones reivindicativas y cooperativas, sino que disipa el que haya por y para quien luchar o mejorar la propia situación. Asimismo, incide que el ejercicio de la agricultura a tiempo parcial, por las rentas adicionales que proporciona a los campesinos, ha desincentivado la lucha por conquistar unos precios más justos para los productos agrarios o determinados tipos de ayudas y subsidios. Para las comunidades de Guadarrama, hay que anotar aparte los negativos efectos que desencadenan el carácter conservador de los ganaderos y las rivalidades vecinales que origina la escasez de pastos. Tal precariedad de las organizaciones reivindicativas y cooperativas determina, por lo demás, que, al no ser frecuente la existencia de instituciones de este género más que en algunas comunidades de ambas comarcas, los vecinos interesados en adscribirse a ellas tengan que encuadrarse en marcos organizativos de ámbitos comunitarios distintos al suyo, por lo que resulta frecuente la constitución de vínculos de escala supracomunitaria.

Por otro lado, en consonancia con el superior relieve social y numérico que tienen las mancomunidades de Guadarrama respecto a las del Área Metropolitana, según vimos al hablar de la reciprocidad interfamiliar, las asociaciones con comunidades vecinas son conjuntamente más preeminentes en la primera de ambas comarcas que en la segunda. Ello viene a demostrar que las organizaciones de este tipo son más abundantes donde hay mayores vínculos entre familias dentro de una mismo marco comunitario. Y, al tiempo, evidencia que entre menos subordinadas se hallen las comunidades a la sociedad mayor, más se acrecientan los contactos dentro del mismo territorio vecinal y con otros ámbitos comunitarios. Con todo, las asociaciones con comunidades vecinas de ambas comarcas son las que menos despuntan del conjunto de la región, así como las más verticales y las que alteran en mayor medida los roles tradicionales de los vecinos.

Aun cuando la movilidad social de los vecinos no es mucho menor en Guadarrama que en el Área Metropolitana, sobre todo en el caso de los jóvenes y cada vez más en el de las mujeres, los lazos establecidos en la primera comarca entre distintos marcos comunitarios se mueven bastante menos por objetivos individualizados, privados, puntuales y atomizadores de la unidad vecinal y considerablemente más por fines colectivos e institucionalizados en, y dependientes de, la comunidad. Se trata, en consecuencia, de unas coaliciones que no se limitan tanto como en el Área Metropolitana a los sujetos directamente implicados y a sus móviles personales, entre otros motivos, por estar menos sujetas a la formalización de vínculos con individuos ajenos a la comunidad. Por contra, muchas de las asociaciones con comunidades vecinas, desplegadas en el Área Metropolitana y, dentro de ella, particularmente con las localidades de fuerte expansión urbana, producen mayores niveles de integración e

identificación con los núcleos, a los que se dirigen esas coaliciones, que con los que viven los sujetos que las llevan a cabo. Esta es una de las causas, entre otras muchas razones, que explica el fomento desde el propio marco familiar y comunitario de matrimonios exogámicos, migraciones, mediaciones u otras fórmulas que sirven para estrechar la cohesión individual de los vecinos con aquellas localidades, así como para diferenciar a éstos de otros miembros de la comunidad. Tampoco es raro, por consiguiente, encontrar vecinos que se refieran a ciertos espacios de determinadas localidades urbanas –calles, comercios, edificios– como si se tratara de lugares desde siempre conocidos; que incorporen patrones de conducta, valores, normas o elementos de relación tradicionalmente no reconocidos en la comunidad; o que se unifiquen en torno a símbolos e ideologías que no han sido nunca patrimonio cultural suyo. Igualmente, la movilidad social, que está detrás de muchas de las asociaciones con comunidades vecinas del Area Metropolitana, no ha sustituido en Guadarrama tanto como en esa comarca los vínculos con las familias del propio marco comunitario. Influyen en ello factores de naturaleza histórica y otros, propios de la situación presente, ya aducidos en gran medida al hablar de las relaciones interfamiliares.

Entre los motivos históricos, hay que mencionar que en Guadarrama los nexos entre familias, aparte de aunar a las de la propia comunidad, solían enlazarlas con las de otros territorios de la comarca y, aún, de provincias limítrofes. La transhumancia y la arriería ponían en contacto básicamente a los vecinos de Villalba, Guadarrama, Galapagar, El Escorial y Manzanares El Real; y a éstos con los de algunas localidades del Area Metropolitana –Villanueva de la Cañada–, la comarca Suroccidental –Valdemorillo, Quijorna– y Lozoya–Somosierra –Somosierra–. A la par, el uso de pastos comunales¹²⁶ ha vinculado desde antiguo a numerosas comunidades de Guadarrama y a éstas con algunas de la Campiña –Loeches, Arganda–, la comarca Suroccidental –San Martín de Valdeiglesias, Valdemoro–, las Vegas –Ciempozuelos–, el Area Metropolitana –Pinto, Rivas–Vaciamadrid– e incluso con determinadas localidades de la provincia de Toledo –Talavera de la Reina– y de Segovia. Simultáneamente han colaborado a esta unidad supracomunitaria las trascendentes ferias de la centuria pasada y de principios del presente siglo –Cercedilla, Los Molinos, Moralarzarzal– y la actividad que sólo hasta hace décadas abordaban los mataderos –Cercedilla, Becerril de la Sierra, Collado–Mediano, El Escorial, Robledo de Chavela, Galapagar, Guadarrama, Hoyo de Manzanares, Moralarzarzal–.

En lo que respecta al Area Metropolitana, todavía perviven, no obstante, bastantes de los lazos que en otro tiempo asociaran a distintas comunidades. Alianzas como las creadas por las Comunidades Históricas de Alcalá de Henares –Torrejón de Ardoz, Paracuellos del Jarama, Mejorada del Campo, San Fernando de Henares y Coslada¹²⁷–, Colmenar Viejo –Las Rozas, Alcobendas, San Sebastián de los Reyes y Villanueva del Pardillo– y Getafe –Fuenlabrada, Alcorcón, Leganés, Móstoles y Parla–, además de servir para unir a los campesinos del Area Metropolitana con los de la Campiña, Lozoya–Somosierra y Guadarrama, sentaron buena parte de los fundamentos de afinidad comarcal que conocemos en el presente. A ello contribuyeron paralelamente las redes intercomunitarias dispuestas en

torno al uso de los mataderos de Colmenar Viejo, Villaviciosa de Odón, Brunete, Leganés, Mejorada del Campo y Torrejón de Ardoz; y en especial alrededor de las ferias de Alcalá de Henares, Villaviciosa de Odón, Villanueva de la Cañada, Mejorada del Campo y Las Rozas.

Junto a estas razones, hemos de referir otras de índole más actual, como los nexos de parentesco, los generalizados matrimonios exogámicos o las construcciones de carácter ritual y religioso que, como las ermitas, unifican a distintos territorios bajo unos mismos símbolos, expresos en las romerías –Alpedrete y Collado–Villalba, El Escorial y Zarzalejo. También hay que mencionar los mercadillos semanales, la búsqueda del ejercicio de la agricultura a tiempo parcial en otras localidades a la de origen, que permite de paso nivelar la verticalidad social en el seno de las comunidades, y la polarización que suscitan los diversos equipamientos instalados en las cabeceras de la comarca –San Lorenzo de El Escorial, Collado–Villalba, Guadarrama–. Al igual, muchas de las relaciones de reciprocidad interfamiliar se han extendido del marco de la comunidad al intercomunitario.

Ambas clases de factores han favorecido, así, que las coaliciones con comunidades vecinas estén menos mediatizadas en Guadarrama que en el Área Metropolitana por presencias ajenas al marco comunitario y que, a la postre, sean menos verticales y haya un mayor acercamiento entre los límites culturales y administrativos de la comarca. Y ello, aunque las conexiones de Guadarrama con Ávila –Guadarrama, San Lorenzo de El Escorial, Santa María de la Alameda, Valdequera, Robledo de Chavela– y Segovia –Guadarrama, San Lorenzo de El Escorial, Los Molinos, Navacerrada, Cercedilla, Manzanares El Real–, desdibujen y mediaticen su vinculación con la región de Madrid y la aproximen al ámbito regional castellano–leonés.

En el polo opuesto al Área Metropolitana y a Guadarrama, las organizaciones exclusivas de las comunidades de las Vegas y, primordialmente, de Lozoya–Somosierra son las más horizontales de la región y las que menos alteran los roles vecinales. En ello han influido de manera muy decisiva la escasa estratificación social comunitaria y el peso de las relaciones de reciprocidad interfamiliar. Y mientras en las Vegas han incidido profundamente, a la vez, la intervención de los vecinos más jóvenes en estas organizaciones y la tenue especialización de las funciones tradicionales de la familia y de las que el grupo doméstico asigna a sus miembros, en Lozoya–Somosierra hay que considerar la débil incidencia de los mediadores en tales instituciones.

Las organizaciones reivindicativas y cooperativas de las Vegas y de Lozoya–Somosierra, en consonancia con su gran horizontalidad, no sólo se caracterizan generalmente por un funcionamiento más democrático que en otras comarcas de la región, sino por ser las que mejor expresan el cambio de actitud de los campesinos frente a la sociedad mayor y las relaciones a las que éstos dan lugar para defender sus intereses.

En efecto, desde finales de los años setenta, se rebajan los límites de tolerancia ante la dominación económica, social e ideológica externa. En algunas comunidades, por mimetismo con experiencias de regiones cercanas, y en otras, por las propias inquietudes que despiertan la mayor movilidad de los vecinos o/y la influencia de los emigrantes, se produce un

reconocimiento más hondo de los problemas que dificultan el control de las condiciones y los resultados del trabajo y de la producción en la explotación¹²⁸ –empobrecimiento en el mercado, endeudamiento, seguros de cosechas, seguridad social–. Al unísono, se adquiere una conciencia superior de los factores que amenazan la forma de vida campesina, como son el deterioro e invasión del territorio, la disminución o usurpación de derechos políticos, la difusión de valores y patrones de comportamiento alternativos, la sustitución de las relaciones tradicionales y el crecimiento de los niveles de verticalidad y heterogeneidad comunitaria. Además este cambio de actitud, manifestado esencialmente por la Uniones de Agricultores y Ganaderos, no sólo se amplía a ciertas posturas –precios pagados y percibidos, degradación del espacio– mantenidas por los sindicatos más corporativistas, rebajando los niveles de verticalidad de los mismos, sino que integra hasta tal punto la heterogeneidad social comunitaria que llega a diluir en bastantes ocasiones algunos de los conflictos antaño existentes. De este modo, los enfrentamientos entre grandes y pequeños propietarios, arrendadores y arrendatarios, empleadores y empleados o agricultores y ganaderos han ido cediendo ante las reivindicaciones que oponen al conjunto de los sectores sociales de la comunidad con las empresas capitalistas de distribución de productos agrarios, los intereses del capital urbano o la política del Estado. Así, puede afirmarse que las organizaciones reivindicativas y cooperativas de Lozoya–Somosierra y las Vegas, al actuar como mecanismos de defensa frente a la sociedad mayor y al agrupar a los vecinos en torno a objetivos comunes, avivan sensiblemente la unidad de la comunidad, al tiempo que aseguran la vigencia de la familia y del resto de las instituciones comunitarias.

Por otra parte, las importantes asociaciones con comunidades vecinas, existentes en Lozoya–Somosierra y las Vegas, no son independientes de la gran reciprocidad que se establece entre familias. Lo mismo que esta reciprocidad propicia, y es la base de, la que se da entre comunidades y de su unidad, la que se produce entre éstas favorece la ayuda mutua y la cohesión interfamiliar. Asimismo, la afiliación de jóvenes y mujeres en estas coaliciones es creciente para ambas comarcas, si bien su papel está más subordinado a los intereses y requerimientos de sus familias y de su comunidad que en otros territorios de la región. A la par, las organizaciones intercomunitarias de las Vegas y, principalmente, de Lozoya–Somosierra suelen conllevar un efecto nivelador de las diferencias sociales en el interior de la comunidad, que no alcanza parangón en ningún otro ámbito regional. Tal nivelación social, basada en última instancia en la frecuencia de las relaciones intercomunitarias entre vecinos de un mismo status, está potenciada por las fuertes afinidades que suelen aunar a los campesinos y por los vínculos de parentesco que entroncan a muchas familias de localidades diferentes.

Las coaliciones intercomunitarias de Lozoya–Somosierra siguen apoyándose, en una proporción nada despreciable, sobre los cimientos de las antiguas comunidades de regantes, pertenecientes al Señorío de Buitrago y formadas por los vecinos con huertos, prados de regadío y linares. Conjuntamente, se fundamentan en el uso compartido de pastos y en la rotación de prados que en época de la transhumancia ampliaran tales asociaciones hasta

Extremadura y que hoy, salvando contactos puntuales de algunas localidades con esa región – La Acebeda, Montejo de la Sierra–, permiten a numerosas comunidades entablar alianzas entre sí y con otras comarcas situadas más al sur del ámbito regional. Igualmente, las ferias y los mercados de esta comarca, así como las industrias locales de transformación de productos, ayudan al establecimiento de organizaciones intercomunitarias más que en cualquier otro lugar de la región. Los móviles que guían las asociaciones intercomunitarias de la Vegas no se alejan tampoco demasiado de los que en otro tiempo las canalizaran. Las vertebran el trueque de productos leñosos y de huerta, los usos comunales de riego, los mercadillos semanales y las instalaciones de transformación de productos agrarios. Estas organizaciones están promovidas simultáneamente en ambas comarcas por los matrimonios exogámicos, la tenencia de tierras y las herencias que trascienden el marco de la comunidad, el ejercicio de la agricultura a tiempo parcial y por la atracción que despiertan las instalaciones y los equipamientos de las cabeceras comarcales.

Por lo demás, las coaliciones intercomunitarias han potenciado en las Vegas y Lozoya–Somosierra un mayor acercamiento entre los límites culturales y administrativos de la comarca que en otros puntos de la región. La conexión política y económica sostenida durante siglos con Toledo no ha sido obstáculo para la presente unidad comarcal de las Vegas, que ya era una realidad el siglo pasado, cuando P. Madoz (1845–1850, v.VII: 332) nos habla del relieve alcanzado por la Comunidad Histórica de Chinchón, ya que englobados en ella se encontraban diecisiete de los veintidós municipios que conforman hoy las Vegas. Por su lado, las localidades que agrupa en la actualidad la comarca de Lozoya–Somosierra no son de reciente inclusión. Casi todas estaban ya incorporadas en el medioevo en La Comunidad de Villa y Tierra de Buitrago, posteriormente denominada Señorío y Tierra de Buitrago, y en la Comunidad Histórica de Colmenar Viejo, existiendo, según los testimonios de P. Madoz (1845–1850, v.IV: 486, v.VI: 527), una gran afinidad entre ambos marcos desde el siglo XVIII. Paralelamente, tanto en Lozoya–Somosierra como en las Vegas, el acercamiento entre la realidad cultural y administrativa de la comarca, no sólo queda reflejado en el ceremonial intercomunitario sino reforzado por él. Las romerías supracomunitarias y la cohesión espacial que forjan las ermitas, aparte de adquirir más realce que en otras áreas de la región, han contribuido de manera muy patente a entroncar a unas comunidades con otras, trascendiendo sus límites tanto a través de nexos individuales como, sobre todo, colectivos. Entre las asociaciones que enlazan ceremonialmente a las comunidades de las Vegas, resaltan las de Carabaña, Valdaracete y Villarejo de Salvanés durante las fiestas del Santo Cristo de la Paz. Y entre las que relacionan a las comunidades de Lozoya–Somosierra, hay que subrayar las coaliciones que tienen lugar por la Virgen de la Soledad entre Lozoyuela, Somosierra y Puebla de la Sierra.

Entre los extremos que marcan, por un lado, el Área Metropolitana y Guadarrama y, por otro, Lozoya–Somosierra y las Vegas, se encuadran las organizaciones exclusivas de las comunidades de la Campiña y la comarca Suroccidental. No obstante, los índices de verticalidad y de alteración de los roles vecinales tradicionales de estas instituciones son más

elevados en la Campiña que en la comarca Suroccidental.

Las causas principales de los niveles de verticalidad y de modificación de los roles tradicionales de los vecinos, que acusan estas instituciones en la comarca Suroccidental, se deben substancialmente a la ausencia en ellas de los jóvenes, pese a que también incide bastante la no excesiva fuerza de las relaciones de reciprocidad entre familias. Tampoco puede decirse que sea alta la participación de los jóvenes en la Campiña, aun cuando se ha incrementado sensiblemente respecto a la existente en la comarca Suroccidental, pero esta razón no explicaría por sí sola, para la primera de ambas áreas, los mayores índices de verticalidad y de cambio de roles vecinales que registran sus organizaciones reivindicativas y cooperativas. Junto a este motivo, influyen decisivamente el destacado acceso de mediadores y, sobre todo, la estratificación social de las comunidades.

Menos sujetas a la movilidad social de los vecinos que en el Area Metropolitana y Guadarrama, las coaliciones intercomunitarias de la Campiña y, singularmente, de la comarca Suroccidental se hallan más impregnadas de reciprocidad que en esos otros territorios, están menos mediatizadas por las formaciones sociales no campesinas y se armonizan mejor con los roles y las funciones de los miembros de la comunidad. Al unísono, tanto en la Campiña como, particularmente, en la comarca Suroccidental es mucho más vital la influencia que ejercen las organizaciones comunitarias de cara al acercamiento de los límites administrativos y culturales del ámbito comarcal. La proximidad que facilitan las relaciones de parentesco y la exogamia entre comunidades próximas no es ajena, sin duda, a ello, como tampoco lo es esta cercanía a la nivelación de las diferencias sociales intracomunitarias. A la vez, contribuye el ejercicio de la agricultura y la ganadería a tiempo parcial en marcos distintos a los que se ha nacido y se vive. El trueque de productos leñosos y/o de huerta, la transformación de productos agrarios en mataderos, las ferias y los mercadillos semanales y los contactos para la compra-venta de la aceituna y de la uva de vinificación ayudan, además, a que la menor movilidad social que, respecto al Area Metropolitana y a Guadarrama, poseen los vecinos se contrarreste con otros acercamientos intercomunitarios, enmarcados en parámetros más tradicionales. De estas coordenadas se escapa bastante, sin embargo, la creciente movilidad social que desarrollan las mujeres y, especialmente, los jóvenes, aunque se encuadran plenamente en ellas las asociaciones dirigidas, tanto en el presente como en el pasado, hacia localidades de fuera de la comarca. Es el caso, por ejemplo, de los vínculos establecidos en la Campiña con localidades de la comarca que, con el mismo nombre, se extiende en el extremo suroeste de Guadalajara.

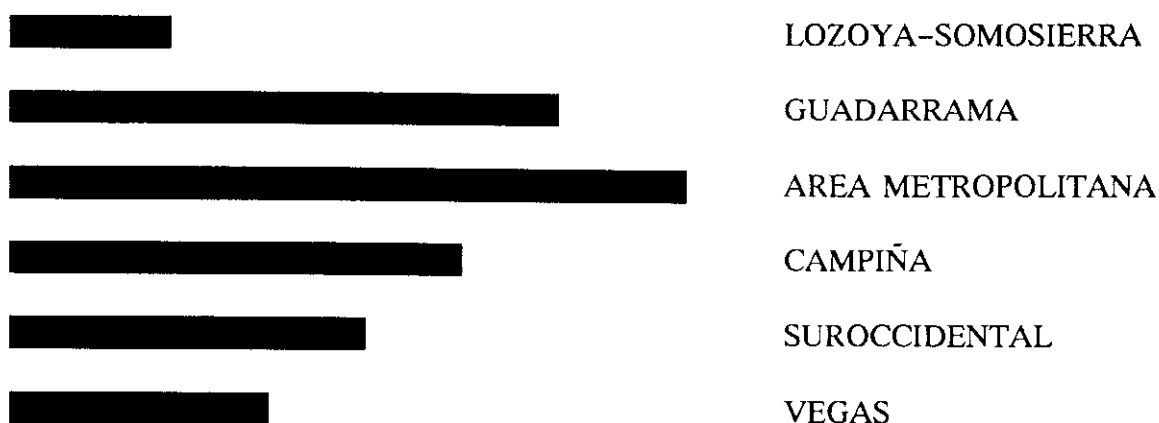
Por otro lado, hay que mencionar cuanto incide en estas coaliciones la gran significación que tienen en ambas comarcas las fiestas de ámbito supracomunitario, las celebraciones comunes a varias localidades y, muy específicamente, las romerías hacia los espacios compartidos ceremonialmente por varias comunidades y delimitados por las ermitas. En esta línea han de citarse la romería que se organiza por San Blas entre vecinos de La Olmeda, Corpa, Nuevo Baztán y Valdilecha; la que tiene lugar en Cubas el nueve de marzo; o la que se ejecuta con motivo de la Virgen de la Cigüñuela entre Fuente el Saz del Jarama y la

localidad metropolitana de Paracuellos del Jarama. Al tiempo, hay que subrayar la identidad que confiere la celebración del Arbol de Mayo a Torres de la Alameda, Valverde de Alcalá, Corpa, Olmeda de las Fuentes, Pezuela de las Torres, Villabilla y Loeches (Velasco, 1982a: 182-193).

Por último, tanto las asociaciones con comunidades vecinas de la Campiña como las de la comarca Suroccidental poseen gran raigambre histórica. Así, estas organizaciones se remontan en la Campiña al siglo XV. Ya en esta época la Mancomunidad de Alcalá reunía a la mayoría de las comunidades que hoy integran la comarca, igual que más tarde –siglo XIX– lo haría el partido de Alcalá. Tanto en tiempos de la Mancomunidad como en el siglo XIX, la localidad de Alcalá de Henares, centro administrativo y político y cabecera social de la comarca, fue un importante catalizador de los lazos intercomunitarios, muchas veces vertebrados alrededor de sus ferias. A la par, la concentración parcelaria realizada a finales de los años sesenta en Camarma de Esteruelas, Meco y Daganzo de Arriba afianzó en buena medida las coaliciones intercomunitarias que ya venían de atrás, máxime si tenemos en cuenta que las comunidades de la Campiña son las únicas de la región que se distinguen por este tipo de iniciativas. Por su lado, las coaliciones de la comarca Suroccidental se remontan a la acción unificadora entablada por la Comunidad Histórica de Navalcarnero y de San Martín de Valdeiglesias, aunque no hayan sido infrecuentes en el pasado ni lo sean ahora los contactos con diversas localidades de la Sagra toledana.

GRAFICO 70

ORGANIZACIONES COMUNITARIAS. INDICES DE FALTA DE EXCLUSIVIDAD Y VERTICALIDAD COMUNITARIA. NIVEL DE ALTERACION DE LOS ROLES VECINALES

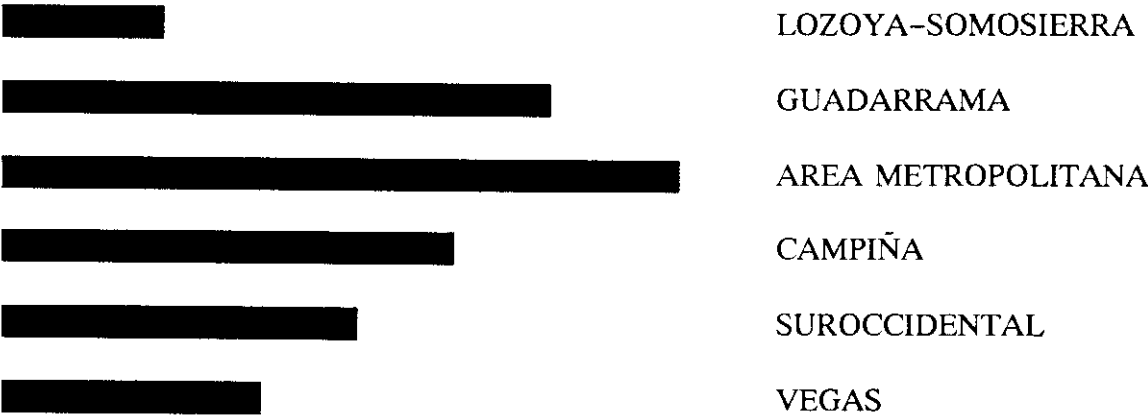


En suma, si consideramos los valores que marcan para cada comarca las organizaciones impuestas y las comunitarias, hemos de concluir que la integración social que ambas producen en el seno de la comunidad es máxima para las Vegas y, sobre todo, para Lozoya-Somosierra, mínima para Guadarrama y, en especial, para el Area Metropolitana y de tipo

medio para la comarca Suroccidental y la Campiña. Y dado que entre más capaces son estas organizaciones de mantener la integración social y, en definitiva, la identidad de las comunidades, es menor la subordinación que acusa el marco comunitario respecto a la sociedad mayor, los valores, ahora citados, deben invertirse para jerarquizar comarcalmente la dependencia que genera la inferior o superior especificidad de las estructuras organizativas del ámbito vecinal.

GRAFICO 71

INSTITUCIONALIZACION DE LA VIDA COMUNITARIA. NIVELES DE INTEGRACION SOCIAL



Para terminar, si consideramos los valores comarcales que definen la presencia de grupos no campesinos en el territorio de la comunidad, la verticalidad y horizontalidad vecinal y la institucionalización de la vida comunitaria, podemos finalizar diciendo que las comunidades de las Vegas y, principalmente, de Lozoya-Somosierra son las menos subordinadas de la región y las que mejor han podido contrarrestar la influencia de la sociedad mayor y adaptarse frente a ella para asegurar su continuidad. Máxima es, por el contrario, la dependencia y la falta de adaptación para garantizar su permanencia histórica que evidencian las comunidades de Guadarrama y, sobre todo, del Area Metropolitana. Y entre unos y otros valores se sitúan las comunidades de la comarca Suroccidental y la Campiña, más distantes que las anteriores de los niveles mínimos que determinan Lozoya-Somosierra y las Vegas.

TABLA 100

TIPOS DE COMUNIDAD. RESUMEN GENERAL*

FACTORES/AREAS**	I	II	III	IV	V	VI
PRESENCIA DE GRUPOS NO CAMPESINOS						
Grupos Urbanos***	f	b	a	c	d	e
Empresarios Agrarios Capitalistas	f	e	a	c	d	b
Proletariado Agrario	f	e	a	d	c	b
TOTAL	F	B	A	C	D	E
VERTICALIDAD Y HORIZONTALIDAD VECINAL						
MEDIADORES ENTRE LA COMUNIDAD Y LA SOCIEDAD MAYOR						
Patronazgo Moderno***	f	b	a	d	c	e
Patronazgo Tradicional	e	d	a	b	f	c
Sistemas de Mediación Mixta	f	c	a	e	b	d
TOTAL	F	B	A	D	C	E
ESTRATIFICACION SOCIAL COMUNITARIA						
Factor Tierra	f	c	a	b	e	d
Factor Trabajo	d	c	a	b	f	e
Factor Producción	f	a	c	b	d	e
Factor Distribución***	f	b	a	d	e	c
Factor Consumo***	f	b	a	e	c	d
TOTAL	F	B	A	C	E	D
VERTICALIDAD Y HORIZONTALIDAD VECINAL. TOTAL GENERAL	F	B	A	C	D	E
INSTITUCIONALIZACION DE LA VIDA COMUNITARIA						
Organizaciones Impuestas	f	b	a	c	d	e
Organizaciones Comunitarias	f	b	a	c	d	e
TOTAL	F	B	A	C	D	E
TOTAL	F	B	A	C	D	E

* Con el fin de graduar, en orden de mayor a menor, el nivel de dependencia de las distintas comunidades campesinas, hemos partido del siguiente sistema de equivalencias: máximo (a, A), segundo (b, B), tercero (c, C), cuarto (d, D), quinto (e, E), mínimo (f, F).

** I: Lozoya-Somosierra; II: Guadarrama; III: Area Metropolitana; IV: Campiña; V: Suroccidental; VI: Vegas.

*** Con este signo se indica la mayor importancia de determinados factores.

Fuente: Elaboración propia.

NOTAS

99. A este respecto J.L. García García subraya que: "Un núcleo habitado natural se va formando progresivamente y de manera simultánea con la estructura social. Las casas, las delimitaciones territoriales no aparecen concluidas en un momento dado, sino que se desarrollan en un proceso de crecimiento orientado sobre una base cultural endógena" (García García, 1976:202).

100. Merece la pena detenerse a reflexionar cómo analiza H. Lefebvre la destrucción de los significados espaciales del campo a cargo de los sectores ajenos al mismo:

La naturaleza deviene simbólica para el ciudadano en la ciudad. El parisino que tiene una casa de campo no va al campo. Con él vehicula la ciudad: la lleva consigo; destruye el campo yendo a su casa de campo; lo hace desaparecer, como el turista hace desaparecer lo que busca de autenticidad en la ciudad antigua. Venecia, con doscientos mil turistas, no es ya Venecia. El objeto desaparece con la actividad que lo utiliza. Asimismo, el campo desaparece con el ciudadano, y la autenticidad, si es que puede emplearse esta palabra escabrosa, se hace pintoresca. Lo pintoresco y la naturaleza son dos cosas bastante distintas, dos conceptos profundamente diferentes. Sobre todo cuando el turista, el ciudadano en desplazamiento, se convierte en su propio espectáculo, como ocurre en los bordes de la carretera, en que la gente mira pasar a los vehículos (Lefebvre, 1975: 68).

101. Gracias a los testimonios de P. Madoz (1845-1850, v.V: 510, v.VI: 525, v.VII: 622, v.VIII: 252, v.XI: 588, v.XIV: 755, v.XV: 265) y de algunos eruditos locales, sabemos que durante el siglo pasado el número mayor de cuevas correspondía a Morata de Tajuña con cuatrocientas cincuenta. A continuación estaba Ciempozuelos con cien, seguido de las localidades de Carabaña y Estremera, que disponían de sesenta cada una; de Fuentidueña de Tajo y Valdaracete con cuarenta y cinco respectivamente; y de Tielmes con veinte.

102. Resulta bastante paradigmática a este respecto la anexión al municipio de Getafe de El Ventorro, La Torrecilla, La Casa de los Frailes, La Aldehuela, El Arenero de Aguado, La Cañada Real de las Merinas, La Granja de la Torre y La Cañada de San Marcos.

103. La pertinencia de estos referentes locales la plasma de modo sobresaliente la generalizada utilización de topónimos y leyendas, que los vecinos de las distintas comunidades de la comarca Suroccidental llevan a cabo para explicarse su entorno. El Olivar, La Charneca, La Sonsa, La Nabera, La Floresta, La Tarama, Caño Viejo, El Tocón, Las Golondrinas, El Galleguín, El Relojero, El Vétago, Los Hornos y La Tierra de la Muerte; topónimos, todos ellos pertenecientes a la comunidad de Quijorna, muestran cómo los vecinos a lo largo del tiempo han ido haciendo reconocibles los diversos lugares que conforman su marco territorial. Estos topónimos, asimilados en el presente hasta por los más jóvenes, proyectan además una fuerte humanización del paisaje, que da cuenta de la necesidad que tienen los vecinos de entender la génesis y los rasgos particulares de su microcosmos espacial. De ahí, la gran cantidad de leyendas que se asocian a la mayoría de los topónimos de esta comarca.

104. A este respecto, ver lo que dice K. Marx (1970) al hablar de los modos de producción de la vida material y de la génesis de la conciencia social, así como lo que señalan C. Servolin (1972, 1977) y C.J. Lebosse (1979), al referirse a la pequeña producción mercantil, y R. Firth (1956, 1974), cuando estudia las economías rústicas y de pequeña escala con tecnología sencilla y orientadas por el objetivo de la subsistencia. Conviene consultar también los análisis de A. Palerm (1976), al aludir a la producción simple de mercancías, y de A.V. Chayanov sobre la unidad económica familiar no asalariada.

105. Así, dentro del proletariado se incluye a los jornaleros; a ciertos pequeños campesinos y arrendatarios empobrecidos se les clasifica como semiproletariado; a la mayoría del campesinado se le identifica con la pequeña burguesía; y a los grandes terratenientes y empleadores de mano de obra se les iguala con la alta burguesía.

106. Únicamente puede hablarse de la formación de una conciencia de clase, de la configuración de una clase para sí, cuando en determinadas circunstancias históricas se produce un fuerte conflicto con los sectores sociales que integran la sociedad mayor y, al tiempo, han pasado a un plano secundario las diferencias internas de las distintas comunidades.

107. T. Shanin, no obstante, postula que los trabajadores agrícolas sin tierras poseen algunas características de los campesinos, si bien son un grupo analíticamente marginal que no debe ser concebido como tal campesinado, porque no puede tomar como éste decisiones autónomas sobre el cultivo de la tierra o el cuidado del ganado, derivadas de la posesión directa o indirecta de sus medios de producción.

108. E. Sevilla de Guzmán señala a este respecto que:

En muchas regiones las familias de los trabajadores funcionan, en determinadas épocas agrícolas, como una unidad, bien a través de la producción –aparcerías o medianerías como, por ejemplo, ocurre con el cultivo de melones en La Mancha y Andalucía–, bien a través del volumen de la fuerza de trabajo familiar, como en el caso de la recolección de la aceituna, por ejemplo, periodo durante el cual cientos de familias –incluidos ancianos y niños– determinan comunidades y viven en una cooperación de unidad, de subsistencia y de trabajo (Sevilla de Guzmán, 1979: 26).

109. Ello no es sino una de las causas principales que, también en las ciudades, ha desencadenado la crisis del sistema urbano y que puede llegar a frenar el proceso de crecimiento del capital. Aun cuando los equipamientos sean poco rentables a corto plazo, resultan imprescindibles para la reproducción de la fuerza de trabajo, la percepción de ingresos indirectos en forma de servicios y prestaciones sociales y, fundamentalmente, para la propia potenciación del consumo. No en vano, por ejemplo, el incremento del uso del vehículo ha estado incentivado por las autopistas y autovías o la compra de electrodomésticos ha estado estimulada por la disponibilidad y el aumento de las redes de energía eléctrica.

110. En este sentido, previamente a la implantación del Régimen franquista, el fascismo agrario ya se había introducido entre una alta proporción de grandes y medianos propietarios de tierras de la región. Tras el triunfo de Franco en la Guerra Civil, se consolidaría. Los móviles de tal ideología fueron principalmente dos. Primero, cabe mencionar unas circunstancias históricas concretas: el contexto de depresión mundial, a comienzos de los años treinta, en el terreno de la economía global; la intensidad del problema crónico del trigo, siempre mal pagado; y la agravación de este eterno conflicto por la baja de sus precios, a consecuencia de las cosechas excedentarias de 1932 y 1934. En segundo lugar, hubo otras razones, basadas en la defensa de la forma de vida campesina frente a los proyectos de Reforma Agraria de la II República, cuya lógica, en tanto paso previo para la colectivización total, estaba encaminada a llevar a cabo una redistribución de las tierras en beneficio de la mano de obra parada en el agro. Estas motivaciones serían, a su vez, habilmente manejadas por las jerarquías eclesiásticas, los caciques y terratenientes locales y los funcionarios y gestores de los ayuntamientos, quienes actuarían como agentes de mediación entre las comunidades y la sociedad mayor: como freno de las luchas sociales.

Además, el Régimen de Franco sabría aprovechar el fracaso de la política agraria de la II República y del Frente Popular para atraerse las simpatías del campo. De esta manera, hizo coincidir puntos esenciales de su ideología con rasgos culturales específicos de labradores y ganaderos, utilizando como mediadores a los sectores anteriormente citados, cuya actuación, como en épocas ulteriores, se encargaría de fomentar los niveles de coincidencia con el fascismo franquista y los valores más favorables a este Régimen. La austeridad y el autoritarismo, la continua denuncia de los procedimientos de la política de izquierdas, la lealtad a los movimientos católicos y la adhesión al fascismo agrario, ya tempranamente a la Guerra Civil, crearon el clima moral adecuado para fomentar la idea de la "unidad orgánica de la sociedad". Este principio fue fácilmente aceptado en el campo, dada su tradicional marginación respecto a la sociedad mayor y en la medida en que llevaba aparejadas una ratificación y defensa aparentes de los fundamentos básicos de la cultura del agro.

El sentido anticapitalista de los valores y actitudes rurales se vio falseado por el Régimen franquista en su contenido y orientación real, máxime, si tenemos en cuenta que, en la práctica y de modo paralelo a la difusión de esa idea, se estaba constituyendo un sector capitalista cada vez más influyente. De ahí, que lo que verdaderamente se estaba protegiendo y exaltando era una mitificación del campo, una idealización bucólica e interesada de una forma de vida "superior" y no tanto de un sistema económico y social específico; y una expresión del nacionalismo y de los valores raciales, cuyo objetivo fundamental era sublimar las desigualdades sociales existentes. Esta finalidad se cumplió más que sobradamente en el periodo franquista, porque se llegaría a quebrar una de las constantes más características de la actuación política de agricultores y ganaderos durante el siglo XIX: la vulnerabilidad de la sociedad rural a la rebelión cuando se acrecienta la autoridad del Poder Central.

No sería éste, sin embargo, el caso de los sectores desposeídos de tierra y del proletariado agrario, quienes, calificando de tímidos intentos de reparto a los planes de Reforma Agraria de la II República, presionaron activamente para lograr una mayor coherencia y agresividad de los mismos. Así, en aquellas comarcas, donde constituían el sector más numeroso y pujante, se llevaron a cabo, en los años del Frente Popular, importantes colectivizaciones, más tarde liquidadas por Franco. No en vano, este grupo social sería uno de los sectores que más se opusieron al Régimen de Franco; razón por la que fue objeto de una profunda represión y por la que aumentaría su empobrecimiento y marginación.

111. Hasta bien entrados los años sesenta, las, denominadas impropriamente, Hermandades de Labradores y Ganaderos sirvieron de pilares al Estado de Franco en el seno de las comunidades. Su finalidad fue sublimar los enfrentamientos entre los diferentes status de la comunidad y del conjunto de ellos con otras formaciones sociales no campesinas;

continuándose y consumándose, de esta forma, los presupuestos de los grupos socialcatólicos de tiempos de la II República, cuya ideología básica consistía en la existencia de unos intereses sociales únicos. Tal objetivo se vio facilitado por su condición corporativista, mediante la cual se justificaban teóricamente como núcleos de expresión de todos los campesinos, si bien en la práctica se centraban casi con exclusividad en los intereses de los grandes y de algunos medianos propietarios. Mientras ambos grupos disfrutaban de muy significativas parcelas de poder, apenas tuvieron acceso a él los jornaleros, los arrendatarios y los titulares de pequeñas explotaciones; quienes debieron de contentarse con los servicios técnicos –asesoría, tramitación de expedientes– obtenidos de las Hermandades, dadas las dificultades planteadas por éstas para resolver y defender los problemas suscitados por los sectores más desfavorecidos del campo. Las Hermandades de Labradores y Ganaderos, aparte de erigirse en sostén del Régimen franquista en el agro, contribuyeron a que las comunidades apoyaran ideológicamente a la sociedad mayor. En este sentido, eran requeridas para organizar actos de adhesión –para lo que movilizaban a todos sus efectivos–, difundían en el campo los ideales básicos del fascismo e intentaban fundir los intereses de la comunidad con los de los grandes terratenientes que participaban activamente en el Estado.

112. Este tipo de instituciones ha sido estudiado por E. C. Hansen (1978: 249–279) en Cataluña.

113. Su finalidad religiosa consiste en actos y rituales encaminados al culto del Santísimo Sacramento y de las distintas advocaciones de Cristo, la Virgen y los santos y dirigidos, en especial, a honrar las figuras devotas que son titulares de, y dan nombre a, las hermandades. En honor de éstas últimas instituyen fiestas específicas, promoviendo procesiones, romerías o rosarios. Simultáneamente velan por la situación espiritual y material de sus hermanos, sobre todo en momentos de muerte y enfermedad.

114. Los principios por los que se regulan las hermandades son semejantes para todas ellas, presentando muy pocas diferencias las normas de unas regiones y otras y, aún menos, las de unas comarcas frente a otras, ya que las formas de gobierno de estas organizaciones han de acogerse forzosamente a las leyes generales del derecho canónico.

115. Algunas de estas hermandades datan del siglo XV, como la de San Babilés en Boadilla del Monte, o de principios del siglo XVIII, entre las que cabe citar a la del Santísimo Cristo del Calvario en Pinto.

116. Estas hermandades Sacramentales, cuyo fin original más importante consistía en rendir culto a la Eucaristía y que eran denominadas igualmente cofradías del Santísimo Sacramento, fueron las más numerosas e influyentes entre los siglos XVI y XIX e incluso en épocas precedentes. Con el paso del tiempo se dedicaron primordialmente a una de sus actividades más singulares, como era el amparo de los difuntos, con el que entendían que llevaban a cabo un acto supremo de caridad eucarística. Por esta razón muchas de las hermandades Sacramentales pasaron posteriormente a llamarse de difuntos y otras distintas de aquéllas –Vera Cruz, Coronados y Animas–, pero con la orientación ahora señalada, se unieron a las Sacramentales en el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX.

117. En Lozoya–Somosierra y durante los años sesenta, Braojos, Horcajo de la Sierra, Prádena del Rincón y Robledillo de la Jara aún conservaban hermandades Sacramentales regidas por las ordenanzas antiguas, mientras que en Montejo de la Sierra y Paredes de Buitrago se habían adoptado, ya para esos años, nuevos reglamentos; reproduciendo, no obstante, buena parte de la orientación anterior.

118. En relación con el sistema de multas, impuestas en las hermandades Sacramentales durante el siglo XIX, resulta curioso señalar que en Montejo de la Sierra los cargos de la hermandad solían pasar lista en el cementerio para comprobar la asistencia de los hermanos y, ante las faltas no justificadas, obligaban a los ausentes a pagar una multa en libras de cera, que se destinaba al alumbrado del Santísimo (Fernández García, 1963: 79).

119. Las hermandades de la Virgen del Rosario, fundadas en el siglo XVI, son a la vez de difuntos, pues, sobre todo en el pasado, costeaban los entierros y funerales de sus hermanos, al tiempo que eran las encargadas de organizar el ceremonial con ocasión del aniversario de su patrona.

120. Algunas de estas hermandades, centradas en la ayuda a los enfermos, crearon y dirigieron durante el siglo pasado numerosas casas de salud y hospitales, tal como constatamos para Lozoya–Somosierra en Buitrago y, para las Vegas, en Aranjuez, Ciempozuelos, Chinchón, Colmenar de Oreja, Perales de Tajuña, Villacanejos y Villarejo de Salvanés (Madoz, 1845–1850, v.II: 430, v.IV: 485, v.VI: 387, 525, v.VII: 335, v.XII: 802, v.XVI: 111, 260).

121. Fruto de la ayuda mutua, que realizaban las hermandades de la comarca Suroccidental y la Campiña en el siglo XIX, son los hospitales y las casas de salud que crearon y dirigieron en diversas localidades durante esta época. Tales localidades fueron en la Campiña: Algete, Anchuelo, Arganda, Camarma de Esteruelas, Daganzo de Arriba y Santorcaz; y en la comarca Suroccidental: Navalcarnero, Valdemoro y San Martín de Valdeiglesias.

122. La Quema del Judas también se celebraba en Getafe con anterioridad a los años setenta.

123. Estas Rondas de Mayo se organizaban además hasta los años setenta en San Sebastián de los Reyes, Paracuellos del Jarama, San Fernando de Henares, Villanueva del Pardillo y Villaviciosa de Odón.

124. No obstante, hay que constatar que, por lo general, no suele haber una relación directa entre el contenido semántico del alias que las peñas se atribuyen y los símbolos a los que aluden con ese apodo.

125. Hasta finales de los años setenta se denominaban hermandades de labradores y ganaderos.

126. Conviene consultar a este respecto los trabajos de M. Cabrillana (1970) sobre la situación de esta comarca en el siglo XVI.

127. San Fernando de Henares y Coslada formaron un solo municipio hasta 1822.

128. El conseguir un mejor reparto de la tierra ya no constituye el punto principal de las reivindicaciones campesinas, excepto para los jornaleros. Al contrario de lo que sucediera antaño, y aunque este objetivo facilite la resolución de otros problemas, el acceso a la propiedad o el aumento de la superficie de las tierras no evitan por sí mismos la crisis de empobrecimiento de las explotaciones. Así lo demuestra el hecho de que los efectos de esta crisis recaigan, casi por igual, sobre grandes y pequeños titulares de explotaciones o sobre propietarios y arrendatarios.

CONCLUSIONES

SOBRE EL PUNTO DE PARTIDA

Tal como se desprende del análisis efectuado en el primer capítulo, el corpus científico, formulado por los círculos intelectuales marxistas existentes en Rusia y Alemania a finales del siglo XIX y principios del XX, no ha diferido del eje básico sobre el que la teoría social, imperante en Europa y Norteamérica hasta los años ochenta, fundamenta sus ideas sobre la disolución histórica del campesinado. En efecto, como en esos foros marxistas, la ideología de la "descampesinización", predominante en las ciencias sociales hasta tal fecha, parte esencialmente de que la evolución del capitalismo genera de forma inevitable la extinción del campesinado, cuya supervivencia en el tiempo se vuelve un fenómeno sólo transitorio. La mayor eficiencia técnica y productiva de la gran explotación agraria frente a la pequeña, la ineludible transformación dicotómica de los campesinos en proletarios y burgueses y la inexorable absorción de la agricultura por la industria –de la que, dada su superioridad económica, el sector agrario se convierte en una simple rama– son los planteamientos con los que, tanto los mencionados círculos intelectuales como el grueso de la ciencia social, argumentan esa desaparición.

Tres evidencias avalan substancialmente estos planteamientos. La primera consiste en la tendencia espontánea del sistema capitalista a realizar su acumulación y reproducción, aprovechándose de los excedentes que extrae de la producción agraria. La segunda radica en la profunda crisis que experimenta la explotación campesina en la fase de expansión monopolista del capital, que lleva aparejados su endeudamiento creciente respecto a las entidades financieras –compra de "inputs"–, su especialización e intensidad productiva, la intervención de la industria en la producción –integración y cuasi integración vertical– y, sobre todo, el control casi absoluto de la comercialización y transformación de productos agrarios por empresas capitalistas, generalmente, de ámbito multinacional. Y la tercera se manifiesta en la extraordinaria importancia cuantitativa y cualitativa de la emigración rural, que priva a las familias campesinas de buena parte de su fuerza de trabajo, singularmente de la más joven.

De este pensamiento troncal, desarrollado por la ciencia económica y política, así como por la sociología, son deudoras las contribuciones de la antropología a la teoría social de la "descampesinización". En esta materia la antropología, en especial la construida en España, actúa más como receptora de ideas y métodos ajenos que como impulsora de una tradición científica propia, caracterizándose por sus aportaciones teóricas de índole exclusivamente puntual. De ahí, el contenido, habitualmente, empírico y localista de las etnografías dedicadas a examinar el hundimiento de las comunidades rurales. Enlazando, de manera recurrente, los estudios campesinos con la tradición de referir el objeto disciplinar de la antropología a los pueblos primitivos y adoptando en no pocas ocasiones perspectivas de tipo arqueológico, esas etnografías asocian la disolución de las comunidades rurales con el éxodo campesino y, en particular, con su atraso cultural. Dentro de éstas últimas sobresalen las que encuadran al campesinado en el marco de los pueblos primitivos, establecen una oposición entre lo "folk"

y lo urbano y ven en las comunidades rurales la encarnación por antonomasia de una tradición que, por hallarse en vías de desaparición, es preciso a toda costa y con urgencia salvaguardar, thesaurizar y conservar en museos e inventarios.

Frente a esta concepción de la exclusividad del modo de producción capitalista, se constituye, en esencia desde la década de los setenta, una corriente de pensamiento opuesta, fundada en la coexistencia del campesinado con el capitalismo y en la permanencia histórica de las comunidades rurales. Su corpus teórico, que rompe con la orientación predominante hasta estos momentos en los estudios campesinos realizados por la ciencia social de Occidente, está inspirado en las ideas y experiencias legadas por R. Luxemburgo, A.V. Chayanov y K. Polanyi. Y su enriquecimiento posterior se debe, por parte de la antropología, al evolucionismo multilíneal y, bajo otro enfoque disciplinar, a los teóricos del subdesarrollo y a la sociología rural francesa de los años setenta.

Metodológicamente este pensamiento se apoya, por un lado, en el hecho de que no es posible analizar la evolución de la agricultura de forma aislada, sin considerar su vinculación con el sistema capitalista en su conjunto; y por otro, en la necesidad de concebir que las distintas culturas, incomprensibles en el orden secuencial de su aparición, no son excluyentes sino complementarias. Conjuntamente, se toma como base, a nivel epistemológico, el que el modo de producción campesino no resulta entendible desde una óptica de análisis capitalista, es preciso formular tantos ámbitos analíticos como sistemas culturales, presentes y pasados, haya que investigar. La constatación empírica de que la gran explotación no se ha generalizado, de que no se ha llevado a término la supuesta polarización del campesinado en proletarios y burgueses y de que, en el presente, la producción agraria sigue estando en manos de campesinos, cuyo sistema sociocultural continúa vigente, son pruebas que este pensamiento alega para demostrar la veracidad de sus planteamientos.

Junto a estas pruebas, se esgrimen otras razones más complejas. La principal de ellas es que el capital sólo puede resolver su proceso de acumulación y reproducción ampliada, imprescindible para garantizar su extensión universal y la propia supervivencia de su sistema socioeconómico, mediante la articulación estable y permanente de su modo de producción con el campesino y con el resto de las formas precapitalistas existentes. En virtud de esta articulación, el capitalismo puede dominar a otros modos de producción que, como el campesino, subsisten subordinados a él dentro de una formación social global de naturaleza capitalista. Tal articulación, propiciada, equilibrada y garantizada por el Estado, permite simultáneamente al modo de producción capitalista imponer las condiciones de su relación con otros sistemas que, según ocurre con el campesino, necesita imperiosamente para reproducirse.

La idiosincrasia de la propia explotación campesina es la segunda razón, en orden de importancia, que se aduce para explicar la permanencia histórica de la unidad familiar agraria y la necesidad del modo de producción hegemónico de no sustituirla por empresas de naturaleza capitalista. La capacidad de autoexplotación de la empresa familiar campesina y la dualidad de ser, a la vez, una unidad de producción y consumo la hacen especialmente

resistente y estable frente a los avatares históricos y más idónea para los intereses del capital en la producción agraria que cualquier otra fórmula. A esta especificidad y resistencia de la explotación campesina responde la predisposición peculiar que posee para adecuarse a las circunstancias adversas, que le plantea la crisis de su sistema productivo, y para desplegar formas adaptativas que, como la agricultura a tiempo parcial y el cooperativismo, hacen viable su reproducción histórica.

Los obstáculos directos con los que se topa el capital para penetrar en la esfera de la producción agraria testimonian, en tercer y último lugar, tanto la escasa significación y, aún, la regresión del sistema capitalista en este ámbito como la imposibilidad de sustituir en él a la explotación campesina, para la que estos impedimentos no cuentan de la misma manera. Tales barreras son la esterilización e inmovilización de capital que plantea la renta de la tierra; la escasa posibilidad de división del trabajo social y de cooperación compleja que implica la producción agraria por su supeditación a los fenómenos naturales, al ritmo biológico de reproducción y crecimiento de los seres vivos y al conocimiento del oficio; los precios normalmente bajos de los productos agrarios en el mercado; y el escaso éxito alcanzado por la industrialización de la agricultura –explotaciones sin tierras e integración vertical–.

Se concluye, por consiguiente, que al capital no le interesa prescindir de unas explotaciones campesinas que, permitiéndole una extracción de excedentes intensa y continuada con la que asegurar su reproducción ampliada, asumen todos los inconvenientes de la producción en el agro. A tenor de ello, la estrategia del sistema capitalista para absorber la producción agraria, de la forma más eficaz, consiste en crear una red de relaciones que le posibilite controlarla desde fuera, sin introducirse en su interior. Este procedimiento de control indirecto, llevado a cabo a través de la monopolización capitalista de la comercialización y transformación de los productos agrarios, proporciona al capital sus más altos niveles de plusvalía en el campo y potencia los máximos volúmenes de extracción de excedentes a los campesinos.

Además de las contribuciones del evolucionismo multilineal, la antropología ha efectuado importantes aportaciones teóricas y prácticas al pensamiento sobre la coexistencia del campesinado con el capitalismo, utilizando, unas veces, ideas y métodos propios y, en otras ocasiones, colaborando estrechamente con otras ciencias sociales. Las diversas etnografías promovidas al calor de esta orientación, en contraste con las que tratan de demostrar el derrumbamiento de las comunidades rurales, sitúan, por lo común, el estudio del campesinado en el marco de las sociedades complejas contemporáneas, en relación con fenómenos relevantes y repetitivos y dentro del contexto de los procesos de cambio que acompañan a toda forma social. Evitando, por lo general, las elevadas dosis de localismo, empirismo, estatismo y exotismo tan habituales en las etnografías que aluden al final del campesinado, niegan que éste se asocie con el atraso cultural y el primitivismo de las comunidades rurales e insisten en su capacidad de adaptación y sincretismo, así como en que su estadio evolutivo es paralelo al de la sociedad más amplia, de la que forman parte.

Expuesto en síntesis el contenido esencial de uno y otro posicionamiento en torno al

destino histórico del campesinado, debe concluirse que el segundo de ellos parece probar con suficientes argumentos teóricos y prácticos que la evolución del sistema capitalista no conduce, obligadamente y por las vías previstas por el pensamiento social predominante hasta los años ochenta, a la desaparición de las comunidades rurales. El sistema capitalista no puede perpetuarse solo. Ello contribuye a que podamos entender la persistencia histórica e incluso, a veces y en determinados territorios, el incremento de unas formas culturales que, como las campesinas, siguen conformando, pese a su crisis, la realidad cotidiana de cualquier investigación social. Y desde luego, que a todo análisis de la sociedad rural no se le escapa la evidencia de que los campesinos de Occidente se han reducido, desde principios de siglo hasta hoy, a más de su tercera parte. Pero menos perceptible resulta, sin duda, dar razón del por qué de semejante despoblación, ya que, pareciendo responder a los requerimientos de la acumulación primitiva que el capital necesita extraer de la agricultura, se suele interpretar como una secuencia, tras la cual, al régimen capitalista le deja de convenir el mantenimiento de su reproducción ampliada a costa del campesinado, y para éste carece de sentido seguir existiendo.

A la vez, los planteamientos metodológicos, aportados por los teóricos de la coexistencia del campesinado con el capitalismo, resultan sumamente sugerentes para el estudio de las comunidades rurales contemporáneas. Superando el marco meramente descriptivo, en el que se encuadran muchos de los estudios campesinos realizados hasta los años ochenta, son capaces de explicarnos cómo se justifican, organizan y articulan los diferentes subsistemas de la cultura campesina, cuáles son sus relaciones entre sí y de qué modo se vincula ésta con la cultura más amplia y hegemónica. Además tales planteamientos nos permiten adoptar una perspectiva desde la que es posible explicar, a partir de un marco analítico específico¹²⁹, la propia diversidad que presenta hoy la sociedad campesina tanto en sus relaciones internas como externas, su complementariedad con otras formas culturales del mismo y de superior rango y sus claves peculiares. Y, sobre todo, nos emplazan ante una óptica que desvela cómo el cambio cultural de las comunidades rurales sólo se torna realmente inteligible, si se enmarca dentro de las coordenadas de su coexistencia con el capitalismo y de la subordinación que esta articulación les depara y que, de ningún modo, es sinónima de asalarización y de atraso. En función de estos parámetros, el campesinado se sitúa en una posición de dependencia que no siempre le garantiza la reproducción de su sistema social, pero que en otros muchos casos le lleva a poner en marcha unos procesos adaptativos y sincréticos que avalan su perpetuación histórica.

Es justamente bajo este enfoque, como parece apropiado considerar la profunda crisis actual de la explotación campesina y los intensos fenómenos migratorios que registra el agro desde la segunda mitad de siglo, entendiendo que ambos aspectos, que son centrales para evaluar la vigencia y la evolución que sufren hoy las comunidades rurales, no conducen en todos los casos a la desintegración del campesinado. La modernización, el cambio y la adaptación de los campesinos no implican su disolución ni deben confundirse con ella. Por mucho que, a un nivel de análisis microsocioal o de comunidad, tales factores se engargen al derrumbamiento

acelerado de innumerables explotaciones campesinas, en un plano macroanalítico, no han de ser tomados como factores determinantes, sino en tanto condicionantes de la continuidad de la sociedad rural que, a la vez, son subsiguientes al dominio que ejerce el modo de producción capitalista. Es innegable que la emigración y la crisis de la explotación familiar han suscitado la desaparición de un número muy elevado de unidades productivas, pero asimismo parece irrefutable que ambos agentes han propiciado que otros muchos grupos domésticos campesinos se hayan modernizado y adaptado a nuevas demandas. Igual que ocurre con otros inductores del cambio social, la emigración y la crisis de la explotación actúan tanto en sentido negativo como positivo.

Las pruebas, suministradas por numerosas etnografías, nos inducen a creer que la posición hegemónica del sistema capitalista en el campo se cristaliza fundamentalmente a través del control monopolístico e industrial de los circuitos de comercialización y transformación de los productos agrarios, así como mediante la intervención del capital financiero que, gracias a la actuación de las entidades crediticias, logra captar buena parte de las rentas del agro y de los campesinos. La absorción directa de la producción agraria sólo contribuye al afianzamiento de esa hegemonía de manera puntual. La permanencia de esta producción a cargo de las comunidades rurales puede efectivamente estar indicando que el capital extrae más excedentes y, en consecuencia, se reproduce y amplía mejor con los campesinos que sin ellos.

A la par, es significativo subrayar que la extensión del cooperativismo y, sobre todo, de la agricultura a tiempo parcial entre los campesinos constituye una fórmula de organización del trabajo y de la producción que, en buena medida, se ha anticipado en el tiempo a las nuevas directrices que marca hoy el capital para reorientar la actividad económica de la sociedad occidental. La lógica de esta reorganización tiende, por un lado, a impulsar la creación de empresas altamente automatizadas y, por otro, a recuperar el trabajo a domicilio de los procesos productivos que, por su imposibilidad de ser tecnificados y capitalizados, requieren abundantes aportes de mano de obra que, en no pocas ocasiones, ha de estar especializada.

Por otro lado, hay que advertir que la permanencia de la explotación campesina se concibe hoy por los Estados de Occidente como una fórmula que ayuda a paliar los desequilibrios regionales existentes, así como los desajustes ecológicos –agotamiento de recursos no renovables–, sociales –paro estructural, emigración masiva, insolidaridad–, económicos –consumo "opulento"¹³⁰, superproducción, polos de desarrollo– y políticos –representación– que han suscitado hasta el momento los fenómenos de maximización del beneficio y de la "razón tecnológica"¹³¹.

EVALUACION DE LOS FENOMENOS Y PROCESO DE CAMBIO

En suma, los objetivos de este estudio han perseguido, por tanto, evaluar en la Comunidad madrileña la generalización o no de las formas directas e indirectas de penetración de las

relaciones de producción capitalistas en el campo. En relación con esas formas directas, hemos hablado de la implantación de las grandes explotaciones y de los diversos sistemas de agricultura y ganadería industrial, del proceso de proletarización campesina y de los impedimentos que plantean para la reproducción del capital en el campo la renta de la tierra, los bajos precios de los productos agrarios y el tipo de división social del trabajo que implica la actividad en el agro. Y, respecto a las formas indirectas de penetración, hemos aludido al control de los circuitos de distribución de los campesinos por parte de las relaciones de producción capitalistas. Igualmente se ha examinado cómo y hasta qué punto se lleva a cabo la articulación del campesinado con el capitalismo, esto es, se materializa la resistencia y supervivencia histórica de la explotación campesina –capacidad de autoexplotación, comportamiento como unidad de producción y consumo–, así como su idoneidad para el capital. Hemos argumentado, al tiempo, de qué modo y en qué grado se concreta la capacidad adaptativa y sincrética –agricultura a tiempo parcial, cooperativismo– de los campesinos, entroncándolo con la variable modernización de las explotaciones familiares. Y todo ello, con la finalidad de valorar la vigencia o no del campesinado en la región de Madrid como entidad social y no tanto individualizadamente.

En relación con este objetivo cardinal, hemos visto cómo la forma en que se reviste la sociedad mayor en la región de Madrid impone al campesinado unas condiciones de articulación particularmente difíciles con esta instancia social más amplia y hegemónica, que le distinguen de los campesinos de otras áreas del Estado, pero que no presuponen su menor vigencia. En este sentido, la dependencia del campesinado madrileño frente a la sociedad mayor la define más la penetración urbana en las comunidades rurales que la presencia de las relaciones agrarias capitalistas. Se trata, como hemos venido reiterando, de una penetración urbana muy aguda y superior a la existente en otras regiones, que se cristaliza básicamente en los territorios rurales más próximos a la capital y a las vías principales de comunicación, como ocurre de manera primordial en el Área Metropolitana. Tal proceso de urbanización es el causante en primer grado de que se haya arrebatado al campo buena parte de sus recursos naturales, su fuerza de trabajo, su producción y su ahorro. Paralelamente, explica más que ningún otro factor que se haya reducido al mínimo la presencia socioeconómica del campesinado madrileño y que se haya convertido en acreedor neto del sistema.

Al unísono, no podemos dejar de señalar que el desarrollo urbano de la región ha obstaculizado profundamente el propio crecimiento del capital agrario en el campo madrileño. De hecho, como hemos ido analizando, tal desarrollo urbano ha acrecentado las barreras con las que se topan las relaciones agrarias capitalistas para penetrar en el campo de la región y absorber, desplazar y sustituir la producción de las explotaciones familiares. Los impedimentos, que, por su propia naturaleza, plantea la actividad agraria para que el capital pueda reproducirse en el campo, se multiplican por efecto del crecimiento urbano. Este es responsable de la continua elevación del precio de la tierra y de sus impuestos, de la intensa especulación del suelo, de la casi exclusiva orientación del capital y de los usos espaciales hacia la industria, los servicios y el sector inmobiliario y de la colonización que por distintas

vías –precios pagados por los productos, especialización productiva de la región como centro importador de materias primas agrarias– ha venido ejerciendo Madrid sobre el conjunto de las zonas rurales de España. En la misma medida ha influido también en la necesidad de mantener un sector agrario, que proporcionara un mercado de flujo continuo de suelo y fuerza de trabajo y que, simultáneamente, contrarrestara las irregularidades urbanísticas y medio ambientales propias del desarrollo del tejido urbano.

En consecuencia, el tipo de penetración urbana y, en menor medida, de las relaciones agrarias capitalistas, que caracteriza a la región de Madrid, delimita la específica absorción de plustrabajo que sufre el campesinado madrileño y la naturaleza de su intercambio asimétrico con otras formaciones sociales y, sobre todo, con la sociedad mayor. Así, en la región de Madrid se amplía respecto a otras áreas del Estado la extracción de excedentes que efectúa la sociedad mayor sobre los campesinos, porque, aparte de un elevado fondo de renta, se absorbe numerosos recursos de suelo y de fuerza de trabajo. De hecho, la extracción de estos dos últimos recursos, además de dar cuenta de la disminución de la superficie agraria regional y de la población activa en el campo, está detrás de la ruina de muchas antiguas explotaciones. La particularidad de esa doble penetración determina, por consiguiente, el tipo de articulación que sostienen los campesinos madrileños con la sociedad mayor, la especificidad de su sistema económico y la singularidad de sus mecanismos de adaptación y supervivencia para, en un plano más inmediato, retener sus excedentes y recursos y aminorar las transferencias de su producción, distribución y consumo de bienes materiales y, más allá, asegurar su continuidad histórica.

El campesinado madrileño para poder sobrevivir tiene que enfrentarse, por tanto, con una situación bastante más adversa que en otras regiones, ya que la acumulación capitalista que conlleva la aglomeración urbana madrileña implica una concentración de recursos, bienes y plusvalías que tiende a marginar y sumergir económica, social y políticamente a las formaciones sociales que, como la campesina, practican modos de vida alternativos a los patrones hegemónicos que marca la ciudad. La competencia desleal que ejercen los salarios de la ciudad ante los del campo y los usos urbanos de suelo frente a los agrarios habla por sí sola de las dificultades, con las que se topan los campesinos de la región de Madrid para garantizar su supervivencia futura.

De este modo, los procesos de cambio que experimenta el campesinado madrileño, sobre todo durante las dos últimas décadas, no se hallan al margen de la doble penetración capitalista que acusa el campo de la región. Aun cuando los distintos mecanismos de cambio operan dentro de las comunidades rurales, emanan de lo ajeno y contrapuesto al campo. Aunque el cambio es en toda sociedad, y más en la campesina, un fenómeno histórico permanente, las intensas e innumerables transformaciones, que han protagonizado los campesinos de la región de Madrid, son inseparables de la forma en que se ven obligados a articularse con una sociedad mayor singularmente hegemónica y tendente a erigirse en exclusiva a base de reproducirse ampliamente, en particular en el plano económico, sobre las restantes formaciones sociales que conviven con ella. Esta articulación les empuja a una

adaptación continua a fin de asegurar su permanencia como entidad cultural diferenciada, a reelaborar contenidos y formas procedentes de la sociedad mayor y a desplegar toda una serie de fórmulas culturales, que les permiten subsistir al tiempo que se reajustan ante una situación de extrema dependencia externa. Con ello dan muestra de su vitalidad social, pues, reteniendo en la mayoría de los casos su especificidad cultural, ponen en marcha un proceso de selección, mediante el cual adoptan nuevos mecanismos que hallan un lugar en el cuerpo de los antiguos. La manera en que los procesos de transformación general, concernientes a sociedades nacionales o internacionales, son asumidos por las comunidades campesinas y suscitan la reacción de éstas expresa la especificidad, con la que el campesinado entiende su dinámica de cambio. No obstante, el cambio no es homogéneo para todas las comunidades campesinas de la región ni afecta de modo similar a todos los planos de su cultura. El ritmo y la forma de los cambios difieren de unas comunidades a otras y fluctúan según se trate de un aspecto u otro de la cultura. El nivel económico es el que de manera más rápida e intensa acusa ese cambio. Por otra parte, las disparidades comarcales, que hemos venido subrayando en cada capítulo, responden a los diferentes procesos de cambio que experimentan los distintos territorios rurales de la región.

Un aspecto, que nos parece especialmente relevante dentro de esta dinámica de cambio y que se desprende con claridad del contenido de nuestros análisis, es el alcance que tienen la transformación y/o la desaparición de las tradiciones para medir el nivel de vigencia sociocultural de las comunidades campesinas de la región. A menudo se teoriza que con el cambio, que proyecta la sociedad rural española a partir de los años cincuenta, los campesinos se han convertido en otros distintos de quienes eran, tanto en sí mismos como para sí mismos, debido a la pérdida de buena parte de sus tradiciones (Caro Baroja, 1966a, 1968, 1979, 1983; Pérez Díaz, 1966, 1974a, 1974b, 1978). Así, se afirma que tal desvanecimiento, manifiesto en la muerte de su "folklore", ha destruido la identidad cultural de los campesinos. Este planteamiento parece ignorar, sin embargo, que las secuencias de construcción y destrucción de las identidades culturales son algo más amplio y complejo que lo que pueda representar el cuerpo de sus tradiciones. Tradición y cultura no son conceptos sinónimos. La primera se engloba en la segunda y se apoya en los principios y las estructuras esenciales que conforman una identidad cultural dada, de modo que la disolución de una cultura determinada conlleva paralelamente o en el tiempo el eclipse de sus tradiciones, pero no forzosamente al revés.

En esta línea, ya hemos venido destacando cómo la articulación de las comunidades campesinas con la sociedad mayor ha desencadenado una desaparición y una alteración muy importantes de las tradiciones del campesinado madrileño. Dicha supresión se liga directamente a la ruptura de la continuidad de su transmisión de unas a otras generaciones, al emigrar gran parte de los miembros más jóvenes de la familia, que son los principales mantenedores de las costumbres heredadas de sus antecesores. E igualmente se vincula por vía indirecta al cambio del contexto cultural en el que estas tradiciones surgieron y que las dotaba de su razón de ser. Hoy muchas tradiciones han quedado desconectadas de las actividades, conductas, actitudes o creencias que caracterizan a los campesinos y, en

consecuencia, carece de sentido su transmisión y la repetición regular de unas costumbres, que ya no tienen significado ni para las familias campesinas ni para las comunidades que éstas conforman. Ahora bien, de ninguna manera tales cambios y pérdidas pueden llevarnos a pensar en la destrucción de la identidad cultural de los campesinos de la región. Además el cambio cultural no puede estudiarse en sí mismo, pues, de ser así, no pasaríamos de la mera constatación empírica de una serie de hechos, de unos fenómenos contemplados estáticamente y al margen del contexto en el que se enclavan. Confirma todo ello cuanto hemos argumentado a lo largo de los diferentes capítulos de este estudio.

Las relaciones de los campesinos madrileños con la sociedad mayor y el imperativo de adaptarse a las circunstancias, que comporta su articulación con ella para garantizar su continuidad histórica, han provocado la disolución de ciertas tradiciones, pero simultáneamente son la causa de la incorporación de otros componentes. Tales elementos, antes extraños, han adquirido el carácter de tradición en el comportamiento y las actitudes de las comunidades rurales, vienen a rellenar el vacío dejado por aquellas otras costumbres desaparecidas y se hacen pertinentes por su conexión con la vida cotidiana de las familias campesinas y, a la vez, por su capacidad de expresar cuanto merece la pena ser transmitido y repetido regularmente. Asimismo antiguas tradiciones han transformado sus formas y/o significados, asumiendo nuevas configuraciones y/o estructuras sincréticas, que resultan más acordes con el actual modo de vida y de pensamiento de los campesinos madrileños, que testifican los procesos de selección cultural seguidos por éstos y que son indicativas de los movimientos de recuperación del mundo tradicional –fiestas, cultura material–, emprendidos recientemente por numerosas comunidades. Hablamos de tradiciones que se han reajustado a los cambios históricos, adaptándose con variable celeridad a las nuevas situaciones culturales en las que, más o menos despegadas del contexto en el que aparecieron en su día, gozan de plena vigencia en sus contenidos y formas. Esta dinámica de desaparición, amalgamas y surgimiento de tradiciones, que se lleva a cabo en todos los planos de la cultura de los campesinos madrileños, no difiere en esencia, sin embargo, de otros procesos similares acaecidos en el pasado, por mucho que la rapidez e intensidad con la que actúa hoy suponga una nota distintiva entre el presente y el pasado.

Por otro lado, el análisis de los procesos de transformación, experimentados por las comunidades campesinas madrileñas, no sólo nos permite ver la relación entre la desaparición de sus tradiciones y su vigencia sociocultural. Nos desvela por igual la propia estructura de ese cambio, cuya disección en fases parece apuntar la existencia de una asimetría potencial originada por la sociedad mayor, de unos mecanismos de adaptación desplegados por los campesinos y de una asimetría neta soportada por éstos, que da la pauta de los niveles de especificidad y vigencia del universo sociocultural de las comunidades.

La asimetría potencial consiste en la manera en que cada tipo de familia y comunidad acusa, podríamos decir, en bruto la extracción de sus excedentes y la alteración de su organización socioespacial causadas por el capital urbano y, secundariamente, por las relaciones agrarias capitalistas. Tal asimetría potencial no tiene en cuenta los mecanismos que

la frenan o matizan –capacidad de retención de suelo, fuerza de trabajo, valor añadido de los productos, reciprocidad interfamiliar, horizontalidad vecinal...–, desarrollados por los distintos grupos campesinos en sus diversos procesos de adaptación. Esta asimetría potencial, responsable directa de la incapacidad de acumulación de capital que manifiestan específicamente las familias campesinas, de su orientación estructural hacia la subsistencia y de las transformaciones que muestra la organización social de las comunidades rurales, es generalmente el factor cardinal que define la orientación del cambio seguido por el campesinado madrileño, al ser casi siempre más intenso que la adaptación que éste puede llevar a cabo. Ello se aprecia con nitidez en las diferentes comarcas, si comparamos la fuerza que tienen los mecanismos de adaptación para contrarrestar la influencia de la sociedad mayor con el peso que ésta alcanza; lo que parece afianzar la idea de que el rasgo más definitorio del campesinado madrileño es su subordinación frente a esa instancia más amplia y hegemónica, con la que coexiste articulado. A la par, la asimetría potencial responde en primer grado de la posición de desigualdad y subordinación que presentan las comunidades rurales frente a las formaciones sociales no campesinas y, dentro de éstas, fundamentalmente respecto a las clases dominantes en la sociedad mayor. No en vano, estas clases son las principales receptoras de la absorción de excedentes que sufren los campesinos, distribuyendo los remanentes entre aquellos otros sectores que no labran la tierra ni cuidan ganado, pero que han de ser alimentados y equipados, dado que producen artículos y/o prestan servicios que resultan necesarios social y económicamente para la sociedad mayor.

En segundo término, hay que considerar los sistemas de adaptación protagonizados por los diferentes grupos campesinos para asegurar su persistencia histórica. Esta capacidad de adaptación se comporta como un auténtico mecanismo de defensa frente a la acción de la sociedad mayor, pese a que no es nueva para los campesinos porque su propia evolución y, sobre todo, los imperativos de desarrollo de esa instancia social más amplia y hegemónica les han obligado constantemente a reajustar su actuación. No obstante, hemos de advertir que no hay una correspondencia forzosa entre la adaptación que demuestran los campesinos y los niveles de vigencia de su sistema sociocultural. Una máxima adaptación no conlleva obligadamente y en todas las circunstancias una menor dependencia y una mayor especificidad y vigencia de la cultura campesina. Del mismo modo, una mínima adaptación puede coincidir con unos niveles muy elevados de vigencia o muy bajos de dependencia a causa de la existencia de una asimetría potencial no demasiado marcada. Numerosos aspectos analizados, para el primer caso, en el Área Metropolitana y, para el segundo, en Lozoya-Somosierra corroboran cuanto acabamos de subrayar. Con todo, es obvio que los procesos de adaptación desplegados por los campesinos atenúan los niveles de asimetría potencial de los que son objeto.

En tercer lugar, hemos de referirnos a la asimetría neta que padecen los campesinos, que podría definirse como el vector que origina la asimetría potencial menos la adaptación que aquéllos proyectan. Tal asimetría neta equivale, por consiguiente, a la dependencia o subordinación que acusan las distintas comunidades de la región. Y, en sentido inverso, se

hace sinónima de la especificidad y de la vigencia sociocultural que caracterizan a dichas comunidades. De esta forma, cuanto mayor es la asimetría potencial y menores resultan los procesos de adaptación, más se eleva el nivel de asimetría neta o dependencia y, por tanto, se reduce en superior medida la vigencia y la especificidad.

Estas tres fases que integran el cambio de las comunidades campesinas pueden ser simultáneas o actuar en tiempos diferentes y operar, unas veces, aceleradamente y con gran intensidad y, en otros momentos, de modo paulatino y no demasiado vigoroso. Así lo pone de relieve, por ejemplo, la dinámica de cambio de algunas familias que, por haber padecido de manera muy rápida y aguda la apropiación de su fuerza de trabajo debido a la emigración, no han sido capaces de poder hacer frente a esta situación y desplegar mecanismos de adaptación y supervivencia que evitaran su desaparición o, en el mejor de los casos, sus enormes dosis de dependencia. Al unísono, no siempre una fase es subsiguiente a la otra pues, como se desprende del ejemplo anterior, no siempre existen las condiciones materiales y temporales para que puedan ponerse en marcha sistemas de adaptación.

Expuestas estas consideraciones sobre el cambio de las comunidades campesinas de la región, hablaremos de forma particularizada sobre la vigencia sociocultural que las caracteriza, comenzando por evaluar sintéticamente el alcance de la penetración de las relaciones agrarias capitalistas en el campo y su nivel de sustitución de la explotación familiar.

PENETRACION DEL CAPITAL AGRARIO EN EL CAMPO Y NIVEL DE SUSTITUCION DE LA EXPLOTACION FAMILIAR

El control indirecto que ejercen las relaciones agrarias capitalistas sobre la actividad económica campesina es muy extremo en el conjunto de la región, ya que la comercialización y transformación de productos agrarios se hayan prácticamente monopolizadas por empresas de distribución de corte capitalista, ya sean de ámbito multinacional, que resulta lo más frecuente, o nacional. Tal control lo acrecienta además la circunstancia de que en la región de Madrid y, más concretamente, en su Area Metropolitana, se asienta la sede de las principales agroindustrias y empresas de comercialización radicadas en España, si bien su volumen de negocio no procede tanto de los productos del campo madrileño como de los obtenidos fuera de él. Paralelamente, tanto la comercialización como la transformación industrial de los productos agrarios suelen estar asociadas en una misma empresa y, en consecuencia, la monopolización de uno de estos procesos implica la del otro. Las grandes pérdidas de valor añadido que soportan los campesinos al comercializar y transformar sus productos se completan, al tiempo, con la absorción de sus ahorros por parte de distintas entidades financieras que suelen estar vinculadas con las empresas capitalistas de distribución. Este control de la distribución de los productos de la explotación familiar, que da lugar a la acción concatenada del capital agrario, industrial y financiero, permite una mayor absorción capitalista del sector agrario y una superior extracción de excedentes campesinos que las que originaría una intervención directa sobre la actividad acometida en el campo. De esta forma,

resulta más interesante para el capital centrarse en el dominio de la distribución que sustituir la producción campesina. No en vano, las empresas capitalistas de distribución de productos agrarios se encuentran entre las más rentables y competitivas. A ello hay que agregar que la cuantía del negocio que alcanzan las empresas capitalistas de distribución no se deriva sólo de la manipulación y la venta a los consumidores de los productos agrarios. Procede también de la venta a los productores agrarios de la región y de otras áreas de España de bienes de equipo –maquinaria, piensos compuestos, fertilizantes...–, materias primas y servicios. En esta actividad radica, en buena medida, que las empresas de distribución se hallen fuertemente vinculadas a los monopolios industriales y/o financieros o sean filiales de ellos. Y de ahí, que los campesinos para comprar sus inputs puedan solicitar a las empresas vendedoras los créditos necesarios para adquirirlos, que determinados grupos bancarios les adelanten dinero a cuenta de sus cosechas o que ciertas sociedades de distribución les obliguen a subscribir seguros para sus productos. En no pocos casos, además, el maridaje de los intereses de las empresas de distribución con el capital financiero facilita los créditos que conceden diversas entidades bancarias a los campesinos y a los productores capitalistas para la compra de tierras.

Esta monopolización de la distribución está atenuada, no obstante, por el hecho de que bastantes producciones de la región no se transforman en aquellas empresas sino en entidades filiales, situadas fuera del espacio regional. Por consiguiente, el emplazamiento de los monopolios de distribución en una comarca determinada no guarda tanto relación con el objetivo de controlar la comercialización y transformación de los productos de ese territorio en concreto cuanto con las facilidades, que tal zona ofrece para instalarse. En estas facilidades se incluye, por supuesto, mano de obra, suelo e infraestructuras. Esto ocasiona la aparente paradoja de que numerosos productos obtenidos en las comarcas, donde están asentadas esas empresas, se comercialicen o transformen fuera de esos ámbitos e incluso en el exterior de la región. En cualquier caso, es evidente que allí, donde se ubican las mencionadas empresas, aumenta el nivel de monopolización de la distribución de los productos agropecuarios locales y, sobre todo, de la venta de bienes y medios de producción, de modo que puede aducirse que entre mayor sea esta presencia se hace más intensa la captación de excedentes campesinos y, en consecuencia, del conjunto de la actividad que genera el campo. La correspondencia existente entre los productos, que distribuyen las sociedades ubicadas en las distintas comarcas, y los que caracterizan la actividad agraria predominante de cada una de estas áreas confirma que tales empresas no ignoran cuanto se produce en los lugares donde se implantan.

En definitiva, hay que afirmar que los campesinos madrileños han perdido prácticamente el control sobre la distribución de su producción y que esta fase de su proceso productivo registra, junto con el consumo, su máxima extracción de excedentes. Frente a tal absorción son bastantes escasos, por otra parte, los mecanismos puestos en marcha por las explotaciones familiares para contrarrestarla. Aun así, hay que destacar en este sentido que, a pesar de que las cooperativas de comercialización y transformación no son numerosas, resultan más sobresalientes que las promovidas en el ámbito de la producción. En efecto, permiten un almacenaje de productos, que facilita a los campesinos efectuar ventas escalonadas con el fin

de que no se depriman los precios cuando la oferta supera a la demanda, favorecen la asimilación de los cánones que aseguran una mejor y mayor colocación de la producción en el mercado –calibración, presentación–, conceden anticipos sobre transacciones futuras y, al final del ejercicio que dermina el ciclo agrario, abonan en concepto de retornos los beneficios obtenidos. Igualmente, aun cuando las manufacturas locales apenas poseen relieve, la venta directa emprendida por los campesinos gana peso día a día, potenciada por el crecimiento demográfico y el tipo de desarrollo urbano que origina la gran aglomeración que arrastran consigo el municipio de Madrid y sus áreas de expansión. Esta clase de venta contrarresta de manera nada despreciable la retención del valor añadido de los productos campesinos, a la vez que vuelve menos necesario el acceso de la explotación familiar a mercados nacionales con gran circulación de capital y de relación indirecta. Aunque las ferias agrícolas y, singularmente, las ganaderas han perdido la significación que tuvieron en el siglo pasado, la venta a pie de explotación y, sobre todo, en mercadillos locales es hoy más que notable.

Ahora bien, no es homogéneo para el conjunto de las comunidades campesinas madrileñas el panorama regional que trazan, por un lado, el control indirecto de la actividad agraria por parte de las empresas capitalistas de distribución y, por otro, los mecanismos que promueve la explotación familiar para contrarrestar ese dominio. Así, el control indirecto que ejerce el capital agrario sobre la actividad que acometen las explotaciones familiares del Area Metropolitana resulta muy elevado, pero no se puede conceptualizar de la misma forma el existente en Lozoya–Somosierra, que se sitúa bastante por debajo del que marcan los valores medios de la región y donde, en detrimento de los mercados monopolizados, todavía juegan un papel de cierto relieve los mataderos y las tiendas locales. Frente a estos extremos, hemos de examinar los procesos peculiares que apuntan las comunidades de Guadarrama y de las Vegas. A este respecto, pese a que la asimetría potencial que acusan las explotaciones familiares de Guadarrama por la vía de la monopolización de la comercialización y transformación de sus productos es de las más bajas de la región, los niveles de dependencia que manifiestan por dicho concepto sólo se superan en el Area Metropolitana. Ello obedece a la mínima capacidad que demuestran las explotaciones familiares de Guadarrama de retener el valor añadido de su producción, dada la función casi nula de las manufacturas locales, las ferias, las cooperativas y la venta a pie de explotación. Tan sólo los mercadillos logran atenuar, si bien en muy pequeña medida, la asimetría que desencadena la monopolización de la distribución agraria. Por el contrario, las explotaciones familiares de las Vegas son un claro exponente de la capacidad que tiene el campesinado madrileño de garantizar su persistencia histórica, contrarrestando su extracción de excedentes y una dependencia que en no pocas ocasiones le impide la reproducción de su sistema social. Efectivamente, la asimetría potencial que muestran las explotaciones familiares de las Vegas en el ámbito de la distribución es la segunda más elevada de la región, pero simultáneamente su capacidad para retener el valor añadido de sus productos resulta tan intensa que consigue atenuar substancialmente la dependencia, que inducen la monopolización de la comercialización y transformación de la producción.

Hay que concluir, al unísono, que, a causa de la supeditación del capital agrario al urbano en la región de Madrid, el asentamiento en el espacio comunitario de los empresarios capitalistas, dedicados a la distribución agraria, es mucho menos negativo para los campesinos que la presencia de grupos urbanos. Aparte de impulsar en las comunidades una verticalidad y estratificación mucho menores, propician menos cambios en el conjunto de la organización social campesina y alteran en inferior medida las relaciones y funciones de los vecinos. Ello se hace especialmente patente en el caso de los empresarios de distribución a pequeña escala, cuya afinidad con los vecinos es bastante notable en todas las comarcas e, incluso, en los territorios más penetrados por el capital agrario y que, por este concepto, sufren mayor extracción de excedentes y superiores transformaciones de su sistema social. De este modo ocurre en el Área Metropolitana, donde, al tiempo que se constata un aumento de la afinidad de dichos empresarios con los vecinos, se reducen los niveles de asimetría que aquéllos desatan. Asimismo, en general, los titulares de empresas de distribución agraria no sólo son menos numerosos que los grupos urbanos sino que los campesinos.

Por otro lado, aun cuando son altos los niveles de proletarización en las empresas de comercialización y transformación de productos agrarios, tales valores se reducen al mínimo en el marco de la producción, en el que los escasos rendimientos no compensan los elevados costes de la mano de obra empleada. Sin duda, el alza del coste de la mano de obra, que induce el desarrollo urbano, constituye un obstáculo de gran magnitud para que no haya tenido lugar una proletarización agraria del campo de la región. Baste reseñar, que la cifra de asalariados en la producción agraria madrileña se sitúa muy por debajo de la que registran otras áreas españolas, que poseen características similares a la región de Madrid, como pueden ser Barcelona, Valencia, Zaragoza o Murcia. A la par, hay que considerar que, del total de los asalariados que se emplean en la producción agraria capitalista, un porcentaje bastante alto está protagonizado por campesinos a tiempo parcial o por jornaleros. No es casual, entonces, que el número de asalariados se redujera a la mitad entre 1982 y 1989, a la vez que se duplicara, también entre esos años, la cifra de los campesinos empleados a tiempo parcial. Es más, entre 1987 y 1992 se contrae sensiblemente la cuantía de los empresarios capitalistas que emplean asalariados, suponiendo tan sólo en ese último año un 1,2% del total de sus homólogos en el conjunto de España. Exceptuando al Área Metropolitana y a las Vegas, los valores mínimos de asalarización agraria que disponen la mayoría de las comarcas madrileñas y, muy en particular, Lozoya-Somosierra, no avalan en absoluto la idea de la proletarización del campo regional. En suma, la incidencia del proletariado agrario no aumenta apenas la dependencia que originan en las comunidades campesinas los grupos urbanos, máxime si nos referimos a los asalariados que trabajan en la producción y, dentro de ella, en jornada parcial y en explotaciones con tierras.

En tercer lugar, comparado con la absorción que realiza el capital en la esfera de la distribución e igualmente en términos absolutos, el control directo de la producción agraria regional por empresas capitalistas es poco relevante y muy inferior al que se lleva a cabo en otras regiones. Si los requerimientos expansivos de Madrid, como gran urbe y capital

administrativa del Estado, se entroncan con la marginalidad económica y social del campesinado madrileño, también explican con toda claridad la escasa transcendencia de la producción capitalista en la región. Los obstáculos que plantean la renta de la tierra, los bajos precios de los productos agrarios y el tipo de división social del trabajo que implica la actividad en el agro son más infranqueables para el capital que en otros territorios del Estado. Tanto si aludimos a la importancia de las grandes explotaciones como, por igual, a la producción desarrollada en unidades de menor tamaño y sin tierras no puede obviarse que el expansionismo urbano ha multiplicado en la región el peso que suponen aquellas barreras para el capital agrario.

Derivado directamente de los obstáculos que suscita la renta de la tierra, el relieve de las grandes explotaciones es poco menos que puntual, por lo que no puede hablarse más que localmente de procesos de concentración de tierras y de los movimientos de acumulación que éstos comportan. Su cifra y tamaño medio resultan, al unísono, muy inferiores a las medias existentes en España, siendo además prácticamente intrascendente el número de grandes explotaciones que detentan las sociedades anónimas agropecuarias. El precio del suelo, sus impuestos, la gran especulación de la que es objeto y su destino, siempre preferente, para aprovechamientos urbanos disuaden al capital de invertir en tierras y no le animan a desistir de su orientación casi exclusiva hacia la industria, los servicios y el sector inmobiliario, en donde obtiene mayores tasas de interés que en cualquier actividad agrícola, ganadera o forestal. Si ya en 1972 era poco marcada la significación de las grandes explotaciones, diez años más tarde descienden fuertemente su número, su superficie media y la proporción que representan frente al total de las unidades productivas de la región.

Al tiempo, la mayoría de las grandes explotaciones, censadas en la región, son propiedad de familias campesinas dedicadas a cultivos extensivos de cereal de secano o a explotaciones ganaderas extensivas, en especial de bovino. Ello guarda relación con el hecho de que los campesinos detentan la tierra básicamente en virtud de su herencia y no tanto mediante la compra de la misma. Su propiedad es fruto de la herencia de unas explotaciones, conservadas a lo largo de generaciones o que se fueron agrandando gracias a las ampliaciones realizadas por cada una de ellas en función de las necesidades que demandaba el equilibrio entre su producción, su fuerza de trabajo y su consumo. Por contra, el acceso a la tierra de los productores capitalistas de la región sólo tiene lugar generalmente a través de una compra, que, como hemos venido subrayando, no siempre interesa por la inmovilización de capital que conlleva y que se acrecienta más cuanto mayor es el número de Ha. adquiridas. Dado que la mayor parte de los productores capitalistas de la región son ajenos a las comunidades de asentamiento y se instalan en ellas con posterioridad a los años sesenta, no cabe atribuir su propiedad a una herencia, que solamente parece que hay que considerar para aquellos titulares de unidades productivas capitalistas que desciendan de familias campesinas.

Los tenues procesos de concentración de tierras y de acumulación capitalista, que lleva consigo la débil incidencia de las grandes explotaciones, han de enfrentarse paralelamente con una estructura del suelo agrario, en la que abundan las pequeñas unidades productivas y una

parcelación del conjunto de las haciendas mucho más aguda que la perceptible para la media de España. Incluso en los territorios en los que resulta máxima la implantación de grandes explotaciones, como sucede en el Área Metropolitana, tal concentración de suelo no sólo constituye un hecho puntual dentro de la región, sino que contrasta con el inmenso número de pequeñas unidades productivas de la comarca. Más aún, mientras que la concentración del suelo metropolitano se recorta notablemente desde los años sesenta a la actualidad, crece de manera ostensible, a expensas de la superficie de las grandes explotaciones, la cifra de pequeñas unidades productivas. Asimismo, aun las comunidades que alcanzan los valores mínimos de parcelación, como es el caso de las de la comarca Suroccidental, se hallan más parceladas que la inmensa mayoría de las áreas españolas.

En lo que se refiere más concretamente al terreno de la producción agraria capitalista, hay que concluir que el tejido productivo regional acusa en mucha mayor medida el protagonismo de las explotaciones campesinas que el del capital agrario. La producción agraria capitalista es mínima y se define por un ritmo y un volumen de desarrollo muy inferior a la del resto de la nación, aunque la proximidad a las grandes ciudades determina, por lo común, una intensificación de los cultivos y de los aprovechamientos ganaderos muy elevada y, sobre todo, un incremento de los procesos de transformación de la naturaleza de las relaciones productivas en el agro. Aparte de las razones ya aducidas y del propio peso que tienen en la región las empresas de distribución, lo explican la generalización, el abaratamiento y los avances técnicos del transporte en frío y la facilidad de obtener productos en condiciones más ventajosas, a un menor coste de producción y mercado, en otras zonas de España. Inciden simultáneamente la gran contaminación ambiental que desencadena la producción agraria capitalista y la necesidad de evitar una mayor degradación de un marco físico que, a pesar de haber sido deteriorado por la penetración urbana, no puede superar los límites de destrucción que llegaran a impedir ese crecimiento. Y, a la vez, hay que apuntar la dependencia que proyectan las granjas industriales de los piensos compuestos y, por tanto, de la importación de maíz y soja de fuera de España, que incita la localización preferente de este tipo de industrias pecuarias en las zonas costeras del país, donde se abaratan notoriamente los costes de producción.

En esta línea, la producción agrícola capitalista, circunscrita fundamentalmente a los cultivos de primor y bajo plástico, es casi inexistente y, pese a que la ganadera despunta mucho más, el número de explotaciones sin tierras destinadas a tal aprovechamiento se ha reducido de manera drástica, incluyendo las más rentables, como son las avícolas y de porcino. Esto último es constatable igualmente en las explotaciones agrícolas sin tierras. Sin embargo, no sólo hay que reparar en la disminución de ambos tipos de explotaciones sin tierras, sino en que la implantación del conjunto de éstas evidencia unas tasas muy inferiores a las medias de España. Respecto a estas medias, son también infinitamente menores las Ha. de regadío bajo explotación capitalista. Ello obedece a la carestía que implica la instalación de las infraestructuras necesarias para acometer tal régimen productivo, difícil de compensar con los cortos beneficios que proporciona la producción, pero responde por igual a las trabas

planteadas por el crecimiento urbano. De hecho, tales cortapisas han menguado profundamente la capacidad potencial que presenta el agro regional para su puesta en regadío y han limitado, al tiempo, la producción que realizan los campesinos bajo este sistema.

COEXISTENCIA DE LA EXPLOTACION FAMILIAR CON EL MODO DE PRODUCCION CAPITALISTA

Como se desprende de las conclusiones anteriores, la penetración del capital agrario en el campo madrileño no ha sustituido a la explotación familiar. Lo vemos, sobre todo, en las comunidades de Lozoya-Somosierra e incluso en las metropolitanas, que son las que registran la máxima incidencia de las relaciones agrarias capitalistas. No obstante, la coexistencia que establece la explotación familiar con el modo de producción capitalista resulta extremadamente asimétrica para los campesinos de la región, que se ven obligados a tener que afrontar los efectos que promueve una doble penetración del capital. Por un lado, han de arrostrar la red de relaciones que desencadena el capital agrario para controlar la explotación familiar sin reemplazarla y, por otro, deben asegurar su supervivencia ante el desarrollo urbano, lo que les genera mayores extracciones de renta y alteraciones de su organización social que el factor anterior. Según hemos venido remarcando, esta doble presencia, al subordinar el desarrollo del capital agrario al urbano e introducir contradicciones entre ambos, favorece en buena medida el mantenimiento histórico de los campesinos, pero a costa de que éstos tengan que encarar el efecto combinado que aquella penetración origina. Pese a las contradicciones que caracterizan los nexos entre el capital agrario y el urbano, los campesinos hacen posible la perpetuación y acumulación de ambos y, a la postre, alimentan al modo de producción capitalista en estas dos vertientes, en el fondo, unidas. Contribuyen a que se reproduzca más un aspecto del capital que otro porque así lo decide el propio funcionamiento del modo de producción capitalista con el que, en definitiva, ambas facetas son una. Tanto el capital agrario como el urbano aparecen imbricados a la hora de evaluar la asimetría que sufren los campesinos.

Una de las consecuencias más negativas que conlleva la coexistencia de la explotación familiar con el modo de producción capitalista es la absorción de sus tierras, usadas directamente por el capital urbano –residencias, servicios e infraestructuras, industrias– y objeto de una sobresaliente extracción de excedentes. Por mucho que la crisis que desvela desde los años ochenta el crecimiento urbano ralentiza y retrae su dinámica expansiva, sobre todo en lo referente a las segundas residencias, no le impide seguir multiplicándose. En cualquier caso, aun cuando la mayoría de las comunidades de la región experimenta desde los años sesenta una reducción de suelo agrario y, singularmente, de labor –cereal de secano– nada despreciable, el primero de ellos sigue ocupando más de las tres cuartas partes del área geográfica de la región y su enajenación no es muy superior a la de otros territorios españoles. Tengamos en cuenta, a este respecto, que en las comunidades metropolitanas, que son las que soportan una mayor absorción de espacio agrario, este tipo de suelo continúa

conservando unas dimensiones similares a las que tiene en La Rioja. Es más, aunque el espacio urbano tiende a convertirse en exclusivo y a descongestionar la gran aglomeración del municipio de Madrid, las tierras de pastos han ganado superficie en las últimas décadas y ocupan una extensión bastante más alta que la que marca la media nacional. A la par, hay que dejar patente que las comunidades de Guadarrama, a pesar de que acusan la segunda penetración urbana más importante de la región, recuperan entre 1972 y 1989 un elevado número de Ha. de suelo agrario.

En esta línea, son muy remarcables al unísono los casos de las comunidades metropolitanas y de las Vegas, ya que ambas expresan la máxima capacidad de retención de suelo agrario que manifiesta el campesinado madrileño, evaluada, a diferencia de los procesos de apropiación, mediante un análisis sincrónico. Tal retención matiza de modo cardinal la incidencia de la absorción de tierras efectuada por la sociedad mayor, dejando constancia de la adaptación específica que acometen los campesinos para aminorar esa enajenación. Habida cuenta, además, de que el Area Metropolitana es la comarca más penetrada por el capital en su doble faceta y la que más sufre la apropiación de su espacio agrario, su retención de tierras agrarias rompe el eventual paralelismo, que podría llegar a establecerse en el sentido de que los territorios que evidencian una superior ocupación de suelo por parte de la sociedad mayor sean inevitablemente los que cuentan con menos superficie agraria. No es raro que las comunidades de las Vegas, en función de su baja penetración urbana y del papel primordial que ha jugado la economía primaria desde antaño, hayan sido capaces de conservar una amplia extensión agraria. Ahora bien, este mismo fenómeno reviste una transcendencia mucho mayor en el Area Metropolitana, pese a que sea menor que en las Vegas el número de Ha. preservadas. Resulta de máxima importancia para medir la capacidad de supervivencia del campesinado madrileño que un territorio, como el Area Metropolitana, definido por naturaleza como la zona típica de expansión urbana de la capital y profundamente señalado por la apropiación de sus tierras, haya podido conservarlas en unos niveles superiores a los de otras comarcas con inferior presencia del tejido urbano. Ha resistido mejor que otros espacios la penetración urbana y de las relaciones agrarias capitalistas, habiendo influido poco en ello la aptitud de su medio físico, la cuantía de las tierras ocupadas por la producción capitalista o sus índices de productividad.

Otra característica, que debe reseñarse en relación con la capacidad de retención de suelo agrario que demuestran las comunidades campesinas madrileñas, es que el mantenimiento de estas tierras se realiza mucho más bajo la fórmula de la propiedad que en concepto de arrendamiento o aparcería. La proporción que representan las tierras en arrendamiento o aparcería frente a las detentadas en propiedad es mínima en la totalidad de las comarcas. Ello indica que la absorción de excedentes y recursos campesinos, que lleva a cabo el modo de producción capitalista, no ha embargado el medio máspreciado para la explotación familiar: su tierra; no ha mercantilizado la vinculación de los campesinos con ella, obligándoles a pagar un canon que deben sustraer de sus rentas. Asimismo esa proporción da cuenta de que, a diferencia del arrendamiento o de la aparcería, la propiedad, habitualmente heredada, facilita

a las explotaciones familiares una mayor retención de beneficios, una menor subordinación a los condicionantes de la renta del suelo y una inferior extracción de recursos y excedentes, que muchas veces ha evitado la emigración y la ruina.

Un último rasgo que nos habla de la conservación de la superficie agraria lo constituye la presencia de los huertos familiares, cuyo relieve máximo en el Área Metropolitana muestra, desde otra perspectiva, la capacidad de las comunidades de esta comarca para mantener su espacio agrario. Dichos huertos aminoran la extracción de excedentes y recursos de suelo y, paralelamente, son uno de los mecanismos de adaptación más actuales que manifiesta la sociedad rural para detener el avance de la penetración urbana en el agro. Es innegable que conllevan en bastantes ocasiones sistemas de economía sumergida, ocupaciones desordenadas o ilegales de suelo agrario, fuertes deterioros del medio físico y encubrimientos de segundas residencias o áreas de recreo. A la vez, no dejan de ser una expresión de la colonización del agro madrileño y un subproducto de la forma que adquiere la estructura de la tierra en las zonas sometidas a máximas presiones urbanas. Sin embargo, desempeñan un cometido substancial en el proceso de absorción y preservación de recursos que protagonizan el mundo rural y la sociedad mayor, dado que, si bien marginalmente, ocupan una superficie para usos agrarios que por esta misma razón no se destina a fines urbanos en la planificación territorial. Exponentes nada desdeñables del retorno al campo de un buen número de efectivos demográficos, los huertos familiares comienzan a tomar vigor y a multiplicarse con la crisis urbana, estando llamados, por los indicios detectados, a cumplir una función relevante en el futuro. Este papel futuro lo avala el hecho de que, al emplazarse básicamente en los núcleos próximos a las aglomeraciones urbanas, proporcionan a esas zonas más penetradas por el capital urbano y más susceptibles de perder su suelo agrario un mecanismo para contrarrestar tal presencia y apropiación. Dicho emplazamiento responde a que esas áreas posibilitan mejor que otras la salida comercial de los productos de los huertos, disponen de espacios intersticiales para su ubicación y albergan un alto porcentaje de sus titulares.

La existencia de estos huertos se encuentra, igualmente, favorecida en gran manera por la planificación territorial de la Administración Autonómica, Local y Central como medio para aliviar el paro y la presión social de las ciudades y de mantener población, que resida y se emplee en sus lugares de origen. Reinvirtiéndose hasta determinado punto el proceso iniciado con tanto empeño desde los años cincuenta, ahora se persigue desde la ciudad sostener y potenciar, a un cierto nivel y por la vía de los huertos familiares, el sector agropecuario como forma de ocupación del territorio y de los recursos productivos. Se pretende con ello maximizar la rentabilidad social del sector agrario en unos momentos de crisis generalizada y de quiebra del modelo de desarrollo económico, en los que se vuelve preciso reorientar el crecimiento.

Sus protagonistas principales, tanto jóvenes como adultos, son parados de la construcción y, secundariamente, de la industria y los servicios, que antes fueron campesinos o miembros de familias campesinas. A ellos se unen numerosos jubilados, que se hallan aún en aceptables condiciones físicas y necesitan sumar a sus insuficientes subsidios unas rentas adicionales. En

muchos de sus protagonistas late el deseo de reencontrarse con una actividad perdida y practicada en su juventud y en otros tantos el móvil es, sencillamente, comenzar un nuevo modo de vida, obtener un empleo y conseguir unos ingresos que no pueden adquirir en otros sectores económicos. Por consiguiente, se trata, en esencia, de la población más directamente afectada por la crisis urbana, cuyos niveles de renta dependían totalmente de su integración en la vida de la ciudad. Junto a estos individuos, también aparecen jornaleros y otros campesinos que practican aparte la agricultura o ganadería a tiempo parcial en explotaciones de mediano tamaño. El objetivo que persiguen los titulares de los huertos familiares consiste en contribuir al autoconsumo doméstico y, sobre todo, en granjearse rentas que suplementen otras que ya poseen, pues rara vez tales explotaciones en precario permiten alcanzar unos rendimientos de subsistencia, habida cuenta de su escasa productividad y de que su menguado tamaño medio no suele superar los 700 m². Aun así, esto no impide su participación en los mercados locales o la comercialización de sus productos a pie de explotación.

Otro aspecto que los campesinos tienen que afrontar para coexistir con el modo de producción capitalista es el alto coste del suelo, que determina el fuerte expansionismo urbano y que tan sólo se retrae algo a mediados de la década de los ochenta debido a la crisis del modelo de crecimiento, seguido hasta el momento por la aglomeración urbana. Tal costo, que impide el desarrollo de las relaciones agrarias capitalistas en el campo madrileño, convierte el suelo agrario en un valor de cambio, en torno al que se organiza un gran negocio especulativo del que no están excluidos los campesinos. Antiguos y actuales campesinos intervienen directamente en la compra-venta de solares y juegan con el valor expectante de los mismos, abandonándolos en muchas ocasiones bajo la forma del barbecho social. Con todo, no hay que obviar que para la mayoría de las familias campesinas el suelo sigue siendo un valor de uso y no de cambio, como lo demuestran, entre otras razones, sus niveles de retención de tierras y las compras de parcelas que numerosos campesinos continúan desenvolviendo para ampliar sus unidades productivas. Estas compras diferencian cualitativamente, por lo demás, el modo de ejercer la producción de los campesinos y de los empresarios agrarios capitalistas, porque los primeros son más capaces de obviar el elevado coste del suelo que los segundos.

No obstante, si el coste del suelo y la apropiación de superficie agraria y de labor dificultan la coexistencia del campesinado con la sociedad mayor, dicha articulación la facilita la idoneidad que muestra la explotación familiar para salvaguardar la calidad del paisaje y del medio ambiente regional. Así, desde el inicio de la crisis urbana se potencia este rasgo de la explotación familiar y se tiende más a que el modelo de crecimiento urbano no margine al territorio rural, convirtiéndolo en un mero espacio residual. De esta manera, se extiende la noción de que la explotación familiar mejora las condiciones de vida del conjunto de los ciudadanos y constituye una buena forma de ocupación y planificación territorial, de poner barreras a las irregularidades del crecimiento urbano y de ordenar las superficies intersticiales que éste promueve.

Ahora bien, junto a la tierra, la absorción y retención de la fuerza de trabajo de la

explotación familiar también encarnan el tipo de coexistencia que ésta mantiene con el modo de producción capitalista. Las relaciones capitalistas no sólo se apropian directamente de la mano de obra campesina para garantizar el crecimiento urbano y, en una pequeña parte, del capital agrario, sino que la usan de forma indirecta para extraer excedentes a la explotación familiar. De hecho, el plustrabajo, que obtiene el modo de producción capitalista de la explotación familiar no sólo incluye la apropiación del producto campesino, sino la carga doméstica de trabajo no remunerado que le acompaña. Ejemplo palpable de ello es que la emigración, aparte de la privación de efectivos que comporta, induce muchas veces, para paliarla, una intensificación de la fuerza de trabajo –incremento de la jornada y del ritmo laboral, práctica de la agricultura a tiempo parcial– y de la producción de la explotación familiar, así como su mecanización o contratación de personal asalariado.

En cualquier caso, la absorción directa de la fuerza de trabajo campesina adquiere mucha más significación que la apropiación indirecta que vehicula la misma. La emigración intraregional hacia los empleos no agrarios es, desde luego, su exponente más claro y la causante de las pérdidas de población ocupada del medio rural, de su desertización humana, de la casi irrelevancia de los efectivos demográficos rurales frente a los urbanos y del elevado envejecimiento de los miembros del grupo doméstico. Además de incorporar a numerosos jornaleros, esta emigración afecta sobre todo a las ayudas familiares y, dentro de ellas, particularmente a las más jóvenes debido a su mayor movilidad social y falta de futuro definido en la explotación. Tal emigración de los miembros más jóvenes del grupo doméstico, que, aunque con variable ritmo, ha venido ocasionando una disminución progresiva de la ayuda familiar, constituye uno de los problemas más serios con los que ésta se encuentra para asegurar su continuidad futura e incluso presente. Y simultáneamente origina que el envejecimiento de los efectivos agrarios sea mucho más elevado que el existente en otros sectores económicos de la región.

Las comunidades de Lozoya–Somosierra son las que fundamentalmente ponen de manifiesto los altos niveles que alcanzan en la región el envejecimiento y el éxodo de los efectivos familiares, demostrando que tanto sus parámetros migratorios como los de la mayoría de las comarcas no expresan una relación directa entre emigración y penetración urbana. En efecto, a excepción de la comarca Suroccidental y las Vegas, las comunidades con mayor penetración urbana no son las más envejecidas y las que registran superiores índices migratorios hacia empleos de fuera del sector agrario. Esta falta de correlación la explica en buena medida la variable capacidad de preservar su fuerza de trabajo que apuntan los distintos tipos de explotaciones familiares.

La emigración intraregional hacia empleos de fuera del sector agrario se agrava, por otra parte, con el cambio de signo que experimenta el crecimiento urbano y demográfico de la región a mediados de los setenta, que desplaza puestos de trabajo y población desde el municipio de Madrid hacia su Área Metropolitana y otros núcleos más distantes. Este cambio de orientación, que afecta a la población más joven y de rentas más bajas, no sólo sigue hoy vigente, sino que, extendiéndose cada vez más hacia el exterior del Área Metropolitana,

parece que marcará la expansión urbana futura. De ahí, que la población campesina sea tan minoritaria en la práctica totalidad de los municipios frente a la urbana y que, en contraste con ésta, resalten sus niveles de envejecimiento mucho más que en otras regiones españolas. El Área Metropolitana es hoy por hoy el territorio que deja más clara constancia de ambos fenómenos.

Sin embargo, ante la adversa situación que entraña para la explotación familiar la emigración intraregional hacia los empleos no agrarios, son muy sobresalientes los mecanismos que despliegan los campesinos para retener su fuerza de trabajo y aminorar la extracción de excedentes, que en torno a ella vertebra indirectamente la sociedad mayor. Al tiempo, la propia naturaleza de la emigración genera ciertos procesos que favorecen el mantenimiento de la mano de obra de la explotación familiar. Y, por igual, hay que subrayar que la crisis urbana y la recesión económica, que operan desde finales de los años setenta, frenan bastante la apropiación directa de la fuerza de trabajo campesina, que lleva a cabo el modo de producción capitalista, debido al paro y al cambio de las expectativas de los potenciales emigrantes que promueven la ralentización del crecimiento demográfico y de las corrientes migratorias hacia, y dentro de, la región. Esta situación afecta de manera muy especial a los jóvenes, que ven en el campo un modo de vida alternativo a la crisis que sufren en la ciudad. A la par, tanto la crisis urbana como la recesión económica evidencian la idoneidad de la explotación familiar para sobrellevar los efectos negativos que ambas impulsan.

La emigración pendular, muy importante en el conjunto de las comarcas y llamada a tener más peso aún en el futuro, se funda en la proximidad del centro de trabajo al de residencia – carente o con insuficiente nivel de empleo –, en la carestía de la vivienda y en el uso masivo del automóvil. Este tipo de emigración, de ida y vuelta en el día, constituye una de las variables básicas que caracteriza al movimiento migratorio regional y que potencia la conservación de la fuerza de trabajo de la explotación familiar. A pesar de las disfunciones y los costes de tiempo que comporta, contribuye a evitar igualmente la despoblación de los territorios rurales. Aparte de hacer posible que los agricultores y ganaderos a tiempo parcial puedan ejercer un empleo fuera del sector agrario, engloba a numerosos emigrantes procedentes de otras regiones, que se asientan en municipios distantes de la capital, donde los precios de la vivienda son más asequibles que en los lugares de trabajo. Pero, principalmente, agrupa a muchos antiguos campesinos, que trabajan en la industria, la construcción o los servicios y que no abandonan sus localidades de origen. El hecho de que tanto los emigrantes llegados de otras regiones como estos antiguos campesinos residan en núcleos con poco empleo urbano origina, a veces, que puedan sumarse eventualmente a una actividad agraria cuando se quedan en paro. Baste reseñar, que no pocos de los individuos, que vuelven o se incorporan por primera vez al trabajo en el campo, son parados que protagonizaban la emigración pendular y que a menudo consiguen integrarse en las comunidades campesinas, recobrando en muchos casos lo que en otro tiempo fuera su modo de vida fundamental. Con todo, este cambio de actividad lo llevan a cabo, al unísono, muchos emigrantes provenientes

de otras regiones que no ejercen un éxodo pendular.

Por otro lado, como ya hemos apuntado unas líneas atrás, la crisis urbana y la recesión económica suscitan un retorno al campo y una persistencia de los campesinos en sus comunidades. Esto último no sólo obedece a que la venta y/o el abandono de la tierra y la posterior asalarización en empleos urbanos ya no sean una vía que se pueda elegir, sino que responde, a la vez, a la voluntad del modo de producción capitalista de que la población agraria no siga emigrando y engrosando las filas del paro. En consecuencia, se opera una cierta recuperación de los puestos de trabajo en el agro, que es superior y más temprana que la que se constata paralelamente en otras regiones españolas a comienzos de los años ochenta. Básicamente a partir de este periodo queda patente que el empleo en el agro resulta más estable que en otros sectores económicos, entre otras razones, porque la media de edad, que caracteriza al trabajo fuera del campo, encaja más dentro de los parámetros de una predisposición al paro que la que se observa entre unos campesinos sumamente envejecidos.

Por tanto, la emigración pendular, el asentamiento de emigrantes procedentes de otras regiones en el espacio de las comunidades rurales, el paro y otros efectos, que propician la recesión económica y la crisis urbana, han contribuido a que las explotaciones familiares hayan podido retener en una medida no despreciable su fuerza de trabajo y, simultáneamente, hayan sido capaces de rebajar la extracción de excedentes que comporta la absorción de sus efectivos. Aun cuando las dificultades que encuentran las explotaciones familiares para conservar su fuerza de trabajo son mayores en las zonas más cercanas a las aglomeraciones urbanas que en otras, más alejadas y despobladas, los efectivos campesinos de la región se recuperan desde el inicio de los años ochenta, siendo comparables con la población activa agraria de bastantes áreas del país y superando en 1993 a los activos existentes en el campo de dieciocho provincias españolas.

Aun así, el desempeño de la agricultura y ganadería a tiempo parcial es, sin duda, una de las fórmulas cardinales que utiliza la explotación familiar para mantener sus efectivos en el campo y aminorar la extracción de recursos que vertebra su fuerza de trabajo. No en vano, ha crecido enormemente desde 1972 y está protagonizado por casi la mitad –41,8%– de los campesinos de la región. Esta transcendencia de la agricultura y ganadería a tiempo parcial hace realidad en la región el hecho de que los mecanismos de extracción y dominación conllevan, a menudo, otros de adaptación establecidos por los grupos que padecen aquéllos; demostrando, asimismo, que toda tendencia general, desarrollada en la sociedad mayor, no elimina otra particular en ámbitos sociales menores o subordinados. El objetivo de la agricultura y ganadería compartidas consiste en proporcionar al grupo doméstico rentas adicionales y estables, que aseguren su continuidad y crecimiento potencial –ampliación de tierras y del capital circulante, modernización de la explotación–, así como su subsistencia y la ejecución de mejoras. Unidas a este objetivo económico, actúan también otras consideraciones de índole social y cultural, como son el deseo de un nivel de vida más alto, de guiarse por códigos de valores similares a los urbanos, acabar con su proverbial marginación y/o entablar relaciones sociales en un mayor plano de igualdad con las

formaciones sociales urbanas.

La duplicidad y, a veces, multiplicidad de las actividades campesinas es conocida desde antiguo y constituye, además, uno de los rasgos distintivos que definen sus explotaciones, ya que, entre otras razones, la distribución en el tiempo del quehacer agrario resulta muy irregular y durante estaciones enteras, como en el invierno, se paraliza casi por completo. Pensemos que tradicionalmente los campesinos, aparte de cultivar sus tierras y cuidar sus ganados, trabajaban en labores colectivas o en otras explotaciones durante las épocas de faenas más intensas: recolección, siembra. Su empleo en las grandes explotaciones asegura la necesaria provisión de mano de obra temporal a unas unidades productivas que, cuando se hallan fuertemente mecanizadas, sólo demandan aportes de trabajo adicionales en determinados periodos punta. También es cotidiana la compaginación de tareas distintas en el propio seno del sector agrario como labrar la tierra, cuidar animales y trabajar para industrias agroalimentarias. Y no menos tradicional se muestra la alternancia de trabajos dentro y fuera del sector agrario, acometiendo a la par la producción en el agro y la realización de actividades en la construcción, el comercio o la artesanía. Esta dualidad comporta el traslado diario de la fuerza de trabajo campesina hacia los empleos urbanos, siendo poco frecuentes los desplazamientos semanales.

En la actualidad este último tipo de dedicación a tiempo parcial, que combina el trabajo en el interior y en el exterior del sector agrario, se ha convertido en un fenómeno estructural y masivo entre el campesinado. Y ello, pese a que suscite un grado de autoexplotación para el conjunto de la fuerza de trabajo familiar y, al igual, una intensidad productiva mucho más notables que cuanto puede observarse en otros sistemas de agricultura compartida y aunque, al depender absolutamente de los empleos externos, pueda desaparecer con la eliminación de éstos en periodos de recesión económica. Favorecido por la Administración del Estado, como medio más idóneo para elevar las rentas campesinas que la mejora de la productividad o de los precios agrarios, el número de campesinos que lo ponen en práctica ha aumentado muy considerablemente en todas las economías occidentales, alcanzando la media europea entre un 40% y un 60% del total de la población activa agraria. Esta recibe más de la mitad de sus rentas de las labores emprendidas fuera de su explotación. Tal cifra crece todavía más en las zonas próximas a las grandes aglomeraciones urbanas, lo que configura el ejercicio de la agricultura y ganadería compartidas como un mecanismo de adaptación campesina especialmente concomitante con aquéllas. La presencia de una abundante oferta de empleo en la industria, la construcción o los servicios cercana a las explotaciones agrarias potencia extraordinariamente el desarrollo de esta clase de agricultura y ganadería a tiempo parcial. Y, al unísono, este impulso nos indica que, más que la falta de medios de producción, la fomenta una situación de mercado, en la que la fuerza de trabajo campesina percibe una mayor remuneración fuera de su sector que dentro de él. La familia campesina trata de cubrir sus requerimientos del modo más fácil y, por consiguiente, valorando cuánto la pueden aportar sus medios de producción y la dedicación de sus efectivos a otras alternativas productivas, elige la opción que le proporciona una retribución más ventajosa. El único rasgo que en este

supuesto distingue a la familia campesina de un empresario capitalista radica en que, una vez lograda la satisfacción de sus demandas de consumo y al restablecer su equilibrio económico, deja de producir y adquirir nuevas rentas. Por el contrario, la lógica de los empresarios capitalistas les lleva a utilizar siempre la totalidad de su capital.

Los protagonistas de la agricultura y la ganadería a tiempo parcial en la región son, fundamentalmente, los titulares y las ayudas familiares de pequeñas unidades productivas con bajos rendimientos y algunos asalariados agrarios fijos que, de manera puntual, deciden ampliar su nivel de ingresos con la realización de trabajos adicionales fuera del sector o bien en explotaciones arrendadas o abandonadas por sus propietarios. En no pocos casos, los pequeños propietarios emprenden esta dedicación parcial como un seguro contra el riesgo, habida cuenta de su precaria capacidad para afrontar catástrofes o pérdidas. Los campesinos con explotaciones de grandes dimensiones y buenas rentas apenas se incorporan a esta actividad, si bien lo hacen, en ocasiones, sus aportes familiares. No puede encuadrarse, sin embargo, dentro de esta práctica las tareas de ocio que determinados colectivos, ya se emplacen en la ciudad o en el campo, promueven en sus ratos libres, pues la práctica de la agricultura y ganadería a tiempo parcial es siempre una opción que se toma por necesidad económica y para restablecer el equilibrio entre el consumo y el desgaste de la fuerza de trabajo de la explotación.

Para concluir, la capacidad de las explotaciones familiares para mantener sus efectivos y aminorar la extracción de excedentes, que vertebra la absorción de su mano de obra, resulta peculiarmente patente en las comunidades de las Vegas. Estas han demostrado haberse adaptado mejor que otras comunidades de la región a las relaciones que las vinculan con la sociedad mayor en lo referente a sus recursos de fuerza de trabajo. Supuesto que tal capacidad no reside e menudo en una facultad volitiva, las comunidades de las Vegas han podido reunir todo un conjunto de condiciones objetivas de carácter socioeconómico, que les han permitido atenuar el embargo directo e indirecto sobre su fuerza de trabajo. Además de incidir mucho menos que en el resto de la región la emigración hacia empleos de fuera del sector agrario, la fuerza de trabajo campesina experimenta una evolución de saldo positivo entre 1972 y 1989. Estas comunidades son un vivo ejemplo, a la vez, del paralelismo que suele haber, singularmente durante las cuatro últimas décadas, entre la conservación de la estabilidad de las cifras de los efectivos campesinos y una densidad y cantidad de población total poco abultadas. Efectivamente, en las comunidades de las Vegas han ido de la mano la permanencia de los efectivos del grupo doméstico y una presencia no muy numerosa de grupos ajenos a la sociedad rural, por lo que se atenúa el carácter minoritario que tienen, en general, los campesinos frente a las formaciones sociales urbanas en la práctica totalidad de la región. El elevado volumen del paro en la industria y la construcción de la comarca, ha potenciado, sin duda, tal correlación.

Otro paralelismo relevante, que confirman las comunidades de las Vegas, es la incidencia en el mantenimiento de las ayudas familiares y en los niveles medios de juventud del grupo doméstico del éxodo pendular, del asentamiento de emigrantes provenientes de otras regiones

en el espacio comunitario y, sobre todo, del ejercicio de la agricultura y ganadería a tiempo parcial. Dicha correlación se profundiza, asimismo, por la circunstancia de que la fórmula de agricultura y ganadería compartidas, realizada en las comunidades de las Vegas, es la que genera menos intensidad productiva y laboral para el grupo doméstico: la efectuada en el marco comunitario, de modo eventual, dentro del sector agrario y en jornada no completa. Coincide, por lo demás, que bastantes de los sujetos que practican esta modalidad son emigrantes pendulares y/o procedentes de otras regiones y parados, que antes fueron campesinos y retornan a su antigua explotación o a otra diferente.

La otra cara de la moneda que diseñan estos paralelismos la hallamos en las comunidades de Lozoya-Somosierra. Lo manifiestan su escasa capacidad para retener los efectivos domésticos y el gran envejecimiento del grupo familiar que, no obstante, se rejuvenece bastante a partir de los años ochenta debido a la vuelta al campo de emigrantes jóvenes y a la disminución, desde esas fechas, de las tasas migratorias.

Por otra parte, la extracción de excedentes, que acusa la producción campesina en el conjunto de la región, no hace más fácil la coexistencia de las explotaciones familiares con el modo de producción capitalista que la que vehiculan la tierra y la fuerza de trabajo. Se trata de una absorción de excedentes que beneficia primordialmente al capital urbano, como en el caso de la tierra y de la fuerza de trabajo, pero que tampoco deja en precario a las relaciones agrarias capitalistas, más beneficiadas por la extracción que llevan a cabo sobre la producción que por la que desenvuelven sobre aquellos otros dos factores.

En este sentido, tal embargo de excedentes está determinado, substancialmente, por el hecho de que el abastecimiento regional de productos alimentarios proceda casi en su totalidad del exterior de la Comunidad de Madrid, dadas la ingente demanda que protagoniza la aglomeración urbana y las ganancias, que proporciona a las empresas de distribución la manipulación de la producción de numerosas áreas agrarias españolas. Este abastecimiento externo extrema para la explotación familiar las dificultades de acceso al mercado, rebaja los precios percibidos por los distintos productos, desincentiva la producción y desplaza el papel potencial que podría jugar el sector agrario en el suministro de la demanda alimentaria de la región. Igualmente agudizan este embargo la introducción de bienes de producción de origen industrial en las explotaciones familiares, máxima responsable de su endeudamiento y de las elevadas ganancias de las empresas suministradoras, y su orientación hacia las producciones más rentables –ganadería–. Ambos aspectos los promueven, en primera instancia, las empresas de distribución agraria, pero, más allá, benefician al capital urbano.

Ahora bien, no puede decirse que sea precaria la capacidad que demuestran las explotaciones familiares para conservar sus excedentes. Si no lo ponen demasiado en evidencia las explotaciones familiares metropolitanas, no ocurre lo mismo en el resto de las comarcas y, sobre todo, en Lozoya-Somosierra. Así, en comparación con otras regiones, no resulta muy marcada la presencia de bienes de equipo de origen industrial, es muy sobresaliente el porcentaje que representa la producción campesina frente a la capitalista, hay un masivo dominio del régimen extensivo y no se han sustituido demasiado las técnicas

productivas basadas en la transformación de la energía natural. Al unísono, en relación también con otras regiones, poco es lo que se ha especializado e intensificado la producción de la explotación, pese a la inducción efectuada por las relaciones agrarias capitalistas y por las necesidades del capital urbano. Y, finalmente, aun cuando no destaca particularmente la constitución de cooperativas de producción, ha crecido en los últimos años el nivel de afiliación. Estas cooperativas, impulsadas a menudo por la Administración del Estado, aminoran profundamente el embargo de excedentes de producción y aseguran la continuidad de las explotaciones familiares. De esta forma, les permiten sufragar colectivamente la mejora de su producción frente a la competencia de las relaciones agrarias capitalistas y la importación de alimentos de fuera de la región, la compra de tierras y de sus medios productivos y la amortización de créditos y servicios de asistencia técnica y contable. Maximizan, por otro lado, los ingresos obtenidos de la actividad en la explotación y potencian una mayor complementariedad de la agricultura con la ganadería. Unas veces, conllevan la fusión parcial de varias explotaciones, otras, la ampliación de una sola y, en la mayoría de los casos, la puesta en común de tierras, animales, tecnologías y capitales, aunque ello no impide que en general los socios se reserven una pequeña parte de suelo para aprovechamientos muy específicos o para su autoconsumo: huerto, granja. Y su buen funcionamiento depende de que la contratación de asalariados que puedan llevar a cabo, a medida que se amplían y prosperan, las relaciones que entablan sus socios tanto vertical – confiscación de beneficios, aportaciones desproporcionadas de capital y jerarquización institucional por parte de algunos asociados – como horizontalmente y la búsqueda excesiva de la productividad y las rentas, por encima del equilibrio económico de las unidades domésticas, no las convierta en una empresa capitalista.

Por último, el embargo de excedentes, que soportan las explotaciones familiares en el ámbito de la producción, se amplía bastante más en la esfera de su distribución y de su consumo. Como ya concluimos, al hablar del nivel de sustitución de la explotación familiar por el capital agrario, la comercialización y transformación de productos hace especialmente difícil la coexistencia de la unidad doméstica con el modo de producción capitalista, máxime si tenemos en cuenta que la capacidad de las comunidades para contrarrestar su extracción de excedentes en este terreno no es muy significativa. Pues bien, otro tanto sucede con el consumo, sobre todo en las comunidades metropolitanas, que aparece muy ligado al endeudamiento de las explotaciones familiares y a su imperativo de solicitar créditos y que, en contraste con otras regiones, comporta una demanda muy notable de artículos suntuarios y de ocio y un seguimiento de patrones urbanos, a los que se ajustan estrechamente los requerimientos de equipamientos y bienes de primera necesidad. Y tampoco son muy importantes los mecanismos, que utilizan las explotaciones familiares, para contrarrestar la gran extracción de excedentes que registra su consumo, a excepción de lo observado en las comunidades de las Vegas, la Campiña y Lozoya-Somosierra. A pesar de que las explotaciones familiares tienden a equilibrar la proporción entre su trabajo y su consumo, el autoconsumo es exiguu en la mayoría de la región lo mismo que el abastecimiento generado

por la oferta local. Al tiempo, los niveles de intercambio interfamiliar, favorecidos por la diversidad productiva de la mayor parte de las explotaciones, no logran contrarrestar demasiado la elevada oferta y demanda de bienes de origen y carácter urbanos.

En suma, la coexistencia de la explotación familiar con el modo de producción capitalista determina una asimetría potencial muy intensa para el campesinado en el conjunto de la región. Con todo, salvando el ámbito del consumo y de la distribución, tal asimetría no ha impedido el desarrollo de relevantes mecanismos de adaptación y defensa de los campesinos que, a la par que demuestran su capacidad de supervivencia, garantizan su continuidad histórica y rebajan los niveles de dependencia que les ocasiona su articulación con el modo de producción capitalista. Esto último lo ponen esencialmente de manifiesto las comunidades de las Vegas, de la Campiña y, sobre todo, de Lozoya-Somosierra, evidenciando, por igual, la correspondencia existente entre el nivel de extracción de excedentes que sufren los distintos marcos comunitarios y su grado de penetración urbana.

ARTICULACION DE LA ORGANIZACION SOCIAL CAMPESINA CON LA SOCIEDAD MAYOR

La asimetría potencial, la adaptación y la dependencia, que muestra la organización económica de los campesinos madrileños son correlativas a las que presentan sus estructuras sociales en el ámbito de la familia y la comunidad.

La coexistencia que sostiene la familia campesina con la sociedad mayor afecta simultáneamente a su función empresarial y a su cometido social; es decir, a su actuación para asegurar con eficacia la satisfacción de sus requerimientos y a su papel de cara a la socialización de sus miembros. Ambas vertientes, que configuran al grupo doméstico como una unidad de producción, distribución y consumo y como célula básica de integración social para los campesinos, expresan los rasgos que caracterizan la asimetría potencial, la adaptación y la dependencia proyectadas por la familia en su proceso de coexistencia con la sociedad mayor.

Tal articulación comporta, en primer lugar, una alteración del tamaño y de la composición del grupo doméstico. Además, a diferencia de lo que venía sucediendo tradicionalmente, ambos factores ya no son los únicos que definen los límites máximos y mínimos de la actividad económica familiar. En la actualidad la extracción de excedentes y recursos, que soporta el grupo doméstico, resulta casi tan decisiva para definir esos límites como el tamaño y la composición de la familia. No en vano, dicho embargo ha elevado sensiblemente las cotas mínimas y máximas de la actividad empresarial de la familia. Unido a ello y como consecuencia de la absorción de su fuerza de trabajo, el grupo doméstico tiene que afrontar, aparte, la disminución de su número de efectivos y, más concretamente, de sus ayudas domésticas, viendo recortados sus niveles de suficiencia para el cumplimiento de sus tareas y la satisfacción de sus requerimientos. Estas carencias las agravan, paralelamente, el marcado envejecimiento de la edad media de la unidad doméstica y la cierta desproporción de sexos

que introduce la emigración, implicando una ligera prevalencia de hombres sobre mujeres debido al mayor éxodo de éstas y, en no pocos casos, la falta de relevo de los cabezas de familia por sus hijos. Así, la merma de aptitud de los efectivos del grupo y de la propia familia para el cumplimiento de sus funciones, que conllevan estos dos factores, vienen a sumarse a las carencias que encuentra la unidad doméstica a causa de sus pérdidas de miembros.

En cualquier caso, estas alteraciones que reflejan el tamaño y la composición de la familia no son superiores a las existentes en la mayoría de las regiones españolas, si salvamos la excepción que suponen las comunidades de Lozoya-Somosierra. De hecho, el valor medio del tamaño familiar en la región de Madrid es equiparable al que se observa en aquellas otras áreas del país. No es casual, en consecuencia, que las distintas familias de la región, en contraste con otras áreas rurales españolas, no recurran apenas al empleo de asalariados para sustituir o aumentar los aportes de su fuerza de trabajo, como lo evidencia el hecho de que la mano de obra contratada por los diferentes grupos domésticos sólo represente un 8% del total de los efectivos familiares. Por otro lado, tanto el número total de familias campesinas de la región, como su tamaño y composición se recuperan bastante desde el inicio de los años ochenta, a raíz de la contención de los movimientos migratorios hacia empleos de fuera del agro, del desarrollo de las migraciones pendulares, del retorno al campo de numerosos emigrantes y del asentamiento en el territorio comunitario de antiguos campesinos, originarios de otras regiones, y de parados de la ciudad.

Asimismo, las transformaciones que presenta en el conjunto de la región el tamaño y la composición de la familia se reducen considerablemente en las comunidades de la comarca Suroccidental, de la Campiña y, sobre todo, de las Vegas. Los distintos grupos domésticos de estas tres áreas son los que mejor han podido adecuar su tamaño y composición a la consecución de sus objetivos sociales y económicos en virtud, fundamentalmente, de su capacidad de retener su fuerza de trabajo.

Una segunda alteración de relieve que sufren las familias de la región en su coexistencia con la sociedad mayor es la que acusa su división social del trabajo; es decir, la forma en que el grupo doméstico organiza su actividad y asume el desempeño de sus funciones. Su manera de realizar la división social de su trabajo, que diferencia substancialmente a las familias campesinas de las urbanas, se altera tanto en lo referente a la intensidad laboral del grupo y a las funciones ejercidas por cada uno de sus miembros como en lo relativo a las relaciones de reciprocidad, que entroncan a unas unidades domésticas con otras. Y ello, porque la familia, además de sumar a sus propias tareas las que le impone la sociedad mayor, tiende en paralelo a incorporar la forma de efectuar unas y otras que le marca esta instancia social más amplia y hegemónica. Sin embargo, esta alteración, máxima en las comunidades metropolitanas y de Guadarrama, no es demasiado sobresaliente en las Vegas, la comarca Suroccidental y, singularmente, en Lozoya-Somosierra.

Muy ligada a la satisfacción de las demandas sociales y económicas que de modo ascendente plantea la sociedad mayor a la familia, la intensidad laboral de los grupos

domésticos se acentúa respecto a los años cincuenta; siendo, no obstante, muy inferior a la de otras regiones españolas y no muy diferente de la existente en la década de los sesenta. En este crecimiento influye, al igual, el incremento de las necesidades materiales y sociales de la familia y de cada uno de sus miembros que comportan esas demandas de la sociedad mayor y que se manifiesta, esencialmente, en el seguimiento cuantitativo y cualitativo de los patrones urbanos de consumo y en el imperativo de obtener superiores rentas. Tengamos en cuenta que el aumento de las demandas exógenas a la familia lleva casi siempre consigo la ampliación de las endógenas. Tal elevación de la intensidad laboral afecta al calendario productivo, pese a que no lo modifica en sus aspectos cardinales –momentos favorables del día y del ciclo anual, condiciones físicas del medio–, y, sobre todo, al monto, a la dureza y al ritmo del trabajo. De esta manera, son consecutivos con dicho incremento de la intensidad laboral el gran desarrollo que adquiere la práctica de la agricultura y la ganadería a tiempo parcial en las últimas décadas y, a la vez, el mayor esfuerzo que debe realizar el conjunto del grupo para sustituir el aporte de los miembros emigrados.

Ahora bien, no se puede afirmar que la contratación de asalariados y el crecimiento de los índices de productividad hayan incidido en la intensidad laboral de la familia. Junto a explotaciones muy intensificadas, adaptadas al máximo a los imperativos del mercado, muchas más conservan su carácter extensivo y no están tan pendientes del tipo y de la magnitud de los productos que reclaman los circuitos comerciales. Es más, incluso en lo que respecta a las comunidades de las Vegas y la Campiña, que presentan las tasas regionales máximas de intensidad laboral, no hay razón para sostener que esta intensificación, dirigida principalmente a elevar el bienestar del grupo doméstico –adquisición de tierras– haya roto el equilibrio entre el consumo y el trabajo de la familia.

Frente a la alteración de la intensidad laboral del grupo doméstico, resulta bastante mayor la que registran sus funciones. Las modificaciones del tamaño y de la composición de la familia y de su intensidad laboral han condicionado un reajuste significativo de sus funciones, paralelo a la transformación de sus patrones de comportamiento, deberes, derechos y relaciones. La unidad familiar continúa siendo el marco primordial de socialización para sus miembros y el medio por el que éstos se convierten en vecinos de la comunidad, se hacen solidarios con ella y aprenden las pautas de actuación, el sistema de valores y los rasgos culturales impresos en su organización social. Pero, a semejanza de las familias urbanas, varía la tradicional subordinación del individuo y sus derechos a los intereses generales del grupo. La dependencia de la familia origina dentro de ésta una independencia cada vez más acusada de sus integrantes frente al grupo y, en particular, respecto al cabeza de la unidad doméstica. Lo refleja espacialmente la casa familiar mediante la separación de las áreas de trabajo y vivienda, la desaparición de numerosos lugares comunes en la zona de residencia y la individualización de las estancias. También se obvian en parte las diferencias que introducen el sexo y, sobre todo, la edad, ya que, mientras las mujeres se marchan más que los hombres de la explotación, de la comunidad y del sector agrario, los jóvenes ya no se sienten tan obligados como hace décadas a seguir la forma de pensar y actuar de sus mayores,

desligándose del grupo para mejorar su propia situación y disfrutar de más y mejores opciones de relación. Por tanto, la alteración máxima de las funciones de la familia la protagonizan y desencadenan los hijos debido a su emigración y a la dejación de unos cometidos, que deben asumir o se ven obligados a dejar de cumplir los restantes miembros de la unidad doméstica.

Este panorama regional se agudiza en las comunidades metropolitanas y de Guadarrama, pero resulta mucho menos obvio para las familias de la Campiña, las Vegas y, especialmente, de la comarca Suroccidental. En estos tres tipos de comunidades el grupo doméstico es más autosuficiente, polivalente y eficaz que en el resto de la región para cumplir sus funciones económicas, sociales, sexuales y afectivas, al tiempo que necesita recurrir menos a instituciones especializadas para satisfacerlas, evitando en bastante medida que éstas capten muchos de los cometidos del cabeza de familia. Gracias a ello, a su alternancia de funciones y a que sus miembros se guían menos por relaciones personalizadas y son más dependientes y solidarios respecto al grupo, puede cubrir sus requerimientos con un coste bajo, rápidamente y de forma completa, atendiendo sin fragmentar en objetivos únicos las demandas familiares. Igualmente, se atenúa sensiblemente en estos tres tipos de comunidades la creciente falta de diferenciación por sexo y edad, que define en el resto de la región las funciones y relaciones de los efectivos domésticos. En este sentido, el papel de los hombres sigue siendo preeminente frente al de las mujeres, que se muestran socialmente dependientes, a pesar de su gran movilidad actual y su mayor relieve dentro del ámbito comunitario. A la par, el cabeza de familia, diferenciándose nítidamente de la función que cumplen sus homónimos en la sociedad urbana, continúa ejerciendo, como décadas atrás, el control del grupo, actúa como jefe del mismo y de la explotación y su autoridad, encaminada a conservar la cohesión doméstica y asegurar la socialización de los miembros de la unidad familiar, le hace representante privilegiado de ésta ante la comunidad. En relación con esta última función, hay que subrayar, sin embargo, que, incluso en las comunidades en que se han alterado más los cometidos familiares, como ocurre en las metropolitanas y en las de Guadarrama, hay diferencias muy cualitativas entre los cabezas de familia de las unidades domésticas campesinas y de las urbanas. En efecto, la comunidad no otorga el carácter de vecinos a los cabezas de familia de los grupos domésticos urbanos y, consecuentemente, tampoco a los miembros de tal unidad familiar. Lo mismo sucede con los cabezas de familia que detentan explotaciones capitalista. Y no es fácil que acontezca lo contrario con las familias campesinas llegadas recientemente de otras áreas; al menos, no de buenas a primeras.

Por lo demás, tanto en las comunidades de la Campiña y las Vegas como, singularmente, en las de la comarca Suroccidental, el papel de la esposa sigue siendo muy importante para regular y equilibrar el consumo del grupo doméstico, en base a lo que suele participar en la planificación de la actividad económica de la familia e influye en la selección de las alternativas productivas. A excepción de la labor auxiliar que acostumbra a realizar en la explotación, la función de la esposa no está directamente ligada a un objetivo productivo, pero ahorra numerosos gastos a la unidad doméstica –labores de la casa, cuidado de sus miembros, autoconsumo, huerto, corral–. Paralelamente, aun cuando los hijos aceptan con más

dificultad la obligación de trabajar para el grupo y prefieren en su mayoría emplearse fuera de la explotación, antes de emigrar y, sobre todo, cuando deciden permanecer en el campo siguen asumiendo que el padre es el cabeza de familia, el patrón de la explotación y su representante ante la comunidad.

Una última alteración que experimenta la división social del trabajo del grupo doméstico es la que opera sobre las relaciones de reciprocidad interfamiliar. No tan sobresalientes como las que acusan las funciones de la unidad doméstica y algo mayores que las que caracterizan su intensidad laboral, las transformaciones observadas en los vínculos de reciprocidad y cooperación interfamiliar muestran un cambio notable de las pautas tradicionales que regulaban estas relaciones. Tal cambio, que aumenta el nivel de suficiencia que asume la familia y el grado de independencia social y económica de unos grupos domésticos respecto a otros, es paralelo al incremento de los nexos entre la sociedad mayor y las unidades familiares, que desplazan los existentes entre éstas. Dicho cambio se manifiesta en la disminución de los mecanismos de intercambio, de las instituciones basadas en la reciprocidad y de los usos comunales, lo que dificulta que la familia pueda contrarrestar la división social del trabajo que le impone la sociedad mayor, haciéndola menos capaz de suavizar su intensidad laboral y la alteración de las funciones de sus miembros.

Aun así, no puede afirmarse que la reciprocidad interfamiliar carezca de peso, máxime si tenemos en cuenta que la creciente movilidad social, que desvela el grupo desde los años setenta, ha multiplicado los vínculos entre familias incluso en los territorios en los que se aprecia una menor interacción y cooperación de las unidades domésticas, como son el Área Metropolitana y Guadarrama. Tal movilidad social ha favorecido, por otra parte, que la reciprocidad interfamiliar no se limite tan sólo a los nexos que establecen las unidades domésticas de la misma comunidad, sino que se amplíe a los lazos que unen a las familias de distintos marcos comunitarios y, en ocasiones, de diferentes comarcas.

A ello hay que agregar que los niveles de reciprocidad y cooperación de las Vegas y Lozoya-Somosierra son muy superiores a los constatados en el resto de la región, lo que contribuye a trazar en estos territorios una fuerte barrera entre las familias campesinas y las urbanas. Destacan muy substancialmente en ambas comarcas los usos comunales de suelo y las Ha. tenidas en régimen cooperativo, que contrastan de forma patente con las bajas tasas que definen por estos conceptos al conjunto de la región y que resultan bastante inferiores a la media nacional debido, sobre todo, a la privatización de tierras comunes en áreas forestales para su destino a fines residenciales. Aunque en la práctica totalidad de la región aumenta desde los años setenta la superficie en régimen cooperativo, la reciprocidad interfamiliar que promueve este uso es mucho menor que la advertida en las Vegas y Lozoya-Somosierra, donde, al unísono, potencia bastante más que la familia pueda retener sus recursos y excedentes de suelo. La cooperación interfamiliar de las Vegas y Lozoya-Somosierra, aparte de verse alimentada por unos usos comunales que reparten colectivamente la carga de la renta de la tierra y que permiten ampliaciones de suelo a bajo coste, se basa, a la vez, en la gran significación de los mecanismos de intercambio –producción, maquinaria, fuerza de trabajo,

productos de consumo, cuidado de enfermos y niños– y de las instituciones fundadas en la reciprocidad –mancomunidades–. Una de las consecuencias más destacables, que suscita la reciprocidad interfamiliar para las comunidades de las Vegas, es la disminución de los desequilibrios que introduce en la familia su intensidad productiva. A fin de contrarrestar la sobrecarga de trabajo y el endeudamiento que suele comportar tal intensidad productiva, la mano de obra familiar no se circunscribe sólo a las tareas de su propia unidad doméstica, al tiempo que unas familias actúan de avalistas de otras para que unas terceras accedan a la concesión de medianías, arrendamientos o créditos. Asimismo, la reciprocidad interfamiliar atenúa notablemente en las comunidades de Lozoya–Somosierra las carencias que presenta el grupo familiar a causa de la emigración y del envejecimiento de sus efectivos. De este modo, se compensa, desde el marco comunitario, la pérdida de protagonismo de la unidad doméstica como institución primaria para la socialización y endoculturación de los individuos y como vehículo, por el que éstos se incorporan con pleno derecho a su comunidad.

Finalmente, la asimetría y los procesos de adaptación que expresa la familia se materializan también en lo referente a su formación y continuidad; es decir, a sus sistemas de matrimonio y herencia.

Las alteraciones, que refleja el matrimonio, se centran en el establecimiento de vínculos conyugales con individuos ajenos a la sociedad campesina y en el elevado índice de soltería masculina. Ambos aspectos no han dejado de incrementarse desde los años setenta. Tales cambios obedecen al asentamiento de las formaciones sociales urbanas en el espacio comunitario, a la posición minoritaria de los campesinos ante ellas, ya se hayan instalado o no en el territorio de la comunidad, y a la emigración de los efectivos familiares, muy en particular de las mujeres. Además es frecuente que ambos cónyuges, perteneciendo a familias campesinas, hayan renunciado a dar continuidad a la explotación, empleándose en trabajos urbanos. Y, al igual, ligada a la acentuación de la movilidad social y a la necesidad de ampliar los recursos de la propia comunidad, la constitución de vínculos exogámicos resulta muy común tanto entre campesinos de distintos marcos comunitarios como, sobre todo, con varones extraños a la sociedad rural, por quienes suelen optar las mujeres campesinas. Simultáneamente, a imitación de los patrones socioculturales de la urbe, los hijos muestran frente a los padres una independencia económica, psíquica y de relaciones, que refuerza su libertad de elección de cónyuge y el hecho de que los intereses individuales de los contrayentes apenas contemplen los requerimientos y la clase de alianzas que demandan sus familias. Unido a ello, la edad de contraer matrimonio se ha retrasado, si bien no tanto como en la urbe, dado que en el campo se supedita mucho menos a la falta de opciones laborales o a la imposibilidad de obtener una independencia económica. Por otro lado, la dote ya no se hace tan imprescindible como en el pasado, dada la importancia que adquieren los matrimonios que rompen la continuidad del grupo doméstico, ya sea por efectuarse con un varón no campesino o entre cónyuges que han decidido abandonar la explotación familiar y dedicarse a un empleo urbano. En estos casos deja de tener sentido para los campesinos una dote que no conduce a un contrato social y económico entre familias. Ello no presupone, sin

embargo, que la dote desaparezca como donación económica de las familias a los contrayentes, materializándose hoy, a menudo, en regalos o en el pago de la fiesta de bodas. Por mucho que cambie su significado y su forma, no suele variarse el monto económico que los grupos domésticos aportan a los cónyuges.

Todas estas transformaciones se extreman en las comunidades metropolitanas, donde la presencia de cónyuges forasteros favorece, y se armoniza con, el interés que demuestran las familias por lograr mayor disponibilidad de recursos e ingresos extra agrarios. De ahí, que se tolere mejor la autonomía de los miembros de la unidad doméstica, que se conceda más transcendencia a los lazos afectivos como forma de conexión entre individuos y, por igual, que no se exija tanto como en el resto de la región que la personalidad y/o la dote del cónyuge forastero tengan que adaptarse a los requerimientos y objetivos del grupo familiar. No en vano, el matrimonio con cónyuges ajenos a la sociedad rural no sólo es buscado por los potenciales contrayentes sino por sus propias familias. Si con anterioridad a los años sesenta el hilo conductor del parentesco proporcionaba a las familias metropolitanas un pasado común, hoy se han ido destruyendo paulatinamente los vínculos que unían a unas generaciones con otras, a unos vecinos con otros y a unas comunidades con otras.

Con todo, el panorama del Area Metropolitana contrasta de manera muy patente con lo constatado en la comarca Suroccidental, la Campiña y, más aún, en las Vegas. En estos territorios los vínculos matrimoniales siguen estando muy controlados por las familias y se atribuye un gran relieve a la estabilidad que debe revestir todo nexo conyugal, dado que su firmeza asegura la del grupo doméstico y, por extensión, la de la explotación. No es casual que se trate de las comarcas, en las que se registra un mayor número de matrimonios entre campesinos y, por consiguiente, de los vínculos conyugales que mejor avalan el mantenimiento de la explotación familiar y de la perpetuación futura del grupo doméstico. Lo fomentan sus relativamente bajos niveles de emigración, la notable idoneidad del tamaño y de la composición de la unidad doméstica y el peso de la reciprocidad interfamiliar. A la par, se observa que los matrimonios entre varones campesinos y mujeres ajenas a la sociedad rural canalizan en pro de la comunidad y de las familias muchas de las vocaciones centrífugas, que encarnan determinados individuos y grupos, constituyéndose como un relevante mecanismo de supervivencia de las unidades domésticas y, al unísono, como un procedimiento que atenúa los niveles de soltería masculina. También garantizan la persistencia del grupo familiar los matrimonios entre campesinos, en los que uno de los cónyuges pertenece a una familia de otra región, asentada en la comunidad, que ha regresado al campo para ejercer una actividad agraria. Este sistema de matrimonio, en aumento desde el inicio de los años ochenta debido al paro en los empleos urbanos, distorsiona los cauces del control que la comunidad entabla sobre los vínculos conyugales, pero incrementa la identidad de ésta frente a la sociedad mayor, al crecer su número de efectivos por dicha vía y al aparecer como una opción institucional substitutiva de aquella instancia social más amplia y hegemónica. Tanto en estos tipos de matrimonio como, principalmente, en los ejecutados entre campesinos de la misma o de distinta comunidad la dote no se altera ni en su significado ni en su contenido y forma

tradicionales. A la vez, las exigencias del grupo doméstico ante los cónyuges ajenos a la sociedad campesina –perfil psicológico, dote, aficiones, hábitos, conductas–, mucho más altas que las demandadas para los contrayentes pertenecientes a ella, se acrecientan fuertemente respecto al resto de la región a fin de garantizar la estabilidad de la familia establecida y la continuidad que ésta imprima a las unidades familiares preexistentes. Tal exigencia, igualmente encaminada a la supervivencia futura del grupo doméstico, no sólo recae sobre el contrayente forastero sino sobre ambos cónyuges.

Por otra parte, las alteraciones que proyecta la herencia son un vivo ejemplo de la fuerza que adquieren en la región los procesos de adaptación de la familia para asegurar su continuidad. Tales mecanismos de resistencia no son ajenos, desde luego, al papel fundamental que juega la herencia para la formación del grupo doméstico. La herencia le aporta la tierra y, en numerosas ocasiones, la casa y los bienes de producción; y sin ella rara es la familia que ha logrado poder constituirse.

El cambio básico que muestra la herencia consiste en el intento de no fragmentar demasiado una explotación y unas rentas generalmente insuficientes, lo que conforma una estrategia de supervivencia familiar para no acrecentar desde dentro del propio grupo unos niveles de desequilibrio ya bastante elevados. Con tal finalidad, toma cada vez más auge el sistema de herencia, que tiende a que el hijo varón primogénito, que no haya emigrado, sea quien perciba la propiedad y la dirección de la hacienda familiar, compensando por diversas vías a los descendientes no beneficiados. Este procedimiento, muy poco habitual en la región hasta los años setenta y favorecido por la emigración de las ayudas domésticas, se simultanea, no obstante, con el reparto igualitario a todos los hijos, que es el que ha venido siendo tradicional. Ahora bien, lo mismo que el sistema a partes iguales no garantiza la persistencia de la familia, cuando se transmite una explotación de reducido tamaño que soporta una alta extracción de excedentes, el procedimiento a un solo descendiente no evita la ruptura de la continuidad del grupo si confluyen, al tiempo, un elevado coste del suelo de la hacienda familiar, una importante presencia en ella de los hijos y un bajo éxodo de éstos. El alto coste del suelo dificulta los procesos de compensación a los hijos que no heredan la hacienda; y, por otro lado, la permanencia de éstos en la explotación y su falta de alejamiento de ella complican la aceptación de un mecanismo de herencia que, bajo tales circunstancias, parece lesivo. En este sentido, las familias de la Campiña, las Vegas y, sobre todo, de Lozoya–Somosierra son las que mejor han podido adecuar la estrategia de su transmisión a las condiciones propias de la naturaleza de su hacienda y a los imperativos impuestos por la sociedad mayor.

En definitiva, si tenemos en cuenta los procesos asimétricos y de adaptación que manifiestan las familias campesinas de la región en lo referente a su tamaño y composición, a su división social del trabajo y a su formación y continuidad, podemos concluir que se trata de unas unidades domésticas que, aunque acusan una fuerte dependencia respecto a la sociedad mayor, se diferencian con nitidez de los grupos familiares urbanos. Ello resulta muy perceptible en las comunidades de la comarca Suroccidental, de Lozoya–Somosierra y, sobre

todo, de las Vegas. Asimismo, las familias campesinas de la región de Madrid siguen conservando una naturaleza social específica, derivada en buena medida de, e imbricada con, la propia peculiaridad de su modo de producción.

En cualquier caso, la articulación de la organización social campesina con la sociedad mayor no sólo se materializa en el carácter de las relaciones que desenvuelve la familia con esa instancia más amplia y hegemónica, la expresa paralelamente la naturaleza de los vínculos que sostiene con ella la comunidad. La dependencia, que generan en la organización comunitaria los nexos sociales contruidos entre este ámbito y la sociedad mayor, se hace patente en la verticalidad de las relaciones entre vecinos, en los rasgos que definen la institucionalización de la vida de la comunidad y, sobre todo, en la presencia de grupos no campesinos en el espacio vecinal. Estos aspectos que, a la vez, propician esa dependencia, explican conjuntamente los distintos tipos de estructura social comunitaria que hallamos en la región.

La presencia de grupos no campesinos en el territorio de la comunidad, configurada casi en su totalidad por las formaciones sociales urbanas, es el factor que desencadena mayor asimetría en el seno de la organización comunitaria. Tal asimetría se agudiza aún más en el caso de que estos grupos fijen su residencia en el espacio comunitario, ya que ésta es un factor más desestructurante para la comunidad que el trabajo, al implicar a una cifra superior de individuos, comportar un contacto cotidiano e intenso con los campesinos y potenciar en mayor medida el modelo de crecimiento urbano. Este asentamiento, causante directo de que los grupos urbanos sean la población mayoritaria en el conjunto de los municipios madrileños, acentúa la marginalidad numérica y social de los campesinos en la práctica totalidad de la región. Recordemos que, sin contar al municipio de Madrid, los campesinos representan un 1,7% del total regional de la población de derecho e, incluyéndolo, un 1,1%.

Aun así, hemos de advertir que, en cifras absolutas, la población campesina no es muy inferior a la de muchas regiones españolas, por lo que la lectura esencial de ese porcentaje alude más al fuerte crecimiento demográfico, que conlleva el expansionismo urbano, que a las carencias de efectivos de las comunidades rurales. Por lo demás, tal porcentaje se supera bastante en las comunidades menos penetradas por las formaciones sociales urbanas, como sucede primordialmente en Lozoya-Somosierra, donde, frente a la población total de derecho de la comarca, los campesinos suponen un 14,1%, oscilando esta proporción en numerosas localidades entre un 20% y un 50%.

A la par, los desequilibrios, que introduce la instalación de grupos no campesinos en el territorio comunitario, se atenúan cuando existen lazos de afinidad y/o parentesco entre esas formaciones sociales, ajenas al universo rural, y los vecinos de las comunidades. Tal afinidad es máxima con los antiguos campesinos, los emigrantes pendulares, los parados, los titulares de huertos en precario y los jóvenes y pensionistas con bajas rentas. Decrece algo más cuando se trata de emigrantes de otras regiones que antes trabajaban en el campo y, en mayor medida, si hablamos de absentistas y rentistas. Así, no puede aducirse que la penetración urbana en las comunidades rurales no genere unas contradicciones sociales entre los grupos

que la protagonizan, que favorecen la identidad de los campesinos. Lo observamos en la totalidad de las comunidades madrileñas y, muy especialmente, en las más penetradas por las formaciones sociales urbanas, como son las metropolitanas y de Guadarrama, ya que la gran cantidad de grupos urbanos, asentados en ellas, propicia una diversidad que facilita la aparición de individuos, susceptibles de entablar vínculos de afinidad con los campesinos. Y no debemos pasar por alto, además, que las comunidades que han perdido más efectivos son las que mejor pueden compensar esta merma con los lazos que les brindan los antiguos campesinos.

Por otra parte, las disparidades sociales y la verticalidad que muestran las comunidades de la región obedecen principalmente a la asimetría que éstas experimentan en su relación con la sociedad mayor. Lo plasman en grado máximo las comunidades metropolitanas y de Guadarrama y, en su mínima expresión, las de Lozoya-Somosierra y las Vegas. Dicha asimetría se cristaliza de manera directa a través de la acción de los grupos no campesinos y, singularmente, de las formaciones sociales urbanas. E indirectamente la hace realidad la intervención de mediadores entre la comunidad y la sociedad mayor, dirigida a la construcción de redes de clientelismo que proporcionan un status superior a los vecinos que se atan a ellas. Pese a que no parece que sean privativas de la región de Madrid, las figuras de los patrones modernos y de los individuos que encarnan sistemas mixtos de mediación, con rasgos comunes al patronazgo moderno y tradicional, resultan muy características en las comunidades rurales madrileñas, dado que su presencia y protagonismo son inseparables del gran relieve social de los grupos urbanos, con los que actúan concatenadamente. No es extraño, por tanto, que, frente a la mediación de los patrones tradicionales, realizada siempre por vecinos, el patronazgo mixto y, sobre todo, el moderno promuevan mayores niveles de asimetría y verticalidad en el marco comunitario.

Evidentemente, la estratificación y verticalidad de las comunidades también responden a la heterogeneidad y asimetría, que nacen en el seno del propio ámbito comunitario, pero esta dinámica interna no puede disociarse en ningún caso del proceso externo que la reproduce, la acrecienta y la conforma en su estado actual. Las diferencias de status existentes en el marco comunitario emanan fundamentalmente, en consecuencia, de la distinta extracción de recursos y excedentes que acusan la actividad económica de las comunidades y muy en particular, dentro de ella, sus procesos de distribución de productos y de consumo. Tal extracción nos ayuda a entender más que ningún otro factor la configuración de los estratos superiores e inferiores de las comunidades, poco numerosos en general y de significación social regresiva, si salvamos la polarización que desencadenan la distribución y el consumo. Sin embargo, contemplando incluso esta excepción, no puede sostenerse que la estratificación intracomunitaria sea notable, máxime si consideramos que la transcendencia social y numérica de los estratos intermedios es mucho mayor que la que define a los grupos de status altos y bajos. Junto a estos estratos intermedios, se desarrollan, aparte, en todas las comunidades otros sectores, que contrarrestan todavía más que los anteriores las disparidades sociales intracomunitarias. Tales grupos, a los que denominamos niveladores, aparecen muy ligados

a la reciprocidad que impulsa la puesta en común de mano de obra, de las actividades aplicadas a la producción y, substancialmente, de la tierra.

Por último, la institucionalización de la vida comunitaria, que viene a completar la integración social que promueven la familia y otros marcos de socialización de la comunidad, expresa igualmente la asimetría que induce en este ámbito la sociedad mayor. Esta asimetría es máxima en las comunidades metropolitanas y de Guadarrama y mínima en las de Lozoya-Somosierra y las Vegas. Tal asimetría la nutren y reflejan la verticalidad comunitaria, el cambio de roles de los vecinos, consecutivo al que tiene lugar en el seno de la familia, y, esencialmente, la presencia de las formaciones sociales urbanas. No obstante, la institucionalización de la vida comunitaria alimenta y evidencia, además, los diversos mecanismos que disponen los vecinos para contrarrestar la asimetría potencial, que genera la sociedad mayor, y adaptarse a las circunstancias más adversas a fin de garantizar la continuidad histórica de su sociedad.

Los nexos asimétricos entre las comunidades y la sociedad mayor se materializan y reproducen básicamente a través de las organizaciones, que esta instancia social más amplia y hegemónica impone al marco comunitario. Así ocurre en las cámaras agrarias y, en mayor medida, en las organizaciones urbanas y, sobre todo, en los ayuntamientos, que configuran los tipos de instituciones impuestas más preeminentes de la región. Ahora bien, los efectos asimétricos, que estas instituciones desatan en las comunidades, se atenúan de unos a otros territorios en función de su menor peso social y numérico y de una alta participación en ellas de los campesinos. A pesar de que el acceso campesino a estas instituciones suele limitarse al de los grupos de estatus superior y, en ocasiones, da cabida a mujeres y especialmente a jóvenes, por lo que no resulta inocuo para la comunidad, es innegable que comporta más ventajas que inconvenientes para los vecinos. La llegada a estas organizaciones de los estratos más altos de la comunidad indica y refuerza la verticalidad entre vecinos, pero, bajo otra óptica, contrarresta los componentes verticales y asimétricos, que conlleva la falta de representatividad de los campesinos en tales instituciones y que son siempre de mayor envergadura que las diferencias intervecinales. Otro tanto hay que decir del protagonismo creciente de jóvenes y mujeres, ya que, al tiempo que es siempre mucho menor que el de los varones adultos, refuerza el papel de la comunidad ante la sociedad mayor y rebaja sus niveles de asimetría, lo que, por lo demás, redundará indirectamente en una superior capacidad del marco comunitario para mantener la identidad de sus vecinos y de sus funciones. Es por todo ello, por lo que la voz de los estratos superiores de la comunidad en las organizaciones impuestas, al igual que la de jóvenes y mujeres, debe evaluarse, por encima de la verticalidad entre vecinos y de la alteración de roles que plasma y reafirma, como un factor que atenúa los efectos negativos que sufren los campesinos en su relación con dichas instituciones y, por extensión, con la sociedad mayor. Asimismo, frente a las organizaciones impuestas a las comunidades, éstas desarrollan sus propias instituciones. Tales organizaciones comunitarias no alteran los niveles de socialización que brinda la comunidad a sus vecinos, fomentan su identidad y cohesión, poseen un alto componente tradicional y tienden a incrementar la

horizontalidad y solidaridad entre campesinos, a integrar socialmente a las familias en el ámbito de lo local y a contrarrestar la incidencia de la sociedad mayor.

En el conjunto de los territorios de la región es muy sobresaliente el relieve social y numérico de las instituciones impuestas y, consecuentemente, la asimetría que crean en el marco comunitario. Es innegable que la notable participación de vecinos en las cámaras agrarias aminora substancialmente los efectos asimétricos que éstas suscitan, pero no ocurre lo mismo en las organizaciones urbanas y, en particular, en los ayuntamientos.

Estos últimos son las instituciones que más consolidan la hegemonía social y política de la sociedad mayor ante las comunidades y, en consonancia con ello, resultan las más exclusivas para los grupos urbanos. Con todo, conviene subrayar que en las comunidades en las que hay una mayor participación de vecinos en los ayuntamientos, como acontece en las Vegas y Lozoya-Somosierra, los concejales campesinos impulsan la colaboración de las corporaciones locales con diversas organizaciones comunitarias. Esta colaboración, que en no pocas ocasiones se traduce en un apoyo social y económico, la inducen primordialmente los jóvenes, quienes favorecen desde los ayuntamientos la existencia y el desarrollo de las peñas y compensan en parte las pérdidas de integración y los desequilibrios, que genera su alteración de funciones en el marco de la familia y de la comunidad. Algo menor es la asimetría que producen las organizaciones urbanas, en las que aumenta, respecto a los ayuntamientos y las cámaras agrarias, la voz de las mujeres y sobre todo de los jóvenes. En ellas, además de integrarse los estratos superiores de la comunidad, se incorporan los sectores campesinos de mayor movilidad social, como son los agricultores y ganaderos a tiempo parcial, los cooperativistas y los emigrantes procedentes de otras regiones que se asientan en el marco comunitario para ejercer una anterior actividad agraria. Hay que remarcar, al unísono, que las organizaciones urbanas son bastante permeables a la huella, que imprimen en los barrios de numerosos municipios los antiguos campesinos o los descendientes de primera o segunda generación de familias rurales. Al recibir a estos emigrantes, que conservan vínculos, ya sean o no de parentesco, con sus lugares de origen, esos barrios asumen ciertos aspectos de las relaciones sociales y de los componentes culturales que dichos individuos trasladan del campo. Ello es muy perceptible en el Área Metropolitana, donde muchos barrios expresan de formas muy distintas la ascendencia rural de sus habitantes, bien sea por la naturaleza de los lazos vecinales o, más condensadamente, por la pervivencia y el auge que adquieren determinados rituales festivos, que nada tienen que ver con las celebraciones primigenias de los núcleos de asentamiento. Paralelamente, debe señalarse que la labor que efectúan estas organizaciones para recobrar antiguos ceremoniales campesinos, hoy desaparecidos o casi olvidados, está muy influida por la participación en ellas de los vecinos. Y ello, aun cuando tal recuperación implique frecuentemente desvirtuar el significado y las funciones que tuvieron antaño esos ceremoniales.

Por otro lado, las organizaciones comunitarias no han perdido la vigencia, que poseyeran décadas atrás en el conjunto de la región, y no disponen de menos importancia social y numérica que las instituciones impuestas. Nos referimos a las organizaciones reivindicativas

y cooperativas, a las asociaciones con comunidades vecinas, a las mancomunidades, a las peñas, a las hermandades y a las coaliciones de bar y en torno a otros espacios públicos. Aunque las tres últimas mencionadas y, principalmente, las coaliciones de bar y en torno a otros lugares públicos han rebajado desde los años sesenta sus niveles de exclusividad frente a las formaciones sociales no campesinas, las restantes instituciones comunitarias son privativas de los vecinos. Esto no impide, sin embargo, que todas ellas y, singularmente, las aludidas en último término hayan acrecentado respecto al pasado su grado de verticalidad intervecinal, consecutivo con el incremento de la estratificación social comunitaria y con la influencia directa o indirecta de los grupos no campesinos y de mediadores. A la vez, se constata una cierta disminución de su capacidad de integrar socialmente a la comunidad a causa de la ausencia de jóvenes, que suelen ser sus miembros más activos, y debido a la alteración de los roles vecinales.

En cualquier caso, no podemos dejar de lado que la adscripción de las formaciones sociales urbanas a las organizaciones comunitarias, no exclusivas de los vecinos, la encarnan básicamente los grupos más afines a la comunidad, como son, en esencia, los parados, los titulares de huertos en precario, algunos absentistas y rentistas y los emigrantes pendulares y procedentes de otras regiones. Igualmente, hay que destacar que determinadas alteraciones, acusadas por la organización social campesina tanto en el ámbito de la familia como de la comunidad, han contribuido al desarrollo de algunas instituciones comunitarias. Es el ejemplo de las asociaciones con comunidades vecinas, alentadas por la creciente movilidad social de los campesinos, sus procesos exogámicos, la mayor diversidad local, el ejercicio de la agricultura y ganadería a tiempo parcial en otros núcleos y la propia emigración rural. Tal multiplicación de las afinidades entre unas comunidades y otras está fomentando, a la par, que las asociaciones de este género contrarresten en mayor medida que en el pasado la verticalidad del marco comunitario. Finalmente, hemos de llamar la atención sobre un proceso de gran transcendencia que opera en las organizaciones comunitarias, no privativas de los vecinos, y que resulta muy patente, sobre todo, en las comunidades metropolitanas y de Guadarrama. Es evidente que la apertura de estas instituciones a las formaciones sociales no campesinas, que presentan afinidad con los vecinos, las ha llevado a perder exclusividad y, por consiguiente, a ganar verticalidad, pero gracias a tal tolerancia han podido asegurar su persistencia futura. Así sucede de manera muy clara en las peñas, en las que la ausencia de jóvenes campesinos se ha compensado en buena medida con la incorporación de sectores juveniles ajenos al campo, que comparten muchas de las inquietudes y actitudes de aquéllos.

En suma, la asimetría potencial que genera la sociedad mayor en la organización social comunitaria, aun siendo muy intensa, no desencadena una dependencia de ésta del mismo rango. Lo evitan en un alto grado los procesos de adaptación, que despliegan los campesinos para garantizar la supervivencia de las estructuras sociales de su comunidad. Además, la fuerte dependencia que muestran las comunidades metropolitanas y de Guadarrama, se aminora muy sensiblemente en la comarca Suroccidental, las Vegas y, sobre todo, en Lozoya-Somosierra. Por tanto, esta vigencia de la comunidad, unida a la que demuestra la familia,

confiere a la organización social campesina unos rasgos, que la diferencian substancialmente de las sociedades urbanas y definen su especificidad. Asimismo, dichos rasgos nos permiten hablar de la vigencia actual de la organización social campesina, de la realidad que cobra su articulación con la sociedad mayor y de la falta de argumentos para presumir, hoy por hoy, el fin de su coexistencia con esta instancia social más amplia y hegemónica.

LA VIGENCIA DEL CAMPESINADO MADRILEÑO

De las razones aducidas para demostrar que el capital agrario no ha sustituido a la explotación familiar, que ésta coexiste con el modo de producción capitalista y que la organización social campesina pervive articulada con la sociedad mayor, debe concluirse que el campesinado madrileño sigue conservando los rasgos esenciales de su identidad social y económica. Al igual, por el momento, no cabe pensar en su desaparición sino en su reproducción. Persiste como entidad sociocultural específica y diferenciada cualitativamente de otras formaciones sociales, porque continúa manteniendo, en los aspectos fundamentales, el control sobre su modo de vida.

Su vigencia es el resultado de toda una estructura dinámica y compleja de cambio, presidida por la asimetría que soporta el campesinado por la acción de la sociedad mayor y que le subordina a ella. Sin embargo, según hemos ido subrayando, ese cambio no es sinónimo de desaparición, ya que, mientras unos procesos debilitan su identidad por la asimetría que comportan, otros la refuerzan por la capacidad de adaptación, resistencia y supervivencia que suscitan. Paralelamente muchos los fenómenos que inciden en ese cambio se prestan a una doble lectura, pues, a la vez que alteran la identidad campesina, la afirman. El caso expuesto sólo unas líneas atrás, referente al acceso de los estratos superiores de la comunidad y de jóvenes y mujeres a las instituciones impuestas al marco comunitario, es uno de tantos fenómenos de esa índole.

La incidencia del modo de producción capitalista ha debilitado y transformado el sistema de vida tradicional de los campesinos de la región, pero no lo ha destruido. Para ello hubiera sido necesario que se disolvieran las relaciones sociales de los campesinos, tanto en el ámbito de la familia como de la comunidad, y su vinculación con su modo de producción.

Por otra parte, la vigencia que presenta el campesinado madrileño en el conjunto de la región, aunque disminuye en las comunidades de Guadarrama y, sobre todo, del Área Metropolitana, se acrecienta profundamente en las Vegas y, en especial, en Lozoya-Somosierra. En estos dos últimos tipos de comunidades se siguen preservando, al tiempo, muchos de los componentes tradicionales que ya identificaran al campesinado en los años cincuenta. Entre esos dos valores extremos, las comunidades de la comarca Suroccidental y de la Campiña representan el nivel medio de vigencia que caracteriza al campesinado madrileño.

NOTAS

129. El relieve que A. Palerm atribuye al imperativo metodológico de formular un marco analítico y conceptual específico para cada sistema cultural, que se precise investigar, no es menor para: A.V. Chayanov, K. Vergopoulos, W. Kula, A. Warman y E. Sevilla de Guzmán. A. Mayhew (1980) recoge la polémica que al respecto, dentro de la antropología económica, han sostenido el pensamiento formalista (A. Strickon, S. Ortiz, H. Schneider), defensor de las nociones de la economía clásica para entender el comportamiento de toda sociedad, y el sustantivista (K. Polanyi, G. Dalton, C. Arensberg, H. Pearson), partidario del uso de conceptos y métodos específicos para cada tipo de cultura.

130. Ver a este respecto las formulaciones de T.B. Veblen (1899); R. Firth (1974); E. Fromm, I.L. Horowitz, H. Marcuse y A. Gortz (1977).

131. Véase E. Fromm et al. (1977).

ANEXO

LISTADO DE MUNICIPIOS POR COMARCAS

Las seis unidades de análisis que tipifican al campesinado madrileño engloban 179 municipios y 202 entidades de población, que se distribuyen de la forma siguiente:

I. LOZOYA-SOMOSIERRA

MUNICIPIOS: 48		ENTIDADES DE POBLACION: 31	
1.	La Acebeda		
2.	Alameda del Valle		
3.	El Atazar		
4.	El Berrueco		
5.	Berzosa de Lozoya		
6.	Braojos		
7.	Buitrago de Lozoya		
8.	Bustarviejo		
9.	Cabanillas de la Sierra		
10.	La Cabrera		
11.	Canencia		
12.	Cervera de Buitrago		
13.	Garganta de los Montes	2	El Cuadrón. San Silvestre
14.	Gargantilla de Lozoya	2	Pinilla de Buitrago. Santiago
15.	Gascones	2	Palomar. La Cabezada
16.	Guadalix de la Sierra		
17.	La Hiruela		
18.	Horcajo de la Sierra	2	Aoslos. Santiago
19.	Horcajuelo de la Sierra		
20.	Lozoya		
21.	Lozoyuela	2	Navas de Buitrago. Sieteiglesias
22.	Madarcos	2	La Nava
23.	Miraflores de la Sierra	2	
24.	El Molar		
25.	Montejo de la Sierra		
26.	Navalafuente		
27.	Navarredonda	4	San Mamés. Riomoros. Peñaparada. Rendales
28.	Patones		
29.	Pedrezuela		
30.	Pinilla del Valle		
31.	Piñuecar	3	Gandullas. Bellidas. Ventosilla

I. LOZOYA-SOMOSIERRA (Cont.)

MUNICIPIOS		ENTIDADES DE POBLACION	
32.	Prádena del Rincón		
33.	Puebla de la Sierra		
34.	Puentes Viejas	4	Manjirón. Paredes de Buitrago. Serrada de la Fuente. Cincovillas
35.	Rascafría	1	Oteruelo del Valle
36.	Redueña		
37.	Robledillo de la Jara	1	El Villar
38.	Robregordo		
39.	San Agustín de Guadalix		
40.	La Serna del Monte		
41.	Somosierra	1	El Coladillo
42.	Soto del Real		
43.	Torrelaguna		
44.	Torremocha del Jarama	2	
45.	Valdemanco		
46.	El Vellón	1	El Espartal
47.	Venturada		
48.	Villavieja del Lozoya		

II. GUADARRAMA

MUNICIPIOS: 21		ENTIDADES DE POBLACION: 52	
1.	Alpedrete	1	Los Negrales
2.	Becerril de la Sierra		
3.	El Boalo	2	Cerceda. Matalpino
4.	Cercedilla	2	Puerto de Navacerrada. Camorritos
5.	Collado-Mediano		
6.	Collado-Villalba	1	Collado-Villalba-Estación
7.	El Escorial	9	Peralejo
8.	Fresnedillas		
9.	Galapagar	9	
10.	Guadarrama	3	
11.	Hoyo de Manzanares	2	
12.	Manzanares El Real		
13.	Los Molinos		
14.	Moralzarzal		
15.	Navacerrada		
16.	Robledo de Chavela	2	
17.	San Lorenzo de El Escorial	2	La Herrería
18.	Santa María de la Alameda	10	Navalespino. Robledondo. Santa María de la Alameda-Estación
19.	Torrelodones	7	Torrelodones-Estación
20.	Valdemaqueda		
21.	Zarzalejo	2	Pajares

III. AREA METROPOLITANA

MUNICIPIOS: 28		ENTIDADES DE POBLACION: 58	
1.	Alcalá de Henares		
2.	Alcobendas	4	
3.	Alcorcón	4	
4.	Boadilla del Monte		
5.	Brunete		
6.	Colmenar Viejo	2	
7.	Coslada	4	
8.	Fuenlabrada		
9.	Getafe	5	Perales del Río
10.	Leganés	2	Butarque
11.	Madrid		
12.	Majadahonda	5	
13.	Mejorada del Campo		
14.	Móstoles		
15.	Paracuellos del Jarama	2	
16.	Parla		
17.	Pinto		
18.	Pozuelo de Alarcón	4	Húmera
19.	Rivas-Vaciamadrid	8	
20.	Las Rozas de Madrid	2	Las Matas
21.	San Fernando de Henares	8	
22.	San Sebastián de los Reyes	6	
23.	Torrejón de Ardoz	2	
24.	Tres Cantos		
25.	Velilla de San Antonio		
26.	Villanueva de la Cañada		
27.	Villanueva del Pardillo		
28.	Villaviciosa de Odón		

IV. CAMPIÑA

MUNICIPIOS: 30		ENTIDADES DE POBLACION: 14	
1.	Ajalvir		
2.	Algete		
3.	Anchuelo		
4.	Arganda		
5.	Camarma de Esteruelas		
6.	Campo Real		
7.	Cobeña		
8.	Corpa		
9.	Daganzo de Arriba		
10.	Fresno de Torote	2	Serracines
11.	Fuente el Saz		
12.	Loeches		
13.	Meco	2	
14.	Nuevo Baztán	2	
15.	Olmeda de las Fuentes	1	Valmores
16.	Pezuela de las Torres	1	Olmedilla
17.	Pozuelo del Rey		
18.	Ribatejada		
19.	Santorcaz		
20.	Los Santos de la Humosa		
21.	Talamanca del Jarama		
22.	Torres de la Alameda		
23.	Valdeavero		
24.	Valdeolmos	2	Alalpardo. Zarzuela del Monte
25.	Valdepiélagos		
26.	Valdetorres del Jarama	2	Marjomas. La Vid del Abad
27.	Valdilecha		
28.	Valverde de Alcalá		
29.	Villalbilla	2	Los Hueros
30.	Villar del Olmo		

V. SUROCCIDENTAL

MUNICIPIOS: 31		ENTIDADES DE POBLACION: 22	
1.	El Alamo		
2.	Aldea del Fresno	2	
3.	Arroyomolinos		
4.	Batres		
5.	Cadalso de los Vidrios		
6.	Casarrubuelos		
7.	Cenicientos		
8.	Colmenar del Arroyo		
9.	Colmenarejo		
10.	Cubas		
11.	Chapinería	2	
12.	Griñón		
13.	Humanes de Madrid		
14.	Moraleja de Enmedio		
15.	Navalagamella		
16.	Navalcarnero		
17.	Navas del Rey	4	
18.	Pelayos de la Presa	2	
19.	Quijorna	2	
20.	Rozas de Puerto Real		
21.	San Martín de Valdeiglesias	2	
22.	Serranillos del Valle		
23.	Sevilla la Nueva		
24.	Torrejón de la Calzada		
25.	Torrejón de Velasco	2	Palomero, Pozuela
26.	Valdemorillo	4	Valmayor
27.	Valdemoro		
28.	Villa del Prado	2	
29.	Villamanta		
30.	Villamantilla		
31.	Villanueva de Perales		

VI. VEGAS

MUNICIPIOS: 21		ENTIDADES DE POBLACION: 25	
1.	Ambite		
2.	Aranjuez	7	Algodor
3.	Belmonte de Tajo		
4.	Brea de Tajo	2	
5.	Carabaña		
6.	Ciempozuelos		
7.	Colmenar de Oreja	3	
8.	Chinchón		
9.	Estremera	2	
10.	Fuentidueña de Tajo		
11.	Morata de Tajuña		
12.	Orusco		
13.	Perales de Tajuña		
14.	San Martín de la Vega	6	Gozquez
15.	Tielmes		
16.	Titulcia		
17.	Valdaracete	1	Fuensauco
18.	Valdelaguna		
19.	Villaconejos	1	Horcajada
20.	Villamanrique de Tajo	3	
21.	Villarejo de Salvanés		

BIBLIOGRAFIA

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ACEVES, J.B. 1971. "El concepto del mundo del campesinado castellano y su relación con el mundo rural: Una hipótesis". *Ethnica*, 1: 13-28.
- ACEVES, J.B. 1978. "Olvidados por Madrid: Notas sobre la planificación del desarrollo rural en España", en W.A. Douglass, J.B. Aceves (eds.), *Los aspectos cambiantes de la España rural*. Barcelona: Barral, 299-338.
- AGARWALA, A.N. 1973. *La economía del subdesarrollo*. Barcelona: Tecnos.
- AGUILERA, M.J. 1986. *Alcorcón. Estudio geográfico de un municipio del Area Metropolitana*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. Tesis doctoral sin publicar.
- AGUILO, M. 1983. *El agua en Madrid*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid.
- ALAVI, H. 1976. *Las clases campesinas y las lealtades primordiales*. Barcelona: Anagrama.
- ALBURQUERQUE, F.; A. RAMOS. 1979. "Desarrollo desigual. Notas sobre la formación social andaluza". *Monthly Review*, 5-6: 126-144.
- ALONSO, J. 1974. "De la disolución de la hacienda a la consolidación del neolatifundismo", en L. Helguera, J. Alonso, A. Warman et al., *Los campesinos de la tierra de Zapata II. Subsistencia y explotación*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, t. II: 103-175.
- ALTHUSSER, L. 1967. *La revolución teórica de Marx*. Madrid: Siglo XXI.
- AMIN, S. 1976. *¿Cómo será 1984?. Debate sobre la crisis y las tendencias actuales del capitalismo mundial*. Madrid: Zero-Zyx.
- AMIN, S. 1978. *El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*. 3ª edición. Barcelona: Fontanella.
- AMIN, S. 1980. *La cuestión campesina y el capitalismo*. Barcelona: Fontanella.
- AZKIN, B. 1964. *State and nation*. London: Hutchinson University Library.
- BALLESTEROS, J.G.; M. GAVIRIA; A. BAIGORRI et al. 1985. *Posibilidades de desarrollo de la agricultura periurbana en el Area Metropolitana de Madrid*. Madrid: Comunidad Autónoma de Madrid.
- BANCO DE BILBAO. 1978. *Renta nacional de España y su distribución provincial*. Madrid: Banco de Bilbao.
- BANCO DE BILBAO. 1981. *Renta nacional de España y su distribución provincial*. Madrid: Banco de Bilbao.

- BANCO DE BILBAO. 1985. *Renta nacional de España y su distribución provincial*. Madrid: Banco de Bilbao.
- BANTON, M. (ed.) 1980. *Antropología social de las sociedades complejas*. Madrid: Alianza.
- BARAN, P.A. 1969. *Economie politique de la croissance*. Paris: Maspero.
- BARANDIARAN, J.M. 1972–1986. *Obras completas*. Bilbao: La Gran Enciclopedia Vasca.
- BARAÑANO, A.; M.A. RECUERO; J.R. MENDOZA. 1984. *Análisis de la situación actual y prospectivas hacia el futuro de las vías pecuarias en la provincia de Madrid*. Madrid: C.E.R. Mimeografiado.
- BARKIN, D. (ed.) 1972. *Los beneficiarios del desarrollo regional*. México: Sep–setentas.
- BARON, E. 1971. *El fin del campesinado*. Madrid: Zero–Zyx.
- BARRET, R. 1974. *Benabarre: The modernization of a spanish village*. New York: Holt Rinehart and Winston.
- BARRUE–PASTOR, M. 1988. "Appropriation foncière, pluralité des bases économiques et rôle des femmes dans le processus de transition sociale des familles et des communautés montagnardes". *Arxiu d'Etnografia de Catalunya*, 6: 135–151.
- BARTOLOME, L. 1982. *Dictamen sobre el medio físico metropolitano*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid.
- BASHAM, R. 1978. *Urban anthropology. The cross–cultural study of complex societies*. Palo Alto: Mayfield Pub.
- BAYO, E. 1973. *El manifiesto de la tierra*. Barcelona: Planeta.
- BELL, W.; W. FREEMAN. (eds.) 1974. *Ethnicity and nation–building. Comparative, international and historical perspectives*. Beverly Hills: Sage Publ.
- BENEDICT, B. 1980. "Características sociológicas de los pequeños territorios y sus repercusiones en el desarrollo económico", en M. Banton (ed.), *Antropología social de las sociedades complejas*. Madrid: Alianza, 40–52.
- BERGER, A. 1975. *La nouvelle économie de l'espace rural*. Paris: Cujas.
- BETTELHEIM, CH. 1967. *Planification et croissance accélérée*. Paris: Maspero.
- BLASCO, C. 1979. "Agricultura a tiempo parcial en España: Su valoración". *Revista de Estudios Agro–sociales*, 106: 101–120.
- BRANDES, S. 1978. "El impacto de la emigración en una aldea de los Montes de Castilla",

- en W.A. Douglass, J.B. Aceves (eds.), *Los aspectos cambiantes de la España rural*. Barcelona: Barral, 31-58.
- CABRILLANA, N. 1970. "La fundación del Monasterio del Escorial. Repercusiones económicas y sociales". *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, t. V: 377-407.
- CAMARA OFICIAL DE COMERCIO E INDUSTRIA DE MADRID. 1973. *La economía de Madrid en 1973. Memoria comercial e industrial*. Madrid: Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid.
- CAMARA OFICIAL DE COMERCIO E INDUSTRIA DE MADRID. 1977. *Estudio socioeconómico de Aranjuez*. Madrid: Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid.
- CAMARA OFICIAL DE COMERCIO E INDUSTRIA DE MADRID. 1978a. *Cuadernos de localización industrial*. Madrid: Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid.
- CAMARA OFICIAL DE COMERCIO E INDUSTRIA DE MADRID. 1978b. *La economía de Madrid en 1978. Memoria comercial e industrial*. Madrid: Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid.
- CAMARA OFICIAL DE COMERCIO E INDUSTRIA DE MADRID. 1980a. *La economía de Madrid en 1980. Memoria comercial e industrial*. Madrid: Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid.
- CAMARA OFICIAL DE COMERCIO E INDUSTRIA DE MADRID. 1980b. *Estudio socioeconómico de la comarca "Lozoya-Somosierra" de Madrid*. Madrid: Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid.
- CAMARA OFICIAL DE COMERCIO E INDUSTRIA DE MADRID. 1985. *La economía en la Comunidad Autónoma de Madrid en 1984*. Madrid: Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid.
- CARBALLO, R. 1977. *Capitalismo y agricultura en España*. Madrid: Ed. de la Torre.
- CARDOSO, F.H. 1968. *Cuestiones de sociología del desarrollo en América Latina*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- CARO BAROJA, J. 1966a. *La ciudad y el campo*. Madrid: Alfaguara.
- CARO BAROJA, J. 1966b. "La despoblación de los campos". *Revista de Occidente*, 40: 19-36.
- CARO BAROJA, J. 1968. *Estudios sobre la vida tradicional española*. Barcelona: Península.
- CARO BAROJA, J. 1979. *Ensayos sobre la cultura popular española*. Madrid: Dosbe.
- CARO BAROJA, J. 1981. *Los pueblos de España*. 3ª edición. Madrid: Istmo.

- CARO BAROJA, J. 1983. *Tecnología popular española*. Madrid: Editora Nacional.
- CARO BAROJA, J. 1984. *Paisajes y ciudades*. Madrid: Taurus.
- CARTER, H. 1974. *El estudio de la geografía urbana*. Madrid: Instituto de Estudios de la Administración Local.
- CASADO, D. 1980. "La sociedad rural en Castilla", en C. Blanco, D. Casado, J. Díez et al., *Castilla como necesidad*. Madrid: Zero-Zyx, 117-168.
- CASTELLS, M. 1976. *La cuestión urbana*. 2ª edición. Madrid: Siglo XXI.
- CASTELLS, M. 1981. *Crisis urbana y cambio social*. Madrid: Siglo XXI.
- CASTELLS, M. 1985. "Reestructuración económica, revolución tecnológica y nueva organización del territorio", en P. Hall, G. Campos Venuti, M. Castells et al., *Metrópolis, territorio y crisis*. Madrid: Asamblea de Madrid, 37-62.
- CASTILLO, J.J. 1978. "Propietarios muy pobres. Planteamientos básicos para el estudio de la Confederación Nacional Católico-Agraria (1917-1942)". *Agricultura y Sociedad*, 6: 71-136.
- CELA CONDE, C.J. 1978. "Algunas precisiones metodológicas sobre la articulación del modo de producción capitalista en sociedades campesinas". *Sistema*, 26: 93-106.
- CELA CONDE, C.J. 1980. "Hacia una interpretación de la articulación del modo de producción capitalista en Mallorca", en VV.AA., *Actas del I Congreso Español de Antropología*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 521-526.
- CHAYANOV, A.V. 1966. "On the theory of non-capitalist economic systems", en D. Thorner, B. Kerblay, R.E.F. Smith (eds.), *The theory of peasant economy*. Illinois: The American Economic Association, 1-228.
- CHAYANOV, A.V. 1985. *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- COMAS D'ARGEMIR, D. 1987. "Rural crisis and the reproduction of family systems: Celibacy as a problem in the aragonese Pyrenees". *Sociologia Ruralis*, XXVII (4): 263-277.
- COMAS D'ARGEMIR, D.; L. ASSIER-ANDRIEU. 1988. "Grupo doméstico y transición social. Presentación". *Arxiu d'Etnografia de Catalunya*, 6: 8-16.
- COMISION DE PLANEAMIENTO Y COORDINACION DEL AREA METROPOLITANA DE MADRID. 1981. *Directrices de planeamiento territorial urbanístico para la revisión del Plan General del Area Metropolitana de Madrid*. Madrid: Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, COPLACO.

COMUNIDAD DE MADRID. 1982. *Plan General de Ordenación, Revisión y Adaptación de Aranjuez*. Madrid: Comunidad de Madrid.

COMUNIDAD DE MADRID. 1984a. *La agricultura en Madrid. Datos estadísticos*. Madrid: Comunidad de Madrid, Consejería de Agricultura y Ganadería.

COMUNIDAD DE MADRID. 1984b. *Directorio de entidades asociativas agrarias de la Comunidad de Madrid*. Madrid: Consejería de Agricultura y Ganadería de la Comunidad de Madrid, Dirección General de Cooperativas del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

COMUNIDAD DE MADRID. 1985. *Anuario estadístico de la Comunidad de Madrid 1984*. Madrid: Comunidad de Madrid, Consejería de Economía.

COMUNIDAD DE MADRID. 1987. *Resultados adicionales del censo de población de 1981 de la Comunidad de Madrid*. Madrid: Comunidad de Madrid, Consejería de Economía y Hacienda.

COMUNIDAD DE MADRID. 1989a. *La concentración parcelaria en la Comunidad de Madrid*. Madrid: Comunidad de Madrid, Dirección General del Medio Rural.

COMUNIDAD DE MADRID. 1989b. *La agricultura en Madrid. Datos estadísticos, 1987*. Madrid: Comunidad de Madrid, Consejería de Economía.

COMUNIDAD DE MADRID. 1991. *Catálogo de industrias agroalimentarias*. Madrid: Comunidad de Madrid, Consejería de Agricultura y Cooperación.

COMUNIDAD DE MADRID. 1992. *Guía de mercadillos de la Comunidad de Madrid*. Madrid: Comunidad de Madrid, Consejería de Agricultura y Cooperación.

COMUNIDAD DE MADRID. 1993a. *Anuario estadístico 1992*. Madrid: Comunidad de Madrid. 2 v.

COMUNIDAD DE MADRID. 1993b. *Censos de población y vivienda de 1991 de la Comunidad de Madrid*. Madrid: Comunidad de Madrid, Consejería de Economía. v.I.

CONTRERAS, J. 1974. "El campesinado español. Transformación y dependencia". *Triunfo*, 643: 28-30.

CONTRERAS, J. 1978. "Cultura rural y dependencia campesina". *Documentación Social. Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, 32: 183-191.

CONTRERAS, J. 1984. "La teoría de la modernización y su concepto de cultura campesina: Reflexiones críticas", en E. Sevilla de Guzmán (comp.), *Sobre agricultores y campesinos. Estudios de sociología rural de España*. Madrid: Ministerio de Agricultura, 109-148.

CORCUERA, A. 1974. "Dominio y dependencia del campesino temporero", en L. Helguera, J. Alonso, A. Warman et al., *Los campesinos de la tierra de Zapata II. Subsistencia y*

- explotación*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, t. II: 17–102.
- DEVERRE, CH. 1988. "La Chrysalide étouffée. Crises économiques, dépopulation rurale et transformation des groupes domestiques dans un village de Vaucluse (1836–1946)". *Arxiu d'Etnografia de Catalunya*, 6: 29–58.
- DIAZ OJEDA, M^a.A. 1982. "La creencia en el mal de ojo: Psicoterapia popular", en *I Jornades d'Antropologia de la Medicina. II Col·loqui de l'ICA. Comunicacions*. Tarragona: Arxiu d'Etnografia de Catalunya, 2–2: 235–253.
- DOMINGO, E. 1984. "Los huertos metropolitanos en precario". *Alfoz*, 10: 34–37.
- DOUGLASS, W.A. 1978a. "Muchachas de servicio y pastores: Emigración y continuidad en una aldea vasca", en W.A. Douglass, J.B. Aceves (eds.), *Los aspectos cambiantes de la España rural*. Barcelona: Barral, 87–116.
- DOUGLASS, W.A.; J.B. ACEVES. (eds.) 1978b. *Los aspectos cambiantes de la España rural*. Barcelona: Barral.
- DURKHEIM, E. 1947. *The division of labor in society*. Glencoe: The Free Press.
- DURKHEIM, e. 1972. *Las reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Pléyade.
- ECKSTEIN, S. 1966. *El ejido colectivo en México*. México: Siglo XXI.
- EMMANUEL, A. 1969. *L'échange inégal*. Paris: Maspero.
- ENGELS, F. 1975. "El problema campesino en Francia y en Alemania", en K. Marx, F. Engels, *Obras escogidas*. Madrid: Fundamentos, t.II: 446–468.
- ESMAN, M.J. 1977. "Perspectives on ethnic conflict in industrialized societies", en M.J. Esmán (ed.), *Ethnic conflict in the western world*. Ithaca: Cornell University Press, 371–390.
- ESTEBANEZ, J. 1973. "Determinación cuantitativa de la centralidad de los asentamientos". *Geographica*, 4: 313–329.
- ESTEBANEZ, J. 1979. "Las transformaciones del medio rural en la provincia de Madrid", en VV.AA., *I Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid, 513–525.
- ESTEBANEZ, J. 1980. "Esquema interpretativo del uso social del espacio rural madrileño", en VV.AA., *II Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid, 285–294.
- ETXEZARRETA, M. 1977a. *El caserío vasco?*. Bilbao: Fundación C. de Iturriaga y M. de Dañobeitia.

ETXEZARRETA, M. 1977b. "La evolución de la agricultura campesina". *Agricultura y Sociedad*, 5: 51-142.

ETXEZARRETA, M. 1979a. "La agricultura a tiempo parcial. ¿Fenómeno de transición o solución de futuro? Algunas reflexiones provocativas", en *X Congreso Europeo de Sociología Rural*. Córdoba: E.T.S.I.A. Mimeografiado.

ETXEZARRETA, M. (comp.) 1979b. *La evolución del campesinado. La agricultura en el desarrollo capitalista*. Madrid: Ministerio de Agricultura.

FAURE, C. 1978. *Agriculture et capitalisme*. Paris: Anthropos.

FERNANDEZ DURAN, R. 1985. "Crisis y territorio. El caso de Madrid", en P. Hall, G. Campos Venuti, M. Castells et al., *Metrópolis, territorio y crisis*. Madrid: Asamblea de Madrid, 257-303.

FERNANDEZ GARCIA, M.; J. del POZO. 1963. *Montejo de la Sierra. Costumbres y modos de un pueblo laborioso*. Madrid: S.n.

FERNANDEZ GARCIA, M. 1970. "Despoblados en la tierra de Buitrago". *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, t. V: 81-96.

FERNANDEZ GARCIA, M. 1976. "Antiguas cc.munidades de regantes en Buitrago y su tierra". *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, t. XIII: 11-34.

FERNANDEZ GARCIA, M. 1980. *Buitrago y su tierra (algunas notas históricas)*. Madrid: S.n.

FERNANDEZ GARCIA, M. 1984. *Buitrago y su tierra (historia religiosa)*. Madrid: Consultores Editoriales, SAL.

FERNANDEZ MONTES, M. 1980. "Introducción a los estudios etnológicos en la sierra pobre de Madrid", en VV.AA., *II Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid, 437-443.

FERNANDEZ MONTES, M. 1990. *Cultura tradicional en la comarca de Buitrago*. Madrid: Patronato Madrileño de Areas de Montaña.

FERNANDEZ DE ROTA, J.A. 1984. *Antropología de un viejo paisaje gallego*. Madrid: Siglo XXI.

FERNANDEZ-MONASTERIO, J.; L. CABELLO et al. 1984. "Los espacios naturales en torno a la vega sur del Jarama". *Alfoz*, 6: 43-46.

FERRUS I BATISTE, J. 1980. *Els darrers pagesos*. Tarragona: Universidad de Barcelona. Tesis de Licenciatura. Mimeografiado.

FERRUS I BATISTE, J. 1984. "L'impacte de les indústries d'enclavament en el medi rural. La transformació de les relacions de patronatge". *Arxiu d'Etnografia de Catalunya*, 3: 9-34.

FERRUS I BATISTE, J. 1988. "Reproducción del grupo doméstico y de la explotación agrícola familiar a partir de un proceso de industrialización rural". *Arxiu d'Etnografia de Catalunya*, 6: 123-134.

FIRTH, R. 1956. *Malay fishermen. Their peasant economy*. 2ª ed. London: Kegan Paul.

FIRTH, R. (comp.) 1974. *Temas de antropología económica*. México: F.C.E.

FLAQUER MONTEQUI, R. 1979. "El aprovechamiento de los comunales (las ordenanzas de Buitrago)". *Agricultura y Sociedad*, 11: 323-334.

FORDE, C.D. 1966. *Habitat, economía y sociedad. Introducción geográfica a la etnología*. Barcelona: Oikos-tau.

FOSTER, G.M. 1953. "What is folk culture?". *American Anthropologist*, 2 (LV): 159-173.

FOSTER, G.M. 1965. "Peasant society and the image of limited good". *American Anthropologist*, 2 (67): 293-315.

FOSTER, G.M. 1967a. *Tzintzuntzan: Mexican peasants in a changing world*. Boston: Little Brown.

FOSTER, G.M.; J.M. POTTER; M.N. DIAZ. (eds.) 1967b. *Peasant society. A reader*. Boston: Little Brown and Co.

FOSTER, G.M. 1974. *Las culturas tradicionales y los cambios técnicos*. México: F.C.E.

FRANK, A.G. 1974. *El desarrollo del subdesarrollo*. Bilbao: Zero-Zyx.

FRIGOLE, J. 1983. "L'estructura social i el cooperativisme agrari". *Quaderns Agraris*, 4: 27-34.

FROMM, E.; I.L. HOROWITZ; H. MARCUSE; A. GORTZ et al. 1977. *La sociedad industrial contemporánea*. 10ª edición. Madrid: Siglo XXI.

FUNDACION FOESSA. 1972. *Informe sobre la estructura social de la provincia de Madrid*. Madrid: Euramerica.

GALESKI, B. 1968. "Social organization and rural social change". *Sociologia Ruralis*, 3-4 (8): 258-281.

GALESKI, B. 1977. *Sociología del campesinado*. Barcelona: Península.

GARCIA BALLESTEROS, A. 1979. "Desequilibrios socioeconómicos de la provincia de

- Madrid", en VV.AA., *I Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid, 532–541.
- GARCIA FERRANDO, M. 1977. *La innovación tecnológica y su difusión en la agricultura española*. Madrid: Ministerio de Agricultura.
- GARCIA GARCIA, J.L. 1976. *Antropología del territorio*. Madrid: Taller de ediciones Josefina Betancor.
- GARCIA GARCIA, J.L. 1980. "Territorio e identidad en la provincia de Madrid", en VV.AA., *II Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid, 321–330.
- GARCIA GARCIA, J.L. 1982. "Los rituales de iniciación, un fenómeno ancestral que continua vigente". *Revista de Arqueología*, 16: 52–59.
- GARCIA GARCIA, J.L.; H.M. VELASCO et al. 1991. *Rituales y proceso social. Estudio comparativo en cinco zonas españolas*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- GARCIA MATOS, M. 1951–1960. *Cancionero popular de la provincia de Madrid*. Madrid: Instituto Español de Musicología.
- GARRAN, A. 1977. *Los movimientos campesinos*. Madrid: Ed. de la Torre.
- GAVIRIA, M. 1971. *Campo, urbe y espacio del ocio*. Madrid: Siglo XXI.
- GEERTZ, C. (ed.) 1963. *Old societies and new states*. New York: Free Press.
- GERMANI, G. 1980. *El concepto de marginalidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- GERVAIS, M.; C. SERVOLIN; J. WEIL. 1965. *Une France sans paysans*. Paris: Seuil.
- GINER, S. 1979. "La agricultura en la sociedad corporativa", en *X Congreso Europeo de Sociología Rural*. Córdoba: E.T.S.I.A. Mimeografiado.
- GODELIER, M. 1975. *Teoría marxista de las sociedades precapitalistas*. 2ª edición. Barcelona: Laia.
- GODELIER, M. 1976. *Antropología y economía*. Barcelona: Anagrama.
- GODELIER, M. et al. 1987. "Los procesos de transición. Estudios de casos antropológicos". *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 114: 5–125.
- GOMEZ MENDOZA, J. 1978. *Agricultura y expansión urbana. La Campiña del Bajo Henares en la aglomeración de Madrid*. Madrid: Alianza Editorial.
- GOMEZ OREA, D. 1984. "El sector agropecuario en Madrid". *Alfoz*, 10: 23–27.

- GONZALEZ ARPIDE, J.L. 1978. "Sobre el cuestionario de nacimiento, matrimonio y muerte promovido por el Ateneo de Madrid en 1901": Costumbres de nacimiento en Madrid (1ª parte)". *Zarabanda*, 9: 14–19.
- GONZALEZ ARPIDE, J.L. 1979. "Sobre el cuestionario de nacimiento, matrimonio y muerte promovido por el Ateneo de Madrid en 1901: Costumbres de nacimiento en Madrid (2ª parte)". *Zarabanda*, 10: 16–18.
- GONZALEZ CASARRUBIOS, C.; E. del ARCO; C. HUALDE et al. 1993. *Fiestas populares del ciclo de primavera en la Comunidad de Madrid*. Madrid: Comunidad de Madrid.
- GONZALEZ ENCINAR, Mª.A. 1984. *La franja rururbana de La Coruña*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- GOODY, J. 1985. *L'évolution de la famille et du mariage en Europe*. Paris: A. Colin.
- GREENWOOD, D.J. 1973. "The political economy of peasant family farming: Some anthropological perspectives on rationality and adaptation". *Rural Development Occasional Paper*, 2.
- GREENWOOD, D.J. 1974. "Political economy and adaptative processes: A framework for the study of peasants–states". *Peasant Studies Newsletter*, 3 (III): 1–10.
- GREENWOOD, D.J. 1978. "La desaparición de la agricultura en Fuenterrabía", en W.A. Douglass, J.B. Aceves (eds.), *Los aspectos cambiantes de la España rural*. Barcelona: Barral, 59–85.
- GUERRIER, M. 1980. "Tradición, cambio e identidad en el alto valle del Lozoya", en VV.AA., *II Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*. Madrid: Diputación provincial de Madrid, 406–415.
- GUERRIER, M. 1981. "Estudio antropológico–social del alto valle del Lozoya", en VV.AA., *Actas del II Congreso de Antropología*. Madrid: Ministerio de Cultura, 404–409.
- GUTELMAN, M. 1974. *Structure et réformes agraires. Instruments pour l'analyse*. Paris: Maspéro.
- GUTIERREZ MOLINA, J.L. 1977. *Colectividades libertarias en Castilla*. Madrid: Campo Abierto.
- HANSEN, E.C. 1978. "Las dimensiones de la estratificación social en la Cataluña rural", en W.A. Douglass, J.B. Aceves (eds.), *Los aspectos cambiantes de la España rural*. Barcelona: Barral, 249–279.
- HARNECKER, M. 1975. *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. Madrid: Siglo XXI.

- HELGUERA, L.; J. ALONSO; A. WARMAN et al. 1974a. *Los campesinos de la tierra de Zapata*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia. 2 v.
- HELGUERA, L. 1974b. "Tenango. Metamorfosis campesina", en L. Helguera, J. Alonso, A. Warman et al., *Los campesinos de la tierra de Zapata I. Adaptación, cambio y rebelión*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, t. I: 101-164.
- HERITIER, F. 1981. *L'exercice de la parenté*. Paris: Seuil.
- HERR, R. 1971. *Spain*. New Jersey: Prentice Hall, Englewood Cliffs.
- HOBSBAWM, E.J. 1967. *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Ariel.
- HOBSBAWM, E.J. 1972. *En torno a los orígenes de la revolución industrial*. 2ª edición. Madrid: Siglo XXI.
- HOBSBAWM, E.J. 1976. *Los campesinos y la política*. Barcelona: Anagrama.
- HUALDE, C. et al. 1992. "La reguera en la sierra pobre madrileña", en VV.AA., *I Jornadas Internacionales sobre Tecnología Agraria Tradicional*. Madrid. Mimeografiado.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA. 1954. *Censo de la población de España. 1950*. Madrid: I.N.E., t.II.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA. 1963. *Censo agrario de España 1962*. Madrid: I.N.E.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA. 1973a. *Censo agrario de España 1972. Serie B. Resultados provinciales. Madrid*. Madrid: I.N.E.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA. 1973b. *Censo agrario de España 1972. Serie C. Resúmenes nacionales*. Madrid: I.N.E.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA. 1973c. *Censo de la población de España. 1970*. Madrid: I.N.E., t.II.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA. 1984a. *Censo agrario de España 1982. Resultados comarcales y municipales. Madrid*. Madrid: I.N.E., t. IV.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA. 1984b. *Censo agrario de España 1982. Resultados nacionales*. Madrid: I.N.E., t. I.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA. 1984c. *Censo agrario de España 1982. Resultados provinciales. Madrid, Barcelona, Cuenca, Guipúzcoa, Vizcaya, Lugo, Orense*. Madrid: I.N.E., t. III.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA. 1984d. *Censo de población 1981. Resultados provinciales. Madrid. 1ª parte. Características de la población*. Madrid: I.N.E., t. III.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA. 1984e. *Encuesta de presupuestos familiares 1980-1981. Madrid*. Madrid: I.N.E., t. IV, v. 13.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA. 1985. *Encuesta de población activa julio-agosto-septiembre 1985*. Madrid: I.N.E.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA. 1991. *Censo agrario 1989. Resultados comarcales y municipales*. Madrid: I.N.E., t.IV.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA. 1993a. *Encuesta de población activa. Principales resultados. Tercer Trimestre de 1993*. Madrid: I.N.E.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA. 1993b. *Madrid. Nomenclátor de las ciudades, villas, lugares, aldeas y demás entidades de población con especificación de sus núcleos. Censos de población y viviendas 1991*. Madrid: I.N.E.

ISZAEVICH, A. 1973. *Modernización de una comunidad oaxaqueña del valle*. México: Setentas.

JOHNSON, H.J. 1974. *Geografía urbana*. Barcelona: Oikos-tau.

JULIANO, D. 1988. "Las cooperativas de producción como estrategias de transición en áreas de productividad vinícola media". *Arxiu d'Etnografia de Catalunya*, 6: 191-205.

JUNG, J. 1972. *La ordenación del espacio rural*. Madrid: Instituto de Estudios de la Administración Local.

KAUTSKY, K. 1974. *La cuestión agraria. Estudio de las tendencias de la agricultura moderna y de la política agraria de la socialdemocracia*. 2ª edición. Barcelona: Laia.

KENNY, M. 1978. "Los vínculos de los expatriados españoles del siglo XX con su país natal: La reemigración y sus consecuencias", en W.A. Douglass, J.B. Aceves (eds.), *Los aspectos cambiantes de la España rural*. Barcelona: Barral, 173-213.

KROEBER, A.L. 1948. *Anthropology*. New York: Harcourt, Brace & Co.

KROEBER, A.L. (ed.) 1953. *Anthropology today. An encyclopedic inventory*. Chicago: University of Chicago Press.

KULA, W. 1974. *Teoría económica del feudalismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.

LANDSBERGER, H.A. 1974. *Rural protest. Peasant movements and social change*. London: Macmillan.

LANGREO, A. 1978. "Análisis de la integración vertical en España". *Agricultura y Sociedad*, 9: 187-205.

LASLETT, P.; R. WALL (eds.) 1972. *Household and family in the past time*. Cambridge: Cambridge University Press.

LEBOSSE, C.J.; M. OUISSE. 1979. "Las políticas de integración de la agricultura artesanal en el modo de producción capitalista", en M. Etxezarreta (comp.), *La evolución del campesinado. La agricultura en el desarrollo capitalista*. Madrid: Ministerio de Agricultura, 197-245.

LEFEBVRE, H. 1975. *De lo rural a lo urbano*. 3ª edición. Barcelona: Península.

LENIN, V.I. 1974. *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Barcelona: Ariel.

LENIN, V.I. 1975a. *La cuestión agraria*. Madrid: Ayuso.

LENIN, V.I. 1975b. *El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa de 1905-1907*. 1ª edición. Montevideo: Pueblos Unidos.

LEWIS, O. 1951. *Life in a mexican village. Tepoztlán restudied*. Urbana: University of Illinois.

LINTON, R. 1961. *Estudio del hombre*. México: F.C.E.

LISON TOLOSANA, C. 1974. *Perfiles simbólico morales de la cultura gallega*. Madrid: Akal.

LISON TOLOSANA, C. 1983. *Antropología cultural de Galicia*. 2ª ed. Madrid: Akal.

LISOVSKIJ, J. 1979. "La relación agricultura-industria en el marco del desarrollo capitalista", en M. Etxezarreta (comp.), *La evolución del campesinado. La agricultura en el desarrollo capitalista*. Madrid: Ministerio de Agricultura, 297-323.

LITTLE, K. 1970. *La migración urbana en Africa occidental*. Barcelona: Labor.

LITTLEWOOD, P. 1979. "Campesinos, producción y patronazgo". *Agricultura y Sociedad*, 13: 113-177.

LOPEZ MENDEZ, S. 1974. "Hueyapan. Un pueblo de la tierra fría", en L. Helguera, J. Alonso, A. Warman et al., *Los campesinos de la tierra de Zapata I. Adaptación, cambio y rebelión*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, t. I: 15-100.

LUXEMBURGO, R. 1967. *La acumulación del capital*. México: Grijalbo.

MADOZ, P. 1845-1850. *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*. Madrid: S.n.

- MARTINEZ-ALIER, J. 1968. *La estabilidad del latifundismo*. París: Ruedo Ibérico.
- MARTINEZ-ALIER, J. 1974. "Peasants and labourers: Spain, Cuba and Peru". *The Journal of Peasant Studies*, 2 (1): 133-163.
- MARTINEZ-ALIER, J. 1979. "Patrons i clients". *Recerques*, 9: 155-196.
- MARTINEZ-ALIER, J. 1984. *Economía i Ecología*. Barcelona: Edicions 62.
- MARX, K. 1965. *Precapitalist economic formations*. New York: International Publishers.
- MARX, K. 1967. *EL Capital*. New York: International Publishers. 3 v.
- MARX, K. 1970. *Contribución a la crítica de la economía política*. Madrid: Alberto Corazón.
- MARX, K. 1974. *Teorías de la plusvalía*. Madrid: Alberto Corazón. 2 v.
- MARX, K.; F. ENGELS. 1975. "Manifiesto del partido comunista", en Carlos Marx, Federico Engels. *Obras escogidas*. Madrid: Fundamentos, t.I: 13-55.
- MAYHEW, A. 1980. "Atomistic and cultural analyses in economic anthropology: An old argument repeated", en J. Adams (ed.), *Institutional economics. Essays in honor of Allan G. Gruchy*. Boston: Martinus Nijhoff Publishing, 72-81.
- MELVILLE, R. 1974. "Una familia campesina y el cultivo de la cebolla para la exportación", en L. Helguera, J. Alonso, A. Warman et al., *Los campesinos de la tierra de Zapata II. Subsistencia y explotación*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, t. II: 177-260.
- MENDEZ, R. 1986. *Actividad industrial y estructura territorial en la región de Madrid*. Madrid: Comunidad de Madrid.
- MENDRAS, H. 1970. *La fin des paysans*. París: A. Colin.
- MENDRAS, H. 1976. *Sociétés paysannes*. París: A. Colin.
- MIGUEL, A. de. 1969. *Un futurible para España*. Barcelona: Ariel.
- MINISTERIO DE AGRICULTURA. 1977. *Comarcalización agraria de España*. Madrid: Ministerio de Agricultura.
- MINISTERIO DE AGRICULTURA. 1978. *Tipificación de las comarcas agrarias españolas*. Madrid: Ministerio de Agricultura.
- MINZT, S.W. 1973. "A note on the definition of peasantries". *The Journal of Peasant Studies*, 1 (1): 91-106.

- MINZT, S.W. 1974. "Rural proletarian consciousness". *The Journal of Peasant Studies*, 3 (1): 291-325.
- MITCHEL, J.C. 1980. "Orientaciones teóricas de los estudios urbanos en Africa", en M. Banton (ed.), *Antropología social de las sociedades complejas*. Madrid: Alianza, 53-81.
- MONTOLIU, E.; J.J. MARTIN. 1984. "Madrid en el Estado de las autonomías". *Alfoz*, 7-8: 21-25.
- MOORE, B. 1976. *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia. El señor y el campesino en la formación del mundo moderno*. 2ª edición. Barcelona: Planeta.
- MORENO, I. 1979. *Cultura y modos de producción. Una visión de la antropología desde el materialismo histórico*. 2ª edición. Madrid: Nuestra Cultura.
- NAROTZKY, S. 1988. "Hecha la ley, hecha la trampa: El espíritu cooperativo en la transición". *Arxiu d'Etnografia de Catalunya*, 6: 207-218.
- NASH, M. 1967. "Indian economics". *Handbook of Middle American Indians*, 6: 87-102.
- NAVARRO, P. 1979. *Mecina. La cambiante estructura social de un pueblo de la Alpujarra*. Madrid: C.I.S.
- ORTI, A. 1981. "Crisis del modelo neocapitalista y reproducción del proletariado rural", en VV.AA., *I Congreso de Sociología*. Zaragoza: Federación de Asociaciones de Sociología del Estado Español. Mimeografiado.
- ORTIZ, C. 1983. "La vida tradicional en la provincia de Madrid". *Revista de Occidente*, 27-28 (VII): 168-181.
- PALERM, A. 1967. *Introducción a la teoría etnológica*. México: Universidad Iberoamericana.
- PALERM, A. 1968. *Productividad agrícola*. México: Centro Nacional de Productividad.
- PALERM, A. 1970. "Una crítica al estructuralismo de Lévi-Strauss". *Cuadernos de Antropología Social y Etnología*, 1: 17-32.
- PALERM, A. 1972a. *Agricultura y sociedad en mesoamérica*. México: Sep-setentas.
- PALERM, A. 1972b. "Ensayo de crítica al desarrollo regional en México", en D. Barkin (ed.), *Los beneficiarios del desarrollo regional*. México: Sep-setentas, 13-62.
- PALERM, A. 1976. *Marx, Luxemburgo, Wittfogel, Chayanov, Kula, Polanyi, Preobrayenski: Sobre modos de producción y formaciones socioeconómicas*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia. Mimeografiado.
- PALERM, A. 1977. *Historia de la etnología. Tylor y los profesionales británicos*. México:

- Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- PALERM, A. 1980. *Antropología y marxismo*. México: Nueva Imagen.
- PALERM VIQUEIRA, V. 1973. *Notas para una tipología de comunidades rurales*. Madrid. Mimeografiado.
- PAZ, J. de la. 1982. *Informe sobre la población, la actividad económica y los desequilibrios población-empleo en el Area Metropolitana de Madrid*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid.
- PEARSE, A. 1979. "La metrópoli y el campesino. La expansión del complejo urbano-industrial y la cambiante estructura rural", en T. Shanin (ed.), *Campesinos y sociedades campesinas*. México: F.C.E., 60-70.
- PEREZ DIAZ, V. 1966. *Estructura social del campo y éxodo rural*. Madrid: Tecnos.
- PEREZ DIAZ, V. 1969. *Emigración y sociedad en Tierra de Campos*. Madrid: Instituto de Desarrollo Económico.
- PEREZ DIAZ, V. 1972. *Cambio tecnológico y procesos educativos en España*. Madrid: Ediciones y Seminarios.
- PEREZ DIAZ, V. 1974a. *Emigración y cambio social*. Barcelona: Ariel.
- PEREZ DIAZ, V. 1974b. *Pueblos y clases sociales en el campo español*. Madrid: Siglo XXI.
- PEREZ DIAZ, V. 1978. "El proceso de cambio en las comunidades rurales castellanas", en W.A. Douglass, J.B. Aceves (eds.), *Los aspectos cambiantes de la España rural*. Barcelona: Barral, 215-247.
- PEREZ SIERRA, C. 1979. "Cambios formales y funcionales en los municipios rurales bajo los efectos de la industrialización", en VV.AA., *I Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid, 564-569.
- PI-SUNYER, O. (ed.) 1971. *The limits of integration. Ethnicity and nationalism in Modern Europe*. Amherst: The University of Massachusetts.
- PITT-RIVERS, J. 1978. "Prefacio", en W.A. Douglass, J.B. Aceves (eds.), *Los aspectos cambiantes de la España rural*. Barcelona: Barral, 23-29.
- POLANYI, K. 1966. *Dahomey and the slave trade: An analysis of an archaic economy*. Washington: University of Washington Press.
- POLANYI, K. 1976. "La economía como actividad institucionalizada", en K. Polanyi, C.M. Arensberg, H.W. Pearson (eds.), *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. Barcelona: Labor, 288-316.

- POLANYI, K. 1989. *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. Madrid: La Piqueta.
- POSTEL-VINAY, G. 1974. *La rente foncière dans le capitalisme agricole*. Paris: Maspero.
- POULANTZAS, N. 1968. *Pouvoir politique et classes sociales*. Paris: Maspero.
- PRAT I CAROS, J. 1979. *Les festes populars*. Barcelona: Dopesa.
- PROVANSAL, D. 1981. "El factor de identidad cultural en un proceso de desarrollo urbano", en VV.AA., *Actas del II Congreso de Antropología*. Madrid: Ministerio de Cultura, 263-269.
- PROVANSAL, D.; P. MOLINA. 1987. *Campo de Nijar: Cortijeros y areneros*. Almería: Diputación Provincial.
- RACIONERO, L. 1985. *Del paro al ocio*. 8ª edición. Barcelona: Anagrama.
- RAMBAUD, B. 1970. *Société rurale et urbanization*. Paris: Seuil.
- RAMOS, D. 1944. "Desplazamientos de la población en el Jarama, Henares y Tajo medio". *Estudios Geográficos*, 17: 815.
- REDFIELD, R. 1953. *The primitive world and its transformation*. Cornell: Cornell University Press.
- REDFIELD, R. 1956. *Peasant society and culture*. Chicago: University of Chicago Press.
- REDFIELD, R; M.B. SINGER. 1979. "La ciudad y el campo. La interdependencia cultural", en T. Shanin (ed.), *Campesinos y sociedades campesinas*. México: F.C.E., 302-326.
- REY, P.H. 1973. "Sur l'articulation des modes de production", en VV.AA., *Les alliances des classes*. Paris: Maspero.
- ROIGE I VENTURA, X. 1988. "Cicle familiar i transmissió de la propietat al Priorat: Els Fabregat". *Arxiu d'Etnografia de Catalunya*, 6: 59-86.
- ROIZ, M. 1983. "La persistencia del campesinado en la estructura social española". *Documentación Social. Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, 51: 55-57.
- ROJO, T. 1984. "Transformaciones en el valle del Lozoya". *Alfoz*, 7-8: 55-58.
- ROSEBERRY, W. 1976. "Rent differentiation and the development of capitalism among peasants". *American Anthropologist*, 8 (78): 46-47.
- SABATE, A. 1979. "Expansión urbana y transformación rural en la provincia de Madrid", en VV.AA., *I Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid, 304-313.

SABATE, A. 1980. "Efectos de la inmigración reciente en la provincia de Madrid. Diferencias internas", en VV.AA., *II Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid, 169–181.

SALITOT, M. 1988. "Permanence des formes hybrides de production dans la pêche. L'industrie coquillière à Cancale (I & V)". *Arxiu d'Etnografia de Catalunya*, 6: 153–168.

SALOMON, N. 1973. *La vida rural castellana en tiempos de Felipe II*. Barcelona: Planeta.

SANCHO HAZAK, R. 1971. "La modernización de la agricultura ¿Es modernización de la familia rural?". *Documentación Social. Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, 4.

SANCHO HAZAK, R. 1977. "Las explotaciones familiares y la colectivización de la agricultura. El caso polaco". *Agricultura y Sociedad*, 5: 175–206.

SERVOLIN, C. 1972. "L'absorption de l'agriculture dans le mode de production capitaliste", en VV.AA., *L'univers politique des paysans*. Paris: A. Colin.

SERVOLIN, C. 1977. "Aspectos económicos de la absorción de la agricultura en el modo de producción capitalista". *Zona Abierta*, 12: 108–132.

SEVILLA DE GUZMAN, E. 1975. "El factor tierra como categoría analítica para el estudio de la estructura socioeconómica agraria". *Cuadernos Geográficos de la Universidad de Granada*, 5–6: 41–85.

SEVILLA DE GUZMAN, E.; M. PEREZ YRUELA. 1976. "Para una definición sociológica del campesinado". *Agricultura y Sociedad*, 1: 15–37.

SEVILLA DE GUZMAN, E. 1977a. "El enfoque marxista en los estudios campesinos". *Agricultura y Sociedad*, 4: 191–197.

SEVILLA DE GUZMAN, E.; P. PRESTON. 1977b. "Dominación de clase y modos de cooptación política del campesinado en España". *Agricultura y Sociedad*, 3: 147–165.

SEVILLA DE GUZMAN, E. 1978a. "El campesinado en el desarrollo capitalista español (1939–1975)", en *España en crisis. Evolución y decadencia del régimen de Franco*. México: F.C.E., 183–216.

SEVILLA DE GUZMAN, E.; E. MOYANO. 1978b. "El campesinado como clase y su acción política". *Agricultura y Sociedad*, 6: 255–262.

SEVILLA DE GUZMAN, E. 1979. *La evolución del campesinado en España. Elementos para una sociología política del campesinado*. Barcelona: Península.

SEVILLA DE GUZMAN, E. 1980a. "Inmemorian. La significación de Angel Palerm en los estudios campesinos". *Agricultura y Sociedad*, 17: 249–252.

- SEVILLA DE GUZMAN, E.; S. GINER. 1980b. "The demise of the peasant: Some reflections on ideological inroads into social theory". *Sociologia Ruralis*, 1-2 (20): 13-27.
- SEVILLA DE GUZMAN, E. 1981a. "El evolucionismo multilíneal en los estudios campesinos. Sobre el legado teórico de Angel Palerm", en *Actas del II Congreso de Antropología*. Madrid: Ministerio de Cultura, 121-130.
- SEVILLA DE GUZMAN, E. 1981b. "Payesos i marxisme en l'obra d'Angel Palerm". *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, 3-4: 130-153.
- SEVILLA DE GUZMAN, E. 1983. *Introducción a la sociología agraria*. Madrid: Alianza.
- SEVILLA DE GUZMAN, E. (comp.) 1984. *Sobre agricultores y campesinos. Estudios de sociología rural de España*. Madrid: Ministerio de Agricultura.
- SEVILLA DE GUZMAN, E. 1985. "El campesinado", en S. del Campo (ed.), *Tratado de Sociología I*. Madrid: Taurus, 314-347.
- SEVILLA DE GUZMAN, E. 1992. *Ecología, campesinado e historia*. Madrid: La Piqueta.
- SHANIN, T. 1971. "Peasantry. A delineation of a sociological concept and a field of study". *European Journal of Sociology*, 12: 289-297.
- SHANIN, T. 1972. *The awkward class*. Oxford: Clarendon Press.
- SHANIN, T. 1976. *Naturaleza y lógica de la economía campesina*. Barcelona: Anagrama.
- SHANIN, T. (ed.) 1979a. *Campesinos y sociedades campesinas*. México: F.C.E.
- SHANIN, T. 1979b. "Definiendo al campesinado. Conceptualizaciones y desconceptualizaciones. Pasado y presente de un debate marxista". *Agricultura y Sociedad*, 11: 8-52.
- SHANIN, T. 1980. "El advenimiento de los campesinos. Emigrantes que trabajan, campesinos que viajan y marxistas que escriben". *Agricultura y Sociedad*, 16: 9-26.
- STAVENHAGEN, R. 1969. *Las clases sociales en las sociedades agrarias*. México: Siglo XXI.
- STAVENHAGEN, R. (ed.) 1970. *Agrarian problems and peasant movements in Latin America*. New York: Anchor.
- STEWART, J.H. 1953. "Evolution and process", en A.L. Kroeber (ed.), *Anthropology today. An encyclopedic inventory*. Chicago: University of Chicago Press, 323.
- STEWART, J.H. (comp.) 1956. *The people of Puerto Rico*. Chicago: University of Illinois Press.

- STEWART, J.H. 1968. *Levels of sociocultural integration. An operational concept*. Chicago: Eds. Robert D. Manners and David Kaplan.
- STEWART, J.H. 1973a. "Causalidad cultural y ley. Una formulación tentativa acerca del desarrollo de las civilizaciones antiguas". *Cuadernos de Antropología Social y Etnología*, 4: 1-28.
- STEWART, J.H. 1973b. "Modificaciones a la hipótesis de causalidad cultural y ley". *Cuadernos de Antropología Social y Etnología*, 4: 82-108.
- TAX, S. 1968. "Primitive man vs. homo sapiens", en A. Montagú (ed.), *The concept of the primitive*. New York.
- TERAN, M. de.; R. del VALLE; T. SANCHEZ et al. 1977. *Estructura socioeconómica a nivel comarcal*. Madrid: A.I.S.S.
- TERRADES, I. 1973. *Antropología del campesinado catalán*. Barcelona: A. Redondo.
- THOMAS, W.I.; F. ZNANIECKI. 1974. *The polish peasant in Europe and America*. New York: Octagon Books.
- THOMAS, W.I.; F. ZNANIECKI. 1979. "Una familia campesina polaca", en T. Shanin (ed.), *Campeños y sociedades campesinas*. México: F.C.E., 19-24.
- THORNER, D. 1979. "La economía campesina como una categoría en la historia económica", en T. Shanin (ed.), *Campeños y sociedades campesinas*. México: F.C.E., 182-196.
- TÖNNIES, F. 1944. *Communauté et société*. Paris: PUF.
- TORREGO, F. 1980. "La influencia de Madrid en el S.E. de la provincia", en VV.AA., *II Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid, 294-301.
- TUDELA, F. 1980. *La problemática que vive hoy el campo*. Madrid: Cáritas Diocesana.
- VAELLO, J. 1977. "Notas sobre la agricultura y el desarrollo capitalista". *Zona Abierta*, 12: 96-107.
- VALENZUELA, M. 1977. *Urbanización y crisis rural en la sierra de Madrid*. Madrid: Instituto de Estudios de la Administración Local.
- VALENZUELA, M. 1980. *Marco territorial y desarrollo histórico en el P.A.I. de la sierra norte de Madrid*. Madrid: Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, COPLACO.
- VV.AA. 1979. *I Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid.

- VV.AA. 1980a. *Actas del I Congreso Español de Antropología*. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- VV.AA. 1980b. *II Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid.
- VV.AA. 1981. *Actas del II Congreso de Antropología*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- VV.AA. 1982. *III Jornadas de Estudio sobre la Provincia de Madrid. Patrimonio arquitectónico y urbanístico*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid.
- VEBLEN, T.B. 1899. *The theory of the leisure class: An economic study of the evolution of institutions*. New York: Macmillan.
- VELASCO, H.M. 1980a. "Mundos rurales. Un estudio sobre identificación y diferenciación entre comunidades rurales en la provincia de Madrid", en VV.AA., *II Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid, 309-319.
- VELASCO, H.M. 1980b. "Tradición e identidad en la provincia de Madrid", en VV.AA., *II Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid, 399-405.
- VELASCO, H.M. 1981. "Textos sociocéntricos. Los mensajes de identificación y diferenciación entre comunidades rurales". *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 36: 85-106.
- VELASCO, H.M. 1982a. "Fiestas de mayo en la tierra de Alcalá", en H.M. Velasco (ed.), *Tiempo de fiesta. Ensayos antropológicos sobre las fiestas en España*. Madrid: Tres-Catorce-Dieciséiete, 169-203.
- VELASCO, H.M. (ed.) 1982b. *Tiempo de fiesta. Ensayos antropológicos sobre las fiestas en España*. Madrid: Tres-Catorce-Dieciséiete.
- VERGOPOULOS, K. 1976. *Capitalismo disforme. El caso de la agricultura en el capitalismo*. México: Era.
- VIÑAS, C; R. PAZ. 1949. *Relaciones histórico-geográfico-estadísticas de los pueblos de España hechas por iniciativa de Felipe II*. Madrid: C.S.I.C.
- WAGLEY, C. (ed.) 1952. *Race and class in rural Brazil*. Paris: UNESCO.
- WARMAN, A. 1972. *Los campesinos hijos predilectos del régimen*. México: Nuestro Tiempo.
- WARMAN, A. 1974a. "Presentación", en L. Helguera Resendiz, J. Alonso, A. Warman et al., *Los campesinos de la tierra de Zapata I. Adaptación, cambio y rebelión*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, t.I: 7-13.

- WARMAN, A. 1974b. "Prólogo", en L. Helguera Resendiz, J. Alonso, A. Warman et al., *Los campesinos de la tierra de Zapata II. Subsistencia y explotación*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, t.II: 7-14.
- WARMAN, A. 1976. ... *Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el Estado Nacional*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- WEBER, E. 1983. *La fin des terroirs: La modernisation de la France rurale 1870-1914*. Paris: Fayard.
- WEBER, M. 1947. *The theory of economic and social organization*. New York: Oxford University Press.
- WOLF, E.R. 1956. "Aspects of group relations in a complex society". *American Anthropologist*, 6 (58): 1065-1078.
- WOLF, E.R. 1971. *Los campesinos*. Barcelona: Labor.
- WOLF, E.R. 1973. *Las luchas campesinas del siglo XX*. 2ª edición. Madrid: Siglo XXI.
- WOLF, E.R. 1977. *Una tipología del campesinado latinoamericano*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- WOLF, E.R. 1980. "Relaciones de parentesco, de amistad y de padronazgo en las sociedades complejas", en M. Banton (comp.), *Antropología de las sociedades complejas*. Madrid: Alianza, 19-39.

BIBLIOGRAFIA NO CITADA

- BAHAMONDE, A.; J.A. MARTINEZ. 1983. "Transformaciones económicas en Madrid". *Alfoz*, 4: 50-57.
- BAIGORRI, A.J. 1983. "La urbanización del mundo campesino". *Documentación Social: Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, 51: 143-158.
- BALLESTEROS, J.G.; J.J. MARTIN. 1984. "Vivienda y matrimonio". *Alfoz*, 7-8: 42-44.
- BARAÑANO, A.; J. FERNANDEZ-MONASTERIO. 1984a. *Estudio de viabilidad para la industrialización de las producciones agrícolas. Vega del Jarama*. Madrid: C.E.R. Mimeografiado.
- BARAÑANO, A.; J. FERNANDEZ-MONASTERIO; L. CABELLO. 1984b. *Aportaciones agrarias y medio ambientales para un futuro plan especial de ordenación integral de la vega del Jarama*. Madrid: C.E.R. Mimeografiado.
- BARRERA, A. 1980. *Agricultura y depresión socioeconómica. I. Tipología*. Madrid: I.N.I.A.
- BAYO, E. 1974. *Oración de campesinos*. Barcelona: Laia.
- BOSQUE, J.; J.A. CEBRIAN. 1980. "Aproximación prospectiva al impacto de las migraciones en las características demográficas de la provincia de Madrid", en VV.AA., *II Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid, 182-197.
- BULLON, T. 1988. *El sector occidental de la sierra de Guadarrama*. Madrid: Comunidad de Madrid.
- CAMARA OFICIAL DE COMERCIO E INDUSTRIA DE MADRID. 1976. *Estudio socioeconómico de Alcalá de Henares*. Madrid: Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid.
- CAMARA OFICIAL DE COMERCIO E INDUSTRIA DE MADRID. 1981. *Estudio socioeconómico de la zona occidental de Madrid*. Madrid: Cámara Oficial de Comercio e Industria de Madrid.
- CAMPOS, P.; J.M. NAREDO. 1980. "La energía en los sistemas agrarios". *Agricultura y Sociedad*, 15: 17-113.
- CAMPOS VENUTI, G. 1983. *Ciudad, metrópoli, tecnología*. Milan: F. Angeli.
- CANO, J.I. 1988. *Desarrollo social desigual en los municipios de menos de 2.000 habitantes de la CAM*. Madrid: Asamblea de Madrid.
- CANTO, A. 1958. *El turismo en la provincia de Madrid*. 2ª ed. S.l.: S.n.

CARAVANTES, C.M^a. 1987. "Estructura y utilización sociocultural del espacio externo restringido en dos poblaciones de la sierra pobre madrileña". *Etnografía Española*, 6: 7-48.

CARRASCO, J.M.; D. FEJERMAN; A. LLORCA. 1992. "Fuentidueña de Tajo. Estudio de campo sobre el cambio tecnológico en una comunidad rural". *Etnografía Española*, 8: 7-57.

CARRERA, C. 1980. *Estudio geográfico de Aranjuez y su área de influencia*. Madrid: Universidad Complutense.

CASTELLS, M. 1977a. *Ciudad, democracia y socialismo*. Madrid: Siglo XXI.

CASTELLS, M. 1977b. *Sociología del espacio industrial*. Madrid: Ayuso.

CASTELLS, M. 1991. "Nuevas tecnologías y desarrollo regional", en J. Echenagusía (ed.), *Madrid punto seguido. Una propuesta de lectura (1985-1990)*. Madrid: Alfoz, 8-16.

CAZORLA, J. 1979. "Emigración y subdesarrollo: El contexto sociopolítico de un fenómeno actual". *Agricultura y Sociedad*, 11: 111-128.

CAZORLA, J. 1982. "Algunos efectos sociopolíticos de la inmigración rural en las relaciones interurbanas". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 19: 105-118.

CELADA F.; T. PARRA. 1991. "Concentración y difusión de la actividad económica en Madrid y su entorno", en J. Echenagusía (ed.), *Madrid punto seguido. Una propuesta de lectura (1985-1990)*. Madrid: Alfoz, 102-115.

CIRESE, A.M. 1974. *Cultura egemónica e culture subalterne*. Palermo: Palumbo.

CLUSA I ORIACH, J. 1975. "Traslados de industrias en el Area Metropolitana de Madrid". *Ciudad y Territorio*, 4: 9-26.

COLMENAREJO, F.; R. FERNANDEZ. 1989. *El ciclo festivo de Colmenar Viejo*. Madrid: Ayuntamiento de Colmenar Viejo.

COMISION DE PLANEAMIENTO Y COORDINACION DEL AREA METROPOLITANA DE MADRID. 1975. *Plan especial de protección del medio físico de la provincia de Madrid*. Madrid: Ministerio de la Vivienda, COPLACO.

COMISION DE PLANEAMIENTO Y COORDINACION DEL AREA METROPOLITANA DE MADRID. 1976. *Plan especial de infraestructuras básicas de la provincia de Madrid*. Madrid: Ministerio de la Vivienda, COPLACO.

COMISION DE PLANEAMIENTO Y COORDINACION DEL AREA METROPOLITANA DE MADRID. 1977a. *Calificación y ocupación del suelo en la provincia de Madrid*. Madrid: Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, COPLACO.

COMISION DE PLANEAMIENTO Y COORDINACION DEL AREA METROPOLITANA

DE MADRID. 1977b. *Estructura espacial metropolitana*. Madrid: Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, COPLACO.

COMISION DE PLANEAMIENTO Y COORDINACION DEL AREA METROPOLITANA DE MADRID. 1977c. *Normas de planeamiento para la provincia de Madrid*. Madrid: Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, COPLACO.

COMISION DE PLANEAMIENTO Y COORDINACION DEL AREA METROPOLITANA DE MADRID. 1978. *Problemas y perspectivas del Area Metropolitana de Madrid*. Madrid: Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, COPLACO.

COMISION DE PLANEAMIENTO Y COORDINACION DEL AREA METROPOLITANA DE MADRID. 1979a. *Atlas básico del Area Metropolitana de Madrid*. Madrid: Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, COPLACO.

COMISION DE PLANEAMIENTO Y COORDINACION DEL AREA METROPOLITANA DE MADRID. 1979b. *El espacio rural y el fenómeno urbano. Hacia un planeamiento activo*. Madrid: Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, COPLACO.

COMISION DE PLANEAMIENTO Y COORDINACION DEL AREA METROPOLITANA DE MADRID. 1980a. *El crecimiento histórico del Area Metropolitana de Madrid*. Madrid: Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, COPLACO.

COMISION DE PLANEAMIENTO Y COORDINACION DEL AREA METROPOLITANA DE MADRID. 1980b. *Estudio urbanístico de los municipios de la zona sureste-2 (Madrid). P.A.I., S-E. 2. Medio físico y recursos naturales*. Madrid: Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, COPLACO.

COMISION DE PLANEAMIENTO Y COORDINACION DEL AREA METROPOLITANA DE MADRID. 1980c. *Tendencias actuales en los procesos de urbanización en Italia*. Madrid: Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, COPLACO.

COMUNIDAD DE MADRID. 1984. *Síntesis de la revisión del planeamiento municipal 1983/87*. Madrid: Comunidad de Madrid.

COMUNIDAD DE MADRID. 1987. *Resultados adicionales del censo de población de 1981 de los municipios de menos de 10.000 habitantes de la Comunidad*. Madrid: Comunidad de Madrid, Consejería de Economía y Hacienda, t. I-VI.

COMUNIDAD DE MADRID. 1989. *Notas para la consideración de la sierra norte como zona rural de ayuda. Objetivo 5*. Madrid: Comunidad de Madrid, Consejería de Agricultura y Cooperación.

COSTA I BLANCH, J. (ed.) 1980. *L'ordenació del territori i l'agricultura en comarques densament poblades*. Barcelona: Publicacions del Col·legi Oficial d'Arquitectes de Catalunya.

CRUCES, F.; A. DIAZ DE RADA. 1992. "Procesos de trabajo en Estremera. Un estudio de

- campo sobre el cambio tecnológico". *Etnografía Española*, 8: 191-246.
- CUCO, J. 1981. "Del campo a la ciudad", en R. Valdés (ed.), *Las razas humanas*. Barcelona: C.I.E.S.A., t. II: 195-203.
- CUCO, J. 1984. "Consumo y ocio: Dos factores poco compatibles en la agricultura familiar actual", en E. Sevilla de Guzmán (comp.), *Sobre agricultores y campesinos. Estudios de sociología rural en España*. Madrid: Ministerio de Agricultura, 353-382.
- DUQUE, I. 1984. "Actividad económica de los madrileños según el censo de 1981". *Alfoz*, 7-8: 34-41.
- ECHENAGUSIA, J. (ed.) 1991. *Madrid punto seguido. Una propuesta de lectura (1985-1990)*. Madrid: Alfaz.
- ENYEDI, G. 1975. *Research problems in rural geography. Discussion of a questionnaire*. Budapest: U.G.I.
- ESTEBAN, A. de. 1981. *Las áreas metropolitanas en España. Un análisis ecológico*. Madrid: C.I.S.
- ESTEVEZ, F. 1980. "Notas para un estudio del desarrollo capitalista y transformación de las relaciones sociales campesinas en la Orotava (Tenerife)", en VV.AA. *Actas del I Congreso Español de Antropología*. Barcelona: Universidad de Barcelona, t. I: 587-600.
- EZQUERRA, R. 1974. "Madrid y la Mancha". *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, t. X: 453-462.
- FERNANDEZ DURAN, R. 1988. "Huertos para el ocio". *Alfoz*, 48-49: 59-64.
- FISAC, J. 1983. *Infraestructuras básicas*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid.
- FLAQUER, L. 1984. "Evaluación crítica de las distintas metodologías para el estudio de las familias troncales campesinas", en E. Sevilla de Guzmán (comp.), *Sobre agricultores y campesinos. Estudios de sociología rural de España*. Madrid: Ministerio de Agricultura, 251-272.
- FLORES, X. 1969. *Estructura socioeconómica de la agricultura española*. 1ª edición. Barcelona: Península.
- FRAILE GIL, J.M. 1992. "Algunas notas sobre las fiestas de estío en Madrid". *Revista de Folklore*, 143: 164-166.
- FRAZER, J.G. 1944. *La rama dorada. Magia y religión*. México: F.C.E.
- FRIGOLE, J. 1977. "Ser cacique y ser hombre o la negación de las relaciones de patronazgo en un pueblo de la vega alta del Segura". *Agricultura y Sociedad*, 5: 143-174.

FRIGOLE, J. 1980. "Modelo para el estudio del sector no campesino de la sociedad rural", en VV.AA., *Actas del I Congreso Español de Antropología*. Barcelona: Universidad de Barcelona, t. II: 797-804.

FRIGOLE, J. 1981. "Caciquismo", en R. Valdés (ed.), *Las razas humanas*. Barcelona: C.I.E.S.A., t. II: 155-168.

GAGO, J.; J.M. GARCIA PABLOS; E. LEIRA. 1987. *¿Qué hacer en la sierra norte?*. Madrid: Comunidad de Madrid.

GARCIA BALLESTEROS, A. 1977. "Los movimientos migratorios de la población de Madrid". *Revista Internacional de Sociología*, 22: 193-224.

GARCIA BALLESTEROS, A. 1979. "Ocupación y paro en Madrid y en la región castellano-manchega". *Estudios Geográficos*, 156-157 (XL): 369-383.

GARCIA BALLESTEROS, A. 1980. "Dinámica demográfica reciente de la provincia de Madrid", en VV.AA., *II Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid, 198-204.

GARCIA DELGADO, J.L.; S. LOPEZ ROLDAN. 1973. "Contribución al análisis de la agricultura tradicional en España. Los cambios decisivos de la última década", en M. Fraga Iribarne (ed.), *La España de los años 70*. Madrid: Moneda y Crédito, 251-322.

GARCIA DELGADO, J.L. (ed.) 1976. *La cuestión agraria en la España contemporánea*. Madrid: EDICUSA.

GARCIA FERNANDEZ, J. 1975. *Organización del espacio y economía rural en la España Atlántica*. Madrid: Siglo XXI.

GARCIA FERNANDEZ, J.L.; J. AGUILERA; M.E. GOMEZ. 1982. "El patrimonio urbano-rural en la provincia de Madrid", en VV.AA., *III Jornadas de Estudio sobre la Provincia de Madrid. Patrimonio arquitectónico y urbanístico*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid, 139-151.

GARCIA JAVALLOIS, I. 1981. *Aspectos económicos de la provincia de Madrid ante su autonomía*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid.

GAVIRIA, M. 1976. "La población activa agraria real en España". *Agricultura y Sociedad*, 1: 127-162.

GAVIRIA, M. 1984. "Cultivar escombreras y cosechar solares". *Alfoz*, 10: 28-33.

GEORGE, P. 1964. *Compendio de geografía rural*. Barcelona: Ariel.

GINER, S.; J. SALCEDO. 1976. "Un vacío teórico. La explicación causal de la migración". *Agricultura y Sociedad*, 1: 113-126.

GOMEZ OREA, D. 1979. *El espacio rural y el fenómeno urbano. Hacia un planeamiento activo*. Madrid: Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo.

GONZALEZ ARPIDE, J.L. 1974. *Estudio comparativo del Mayo en Villarejo de Salvanés (Madrid)*. Madrid: Hispania.

GONZALEZ BERNALDEZ, F. 1985. "Madrid y la crisis ecológica", en P. Hall, G. Campos Venuti, M. Castells et al., *Metrópolis, territorio y crisis*. Madrid: Asamblea de Madrid, 219–242.

GONZALEZ HERNANDEZ, C. 1989. "Ambite de Tajuña: Aproximación a un estudio sobre tradición y cambio social". *Etnografía Española*, 7: 161–170.

GONZALEZ IBÁÑEZ, M.C. 1984. "L'estudi de l'agricultura a temps parcial en el context de les explotacions pageses familiars". *Arxiu d'Etnografia de Catalunya*, 3: 35–56.

GONZALEZ-POLA, P. 1975. "La fiesta del Judas en Tielmes". *Zarabanda*, 2: 14–19.

HALL, E.T. 1973. *La dimensión oculta, enfoque antropológico del uso del espacio*. Madrid: Instituto de Estudios de la Administración Local.

HALL, P.; G. CAMPOS VENUTI; M. CASTELLS et al. 1985. *Metrópolis, territorio y crisis*. Madrid: Asamblea de Madrid.

HARRIS, M. 1959. "The economy has no surplus?". *American Anthropologist*, 2 (LXI): 185–199.

HARRIS, M. 1978. *El desarrollo de la teoría antropológica*. Madrid: Siglo XXI.

JIMENEZ DE GREGORIO, F. 1966. "Fuentes para el conocimiento histórico-geográfico de algunos pueblos de la provincia de Madrid en el último cuarto del siglo XVIII". *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, t. I, 263–277.

KENNY, M. 1960. "Patterns of patronage in Spain". *Anthropological Quarterly*, 1 (XXXIII): 14–23.

KENNY, M. 1961. *A spanish tapestry. Town and country in Castile*. Bloomington: Indiana University Press.

LEAL, J.L.; J. LEGUINA; J.M. NAREDO; L. TARRAFETA. 1977. *La agricultura en el desarrollo capitalista español (1940–1970)*. 2ª edición. Madrid: Siglo XXI.

LEWIS, O. 1965. *Antropología de la pobreza. Cinco familias*. México: F.C.E.

LOPEZ COIRA, M.Mª. 1989a. "Carabaña I: Características infraestructurales del medio físico, social y humano". *Etnografía Española*, 7: 115–141.

LOPEZ COIRA, M.M^a. 1989b. "Carabaña II: Procesos de cambio tecnológico a través de la toma de decisiones". *Etnografía Española*, 7: 143–160.

LOPEZ GOMEZ, A. 1979. "Un fenómeno nuevo en Madrid. Debil crecimiento en 1970–75". *Estudios Geográficos*, 156–7: 516–524.

LOPEZ LUCIO, R. 1976. "En torno a los procesos reales de desarrollo urbano. Las tipologías de crecimiento en la formación de la periferia de Madrid". *Ciudad y territorio*, 2–3: 153–158.

LOPEZ DE SEBASTIAN, J. 1980. "Perspectivas en el medio no urbano de Madrid", en VV.AA., *II Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid, 331–337.

MANGADA, E. 1985. "Gobierno autonómico, ordenación del territorio y desarrollo del espacio regional", en P. Hall, G. Campos Venuti, M. Castells et al., *Metrópolis, territorio y crisis*. Madrid: Asamblea de Madrid, 243–256.

MARCOS, C. 1991. "La economía de la comunidad de Madrid: De la crisis a la expansión", en J. Echenagusía (ed.), *Madrid punto seguido. Una propuesta de lectura (1985–1990)*. Madrid: Alfoz, 123–132.

MARTINEZ VEIGA, U. 1978. *Antropología ecológica*. La Coruña: Adara.

MARTINEZ VEIGA, U. 1985a. *Cultura y adaptación*. Barcelona: Anthropos.

MARTINEZ VEIGA, U. 1985b. *La ecología cultural de una población de agricultores*. Barcelona: Mitré.

MORAL, J. del. 1977. "Campesinado y agricultura de la provincia de Madrid en 1872, reflexiones sobre un informe". *Agricultura y Sociedad*, 4: 277–287.

MUNFORD, L. 1950. *Technique et civilization*. Paris: Du Seuil.

NAREDO, J.M. 1971. *La evolución de la agricultura en España. Desarrollo capitalista y crisis de las formas de producción tradicionales*. Barcelona: Estela.

NAVAJAS, P. 1983. "Arquitectura popular en la provincia de Madrid". *Alfoz*, 1: 20–24.

NOUVEAU, L. 1978. "Contribution à l'analyse des classes à la campagne (enquête dans un canton de l'ouest de la France)". *Proletariat*, 16: 11–20.

OÑATE, J.M. 1982. *Informe preliminar del Plan General de Reforma y Desarrollo Agrario de la comarca de ordenación de explotaciones del IRYDA "Sierra Norte"*. Madrid: IRYDA.

ORTEGA, J. 1975. *Residencias secundarias y espacio de ocio en España*. Valladolid: Universidad de Valladolid.

OSTOLAZA, J.L.; R. BARBEITOS. 1983. "La política presupuestaria en el Area Metropolitana". *Alfoz*, 2: 77-83.

PARRA, F. 1980a. "La cultura ganadera madrileña como agente modelador del paisaje y factor configurante de la identidad regional", en VV.AA., *II Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid, 279-284.

PARRA, F. 1980b. "Posibilidades educativas de las cañadas de la provincia de Madrid", en VV.AA., *Ecología, Medio Ambiente y Socialismo*. Madrid: Partido Socialista Obrero Español, 229-242.

PARRA, T. 1984. "De la metrópoli industrial a la metrópoli precaria". *Alfoz*, 5: 35-40.

PAZ, J. de la. 1984. "Cambios demográficos recientes en la capital, el Area Metropolitana y la provincia". *Alfoz*, 7-8: 27-31.

PEIX MASSIP, A. 1980. "L'agricultura en zones d'influencia urbana", en J. Costa i Blanch (ed.), *L'ordenació del territori i l'agricultura en comarques densament poblades*. Barcelona: Publicacions del Col·legi Oficial d'Arquitectes de Catalunya, 85-102.

PINDADO, V. 1989. "Valdilecha: Una aproximación sobre tradición y cambio social". *Etnografía Española*, 7: 171-186.

RAPOSO, J.M.; R. AROZARENA; R. AVALOS et al. 1976. *Situación actual y perspectivas de desarrollo de la región centro*. Madrid: Confederación Española de Cajas de Ahorros. 4 v.

RODRIGUEZ OSUNA, J.; L. RODRIGUEZ SAIZ; D. CASADO et al. 1972. *Informe sobre la estructura social de la provincia de Madrid*. Madrid: Fundación Foessa.

ROIZ, M. 1978. "La mentalidad rural en España". *Documentación Social. Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, 32: 161-181.

SANTAMARTA, J. 1982. *Coyuntura de los sectores de la actividad económica de Madrid*. Madrid: COPLACO.

SANZ, L. 1984. "Crisis económica y recomposición de las clases sociales en Madrid". *Alfoz*, 5: 47-51.

SEVILLA DE GUZMAN, E.; F. ANDRADA. 1981. "Sobre la emigración rural: Análisis empírico del caso español", en J. Cazorla (ed.), *Emigración y retorno*. Madrid: Instituto Español de Emigración, 259-281.

TAMAMES, R. 1985. "Entre la crisis y el cambio. Racionalidad económica y desarrollo equilibrado", en P. Hall, G. Campos Venuti, M. Castells et al., *Metrópolis, territorio y crisis*. Madrid: Asamblea de Madrid, 201-218.

TOBIO, C. 1988. *La reestructuración económico-social en el Area Metropolitana de Madrid 1970-1985*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. Tesis doctoral sin publicar.

UNIO DE PAGESOS. 1980. *Ordenació del sol no urbanitzable*. Barcelona: Unió de Pagesos.

VALENZUELA, M. 1976. "La residencia secundaria en la provincia de Madrid. Génesis y estructura espacial". *Ciudad y Territorio*, 2-3: 135-152.

VV.AA. 1980. *Problemática social y humana en la provincia de Madrid*. Madrid: Cáritas Diocesana.

VV.AA. 1982. *Boceto del panorama agrario de la provincia. El medio natural, la población, estructura agraria y situación socioeconómica. Futuro provincial*. Madrid: Diputación Provincial de Madrid.

VV.AA. 1983. *Estructura de la propiedad de la tierra y aprovechamientos agrarios de Madrid*. Madrid: Fundación I.E.S.A.

VV.AA. 1984. *Actas de las primeras jornadas sobre Madrid tradicional*. Madrid: Ayuntamiento de San Sebastián de los Reyes.

ZALDIVAR, R.G.; J.M. GASCO; J. LOPEZ; J.M. NAREDO. 1982. *Evaluación de la pérdida de suelo agrícola debida al proceso de urbanización. Análisis y recomendaciones*. Madrid: Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo. Mimeografiado.